Martha Molina

+18

El Lobo y la Bailarina

Martha Molina

+18

El Lobo y la Bailarina

Derechos de Autor

El lobo y la bailarina
©2020 Martha Molina Primera edición versión Kindle, Amazon 2020

Imagen portada: No. 139228893 *Autor: razoomanetu* Fotolia.com
Diseño de la portada: Martha Molina
IMPORTANTE: Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro método, sin el permiso previo del autor.

Sinopsis

Un *lobo* ocupaba el escaño más alto en la cadena alimenticia de todas las especies.
Un lobo no tenía piedad de sus presas.
Un lobo era superior, fuerte y peligroso.
Un lobo procreaba siempre con una loba, descendiente de lobos.
Un lobo jamás debía fijarse en una humana.

Hasta que uno de ellos cayó frente a una criatura que consideraban inferior.

Prólogo

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Dios, Dios, Dios…

»¡Aguante, señor!, ya lo van a atender. Pronto llegará una ambulancia y se lo llevarán al hospital, solo tiene que aguantar. ¡Por favor, por favor!, no se muera… —Isabel le suplicaba al hombre que había caído, literalmente, a sus pies, desde el décimo octavo piso, del edificio ubicado en una de las exclusivas calles del Alto Manhattan.

La gente se arremolinó alrededor, una vez se dieron cuenta de la tragedia que sucedía. Alguien había decidido acabar con su vida, lanzándose al vacío de cabeza.

El hombre jadeaba en un esfuerzo que hacía por respirar. A pesar de la larga caída hasta la acera, se mantenía consciente, parpadeando para no ceder a la oscuridad que lo jalaba hacia el fondo, de donde estaba seguro no iba a retornar. La sangre emanaba de su boca, nariz y orejas; el pecho subía y bajaba agitado por unas palpitaciones que estaban por desencadenar un infarto.

Necesitaba decir su verdad, pero había perdido el habla, el impacto contra la amplia acera, le fracturó ambas piernas, un brazo, la espalda y el cráneo, del que los transeúntes se preguntaban cómo es que aún seguía con vida.

Aunque, no por mucho.

A causa de la impresión, Isabel lloraba consternada. ¡Alguien que lo ayudara! ¡¡Un médico!! ¡Un médico! ¿No hay uno entre los curiosos? Entonces, que lo llamaran con urgencia, que el hombre estaba por fallecer. ¿Qué pasa con esa ambulancia que tarda mucho en llegar? Solo los móviles de la gente, apuntaban hacia ellos para filmarlos.

—Tranquilo, no intente hablar. Guarde sus fuerzas, necesita mantenerse calmado —le apretaba la temblorosa mano del brazo bueno para darle fortaleza. El hombre tenía sus ojos marrones puestos en ella, quien estaba a su lado, de rodillas y con copiosas lágrimas que bañaban sus mejillas.

Tosió sangre y su visión comenzaba a nublarse; sin embargo, la voz angelical de aquella joven hermosa lo mantenía lúcido. La escuchaba llorar; a ratos su empalidecido rostro se desdibujaba y a ratos se tornaba nítido, obsequiándole una sonrisa entristecida, que a él lo conmovió. Le aferraba sus dedos con tanta fuerza, como si quisiera arrebatárselo a la muerte; alguien detrás de esta intentó levantarla, pero se negó molesta y continuó agachada sobre el moribundo, quien le agradecía para sus adentros de acompañarlo en sus últimas horas.

—Yo estoy con usted —le dijo ella—, no lo dejaré solo, siénteme… —le apretó los dedos con suavidad—. Luche, no se deje vencer, aún le queda mucho por vivir; piense en los suyos, en su familia, en las personas que sufrirán si muere. O… ¡luche por usted mismo!, por lo que sea que considere que valga la pena estar en este mundo. Todos tenemos problemas, enfermedades, situaciones adversas, desamores… Si alguien lo hizo padecer, perdónelo y perdónese también, permítase ser feliz de nuevo, ¡como un renacer! ¡Quédese conmigo, luche! ¡¡Luche!!

Isabel le susurraba palabras de aliento, mientras que las lágrimas del hombre se deslizaban por el rabillo de sus ojos hacia las sienes; a lo lejos, la sirena de la ambulancia o de una patrulla, sonaba cada vez más cerca. La gente curiosa aún los rodeaba y ninguno ayudaba, ni para ofrecer su abrigo al hombre que tenía escalofríos. Isabel se quitó el suyo y lo puso sobre el torso que apreció fuerte y del que se agitaba entre toses estentóreas. Le afligió que terminase sus días de esa manera. ¿Qué le habría sucedido para tomar esa drástica decisión? Era muy atractivo, tipo leñador sexy o motero, a juzgar por su barba poblada y su indumentaria de cuero negro que lo hacía ver rudo.

—Gra-gra… ci…

—No hable, quédese tranquilo, yo estaré aquí con usted hasta que se lo lleven. Respire con calma. —Le acomodó un mechón de cabello –del mismo color de sus ojos– que tenía cruzado sobre la nariz ensangrentada. Calculaba que el sujeto debía tener unos treinta años, tal vez, menos, por la barba que ocultaba casi toda su faz masculina. Le daba la impresión de ser extranjero, con una apariencia intimidatoria a pesar de cómo se hallaba en esos momentos: la pierna derecha la tenía doblada en un ángulo anormal y parte del hueso de la *canilla*, se alcanzaba a ver a través del pantalón. Nadaba en la sangre, con heridas cortantes y rasguños profundos en los brazos y el rostro, como si hubiera luchado con un gato endemoniado de gran tamaño. La chaqueta de motociclista estaba desgarrada, dándole a ella la impresión de que fue atacado con un cuchillo que rasgó el material de cuero varias veces.

Miró hacia arriba para averiguar desde qué ventana había caído o si alguna estaba rota por haber sido empujado por alguien más, pero no observó siquiera cortinas ondeando hacia afuera a causa del viento, tampoco restos de vidrio alrededor del moribundo cuando bajó la mirada.

Puede que sí se haya lanzado…

Este esbozó un amago de sonrisa al verla tan preocupada.

Quería agradecerle su nobleza. Era un ángel del que él no merecía que le diera ayuda; no obstante, estaba ayudándolo a bien morir.

Alguien hizo a un lado a Isabel con un poco de rudeza y le

arrojaron su abrigo; quiso protestar, pero enseguida se percató de que se trataba de un paramédico. El compañero de este la tomó de ambos brazos y la ayudó a levantarse para que le dieran espacio y así revisar al suicida.

El hombre la seguía con la mirada, mientras que los paramédicos trataban de estabilizar sus signos vitales. Sería un milagro que sobreviviera, nadie, absolutamente nadie se salvaba de semejante caída. No en ese tipo de superficie.

La camilla fue puesta a su lado y luego de inmovilizar con extremo cuidado su cuello, lo trasladaron hacia la ambulancia. Isabel le dijo adiós con la mano y le regaló una sutil sonrisa como despedida; esperaba –lo que dudada– que se salvara; sea lo que fuera que lo orilló a cometer algo tan nefasto como saltar desde lo alto de un edificio, rogaba para que su alma encontrara la paz que, quizás, le hacía falta.

Los paramédicos cortaron el contacto visual entre los dos, al cerrar las puertas traseras del vehículo, y se subieron rápido a sus respectivos asientos para emprender la marcha a toda velocidad, abriéndose paso entre el apretado tráfico con su ruidosa sirena. Atrás quedaba una gran mancha de sangre y una fisura sobre la acera, como evidencia de lo que el desespero y el no hallar solución a los problemas, llevaban a alguien a tomar una terrible decisión.

Decisión que una vez Isabel contempló ejecutar para ella misma.

Capítulo 1

—Estoy cansada de comer lo mismo.

»Lo que me das semanal, no me alcanza ni para pagar las facturas pendientes; si dejaras de comportarte como una tonta, estaríamos en un lugar mucho mejor y no en esta ratonera —la señora María Teresa le reprochó a su hija, quien se preparaba el desayuno con algo de prisa.

Todas las mañanas a primera hora, Isabel recibía un discurso de su progenitora, harta de la pobreza en la que se hallaba sumergida. Su padre, José Antonio García, había abandonado a su familia por una joven, doce años menor que él; de eso, hacía cinco años, cuando Isabel cumplía sus dieciséis y su hermano mayor acababa de terminar la secundaria.

—Lo que te doy es suficiente para cubrir ciertos gastos, pero no puedo sola: Arturo me tiene que colaborar. —Sobre la tabla de picar, cortaba en pequeños trozos una fracción de lechosa para nutrir su organismo con una buena dosis de vitamina A, carbohidratos y potasio.

—El pobre hace lo que puede —la mujer replicó enojada—. Busca y busca, y nadie lo quiere contratar.

—Eso es pura *paja*, mamá, porque yo le conseguí tres empleos, y a ninguno se quiso presentar para la entrevista. Nadie sale adelante, si no pone de su parte.

—¿De limpia-inodoros? —cuestionó con una ceja alzada a la vez en que observaba a su hija verter las frutas picadas en un bol—. Eso no es un trabajo, parece que te haces la loca en ayudarlo.

—¡¿Cómo me vas a decir eso?! —Isabel dejó a un lado lo que hacía para confrontarla—. Me la paso preguntando a mis amigos, si saben de algún trabajo que esté disponible para Arturo. ¡Que vaya a la agencia y entregue su currículo, a ver qué consigue! No sé qué más hacer por él: leo los anuncios en el periódico —enojada, comenzó a enumerar con los dedos—, miro los portales, estoy pendiente de los restaurantes y demás negocios, por si necesitan de algún asistente o mesonero, ¡hasta he ido a la agencia para averiguar qué hay para él! Pero si no se presenta personalmente, le dan el trabajo a otro, pues refleja apatía. Ellos están *cansados* de la gente indiferente.

La señora María Teresa se sentó en el comedor de cuatro puestos y ahogó sus frustraciones en la taza de café. Su hija era una ingrata que le pagaba mal a su hermano, quien sacrificó la universidad para ser el

hombre de la casa. Ahora le tocaba a Isabel en ayudarlo, mientras él conseguía un trabajo que le pagara mucho dinero. Empleos como limpia-pisos, limpia-baños, limpia-ventanas, -limpia-carros, limpia-todo…, estaban bien para su hija que era mujer, pero no para su hijo que prometía mucho, y ese tipo de empleos no lo ayudarían a escalar posiciones. Isabel era tan egoísta que solo pensaba en su propio bienestar.

—Si hubieras aceptado al señor Orlando, no estaríamos pasando por estas penurias —reprochó—. Pero prefieres ser «la *profesorita*» en esa estúpida academia de ballet, que ni te pagan bien…

—Es lo que me gusta. —Masticó dos cucharadas de lechosa con rapidez, sin haberse molestado en sentarse en la mesa, junto a su madre. La tensión entre las dos era insoportable.

—¡Es lo que conseguiste por fracasar *en lo otro*! —le recordó con ojeriza—-. Eras pésima entonces y eres pésima ahora. Cambia de trabajo; en el que estás, no te sirve. Busca una oficina, donde te paguen bien y, tal vez, hasta tengas suerte y te cases con tu jefe. Él podría mantenernos. Hazlo antes de que envejezcas más.

—¡Mamá! —Isabel se escandalizó—. ¿Me estás sugiriendo que sea la amante de un sujeto, solo por dinero? —El interés de esta excedía los límites.

La menuda mujer se levantó de su asiento. La bata trasparentaba sus senos caídos y los rulos en la cabeza, desmejoraban en gran medida su ajada apariencia por las mañanas.

—Te estoy sugiriendo que pienses en nuestro futuro —dijo—. Aprovecha que aún eres joven y búscate un tipo adinerado, y deja de estar soñando con escenarios y reflectores, que esa época ya pasó para ti.

—Aún soy bailarina.

La otra resopló.

—Por favor… Eres la que enseña a mocosas que ni saben atarse las zapatillas. ¿Olvidas lo que pasó en la última presentación? Una vergüenza.

—No voy a abandonar lo que me gusta, solo porque te quieres vestir de ropa de marca y andar en limusina. Perdóname, mamá, si estoy lejos de cumplir con tus expectativas, bastante que he soportado tus quejas y me he tragado mis lágrimas amargas, pero ¡ya basta! Tengo veintiún años y haré lo que quiera.

Sonó la mesa con la palma de su mano.

—¡Cuida el modo en cómo me hablas!, parece que tuvieras al demonio metido en el cuerpo. —Se persignó—. Ve a misa para que el cura te bendiga y así te encauces por el camino correcto.

Isabel se contuvo de escupir una palabrota y terminó de desayunar de mala gana. Luego se dirigió hacia la sala con un compartimento de

comida para su hora del almuerzo y lo guardó en el bolso deportivo que preparó con algunas mudas desde la noche anterior.

«Por el camino correcto…».

Para su madre: follar con un sujeto barrigón que bordea la ancianidad y casado, estaba bien, siempre y cuando, este les abasteciera de todo lo necesario para vivir en el lujo.

Se cruzó el bolso y tomó el picaporte para desaparecer de allí en una exhalación, y justo cuando abría la puerta…

Se encontró a Arturo, hediondo a licor.

—Bonita la hora de llegar —espetó a su hermano que tenía pinta de haber dormido en algún *puteadero* del barrio—. Luego te quejas de que no consigues trabajo: llegas amanecido y duermes hasta las tres de la tarde.

—Y a ti qué te importa, mediocre —la miró con rabia—, ve a que te coja un burro.

—¡Respétame! —Empuñó las manos para propinarle un puñetazo, pero hacerlo, desencadenaría la hecatombe. Su hermano la molería a los golpes y su madre la culparía por provocarlo.

—Entonces, deja de meterte en donde no te llaman. —Pasó por su lado, llevándosela casi por delante.

—Pues, sí me meto, ¿cómo la ve? Por andar de putas, te lo pasas desempleado —lo siguió con la mirada—. Mamá está cansada de comer sopa de fideos y patas de gallina al almuerzo. Necesito que me colabores para los víveres, ya que eres el que se encarga de *vaciar* la nevera cuando llegas borracho.

—¡No tengo plata!, ¡no tengo plata! —Se volvió a ella con las manos empuñadas.

—¿Y cómo es que gastas en licor y putas? Hiedes a tufo y perfume barato.

—Me brindaron —se excusó en total descaro.

Isabel se cruzó de brazos y le lanzó una mirada airada.

—Y, por lo visto, debes salir bien caro —espetó—: eres de los que beben hasta reventar.

—¡Ay, ya dejen de pelear! —María Teresa intervino, apareciendo rápido en la sala—. ¿Por qué odias tanto a tu hermano? Lo humillas mucho.

—Claro que no. Le recuerdo sus obligaciones, que es muy diferente.

—Lo haces —la contradijo—, le sacas en cara todo el tiempo que está desempleado y que tú eres la que produce. Apiádate de él que la pasa mal. Hay que apoyarlo.

Soltó una risa displicente.

—Lo hice durante un año —recordó con ojeriza—, ¿y qué ha hecho Arturo desde entonces? ¡Nada! Solo andar con sus amigotes, de putas. Pero me cansé. Él no hace nada por mejorar.

—¿En qué tengo que mejorar, pendeja? —En dos zancadas se acercó hasta ella y la empujó contra el espejo colgado en la pared a su espalda, causando que este se ladeara—. A mí no me vengas a criticar, cuando eres peor que yo: anoréxica de mierda.

La joven lo señaló.

—Si vuelves a empu…

La volvió a empujar y, esta vez, acompañado de un golpe en el brazo que la hizo chillar de dolor. El espejo se quebró en el piso.

—¡Mira lo que causaste, Isabel! —María Teresa se angustió más por la reliquia familiar que por la agresión que sufrió su hija—. Ahora tendremos siete años de mala suerte…

—¡¡Animal!! Llamaré a la policía si me vuelves a tocar —los dientes de la joven, apretados en una furia contenida.

Arturo sopesaba partirle la boca a su hermana. Que se atreviera para darle su merecido.

—Lárgate, Isabel y déjalo en paz. Ya no lo sulfures tanto, que por eso es que te pone en tu lugar. *Mijo*, ¿quieres desayunar? Preparé unos panqueques deliciosos que te van a gustar.

—Más tarde, cuando me levante. Lo calientas con el almuerzo.

—Está bien, *mijito*, ve a descansar. —Luego se dirigió a Isabel, quien la reprendía con la mirada por ser tan alcahueta—. Esto te lo cobro, *muchachita*. El espejo le perteneció a la abuela y tú lo quebraste.

—Lo quebró Arturo, que me empujó. Cóbreselo a él.

Dicho esto, azotó la puerta tras de sí. El tema monetario jamás se agotaba y se tocaba sin falta a la hora de comer o mientras se miraba la televisión. Jamás había tregua entre esas cuatro paredes, todo era reclamos como si Isabel fuera una dispensadora de dinero que solo da y da, cada vez que se lo pedían.

Bajó los escalones de volada, la discusión la había retrasado; las niñas estaban por llegar y ella ni siquiera había practicado su rutina. Era intolerante que una profesora llegara después de la hora pautada, daba mal ejemplo con su impuntualidad y las exigencias hacia las chiquillas serían tachadas de doble moral por los mismos padres, que siempre estaban estresados en su día a día. La academia era lo único que le quedaba de lo que ella tanto amó, pero aquellos por lo que sacrificó amistades, novios, celebraciones, vacaciones de verano, de invierno…, le habían exigido tanto que colapsó.

—¡Mierda, se me hace tarde! —Isabel exclamó al reparar en la hora de su reloj de pulsera, y echó atrás el bolso deportivo, corriendo lo más rápido que sus chancletas le permitían hasta la estación del metro que quedaba en la Avenida Elder.

Clash, clash, clash… —Sonaban en la acera con poca gracia—. *Clash, clash, clash*…

Una vez que abordó el tren, puso el bolso sobre sus muslos y recostó la frente en el cristal del ventanal a su izquierda, permaneciendo allí, pensativa y sobándose el brazo golpeado, mientras el tren emprendía su ruta a través de la línea 6.

Suspiró apesadumbrada, tratando de recordar cuándo fue la última vez que en su hogar no reñían como perros y gatos. Convivir los tres era muy difícil y en extremo agotador, sobre todo para su estabilidad mental que constantemente batallaba sus propios infiernos. Comprendía las necesidades de su madre y hasta los ahogos etílicos de su hermano, pero pretender poner los bienes materiales a costa de lo que sea, eso sí que no lo iba a tolerar. Trabajaba arduo a tiempo completo, pagaba un seguro de salud para su familia en caso de necesitarlo, pagaba el alquiler, las cuentas de la luz, el teléfono, el agua, el mercado, las medicinas de su mamá…, y se quejaban de que su salario era insuficiente.

Después de haber hecho el recorrido y tras emerger entre la calle 77 y la Avenida Lexington, el sol le dio de lleno en los ojos, enceguecíéndola por un instante.

Allí, los autos y las edificaciones, manifestaban su elevado estatus social. Las pinturas desconchadas en las fachadas, los grafitis, la basura en las calles, quedaron relegados a una de las peores zonas de Nueva York. El cambio era sistemático, agradando a la vista y a la vez estableciendo los límites para que, pobres y ricos, no se mesclaran. Los alquileres eran costosos, los autos de reciente fabricación rodaban por la vía, llevando dentro a los dueños del mundo. Ella viajaba en uno de uso público y le daba igual si a su lado se sentaba una latina recién llegada de Venezuela o Ecuador, sin hablar una pizca de inglés y con muchas ganas de realizar el gran Sueño Americano.

Isabel era de ascendencia mexicana. Sus padres habían llegado a Miami en el 95, luego se trasladaron a la Gran Manzana en el 98 y echaron raíces en El Bronx. A pesar de haber nacido en el país, para algunos, solo era una hispana con pretensiones de grandeza por querer abrazar el difícil arte de la danza clásica en vez de estar limpiando baños. La criticaban por todo: por ser muy delgada o por estar en algunas ocasiones gorda, por haber escogido el ballet, por no tener novio, por tenerlo, por darse por vencida…

Chancleteaba a toda prisa, vadeando entre los peatones, quienes al igual que ella, se afanaban para llegar rápido a sus destinos. *Clash, clash, clash*… Sus chancletas golpeaban sus talones y retumbaban a lo largo de la vía que caminaba; faltaban dos calles más por cruzar y llegar a la academia, pero para hacerlo tenía que atravesar por la parte en la que *aquel sujeto* dejó su sangre en el concreto.

—Caramba… —Consultó la hora y sus chancletas adquirieron mayor velocidad, tropezando ella en más de una ocasión con la gente

que no alcanzaba a esquivarla. ¡Se le estaba haciendo tarde!, y rodear la manzana para *no pasar por ahí*, le tomaría más tiempo del que disponía, por lo que, manteniendo la mirada sobre el tráfico y no la gente que pasaba por su lado, se propuso atravesarla. Desde aquella mañana –hacía seis meses– en que aquel hombre le dio por suicidarse, no volvió a pasar por allí. Empleaba un recorrido más largo, yendo por calles aledañas para evitar recordar su convulsa expresión.

No supo qué pasó con él, si murió o sobrevivió, o si la policía declaró por lo sucedido. Por varios días estuvo preocupada por si la llamaban a declarar. Eso sería otra fuerte discusión en casa, por haber sido tan solícita con un extraño. «¿Acaso te dieron dinero por ayudarlo?», sería alguna de las increpaciones que escucharía; la habían enseñado a ser desconfiada, a dejar que otros se encarguen de los infortunados, a velar solo por la familia y que los demás se jodieran.

Con todo esto bullendo en su cabeza, Isabel meditaba que, ni un vídeo de lo sucedido apareció por las redes sociales. Por varias semanas revisó el Instagram, Facebook y otras redes en la que tenía cuenta, y en ninguna de estas mostraba o reseñaban que un hombre impactó frente al Hotel Mastrangelo, dejando un hoyo en la acera.

De ella, nadie comentó nada, aunque esto era mejor, ya que pasaba desapercibida.

Sin embargo, le extrañaba.

Tanta gente que filmó y que posteó… ¡Porque los vio, moviendo los dedos a la velocidad de la luz para ser los primeros en publicar la morbosa noticia! Aun así, quería saber qué fue de ese sujeto. ¿Sería que logró salvarse de la caída?

Hizo un gesto de lamento cuando, sin poder evitar mirar hacia la acera que la atraía como un imán, observó que la fisura y la mancha de sangre habían sido borrados por completo.

Una capa de cemento y listo. ¡Como nueva!

La acera lucía intacta. La evidencia habría demostrado que él no hubiera sobrevivido...

Apuró el paso y deseó que, al menos, el alma de ese hombre no quedara penitente. Según su difunta abuela, María Guadalupe: el que atenta contra su propia vida, al infierno irá a parar.

Para ella, simplemente era triste.

Lo comprendía.

*****

—*Relevé* uno, *relevé* dos, *relevé* tres, *relevé* cuatro… Y retrocedemos en *relevé* tres, *relevé* dos… ¡Valentina, no engarruñes los dedos, porque te lastimas los pies! Hazlo bien. Victoria, sostente de la barra como debe ser: de lado y con una mano. Eso: así. *Relevé* uno, *relevé* dos,

relevé tres, *relevé* cuatro. Seis repeticiones. Lento y continuo. Lento y continuo…

—Profesora, ¿puedo ir al baño?

Isabel puso los ojos en blanco.

—¿Cuántas veces les he dicho que hagan sus necesidades fisiológicas antes de comenzar las clases? Esto hace que pierdan el calentamiento y se retrasen.

—Pero es que estoy que me hago…

Las demás niñas rieron. Vestidas de leotardo negro y mallas color rosa.

—A ver, ¿qué es lo gracioso? —Isabel las increpó—. Ustedes también fastidian bastante. Está bien, Liliana, ve… ¡Trata de no demorarte!

—Sí, profesora. Gracias. —Y la niña salió de volada, caminando con sus zapatillas de puntas como si fuera un pingüino.

El día pasó volando sin que Isabel lo notase. Las jóvenes bailarinas –en su mayoría de doce años– corrieron hacia el vestidor, entre risas y cuchicheos de temas propios de su edad: el último *vídeo clip* de grupo coreano TXT y del que Isabel ni conocía ni le interesaba escuchar; «que si Choi Soobin salía bello, que si *patatín*, que si *patatán*…». El salón había quedado disponible para ella, después de las siete de la noche.

Ataviada de malla y leotardo negro, pero con una falda transparente del mismo color atada a su cintura, se cambió sus zapatillas de media punta por las de caja dura, y se situó frente a la barra –que se extendía a lo largo de un amplísimo espejo en la pared– para ejecutar un previo calentamiento y así evitar lesiones durante su entrenamiento. Prestó especial atención a la cadena de músculos posteriores, laterales, delanteros e internos de su cuerpo. Era importante ejecutarlos bien, ya que de esto dependía que se soltara sin agarrotamientos durante la danza. Estirar, calentar, adoptar posiciones correctas con la espalda, llevando su torso de un lado a otro, mientras una pierna se mantenía en toda su extensión sobre la barra. El aprendizaje adquirido durante sus años en la más importante academia de la ciudad, le sirvió para mantener una rutina impecable; la efectuaba todas las noches, dos o tres horas, según lo que estuviese inspirada. Era como respirar. Sentía que, si dejaba de danzar, sus extremidades se atrofiaban.

Por ese motivo, se dejó llevar por la música de Sia.

Suitcase la hacía querer volar alto.

¿Me lo contaste todo?
Tengo cosas que decir.

Oye, estoy hablando contigo.
Tenemos cosas que hacer.
Tenemos planes para hacer.
Y quiero llevarte conmigo.
Sí, quiero llevarte conmigo…

Solía preferir la música contemporánea a la clásica. Tal vez por la «libertad» que le confería. Y en la medida en que el ritmo de la canción aumentaba, ella se entregaba a la danza.

Pero una mirada lejana es amplia en mí.
¿Puedes sentirlo?
Y si no puedes decir que soy una chica inquieta.
¿Qué estás escuchando?

Sus *pirouettes* eran impecables, giraba y giraba sobre un pie, y terminaba *en cuarta*, con una pierna hacia atrás y la otra levemente inclinada hacia adelante, mientras sus brazos se mantenían elevados con absoluta gracia. Repetía el proceso, los dedos de sus pies soportaban el peso de su cuerpo, girando y girando, una y otra vez, gira y gira; su cabeza hace un perfecto *spot*, donde la vista mantiene un punto fijo para no marearse.

Movida por la adrenalina, hace un *Grand jeté* o una gran zancada en el aire, como si se hubiera propuesto saltar desde la azotea de un edificio a otro.

Empaqueta todo, llévalo todo en una maleta.
Tengo todo lo que necesito, todo lo que necesito para ser libre.
Empaqueta todo, llévalo todo en una maleta…

La sangre le hervía en las venas, sintiéndose revitalizada. Cada vez que danzaba, renacía, a pesar de que, para las envidiosas de sus excompañeras, a ella le faltaba mucho por mejorar.

En la parte más lenta de la melodía, Isabel se sostuvo de la barra, y se levantó en punta sobre un pie, mientras que la pierna contraria se elevaba lentamente por encima de su cabeza, en una línea vertical que estilizaba su metro setenta más de la cuenta. Isabel era muy elástica, se le daba bien los saltos en el aire, las elongaciones de piernas, los

complicados *Fouettés*, los vomitivos *Chaînés*, de los que en sus inicios se le revolvía el estómago por ejecutar mal los pequeños remolinos que se hacían en diagonal, como si fuera el demonio de Tasmania que se desplazaba por el salón de baile. Su elegante técnica se comparaba a la de una bailarina profesional; de hecho, fue nombrada Bailarina Principal en la prestigiosa Academia de Nueva York, con tan penosa ironía que, por ser tan buena en lo suyo, le hicieron la vida miserable.

Al bajar la pierna, por el rabillo del ojo, alcanzó a ver una silueta masculina ubicada en el marco de la puerta de dicho salón.

Rodó los ojos sin descuidar sus movimientos rutinarios del ballet clásico, pero la silueta había desaparecido.

No le hizo mucho caso. Al igual que ella, algunos profesores se quedaban hasta tarde para revisar las coreografías u otros asuntos cuando había presentaciones pendientes; no obstante, no era costumbre de estos observarla mientras danzaba. Las veces en que Isabel se desenvolvía en ese espacio, nadie asomaba la nariz.

Quizás, porque entre ellos no era un secreto lo que la joven había padecido en el pasado, puesto que tardó mucho en recuperarse y volver a calzar las zapatillas de punta.

Practicó unos pasos hasta que reparó en el reloj colgado en la pared de la entrada.

¡Caramba: las 9:30!

Aun así, siguió concentrada en la música y la danza sin querer marcharse de allí; tener que volver a discutir con su estúpido hermano y su machista madre, le quitaban las ganas de volver a casa. Una hora más y se marchaba, podía estar hasta la medianoche, si se le antojaba; en la academia, el vigilante cuidaba del edificio y la conserje, limpiaba las áreas donde las pequeñas bailarinas dejaron sus desastres. Aunque recordó que la señora González le había notificado a la directora que limpiaría a primera hora, por un asunto de índole personal que debía atender esa noche. Así que, salvo el vigilante, nadie más estaba en ese lugar.

Bailó por otros cinco minutos y enseguida la silueta masculina volvió aparecer en el umbral de la puerta.

Isabel se detuvo *ipso facto*, jadeante por el baile y con una opresión en el pecho que le hizo fruncir el ceño.

—¿Steven? —llamó al vigilante, causándole cierta incomodidad, no por ser este un simple empleado de seguridad que se había tomado el atrevimiento de observarla sin su permiso, sino que había abandonado su puesto de trabajo.

Además de que estaban los dos solos.

Apagó el estéreo, dando por concluida su práctica, y se quitó las puntas para calzarse las chancletas. Estas y la falda de chifón fueron a dar al fondo de su bolso de manera desordenada, sacando después, un

pantalón deportivo que cubrió sus piernas, aun con las mallas puestas. Se enrolló la sudadera alrededor de su cintura por las prisas y se terció el bolso. Un «buenas noches» a Steven y ¡hasta luego!

Por cosa curiosa, la aprensión la siguió por varias manzanas. Isabel miraba hacia atrás, como si alguien la siguiera y ella no determinaba quién carajos podría ser. Miraba por sobre su hombro; caminaba un corto trayecto, luego se detenía para observar los rostros de las personas que caminaban por allí con tranquilidad.

¿Era ideas suyas o el nerviosismo la volvió paranoica?

La espalda le hormigueaba como si la observaran desde cierta distancia, avizoraba a lo lejos por si se pillaba a un loco o pervertido que se estuviera tocando sus partes íntimas, mientras la seguía; sin embargo, la gente andaba con sus móviles pegados en la oreja o distraídos con los pensamientos quién sabe a dónde habrían ido a parar.

Reanudó la caminata y la sensación de ser perseguida, aumentaba conforme avanzaba por las calles de Manhattan.

Levantó la mano para llamar un taxi, justo cuando llegó a la Avenida Lexington. El chofer se detuvo al ver a la joven, un tanto desesperada por capturar su atención. Se subió enseguida, dando la dirección hacia el lugar donde la debía llevar.

Isabel miró a través de la ventana trasera del auto, rodando los ojos hacia lo largo de la acera, envuelta en luces eléctricas que poco ayudaban por develar por qué tanta inquietud.

No obstante, en cuanto el taxi se puso en marcha hacia El Bronx, una silueta masculina emergió de entre las sombras, decidido a seguir a la chica hasta el fin del mundo.

Capítulo 2

—Suéltame, Leoncio de Jesús, lo nuestro es imposible, eres el marido de mi mejor amiga a quien quiero mucho. Esta mal lo que hacemos, ¡nos señalarán!

—No importa, Aura de las Tres Gracias, ¡que nos señalen! Lucharemos porque nos queremos; si tengo que pedirle el divorcio a Eugenia Altagracia, ¡lo haré!

—¡Leoncio, no! La mataremos de un disgusto. Yo me sacrifico en nombre de nuestro amor para que ella no sufra.

—Entonces, nos sacrificaremos juntos, porque nuestro amor es infinito y puro. ¡Bésame, Aura de las Tres Gracias!, ¡bésame como si fuera la última vez…!

—¡¡Maldita marginaaaaaaal*!!*

Y la amiga millonaria los pilló a ambos con la lengua metida hasta la garganta.

Isabel hizo un gesto despectivo en cuanto cerró la puerta con llave. Su mamá se hallaba sentada en el sillón frente al televisor, mirando embelesada la telenovela de las diez de la noche. Tenía cierto enamoramiento con el actor estelar, que a la joven le causaba arcadas. Le recordaba a su padre.

—Hola —saludó con desgana, yendo directo a su dormitorio para quitarse la ropa. Aún temblaba por los nervios de haberse sentido perseguida. Los ejercicios de respiración que hizo para calmarse, fueron poco efectivos en el taxi. El chofer se llevó el mérito, quien habló sin parar y sin pretender coquetearle, siendo un latino parlanchín que le había agradado por ser tan buena gente y porque había aceptado sin revirar, llevarla a un distrito del que muchos taxistas se negaban a ir a esas horas por el desmesurado índice delictivo.

—La cena que dejé en el microondas, es para tu hermano. No te guardé, porque tú no comes nada… —María Teresa le comentó sin apartar la vista de la televisión. La villana había aparecido en escena, interrumpiendo el tórrido beso que se daban los amantes.

—Bien. —Era la respuesta que Isabel solía darle a la hosca mujer. La batalla para obligarla a comer grasas saturadas, la había perdido cuando ella, tajante, le expresó que eso era basura para su organismo.

Ese día casi le vuelan los dientes de un bofetón por grosera, pero prefería prepararse la comida por su propia cuenta. A su progenitora le costaba comprender la importancia de ingerir alimentos libres de frituras y condimentos picantes que perjudicaran su salud. Vigilaba con celo, lo que se llevaba a la boca, pues un alimento equivocado afectaba su elasticidad y desempeño al danzar. Una bailarina debía estar sana por dentro y por fuera.

Sus chancletas quedaron a un lado del armario y se desnudó enseguida. Las pinzas y la goma que mantuvieron su cabello recogido en un moño apretado, quedaron desperdigados sobre la cómoda. Se duchó en menos de diez minutos y salió del baño, envuelta en la toalla. Estando de ese modo, recogió del piso, lo que había usado durante el día y lo arrojó al cesto de la ropa sucia. Luego se acuclilló para sacar todo el contenido del bolso y organizar lo que llevaría a la mañana siguiente.

A las zapatillas de punta y las de media-punta, les aplicó por dentro una capa de talco para proteger el material del mal olor y así evitar posibles hongos en sus pies. Las dejó en un extremo de la habitación para que se airearan y, en sustitución, llevaría otras, igual de desgastadas que estas. Se preocupaba que su aseo personal y su indumentaria, estuviese libre de críticas.

Una bailarina debía brindar una buena imagen.

Al *empijamarse* con un pantaloncillo de algodón y una franelilla, se dirigió descalza hacia la cocina. Su cabello húmedo lo tenía peinado hacia atrás, llegándole a mitad de espalda.

Lavó el contenedor de comida, los cubiertos, el botellín del agua, y los dejó secarse en el porta-vajillas. A continuación, se preparó una milanesa de pescado, papas al vapor y unas verduras aderezadas con una cucharadita de aceite de oliva. Y se sentó a comer, mientras los protagonistas de la telenovela mexicana, chillaban por haber sido descubiertos.

Los ojos de María Teresa, se posaron sobre el respaldo de su sillón, para mirarla.

—¿Te comiste el pescado que tenía reservado para mañana? —inquirió presta a darle un sermón. A esa le gustaba comer bien y que los demás pasaran hambre.

—Es el magro. Los otros están en el refrigerador. —Isabel se aventó tres bocados para levantarse rápido de allí. La pregunta ruda de su madre, presagiaba una inminente discusión.

El ceño de la mujer se frunció al verla sentada en el comedor, sin calzado.

—Te van a salir juanetes, si sigues descalza —espetó—. Esmérate en cuidarlos que, de por sí, los tienes espantosos. Parecen patas de bruja…

La joven escondió los pies debajo del asiento. Las llagas en sus dedos y talones, hablarían pestes de ella.

Y sus uñas…

Sin replicar, tal vez porque el temita la tenía hasta la coronilla, se levantó de la mesa y terminó de cenar, recostada en la encimera de la cocina. Tenía que obligarse a recurrir a la paciencia para contrarrestar los insidiosos comentarios de doña García, o terminaría por contestarle con una de las suyas.

Tras cepillarse los dientes, se encerró en su dormitorio y se sentó en su cama con un bote de crema para el cuerpo a fin de masajearse los pies.

Los observó sobre el colchón e hizo un mohín. La verdad es que lucían espantosos, pero el amor al arte, le hacía pagar un alto precio: llagas, callos, cortaduras, laceraciones, caídas de uñas o uñas verdes…

Las del dedo gordo daban pena.

Vertió crema en la palma de su mano y masajeó con delicadeza cada pie, prestando atención en los dedos, el empeine, los talones y tobillos. Hacía movimientos circulares de arriba abajo, de abajo arriba, y luego a los lados para activar la circulación de la sangre y así aliviar el maltrato sufrido por las zapatillas.

Una vez que terminó de hacer esto, apagó la lámpara de su mesita y se metió bajo la cobija, hundiendo su cabeza en la almohada.

Paz…

Deliciosa y magnífica paz que la envolvía. El *rap* estridente que provenía de los reproductores de los autos estacionados en la calle, los gritos molestos de sus vecinos del piso de arriba, los disparos entre las pandillas, la sirena de la policía, los ladridos de los perros, los maullidos de los gatos en celo…, no se escuchaban.

Esa noche en particular el silencio imperaba e Isabel agradecía a todos los santos, pues así descansaba como era debido. La mayoría de las veces, toda esa cacofonía infernal llegaba a sus oídos, costándole dormir.

Cerró los ojos y expulsó todo el aire contenido en sus pulmones a través de sus fosas nasales, como si con esto, se desinflara y hundiera más en la cama, abandonándose al sueño profundo.

¡Auuuuuuuuuuuuuuuuuu!

¡Auuuuuuuuuuu!

¡Auuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!

—¡Huy, ¿qué es eso?! —Isabel despertó sobresaltada, sentándose en el acto, mientras clavaba la vista hacia la ventana.

Afuera, el aullido –de lo que parecía ser un perro– retumbaba en las inmediaciones con un lamento que le helaba la sangre.

Reparó en la hora de su móvil y arrugó la nariz al comprobar que pasaba de la una de la madrugada. El condenado animal la había arrancado con rudeza de los brazos de Morfeo.

Molesta, se arrebujó en la cobija, a la vez en que su corazón trataba de ralentizar el golpeteo en el pecho. Seguro que era ese husky siberiano que tenía el vecino en el edificio del frente como mascota, quizás aullando porque el desgraciado no le había dado de comer o pasaba mucho tiempo encerrado solo en el apartamento.

¡Auuuuuuuuuu!

¡Auuuuuuuuuuuuuuu!

—¡Ay, no me jodas! —gruñó en voz baja. Al carajo fue a dar su sueño. El perro aullaba como si estuviera bajo su ventana.

Mascullando una letanía de increpaciones, se levantó de la cama para arrojarle un zapato. Ya se las arreglaría al otro día para recuperarlo, por lo pronto, le urgía espantar al pulgoso.

—¡Largo! —Asomó la cabeza para ubicar al cuadrúpedo y darle un zapatazo. Sin embargo, allí no estaba, sino lejos donde el aullido perduraba en la penumbra, erizándole la piel.

Con casi medio torso por fuera de la ventana, Isabel miró en ambos sentidos de la solitaria calle, mientras aguzaba el oído. ¿Desde dónde carajos aullaba? Le daba la impresión de que el perro se hallaba sobre el tejado de alguno de los edificios cercanos. Quizás, logró subir al suyo y desde allí, saltó y saltó, desvelando a los residentes del sector.

Emitía un sonido poderoso y triste como si estuviera lanzando sus quejas a la luna…

¿Menguante?

Le echó un vistazo al cielo nocturno, el espectro lunar con su curvilínea forma en «C», se ocultaba entre densas nubes, negándole la luminosidad a los seres de la noche.

Aun así, Isabel recordó un documental que vio una vez en la televisión, sobre los mitos de los lobos: los aullidos nada tenía que ver con la luna llena.

Si bien, aquel perro no pertenecía a la familia de los lobos, tenía la capacidad de ponerle los pelos de punta, pues su aullido le resultaba atractivo y a la vez repulsivo.

Cerró la ventana y corrió la cortina, en un vano esfuerzo por cortar con el molesto sonido del animal, del que parecía que estuviera llorando o llamando a su compañera.

De hecho, algo de ello tenía que ver.

En el caso de los lobos, estos se tornaban bulliciosos por varios motivos: para unir a la manada, marcar territorio, ahuyentar a los enemigos, alertar a los suyos, confundir a las presas y atraer a su pareja.

—Como que el pulgoso está con ganas… —Por algún motivo, esto

último se le hacía más probable.

Se arrojó de mala gana a la cama, jurando para sus adentros que jamás tendría el desatino de adquirir un perro. Eran molestos, tragones, cagones y dañinos. El dóberman de una de sus amigas, le destrozó un sofá de ocho mil dólares y vomitó lo ingerido sobre la alfombra persa de la sala.

En cuanto amaneciera, dejaría una nota pegada en la puerta del edificio del frente, dirigida al inepto dueño del husky siberiano, para que le pusiera más atención a este. Al parecer, ese tipo de raza era muy revoltosa.

*****

—¡Muy bien!, vas a decirnos: ¿A quién hiciste feliz y luego te rompió el corazón a ti? ¡Cuenta! ¡Cuenta!

—¿De quién me hablas? —Isabel inquirió a Camila Wilson, quien le interceptó el camino, una vez cruzó la puerta principal de la academia. La expresión de la anciana brillaba por el deseo de averiguar de primera mano, sobre lo que se hallaba reposando fabuloso en la mesita central del vestíbulo.

—¡*Del que te trajo* este bellísimo ramo de rosas! —Se hizo a un lado, mostrando lo que había detrás de ella.

Isabel jadeó.

—¡¿Y eso?! ¿Quién lo trajo? —Su mandíbula cayó una pulgada, asombrada por el impresionante arreglo floral que se abría como un abanico rojo, dando la bienvenida a todo aquel –sobre todo a ella– que llegaba esa mañana.

—Eso es lo que nosotros queremos saber: ¿Quién es tu enamorado? —preguntó con socarronería, Julia Jones, la directora del centro de ballet para niñas. A su espalda, Claire y Gavin, profesores de danza clásica con más de veinte años de experiencia, se mantenían expectantes a lo que la joven les respondiera.

—Y-yo no tengo novio…

—¿Y enamorado? —Camila indagó curiosa—. Querida, eres bella. Debes tener muchos admiradores por ahí. —Julia y los demás, asintieron a lo que la anciana comentó. Isabel era la más joven de los profesores que allí trabajaban y era la primera vez en que a ese centro llegaban detalles tan magníficos como este.

Isabel dejó caer su bolso deportivo al piso y se acercó hasta el ramo para buscar la tarjeta, pero Camila se la entregó, siendo ella quien la había extraído antes de entre esas tupidas rosas que parecían hechas de terciopelo rojo.

—Nos tomamos el atrevimiento, porque no sabíamos a quién iba dirigido —se excusó emocionada—. ¡Pero ya sabemos!

La joven leyó la tarjeta escrita de puño y letra, en una elegante

caligrafía.

Para: Isabel García.
Gracias y lo siento.

«Gracias»: ¿de qué?

«Lo siento»: ¿por qué?

Fue lo que se preguntó en su fuero interno. No recordaba hacerle algún favor a alguien ni que la hubieran disgustado tanto, como para merecer semejante obsequio.

—¿Quién es él? —Camila casi mantenía la nariz pegada sobre la tarjeta. Las niñas comenzaban a llegar, acompañadas de sus madres que apenas saludaban, dejándolas allí en el acto.

La otra se encogió de hombros.

—Ni idea… —A menos qué…

Hizo un mohín.

—¿Qué pasa, querida? —la otra se preocupó. Era una mujer bohemia, mayor de setenta años, ataviada en un vestido de falda plisada, pañuelo al cuello y boina.

—Debe ser de *ese viejo baboso* que no soporto —masculló avinagrada. En una ocasión les había comentado sobre Orlando Fonseca, empresario de asuntos de telecomunicación, que constantemente la acosaba, y su madre encantada para que le diera culo por una interesada causa que a esta y a Arturo, les convenía.

—¿Qué hacemos con el ramo? —Camila consultó un tanto aprensiva, intercambiando a la vez una mirada con la directora y los demás profesores. Las niñas tocaban con cuidado los pétalos de las rosas, fascinadas por su belleza.

—Si desean dejarlo ahí, no me opondré. Alegra la vista a todo el mundo. —Pero que ni se emocionara el vejestorio, porque ella ni le devolvería el saludo.

La anciana posó la mano en el hombro de la muchacha.

—Qué lástima —se lamentó—, nos llegamos a contentar por ti…

Isabel esbozó una sonrisa apagada. Sus ojeras evidenciaban el desvelo que sufrió la noche anterior a causa del maldito perro aullador, pero que optó por no hacer ningún comentario para evitar burlas.

Rompió en dos la tarjeta y la arrojó a la papelera ubicada en un extremo del vestíbulo, y se marchó al salón con un grupo de niñas pisándole los talones.

Si ese sujeto volvía a desplegar su arsenal de conquista, tomaría cartas en el asunto para que dejara de fastidiarla. Tendría que hablar

con la esposa, ya que la policía no intervenía.

Capítulo 3

Desde el otro lado de la calle, Everett observaba cómo la joven rasgaba la tarjeta.

Se adentraba al recinto, sin apreciar el ramo de rosas que con tanto esmero pidió le hicieran para ella, que no pudo evitar sentirse un poco decepcionado.

Lo confundió con un sujeto que, al parecer, la acosaba constantemente al punto de aborrecerlo. Esto hizo que él quisiera destrozarlo para que la dejara tranquila y así enviar un mensaje a los que también pretendieran cortejarla; tenía dueño, él se había autonombrado en cuanto sus ojos se posaron en ese ángel encantador que le dio fortaleza mientras moría.

Se acomodó los espejuelos que tenía sobre la cabeza y a pie se marchó hasta doblar por la esquina de la Avenida Madison. A pesar de que aún usaba un bastón para soportar el dolor en su pierna derecha, caminaba a lo largo de las kilométricas manzanas, ignorando el exceso de ruido en su entorno por su aguda audición, pensativo por cómo las cosas se torcieron esa mañana; con ilusión había imaginado a la joven, tomando una de las rosas y aspirándola emocionada por el pretendiente que había quedado flechado por la pureza de su corazón; en cambio, hizo un gesto de desagrado que lo desconcertó.

Admitía que fue un tonto soñador, pero se permitió comportarse como un hombre común que engalana a una mujer de extraordinaria belleza espiritual y física. Alguien como ella, debía ser desposada con rapidez u otro se le adelantaría.

Esa determinación lo llenó de ansiedad, puesto que apenas la vigilaba. Por meses estuvo postrado en una cama, confinado al encierro de su casa, en vez de estar en un hospital, siendo cuidado por los mejores médicos traumatólogos y cirujanos. Tenía motivo de peso para no hacerlo:

Era un hombre lobo.

Los secretos debían mantenerse fuera de la luz pública o más de uno perecería. *Lo que filmaron* –los testigos de aquel día– fue borrado de las plataformas virtuales al cabo de los minutos. Otro vídeo lo sustituyó, aunque a modo de chiste para borrar conjeturas y teorías de conspiración extraterrestre.

Everett tuvo las fuerzas suficientes para ordenarle al paramédico que, en su nombre, avisara a través del móvil a sus hombres, sobre las acciones que debían hacer.

Innumerables veces pensó en la joven morena, rememorando sus palabras de aliento, su sonrisa atribulada, su perfume floral. Estando con sus heridas en proceso de regeneración, la investigó en su ordenador portátil que mantenía a diario sobre los muslos, sin revelarle ni siquiera a su propio padre lo que tanto le obsesionaba. Hasta tuvo que crearse una estúpida cuenta en Instagram para saber lo que esta hacía. El seudónimo que utilizó para seguirla lo mantenía en el anonimato, cuidándose de que otros la monitorearan. Isabel era fabulosa; con las fotos que observaba embelesado le indicaban que era apasionada. El ballet era su mundo; no tenía novio del que se mostrara enamorada, tampoco con referencia a su familia. Asumía que era reservada y que los asuntos de índole personal, los dejaba para la privacidad de su hogar. Solo publicaba a sus seguidores frases motivadoras sobre superación personal, sueños posibles de alcanzar, imágenes de bailarinas, de zapatillas de ballet, de tutús, de canciones inspiradoras.

Observarla a través de ese medio se había convertido en su dosis diaria para soportar su propia realidad.

La pierna derecha le quedó inutilizada por la caída, y permanecería así hasta que él cediera a los instintos.

Crispó el rostro, cuando los huesos de dicha pierna comenzaron a resentirse por la caminata. Se detuvo, la rótula parecía querer salirse de los ligamentos, la tibia y el peroné, lanzaban oleadas de dolor que lo martirizaban. En los tiempos en que estuvo sano, sus extremidades inferiores fueron su orgullo; tan veloces y fuertes, recorriendo miles de kilómetros sin agotarse, teniendo alguien que no fuese como él, devolverse en un transporte de cuatro ruedas o en una aeronave.

En una ocasión repitió doce veces el vídeo que Isabel García subió en una de sus antiguas presentaciones. Admiraba la forma en cómo danzaba. ¡Eso era arte en movimiento! Tan sutil, tan sensual…, que hasta tuvo una erección.

Con cuidado, dobló la pierna hacia atrás y luego la estiró con lentitud para liberar la tensión alojada en sus músculos maltrechos; su bastón se había convertido en la indeseable «tercera pierna»; sin este su cojera sería más notoria y dolorosa, pero si lo usaba su minusvalía se vería a la distancia.

—¡Hey, Everett! ¡¡Everett!! —Una voz masculina lo sacó de su ensimismamiento y alzó la mirada, cubierta por sus espejuelos, para comprobar que se trataba de Jevrem, su sobrino.

—¿Por qué me siguen? Les dije que daría un paseo por la ciudad —increpó al joven de veinticinco años, que asomaba el rostro a través de la ventanilla trasera del Mercedes-Benz, propiedad de su tío Everett. Frente al volante se hallaba Kuzman y en el asiento del copiloto, Boris. Dos tipos rudos que protegían a los Brankovic desde hacía veinte años.

La familia serbia más adinerada en toda América del Norte.

Boris se bajó y abrió la puerta del vehículo para que el obcecado heredero se subiera al lado del muchacho.

—No comprendo esa fijación que tienes por esa mujer, cuando hay otras mejores que puedes obtener con la cantidad correcta de dinero.

—Cuidado, Jevrem... No estoy de humor para estupideces. —Guardó los espejuelos en el bolsillo interno de su chaqueta, una vez la puerta se cerró a su costado. Su pierna hormigueaba, queriendo masajearla en su afán de reconfortar su padecimiento, pero se aguantaba. El bastón, reposando en un extremo.

—Ya veo que no —el otro replicó, perdiendo cuidado de ser escuchados por los guardaespaldas. El cristal blindado que dividía la cabina de los asientos posteriores, les brindaba privacidad y protección—. Te has vuelto amargado, necesitas sexo con urgencia. ¿Lo has hecho desde que estamos aquí? —El silencio y la mirada distraída de su tío, puesta en la ventanilla, era un claro indicativo que seguía en su celibato—. ¿Cómo es que te aguantas tanto? Yo explotaría.

—Pues, yo no —mintió. De hecho, *explotaba* tres veces al día con la ayuda de su propia mano. Siempre pensando en esa chica elástica.

Jevrem sacudió la cabeza por el empeño de Everett de negarse a aparearse con las mujeres que le llevaban a su habitación, que hasta su padre comenzaba a poner en entredicho su hombría.

—Quieres responderme: ¿A qué hemos vuelto a Nueva York? No será por esa mujer…

La mirada en la ventanilla.

El silencio imperante.

—Sácala de tu mente, tío —le aconsejó—. Esa jamás será aceptada. Es una omega.

—¡Y yo también! —Con la punta del bastón, golpeó el piso alfombrado del Mercedes—. Mírame, Jevrem: ¿qué es lo que ves? —A él le importaba un carajo que los suyos se opusieran. La quería a ella y haría lo que fuera por poseerla.

La ventanilla central se deslizó hacia abajo, asomando Kuzman, sus ojos, ante la vibración que viajó hasta sus pies. Aguardó por algún mandato, pero como ambos parientes permanecían herméticos y con el ceño fruncido, optó por ignorar el golpe.

Discutían.

—La imagen de un líder —el sobrino le hizo ver—. Aunque hubieras quedado inválido, los demás te seguirían. Escuchan lo que dices, te respetan y veneran; en ti confían para mantenerse unidos. Con Ranko, temen que los lleven a una guerra con otros clanes. Ya sabes sus propósitos.

Everett se volvió hacia el joven y asintió dándole la razón: Ranko –

el mayor de los hijos de Stanislav Brankovic– desde que era un lobezno: pretendía levantarse como el «alfa» que guiaría al Clan Kenai hacia la cima entre los más poderosos. Y, para esto, subyugaría a las especies dispersas desde Canadá hasta la frontera con México, reagrupando los diversos clanes en uno solo. Los guiaría como rebaños y desterraría a los que están en la escala más baja de la jerarquía. Para él: los enfermos, los ancianos, los minusválidos como Everett, perjudicaban a la manada.

Así que: al miembro que fuera tachado como «omega», lo obligaban a emigrar a tierras extrañas.

Lo que era peor que la muerte.

—Él ahora es el que rige. No estoy en capacidad de enfrentarlo.

—Con palabras, sí.

—Ranko no es hombre de palabras. Si lo desafío, querrá un enfrentamiento. ¿Crees que estoy en condiciones de medir fuerzas con él? A duras penas puedo caminar…

Escuchar la aceptación de un destino por la que su tío nunca tuvo previsto, fue como si a Jevrem le hubieran dado un duro golpe en la boca del estómago.

—Cómo has cambiado —replicó molesto—. El Everett que conocí una vez, hubiera luchado hasta con los dientes por defender a su gente.

—*Ese Everett* dejó de existir al caer. El que se levantó es otro.

Sí que lo era, se lamentó el joven en su fuero interno.

Este era como un fantasma.

—¿Volviste a ese lugar?

—No.

—A todas estas: ¿A qué fuiste la primera vez? —El otro no respondió—. Tío…

—¿Qué es lo que tanto les preocupa: que me arroje allá de cabeza? En la ciudad hay cientos de edificios más altos que aquel —respondió con mordacidad—. Y, no: no intenté suicidarme. Ya se los dije, no lo repetiré más, me tiene harto que me mantengan vigilado.

—Es que nos cuesta comprender qué fue lo que te motivó a pisar ese lugar. Caramba, tío, ¿tienes idea de los sujetos que se hospedan en ese lugar? ¿A qué fuiste allá, si no es para que te asesinaran?

—¡Ya les dije que no lo recuerdo!

—Pero la recuerdas a ella… —La mujer que le brindó ayuda. La memoria de su tío se vio afectada por el impacto contra la acera; la inflamación del cerebro por la fractura del cráneo, las convulsiones y múltiples fracturas de sus huesos, comprometieron su credibilidad con el patriarca de la familia.

El cargo como líder fue transferido al más belicoso de la comunidad lobuna.

Ranko.

Por fortuna, el incidente fue oculto al resto de la manada, endilgando su gravedad a un accidente aéreo.

—De ella recuerdo poco —Everett mintió con descaro. Por supuesto que de Isabel García lo recordaba absolutamente todo. Jamás había estado tan en sintonía con una mujer, como lo estuvo con ella ese día.

Jevrem hizo una expresión de: ¿Me viste la cara de pendejo? Era obvio que la locura de su tío se motivaba por esa mujer que, incluso a él, lo intrigaba.

El Mercedes-Benz bordeó la plazoleta que colinda con la fachada de una mansión vacacional neoclásica que se erigía en Los Hamptons, y se detuvo debajo del pórtico de altas columnas dóricas, para acceder a su interior.

Milenko, un omega procedente de Valjevo, los saludó en cuanto los dos Brankovic entraron por la puerta principal, yendo cada uno por rumbos diferentes por estar enojados. Jevrem se fue directo a la cocina para devorar lo que Blanka había preparado, mientras que Everett se encerró en su dormitorio.

La lujosa residencia fue adquirida por su padre, quien la frecuentaba cada vez menos por los achaques de salud que padecía desde hacía varios años. La ciudad no le ofrecía tranquilidad y los médicos –los que conocían su verdadera condición– vaticinaban que sus días terminarían pronto.

Su deterioro desencadenó la tristeza de sus hijos menores y la ambición del mayor.

Y el odio.

Antes de que Everett sufriera la caída, Ranko alzó la voz ante los Ancianos, negándose en aceptar el anuncio que hizo su padre, de nombrar al «alfa» que habría de sustituirle, recayendo el nombramiento en su hijo favorito.

Por cuestiones de nacimiento, el que debía heredar, sería el primogénito, pero Stanislav consideró que el más apto era el menor, pues este tenía madera como líder: se le daba comunicarse con los demás; si alguien se oponía, escuchaba, pero se hacía imponer, siempre y cuando fuese por el bien de la manada. Mantenía a raya a los revoltosos, trataba bien a los sumisos, cuidaba de los lobeznos, seleccionaba a las jóvenes hembras en etapa de reproducción, asignándolas a los hombres más fuertes, y aquellas que consideraban de primer nivel, eran apartadas para la raza dominante.

Los Brankovic.

Estos incluían a los tíos, primos, sobrinos, hermanos…

Ranko preñó a tres hembras, con una camada de seis cachorras en su haber; Damir –el segundo de entre los hermanos– a dos, teniendo con estas, cuatro inquietos sobrinos, incluido: Jevrem, mientras que

Everett prefería guardar su simiente para cuando estuviese preparado en formar familia. Le angustiaba atarse a una mujer y rodearse de cachorros malolientes y llorones; prefería disfrutar de su soltería, experimentar con las hembras en celo, degustando hasta la saciedad de la variedad femenina; con una…, no se le antojaba. Sería muy aburrido follar siempre con la misma.

Esto fue, hasta que apareció Isabel.

Dejó el bastón sobre la cama y se quitó la chaqueta, arrojándola al sillón cercano a la chimenea. Luego se sentó en el sillón de al lado, al tiempo en que se quitaba los zapatos con sus propios pies. Masajeó la pierna que le dolía una barbaridad, entre quejidos poco audibles para que nadie lo escuchara, y escupió una maldición dirigida al bastardo que debió haberlo drogarlo o golpeado en la cabeza para dominarlo.

Por más que se esforzara en aclarar sus recuerdos, se frustraba. Lo que sucedió aquella mañana era difuso. Apenas dilucidaba algunos rostros y voces que…

Sacudió la cabeza.

Todo era confuso.

Aun así, la recordaba a ella.

De no ser porque Jevrem le ayudó a rastrearla, él hubiera pensado que fue producto de las alucinaciones por estar moribundo. No obstante, entre su agonía, leyó el nombre del lugar a donde ella se dirigía, lo traía impreso en un bolso que se usa para el gimnasio. Aunque este pertenecía a una institución que complementaba su apariencia.

Fácil y rápido.

Hasta ahí…

Lo demás: acercarse, hablarle, revelarle su pasado…, era la parte más difícil y la que más le preocupaba. Ella lo miraría con horror.

Sin el bastón, cojeó hasta el baño. Desenroscó la tapa de los calmantes –ubicados sobre la encimera del lavabo– y sacó dos cápsulas. Abrió el grifo para verter un poco de agua en sus manos unidas como cuencos y sorbió un profuso trago. Luego dejó el grifo abierto de la tina para que se llenara, mientras él se desvestía. Aún le afectaba que a su ángel no le hubiera agradado sus rosas.

—Claro, idiota, ¿cómo iba a saber que tú se las enviaste, si le escribiste un «gracias y lo siento»? Para la próxima: pon tu puto nombre —masculló a la vez en que se desabotonaba de mala gana la camisa. En el piso de baldosas de mármol negro, sus ropas de diseñador formaban cúmulos arremolinados, siendo coronados por el calzoncillo. El agua en la tina llegaba al tope permitido y, cojeando desnudo, le agregó sales minerales y otros líquidos aromatizantes para relajarse, y se metió en esta haciendo gestos de dolor.

La espalda la recostó contra el respaldo de porcelana y sus piernas

se extendieron hasta tocar el otro extremo. La tina era de diseño clásico con patas labradas en hierro fundido que resaltaba su blancura del negruzco piso.

Respiró profundo a la vez en que cerraba los ojos y luego soltaba el aire de sus pulmones a través de las fosas nasales con extrema lentitud. Maldita sea que prefería le hubieran amputado la pierna para no tener que soportar tanto dolor. Los calmantes no le hacían efecto, pero los consumía, desesperado por conseguir alivio. Hasta llegó a utilizar los servicios de un chamán con el fin de que le rezara sus cicatrices, pero este, al pleno conocimiento de su condición genética, le advirtió que, si no abrazaba su lado «salvaje», la pierna seguiría dañada.

Salvaje…

El alivio lo tenía al alcance de su mano; sin embargo, recurrir a esto, era olvidarse del juramento hecho a su madre en su lecho de muerte: no volver a ser lo que antes fue.

Salvaje.

Apretó los párpados y contuvo las lágrimas. El rostro desencajado de su madre, la sangre que la cubría, sus heridas…, estallaban en su cabeza como *flashes*. Todas esas terribles imágenes le hacían querer acabar con su vida. Aun así, él *no lo intentó* el otoño pasado. No fue a ese lugar a lanzarse desde las alturas, él fue a… Él fue…

¿A qué fue?

No lo recordaba.

Alargó la mano y tomó del piso dos cajitas que solía dejar al alcance y del que los sirvientes tenían la obligación de mantenerlas allí, mientras él se hospedara en esa casa. De una de estas extrajo un tabaco y de la otra: una cajita de fósforo, del que, a continuación, encendió para quemar la punta del tabaco. Everett le dio una buena calada; al menos de este modo, conseguía apaciguar todo su sentir.

Los anillos de humo flotaban en el aire.

Se tomó otra profunda respiración y se relajó, recostando hacia atrás la cabeza en el borde de la tina. Cerró los ojos, dando por segunda vez otra calada al tabaco; la hora del baño era esencial para calmar esa sensación de echar todo a la mierda y olvidarse de que el mundo daba vueltas.

¡Ah!, ¡pero es que no podía hacer tal cosa!

En este mundo existía Isabel.

Su Isabel.

¿Lo recordaría como él hacía con ella?

A lo mejor, no.

¿Quién querría recordar a un supuesto suicida? Isabel siguió con su vida, como si ese desafortunado evento jamás se hubiera dado. Quizás borró su rostro de su memoria para evitar trastornarse por las noches,

como él hacía cada vez que se acostaba en la cama.

Pero la espera acabó y el acercamiento con esa joven catalogada de «omega», sería inminente. Everett se encargaría de demostrarle a los demás que esa humana era más que eso: era valerosa, sencilla, noble, aguerrida…

Lo contrario a él que era un perdedor.

Capítulo 4

Jasna Ivanovic aguardaba en la cama a que Everett saliera del baño.

El humo del tabaco que se percibía a través del orillo de la puerta, le advertía que él se tomaba un tiempo a solas y que mientras estuviese encerrado allí, no debían molestarlo.

Así que, con paciencia lo esperó, ataviada con un *negligé* de encaje negro y un par de esposas para que la inmovilizara a los barrotes del cabecero de la cama. Las indicaciones fueron específicas: tentarlo y satisfacerlo hasta que le quedara estampada una sonrisa tonta en la cara. Jasna era una loba lujuriosa de sesenta años con cuerpo de veinteañera, propiedad de Stanislav Brankovic. Este la había telefoneado desde Alaska, para que atendiera a su hijo. Lo que él pidiera, debía obedecerle sin rechistar. Era su trabajo como parte del rebaño.

Por supuesto que, para esa morena de ojos verdes, ofrecer su cuerpo voluptuoso era todo un placer. A Everett se lo conocía como un semental que pasaba horas retozando con varias hembras, obteniendo de estas un buen número de orgasmos. Ella quería unos cuántos para sí, disfrutar de esa musculatura animal que en más de una ocasión apreció de lejos, cuando este se paseaba sin camisa por la ensenada de Cook.

Se relamió los labios y fantaseó con ese espécimen, teniéndola de piernas abiertas y penetrándola con rudeza. Sus gemidos serían escandalosos, sus muñecas aprisionadas en ese duro metal, como víctima secuestrada que violarían durante días. La sola idea de ser tomada de esa manera la excitaba.

Gruñó, comenzando sus manos a tornarse impacientes. Se tocaba a sí misma, acariciando la parte interna de sus muslos, yendo hacia arriba lentamente para autosatisfacerse. Estaba húmeda y su clítoris lo tenía hinchado por el febril deseo de la penetración, contando los días que le faltaban a Stanislav para que estirase la pata. Una vez pereciese, ella pasaría a ser parte de la herencia del que sería el nuevo Alfa.

Si bien, Ranko era todo lo que una hembra ansiaba para procrear una progenie fuerte, Everett le hacía competencia. Igual de alto, igual de poderoso y excitante, igual de viril…

A Ranko ya lo obtuvo, siendo Jasna el regalo de cumpleaños en su vigésimo primer año, haciéndola partícipe de un trío; de eso hacía treinta y cinco años. Estaba segura que con él seguiría con los mismos

oficios amatorios, al que el padre la había compartido con sus descendientes más de una vez.

A excepción de Everett con quien no tuvo el placer.

Hasta ese instante.

Aspiraba que el menor de los hermanos Brankovic despertara del letargo del que se comentaba en voz baja y reclamara el puesto que, por derecho de nombramiento, le correspondía. Siendo el Alfa, ella solo sería la amante de un lobo.

Everett detestaba compartir.

Por lo menos, mientras estuviese interesado.

Y Jasna sabía de muy buena fuente lo que a él tanto le gustaba en la cama.

—¿Qué haces aquí? —la ruda pregunta hizo que la mujer dejara de masajear su clítoris por encima de sus bragas.

—Espe… —se desconcertó de lo que veía—. Esperándote, querido —ronroneó, acomodándose boca abajo, a la vez en que sus ojos paseaban con disimulado desencanto por sobre el delgado torso que este mostraba.

Había perdido toda la masa muscular que a ella tanto le gustaba.

¡Vaya que tuvo una pésima recuperación!

Su enjuto rostro, aunado a las ojeras negras bajo sus ojos, y esa horripilante barba y greñas de mendigo loco, lo hacían ver más viejo y acabado.

—¿Para qué? —Se hizo el desentendido—. No te llamé.

Con la toalla en torno a sus escurridas caderas y su piel y cabellos aún húmedos por el relajante baño en la tina, Everett cojeó hasta el clóset y deslizó la puerta corrediza para escoger uno de sus trajes de corte impecable, a pesar de que en un principio su propósito fue la de ataviarse con algo informal y así pasar el día leyendo en la terraza. Pero como su querido padre insistía en que su hijo clavara el *pito* en la vagina de una de sus rameras, prefería alejarse de allí.

Esos días acabaron.

Jasna ignoró el desplante y se puso a gatas sobre el colchón, arqueando la espalda para que su trasero se respingara, dándole una idea sugerente de lo que le podría hacer a ella.

—Fui enviada para darte placer —dijo—. Soy tu regalo.

Él esbozó una amarga sonrisa, sin que Jasna se diera cuenta.

Regalo…

—No necesito que otros paguen por mis mujeres, puedo costearlas por mi propia cuenta. Vete, por favor. —Abrió una de las gavetas alineadas de forma vertical que estaba a un extremo del clóset y extrajo un bóxer de color gris claro.

—Eso lo sabemos todos, cariño. —Meneaba el culo como perrita acalorada—. Acepta lo que te obsequian, soy buena complaciendo a

mis amos. ¿Quieres ser *mi amo* por este día? Seré buena cachorrita…

Él se quitó la toalla y la dejó en el piso para ponerse el bóxer, dándole la espalda a la seductora mujer.

Jasna contuvo un gesto de lamento al observar lo desmejorado que lucía. Qué lejos estaba ese hombre de aquel que a más de una hizo suspirar y a ella ponerle duro los pezones. Se le notaban las costillas y cada disco de la columna vertebral, como si fuera la radiografía de un muerto de hambre, empeorando todo con esa cicatriz que rodeaba su pierna enferma, asemejándose a una serpiente que causaba repugnancia.

Muy espantoso.

Aun así, cumpliría órdenes.

—¿Quieres esposarme? —Le mostró las esposas, lamiéndolas en una clara insinuación de lamerle las bolas—. Soy tuya para lo que sea, puedes pedirme que haga lo que quieras…

—Lo que quiero es que me dejes solo. —La percha de un traje del mismo color del bóxer, sostenida a la altura de sus ojos para evaluar si usarlo o no. El sastre tuvo que tomarle de nuevo las medidas por la progresiva disminución de su talla.

—¿Alguna fantasía? Soy toda oídos. —Lo ignoró, poniéndose en pie y acercándose a él, desplegando sensualidad—. Cuéntame cariño —le acarició su esquelética espalda—: ¿Qué es lo que deseas que haga para ti? Tu fantasía es mi fantasía.

Fantasía…

Él tenía una que, de solo pensarlo, se endurecía su entrepierna.

Jasna miró hacia su bulto y sonrió perversa.

Lo tenía.

—Puedo hacer lo que quieras o imitar a quién quieras —ronroneó a su oído—. ¿Qué deseas, cariño?

Él dejó en el clóset, la percha del traje y cojeó hasta el sillón orejero de cuero negro donde minutos antes había arrojado su chaqueta. La tiró al piso y se sentó ahí, semidesnudo. El fuego en la chimenea incrementaba el calor que comenzaba a bullir en la habitación.

—Danza —le pidió enronquecido. Si en realidad imitaba, que fuera a la que deseaba.

La mujer parpadeó asombrada.

—¿Danzar? ¿Danzar qué…?

—Lo que hacías antes —la miró ardiente—. Danza para mí.

La petición del hombre fue una sorpresa para Jasna, quien no danzaba desde 1980.

—¿P-por qué quieres que baile, si podemos follar?

—Porque quiero que lo hagas —contestó con acritud—. Si no deseas: márchate; si lo haces, te follo hasta que te desmayes.

Ella dudó que él tuviera el aguante para hacer que perdiera el conocimiento, dada su precaria condición física. Pero se mordió la lengua. Si era lo que él quería, lo complacería.

Frente al asiento de Everett, se puso en Posición Preparatoria, con los brazos hacia abajo, apenas arqueados y las manos siguiendo la misma trayectoria para formar un óvalo; una pierna adelante y otra cruzada atrás, como si estuviese aguardando la orden de su profesora para la danza.

Se mordió el labio inferior, aunque lo hizo con coquetería, más que todo para darse tiempo de recordar las posiciones básicas de la Escuela Rusa. Everett la observaba sin afanarla, comprendía que había pasado muchos años en que esta no danzaba, por lo que, se acomodó en el sillón, dejando sus brazos con elegancia sobre los apoyabrazos y sin cruzarse de piernas. Los calmantes –de los que tomó otras dos cápsulas, después de la tina– apenas aminoró el dolor de sus heridas internas.

Jasna cerró los ojos e imaginó que la melodía del Vals de las Flores de la Suite N.1, Op.71, del Cascanueces, de Piotr Ilich Chaikovski, sonaba en su cabeza.

Descalza, se puso en puntillas y en una exigencia que había quedado grabada en su mente, se obligó a sonreír a su público.

Comenzó a bailar, elevando apenas una pierna hacia atrás, luego la otra; deslizándose sobre las alfombras –desplegadas por secciones en el piso– con evidente agarrotamiento por las décadas en que estuvo inactiva y giró con torpeza, trastabillando en dos ocasiones.

Everett recostó su barbilla en la mano, notablemente aburrido. Para nada danzaba como Isabel.

—Es que ha pasado mucho y no tengo música… —se excusó avergonzada, deteniendo su fallido intento de seducirlo—. Pero si me permites, iré a… —Rápido corrió hasta el estéreo empotrado en la pared norte y desesperada buscó alguna melodía suave. Tuvo éxito y sintonizó –entre las que tenía Everett programadas– una que le serviría para efectuar bien su presentación.

Volvió a su puesto una vez más, y con su sonrisa fingida de bailarina, le demostró al flacucho lobo que todo lo que le pidiera, ella lo haría.

El Amo de las Hadas, vibró con sutileza en las teclas del piano de Julio Mazziotti.

Al escucharla sonar, Jasna sintió que una parte de su ser –que tenía enterrado– salía a flote, conmoviéndola sin hacerlo evidente a su huraño espectador. Everett era el amo y ella, el hada que estaba bajo sus órdenes. Alzó sus pies en puntillas y danzó, esta vez, con la gracia que Everett esperaba de una bailarina de su experiencia. Le plació verlo sonreír, aunque no con ese brillo que le hubiera gustado

observar; aun así, se deslizó por la habitación alfombrada, recordando una pieza musical que bailó antes de entregarse a la mordida de un lobo.

Estaba fuera de forma con respecto a la elasticidad, pero se esforzaba por ejecutar su *performance* con el menor número de errores posibles. Sin embargo, su *adagio* o movimientos lentos le salían bien. Esto la insuflaba de confianza para que su *ballonné* saliera a la perfección; no es que fuera un *jeté* que impresionara a Everett, era un modesto rebote en una pierna del cual hacía un pequeño salto, como si pateara con la otra una pelota que está en el aire, y luego desciende suave sobre la alfombra.

Emocionada, Jasna se atrevió en hacer unos *fouettés*, en el que giraba también sobre una pierna, estirando y recogiendo la otra a la altura de su cintura, mientras daba vueltas como si estuviera dando latigazos con esta. Pero su falta de práctica y porque también se le había olvidado mantener la mirada en un punto fijo en la habitación, se tambaleó y perdió el equilibrio, cayendo de bruces en el piso.

¡Idiota!, se insultó para sus adentros; el cierre de su acto fue patético.

Manos solícitas para ayudarla a levantar.

Everett la incorporaba sin ninguna crítica de por medio y sin burlas que la hicieran sentir pésimo. En vez de eso, aplaudió en compensación, invitándola a que se sentara en el sillón donde él antes estuvo sentado, y se dirigió al minibar ubicado cerca de una estantería de libros, para servir un par de tragos.

—¿Tomas whisky? —consultó por si a la loba se le antojaba otro tipo de bebida.

—Sí, gracias. —Recibió el whisky escocés con coquetería. Y tras brindar y beber un sorbo, agregó—: Estoy oxidada. Tenía cuarenta años que no danzaba, me disculpo por tanta torpeza…

—Lo hiciste bien, no te avergüences —replicó comprensivo—. Me has causado una buena impresión. Me entretuviste como debe ser. Gracias.

Se puso en pie. Sus senos apuntando hacia él, debajo del encaje de su *negligé*. Las areolas y los pezones endurecidos, se notaban.

—Aún no. —Sonrió, comenzándole a gustar la forma de ser de Everett—. Falta la mejor parte: la de complacerte.

—Lo acabas de hacer. No tienes que darme sexo.

—Pero, quiero… —Él dio un paso hacia atrás y tragó saliva. Jasna alzaba una mano para acariciar su torso—. Danzaré desnuda si me lo pides.

Él arqueó las cejas.

—¿Desnuda?

—Ajá… ¿Quieres que dance *como Dios me trajo al mundo*? —

Totalmente en cueros.

El fuego existente en la mirada del hombre, animó a la mujer en ser más atrevida.

Le entregó a Everett su vaso y deslizó por encima de sus hombros, el *negligé*, arrojándoselo después.

Este quedó estático a los pies de la cama, enredado con la prenda de la chica y las bebidas. Las bragas las atajó de igual modo, posando sus nalgas en el colchón para apreciar ese nuevo estilo de danza.

Jasna se puso en posición, los vellos púbicos y sus senos turgentes, mostrándose en todo su esplendor. Comenzó a danzar sin ningún pudor; el estéreo continuaba con la música de piano a modo aleatorio; esta vez, Mazziotti tocaba: Mujer del Mar.

La melodía era más movida y a su vez, más triste. Esto la tocó profundo, pero como buena actriz que era en esos aspectos, se tragó el nudo en su garganta y se preparó para darle al otro una presentación digna de envalentonar la hombría hasta a un cadáver.

Era el hada de la tentación que concedía fantasías a los caballeros como el que tenía sentado en esa cama caoba de aplicaciones plateadas.

Everett seguía sus movimientos elegantes, abstraído de su entorno. No hacía comentarios obscenos ni gestos grotescos de querer follarla por todos los orificios; la magia que ella creaba con su desnudez, lo había cautivado.

Así que prestó atención a su ejecución como si fuera un espectador acostumbrado a frecuentar los mejores teatros del país y los europeos.

Sorbió de su whisky, sin apartar la mirada de la erótica bailarina, que hasta se preguntó, por qué ella prefirió ser prostituta en vez de alcanzar la fama con el ballet. Sospechó de las falsas promesas de su padre: de una vida longeva, llena de amor y dinero, abandonando su incipiente camino al estrellato. Era consciente que las hembras en la manada estaban en desventaja en comparación con los machos, que podían hacer todo lo que les viniera en gana, sin prohibiciones. Pero la mayoría no eran tratadas como objetos reutilizables, sino como futuras esposas. A todas, sin excepción, las casaban sin su consentimiento, puesto que sus opiniones no eran tomadas en cuenta por el alfa o su familia.

Más que todo, para protegerlas. Una loba joven y sin pareja, era tomada a la fuerza por los miembros del clan al que pertenecía, cuando esta entraba en celo.

Por eso era común los enfrentamientos entre los lobos: la carne fresca siempre era apetitosa.

Dejando atrás, muy atrás las costumbres entre los suyos, sorbía de su escocés, mientras agradecía que Jasna danzara sin ser vulgar, pues le restaría el encanto del que tanto ella se esforzaba por mantenerlo

interesado. Si caía en esto, la despachaba.

Entre los acordes de la melodía del pianista, Everett imaginó a Isabel bailando para él.

Sonriente.

Grácil.

Desnuda...

Esa mañana no quiso ser un desconsiderado que despreciaba lo que una *dama de compañía* de primer nivel, le ofrecía, pero le fue imposible evitar sustituir el rostro de Jasna por el de su ángel redentor.

Sediento, se zampó las dos bebidas de un grueso trago y sin soltar uno de los vasos, se secó con el dorso de su mano, sintiéndose dominado por los instintos primarios. Claro está que no los salvajes a los que le había dado la espalda, sino a los que todo hombre con sangre en las venas, cedería ante una hembra como aquella.

De su caja torácica reverberó un gruñido bajo por el erotismo de su «Isabel», cuando levantaba la pierna lo más alto que su elasticidad le permitía, dejando las carnes internas; esas jugosas y rosáceas que lo invitaban a ser consumidas.

Su respiración se agitó y su pene creció varios centímetros más de lo que ya estaba. La dureza le dolía, incluso más que su pierna derecha, pero era un dolor delicioso que disfrutaba; se acumulaba en sus testículos y los hacía más hinchados y pesados, para luego viajar el dolor por todo su falo hasta alojarse en el glande.

Dejó los vasos a los pies de la cama. Luego, acomodó el bóxer que le quedaba pequeño por su erección y enterró las garras en las sábanas para contenerse de asaltarla. Los senos de «Isabel» se bamboleaban de arriba abajo, alzándose cuando sus brazos se elevaban hacia el techo y caían en una inclinación hacia adelante.

Embobado, observó sus tersas nalgas y le provocó enterrarse entre estas hasta *correrse*. «Isabel» era una mujer hermosa que le haría perder el juicio al hombre que tuviera la fortuna de probar las mieles de su sexo.

—¡Oh! —exclamó al verse atrapada por sus brazos, chocando sus senos contra su pecho. Everett decidió que ya fue suficiente con la presentación.

Irían a la acción.

La besó como un poseso, saboreando por primera vez esos labios llenos que tanto ansió durante largos meses. Se tragó su aliento, su saliva, su lengua que vadeaba también hacia su propia boca, igual de hambrienta que él. «Isabel» probaba el sabor del whisky, mezclado con el tabaco. Gemía con los labios pegados a los suyos, era encantadora, sexy, coqueta… Ambos estaban urgidos por comenzar el coito; de hecho, quitarse las ropas ya no era necesario, solo una

prenda faltaba por retirar y este era el bóxer de Everett que se tornó estorboso.

«Isabel» lo deslizó hacia abajo y, en un movimiento de pies que su compañero hizo, quedó el bóxer olvidado en el piso alfombrado.

La cojera de Everett no le impidió a «Isabel» empujarlo hasta la cama. Lo tumbó con una sonrisa traviesa y se puso sobre él a horcajadas, encontrándose ambos sexos en impúdicos roces. El estéreo pasaba a otra melodía del que ninguno de los dos reparaba por estar tocándose con desesperación; se afanaban por despertar cada nervio adormecido de sus zonas erógenas; se necesitaban, se querían; la ocasión fue una bendición porque rompían con los esquemas de su comunidad. Qué gusto besarse y magrearse, qué gusto probar sus partes íntimas…

Poco le importaba al lobo que «Isabel» tuviese experiencia; no lo reprochaba, si él iba a estar jadeando como si le faltara el aire, pues mucho mejor.

Apretaba los párpados entre convulsiones, ella le daba mordisquitos en el tallo, sin que le quisiera arrancar la piel. Más bien, le hacía tiritar de la excitación, teniendo su pene tan erecto que estaba por explotar. Sus labios carnosos se posaron sobre su glande hinchado y supurante, y comenzó a chupar cual gatita desvergonzada que quería tomar su leche.

—Isabel… —Everett mencionó su nombre, cuando su bello ángel le daba la mejor de las mamadas. Lo hacía tan bien que sería inevitable acabar en su boca.

De repente, ella se detuvo por breves segundos y después continuó más enérgica, mientras que Everett se aferraba a su cabellera.

Succionaba y lamía. La combinación era explosiva en esos labios que le hacía gemir en voz alta. En vez de ser un ángel, «Isabel» era una diabla que lo devoraba.

El gruñido ronco reverberó de su pecho y el agarre en el pelo de su amante, se tornó más fuerte, cuando un chorro de su semen fue a parar directo a la boca de «Isabel».

Se lo tragó todo.

—*Mmmmm*… —Se movió sobre él, hasta llegar a su rostro—. Sabes mejor que los demás. Me lo pasaría chupándote la verga todo el tiempo, querido…

Everett abrió los párpados, encontrándose con un par de ojos verdes, en vez de los marrones que tanto amaba.

Jasna se pasó la punta de su lengua por el contorno de sus labios, expresándole de esta forma que su *leche* le resultó apetitosa.

La magia, la fantasía, acabó para él.

La erección…

Desinflada.

Capítulo 5

La puerta de la habitación se azotó detrás de Jasna, enojada por no haber conseguido su propósito.

El estúpido seguía con esa idea absurda de purificar su cuerpo, quién sabe por cuánto tiempo, por los excesos que tuvo antes de que se estrellara su avioneta; al parecer, debió haberse dado un porrazo en la cabeza, porque esa no era la actitud de un hombre de su estirpe, sino la de un demente.

¿Qué lobo, en su sano juicio, se ha mantenido a «pan» y «agua» durante meses? Menos Everett que fue un lujurioso empedernido.

—¿Lo conseguiste? —Jevrem le preguntó a Jasna, en cuanto esta bajaba las escaleras de la residencia, aunque la mirada avinagrada era un claro indicativo que se quedó con las ganas.

—Apenas le di una mamada. Una vez que terminé, me corrió de la habitación —reveló impúdica y sin que le quedara algún rastro del carmín que usó en los labios.

—¡¿Conseguiste darle una mamada?!

—¡Te estoy diciendo que…! —calló al ver la sorpresa reflejada en el rostro del muchacho—. ¿No es malo?

Jevrem sacudió la cabeza, en una sonrisa satisfecha. Estaba parado a los pies de la escalera, donde la bella loba lo miraba con precaución.

—Te felicito, eres la primera desde la… *el accidente*, que una hembra ha conseguido bajarle los calzones.

—Pero faltó conseguir que me follara. —Que la esposara, ¡que la ultrajara como un semental!

—No importa —le sonrió desde su metro noventa de altura—. Tendrás oportunidad de repetirlo. Si tío cedió ante ti, lo volverá hacer.

La otra sonrió malévola.

—Espero que sí… Aguardaré la llamada con impaciencia—. Lo que la tranquilizaba. Le había preocupado que los guardaespaldas de Stanislav la azotaran por haber fallado en su misión. Le ordenaron que lo follara hasta el cansancio. Al menos, no se iría con las manos vacías.

Sino con la boca llena…

Jevrem permaneció pensativo, mientras el mayordomo acompañaba a Jasna hacia la puerta para que se marchara. No hubo pago por sus servicios, de esto se encargaba el contador de su abuelo, quien hacía las transacciones con discreción y sin que se reflejara en los libros contables al momento de la declaración tributaria. Su tío

bien que valía el pago de una docena de prostitutas costosas, con tal de que recobrase el arrojo por el cual muchos lo admiraban. Pero, para que esto sucediera, su tío tendría que *desfogarse* varias veces y luego tornarse sanguinario por una temporada.

—Que sea la última vez en que me buscan mujeres —Everett gruñó desde el barandal que rodea la segunda planta—. No soy un adolescente con las hormonas alborotadas, ¡soy un hombre!, yo mismo puedo buscar mis propias mujeres. ¡Entendido!

—Sí, señor —contestó su sobrino, mordiéndose la lengua para evitar replicar. El mayordomo empalideció e hizo una venia respetuosa, acatando también el mandato. Si una loba de la *vida alegre*, cruzaba el umbral de la casona para moverle la cola al patrón, se metía en un gran aprieto.

A pesar de su cojera, Everett sonaba sus pisadas por las escaleras, retumbando su bastón en la medida en que bajaba hasta donde se hallaba el muchacho. Estaba vestido de chaqueta y corbata, luciendo mucho mejor a cómo había lucido a tempranas horas de la mañana, con el cabello recogido en una coleta baja y la barba ligeramente peinada. Si bien comenzaba a preocuparse por su apariencia, seguía teniendo ese aspecto andrajoso que al abuelo le disgustaba.

Como que su tío no comprendía en qué consistía en comportarse como un salvaje:

Debía serlo en los bosques, no en la ciudad.

Por instinto de conservación, Jevrem retrocedió unos pasos, en caso de que a su tío le diera por darle un golpe en la cabeza con el bastón por hacer de alcahuete. Sus ojos los tenía inyectados de sangre por la rabia, procurando él mantenerse a una distancia prudente para no pagar los platos rotos.

—¿Adónde, carajos, crees que vas? —inquirió cuando se percató que su sobrino se disponía a pisarle los talones. Era joven y fuerte, como para protegerlo de cualquier eventualidad.

—Con usted… —respondió aprensivo. Las veces en que este estaba de buen humor, lo tuteaba, pero con el cabreo brotándole por los poros, no.

Everett se puso sus espejuelos y le dio la espalda.

—No necesito niñera —gruñó—. Te quedas.

—Pero, tío…

—¡Te quedas! —le gritó, mirándolo por encima de su hombro. Jevrem se detuvo en seco, asintiendo con la mirada gacha—. Si mi padre te telefonea —comentó—, dile que le agradezco «el regalo», pero que no fue de mi gusto personal. —Si hablaban, terminarían por decirse cosas que a los dos lastimarían.

—Sí, señor, eso le diré. —Y también que le gustó la mamada. Ni loco le diría al abuelo semejante comentario. El viejo lobo gruñiría a

través del móvil durante horas.

Desde la puerta principal, observó a Everett marchase en su Mercedes-Benz, rumbo a quién coños sabe dónde. Solo Kuzman lo acompañaba detrás del volante, por ser un tipo que no soltaba prenda; Boris era otro cuento, por lo que su tío declinó de sus servicios como guardaespaldas, impuesto por el abuelo. En las inmediaciones de la mansión quedaban otros tres: Branimir, Goran y Lazar. Estos vigilaban el perímetro, manteniendo sus sentidos al cien por ciento, olfateando y avizorando criaturas indeseables desde la distancia. Un gruñido furioso, salido de sus fauces, avisaría a los residentes para que se pusieran a buen resguardo.

Pero su condenado tío era un caso perdido en el que se arriesgaba de forma innecesaria a que le desgarraran la garganta por espiar a una –y apostaría lo que fuera a que así era– inquietante humana.

Sacó el móvil del interior de su chaqueta y marcó el número telefónico *del que le aconsejaría* lo que tendría que hacer para resolver ese pequeño problema. Si le daba luz verde, aseguraría el bienestar de la manada; de negarse, el futuro sería incierto. Everett seguiría con su empeño de estar cerca de esta y alejado de los que le debería importar.

*****

El sonido incesante de una llamada entrante en el móvil de Isabel, robaba la tranquilidad en su almuerzo. El ruido era atronador, molestando a Sidney Scott, encargada de las pequeñas bailarinas entre los tres y cinco años. La profesora de cabello rubio y un poco más baja que Isabel, frunció el ceño, puesto que ella también comía en un área que en la academia dispusieron para los que carecían de un vehículo para desplazarse hasta sus casas o el bolsillo no les daba para comer a diario en un restaurante.

—Apaga ese trasto viejo que me va a ensordecer —Sidney masculló a la vez en que masticaba su pollo gratinado en salsa bechamel; una de las normas en la que siempre se hacía ahínco, era en apagar el móvil para evitar distracciones durante las horas de clase.

La joven se disculpó y echó un rápido vistazo a la pantalla para cerciorarse de quién llamaba, y reparó que se trataba de su madre.

Y, ahora, ¿qué quiere?

Suspiró cansina. Isabel solía mantener el móvil apagado con el fin de ahorrarse sermones por parte de sus compañeros de trabajo como Sidney Scott, que era una quejica y chismosa que nadie soportaba. Pero encendió el aparato para revisar las redes en su descanso, y a su madre le dio por llamarla.

Tapó el contenedor de comida y se levantó de la mesita del improvisado cafetín, para devolverle la llamada. Había dejado de

insistir, luego de un minuto de constante repique. Isabel vaciló en contestarle, pues cuando la llamaba, solían discutir acaloradas.

En una exhalación, llegó hasta el vestidor de los profesores y marcó el número del teléfono fijo del apartamento; mientras repicaba, se puso el móvil entre su oreja y el hombro, para introducir la clave en su casillero. Dejó allí el contenedor de comida y sacó a su vez, una toallita y el estuche donde guardaba el perfumito y otros productos de higiene personal.

—¿Para qué me llamaste? —preguntó, luego de cerrar la puerta del casillero tras de sí, yéndose a continuación al baño para cepillarse los dientes y refrescarse un poco.

—*¡¿Por qué tardaste tanto?!* —María Teresa la reprendió, apenas su hija la llamó—. *¡Me puede estar dando un infarto y tú no contesta!*

Los gritos hicieron que Isabel apartara el móvil de su oreja.

Y comenzaban…

—Te estoy llamando, ¿qué pasa?

La otra masculló a través de la línea telefónica.

—*Primero saluda: «Hola, mamá, ¿cómo estás? ¿Cómo estuvo tu almuerzo?» ¿Es así como te enseñé: a ser maleducada? ¡Salúdeme, que no jugué muñecas contigo de mocosa!*

Isabel puso los ojos en blanco y al techo expresó una palabrota sin sonido alguno de voz. El grifo del lavabo, chorreando sobre las manos de la muchacha.

—Hola, mamá… ¿Qué pasa?, ¿para qué me llamas? ¿Te sientes mal?

—*Eso quisieras: que me muriera para bailar en mi tumba.*

—Pregunto si te sientes mal. —La había llamado solo para cumplir con su ración de joder durante el día. Si no lo hacía, se trepaba por las paredes. Las manos secándose en la toallita.

—*¡Claro que me siento mal! ¿Para qué crees que te llamé? Me duele la cabeza. Tu hermano no llegó y me tiene preocupada.*

Isabel tomó el móvil, sostenido por su hombro y lo pegó al pecho para soltar una increpación.

—Tal vez está con una de sus novias; despreocúpate, suele desaparecer cuando tiene una nueva relación. —Con estas follaba sin parar y luego dormía por varios días.

—*Arturito no es tan desconsiderado como tú, Isabel. Él se preocupa por mí, sabe muy bien que me agobio en la pena si no llega a casa.*

Al amanecer, tras una borrachera.

—Mamá, deja de hacer una tormenta en un vaso de agua, Arturo es un hombre, hecho y derecho, y está acostumbrado a pasar la noche con sus novias en algún motel. No te agobies por él.

—*¡Claro que me agobio! Como a ti te vale lo que a él le pase, no te preocupa.*

—Es no es…

—*¡Mala hermana!* —la interrumpió ofuscada—. *Saliste igualita a tu* pinche *padre que es un imbécil que no le importa su familia. A Arturo le pasó algo y hay que ir a la policía.*

—¡La policía! Mamá no exageres. Deja que averigüe el teléfono de José Ramón, él es su mejor…

—*¡Ay, ya llegó!* Mijito*, ¿qué te pasó que llegaste a estas horas? Me tenías preocupada* —María Teresa le inquirió a su hijo, en tono de alivio, sin apartar el auricular de la boca. Isabel escuchó a través de su móvil que su hermano le contestaba a su madre de mala gana, pero no supo cuáles fueron sus razones. Aunque se las imaginaba: «Me quedé dormido donde fulana o mengana».

Ni se molestó en despedirse, María Teresa le había colgado, feliz por la aparición de su hijo.

Isabel necesitó respirar aire fresco.

Así que, aprovechando que seguía en su hora de descanso, se cepilló los dientes con rapidez y se aplicó unas gotas de su perfume y luego se alisó el vestido de tirantes y faldón amplio que le llegaba hasta las rodillas. La primavera estaba en todo su esplendor, subiendo la temperatura del ambiente unos grados, sin ser caluroso. A unas manzanas de allí, había un cafetín que preparaba jugos naturales, libre de azúcar. Se le antojó tomarse uno de mandarina y limón, como complemento de su almuerzo.

Apenas se sentó en una de las mesitas externas, un chico pelirrojo la atendió enseguida y entró al local con celeridad por el pedido.

Isabel activó su móvil y navegó por las redes sociales para despejar su mente. Le daba «Me Gusta» a las fotos de sus amigos *facebuqueros* y comentaba tonterías en otros. En la mayoría de las publicaciones las pasaba sin mucho interés, puesto que no estaba para compartir nada, los líos familiares la seguían a todas partes; el día había comenzado de la peor manera: al salir de su apartamento, un penetrante olor a orina, se extendía frente a su edificio, revolviéndole el estómago y lanzando mil maldiciones al desgraciado que descargó allí su vejiga. Si se pillaba alguno en esas faenas, le diría de hasta el mal que se iba a morir, a ver si para la próxima se aguantaba las ganas para ir al baño; la fetidez de la orina permanecería sobre las paredes, escalones de la entrada, árboles, acera, hasta que lloviese o hasta que algún vecino le diera por restregar con agua y jabón.

Y como ninguno quería hacer de conserje, se la tendrían que aguantar por un tiempo.

De paso, ese ramo de rosas gigantescas que decoraba el vestíbulo de la academia, le hacía querer arrojarlo al piso con violencia y pisotear cada uno de los pétalos hasta volverlos papilla. El señor Orlando era un sujeto que ya no aguantaba tratar, se había propasado

con darle esa desagradable sorpresa.

Y para rematar…

Arturo dándole preocupaciones a su madre con sus llegadas tarde y borracheras.

¿Hasta cuándo tendría que soportar esas vicisitudes?

—¿Me puedo sentar?

La voz grave de un hombre, interrumpió el hilo de pensamientos agrios de la joven, quien aún tenía la vista clavada sobre el móvil, sin mirar nada en particular.

Ella iba a espetarle: «Hay más mesas desocupadas, ve a sentarte en otra, que no me apetece compartir la mía con un pendejo». En vez de esto, alzó la mirada para, con una sonrisa desabrida, expresarle que necesitaba privacidad debido a una llamada que estaba por realizar.

Pero al posar sus ojos en el hombre, quedó estática.

—¿Puedo sentarme? —Se quitó sus espejuelos negros y le sonrió como todo un ganador, mientras los guardaba en el bolsillo interno de su chaqueta sastre.

Isabel jadeó.

Ojos marrones.

Barba de leñador.

Porte extranjero…

—Por Dios… —Estupefacta se levantó rápido de su silla—. Es… Es usted… —había perdido varios kilos de peso, pero sin lugar a dudas era él. Ella jamás olvidaba un rostro.

—Hola, Isabel. —El hombre le sonrió detrás de una maraña de pelos en la cara, del que a Isabel los *flashes* del recuerdo le mostraban una expresión ensangrentada y agitada. Su sonrisa era grandiosa con sus dientes blanquísimos, luciendo apacible a pesar de sus ojeras.

—Sobrevivió… —las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos por la emoción que la embargaba de saberlo con vida—. Por Dios, no me lo puedo creer. ¡Sobrevivió!

Movida por la impresión o el júbilo, rodeó la mesita y le extendió los brazos para darle un abrazo de oso. Él se tensó, sin esperarse esa reacción, que apenas le dio unas palmaditas en la espalda, queriendo, más bien, apretujarla con todas sus fuerzas, mareado por tenerla entre sus brazos y oler una vez más su delicioso perfume floral.

—Lo siento. —El sonrojo tiñó las mejillas a Isabel, al darse cuenta de la incomodidad de ese hombre, del que no le pasaba por alto su imponente estatura. Ella era alta, pero él la superaba por una cabeza —. Es que me sorprendió ver que sobrevivió a esa caída. —Se secó las lágrimas con las yemas de sus dedos—. Por favor, siéntese —le movió una silla, observando el bastón con el que este se apoyaba. El mesonero pelirrojo le traía su jugo y miró al sujeto que acompañaba a la joven, por si se le antojaba tomar algo, pero este negó con la

cabeza.

—Creí que se había olvidado de mí —Everett le comentó con un deje que a Isabel le sonó apesadumbrado.

—Cómo podría, lo pensaba a diario. Siempre me preguntaba qué pasó con usted, si logró salvarse o no. Por ningún medio reseñaron lo que le pasó. Ni en los noticieros.

Everett le sonrió, pues en todo ese tiempo él estuvo en sus pensamientos.

—Gracias por estar ahí para mí. Le debo la vida.

Isabel le obsequió una amplia sonrisa que a Everett le pareció maravillosa.

—El mérito es de los paramédicos y de los que le ayudaron a recuperarse. ¡Mírese! Luce genial.

Más bien, fatal, pensó él, que no sabía dónde esconder su bastón.

—Fuiste tú —insistió solemne—. Yo estaba muriendo, me aferraste a la vida. —Sobre la mesa, pugnaba en buscar la mano de la joven. Era cuestión de estirar la suya…

—Quise visitarlo al hospital donde lo llevaron, pero estaba tan aturdida que ni me fijé en el número de la ambulancia. ¿Qué le pasó?

Recogió la mano.

Su atención puesta en el bastón que reposaba entre sus piernas. El mango: la cabeza plateada de un lobo feroz.

—Me caí… —Lamentaba no poder brindarle mayor información.

Para Isabel, era obvio lo que le sucedió, pero, ¿por qué razón?

A cambio, expresó:

—Es un milagro que se haya salvado de esa caída. Escuché que… —Bajó la mirada— que se lanzó del último piso.

Del último, no. Del 18. El Mastrangelo era un hotel de 35 pisos. Si hubiera caído desde el último, no habría poder sobre la Tierra que lo salvara. Ni siquiera ella.

—No fue mi intensión suicidarme —rápidamente aclaró, importándole la opinión que la joven se formara de él—. Solo fue un desafortunado accidente...

Isabel observó su elegante traje y el Rolex en su muñeca izquierda, y determinó que no se trataba de ningún limpia-vidrios o algo por el estilo que tuvo la mala suerte de que sus andamios colgantes se soltaran y cayera al precipicio. Más bien, lucía como un sujeto que dirigía una compañía multimillonaria.

Algo muy serio le tuvo que haber pasado para que terminara en la acera, en medio de un charco de sangre.

¿La ruina?

Muchos optaban por suicidarse al tener sus cuentas bancarias en cero.

Ser pobre, era impensable para estos.

—Deje que otros limpien las ventanas por usted —bromeó y enseguida se arrepintió por su desafortunado comentario—. D-discúlpeme, fue de mal gusto…

La risa ronca del hombre estalló frente al cafetín, erizándole los vellos de la nuca a Isabel.

—Descuide, ya me lo han comentado. —Como sus hermanos y su sobrino—. La verdad es que… —carraspeó—, no recuerdo qué me pasó.

—Es natural, sufrió un terrible golpe. Me extraña que su milagrosa recuperación no se comente en los noticieros. —Y más un tipo como él.

Everett consideró que lo «milagroso» radicaba en su condición lobuna. Aun así, quedó lisiado.

—Estoy seguro que lo hicieron, pero fue una pequeña noticia.

Ella sorbió de la pajilla de su jugo de mandarina, mientras Everett la observaba con detenimiento, angustiado de lo que, por su cabeza, las fantasías sexuales hacían de las suyas. Sus labios carnosos y suaves alrededor de su pito, succionando, matándolo lentamente con su lengua que subía y bajaba juguetona… En cambio, Isabel no era consciente de lo que el hombre fantaseaba; meditaba que, de haberse publicado la noticia en los canales televisivos, debió traspasar las fronteras. Un suceso como ese, en el que un sujeto, prácticamente eludió la muerte, tuvo que haberle dado la vuelta al mundo. Y ella sin enterarse.

No obstante, cuando les comentó a sus compañeros de la academia sobre ese nefasto día, ninguno le creyó, pues nadie por el sector había visto nada de nada.

Lo que lo hacía muy raro.

En un atrevimiento que hasta ella se asombró, posó su mano sobre el antebrazo del hombre, pero como este se le quedó mirando la mano, la retiró en el acto, profundamente apenada.

—Lo importante es que usted está vivo. Y esto me alegra.

—Por el resto de mis días, estaré endeuda con usted, Isabel. Lo que me dijo, la fortaleza que me dio para resistir…, jamás lo olvidaré.

Ella se removió en su asiento ante un hecho significativo.

—¿Cómo sabe mi nombre? Aún no nos hemos presentado.

Él sonrió apenado. La sentía tan cercana, que asumió que ella sabía su nombre.

—La investigué —confesó—. El bolso que portaba aquel día, me dio la pista para dar con su paradero. Quería agradecerle, tras mi recuperación, pero no pude por estar convaleciente…. Le pido me disculpe por haberlo hecho después de tanto tiempo. Por cierto, mi nombre es Everett Brankovic.

—¿Es ruso? —Tenía el porte, aunque no el acento.

—De origen serbio. Mis abuelos emigraron a América hace muchos años. —Fue lo más cierto que le pudo revelar a la chica, sin mentirle.

—Yo soy de origen mexicano. Mis padres proceden de Guanajuato. También emigraron a los Estados Unidos hace unas décadas.

—América es tierra de inmigrantes.

—Y de soñadores con las maletas llenas de esperanzas…

Everett casi se pierde en la mirada achocolatada de la muchacha, y sonrió complacido de haber tenido el privilegio de conocerla. En sus ojos, grandes y hermosos, se hallaba escondida una vida cargada de pesares; él bien que sabía cómo leerlos, se reflejaba en ellos y lo conmovía, puesto que, a pesar de que esta fingía fortaleza, sus necesidades económicas la agobiaban.

Abrió la boca para expresarle que contaba con él para lo que fuera: si necesitaba dinero para pagar deudas, un auto o una casa nueva, con gusto se lo daría. Pero ella jadeó al ver la hora en su móvil, que echó ruidosamente la silla hacia atrás para levantarse.

Everett se puso en pie.

Su bastón sosteniendo el peso de su pierna.

—¡*Caray*, se me hizo tarde! Debo volver a la academia o la directora me jalará de las orejas por llegar tarde —se excusaba, mientras buscaba apurada en el bolsillo del faldón de su vestido, el dinero para pagarle al mesonero. Pero Everett se le había adelantado, dejando debajo del vaso, un billete de 50 dólares.

—¡Huy, eso mucho dinero!

Él se encogió de hombros y le sonrió despreocupado.

—Tú lo vales.

Isabel se lamentó de haber charlado con él por unos minutos.

—Lo siento, señor…

—Everett. Solo: Everett.

—Lo siento, Everett, me gustaría seguir charlando contigo —lo tuteó—, pero dependo de este trabajo, y…

—Comprendo —le sonrió—. Quizás en otra ocasión podamos hacerlo. ¿Qué te parece, si aceptas cenar conmigo el viernes por la noche?

Ella boqueó.

—P-por supuesto.

—Entonces, permítame llevarla hasta su academia.

—No hace falta. Trabajo a unas manzanas de aquí.

—Insisto —hizo una seña en el aire, quién sabe a quién.

Y en el acto, un lustroso Mercedes-Benz del año, de color negro, apareció de la nada, justo frente a los dos.

Isabel parpadeó.

El gigante que se bajó, rodeó el capote para abrir la puerta del pasajero.

Everett extendió la mano hacia el interior del vehículo, para que la joven se subiera primero.

¡Ay, no! Y ella en chancletas…

—¿Hacia dónde? —Everett le consultó, una vez él se sentó a su lado y el chofer con los ojos sobre la ventanilla divisoria para recibir órdenes.

—Dos manzanas más abajo y luego cruza a la derecha. Por la 75.

El chofer asintió y enseguida subió el cristal oscuro de la ventanilla.

—Qué pena molestarte, yo…

—¿Por qué te disculpas?, si llevarte hasta tu trabajo es lo menos que puedo hacer por ti, después de lo que hiciste por mí. Si necesitas que mi auto sea tu transporte personal, con gusto lo pongo a tu disposición las veces que quieras.

Ella sonrió ruborizada.

—Gracias, pero ya tengo transporte… —El metro de Nueva York que compartía con otros cinco millones de usuarios.

Everett medio sonrió, siendo esta una sonrisa que Isabel detalló sin proponérselo: lo hacía ver tan relajado, que nadie se atrevería en adivinar que seis meses atrás casi muere de forma trágica. Seguía siendo atractivo, a pesar de haber superado una convalecencia lenta y lo más probable –miró el bastón– dolorosa. Exudaba virilidad, ¡su perfume exudaba virilidad! Cada poro de su ser era muy masculino: porte elegante, mirada enigmática, sonrisa ladina… Parecía querer adivinar lo que ella pensaba, sus ojos se enfocaban en los suyos como un felino, la traspasaban, sintiéndose minimizada. Estaban los dos solos en la parte trasera de ese lujoso vehículo que olía a tapicería nueva, protegidos por los cristales negros de las ventanillas.

Pero ella no temía.

Se sentía segura.

Y terriblemente atraída.

—¿Le gustaron las flores?

Justo cuando Isabel le iba a indicar a Everett para que le dijera al chofer que se detuviera, porque habían llegado, este la dejó pegada en el asiento.

—¡¿Tú fuiste el que… me envió el ramo de rosas?! —¡Gracias a Dios que no le dio por pisotearlo!

Everett asintió, expectante.

—¿No te gustó?

—¡Sí, por supuesto que sí!, es muy hermoso, gracias, primera vez que me envían un ramo así…. Pero no sabía que fueran tuyas. ¿Por qué no firmaste la tarjeta?, pensé que… —calló, mejor no revelar que sospechó de un fastidioso.

—Creí que no tenía caso, no sabías mi nombre…

Ella posó su mano en la de él, que reposaba sobre su pierna

derecha.

Los ojos de Everett sobre las dos manos.

—Eh… —rápido Isabel la retiró, recriminándose para sus adentros por tocarlo tanto. ¿Por qué lo hacía? Le sorprendía que fuese tan confianzuda, ella jamás había actuado de esa manera con ningún hombre que apenas conociera—. Ahora comprendo el «Gracias» y el «lo siento» —comentó con timidez—. No hay problema, Everett, el ramo lo compensa todo.

¿Compensa?

Eso solo era el inicio.

Everett se prometió a sí mismo cubrir a esa espectacular mujer, de diamantes y pieles de la cabeza a los pies.

De momento, la dejaría ir a esa academia de ballet. Ya llegaría el día en que la haría suya por el resto de sus días; le daría tiempo para que lo conociera y desarrollara el mismo afecto que él sentía por ella. La invitaría a los mejores restaurantes, conocería a su familia, a sus compañeros de trabajo, a sus amigos, y se encargaría de alejar a los que intentaran cortejarla.

—Nos vemos el viernes.

—¿Aquí? —Miró hacia la academia, extrañada que el chofer supiese de antemano donde trabajaba, o era tan evidente el letrero en la fachada del edificio de dos pisos, que no fue necesario que le informaran. Era la única academia existente por esa calle.

—Dónde desees que te busque.

Isabel vaciló.

En su casa, su madre le haría mil preguntas impertinentes y en la academia, mucho chismoso que después la agobiarían con las mismas preguntas: ¿Quién es él? ¿Dónde lo conociste? ¿En que trabaja para tener tanto dinero? ¿Ya se acostaron? ¿Desde cuándo que te lo tenías guardadito?

—Dime dónde y ahí nos encontraremos.

Everett sacudió la cabeza.

—A una dama no se le pide «encontrarse», a una dama se le busca.

—Entonces…, en mi casa… ¿Te dejo mi número, para darte la dirección o te la digo ahora?

—Sé dónde vives.

Isabel lo miró asombrada.

Por lo visto, la investigó muy bien.

Extendió la mano para estrechársela como sus padres le habían enseñado, cuando se despedía de alguien que apenas se conocía. Pero Everett se la movió para posar en el dorso de su mano, un delicado beso, que a la joven casi le moja las bragas.

—Nos vemos, Isabel.

Ella se obligó a tragarse el corazón que palpitaba en su garganta y

carraspeó para aclarar la voz, que seguro le iba a salir temblorosa.

—N-nos vemos, Everett.

El chofer le abrió la puerta y del auto, se bajó como si flotara en el aire, ese hombre era alucinante, la trataba como nadie en la vida la había tratado hasta ese instante.

Ya quería que el viernes llegara para saber más de él.

Capítulo 6

La fragancia de la rosa, inundaba las fosas nasales de Isabel.

Aspiraba profundo, recostada en su cama, llenándose los pulmones con esas notas afrutadas que le hacían cerrar los ojos y estirar los labios en una sonrisa apacible. Los pétalos acariciaban sus mejillas, nariz, cuello y labios, causándole cosquillas a su paso. Era seductor su toque y tranquilizador su aroma; la molestia acabada de padecer a causa de su madre, quien la increpó de nuevo por su falta de preocupación hacia su hermano, se escuchó por todo el barrio. Sus gritos la ensordecieron y sus acusaciones fueron injustas, ella velaba por los tres, pero cuidar del trasero de un necio de veinticuatro años, se le salía de las manos.

Discusión que, por supuesto, Arturo no estuvo presente por haberse marchado del apartamento apenas anocheció.

Afuera, en la sala, María Teresa miraba la telenovela. El volumen alto traspasaba la puerta del dormitorio de la joven. El protagonista: Leoncio de Jesús, acusaba a Aura de las Tres Gracias por serle infiel con el hermano del jefe de su jefe de la compañía donde trabajaba como secretaria, y del que hizo reír sarcástica a Isabel por lo que se reprochaban. ¿Hasta ahí les había llegado el amor? Tantas promesas y sacrificios, y la flechó el que más tenía los bolsillos repletos de dinero.

Babosadas sin sentido.

Isabel miró la rosa, su color rojo purpúreo dominaba su campo visual, analizándola por hallarla tan exótica. ¿Sería un injerto creado en algún invernadero? La circunferencia o el remolino de pétalos alrededor del pistilo, debía medir unos diez centímetros, lo que hizo que se preguntara cuánto le habría costado a Everett el conjunto de flores que superaban la veintena.

¡Qué esfuerzo tuvo que hacer él para dejar el ramo en la academia!

Tonta…

Sacudió la cabeza, pues era una tontería asumir que Everett lo hubiera llevado por sí mismo, como si careciese de dinero para pagar a un chico que lo llevara en su lugar.

Un tipo como él…, tan fino, en esos menesteres.

Más bien, debía de tener personal de servicio para que le hicieran todo.

Isabel quiso llevarse el ramo en un taxi hasta El Bronx y que embelleciera su habitación. Pero, ¿qué le diría a su madre cuando le preguntara por lo que sostenía entre sus brazos con tanto mimo? Antes

de que aquella se ilusionara con mansiones y viajes por el Caribe, prefirió que la cita con Everett quedara en secreto. Lo más probable, es que él querría agradecerle en toda regla por haberle ayudado a permanecer consciente para que la muerte no le sobreviniera. La charla que sostuvieron frente al cafetín, fue tan parca y rápida que, debido a ello se vio obligado a invitarla a cenar.

Olió la rosa una vez más y sonrió. Con razón a Cleopatra, en el antiguo Egipto, le encantaba las rosas. ¡Eran espectaculares! Por su aroma a fresa y su belleza natural tenía bien catalogado el título de reina de las flores. Siglos han pasado y siglos pasarán, pero estas seguirían considerándose el símbolo del amor en todos los sentidos.

Según su color, se regalaban para cada ocasión:

Rosas blancas para una boda.

Rosas amarillas para un amigo.

Rosas rosadas para expresar simpatía.

Rosas naranjas por el éxito alcanzado.

Rosas azules que indican armonía o afecto.

Rosas verdes para manifestar esperanza.

Rosas negras asociada al poder.

Rosas rojas para la pasión…

—Rosas para una bailarina —expresó pagada de sí misma. Rosas rojas que un hombre encantador le obsequió como agradecimiento y para expresar un «lo siento» por no haberse presentado antes.

Cleopatra las deshojaba para bañarse con estas en leche y miel, y así tener la piel tersa de un niño. Ella no haría eso, ni para adivinar un «¿me quiere?, ¿no me quiere?». El ramo permanecería en la academia a la vista de todos hasta que perdiera su belleza. *La que se había llevado* a escondidas, la guardaría en un cofrecito, sin importar que su botón se tornara marchito.

Sufrió tener que esconderla en su bolso deportivo antes de llegar a casa para evitar que los ojos inquisitorios de su madre se clavaran sobre esta. Pero encerrada en su habitación, la rosa roja era libre de abrir los pétalos y desplegar su aroma sin cohibiciones.

—El viernes… —susurró ansiosa. El viernes volvería hablar con Everett.

Entonces, abrió los ojos y se sentó preocupada.

¿Qué se iba a poner?

Dejó la rosa en la mesita de noche y encendió la lamparita para hurgar en su clóset.

Al descorrer la puerta, que casi se sale de sus rieles superiores, Isabel hizo un mohín.

De su escaso guardarropa, no tenía ni una prenda en que la hiciera lucir «presentable» a una cita que segurísimo sería elegante.

La mayoría de su ropa eran vaqueros rotos, camisetas con

estampados de superhéroes, pantalones deportivos, mallas, leotardos, sudaderas, vestidos veraniegos, chaquetones para el invierno. Nada que la sacara del atolladero.

Desdobló el vaquero menos desteñido que tenía y arrugó la nariz.

—Dudo que te lleve a comer perro-calientes. —Así se animase a usarlo, sus zapatos empeorarían el atuendo.

Tenis desgastados, zapatos sin suela y chancletas.

Y con estas últimas, ni loca las usaría. Subir a ese Mercedes ultra pulido, luciendo como ama de casa en domingo, sería un desatino. Ese hombre vestía de punta en blanco, a pesar de su desaliñada barba que le gustaría recortar con unas tijeras bien afiladas de una tajada.

—Carajo… —masculló, imaginándose a Everett bien vestido y ella desentonando en el restaurante con sus harapos.

A esas alturas de las circunstancias, Isabel se lamentó por no tener amigas que le prestaran alguna prenda de vestir. Solo tenía dos y una era muy anciana y la otra se hallaba viviendo en España. La mayoría de sus amistades eran hombres, del que buena parte eran homosexuales, sin que esto fuera beneficioso para ella. No le apetecía lucir como una *Drag queen*. Los gustos de estos rayaban en lo exagerado.

Miró por encima de su hombro hacia la puerta.

¿Y si su madre…?

¡Nah!

Lo más «elegante» que tenía, era un vestido negro que usaba para los funerales, y era bien feo.

Cerró el clóset y se volvió a acostar en la cama, recriminándose por darle la razón a su madre: debió prestar más atención a su guardarropa en vez de comprar mallas y leotardos. Ahora, ¿qué diablos se iba a poner para esa noche? Detestaría tener que cancelar la cita por no tener nada decente para vestir.

—¿Y si le digo que mejor vayamos a…? ¡Ay, ni se te ocurra! —rechazó al instante la idea de cambiar la cena por una salida al cine o a comer pizza. Eso era para jovencitos, no para un sujeto treintañero que, lo más probable, le ha dado la vuelta al mundo dos veces—. Solo a ti te pasa eso, tarada: que te invite un galán y no tengas que ponerte. ¡Aplausos para ti!

Se arrebujó en la cobija y tomó la rosa para apreciarla por última vez antes de apagar la luz. Sería imperdonable perder la oportunidad de conocer más de ese hombre, por idiota.

Tal vez tendría que pedirle prestado el vestido de funeral a su madre y apañárselas para que luciera mejor en ella, pero de que iría a esa cena con Everett, iría.

*****

—Dime que no cambiaste de parecer y le vas a hacer caso a ese cerdo que está casado, porque hasta hoy te dejo de hablar —Camila le expresó a Isabel, aprensiva de lo que contemplaba en el instante en que ella cruzó la puerta de la academia. La joven sonreía como tonta, mientras acariciaba con delicadeza el ramo de rosas que recibió el día anterior, luciendo, incluso, más arreglada que en otras ocasiones, con un toque de maquillaje y un bonito vestido naranja que le hacía resaltar su tez morena.

—*¡Ew!,* ¡¿cómo se te ocurre?! —respondió en un estremecimiento teatral que sacó a Isabel de su ensoñación. Un día y lo volvía a ver.

La anciana arqueó una ceja y estudió a la muchacha, cuyas mejillas las tenía arreboladas.

—Si no es ese vejestorio, ¿quién? Porque dudo que las rosas te hayan puesto así, ayer ni las mirabas.

Después de volver a ver *al hombre de la caída*, sí.

—¿Te puedo comentar algo, pero que quede entre nosotras?

Camila se acercó, curiosa. Las niñas estaban por llegar y algunos profesores se alcanzaban a ver al fondo de la planta baja, tomando café.

—Soy toda oídos: ¿Es algún admirador secreto?

«Secreto», era una palabra en la que Isabel no quería determinar lo que había entre ella y Everett, porque nada había. Solo era discreta para que no la atosigaran las habladurías.

—Hay uno —dijo—. ¡No es ese viejo baboso, rabo verde, de Orlando Fonseca!, sino uno que me movió el piso.

Los dientes manchados de nicotina, se extendieron en una sonrisa jocosa.

—¡Cuenta, muchacha!, ¿quién es él?

Isabel echó un rápido vistazo a su rededor por si algún chismoso estaba cerca, y como no había ninguno que le advirtiera, se animó a hablar bajito:

—¿Recuerdas lo que comenté del suicida? Pues, es él.

La otra frunció el ceño sin comprender.

—¿Cómo que «es él»?

—El que me mandó el ramo: es él.

—¿El suicida?

—Sí, el suicida… ¡Pero no lo fue! Tuvo un accidente…

—¿Y qué hizo: limpiaba las ventanas por fuera?

—La verdad, es que no lo sé. Él no lo recuerda.

—Entonces, es un suicida. ¡Ay, mi corazón!, ese tipo de sujetos son un dolor de cabeza: son depresivos y cada vez que se sientan así, querrán saltar de algún edificio. Aléjate, no te conviene.

Isabel se agachó para recoger su bolso del piso y se lo llevó al hombro, controlando su enojo. Una persona que pasó por un hecho

escabroso, quedaba estigmatizada.

—Everett no es un depresivo —lo defendió—, y aunque lo fuera, lo ayudaría a superarlo en vez de darle la espalda. Además, yo también tuve mis etapas, recuérdalo…

Camila sintió vergüenza de sí misma.

—Discúlpame, Isa, no fue mi intensión catalogarte entre ellos. Pero me preocupa que, por querer ayudarle, te arrastre en su miseria.

—La depresión se puede superar, si contamos con el apoyo de los demás. Yo conté contigo, Camila, eres como mi madre y te quiero mucho. Pero, ¿no te parece que los demás también tienen el mismo derecho a una «Camila» en sus vidas?

—Y tú quieres serlo —le preocupaba que la joven confundiera sus afectos.

—Si él quiere mi amistad, se la brindo. No hay nada; no me ha dicho nada para ilusionarme. Solo fue gentil y agradecido.

—Pero, parece… Isa, ten cuidado de poner tu corazón en un inestable.

—Everett está lejos de serlo. No me dio la impresión de ser un hombre con problemas mentales, más bien, lo sentí sereno, seguro de sí mismo. La caída que tuvo, fue motivo de un accidente —o de un atentado que, hasta ese instante, no volvió a considerar—. Alguien que estuviese al borde de la locura estaría desesperado, lleno de llanto… —Su propio llanto e histeria, vinieron a su mente—. Lo vieras… Es un caballero: atento, genial, muy educado… Se disculpó por no haberme agradecido estos meses que pasaron. Estuvo en rehabilitación; quedó mal de una pierna…

Camila medio sonrió y la tomó del brazo para que siguieran caminando hasta el cafetín. Tenían que darse prisa antes de que *esos adictos al café* se terminasen la jarra que la señora González preparaba desde temprano.

—Espero que sea así, corazón. Me agobiaría verte sufrir por un hombre dependiente en sus emociones. Me alegra y sorprende que haya sobrevivido... —cayó en la cuenta de ese hecho—. ¿Dijiste que se lanzó del Mastrangelo? Ese edificio es muy alto. ¿Cómo se salvó?

—Tal vez cayó de un tercer piso… —Everett no le confirmó desde dónde «perdió el equilibrio».

—Y si no limpiaba ventanas… ¿Qué hacía allí? —Isabel se encogió de hombros—. ¿No te lo dijo?

—No lo recuerda.

—Bueno, cuando lo recuerde, que te cuente. A mí me causa curiosidad. Quizás era un huésped.

—Quizás…

—¿Lo vas a volver a ver?

—Me invitó a cenar, mañana. Pero lo llamaré para cancelar.

—Que no sea por lo que te dije. Isa, soy desconfiada de la gente, siempre espero lo peor.

—De mí no lo hiciste.

La anciana le sobó la espalda, mientras saludaban y pasaban derecho a la cafetera eléctrica, donde Gavin y Sidney se hallaban sorbiendo sus respectivas bebidas humeantes.

—De ti espero lo mejor, y aún sigo esperando a que brilles mucho más. Te lo mereces —dijo en voz baja para que el par de chismosos no la escuchasen—. ¿Por qué vas a cancelar? —Tomó una taza de la despensa, cuyo nombre propio tenía marcado en la base para que nadie la usara. Sus manías la hacían irascible con respecto a esas cosas. Le asqueaba que otro dejara su saliva impresa donde ella posaba sus labios.

—No tengo qué ponerme.

Camila miró a Isabel, como diciendo: ¿bromeas?

—¿Y para qué estoy yo? —susurró—. Después de clases, irás a mi casa, ¡y sin rechistar! —alzó un poco la voz cuando ella intentó negarse avergonzada. Gavin prestó oídos a lo que estas cuchicheaban y Sidney arqueó una ceja por encima de su taza—. Estoy segura que algo te quedará; de joven tenía tu misma talla.

—Me da pena molestar…

—«Pena» es una palabra de cuatro letras. ¡Irás! Y llama a tu madre para avisarle que pasarás la noche donde una amiga; no vaya a ser que después te dé unos pescozones por no llamarla. ¿Entendido?

La joven asintió. Por cuestión de horario, los fines de semana eran libres en la academia, a menos que la fecha de alguna presentación se estuviese acercando y, ahí, ni para respirar tendrían. Y en cuanto a su madre…

Su regañina la aguantaría al otro día.

*****

—¡Virgen Santísima, Camila! Sabía que tenías mucha ropa, pero no tanta… ¿Acaso asaltas *boutiques* en tus días libres? Tienes para abastecer a media ciudad.

—Escoge a ver qué te queda.

Isabel no sabía por dónde comenzar a buscar. El armario ocupaba toda una habitación, con muebles empotrados y clasificados por estaciones. La ropa de invierno en la sección destinada para esto: abrigos, suéteres, sobretodos, pantalones de algodón, de pana, conjuntos de tela gruesa… La de verano, en el mueble a su izquierda, como una continuidad de las estaciones del año: primavera, verano, otoño, invierno. Paredes y paredes de ropa, colgadas en finas perchas de madera. Entre la sección de otoño-invierno, una columna de zapatos –en hileras de 3 en 3– se erigía desde el piso hasta el techo.

Isabel las contó: tenía 24, ¡solo en esa parte!, puesto que la de primavera-verano: contaba con igual número.

La acumulación de ropa se debía a la fascinación de Camila por la moda. Según ella: «una mujer debía lucir glamurosa a todas horas, así fuese a comprar el pan en la panadería de la esquina».

Aun así, le costaba escoger.

La anciana la ayudó.

—Ponte esto; veamos qué tal te queda.

—Camila, voy a un restaurante a cenar con Everett, no con la reina de Inglaterra. —Le había alcanzado un suntuoso vestido largo que luciría espectacular en la alfombra roja de los Premios Oscar.

—¿Y este? —Lo colgó y le mostró otro.

—Eso es para gritar a los cuatro vientos: ¡quiero sexo!

—No seas *remilgona*.

—No me pondré eso. —Como que Camila fue una asidua del Studio 54, en los años 70. ¡No se perdía una rumba! El vestido en cuestión era bastante provocador, su diseño engañaba a la vista: recatado por delante y promiscuo por atrás. De usarlo, el escote de la espalda le llegaría hasta el nacimiento de las nalgas.

Definitivamente: no.

—De este no te irás a negar —frente a los ojos de la joven, le cruzó un vestido que la hizo sonreír—. Póntelo, quiero ver cómo te queda.

Isabel se desvistió y en un par de minutos, se contemplaba en un espejo de cuerpo completo, ubicado en un extremo del mobiliario de los bolsos. Dio brinquitos de alegría. ¡Era bellísimo! El vestido –compuesto en dos partes– se amoldaba a su silueta sin hacerla lucir ostentosa ni vulgar. La parte de arriba o el primer vestido, le llegaba justo debajo de la rodilla, confeccionado en su totalidad de encaje negro, con falda de pliegues suaves y mangas cortas del mismo material. Debajo de este, un fondo de color «nude» cubría su ropa interior, ceñido a la cintura y menos amplio en cuanto al otro. Lo que más le encantaba, era la ausencia de escote. El cuello era un fruncido delicado que se extendía hasta donde comenzaban sus senos.

—Te queda como un guante: perfecto —Camila expresó sonriente.

—¿Tú crees? —Al menos en nada se parecía al vestido funerario de su madre. Este era de corte juvenil y muy actual a pesar de que fue usado unas décadas atrás.

—Si te digo que te queda «perfecto», es porque te queda perfecto, corazón. Jamás dudes de mi palabra.

Isabel, con los ojos acuosos, le dio un fuerte abrazo a la anciana.

—Me faltarán vidas para agradecerte, Camila. Eres un ángel que me saca del hoyo muchas veces.

—¡Zapatos! —exclamó esta para no dejarse llevar por las lágrimas. Apreciaba a la joven como si fuera su propia hija.

Hizo que Isabel se sentara en una butaca, mientras ella le alcanzaba varios pares de sandalias.

Probaron algunos; por fortuna, el número del calzado apenas era medio número menor. Isabel logró subirse en unos altísimos de corte cerrado en los dedos y talón descubierto, que estilizaba mucho más su figura.

Se veía tan genial que hasta consideró en que Everett la buscase a casa de Camila, para no romper el encanto.

Y para que no viera la calle inmunda por dónde vivía.

El hedor a orines lo espantaría de allí.

—¿Te opondrías si le digo a Everett que me busque acá?

—Si fuera bajo otras circunstancias, te diría que no hay problema. Pero es tu primera cita con él. ¡Haz que te busque a tu casa!

—Es que…

—¿Es tu madre?

—No. Tan mala no es…

—¿Entonces?

—Es que vivo en un barrio pobre y él debe vivir en la cúspide de Manhattan.

—Si está interesado, te buscará hasta en el infierno. No te avergüences de tu procedencia.

Isabel se mostró intranquila y Camila puso las envejecidas manos sobre sus hombros.

—Lo que en la academia me describiste sobre Everett, sugiere que es un hombre que no se amilana porque la chica en cuestión es humilde. Si quisiera aprovecharte de ti, que espero no sea así, te habría concertado en otro sitio. Así que, tómalo como un reto que le has impuesto para saber qué tan dispuesto está para conquistarte.

—No es una «cita», propiamente dicha, es una cena de agradecimiento y así charlar un poco más, ya que no tuvimos tiempo de hacerlo.

—*Ujum*… Y tú no estás nerviosa por cómo luces, ¿no? Imagino qué hasta él estará igual. Te apuesto que hasta tiene su clóset desordenado, buscando la ropa que se irá a poner.

La joven se carcajeó.

—Lo único que tiene de «desordenado», son esos pelos-largos-de-hombre-lobo que tiene en la cara. Lo envejece mucho.

—*¡Auuuuuuu!* —Camila aulló socarrona—. Entonces, dile que se los corte o las barbas se le mojarán en la sopa.

—¡Cómo se te ocurre! No le diré eso, lo ofendería, se ve que le puso mucho empeño a que creciera su barba…

—¿Y a ti te gusta así de *barbalargón*?

—No. Me da *repelús*. Me gustan las barbas cortitas, bien arregladitas.

—Dile.

Isabel se llenó de paciencia.

—Camila, Everett y yo no tenemos tal confianza, como para que le haga una crítica personal. Estaría mal que se lo diga, pues sería cómo que me importara más su apariencia y no es así, o sino ya lo hubiera rechazado, ¿no crees?

—La que dará besitos a *esos pelos*, serás tú. Yo no.

—¡Ay, si eres tarada! —exclamó sin estar ofendida, provocando que la otra estallara en sonoras carcajadas. Aunque, en el fondo de su ser, la visión de posar sus labios en ese hombre tan intrigante, le provocó mariposas en su estómago por la creciente ansiedad de la llegada del siguiente día.

No obstante, ninguna de las dos mujeres era consciente del hombre que escuchaba sentado en la parte trasera de su vehículo, atento a lo que estas hablaban. Se tocó la barba y sus dedos se deslizaron hasta las puntas que reposaban sobre su corbata de seda y rayas diagonales, meditando que necesitaba un cambio de estilo con urgencia. Esos labios que él deseaba tanto, no lo iban a rechazar por lucir como animal de monte. Era lobo por ascendencia europea, pero también humano.

Debía lucir como tal.

Capítulo 7

—Tío, disculpa mi pregunta, pero: ¿otra vez?

—«Otra vez», ¿qué…? —Everett inquirió a Jevrem, mientras se anudaba la corbata frente al espejo. Era la quinta que se probaba, habiendo desechado las anteriores, indeciso de si eran la mejor opción para su atuendo. El traje azul oscuro que usaba, le hacía lucir menos esquelético, mejorando su aspecto desgarbado y cansado de perro malherido que soportaría por una larga temporada. Faltaba mucho para recobrar *algo* del peso perdido durante la sanación.

El joven lobo se removió en su sitio, observando con inquietud a Everett, hacer y deshacer, el nudo de la corbata satinada color celeste, como si se fuera a presentar ante los Alfas Mayores de varias naciones.

—Con la humana —dijo—. Otra vez vas a ir a verla…

—¿Algún problema? —Dio un asentamiento de cabeza a la imagen que el espejo le devolvía y sonrió satisfecho, porque estaba seguro que a ese hombre que parecía «normal», su ángel no lo rechazaría.

Jevrem pensó que sí, pero en vez de hacérselo saber, respondió:

—Recuerda lo que es ella. El abuelo no lo consentirá y Ranko impedirá que ustedes dos se relacionen.

—¡ME IMPORTA UNA MIERDA QUE MI PADRE NO LO CONSIENTA! —tronó, volviéndose hacia su sobrino. En sus ojos había ira por la intromisión de su familia—. Y en cuanto a mi hermano: más le vale a él que se mantenga a distancia o no respondo.

—Es lo que va a suceder, si te empeñas en salir con ella. A estas alturas, ya deben estar enterados; Boris, Lazar o cualquiera de los hombres que nos custodian, les deben haber informado.

—Si me entero que fueron ellos, les arranco la lengua —siseó con los dientes apretados.

Jevrem se masajeó el cuello y sacudió la cabeza para liberar tensiones. Su tío seguía siendo un inconsciente que desestimaba las implicaciones de relacionarse con una humana.

—Ellos solo cumplen órdenes del patriarca: velarán para que el linaje no se contamine. —Mientras el Alfa Padre del Clan Kenai, aún respirase, sus órdenes se cumplían a rajatabla.

Everett entrecerró los ojos con severidad.

—¿Y tú? —lo cuestionó—, ¿de quién recibes órdenes? —De responderle que, «de aquellos», lo echaba de allí a patadas.

—Soy leal a ti, lo sabes… —expresó con la vista clavada en el piso, intimidado por su dura mirada—. Mis labios están sellados a lo que

digas o hagas. Solo me preocupa que, por esa chica, salgas herido. El abuelo tiene a sus hombres muy bien adiestrados, solo responden a él y a Ranko por ser el nuevo líder. ¿Comprendes lo que te intento decir? Si ellos consideran que tus distracciones pesan más que tu responsabilidad hacia la manada, tomarán medidas drásticas.

—¿Cómo qué? —Dio un paso desafiante hacia el joven.

Este retrocedió.

—A ella la matarán o la harán esclava, y a ti…

La mirada de Everett se ensombreció.

—Me matarán. —El joven asintió sin mirarle—. No temo. —Tomaría a Isabel y huirían juntos a un lugar donde nadie pudiera rastrearlos.

—Nosotros, sí, tememos que perezcas; nada haces para recuperar tus fuerzas. Irán tras de ustedes y los cazarán como si fueran traidores —le advirtió, adivinando las intenciones de Everett—, y cuando los atrapen: a ella le darán una dura lección y a ti te cortarán la cabeza y exhibirán en una pica para que otros se desanimen de hacer lo mismo. Olvídate de la humana, tío, y abraza tu naturaleza que te hace falta. Estando así… —lo escaneó entre la lástima y el desdén—, estás expuesto a que te despedacen.

—Me hablas como a un minusválido.

—Lo eres.

—Tal vez ya no quiera defenderme como un lobo con garras y colmillos largos, pero tampoco soy un lobezno con la cola metida entre las patas por el miedo; ¿te lo tengo que expresar más de una vez? Defenderé lo que considero es mío. El hecho de que haya dejado de convertirme, no implica que deje de ser lobo, y, como lobo, he escogido a mi compañera y es esa humana que ustedes… ¡Sí, a ti también te incluyo porque la aborreces! —elevó la voz, cuando el joven intentó replicar—. ¡La he escogido para mí! *Esa humana*… —señaló más allá del ventanal del dormitorio, hacia la lejanía donde la muchacha se hallaba—. Esa humana, que tanto desprecian por su condición de ser, me demostró el día en que yo agonizaba, que me estaba perdiendo de la grandeza que un ser vivo puede disfrutar. Ella caminará a mi lado y procreará a mis cachorros. Así que, vayan aceptándolo, porque será un hecho, lucharé con todo lo que esté en mis manos para protegerla.

—¿Cómo?, si apenas te sostienes del bastón —le hizo ver con ojeriza—. Estás débil y te niegas a tomar el mando. ¿Es así como piensas proteger a *tu humana*? Ranko te pondrá en cintura con tan solo un puñetazo. —Se tomó un respiro para calmarse—. Everett, *cambia* y confronta a ese alfa arrogante que nos llevará a una guerra entre clanes o él los aniquilará.

—Seré débil, pero tengo excelente puntería.

Jevrem se escandalizó. Su tío contaba con un arsenal que sería la envidia de todo coleccionista de armas.

—¡¿Atentarías contra tu propia gente por esa mujer?! —Los hombres lobo vivían más que los humanos, pero no eran inmortales. Un tiro certero en medio de los ojos o el corazón, los mataría en el acto.

—Contra los que pretendan lastimarla, sí.

—Me cuesta escuchar lo que dices. Matarías a un hermano, a un amigo o un sobrino, por alguien que no pertenece a la misma especie. —La confrontación al que hacía referencia, era a una pelea encarnecida de dos cuadrúpedos, hasta que uno de ellos bajara la cabeza en sumisión del otro; no que ocurriese un asesinato.

Teniendo en cuenta lo que el joven le dijo, Everett cojeó con la rabia bulléndole en el pecho y tomó el bastón que reposaba entre los dos apoyabrazos del sillón colindante a la chimenea y, con una clara determinación de lo que haría de ahora en adelante, le contestó:

—Te aconsejo que no seas mi enemigo, porque no tendré piedad de los que se interpongan entre Isabel y yo. Sé muy bien que me has estado siguiendo desde que me levanté de esa cama, así que, si eres leal a mí como profesas, te mantendrás a raya o, de lo contrario, iré contra ti también. ¿Estamos claros en esto, Jevrem?

Él bajó la mirada.

—Sí, señor. Muy claro. —*¡Clarísimo!* Su tío prefería a la humana que a su propia familia.

Mordiéndose la lengua, Jevrem caminó detrás de Everett, hasta el auto aparcado frente a la mansión. Kuzman fumaba un cigarrillo de manera distraída y al instante lo aplastó en el piso con la suela de su zapato, cuando se percató de la proximidad del coheredero.

No tuvo tiempo para abrir la puerta del pasajero, Jevrem lo hizo por este, quien percibía la tensión entre los dos hombres, pero que fue prudente en mantenerse callado. Las impertinencias se pagaban caro y Jevrem bien que sabía cómo castigaban los Brankovic cuando se cabreaban; asumió que el chofer había aprendido mediante el ejemplo impuesto hacia los demás en mantener el pico cerrado cuando nadie les pedía opinión. En boca cerrada no entraban moscas.

A veces…

Una vez que el auto se puso en marcha, sacó el móvil del interior de su chaqueta y retornó a la casa, a la vez en que marcaba el número telefónico, arriesgo de que él también se tragara una mosca.

El entrecejo de Everett seguía en una línea apretada que endurecía su mirada. Aún le taladraba el comentario de su sobrino: sería capaz de matar a los de su propia sangre, sin rechistar, con tal de proteger a

la mujer que ama.

—Claro que lo haría —se dijo a sí mismo, mientras el Mercedes cruzaba las rejas eléctricas que dan acceso a la entrada y salida de la mansión, rumbo hacia el este de la ciudad. Por Isabel estaba dispuesto a dispararle en el trasero a su hermano mayor, si le hacía frente; por ella, el pulso no le temblaría, obtendría su cariño y un futuro juntos.

Si en esos momentos algún lobo antiguo lograra leer sus pensamientos, se horrorizaría y aullaría indignado por la falta de lealtad hacia sus congéneres. La raza lobuna se cuidaba de procrear con especies inferiores que amenazarían con debilitar los genes de la nueva camada. Por obligación, un lobo debía nacer de una pareja de lobos, cuya ascendencia tuviera como mínimo dos generaciones; nunca de humanos; los híbridos –mitad humano, mitad lobo– eran razas domesticables, destinadas al servicio de los más fuertes. Estos eran miedosos, menos resistentes para la cacería; su parte humana los hacía vulnerables al control mental de los genéticamente puros.

Los humanos por carecer de fuerza, destreza y agudeza en los cinco sentidos, eran considerados omegas.

Los últimos en la cadena alimenticia entre las dos especies.

En resumidas cuentas: entre más larga las ramas del árbol genealógico de una familia de lobos, más feroz su descendencia.

Pero a Everett, este detalle le tenía sin cuidado. Amaría a sus hijos como nacieran.

Frágiles.

Kuzman cruzó los límites de Long Island y se adentró a velocidad moderada a la ciudad, rumbo norte hacia el distrito del Bronx. Conocía la dirección del domicilio de Isabel, habiendo sido suministrada por Everett, cuando le pidió a su sobrino que la vigilara y del que ahora él se arrepentía de haberlo hecho por la desconfianza que este le inspiraba.

El recorrido se le hizo largo y tedioso a causa del tráfico, sin embargo, llegó a tiempo para buscar a la chica. Se aplanó el cabello hacia atrás, recogido en un moño varonil y se aseguró que su barba estuviese alisada. Los botones de su chaqueta en sus ojales, una vez se bajó del Mercedes frente a un edificio mugriento de cuatro plantas.

—Mira *a ese*… —Un chico que pasaba junto a tres más, codeó al que caminaba a su lado, al ver a un hombre bajarse de un auto lujoso.

—¿Adónde vas, *riquillo*?, ¿vienes por una «María»?

Everett le clavó la mirada con severidad y le gruñó bajo, mostrándole los dientes. El chico hacía referencia a los tipos con dinero que compraban cocaína por esos sectores.

Estos se sobresaltaron y enseguida se volvieron con rapidez sobre sus pasos.

¡Mierda!, era un narco…

—Señor… —Kuzman se preocupó de que los jóvenes volvieran armados y con refuerzos. Los pandilleros eran fuerzas letales que habrían de tener cuidado.

—Estaré bien —Everett respondió, sin molestarse en mirar al chofer. Alzó el mentón y caminó con la espalda recta, derrochando elegancia con su traje costosísimo y su bastón con mango de cabeza-de-lobo ayudándole a mantenerse erguido.

Entró al edificio y con un gesto cansino, miró los escalones que debía subir.

El ascensor brillaba por su ausencia.

—¡¿Y esperaste hasta esta hora para avisarme?!

—Es algo de último momento…

—¿Y no me pudiste llamar? ¡Mira cómo está el apartamento! Qué pena con ese señor, cuando venga: todo desordenado y los platos acumulados en el fregadero, porque eres una holgazana que detesta colaborar.

—Mamá, apenas me dio tiempo para arreglarme. Sabes muy bien que salgo tarde de la academia.

Mientras padecía, lo que parecía ser el ascenso al Kilimanjaro, Everett escuchaba las voces amortiguadas, detrás de la puerta de la residencia de los García. La mujer escupía una enorme cantidad de quejas a Isabel, que hizo a Everett sentir pena por presentarse allí.

Apretó los dientes y se aguantó el dolor en su pierna derecha, se apuró por saldar los escalones para ir al socorro de su ángel que lo necesitaba. Se disculparía por importunarlas y les prometería compensarlas de la mejor manera.

—Y tenías que usar los trapos viejos de otra persona. ¿No te da vergüenza?, esa profesora pensará que eres una pata-en-el-suelo que no tiene ni para salir en una cita.

—No es una cita —Isabel replicó con voz cansina—. *Es una cena con un…*

—¿Amigo con derechos? Di lo que quieras, pero a mí no me engañas, María Isabel. Tienes novio y no quieres presentarlo a tu familia, porque te da vergüenza.

—Claro que no.

—¡Claro que sí! Al menos, ¿este tipo tiene plata o es otro como tus exnovios limpios?

Al llegar al tercer piso, donde se hallaba el modesto domicilio, Everett se limpió el sudor de la frente con su pañuelo blanco, por el esfuerzo que hizo, y lo devolvió al bolsillo superior de la chaqueta sastre. Su pierna recordándole su terquedad de mantenerse «humano».

Tocó a la puerta con suavidad a falta de timbre.

Pasos oyó aproximarse y otros alejarse.

La puerta se abrió.

—Buenas noches, señora García. Soy Everett Bran…

—Sé quién es, *mi cabezota hija* me acaba de informar. Entre y disculpe el desorden; si Isabel me hubiera dicho temprano que usted vendría, habría lampaceado. Entre, no le dé pena. ¡Isabel! —La mujer –en bata de casa– se hizo a un lado para que Everett ingresara—. ¡Muchacha, no te hagas de esperar y sal de una vez!

—Déjela, señora, que se tome su tiempo, puedo esperar.

La mujer lo escaneó sin disimulo y arqueó una ceja, cuando vio que el noviecito de su hija, debía tener mucha lana. Esa pinta que usaba, le habría costado lo que ellos pagaban por un mes de alquiler.

Observó su bastón.

—¿Qué le pasó?

—Mamá… —Isabel, quien había retornado un minuto atrás a su habitación para darse un último toque de carmín a sus labios y recoger su bolso de mano, reprendió en voz baja a su madre por su impertinencia.

—Fue un… —Everett miró a Isabel— accidente…

Sus ojos marrones se elevaron por sobre la señora García y su boca se desencajó un poco al ver al monumento de mujer que se acercaba a la sala.

Isabel jadeó.

Everett se había cortado la barba.

—M-mamá, te presento a Everett. U-un amigo… —Sus mejillas ardían como brasas por la forma en cómo él la miraba de la cabeza a los pies.

Everett se humedeció los labios de repente secos por el febril deseo que Isabel le despertaba. Lucía un vestido que…

¿Se le nota las…?

No. No se le nota, pensó él. Parecía que se trasparentaba y dejaba a la vista del espectador, lo que la naturaleza la había dotado, pero era un sutil engaño, que por un segundo lo intranquilizó. El vestido de encajes negro, traía un fondo de color piel que engañaba a primera vista.

—Mucho gusto, señora —tendió la mano para estrecharla con la aludida, sin apartar la mirada de Isabel, atraído por su belleza. Su cabello ondeaba con soltura, resaltando sus delicadas facciones femeninas; sus ojos maquillados abanicaban unas larguísimas pestañas que lo hipnotizaban. Sus labios –que lo encandilaron– pintados de un rojo oscuro, tornándolos provocativos y relamiéndose una vez más los suyos, por querer mordisquearlos con suavidad durante horas. Ese desconcertante vestido engañoso de escote recatado que moldeaba sus delicadas curvas, lo tentaba a desnudarla, y esos mortales tacones que torneaban esas piernas kilométricas de bailarina, se los imaginaba alrededor de su cintura, mientras él empujaba y empujaba su miembro en su centro.

—María Teresa, a sus órdenes —dijo la mujer—. ¡Qué pena, señor, siéntese! ¿Quiere un cafecito? Isabel, atiende a tu visita. ¿De quién habrá salido esta maleducada?

—No, gracias —Everett medio sonrió, habiéndole molestado el trato que la mujer le daba a su hija.

—¿Gaseosa? Tengo Coca-Cola.

Sacudió la cabeza.

Sus ojos postrados sobre la figura de la muchacha.

Demasiado sensual.

—Estamos por marcharnos, mamá. —Isabel se acercó a Everett, igual de aturdida por lo que en él observaba.

—¿Tan rápido? Deje que converse un ratito. ¿En qué trabaja?, porque ese traje vale mucho dinero.

—¡Mamá! —Isabel rio consternada—. Ya nos vamos, se nos hace tarde, ¿verdad, Everett? —Agrandó los ojos para que le siguiera la corriente.

Este asintió.

—Fue un placer conocerla, señora García. En otra ocasión conversamos más distendidos.

—¡Ay, sí! ¿Qué le parece si lo invito el domingo a un almuercito? Prepararé unos burritos que son de rechupete.

A Isabel casi se le salen los ojos de sus cuencas. ¿Burritos? ¡¿Cómo se le ocurre a su madre?!

—¡Mamá! —Se quería morir.

—Vendré, entonces —Everett aceptó a pesar de la negativa en la mirada de la joven. Quería compartir todo con ella.

—No tienes por qué hacerlo, Everett.

—Isabel —María Teresa la llamó con dureza—. Si tu novio dice que vendrá: vendrá.

La joven enrojeció avergonzada.

—Él no es…

—Aquí estaré —le gustó el calificativo que la progenitora le dio a su incipiente amistad con Isabel.

—¡No me la traiga tarde!

—Lo prometo, señora. —Le ofreció el brazo izquierdo a Isabel para marcharse con propiedad.

Pero antes de que la joven cerrara la puerta tras de sí, mientras le expresaba a Everett un silencioso «qué pena contigo, discúlpela», María Teresa la jaló del brazo para darle un consejo:

—Sáquele dinero —le susurró al oído, del que Everett en el pasillo, escuchó.

Isabel se liberó de mala gana y cerró la puerta con algo de rudeza. Forzó una sonrisa a Everett, pero era inútil simular su enojo.

El descenso hacia la calle, resultó mucho más martirizante para

Everett, que el mismo ascenso por los escalones. Requirió de todo su aguante para soportar las punzadas que viajaban de ida y vuelta desde el fémur hasta el tobillo. Le dolía peor que cuando le dio por caminar por la Avenida Madison; los calambres le hacían perlar la frente de sudor.

Aun así, hizo que Isabel le tomara el brazo y descendieron las escaleras, como el príncipe que escolta a su princesa a su carruaje para llevarla a cenar a un lugar de ensueño.

Al salir, Isabel arrugó la nariz y esbozó una sonrisa apenada.

—Disculpa haberte hecho venir hasta acá. Los olores… Borrachos… —la hediondez de la orina, permanecía inherente allí.

Él rio.

—Ni me di cuenta —dijo para hacerla sentir bien. El chofer a la espera, al lado de la puerta del pasajero.

—Qué mentiroso eres. Toda la calle apesta a orín de borracho. No tienes que disimular. La próxima vez, nos pondremos de acuerdo en otra parte.

Everett sonrió ampliamente.

La próxima vez…

¡Claro que habría una próxima vez!

—Por ti, mi bella dama, te buscaré hasta en el infierno.

Isabel parpadeó.

¡Vaya coincidencia!

Camila daría su aprobación.

El suave «click» del cierre de la puerta trasera del Mercedes-Benz, los envolvió a ambos en esa burbuja del que nadie la podría penetrar. Estando encendida la luz del techo del vehículo, Everett le dio una apreciativa mirada a la muchacha, del que esta se sintió cohibida, desviando sus ojos almendrados hacia su ventanilla para controlar el nerviosismo.

A Everett le gustaba su timidez, indicaba que era una joven de poco o ningún *recorrido*; su exquisitez al vestir –aunque fueran ropas prestadas por otra mujer– le hacía querer saltar sobre ella y besar cada fracción de su cuerpo. Lucía preciosa, incluso más provocativa de cuando ella danzaba en mallas.

No pudo contenerse y tomó la mano de Isabel, que se hallaba aferrándose a un bonito bolso tipo-sobre del mismo color de su tentador vestido, y le besó los nudillos, mientras sus ojos se mantenían abrasadores sobre los de ella.

—Luces impactante —elogió enronquecido. Su tono de voz revelaba el nivel de excitación en el que se hallaba. Ella estaba para que él cometiera unos cuántos delitos.

Isabel tragó en seco.

—Gracias. Tú también luces im… B-bien. Tu barba…, te la cortaste.

—Lo hacía más joven y atractivo.

Everett le devolvió la mano y se tocó los vellos que delineaban su mandíbula.

—Necesitaba un cambio —dijo con socarronería—. ¿Te gusta?

La otra asintió.

Y luego hizo algo que hasta ella misma se sorprendió.

Levantó la mano para tocar su rostro.

—Se te ve… —Enseguida se avergonzó al darse cuenta de lo que estuvo a punto de hacer—. ¡Lo siento! —Empuñó la mano, devuelta a su regazo—. Yo no sé qué me impulsó…

Everett la atrajo de nuevo hacia él.

—Tócame todo lo que quieras —la palma de la joven, pegada a su mejilla, quemándolo—, que jamás me cansaré.

Cerró los ojos y movió la mano de la chica para sentir su caricia. Pronto, esos dedos delicados estarían aferrándose a su espalda, mientras soportaba los envites que él le daba.

Capítulo 8

Isabel dejó de respirar.

Ese hombre tenía la capacidad de dejarla paralizada.

Ni una réplica satisfactoria lograba salir de sus labios por el comentario tan de doble sentido que él le había acabado de hacer: «tocarlo todo lo que quisiera». De ser atrevida, le habría tocado hasta lo que la hacía ruborizar; no obstante, sus manos se levantaban sin orden alguno e iban en su búsqueda para palparlo.

Una vez más, se reprendía en su fuero interno, ¿por qué actuaba así?, como si fuera una libertina acostumbrada a tomar la iniciativa con los varones.

¿Sería por ese motivo que él comenzó a desplegar sus plumas de pavo real hacia ella?

Si una mujer daba la iniciativa, el hombre la secundaría sin tardanza.

Se removió en su asiento, inquieta ante cierta pulsación en medio de sus piernas. Las axilas le sudaban por los calorones que Everett le provocaba. Se acariciaba las mejillas con la mano de ella debajo de la de él, entregado al tacto, cual gato que ronronea para que su dueña le diera mimos. Él los incentivaba, movía la palma de su mano en torno a su rostro, ladeando la cabeza con los ojos cerrados y el ceño ligeramente fruncido, conteniendo, quizás un vergonzoso gemido.

Isabel se mordió los labios para ahogar los suyos, la acicalada barba de Everett le hacía cosquillas en medio de la palma, pero también ocasionaba que ramalazos de corriente le recorrieran la espina dorsal, causando estragos en su raciocinio. ¿Cómo sería besarlo?, se preguntaba mientras él seguía acariciándose como un niño, pero esta vez con el dorso de sus dedos. Sentir esos pelitos faciales alrededor de sus labios…, juntar las lenguas y emprender un baile erótico en ambas bocas, de los que escandalizaría a su madre y la haría persignarse, obligándola a confesarse con el párroco del barrio por impúdica.

Ella quería eso…

Darle un buen beso.

¡Dios! ¡Dios!

Lo ansiaba. ¿La barba le haría cosquillas de la misma forma que hacía en su mano o la picaría al punto de rechazarlo?

Esperaba que no, porque quería disfrutar.

¡Dios!

¿Qué clase de seducción era esta?

Le provocaba recuperar el control de su mano y manosear a ese caballero de saco y corbata por su propia cuenta, tocarlo donde quisiera, *allí*, abajo, donde estaba segura que él a muchas le arrancó múltiples gemidos.

Everett abrió los ojos y sus pupilas estaban dilatadas.

Posó un casto beso en cada nudillo y luego le entregó la mano, con una sonrisa de medio lado que ni el diablo con intenciones de conquistar, podría superar.

—Eres suave —dijo en tono gutural—. Me domarías con facilidad.

Isabel no supo si sonrió. Solo parpadeaba, embobada por el magnetismo animal de ese hombre.

—Eh… —Temblorosa se acomodó su largo cabello sobre su hombro derecho para, de ese modo, darse tiempo en qué pensar. Pero su mente estaba en blanco. Everett la había dejado sin un hilo de pensamiento al que recurrir para no permanecer callada como una tonta.

Everett aspiró el perfume que dicho movimiento sensual había levantado en la cabina trasera del automóvil y se atrevió en inclinarse hacia el lóbulo de su oreja para expresarle:

—Qué tentadora eres, Isabel. Tu piel es suave, hueles… —sus fosas nasales se llenaron del delicado aroma floral de la joven— bien... Me pregunto, si también *sabes* bien.

Un frenazo.

Everett e Isabel, se sacudieron hacia adelante con algo de rudeza.

—*Discúlpeme, señor. Un huma…* —carraspeó—. *Un chico se atravesó en su bicicleta. Casi lo atropello* —la voz del chofer crepitó en el citófono del apoyabrazos de la puerta de Everett.

Este, algo contrariado, pegó su espalda al respaldo de su asiento y miró a Isabel, como diciéndole: «te saborearé en otra parte».

El frenazo del Mercedes, fue una interrupción no intencional que Isabel agradeció que hubiera ocurrido, porque, de lo contrario, ella estaría en ese instante enredando su lengua con la del propietario.

Ambos permanecieron ligeramente distanciados para mantener la cordura. Durante el trayecto hacia el restaurante, conversaron tonterías para socavar el fuego y así hacerlo maleable para más adelante. La 7ma Avenida de Manhattan estaba menos congestionada que de costumbre para un fin de semana; Isabel hablaba tonterías sin parar y Everett la escuchaba embelesado, con una sonrisa estampada en los labios y agradeciendo a los dioses por el ángel que le enviaron.

—¿Adónde dijo que me iba a llevar? —Isabel se asombró en cuanto el Mercedes aparcó frente a la Torre Centinela, entre las calles 45 y 46.

—No te he dicho. Es una sorpresa.

Ella –con la boca abierta– observaba hacia la entrada del edificio.

—Es allí, ¿cierto?

Everett asintió. Su sonrisa ladina.

Le agradaba observar cómo se removía impaciente por bajarse del vehículo.

—Oh, Dios… ¡Es al…!

—Vamos. —Se bajó él, una vez su puerta se abrió, y en cuanto se sostuvo de su bastón, le extendió la mano a Isabel para ayudarla a salir.

Esta aceptó gustosa y su grácil figura se elevó sobre sus tacones de aguja, quedando casi a su altura.

Los transeúntes que pasaban, posaron los ojos sobre la espigada modelo que enroscaba con timidez su brazo en torno a la del sujeto, elegantemente vestido.

Rápido el portero se aprestó en escoltarlos hasta el interior del edificio, llamó a través de su radiotransmisor, dando información a otros sobre la llegada del hombre y su bella acompañante.

Everett e Isabel entraron a un ascensor y ascendieron hasta el tercer piso; una vez allí, tomaron otro que los condujo hasta el piso 52.

El letrero –con grandes letras doradas– anunciaba en lo alto de la pared y frente a las puertas del ascensor, el nombre del restaurante donde ambos cenarían.

Outlook.

Isabel rio nerviosa.

—No lo puedo creer…, me trajiste a…

—¡Bienvenido, señor Brankovic! —El *maître* salió a su encuentro, como si el mismísimo presidente de los Estados Unidos hubiera ingresado al recinto—. Es todo un placer volverlo a ver. ¡Pase, pase! Permítame y lo conduzco hasta la mesa. —Hizo señales a dos camareros para que terminaran de inspeccionar que todo estuviese correcto. El empresario había llamado con poca antelación, siendo esto un inconveniente para un cliente de baja categoría, pero no para este, cuyas tarjetas de crédito, cubrían cifras astronómicas.

—Gracias, Jeffrey.

—Al contrario, señor Brankovic, estamos agradecidos de su presencia. Nos honra tenerlo aquí, una vez más. Hacía mucho que no nos frecuentaba.

—He estado…

—Lo sabemos, no se preocupe —se adelantó a decir el hombre, quien estaba enterado del rumor –versión suministrada al mundo– del aparatoso accidente con su aeronave—. Por favor, siéntense cómodos —esta vez habló en plural, incluyendo a la joven en la bienvenida—. Estaré pendiente para cuando deseen que les traiga la carta; mientras tanto, disfruten de la vista.

Isabel, que no se hallaba de la emoción, contempló la decoración del restaurante. Desde hacía dos años en que supo de su apertura, había deseado subir. ¡Era fabuloso! De mobiliario contemporáneo: sillas de cuero terracota y mesas de madera para dos o cuatro personas, según los clientes asistentes. La suntuosidad desbordaba por cada rincón, sin recargar la decoración: lámparas de araña a media luz, ambiente climatizado, esferas blancas dándole un toque mágico al entorno, ubicadas por allí, por allá… como si alguien las hubiera dejado «olvidadas», pero que era parte de la decoración; los candelabros de varios tamaños, protegidos con cristal tallado, daban ese *plus* al rodear el muro de una plataforma semicircular, donde un pequeño grupo musical amenizaba el lugar.

Pero lo que más había impactado a la muchacha, era el paisaje externo que el restaurante mostraba.

Outlook estaba rodeado por unos enormes ventanales que se alzaban desde la altura de las mesas hasta el techo.

El esplendor de la Nueva York nocturna, brillaba frente a sus ojos.

Infinidad de rascacielos, uno detrás del otro, abarcando todo el ancho de los ventanales, robando el aliento para el que lo contemplaba por primera vez desde la cima del mundo.

—¿Te gusta? —Everett preguntó lo que ya sabía. Isabel había quedado fascinada.

—Sí. Siempre he querido venir… —expresó, paseando la vista por la ciudad que se erigía magnífica en toda su extensión. El brillo de las luces eléctricas, los reflectores y anuncios de mil colores en los costados de algunos rascacielos en el Times Square, era fascinante. Al fondo se alcanzaba a ver la aguja piramidal del edificio Chrysler y el Empire State. Por otro extremo de los ventanales, el One World Trade Center, cuyo nombre recordaba a las torres gemelas del fatídico atentado del 2011, competía por las miradas de los neoyorquinos y de las personas que disfrutaban de una buena cena desde el edificio Centinela.

—Entonces, te volveré a traer.

Isabel retornó su atención sobre Everett.

La promesa que él le hizo, provocó que su corazón estallara en un millón de palpitaciones por minuto.

—No tienes que comprometerte a tantas atenciones conmigo, ya hiciste bastante con traerme hoy aquí. Outlook es realmente espectacular. Gracias.

Sacudió la cabeza.

—Gracias, tú, por no dejarme morir —replicó arropándola con la mirada a la vez en que extendía la mano al ras de la mesa, para que Isabel se la estrechara—. ¿Qué es esto para mí en comparación con lo que tú hiciste por mí? —le apretó la mano con suavidad, cuando ella

se la tomó—. ¡Nada! Ya te lo dije: por el resto de mis días estaré en deuda contigo. Te llevaré a cenar a muchos restaurantes como este, ¡a dónde tú digas! Si quieres viajar, si quieres vivir en alguna casa mejor; lo que sea, pídeme que te lo doy con gusto.

Isabel necesitó de tomarse una buena copa de vino.

—No hace falta. Con tu amistad me basta. —Retiró la mano. A su madre le hubiera dado un soponcio por rechazarlo.

Everett apretó la mandíbula y miró al *maître* para que trajera la carta; el otro captó enseguida y con celeridad, entregó dos cuartillas forradas en cuero negro con el logotipo de Outlook impresa en la tapa.

—¿Qué desean pedir? —Se dirigió primero a Everett y luego a Isabel, quien se ocultó tras el menú.

—Isabel —Everett la llamó, dolido por cómo ella se alejó—. ¿Qué se te antoja comer?

Esta levantó los ojos por encima del menú y puso cara de «ni idea».

—Si me permite sugerirle —el *maître* salió en su ayuda—: de entrada, puede pedir una ensalada de higos californianos asados que son una exquisitez —le señaló el número del listado para que leyera los ingredientes que contaba el plato—. Como complemento —agregó, memorizando el menú—: un puré de papa con ajo, le vendrá bien, y como plato principal: salmón atlántico de piel crujiente, aderezado con champiñones, puerros y salsa de langosta.

—Eso está bien… —le sonrió al hombre con timidez. De escoger ella, hubiera tardado media hora. ¡Nada conocía del menú!

Y los precios… ¡Madre mía!

Costosísimos.

—¿Y para usted, señor?

—De primer plato: Raviolis de champiñones silvestres, de segundo plato: calabaza asada con salvia, y como plato principal: Filete de *mignon* de corte central a la parrilla.

—¿Cómo lo quiere?

—Semi crudo.

—¿Y qué vino desea tomar? —apuntaba con celeridad.

—Un *Cabernet sauvignon* de más de siete años.

—Muy bien. ¿Y la señorita? —la miró expectante.

Isabel agrandó los ojos. Lo único que sabía de los vinos, es que unos eran claros y otros oscuros.

—Eh… —Con la mirada, pidió ayuda a Everett.

—Vino rosado. ¿Qué tiene de los más suaves? —Este miró hacia la carta, en busca de la lista de vinos y luego hacia el *maître*.

—*Marqués de Murrieta* del 2018, señor. Es muy suave y refinado.

—Traiga ese, entonces.

El *maître* hizo un leve asentamiento de cabeza hacia la pareja y se volvió sobre sus pasos, entregando la orden al jefe de los camareros

para que este se lo hiciera llegar al chef.

El pedido tendría que salir rápido y perfectamente preparado. El mejor cliente debía quedar satisfecho; de ello, su reputación.

Everett observó la actitud retraída de Isabel.

—¿Te incomodo? —Jamás tuvo que formular semejante pregunta a una mujer. Pero ahí estaba ante una joven humana que lo consternaba.

Ella esbozó una sonrisa tímida y jugó con la copa de cristal que permanecía vacía frente a su plato llano.

—Eres… —carraspeó para aclarar la garganta—. Eres intimidante.

—¿En qué sentido? —se preocupó, la intimidación era buena para subyugar a los clanes, pero no cuando lo que pretendía era impresionar a una dama.

Isabel lo miró por debajo de sus largas pestañas y sin poder soportar sus intensos ojos marrones, se enfocó de nuevo en la copa.

¿Cómo expresarle que todo él era intimidante? Sus ojos de felino, su porte de realeza, su perfume, su masculinidad…

Buscó en los rascacielos, tras los ventanales, y posó atribulada sus ojos en las luces de neón de la famosa intercepción del Time Square. Tantas formas de publicitar eventos, cine, teatro, música… Una mano se posó bajo su mentón e hizo que girara el rostro con delicadeza hacia su compañero de mesa.

Everett se había inclinado un poco hacia adelante para atraer su atención; en él era evidente la expectación cargada de preocupación.

—Déjame ser tu amigo, Isabel —le pidió en voz baja—. Conózcame sin los formalismos que te mantienen apartada.

—Es difícil, si me estás ofreciendo el mundo para conocerlo. Es como si quisieras comprarme como a una…

—Perdona si la ofendí. Pero quiero ofrecértelo todo en compensación.

—¡Ya lo has hecho!

—No. Aún no… —Su mano sobre la de ella—. Isabel, yo…

—Con su permiso. —El *maître* lo interrumpió, acompañado de dos camareros que sostenía cada uno, una botella de vino, elegantemente envuelta en tela satinada.

Le ordenó a uno de los camareros que sirviera sobre la copa del cliente VIP y aguardó expectante a que este diera la aprobación, tras observar el color, olerlo y paladearlo en un claro conocimiento de la cata de los vinos tintos.

Complacido de su aceptación, el *maître* aguardó por el visto bueno de la muchacha, cuando el segundo camarero le sirvió el vino rosado.

Isabel agrandó los ojos.

Huy.

Tomó un sorbito, habiendo olvidado agitar sutil la copa para

oxigenar el vino y así activar el aroma, oler y luego probar como si fuera una experta. Solo probó y ya.

—Está muy rico…

Las copas fueron llenadas un poco más con sus respectivos vinos y los tres hombres se marcharon, expectantes de la pareja por si pedían más.

Everett alzó su copa.

—Brindo por ti, Isabel García, por salvarme de mí mismo. Le has adquirido sentido a mi vida, la has colmado de música y movimientos maravillosos que me han transformado y alegrado como nunca lo estuve en el pasado; y espero que esta amistad que apenas se está dando, gracias a la providencia, perdure y se solidifique a través de los años. Salud.

Temblorosa, Isabel alzó la suya y la llevó hacia Everett, quien con un «¡tin!», los cristales sellaron el brindis.

—Te vi desde el otro extremo del salón y me dije: ¡No puede ser…! ¿Everett Brankovic por fin se deja ver? Qué emoción que te hayas animado en dejar el claustro —Jasna se acercó a la mesa con ademanes coquetos, sorprendiendo de mala manera a Everett y ocasionándole una punzada en la boca del estómago a Isabel.

Everett se puso en pie.

Su bastón sirviéndole de apoyo.

—Jasna —la saludó con parquedad, rodando los ojos por todas partes para descubrir cuál fue el hijo de puta miembro de su familia que mandó a la prostituta. Jasna no actuaba por su cuenta, a menos que tuviera intenciones de *dormir* una larga temporada en el cementerio.

La morena, enfundada en un ceñidísimo vestido rojo y de escote pronunciado que abultaba su busto, le estampó un sugerente beso en cada mejilla.

—Qué placer verte disfrutar de los placeres de la noche con una *amiguita* —expresó con marcado acento extranjero—. Eso dice que estás volviendo a ser el de antes. Bien por ti.

Isabel se tensó.

«¿Amiguita?». ¿Y esa que pensó que era ella?

—Te presento a Isabel García. Isabel… Jasna Ivanovic. Una amiga.

La mujer arqueó las cejas y clavó sus rapaces ojos verdes sobre la muchacha.

—Así que tú eres Isabel… —rio desabrida. La fantasía que Everett mantuvo en su mente y en el que ella, en lugar de esa chiquilla insignificante, le dio una buena mamada.

La aludida frunció el ceño.

¿Habían hablado de ella?

Pero antes de pedirle explicaciones a Everett, que parecía querer

llevarse de allí de volada a la morena, esta extendió la mano con petulancia hacia Isabel.

—Mucho gusto, querida… —Apenas le estrechó la punta de los dedos, como si la joven hispana le fuera a estropear la manicura de sus larguísimas uñas pintadas de rojo—. ¿Eres nueva? Porque de ti aún no he escuchado nada...

—¿Cómo que «nueva»? —Isabel, que se mantenía en su asiento, le inquirió a la odiosa mujer de tetas grandes.

La otra sonrió con desdén.

—Por lo visto «novata». ¡Oh, Everett, qué pillo! Te gustan cachorritas, ¿eh? Cuando la hayas usado, me buscas. Yo sí sé cómo complacerte…

—Jasna —le advirtió y ella bajó la mirada, intimidada.

—En todo caso —dijo esta—: conoces mi número. Sigo esperando tu llamada. —Posó un beso en sus labios y le guiñó el ojo—. Luego escaneó con desprecio a Isabel y esbozó la más hipócrita de las sonrisas—. ¡Adiós, *queridita*!

—Adiós —*pendejita*.

Jasna taconeó hacia la salida, mientras meneaba el trasero con tanta sensualidad, que los comensales varones y algunas esposas celosas, la siguieron con la mirada. Everett tenía que darse cuenta que ella era más mujer que la humana de tres céntimos.

—La ensalada de higos californianos para la señorita —El *maître* anunció, alienando junto con uno de los camareros el carrito de comidas, igual de elegante a las mesas de los comensales, mientras Everett se sentaba de nuevo en su silla, con el semblante serio—. Señor —colocó frente a Everett, el plato que le correspondía—: sus raviolis... En cuanto terminen, les traigo el segundo plato. Buen apetito.

—Gracias. —Esta vez, Isabel no sonrió—. Así que: «amiguita». ¿Eso es lo que querías que yo fuera para ti? —espetó una vez el *maître* y el camarero se retiraron de la mesa.

—No —Everett respondió sin mirar su plato ni tomar los cubiertos. Sus ojos sobre los de Isabel, maldiciendo para sus adentros por la tensión que había caído sobre los dos. Lo de Jasna tuvo que ser premeditado. No creía en coincidencias—. Lo que te expresé es cierto: quiero que seamos amigos sin formalismos. ¿Adónde vas? —peguntó cuando Isabel dejó su servilleta de tela sobre la mesa y tomó su bolso de mano, para ponerse en pie—. Isabel. Isa… ¡Carajo! —masculló en voz baja, teniendo que apurarse con su bastón para seguirla. El *maître* le interceptó el paso, preocupado de que el pedido les haya disgustado, pero Everett le aseguró que estaba bien, explicándole que atendían a una emergencia que se les presentó. Pedía disculpas y que enviaría a uno de sus hombres para que cancelara la cena.

El *maître* aceptó, aunque sospechaba que la mujer que recién se había acercado hasta la mesa, tuvo que ver con la repentina partida de la pareja.

—Isabel. ¡Isabel! —la llamaba, apretando una dolorosa caminata para alcanzarla en el vestíbulo del restaurante.

—«Sin formalismos» ¿Eso qué quiere decir, Everett? —Apretaba el botón del ascensor con rabia—: ¿Conmigo hay derecho a cama, pero sin compromisos? No soy una puta.

—No lo eres —llegó hasta ella, jadeante. Su pierna carcomiéndolo con tormentosas punzadas.

—¡Ja! Eres el maestro de la actuación: «Pídeme que te lo doy con gusto…» —imitó su voz—. Te gusta eso, ¿no? Impresionar para que las idiotas caigan redonditas a tus pies. Vaya… Sí que soy tonta.

—Isabel…

—¿Por qué esa tipa dijo que soy «la nueva»? ¿La nueva de qué, Everett? ¿La nueva puta o la nueva pendeja que se cree tus mentiras?

—Ninguna de las dos. Eres mi amiga.

—«Amiguita» —espetó avinagrada—. Dilo cómo *tu otra amiguita* lo recalcó: «amiguita». ¿Soy la uno o la dos? No, debo ser la «dos». Porque esta se ve que es la que puntea.

—¡Basta!

Las puertas del ascensor se abrieron e Isabel ingresó, echando humos por las orejas. Qué se fuera para el carajo, pero ella no toleraría que la tratasen como a una puta.

Everett entró, bloqueándole el paso cuando Isabel intentó salir para bajar por las escaleras.

La empujó contra la pared metálica del fondo y con la punta del bastón, oprimió el botón para que las puertas se cerraran.

—Si no quieres que te dé un bofetón, déjame salir.

—Hazlo.

La mano salió volando para impactar el rostro del hombre.

Everett la interceptó en el aire.

La otra mano, le siguió.

Everett también la atajó.

Ambas manos atrapadas en su agarre. El bolso y el bastón en el piso.

—Suéltame.

—Intenta liberarte —la desafió —sus dedos, largos y fuertes, aplastaron las muñecas de la muchacha contra la pared a su espalda. Ella intentó por todos los medios liberarse, pero la fuerza que ejercía Everett la superaba. Dejó de luchar—. Así me gusta: dócil —le habló cerca de sus labios.

—¿Esto es lo que realmente querías: una mujer a quien dominar?

—No quiero eso.

—¿Y entonces qué quieres, señor Brankovic?

—Besarte.

Ni bien, el abrasador deseo de Everett se diluyó en sus pensamientos, sus labios fueron presionados en un arrebatador beso que la dejó paralizada de la cabeza a los pies y con los ojos explayados.

Isabel tardó unos segundos en procesar lo que sucedía.

Ese hombre la tomaría ahí, mientras el ascensor descendía hasta la planta baja.

Capítulo 9

Decir que estaba aterrorizada, sería mentir.

Everett movía sus labios contra los de ella, ejerciendo presión para que le siguiera sus movimientos despiadados. No tenía miedo de que lo mordiera, además, Isabel por más que lo intentara, no podría; le aplastaba las muñecas, los labios y su pelvis. Por ningún lado era capaz de liberarse del peso que representaba el metro ochenta y mucho de estatura de Everett. Los labios contra sus labios, el pecho contra su pecho, las caderas contra sus caderas… El sometimiento era en extremo desquiciante para su cordura, sin darle tregua para respirar, del que parecía querer asfixiarla de ese modo hasta que cediera a sus salvajes besos.

Percibía con mayor intensidad su perfume impregnado en su ropa y piel. La besaba y la besaba, mientras el ascensor descendía a través del piso 45, 44, 43, 39, 35, 28… ¿Por cuál iban?

Qué importaba.

Abrió los labios para recibir su lengua, que desde hacía unos segundos intentaba adentrarse en su boca y tomar la suya para animarla a que le diera ese beso por el que muchos perdían la cabeza, originando después épicas guerras con sus rivales.

Isabel se estremeció y por completo apabullada, gimió en cuanto sintió el contacto de las dos lenguas, siendo demasiado íntimo y húmedo… Le daba vergüenza reconocer que hasta ese instante un beso francés no le había calentado las venas; sus antiguos novios –del que apenas fueron dos– carecieron de ese fuego arrollador del que Everett poseía. ¡Virgen de la Misericordia!, su aliento, el más embriagador de todos los alientos varoniles, entraba directo hasta su garganta, dándole la impresión de que él pretendía follarla por la boca, dejando atrás esa caballerosidad comedida que tanto le demostraba; encerrado con ella en ese cubil metálico que se deslizaba cuesta abajo por las entrañas del edificio, siendo su captor. El *minino* que la engatusó con sus ronroneos y mimos, resultó ser un brioso felino que la quería devorar.

Al darse cuenta que Isabel cedía a sus demandantes labios, Everett soltó sus muñecas y la alzó, haciendo que ella le rodeara la cintura con sus piernas. El vestido se subió hasta la cadera de la chica y sus bragas, húmedas y olorosas por la excitación, quedaron en pleno contacto con la cremallera del pantalón del hombre. Su dureza bien que la sentía en su centro palpitante, Everett emitía un sonido bajo y

ronco en su garganta y sus labios presionaban mucho más de lo que ya lo hacía. Su fuerza la sorprendió, pues a pesar de aferrarse a sus brazos delgados, él la sostenía sin esfuerzo alguno.

Quiso expresarle «¡tómame ahora!», pero se hallaban en un medio que en cualquier minuto los iban a pillar en una posición comprometedora. Aun así, disfrutó de sus labios pecaminosos, envueltos en esa barba que a ella le hacía cosquillas. Lo bueno, es que esos pelitos, lejos de producirle rechazo por el picor, le hacía volar su imaginación. ¿Cómo sería tener sus labios pegados en su vagina?

Alguien carraspeó y no fue ni Everett ni Isabel.

Entonces, ¿quién?

Otro carraspeo. Esta vez con un deje molesto.

Oh, oh…

Everett detuvo los besos y miró a Isabel, aún con los labios pegados a esta.

¿Había alguien más en el ascensor que no se dieron cuenta?

Con cuidado, dejó a Isabel en sus propios pies y de inmediato se limpió el bordillo de su labio inferior, para luego averiguar por sobre su hombro, quién era el tercero en discordia.

¡Carajo!

Un hombre oprimía el botón del tablero para que las puertas del ascensor se mantuvieran abiertas. Dentro, se hallaba un anciano, sosteniendo un perrito entre sus brazos, junto a un joven repartidor de pizza que sonreía con picardía; aparte de estos, dos señoras rubias, aguardaban afuera en el piso 23 a que la *cachonda parejita* terminara de manosearse.

—Disculpen —Everett expresó a la pequeña audiencia que arqueaba una ceja con censura o socarronería.

—Si tantas ganas tienen, les aconsejo que se vayan a su casa o a un hotel —graznó una de las dos mujeres—. Esto es un espacio público que se utiliza para trasladarnos de arriba abajo, no para hacer cochinadas.

Everett alineó los ojos sobre la humana.

—Le aseguro señora que, si esa fuera nuestra intensión, el ascensor ya se hubiera caído por *los envites*.

Isabel enrojeció y el repartidor se carcajeó.

—¡Inmoral! —exclamó escandalizada—. Prefiero esperar por otro ascensor a tener que compartir este con ustedes. ¡Vulgares!

—Hasta luego, señora —Everett despidió a la mujer y a la que la acompañaba, mientras las puertas metálicas mostraban hasta el final del cierre, la mirada furibunda de la hosca mujer en el pasillo. Recibió de Isabel, el bastón, quien lo había recogido junto con el bolso, en el momento en que se percataron que no estaban solos.

Sonrió. La joven le terminaba de limpiar la evidencia del fogoso

beso impreso en sus labios y él hizo lo mismo con ella, pasando con suavidad, las yemas de sus dedos por el reborde de sus labios carnosos. El enojo de esta, de hacía unos minutos en el restaurante por culpa de Jasna, ya no la comandaba, teniendo las mejillas arreboladas y con esa timidez expresada en su faz que le hacía querer apretujarla entre sus brazos. Era tan inocente…

Isabel procuró arreglarse el cabello en el espejo que estaba a su espalda y aplicarse a la velocidad de la luz, una capa de carmín en sus labios, del que Everett con una sonrisa perniciosa se prometía para sus adentros que en cuanto estuviesen dentro del auto, le quitaría esa pintura roja con sus propios labios.

Le guiñó un ojo y ella, ruborizada a más no poder, bajó la mirada para detallar el diseño labrado del piso metálico. Arabescos y más arabescos…

Tras abrirse las puertas en el tercer piso, salieron ambos, quedando el resto lanzando comentarios subidos de tono. Esto provocó que Isabel quisiese bajar por las escaleras, pero Everett la tomó del brazo y la detuvo para que no huyera por algo que él consideraba había sido una sensacional experiencia.

—Qué vergüenza… —expresó, manteniendo la mirada gacha.

—¿Por qué?, la pasamos bien. —Su mano se entrelazó con la de ella, aguardando como un par de enamorados a que el ascensor que conecta con otras áreas del edificio, los llevase hasta la planta baja.

—¡Por lo que hicimos!

—¿Y qué hicimos? —se hizo el olvidadizo—. Solo nos besamos. —Sus labios pugnaban por continuar lo que les interrumpieron.

—Pues, besarnos así, tan… —Ni siquiera era capaz de decirlo en voz alta.

Erótico.

Soltó el aire de golpe.

—Deben estar tomándome como a una pu…

—¡Ni lo digas! —la interrumpió sin querer escuchar esa maldita palabra. Su ángel no era como las otras—. No lo eres. Deja de angustiarte por lo que piensen los demás; de cualquier modo, igual hablarán pestes. Disfruta, Isabel, te hace falta vivir con intensidad. Eso no fue nada para lo que pienso hacer contigo.

Ella arqueó las cejas y él rio de su perplejidad.

Entraron al segundo ascensor, pero aquí ellos no pudieron continuar con los besos, el cubil metálico estaba casi atestado por los trabajadores que salían mucho después de la hora que marcaba en el reloj de sus respectivos trabajos.

Everett e Isabel entraron y en un par de minutos, atravesaban tomados de la mano, la puerta de salida del edificio Centinela.

A Isabel le causó pena el fugaz gesto de dolor que Everett

demostró, mientras aguardaban por el chofer. Había cerrado los ojos y frunció el ceño un instante, para luego tomarse un respiro y medio sonreírle como si ella no se hubiera dado cuenta que su pierna le molestaba.

Se excusó por no haber llamado al chofer con anterioridad, pero el percance con la tipeja y lo del ascensor, era como para olvidarse de hasta el abecedario.

—Everett —lo llamó aprensiva. Su corazón a mil—, ¿cómo va a quedar esto? —Una cita que casi llega a tercera base.

Él la arropó con la mirada.

—Lo que te dije.

Isabel se concentró en el tráfico que circulaba lento. Dos líneas de autos costosos se formaban en dirección norte y sur.

Everett besó el dorso de la mano que entrelazaba.

—¿Por qué dudas?

—Tal vez, por lo que dijo tu «amiga» —pronunció con reticencia—: que soy la «nueva»; que te gustan «cachorritas» y «novatas». Everett —hizo una pausa—, ¿qué va ser esto?, sé sincero conmigo, por favor. Si es una aventura, está bien, me lo tomo a la ligera y luego me abro camino, pero no me ilusiones con mentiras. Esa mujer parecía molesta. ¿Fue tu novia o esposa? —Para nada le dio la impresión que fuera una ex. Más bien, una *escort*.

Y ese término era suave para lo que pensaba de esta.

—Lo que te dijo Jasna, fue para molestarte. No le hagas caso —respondió, mientras que el Mercedes Benz aparcaba frente a ellos.

—Pero, ¿qué fueron? —Él se iba por la tangente.

—Es una amiga.

Escort, precisó Isabel para sí misma. Una mujer que brindaba compañía y también algo más a cambio de una buena suma de dinero.

Esto le hizo pensar cuando Everett la presentó; de ella no se refirió de esa manera.

Ni como novia.

Ni como conocida.

Ni nada de nada.

Solo: Isabel García.

Y punto.

Una vez que estuvieron acomodados en el auto, Everett oprimió el botón del citófono de su puerta.

—Kuzman, de vuelta a El Bronx —le ordenó al chofer.

—*Sí, señor* —respondió este, diligente.

—Hay que llevar a la señorita García temprano a casa o su estricta madre la reprenderá. Y no queremos que eso pase, no volverá a darle permiso para salir con su novio —agregó sin que el otro escuchara. Su dedo sin ejercer presión en el botón.

A Isabel, su corazón se saltó un latido.

Su novio.

—E-es una madre latina. Y las m-madres latinas son estrictas —le seguía el juego, pero sus ojos brillaban expectantes para que le aclarase si fue una broma o hablaba en serio. Novio…

Él rio y la rodeó con su brazo, atrayéndola a su pecho al verla tan apabullada.

—Bromeaba —le dio un beso en el tope de la cabeza.

Se desilusionó.

—Lo sé —replicó evitando que notase su tristeza—. Estoy comenzando a conocer ese lado socarrón tuyo.

—¿Y te gusta?

—Hum…

—Isabel… —la apretó para que le respondiera, curioso de lo que pensaba.

—Sí, me gusta. No eres pretencioso.

—Me alegra saberlo.

—Pero te agradecería una cosa: no me vuelvas a gritar.

Everett deshizo el abrazo y la estudió con detenimiento. La luz del techo del automóvil seguía encendida para que la muchacha se sintiese menos cohibida.

—¿Te grité? —se sorprendió, echando memoria de lo que pasó después que abandonaron el restaurante. Él la perseguía y ella rezongaba—. Lo siento, debí… —Debió perder la compostura por culpa de Jasna. A esta la estrangulaba.

Isabel se inquietó de su falta de memoria.

—Antes de entrar al ascensor —le recordó—. No me gustó que me gritaras. Apenas nos estamos tratando y ya me gritaste.

Everett estuvo a punto de replicarle: porque soy un alfa. Pero al instante reparó en su realidad: un hombre que cojea, sin mayor autoridad que la de gritarle a su sobrino y ordenarle al chofer que lo lleve a donde él le pidiese por la ciudad.

—No volverá a pasar, lo prometo.

—Espero que así sea, porque me disgusta que me griten; ya bastante tengo con…

Él aguardó a que terminara de hablar, pero su abrupta interrupción, hizo que le preguntara:

—¿Bastante tienes con quién? ¿Con tu familia? —Los oyó gritar más de una vez—. ¿Compañeros de trabajo? ¿Algún *amigo* abusivo? —A este último lo mataba.

Y a los otros, también.

Isabel miró hacia su ventanilla. El auto había avanzado buena parte del Alto Manhattan, en línea directa hacia la zona más pobre de Nueva York.

Por segunda ocasión, la mano debajo de su mentón.

—Puedes contarme tus asuntos personales, si quieres —Everett le expresó, tras hacerle girar el rostro hacia él—. Haz de mí: tu amigo y tu amante.

—¿Amante? —la impactó. La propuesta fue directa, porque confirmaba lo que temía: la quería para amigos-con-derechos.

—Y amigos… —adivinó—. Seremos muy, pero que *muy* buenos amigos… —Buscó sus besos adictivos—. Cuéntame todo lo que te molesta —dijo al ras de sus labios—, lo que te agobia o causa tristeza. Yo estaré ahí para ti; ya te lo expresé antes, Isabel. Déjame ser tu amigo.

—Amigo.

—Y amante…

Estas simples palabras, fueron un catalizador para que Everett obedeciera a sus impulsos de tomarla allí.

Teniendo los labios pegados, la recostó sobre el asiento, acomodándose él entre sus piernas. Se liberó de su chaqueta y aflojó el nudo de la corbata con tanta rapidez, que Isabel apenas parpadeaba. El desespero por desvestirse competía con su pene que golpeaba por salir erecto de su cremallera y enterrarse en ella. Gruñía enfebrecido, repartiendo besos en sus mejillas, en la línea de su fino cuello, en cada busto que aún permanecían ocultos bajo ese estorboso vestido de encajes que pronto le iba a destrozar, dejándola desnuda y abierta para él. El auto seguía en marcha, quién sabe por qué ruta, a Everett le daba igual, si llegaban rápido, le diría a Kuzman que se diera una vuelta por toda la ciudad hasta que ellos acabasen.

—E-Everett… —Isabel lo llamó, temblorosa.

Él levantó la mirada dilatada por el deseo.

—Nos verá… —Sus ojos consternados rodaron hacia el vidrio divisorio.

—Ni nos ve, ni nos escucha.

—Ah… —Miró por sobre los hombros de Everett, más allá del cristal de la ventanilla a su espalda, hacia los conductores que manejaban cerca.

—*Ellos* tampoco. Podemos follar.

La forma tan gutural en cómo le respondió, hizo que sus bragas se mojaran. Sonó tan animal…

—Qué bueno —Isabel sonrió y de la corbata celeste, lo jaló hacia ella para que la subiera hasta las estrellas.

Everett sonrió al deslizar un dedo entre la delicada prenda interior, que sonrió perverso de hallarla en su punto.

Sin embargo, cuando posó su rodilla equivocada sobre el asiento para bajarse la cremallera, la punzada que sintió le hizo crispar su rostro de dolor.

—¿Estás bien? —Isabel se preocupó. Ya había notado que se sentía mal desde antes de montarse en el auto, pero ella siendo una tarada, ni le preguntó.

—La pierna —dijo contenido, aún tenso sobre la bella morena—. Mala posición.

—Te has estado esforzando; lo del ascensor… —Cuando la alzó, su pierna lastimada debió soportar el peso de los dos.

Con dificultad, él se acomodó en su asiento, maldiciendo internamente su pierna y cerró los ojos, contando el número de operaciones que tuvo: ocho. Y ninguna logó reparar las cinco fracturas que sufrió en la caída. La izquierda fue la que se salvó de quedar igual de lisiada, a pesar de la fractura en la tibia. Pero la regeneración del hueso se dio tras la inmovilización con un yeso durante tres meses.

Por desgracia, la derecha la tendría inservible por el resto de sus días.

—Valió la pena… —abrió los ojos y le sonrió. Su palidez acentuando sus rasgos cansados.

Isabel apenas le correspondió la sonrisa.

—¿Te duele mucho?

—Es un leve dolor —mintió. ¡Lo martirizaba! Quería cortársela.

—Vaya, para ser «leve», te hace palidecer —según lo que vio afuera del Centinela—. Debes estar aguantado.

Sacudió la cabeza y ella lo miró, como diciendo: «no finjas».

—Me está matando —admitió.

—¿Traes calmantes?

—Nada me surte efecto. El dolor aparece y desaparece. —Como un castigo por comportarse como «humano».

Ella quiso reconfortarlo y expresarle que un buen descanso le haría bien y que cuando despertara, estaría en mejor condición. Pero se ahorró las palabras de aliento, Everett la pasaba mal y, por lo visto, a diario.

Le arregló el cuello de la camisa y el nudo de la corbata.

Él sonrió.

—Me encantas, Isabel.

—Tú también.

El auto se detuvo y un suspiró escapó del pecho de la muchacha. Habían llegado y ambos ni se dieron cuenta.

—Te llamaré —dijo él, posando un beso en el dorso de su mano y luego en sus labios.

—Descansa.

Tal vez fue por el dolor en la pierna o porque la calle cortaba toda nota romántica, pero Everett se vio tan reducido y opacado, que hasta le dio la impresión a Isabel que envejeció unos años.

Recogió su bolso del tapete a sus pies, a donde había ido a dar tras

su fogosidad con Everett y se bajó del auto, siendo escoltada hasta la puerta por el chofer, que la despidió con un «buenas noches, señorita», y se dio la vuelta después para llevarse de allí a su adolorido jefe a su residencia.

Isabel entró al edificio, sintiendo el pecho oprimido. No solo por lo que él padecía, sino porque en su primera cita entablaron las bases de los que sería una candente amistad.

Y con este pensamiento casi haciéndola sonreír, subía los escalones hacia su departamento; sin embargo, se encontró con alguien que le hizo borrar la ilusión que expresaba su rostro.

Arturo.

Capítulo 10

—¿De dónde *coños* llegas y con esa pinta?

—Qué te importa —Isabel le contestó de mala gana a su hermano, quien le bloqueaba el paso. Tenía un ligero olor a tufo que evidenciaba que había tomado desde temprano.

—¿Vienes de putear? Estás greñuda y con el labial corrido.

—A ti no te tengo por qué dar explicaciones. ¡Apártate! —El desgraciado nunca estaba a esas horas y, justo cuando ella sale a cenar con alguien que le gusta, llega temprano a gritarla.

—Claro que sí, soy el hombre de la casa y tú estás manchando el apellido con tus andadas.

La sarcástica carcajada de la muchacha, tronó justo en los escalones que comunican hacia la segunda planta. «El hombre de la casa», «manchando el apellido…». Hay que ver que algunos idiotas meaban fuera de la bacinilla.

—¡¿El hombre de la qué…?! —rio con más saña—. ¿En serio te lo crees? *El que fue*, «el hombre de la casa», nos abandonó por una quita-maridos de veinticinco años. Así que, olvida esas ideas de asumir el papelito de *sustituto* de papá, que te queda grande.

Arturo le dio una bofetada.

El rostro de Isabel se volvió a un lado por el fuerte impacto que, de no ser porque se sostenía del barandal con una mano, rodaba por las escaleras.

—¡A mí no me insultes, zorra, soy el hombre de la casa y se hará lo que yo diga!

—Pues no, porque me valgo por mí misma, a diferencia de ti que eres un mantenido.

Lleno de rabia, Arturo la agarró del cabello con rudeza.

—A mí nadie me mantiene, pendeja, lo que das para la casa, es para mamá y es tu deber.

—¡Ay, suéltame! —La jaloneaba produciéndole dolor.

Isabel chillaba sintiendo que él quería arrancarle el cuero cabelludo; le lanzaba golpes con sus puños y con su bolso, pero este la tenía bien sujeta, clavándole la cabeza para tenerla dominada.

Pedía ayuda a todo pulmón; nadie salía para socorrerla, los ruidos de la televisión y los estéreos de los vecinos, ahogaban sus gritos. Y aunque la escuchasen, ninguno asomaría la nariz para increparle a Arturo por el abuso que cometía con su propia hermana; cada quien se ocupaba de sus propios asuntos, temiendo un puñetazo o un disparo

como respuesta por ser entrometidos.

Uno de sus tacones se partió durante la lucha, tratando de asentar sus pies en los escalones para que él no la llevara arriba, pues sabía lo que sucedería; de empujarla al apartamento, la molería a los golpes.

—¡Auxilio!

—¡¡Cállate, pendeja!! —Mechones caían del cabello de la muchacha producto de los violentos jalones que él le daba—. Con que te la das de libertina, ¿eh? Yo te voy a quitar lo *feminazi*, mediocre de mierda. —Con la mano libre, sacó la llave del bolsillo delantero de su pantalón y abrió la puerta principal, mientras Isabel le aruñaba el brazo para liberarse.

—*¡Ayyyyy!* —chilló al ser lanzada con brusquedad contra el piso de la sala.

—¡¿Qué pasa acá?! —María Teresa saltó del sillón en cuanto su hija se quejó adolorida. En la televisión, MasterChef México, estaba por comenzar.

—¡Esta zorra, que la pillé bajarse del auto de un tipo! —La descubrió desde la ventana del apartamento de José Ramón, en la primera planta, mientras contaban el botín que obtuvieron del atraco en Queens—. ¿Así es cómo obtienes el dinero: puteando? —Le dio una patada en el estómago, del que Isabel se aovilló adolorida—. Y nos dice a nosotros que es bailarina —escupió—. Solo es una pantalla para que no nos demos cuenta que se prostituye.

—Ella dijo que es un amigo…

—Y tú le creíste como una tonta, mamá. ¡Es puta! ¡¡Puta!!

Isabel tosía a falta de aire en sus pulmones. A través de la maraña de cabellos que caían revueltos sobre su cara, miró con odio a su hermano por agredirla y a su madre por no defenderla.

—¡NO LO SOY! —se defendió, anegada en llanto. La mejilla golpeada le ardía y el estómago aún no se recuperaba de la patada que recibió por parte de esa bestia.

—Isabel, ¡¿cómo pudiste traer a uno de tus clientes a nuestro hogar?!, ¡qué pena con los vecinos! ¡Oh, santísimo señor…!, ¿qué hice para merecer a una hija como esta? Ya decía yo que era demasiado bueno para ser cierto… ¡Levántate! —Se quitó la chancleta y comenzó a golpearla. Isabel se protegía con los brazos, pero la madre la azotaba sin piedad—. De qué me sirve que seas puta, si nos mantiene en la pobreza. ¡Levántate, sinvergüenza, que te voy a dar una paliza!

—¡No lo soy, no lo soy! *¡Arrrrgggh…!* —Arturo la había agarrado de nuevo del pelo y jalado para hacerla levantar a la fuerza—. ¡Suéltenme! —Mandaba manotazos hacia los dos familiares como si con ello se le fuera a ir la vida: uno la tenía inmovilizada del cabello y la otra repartía chancletazos de diestra a siniestra.

Esa noche a la joven, todo le había salido de mal en peor.

Capítulo 11

El «tu» «tu», del móvil de Isabel, sonaba por no contestar la llamada de Everett, sentado al borde de la cama y envuelto en su albornoz blanco.

Por tercera vez insistía y así excusarse una vez más por la impertinencia de Jasna y por él haberla gritado –del que no recordaba– frente al ascensor. Además, quería escuchar su voz, antes de que ella se fuera a dormir, pero, al parecer, debía estar agotada porque no le contestaba.

Se tocó los labios y cerró los ojos, rememorando los besos ardientes que se dieron en el ascensor y en el Mercedes: fueron excitantes, fogosos, de los que a él desequilibraban su ser; desde hacía mucho en que no se sentía como un jovencito que revivía, una y otra vez, los labios de una joven que irradiaba encanto a su paso. Isabel era una ladrona de corazones, del que le arrancó el suyo cuando estuvo vulnerable. No había manera de recuperarlo y ponerlo a resguardo, lo tenía bajo llave, quién sabe en qué cofre o caja fuerte secreta para que nadie lo hallara; se había adueñado de sus sentimientos y lo que ella dispusiera, lo haría feliz o desgraciado.

Marcó por cuarta vez su número telefónico y con frustración, el pitido sonaba en su oído a falta de contestación. Quizás estaba molesta por haberla impulsado a desinhibirse o el móvil se le había descargado, ¿qué sabía él lo que a ella le pasaba en esos momentos?, lo más probable es que se estuviera dando una ducha.

Una en la que sus manos se estuvieran enjabonando sus partes íntimas…

Gruñó excitado. Aunque no como las veces en que pensaba en Isabel, desnuda y debajo de él, la excitación era menguaba a causa del dolor incesante de su pierna. Kuzman se había ofrecido en ayudarle a subir las escaleras y hasta le sugirió cargarlo entre sus brazos, pero él lo rechazó de plano, asegurándole que estaba bien, que era un dolor pasajero del que mejoraría con los calmantes que se tomaría y que se iría a recostar un rato para que estos surtieran efecto.

Para los hombres lobo, las horas diurnas eran cortas y las nocturnas largas, puesto que son más seres de la noche, que merodeadores del día; sin embargo, era una preferencia por naturaleza, no porque estuviesen limitados por cuestiones genéticas. Por lo general, Everett no se iba a la cama temprano, aunque esta vez, sí, a pesar de que apenas pasaba de las diez de la noche; se había dado un baño en la

tina, con sus sales medicinales y su tabaco al alcance de la mano, siendo su rutina cada vez que los malditos dolores se hacían presente en sus mejores momentos.

Desistió de molestar a Isabel y se recostó sin quitarse su albornoz, no tenía ganas de forzar más su pierna, yendo hasta el armario para buscar su pantalón de pijama; cuando descansaba solo, solía usar uno, pero cuando compartía la cama con una mujer, ninguna prenda de vestir cubría su hombría. Con Isabel dormiría desnudo por el resto de sus días.

Con un mohín lastimero, posó su cabeza en la almohada y cerró los ojos, tras una respiración lenta y prolongada.

Isabel…

¿Qué hubiera sido de él, si ella no habría aparecido en su vida? Todo fue tan fortuito y accidentado, que en ocasiones se preguntaba si lo que vivía en la actualidad era real. La acera, cada vez más cerca de su cara, llegaba a su mente y lo asaltaba con severos ataques de ansiedad que día tras día lo despertaban sobresaltado en la cama.

El estéreo lo había encendido tras el baño, dejándolo en una emisora local para escuchar las noticias, pues no se le antojaba mirar la televisión. Pero en vez del locutor con su voz parca, era Robbie Williams quien cantaba bajo, *Angels*.

Me siento y espero.
¿Un ángel contempla mi destino?
¿Y saben ellos los lugares a dónde vamos
cuando estamos decaídos y viejos?
Porque me han dicho que la salvación permite desplegar sus alas.
Por eso cuando estoy acostado en mi cama,
con pensamientos recorriéndome la mente,
y siento que el amor ha muerto.
En vez de eso, amo a los ángeles.

Everett sonrió por lo cómico que resultaba la situación. Él, acostado en la cama, pensando en su propio ángel…

Y a pesar de todo,
ella me ofrece protección.
Un montón de amor y afecto,
sin importar si estoy en lo correcto o equivocado.
Y bajo la cascada a dónde quiera que me lleve,

sé que la vida no me arruinará cuando pase a verla.
Ella no me abandonará.
En vez de eso, amo a los ángeles…

—Estás tragado hasta la médula… —expresó con un brazo reposando sobre sus ojos y el otro sobre su estómago. Comenzaba a respirar cadencioso por la letra de la canción. Era relajante, suave, identificándose con cada palabra expresada por el cantante británico. Isabel era su ángel y él la amaba pese a las diferencias que pesaba sobre los dos. El enfrentamiento con el resto de los Brankovic sería inminente, apenas les informara su decisión de unirse a una humana.

Tocaron a la puerta.

El golpe en la madera fue tímido, siendo un previo aviso de que era Blanka, el ama de llaves.

—Adelante —permitió sin mover un músculo de donde se hallaba tendido, disfrutando de la música. Por fortuna, Metallica comenzaba a tocar *The Unforgiven*.

—Con su permiso, señor Everett, le traje una infusión para su pierna.

—A mi pierna no le gustan las infusiones.

La mujer, de contextura rolliza y cabellera roja, rio.

—¡Ay, señor Everett! Usted como siempre... Le traje esta infusión para que le alivie el dolor que siente en la pierna —le aclaró como si él no le entendiera. Lo observó subir las escaleras con un malestar que la conmovió.

Él levantó el brazo de sus ojos y aleteó la nariz, percibiendo desde su sitio el aroma de la bebida humeante.

—Huele a lo que le echo a la tina.

—No se queje y tómeselo. Es un excelente calmante.

Reticente, se sentó al borde de la cama. Sus cabellos húmedos apuntado en todas direcciones.

—Apaga el estéreo, por favor, que no concilio el sueño.

—¿Le cierro las cortinas para que el sol de mañana no lo vaya a molestar? —Blanka consultó, luego de entregarle la taza, servida en una bandeja dorada.

Asintió.

—*¡Ergg!* —hizo una fea expresión, tras probar la infusión de color verde intenso—. Toma —le alargó la taza, mientras la mujer sumía la habitación en mayor oscuridad—, ponle un poco de whisky.

—El licor echará a perder la infusión.

—La mejorará.

Blanka puso las manos en jarras.

—Señor Everett… ¿Quiere aliviarse del dolor y después dormir?

Tómeselo.

—Con *esto*, estoy seguro que no.

—¿Y si le digo que *sí*? Anda, tómeselo.

Everett hizo un mohín.

—Si logras que se me calme el dolor, te compro un auto. —Solo ella era capaz de contradecir al patrón, a quien vio crecer desde que era un lobezno amamantador.

Esta se carcajeó.

—¿Qué voy hacer con un auto a mi edad?

—Pasear con su novio —sorbió una vez más e hizo un mohín, sabía asqueroso—. En serio, Blanka, ponle whisky, esto sabe a… —Ella lo reprendió con la mirada—. Nada. Lo haré yo. —Hizo amague de levantarse para dirigirse al minibar y mejorar el sabor de la bebida mata-lobos, pero Blanka le interceptó el camino.

—Si hace eso, le traigo otra taza y lo obligo a que la beba —amenazó, empujándolo con la punta de sus dedos regordetes, para que se sentara en la cama.

El otro arqueó una ceja.

—¿Y cómo piensa hacer eso?

—Con la correa.

Se carcajeó.

—Ya no tengo diez años, al que me obligaban a las malas a comer pescado. He crecido.

—Eres un obstinado que se niega a beber la infusión que le hará bien. ¿Qué espera para tomárselo? Mañana me lo agradecerá por haberse quedado dormido como un tronco.

Everett miró el contenido de la taza y suspiró derrotado.

—Eres mandona.

—Habló el obstinado…

—Eso ya lo dijiste.

—Bueno, lo repito: «obstinado». Pobre mujer la que se enamore de usted.

—¿Por qué lo dice? —Contuvo una arcada en cuanto tomó un grueso trago de la infusión.

—Porque es terco como una mula que se empeña en seguir por una senda en vez de ir por la otra. Y fuma más que un condenado en una celda. Deje de fumar, señor Everett, eso no es bueno para los pulmones.

—Me gusta.

—Señor Everett…

—¿Hasta cuándo me vas a seguir llamando «señor»? Si hasta me amamantaste.

Blanka contuvo las ganas de revelarle: *porque tu querido padre, una vez casi me vuela los dientes por tutearte*. Sin embargo, le contestó:

—Es mejor así.

Everett intuyó más allá de lo que ella expresó.

—¿Te han reprendido?

—No. —Se inquietó.

O sea: sí, pensó él con profunda rabia hacia el que la increpó. ¡Era como su madre!

Terminó de beberse la infusión y haciendo acopio de su fuerza de voluntad para no devolver lo ingerido, le replicó:

—En mi presencia, así esté en compañía de mi padre o mis hermanos, me tuteas, Blanka. Como yo hago contigo. ¿De acuerdo?

—Eso es porque eres el amo.

Cabeceó.

—Eres mi nodriza y te quiero. Así que deja de utilizar el «usted» y el «señor». ¿Entendido?

—Sí, se… —medio sonrió—. Sí, Everett.

Luego, con bandeja y taza, Blanka se dirigió hacia el baño para recoger la ropa que el lobo solía dejar tirada en el piso, y llevarse también lo que a él le hacía daño. La apiló en una mano y salió, descubriendo después que este se había recostado de nuevo en la cama.

Caminó despacio para marcharse, pero él rodó los ojos hacia ella.

—Mis cajas —extendió la mano.

Blanka resopló. Debajo de la pila de ropa, se llevaba a hurtadillas las cajitas que contenían los tabacos y los fósforos.

Puso la bandeja sobre la mesita de noche y las extrajo de su escondite.

—Esto le hace apestar a saco de viejo.

—A tabaco —replicó sin ofenderse.

—Igual apesta.

—Dámelas —las manos extendidas hacia ella.

Blanka resopló y se las entregó.

—Lo digo y lo sostengo: pobre mujer. Por cierto… —frunció el ceño, pensativa—. ¿ya has pensado en alguna? El próximo mes cumplirás treinta. Ya es hora de que formes tu propia familia.

Everett le sonrió.

—Ta vez ocurra más pronto de lo que crees.

La otra jadeó.

—¡¿Ya escogió una?! ¿Quién es?, ¿a qué clan pertenece?

Al de los humanos.

—De una que no conoces —omitió revelarle. Le inquietaba que Isabel no le contestara el móvil. Tenía una extraña sensación en el estómago.

Blanka se despidió, sin pretender atosigarlo con más preguntas, para que descansara. Everett dejó las dos cajitas en la primera gaveta

de la mesita de noche y frunció el ceño; la infusión poco hacía por aliviarle el dolor de la pierna; se volvió hacia su costado derecho, quedando la pierna sana sobre la adolorida y botó el aire de los pulmones, tratando de relajar sus pensamientos. Isabel sería su mujer, eso estaba más que previsto, pero lo que le preocupaba, es que su propia gente hiciera algo contra ella.

*****

Isabel despertó aovillada en el piso al lado de la cama. Durante horas lloró por ser tan estúpida. Por años, sus amigos más cercanos le aconsejaron que se marchara de la casa y viviera sola, que nada hacía junto a dos trogloditas que solo comían, cagaban y dormían. Pero ella, que sabía que su madre era incapaz de valerse por sí misma, permaneció allí para cuidar por su salud, deteriorada por comer frituras y comidas picantes.

Reparó en donde se hallaba y se sobó adolorida los brazos y el cuello que tenía agarrotados por la posición fetal en cómo se había quedado dormida. Aún usaba el vestido negro y calzando una de las sandalias. La otra –la del tacón roto– debió perderlo en algún momento, mientras se defendía de aquellos dos.

Miró su entorno e hizo una expresión entristecida; si no hacía algo por cambiar su destino, este al final se la tragaría. Su familia no iba a cambiar, sus vecinos seguirían siendo indiferentes, y ella soportando abusos noche y día.

Muy lentamente y haciendo gestos adoloridos, se puso en pie. Qué malditos, se supone que debían de protegerla y apoyarla, no que le dieran una paliza porque la tomaban por alguien que jamás sería.

Lo que más le dolía, es que su madre se quedara viendo sin hacer nada de cómo Arturo la pateaba y golpeaba; más bien, colaboró y dio su parte con sus chancletazos.

El machismo imperante en los dos, traspasaba más de una vez el maltrato físico y verbal. Descargaban sobre ella sus propias frustraciones. Su madre, por quedar embarazada siendo muy joven, perdió muchas oportunidades de estudiar y ser alguien más próspero. Apenas cursó los dos primeros años en la secundaria. Su esposo —el que le tocó por lo antes dicho– le prohibió seguir estudiando y trabajar. Él, como buen mexicano, criado por padres con profundas tradiciones machistas, continuamente le recordaba que las mujeres solo servían para limpiar, cocinar y criar hijos.

Tanto se lo dijo a María Teresa que hasta ella se lo creyó.

Arturo era producto de esa crianza retrógrada, en la que el hombre manda y la mujer obedece. Por eso, era como era: abusador e inútil.

—Que se jodan… —espetó en voz baja, tomando la determinación de vivir sola. ¿De qué le valía velar por dos desalmados, si al final la

trataban como a un estropajo?

Miró sus cosas.

Eran pocas.

Algunos libros, su ordenador portátil y su escasa ropa.

Pero… ¿adónde iría, si apenas le alcanzaba para el taxi? Aún no recibía el salario del mes.

—Si tengo que dormir en la calle, lo haré. Pero aquí no vivo más.

Con rudeza, se secó las lágrimas y procedió a desvestirse. El reloj despertador que tenía desde la infancia, marcaba las 7:30 de la mañana. Era sábado y temprano, su hermano debía estar pasando la borrachera en donde su novia o estaría espatarrado en su cama y su mamá en la feria de verduras de los fines de semana, tres manzanas más abajo.

Se dio prisas por terminarse de desvestir y darse una ducha. Se encerró en el baño y encendió la luz. Al hacerlo, se horrorizó al contemplar su rostro en el espejo de los productos de higiene personal.

—Desgraciado… —Sus ojos se llenaron de lágrimas. Su cabello enredado, sus ojos eran dos manchones que la hacían lucir como un payaso triste, sus mejillas amoratas e inflamadas, y su labio inferior reventado.

Se prometió que nadie más le pondría la mano encima.

Vaya hermano que tenía. Tan hijo de…

Con la promesa en mente, se metió bajo la regadera y se vertió en la mano una generosa cantidad de champú para lavarse el cabello.

Se crispó por el dolor que le ocasionó masajearse el cuero cabelludo; los jaloneos la tendrían adolorida por varios días.

Y los golpes, amoratada.

Tenía moretones en los brazos, piernas, costillas; el abdomen presentaba un hematoma que la hacía apretar los dientes al tacto. Pero, ya no más.

¡Nunca más!

*****

—¡¿Qué te pasó, hija?!

—¿Puedo quedarme unos días contigo? —Isabel preguntó con voz rota—. Será temporal, lo prometo. Hasta que consiga a dónde irme.

—Pero, ¿qué dices? ¡Pasa, muchacha, y cuéntame qué fue lo que pasó! ¿Por qué traes esas maletas?

La joven se arrojó a los brazos de Camila, desbordada en llanto.

—Isabel… —Las manos arrugadas de la anciana, le sobaban la espalda, desconcertada de lo que le habría sucedido a la muchacha. Isabel no era de las que hacían maletas y caer en la casa de los demás sin avisar, a menos que haya ocurrido algo muy grave. Y apostaba a que tenía mucho que ver con ese par de ratas mantenidas.

Isabel fue conducida al interior de la residencia; sus dos maletas, el bolso deportivo, el maletín del portátil y una tula que contenía todo lo del ballet, fue lo que subió al maletero del taxi en menos de una hora, dándose prisa para que nadie la detuviera.

Ella huyó por su propio bien y su cordura.

Capítulo 12

—¿Por qué no contesta? —Everett perdió la cuenta de las veces en que marcaba el número de Isabel.

El móvil repicaba y repicaba, y él con el suyo pegado a la oreja, cojeando por su habitación de un extremo a otro, cada vez impaciente para que lo atendiera. ¿Qué pasa? Consultó la hora en su reloj de pulsera y comprobó que eran pasadas las once de la mañana. Ella era de las personas que todos los días se levantaba temprano, así fuese feriado.

Definitivamente, estaba molesta; no quería hablar con él, se mantenía distante, negándose en atender sus llamadas.

—Me va a tener que explicar a la cara por qué ese cambio de actitud —manifestó enojado, mientras insistía en llamarla. ¿No es que él también le encantaba? La despedida no fue apoteósica, pero se expresaron sentimientos verdaderos. Entonces, ¿por qué se negaba en hablarle? ¿Fue por haberla expuesto a la censura de viejas amargadas y por manosearla en el asiento de su auto? Everett *le metió* los dedos…

Tras el pitido de no ser contestado, el mensaje de voz de Isabel, se activó por enésima vez: «En estos momentos no te puedo atender, por favor, deja el mensaje».

Everett ya le había dejado varios, en el que los primeros fueron románticos, luego preocupados, para después empeorar en unos que le reprochaba su cambio de parecer.

Siendo garante de la impaciencia, tomó el bastón de su lugar habitual y se dispuso enfrentar a Isabel para aclarar las dudas que tendría de él. Jasna recibió su parte antes del amanecer, cuando la telefoneó para amenazarla de que se mantuviera alejada; una sorpresita más y la devolvía a su dueño en un ataúd.

—¿Para dónde va? —Blanka inquirió, quedando ella con el puño levantado para tocar, justo cuando Everett abrió la puerta para marcharse de la habitación.

—A dar una vuelta —contestó con parquedad, pasando por su lado, sin siquiera sonreírle a la menuda mujer. Cargaba un genio que se lo llevaba el diablo.

—¿Y el desayuno? —preocupada lo siguió por el pasillo—. Aún no has comido —se iba a enfermar si seguía comiendo a deshoras.

—No tengo hambre.

—Pero está rico: preparé *Zeljanica*. —El pastel de queso y espinacas, aún estaba caliente.

—Al volver.

—¡Everett, debes comer!

—Al volver, Blanka —patentó su decisión con aspereza.

—¿Le pido a Jevrem para que te acompañe?

—No —bajaba los escalones con rapidez, perdiendo cuidado de lastimarse la pierna. Al menos, de esta forma mantendría sus pensamientos ocupados. Al llegar a El Bronx, reprendería a Isabel por ignorarlo.

Blanka quedó en medio del vestíbulo de la casona, sin que Everett se diese cuenta que ella lo despedía con la mano. El mayordomo le lanzó una mirada despreciativa al ama de llaves, que la hizo detenerse en el acto por la confianza que esta se tomaba con el amo.

El coheredero a nadie saludó ni esbozó una sonrisa amable del que a todos tenía acostumbrados. Temprano debió recibir una llamada telefónica que lo puso de muy mal humor; quizás, fue el alfa-junior que le exigía su retorno a Alaska, puesto que el alfa-padre seguía en cama. A todos extrañaba que el hijo menor del señor Brankovic no se preocupara por este. Permanecía en Nueva York, haciendo quién sabe qué con alguna mujerzuela.

Por otro lado, a Everett las neuronas comenzaron a palpitarle, incrementando ese genio atravesado que mantenía desde las cuatro de la mañana. ¡Él fue sincero! Le dijo que serían amantes y amigos, que cuidaría de ella, que le daría todo lo que le pidiera. ¿Por qué carajos actuaba de esa manera? Cualquier mujer estaría feliz en su lugar.

Pero, en vez de corresponder a sus gestos…

Lo ignoraba.

¿Y si…?

El mercedes-Benz adquirió velocidad, luego de que le ordenara a Kuzman que pisara el pedal hasta el fondo, ya que no estaba de ánimos para rodar por la vía a paso de tortuga. Se pasaron semáforos en rojo, del que la fotografía de la placa, habría sido tomada por la cámara estratégicamente ubicada sobre estos para capturar a través de la lente a los infractores de las normas de tránsito. Los conductores que quedaban relegados por el exceso de velocidad del chofer, lanzaban madrazos a su paso, por hacerles desviar de su carril y por casi chocarse. Everett no razonaba, solo exigía velocidad. ¿Y si le pasó algo a Isabel?

Se maldijo por pensarlo, sería peor a lo que conjeturaba.

Los neumáticos frenaron abrupto, saliendo Everett del Mercedes en una exhalación. Qué extraña sensación se alojaba en su estómago como si fuera indigestión; lo tenía contraído, subiendo esa sensación por el pecho, afectando sus pulmones para respirar.

Entró al edificio, su orina aún marcaba la zona para alejar a otros depredadores; Kuzman lo esperaría afuera del vehículo, mientras que

algunos vecinos –desde sus ventanas y los que caminaban por la acera– observaban estupefactos la senda *nave* de cuatro ruedas que se había estacionado en su calle.

Apretó la mandíbula y el ceño, y se aferró al mango del bastón para la escalada hasta el tercer piso. No obstante, percibió el aroma de Isabel que había entrado o salido del edificio, haciéndole a él vacilar en si subir o esperar dentro del auto a que ella llegara, por si hizo alguna diligencia. Estaba al conocimiento que los fines de semana descansaba y que los empleaba para abastecerse de comida y otros asuntos de menor importancia. Retornaba al cabo de un par de horas y volvía a salir para pasar un rato con sus amigos.

Consultó la hora en su Rolex: 11:30 a.m.

Ya debía de estar en casa, preparándose para su segunda salida.

La ansiedad por verla era una cuestión que hasta a él lo asombraba, pues en lo que menos pensaba, era en el dolor que soportaría su pierna.

Tocó la puerta del apartamento 3-…, y una letra que debió estar allí para indicar la correcta dirección de la residencia, se cayó en algún momento, sin haber sido reemplazada por otra.

Aguardó impaciente; dentro se escuchaba la televisión, sintonizada en un canal en español; al parecer eran adictos a permanecer frente a ese aparato durante todo el día hasta que el cerebro se les entumeciera. Cada vez que él merodeaba la zona, ellos miraban la televisión.

Tocó de nuevo.

¿Acaso estaban sordos?

Tocó más fuerte.

—¡Ya va que estoy en el baño! —Desde el fondo gritaba la señora García. Qué encanto de mujer…

Everett se pidió paciencia. Daría muy mala impresión que llegase a ese apartamento con exigencias. Lo tomarían por controlador.

Varios cerrojos se descorrieron con mucho ruido.

Cuadró su postura.

El bastón: su tercera pierna.

La mujer asomó su hosca expresión, bajo una mascarilla de aguacate y la cabellera cubierta con una bolsa para evitar mojarla durante la ducha.

—¿Qué hace aquí? ¡Largo! —gruñó sin dejarlo saludar.

Everett se sorprendió de su trato.

—Disculpe, señora García, pero ¿por qué me habla de esa manera? ¿La he ofendido en algo?

María Teresa hizo un feo gesto.

—Los tipos como usted me dan asco —escupió—. Largo y no vuelva. Esta es una casa decente.

El otro parpadeó.

«¿Los tipos como él?».

¡¿Qué le contó, Isabel?!

Se preocupó.

—¿Puedo hablar con su hija?

Resopló.

—Esa puta ya no vive aquí; se largó esta mañana.

El modo tan denigrante en cómo se refirió a Isabel, lo impactó. ¿Qué clase de madre era esa mujer?

—Señora, solo fuimos a cenar…

—«Cenar» —repitió con desdén—. Y, ¿qué cenó ella: sus huevos? ¡Lárguese de aquí o llamo a mi hijo para que lo saque a patadas! María Isabel ya no forma parte de esta familia. Búsquela en el burdel donde trabaja.

¡¿Burdel?!

Endureció la mirada.

Con razón no le contestaba las llamadas: lo culpaba por haber sido expulsada de su casa.

—Debería enjuagarse esa boca sucia que tiene; su hija es una joven intachable que merece respeto.

Risas sarcásticas.

—El respeto se lo cobré anoche con la chancleta —espetó—. Aquí no entran las putas ni sus clientes. Ahora: ¡largo! —Como Everett permanecía con la mirada severa puesta sobre ella, María Teresa temió por su vida—. ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Ay, señor, ten piedad y líbranos del mal! —Se echó hacia atrás para alejarse del hombre—. ¡¡Fuera, Satanás!! —Los ojos de este cambiaron de color y de su pecho brotó un gruñido bajo que la hizo orinarse encima—. ¡ARTURO!

El aludido saltó fuera de la cama en calzoncillos y empuñando una pistola. Apestaba a sexo y licor.

Y en su pecho: el tatuaje de un perro rabioso que lo identificaba como miembro de la pandilla más peligrosa del barrio.

—¿Qué le está haciendo a mi mamá, *pinche* cabrón? —El cañón apuntando hacia el tipo parado en el marco de la puerta. Siempre mantenía el arma debajo de la almohada para ese tipo de situaciones.

La progenitora temblaba con las palmas juntas, recitando una oración. El demonio se les había aparecido porque sus hijos no iban a misa.

Everett deslizó sus ojos inyectados de sangre hacia el muchacho y le gruñó amedrentador.

—Dónde-está-Isabel… —siseaba con los dientes severamente apretados. Sin ninguna dirección, tendría que aguardar hasta el lunes para localizarla en la academia. Y él no estaba dispuesto a esperar hasta ese día.

—¡En la calle, donde pertenece! —Arturo espetó. El dedo en el gatillo, listo para volarle la tapa de los sesos.

—¡DÓNDE! —exigió saber. Sus uñas se ennegrecieron y crecieron varios centímetros, y el tono de su voz cambió a uno que a ambos humanos les hizo erizar los pelos de la nuca.

María Teresa se persignó.

—N-no sabemos. ¡Huyó!

Everett mostró los dientes en un gruñido furioso.

—¿Por qué tuvo que huir? —Intuía que por esos dos malditos.

Estos intercambiaron miradas temerosas y luego el muchacho tomó una mala decisión.

Le disparó.

Pero la bala dio en la pared del fondo del pasillo.

Sin despegar los pies del piso, Everett movió con rapidez el torso.

La mujer gritó.

—¡Es un demonio!

—Qué demonio, ni qué nada —Arturo afinó la puntería—. Solo tuvo suerte. Ya me lo voy a bajar.

Disparó tres veces.

Everett se movió como Neo en *Matrix*: de un lado a otro, desdibujando su torso.

Las balas pasaron por su lado, sin rozarlo.

—¿Por qué huyó? —inquirió a punto de perder la cordura. Su cuerpo temblaba, amenazando con la transformación.

El cristal de la ventana se quebró ante la irrupción de Kuzman, convertido en un lobo gigante de color pardo.

María Teresa gritó aterrorizada y Arturo disparó.

El animal saltó sobre el humano y lo aplastó con sus grandes patas delanteras, dejando la hilera dentada de su hocico a centímetros de este.

Pasos intercalados con el retumbar de un batón, se acercaron.

—Habla —Everett le exigió.

—Se lar... Se f-fue porque mi mamá la-la golpeó.

—¡Mentira, solo fueron unos chancletazos! ¡Tú fuiste el que la golpeó y pateó! Yo no fui, señor, tenga piedad.

Hijo de la gran putísima madre. ¡¿La qué…?!

—*¡Arrrrrrgghhh…!* —Arturo chilló de dolor, cuando el hombre del bastón se abalanzó sobre él para arrancarle la piel del rostro de un zarpazo.

La progenitora lloró, horrorizada por su hijo.

Los vecinos abrieron sus puertas y asomaron sus cabezas por el resquicio para averiguar qué sucedía, pero escucharon alaridos y lloriqueos. Algunos hampones debieron meterse donde los García para masacrarlos, quizás por cuestiones de droga. Ese Arturo era mala

semilla.

Cerraron las puertas y pasaron el cerrojo, yéndose todos hasta la última habitación de sus respectivos apartamentos para esconderse. Si aquellos sujetos descubrían que podría haber testigos, los mataban.

Everett lanzó un zarpazo por el pecho y luego otro por los brazos del joven pandillero que trataba inútilmente de protegerse de su salvajismo. La sangre salpicaba el piso y las paredes; el lobo-Kuzman sonreía como una hiena, su amo se comportaba con el vigor propio de un alfa que castigaba al bípedo que maltrató lo que a él le pertenecía. El humano se desangraba por sus heridas, los zarpazos rastrillaban carne y arterias, presagiando que perecería en cuestión de minutos. ¡Bravo por el señor Everett! ¡Bravo por el linaje de los Brankovic! Su amo pronto recuperaría sus fuerzas.

En un respiro, en que la furia le permitió a Everett, razonar… Este se miró las manos.

¡¿Qué había hecho?!

Su mirada sobre el humano.

Lo había destrozado.

Dio un paso atrás y cabeceó, como si con esta acción quisiera salir de la pesadilla en el que se hallaba.

Se volvió hacia la mujer, esta lo miró petrificada con sus ojos exorbitados y un grito atorado en la garganta.

El traje del demonio, salpicado en sangre.

Su hijo: castigado por haberse alejado del Creador. Ella era buena católica. Pero le había tocado criar a un par de descocados que desafiaron las advertencias del párroco: «Jamás faltar a misa, rezar el rosario los primeros viernes de cada mes y confesarse, guardar celibato hasta el matrimonio, o el demonio vendría por ellos».

Y les llegó.

Kuzman relajó su postura animal y comenzó a *humanizarse* con retorcimientos y crujidos de huesos que causaban terror en la mujer. Estaba desnudo, sus ropas se habían desgarrado a causa de la violenta transformación. Tenía semanas en que no lo hacía, pero agradecía, aunque fuese por un instante, se hubiera presentado la oportunidad de exteriorizar su parte lobuna.

María Teresa, palideció.

Eran perros del infierno…

Y lo último que vio antes de perder el conocimiento, fue a los dos demonios saltar por la ventana.

Ya se habían llevado el alma de uno de sus hijos.

Faltaba la otra.

La más canalla.

Capítulo 13

—¿Se nota?

—No. Quédate tranquila, luces: bonita —Camila le respondió a Isabel; le había preguntado con inquietud sobre los moretones y la inflamación que le recorría desde el ojo y el mentón del lado izquierdo del rostro. Se había aplicado varias capas de base, polvos y rubor para cubrir los bofetones propinados por su hermano.

Isabel medio sonrió en agradecimiento y luego retornó la vista hacia su ventanilla, mirando pasar sin prestar atención a los automóviles que circulaban por la vía en sentido norte. Viajaba en el asiento del copiloto del Jaguar plateado de Camila, abstraída en sus pensamientos, lamentándose del infortunio de tener a una familia disfuncional. Pero así era la vida de injusta: cuando los padres eran buenos, los hijos son malos. Y si era viceversa, los hijos eran los buenos…

Los suyos hicieron estragos en la personalidad de Arturo.

Suspiró entristecida y se miró en el espejo retrovisor de su puerta, mientras la anciana conducía por la Lexington. Su buena amiga solía emitir sus opiniones con sinceridad, por lo que no le mentiría sobre las mejillas. Isabel hizo un buen trabajo en ocultar el maltrato sufrido del que habría que estar muy cerca o tener buen ojo para darse cuenta.

Camila tarareaba la canción que el reproductor del salpicadero tocaba. Su semblante jovial contagiaría a cualquiera, menos a Isabel, cuyo decaimiento aún la tenía con la moral por el suelo, debido a la complicada situación que atravesaba.

Estaba de arrimada: sin dinero, sin saber qué hacer y hacia dónde ir, y sin ningún familiar al que recurrir. Los que estaban en el país, eran muy egoístas.

Claro está que Camila le ofreció una habitación en su casa; tenía varias desocupadas como para albergar a unos cuántos desamparados, pero a ella le apenaba invadir su privacidad. Era una mujer que amaba su soledad; se había divorciado tres veces a causa de unos maridos infieles y dominantes. Tuvo una hija con el primero, que murió de 6 años por Leucemia Linfoide Aguda. Jamás se recuperó de la pérdida, no quiso tener más hijos y se ligó las trompas.

Solo en las fiestas decembrinas su casa se llenaba de algarabía con media docena de sobrinos, sus tres hermanos y su padre que rondaba los cien años.

El Jaguar disminuyó la velocidad al doblar por la calle 75 y avanzó

lento para ingresar al exiguo estacionamiento que disponía la academia, y cuando cruzaban las rejas abiertas por el vigilante de turno, Isabel se percató que un agente de la policía descendía de la patrulla y le hacía señas para que se bajara del auto.

—Camila, detente.

—¿Por qué?, ¿qué pasa? —El frenazo fue inmediato.

—Es un policía.

La anciana miró por sobre su hombro, a través de la ventanilla trasera del auto.

—¿Será que me van a multar? —El hombre se acercaba a ellas—. Pero si iba a baja velocidad… —O eso creía.

—No sé… —Isabel descendió del Jaguar y miró interrogante al policía, porque le daba la impresión que el asunto era con ella.

—¿María Isabel García? —preguntó este, entornando la mirada sobre la aludida.

—Sí, ¿qué sucede? —Se le hizo un nudo en el estómago, imaginándose que algo habría sucedido en su casa. Porque, de lo contrario, ¿para qué la llamaba?

Camila se bajó con rapidez.

—¿Qué pasa, señor agente?

—Mantenga la distancia, señora —le ordenó, resguardando su propia seguridad. Algunas personas fingían preguntar y luego disparaban—. Tiene que acompañarnos a declarar por el intento de asesinato de Arturo José García —le informó a la joven. A un costado de la patrulla, su compañero aguardaba vigilante.

—¡¿Qué?! —Isabel no lo podía creer.

—¿Cómo que «intento»? ¡Ella no ha hecho nada!

—Guarde silencio —el agente le ordenó una vez más a la anciana. Desde la puerta principal de la academia, Sidney y Gavin, observaban lo que pasaba—. Acompáñenos, por favor —se dirigió a Isabel que no entendía por qué la detenían.

—P-pero yo no he hecho nada…

—Acompáñenos —insistió ya posando su mano en torno a su brazo.

—Mantente tranquila, Isa. Hablaré con un viejo amigo que es abogado para que te defienda. No digas nada hasta que él llegue —Camila le indicó, mientras a la joven la conducían a la patrulla.

El resto de los profesores y algunas niñas, habían salido, tras el rumor que Sidney corrió a dar a los demás, de que a Isabel se la llevaban presa por algo que hizo.

La joven sollozó, sentada en la parte trasera de la patrulla, preguntándose qué fue lo que le pasó a su hermano y si su madre se hallaba bien, quedando la inquietud relegada a segundo plano, del porqué sospechaban de ella. ¿Acaso sus desmanes jamás terminarían?

Parecía estar maldita.

*****

—¡Yo no he mandado a ningún matón a asesinar a mi hermano por venganza! ¡¿Qué le pasa?!

—A menos que tenga pruebas, no puede lanzar esas acusaciones, detective. La señorita García ya explicó las razones por la que decidió marcharse de su casa: su hermano la golpeaba. Pero eso no implica que ella contratase a un matón —Conroy Spencer, abogado criminalista y amigo desde los años mozos de Camila Wilson, defendía a la joven en la estación de policía.

Isabel, acatando el consejo de la anciana y también porque conocía el proceder de la justicia americana, expresó que declararía hasta que su abogado estuviese presente.

Este –alto y de aspecto como un vizconde que usa lentes redondos– se presentó en menos de quince minutos, después de recibir la llamada de la mujer que le hacía palpitar el corazón desde hacía treinta años, pero que se guardaba lo que sentía por no ser correspondido.

—Su señora madre declaró esta mañana que uno de los *clientes que a usted frecuentan*, los atacó. ¿Quién es él? —El detective –cuya gruesa cintura apenas entraba en su silla giratoria con apoyabrazos– desoyó al abogado, ataviado en su costoso traje, y se inclinó sobre su escritorio de manera intimidante para que la muchacha hablara.

—Primero: yo no tengo «clientes», ¿estamos? Y, segundo: no sé de a quién se refiere. —Lo sabía, pero se negaba en aceptar que fuera él. Debía haber un motivo para que su madre lo señalara.

El detective, identificado como Frank Pittman, según su carnet colgado con un gafete en su espantosa corbata de rayas verdes y naranjas, replicó:

—¿Su madre miente?

—Ella está confundida. Es todo.

—Lo que la señora García haya dicho, se debe a un malentendido —dijo el doctor Spencer—. La señorita mantiene una correcta conducta, que bien puede ser corroborada por sus vecinos y por todos los que la conozcan.

—¡No me interesa su «correcta conducta»! —increpó al abogado—. Aquí lo que resalta, es que uno de los «amigos» de la «señorita», casi le saca las tripas al hermano con un rastrillo, después de que este le diera una paliza por puta. —En la silla del que la hispana posaba el culo, se habían sentado centenas de jovencitas con cara angelical y eran unas asesinas manipuladoras—. Así que —entornó la mirada intimidante sobre Isabel—, ¿quién es él?

—S-solo salimos a cenar una vez…

El hombre se recostó en su silla, alzándose su voluminosa panza, bajo la apretada camisa blanca, complacido de hacerle soltar la lengua

a la muchacha. Un poco de presión y hablaban.

—Nombre —demandó, teniendo al alcance papel y bolígrafo

—Everett Brankovic.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—Teléfono.

—No lo sé. Lo tenía guardado en mi móvil, pero desapareció. Mi hermano debió robarlo cuando me golpeó.

—¿Al menos sabe el de su casa? —inquirió a la vez en que observaba el maquillaje de la chica, del que supuestamente cubría los golpes que le dieron.

—Tampoco.

Puso los ojos en blanco, cansado de las mentiras de las prostitutas.

—¿Y no lo memorizó? —Esta cabeceó—. Vamos, colabore.

—Es que no lo hice.

El detective se sobó el tabique de la nariz, ante el dolor de cabeza que amenazaba con convertirse en una fuerte migraña. La madre había vociferado un montón de incoherencias que, en vez de ayudarles a resolver el caso, lo había complicado.

Aparte de la escena del crimen, encontraron droga escondida entre el colchón de la víctima; por lo que asumían que era más que un asunto de rencilla familiar.

—Mire, *señorita*: colabore o la encarcelo.

—¡No lo sé!, apenas lo conozco…

—La señorita García está diciendo la verdad. Usted bien que podría investigar el nombre de ese sujeto. ¿Cuántos con el apellido «Brankovic» puede haber en la ciudad?

—Le sorprenderá que muchos. Nueva York… —miró con desdén a la hispana—, está plagado de extranjeros. A menos que nos informe de dónde lo conoció.

Isabel dudó en contarle que, en medio de la acera, tras caer varios pisos del Mastrangelo. Pero no tenía cómo confirmarlo o si la gente de ese hotel, con tal de evitarse mala publicidad, se harían los desentendidos. Sin vídeos y testigos, la historia era descabellada.

—Fue camino a mi trabajo —reveló una versión reducida a cómo en realidad lo conoció—. Hablamos un rato y luego concertamos una cita.

—Así que es prostituta.

—¡Que no lo soy!

—Esa suposición ofende a mi cliente. Diríjase con más respeto, que ella solo está rindiendo declaración.

El detective atravesó con la mirada al abogado. Ya iban a ver qué tan implicada estaba la «ofendida».

—¿Adónde fueron a «cenar»? —Si le indicaba el lugar, podrían

rastrear las tarjetas de crédito que el sujeto haya usado. El sistema contable les daría algún «Everett Brankovic», que haría más concisa la investigación.

—Outlook.

—¿Qué es eso?

—Es un restaurante *rooftop*[1]. Está ubicado por la Séptima Avenida…. Allá cenamos.

—Mi cliente ya declaró lo que sabía y no hay nada que la incrimine en el ataque que sufrió el señor Arturo. La señora García señaló a un hombre. No a su hija. Por lo tanto, debe ser absuelta y permitir que se marche.

—Absuelta, todavía no —lo contradijo—. Ella puede estar implicada. Y mientras dure el proceso de investigación, le sugiero que se mantenga dentro de los límites de la ciudad. ¿En esta dirección la podremos localizar? —preguntó a Isabel, con una ceja alzada. Esta asintió—. Bien, se puede marchar, estaremos en contacto. No cometa la idiotez de fugarse, porque de inmediato emitiremos una orden de arresto. ¿Estamos? —disfrutó lanzarle la pregunta de la misma forma en cómo la hispana lo hizo con él.

Isabel llorosa, asintió.

¿En qué lío Everett se había metido? ¿Serían ciertas las acusaciones de su madre: que él los atacó?

Rogaba a los santos para que estuviese en su error o, de lo contrario, el hombre al que ella creía un caballero de nobles sentimientos, era un despiadado.

Castigar de ese modo, solo lo hacían los sádicos.

*****

—Al abuelo le complacerá que ya no cojeas tanto —Jevrem, sentado en el alfeizar de la ventana con vista al jardín posterior, le comentó a Everett.

—Dudo que se alegre por la mejoría de mi pierna. —Se movía en el despacho como un león enjaulado. Su bastón, arriba en su habitación.

—Pero sí *por lo que hiciste*…

Everett barrió todo lo que había sobre el escritorio: portarretratos de fotos familiares, portalápices, pisapapeles, libros…, cayeron al piso de forma aparatosa. Aunque él se mantuviera callado, la noticia de su breve locura, ya habría llegado hasta Alaska. Los guardaespaldas y los residentes de la casona, contemplaron maravillados sus ropas ensangrentadas y su cojera casi imperceptible. La adrenalina que lo invadió, revitalizó hasta cierto punto sus extremidades inferiores, sanando en gran medida sus frágiles huesos y desapareciendo parte de las cicatrices de las cirugías.

—*Lo que hice* fue matar a un hombre —masculló asqueado de sí

mismo. Era frecuente que Everett amenazara de muerte a los que le hacían enfurecer, pero lo ejecutaba solo si estos se lo merecían.

El maldito aquel, se lo mereció.

Por desgracia, era el hermano de Isabel.

—¿Qué hizo? Kuzman no dijo nada y tú estás como si estuvieras arrepentido. ¿Quién era?

—Nadie.

El joven lo miró como expresándole, «¿y cuál es el problema?». Su tío se preocupaba por nimiedades. La policía no era un problema que les quitara el sueño; más bien, eran ellos a estos.

Everett no le contestó, solo rogaba tener la fortaleza para no ir tras Isabel. Le costaba mirarse en el espejo y observar el rostro de un asesino a sangre fría que mutiló a un joven que golpeó a lo que él consideraba –desde que posó los ojos sobre esta– su mujer. De haber completado *el cambio*, ni la madre se habría salvado. Estuvo enceguecido por la furia. Isabel era su adorada y nadie la podía lastimar; lo que él *le hizo* a aquel joven, fue una insignificancia para lo que él usualmente habría hecho.

Despedazarlo con sus fauces.

Aun así…, lo asesinó.

Isabel, Isabel, ¡Isabel! Extrañaba a *su Isabel*.

¿Cómo la miraría a los ojos, luego de desgarrar a su hermano?

—¿Hablarás con el abuelo Stanislav?

—¿Qué tengo que hablar con él? —Pateó el portarretrato, estrellándolo contra la estantería de libros de la pared oeste. El vidrio que protegía la fotografía en la que todos sonreían como hipócritas, se quebró en el impacto.

—Sobre tu mejoría.

—No es necesario, él ya lo sabe. ¡No me mire con cara de yo-no-abrí-el-pico!, que alguno de ustedes se fue con el chisme.

—*Quién le haya dicho*, lo hizo porque te aprecia, tío. Tu mejoría debería celebrarse.

—¡Aquí nada se debe celebrar! —gruñó—. ¡¡Maté a un hombre!!

—A un humano, no a un lobo.

—A un ser vivo. —A pesar de que era uno despreciable, se dejó llevar por los impulsos y rompió con el juramento que le hizo a su madre.

«No volverás a matar».

Jevrem era consciente de las tribulaciones de su tío, pero se alegraba que reaccionara de esa manera. Al parecer, Jasna tenía muy buena mano, esa mamada que le dio, le despertó su bestia interna. ¡Esas sí que fueron excelentes noticias para su abuelo! Su tío Everett pronto recuperaría su posición en la jerarquía de entre las diez manadas bajo el dominio del Clan Kenai.

*****

El cristal de la pared, es lo que permitía a Isabel observar a su madre conectada a una bolsa de suero, mientras, inconsciente, compartía con otros cuatro pacientes, la habitación del hospital.

En la puerta, un policía la custodiaba hasta que le dieran el alta. A Isabel le negaron el acceso, teniendo que guardar las distancias, pues sobre ella aún pesaba las sospechas de lo que le pasó a su hermano. Tres pisos más abajo, él permanecía en Cuidados Intensivos, conectado a un respirador y a mil máquinas; seguía en coma con sus heridas que desfiguraban su rostro y cuerpo. El médico que atendió a su madre y del que a este le extrañó que la mujer no sufriera un infarto, era el mismo que atendió a Arturo. Este le informó que su condición era crítica y, que tal vez, no llegaría hasta el otro día. Había perdido mucha sangre por los desgarramientos musculares y en caso de recuperarse, quedaría lisiado para siempre.

Isabel lloraba desconsolada. Fueron unos desalmados, pero eran su familia.

Siendo socia de la Academia de Ballet Nubes y Zapatillas, Camila se permitió una licencia para acompañar a la muchacha. Estaría a su lado hasta que la policía dejara de atosigarla con sus preguntas y consolarla hasta que a ese par le dieran el alta. Nada se sabía del paradero del pretendiente y, si lo hallaban, intuía que este saldría bien librado con lo que supuestamente hizo. Según lo dicho por Isabel, era adinerado, y los sujetos que poseían cuantiosa fortuna, eran intocables.

Le sobó la espalda y la animó a que se tomara un juguito en la cafetería. La señora García no daba indicios de querer despertar esa tarde, la tenían sedada por la crisis de nervios que la asolaba cada vez que recuperaba el sentido.

Aseveraba que dos demonios se les habían aparecido.

*****

—Lo siento, pero sin una Orden de Cateo, no le mostraré nada. La privacidad de nuestros clientes es prioritaria.

—Es un restaurante. ¿Qué van a proteger de sus clientes: lo que tanto tragan? Así que: encienda ese aparato que apagó y muéstreme los datos.

El *maître*, sin perder la calma, replicó:

—Repito, señor: si no me muestra una orden, emitida por un juez del distrito, me temo que tendrá que marcharse. No es una película del Viejo Oeste en el que usted me va a obligar con su placa.

—Volveré y le haré tragar el papel.

El otro asintió y luego sus ojos rodaron hacia el hombre, sentado en la barra, tomando un vino y del que, desde su sitio, escuchó todo con

claridad.

Su primo Everett estaba siendo investigado por la policía, por un asunto de asesinato.

Capítulo 14

—Sí, sí… Ya estamos al tanto. ¿Lo siguieron? Bien. ¿Qué averiguaron?

Jevrem hablaba a través de su móvil con su primo segundo, Ilic, mientras tomaba los últimos rayos del sol, recostado en la tumbona frente a la piscina.

—¡¿Qué?! —Se sentó con las piernas a los lados, tenso por lo que, del otro lado de la línea telefónica, le dijeron—. ¡¿Cómo es que sobrevivió?! —Un problema se avecinaba—. No. No hay que decirle —rechazó lo que el otro le proponía—. Déjame que lo resuelva a mi manera, y se hará hoy mismo. Sí, desaparézcanlo. ¡Como sea! Pero desaparézcanlo.

Por Licaón…

Si él no hacía algo por zafar a Everett de ese problema, a este le arrancarían las entrañas.

Antes de cortar la llamada, agregó:

—¿Lo lograron identificar? ¿Quién es? —Su primo reveló—. El nombre no me suena. Espera… ¿Dijiste «García»? —Rápido echó memoria—. ¿Estás seguro que ese es el apellido? ¿Tiene familia? —Hubo afirmación.

Oprimió el botón de «colgar» y lo dejó en el piso adoquinado, al lado de la tumbona. Ilic le había informado sobre lo escuchado del detective Pittman, metiendo las narices en uno de los restaurantes al que Everett frecuentaba. *La presa* había sobrevivido al ataque, permaneciendo ingresado en un hospital, bajo vigilancia policial.

Mierda, era un familiar de la humana.

Tenía que ser de aquella…

Pensativo, se rascó la cabeza; la piscina reflejaba el sol del atardecer, lanzando destellos rojiamarillos, sin provocar que el joven quisiera zambullirse. Qué gravísimo error había cometió su tío al no comprobar que el humano estuviese muerto; ahora tendría él que ocuparse de limpiar la basura que quedó atrás. De Kuzman se ocuparía después, era un inútil que también le falló el oído para escuchar los latidos del corazón; dos hombres lobo y el bastardo sobrevivió.

Por un ínfimo segundo consideró decirle a su tío, pero el estado anímico en cómo este se hallaba, le daría por darle *al otro* techo donde refugiarse, y Jevrem estaba ahí para que algo como eso jamás se repitiera.

Los híbridos eran la peor calaña del que toda manada padecía. Las leyes eran estrictas: «Si conviertes a un bípedo: mueres».

Los desastres que estos provocaban y la infección que se desataba por su irracionalidad, ocasionaba serios enfrentamientos entre los clanes diseminados en las urbes más pobladas y las aldeas más apartadas. Los híbridos suelen ser atraídos por la masa de gente de las dos especies. En los más débiles –los humanos–, les pasaría el gen contaminado para multiplicarse, y en los más fuertes –los lobos–, ocasionarían una guerra sin cuartel hasta aniquilarlos.

Un omega no puede contra los alfas, betas o los deltas…

Cien omegas contra uno de estos: sí.

En consecuencia, quien fuese descuidado con sus presas, era penado con la muerte, sin excepción.

Jevrem se preocupó por Everett. Ranko no dudaría en instigar a los ancianos para que todo el peso de la ley, cayera sobre su hermano menor.

Por eso, Jevrem aprobó la liquidación de ese sujeto. El gen *Canidae* no debía germinar sobre este o hasta él pagaría por los errores del alfa-caído.

Capítulo 15

Las rabiosas gesticulaciones de uno de los médicos del área de Cuidados Intensivos a una de las enfermeras que sollozaba, le causó zozobra a Isabel.

Las manos de este se batían en el aire, molesto por algo que la enfermera hizo u olvidó hacer. Su crispada expresión hacía que la joven se inquietara y sus pies se acercaran hasta ellos. Increpaban a la enfermera en voz baja, señalándola, mientras que dos policías tomaban nota.

—Esto no me gusta nada —Camila exteriorizó la preocupación que se alojaba en el pecho de Isabel.

—Ella es la hermana. —El médico comentó al policía a su derecha. Eran otros que, lo más probable, los ponían al tanto del paciente recluido en la Unidad y de las personas que permanecerían cerca.

—¿Dónde estaba usted? —El policía le inquirió en un tono que a la muchacha le resultó chocante.

—En el cafetín —dijo. Se fijó que los anteriores agentes que habían montado guardia, eran interrogados en un extremo del pasillo por el obeso detective. Algunas enfermeras asomaban curiosas el rostro a través de las ventanillas de la puerta de esa área, en la que velaban por pacientes en estado crítico.

—¿Qué hace aquí? A usted le dieron una orden de mantenerse a diez metros de la víctima.

—Solo quería saber cómo seguía… No he pasado de la distancia que los otros policías me indicaron, les puede preguntar. ¿Por qué: qué pasa?

—¿Y usted quién es? —Este posó los ojos sobre la anciana.

—Una amiga. De ella. —Señaló a Isabel, porque jamás entablaría amistad con un maltratador.

—¿Qué pasa? —Isabel rodaba los ojos del médico a los policías para que le explicaran por qué tanto misterio.

—Vaya, *señorita* García, ¿usted por acá? —Frank Pittman se acercó rápido en cuanto se percató de la presencia de la sospechosa—. ¿Viene a comprobar que a su hermano lo mataron?

Isabel se llevó la mano al pecho y sus ojos, enseguida se llenaron de lágrimas.

¡¿Lo mataron?!

Everett…

¿Quién era ese hombre al que ella ayudó una vez?

—¡Es su hermana, por Dios! —Camila gruñó—. ¿Acaso es un delito velar por los suyos? Por favor… ¡Tiene hasta a su mamá, dos pisos más arriba!

El detective sonrió con desdén.

—Pobre chica… —Luego la escaneó—: ¿No le dimos una orden de alejamiento? ¿Qué hace acá?

—Estoy aquí porque me importa mi familia.

—¿A pesar de que fue golpeada por su hermano?

—A pesar de ello...

—¿A usted, *los suyos* no le dieron en la cabezota? —Camila pugnaba con propinarle un pescozón por ser tan desagradable.

—No tengo hermanos.

—Qué afortunado…

El detective Pittman puso sus manos en la cintura, quedando la parte frontal de la chaqueta, hacia los costados y la panza a punto de reventar los botones de la camisa. Esa hispana era la clave para conectar una banda de traficantes de droga que desde hacía ocho meses que le pisaban los talones, pero que se las ingeniaban para escabullirse de su mirilla. Intuía que el hombre que rebanó al hermano de esta, debía ser un *pez gordo* que se molestó por alguna mercancía que el otro se apoderó. El dinero era un factor en el que, si uno de sus integrantes mentía en sus cuentas, pagaban con sus vidas.

Los ojos marrones de la muchacha se clavaban en la puerta de la Unidad, preguntándose para sus adentros, si el cuerpo de Arturo seguía allí. Su madre moriría en cuanto se enterase de lo sucedido, la culparía como siempre que lo hacía cuando se enojaba y, esta vez, aunque Isabel le costara admitirlo, tendría razón. Ella aceptó salir con un hombre que apenas conocía y del que se presumía tenía problemas mentales. Hizo que fuera hasta su apartamento, le presentó a su mamá, se ilusionó con sus proposiciones, aceptó sus atrevidas caricias y besos…

Tal vez se impacientó por las llamadas que ella –a falta de móvil– no le contestaba.

Por este motivo, fue hasta allá para buscarla.

Y lo que halló, fue a su hermano, del que apostaría le escupió barbaridades. Puede ser que sea por esto que Everett quiso matarlo, pero ese no debió ser el modo.

Es más: no debió…

—¿Qué sucedió?, ¿cómo lo mataron?

El rollizo hombre rio.

—Es buena actriz.

—¡No la ofenda!

—Señora, vuelve a abrir la boca y la llevo detenida —el detective increpó a Camila—. Clemens, manténganla a distancia —se dirigió a

uno de los agentes.

Este intentó sujetarla del brazo, pero la anciana lo movió con brusquedad para que no se la llevara como a una delincuente. Le lanzó una mirada avinagrada al detective y al agente que solo obedecía órdenes, y luego caminó con la frente en alto y considerando que debía llamar a Conroy para que acudiera rápido al hospital. *La bola de grasa* se la tenía jurada a Isabel con sus acusaciones y comentarios ofensivos. En la pobre recayó toda sospecha y este no descansaría hasta tenerla tras las rejas.

—Aún no sabemos. Su hermano desapareció —Frank Pittman reveló una vez que a la vieja se la llevaron de esa planta—. Y esto resulta muy sospechoso, puesto que usted merodea en un lugar que no tiene permitido estar cerca y *el otro* desaparece.

Isabel agradó los ojos.

¡¿Desaparece?!

¿Entonces…?

—¿Está insinuando que yo lo secuestré? Tal vez se marchó por su propia cuenta, ¿no lo pensó?

Se marchó… ¡Ja!

—Doctor. ¿Es posible que esto pasara? —Por pura odiosidad, consultó al hombre para desbaratar el argumento de la hispana.

Sacudió la cabeza.

—Las heridas le produjeron el coma —dijo—. Era imposible que hoy despertara. Aunque…

El detective aguardó a que terminara de hablar.

«Aunque», ¿qué…?

El médico tomó un respiro.

—Presentaba una notable mejoría: sus signos vitales comenzaron a estabilizarse y sus heridas a sanar. Esto jamás lo habíamos visto, nos sorprendió; los cortes transversales se regeneraban muy rápido.

—Usted dijo que estaba muriendo…

—De hecho: así era —el médico le replicó a Isabel—. Pero el paciente era un luchador. Tal vez, sea por su juventud y su fortaleza física que se estaba recuperando.

—Y es por esto que lo desaparecieron: temían que señalara a los que lo atacaron. —La mirada acusatoria del detective se posó sobre la hispana—. O sea: a ti y a tu noviecito.

—¡Yo no he hecho nada!

—Díganos dónde vive él y la dejo marchar. Pero si continúa encubriendo a ese bastardo, la llevaré detenida por cómplice.

—Es que no sé…

—Morris, llévesela.

—¡¿Por qué?, no he hecho nada!

—Claro que sí, violó la orden de alejamiento. —Sonrió perverso—.

¡Llévensela!

Se ajustó la pretina del pantalón, oculta por la panza que se desbordaba sobre esta, mientras que la hispana exclamaba su inocencia.

El médico internista hizo una expresión de «estos jóvenes de ahora», y se marchó a la Unidad para continuar con su rotación diaria. Las enfermeras volvieron rápido a sus sitios, ante la aproximación del médico y los agentes a quienes, por su descuido secuestraron al hispano, quedarían suspendidos hasta nuevo aviso.

Frank desistió de meterse al ascensor y optó por bajar por las escaleras, cuando vio una camilla atravesada con un par de paramédicos y un camillero, transportando a una anciana. Esto le hizo meditar sobre que, más de uno estaba implicado en el secuestro, porque movilizar a un sujeto de unos ochenta kilos, debió haber sido visto por mucha gente.

Los cables de los equipos médicos fueron arrancados del torso y los brazos del pandillero; se extrajeron huellas alrededor de la cama, aunque esto de nada valdría por la cantidad de pacientes y enfermeras que rotaban por allí con frecuencia. No obstante, la chica les dio una excusa para apresarla; el encierro y un buen susto, le haría hablar sobre dónde radica la madriguera del tal «Everett Brankovic», del que el sistema de identificación mostró datos inútiles: un anciano de noventa años, un infante, un excombatiente sin brazos y a dos difuntos que perecieron hacía más de veinte años.

Ninguno correspondía al que buscaban: un sujeto en sus treinta.

Alto, delgado, barbudo y, por el origen del apellido: extranjero.

Y ni el anciano, ni el infante, ni *el manco*…, habrían tenido el estómago para cometer tal encarnizamiento.

Por lo tanto, le quedaba presionar a la chica hasta que hablara.

*****

Por quinta vez, Everett controló el impulso de marcar el número de Isabel. Sus dedos quedaron a milímetros del tablero digital, temblando por la ansiedad de escuchar su voz. Pero temía lo que ella le gritara cuando él le pidiese perdón. Había asesinado a su hermano y su madre fue testigo de ese hecho.

En su desesperación, tomó la decisión de devolverse a Alaska; en Nueva York había perdido la oportunidad de ser feliz.

Llamó a Blanka por encima del barandal de la segunda planta, para que ella le hiciera las maletas, pero esta no atendía a su llamado por algo que debía mantenerla ocupada. Bajó; era un gusto subir y bajar las escaleras, sin que apretara la mandíbula para disimular el dolor de su pierna.

Antes de doblar por el pasillo que va hacia cocina, por uno de los

ventanales que rodea la casa, divisó a Jevrem en el jardín posterior, discutiendo a través de su móvil.

Sin intensiones de parar la oreja, escuchó lo que este gruñía:

—Ese híbrido no puede quedar suelto por ahí o iniciará una cacería. ¡Rastréenlo cómo sea y mátenlo junto con todos los perros que lo sigan! —hizo una pausa y luego agregó—: ¡No! ¡No! ¡No! Everett no debe saber. ¡Hagan lo que les digo o me encargaré de arrancar sus extremidades!

Everett aguzó el oído –el más agudo en su especie– para escuchar al que se hallaba del otro lado de la línea telefónica.

—*¿Y la humana?*

—Mátenla. También a la madre. Háganlo parecer natural. Entre menos bípedos sepan de esto, mejor.

—*¿Qué hacemos con el detective? Tiene a la humana, encarcelada. Al parecer, la mantendrá allá hasta que revele información sobre Everett.*

Lo que Ilic comentó, le dio la plena certeza al aludido de que se refería a Isabel y su familia.

Cruzó la puerta hacia el jardín.

—A él también —Jevrem autorizó—. Llévense todo lo que consigan en su escritorio, incluyendo las evidencias recogidas en el apartamento de la chica.

Colgó. Y al volverse para darse una ducha en su dormitorio, porque olía a perro asoleado, se encontró con los ojos furiosos de Everett.

Recibió un puñetazo que lo lanzó de espalda al piso.

Manos alrededor de su cuello para estrangularlo.

—¿De qué híbrido están hablando?, ¿por qué quieren matar a Isabel? —El joven jadeaba por aire, el agarre en su cuello le impedía respirar.

—V-vivo… Está vi…vo…

Everett frunció el ceño.

—¿QUIÉN?

—¡El hu-humano que a… atacaste!

Everett soltó a Jevrem y se levantó, angustiado por su ángel.

—¿En qué estación tienen a Isabel? ¡Habla o te arranco la cabeza!

—En la 46.

—¡Dirección, maldita sea!

—¡¡Por la Avenida Ryer de El Bronx!! —tosió—. Es acusada por… —tosió de nuevo, le costaba recuperar el ritmo normal de la respiración— complicidad por intento de asesinato. La madre te acusó. El hijo sobrevivió; estuvo internado en un hospital.

—¿«Estuvo»?

—Escapó.

Hijo de puta…

Agarró del cuello al muchacho y lo levantó a dos palmos del piso

con una mano.

—Si a Isabel le pasa algo por tu culpa, te despedazaré.

—¡Solo te protegía, quebrantaste la ley! —Sus pies se batían sin hallar una base para posarse y así darle sosiego a sus pulmones que dejaron de recibir oxígeno. De modo sorprendente, Everett había recuperado parte de sus fuerzas y lo hacía de mala manera.

—Debiste advertirme; no tomar decisiones por tu cuenta.

—Estabas mal…

—Y decidiste que Isabel debía morir —apretó la mano en torno al cuello de su sobrino. Este agrandó los ojos.

—Era lo… lo mejor para… l-la manada. No razonas por ella.

Su espalda golpeó la tumbona, tras ser arrojado con violencia.

Everett lo señaló.

—Precisamente *por ella*, es que no te mato ahora. —Y se marchó de volada hacia el auto para rescatar a la muchacha.

Kuzman, quien se tomaba un café en la cocina, había escuchado los gruñidos de su amo, dejando la taza en la encimera y corriendo al exterior para averiguar qué sucedió. Blanka le pisaba los talones. Y los dos hallaron al joven lobo en el piso adoquinado, bajo la tumbona volteada, con la mano en la garganta y con toses estentóreas.

Everett dejó el auto casi sobre la acera y entró en una exhalación en la estación de policía. En recepción, una anciana que lucía molesta y un abogado contemporáneo a esta, exigían el derecho de su defendida, pero el sargento les negó a los dos la entrada a la segunda planta y pidió que se marcharan. Algo por cuestiones de «no se encuentra», «vengan más tarde y hablen con el detective», respondió con cinismo.

—Disculpe, ¿adónde va usted? —Un policía le interceptó el paso a Everett.

—Apártate.

El hombre se apartó.

Su mirada obnubilada.

Everett olisqueó el aire en busca del rastro de Isabel y enseguida la captó por sobre los múltiples olores. Continuó hacia las celdas ubicadas en el subterráneo y esto lo molestó, pues era bien sabido que, en algunas estaciones, disponían de los espacios más ocultos para contener a los reos más peligrosos.

¿Qué tan «peligrosa» podría ser Isabel?

—¡Eh!, ¿qué busca? —Otro –más fortachón– le puso la mano al pecho para impedir que siguiera avanzando.

—Isabel García.

El humano asintió.

—Por aquí —le dijo mientras tomaba la llave de su cinto y se encaminaba hacia la zona en donde la contenían. Aunque no era necesario que guiara a Everett, las fosas nasales de este la percibían a la perfección.

—*Mamita rica*, cómo me gustaría chuparte las téticas y follarte el culito.

—Y yo reventarle la cuquita…

—*¡Au! ¡Au! ¡Auuuuuu!* —los reos aullaban como perros en celo. La única mujer en que se hallaba sola en una celda, estaba rodeada por humanos despreciables.

Everett les mostró sus mortíferos dientes y les gruñó amedrentador.

Los reos callaron y retrocedieron hasta la pared de fondo de sus respectivas celdas.

¡¿Qué era eso?!

—Abre.

El policía obedeció.

La llave se introdujo en la cerradura.

En medio del catre, Isabel sollozaba acurrucada, con los ojos apretados y las manos pegadas fuertemente en sus orejas, para no ver ni escuchar las asquerosidades de los reos.

Everett entró y se acurrucó frente a ella.

Su rodilla se resintió, pero a él no le importó.

—Isabel… —la llamó, posando una mano sobre su brazo.

Esta se sobresaltó.

Entonces, lo que más temió Everett, sucedió.

—¡Asesino! ¡Asesino! ¡¡Por ti me tienen presa!! —Se abalanzó sobre él para golpearlo—. ¡Eres un asesino! ¿Qué hiciste con el cuerpo de mi hermano? —presumía que había enterrado el cadáver en alguna parte.

Everett se dejó golpear un instante para que descargara la rabia, luego le atajó ambas muñecas, sin gruñirle ni mostrarle los colmillos como hizo con los malditos que estaban encerrados.

La hizo levantarse, sin que ella pudiera ejercer resistencia.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! —gritaba desesperada para que la ayudaran. El policía parado al lado de las rejas, permanecía impasible, sin hacer nada.

Everett la condujo, a pesar de que Isabel forcejeaba por librarse de él. Observó estupefacta el temor impreso en los ojos de los reos que se santiguaban para que el diablo no se los llevara a ellos también.

Subieron las escaleras, el policía los seguía, mientras Isabel lo miraba por encima de su hombro y le imploraba para que la ayudara. Pero este parecía ido.

Cruzaron el área atestada de agentes, ciudadanos con quejas sobre hurto, violencia doméstica, pleitos con el vecino, estafa, y otros con las manos esposadas sobre la espalda por resistirse al arresto o el

grado de delito que cometieron, lo ameritaba. Algunos de los policías que se percataron del sujeto alto con la chica, que se supone, Pittman tenía confinada, se pusieron de pie en el acto y sacaron sus pistolas de sus fundas, sujetas a su cintura o pecho, y les apuntaron para que se detuvieran.

—Guárdenla —Everett les ordenó. En su voz no había temor, solo la determinación de marcharse de allí con Isabel.

Esta lloraba, pedía y pedía ayuda; su captor sujetaba su brazo con firmeza, sintiendo que sus uñas se enterraban en su piel para impedir que se escapara o se la arrebataran.

Miró la mano y se sorprendió al descubrir que tenía las uñas muy largas.

Y feas.

—Pero, ¿qué…? —El detective Pittman inquirió en cuanto salió del baño. Le sorprendió la actitud extraña de sus hombres—. ¡Apúntenle, no lo dejen escapar, idiotas! ¡Rodríguez! ¡Emerson! ¡Fields! ¡¿Qué pasa con ustedes, están drogados?! ¡¡Weitzman!! ¡DETÉNGANLO! —gritaba a sus hombres, desesperado. Y en vista de que ninguno reaccionaba, sacó el arma de su funda—. ¡Contra el suelo, con las manos detrás de la cabeza! ¡AHORA!

—Guarde el arma y cállese.

El detective Pittman palideció.

Por más que quisiera detener al sujeto, no podía. Sus manos desobedecían a su propia mente de disparar. Se movían como si no fueran suyas. Sus pies inmovilizados, permaneciendo en su sitio y sus labios pegados sin poder gritar.

Lo acabado de presenciar por la muchacha, la desconcertó en gran medida.

¿¡Qué había acabado de suceder?!

Lentamente rodó los ojos hacia Everett.

El semblante serio sobre los policías que permanecían hipnotizados.

Volvió a mirar las uñas de este.

Estaban más largas.

Temió.

¿Quién era él?

Ni bien alcanzó a formular la pregunta en su fuero interno, Everett la jaló sin rudeza, llevándosela de la estación de policía, sin que ninguno de los que estaban allí hicieran algo por detenerlo.

Solo se hacían a un lado ante su paso.

Se dirigieron hasta el Mercedes, donde un sujeto encadenaba el parachoques delantero a una grúa, por estar estacionado en un sitio prohibido. Un policía inspeccionaba que se hiciera con celeridad, el ciudadano que dejó el auto ahí, pagaría una severa multa.

—Suéltelo. —Everett lanzó su dominio hipnótico sobre el humano.

Este obedeció y el policía se mosqueó.

Pero quedó inmovilizado, tras ser sometido por la orden de Everett.

Tanto este, como el conductor de la grúa, abrieron las puertas para que el hombre y la chica se subieran al Mercedes.

Isabel sollozó.

¿Qué pensaba hacer con ella?

¿Matarla?

Él condujo a alta velocidad. Las probabilidades de lanzarse del auto, disminuyeron en cuanto Everett bajó de manera automática el pestillo de la puerta y pisó el acelerador hasta el fondo.

Lo cómico o, mejor dicho, lo desconcertante de la situación, es que antes de arrancar, Everett la aseguró en el asiento del copiloto con el cinturón de seguridad.

Lo que indicaba que no planeaba matarla.

De pretenderlo, lo hubiera hecho en la celda u ordenarle al policía para él no mancharse las manos de sangre.

Se abrazó a sí misma y se recostó hacia su puerta, como alejándose lo más posible de él. Esas uñas espantosas parecían garras de animal, que hasta consideró que eran postizas.

¿Y en qué momento se las puso, pendeja?, si más bien vio cómo él trataba de calmarla.

Everett era algo más a lo que Isabel pensaba, pero le aterraba siquiera filtrar la pregunta a través de sus labios.

¿Qué era él?

Lo miró.

No le hablaba.

No la miraba.

No la amenazaba para que dejara de llorar.

Solo manejaba hacia un destino que Isabel suponía incierto.

Capítulo 16

—¡¿Qué es este lugar?! —Al parecer, el maldito la iba a vender—. ¡Suéltame! Sue… ¡¡Suéltame!! —Everett la llevaba del brazo, hacia un edificio de ventanas pequeñas, ubicado en un barrio de Queens.

La calle hedía a orines en el que, ni el de un perro apestaba tanto. Durante el trayecto, ambos permanecieron sumidos en sus propios pensamientos, sin exteriorizar la preocupación y el miedo que los embargaba.

Isabel se recriminaba por haberle correspondido a los besos. Fue un acercamiento que se dio muy rápido, pues ni 48 horas tenía de conocerlo y ya se profesaban cariño. Por supuesto, que desde hacía seis meses en que se toparon de la forma más inverosímil, pero hablar con él, conocer su manera de ser, su personalidad, fue precipitado.

Más bien, debió haber conversado solo uno minutos en el cafetín y cada quién tomando rumbos diferentes, deseando al otro que le fuese bien en la vida y nunca más volverse a ver las caras.

En cambio, ahí estaba…

Siendo arrastrada hacia un lugar que podría ser su nuevo infierno.

—¿En que nos place su presencia, señor Brankovic? —Un sujeto afroamericano, calvo y de contextura fuerte, salió a su encuentro. Su mirada oscura se deslizaba de la chica al lobo, como si no diera crédito a sus ojos.

—Necesito que la protejan en mi ausencia —pidió sin dar más detalles.

El hombre hizo una leve reverencia y extendió la mano hacia el interior del edificio.

—Cuente con nosotros —dijo sonriente—. La protegeremos como si fuera una de las nuestras.

A Isabel ese «una de las nuestras», le causó desasociego. ¿Everett la había llevado a algún prostíbulo? ¿Y protegerla de qué?

¿De él mismo?

El hombre calvo los condujo hasta un ascensor antiguo y de allí subieron hasta la tercera planta.

Everett la seguía sujetando del brazo, sin amenazarla o expresarle qué iba hacer con ella. Sus uñas se contrajeron, lo que a la joven esto le hizo meditar que la habían drogado de alguna manera para tener alucinaciones, como lo sucedido a los agentes en la estación de policía.

Puede que sea un hipnotista especializado o un hábil manipulador

de polvos alucinógenos.

¿Y de ella qué querría?

La angustiaba preguntar por su hermano y que este le contestara que lo terminó de rebanar con el cuchillo que llevó a su departamento. Tal vez el arma la tenía guardada en el mango del bastón como en las películas y, en medio de la discusión, la sacó y…

El detective dijo que era como un rastrillo, explicó para sus adentros. La hoja de un cuchillo se había descartado. Eran cuatro líneas paralelas que atravesaron varias veces la humanidad de su hermano.

¿Serían las…?

Sacudió la cabeza, rechazando lo que sus alucinaciones mostraron con respecto a las uñas negras de Everett.

Se habían transformado como garras.

Garras…

¡Qué disparate!, se reprendió sin que los dos hombres se percataran de su debate mental. Entre ellos no hablaban, aguardaban a que el ascensor abriera las puertas.

Un pasillo oscuro y más hediondo al orine de afuera, fue lo que recibió a los tres usuarios del vetusto ascensor. Isabel se tapó la nariz con la mano libre, siendo jalada sin rudeza por Everett, que la llevaba hacia un apartamento por el extremo izquierdo.

Encabezaba la marcha con el afroamericano pisándole los talones. Por lo visto, él ya había estado allí, pues sabía hacia dónde dirigirse.

El hombre –del que la joven ignoraba el nombre– tocó el timbre. Una cámara oculta los filmaba desde lo alto del techo, enviando rápidas imágenes a los monitores que había tras la doble-puerta de seguridad. Los residentes tenían que comprobar que las dos personas que acompañaban al celador, emitiesen energía calórica y no fuesen *fríos*. De ser así, del edificio no saldrían vivos.

Los cerrojos se descorrieron en el acto y el corazón de Isabel palpitó en la garganta, temiendo lo que le pudiera pasar dentro.

—¡Everett! —En cuanto las puertas se abrieron, una rubia, un poco más alta que Isabel y de unos veinticinco años, alzó los brazos para rodear el cuello del aludido. Le alegraba verle tan fortalecido, después de la última vez en que lo visitó a su casa para ofrecerle *sus servicios*. Ya no usaba el bastón y comenzaba a recuperar peso.

—Miriam —correspondió al abrazo, incómodo por la penosa circunstancia en la que solicitaba su ayuda. La mujer formaba parte de una red que se encargaba de cumplir las peticiones de los lobos.

Ella, con su gran sonrisa, lo hizo pasar al interior del apartamento, mientras que el afroamericano quedaba en el umbral, dándole un empujoncito a Isabel para que también entrara. Él permanecería afuera, vigilante, hasta que el señor Brankovic dijese lo contrario.

Miriam le sobó el pecho, seductora.

—¿Quieres divertirte o… —clavó los ojos sobre la joven que lo acompañaba— hacer un *ménage à trois*?

Isabel se tensó.

—Primero muerta —espetó a la mujer con asco. Tendrían que matarla para obligarla a revolcarse en la cama con esos dos, a pesar de que los malditos celos la carcomían por dentro.

Miriam se carcajeó.

—¡La niña es contestona! Ya veo porqué la trajiste… —Se separó de Everett y tocó un mechón de cabello de la joven rebelde, del que la manoteó—. La quieres adiestrar. Muy bien, en qué especialidad: ¿sodomía?, ¿sado?, ¿*bondage*? O todas las áreas. —Rio perversa.

—Solo cuídenla hasta que vuelva por ella.

Miriam hizo un puchero.

—¿No te quedarás a ver?

—Solo cuídenla —repitió con los dientes apretados, haciéndole ver que, si se atrevían en hacerle a Isabel, algo de lo mencionado, le harían arrepentirse por el resto de sus días.

—Lo que usted ordene, mi señor. Cuidaremos a *su*… –la escaneó con desprecio– esclava.

—No lo es —Everett la corrigió sin aclarar quién era la angustiada joven—. Y cómo la entrego, la quiero de vuelta. ¿Me he dado a entender?

—Sí, mi señor.

Tanta sumisión, hizo que a Isabel le dieran ganas de arrancarle la cabellera a la rubia. No le cabía duda de que traficaban con mujeres.

Ella era una recién adquisición.

—Por acá… —meneando el trasero en sus vaqueros ajustados, le indicó a Everett que la siguiera, para alojar a la joven cautiva en una habitación a prueba de escapes o entradas forzosas.

—¡NO! ¡SUÉLTEMEEEE! —forcejó al ser conducida como una mercancía que pronto habrían de utilizar.

La tal Miriam abrió la puerta y encendió la luz para que la chica entrase, pero no lo hizo por su propia voluntad, sino que Everett entró con ella y le pidió a la mujer que cerrara la puerta, pues lo que tendría que hablar con la chica, solo a esta le concernía.

—¡NO ME VAN A SOMETER!, ¡¡NO ME VAN A SOMETEEER!!

—¡Isabel, mírame! ¡MIRAME! —Everett le acunó el rostro, una vez los dos quedaron a solas. La puerta se cerró detrás de ellos para darles privacidad. Las ventanas selladas, el olor rancio en el ambiente, las paredes sucias, la cama asquerosa—. Permanecerás aquí para tu protección. Nadie te tocará ni te hará daño. ¡Es solo seguridad!

—¿De qué? —Con el rostro bañado en lágrimas, lo miró con odio —. Esa tipa dijo «su esclava».

Sacudió la cabeza.

—No te conoce —replicó sin soltarle el rostro—. Pero no le brindes mayor información.

—¿Sobre qué? ¿Sobre cómo mataste a mi hermano y casi provocaste un infarto a mi madre? —sollozó—. ¿Por qué lo hiciste? Creí… —Creyó que él era diferente.

Everett endureció la mirada.

—Te golpeó. —No le pasaba por alto que, a través del corrido maquillaje y las lágrimas, la evidencia de lo que aquel desgraciado le hizo, se alcanzaba a ver, provocándole querer gruñir en voz alta.

—Qué forma de castigarlo: ¡lo desfiguraste y luego lo desapareciste!

—Soy culpable de lo primero, pero no de lo segundo. —Acarició la mejilla maltrecha—. Tu hermano está vivo.

—¡Mentira! —gritó tratando de zafar su rostro del agarre de sus fuertes dedos—. Lo dices para mantenerme aplacada, ¿no es así? Para obedecerte. Lo mandaste a secuestrar para que no te inculpara, y a mí qué me piensas hacer: ¿venderme?

—Nadie tendría el suficiente dinero para lo que vales.

—No seré tu esclava.

—Jamás dije que lo serías.

—¿Y qué hago aquí?

—Protección.

Hizo un mohín.

—¿Protección? ¿«Protección» de quién? Yo no tengo enemigos, Everett, salvo tú que irrumpiste en mi vida y en la de mi familia. ¡Mira lo que le hiciste a mi hermano!

—¡TE GOLPEÓ! —reiteró furioso—. Y eso se paga con la muerte. —Se tomó un respiro para calmarse y luego agregó—: Lo siento, Isabel, también me afectó haberme dejado llevar por la rabia. Estás en tu derecho de gritarme, pero no voy a permitir que otros te lastimen.

—A excepción de ti. Me arrancaste el corazón con lo que hiciste.

Él la soltó y ella lo abofeteó con todas sus fuerzas.

El rostro de Everett apenas se movió.

Empuñó las manos, para sosegar al lobo interno que pugnaba por salir.

—Me acusas de arrancártelo —replicó dolido—. ¿Y tú qué hiciste con el mío? Te lo robaste.

Isabel quiso protestar, pero Everett la tomó de la nuca y le dio un rudo beso.

Trató de liberarse, posando sus manos en su pecho que, de repente notó más abultado, y lo empujó sin conseguirlo para separarlo, pero él presionaba sus labios sobre los de ella, de tal modo que, a Isabel le costaba respirar.

Luego la soltó y atajó la mano que volvía a cruzar el aire para

abofetearlo.

—¡Estúpido!

Conteniéndose de su carácter lobuno y en respuesta al insulto, posó en medio de la palma de la frágil mano, un beso húmedo que a Isabel le envió una desconcertante pulsación en medio de sus piernas.

—Pórtate bien —dijo—. Vendré por ti más tarde.

—Por favor, no le hagas daño a mi mamá ni a mi hermano —lloró —. No son los mejores parientes del mundo, pero son mi familia.

Le acarició el rostro.

—Más bien, pretendo protegerlos, aunque no lo merezcan. —Les daría una oportunidad. Solo por ella.

—¿De qué: de ti?

Su mano acariciándola.

—De depredadores.

Ni bien alcanzó a revelarle el motivo, la dejó sola, con todos los temores cayendo sobre su cabeza.

Isabel gritó y golpeó la madera con un profundo terror, recorriendo su cuerpo. ¿A qué tipo de depredadores se refería? ¿Sicópatas? ¿Sádicos? ¿Violadores…? Tanto loco suelto por ahí, causando desmanes.

*****

Horas más tarde, la puerta se abrió y la mujer con cara de desdén, le preguntó:

—¿Quieres comer?

—No.

La puerta se cerró. Ni la mujer ni el calvo asomaron la nariz, hasta que los rayos solares del amanecer se filtraron por los gruesos barrotes que sellaban la ventana.

—¿Vas a comer? —La actitud de esta le daba a entender a Isabel que le daba igual lo que le pasara.

—No —contestó sentada en el piso de granito. Su rostro hinchado por el trasnocho y por haber llorado toda la noche.

La mujer se marchó.

Doce horas después…

—¿Vas a cenar?

—No.

—Te aconsejo que coma, no sabemos cuándo él vuelva por ti —le espetó. Durante el día, se había cambiado de ropa dos veces, mientras que Isabel llevaba las misma con las que la encerraron en esa inmunda habitación. Le dio asco hasta de sentarse en la cama. Quién sabe cuánta gente retozó allí y desde cuándo que no cambiaban las sábanas. Apestaban a perro mojado.

—¿Qué van hacer conmigo? —inquirió, poniéndose en pie. Su

cabeza ya no daba para más de tanto conjeturar lo que le pasaría en ese lugar. Todo era tan terrorífico que ni cansada se hallaba.

—Nosotros, no. Él… —respondió odiosa.

—¿Qué va hacer *él* conmigo?

—¿No te dijo? —rio—. Serás su esclava.

A Isabel le dio un vuelco el corazón.

—Dijo que jamás lo sería…

La risa en la rubia adquirió inquina. Todas patalean al principio, pero luego se acostumbran.

—Qué tonta. ¿Para qué crees que te trajo acá? Los lobos solo toman humanas para el placer.

—¿Los qué…? —Ahora conocía el nombre de la organización criminal que se encargaba de la Trata de Blancas. Secuestran y venden al mejor postor.

La mujer rio más por la ignorancia de la chica y cerró la puerta, tras de sí, sin que le importara un rábano que esta tuviese el estómago pegado al espinazo por no haber ingerido alimentos desde la tarde del día anterior. Por ella, que la cautiva se muriese de hambre. Solo cumplía la orden de custodiarla, nada le dijeron sobre alimentarla. Las novatas de los lobos eran tan despreciables como inútiles.

No sabían nada.

Isabel pateó la puerta, la golpeó con sus puños, intentó remover los barrotes cimentados a la ventana; partir el vidrio, hacerse de un arma con las tablas o las patas de la cama, gritar a todo pulmón para que alguien la socorriera e implorar para que esa gente la dejase escapar, pero todo fue infructuoso.

Ni la puerta se abrió, ni los barrotes cedieron, ni el vidrio se partió, ni la cama se desarmó, ni los vecinos la ayudaron, ni los captores se apiadaron de ella.

Seguía allí, cautiva.

Hasta que Everett volviera.

Capítulo 17

Kuzman hacia señas desde lo alto del edificio a media manzana de la calle que estaba siendo patrullada.

Desde que se tuvo noticias de que Everett había herido al humano y que posteriormente fue llevado junto con su progenitora para sanarlos en el BronxCare Health System, el lugar fue acordonado por los lobos de Ilic Brankovic. La mujer no es que fuese importante para ellos, pero era un excelente anzuelo para atrapar al maldito, teniéndola vigilada tanto dentro de las instalaciones como por las inmediaciones del hospital.

Según el comportamiento que por años estudiaron en esos repudiables seres, es que tienden a buscar a los que –por uno u otro motivo– influyeron en sus vidas. La parte humana aún los hacía inofensivos, pero conforme el gen *Canidae* devora las células que lo define como «tal», se tornan más agresivos.

Disponían de tres días para hallar a Arturo García, antes de que el cambio concluyese su ciclo y se volviese infeccioso; habían pasado dos días y en menos de 24 horas si no lo atrapaban a tiempo, Nueva York tendría una ola de ataques de híbridos rabiosos.

Everett respondió a la señal desde el tejado del edificio diagonal en el que se hallaba Kuzman. Desde allí observaba a la gente, yendo y viniendo, a pie y en auto. Todo convergía con normalidad, el orden público seguía inalterable y los gritos –más allá de los que con frecuencia se escuchaba por el sector– no causaban alarma. Ocho lobos rodeaban el perímetro y otros ocho recorrían los pasillos del centro asistencial; no obstante, Everett intuía que el hermano de Isabel recurriría a su propio hogar, por lo que lo mantenían vigilado. Contaban con la ventaja de que este aún no desarrollaba el olfato para captar que estaba siendo rodeado por especies superiores, pero su agresividad se disparaba desde el mismo momento en que abría los ojos, tras haber sobrevivido al zarpazo o la mordida.

Del techo, saltó a la calle y de allí corrió hasta el edificio del frente, y luego brincó al balcón de la segunda planta, hasta llegar al de los García.

Le fue fácil remover la manija de la puerta e ingresar para aguardar por el híbrido a que le diera por comer o cambiarse de ropa.

Estaría asustado y el único lugar que le brindaría seguridad, sería su hogar.

Echó un vistazo y se apenó de las condiciones tan precarias en

cómo vivía Isabel. El apartamento era muy modesto: sala-comedor, cocina diminuta y arcaica, ambiente estrecho y austero. El televisor de la sala no encajaba allí, como si hubiera sido prestado o robado.

La sangre aún manchaba las paredes y el piso donde él le dio su merecido al bastardo. Las sillas del comedor estaban caídas, los adornos de porcelana barata, quebrados y desperdigados por todos lados, los sillones movidos de su lugar, el desorden imperante tras el furioso ataque.

Sin embargo, por encima del olor sanguinolento seco, las aletas de su nariz se movieron ante el aroma que capturó su atención.

Aspiró profundo.

Era conocido y muy delicioso.

Se volvió hacia el fondo del pasillo, donde una puerta abierta le indicaba que allí era el lugar donde emanaba dicho olor.

El dormitorio de Isabel.

Curioso por conocer la intimidad de la joven, caminó hasta allá, pero enseguida se decepcionó al hallarla carente de objetos y pertenencias; solo estaba una angosta cama, sin sábanas que la cubriese y el mobiliario con las gavetas entreabiertas, que fueron dejadas así por una apresurada huida.

Se sentó a los pies de la cama y deslizó su mano por ese colchón que tuvo tiempos mejores y que presumía le ocasionó a Isabel dolores de espalda. Observó el entorno y le apesadumbró pensar que, quizás, por años ese fue su refugio: encerrarse para protegerse de los golpes de su hermano.

—Y de la madre —recordó el modo despectivo en cómo aquella mujer trataba a su hija. Lo más probable, es que también la golpeaba.

Apretó los dientes para no gruñir.

Con esos dos tenía cuentas pendientes, no les pagaría con la misma moneda, solo por Isabel es que se encargaría de mantener a la madre y le daría una oportunidad de vivir al hermano. A este lo mandaría a Canadá para que lo amansaran; que sirviera al clan que lo acobijara; los choferes, los jardineros o cocineros, siempre eran bienvenidos. Hacía falta servidumbre que ejerciera esas labores. Él podría ganarse su sitio.

Oyó la cerradura y luego la puerta abrirse y cerrarse despacio.

Unos pasos presurosos resonaron, para después las ollas sonar en la cocina.

Everett se puso en pie en el acto.

Y en un segundo, le gruñía al perpetrador.

Arturo –que había causado un gran desorden en busca de comida– le lanzó una sartén a la cabeza.

El otro la esquivó y saltó sobre el híbrido, que sudaba como si tuviera exceso de calor y luchó con este para dominarlo. El híbrido

gruñía y lanzaba codazos hacia atrás, aplastado en el piso sin poder escapar de sus garras. Se removía con todas sus fuerzas, causando más desorden en la cocina por sus patadas desesperadas.

—¡Quieto! —Everett le gritó, posando la rodilla en su espalda y sus manos sobre la cabeza para mantenerlo inmovilizado.

Arturo chilló.

—¡No me haga daño! Solo quería comer…

—Te dejaré vivir si te calmas. Pero si intentas escapar, te terminó de destrozar. —Le mostró como sus uñas se alargaban más para cumplir con su amenaza.

Asintió tembloroso.

Del cuello de la camisa, fue levantado con rudeza. Kuzman reía desde la sala, quien estuvo montando guardia a poca distancia. Detrás de él, Goran y Lazar, gruñían con ganas de destrozar al escurridizo pulgoso. ¡Cómo les desagradaba esos genéticamente impuros! Ofendían con su presencia, solo eran acumuladores de garrapatas y portadores de parásitos.

Everett lo arrojó a los dos hombres, estos lo sujetaron con fuerza, llevándoselo casi arrastras. Arturo suplicaba para que le perdonasen la vida; que él no volvería a pegarle a su hermana, sería bueno, haría todo lo que le ordenaran, iría a misa y si ese era el propósito, hasta se confesaría.

—¿Qué hacemos con él? —Kuzman ansiaba que el amo le respondiera: «arránquenle las extremidades y quémenlo». Se divertirían haciéndolo sufrir, hasta que ya no tuviera fuerzas para gritar.

—Pónganle bozal y correa, y llévenselo a Vladan para que lo amanse así sea a latigazos. Si no colabora: que lo maten. —Por Isabel, Everett le permitiría ser un omega-cuadrúpedo, pero si se negaba a obedecer, lo sentía por ella, pero a ese lo mataban. Un brote de rebeldes, no desequilibraría la tranquilidad de los humanos y los lobos.

Kuzman lamentó que su amo tuviera piedad por el *can*, del que se limitó en asentir reverente, sin que le quedase más opción que también obedecer.

Everett se marchó en el Mercedes. La policía no lo buscaba ni rastreaba la placa; la hipnosis a estos les alteró la memoria sobre que él hubiera sacado a Isabel de las celdas. Ilic se encargó de eliminar toda evidencia que lo inculpara y borró los vídeos que grabaron su llegada a la estación. Al minuto de Everett marcharse de allí, el detective Pittman y los demás policías, reanudaron sus trabajos investigativos y atención a los ciudadanos, como si nada hubiera ocurrido, a excepción que lo recabado sobre el presunto sospechoso, había desaparecido.

Descendió del auto, tras recorrer varios kilómetros desde El Bronx hasta Queens. Elías Jackson montaba guardia, junto con unos «amigos», sentados en la escalinata como unos sujetos que nada tenían que hacer, pero que lo hacían todo. Y siguieron con la mirada al lobo, a la vez en que le permitían el acceso al edificio.

¿Estaba más corpulento o les parecía?

—Se ha negado a comer —Miriam le comentó en cuanto Everett puso un pie dentro del apartamento. Se acomodó la blusa y bajó más su escote para tentar al lobo.

—¿Está enferma? —Se fue directo a la habitación en donde la tenían confinada y sin reparar en las tetas de la rubia. Le preocupaba su inapetencia, los humanos dejaban de probar alimentos al sentirse mal.

—No. Solo grita que la saquen de ahí —respondió casina, mientras giraba la llave de la cerradura para abrir la puerta—. Menos mal que los cristales de las ventanas son blindados e insonorizados, o ya tendríamos a la policía encima.

—Les compensaré el favor.

Miriam le dio un beso en los labios y explayó la puerta para que la chica viese la cercana amistad que ella tenía con el lobo. Pero no tuvo el gusto a que la joven se mordiera los codos por los celos, yacía tendida en el piso como si hubiera sufrido un desmayo.

Everett corrió a revisarla.

—¡Isabel! —Aguzó el oído para escuchar los latidos de su corazón. Sus dedos hacían lo mismo, presionando la artería de su cuello. Por fortuna, palpitaba—. ¡Isabel! —Le dio palmaditas en las mejillas para reanimarla.

—Eso le pasa por no comer.

—Trae agua con bastante azúcar, de momento le subiremos la glicemia. —La alzó en vilo y la llevó hasta el sofá de la sala. El colchón estaba fuera de los laterales de la cama y hedía a mierda—. Isabel… —Se sentó junto con ella, dejando que su rostro reposara en su hombro, para cuando le diera de beber el agua—. Isabel, ángel… ¿Por qué te negaste a comer? Te dije que no te harían daño. —Sus manos lánguidas sobre su regazo, sus piernas escurridas.

Miriam diligenció rápido el pedido y le entregó el vaso a Everett. Le causaba envidia la manera protectora en cómo él se desenvolvía con la muchacha.

Everett echó un poco hacia atrás su cabeza y vertió una pequeña cantidad de agua en su boca.

Esta se quejó.

—Toma un poco. —El líquido se deslizó por entre sus labios que habían perdido color por la falta de alimentación. Isabel estaba muy pálida—. Un poco más —le dio y ella tosió—. Así, un poco más…

Buena chica.

—Pareces otro, Everett —Miriam comentó. En su voz el resentimiento se reflejaba—. Te preocupas tanto por ella, que me estoy tomando en serio sobre que es tu amiga.

—Porque lo es —confirmó a medias. Isabel era más que una amiga: era su mujer, su ángel.

Isabel comenzó a recuperar el sentido y Miriam hizo un mohín. Si ella hubiera sido la que se fue de *jeta*, Everett no habría demostrado la misma preocupación.

—Vaya que has cambiado —masculló—: eres amigo de humanos.

—Tú eres mi amiga.

—Como el resto de las putas con la que te acuestas. Pero ella… No parece del tipo que se vende por dinero. —Miriam colaboraba con algunos de estos para conseguir mujeres dispuestas a dejarse meter el pito de un lobo.

La madriguera era un centro de operaciones temporal en la que vigilaban a otras especies sin ser detectados. Se movían en el submundo de la prostitución y la compra-venta de armas, de lo que, como humanos, realmente hacían.

—Porque no lo es —respondió y hasta ahí le dio información.

Isabel se removió y abrió los ojos, encontrándose con la mirada de Everett.

Pestañeó aturdida por la pérdida del conocimiento y se incorporó en el asiento para alejarse de él. Aún la cabeza le daba vueltas y la debilidad le dificultaba mover el cuerpo.

Reparó que estaba fuera de la asquerosa habitación.

—¿Mamá? —Era fácil notar la molestia que le producía a Everett que preguntase por ella. Pero jamás hallaría tranquilidad si a menudo pensara en las necesidades que pasaría.

—Le darán el alta, mañana —dijo—. La llevarán a otro apartamento que está en una buena zona; me encargué que las pertenencias más significativas fueran empacadas y enviadas allá. Recibirá una manutención semanal; ya hay gente que se encargará de eso, y una señora del servicio se ocupará de atender todas sus necesidades.

—Estará preocupada por Arturo… ¿Qué pasó con él? Dime que no lo mataste, por favor, dime…

Everett estuvo a punto de exclamarle: «¡Corta el lazo con ellos que no hacen nada por ti!», pero apretó la mandíbula para no pecar de insensible.

—Lejos.

—¿Qué tan «lejos»?

—Canadá.

—Y… —se removió en su asiento— ¿lo enviaste en una bolsa o en

un ataúd? ¿Qué hiciste, Everett?

—Lo envié a trabajar con unos amigos. Ellos... —le partirán el espíritu— le inculcarán *valores*.

Isabel suponía que lo envío a algún centro de reclusión.

—¿Mamá sabe? —Él cabeceó—. ¡Se preocupará!

—Tu madre está bien. Nada recuerda. ¡Es…! —alzó la voz para ahogar la réplica de la joven—. Es mejor así.

—¿No recuerda nada por la conmoción que le causaste al rebanar a mi hermano?, ¿o porque le… —señaló su sien—, le hiciste, *eso*…, c-como a los policías?

—Lo último.

Isabel se preocupó. Miriam se había marchado a la cocina para abrir la nevera y sacar una cerveza. La abrió de mala gana, lanzando miradas envenenadas hacia la hispana.

—Everett —miró sus uñas que eran normales—. ¿Qué eres tú?

Se puso en pie.

—No estás preparada para saberlo.

—¿Por qué no?

Apretó la mandíbula para no responder. Isabel no estaba preparada para enterarse que él era un hombre lobo y que la había marcado con tan solo posar los ojos sobre ella.

En cambio…

—Miriam, ¿podrías pedir pizza? —Se hizo el desentendido—. Isabel necesita comer y yo tengo hambre. Mucha actividad física, despierta el apetito.

—Como cuando tienes sexo: ¡te comes una vaca completa! —contestó seductora.

Isabel la atravesó con la mirada.

Qué mujer tan imbécil.

Trató de levantarse, pero Everett se lo impidió.

—Permanece sentada. Aún estás débil y podrías tener una recaída.

—Tengo la suficiente fuerza para ponerme en pie.

—Y para darte de bruces en el piso. Quédate quieta.

Ella miró hacia la puerta y luego observó las ventanas selladas con barrotes.

No había modo de escapar.

—¿Qué vas hacer conmigo? —Sus lágrimas agolpándose una vez más en sus ojos. Había llorado tanto que creyó que los lagrimales se habían secado. Pero se equivocó.

Él la arropó con la mirada.

Lo que planeó desde un principio.

—Serás mi mujer.

Isabel jadeó y Miriam se atragantó con la cerveza.

—¡Yo no voy a…!

—Pensándolo mejor, la pizza no es buena idea —la interrumpió, aprensivo de su rechazo—. Te llevaré a comer a otra parte. —La primera bomba se la había soltado a la cara; la segunda estaba por explotar.

La llevaría a su casa.

No a la de Los Hamptons, propiedad de su padre y del que jamás se sintió cómodo, sino a la construida con sus propias manos.

La de Alaska.

Aunque, de momento, sería a la casona para finiquitar su viaje de vuelta.

Hizo que Isabel le pasara un brazo por sobre sus hombros y la alzó entre los suyos, llevándosela así hasta el auto. Isabel pugnó en gritar, pero fue consciente que hacerlo pondría en serio peligro a su familia. Ella era la garantía de que los otros estuviesen bien, y Everett le había demostrado que, con solo una mirada, la gente, incluyendo las fuerzas policiales, se inclinaban ante él sin protestar.

Orando en su fuero interno, pidió fortaleza para ser capaz de cumplir con lo que este dispusiese con ella; sería su mujer en todo el sentido de la palabra, con las obligaciones que implica en la cama: estar de piernas abiertas ante él, recibir su miembro en su vagina, soportar los envites, sus besos, sus caricias, la invasión en su recto…

Aun así, pensarlo, le causó cosquilleo.

Él encima de ella...

Uno de los hombres que estaban afuera, fue diligente en abrirle la puerta del copiloto a Everett para que acomodara a Isabel en el asiento como una novia recién casada que salía de los aposentos del edificio. El cinturón le atravesó el torso y en un parpadeo, su «marido» estaba detrás del volante, desembolsando un grueso fajo de dinero al afroamericano. Algo, de lo que ella no alcanzó a escuchar, le dijo en voz baja; el otro asintió, miró a Isabel y volvió a asentir obediente de lo que fuera que Everett le ordenaba.

Los hombres retrocedieron tan pronto el motor del auto se encendió, el afroamericano hizo un asentamiento de cabeza y Everett se alejó de la calle a moderada velocidad.

Isabel ahogó un sollozo y se abrazó a sí misma.

Él la miró.

—¿Me sigues temiendo, después de lo que te dije?

—¿Cómo dejar de hacerlo, si definiste mi vida a la fuerza?

—No era así cómo quería conquistarte, Isabel. Pero no tuve alternativa.

—¡Claro que la tuviste! —lo gritó—. Era cuestión de retirarse y denunciar el maltrato. No hacerle, *lo que le hiciste* a Arturo por rabia. ¡¿Qué eres tú?! Hasta hace nada, eras un saco de huesos; ahora… —lo escaneó atónita—, estás más repuesto. Podría jurar que subiste de

peso de la noche a la mañana. ¡Ni siquiera cojeas! O es que fingiste… —jadeó—. ¿Fingías? —Y si hizo eso, también en lo otro—. *Y lo del Mastrangelo*, ¿fue teatro?

Everett dio un volantazo para aparcar frente a una tienda de abarrotes.

—¡No! —respondió molesto—. ¡¡Yo moría!! Jamás haría algo así. ¿Por qué crees que me preocupo por ti?! ¡Porque te amo! Me devolviste la vida, te apiadaste de mí en *esa acera*; no te apartaste como lo demás, te mantuviste a mi lado hasta que llegó la ayuda.

—Y me agradeciste, casi matando a mi hermano.

Endureció la mirada.

—Hermano que te golpeaba y te trataba peor que a una puta. ¿Ese es el que tú defiendes: el que consumía y vendía droga?

—¡Él, no…! ¡Él…! —Isabel carecía de argumentos para defender a su hermano. ¿Acaso sabía lo que hacía con sus *cuates*? Nunca trabajaba, bebía con frecuencia, andaba por ahí con sus amigos hasta altas horas de la noche, era malhumorado, violento, desconsiderado, ofensivo… Era de todo, menos bueno.

Bajó la mirada, sus lágrimas rodaban inmisericorde.

Everett alzó su mentón y le dio un beso.

—Isabel… ¿qué debo hacer para que me perdones?

—¡*Epa*, está prohibido estacionar acá! —El tendero de la tienda, palmeaba el capó del Mercedes, reprendiendo al conductor que se ocultaba tras los vidrios polarizados. Todos los días discutía con alguien que quería estacionamiento gratis.

Sin esperar a que Isabel calmase su angustia, Everett emprendió el camino una vez más hacia la casa que sería un punto de transición entre la urbe y los bosques de Alaska.

Capítulo 18

El rostro de Stanislav enrojeció de manera alarmante por la fuerte tos que de repente lo azotó a causa de la llamada que recibió procedente de Nueva York.

Sus pulmones colapsaron de tanto esfuerzo por la insuficiencia respiratoria que padecía desde hacía un año. Su hijo menor actuaba como un insensato lobezno que se dejaba llevar por las hormonas y no por el cerebro; el capricho de frecuentar a una mujerzuela de poca monta sin casta alguna, era para mandar a Stanislav rápido a la tumba. Le aceleraba la muerte al comportarse como un majadero. Ignoraba sus llamadas, desoía los consejos de los que intentaban hacerle razonar; se empecinaba en ser lo que no era, en darle la espalda a los principios de su gente.

Gruñó en cuanto Vesna quiso entregarle la infusión, dándole un manotazo para alejarla. ¡Él no necesitaba de bebidas aromáticas que le aplacaran la tos!, quería a Everett allí para ponerlo en cintura.

—Papá, eso te habría hecho sentir mejor —Damir lo reprendió, mientras su esposa recogía la taza que había caído al piso, gruñendo ella para sus adentros del líquido que su suegro le hizo salpicar en su vestido costoso.

El malencarado hombre de cabello cano, hizo un gesto de desagrado y sin disculparse de su nuera que se había quemado las manos por la bebida caliente, masculló palabras ininteligibles. Se hallaba acostado en la cama, bajo dos gruesas frazadas que lo protegían del frío. Las manos le temblaban, no por las bajas temperaturas en Kenai, sino por el disgusto que se había llevado.

—El vodka es lo que me hace sentir mejor —replicó a la vez en que abanicaba la mano de mala gana para que la inepta mujer de su hijo se largara de la habitación.

Esta, sin hacer ningún gesto molesto ni protestar los malos tratos del patriarca, obedeció con celeridad, antes de que un aluvión de improperios la ensordeciera. Cada día estaba de peor humor y achacoso, lanzando insultos a todo aquel que lo atendía.

—Y peor. Después estás quejándote de tu malestar —Damir le hizo ver, poco afectado por el rechazo que el otro sentía hacia Vesna. La segunda esposa le había parido solo hembras, y entre las mujeres de los Brankovic, la regla primordial que estas debían acatar, era poblar de machos sanos a la manada.

Al menos, la primera le dio un varón.

—Estoy rodeado de incompetentes que me quieren envenenar. ¡Tráeme un vaso o te mando con tus estúpidas crías a vivir a Serbia! —Su voz tronó por toda la casa, haciendo que, quien lo escuchase, se apurase en hacer sus debidas tareas hogareñas—. ¿Dónde está Ranko? ¡Necesito hablar con él! —preguntó en cuanto Damir se abocó a servir el licor del minibar. El fuego estaba encendido en la chimenea y, en vez de luz eléctrica, varios candelabros de una vela iluminaban la habitación.

—Está en la ensenada. ¿Qué quieres de él?

—¡No es asunto tuyo! —lo gritó desconfiando de su propio hijo—. En cuanto llegue, dile que venga a verme.

—Tardará; si me dices…

—¡Sírveme ese vodka y deja de preguntar que estoy aguardando!

Damir se tragó la palabrota que estuvo a punto de soltar a su papá y sirvió la bebida con ademanes molestos. Si antes dudó en que le hubieran dado la autoridad al primogénito, ahora lo apoyaba en todas las decisiones que aquel tomaba. La senilidad afectaba su carácter, del que antes fue más amable y considerado hacia los demás: gruñía por nimiedades, insultaba a todo lo que tuviera faldas, olvidaba lo que minutos atrás había conversado, y Ranko se había aprovechado muy bien de este hecho. Lo manipulaba a su antojo.

La llamada que recibió le preocupaba, puesto que su papá no estaba en posición de tomar medidas que después afectara la relación con el resto de sus hijos. Aún los subalternos le obedecían, y lo que este dijera, se cumplía al pie de la letra, por las buenas o por las malas.

Y estaba seguro, que dicho disgusto tenía que ver con Everett.

Capítulo 19

Los ojos de Isabel quedaron perplejos en cuanto contemplaron la inmensa mansión que se hallaba frente al mar.

Sabía que Everett era adinerado, pero no tanto como para poseer semejante caserón. La tenía ubicada en la exclusiva zona de Los Hamptons, en Long Island, donde tenía como vecinos a directores de cine, estrellas de Hollywood, empresarios poderosos y famosos atletas, todos ellos con grandes cuentas bancarias.

Everett rodeó el Mercedes para ayudarla a bajar. Isabel mantenía la boca abierta, impresionada por la forma tan cómoda en cómo él vivía. De medir la extensión, abarcaría dos manzanas, con su plazoleta frontal, sus canchas de tenis, sus garajes para varios autos, y esa kilométrica fachada de dos plantas, con un balcón central y columnas tipo-griegas, sosteniéndola; sin duda alguna, una mansión que sobrepasa los 30 millones de dólares.

Intimidada, se acomodó el *greñero* y alisó la camiseta arrugada y sucia por haber estado tirada en el piso durante su encierro, y caminó unos pasos detrás de Everett, que la conducía hacia la puerta principal.

Se volvió hacia ella y aguardó hasta que estuvo a su lado para tomarle la mano.

—¿Qué te asusta? —Le sonrió para hacerla sentir bien, pues no existía razón para que temiera. Él la convertiría en su esposa, la única que tendría, le daría hijos y una casa bonita.

Isabel observó la unión de las manos y suspiró.

—¿Me tratarás bien? —La asediaban pensamientos sobre ella asintiendo a cada mandato que él le impusiera como si fuera su esclava.

—Siempre.

—Júralo —pidió, tratando de descubrir en esos ojos de fuego, que le era sincero. En la puerta, el mayordomo esperaba paciente a que el amo y su acompañante se aproximaran. Blanka espiaba desde la ventana del segundo piso, donde minutos antes, ordenaba la habitación para alojar a la nueva residente. Everett la había telefoneado para que estuviera lista.

Él tomó a Isabel de los hombros y buscó su mirada.

—Te juro que serás parte de mi alma y permanecerás aquí… —señaló su corazón— hasta que muera. En mí hallarás al padre de tus hijos, al esposo que te hará vibrar en la cama y al protector que velará

por ti. Isabel, de mí jamás temas, pues lo que te ofreceré siempre será amor.

Esta boqueó sin saber qué replicar.

¿Dijo esposo y el padre de sus hijos?

El desasosiego y la emoción se entremezclaron, puesto que no fue algo que esperase tan de repente.

Él ya había planificado una vida juntos.

La rodeó con su brazo, que Isabel sintió más grueso y pesado, y la llevó hasta la casa.

El mayordomo los recibió con un asentamiento de cabeza. En su expresión adusta, había cierta frialdad hacia la muchacha, a la que miró de refilón.

Everett la llevó escaleras arriba, mientras Isabel solo atinaba a dejarse llevar y observar el altísimo techo y el diseño de la escalera que se asemejaba a una boa elegante e inanimada que se curvaba para que ascendieran a través de esta. Se fijaba en los lienzos que alcanzaba a divisar del salón recibidor, así como también en la enorme lámpara de araña que colgaba en medio del vestíbulo y del que Isabel imaginaba el brazo de una grúa extenderse hasta arriba para colgarla; en la cantidad de alfombras que cubría el piso de mármol veteado banco-negro, y en la amplitud de los espacios. Todo lucía tan nuevo y tan costoso…

—Bienvenida —Blanka saludó a Isabel con la misma sobriedad a cómo fue recibida por el mayordomo y sin pasarle por alto los magullones en el rostro. La joven le expresó un tímido agradecimiento, sintiendo que las mejillas le ardían una barbaridad. Le parecía que tomaba posesión de algo que no le correspondía; que no esperaban su presencia, sino que aspiraban a alguien más—. La tina está preparada, por si la señorita desea refrescarse —la rolliza mujer comentó, tras Everett abrir la puerta de la habitación. Dentro, la esencia a coco y miel, aromatizaba el ambiente. Un gran ramo de rosas rojas –recogidas de los rosales que rodean la casona– reposaba sobre la chimenea apagada, dándole también la bienvenida en mejor disposición hacia la muchacha.

—Es muy amable, gracias —Isabel contestó sin dejar de apreciar el tamaño de la habitación. Notó las rosas, eran del mismo tipo *gigante* a las que recibió en la academia, y del que intuía *aquellas otras* fueron recogidas por el personal de servicio o por el mismo Everett.

Anhelaba creer en que fue él.

—¿Quieres asearte? —Everett le preguntó, luego que Blanka se hubo marchado. Se quitó la chaqueta y la arrojó al sillón de siempre, con esas ganas imperiosas de desnudarse y meterse a la tina con Isabel.

Esta vaciló.

¿Y después qué se pondría? Toda su ropa estaba en casa de…

Jadeó, llevándose la mano al pecho.

—¿Pasa algo? —Everett se preocupó. Lo que menos quería era que le temiera; más bien, esperaba desinhibirla.

—Camila —respondió azorada—. Debe estar preocupada. ¡Oh, Dios, ¿cómo es que no me acordé de ella?!

—¿Por qué deberías?

—Porque me acobijó en su casa, después que hui de la mía.

Everett le obsequió una sonrisa diáfana y le acunó la cara.

—Esta mujer se ha ganado mi aprecio. —Por lo que hizo por Isabel para la cena y por brindarle un techo donde vivir.

—Tengo que llamarla, estará angustiada por mi desaparición. Y yo no tengo móvil. —Por segunda vez. El otro, un modelo viejo que Camila le regaló, la policía se lo confiscó cuando la encerró en las celdas.

Vaya que estaba salada.

Él le señaló el teléfono de disco sobre la mesita de noche y luego se dirigió al armario.

Isabel se sentó a un lado de esa cama, del que bien cuatro personas dormirían tranquilamente, y tomó el auricular tipo-años-ochenta para efectuar la llamada. El teléfono la hizo sonreír, era de un modelo de disco que armonizaba con el clásico mobiliario del dormitorio.

Marcó y aguardó a que la anciana contestara su móvil.

—*¿Diga?*

—Camila, soy yo: Isabel.

—*¡Isabel!* —la mujer exclamó emocionada. Everett escuchó desde el armario, mientras buscaba una prenda de vestir que le pudiera servir a Isabel para cuando se aseara—. *¡Bendito Dios, muchacha, ¿dónde te tienen que estoy angustiada?! Fui a la estación y allá no te tenían; eso es lo que me dijeron. Conroy también se movilizó para sacarte, pero no te hallamos por ninguna parte. ¿Dónde te tienen?, ¿por qué niegan saber de ti?*

—Es… —Everett la miró por sobre su hombro y le cabeceó para que fuese más discreta. Sostenía una camisa blanca de mangas largas —. Me soltaron a los minutos —mintió—. El detective Pittman cometió el error de encarcelarme sin evidencias para hacerlo. Por eso es que se hacían los desentendidos: para zafarse de problemas.

—*Son unos hijos de puta* —gruñó y Everett que escuchó, se carcajeó por el lenguaje soez de la anciana.

Isabel lo miró extrañada.

¿Y este por qué se reía?

—*Y si te soltaron a los pocos minutos, ¿dónde te quedaste y por qué no me llamaste? Me tenías con el Jesús en la boca.*

—Ah, bueno, es porque…

—*No me digas que volviste a El Bronx. Serás pendeja.*

—No. Allá no volveré jamás. Estoy en… —Everett dejaba la camisa sobre la cama y le dio a ella un asentamiento de cabeza para que respondiera dónde en realidad se hallaba— en casa de un amigo —dijo—. De Everett. —El aludido sonrió.

—*¡Tú no pierdes tiempo!* —rio jocosa.

—¡Qué malpensada! Lo que pasa es que lo llamé cuando me detuvieron. Habló con la policía para que me liberaran… —lo que, en cierto modo, fue así.

—*Me tranquiliza. Pero, ¿tú estás bien?*

—Sí, estoy… —Everett comenzó a desabotonarse la camisa—. E-estoy bien.

Hubo un suspiro del otro lado de la línea, que llamó la atención de la joven.

—Ese suspiro parece que presagiara problemas. ¿Qué sucede, Camila? —preguntó mientras barría con la mirada los pectorales definidos de Everett. La delgadez que creyó este tener, la tomó con la guardia baja, su musculatura quitaba el aliento. ¿Qué fue lo que ocasionó para que su cuerpo sufriera semejante transformación?

—*Ay, mi niña, te despidieron.*

Isabel se puso en pie, profundamente descorazonada. Everett dejó de desvestirse.

—¿Fue por lo que me detuvieron frente a la academia?

—*Lo siento, no pude hacer nada por ti, pero la Junta de Padres exigió que te despidieran.*

—Pero yo no hice nada, es tan injusto… —Brazos la rodearon. Everett se había acercado, escuchando la conversación desde los dos lados.

—*Lo sé, pero ellos no lo saben. Puedes demandar, si quieres. Yo te apoyo.*

Everett hizo que Isabel lo mirase; no era conveniente hacerlo. Se la iba a llevar lejos.

Aunque ella aún no lo sabía.

—Olvídalo, no volverá a ser lo mismo —dijo y no por la negativa de Everett—. Una vez que los padres de las bailarinas, dudan de un profesor, afecta la enseñanza y la confianza hacia la institución. Tarde o temprano la directora me habría despedido. Buscaré en otra parte.

—*Hablaré con algunos amigos para que te den trabajo.*

—Descuida, Camila, puedo conseguir por mí misma. Por Brooklyn me pareció que había una academia… —Everett se fue hacia el baño, un tanto molesto, o eso a Isabel le pareció.

—*¡¿Brooklyn?! Isa… Eres muy talentosa como para que des clases en una academia de barrio.*

—No sería mala idea, hay muchas niñas con grandes sueños y

carecen de recursos.

Escuchó un resoplido.

—*¿Y los tuyos? ¿Te olvidaste de ellos? En Brooklyn nada tienes que hacer.*

—Los míos terminaron hace tiempo —comentó en voz baja para que Everett no la escuchara—, perdí la fortaleza.

—*Entonces, ¿por qué sigues danzando?*

—¡Porque me gusta! —se enojó—. Camila, tú mejor que nadie deberías comprender lo que es dejar de danzar y no tener las fuerzas para luchar por ello. Así que no me importa si prefiero ser profesora de ballet en un barrio, a tener que volver a enfrentarme a aquello.

—*Pero, en un barrio…*

—No es mala idea —cada vez abrigaba la determinación de ayudar a niñas a que no padecieran la misma experiencia.

La otra expresó algo que Isabel no comprendió.

—*Está bien, es tu vida y te respeto. ¿Vas a volver esta noche o seguirás pernoctando en casa de tu novio?*

—Él no es… —enmudeció. Everett retornaba al dormitorio, desnudo.

Isabel quedó boquiabierta.

—*¿Hola? ¿Isa? ¿Estás ahí?*

—S-sí, sí… Estoy aquí. —Sus ojos se clavaban en el falo que se erguía hacia ella. Parecía un brazo que se extendía para invitarla a gozar—. Camila, tengo que colgar. Esta, e-esta, esta noche me quedaré en casa de mi… —miró el pene de Everett— novio.

Este sonrió.

Le gustó como sonó.

Aunque le gustaba más el término «esposo».

La anciana se despidió, no sin antes recordarle a Isabel su incondicional apoyo, y que era una joven con talento para la danza digna de grandes luminarias.

Colgó temblorosa.

—Supuse que debes estar agotada, por lo que *me ofrezco* para masajearte la espalda —dijo socarrón.

Isabel arqueó las cejas.

¿Y con qué lo va hacer: con las manos o con el pene?

—Vaya, s-señor Brankovic, muy amable de su parte. Es un excelente *anfitrión* —le siguió el juego y esto la sorprendió, pues el temor que creyó le haría miserable el coito con él, no la apabulló, sino que, en vez de esto, tenerlo ante ella en cueros, le removió el piso.

Y la excitó.

Everett se acercó y ella tragó en seco.

—Quiero que sepas que… —carraspeó—, no tengo mucha experiencia en la, en la…

—Me gustan inexpertas.

Tal vez no fue la intención de Everett, pero Isabel se molestó.

—Sí, me di cuenta que te gustan dóciles —se refirió a las supuestas chicas que en ese asqueroso lugar llevaban para convertir en verdaderas come-hombres.

El lobo dio un paso más, provocando que Isabel quedara acorralada y cayera de espaldas a la cama.

Everett la tomó de las axilas y la subió hasta el centro del colchón.

Se posó sobre ella, tal como Isabel se lo imaginó.

Desnudo.

—Si te hubiera querido «dócil», ya te habría dominado —comentó ronco por el deseo—. Pero no soy tan idiota, como para perderme tu irreverencia.

—¿Cómo haces para hipnotizar a tanta gente? Nadie se salva de ti.

Él sonrió ladino, sus ojos ardían y sus labios se acercaban más a los suyos.

—Los magos jamás revelamos nuestros secretos o se perderá el chiste —expresó, lanzando su aliento directo a su boca, mientras que su hombría vadeaba sobre su estómago.

Isabel dudaba que la «magia» tuviera que ver con lo sucedido en la estación de policía y con el aumento de su musculatura.

—Sabré guardarlo —respondió aún curiosa por saber qué recursos utilizaba para dominar la mente de los demás con tanta facilidad. Era más que un simple mago hipnotista.

—Dejémoslo para después —la camiseta de la joven fue removida con habilidad, quedando semidesnuda de la cintura para arriba—, ahora lo que haremos es gozar. ¿Quieres gozar conmigo, Isabel García? Te prometo que te daré muchos orgasmos.

Esta no supo si asintió, aunque tal vez sí lo hizo, porque él sonrió y le invadió la boca con su lengua.

Se enrollaba con la suya, llenándola de su aliento masculino; el peso de su cuerpo, la aplastaba. Movía su pelvis, ansioso por enterrar su dura erección en su jugosa feminidad y obsequiarle lo prometido. El asalto a la boca de la muchacha era un vislumbre de lo que él le haría, la besaba con rudeza, quedando esos besos castos y comedidos para el pasado. Las respiraciones en ambos se entrecortaron, pero en Everett eran más erráticas que parecía estar a punto de explotar. La presión de los labios masculinos le hacía gemir a esta entre asustada y excitada, ya que sentía el filo de sus dientes lastimándola un poco. Le pareció saborear la sangre; sin embargo, no le importó, le rodeó el cuello con sus brazos y lo atrajo más hacia su boca para que la devorase de la forma tan despiadada en como lo hacía un salvaje.

Él, jadeante, interrumpió los besos.

—Vaya que besas bien.

Isabel sonrió. Eso se lo debía a sus dos exnovios y a las veces en que besó la almohada cuando estaba con ganas y no tenía con quien desahogarse.

Quiso expresarle: «tú me haces la competencia», pero la sorprendió, cuando él la despojó del sujetador a la velocidad de la luz. Le magreó un seno y ella arqueó la espalda para que esa mano, grande y fuerte, la abarcase por completo.

Le apretó el pezón para endurecerlo.

—¿Te importaría, mi querido ángel, si te lo chupo?

¡Hazlo!

—Por supuesto —concedió acalorada.

Jadeó en cuanto los labios del hombre, envueltos en esa cosquilleante barba, apretaron la carnosa piedrecilla y succionó, haciendo que Isabel se retorciera bajo él, gimiendo y aferrándose a sus cabellos sedosos y alborotados como un demonio lujurioso.

Al parecer, tenía razón al decir que era un mago: ¡hacía magia con esos labios tentadores!, chupando sin parar con esa hambre tan propia de un bebé. Everett flaqueaba sus fortalezas, la hacía débil y dócil, como a él le gustaban que fueran las mujeres; le envalentonaba toparse con una de temple, era un reto que, quizás, se habría impuesto para su orgullo varonil.

Qué sensaciones, qué decadencia… Chupaba y chupaba…, y luego acariciaba la areola con la lengua. Dibujaba la circunferencia con precisión, como un arquitecto que da forma en un plano en blanco. Él la hacía mujer, de un modo diferente a cómo sus exnovios la hicieron suya. Estos la follaron sin romanticismo; solo sexo rápido y necesitado, habiendo fingido más de una vez un orgasmo. Que Everett le prometiera más de uno, la enfebrecía.

—Creí que… —se relamió los labios, mareada por su agitada respiración— solo me masajearías la espalda.

Él levantó la mirada y sonrió perverso.

Sus ojos oscuros por el deseo animal.

—Pero es que *esos masajes*, incluyen un bono extra… —Y atrapó el otro pezón.

Isabel gimió de placer.

La cabellera de Everett no era suficiente para ella sostenerse. La hacía guiñapo, succionando lento y jalando suave con sus dientes, como si quisiera arrancarle el pezón.

Llevada por la pasión, Isabel puso ambas manos en el pecho de su nuevo amante y le pidió en silencio que se dejara mover.

Este así lo hizo.

Quedó tendido de espaldas en la cama, con Isabel encima de él.

Su erección, rozando las nalgas debajo del estorboso pantalón *jeans* de la muchacha.

—¿Qué tanto aguantas sin *correrte*?

Él parpadeó y la miró curioso.

¿A qué venía esa pregunta?

—Lo que quieras que aguante. ¿Qué quieres hacer?

Ella pegó los labios a su oído, como él hizo con ella en el Mercedes cuando le dijo lo tentadora que era y lo bien que olía su piel.

—Quiero mamarte…

La sonrisa guasona se extendió de lado a lado en los labios del hombre.

—Te juro que seré un caballero.

Isabel se mordió el labio inferior, con esa timidez que al otro le provocó magrearlos con un demoledor beso.

Tras liberarlos, Isabel volvió a morderse y se ruborizó, mientras sobaba los marcados abdominales de Everett.

Posó un beso húmedo y casto en medio de su pecho y luego otro más abajo, que hacía temblar de la expectación al lobo. Isabel dejaba un rastro de estos que iban cuesta abajo, en línea recta hacia la dolorosa hombría. Se movió para tenerlo frente a ella, sonriendo de medio lado, mientras sus manos ascendían y descendían por sus gruesos muslos de futbolista, y del que Isabel meditaba para sus adentros qué carajos habría consumido este para desarrollar tal musculatura. Desechó la posibilidad de esteroides, estos tomaban tiempo, no de la noche a la mañana, tenía una contextura que le hacía humedecer las bragas.

Everett pasaba saliva, ansiando fervoroso que ella se metiera el pene a la boca y lo mamara en el acto. Tal deseo era tan abrumador que jamás lo había sentido con ninguna de las mujeres con las que estuvo; no dejaba de mirarla, rogándole en silencio que tuviera piedad de él, que le reglara ese Edén, del que nunca pensó tener la gratificación de conocer.

Entonces, gruñó bajo y ronco, cual depredador que está en celo, siendo poseído por la hembra en vez de ser él a esta.

Isabel lamió el glande palpitante y deslizó la lengua a través del tallo, de arriba abajo, manteniendo los ojos abiertos y las mejillas arreboladas; saboreaba la poderosa masculinidad que en ese instante estaba a su entera disposición, sintiendo a través de sus labios, la textura de su piel venosa.

Se atrevió a darle un mordisquito a la mitad del falo, perdiendo cuidado de que él se corriera en su cara. Uno de sus estúpidos ex, lo hizo en su ojo derecho.

Una fea conjuntivitis la fastidió por tres días.

Everett dio un respingo y alzó la mirada hacia ella, con los ojos exorbitados.

—¿Te dolió? —Isabel se reprendía de haber sido tan torpe, los

genitales masculinos eran muy sensibles.

—No… —jadeaba como si se estuviera muriendo—. Me sorprendiste.

Sonrió.

—¿Creíste que te iba a lastimar? —Le dio un lamentó y Everett apretó los ojos, sintiendo esa deliciosa sensación en su miembro—. Soy buena… —sus dientes apretando con suavidad, haciendo que él jadeara audible.

—Ay, mujer, después de esto, no habrá poder sobre la Tierra que me separe de ti. —Todo estaba al revés, pero, ¿qué carajos? ¡Que lo poseyera!

Sin embargo, ese placer se detuvo y su hermoso ángel de labios de diabla, se bajó de la cama.

—¿Adónde vas? —Había terminado demasiado rápido.

—Al baño. ¿Quieres venir?

Se puso en pie, mientras ella retrocedía y bajaba la cremallera de su pantalón con sensualidad, animándolo a que la siguiera con su pícara mirada.

Se lo quitó ante su exclusivo público.

Everett parecía poseído, siendo atraído por ese imán de curvas sinuosas y pechos erectos, que después posaba sus dedos en las tiras de sus bragas para quitárselas.

Las deslizó por sus piernas y luego se las arrojó a la cara.

Él las atrapó antes que le tapara la visión.

Aspiró profundo el olor de la intimidad femenina.

—*Mmmm* —sonrió, tornándose más oscura su mirada—. Delicioso…

Isabel se distrajo con las hermosas baldosas que cubrían las paredes del baño y el mármol negro que tapizaba el piso. La tina ya estaba llena y espumosa, aguardando por los amantes, sintiendo que el cosquilleo de nuevo se alojaba en su bajo vientre.

Miró a Everett y este ya estaba a centímetros de ella, como un felino que se la quería comer.

Lo tomó de la mano y lo condujo hasta la tina.

Él se sentó primero y luego ella en el respaldar contrario.

El lobo hizo un mohín.

—Estás lejos —se quejó socarrón, estando sus piernas abrazando las de ella—. Ve aquí, pequeña diabla.

Isabel vadeó las espumas y se sentó sobre él a horcajadas.

—¿Así o más cerca? —Su centro rozaba peligrosamente la hombría del anfitrión.

—Aún estás lejos.

—¿Qué tan cerca, *mi señor*?

—Mucho más cerca…

Ayudada por Everett, Isabel se posó sobre el glande para recibirlo. Gimió ante la primera fracción del pene que se adentraba a las profundidades de sus entrañas; las paredes vaginales se lo tragaban poco a poco, causándole un ligero dolor por ser estrecha y él de un tamaño superior al promedio; apretó los dientes y enterró las uñas en los hombros de su compañero de tina, y descendió otro tramo hasta quedar sentada sobre él por completo.

Se tomó un descanso, jadeando sobre el hombro de Everett.

Era como si tuviera dos vibradores en la vagina: ¡estaban por reventarla por dentro!

Everett la tomó del rostro e hizo que lo besara, moviendo esas lenguas obscenas para que se relajara y el calor en su cuerpo la comandara. Él estaba por ceder a su naturaleza, obligándola a que moviera sus caderas como si fuera una prostituta, pero dejaba que fuese ella la que marcara el ritmo; de hecho, lo llevaba desde un principio, besándolo, mamándolo, animándolo a que la siguiera…

Así que, era justo que fuera ella la que terminase.

—¿Te duele? —Sus gemidos tenían una nota adolorida que a él no le pasó desapercibido, consciente en el grosor de su hombría.

Asintió con los ojos cerrados y un leve fruncido en sus cejas.

—¿Lo dejamos para la cama? Tal vez esta posición no es la más apropiada para ti, Isabel…

Cabeceó y abrió los ojos.

En ellos había deseo.

—Dame un segundo para acostumbrarme. Eres muy grande.

Everett le daría el tiempo que necesitase para que tuviese el aguante necesario para los envites.

Entonces, Isabel, sosteniéndose de los bordes de la tina, comenzó a mover lento su pelvis, causando que Everett cerrase los ojos y echase la cabeza hacia atrás para disfrutar del roce que hacían sus labios vaginales.

Sus manos se aferraban de las curvilíneas caderas de la chica, que cada vez se acoplaba a su gruesa anatomía, moviéndose mejor que las mujeres por las que él antes pagaba. Quizás, sea la rutina aprendida en la danza *o con los sujetos* que estuvo, le dieron la suficiente experiencia para él disfrutar su soltura.

Isabel sintió que las uñas de Everett se enterraban en sus nalgas, sin hacerla chillar de dolor; no las veía, estaban bajo las densas espumas aromatizadas por las sales minerales en el agua; suponía que las tenía largas y negras, como las garras de un oso excitado, que gemía, subiendo su manzana de Adán a través de su garganta. Jadeando, tratando de recuperar el aire perdido a causa de la impúdica hembra.

Como el agarre –de las inquietantes uñas de Everett– se clavaron más en sus nalgas, Isabel apretó el ritmo de su pelvis.

Hacia adelante y hacia atrás.

Una y otra vez.

Una y otra vez.

Hasta que un ramalazo ocasionado por el aumento del coito, le hizo arquear la espalda por un demoledor orgasmo.

Everett se corrió dentro de ella.

Capítulo 20

Isabel gemía por el ataque despiadado que sufría.

Aunque esa no era la palabra adecuada para lo que sentía la muchacha, gozaba y vaya que lo hacía, Everett estaba sobre ella, clavándose hasta el fondo en su centro, mientras le tenía las muñecas inmovilizadas contra la almohada, firmemente aprisionadas entre sus manos, sacándole audibles jadeos con cada ruda embestida.

Sus piernas abiertas, yacían laxas, sin las fuerzas para abrazar las caderas masculinas, su resistencia para aguantar horas de sexo, hacía mucho que la había superado, quedando debilitada en la cama. Everett era todo vigor, ¡era la resistencia misma, hecha carne y hueso!, su aguante dejaba en entredicho a los que se jactaban de ser unos sementales potentes; estos nada aguantaban en comparación a ese pedazo de hombre que debía consumir muchas vitaminas.

Los gemidos de Everett, que a Isabel se le hacían tan guturales, resonaban en la habitación, siendo un sonido que chocaba en las paredes y se encontraba de bruces con los extenuados de la humana. Su aliento caliente caía directo a su rostro, entremezclado con aroma a tabaco y licor, jadeaba llegado al límite de querer poseerla en todos los sentidos, y no se refería a cómo mujer, sino a que fuese su compañera eterna; que viesen juntos un millón de amaneceres y atardeceres y lo siguiera hasta dónde el destino les señalara.

Apretó los dientes y el ritmo incesante se tornó más apremiante, el calor de su cuerpo le hacía gruñir extasiado, el nirvana se anunciaba con trompetas y fanfarria, los vellos de sus brazos se erizaban, sus garras y colmillos de lobo crecieron, y su glande auguraba una explosión que llenaría a su amada hasta desbordarla.

Soltó las muñecas de Isabel y la abrazó para disfrutar, pegado a ella, del poderoso orgasmo que lo azotó.

Temblaba por el placer recibido, con su rostro pegado al cuello de Isabel, quien minutos antes ya había disfrutado del suyo.

Le acariciaba la espalda, haciendo suaves círculos con las yemas de sus dedos, siendo inconsciente que una criatura peligrosa estaba a punto de perder la cordura. Everett se pedía serenidad, a pesar del grado extremo al que sometió su control; sus colmillos de lobo aún sobresalían de sus encías, sin que Isabel se diera cuenta por haber estado durante el coito con los párpados apretados.

Su errática respiración le preocupaba, permaneciendo inmóvil en un desesperado intento por ralentizar los latidos de su corazón; de no

lograrlo, la lastimaba.

Estando con lobas de la vida alegre, él perdía cuidado de morderlas o arañarlas, en cambio con las humanas tenía que obligarse a terminar antes del disfrute.

Pero con Isabel llegó hasta lo último y le azoraba desbocar sobre ella su verdadera naturaleza.

No, mientras fuese humana…

—¿Estás bien? —Hasta Isabel percibía que pasaba algo malo. Sus manos seguían deslizándose por la ancha espalda del hombre.

Asintió cansado. Su rostro oculto en el cuello de la chica.

—Fue un orgasmo… —Ni tenía palabras para describirlo.

—Demoledor —Isabel completó lo que el otro intentó expresar.

Everett, que comenzaba a recuperar el ritmo normal de su respiración y a dominar su parte bestia, soltó a Isabel y rodó en la cama para quedar bocarriba.

Cerró los ojos y sonrió.

Lo reafirmaba: Isabel se convertiría en su esposa.

El anuncio sería inminente.

—Creo que no podré levantarme de la cama por el resto del día.

Ella rio.

—Hasta que por fin se te acabó la energía, me tenías preocupada; me dije: este hombre me va a partir en dos.

La miró.

—Pues, tú tienes una boquita que me pone a temblar. Esos colmillitos son peligrosos —recordar tenerlos clavados en su pito, le hacía querer tener más energía para reanudar el combate. Pero qué lástima que fuese lo contrario: él ya no valía ni tres centavos.

Isabel se recostó en su pecho, siendo arropada enseguida por Everett. Los latidos del corazón de este eran melodía para sus oídos.

—Te dije que era buena —contestó con socarronería. Ni a sus ex les hizo eso.

—¡Oh, *sí* que eres buena! *Muy*, *muy*, buena…

Ni bien pasaron unos minutos, abrazados en silencio, disfrutando uno del otro, cuando el móvil de Everett repicó en la chaqueta que se hallaba sobre el sillón de cuero negro.

Este gruñó sin ánimos de atenderlo e Isabel se removió sobre su costado, entrando en el sopor que otorga el cansancio poscoital.

—Tengo que recoger mis cosas en donde Camila —de repente dijo, siendo invadida por la inquietud de causar molestias en casa ajena.

—¿Es mucho lo que tienes que recoger? —consultó por si debía recurrir al todoterreno que tenía acumulando polvo en el garaje a causa de su pierna. Cuando estuvo en el dormitorio de Isabel, observó que esta se había llevado casi todo.

—No —respondió con voz queda—. Solo un par de maletas…

El móvil en la chaqueta de Everett, volvió a sonar, y este deseó tenerlo al alcance para arrojarlo contra la pared con todas sus fuerzas. Tonto, él, por no haberlo apagado antes de encerrarse con su dulce Isabel, le fregaban la paciencia.

—¿Y cuándo quieres ir? —El móvil, suene que suene.

—La llamo esta noche. Seguro está ocupada en la academia. —Sintió pesar por haber sido despedida. Extrañaría dar clases a sus pequeñas bailarinas, los consejos que les daba de ser comprensivas con las demás; si se salían del molde acostumbrado a los dictámenes de los críticos más estrictos; de ser perseverantes al bailar, incluso, de sentirse ella misma plena como profesora, aferrada a ese hilo delgado entre enseñar a futuras promesas y danzar después de clases.

Everett percibió su tristeza.

Él ganaba. Pero ella perdía.

—Isabel…

El teléfono *vintage*, repicó.

Everett profirió una increpación por lo bajo.

Justo cuando se animaba en revelarle a Isabel que harían un viaje, lo interrumpían.

¿A ver quién será el bastardo?

Sin levantarse, tomó el auricular de la mesita de noche. Isabel lo seguía abrazando.

—¿Qué? —La amabilidad de lado; quién los manda a cortar la conversación de dos amantes.

—*Para que contestes ese teléfono arcaico, es porque estás follando. ¡Muy bien, Everett!, arrojas por tierra mi teoría de que eres impotente. ¿O solo estás durmiendo? Es lo más probable.*

—¿Qué quieres, Ranko? —Ni se molestó en sacarlo de su error. Que pensara lo que le diera la gana.

—*Advertirte: papá está en las últimas. Debes volver.*

Se sentó junto con Isabel que captó rápido su tensión.

—Creí que estaba estable.

—*Eso fue temporal. Ya no aguanta; vuelve* —la orden fue directa y enseguida colgó, para evitar que el hermano menor protestase.

—¿Qué pasa? —Isabel se cubrió su desnudez con la frazada. Everett acomodó las piernas fuera de la cama, listo para levantarse. Lucía derrotado.

—Papá… —contestó—. Está mal…

Isabel se sentó a su lado y le dio un beso en su abultado hombro.

—Lo siento, Everett. ¿Quiere que te acompañe?

Él la miró.

El momento no era propicio, pero debía hacerlo de todos modos.

Asintió.

—Es en Alaska. Partiríamos esta misma noche.

Isabel se puso en pie como una diosa griega, envuelta en la frazada, y le alisó ese cabello de león con suavidad.

—Si me dices que hay que ir hasta la Antártida, allá te acompañaré. Vamos, tomémonos una ducha juntos, que debo buscar mis cosas donde Camila. ¡No tengo nada de ropa!

Everett apenas sonrió.

Si contaran con tiempo suficiente, le habría comprado todo un guardarropa, pero como las horas apremiaban, irían a casa de esa señora.

Se ducharon juntos, sin mimos ni besos de por medio y con las prisas comandando sus movimientos. Isabel tuvo que ponerse el mismo pantalón a excepción de la camiseta, del que fue sustituida por una camisa de rayas azul con blanco, sacada del armario de Everett.

Se sentó en uno de los sillones colindantes a la chimenea, para calzarse los zapatos de tacón bajo y en cuanto se puso uno, Everett observó las laceraciones y las uñas asquerosas de su pie derecho.

Engarruñó los dedos para que no las viera.

—Sí, son feos, es porque danzo mucho… —se avergonzó, dándose cuenta hasta ese instante en que no había reparado en la posibilidad de que el otro se impresionara de mala manera.

Pero no lo hizo ni se burló de sus *patas de bruja*.

Se acercó; su camisa a medio abotonar, su pelo húmedo y alborotado a los hombros, su sonrisa afable en medio de esa sexy barba.

Le extendió la mano para que le entregara el zapato.

Ella vaciló; sin embargo, la palma hacia arriba, permanecía a la espera.

Se lo entregó.

—Mi bello ángel, jamás te sientas mal por lo que bien haces —expresó a la vez en que hincaba una rodilla en el piso como todo un príncipe encantado—. Tus pies son… —tomó el que ella trataba de esconder detrás del otro y le dio un beso en la parte superior— preciosos, pues permiten que una extraordinaria bailarina nos regale su arte.

Isabel medio sonrió.

—Antes eran bonitos…

—Ahora son hermosos. —Le puso el zapato, como si Isabel fuera la Cenicienta a la que le calzaban su zapatilla de cristal, y luego le dio un casto beso en los labios para que no tuviera la menor duda.

De las tantas veces en que él la espió en aquella academia, observó el maltrato que sufrían los pies a causa de las zapatillas de punta. Quiso hacerle llegar varios pares nuevos, pero de esto nada sabía; lo único era que, si no eran las acordes, el pie sufriría mayor daño. Eso fue lo que le dijo el proveedor en la tienda especializada.

Rodaron por la vía, ambos montados en el Mercedes-Benz, pues Isabel le aseguró a Everett que lo suyo era poco y que no necesitaba sacar ningún otro vehículo del garaje.

Al llegar a la casa de la anciana, está quedó boquiabierta, contemplando al espécimen que Isabel le tomaba la mano. La habían telefoneado para avisarle que irían por las maletas, pues un viaje «no previsto», se había atravesado en sus planes.

—Qué gusto conocerlo, señor Brankovic. He oído hablar *mucho* de usted —Camila comentó, guiñándole el ojo a Isabel que se ruborizaba a más no poder.

—Más bien, es el mío —replicó con total sinceridad—. Gracias por lo que ha hecho por Isabel. Se ha ganado mi aprecio y amistad.

La anciana se arregló su cabello canoso y sonrió encantada de semejante galán. Estuvo a punto de cometer la indiscreción de preguntarle a Isabel por qué mintió al referirse sobre su novio, como un hombre delgado que usa bastón por su cojera, pero se mordió los cachetes internos para no hacerla quedar mal. Era evidente que ese *hombretón* que se hallaba allí, era todo lo contrario.

Lo hizo pasar a la sala y le ofreció que se sentara, mientras ellas iban por las maletas.

Everett alcanzó a escuchar cuando le susurraba a la muchacha: «¡Eso es mucho macho!», del que enseguida él rio por la forma tan particular de expresarse la septuagenaria.

No obstante, estando allí, en la soledad de la sala, en medio de retratos familiares y fotos de una época de esplendor en el ballet de la agradable humana, Everett meditó en lo que Isabel y él enfrentarían al llegar a Alaska.

Allá más de uno objetaría la relación.

Y el temor por perderla se acrecentaba, porque, como lobo, no podía estar lejos de la manada y tampoco de su Isabel.

Capítulo 21

El manto blanco, teñido por pinceladas grises, se extendía bajo el fuselaje del *jet* en el que Everett, Isabel, Kuzman y los guardaespaldas, viajaban.

La llanura de nubes abarcaba toda la periferia de la joven, sentada junto a la ventanilla, admirando la inmensidad que se perdía más allá del horizonte del atardecer. Sonreía por hallar formas algodonosas y se las señalaba a Everett que parecía distraído. Tras recoger sus cosas en casa de Camila y prometerle a esta que a través del Instagram le enviaría fotos y vídeos de Alaska, se marcharon diligentes al aeropuerto. Allí, Isabel almorzó un poco tarde para la hora acostumbrada, pero el hambre no conocía de razones y cuando atacaba, quería que le llenaran la panza.

Le sorprendió cuando sus maletas y la tula donde metió apiñada toda su indumentaria del ballet, fue subido al contenedor de equipaje, Everett le explicó que no estaba seguro cuánto tiempo permanecerían allá y que era prudente contar con algo de ropa extra. Su padre estaba grave y aguardar a que fallezca, podría tomar semanas. Hubo días en que tuvo mejorías y otros –como en el que ahora atravesaban– peores. Estos eran días en la que Isabel comprendía de primera mano la angustia que él estaba padeciendo. Su querida abuela, María Guadalupe, contrajo pulmonía, sin que los médicos pudieran hacer más por ella. El malestar pulmonar se la llevó rápido, en aquel pueblito olvidado por Dios, en México, donde Isabel de ocho años, su hermano y sus padres, fueron a darle el último adiós.

Desde entonces, la joven no volvió a viajar al extranjero, salvo las presentaciones que realizó en una que otra ciudad de los Estados Unidos, junto al Cuerpo de Bailarines de la Academia de Nueva York.

Tenía sentimientos encontrados, puesto que, por un lado, la emocionaba conocer un estado al que en más de una ocasión ansió visitar, pero que por falta de recursos no pudo hacerlo, y, por el otro, la incertidumbre de si los parientes de Everett se molestarían por su presencia.

Ella estaría en medio de una angustia familiar.

Siquiera tuvo el buen tino de cambiarse de ropa en el dormitorio que Camila había dispuesto para ella. Allí, había tomado de su escaso guardarropa, unos pantalones oscuros y una blusa sobria de mangas largas, obsequio de Camila, al igual que un par de sandalias que, por desgracia, le tallaban un poco los dedos, pero que Isabel aceptó por

carecer de unos apropiados para el vuelo.

Ni loca se presentaría ante los Brankovic en chancletas.

Aparte de lo obsequiado por la anciana, le hizo aceptar una maleta repleta de ropa del que a la joven tanto le gustó cuando revisaron el enorme armario en busca de un vestido elegante para la cena. Isabel se había negado apenada, pero Camila, siendo declarada viajera de países exóticos y estados americanos recónditos, insistió en que aceptara o nunca más le volvería hablar.

—Me lo agradecerás —fue lo que le dijo en respuesta a sus protestas.

El tamborileo de los dedos de Everett, apartó su atención puesta sobre el lecho de nubes, que cada vez se tornaba más oscuro, conforme el *jet* cruzaba el firmamento hacia el noreste, y rodó sus ojos hacia Everett, quien tenía el ceño fruncido, quizás por alguna contrariedad o angustia que lo azotaba en su interior y lo contenía para no preocuparla. Los dedos marcaban sobre el apoyabrazos un ritmo nervioso y para nada armónico a los oídos del que los escuchara. Lazar reía por algo que Goran decía en la zona de azafatas, conversando animados en plan de evidente conquista hacia estas, ajenos a lo que debía estar padeciendo el jefe.

Everett miraba al fondo de la aeronave, sin mirar nada, perdido en sus propios pensamientos, quién sabe sobre qué o sobre quién; aunque, la joven suponía lo que pensaba, no era difícil conjeturarlo: su padre agonizaba y él aún lejos para despedirse.

Isabel recostó su cabeza en su hombro y se aferró a su brazo para, de ese modo, brindarle apoyo.

Él dejó de tamborilear los dedos.

Reclinó su sillón e hizo lo mismo con el de Isabel, para que estuviese más cómoda.

—Gracias —expresó ella tras un largo suspiro. Estar así con él, era gratificante. Se había quitado las sandalias que le habían torturado los pies y mantenía reposados sobre el apoyapié.

—¿Quieres ver algo? —Señaló hacia el televisor que reposaba sobre un mueble—. Tengo las últimas que salieron. —La programación almacenaba miles de películas de diversos géneros. Sobre todo, las de acción y terror.

Isabel sacudió la cabeza. Solo quería disfrutar de su calor mientras pudiera. Una vez llegasen a Kenai, estaría absorbido por sus familiares.

—¿Tienes hambre? Pediré que te preparen lo que desees. —En la cocina, había un gran surtido de alimentos que saciaría a toda una manada de lobos hambrientos.

—Estoy bien —lo ingerido en el aeropuerto JFK, aún la tenía satisfecha.

Everett se sumió en sus pensamientos e Isabel cerró los ojos para descansar un rato. Sus ojeras se marcaban a pesar del maquillaje que con tanto esfuerzo se aplicó para simular el cansancio y los magullones en el rostro. Requería horas de sueño para recuperar el desvelo a causa de su encierro y durante el sexo con él en la mansión.

El tamborileo en el apoyabrazos resonó una vez más.

—Deberías dormir un poco. Eso te ayudará a pasar las horas de vuelo —Isabel comentó entre bostezos. El agotamiento comenzaba a dominarla.

—No tengo sueño.

—Mira alguna película, si te place. Por mí pierde cuidado que puedo dormir con la tele encendida.

Él sonrió y le dio un beso en la frente.

—Serás una maravillosa esposa.

Ella alzó la mirada a él.

Ahí estaba de nuevo esa indirecta.

—Señor Brankovic, ¿desea tomar algo? —Una de las dos azafatas –la pelirroja– se acercó con su sonrisa coqueta y sus ojos clavados en el empresario de origen serbio.

—Whisky en las rocas.

Esta asintió y luego su mirada fue de repente atraída por las uñas verdes y las laceraciones en los pies de la pasajera hispana.

Casi jadea.

¡¿Cuánto descuido?! Hasta tenía callos… Como que era de las que gustaba andar descalza a todas horas.

Con una ceja alzada, se preguntó: ¿qué era lo que hacía para tenerlos así de espantosos?

Le esbozó a Isabel una sonrisa desabrida, de la que fue difícil ocultar la impresión que le causó la falta de *pedicure*.

—¿Y la señorita –*patas asquerosas*– qué desea tomar?

—Nada, gracias —respondió, cayéndole mal la condenada. Por lo visto, no sabía disimular. A parte de que, lo más probable, es que fuera una de las chicas con la que *su novio* habría retozado o coqueteado.

Haciendo a un lado los estúpidos celos, volvió a cerrar los ojos, repitiéndose internamente que no debía angustiarse por las mujeres que estuvieron antes con él, pues eran parte de su pasado.

Cinco minutos después, el penetrante perfume de la odiosa azafata, fluctuó cerca y esta permaneció allí para entregar la bebida, más de lo que Isabel toleraría.

Así que, sin evidenciar sus acérrimos celos, ni que el otro la catalogara como insegura, en un acto de *no darse cuenta* de lo que hacía por estar «dormida», dejó caer la mano que reposaba sobre el pecho de su novio, hacia su hombría.

Everett se tensó y el empalagoso perfume se alejó al instante.

¡Buena esa, Isabel!

Que aprendieran las zorras que lo ajeno no se mira.

El hielo en el vaso sonó y el líquido se deslizó por la garganta de Everett, un tanto ruidoso, como si estuviera sediento.

Luego se inclinó hacia su izquierda, tal vez para dejar el vaso en el piso.

Isabel iba a hacer un comentario, del que enseguida se le olvidó de un plumazo, en cuanto la mano de Everett, se posó sobre la suya.

E hizo presión.

Isabel se estremeció por su osadía. En vez de retirarle la mano «lánguida», como todo un caballero, hizo que ella *lo tocara*, apretándole con suavidad los dedos.

Lejos de molestarse, Isabel fingía dormir, quería saber hasta dónde él era capaz de llegar.

La mano de Everett guiaba la suya, que era pequeña y frágil, haciendo leves movimientos en *esa dureza* que debía estar empujando para salir del pantalón. Sus largos dedos hacían que los suyos la aprisionasen con clara señal de querer masturbarse.

Presionaba y presionaba, y la respiración de este aumentaba.

—Sé que estás despierta, deja de martirizarme —le susurró al oído —. Su mano le apretó con más fuerza los dedos.

Isabel medio sonrió y abrió los ojos.

Se desperezó, librando su mano, como si no se hubiera dado cuenta de lo que su novio hacía.

—¿Qué dijiste, amor? —preguntó «soñolienta».

La miró con un «no seas mala» en sus ojos marrones.

Un fingido bostezo fue la respuesta que ella le dio y luego se levantó, pasando por delante de él.

—Iré al tocador, tengo que hacer *pis*… —Descalza, contoneó las caderas hacia la cola de la aeronave.

Bastó darle una furtiva mirada a Everett, por encima del hombro, para que este captara su deseo.

En el acto la siguió.

—A veces pienso que eres un ángel y otras una diabla —expresó, tras encerrarse ambos en el baño, más grande al que había en los aviones comerciales.

Ella sonrió, haciéndose la inocente.

—¿Por qué dices eso, Everett? ¿Hice algo que te molestara?

—Molestarme, no. ¡Excitarme! —Desesperado se bajaba la cremallera de su pantalón. El pene salió disparado, firme hacia la pícara muchacha, acorralada entre él y la puerta del baño.

—Vamos, mastúrbame, quiero que lo hagas —su pedido fue demandante.

Isabel pasó la yema de los dedos con extrema lentitud por debajo de ese enorme falo.

Él gruñó extasiado.

Su respiración se tornó errática.

—Vamos, Isabel…

—Impaciente.

—Contigo, sí. Hazlo.

Otro suave roce.

Lento, de arriba abajo, apreciando a través del tacto, esa poderosa dureza masculina que le arrancaba a ella más de un orgasmo.

Everett arañó la madera a cada lado de Isabel.

—Perversa —le hacía sufrir una calamidad.

—Pero si soy buena… —ronroneó a la vez en que sus yemas bordeaban la pegajosa textura del glande. Isabel no lo masturbaba, sus dedos se deslizaban por su contorno, provocando que a Everett le costase respirar.

—No lo eres —replicó. Su voz matizada por las ganas de sentir esas pequeñas manos dándole placer—. Hazlo. —Si no lo hacía, él mismo lo obtendría a su manera, y ella se arrepentiría.

—¿Hacer qué? —Se hacía la desentendida. Caricias iban y venían por la supurante hombría.

—Mastúrbame. Hazlo. ¡Hazlo!

Ella rio y él perdió la paciencia.

Sin ser violento, la aplastó contra la encimera, dejando que su trasero apuntara hacia él.

Le bajó el pantalón y las bragas hasta las rodillas, antes de que ella protestase.

—¿Sabes lo que le pasa a las que me desobedecen? —gruñó en su oído, mientras humedecía el glande con su saliva—. Sufren un castigo.

Y la penetró.

Isabel emitió un chillido adolorido. Su cara y manos contra el frío granito de la encimera, inmovilizada por el tamaño del hombre.

Trató de aferrarse a lo que fuera para soportar la invasión que sufría su recto, cuyo orificio se agrandaba en la medida en que Everett empujaba con vigor. Apretaba los dientes, jadeaba en busca de aire, se quejaba de dolor, encantándole y enfureciéndose a la vez por la forma en cómo él la tomaba.

Una mano masculina en medio de su espalda la mantenía pegada al granito, mientras que la otra le sujetaba la cadera, casi enterrándole las uñas; las acometidas fueron violentas desde un principio, se desquitaba por no haber sido masturbado con la premura requerida. Isabel procuraba que sus chillidos no fuesen audibles, avergonzada de que los demás se dieran cuenta que el tiro le salió por la culata; su noviecito, lindo y querido, la poseía por atrás como un bruto: le daba

y le daba, y ella soportaba…

Aunque, en el fondo de su ser, tal posesión le hacía desear que se repitiera más de una vez.

*****

Everett sonrió ladino, mientras sorbía de su whisky, en cuanto Isabel retornaba del baño, caminando como vaquero. Se tomó unos minutos para asearse, luego que él acabó en su prieto culito, dejándolo lleno de semen y escurriendo hasta en las piernas.

Adolorida, se acomodó de lado en el asiento y se cruzó de brazos, mirando por la ventanilla, sin dedicarle a él la mínima atención.

—Disfruta el momento, porque esta me la pagas. —Ni del carajo le demostraba que le había gustado. Pero como era orgullosa, quería hacerle pagar la paliza que le dio, que ya pensaba en su venganza.

Everett terminó su bebida, alzó el vaso para que la azafata se lo llevara. Esta atendió diligente, aunque sin la expresión coqueta, puesto que, tanto ella como los guardaespaldas y el chofer, se percataron de lo que estos hicieron en el baño.

—¿Otro más, señor?

—No. Ya estoy *satisfecho* —dijo dándole doble sentido a sus palabras, de la que Isabel entendió muy bien.

No le buscó conversación, disfrutaba verla enojada, pues sabía que ella también había gozado por los gemidos que trató, pero que no pudo contener.

Encendió la televisión y buscó entre la lista interminable de títulos que la pantalla mostraba, por una que lo entretuviera.

Pelotón fue la seleccionada.

Isabel se volvió acomodar; su trasero le dolía.

Él rio.

—Amo verte así.

—¿Así como? —preguntó con acritud.

—Enfurruñada. Te ves sexy.

Isabel estuvo a punto de espetarle: ¿qué tiene de sexy que me duela el culo? La última vez que estuvo así, fue por un atracón que se metió de tacos del que tuvo que ir de urgencia al baño. Al menos, la follada valió la pena, le dejó claro a la azafata antipática que el jefe tenía dueña.

En cambio, respondió:

—Eres combativo, Everett. No te gusta algo, y *¡zaz! —Por el culo*.

Se carcajeó. El personal en la cabina, se volvió hacia ellos, curiosos.

—Soy soldado de primera línea —Everett replicó—. Combato lo que sea.

—Y *combatiste* con tu novia: me quedó doliendo…

Volvió a carcajearse y esta vez más escandaloso.

Kuzman, que se había estado riendo por algo que dijo Lazar, le llamó la atención esa complicidad existente entre el amo y la humana, llegándose a preocupar por el lazo que afianzaba la relación.

Everett hizo que ella se recostara en su pecho y le besó el tope de la cabeza en compensación por el asalto sufrido.

—Pide lo que sea —le dijo—. Te lo daré.

Ella masculló en español.

—Traducción… —rio.

—Vas a tener que esforzarte para tenerme contenta, cavernícola.

Buscó su mirada.

—¿Soy un cavernícola? —Más bien, un hombre lobo—. Pero si soy un chico bueno —retomó lo dicho por Isabel, en su propia defensa.

La otra puso los ojos en blanco.

—Tonto.

—Admite que te gustó.

—No fue así.

—Sí y hasta gemiste.

—Chillé, que es muy diferente.

—Admítelo —le hizo cosquillas en las costillas. Ella rio.

—¡Está bien! *¡Uf!*, qué hombre… Sí, me gustó —esto último lo dijo muy bajito.

La sonrisa del lobo se ensanchó.

—¿Qué dijiste? No te escuché —la había escuchado, solo quería fregarle la paciencia.

—¡Sí me gustó que…! —calló, varios pares de ojos se posaron sobre ella—. Luego te digo. Me debes un orgasmo.

—¿Te lo doy ahora? —preguntó pegado a su oreja y su mano acercándose peligrosamente hacia la vagina—. Porque me encantaría…

Isabel apretó las piernas y negó rápido con la cabeza. Por más que la tentara, se cohibía por todos los que se hallaban dentro de la cabina. Por fortuna, Everett no insistió, pues observaba en ella, el cansancio. Así que, en vez de seducirla para que se dejara masturbar allí, la dejó tranquila.

Pasado treinta minutos, Isabel se quedó dormida, mientras Everett miraba la película. La inquietud por lo que habría de pasar cuando su familia se enterase de la mujer con la que decidió unir su vida, le hacía imposible conciliar el sueño. Estaba preparado para la hecatombe, acostumbrado a los pleitos y las acusaciones, pero no para confesarle a Isabel que fue tomada por una criatura abominable. Esto le quitaba el hambre y el sueño; lo atormentaba, sin tener otra opción que ponerse los pantalones y hacerle frente a lo que tanto sus labios se

han negado en revelar.

La pregunta que ella le formuló varias veces, quedaría en blanco, hasta que fuese inevitable causarle el disgusto.

Las escenas de acción transcurrían en la pantalla y él sin distraerse, los miedos y las incertidumbres pasaban por su cabeza, peor que las diapositivas de una vieja película; la cabina estaba a oscuras, el cielo estrellado guiaba la aeronave, sus hombres dormían en sus respectivos asientos y las azafatas conversaban entre ellas en el área del cafetín. Y él sin descansar su mente.

Suspiró y le dio un beso en los labios a Isabel, acurrucada sobre él, bajo la frazada, de la que Eleonor le alcanzó del compartimento de arriba.

Meditó atribulado:

¿Lo odiaría cuando le dijera?

¿Se apartaría de él con horror?

O lo miraría con asco…

A pesar de sus preocupaciones, le acarició el cabello, tan complacido de tenerla a su lado, que no sabría qué pasaría si la perdía.

*****

Un sacudón arrancó abrupto a Isabel de los brazos de Morfeo y la hizo sobresaltar en el asiento.

Se halló arropada y con el respaldo de su silla en posición recta.

Habían aterrizado.

Debajo de la frazada, Everett había tenido el sigilo de cruzarle el cinturón de seguridad en torno a su cintura, sin despertarla.

Se masajeó el cuello y bostezó. Había amanecido, pasando las horas en un santiamén.

—¿Llegamos? —preguntó adormecida. Su voz salió ronca por las horas de sueño.

Everett sonrió por lo obvio, el vuelo hasta el aeropuerto de Anchorage no hizo escalas y tomó 15 de las 25 horas del que tomaría un avión normal.

—Están reabasteciendo en la *Estación de San Pedro*. Pronto continuaremos por medio día más, hasta llegar a la *Estación de San Pablo*.

Isabel puso cara de «¡Ja, ja! Muy gracioso».

Volvió a bostezar y esta vez se desperezó de una manera, que Everett se le quedó viendo los senos.

—Tú haces que hasta el aterrizaje sea placentero —expresó seductor.

Ella lo observó. Su cabello y ropas se mantenían como cuando subió en Nueva York.

Impecable.

Atontada, hurgó en el bolso –obsequio también de Camila– y sacó un espejito de su estuche de cosméticos, y se miró a ver si tenía alguna impertinente legaña.

Su pelo y apariencia.

Lamentable.

Tras haber sido despedidos por el piloto, el copiloto y las dos azafatas, quienes se alinearon para despedir a los pasajeros y desearles una feliz estadía, cruzaron las puertas de abordaje y se toparon con cuatro sujetos corpulentos, ataviados con chaquetas de cuero.

Como lució Everett cuando Isabel lo conoció tirado en aquella acera…

—Bienvenidos, señor. Es un gusto verlo recuperado. Nos alivia comprobar que *el rumor* fue falso —expresó el más alto de los cuatro y sin molestarse en mirar a la humana, que seguro era el nuevo juguete sexual de este.

Everett medio sonrió, incómodo del recibimiento y caminó hacia la salida, tomado de la mano de Isabel.

Las maletas eran transportadas en un carrito por un muchacho de unos veinte años; los guardaespaldas se mantenían atentos, unos pasos detrás de todos.

Se subieron a uno de los tres Land Rover de color plateado-mate, estacionados en fila india y del que sorprendió a la muchacha, porque parecían vehículos de seguridad que custodian a un ministro o al presidente. Los cuatro sujetos que los recibieron, viajaban en el segundo y, los guardaespaldas y Kuzman, en el que estaba más atrás.

Everett decidió manejar el primero.

En caravana, los todoterrenos se movilizaron a moderada velocidad, rumbo al norte, permitiendo que Isabel apreciase Anchorage a través de la ventanilla.

La ciudad más grande de Alaska se erige a lo largo de un litoral de marea traicionera y a las faldas de una cadena montañosa de picos nevados que dejaba a Isabel con la boca abierta. ¡Una belleza! La calefacción tuvo que ser encendida, puesto que, al salir del aeropuerto, los 2°C le caló en los huesos. Hacía frío, habiéndose arrebujado más en su abrigo. Observaba el tráfico y a la gente caminar hacia sus destinos, dándole a ella la sensación de que la ciudad respiraba un ambiente relajado, nadie tenía prisas por llegar a alguna parte, ni manejaban como locos ni insultaban al auto de adelante por rodar tan lento.

Everett manejaba con un semblante que a Isabel le dio por no hacer ningún comentario fuera de lugar ni hacer chistes que lo hicieran

enojar, lucía estresado, pensativo, mirando fijo a través del parabrisas como si manejase solo. Isabel no se lo reprochaba y tampoco se lamentaba en su fuero interno, al contrario, lo compadecía, debía ser agobiante cruzar el país para acudir hasta su padre moribundo. Lo dejó que meditara lo que tuviera que meditar, siempre atenta al camino por si él se distraía, pero era buen conductor a pesar de mantenerla pegada al respaldo del asiento del copiloto por el exceso de velocidad que, tras dejar atrás los límites de la ciudad, le dio por pisar el acelerador.

Pasaron cerca de cinco horas pegados en el asiento, sosteniendo apenas alguna charla que poco trascendía. Everett la había animado a que durmiese un rato, debido a que el viaje por carretera sería largo, pero ella no quiso, ya había dormido lo suficiente en el *jet*, siendo una buena pasajera que hablaba cuando Everett buscaba conversación y guardaba silencio, cuando él no tenía ganas de hablar.

Pasado el tiempo, el Land Rover y los otros dos, ingresaron a una zona boscosa.

Isabel esbozó una gran sonrisa al observar los altísimos abetos, frondosos y muy verdosos, incluso más a los que en otros bosques llegó a contemplar. El follaje era denso, ¡inmenso!, digno de fotografía.

Al cabo de los minutos, los todoterrenos plateados se detuvieron frente a un amplio portón de rejas negras que bloqueaba el acceso hacia un camino de gravilla, que se extendía de manera serpenteante hasta perderse tras una hilera de abetos.

Aguardaron unos segundos, Everett se comunicaba con el encargado, que enseguida el portón se abrió por sí solo.

Los todoterrenos rodaron enfilados y a Isabel la ansiedad le hizo sacudir el estómago.

Everett la miró para observar su reacción en cuanto viera la casa.

Ella jadeó y él sonrió.

—Vaya… —expresó fascinada de la magnífica cabaña de gigantescos ventanales—. Tu papá tiene una casa muy bonita.

—No es de él, es mía. Yo la construí —respondió henchido de orgullo. Su hogar era el único lugar en todo el planeta en el que tenía paz.

Isabel volvió su rostro hacia Everett, y en su expresión había admiración.

—Tenía entendido que eras empresario.

—También albañil —sonrió—. La casa fue un proyecto que siempre quise hacer.

—Pues, qué proyecto.

—¿Te gusta?

—Es preciosa.

—También es tuya.

Isabel le sonrió, aunque fue una sonrisa que quedó helada en su rostro, porque no supo cómo interpretar su comentario. ¿Bromeaba o hablaba en serio?

No obstante, lo dejó pasar para no hacer meollo en el asunto, y se dedicó en contemplar la cabaña que cada vez crecía ante sus ojos.

Los tres vehículos se detuvieron frente a la fachada principal y las puertas del todoterreno se abrieron al instante.

Everett la ayudó a bajar al tenderle la mano.

Le dijo algo a los hombres en un idioma que Isabel asumía era serbio. Estos asintieron y aguardaron cerca de los vehículos.

Luego Everett la llevó hacia la cabaña, en donde una larguirucha mujer de unos cincuenta años, los aguardaba en la puerta principal. Se hizo a un lado para que estos pasaran.

Pero Everett antes de entrar, alzó en brazos a Isabel.

—¿Qué haces? —rio. La alzaba como un esposo que conduce a su esposa a la casa que compartirían juntos por el resto de sus días, de ahora en adelante.

Él no respondió, sino que la llevó hasta el vestíbulo y allí la depositó sobre sus propios pies.

Quedó sin habla ante la decoración tipo-museo que observaba en la sala y el vestíbulo.

Exhibía una serie de esculturas de diversos tamaños que le daba la impresión fuesen de un período medieval, tal vez por la forma en cómo fueron talladas en temática religiosa, donde destacaban figuras de caballeros con armaduras, santos, doncellas, ángeles… No eran tan espectaculares en cuanto a diseño, pero quitaban el aliento puesto que daban un toque sobrio al decorado tan masculino de la cabaña, armonizando con su entorno boscoso.

Le hizo arquear las cejas una estantería que estaba en la sala, cuyo ancho superaba los dos metros y daba hasta el techo, teniendo varias divisiones repletas de vasijas y jarrones de barro o arcilla con figuritas de estilo autóctono como si hubieran sido pintadas por un niño. Lucían muy antiguas.

Imaginaba el polvillo que se debía acumular en estas y a la señora Mila treparse en la estantería para desempolvarlas.

A ella que ni la mirara en ayudarla.

Al poner el pie en el primer peldaño, causaría un desastre.

—Estás en tu casa —dijo Everett detrás de ella, sin comentarle sobre su colección—. Dispón de lo que necesites. Mi dormitorio está arriba, si deseas dormir o cambiarte de ropa. Yo no tardaré. —Las maletas eran llevadas hasta la habitación por Lazar, Goran y Kuzman.

La sonrisa de Isabel se desvaneció al volverse hacia él.

—¿Adónde vas?

—A ver a mi padre.

—Luego no está acá…

Cabeceó.

—La señora Mila te hará compañía. Si necesitas algo, pídeselo que está a tu servicio.

—Pero… —la calló con un casto beso en los labios.

—No tardo. Descansa.

—Pero…

La mujer cerró la puerta, tras marcharse Everett junto con los hombres que los recibieron en el aeropuerto de Anchorage. Solo los guardaespaldas y Kuzman, permanecían afuera de la cabaña.

Isabel quedó desconcertada en medio del vestíbulo, sintiéndose diminuta en esas paredes de cristal y troncos gruesos que hacían de columnas, y con una aprensión en su corazón que la preocupó.

¿Tan estricta era esa familia que primero él tenía que rendirle cuentas?

Llegar con una extraña, colgada del brazo y del que nadie conocía, seguro que levantaría severas críticas.

Oraba para cuando Everett la presentase, fuese del agrado de todos o por lo menos del padre que agonizaba.

—¿Desea ir al dormitorio del señor? —la mujer preguntó, también dándose cuenta del rostro magullado de la humana; lo tenía levemente inflamado, creyendo esta que era alguna *putilla* temporal del patrón y del que fue golpeada con anterioridad por su *alcahuete,* por un trabajo sexual mal ejecutado o por asuntos de dinero.

Isabel asintió, controlando el impulso de llorar y le medio sonrió a la mujer en agradecimiento.

La siguió, escaleras arriba, hacia la habitación en la que dormía el propietario de esa preciosa cabaña y del que asumía que las noches allí debían ser bastante movidas.

Capítulo 22

Palmadas gratificantes caían sobre la humanidad de Everett.

Líderes, tíos, primos, amigos entrañables, se alegraban de volverlo a ver, abrazándolo con fuerza y expresándole la bienvenida de manera calurosa. Su espalda le ardía de tantas muestras de cariño masculina, que Isabel tendría que aplicarle algún ungüento para calmarle las zonas enrojecidas. Everett daba un tímido «gracias», aquí y allá, y hacía gestos adoloridos cuando las palmas toscas como las del tío Zoran y las del primo Miroslav, le sacaban el aire de los pulmones.

El murmullo jocoso se alzaba entre los presentes, comentando entre ellos, en lo afortunado que fue al sobrevivir a un accidente aéreo; de este tipo de tragedia se salía de dos maneras: en una bolsa negra o sin extremidades. Y el joven Brankovic, había salido ileso.

Si bien, se salvó de sufrir heridas graves que lo dejaran lesionado de por vida, lucía algo desmejorado con algunos kilos de menos. Por fortuna, no mucho, pues lo recuperaría en un chasquido de dedos al cazar. La convalecencia en la Gran Manzana debió haber sido para este, larga y tormentosa, a quien le agradaba vivir entre la flora y la fauna silvestre de los bosques fríos de Alaska que en una selva de concreto en una ciudad superficial como lo era Nueva York.

Maya Darmond, propiedad de Stanislav, lo sorprendió, estampándole un beso en los labios, a lo que de inmediato fue alejada por Jasna, reclamando su posición de la que tenía más derechos al disfrute por ser la favorita de la poderosa familia.

—Oh, Everett, cómo luces de bien. Estás tan apetitoso que ya quiero probarte. ¿Me extrañaste? Porque mi boca extraña tu sabor… —ronroneó en su oído, de modo que los demás no escuchasen a lo que esta se refería con descaro.

Everett se hizo el desentendido y continuó hacia arriba por las escaleras, donde el trayecto hasta el dormitorio de su padre se le hacía lejano por el mar de lobos que lo apretujaban, casi partiéndole las costillas.

—¡Déjenlo subir que no viene victorioso de una guerra! —Ranko gruñó desde el barandal de la planta alta, reprendiendo a los otros de que *el mentecato* fuese recibido como un alfa que ganó una cruenta batalla. Más bien, era un cobarde que no lo confrontó cuando tuvo la oportunidad de conservar su rango.

Los abrazos cesaron, aunque, una que otra palmada resonaba en los hombros del recién llegado.

Everett pasó en medio de la muchedumbre y llegó hasta Ranko, y estando frente a este, se hizo un silencio sepulcral en la casa, puesto que los dos hombres se medían con la mirada.

El mayor superaba en tamaño y músculos al menor, pero no en el afecto que le profesaba la manada. Los puños de este podrían aniquilar sin excepción al que lo confrontase, si Everett había reunido el valor para reclamar el liderazgo, tendría que afilar las garras, porque estaba dispuesto a que corriera la sangre.

—Ya dejen la tontera que cualquiera creerá que es en serio. Hermano, luces como nuevo, esto prueba que el aire citadino te sienta bien —Damir comentó sonriente, y luego rodeó a Everett en un abrazo menos efusivo que el de los demás, pero cargado de confraternidad para que todos se percataran que no existía diferencias entre los hermanos. Había salido rápido de la habitación del patriarca tan pronto escuchó la exclamación molesta de Ranko.

Everett le devolvió el abrazo, con la tensión inherente en sus movimientos. Le incomodaba tener que demostrar afecto al padre del muchacho que estuvo a punto de arrancarle la cabeza por traicionero; sin embargo, correspondió el gesto al elegante hombre de modales refinados y hablar cadencioso, simulando que le agradaba su comentario, pues no sabía hasta qué punto este estaba implicado.

—Sí —contestó con parquedad—, me sentó… —pensó en Isabel— *muy bien*…

Ranko lo escaneó con ojeriza.

—Luces famélico. ¿Acaso la comida de Blanka es espantosa?

—Es la mejor cocinera —replicó y no agregó más, yéndose hacia el dormitorio de su padre. Que Ranko se quedara con las ganas de hacerle enojar, no era ni el momento ni el lugar para caer en provocaciones.

Entró, procurando no hacer ruido. Grubana y Sebrenka –sus madrastras– estaban sentadas en unas sillas cercanas a la cama, velando por el moribundo.

Siendo educado, saludó a las dos morenas con un asentamiento de cabeza, de la que estas le torcieron los ojos e ignoraron en el acto. Había llegado el bastardo con aires de mandamás, quizás para criticar todo lo que el primogénito se esforzó en reorganizar. Debido a la enfermedad de Stanislav, los descendientes de poca casta se habían mezclado con los betas y los deltas, sin el consentimiento de los ancianos, quienes eran las autoridades que representaban de manera temporal al patriarca en su ausencia. Ranko tuvo que ejecutar algunas acciones para mantener a las castas en su lugar.

La grosera actitud de las madrastras, le tuvo sin cuidado a Everett, caminó hacia el otro extremo de la cama donde su padre dormía; le dio un beso en la frente y luego le acomodó las cobijas sobre su pecho,

mientras que las otras lo observaban con acritud, en un claro desprecio que le brotaban hasta por los poros. Everett meditó que, de estar su madre viva, habría estado sentada junto a estas, siendo también ignorada y despreciada por ser la tercera esposa, orando ella a los dioses por la salud del amado.

Sus ojos se adaptaron a la oscuridad, casi desde el instante en que ingresó a la habitación; las gruesas cortinas de los ventanales evitaban que los rayos solares se filtraran y molestaran al que yacía en la cama. Su padre lucía amarillento y bastante demacrado, con un sonido que salía de su garganta por los problemas bronquiales. El doctor Slavco Pavlovic dormitaba en la silla cercana al baño, visiblemente extenuado, quizás, por mantenerse en guardia desde la recaída. Jarras, tazas con residuos de brebajes, medicamentos, se hallaban sobre una mesita que dispusieron para esto. Los muebles del dormitorio principal eran muy costosos, tallados por las manos artesanales de inmigrantes serbios que trabajaban el roble cómo al gran Alfa de Kenai le gustaba; por lo que, estaban a salvo de manchas indeseables producidas por el descuido de los sirvientes, al dejar las jarras de agua y copas de Baccarat sobre el tope.

Hacía algo de frío, la chimenea estaba apagada, pero comprendía por qué no aprovechaban el calor que proporcionaba o que las ventanas estuviesen herméticamente cerradas, negando la entrada a los rayos solares: evitaban que los olores de los leños encendidos o la brisa, le causasen a su padre que se ahogara en la tos; la afección en sus pulmones, le hacía sensible hasta de la mínima ventisca.

Este siempre fue un hombre fuerte, jamás requirió de aparatos de calefacción o gruesos edredones para mantenerse abrigado, dormía escaso de ropa y casi siempre sin compañía en la cama; solo cuando quería retozar con sus mujeres, ya fuese sus esposas o sus amantes, es que las solicitaba.

Solía replicar a las personas que le censuraban el irrespeto a la santidad del matrimonio, en que poseía la autoridad y el dinero para darse el gusto.

Del que su madre sufrió.

Descorrió un poco la cortina para observar el exterior; en unas horas anochecería, la playa Kenai y a lo lejos el Monte Spurr, se alcanzaban a ver desde esa parte de la casa. Los botes surcaban el horizonte marino y el viento proveniente del norte, batía con suavidad los árboles circundantes.

Suspiró.

Volver de nuevo a esa casa después del fallecimiento de su madre, era muy duro. Todo se la recordaba y le hacía querer llorar de rabia. Fue una buena mujer que soportó las humillaciones de las dos malditas que estaban allí sentadas, fingiendo llorar, pero que él sabía

que ansiaban con vestirse rápido de luto. Sebrenka era la madre de Ranko y Grubana, de Damir. Ambas nacidas en Serbia, de padres y abuelos serbios, traídas a América –siendo casi niñas– para contraer nupcias con el legendario alfa, mediante un acuerdo matrimonial que benefició a ambas partes.

Por eso, cuando Stanislav se unió a Winona Rogers, causó escándalo, como si hubiera tomado a una humana por esposa.

Y cuando conozcan a Isabel, caerán patas arriba, pensó Everett con sarcasmo. Su precioso ángel sería objeto de señalamiento y hasta que no la aceptasen como él pretendía, la tendría recluida en su propia casa.

Su madre fue hija de lobos y de noble cuna, pero esto no la salvo de las severas miradas de los Brankovic, sobre todo, de las esposas de estos quienes le hicieron comentarios vejatorios a espaldas del cónyuge y del que ella obligaba a Everett a mantenerse a raya para evitar mayores males. A pesar de que Stanislav era la máxima autoridad en la manada, repudiaban a la americana de cabellos rubios y ojos azules, creyéndola una intrusa que manchaba los genes que se mantuvieron por décadas puros en esos territorios de glaciares y tupidos bosques boreales, con su vástago que, para disgusto de ellas, era el vivo retrato del abuelo.

La insistencia en mantener inalterable el linaje de los Balcanes, hacían que tomaran medidas que rayaban en lo incestuoso: los primos se casaban con las primas, un tío lejano con una sobrina, el padrastro con su hijastra… Se supo de un caso en el que a dos medio hermanos los casaron entre ellos a falta de pareja.

Y ni mencionar a los que tenían atracción hacia el mismo sexo.

Los desterraban.

La sangre eslava se mantenía genéticamente pura, más por cuestiones xenófobas y homofóbicas que por ideologías de la manada. El abuelo Dragan, expulsado de Serbia por rebeldía, cruzó el Estrecho de Bering, junto a sus esposas y sus ocho hijos, y rehízo su vida en el punto más cercano a Rusia. La fe ortodoxa se profesaba, la cultura rusa era lo más parecido al amado país. Los parques nacionales como el Valle Kovuk, Puertas del Ártico, Denali, Katmai…, daban sentido a su estadía. ¡Territorios de caza!, de libre carrera en cuatro patas.

Junto a sus hijos, a Dragan le fue fácil vencer los clanes menores y convertirlos en un solo, absorbiendo paulatino hasta a los más grandes; su fuerza los dominó y amoldó a su servicio. Era el Alfa Mayor que comandaba la nación estadounidense en tiempos de revoluciones, y se mantuvo así hasta que envejeció.

Por años, fue amo y señor de sus dominios. Pero con Stanislav, el Clan de los Brankovic perdió poderío por la incapacidad de este en ejercer el mando más allá de las fronteras de Alaska.

Lo que conquistaron, de nuevo se fragmentó.

Ahora el nieto pretendía retomar aquel legado, así tuviese que masacrar pueblos enteros para conseguirlo.

Ranko.

—¡Oh, señor Everett! Discúlpeme, no me di cuenta que usted estaba ahí, debí quedarme dormido —expresó el doctor apenado, a la vez en que se ponía en pie, arreglándose su cabello despeinado y masajeándose la cara para espantarse el sueño.

—Descuide, doctor Pavlovic, puede volver a sentarse, mi padre aún duerme. Por cierto, ¿cómo sigue él?

El hombre –siendo el único humano– echó una mirada furtiva hacia las dos hoscas mujeres y luego carraspeó para aclararse la voz. Le urgía tomar café.

—Al señor Brankovic le cuesta cada vez respirar, pero lo tengo sedado para hacerle su agonía menos dolorosa.

—¿Y los respiradores?

—La medicina es ineficaz para el organismo de un metamorfo. Usted bien que lo sabe, cuando le advertí *lo de su* «accidente». Hago lo que puedo por ayudarle, aunque pronto despertará…, nada le hace…

—Pero yo me recuperé.

Del que le faltaba por mejorar, consideró el galeno. Apenas se había recuperado en un 70%.

—Porque usted es joven y no por la medicina —replicó sin serle del todo sincero—. ¿Se dio cuenta con lo de la pierna? Se tomaba mil pastillas y el dolor seguía, ¿o no es así? —El otro asintió, bastante que padeció—. Es lo mismo con el señor Brankovic —agregó—: Por su avanzada edad, ya no se regenera. Sus años de tabaquismo le perjudicaron el sistema respiratorio y le produjo cáncer; sus pulmones funcionan a medias, no irrigan el suficiente oxígeno al cerebro para mantenerlo lúcido, presenta pérdida de memoria y extremo debilitamiento... Caminar, supone un gran esfuerzo.

Everett se sobó las sienes, producto de la migraña que comenzaba a molestar.

—¿Y para cuándo, él…?

—Uno o dos días, cuanto mucho.

El joven lobo alzó la mirada, compungido. ¿Uno o dos días?

Sería una muerte larga.

Permitió que el doctor Pavlovic se sentara de nuevo en la silla y él salió de la habitación para tomar un poco de aire y así no estar cerca de esas arpías; sin embargo, Damir y Ranko conversaban en voz baja, en el mismo lugar en donde los había dejado, cuando estuvo a punto de volarle los dientes al otro por la forma en cómo lo desafiaba con la mirada. Si discutían o conversaban en plan amistoso, lo hacían sin expresar gestos y susurraban de manera que los demás no los

escuchasen.

Jasna le guiñó el ojo, pero él no estaba de humor para seducciones de damas de compañía, por lo que la esquivó, al encaminarse hacia el ala oeste de la casa. En esa zona, se hallaban las habitaciones de las esposas; abrió la puerta de la que fue de su madre y se sorprendió que nada de lo que le perteneció a ella, estaba allí.

Ni un cojín.

Todo fue cambiado.

Cama, cómoda, sillones, alfombras…

Conmovido por el rápido olvido de los residentes de la casa, Everett entró y se soltó en llanto, tras sentarse a los pies de la cama.

Fue su culpa, debió protegerla.

Ahora yacía en el cementerio, bajo una lápida que nadie visitaba, ni siquiera él que en medio de la depresión se marchó a Nueva York para…

¿Para qué?

Esa parte de su memoria seguía en la penumbra.

Ahogó una increpación y se limpió con rudeza las lágrimas, renuente en recordar ese fatídico día, y se juró que cumpliría con su palabra.

«No volverás a matar».

—No lo haré, mamá.

—¿Por qué te escondes aquí, estás huyendo de mí? —Jasna entró sin pedir permiso y cerró la puerta detrás de ella. Lucía un vestido de diminutos lunares, muy ajustado, en el que mostraba buena parte de su busto. Contoneó las caderas y echó un vistazo a la fea decoración de la habitación en la que Sebrenka desplegó su mal gusto. Se la había apoderado, mientras los restos mortales de la otra aún seguían tibios en el sepulcro.

Era la habitación más grande, después de la que poseía Stanislav.

—Quiero estar solo, ¿podrías? —respondió sin levantar la mirada. Sus antebrazos reposaban sobre sus rodillas y su cabeza se inclinaba hacia adelante en posición alicaído.

La loba hizo caso omiso del mandato del renuente alfa-junior, y se plantó delante de él, para que este apreciase sus largas piernas de *Femme fatale*.

Sus dedos bajo el mentón del hombre, para levantar su mirada.

—¿Deseas consuelo?

—No.

—¿Y una mamada? —Se relamió como si quisiera probar esa leche que tanto la «alimentó».

—No.

Se sentó a su lado, y en un amague de cruzarse de piernas, subió el vestido más de la cuenta para dejar visible sus torneados muslos.

—En cuanto muera Stanislav, todas sus posesiones pasarán al que lo sustituya.

—Vaya, ya lo quieren ver bajo tierra…

Esta sonrió.

—Discúlpame, cariño, por ser tan directa. Pero, ¿has considerado que tus posesiones serán trasferidas a Ranko?

Él la miró con visible tensión.

—Prefiero echarle fuego a mi casa, que permitir que ese maldito se la apropie —escupió enojado. El terreno en que la construyó, tenía todos los permisos pertinentes del patriarca. Era suya por derecho financiero.

—¿Y tu mascota?

Los ojos de Everett se ennegrecieron.

—Que ni la mire… —Porque lo mataba.

La rabia que demostró este, satisfizo a Jasna, quien tuvo que contener las ganas de sonreír. Everett se había recuperado bastante, gracias a su seducción, pero aún le faltaba completar el cambio. A ella no le importaba la humana, que la raptaran o la violaran las veces que los lobos quisieran, a Jasna solo le interesaba que su galán perdiese los estribos y volviese a ser ese macho dominante que tanto le gustaba.

Y para cuando lo hiciera, ella sería de su propiedad.

Y la humana, de esta se las arreglaría para desaparecerla.

Capítulo 23

Isabel tenía la sensación de estar en una jaula de cristal.

Paredes transparentes que dejaban ver la inmensidad de un bosque de ensueño, que en la medida en que el crepúsculo vespertino lo acobijaba, se tornaba tenebroso. Tanto la habitación como el resto de la cabaña, no contaba con luz eléctrica, apenas iluminada con lámparas de keroseno, colgadas en ciertos puntos para iluminar las estancias. La habitación se hallaba en penumbras, porque así Isabel lo quiso, le daba la impresión que la observaban desde esos abetos tragados por la oscuridad y la neblina. En algunas paredes cristalinas el vidrio estaba empañado por las bajas temperaturas y en otros el paisaje nocturno la atemorizaba.

No era mujer de dejar volar la imaginación, influenciada por los mitos que escuchaba de niña o las películas de zombies que en ocasiones se imponía ver como reto a sí misma por masoquista. Sin embargo, parada frente a los ventanales, su corazón no dejaba de palpitar. Los aullidos de lobos que barrían la noche, le provocaban inquietud. A ratos los escuchaba cerca o luego muy lejos, como si otro grupo se comunicase a la distancia.

La señora Mila le había comentado, mientras cenaba, que era normal que dichos lobos merodeasen por las inmediaciones de la cabaña, pero que perdiera cuidado, pues no acostumbraban a invadir los hogares en busca de comida; eran esquivos, respetuosos del dominio humano y si aullaban de esa manera, era por ser sociables entre los suyos.

Aun así, a Isabel le causaba desasociego, recordando la vez en que escuchó al perro de su vecino, aullar toda la noche como si estuviera en presencia de un fantasma. No la dejó dormir y dudaba que esos pulgosos, allá afuera, se callasen en las próximas horas. De Kuzman y los dos guardaespaldas, no los volvió a ver, tras Everett haberse marchado con los demás en la caravana, hacia la casa de su padre. Los tres hombres debían estar vigilantes, previniendo que alguno de esos animales se aventurase en acercarse. Mila le aseguró que nunca se han tenido noticias de que algo así sucediera, pero Isabel desconfiaba, ya que estos estaban acostumbrados a la cacería.

Elevó la vista por un extremo del ventanal a su derecha, la aurora boreal serpenteaba el cielo nocturno, con su tonalidad turquesa que, de no ser por su preocupación, la disfrutaría con una gran sonrisa en el rostro. Las auroras no eran habituales por las ciudades al sur del

país, sino en las árticas como Alaska.

Suspiró y al instante repasó su entorno; a pesar de que prácticamente estaba enceguecida por la falta de luz, era consciente del lugar en donde se hallaba. La habitación tenía unas dimensiones aceptables, de escaso mobiliario, rustica como la misma cabaña y pensada para la comodidad de un hombre solitario que odiaba los espacios cerrados. Los amplios ventanales eran prueba de ello, se alzaban hasta el techo, abarcando toda la extensión de las cuatro paredes.

Y sin cortinas…

A parte del ama de llaves, allí nada le indicaba a Isabel el paso de una mujer: ni una prenda femenina, ni un labial o perfume olvidado, ni un portarretrato… A excepción de una vieja foto de una hermosa rubia que sostenía a un precioso niño de ojos marrones, que observó apenas cruzó la puerta de la habitación y del que enseguida reparó en un Everett de unos cinco años. Reposaba en la mesita de noche del extremo izquierdo de la cama, junto a la lámpara de keroseno. La mujer sonreía a la cámara, mientras que el niño sacaba la lengua en un gesto juguetón que a Isabel se le hizo muy dulce.

Las horas corrieron, estando ahí, encerrada, acomodando la ropa en el armario, incluso, la del ballet para evitar que se maltratara por mucho tiempo. Era muy organizada y mantener sus cosas apiñadas en una maleta por varios días, le crispaba los nervios.

Así que se dedicó a eso, sin dejar que la señora Mila la ayudase; cada blusa, pantalón, malla o leotardo, colgaba de un gancho. La ropa que Camila le obsequió le hizo agrandar los ojos y gruñir una que otra increpación por lo bajo. ¿Qué pensaba esa anciana loca que iba hacer en Alaska? ¿Solo follar? Una colección de *babydolls*, batas transparentes, ligueros y cuanta lencería escandalosa, le pudo meter en la maleta, como si ella se hubiera ido de luna de miel y no por un asunto penoso.

Un leve toque en la puerta, alertó a la joven de la presencia de una persona.

Caminó a tientas y abrió, encontrándose con el rostro bonachón de la mujer.

—¿Señorita Isabel, necesita algo antes de retirarme a descansar? —preguntó solícita.

—No, gracias. Puede irse.

La señora Mila se percató en la oscuridad del dormitorio.

—¿Le enciendo la chimenea? Hace un poco de frío…

—No. Este… —le causaba aprensión que el fuego iluminase el interior y *esos ojos* que, por ahí estuviesen, la observasen con facilidad —. Estoy bien así, no tengo tanto frío.

—¿Y la lámpara?, ¿tiene problemas para encenderla? Puedo traerle

otra.

—Es solo que iré a la cama temprano —sonrió—. Estoy agotada, por eso la tengo apagada.

La otra asintió.

—Entonces, le deseo feliz noche.

—Igualmente.

Cerró la puerta y volvió a sumergirse entre las sombras.

El portátil lo había dejado sobre la cama, quedando con las ganas de conectarlo; las redes sociales aguardarían para cuando retornase a…

¿La mansión?

Sintió mariposas en el estómago.

Los aullidos aumentaron.

—Putos lobos. —Ni modo de lanzarles un zapato para espantarlos, podría enfurecerlos.

A tientas tomó la cajita de fósforos y levantó la cubierta de vidrio para encender la mecha, procurando no quemarse los dedos. Dejó la lámpara allí y se dirigió al armario, extrayendo de una de las gavetas que habían estado libres, una de sus pijamas de pantalón y camiseta, ya que los *babydolls* eran inapropiados para ese lugar.

Luego volvió por la lámpara y junto con el pijama, entró a una pequeña habitación que improvisaba un baño.

Improvisaba…

Porque le faltaba lo esencial.

¡El baño!

Inodoro, lavabo, regadera…

Solo una antigua tina sin conexión a tubería de agua, era donde el propietario de la cabaña se lavaba el culo. El lavamanos era una vasija ancha de porcelana, muy bonita y también muy antigua, enclavada en un mueble de madera, del que cualquier anticuario exhibiría con orgullo en sus vidrieras.

Pero lo peor era la bacinilla.

Exclusivamente para hacer *pis*.

¡Nada más!

Y, ¿para lo otro?

A cagar al monte.

—No me jodan… —Menos mal que no tenía ganas. De no ser por los modernos ventanales de la cabaña, Isabel juraría que había traspasado alguna puerta al pasado y caído al siglo 19. Casi todo era rudimentario.

Dejó la lámpara en el piso de madera y procedió a cambiarse de ropa en la privacidad de ese espacio que, por fortuna, tenía ventanillas altas o le hubiera tocado que vestirse a oscuras. No podía lavarse ni cepillarse los dientes, carecía de agua para hacerlo, por lo que se

limitó a ponerse el pijama. Le apenaba molestar a la señora Mila para que le trajera una cubeta de agua o ir ella a buscarlo a la cocina; aún le cohibía merodear por la cabaña. El chofer y los dos guardaespaldas brillaban por su ausencia, pero eso no indicaba que las hubiesen dejado allí, solas.

Como le había dicho a la mujer, se iría temprano a dormir, estaba cansada por el viaje y esos condenados lobos le erizaban la piel.

Solo esperaba que Everett llegase pronto y le diese noticias.

Capítulo 24

El vino humedeció los labios de Everett.

En cierto modo aplacaba la ansiedad que le producía haber dejado sola a Isabel. Pasaban de las tres de la mañana y aún permanecía en la casa a que ocurriese lo inevitable. Su padre había recuperado la conciencia en cinco ocasiones y en todas ellas, tuvo ataques asmáticos que le amorataba el rostro. El doctor Pavlovic le ponía inhalador que de nada servía para disminuir las asfixias y los sedantes lo mantenían cada vez menos tiempo dormido.

La vigilancia en la casa había aumentado; los amigos más cercanos y los de la misma sangre, permanecían postrados en la sala o en la cocina, intercambiando opiniones al respecto y de lo que después sucedería en cuanto al alfa-padre se le hicieran las honras fúnebres. Las dos futuras viudas seguían inamovibles en la habitación principal, fingiendo rezar al ancestro que originó la especie lobuna, mientras se enjugaban sus lágrimas de cocodrilo con sus pañuelos de algodón egipcio y ribeteados con hilos de seda. Damir se había ausentado por un par de horas y retornó con Jevrem, quien se mantuvo alejado de allí por órdenes expresas de este, pero que luego consideró que su hijo debía estar presente para cuando el abuelo muriese. A Everett nadie le tenía que cotillear que su hermano estaba al corriente del encontronazo que tuvo él con Jevrem en Nueva York, siendo este dominado en un principio por la frustración, pues casi le arrancan la cabeza a su hijo por culpa de una humana. Lo vio en su expresión que trató de simular frente a los demás, en su acostumbrada actitud de conciliador. Damir era el diplomático de la familia, pero también el más falso. Todo lo hacía a su conveniencia y manipulaba peor que *las dos brujas* en el dormitorio de su padre.

Mientras tanto, Miroslav observaba la actitud de Ranko, quien era el único entre todos los presentes que lucía como si hubiera consumido una jarra de café.

Su primo estaba hiperactivo, hablaba sin parar de todo lo que pensaba hacer para extender de nuevo los territorios hasta la Patagonia. Esto causó incomodidad en algunos y molestia en otros que no concordaban con las ideas de conquista medieval, sobre todo, en Damir, al que le preocupaba los negocios que perdería en Suramérica,

si a Ranko le daba por tocarle las pelotas al Alfa Supremo y a los clanes de aquellas latitudes. Según Damir, era un idiota que no entraba en razones: se conseguía más en el intercambio de especies y mujeres, que arrebatándolo a la fuerza. Estos clanes, ubicados desde Colombia hasta Argentina, eran recelosos con los lobos de otras manadas. A pesar de que su constitución corporal era de menor tamaño con respecto a los del norte; eran muy agresivos y numerosos, causando cruentos enfrentamientos a la menor provocación.

Pero, provocar la ira del Alfa Supremo, era una insensatez, puesto que este regía el continente americano desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, y era representado por Alfas Mayores, del que cada uno de estos comandaba una nación. Así que, si Ranko quería poder, tendría primero que doblegar a Abraham Crowell, líder de los Estados Unidos. Y de ahí en adelante arrasar con los demás Alfas Mayores, hasta declarar su supremacía.

Lo que le tomaría varios años y miles de muertes, principalmente de los Brankovic.

Por eso, cuando Miroslav escuchaba los planes de Ranko, lo aplaudía en su fuero interno, a pesar de que, para Damir, eran descabellados; a este lo invadía el agobio, porque nadie hacía nada por detenerlo. Ranko era el más fuerte de todos los metamorfo y, *el que pudo pararle el trote*, se «cayó» de un edificio.

Tal caída le causaba a Miroslav suspicacia, por esos días a Everett lo había atacado la locura.

Por otro lado, Jevrem bostezaba y movía la cabeza a los lados para aligerar tensiones; no tenía sueño, la ansiedad por limar asperezas con su tío, le hacía discutir con su padre cada vez que tenían un instante a solas. El joven quería disculparse por su impulsividad para tomar decisiones, fue un desatino y una irresponsabilidad de su parte; lo reconocía, aunque en el fondo, tuviera la razón; sin embargo, enemistarse con el que podría salvar a la manada de futuras guerras, no era sensato.

Así que, movido por el deseo de la reconciliación, se acercó a su tío Everett que bebía en la terraza, mirando hacia la playa donde diminutos puntos de luz indicaban las embarcaciones que navegaban sus aguas.

—Largo.

—Tío… —Se había percatado de su presencia, siquiera antes de que él le pidiese perdón.

—Lárgate o te vuelo los dientes de un puñetazo.

—Entonces, hazlo, porque me lo merezco.

El puño voló y Jevrem cayó de espaldas. Su nariz y boca,

sangraban.

Ni tuvo tiempo para recuperarse del golpe, cuando Everett lo agarró del cuello para estrangularlo. La copa de vino, que tomaba este, se había quebrado en el piso.

Anna Morris se dio cuenta al momento del puñetazo y corrió con rapidez a buscar al señor Damir, pero este que casi choca con la bonita morenita del servicio, la hizo a un lado con algo de rudeza para salvar al testarudo de su hijo de la agresión del tío.

—¡Intenta explicarte por qué lo hizo! ¡¡Escúchalo!! —Trataba por todos los medios de liberar al muchacho de sus garras, mientras que Anna se llevaba una mano a la boca, temiendo por Jevrem, de quien traía ella un enamoramiento secreto y del que no era correspondida.

Los colmillos del lobo se mostraron amenazantes, tanto para el padre como para el hijo.

—¡Everett! —El líder de la Tribu Yakaramath, le había gritado para que recobrara la compostura. Los gruñidos de este y los gritos de Damir, alertaron al resto de los que se hallaban en la casa, incluso a Radojka, la madre de Jevrem, quien estuvo dando órdenes a las sirvientas en la cocina para que preparasen más aperitivos para los visitantes—. Guarda respeto por *el que agoniza* arriba. Las rencillas déjenlas para después.

Este soltó al muchacho y se abotonó la chaqueta sastre y acomodó los puños de sus mangas con movimientos toscos. Luego, sin emitir gruñidos, se marchó a la planta baja a buscar otra copa de vino y así ahogar la rabia.

¿Qué coños tendría que hablar con él?, cuando su intención fue clara desde un principio.

Asesinar a Isabel.

Pero antes de verter el líquido en la copa que había tomado del minibar, el doctor Pavlovic se asomó por el barandal para solicitar la presencia de los hijos del patriarca.

Ranko, Damir y Everett, subieron enseguida, el anciano estaba por dar su última exhalación. Jevrem y los demás miembros de la familia, se aglomeraron en el umbral de la puerta, quienes impidieron que el médico humano, los dejasen fuera.

Stanislav vio ingresar a sus tres hijos.

Con extrema debilidad, alzó la mano para pedir que se acercaran, quería tocarles y darles la bendición antes de reencontrarse con su adorada Winona, a quien amó y del que se arrepintió muchas veces por no haberle otorgado la importancia que se merecía.

—Ranko… —pidió hablar primero con el mayor, al que este se sentó enseguida a su lado. Su expresión fría como témpano de hielo—. En ti ha caído la responsabilidad de cuidar de la manada —expresó en un arranque de lucidez—. Sé sabio y prudente en tus decisiones,

entabla nexos que fortalezcan los clanes vecinos, y jamás olvides tus raíces. Como sucesor, todo lo que es mío, ahora es tuyo: mis casas, mis tierras, mis mujeres… Cuida de tu madre y de tu madrastra, escucha consejo de los sabios y respeta los acuerdos que se entablaron desde hace años.

Entonces, como si no diera crédito a lo que sus ojos le mostraban por encima de su primogénito, Stanislav, agregó los siguiente:

—Si el alfa *que estuvo destinado*, se levanta ante ti, tendrás que bajar la cabeza.

—¡Eso jamás! —protestó, poniéndose en pie y mostrándole los colmillos a Everett.

El más joven de los hijos, se envaró.

—Damir… —Stanislav llamó al segundo de sus hijos, aplacando con su pedido a que Ranko formase una pataleta.

—Aquí estoy, padre —el aludido ocupó el lugar que había quedado libre por la inquina de su hermano.

—Hazte de otra esposa —le soltó sin más—. La primera no volvió a parir y la segunda es una fábrica de hembras. Que sea serbia y descendiente de lobas fértiles. —Ni las mujeres de Ranko le dieron la docena de varones que él quiso. Cada una le dio dos hijas.

Este asintió, acatando el mandato. Su padre en más de una ocasión se quejó de que los descendientes de Dragan tenían una maldición: las procreaciones eran reducidas.

Le dio un beso en el dorso de la mano envejecida y conteniendo las lágrimas, se levantó para darle paso a Everett.

Los ojos del patriarca se iluminaron al verlo.

—Hijo mío, mi corazón se llena de gozo al verte. Qué pena que sea en estas condiciones que aprecie tu mejoría, pero me da esperanzas, puesto que harás lo correcto *a lo que fuiste señalado*.

—Papá…

—*¡Shittt…!* Déjame hablar, que tengo los segundos contados —dijo como si tuviera un peso sobre su pecho que le impedía respirar—. Te dejo con tu gente que te quiere y te sigue a dónde les indiquen. El camino que tomarás de aquí en adelante, será escabroso; ten coraje de enfrentarlo con todo lo que implique: llevarse por delante hasta los de tu misma sangre. Tu arrojo, tu buen corazón y valentía, harán de ti lo que el *inuktitut* Nukarta predijo el día de tu nacimiento. Gran Señor de señores.

—¡PARA ESO TENDRÁ QUE MEDIRSE CONMIGO! —Ranko estalló furioso. Los desvaríos de su padre moribundo, ponían en tela de juicio su liderazgo como alfa. Sebrenka, la madre de este, le pidió en silencio que se calmara; ya tendría ocasión para alzar la voz, ahora no era conveniente, muchos atestiguaban el irrespeto por el que estaba por partir al más allá.

Everett lo atravesó con la mirada, pero no dijo nada, en cambio, miró entristecido a su padre; sus ojos se llenaron de lágrimas y deslizaron por sus mejillas, siendo esta debilidad masculina criticada por los machos de la manada. Aun así, las dejó correr, su padre moría y Everett pasó tanto tiempo alejado por estar enojado con él y consigo mismo que, al verlo ahí, a punto de fallecer, le partía el corazón.

Sin poder expresarle que lo extrañaría y que lo amaba, se posó sobre este, en un sentido abrazo, del que el primo Miroslav se secó con disimulo las lágrimas.

—No llores, hijo mío, que los hombres lobo no lloran —Stanislav le expresó apenas en un susurro, ni tenía fuerzas para acariciarle la espalda—. Levanta el rostro y regálame una sonrisa, que es lo que llevaré cuando esté frente a tu madre. ¿Qué le digo al verla? —Sebrenka y Grubana hicieron un mohín por el desagrado que esto les causaba; aún muerta esa desgraciada, el patriarca la pensaba.

—Dile que mantengo mi palabra y que la quiero mucho.

Stanislav quiso preguntarle a qué se refería con mantener la palabra, pero la vida se le escapaba, que solo pudo reunir fuerzas para expresarle:

—Le diré…

Y su último aliento escapó de sus labios.

*****

Isabel se sentó en la cama por los aullidos desgarradores que, para su sosiego, se escuchaban muy cerca. Lo peor, es que aumentaron en número. Un lobo aullaba y luego el sonido lamentoso se repetía varias veces hasta que se hacía inaudible en la lejanía, como si fuera un estruendo que rompía el silencio de la noche y creaba ondas que barrían todo lo que se encontrara a su paso.

Temió encender la lámpara de keroseno, segura de que los lobos se habían aventurado a merodear dentro de los límites de la cabaña; se le hacía que uno estaba por la parte frontal y otro por el costado izquierdo, gimoteando y aullando como si hubieran perdido a sus crías.

Descorrió las tres cobijas que había sacado de la parte superior del armario y del que, a regañadientes, tuvo que llenarse de valor para encender de nuevo la lámpara y así buscar algo que le diera calor. Dos pares de medias y un suéter, se había ataviado por el terrible frío que hacía en el dormitorio. Extrañaba a Everett y le preocupaba que no tuviera noticias de él, ¿qué habría pasado? ¿Cómo seguiría el padre? ¿Habrá mejorado o fallecido? De momento, sus preguntas quedarían sin respuesta, la cabaña carecía de línea telefónica, el viejo móvil obsequiado por Camila y recuperado por un «amigo» de Everett, cuando se lo confiscó la policía, lo tenía descargado, y los condenados

guardaespaldas nada que aparecían.

Comenzaba a sospechar que la señora Mila y ella estaban solas.

Se calzó con las chancletas, pero no se animó en asomarse por los ventanales, le daría un soponcio si se topaba con los ojos de alguno de esos lobos.

Sin embargo, la urgencia por saber de Everett, la impulsó a salir de la habitación y buscar al ama de llaves, a ver si tenía un móvil que le facilitara o si sabía el modo de comunicarse con el poblado, puesto que los tres pendejos se desentendieron de ellas.

Bajó las escaleras, previniendo rodar por los escalones o tropezar con alguna escultura del que después Everett se disgustaría por no fijarse Isabel por dónde caminaba. La penumbra poco a poco *clareaba*, causando que sus dilatadas pupilas se adaptaran mejor a la ausencia de luz.

—¡Carajo! —exclamó cuando vislumbró la silueta de la larguirucha mujer, observando hacia afuera a través del ventanal de la sala.

Esta la miró por sobre su hombro y le hizo una señal de que guardara silencio, luego le abanicó la mano para que se acercara, pero sin hacer ruido.

Isabel así lo hizo.

Y su corazón sufrió un vuelco, en cuanto posó los ojos sobre el cristal del ventanal.

—Dios mío… —Medio centenar de lobos se aglomeraban frente a la fachada de la cabaña, lanzando sus cantos tristes a la noche oscura—. ¿Qué sucede?

—El alfa murió —la mujer respondió con cierta nota de tristeza en su voz. Estaba igual de empijamada, con una bata cruzada y su cabello alborotado.

—¿Cómo lo sabe?, ¿te lo dijo alguien?

—Es lo que suele suceder…

Isabel arqueó una ceja, la señora Mila lucía afectada.

Echó un vistazo por los rededores externos, a ver si alcanzaba a vislumbrar al chofer y a los dos guardaespaldas, pero ninguno daba señales de vida.

—Señora Mila, ¿ha visto a Kuzman y los otros? —Comenzaba a preocuparse de que hayan sido devorados por los lobos.

—Están por el perímetro. No se angustie.

—Pero es que no he sabido nada de ellos, desde que llegamos. ¿Y si están heridos? Son tantos lobos.

Ella rio por lo bajo y esto le causó molestia a la muchacha, pues la mujer desestimaba la ferocidad de esos animales.

—Le aseguro que están bien —contestó sin dejar de mirar hacia el exterior—. Conocen el terreno y saben cómo moverse entre los lobos. Así que descuide, que cuando se dé cuenta, estarán sentados en la

mesa, esperando por el desayuno. Son muy tragones.

Como los lobos, quiso escupir, pero se contuvo.

Entonces, el lamento de los cuadrúpedos, cambió a uno más enérgico, sacudiendo sus lomos y mostrando sus colmillos, con la cabeza y la cola baja.

—Están gruñendo. ¡*Ay*, Dios!, se va a formar la grande… —Y los putos hombres perdidos en el mapa. *¡Ah!*, como que les den por aparecer a la hora del desayuno, los sacaría a escobazos de la cabaña por sinvergüenzas.

La mujer sacudió la cabeza.

—No lo hacen: dan los respetos al nuevo alfa.

—¿Y cuál es? —Isabel estiraba el cuello para hallar cuál podría ser de entre todos esos inquietantes lobos que lucían como bultos con patas. Por lo general, siempre era el más grande y fuerte.

La otra no contestó. Solo se limitó a mirarla extrañada.

—¿No sabe?

—¿Qué? —A pesar de la ausencia de luna, Isabel observaba que el ama de llaves esbozaba una sonrisa cínica.

—Nada. ¿Quiere una taza de té?

El corte en la conversación, hizo que la joven se tomara un segundo para procesar el ofrecimiento.

—Eh… No, muy temprano. Mejor para más tarde. ¿Tiene móvil? —Ya que estaban con cambios abruptos de temas, le preguntó para realizar la llamada.

—Nunca he usado uno —dijo—. ¿Tiene frío? La veo temblar.

Isabel estaba por espetarle, «¡¿qué demonios le pasa a usted, que parece que se hace la loca?!». Sin embargo, le respondió:

—En cuanto *esos tres*, lleguen, por favor me avisas. No importa la hora. Necesito hablar con ellos. —Mila asintió—. Nos vemos en un rato, buenas… —Reparó en que no sabía si estaba por amanecer o si seguían en el umbral de la medianoche—. ¿Tiene hora? —Cabeceó—. Bueno, entonces nos vemos —ni idea de si eran las doce o las cinco de la mañana. Afuera estaba oscuro.

Caminó deprisa hacia las escaleras, tropezando con el primer escalón; la mujer le inspiraba desconfianza, muy esquiva para dar información como si se lo hubieran indicado. Se encerró en la habitación con una aprensiva sensación que comenzaba a alojarse en su pecho. Everett la dejó allí, en la nada, sin un medio de comunicación; los guardaespaldas y el chofer, sin reportar su presencia y el ama de llaves poco comunicativa.

Vaya apoyo moral le brindaba a su novio.

Él por allá.

Y ella, ahí… con lobos haciéndole compañía.

Capítulo 25

—¿Le sirvo?

—Con esto está bien, gracias —Isabel respondió a la señora Mila, quien le retiraba el plato después de haberle servido una montaña de huevos revueltos y pan tostado e insistido en que se comiera todo, pues el día anterior nada había probado y se preocupaba que se enfermara por estar inapetente.

Sorbió un poco más del jugo de naranja, a la vez en que rodaba los ojos hacia la ventana abierta que mostraba el paisaje natural por ese lado de la casa, apreciando el extremo de una montaña nevada que se elevaba en la distancia sobre un lago cristalino. El cielo despejado, el verdor de los abetos extendiéndose por los cuatro puntos cardinales y la temperatura que había subido para gratificación de los huesos.

La señora Mila continuó lavando las sartenes que utilizó para preparar el desayuno en un ingenioso lavaplatos, que Everett debió haber diseñado para facilitar las labores a la mujer y del que esta mantenía una sonrisa de comercial de televisión que crispaba los nervios a Isabel. Ella no pasó muy bien la noche, habiéndole costado volverse a dormir, los lobos aullaron hasta el alba y el frío casi le entumece los dedos de los pies. Estaba trasnochada, molesta y con unas ganas de telefonear a Everett para preguntarle por su padre y cómo estaba él; si quería que estuviera a su lado, así fuese para darle consuelo, ella iría a su encuentro, solo tenía que llamar a sus hombres para que la trasladaran hasta el pueblo.

Pero estos ni asomaron la nariz para desayunar.

Ayudó a despejar la mesa, en contra del ama de llave que exclamaba estar para esos menesteres y que la joven era un huésped que debía atender. Aun así, Isabel ayudó a organizar la cocina y sacarle conversación a la mujer, a ver si de ese modo le aflojaba la lengua, ya que no quería brindar mucha información. El chofer y los otros dos sujetos, le causaban suspicacia, ni entraban a la cabaña para pedir agua, muchas horas en que asumieron la vigilancia por esos parajes alejados de toda civilización a mil kilómetros a la redonda, que Isabel mascullaba para sus adentros que esos tres estarían pasando la *modorra* bajo algún árbol y ella preocupada.

Una molestia repentina en sus intestinos, le hizo llevar las manos al vientre y lamentarse por la incómoda pregunta que estaba por formular.

—Señora Mila, eh… —Esta rodó los ojos hacia ella, atenta por lo

que le iba a decir—. Eh… —Isabel se rascó el cuello—. ¿Dónde…? —carraspeó—. ¿Dónde es que van *cuando hay que ir*? —La otra no comprendió—. Al baño.

—¿Para qué?

Para mandar un correo.

¿Para qué más? Vaya pregunta tan pendeja la de esa mujer.

—Para *ir*… —repitió con un rubor en las mejillas—, es que tengo *ganitas*… —Si dejaba pasar más tiempo, sufriría de estreñimiento y estaría de un humor de perros.

La señora Mila rio al percatarse en la impertinencia que había acabado de cometer.

—Afuera —dijo—. Salga por ahí… —señaló la puerta trasera de la cocina— y rodee la pared a su izquierda. Lo va a encontrar a unos tres metros.

—¿Y los lobos? —Isabel sintió aprensión, como que era mejor *hacer* en la bacinilla. Ya se las apañaría para *enterrar* la evidencia.

—Se han ido. Puede salir —respondió sonriente. Se secaba las manos con el delantal. La vajilla se apilaba a un lado del lavaplatos y las sartenes, colgadas en la pared de la encimera.

—¿Y si vuelven? Usted dijo ayer que no se metían en terrenos humanos y mire lo que pasó anoche.

—Fue por un hecho trascendental: rendían honor al nuevo alfa.

Lo que, para Isabel, la mujer aún no le explicaba en qué se basaba para determinar aquello. Bien pudo ser que olieron comida y siguieron el rastro hasta allí, puesto que la señora Mila preparó algo de comer antes de acostarse, pero que ella declinó por estar angustiada. O quizás olfatearon a Kuzman y los guardaespaldas, los atacaron, se los devoraron y aguardaron en clavarle los colmillos a las dos presas que seguían dentro de la cabaña. Y si esto ocurrió, el ataque debió ser súbito, que ni gritos de ayuda se escucharon por los alrededores.

En vista de que la joven parecía dudar, el ama de llaves le sonrió.

—Vamos —la invitó a que la siguiera—, la acompañaré. Así se dará cuenta que no hay nada de qué temer.

Isabel sacudió la cabeza, apenada.

—Está bien, iré sola. ¿Me dijo que por la izquierda? —Hizo seña con la mano hacia donde debía dirigirse. Si le aseguraba que no había peligro, es porque así era. Esta tenía experiencia, viviendo por esos valles, por lo que confió en su palabra y también para demostrarle que no era una neoyorquina asustadiza.

Atravesó la puerta y mirando para ambos lados, se apuró en ir por la dirección indicada, aprensiva de toparse con cuerpos desmembrados y tripas esparcidas por doquier. Fue fácil hallar el baño, del que Isabel hizo un mohín, la separación de esa parte esencial que toda residencia posee en su interior, indicaba que se debía a un motivo de peso.

La falta de acueducto y sistema de alcantarillado.

—*¡Fo!*, cómo huele de mal… —Se quejó tan pronto abrió la puerta de la letrina y el hedor del pozo séptico le golpeó la nariz. Ni el baño de su abuela María Guadalupe, que fue tan primitivo como ese, apestaba tanto—. Bendito Creador, qué comen estos hombres: ¿frijoles? *¡Fo!*

Y ella preocupándose de causar mal olor…

Tapándose la nariz con la mano, miró de arriba abajo el interior de la letrina y aprobó el aseo de este; al menos no estaba sucio por fuera, aunque no podía decir lo mismo por lo que habría en el fondo del pozo en cuanto abriera la tapa del inodoro; pero no estaba para exigencias, agradecía que existiera, porque de otro modo, tendría que bajarse los calzones y acurrucarse en el monte a riesgo de que un bicho le picara el trasero.

Cinco minutos después y el padecimiento de no haberse lavado las manos a falta de lavabo, salió de la letrina, igual de aprensiva a cómo entró. Cuidó de hallarse con un oso o un lobo, había muchos de estos, anoche lo demostraron, agrupándose hasta que el sol se alzó en el firmamento.

Caminó rápido hasta la cabaña, pero antes de llegar, la señora Mila sacó la cabeza por la ventana para informarle que detrás de la letrina, había un servicio de agua para *el después*…

Isabel se giró sobre sus talones y en unas cuantas zancadas, bordeó el baño.

En una caneca había agua depositada, cubierta con una tapa para evitar la proliferación de larvas y mosquitos. Isabel procuró asearse las manos, un jabón de tocador en su estuche de plástico, reposaba dentro de un cuenco de madera; lo tomó, vertió un poco de agua sobre este y enseguida se enjabonó. Se inclinaba hacia adelante para que el agua que echaba en sus manos, no mojara sus maltrechos zapatos deportivos.

Sus movimientos eran rápidos y torpes. El jabón se le deslizaba de los dedos, el cuenco se le cayó varias veces, regando el agua en la hierba y salpicando sus deportivos. A poca distancia, el bosque la rodeaba, silencioso e intimidante, siendo lo que más ocasionaba su nerviosismo.

Le pareció alertar un gruñido entre la espesura, permaneciendo un instante petrificada, sosteniendo con una mano el cuenco y con la otra el jabón.

Aguzó el oído, por si fue su imaginación, pero no volvió a escuchar nada que le hiciera huir de allí despavorida.

Sin embargo, antes de dejar todo cómo lo había encontrado, del bosque emergieron tres figuras masculinas, descalzas y sin camisas.

Sonrió incrédula.

¿Y estos, qué?

Como que, en vez de vigilar, estaban en plena fiesta.

—Señorita —Kuzman la saludó con un asentamiento de cabeza y continuó por su camino. Los otros dos lo seguían, pero fueron antipáticos en ignorarla, manteniendo sus mandíbulas en alto y la mirada al frente, cual soldados perdidos en campaña, enfilados hacia la cabaña para presentarse ante el «sargento».

Ingresaron por la puerta externa de la cocina, Isabel permanecía con la boca abierta, aún con el cuenco y el jabón a la espera de ponerse en su lugar. La llegada de los tres sujetos, escasos de ropa, le parecía inconcebible, y no porque estos tuvieran supuestas inclinaciones homosexuales, sino por su falta de ética para cuidar de los demás. ¡A ellos les pagaban para hacerlo! Se aparecieron sin ninguna explicación, sucios hasta las orejas y con heridas como si se hubieran agarrado a piñazos con un gato montés, solo siguieron por su camino para que la señora Mila les llenara la panza.

Se secó las manos en su pantalón y se marchó para averiguar por qué llegaron en esas fachas.

Era muy raro.

Entró y cuatro pares de ojos, se posaron sobre ella.

—¿Qué les pasó? —Preguntó mientras observaba los arañazos que tenían en los brazos y espaldas, como si fueran recientes.

Muy, muy raro.

—En un minuto le preparo la tina para que se dé una ducha; ya estoy tibiando el agua —el ama de llaves trataba de distraer la atención de la joven sobre los recién llegados. Estos se sentaron alrededor de la mesa de cuatro puestos, sin procurar siquiera sacarse la mugre bajo las uñas.

—Está bien —Isabel contestó, aguardando la respuesta de los hombres.

Lazar se zampó un vaso repleto de jugo de naranja y luego eructó, perdiendo cuidado de que estaba frente a unas damas.

Isabel frunció el ceño.

Qué sujeto tan grotesco.

—¿Qué les pasó? —Volvió a preguntar, sin dejarse amilanar por el hermetismo de los tres hombres de cabellera negra y mirada oscura—. ¿Qué estuvieron haciendo para presentarse en esas condiciones?

—Lo que hacemos es cuidarlas —Lazar respondió, tras darle un mordisco a dos rodajas de pan que juntó para hacer un bocado más grande.

—¿De qué? —En vez de aclararle, la sumió en más incógnitas—. ¿De los lobos? Porque, déjenme decirles que hacen pésimo su trabajo, anoche nos invadieron como cincuenta y casi nos da un infarto. —Ella casi lo sufre mientras la señora Mila permaneció tranquila.

Lazar sonrió despectivo y Goran se carcajeó con la boca llena. Les habían servido el doble de ración de lo que le sirvieron a ella.

—De todo lo que tenga cuatro patas.

—Lazar… —El tono de Kuzman era de clara advertencia hacia su compañero. De los tres, él era el único que no actuaba como un patán—. Discúlpenos, señorita, por nuestra lamentosa presencia. Tuvimos que despojarnos de nuestras vestimentas para distraer a los lobos. Anoche nos tomaron por sorpresa.

También a ella.

—Pensé que sabían moverse entre ellos… —Le dio una mirada acusatoria a la señora Mila por salirle con cuentos chinos.

—Eh, sí… Somos muy cuidadosos, pero no infalibles —comentó mientras pinchaba los huevos revueltos con el tenedor—. Si nos muerden, nos irá mal.

Los guardaespaldas se carcajearon.

—¿Qué es lo gracioso? —Isabel inquirió molesta—. ¿Tienen idea del susto que pasamos? Hasta llegué a pensar que los habían devorado. Son unos desconsiderados.

Las palmas de Lazar, sonaron el tope de la mesa.

—Escucha, mujer: no tenemos por qué darle explicaciones. Deje de preguntar y más bien, lárguese a su cuarto donde tiene que estar o ayude a Mila a preparar más comida, que tenemos hambre.

—¡Lazar! —Kuzman lo reprendió y luego le dijo algo en serbio del que Isabel no comprendió ni una palabra.

El hombre empuñó las manos y se marchó, azotando la puerta posterior, tras de sí.

Mila sonrió apenada.

—Es un gruñón… —lo excusó—. ¿Quiere tomar té?

Isabel cabeceó, demasiado enojada como para calmarse con una estúpida taza de té. Observó la postura tensa de Kuzman y de Goran y consideró que era mejor alejarse de allí, antes de que se entablara una fuerte discusión. La mujer parecía dar excusas a los hombres en el mismo idioma por las demandantes preguntas de la huésped; hablaba nerviosa, mirándola a ella y luego hacia la puerta por donde el otro se marchó, echando humo por las orejas.

Isabel quería escupirles a estos una palabrota, pero se tragó todo el repertorio que aprendió desde pequeña, gracias a su vulgar hermano, pues no era la propietaria de la casa y tampoco trabajaban para ella, como para darle explicaciones.

En vez de perder el *glamour*, pensó que había algo más importante para seguir unos minutos más frente a esa gente.

—¿Han sabido algo del padre de Everett? —Preguntar por el señor, le daría dos respuestas: averiguar por su salud y por su hijo.

No obstante, el cabeceo de los dos hombres, mientras comían, fue

frustrante para la muchacha.

—¿Tienen móvil? —Cabecearon—. ¿Radiotransmisor? ¡¿Nada?! ¿Qué hacen si se les presenta un problema? —Como la invasión de lobos.

—Aullar —Lazar respondió, estando de vuelta al minuto de haberse ido.

Kuzman le clavó la mirada y el otro rio.

Se sentó, reanudando el ataque a su plato. Al parecer, podía más el hambre que el orgullo ofendido.

Isabel dio por terminado el interrogatorio, puesto que de estos nada conseguiría sobre lo que sucedía en la casa paterna de los Brankovic. Abandonó la cocina, sin despedirse y con una lista de quejas que le diría a Everett, en cuanto volviera. El personal que había contratado, dejaba mucho que desear.

Capítulo 26

La pira era alta y desconcertante.

Everett observaba la inmensa llamarada arder alrededor de su padre, consumiéndolo con furia. En un círculo grande y silencioso, familiares, amigos, conocidos y curiosos, despedían al Alfa del Clan Kenai, con sus miradas gachas y sus cabezas descubiertas de los sombreros y gorras que usaban, sintiendo pesar por el fallecimiento de este, que no pudo superar ese cáncer de pulmón del que tantas veces cobraba la vida de los adictos a la nicotina o al tabaquismo. Su terquedad por fumarse un puro diez veces al día, le pasó factura; se levantaba de la cama con *uno* y se acostaba con *uno*; ni para defecar dejó de fumar; esto le trajo discusión con sus tres esposas, a quienes ignoró y continuó fumando, contaminando el aire por donde pasaba. Damir intentó hacerle razonar, pero al igual que Everett y Ranko, carecía de moral para increparlo.

Los Brankovic era férreos fumadores, siendo esto objeto de burla en muchas reuniones.

¿Qué *corre* por nuestras venas?

¡Humo!

Era la respuesta jocosa.

Ahora, ninguno bromeaba. Las lágrimas se enjugaban en los pañuelos de las hembras y los machos se lamentaban para sus adentros de que extrañarían al guerrero.

Tras la muerte del Primer Patriarca, Stanislav tomó las riendas del mando y mantuvo la manada unida. Los que juraron sumisión mientras el otro estuvo vivo, se sublevaron, organizándose entre los que deseaban formar su propia manada. Aquellos que fueron una vez amigos, dejaron de serlo; cada lobo fuerte quería una tajada de los bienes personales de ese extranjero que les pisó el lomo para dominarlos. Sin embargo, Stanislav aprendió muy bien de su progenitor el arte de la guerra y la seducción de las palabras, para convencer mediante un discurso a los rebeldes de que él sería el Segundo Patriarca de América del Norte.

Pero terminó siendo de una parte de Alaska.

Por algún motivo que ni Everett se explicaba, no podía apartar la mirada de la hoguera, como si estuviera hipnotizado. Por supuesto, no lo estaba; el cadáver de su querido padre se quemaba frente a sus ojos, la tristeza en él lo consumía por dentro. Debió dejar todo cuando este lo llamó, pero su distanciamiento por ser el sustituto, levantó un

muro, que ni su padre ni el resto de su familia, fue capaz de derribar.

Se halló en una encrucijada que nadie entendía, pues el alejamiento se debía al juramento hecho a su madre minutos antes de morir.

Esto era del desconocimiento de todo aquel que lo trataba. Solo *uno fue testigo del suceso* y ya no vivía para contarlo. Aun así, no dejaba de lamentarse en que debió volver tan pronto recibió la primera llamada telefónica, pero se empeñó en refugiarse lo más lejos posible para…

¿Para qué?

Respiró hondo y cerró los ojos, conteniendo el grito de impotencia que pugnaba en salir de sus fauces con todas sus fuerzas. ¿Qué fue lo que él hizo que no recordaba bien?

Solo fragmentos imposibles de hilar.

La mirada desenfocada de su madre y la de aquel sujeto que fue testigo, era lo que a menudo volvía a su mente, habiéndole jurado a ella no mancharse más las manos de sangre; el reproche de sus ojos azules lo seguía torturando, yaciendo entre sus brazos, con la boca sangrante y el corazón con agonizantes latidos.

Grubana lloraba «desconsolada» por el difunto marido, mientras Damir le expresaba palabras de aliento en voz baja y la abrazaba con cariño. Vesna se hallaba junto a sus tres hijas de quince, dieciséis y diecisiete años, y Radojka levemente girada hacia Jevrem para no tratar con esta; ambas mujeres y sus crías, unos pasos más atrás de la suegra, quien acaparaba la atención de Damir con su postura de viuda afligida que ni su propio hijo le creía. Era bien sabido el poco afecto que Stanislav profesó por Grubana, por considerarla desabrida; cuando los vapores etílicos hacían estragos en la lengua del patriarca, este hablaba de más; su segunda esposa era una estatua en la cama, no se movía, tenían que indicarle todas las posiciones o, de lo contario, nada hacía.

Lo mismo sucedía con Sebrenka que era toda frialdad. Se esforzaba por botar unas cuantas lágrimas, pero de sus secos lagrimales no brotaba ni una.

Los restos mortales de Stanislav se quemaban en una gran fogata, erigida en la más alejada de las Islas Aleutianas al sur de la Bahía de Kenai; allí se rendían las honras fúnebres de lo que el extinto alfa dispuso sería su última morada. Lo trasladaron, envuelto en una mortaja blanca y acostado dentro de una canoa adornada de flores, siendo jalada por otras que la custodiaban. Decenas de dolientes lo acompañaban para despedirlo; el desfile de embarcaciones, botes, lanchas, todos estos escoltando las canoas funerarias en la que iban los familiares como un rito ancestral, navegando hacia el ocaso. Durante el día, el cuerpo de Stanislav fue preparado, ungido en aceites aromáticos y vestido con su mejor traje; el collar étnico que la Tribu Yakaramath le había obsequiado, cuando por primera vez emitió el

gruñido como alfa, reposaba sobre su pecho, oculto bajo esa mortaja de la que Everett no dejaba de mirar mientras lo transportaban.

Al caer la noche, Ranko, Damir y Everett, expresaron un discurso de despedida, siendo el de Everett el más emotivo. Los que le acompañaban, lloraron, pues un lobo como Stanislav pocas veces tenían la dicha de conocer.

El tío Zoran y el primo Miroslav, flanqueaban al menor de los tres hermanos, con sus expresiones duras y nariz rojas por el llanto contenido. Zoran le había prohibido a Jasna y a Maya, presenciar la cremación, sería un irrespeto a las viudas, quienes acudieron a este para que las mujerzuelas quedaran relegadas. Ranko estaba ocupado con los líderes de las tribus cercanas y los clanes aliados, presentándose como el nuevo Patriarca; Everett parecía indispuesto y Damir no tenía cabeza para lidiar con rivalidades entre mujeres. Por eso, Zoran –el siguiente en antigüedad entre los Brankovic– asumió por esa noche, el mando en la casa.

La manota de Miroslav se posó sobre el hombro de Everett, quien lucía tan ojeroso y disminuido, que el primo prevenía se fuese a desplomar en el suelo. No lo había visto comer, apenas bebió un par de copas de vino, insuficientes para el organismo de un lobo como este que se alimentaba con abundante comida varias veces al día. Everett se sentía vacío y con unas profundas ganas de abrazar a Isabel y llorar sobre ella hasta que la perdida dejara de dolerle. Pero tenía que fingir entereza, sus tíos y hermanos, le reprenderían su quebranto; ni las hembras se derrumbaban sobre sus esposos o hijos, soportando la cremación con aplomo.

Varias horas después, Everett sostenía entre sus manos, un jarrón funerario de plata tallada con ornamentos alegóricos a diosas griegas, conteniendo dentro parte de las cenizas de su padre. Estas fueron recogidas de los leños calcinados, entre aullidos y cánticos serbios bastante entristecidos; entregaron un puñado a cada hijo para que las arrojaran al Pacífico, pero Everett prefirió conservarlas para llevarlas más tarde al cementerio donde yacía su madre.

—Descansa, padre, sobre tu amada —expresó con voz rota a la vez en que las dispersaba sobre la tumba—, disfruta con ella tu eterno sueño en este lecho de grama y tierra. Ahora están juntos, sin la inquina de terceras personas que tanto insistieron para separarlos. Aquí, en esta *ciudad de durmientes*, no existen diferencias de credos o razas, todos son iguales a los ojos de la muerte, plácidos y enmudecidos en sus sepulcros. Abraza fuerte a mi madre y dale un beso en la mejilla de mi parte. Los estaré pensando cada día que reste de mi existencia; seré un mejor hombre y reafirmaré mi juramento. Solo les pido que me den fortaleza para cumplir con mi palabra. —Al finalizar, las lágrimas se habían desbordado sin control sobre su

rostro. Las estrellas titilaban tímidas en el cielo nocturno y los insectos de la noche, chillaban cerca.

Su padre fue consecuente con respecto a lo que harían con sus restos, Damir expresó una cosa y Ranko, otra. Las mujeres no opinaron, era asunto de hombres disponer del cadáver: embalsamarlo, ungirlo, sepultarlo o quemarlo… Stanislav escuchó sugerencias como si se tratara de otro sujeto que estaba por fallecer, suponía que, una vez muerto, Ranko haría lo que le viniese en gana, por lo que aceptó que este siguiera con las viejas tradiciones, siendo apoyado por los ancianos, quienes consideraron que debían realizarse sin alteraciones.

Por eso, cuando Everett se negó a verter las cenizas en el océano, más de uno se atragantó con su propia bilis.

¡Como siempre, *el mestizo*, llevándole la contraria a todos!

—Qué hermoso. Tienes una capacidad para expresar tus sentimientos, que conmueve —Jasna comentó, apareciendo de improviso de entre los muertos, como una entidad fantasmagórica que elogiaba las sentidas palabras del lobo. Se había tomado el atrevimiento de esperarlo, sentada en las escalinatas de uno de los mausoleos y acudió al vuelo, en cuanto olfateó el aroma masculino, adivinando con certeza que él haría algo así con las cenizas de Stanislav. Le habían negado estar presente, pero nadie le dijo que no podía estar en el cementerio al lado de su mejor amante.

—Gracias —respondió, secando rápido las lágrimas con el dorso de la mano para que ella no se diera cuenta que había llorado, pero sus ojos enrojecidos lo traicionaron. Luego dejó el jarrón a los pies de la lápida de Winona Brankovic, que reseñaba el nombre, la fecha de nacimiento y muerte, pero sin una frase que demostrara a los demás que fue una amantísima esposa y una abnegada madre; los lobos no eran dado a ese tipo de expresión literaria, preferían que los cuerpos se calcinasen y las cenizas se arrojasen en las profundidades de las aguas que surcaba sus tierras, pues se criticaba duramente que un metamorfo se lamentara sobre los huesos de un ser querido.

Pero Everett había logrado convencer a su padre en que su madre tuviera sepultura, alegando las costumbres religiosas de la que ella fue criada.

—¿Qué vas hacer después? —Jasna consultó en tono amigable, haciendo un esfuerzo en no actuar coqueta. Estaba afligido y ese momento ella lo aprovecharía para estrechar lazos afectivos.

—¿Por qué?

—Me gustaría invitarte una copa, tal vez quieras hablar… —Lo único que la loba morena lamentaba de su ausencia en el sepelio, es que no pudo observar cómo el cuerpo de ese vejestorio se achicharraba en la hoguera. Lo hubiera disfrutado, grabando en su mente cada reducción de sus extremidades, carbonizándose hasta

convertirse en algo informe y hediondo a carne quemada, que a los demás revolviera el estómago, pero que a ella le ocasionara deleite.

El maldito la utilizó como un juguetito sexual intercambiable; una muñequita obligada a follar con tipos con los que él negociaba, para mamarles el pito hasta que se corrieran en su boca o entre sus piernas. La había adiestrado para complacer a todos los lobos que le pasaban por delante. Esto con el fin de entretener y sacar información sin delatarse, tal como sucedió en las Cortes Reales de Enrique VIII en la que el rey utilizaba a sus cortesanas como espías, para descubrir quién lo traicionaba o fraguaba asesinarlo.

Una noche, Jasna, estuvo en la cama de un lobo obeso, atada de manos y tobillos, mientras que *la muñequita* de este, le lamía a ella la vagina. Fue un encuentro de tres del que la *bola de grasa*, le hizo a las dos, de todo.

—Lo siento, Jasna, no estoy de humor… —Más bien, prefería dormir y marcharse a primera hora a Denali.

Esta estuvo a punto de desplegar su sensualismo, pero el lugar no era idóneo y tampoco el momento, la rechazaría y hasta la increparía por su falta de juicio. En cambio, le esbozó una sonrisa a medias, comprendiendo su pesadumbre, sobándole el brazo «sin ánimos» de retozar con él.

—Entonces, llévame a casa, que vine en taxi.

Everett sonrió y le indicó el camino como todo un caballero. El Jeep que, hasta su llegada, había sido manejado por el primo Miroslav, aparcaba a pocos metros.

Vadearon las tumbas, quedando la de sus padres tragada por la neblina que se hacía densa conforme ellos se alejaban; el juramento de abandonar su salvajismo había recobrado fuerzas, él no reclamaría *lo que le haría* incumplirla, se marcharía a donde el amor le aguardaba. Allí sería feliz, refugiado en la paz de la naturaleza y alejado de la malquerencia de otros. Que Ranko y Damir se encargasen de la manada, Everett se conformaba con el pedacito de paraíso que los dioses dispusieron para él; lo tenía todo, como para pelear por poder.

No obstante, Jasna se encargaría de tener al lobo a su merced.

Capítulo 27

Los custodios se alejaron de la cabaña.

Tan pronto Isabel observó a través del ventanal que estos se adentraban al bosque, abandonó la habitación. Se mantuvo encerrada hasta que los tres trogloditas dejaron de merodear en la plata baja, exigiéndole al ama de llaves a que se apurara con la comida. Durante la noche, los aullidos de los lobos no se hicieron esperar, desvelándola hasta que los rayos solares atravesaron los cristales de los ventanales, iluminando hasta debajo de la cama.

La chimenea seguía apagada y las capas de cobija y pijama, era lo que le mermó el frío. La señora Mila intuyó la aprensión que sentía Isabel en estar iluminada, comentándole que lo más drástico que hicieron los lobos, fue lo de la primera noche y que no se iba a repetir, a menos que muriese el nuevo alfa, y dudaba que eso sucediera. Aun así, Isabel optó por prescindir del calor de la chimenea hasta que Everett volviese del pueblo.

Su preocupación pasó a ser disgusto. ¿Para qué le dijo que lo acompañara, si la iba a tener allí, encerrada? Le tenía pensado espetarle un discurso por hacerla a un lado. Él pasaba por un duro momento y no pudo ni siquiera tomarle de la mano.

En vez de bajar hacia la cocina para desayunar, prefirió subir a la terraza, a través de unas escaleras más empinadas y angostas. Estar mucho tiempo sola, la comenzaba a afectar, se hacía más inquieta, curiosa por explorar cada rincón de la casa.

El acceso hacia esta la bloqueaba una puerta que, por fortuna, estaba libre de candado.

La abrió y su sonrisa se ensanchó.

¡Wow!

Isabel se había quedado sin aliento. ¡Qué vista tan impresionante! El paisaje se abría ante sus ojos como un concurso de fotografía que hasta se lamentó tener su móvil descargado. Hubiera tomado muchas fotos con ella incluida, en unas *selfies* que causarían envidia en el Instagram, que hasta haría que Camila hiciera sus maletas y les cayera de sorpresa.

Embobada, caminó hasta el barandal, la terraza coronaba todo el ancho de la cabaña, permitiendo al que estuviese allí, apreciar semejante visión.

Había quedado fascinada, con su sonrisa estampada en el rostro. Con razón el ama de llaves sonreía tanto: el aire que se respiraba, los

colores naturales, el canto de los pájaros… Simplemente, extraordinario.

Las ramas de los abetos la saludaban y continuaban hacia arriba, alcanzando el claro firmamento. El frío era soportable, un suéter de tejido delgado cubría su torso y unos vaqueros desteñidos sus piernas. Jamás había visto tanto verdor en su vida; millones de árboles cubrían la llanura; la cabaña se alzaba en una colina no muy empinada, por lo que la apreciación del paisaje era para registrar en la lente de una cámara fotográfica profesional. El extremo de la montaña, esa parte que alcanzaba a ver, cuando iba a la letrina, se erguía completa desde la posición en donde ella se hallaba. ¡Era inmensa! Como una cordillera azul de cumbres nevadas, siendo reflejada por el lago que parecía un espejo, como si fuera otro «cielo» en el suelo.

Se fijó que la terraza doblaba por un costado de la cabaña y siguió el camino de tablas horizontales, imaginándose a Everett allí, con el cabello aleonado y su taza de té, observando pensativo lo mismo que ella observaba.

La rodeó y en cuanto llegó hasta la parte posterior de la casa, jadeó.

La vista era igual de magnífica, con el manto verde de este a oeste, pero lo que hizo que se quedara sin aliento, era que el piso de la terraza presentaba las dimensiones apropiadas para practicar su rutina. Tenía días en que no lo hacía, con unas severas ganas de ponerse las mallas y sus zapatillas de punta y danzar allí hasta que el día acabara. Todo era de ensueño, cristalino, apacible. Se sentía tan inspirada…

Y con hambre.

Sus tripas rugieron.

Dejaría para más tarde la práctica. Desayunaría ligero, animada en ejercitar sus músculos; si seguía en plan vagancia, se agarrotarían.

Así que, con esa determinación en aprovechar la soledad, bajó por ambas escaleras; los tres trogloditas se habían largado a dónde sea que ellos «vigilaban» las inmediaciones de la cabaña. Esos sujetos le desagradaban, se lo pasaban exhibiendo sus pectorales como si hubiese por ahí féminas ávidas por idiotas como ellos, sobre todo, el tal Lazar, la miraba como si fuese el ideal de la especie masculina.

Hasta Kuzman, que era el más «serio», se comportaba de manera reprochable, que seguro perdería el trabajo en cuanto Isabel le contara todo a Everett.

Faltaba escasos escalones por descender, cuando la puerta principal se abrió y de esta ingresó un hombre grandote que extendió los brazos hacia ella para que lo abrazara.

Isabel emitió un gritito de alegría y corrió escaleras abajo, hacia Everett que le sonreía, a pesar de que la felicidad no se reflejaba en

sus ojos.

Le rodeó el fornido torso y pegó su rostro al pecho, habiéndolo extrañado tanto que enseguida las lágrimas le saltaron.

—Dios, Everett, me sentí tan sola sin ti… —expresó sin ánimos de reproche, pegada a él, mientras que este correspondía al cariñoso abrazo—. Te extrañé.

—También yo.

Rápido Isabel reparó en lo egoísta que fue al expresar su tristeza, que olvidó preguntar por el que estaba grave.

—¿Cómo sigue tu papá?, ¿él…? —Bajó la mirada y asintió entristecido—. Oh, Everett… Lo siento tanto. ¿Acaba de fallecer?

—Ayer por la mañana.

Lo que indicaba que él había retornado por ella para llevarla al funeral.

—Enseguida me arreglo.

—¿Para qué? —preguntó en tono cansado, como si no hubiera dormido en esas dos noches en que estuvo lejos. Aún lucía el traje con el que salió de Nueva York, sin que apestara a sudor o a sobaquina.

—Para acompañarte al velorio. No tardo. —Se dirigió hacia las escaleras, pero él la sujetó del brazo con suavidad.

—Se hizo anoche.

Isabel se lo quedó mirando.

Y ella sin haberlo acompañado.

—Me hubiera gustado estar a tu lado.

Sonrió y le acomodó un mechón de su cabello.

—Fue mejor así —dijo—. Los ánimos estaban caldeados. Discúlpame. —Y la presencia de una humana hubiera empeorado todo.

Isabel comprendía lo que era lidiar con familiares conflictivos que causaban bronca por nimiedades. Nunca faltaba el tóxico que instigaba a los demás, sacando a relucir viejas querellas y de las que terminaban con jaloneo de greñas o a los puños.

Su mamá fue la mayor provocadora de discusiones en las fiestas decembrinas y en los funerales en las que asistía. Las invitaciones a dichas reuniones se redujeron conforme los parientes esquivaban su presencia. Llevaba y traía chismes, exageraba situaciones vistas o lanzaba indirectas solo por ser odiosa. Arturo era el gallito que picoteaba el maíz que ella lanzaba; si su mamá encabronaba a alguien y este le contestaba con el mismo tono grosero, su hermano iniciaba la pelea.

En más de una de estas la metieron, sin ser ella responsable en ningún aspecto y del que recibía un bofetón o un golpe por parte de la prima que jamás le dirigía la palabra.

A Everett, pasar por un velorio junto a personas desconsideradas,

debía ser estresante: el dolor de la muerte del padre, el llanto de los que sufrieron la pérdida, el tío borrachín, la prima buscona, los vecinos impertinentes…

Lo abrazó y luego le dio un casto beso en los labios para expresarle de esa manera su comprensión.

—Está bien —le sonrió—, nada tienes que disculpar. Se entiende. ¿Quieres descansar?

—Me daré un baño. ¿Qué hay de comer?

La señora Mila salió rápido de la cocina y emocionada por tenerlo de vuelta, le respondió:

—Le prepararé un rico estofado de venado, que hará que se chupe los dedos.

—Gracias, Mila. ¿Kuzman?

—Afuera.

No hubo más preguntas y el ama de llaves se devolvió a la cocina.

Everett se quitó la chaqueta sastre, el nudo de la corbata lo tenía flojo y su camisa arrugada desde el cuello hasta las mangas, que daba la impresión que la enrolló y desenrolló varias veces. Llevó la chaqueta sobre su hombro y se dirigió hacia las escaleras.

Isabel lo siguió.

Una vez en la habitación, Everett se quitó su Rolex y lo dejó en la mesita de noche, al lado izquierdo de la cama, luego se desvistió y arrojó la ropa al piso, del que enseguida sus caderas fueron envueltas con la toalla que tomó del *toallero* del baño improvisado.

Al salir, Isabel le ofreció prepararle la tina, pero el cabeceó.

—Me bañaré en el riachuelo.

Ella parpadeó.

—¿Qué riachuelo? —Si se refería al enorme lago, eso no tenía pinta de riachuelo, sino de espejo mágico.

Everett esbozó una sonrisa lánguida.

—Está detrás de la cabaña. ¿Lo quieres ver?

La joven paseó la mirada por el torso de Everett con un ligero aumento de temperatura en su cuerpo que la hizo ruborizar y meditar en si era buena idea. Los trogloditas estaban por ahí y ella no tenía intenciones de que le vieran las tetas.

Aunque Everett la había invitado sin esa sonrisa ladina y ese brillo acerado en sus ojos marrones cuando tenía intenciones de seducirla. Tal vez, solo lo decía por amabilidad para que no se sintiera excluida.

Aun así…

—Me encantaría —respondió y él le dio su sonrisa cansada.

Salieron por la puerta posterior y bordearon la casa, yéndose en un sentido diferente por donde se hallaba la letrina y por donde aparecieron los tres hombres. Quiso quejarse de estos, de sus fachas, de su grosería y prepotencia, pero lo dejaría para después, hasta que

Everett estuviese más repuesto. Ese día él solo quería compañía.

En toalla y descalzo, la tomó de la mano y la condujo por un sendero de grama, cuesta abajo, hacia un susurro que se escuchaba a poca distancia.

Recorrieron un tramo de diez metros. Isabel se maravilló, pues el riachuelo conservaba su propia belleza, escondida bajo el follaje de los abetos. El sol se filtraba entre la espesura de las copas, confiriéndole un halo secreto y misterioso, y del que Isabel no pudo contener el temor de mirar por el rededor.

Everett le había entregado la toalla y metido en el agua, se sumergió por completo y salió como si fuera el mismo Poseidón, pero sin las escamas. Isabel se sentó en una de las rocas cercanas y suspiró por ese hombre atribulado que no hacía bromas ni comentarios subido de tonos o proposiciones indecorosas que escandalizara hasta las hormigas. Solo se bañaba con esa tranquilidad infinita, sumergiéndose a cada instante, abstraído en sus propios pensamientos.

El riachuelo de montaña bajaba a través de una pequeña cascada, entre musgos, líquenes y rocas sobresalientes, para luego llenarse en un caudal que permitía a los moradores darse un chapuzón a todo dar.

Isabel estuvo tentada a unírsele; sin embargo, no sabía nadar y también porque consideró dejarlo que nadara solo, como si estuviera limpiándose el alma de la tristeza y los problemas que hubiese confrontado con sus parientes. Mientras tanto, ella montaba guardia por si algún lobo se acercaba. Era consciente que Everett y los demás conocían el comportamiento de estos animales, pero ella no, les causaba desasosiego.

Alzaba la mirada hacia lo alto de la colina y barría el perímetro con la vista, escudriñando entre los troncos y las sombras que se formaban por las copas que se enmarañaban sobre estos.

Se preguntaba si esa noche los lobos, los visitarían.

—¿Qué tanto ves?

La pregunta de Everett, pegado a su oreja, la sobresaltó.

—Admiraba la Madre… —sus ojos se clavaron en ese tentador cuerpo masculino que goteaba— Naturaleza… —Miró su hombría. No estaba *erguido*, los ánimos de Everett distaban de lo que Isabel hubiera deseado; aun así, tenerlo cerca con la piel húmeda, la desequilibraba.

Él tomó la toalla que reposaba en su regazo y se secó sus partes con movimientos cadenciosos y luego la pasó por sobre sus hombros.

Ahí la dejó.

—¿No te piensas cubrir? Alguien te podría ver en cueros.

Se encogió de hombros.

—Tú lo haces —contestó con socarronería. Pequeñas gotas caían de su cabello y barba. Se sacudió como si fuera un perro y estas gotas, salpicaron a la muchacha.

—¡Ay, Everett! —Chilló pensando que no habría sido capaz de meter un pie en el riachuelo, si él se lo hubiera propuesto—. ¡¿Cómo es que no estás temblando?! ¡El agua está helada! —Se estremeció, arrebujándose entre sus propios brazos.

—¿Tienes frío? —La iba a abrazar para abrigarla, pero Isabel se levantó rápido para que no lo hiciera. Si lo hacía, chillaba—. ¿Adónde vas? Solo te voy a abrazar.

—Olvídalo. Ponte la toalla.

—Así estoy bien.

Se encaminó hacia la cabaña y ella se quedó ahí por un instante, estática, viéndolo alejarse.

—¡La señora Mila te va a ver! —Rápido le pisaba los talones, echando miraditas hacia los lados, por si los lobos, por si los trogloditas, por si la larguirucha.

Pero ni aquellos, ni los otros y menos la mujer, se vislumbraban.

—Está acostumbrada. —La marcha la mantenía constante. Sus nalgas era una excelente vista de cómo una buena rutina de ejercicios las mantenía sin un gramo de grasa.

Isabel corrió hacia la cabaña, adelantándose a Everett para avisarle al ama de llaves de lo que estaba por ver. Sin embargo, esta no se hallaba en la cocina, por lo que pasó derecho hacia el vestíbulo.

—Señora Mila, mi…

—Dejo *esto* en el cesto y enseguida le sirvo al señor —contestó, yéndose hacia la cocina, con la ropa recogida del piso de la habitación.

Se topó de frente con Everett y su hombría.

Isabel hizo una expresión azorada, pero la mujer ni se inmutó.

—El venado estará listo en unos minutos —le comentó como si nada y salió por la puerta posterior hacia alguna parte del que Isabel ignoraba. Tal vez para dejar la ropa detrás de la cabaña y lavarla después en el riachuelo.

Tras asentir a la mujer, Everett miró a Isabel y le sonrió.

—Te dije que está acostumbrada.

—Ya veo…

—¿Qué? —inquirió dada la forma en cómo ella lo miraba.

—¿Siempre te paseas en bola?

Rio.

—Es liberador. Deberías intentarlo.

Con esos trogloditas *descamisados* por ahí y esa rara ama de llaves, prefería declinar la oferta.

—Mi desnudez la limito al baño y a mi cuarto.

Él pegó los labios a su oído para expresarle:

—Cuando sientas deseos de recorrer desnuda el bosque, me avisas.

Isabel lo miró perpleja. ¡Vaya picarón!

Para que eso ocurriera, tendría que estar muy ebria. Y, ahí, en vez de caminar tomada de la mano de su sexy novio, como Adán y Eva, él tendría que cargarla como un bulto de papas, con la cabeza abajo, la cola arriba, y llena de vómito.

Romántico y sensual.

—Mi señor, lamentamos el deceso del… —Kuzman, totalmente desaliñado, entró al vestíbulo a través de la cocina y se detuvo abrupto cuando se fijó en Isabel que lo miraba con el ceño fruncido. Lazar y Goran estaban a su espalda—. Lamentamos lo de su padre —repitió—, fue un gran hombre que extrañaremos siempre.

—Gracias.

—¿Se quedará o está de paso? —consultó para tomar las previsiones pertinentes.

—Me quedo.

—Bien, señor. Entonces, me comunico con *los otros*. Con su permiso. Y mi sentido pésame.

—Mi sentido pésame.

—Mi sentido pésame, señor.

Lazar y Goran, repitieron con un respetuoso asentamiento de cabeza.

A Isabel le causó mala impresión que estos no reaccionasen ante la desnudez de Everett, le hablaron como si estuviera vestido en un día cualquiera, quizás, igual de acostumbrados como la señora Mila, a que el jefe se pasease por la cabaña como Dios lo trajo al mundo.

Y no solo eso.

Everett no les reprendió el mal aspecto que cada día lucían, hediondos a estiércol, con sus pantalones rotos, pechos descubiertos y descalzos. Y del que ella se fijó que no presentaban ni un rasguño.

Raro.

Muy, *muy* raro.

Capítulo 28

Tras cerrar la puerta, Isabel se sentó a un lado de la cama.

Pensativa, buscaba el modo de expresarle a Everett la incomodidad que sentía al estar entre esa gente.

Él se quitó la toalla del cuello y la arrojó al piso; abrió el armario, se enfundó en un bóxer azul oscuro que le amoldaba a la perfección esas nalgas de acero y luego metió sus piernas en un pantalón deportivo marrón, que lo hacía lucir como modelo de revistas del que las mujeres babeaban sobre la portada.

No se peinó el greñero, ni perfumó, ni acicaló su desaliñada barba. A pesar de su semblante entristecido, le obsequiaba una tenue sonrisa a Isabel que lo seguía con la mirada. Hurgó entre las gavetas por una camiseta, desdobló una, la observó y enseguida la desechó al piso. Buscó otra de la que no lo convenció; esta fue a parar sobre la anterior, a sus pies, completando una tercera que tampoco fue del agrado del quisquilloso novio y del que al final prefirió estar con el torso desnudo.

Isabel lo reprendió con la mirada sin estar enojada, ¡qué manía la de los hombres en tirarlo todo al piso!

Si bien, le daba grima el desorden, la queja no salió de sus labios. Él se hallaba en su habitación, en su casa y estaba agotado, por lo que, se levantó y sin farfullarle como una esposa gruñona, recogió las camisetas y las guardó dobladas en su respectivo lugar. A continuación, sacudió la toalla y la dejó reposada en el respaldo de una silla de diseño artesanal para que la señora Mila la lavara más tarde.

Everett se percató de lo que Isabel hacía, cuando estuvo a punto de arrojar un papel que había dejado olvidado entre las gavetas de la mesita de noche; nada sin importancia, una nota escrita por Abby Rose, meses atrás, para recordarle que esa noche tendría la cena con ella y del que nunca se efectuó *por lo de su madre*. La arrugó y la arrojó a la papelera del baño, evitando así, un jalón de orejas por parte de la joven.

Esta volvió a sentarse en la cama y se arrebujó en el suéter, con un leve temblor en sus brazos.

Everett miró la chimenea y frunció el ceño.

—¿Por qué no la han encendido? —Caminó hacia esta y se acuclilló para olisquear los leños calcinados que desde hacía meses no eran devorados por las llamas—. Ha estado apagada desde que me marché

de Denali —comentó, palpando uno; a alguien tendría que pedir explicaciones por la incompetencia—. ¿Has pasado frío? —Rodó los ojos hacia ella y enseguida reparó en las tres cobijas que cubrían la cama.

—No… —respondió eludiendo su mirada, avergonzada de revelarle su miedo infantil de ser observada desde fuera de los ventanales por unos ojos tenebrosos.

Él se puso en pie y se sentó a su lado.

Su aroma varonil la envolvió.

—¿Mila se ha portado mal contigo? —De responderle que «sí», la despediría en el acto. Le había pedido a la mujer que atendiera todo lo que su ángel necesitara, no en que le hiciera desagradable la estadía.

—Ha sido amable —dijo esquiva—. Es solo que quería dormir a oscuras...

—Pasando frío —replicó con algo de rudeza en el tono de su voz. Así lo negara, Isabel había dormido pésimo por esta causa. Aún por esas fechas, las noches en Alaska eran muy frías—. Algo no me estás diciendo —intuía que había algo más— y si no me dices, le tendré que preguntar a Mila.

Levantó la mirada hacia él.

Sus ojos consternados.

—Me gusta la oscuridad…

—Y congelarte, ¿no? Mira cómo tiemblas, Isabel.

—¡No tengo tanto frío!

—¡Deja de mentir! Mila no te ha estado atendiendo cómo debe ser y tú te lo callas. ¿Por qué? ¿Te ha amenazado? —Falló al confiarle a la omega, una humana.

Cabeceó y él no le creyó.

Se puso en pie.

Isabel también.

—¿Qué vas hacer? —preguntó ante su ceño fruncido. Si Everett bajaba para increparle al ama de llaves por algo que era inocente, su vergüenza sería mayor.

—Despedirla. —Estaba harto de estar rodeado de servidores que le llevaban la contraria en sus decisiones. Si no quería estar bajo las ordenes de Isabel, que se largara.

—¡Pero ella se ha portado bien! —exclamó en un hilo de voz—. Ha sido muy amable conmigo, Everett, me ha atendido bien, es risueña, muy conversadora… —mintió en esta parte—. Educada. Me pregunta qué quiero comer, si deseo tomar té —del que le ofrecía unas cinco veces al día—, incluso, ha querido encender la chimenea más de una vez. Pero yo le digo que no, que estoy bien...

Parecía dudarlo.

—Las atenciones de la señora Mila son intachables —agregó

mientras le acariciaba el brazo de temperatura caliente para hacerle desistir—. Es buena en su trabajo, no tengo quejas de ella. ¡Mira, hasta me hizo cataplasmas para desvanecer los moretones y curarme del labio roto! —señaló sus brazos, abdomen y rostro, y del que Everett acarició la mejilla y labio afectado de una manera tan suave con el dorso de sus dedos, que Isabel cerró los ojos para disfrutar de la sensación.

Él ya se había dado cuenta al llegar a la cabaña.

—¿Y por qué siento que me mientes? —A pesar de esto, olía el temor en su ser. Hipnotizarla sería fácil para sacarle la verdad, pero no quería llegar a eso. Dañaría la relación.

Isabel vaciló.

¿Sería correcto decirle? Pasaba por un duelo que lo tenía deprimido.

—¿Qué pasa? —La miraba con insistencia como si quisiera obligarla a hablar del mismo modo que a los policías.

Suspiró.

—Le tengo terror a los lobos.

Everett entrecerró los ojos con severidad.

—Lobos… —Había percibido la tensión de Isabel delante de sus hombres, que para el momento de su llegada lo había atribuido al cansancio acumulado que él cargaba; no obstante, su revelación indicaba que no estuvo equivocado—. ¿Qué lobos? —Antes de lanzar dentelladas a los guardaespaldas, primero se aseguraba si eran los lobos correctos.

Isabel se sentó en la cama y subió los pies con todo y zapatos deportivos, para acurrucarse en una postura cohibida.

—¡Los del bosque!, ¿cuáles más? Aúllan mucho…

Everett sonrió aliviado.

Menos mal que sus hombres no estaban implicados en hacerla sentir mal, porque les daría una paliza.

—Así son los lobos. Te acostumbrarás.

—Eso me han dicho… —masculló—. ¿Sabes?, la otra noche vinieron como cincuenta. Estaban allá afuera —señaló hacia el ventanal—, aullaban de un modo antinatural. La señora Mila dijo que fue porque se murió el alfa.

—Así es —bajó la mirada y carraspeó. El nudo tensando en su garganta.

—Lo más raro, es que todos se ubicaron frente a la cabaña, dizque para «honrar» *al nuevo*. Creo que, en esa parte, al ama de llaves se le zafaron las tuercas de la cabeza: los lobos no son de meterse en manadas a los terrenos de humanos para «celebrar». Uno o dos, tal vez y para robar gallinas o atacar al ganado, pero docenas de lobos en plan de yo-me-inclino-ante-el-nuevo-alfa, lo dudo.

Everett quiso replicarle que nada sabía con respecto a los *Canis lupus*, estos eran impredecibles y se comportaban mejor que los mismos humanos.

—¿Es por eso que duermes con la chimenea apagada: porque te sientes vigilada? —Asintió sin verle a los ojos—. Bueno, ya no estarás sola, esta noche la encenderemos y dormirás tranquila.

Ella medio sonrió.

—Contigo dormiría hasta bajo las estrellas.

Los grandotes brazos de Everett, la envolvieron enseguida, como un oso que abraza a un pollito asustadizo.

—Mi hermoso ángel de alas rotas, jamás sientas miedo de tu entorno. Aquí estarás protegida de la maldad y yo estaré para ti siempre. Te lo he dicho, ¿no?

—*Síp*. Como tres veces… —Su rostro reposaba feliz en los pectorales de este, aspirando esa piel dorada por el sol y fantaseando en que dormir sobre él, sería como si lo hiciera sobre una almohada. Su novio era macizo y cómodo. Y ella con esas ganas que comenzaba a manifestarse en medio de sus piernas.

Everett sonrió y la besó en el tope de la cabeza.

—Entonces, te lo digo una vez más: nada ni nadie te lastimará. *El que lo haga*, se las verá conmigo.

Isabel alzó la mirada.

—Tampoco es para tanto —se inquietó y enseguida se obligó a no comentarle la indiferencia de los trogloditas; un leve presentimiento le indicaba que Everett no se andaba con medias tintas. Si se quejaba de que estuvieron esos días, solas, y que Lazar fue grosero con ella, temía que algo malo pasara.

—Lo es. Todo lo que tenga que ver contigo, lo tomo en serio —ratificó para desconcierto de la joven.

—Entonces, si alguien me… —pensó en Lazar— *ofende.* ¿Le darías de golpes a este?

—Sí.

Qué bueno que mantuvo la boca cerrada.

—Everett…

—Eres lo más grande que tengo, Isabel —replicó solemne—. ¿Cómo crees que me sentiría, si te tratan mal? Si a ti te ofenden: a mí también.

—Pero darse de golpes, siempre trae más discordia.

—Y solución al problema.

—¡Qué troglodita!

Rio y la besó en los labios, sin ser pasional.

—Me sentí mal por no haberte llevado —dijo, posando su frente sobre la de ella—. Me hubiera gustado que papá te conociera, pero no se pudo… —los humanos a él nunca le agradaron—. Te dejé aquí

sufriendo por los lobos…

—No importa, te comprendo. Fue una circunstancia familiar muy dolorosa, que imagino no estarían de ánimos para atender a una extraña.

—Si te conocieran, te amarían.

Se sentó sobre su regazo y le rodeó el cuello, esbozando esa amplia sonrisa que a Everett le encantaba.

—¿Y si hacemos una cena para conocernos? La señora Mila, podría ayudarme.

Se tensó.

Aún, no.

—Después —dijo—. No tienen cabeza…

La sonrisa languideció.

—Claro. Qué tonta. —Acababan de enterrar al padre y ella de alborotada.

Él retiró un poco la cara y se la quedó observando un rato. Tenía que pensar el modo de ir preparándola para cuando llegase el día en que la presentara a su familia. Se armaría un fuerte enfrentamiento, habría rechazo e insultos, y unos cuantos zarpazos y mordidas que seguro le descargaría a los que la ofendieran.

—Tranquila, cuando estén de *mejor humor*, la organizamos. No te sientas mal.

—Estoy bien —mintió. Intuía que los Brankovic no tenían intenciones de conocer a una hispana procedente de un barrio.

Toques a la puerta.

—Señor Everett, el desayuno está servido —el ama de llaves anunció sin meter la nariz en la habitación.

Isabel se puso en pie y el aludido le respondió a la mujer que enseguida bajaban.

Se dieron unos piquitos y se marcharon hacia la cocina.

Allí, Everett se sentó a sus anchas. Isabel le hacía compañía, una taza de té negro con leche, le fue servida, mientras observaba el semejante atracón que se metía su novio.

Qué desayuno…

El estofado reposaba en un plato llano bastante ancho, cubierto de una salsa que enrojecía la primera capa de piel del *venadito*, cortado en presas grandes. Olía delicioso, con cierto olor a romero y laurel que lo aromatizaban.

Everett se zampaba los bocados con gusto, llenándose la boca, hasta inflarse los cachetes. Comía con rapidez por los días en que no se alimentó bien; perdía cuidado de que Isabel se asombrara de su apetito, que se acostumbrara desde ese instante a cómo era él. ¡Le gustaba comer en abundancia! En especial, animales grandes como el venado, el bisonte, cerdos, cabras, caballos…

Después del «frugal» desayuno, el sueño lo invadió. La noche anterior no durmió como había planificado, Jasna ocupó su atención, hablando sin parar de sus días como bailarina y como humana. No fue una conversación aburrida, ella se cuidaba de tocar temas que a los machos le fastidiaban; sin embargo, se abría con él, puesto que era un excelente oyente que nunca la interrumpía con brusquedad. Pero dicha atención, también se debía a que le daba curiosidad todo ese estricto mundo artístico en el que las jóvenes se sometían desde niñas.

Isabel era una de estas.

Quería saberlo todo.

Aunque lo dejaría para otro día o tal vez para la noche, cuando estuvieran juntos en la cama, conversando o retozando.

*****

Los gritos barrían el aire por donde él caía.
El tiempo corría rápido.
La luz se hacía más brillante.
Y la acera cada vez más cerca…

Everett despertó sobresaltado, bañado en sudor. Había tenido una pesadilla que casi lo hace caer de la cama.

Se sentó y tembloroso, se secó el sudor de la frente, tomándose un rato para recobrar el aliento. Otra vez sufría con esos destellos de realidad que se colaban en sus sueños y lo torturaban pues de ahí no pasaban.

Una caída que se repetía constantemente y del que parecía no tener fin.

Sacó sus piernas fuera de la cama y sin levantarse, posó sus pies en el piso de madera. Luego alzó la vista hacia los ventanales y se fijó que el sol estaba por ocultarse detrás del bosque.

Hizo un mohín. Durmió bastante.

Ni bien pasaron los treinta minutos reglamentarios después del desayuno para irse a descansar, se espatarró sobre el colchón y durmió hasta casi el atardecer. Isabel le había advertido que no lo hiciera, debido a la probabilidad de que tuviera pesadillas o malestares estomacales, pero él no le hizo caso, sus párpados estaban que se cerraban y si no descansaba, estaría gruñón por el resto del día.

Bostezó y se rascó la mejilla. Para la próxima, le haría caso.

Sin molestarse en consultar la hora en su Rolex que reposaba al lado del portarretrato de su mamá, se levantó para enjuagarse la boca que la sentía seca, pero se percató de inmediato que la habitación de repente se le hizo muy grande.

¿Isabel?

Se sintió solo.

Abrió la puerta y olfateó profundo para localizarla en la casa.

La percibió arriba.

Con los mechones del cabello apuntando para todas partes y su cara de soñoliento, se dirigió –descalzo y sin camisa– hacia la terraza.

Una melodía suave lo llamaba.

Se filtraba por debajo de la puerta que permite el paso hacia la terraza. Era entre moderna y clásica, muy agradable al oído, atraía de la misma manera en cómo el perfume floral de Isabel lo hacía. Lo invitaba a que se acercara, subiendo las escaleras sin prisas, sabía que ella estaba allí, disfrutando del paisaje que el Parque Nacional Denali, le mostraba.

Abrió la puerta y quedó pegado al piso.

¿Existen los ángeles?

¡Por supuesto que sí!

Verla danzar, le había demostrado que el cielo fue benevolente con él, pues todos sus pecados fueron perdonados.

Un dulce ángel celestial le mandaron para que se redimiera.

Capítulo 29

Isabel no se daba cuenta que era observada por un lobo que había quedado con la boca abierta al contemplarla.

Danzaba en sus zapatillas rosadas, cuyos lazos del mismo color, se envolvieron alrededor de sus tobillos varias veces, que de inmediato la imaginó desnuda y usando solamente esas, mientras la follaba en la cama. No era una danza mecanizada de bailarinas insípidas que ni sonreían, sino que, al ritmo de la melodía, los movimientos eran quebrados como si bailara en un constante desespero por algo que la atormentaba. Se sacaba todo por dentro, mirando al cielo matizado de naranja; allá dejaba sus ruegos con los brazos extendidos hacia arriba y los dedos tensos. La voz de la cantante se escuchaba al fondo, si mal recordaba era una chica caribeña muy hermosa de potente voz, lanzando ruegos para que no la dejaran de amar; intentando comprar al corazón, lanzando puñetazos al fuego a causa del amor en el cerebro…

Como él con Isabel.

Everett la siguió. Evitó llamarla, ella se deslizaba en puntas a lo largo de la terraza, disfrutando como una niña que batía su largo cabello y caminaba extraño con ese calzado acolchado en los dedos y ligero hacia los talones. Dobló a la izquierda, habiéndose apropiado del lugar, yendo también hacia el *Rhythm and blues* que sonaba un poco alto y del que le causaba a él curiosidad por averiguar cómo lo había sintonizado. En la cabaña no poseía un estéreo del que ella pudiera utilizar para amenizar su bonita danza; sin embargo, le tenía sin cuidado, solo quería ser su espectador, aprensivo de ser rechazado por invadirle su espacio.

Sonrió y fue tras su *caperucita* ataviada en un vestidito sin mangas, de color blanco y del que llegaba a los muslos. No usaba mallas que le tapara las bragas que se alcanzaba a ver cada vez que danzaba, ni medias típicas que complementaran el vestuario; el que lucía era el más apropiado para esa sexy coreografía que le hacía reverenciarse ante ella.

¿Qué le había echado Mila al desayuno?

¿Estaba drogado?

Alucinaba o seguía sumido en un profundo sueño, que esperaba, se tornase más erótico. Isabel no reparaba en su entorno, solo ella y sus desplazamientos enérgicos y desgarradores, pero que no dejaba de ser exquisito.

Esa era su habilidad: todo lo que ejecutaba se apreciaba elegante, así pelease con el mismo aire. Sufría y luchaba, saltaba y caía... Sus ojos se cerraban a ratos, concentrada en lo que hacía. En una parte de su baile, se puso en pie y arqueó la espalda hacia atrás, creyendo Everett que se iba a lastimar la columna vertebral, pero se equivocó y agrandó los ojos, fascinado por su bailarina.

Batió los brazos a los lados como si fuera un pajarito que imploraba volar en la inmensidad del atardecer y no revolotear ahí en esa reducida terraza que distaba de ser un digno escenario.

Everett procuraba mantenerse pegado contra el barandal, casi sin respirar, temía que si lo hacía despertaba. El sueño era tan vívido, como la fantasía sexual que tuvo con Jasna, imaginando que aquella era su ángel de alas rotas que danzaba para él, desnuda. No obstante, aún tenía la lucidez suficiente para diferenciar la fantasía de la realidad, Isabel le daba una pequeña muestra de lo que era su arte para nada impúdico, pero si excesivamente sensual.

¡Qué talento!

Poesía convertida en mujer.

Lo que danzaba era superior a lo ejecutado por la loba rusa en el dormitorio de la casona, Isabel aplicaba sus conocimientos del ballet clásico sobre la danza contemporánea. Para los apegados a la rígida disciplina, chocarían con la conjugación de pasos realizados con el fin de romper los esquemas.

Tragó saliva cuando ella corrió hacia él y de repente se detuvo con una pierna hacia adelante, elevada a medio paso, como si algo le hubiera impedido avanzar.

Luego arqueó la espalda hacia atrás, su cabello siguió la dirección de su fino torso; volvió a erguirse, le sonrió y batió el cabello una vez más como si le coqueteara.

Everett tuvo una erección.

La melodía se repitió, él se fijó que provenía de su móvil, que Isabel tomó prestado para bajar algo de música, y dejado en el piso donde no estorbara o lo pisaran. ¿Qué era un bailarín sin los sonidos propios de la voz de un cantante y de los instrumentos musicales? Estaría incompleto, pues la música intensificaba los compases que estos realizaban.

Y su Isabel era asombrosa.

Ella se acercaba a él y Everett casi se disculpa por estar allí de fisgón, pero en la mirada de Isabel no se reflejaba el disgusto, se aproximaba con sigilo como una valiente cazadora que dispararía directo al corazón del lobo; sus labios carnosos se curvaron en una eclipsante sonrisa, no se sorprendió de ser descubierta, más bien, danzó con más pasión, quizás, por la costumbre de ser analizada por miles de espectadores.

Al estar frente a él, hizo que la tomara de la cintura con ambas manos, sin que la aferrara con fuerza, y elevó poco a poco una de las piernas, siendo seguida por los ojos de Everett, quien estaba excitado y maravillado de la elasticidad de la muchacha, que elevaba la pierna hasta un ángulo de 90 grados

La zapatilla apuntaba al cielo, donde los otros ángeles la observaban con la boca tapada, perplejos de ver cómo seducía a un lobo de colmillos largos y garras mortíferas, tan peligroso como las criaturas nocturnas que merodeaban el bosque de coníferas. La ayudó con el equilibrio a la vez en que la pierna bajaba con lentitud. Ella le sonrió y mirando las manos de Everett, con un asentamiento de cabeza, le pidió que la soltase, para luego girar y girar, hasta alejarse de él y terminar en el piso en una delicada pose, del que Everett no pudo aguantarse en estar como un simple espectador; corrió hacia ella, quien ni alcanzó a elevar la mirada, cuando él la agarró de los brazos y la alzó con tanta rapidez, que las piernas de Isabel le rodearon la cintura.

La sostenía de su trasero, el peso de su cuerpo era tan ligero como una pluma. Le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, le rodeó el cuello con gráciles movimientos, para luego soltarse y arquear la espalda por tercera vez, segura de que él no la dejaría caer. Everett se lamentó no tener cuatro brazos, para así, de ese modo, mientras la sostenía, sus dos brazos libres le magrearían los senos, erguidos espléndidos bajo el sencillo vestido que parecía una batica de dormir.

El cabello cayó como cascada y el paisaje de la joven se volvió de revés: el cielo abajo, la tierra arriba, y las manos calientes del hombre, gravitando alrededor de ella.

Everett la ondeó con sutileza, estando aún de cabeza, complacida de que él formara parte de su danza. Por supuesto, solo se limitaba a servirle de apoyo para hacer las piruetas o saltos que quisiera; ese que hacía era un estiramiento de su torso en el que quedaba tan a la disposición del lobo.

La extrañó, trayéndola de nuevo hacia él, robándole de inmediato un beso apasionado.

Los dedos de Isabel se aferraron a la melena de Everett, jalando de los mechones, cuando la lengua de este batallaba con la suya. Podría decirse que estaba en una posición de ventaja, estando sobre él, pero Everett era el que marcaba el ritmo.

La cantante –en el móvil– repetía la canción. Al parecer, Isabel había programado alguna *playlist* para que sonara una y otra vez, habiéndola bajado de la Internet. Su móvil de última generación le permitía acceder a las redes, sin que las montañas o la lejanía de las ciudades fuese impedimento para estar conectado con el mundo. Lo que agradecía a Licaón y sus semidioses por hacer de la tecnología del

hombre, una herramienta efectiva.

Mareado, excitado, lo que fuera…, causó que cayese de rodillas, sin soltar a su Isabel. Sus labios pegados, sus cuerpos enfebrecidos, las manos ansiosas por tocarse en sus partes íntimas.

Pero su pajarillo se las arregló para liberarse de entre sus brazos y estirar las piernas para levantarse.

Con una negación de cabeza, le indicó que se mantuviese en su sitio. Everett obedeció; sin embargo, ¿qué se iba a dar cuenta?, cuando su sueño se tornó candente.

Isabel se alejó unos pasos, sin dejar de contonear las caderas al ritmo de la melodía. Sacudió los brazos en ruegos al vacío y se arrojó al piso, como si ya no tuviera fuerzas para seguir luchando por el amor. Everett se inquietó, quiso acercarse, pero enseguida ella elevó la mirada atribulada, propia de su dramática coreografía. Interpretaba a un personaje que pasaba por una gran dificultad: quería a su amado, estiraba la mano –hacia Everett– para alcanzarlo. No podía, le frustraba no conseguirlo, golpeaba el piso, tensaba sus brazos, sus piernas eran pesadas, por lo que a continuación, se arrastraba como una moribunda.

Everett no sabía qué hacer; tenía claro que ni del carajo la imitaría, pero no pudo contener el deseo de ponerse en cuclillas, como si quisiera saltar sobre ella y apretujarla entre sus brazos y expresarle: ¡soy tuyo!

Isabel se arrastraba, sufría, lo necesitaba cerca; llevaba las manos a la cabeza y se desesperaba por no conseguirlo. Lo quería, estiraba los brazos de nuevo hacia él y del que Everett estiró también el suyo para acortar la distancia.

Él estaba a su alcance.

Entonces, entre los arrastres forzados de la bailarina y el brazo totalmente estirado del lobo, las yemas de los dedos de ambos se rozaron.

Everett se inclinó hacia adelante y la aferró de la muñeca, para jalarla hacia él.

Fue brusco.

Isabel jadeó por la impulsividad de su novio, que enseguida se *humedeció*.

Everett la aplastó con su cuerpo.

—Ángel mío, soy tuyo, tómame… —dijo al ras de sus labios. Su cabello de león en celo, caía sobre el rostro de la muchacha, quien sudaba a raudales y respiraba agitada por la danza. La tenía como le gustaba: abierta de piernas, el vestido enrollado hasta las curvilíneas caderas y sus sexos uno sobre el otro.

Ella miró a los lados y se preocupó.

—Nos verán…

—¿Quiénes? —preguntó mientras la despojaba del vestido, sacándolo por encima de sus hombros.

—Ellos… —respondió, cruzándose de brazos para cubrirse el sujetador. Se había arrepentido de haber envalentonado al hombre.

Everett hizo que lo mirase, sus ojos marrones sobre los de ella.

—Nadie está cerca para deleitarse con tu desnudez.

—Qué me dices de esos *troglo*… Los guardaespaldas. ¡Y la señora Mila!

—Ellos se marcharon y Mila debe estar metida en la cocina. De allí no sale. —Sus manos deslizándose por el broche del sujetador, bajo la espalda.

Isabel lo miró con suspicacia. Los celos la aguijoneaban por mujeres que ya no formaban parte de su vida.

—¿Por órdenes que le has dado cuando traes a tus novias?

—Ni una ha pisado mi casa; salvo tú.

Arqueó las cejas.

El sujetador cerca del vestido.

—Mentiroso. Debes traer a muchas, que hasta la señora Mila está acostumbrada a verte en bola.

Rio.

—Porque me gusta estar desnudo, como también me gusta que mi preciosa novia lo esté.

Y las bragas se deslizaron por sus piernas, hacia los tobillos, para luego terminar más lejos que las otras prendas.

Everett apreció las curvas sinuosas de su cintura y caderas, los senos redondos y erectos, los vellos púbicos, las torneadas piernas, las zapatillas aún puestas…

Su respiración se aceleró. El pene estaba por salir de su pantalón deportivo.

El ocaso cayó en Denali y la luna que seguía en fase creciente, apenas se observaba entre las nubes oscuras.

Para Isabel era un alivio que la noche no fuese clara, puesto que contribuía a que ellos se desinhibieran. Sería muy tonto de su parte andarse con cohibiciones, cuando estaba en medio de un bosque, sin vecinos chismosos y con un novio fogoso que tenía el aguante de cinco hombres.

Pidió que la besara, rindiéndose a lo que fuera que él, en la terraza, le haría. Nunca lo había hecho al aire libre, menos bajo el cielo de Alaska.

Everett la besó como un poseso. Su barba se restregaba sobre sus labios y rostro sin delicadezas. Se le hacía que había pasado siglos desde que lo hicieron en el baño de la aeronave. Dos días era mucho para él que era un ser sexual a quien gustaba estar entre las piernas de una fémina.

Aunque esas ganas de aparearse se volcaron en su erótica bailarina, tras haber superado un ayuno que casi le atrofia el pito.

Le palpitaba y le dolía una barbaridad, pero el placer por estar dentro de ella, lo postergaba para cuando fuese el momento correcto; aún no lo era, pues otro deseo: el hambre por las carnes íntimas, era más apremiante.

Besó la planicie de su abdomen y descendió hacia los labios ocultos, aquellos al que ella solo se lo entregaba a un amante y del que, por fortuna, fueron escasos, y posó sus labios de hombre en el casi rapado monte de venus para darle un beso casto.

Escuchó un gemido en cuanto atacó la húmeda hendidura, la barba se impregnó de los fluidos vaginales, sus pelitos se confundían con los escasos vellos ensortijados de la muchacha, quien encontró apoyo para soportar los *lametones,* en la rebelde melena de su novio. Everett le enterraba la lengua, cuya extensión, le hubiera gustado fuese muy larga para metérsela hasta la matriz y hacerla delirar como toda una loba alfa. Aún tenía puesto el pantalón, pero, ¡rayos!, qué duro lo tenía. El aguante solo presagiaba que dejaría en silla de ruedas a Isabel durante varios días; su glande supuraba líquido seminal, el bulto crecía y crecía, en una incómoda contención bajo su bóxer y del que al mismo tiempo era dolorosamente excitante.

Gruñó, siendo rudo en esa zona erógena; presionaba la vulva que se hallaba entre las carnes íntimas y que era algo así como el botón pecaminoso que, al tocarla con la punta, ya fuese sus dedos, su pito, su lengua, su compañera se deshacía en jadeos.

Isabel le jalaba el cabello; menos mal que sus greñas eran de gruesas hebras o lo dejaría calvo. Lo jaloneaba, se retorcía bajo su boca, estaba que se le salía el alma.

—¡Everett! ¡Everett…!

Él sabía: estaba a punto.

Se bajó el pantalón y el bóxer hasta las rodillas.

—Más te vale que te sostengas —advirtió enronquecido, el glande estaba listo a la entrada de la vagina.

Isabel se aferró de sus hombros.

Y una invasión carnosa, le hizo apretar los párpados y enterrar las uñas en la piel del hombre.

Le dolió y no a falta de estar preparada para recibirlo, le dolió porque él tenía prisas por darle unas cuantas estocadas. Friccionaba sus genitales, apaleando al suyo, que solo lo recibía en una lucha del fuerte contra el más débil. No hubo cambio de posición, al menos, no lo harían allí, la temperatura del ambiente comenzaba a descender y los brazos de Isabel se erizaban. De momento, su calor corporal la abrigaba; pecho sobre pecho, genital contra genital…

Capítulo 30

La piel de Everett poseía el calor del fuego.

Las yemas de los dedos de Isabel se quemaban en la medida en que las deslizaba con suavidad a través del torso masculino. Admiraba sus formas tan bien desarrolladas, mientras él yacía en la cama, boca arriba, esbozando una tenue sonrisa y dejando que ella lo tocara. Estaban los dos desnudos, uno al lado del otro, envueltos en el sopor *postcoital*, mirándose en silencio. Isabel se mantenía sobre su costado derecho, no tenía frío, la chimenea estaba encendida, iluminando apenas la habitación. El pudor por ser vistos, dejó de asolarla, los ojos de la noche se esfumaron de su mente, sintiéndose segura, querida y con ganas de librar por él mil batallas.

Aún traía puestas las zapatillas, Everett se lo pidió para hacer más picante el encuentro: le pasó los tobillos sobre sus hombros, le estiró las piernas de modo que las puntas de las zapatillas tocaban el cabecero de la cama para él perforarle el trasero con mayor intensidad, y le enrolló las piernas en torno a sus caderas, quedando la dureza de la suela golpeteándole las nalgas, mientas él la follaba.

Ahora descansaban, luego de un par de horas de hacerlo dentro de las cuatro paredes cristalinas. Isabel se placía de acariciarlo, no buscaba reiniciar el acto sexual, estaba agotada y agradecía de que Everett le tuviese consideración. Pero sentir cómo su piel se calentaba y erizaba al paso de sus dedos; esa respuesta automática de su ser, la llenaba de gozo.

Era excitante observar la tensión en sus músculos, en cómo fruncía el ceño y cerraba los ojos, conteniéndose de asaltarla de nuevo. Apretaba los labios y del que Isabel sospechaba, él trataba de no exclamar un gemido en voz alta. Reconocía que provocarlo era una locura, ella estaba sensible por las estocadas en todos sus orificios, llenándola de semen. Y cuando hablaba de todos: ¡eran todos!

Vagina, ano, boca…

Isabel se aventuraba en despertar otra vez el apetito sexual de esa reencarnación de Eros, quien era identificado como el dios del amor y del sexo, haciendo círculos con la yema de sus dedos sobre sus músculos abdominales *quita-aliento* que temblaban ligeramente.

Everett dio un brinquito en estado de completa tensión, Isabel subía suave a través del torso y rozó el contorno de una de las tetillas. Comprendía que era un juego a ver qué tanto aguantaba sin estallar. Para cuestiones de medir fuerzas con otros lobos machos, él ganaba,

los superaba en el acto; era el más fuerte, el que más puñetazos repartía y el que menos recibía. Soportaba pesos en su lomo de más de media tonelada, sus fauces eran capaces de desgarrar hasta la piel de un cocodrilo. Los que pretendían hacer que se doblegara, se lo pensaban dos veces para buscarle bronca; era su propio líder, no seguía a nadie, por lo que le temían y lo respetaban.

Pero el toque de una mujer.

De Isabel…

Lo debilitaba.

—Como que no te bastó *con lo que te di*… —Su voz gutural vibró en la habitación. Su pecho subía y bajaba por la respiración que se hacía cada vez errática y sus ojos se oscurecieron, cual ónices entre brasas.

—Sí me bastó, ¡y mucho! Pero… —los dedos haciendo estragos internos en el otro— me gusta tocarte. Eres tan cálido, Everett… Haces que sobrepase mis propios límites.

Él le acarició la mejilla con el dorso de sus dedos.

—Yo soñaba que te tocaba —le confesó—. Me imaginaba la lozanía de tu cutis, en el perfume que usabas y en lo delicioso que debía ser —seguía acariciándola a la vez en que ella lo hacía en su pecho—; en el sabor de tus labios… —la atrajo y le dio un beso húmedo—, en lo sedosa de tu cabellera —con el dedo índice hizo un bucle en uno de sus mechones y luego lo soltó con suavidad—, en la perfección de tu cuerpo… —la mano descendió por la curva femenina hasta la cumbre de la cadera y luego retornó hacia la mejilla sin despegar los dedos de la erizada piel.

Ella tragó saliva, él quería repetir.

Y por más que Isabel quisiera, se desmayaría por el agotamiento.

Hizo el amague de levantarse para quitarse las zapatillas y así hacer un corte de nota, pero Everett la detuvo al pedirle que no se las quitara.

—Las tengo puestas desde que te quedaste dormido —dijo—. Como estaba aburrida y ya me había pillado la amplitud de la terraza, quise practicar. Tenía días sin hacerlo.

—Cinco minutos, ¿quieres?

—¿Es alguna clase de fetiche tuyo de *hacerlo* con las sandalias puestas o es solo con las zapatillas? —Esperaba no tener competencia.

—Es un fetiche nuevo —admitió socarrón—. Me gustan cómo se te ven puestas.

—¿Sí?, pues, *estas*… —arropó su pelvis y alzó la pierna que reposaba sobre la otra y le mostró la zapatilla— son matadoras.

Él se puso de lado y apoyó su cabeza en la mano, para elevarse un poco y así admirar ese sexy calzado.

—¿Te duelen los dedos al danzar? —preguntó en referencia a las callosidades y laceraciones que esta tenía en sus pies.

Giros en el aire de la zapatilla y luego la estiró en punta.

—Solo cuando danzo durante horas y cuando las zapatillas son nuevas o muy viejas —subía y bajaba la pierna en el glorioso ángulo de 90 grados.

Everett seguía el movimiento y observó que esas que usaba inspiraban lástima.

—Y *estas* te hacen sufrir, ¿no?

—Un poco.

O sea: bastante.

—Puedes quitártelas. —Que no se dijera que era un tirano.

Ella le sonrió.

—Cinco minutos más, ¿quieres? —le rogó de la misma manera que él, obteniendo como respuesta que le pusiera los ojos en blanco. A pesar de que los pies le ardían, la preocupación de Everett, le encantaba.

Él se quedó observando largo rato la gasa que se alcanzaba a ver bajo las cintas enrolladas en los tobillos de la muchacha, y se encomendó a sí mismo la tarea de comprar un lote para que no volviera a sufrir por zapatillas deterioradas.

Pero quería que fuera una sorpresa.

—¿Cuántas tienes de estas? Están muy desgastadas.

—Ah, es que… —se revolvió en la cama—, son un *poquitín* costosas. ¡Las que son de calidad! Estas me han salido buenas, pero ya cumplió su cuota…

—No se ven muchas tiendas especializadas por ahí… ¿Hay virtuales? —Recordó la vez en que visitó una y salió de volada por ser tan ignorante en esas cosas. Su ángel se quedó sin regalo por idiota.

—Virtuales, sí. Pero me gusta ir personalmente a las que están cerca de las academias. A veces no son cómo las pintan en las fotografías.

Él la miró sin comprender.

—¿Por qué?

—Por la calidad de las telas, las costuras, la suela… Por ejemplo —señaló la punta de las zapatillas—: hay que tomar en cuenta que la caja sea alta, media o baja.

—¿Qué caja?

—Esta caja —mostró la zona dura que cubre los dedos. La parte acolchada—. Si las bailarinas tienen bastante empeine, la caja debe ser larga; si tiene poco empeine o menos fuerza en los pies: debe ser corta. Hay muchos modelos y marcas.

—Creí que eran de un solo tipo… —¿Para qué coños preguntó? La explicación sería interminable. Mejor hubiera optado con robarle una y mandarla por correo al sujeto que atiende la que él visitó, para que le buscara varios pares iguales.

Ella sacudió la cabeza.

—Hay muchas marcas, como la *Capezio-Glissé*, la *Freed-Fortiflex*, la *Bloch-Alpha*…

—¿Alfa? —le causó gracia.

—La marca. Esas son de caja ancha para las chicas de dedos cuadrados o pie ancho, porque también se toma en cuenta la alineación de los dedos.

—Tus pies son delgados. ¿Las tuyas de qué marca son?

Alzó el pie.

—*Bloch-Serenade Strong*. Antes usé las *Capezio*, pero su durabilidad es media baja… Las *Strong* son las que más dureza tienen con respecto a las otras, y son las más apropiadas para las bailarinas con bastante empeine. Yo tengo mucho empeine —arqueó el pie, orgullosa, como cuando se paraba sobre este.

—Bloch-Serenade Strong… —Everett repitió el nombre para hacer memoria. Ya sabía qué comprar. Faltaba el número del calzado, pero eso no era problema.

Isabel seguía subiendo y bajando la pierna con elegancia, y Everett siguiendo fascinado sus movimientos.

—Con estas no tengo problemas para pararme en puntas —dijo ella—. La base es ancha y se adapta al pie. En la academia solía practicar horas después de dar clases, para no perder la costumbre…

—Lo sé.

Ella lo miró con suspicacia.

¿Y este cómo sabía?

—¿Eras tú? —Everett hizo una expresión de ¡me descubrieron! e Isabel jadeó asombrada—. ¡Eras tú!

Se encogió de hombros. ¿Qué iba a decir? Lo descubrió al instante.

—Cielos, Everett, esa noche me diste un susto de muerte. Creí que el vigilante me estaba acosando. No lo volví a saludar.

—Lo siento.

—¿Cómo lograste entrar?

—Le pedí permiso al vigilante.

O se lo ordenó mediante hipnosis, sopesó intuitiva.

Se escudaba en los comentarios que ella hacía.

—Me viste danzar —era un hecho absoluto.

Asintió.

—Tu nivel es superior. ¿Por qué no estás danzando para una compañía profesional? Te habrían elogiado.

Se arropó con la cobija, dejando fuera sus zapatillas.

—Me quebré.

—¿Te exigían?

—Mucho…

—Qué pesar, porque danzas precioso.

Isabel no le aclaró que, no solamente fueron las exigencias de una ejecución perfecta, sino que se había hartado de tantas humillaciones y críticas despiadadas por ser un par de kilos más gorda con respecto a las otras bailarinas y por ser una hispana pobre.

Él se acomodó sobre su estómago, exponiendo toda la parte posterior de su fibroso cuerpo hacia arriba. Posó sus manos por debajo de su almohada y sonrió apurruñado a esta, relajado por las caricias que su pareja continuaba en su espalda.

—*Mmmmm*…, qué rico —expresó con los ojos cerrados, sintiendo el tacto de la joven viajar a lo ancho de sus omoplatos y descender hasta llegar a sus nalgas. Isabel se puso de rodillas y pasó las manos extendidas por una de estas, le dio un leve apretón, la acarició; Everett estiró los labios, sin abrir los ojos, disfrutando ese toque fabuloso de su mujer, yendo más abajo a través del reverso de sus muslos.

—Ya casi ni se te nota —sentada, rozó la cicatriz que se retorcía por la pantorrilla de la pierna derecha—. Cada vez está menos gruesa, como si se hubiera… —Él abrió los ojos— regenerado. ¿Te hiciste algo: crema anti-cicatrices o cirugía plástica? —Aunque ambas conjeturas eran una idiotez, ninguna crema era tan milagrosa y una cirugía estética tomaba tiempo de reposo.

—No.

—¿Nada? Es impresionante. ¿A qué se debe?

A que los lobos regeneramos rápido, quiso decir.

—Siempre ha estado así —mintió para confundirla y se sintió pésimo por hacerlo. ¿Acaso no le iba a revelar lo que era él? Entonces, ¿qué sentido tenía salirle con evasivas?

Isabel también se dio cuenta que le mentía, él pasaba por procesos de cambios progresivos: su vertiginoso aumento de peso y masa muscular, la mejoría en su cojera, la regeneración de sus cicatrices, la vitalidad de su físico, las hipnosis; esas que eran tan dominantes…

Que le mintiera, significaba que desconfiaba de ella.

O la tomaba por tonta.

Se acomodó y dobló una pierna para quitarse las zapatillas, las ganas por seguir a su lado se habían disipado; iría por agua para bañarse y luego leería hasta la madrugada para no tener que hablar más con él.

Everett se sentó en el acto.

Una zapatilla cayó, dando un golpe seco al piso, y la otra estaba en proceso de desanudarse.

—¿Te ayudo? —Isabel trataba de zafar de mala gana el nudo de las cintas.

—No.

—¿Estás enojada? —Como siempre: él la cagaba. El silencio de la muchacha y sus ademanes toscos al desenvolver las cintas de su

tobillo, le indicaban que sí—. ¿Lo estás? —De todos modos, lo preguntaba, se quería asegurar.

Ella no respondió, tras levantarse enojada de la cama, arrojó al piso la zapatilla del pie izquierdo, y enseguida tomó el albornoz colgado detrás de la puerta del baño.

Se llevó la sorpresa al fijarse que la tina estaba lista y el jarrón para el agua del lavabo, lleno.

La señora Mila fue diligente en preparar todo para cuando se aseasen, mientras los dos estuvieron retozando en la terraza.

—Isabel…

—¿Podrías bañarte en el riachuelo?, quiero bañarme sola —comentó en cuanto él ingresó al baño para averiguar el porqué de su enojo.

Parpadeó.

—¡¿Al riachuelo?! ¡Claro que no! —se quejó—. Me bañaré aquí, contigo. Así ahorramos más agua.

—En el riachuelo hay mucha.

—Hace frío.

—Esta mañana no te importó —replicó mientras se quitaba las gasas de sus pies.

—Y está oscuro.

Ella lo miró, molesta. Que no le viniera con cuentos de «pobrecito yo, que me congelo y me da miedo», que ese *tamañote* que tenía, era para que las fieras guardaran las distancias.

—Entonces, báñate *con la que hay* en la jarra; yo me baño sola.

Everett frunció el ceño.

—Con eso me lavo los dientes.

—Y también el culo.

—¡Isabel, no seas egoísta!

Ella le dio una mirada de, «ya ves que sí».

Se quitó el albornoz, dejándolo sobre el mueble del lavabo y se introdujo en la tina, ante la atónita mirada de su novio por no querer compartir.

—Veo que estás enojada —masculló—. Pero, ¿sabes qué es bueno para el enojo? —Se metió también en la tina, haciéndose espacio, tras Isabel. Ella protestó y Everett la rodeó con sus brazos y piernas—. Un abrazo de lobo.

—Se dice «abrazo de oso», tonto.

Everett le dio un beso en la mejilla y luego con delicadeza comenzó a echarle agua sobre los hombros.

—No por estos lugares, aquí los lobos mandan —replicó y del que Isabel en su fuero interno –en ese punto– le dio la razón: *aquellos* que merodearon en la cabaña eran de temer—. ¿Por qué estás molesta? —Sabía, ni idiota que él fuera, pero ¿por cuál motivo?—. ¿No confías en

mí? —Dejó de echarle agua en la espalda—. ¿Qué te llevó a conjeturarlo? Te he sido siempre sincero.

Hasta ese instante.

—Hoy no lo fuiste —reprochó dolida—. La cicatriz es lo que resta, *de lo que te pasó* en el Mastrangelo, y aún no te abres conmigo.

—Te he contado lo que sé. —Lo que era cierto. Al menos, en lo referente a qué fue hacer en aquel lugar.

—Pero aún sigues sin contarme lo más importante: ¿Qué eres tú?

Soy un lobo, caperucita.

—Un simple mortal —respondió. Qué más quisiera que contarle todo y jamás guardarle secretos; sin embargo, aún era pronto para hacerlo, la atemorizaría, el afecto que se tenían, al menos por parte de Isabel, no era tan fuerte; el amor entre los dos debía afianzarse más, crear vínculos para confrontar la cruda verdad al momento de la revelación y a su familia, que no sabían de ella.

Isabel esbozó una silenciosa sonrisa sarcástica de la que Everett no vio, pero que percibió su animosidad.

—Sobreviviste a una caída de varios pisos —le hizo ver—. ¿Quién se salva de esta?

Del décimo octavo, pensó él, pero no se lo quiso ratificar.

—Tuve suerte.

—Hipnotizas a la gente —enumeraba con la mano.

—Lo aprendí. Cualquiera con entrenamiento puede hacerlo.

—No de ese modo… Además, tu cojera desapareció.

—Por las terapias.

—¿En una semana?

—No fue tan grave.

¡¿Qué no?!

—Tus músculos… Antes estabas muy delgado y mírate: pareces Thor, pero moreno y barbón. ¡Y no me digas que, «por los ejercicios», porque se te inflaron de un día para otro! —No le replicó y ella continuó—: Eso no es normal, Everett, eras un hombre que caminaba con dificultad y ahora, tienes la vitalidad de cinco hombres. —Si a sus ex, ella le hubiera pedido una *tercera o cuarta ronda*, les habría dado un infarto—. ¿Qué eres? —Su corazón palpitó y su mente especuló un nombre.

—Aún no.

El corazón se aceleró.

—¿Por qué no?

Porque te morirías del susto.

Ese hermetismo con el que él solía encerrarse, le hacía determinar a ella en que, lo más probable, era lo que se imaginaba.

Tragó en seco y envolvió sus propias piernas, alejándose un poco del torso masculino.

—¿Eres…? —¿Qué iba hacer cuando lo admitiera? ¿Gritar? Estaba tan alejada de toda civilización. Y esa larguirucha mujer de sonrisa postiza, no tenía pinta de protegerla—. U-un… ¿vampiro?

Se carcajeó.

—No me insultes.

—Es que envías señales extrañas —replicó sin mirarlo por sobre su hombro—. Todo en ti es extraño.

Hubo silencio por parte de él.

—¿Me temes?

Ahora era ella la que enmudecía.

El aire de los pulmones de Everett, cayó en su nuca, como el resoplido de un toro embravecido.

—¿Te he dado motivos para que me temas? Porque me parece que no, Isabel. Al contrario, te he demostrado que te quiero y que me importas.

—Pero no eres sincero.

—¡YA TE DIJE POR QUÉ! —Alzó la voz, echándose a perder lo que obtuvieron tras los orgasmos en la terraza y en la cama.

Se sujetó de los bordes de la tina y se puso en pie, salpicando agua al salir, molesto por el empeño de esta de sacarle la verdad a cucharadas.

Aunque, también huía de ella.

Aún no.

Demasiado pronto para afrontar su mirada de terror.

Dejando charcos a su paso, tomó una toalla del estante y se marchó hasta el dormitorio, dejando a Isabel triste, sin respuestas y sola.

Capítulo 31

La toalla estaba en el piso.

Pero Everett no se hallaba en el dormitorio, sino lejos donde Isabel no le podía dar alcance.

Salió del baño, envuelta en su albornoz, observando con tristeza la toalla tirada con rabia, tras la discusión que sostuvieron dentro de la tina. O, más bien, fue él quien gritó, pues ella solo le comentó su falta de confianza. No le era sincero, fingía ser alguien que a leguas observaba era una burda imitación de una persona normal. Everett distaba de ser aquel hombre que conoció por accidente en la acera y que, con el tiempo, compartieron una mesa en un pequeño cafetín. Parecía que fuesen dos: uno caballeroso, noble y con la sinceridad –sin ser hiriente– en sus labios. Mientras que el otro tosco, impulsivo y mentiroso.

Claro está, que la parte de su físico habría que tomarse como el aspecto más alarmante, le hacía formular muchas preguntas: ¿Cómo se recuperó tan rápido de la cojera? ¿Le mintió? ¿Era un manipulador? ¿Un recurso para atrapar idiotas como ella y llevárselas a la cama?

Y esos músculos… ¿Cómo los obtuvo?, si en menos de una semana nadie pasaba de ser en extremo delgado a un fornido.

¿Esteroides?

No…

¿Implantes?

Podría ser.

Algunos actores y modelos recurrían a las cirugías estéticas para amoldarse el cuerpo, debido a que no lo conseguían mediante los ejercicios que solían tomar meses y hasta años, o era un flojo que quería lucir músculos de manera meteórica. Conocía casos de sujetos famosos que levantaban suspiros por su aspecto varonil desarrollado, pero que eran maniquís andantes en el que debajo de la piel tenían implantes de pantorrillas, muslos, glúteos, abdominales, pectorales, bíceps, barbilla...

Sin embargo, cada cirugía realizada, requería recuperación de un par de semanas.

Y Everett no las tuvo.

¡Ella estuvo con él durante esos días! El cambio se dio en un abrir y cerrar de ojos; sobre todo, después de *hacerlo* la primera vez. Su salud, su vitalidad, todo él…, como un resurgir.

Recogió la toalla y la dejó en el respaldo de la silla de madera, sin

quejas de su desorden; esto era una nimiedad para lo que afrontaban: la evadía, porque ese enojo fue para no contestarle la pregunta que más la inquietaba.

¿Qué era él?

Hizo un mohín, reprendiéndose a sí misma por la insinuación que le había dado de ser un vampiro.

¡Por supuesto que no lo era!

¿Acaso los vampiros salen durante el día?

Claro que no. Al menos, de los que ella sabía de las novelas y las películas. Y, debido a ello, Everett se carcajeó. En más de una ocasión lo vio en pleno día con el sol cayendo sobre su rostro sin lastimarlo. No hubo quemadas en su piel, ni gritos, ni laceraciones enrojecidas, Everett permanecía impasible como cualquier ser humano.

Humano…

¿Por qué ese término a Isabel no la convencía?

Humano.

Como si la palabra le quedara grande.

O pequeña.

¿Acaso…?

¿Y si no?

El nudo se tensó en su estómago y las náuseas de repente la acuciaron.

Corrió al baño y se detuvo *ipso facto*, ante el predicamento de la falta de inodoro para descargar todo lo contenido en su estómago. Miró angustiada hacia la tina y la desechó por estar aún llena de agua, se había olvidado de quitarle el tapón para que se vaciara; en el piso, bajo esta, un desagüe recorría toda la planta superior e inferior, hasta extenderse la tubería por el subsuelo y teniendo como final una de las laderas, detrás de la cabaña.

Respiró lento y profundo para contener las ganas, pero el vómito ya lo tenía en la garganta y era inevitable correr fuera de la habitación para vomitar en el exterior.

Así que, lamentándolo por la señora Mila quien era la que hacía la limpieza, vació su estómago en el lavabo, en tres horribles arcadas.

El sonido que hacía era escandaloso como si las tripas se le fueran a salir por la boca. Se había quedado sin aire y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas por el esfuerzo que hacía. El lavabo comenzaba a llenarse y el olor ácido de su tracto digestivo, la mareaba.

Sollozó. Vaya viajecito se había llevado: no poder apoyar a su novio por la muerte de su padre, estar encerrada durante días en ese rudimentario lugar que, para colmo de males, se había enfermado del estómago por estar sospechado de cosas sin explicación.

Con la jarra, del que le había espetado a Everett se lavara el

trasero, se juagó la boca varias veces y el contenido lo arrojó a la tina.

Luego, tambaleante se acostó en la cama; de momento, el albornoz sería su pijama, las náuseas aminoraron, pero el malestar seguía ahí. El almuerzo le había caído fatal, en vez de comer espaguetis con espinacas y tiras de pollo, prefirió las sobras que quedaron de lo que el ama de llaves preparó para el desayuno de Everett; a ella se le había antojado probar un poco de venado, pero se zampó todo lo guardado en una cacerola.

Se le revolvió de nuevo el estómago y se aovilló para echar mil maldiciones por antojosa.

Puto venado…

Capítulo 32

El tupido bosque no era impedimento para correr.

Everett evadía los árboles con habilidad. Contra ninguno se golpeaba o rozaba; pasaba por el lado como ventisca: muy rápido, moviendo las ramas por la velocidad que llevaba.

Estaba furioso, más que todo, consigo mismo, porque a pesar de demostrarle a Isabel que su amor y protección eran sinceros, ella desconfiaba de su palabra. Le temía, lo veía en sus ojos achocolatados, por eso su insistencia al preguntarle lo que era él.

Pero, ¿cómo iba a ser tan idiota en revelarle su verdadera naturaleza, cuando ni su propia familia la aceptaría por su condición de ser?

Decirle a Isabel que era un hombre lobo, antes del primer mes de estar juntos, era muy descabellado; a la relación le faltaba mucho por madurar; ella tenía que acostumbrarse a él, a la soledad del bosque, a los arranques de furia de su familia, a su temperamento ambivalente.

Saltó un risco y plantó sus pies descalzos en la hierba del otro extremo, el rio surcaba al fondo, cuyo caudal suave terminaba en el Lago Wonder. Everett siguió corriendo, estaba desnudo, como siempre que lo hacía cuando necesitaba quemar energías. Su forma humana era fuerte y vigorosa, seguido por algunos lobos que lo olfatearon en su recorrido. Era el alfa de los alfas, su presencia indicaba su inevitable destino; tenía que rendirse a la naturaleza: cazar, matar, devorar como la digna especie depredadora que representaba.

A pesar de adentrarse en la espesura, la agilidad de sus piernas superaba las cuatro patas de los *Canis lupus* que lo seguían. Estos exigían a los músculos de sus cuartos traseros y delanteros, a contraer y extenderse en su máxima capacidad, en una frenética carrera en las profundidades de la reserva forestal Denali, desplazando el peso de su anatomía que oscilaba entre los 50 a los 70 kilos. Lobos grandes de pelaje grisáceo y blancos, protegían al líder de la familia *Canidae*. Los osos grizzli se ocultaban más en sus madrigueras, los alces huían a todo galope para no ser atrapados, las ardillas permanecían quietas en los ramajes, las liebres escuchaban a la jauría pasar por encima de sus agujeros, cayéndoles un poco de tierra sobre sus cabezas, moviendo sus bigotes con nerviosismo, pues no solamente estos perseguían al metamorfo, sino que otros de la misma especie que aquel, que pasó como un rayo, comenzaron a bajar de las montañas, retumbando el suelo con sus grandes patas transformadas.

Pero no podían darle alcance.

Everett era veloz, desdibujándose en la oscuridad y confundiéndose con el mismo viento.

Triplicó con creces los 75 kilómetros por hora de estos mamíferos aulladores, logrando perderse sin que fuera su intención de hacerlo. Él solo estaba pendiente de su recorrido y sentir el aire en su rostro; su velocidad podría compararse como un fogonazo que apenas se vislumbró, algo así como un parpadeo… Everett se complacía de llevar al límite sus piernas; sobre todo, la tibia y el peroné de su pierna derecha que estuvo por interminables meses, fisurados. No más dolores, no más batón para sostenerse al caminar, ni medicamentos inefectivos, había sanado por completo sin recurrir a la violencia extrema.

En esto se sentía orgullo, porque le demostraba a su difunta madre que él cumplía con su palabra.

Aun así, dentro de su ser libraba una batalla entre lo que estaba bien y mal. Su conciencia con frecuencia le recordaba que debía mantenerse firme en su juramento de no matar, pero su subconsciente le gritaba que se olvidara de todo y siguiera sus instintos.

Ellos nacieron para cazar.

—¡NO! —gruñó, cayendo abrupto al suelo y aplastando sus puños en la tierra. Los humanos no eran animales como los que habitan las selvas y los bosques, estos formaban parte del árbol genealógico que se quebró hacía milenios, ramificando dos tipos de seres bípedos.

El hombre común y el hombre lobo.

Y uno era más fuerte que el otro.

La del lobo…

Violento y carnívoro.

Por este motivo, Everett se marchó de la cabaña para evitar emerger esa parte tan difícil de controlar delante de Isabel.

Gruñó, enterrando las garras en la tierra y la hierba; las falanges y metacarpos de ambas manos, comenzaron a fracturarse por sí solas en una dolorosa metamorfosis que experimentaba su cuerpo, después de tanto tiempo sin hacerlo. Una membrana delgada se extendía entre los dedos, permitiendo que se moviera con mayor facilidad entre la nieve y en cualquier tipo de terreno. Las venas se engrosaban y la sangre burbujeaba, causando que la dermis desencadenara una serie de revoluciones en los vasos sanguíneos y linfáticos, haciendo estragos en las terminaciones nerviosas. Las secreciones glandulares activaron los folículos pilosos, ocasionando que los vellos de sus brazos y cabello, crecieran de forma exagerada.

Capas gruesas de pelo largo cubrían sus extremidades, elevando más su temperatura corporal y protegiéndolo hasta del frío ártico, si a él le daba por correr hacia el Polo Norte. Sus orejas redondeadas se

tornaban cada vez más largas y puntiagudas, cubiertas también de pelo de animal, agudizándose todo el sistema interno de sus oídos; escuchaba con absoluta claridad el sisear de las marmotas a veinte kilómetros de allí, los chillidos de las ardillas que, a su vez, estaban atentas al sonido de advertencia de los cuervos en las copas de los árboles, anunciando peligro. También, el zumbido de las abejas que revoloteaban cerca de un panal, el balar de los carneros que de repente se le antojó a él darles un mordisco; el gruñido de los linces, provocando que estos le hicieran a Everett plegar las encías y agrandar todos sus dientes y colmillos en una animosidad natural entre lobos y felinos.

Everett gritó ante la desfiguración de su rostro humano, su boca se agrandaba, conforme los mortíferos colmillos crecían; la nariz se ensanchaba en un enorme hocico que se hacía mil veces más sensible a los olores de los seres vivos que merodeaban cerca y de los que estaban bastante apartados. El aullido de los lobos –tradicionales y sobrenaturales– celebraban la paulatina evolución del líder. Se detuvieron a unos doscientos metros, olisqueando y escuchando los gruñidos del alfa. No era prudente estar a la vista; las dentelladas se daban en el acto si el alfa se sentía amenazado, ya que, por lo general, se ejecutaban luchas de poder, del que la mayoría de las veces este la ganaba sobre el que lo desafiaba.

Algunas aves emprendieron vuelo hacia otros árboles, espantadas por los gritos de ese demonio terrenal que se retorcía de dolor en el suelo, convulsionando por el cambio.

Los talones de Everett se alargaron al igual que sus pies, cuya bestial anatomía se hacía descomunal; el más grande de los que poblaban esas latitudes. El volumen de sus muslos iba en aumento con el de su torso, llevándolo a una postrada posición rectangular de lobo gigante; sus manos ya no eran manos, eran patas y debajo de estas, las almohadillas plantar y dactilares estaban listas para la inminente carrera.

Iba a cazar.

Un caribú.

Un oso.

O un humano…

—¡NO! —Tenía que controlarse o se lo reprocharía por el resto de sus días. ¡Él tenía palabra!, debía recordar su juramento. En no olvidar *en lo que le hizo sufrir*.

Así que, en una lucha interna efectuada con las mismas células como si fuera una enfermedad maligna, Everett se obligó en hacer retroceder su naturaleza lobuna.

Lanzó sus gruñidos al cielo, en vez de ser un aullido. Rastrillaba la tierra con sus garras delanteras, aferrándose a estas para no encabezar

la cacería; si lo hacía, habría masacre a dónde fuese, ya sea en Denali o en los pueblos cercanos. Los lobos lo seguirían y harían lo mismo que él, si se dejaba llevar por los instintos.

El pelaje denso cayó, su hocico se encogió, sus dientes se escondían en las encías, sus vigorosas patas adelgazaban, su postura se tornaba a la de un ser erguido.

Sus dedos –siendo ya las de un humano– soltaron la tierra y los pedazos de hierba, y se relajaron mientras su pecho subía y bajaba, agotado por el esfuerzo acabado de hacer. Permaneció acostado sobre su lado derecho, casi en posición fetal; los lobos aullaron, descorazonados, esa noche no recorrerían las zonas arbóreas ni las grandes extensiones de tundra, ni tampoco escalarían la cadena montañosa. El alfa aplacó su voraz apetito.

Everett se levantó tembloroso y miró por sobre su hombro: un miembro de la manada tuvo la osadía de caminar hacia él, con la cola metida entre las patas y la cabeza gacha.

Su pelaje pardo.

—Estoy bien, Kuzman. Solo salí a correr.

El animal gimoteó, preocupado por su amo. Detrás de este, Goran y Lazar, aguardaban órdenes de retirarse o seguirlo, y mucho más atrás, casi hasta el final de la manada, una hermosa loba de color blanco se hallaba sumisa y callada.

Abby Rose.

*****

De vuelta a la cabaña y al entrar por la puerta posterior, un olor repulsivo le picó a Everett la nariz.

¡Caramba! Hizo un mohín, era una fetidez que le hacía querer retroceder y volver hasta el otro día cuando desapareciera. Tenía impregnada toda el área de la cocina, costándole respirar.

Se recompuso ante el impacto del olor, rastreando de inmediato que provenía de arriba. Esto le hizo correr por las escaleras, pues también había reconocido quién lo producía.

Casi se lleva por delante a Mila, quien salía del dormitorio, sosteniendo entre sus manos la vasija del lavabo repleta de agua turbia con restos de comida. Un par de toallas húmedas colgaban de su brazo, manchadas con una sustancia amarillenta, igual de apestosa al contenido de la vasija.

—Ha estado vomitando sin parar —dijo y continuó por su camino hacia la planta baja para arrojar los desechos estomacales afuera o en la letrina.

Everett entró al dormitorio, yendo rápido al baño.

Halló a Isabel, sentada en el piso, con la espalda recostada contra la parte lateral de la tina y con una cubeta entre sus piernas.

—Me cayó mal el venado… —comentó con malestar. Estaba pálida y con el cabello pegoteado en la cara—. No debí comer tanto…

Inclinó su cabeza hacia adelante y vomitó.

Everett se hizo a su lado y le sobó la espalda para reconfortarla, mientras ella dejaba en la cubeta hasta la bilis en ruidosas arcadas.

—¿Qué puedo hacer por ti? —Ciertas comidas caían pesadas en algunos estómagos humanos y, por lo visto, el de Isabel era delicado.

—N-nada… —respondió tras terminar con esa tanda vomitiva. Jadeaba agotada. Sus ojos desenfocados y vidriosos.

—¿Llamo un doctor?

Isabel lo miró con estupor.

—Me gustaría, pero tu móvil se descargó cuando lo utilicé. La señora Mila lo puso a cargar. —Cuando el ama de llaves sugirió pedir ayuda, se dio cuenta que la batería del móvil de Everett había llegado hasta las últimas, poniéndolo en un cargador de energía solar del que, a Isabel al enterarse de su existencia, le provocó estrangularla. ¡Cuántas veces le preguntó por un móvil para llamar a Everett, mientras estuvieron solas! La muy maldita no le informó de la existencia de ese práctico aparato que estaba guardado en la gaveta de la mesita de noche del portarretrato de Winona Brankovic.

Prácticamente, fue cómplice en mantenerla aislada.

—Entonces, lo traigo. —El doctor Pavlovic le daría algún medicamento o jarabe que la ayudara.

—¿Para qué? —reconsideró—. Es indigestión. Después de… —la acidez subió por su tracto digestivo y salió en chorros por su boca. Dos arcadas bastaron para descargarlo—. ¡Ay, Dios!, esto es horrible…

—¿Qué has tomado para aliviarte?

Arcadas y más arcadas.

Se limpió la boca con el dorso de la mano.

—La señora Mila me trajo una infusión de manzanilla, pero la vomité…

—¿Tienes algún medicamento que te alivie?

Ella lo miró mal.

—¿Crees que, si *tuviera algo* que me mejorara, no la habría tomado? —gruñó—. ¡Qué pregunta, Everett! —¡Como siempre los hombres de tarados!

—Solo quiero ayudar. —Comenzaba a sopesar la idea de aplicarle hipnosis.

Isabel hizo un puchero, conmovida por la preocupación de su novio.

El enojo se disipó.

Lloró.

—*¡Lo sééééééé!* Perdona…, es que me cabrea estar así…

Everett sonrió por su melodrama.

Le dio un beso en la sien y se puso en pie para tomar una de las toallas que utilizaba para secarse la cara, después de cepillarse los dientes.

La humedeció con lo que quedaba de agua en la jarra y se acuclilló para pasársela por el rostro y limpiarle el sudor. Mila retornaba con la vasija limpia y otra cubeta cargada de agua.

—Déjelo ahí —le pidió él, para que la mujer la descargara en medio del baño. La vasija quedó en su respectivo lugar en el mueble del lavabo y se llevó la otra cubeta.

Isabel reparó en cómo lucía él.

Desnudo.

—¿Fuiste otra vez al riachuelo? —Parecía que se hubiera acabado de bañar. Su cabello aún goteaba.

Everett se acomodó en su puesto, visiblemente incómodo.

Fue después de correr por la reserva, hasta casi convertirse en lobo.

—Sí —respondió sin mentir. Se dio otro baño por estar sucio.

Isabel hizo amague de querer volver a descargar su estómago, por lo que Everett se levantó al vuelo para ponerle la vasija cerca.

—Esto es horrible…

—Lo siento; estás así por mí. —Cuidaba de que el cabello no le cayera en la cara.

—Estoy así por el puto venado —masculló y dio otra arcada que la hizo chillar.

—Y por el disgusto —replicó de vuelta, limpiando el sudor de su frente y la salivilla de la comisura de sus labios—. Estás en tu derecho de preguntar, pero dame…, *danos* tiempo para cuando el día en que te lo cuente, lo puedas asimilar. —*Y que no te de un infarto*. Esto último lo dejó para sus propios pensamientos.

Ella asintió y las náuseas afloraron una vez más.

La vasija se llenó y Everett tuvo que recurrir a lo que se había negado en hacer desde un principio con la joven.

Le acunó su rostro y la miró profundo.

—Ya no sufres, se te pasó. Respira lento. Estás sana.

—¡No lo estoy! —chilló enojada, librándose de su agarre. Ojalá se enfermara de lo mismo para que supiera lo que es vomitar hasta por las orejas. Se quejaría durante horas.

Él se extrañó.

—A ver —la obligó a que lo mirara. Como que no se había concentrado bien en la hipnosis—. Estás sana, ya no sufres por los vómitos. ¡Se te pasó!

Ella le vomitó encima.

Everett se sorprendió. Primera vez en que fallaba.

—¡Mila, trae otra cubeta! —la llamó en voz alta para que lo escuchara desde la planta baja y acatase el mandato. Ni loco dejaría

solo a Isabel en esas condiciones.

La aludida hizo acto de aparición al minuto, dejó la cubeta limpia entre las piernas de Isabel y se llevó la vasija que estaba por desbordarse para efectuar una vez más el arduo trabajo de botar *aquello* en la letrina.

Everett se limpió las manos y el pecho con la toallita que enjuagó varias veces en la tina. Al parecer, mientras ella estuviese así, toda hipnosis sería infructuosa.

—Ayúdame a levantar. Necesito quitarme el olor —ella le pidió y él de inmediato la irguió con cuidado, sosteniéndola de los brazos.

Everett le iba a alcanzar la cubeta llena de agua, pero Isabel se metió en la tina, luego de quitarse el albornoz.

—Esa agua está sucia y fría, deja que te la preparen de nuevo.

—Me quiero sentar… —dijo, entregándole el albornoz y a la vez en que se sumergía en el agua jabonosa de la tina.

Hizo espumas y se las pasó por los hombros.

Everett la ayudó, haciendo lo mismo con mucha sutileza.

—Te prometo que te lo diré todo —volvió al tema que fue motivo de que la comida la indigestara. Echaba chorritos de agua con su mano por sobre la espalda y la cabeza de la joven.

—Está bien… —Sonrió y se recostó contra el respaldo, cerrando los ojos en completa relajación. El alivio por haber descargado todo lo que la aquejó, la envolvió en un sopor.

Los dedos masculinos, acariciándole sus mejillas.

—Te amo.

No hubo réplica.

Isabel estaba tan agotada por el malestar, que ni escuchó lo que Everett le expresó con todo su corazón.

Cerró los ojos y se entregó al sueño.

Una suave melodía resonaba en la garganta de Everett, masajeando los brazos y piernas de Isabel, y deseando en su fuero interno de meterse en la tina para que ella reposara su cabeza sobre su pecho; no obstante, la dejó quieta para que su malestar pasara.

Mientras le canturreaba de ese modo, Mila entró al baño, con trapeador y desinfectante en mano, y lampaceó el piso como también el del dormitorio debido a la lentitud de la muchacha de correr para clavarse en la vasija del lavabo.

Luego de limpiar, descorrió las cobijas y dejó una taza humeante de manzanilla en la mesita de noche, para que Isabel tomara un poco más y así le terminase de aplacar el estómago.

Everett observó que Isabel se había quedado dormida.

Con cuidado, la tomó entre sus brazos y la alzó con extrema lentitud, evitando en todo lo posible despertarla. Su hipnosis no funcionó, pero el mismo cansancio logró darle sosiego.

La llevó en vilo hasta la cama y de inmediato la arropó con las cobijas, su cuerpo desnudo estaba húmedo, pero a él no le importó esto, le urgía que entrara en calor, se había bañado con el agua fría y podría pescar un resfriado.

Isabel se aovilló temblorosa sobre su costado derecho, dándole la espalda a Everett, a pesar de que la chimenea estaba encendida y los ventanales cerrados. Se abrazó a sí misma, en medio del sueño, ajena a la preocupación del lobo y de las quejas internas del ama de llaves por haber limpiado lo que nunca hizo con su esposo y sus hijos, pero que lo tuvo que hacer con una humana que estaba embarazada.

Capítulo 33

—¡Perdóname!, creí que era otro humano...
¡¿Qué había hecho?! ¡¿Qué fue lo que había hecho?!
¡¿Cómo pudo…?! Un monstruo, era un monstruo.
Espadas y disparos.
El tiempo adelante y el tiempo atrás.
Luego la caída.
Muchos pisos hacia el abismo…

Everett despertó ante unos ruidos conocidos que lo alertaron de inmediato. Casi trastabilla con sus propios pies, en cuanto saltó de la cama para dirigirse rápido al baño. La pesadilla seguía trastornándolo, sacudiendo la cabeza y parpadeando para alejarla de su mente. Alguien lo necesitaba y él debía llenarse de fortaleza.

Abrió la puerta.

Isabel vomitaba sobre el lavabo, aunque no mucho; se enjuagó la boca con el agua de la jarra y escupió en la vasija, para luego secarse con una de las toallitas.

Lo miró y medio sonrió.

Lucía pálida y con ojeras profundas.

—Fue un poquito… —expresó para restar importancia a su malestar estomacal.

—Llamaré un doctor.

—No es necesario.

—¡Claro que sí! Ayer vomitaste mucho y hoy amaneces igual.

—Así me pongo cuando algo me cae mal. Ya verás que durante el día estaré bien. Solo debo tener cuidado de lo que coma para no volver a vomitar.

Él no parecía convencido.

—Si vuelves a enfermar, lo llamaré, así estés en desacuerdo. ¿Entendido? —Asintió—. Bueno, le diré a Mila que te prepare un desayuno ligero. ¿Te gusta las sopitas? —Volvió a asentir—. Muy bien, ahora vamos a que te acueste, que más tarde te la traen.

La llevó hasta la cama y la arropó.

—Estás caliente, tienes fiebre —comentó al poner la mano sobre su frente y luego el dorso de los dedos en su cuello para medir la temperatura.

—Lo que tengo es calor —pateó las cobijas, descubriendo su cuerpo desnudo, puesto que sudaba una barbaridad.

A Everett le provocó postrarse sobre ella y hacerle el amor hasta que las tripas a ambos le rugieran por el hambre. Pero Isabel no estaba para torcer las piernas sobre sus caderas y él no deseaba que lo vomitara de nuevo.

—¿Apago la chimenea?

—Sí.

Él arrojó un poco de cenizas sobre el fuego de los leños que estaban por languidecer. Lo hizo con cuidado para evitar que el humo se levantara e hiciera toser a Isabel. Luego se dirigió hacia la puerta para ordenarle a Mila lo que debía preparar de desayuno, pero antes de abandonar la habitación, Isabel le expresó:

—Ponte ropa, Everett…

Obedeció.

Unos vaqueros y camiseta, cubrieron su desnudez.

Bajó descalzo, odiaba usar zapatos dentro de la cabaña o sus alrededores; le agradaba sentir la madera y la tierra bajo sus pies, era como sentirse libre de las normas impuestas por la sociedad.

—Buenos días, señor Everett —saludó el ama de llaves, parada frente a la estufa, revolviendo los huevos con tocino en la sartén—. Ya le sirvo el desayuno.

—Buenos días, Mila. Gracias. Pero antes quisiera que le prepare a Isabel una sopa ligera que la haga sentir bien. Volvió a vomitar…

La mujer sonrió.

—Le haré una sopita de pollo. Es bueno para las náuseas. —Dejó la sartén en la encimera y montó una cacerola con un poco de agua. Everett olisqueó la sartén. Los huevos estaban listos—-. ¿Le sirvo?

—Yo lo haré; haz la sopa para que Isabel no tenga que esperar.

—Sí, señor.

Mientras que la mujer se marchaba hacia el gallinero para torcerle a una de las gallinas el cuello, Everett tomó un tenedor de la cubiertera de la primera gaveta y se sentó con la sartén en la mesa, sin molestarse en servir el contenido en un plato. El agua en la cacerola quedó en proceso de hirviendo; arriba, Isabel permanecía acostada, el olor a vómito no se percibía con intensidad, siendo superado por el olor de las tocinetas que impregnaba el ambiente en la cocina. A pesar de que ella se quejó de calor, el clima de la mañana era fresco, la brisa entraba por las ventanas, aireando los espacios y aligerando la tensión que Everett mantenía sobre sus hombros.

La preocupación por la salud de Isabel se disiparía, en cuanto esta tuviese un mejor semblante y su sistema digestivo se fortaleciera.

Por lo pronto, él desayunaba, su hambre no sabía de esperas, tomó dos rebanas de pan tostado, reposadas en hileras en una pequeña cesta

en medio de la mesa. Vertió un poco de huevos revueltos sobre ambos panes y los engulló con gusto. Luego –con la boca llena– se puso en pie, se sirvió jugo de naranja en un vaso y se volvió a sentar para continuar comiendo. Untó mantequilla en dos rebanas más, se las zampó, alternando entre mordisco y mordisco, con los huevos y las tocinetas.

Mila retornó a la cocina por la puerta posterior.

Sostenía un pollo desplumado y lavado en el riachuelo, habiendo hecho todo con la rapidez propia de una loba cazadora.

—Esto la hará sentir renovada. Es lo mejor para las embarazadas.

Everett tosió, atragantándose con los bocados acabados de zampar a la boca.

—¡¿Qué dijiste?! —La miró con los ojos desorbitados—. ¿«Lo mejor» para las qué…?

La mujer puso el pollo sobre la tabla de picar y extrajo de la base de cuchillos, el más grande para cortar las presas.

—Embarazadas —contestó sin volverse al perplejo hombre. Lanzó un golpe seco con el cuchillo, cuya hoja era de unos treinta centímetros de largo y separó los muslos del tronco del ave de corral, con extrema facilidad.

Everett se levantó y se situó a su lado.

—¿Isabel está embarazada? —Estaba sorprendido, pero a la vez una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro. Sería padre.

—¿No se dio cuenta? —Mila cabeceó ante el despiste de los machos en esos asuntos: se daban cuenta cuando la panza de las hembras estaba grande—. Sus niveles de enzimas DAO están muy altos —explicó como si fuera una experta en la materia—. Este aumento se da entre el segundo y el tercer mes de gestación en las humanas, y en las lobas entre el tercer día y la primera semana.

—Isabel no es loba.

—Pero está embrazada de un lobo. ¿Cuándo fue la primera vez en que *lo hicieron* sin protección?

En la habitación de la casona, recordó Everett.

—Hace unos días… —Desde entonces han tenido relaciones sin utilizar ningún método de anticoncepción.

—¿Ve, señor?, ella está embarazada. Lo felicito.

Él esbozó una amplia sonrisa.

¡Sería padre!

—Gracias.

—¿Cuándo le dirá lo que es usted?

La sonrisa se desvaneció en el lobo.

—Pronto.

La mujer hizo una expresión de «no le des prórroga o te cortarán la cabeza». Se dio cuenta la noche del deceso del alfa-padre, que la

humana se mantenía ignorante de lo que era el señor de la casa.

Echó el pescuezo, una presa de muslo y las dos patas –sin las pezuñas– al agua hirviente para que las propiedades vitamínicas del pollo se cocinaran por unos minutos. Luego, buscó en la despensa unas papas, cebollín y ajo.

Sería una sopita ligera, pero bastante nutritiva.

—Aún no le diré, está convaleciente y apenas nos estamos conociendo… —se excusó como si esta requiriese explicación.

El ama de llaves le quiso espetar: ¿y cómo es que no lo requirió cuando la folló? Los hombres para cuestiones de sexo, les valía un carajo la *hoja de vida* de sus conquistas. Pero para ser sinceros se ponían quisquillosos.

Se mordió la lengua para evitar replicar.

No era su problema.

—¿Me permite darle un consejo? —Tomó un cuchillo de menor tamaño y lo detuvo sobre la papa a punto de pelar. Everett asintió, aprensivo de lo que esta le diría—. Busque el modo de decírselo o la señorita lo descubrirá cuando el embarazo avance. Sufrirá una crisis nerviosa. —La gestación de un cachorro metamorfo tenía el mismo ciclo de un lobo común: sesenta días.

Y el feto humano de una humana, duraba nueve meses.

Everett se pasó la mano por la nuca para liberar tensiones, tenía poco tiempo para decirle a Isabel que se había preñado de un lobo.

Con la preocupación latente, subió al dormitorio y se acostó, observando dormir a Isabel. Su rostro a la altura de esta, siguiendo con su dedo índice las líneas de las cejas, el abanico de sus largas pestañas, cayendo sobre sus pómulos, la forma de corazón de sus carnosos labios, la suavidad de su cutis y el respingo de su nariz pequeña.

Le dolería a él, perderla.

Si estuviese en sus manos, jamás le revelaría nada, pero era imposible hacerlo, existían muchos factores que desenterraría su secreto del que provocaría que ella se alejara. Si al menos fuera un reproche por falta de confianza, lo asumiría y luego se las arreglaría para reconciliarse; un ramo de flores o un obsequio costoso, siempre resultaba efectivo y nunca estaba de más una disculpa. Sin embargo, el grado de complejidad de lo que tendría que decir, oprimía su pecho.

Era un hombre lobo.

Y lo que ella gestaba: su hijo.

Un híbrido que sería rechazado y rebajado a permanecer en el escalafón más bajo en la jerarquía, como un omega que inspira desconfianza.

Pero la suerte de su hijo no-nato, no la padecería como él lo vivió por ser descendiente de una loba que no era serbia. Se encargaría de hacerlo respetar al igual que a la madre, arrancándole la cabeza al maldito que los despreciara. No toleraría calificativos peyorativos de «perros», «sarnosos», «mestizos», o lo que a ellos se les ocurrieran; dichos insultos bastante que escuchó él, siendo un lobezno y del que se tuvo que tragar la rabia para que su mamá no sufriera las consecuencias.

Su padre la amó, pero fue un idiota que estuvo más al pendiente de liderar la manada que velar por su propia familia.

Medio sonrió.

Un hijo…

¿Quién le iba a decir que iba a tener uno y con un ángel?

Seis meses antes, incluso, un año más atrás, si alguien le hubiera comentado que pronto dejaría de estar retozando con múltiples amantes para arrullar a un pequeño llorón, se habría carcajeado y dado al bocón una patada.

¿Él arrullando?

Tareas de hembras.

Aunque…

—Por el que engendraste, haré la excepción —dijo en voz baja, y esto hizo que Isabel abriera los ojos.

—¿Qué harías? —preguntó soñolienta sin haberle entendido lo que dijo. Había logrado recuperar unos minutos del sueño perdido en la madrugada.

Everett le acarició el cabello.

—Por ti estoy dispuesto a todo. —Si bien, cambió ligeramente lo expresado para evitar decirle lo que tanto le angustiaba, lo dicho también era cierto. Él estaba dispuesto a todo por Isabel.

Ella entrecerró los ojos con picardía.

—¿A todo?

—Ajá. —A todo. Incluso: matar. Así faltase a su palabra.

Isabel se apurruñó a él y acercó más su rostro.

—Como… —hizo que lo pensó—, ¿despertarme y dormirme con mimos?

—Eso me gusta hacerlo.

—¿Sí? Qué bueno, porque quiero que lo hagas a diario.

Rio.

—Te hartarás.

—No lo creo, me gustan los mimos. Así que quiero muchos, muchos mimos.

Everett le dio un beso en los labios.

—Lo prometo.

—¿Se puede? —El ama de llaves se anunció, sin la necesidad de

tocar a la puerta y ocasionando que Isabel rápido se lanzara las cobijas hasta la altura de sus hombros para cubrir su desnudez. La puerta estaba abierta y la mujer sostenía una bandeja de patas, en la que portaba un cuenco repleto de sopa de pollo y pan tostado en un platico.

—Adelante, Mila —Everett se puso en pie y ayudó a Isabel para que se sentara cómoda en la cama.

La bandeja se puso sobre su regazo.

Isabel palideció.

El olor de la sopa le desagradó.

—No quiero.

Everett la miró consternado.

—Me dijiste que te gustaban las sopitas. —El ama de llaves retiraba la bandeja.

—Sí. Es que no me apetece que sea de pollo. Quiero huevos revueltos con tocineta.

—Estás delicada del estómago.

—Pero quiero lo que ustedes desayunaron. Yo lo olí… Olía rico.

—Ya no hay. —Él se lo tragó todo.

—Deme cinco minutos y le traigo un poco.

La sonrisa amplia en la muchacha.

—Gracias, señora Mila. Usted como siempre tan amable.

Everett quiso insistir en que era mejor que tomara la sopa; no tenía condimentos ni aditivos químicos, la consistencia de las presas, la haría superar los cambios hormonales que sufría su cuerpo. Pero la determinación de Isabel, le hizo desistir.

—¡Que sea bastante! —exclamó ella para que la mujer la escuchara, al marcharse de la habitación.

—¿Bastante? —Everett oraba que no terminara vomitando sobre el lavabo.

—Tengo hambre —Se sobó el estómago, inconsciente de que su apetito se debía a que comería por dos.

Everett hizo amague de sentarse en la cama, pero Isabel, que comenzaba a sofocarse bajo las cobijas, se levantó para dirigirse al armario.

—No puedo estar así todo el día —se refirió a su desnudez. Se puso unas bragas blancas y sacó una camiseta de Everett que le caía hasta las rodillas y las mangas hasta más abajo del codo.

Se volvió para acostarse de nuevo en la cama y se topó con la mirada oscura del dueño de la camiseta.

—¿Me la prestas? —Tal vez se había molestado por tomar lo que no le pertenecía.

Asintió.

—Eres una visión, Isabel… —expresó enronquecido. Verla así, le

hizo palpitar el pene.

Ella miró su reflejo en uno de los ventanales e hizo un mohín.

¿Visión?

—Será de espanto —parecía un espantapájaros: greñuda, demacrada y con una camiseta que le quedaba híper-ancha.

—De fantasía sexual —replicó acercándose a ella. Rodeó su cintura con sus grandes manos y le metió la lengua a la boca para hacer contacto con la de ella de la manera más erótica.

Estuvieron a punto de volverse candentes, por desgracia, el olor que provenía desde la cocina, hizo que Isabel interrumpiera el beso y se marchara a toda prisa hacia la planta baja.

Everett la siguió.

—Eso huele *requetebién* —ensalivaba con ganas de arrebatarle la sartén a la señora Mila y comer parada frente a la estufa.

—Siéntate, Isa. —Everett movió la silla de la mesa central de la cocina.

El modo cariñoso en cómo él la llamó, le puso los ojos acuosos.

Lo apapachó.

—Me encanta cómo me llamaste. Mis amigos más cercanos me llaman así. Pero tú lo dices tan bonito…

Él sonrió, acariciándole la espalda.

La señora Mila la miró sin hacer ningún comentario. La chica era agradable, lástima que era humana. Un *híbrido* incrementaría el odio hacia esta cuando los demás se enterasen.

Ni podrá poner un pie en la casa paterna de los Brankovic.

Isabel se sentó en la mesa y atacó el desayuno en cuanto le sirvieron el plato. Pinchaba los huevos junto con las tocinetas, con desesperación y pasaba los gruesos bocados con el jugo recién exprimido de naranja, que a ella se le hacía el más delicioso que había probado en su vida.

Everett apenas pestañeaba, observándola ingerir con voracidad, como si hubiera pasado hambre durante días.

—Está muy rico —alabó con la boca llena—. ¿Le quedó más, señora Mila?

—Sí.

—Sírveme más. ¡Lo que quedó!

La mujer vertió sobre el plato el resto de la sartén.

—Isa, procura comer más despacio… —Everett intentaba hacerla razonar para que más tarde no tuviese una recaída.

—Tengo hambre.

—Me doy cuenta. Come despacio, nadie te va a quitar la comida.

Isabel iba a replicar, «tú eres peor que yo», pero tres hombres entraron por la puerta posterior, haciendo que Isabel casi se atragantara y escondiera más sus piernas debajo de la mesa.

Estaba sin pantalones y descalza, y los tres trogloditas le habían acabado de echar a perder el desayuno con su avinagrada presencia.

Capítulo 34

Everett se levantó y les gritó en el idioma que Isabel no entendía, pero que era bastante evidente que estaba enojado por estar los tres allí.

Kuzman, Lazar y Goran, mugrientos y casi sin ropas, habían entrado sin pedir permiso, tomando por sorpresa a los residentes de la cabaña.

Los pies maltrechos de Isabel, quedaron escondidos bajo su silla, y sus piernas moviéndose convulsivas por la vergüenza de que la vieran en esas fachas y con las greñas revueltas. Everett algo les gruñía y estos contestaban con expresiones azoradas. Lazar se la quedó mirando y olfateó el aroma que de ella se desprendía; frunció el ceño y arqueó una ceja de manera crítica. Él siendo el hermano mayor de cuatro lobas adultas y el esposo de dos hembras, conocía muy bien lo que causaba dicho aroma, todas las mujeres de su casa habían pasado por lo mismo.

La zorra del señor Brankovic, estaba preñada.

Isabel se incomodó de su insistente mirada y Everett que se percató, se cuadró frente a Lazar y le mostró los dientes.

Los tres apestosos hombres dieron un paso atrás por el enojo del lobo. La señora Mila se llevó la mano al pecho, preocupada de lo que pudiera ocurrir, e Isabel se puso en pie.

—Everett… —lo llamó angustiada, pues le parecía que su actitud era demasiado posesiva. El otro solo la miró.

Entre dientes, siseó algo más en serbio y señaló con rudeza hacia afuera. Los hombres se marcharon, siendo ahora Kuzman el que lanzaba a Isabel una última mirada, y luego desapareció con sus compañeros hacia la espesura del bosque.

—¿Qué pasa con ellos, Everett?, ¿por qué te pusiste así? —inquirió desconcertada, puesto que cada día que pasaba, lo desconocía.

A él le costaba recomponerse, seguía con la mirada fija hacia la puerta de la cocina.

—¿La señorita desea…?

—¡No quiero té! —Isabel le contestó a la señora Mila, de mala gana. Un ofrecimiento más en una situación tensa y la mandaba a buscar las hierbas al otro lado del planeta.

La mujer se volvió para fregar la vajilla, mordiéndose la lengua para no escupirle a la joven que era una insignificante humana y que ella, como loba omega, tenía mayor importancia en la manada.

Isabel no sintió remordimientos por haberle gritado a la

larguirucha de sonrisa postiza, tal vez se disculparía más tarde, cuando estuviese más calmada; las intenciones de esta no eran malas, pero la crispaba que quisiera distraerla como si fuese incapaz de confrontar un conflicto. Quería respuestas claras, no que se anduviesen por las ramas, eludiendo sus preguntas directas; era una adulta, había pasado por el abandono de su padre, la indiferencia de su madre, los golpes de su hermano, las humillaciones de sus profesores, las burlas de sus compañeras de ballet, los desencantos de sus novios; pasó por todo lo que una persona con el viento en contra, luchaba a capa y espada para enderezar su suerte.

Así que, por ella, que se dejaran de majaderías. Las verdades eran duras, que se las soltaran de una vez.

—Everett, ¿a qué vinieron? —De visita no fue.

Este se volvió, intentó esbozarle una sonrisa para tranquilizarla, pero apenas logró mover una de las comisuras de sus labios como un *tic* nervioso que para nada tranquilizó a la muchacha.

—Solo a dar un vistazo.

—¿Un vistazo? —frunció el ceño—. ¿Por eso te molestaste: porque *dieron un vistazo*? —La creía pendeja. Esos tipos lo estaban vigilando y no para averiguar cómo le seguía «la pierna».

—Les había dicho que no volvieran.

La respuesta fue insuficiente para Isabel, que se quedó esperando a que agregara más, mirándolo directo a los ojos.

—¿Y por qué no habrían de volver?, son tus guardaespaldas, ¿no? —Lo que de repente, le surgió otra inquietante pregunta en su mente: ¿Por qué los necesitó antes?

Everett miró el plato con algunos residuos del desayuno de Isabel y se sentó en la mesa, invitándola para que hiciera lo mismo y continuara comiendo, pero Isabel había perdido el apetito.

Su mirada expectante.

—Voy a revisar que la puerta del gallinero esté cerrada, me parece que no la aseguré bien. —El ama de llaves se excusó para desaparecer de la cocina. Estar presente en una discusión de pareja, era muy incómodo.

—Son los de mi padre. Él fue el que me los impuso, mientras me recuperaba de la lesión en la pierna.

La lesión…

Isabel sospechaba que no fue una simple «lesión», sino algo que le mortificaba considerar.

—Querrás decir: para protegerte de lo que te pasó en Nueva York. ¿Te empujaron?

—No lo sé. —La tensión cayó como plomo sobre los hombros del lobo.

—¿Tienes deudas?

—No.

Lo miró aprensiva.

¿Por qué tan hermético?

—¿Eres legal, Everett?

La pregunta le hizo reír con rabia.

Ojalá fuera un problema de ese tipo, todo sería más fácil, líos con la policía del que se tendría que librar con hipnosis; por desgracia, ni era un narcotraficante o un contrabandista, esto sería una tontería en comparación a que era un hombre lobo, perteneciente a una de las manadas más grandes y poderosas en el continente.

—Soy inversionista —le contestó—, y en todo lo que invierto, es legal. ¡Absolutamente todo!

Airada, puso las manos en la cintura, aún parada frente a la mesa.

—¿Y si eres tan «legal», ¿por qué tanto misterio? Esos hombres… —señaló hacia la puerta posterior— actúan raro. Andan por ahí, *encuerados*, vigilando por el bosque como si nos protegieran de espectros. ¡Ni se duchan! Cargan esos harapientos pantalones desde que llegamos, huelen a… —*mierda*— mal. Te siguen a todas partes; son como tu sombra. —¡Tres apestosas sombras!—. Ni siquiera la señora Mila me inspira confianza, como si supiera lo que acá pasa y se divierte de mi ignorancia. ¿Pertenecen todos ustedes a alguna secta? Porque, si es así: dime para saber a qué atenerme.

Molesto, se puso en pie.

—Esto se convirtió en un interrogatorio policial.

—¿Y por qué eludes las respuestas como un criminal? Puede que yo no sea un detective que te coacciona para que delates a tus *cuates*, pero quiero que me des explicaciones del por qué me mantienes a raya de tus asuntos personales. No soy ciega, Everett, ni sorda. Veo y escucho lo que pasa a mí rededor y me asusta.

Él rodeó la mesa y se plantó frente a la joven, superándola en músculos y tamaño. Ninguno de los dos parpadeaba, se retaban con la mirada; el alfa contra la omega, el hombre contra la mujer, el más fuerte contra la más débil; dos polos que en nada tenían en común, pero que, por cuestiones del destino, transitaban un mismo camino.

—Te pedí tiempo. ¿Puedes otorgármelo? —Estaba desesperado. Sus manos temblaban por la furia que en su interior se arremolinaba.

—Estoy cansada de esperar. Quiero saber: ¿qué coños eres tú? ¿Por qué te vigilan tanto? ¿Mataste a alguien?

Silencio.

Everett le dio la espalda para marcharse también por la puerta trasera y quedarse todo el día en el bosque, recorriendo de un extremo a otro el terreno. Su doloroso pasado comenzaba a aplastarlo, haciéndose cada vez más y más pesado, sin poder levantar la mirada. Lloraba en su fuero interno, las imágenes sangrantes se repetían en su

cabeza, torturándolo de nuevo.

El corazón de Isabel, palpitó; una de las preguntas que había formulado, dio en el blanco.

—¿Mataste a alguien? ¿A quién? —Silencio. La mirada en el piso—. ¿A quién? ¡A quién, Everett!

—¡A MI MADRE!

Capítulo 35

Isabel jadeó.

¡¿Qué había dicho?!

—Everett…

Como si se hubiera dado cuenta de lo que dijo, él agrandó los ojos, aterrorizado de sí mismo y retrocedió unos pasos para alejarse de Isabel.

Pero ella logró darle alcance, sujetándolo de un brazo para que no huyera. Buscó su mirada que la mantenía gacha y apesadumbrada; sus cristalinos ojos parecían incrédulos por lo acabado de revelar, cabeceando pensativo y frunciendo el ceño, tal vez reprendiéndose por no haberse mantenido fuerte; unas cuantas preguntas rudas y cantó como pajarito.

—Me preguntaste que soy —musitó casi inaudible y del que la joven tuvo que hacer un esfuerzo para poder escuchar—. Pues esto, Isabel —se señaló—: soy un asesino.

De la impresión, la joven se había quedado en blanco, sin esperarse que le soltara aquello. Miles de preguntas pasaban por su mente, queriendo expresarlas en voz alta, pero de sus labios apenas expulsaba un halito que provenía del fondo de su pecho oprimido. No podía ser, había escuchado mal, él tenía que volver a repetírselo.

—¿Qué…? ¡¿Qué dijiste?! —¿Cuál era el santo patrón de los que se hallaban inmersos en las pesadillas, para que la despertara? Ella estaba en medio de una.

—Asesino —repitió con un nudo en la garganta—. Soy un asesino, Isabel: maté a mi madre. —Y enseguida cayó de rodillas y rompió en llanto.

Isabel quedó helada. Tenía que haber una explicación.

En cambio, ni el propio Everett se explicaba por qué se había derrumbado de ese modo frente a la muchacha. Lloraba como un niño acabado de perder a sus padres en un fatídico accidente; sus lágrimas corrían raudas por sus mejillas hasta humedecer sus barbas, sus hombros convulsionaban incontrolables y el corazón lo tenía desgarrado, agotado de tanto silencio. Puede que el tiempo que tuvo soportando solo su terrible pecado, sin podérselo confesar a nadie, lo había superado. El dolor era muy grande, aunque no tanto como la culpa de haber asesinado a su madre, quien fue tan noble y de alma pura, y del que parió a un monstruo que sesgó abrupto los años que le restaban por vivir.

Las manos de Isabel, se posaron suave sobre la espalda, trayéndolo a su hombro, al arrodillarse también frente a este. Tenía que haber una explicación, alguien como él no podía ser tan sangre fría en matar por ambición o por iracundo. Tuvo que haber sido por un accidente o producto de la negligencia.

Ambos estaban postrados como si un pelotón los fuera a fusilar; él se aferraba a ella, cual oso gigante y llorón, e Isabel como la mártir que había aceptado con aplomo la condena y le brindaba a su compañero, consuelo en la muerte.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó en un ruego interno que hacía a todos los santos para que no fuera lo que se imaginaba.

Everett se separó, se puso en pie, la ayudó a levantar y luego, profundamente abatido, se sentó en una de las sillas del comedor.

Isabel se hizo a su lado.

Sus manos sobre la mesa, maltratándose las uñas por estar nerviosa.

—Fue unos días antes de viajar a Nueva York —comenzó sin atreverse a mirarla a los ojos. Él también tenía las manos sobre la madera, con los dedos entrelazados, como si se estuviera controlando —. Mamá preparaba una cena especial para papá, esa noche ellos estaban de aniversario, y…

Y la historia comenzó a contarse.

En su mente era una.

En sus labios, otra.

—Qué bien huele…

—¡Muchacho glotón, no abras la tapa que se escapa el vapor! —Winona exclamó a su hijo, cuando este metió la nariz para aspirar el suculento aroma del salmón ahumado que se horneaba con tomate y chorizo. El reloj del horno aún marcaba que faltaban minutos de cocción y si se dejaba más tiempo o era insuficiente, perdía sabor.

Everett se relamió.

Tomó un cuchillo para darle un *pequeño corte* en una esquina del salmón y así comprobar qué tan delicioso estaba.

Recibió un golpe en la cabeza con la espátula.

—¡*Auch*, mamá, eso dolió! —Everett se sobaba la coronilla a la vez en que cerraba el horno.

—Pues, deja eso en paz, que quedará seco por tu culpa.

—Solo quería darle una probadita. —La otra cabeceó—. ¿Ni una *pinchadita*?

—Lo que te voy es a pinchar el trasero con ese cuchillo que tienes; a ver, ponlo ahí —señaló con la mandíbula hacia la encimera. Blanka rio por lo bajo, mientras cortaba las verduras para la guarnición.

Everett obedeció y le puso cara de cachorro hambriento a la progenitora, todo lo que ella cocinaba, era para chuparse los dedos.

—Papá se va a dar un *atracón* con el salmón, tiene buena pinta y huele… —aspiró profundo y echó un vistazo hacia el horno del que prometía para sus adentros se robaría un trozo— delicioso. ¿Cierto, Blanka?

—Cierto, joven Everett.

—Espero que sí. Stanislav es muy exigente —Winona parecía insegura. Sus ojos azules ansiaban que la cena saliera perfecta.

—Cocina como los dioses, señora Brankovic.

—Me parece que, aquí la única que debe ser llamada por el apellido del marido, es la Primera Esposa —Sebrenka espetó en cuanto ingresó a la cocina, con aires de grandeza. Lucía un moño alto que endurecía su negruzca mirada y le aumentaba los años.

—También mi madre. Ella se casó con mi padre, por lo tanto, merece ser llamada por el apellido.

La mujer miró con animosidad al vástago de la americana e hizo un gesto despectivo, a la vez en que Winona trataba de calmar a su hijo.

—La segunda y la tercera esposa, jamás reciben el mismo tratamiento de la primera —destilaba veneno—. Y me parece que Blanka lo sabe bien. ¿No es así, Blanka?, ¿o te saltas las normas adrede?

—No, mi señora —la rolliza pelirroja se puso nerviosa.

—Entonces, recuérdale a estos dos cómo son las tradiciones entre los lobos serbios.

La mujer se vio en un aprieto. La pobre señora Winona siempre la trataba con amabilidad y su hijo, un caballero singular.

—Me tiene sin cuidado «las tradiciones serbias», mi madre es una Brankovic; por lo tanto, se le llama como tal.

—Y lo dice el *mestizo* —rio antipática—. Qué pena, pero mientras *mi marido* no diga lo contrario, a *esta* se le llama por el nombre de pila.

—«Esta», no. ¡Más respeto!

—Everett…

—No, mamá. Discúlpame, pero *esta* debe entender que también tienes los mismos derechos: te casaste bajo las estrictas normas de la Casta de Kenai y fuiste aceptada de buena gana por el alfa. Así que, lo que *esta* señora tenga que escupir, que se lo trague, porque te llamaran con propiedad.

—¿Y tú lo vas a imponer? —La mujer se carcajeó, desplegando odio —. Esto es inaudito, que me tengas que dar clases de etiqueta, cuando eres un *sarnoso* que se revuelca con cualquiera. ¡Largo de mi casa, que acá no vives y vuelve al escondrijo de donde saliste!

—No trates así a mi hijo.

—Tú te callas o te haré callar —levantó la mano para abofetearla.

Everett se atravesó.

—Cuidado…

La madrastra lo miró escandalizada.

—¡¿Cómo se atreve en amenazarme?! ¡Stanislav! ¡Stanislav!

—Por favor, Sebrenka…

—¡Cállate! ¡Stanislav! —Sebrenka corrió hacia el dormitorio de la planta alta—. ¡Stanislav, auxilio! —Everett y Winona la perseguían. Sobre todo, el primero que no permitiría que dijera a su padre mentiras—. ¡Oh!, Stanislav…, tú grosero vástago y tu tercera mujer, me han ofendido.

El anciano, que desde el día anterior había estado aquejado por una tos molesta, levantó la mirada de los documentos que leía en su sillón favorito.

—Ahora, ¿qué sucede, mujer?

—¡Me han ofendido!

—¿Quién te ha ofendido? —preguntó en un tono cansino, del que Everett asumía, la madrastra lo tenía harto.

—¡Esos dos! —Señaló hacia Winona y Everett—. Me dijeron cosas horribles; ofendieron mi honra.

La mirada impaciente del patriarca se posó sobre el muchacho.

—¿Otra vez, Everett?

—No es así, Stanislav…

—¡Tú te callas, que nadie te pidió hablar! —Sebrenka la increpó y Winona bajó la mirada. Everett estuvo a punto de escupir una palabrota, pero la progenitora se lo impidió—. Stanislav, esto no puede continuar así, ¿adónde iremos a parar con tanto irrespeto?

—Winona, discúlpate y vete.

—¿Por qué ella? —Everett protestó—. Yo fui el que le puso los puntos sobre las «íes», no mamá.

—Porque los machos no nos disculpamos de asuntos de faldas. A ver, Winona, que Sebrenka es tu superior y está en su derecho de exigir una disculpa.

La aludida dio un paso adelante y manteniendo la mirada clavada en el piso, expresó:

—Le suplico, amada hermana, acepte mis disculpas. Le prometo guardar las distancias y respetarla.

Un gruñido suave brotó de la garganta de Everett. Aborrecía que entre las tres esposas se tratasen como «hermanas», solo cuando una de estas debía hincarse en sumisión.

—Largo —Sebrenka ordenó a Winona. Stanislav volvió a sus documentos, olvidándose del lío entre las dos hembras.

—Por cierto, revisa ese salmón que no lo queremos comer seco.

—¿«Queremos»? —Winona se sorprendió y pidió explicación a

Stanislav. Pero este se mantenía ausente de sus pesares.

Everett quiso llevársela a su casa. Según lo contado por su madre, se suponía que esa noche ella y Stanislav celebrarían los 30 años de matrimonio con una elegante cena, preparado por sus propias manos, y lo que preparó fue comida para un batallón que se la tragaría como lobos hambrientos.

—Sí. *Queremos* —Sebrenka reafirmó con ojeriza—. Y ponle celeridad a las piernas, odiamos tener que esperar para comer.

A Everett se le partió el corazón tener que observar el maltrato hacia su madre y que el otro no hiciera nada por remediarlo.

Se marchó de allí, sin pedir permiso, detrás de Winona, quien se secaba las lágrimas en silencio, yendo cabizbaja hacia la cocina como si fuera una empleada que recibió una regañina.

Ni bien terminaban de descender las escaleras, Sebrenka se asomó por el barandal de la planta alta.

—Espero que, con esto, comprendan cuál es mi puesto en esta casa: yo, arriba. Y ustedes dos, abajo.

La sonrisa satisfactoria de la odiosa madrastra al salirse con la suya, le hizo hervir la sangre a Everett.

Subió dos escalones.

La mano de su progenitora le impidió avanzar.

—No provoques más problemas, déjalo así.

Sebrenka se marchó hacia la habitación de Stanislav sin poder ocultar el temor que Everett le hizo sentir.

—No puedo más con esto. Tienes que dejarlo.

La madre lo miró consternada.

—¿Dejar a Stanislav? Es penado con castigo… Me reventarían la espalda con los látigos.

—Yo te protegeré. El que intente levantar la mano en tu contra, se la arranco.

—¿Incluso tu padre?

—Incluso él, mamá. Vamos, ven a vivir conmigo a Denali. Allí estarás bien, serás dueña de la casa. ¡Ponla patas arriba y reacomódala si te place! Harás lo que quieras, pero no te quedes más aquí recibiendo humillaciones.

—Él no querrá y yo no quiero…

—Si es por temor a represalias, hablaré con él. Vamos, mamá. Haz las maletas. —Cabeceó—. Mamá…

—Hijo, no. Mi lugar es al lado de mi esposo. Le juré fidelidad y obediencia.

—¿También soportar maltrato?

—Él no me maltrata.

—Pero sí esas malditas brujas.

Winona arrastró los pies hacia el otro extremo de la casa, sin

replicar.

Esto hizo que Everett perdiera la paciencia.

—¡No entiendo cómo es que lo sigues amando, cuando él no hace nada por ti! —la gritó al llegar a la cocina—. ¡¡Por eso no te respetan: eres muy sumisa!! ¡Protesta! ¡Alza la voz!

—Es fácil para ti decirlo, eres macho.

—Y tú la esposa del alfa.

—La tercera esposa.

—¡Por Licaón! —se desesperó—. Te mereces lo que te pasa: ¡eres una idiota!

El llamado de la madre, a su espalda, fue desoído por el ofuscado hijo. Everett corrió en su forma lobuna hacia Denali, importándole poco que algún humano se espantara. Apretó la velocidad de sus patas, atravesó colinas, valles, carreteras, pueblos, en todo momento protegido por la oscuridad, manteniéndose en sentido norte y considerando ir más allá hacia los grandes icebergs en la Antártida. La rabia que lo azotaba, le hacía antojarse de un oso polar y de un par de focas que desde hacía unos años no degustaba. Le enfurecía que su madre insistiera en permanecer al lado de un hombre que le expresaba cariño, pero que consentía que la pisotearan.

Como descendiente de lobos serbios, lo educaron bajo los preceptos del patriarcado: las hembras no gozaban de los mismos derechos que los machos, no podían protestar ni separarse del marido; de hacerlo, serían repudiadas y apartadas como parias.

Y ella le temía al rechazo.

Pero Everett no la hubiera desamparado.

Se la habría llevado a su casa o dónde estuviese a gusto; era su universo, la que le hacía razonar y mirar con respeto a los demás. Por Winona, él no era un patán, quizás un conquistador, eso se lo debía a la sangre Brankovic. Todos eran unos *donjuanes* y, aparte de esto, no tenían más en común.

Soltó un fuerte aullido que provocó un eco de aullidos de otros lobos que se escucharon en la lejanía. Él expresaba su frustración al firmamento, su madre a pesar de los consejos que le daba, no sabía recibir ni uno. Era una necia, le gustaba sufrir al lado de un sujeto que ni la miraba más allá de sus malditos documentos.

Sus piernas adquirieron mayor velocidad y de un impulso, saltó para emprender la escalada hacia la cima de una de las montañas que atravesaban el parque nacional. La temperatura descendía considerablemente, conforme él ascendía hacia la cima. El Monte Denali era el más alto en los Estados Unidos, la nieve cubría buena parte de la montaña y enterraba sus patas. No le hacía temblar, su pelaje grueso le protegía del inclemente frío.

Aulló y en sus pensamientos, maldijo las costumbres de los clanes y

a su propia madre por permitir que la pisotearan. Él quería ayudarla y no lo dejaba.

El manto de estrellas y la aurora boreal se divisaban con mayor claridad, una vez pasaron las horas. Había olvidado la cena con Abby Rose, pero ¿qué ganas tenía él de sonreír y fingir que todo estaba bien?

No lo estaba.

Hubiera sido una noche grandiosa con esa rubia de ojos verdes: ella le habría preparado su comida favorita y luego habrían tenido sexo hasta que uno de los dos tirase la toalla. Por lo general, era Abby la que se agotaba primero, pero tenía que reconocer que era estupenda amante.

Con la mirada, barrió el perímetro y olisqueó la brisa que provenía del este; un grupo de lobos gamma lo saludaron en plan amistoso. Jadeaban con la lengua afuera y batían alegres sus colas, invitándolo a correr por las llanuras de las tundras a ver, quién era el que cazaba el animal más grande o el más feroz. Eran sus amigos, estuvieron rezagados mientras a él se le disipaba el enojo y cuando lo vieron suspirar, se acercaron. No obstante, Everett no estaba para cacerías, descendió la montaña y reinició la carrera de vuelta a Kenai para disculparse con su madre. No debió hablarle de esa manera.

Escuchó un disparo.

Luego otro.

Y otro…

En un primer instante, creyó que algún humano daba cacería a un reno o a un venado, pero el olor que llegó a su hocico, le hizo erizar el lomo.

Corrió mucho más rápido, le dolían las patas y las piernas, corría con desesperación, había percibido a su madre que, lo más probable, salió tras él, en cuanto se desocupó. Ellos eran así: discutían y uno de los dos propiciaba el acercamiento. Esta vez, su madre fue la que le ganó en la iniciativa.

Gruñó, los disparos se reiniciaron.

En plena carrera, Everett divisó lo que le causó que su corazón palpitara agitado.

Un bulto blanco, tendido de costado.

Le habían disparado.

Apretó los colmillos y sus patas saltaron sobre la humanidad del cazador.

Este ni alcanzó a encañonarlo con su escopeta, cuando las fauces del lobo se cerraron sobre su cuello.

Le enterró los colmillos y sacudió al hombre que gritaba adolorido; el animal lo sacudía de un lado a otro como si fuera una muñeca de trapo, desgarrándole la piel. Winona observaba a su hijo matar al

humano, quien solo se defendió al toparse con un lobo que era el doble del tamaño a los que merodeaban esos bosques; sin embargo, la afligía que su hijo no tuviera piedad por este, debió espantarlo, utilizar la razón; lo que observaba, la horrorizaba.

Ese no era su pequeño.

Gimoteó, llamándolo para que soltara al humano. Everett seguía sacudiendo al hombre que sangraba a borbotones, sus manos ya estaban laxas y sus piernas dejaron de intentar huir.

Mientras Winona se arrastraba, su forma de loba retrocedía para ser humana; los tres orificios en su pecho, le hacía perder mucha sangre; le costaba respirar y llamar a Everett para que se detuviera. El brazo del hombre se había desprendido ante un desgarramiento de los premolares del lobo, por lo que, llegando hasta el victimario y la víctima, le tocó la pata trasera a su hijo.

Este le clavó los colmillos en el hombro y la lanzó lejos.

La espalda de Winona golpeó un árbol.

Una gruesa rama, la atravesó como una estaca.

Everett agrandó los ojos.

¡¿Qué le había hecho a su madre?!

Con el hocico y su pelaje grisáceo ensangrentado, gimoteaba por lo que había hecho, arrastrándose en sus cuatro patas hacia ella, que estaba desnuda e inconsciente.

Sus brazos se extendieron, sus piernas se alargaron, su pelaje cayó y su piel de humano quedó expuesta. Ya no poseía los mortíferos colmillos, sus sentidos lobunos quedaron al cincuenta por ciento, pero su pesadumbre se había maximizado.

—Mamá… —La tomó entre sus brazos, inmerso en un mar de lágrimas. Winona jadeaba por aire a pesar de la rama gruesa en el pecho. Su mirada vidriosa.

La mirada de una agonizante.

—¡Perdóname!, creí que era otro humano...

—E-Everett… D-debes ser… De-debes ser mejor que esto. No más salvajismo. Prométemelo.

—¡Te lo prometo! —lloraba desconsolado, queriendo arrancarle ese madero, pero si lo hacía ella moría al instante.

—Jamás vu-vu… —le apretó el brazo a su hijo. Una extrema debilidad la invadía—. No volverás a matar. Júralo. Eres mejor que esos lobos, mucho mejor.

—Perdóname, mamá.

—Júralo. No volverás a matar…

Y el pedido quedó flotando en el aire.

Los oídos de Winona no escucharon el juramento que expresó su hijo entre copiosas lágrimas.

Isabel se levantó al instante y lo abrazó, igual de rota que él. No era un asesino, fue un desafortunado accidente que ocurrió después de un evento que desencadenó la desgracia.

No le expresó palabras de consuelo, estaban de más, solo lo abrazaba; que sintiera su cercanía, su calor, dejando que él descargara su sentimiento de culpa sobre su pecho. Le acariciaba el cabello, la espalda, los hombros. Le daba besos en el tope de la cabeza, llorando junto a él y comprendiendo su dolor.

Pero un temor viejo resurgió, puesto que, lo padecido fue lo que le había hecho acercarse esa vez al Mastrangelo y caer desde varios pisos.

Él debió haber ido allá para suicidarse.

Capítulo 36

—Qué terrible, Everett, me cuesta imaginar por lo que estás pasando. Pero no fue tu culpa, ¿cómo ibas a saber que ella se iba a atravesar en el momento en que el cazador disparó? ¿Cuántos accidentes han ocurrido de esa manera?

—Ella vino a buscarme.

—Como toda mamá que se preocupa por su hijo: quería hablar contigo, quedaste afectado con lo de tu madrastra. Solo que fue desafortunado con lo que pasó. Por cierto, ¿al cazador lo apresaron?, porque tengo entendido que esta zona es una reserva natural.

Everett se secó las lágrimas y movió hacia atrás la silla para levantarse. La historia contada a Isabel fue la versión «oficial» dada a la policía: un sujeto, yendo en contra de las leyes de protección animal, se adentró con su escopeta para matar a unos cuantos renos que pagarían bien por su piel y su carne, y disparó a Winona Brankovic, que iba de camino hacia la casa de su hijo en su camioneta. Pero, con tan mala suerte que, no solo le dispararon tres veces en el pecho, a través del parabrisas, sino que un animal carroñero quiso devorar su cuerpo.

Ningún miembro de los Brankovic se molestó en verificar la historia contada por Everett que, para ese momento, estaba en *shock*; ni siquiera su padre sospechó de la estocada final de su propio hijo. El cuerpo de Winona fue sepultado en el cementerio municipal de Kenai, horas después del amanecer. No fue quemado como es la costumbre en la manada, Everett se encargó de vestirla, de escoger el ataúd y solicitar coronas de flores, dejándolas sobre su sepulcro.

—Lo detuvieron —mintió—. Lo condenaron a…

Calló. ¡¿Qué estaba haciendo?!

Caía en una espiral de mentiras y pronto tendría que contarle todo. La hipnosis en Isabel para obligarla a olvidar no era efectiva, por eso no pudo hacerlo, porque de él estaba embarazada.

La miró.

—Isabel, lo que te conté…

—¡Señor Everett! —El ama de llaves entró empalidecida a la cocina.

Everett no tuvo necesidad de que le informara, ya lo sabía, percibía

su olor y el de los otros; rodeaban la cabaña.

—Quédate con Isabel; no salgan de la casa a menos que se los ordene.

—¿Qué pasa? —Isabel se inquietó, contagiada por la tensión de Everett y del ama de llaves.

Este la dejó con la pregunta en la boca y salió descalzo por la puerta posterior y rodeó la cabaña hacia la parte frontal, para después hallarse con los tres Land Rover plateados, cuyos pasajeros habían descendido, ataviados con elegantes ropas.

—¿Qué quieren? —inquirió a Damir y a Jevrem, quienes aguardaban a que el renuente alfa se acercara.

Isabel había corrido hasta el ventanal de la sala, ya que la señora Mila le impidió seguir a Everett al atravesarse en la puerta. Lo observó conversar con dos sujetos trajeados de saco y corbata, eran muy altos y de buena apariencia, acompañados de otros más que parecían ser los guardaespaldas. Kuzman, Lazar y Goran, no estaban entre ellos.

Uno de los sujetos, el más alto y joven, se la quedó mirando, ocasionando que Everett mirase por sobre su hombro para descubrir cuál era el objeto de su atención.

Al notar que era por Isabel, le cortó a este la visión, poniéndose en medio.

La joven se volvió hacia la señora Mila; estaba cerca de la puerta principal, en la misma posición de bloqueo, obedeciendo a rajatabla las órdenes del patrón.

—¿Quiénes son esos sujetos?

—El hermano y el sobrino del señor Everett.

Miraditas por el ventanal y luego hacia la mujer.

—¿Y qué pasa con ellos? —La forma en cómo Everett reaccionó y la falta de hospitalidad hacia los otros, sugería que existía un problema familiar de por medio.

El ama de llaves permaneció callada.

—Hable, no se quede muda, que me pone nerviosa —Isabel se impacientó—. ¿Tiene que ver con los trogloditas que se marcharon hace unos minutos? —La larguirucha mantenía la boca cerrada—. ¡Hable, coño!

—Lo siento, de mí no obtendrá respuestas.

Sino de Everett.

Molesta, porque de la mujer no conseguiría nada, volvió a mirar por el ventanal y se topó con la mirada de todos los que estaban afuera, incluyendo los hoscos guardaespaldas.

Huy.

Se retiró del ventanal, no sin antes observar que, el hombre que aparentaba unos treinta y tantos años, intercambió una silente mirada con el más joven.

La curiosidad le ganaba a Isabel, quizás este le reclamaba a Everett por permanecer más tiempo con una extraña que con su doliente familia.

—Señora Mila, ¿cómo son los parientes de Everett? Me refiero, a su modo de ser. ¿Son simpáticos? —No podía juzgar a simple vista, podría dar una opinión equivocada, estos no parecían estar molestos.

—Son gente refinada —contestó con parquedad.

—¿Y qué más? —Notó que los ojos del más joven se posaban sobre los suyos, por encima de los hombros del dueño de la cabaña.

—Estrictos.

—¿En qué sentido?

El ama de llaves se acercó a ella y echó un vistazo también a través del ventanal.

—Ellos, son «ellos» —susurró casi inaudible para que, los que estaba afuera, no la escucharan.

Isabel la miró.

—¿Cómo así?

—No aceptan a nadie fuera de su círculo, si me entiende…

La verdad, es que no.

—Te refieres a: ¿los adinerados con los adinerados?, ¿los pobres con los pobres?, blancos con… ¿blancos? —Tampoco era para tanto. Ellos no eran rubios.

Eran morenos.

—Es más complicado, solo eso le puedo comentar.

Isabel gruñó para sus adentros. A esa mujer habría que emborracharla para que soltara la lengua. Era muy reservada.

No quiso hacerle más preguntas; sospechaba que tenía que ver con todo lo indagado y mucho más: como el lugar de procedencia.

Los serbios con los serbios…

No con hispanos.

Se cimbró cuando Everett y los dos visitantes, se acercaban a la cabaña. Los guardaespaldas quedaron cerca de los vehículos.

La señora Mila se marchó rápido a la cocina e Isabel que, de repente reparó en que estaba descalza, con el cabello alborotado y vistiendo una holgadísima camiseta, hizo una expresión azorada.

¡Carajo!

Huyó hacia las escaleras para cambiarse rápido de ropas.

—Isabel —el llamado de Everett, la detuvo a mitad de camino—. Ven.

Antes de volverse hacia él, hizo un mohín. Iba a conocer a los parientes de su novio en pésimas fachas.

—Ya vengo, voy a cambiarme…

—No te preocupes. A mi familia le tiene sin cuidado la apariencia —miró de reojo a Jevrem, que no le quitaba la mirada a la muchacha.

Avergonzada, Isabel se acomodó un poco el cabello y se maldijo por no haber ido a la habitación cuando pudo, ahora daría una muy mala primera impresión a esos sujetos refinados.

—Qué pena; yo estaba en… Iba a cambiarme, pero…

—Isa, te presento a mi hermano Damir y a su hijo Jevrem.

¡¿Su hijo?! Isabel observaba a los dos hombres, casi con la boca abierta por la sorpresa. El muchacho estaba bastante crecidito como para ser el hijo de este. Creyó que era de algún otro hermano de edad más avanzada, pero no del que lucía como miembro de la realeza británica.

¿Acaso el hermano de Everett preñó a la novia iniciando la secundaria? Como padre lucía muy joven.

—Mucho gusto, señorita. —Damir le besó el dorso de la mano, en cuanto ella la extendió para estrechar la suya. Everett mantenía el ceño fruncido, no muy contento de hacer las presentaciones.

Los ojos marrones de la joven se posaron sobre los negros del otro.

Debía medir casi dos metros. Era, incluso, más alto que Everett.

—Hola —le cohibió extenderle la mano, sin saber por qué. Ella no era maleducada. Aunque no le pasó por alto que Everett se refirió a este como el «hijo de», en vez de «mi sobrino».

Algo muy distante.

—Hola. —Jevrem ni parpadeaba. Verla así, tan al natural, hacía que contemplara mejor su belleza. Y pensar que la había mandado a matar…

—Le decía a mi hermano: «¿quién es esa fabulosa mujer que está detrás del ventanal? Tienes que presentárnosla».

—Gra…

—Lo felicito, Everett —agregó interrumpiéndola—, *tus mujeres* son siempre hermosas.

El comentario le cayó como una patada a Isabel, recordándole a la pendeja del restaurante por su forma de hablar.

—Bueno, ya la conocieron, se pueden marchar.

Damir rio y Jevrem escaneó a Isabel de arriba a abajo.

Observó sus pies.

Isabel engarruñó los dedos. ¡Qué manía la gente en quedarse viendo los defectos físicos de los demás! ¿Es que no se dan cuenta que eso molesta?

Estaba por espetarle al altísimo muchacho: «¿Qué mira, no has visto patas feas? ¡Soy bailarina!».

Pero Damir expresó a Everett, lo siguiente:

—Caramba, hermano, ¿ni un cafecito nos ofrece? El viaje fue largo y estamos cansados.

—No tengo café.

La sonrisa desabrida del hombre, los ojos del joven en el estómago

de Isabel, la cara enojada de Everett.

—¡Bien!, entonces nos marchamos. No olvides asistir y lleva a tu… —escaneó con lascivia a Isabel— *amiga*. Todos deben brindar respeto al alfa. Ya que te niegas en asumir el mando, deberás jurar sumisión.

¿Alfa? ¿Sumisión?

Y estos, ¿qué…?

A Isabel, eso sí que le erizó la piel.

—Largo. Estaré allá, mañana. Pero Isabel no irá.

Damir cabeceó.

—Lo siento, pero ya saben de ella. También la esperan por *su condición*.

—¿Qué condición? —Isabel inquirió, predispuesta a recibir un insulto por respuesta. Hablaban de ella como si no estuviera presente. ¿Será por su facha? Por lo visto: los adinerados con los adinerados y los pobres con los pobres… Seguro la tomaban por caza-fortuna.

—Dile a Ranko que en esto no pienso obedecer —Everett replicó sin responder a su pregunta—. Isabel no me va acompañar.

—No te lo pide: te lo ordena. Obedece o serás expulsado. Y ya sabes lo que esto implica.

Las palabras del hombre, le sonaron a Isabel como a amenaza.

—Yo no tengo inconveniente…

—¡Calla, Isabel!

Esta miró perpleja a Everett por haberla gritado delante de otros, que el enojo enseguida la azotó, marchándose de allí sin despedirse y sin darse cuenta que los ojos de Jevrem la siguieron por las escaleras hasta perderse por un recodo del piso superior.

¡La mandó a callar! En cuanto esos sujetos se marchasen, los gritos explotarían a continuación.

Azotó la puerta de la habitación, detrás de sí, perdiendo cuidado de que *los de abajo* la criticaran. Estaba que echaba fuego por las orejas, se lo había advertido antes y, al parecer, seguía comportándose como un patán.

—¿No me quiere en ese lugar? Muy bien, pues me largo. —Sacó las maletas del armario con ademanes molestos.

Se lamentó que tendría que cargar con todas sus pertenencias. Le hubiera gustado haber traído una pequeña maleta, pero como fue un viaje apresurado, se cargó todo como si fuera una nómada que se desplaza de un lugar a otro, sin establecerse mucho tiempo en un sitio.

Rodó las maletas vacías; la de Camila la puso sobre la cama y comenzó a descolgar su ropa de las perchas. Ella no iba a estar donde no la querían.

La animosidad de Everett le dio mala espina.

—Idiota. —Arrojaba los vaqueros con rabia, las lágrimas comenzaban a rodar por sus mejillas. Podrá pasar él por una

depresión, pero no le daba el derecho a tratarla de esa forma.

Escuchó arrancar el motor de los todoterrenos.

Se asomó por uno de los ventanales y se encontró una vez más con los ojos negros del muchacho que la miraba a través de su ventanilla.

Isabel cabeceó.

Vaya gente tan rara.

Volvió a lo suyo.

—¿Qué haces?

—Me marcho —Isabel le respondió de mala gana a Everett, mientras arrojaba una pila de blusas en el interior de la maleta.

—Si es porque te grité…

—¡Y POR QUÉ MÁS! —Alzó por fin la voz. Qué alivio poder hacerlo, después de contenerse tanto.

—Isa…

—Mira, Everett: está más que visto que te incomoda que tu familia me conozca. No me quieren y tal vez solo quieran estudiarme a ver si no soy un primate o algo por el estilo, que se cuelga en las ramas. Pero, tranquilo, me marcho a Nuevo York. Allá hablamos cuando vuelvas y dejaremos en claro de una vez por todas, cómo será nuestra relación. Porque ese grito que me diste delante de tu hermano y tu sobrino, no se va a repetir.

—Ellos me tomaron con la guardia baja, yo…

—Sí, sí, te comprendo. *Todo eso* te lo comprendo. ¡Lo que *no comprendo*, es ese misterio que siempre te envuelve! Así que me marcho.

—No lo puedes hacer —replicó en tono duro. Ni siquiera se disculpó.

—¿Y eso por qué?

—Porque ahora *esta* es tu casa.

La joven parpadeó.

—¡¿Qué dijiste?! Debo haber perdido el sentido de la audición, de tanto haber vomitado, porque no te escuché bien. Dijiste: ¿qué no me puedo ir, porque «esta» es mi casa? ¡¿Me estás impidiendo volver?!

—Así es.

Jadeó.

—Se supone que viajé contigo a Alaska por la gravedad de tu papá. Y como se murió, mis días aquí terminaron.

—Apenas comienzan. Esta será tu casa de ahora en adelante.

Isabel rio desconcertada. Si las palabras de Damir a su hermano fueron amenazantes, las de Everett expresadas a ella, eran peor.

—Mi vida está en Nueva York —replicó con el corazón palpitándole desaforado. Tantos casos de chicas, cuyos novios les prometieron el cielo y la tierra, y lo que obtuvieron a cambio, fue el infierno.

Él cabeceó.

—Está aquí, *a mi lado*, como mi mujer. La madre de mis hijos.

Resopló.

—¡Calma, compadre, que vuelas alto y te estrellas! Me impones estar en una casa en medio de la nada y lejos de los míos, ¿y ya me quieres embarazada?

La sonrisa cínica se dibujó en los labios masculinos.

—Eso será un hecho.

Isabel endureció la mirada y continuó sacando la ropa del armario. Ella lo quería, lo consolaba y apoyaba en sus momentos depresivos, pero que le impusiera cómo sería su futuro, lo rechazaba.

Bastante que sufrió con una madre y un hermano de mierda que querían controlarla a todas horas, como para que ese bipolar también lo pretendiera.

Que se fuera a la porra.

Se marchaba.

Capítulo 37

—¡Pues no! —Un vestido impactó contra la montaña de ropa desordenada que equipaba—. ¿Qué te has creído que eres para prohibirme lo que debo hacer? ¿Mi esposo?, ¿mi padre? Bájate de esa nubecita machista en la que te montaste, porque conmigo de ese modo no se llega a las grandes ligas.

Everett reparó en su error y se tomó un respiro para controlar lo próximo que iba a decir. La imprevista visita de Damir y Jevrem, le crisparon los nervios, actuando de manera irracional. En vez de hacer las presentaciones como era debido, se dejó llevar por el enojo. Tanto padre como hijo, habían quedado impactados por Isabel; sobre todo, Jevrem, quien la miró como cuando él moría en la acera, causándole que el estómago se le revolviera por los celos. Por órdenes suyas, el maldito la estuvo vigilando, pero luego planificó eliminarla.

Por lo tanto, no lo quería cerca de su ángel.

—Soy el hombre que te ama —manifestó, arrepentido de su actitud—. Por eso me altera que pretendas alejarte de mí. Me volvería… —*salvaje*— loco.

Isabel se cruzó de brazos, airada. La habitación era un revoltillo de maletas, perchas, ropa, zapatos por doquier.

—¿Acaso no confías en mí? —reprochó indignada. Dos presentaciones que él hizo y de su nombre no pasaba. Ni amiga ni novia, ni «conozcan al levante de la esquina». Estaba por considerar que el mismo Everett se avergonzaba de que los demás supieran qué tipo de relación tenía con ella.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me quieres retener aquí? ¿Sabes lo que esto implica? Me tendrías contra mi voluntad.

—Aquí seríamos felices.

—¡Tal vez, tú! —exclamó ofuscada—. Yo no, Everett. Aquí no pertenezco. Es muy bonito el bosque y la vista que ofrece cada ventanal de la cabaña, quita el aliento; el aire es puro, no hay ruidos, hay paz y tranquilidad, los pajaritos cantan, los conejos corretean, se come rico… ¡Pero hasta ahí!, solo es un sitio para descansar del ajetreo de la ciudad.

—Denali es mi hogar.

—Nueva York es el mío.

Everett apretó la mandíbula para no gritar. Si la discusión se hubiera efectuado cuando fue un lobo caprichoso, él le habría

impuesto su decisión: un macho ordena y una hembra obedece; Stanislav así se lo había inculcado. Sin embargo, lo vivido con su madre le hizo madurar, pues ahora era diferente, e Isabel no era mujer de acatar mandatos sin rechistar.

—Isabel, sé que mi actitud contradice lo que he expresado, pero danos la oportunidad de ser feliz aquí. —Si ella amaba el lugar, le sería fácil de asimilar todo lo que vendría después.

La joven tomó una blusa de color rosado con ribetes delicados del mismo color y la dobló con cuidado, siendo la única prenda a la que le había dedicado minuciosa atención al guardarla.

—Me apartarías de lo que más me importa —replicó apesadumbrada, pero con la determinación en no dejarse convencer por ese hombretón de greñas-de-león—. El ballet lo es todo para mí y me duele que quieras que lo haga a un lado para vivir en medio de la nada. Quiero estar contigo y soy consciente de que en una relación implica sacrificio cuando se ama y hay dificultades de por medio. Pero ¡aún no!, es muy pronto para eso, experimentemos primero la dicha del noviazgo, las citas, las risas tontas; esas cosas, Everett… No me las quite por algo que inicia muy serio.

—¡Lo estaríamos viviendo acá! —Su voz comenzaba a crisparse por la desesperación.

—¡No! ¡¡Dios, Everett!! Entiende: no estoy lista para vivir como una ermitaña que es visitada por tres sujetos hediondos y harapientos, que tal vez sean nuestros vecinos locos. No aquí. Puede que, en Nueva York, pero acá… Acá no, Everett.

—Pero sí *en el lujo* de la casona —espetó llenándose de frustración. Él la había admirado por su férreo deseo de lucha y superación; que le manifestara estar más propicia a estar con él, entre lujos y comodidades, lo decepcionaba.

Isabel le cruzó la cara con un bofetón.

—¡No me ofendas! —lo gritó. Su rostro rojo por la furia—. Soy pobre, pero no interesada.

Este, que no encontró otro modo de canalizar su enojo, tomó la maleta de Isabel, y, con todo y ropa, la lanzó contra uno de los ventanales que rodea la habitación.

El grueso cristal fue insuficiente para soportar el impacto dado por la fuerza del lobo. La maleta y la ropa –que voló en todas direcciones– pasó derecho hasta caer al suelo frente a la cabaña.

Isabel se paralizó.

—Lo de tu… —temblorosa, tragó saliva—. Lo de tu padre fue una excusa para traerme engañada, ¿no es así?

Everett le daba la espalda, mirando a través del ventanal roto, las bonitas prendas de vestir que quedaron diseminadas sobre la grama. Sus hombros subían y bajaban en respiraciones aceleradas y

profundas, habiendo perdido el control de sus acciones, comportándose como aquellos lobos iracundos que maltratan a sus esposas. Si bien, él estaba lejos de levantar la mano contra Isabel o cualquier hembra, se descargaba contra los objetos que se encontraba a su paso.

—Te traje para un comienzo juntos.

La otra resopló.

—Por favor… Hablas como si hubiésemos tenido una relación de muchos años y pasado por una crisis. ¿Desde cuándo es que comenzamos a salir? ¿Una semana? Ni llegamos a los ocho días, como para que salgas con «un comienzo juntos».

—¿Por qué no? —Se volvió a verla. En sus ojos, inquietud—. Aquí lo tenemos todo, ¿a qué le temes?

—A ti, por lo que veo…

Caminó hasta ella y la tomó de los brazos para que no huyera de su cercanía.

—De mí no sientas temor, *mi ángel*, te amo con todo mi corazón, como para hacerte daño —expresó en su desesperado intento de hacerle cambiar la opinión que se estaría formando de él en su fuero interno—. Cuando te adaptes, no querrás marcharte.

—No quieres que sienta temor y mira lo que haces… —El frescor del exterior entraba a través del enorme orificio.

Él esbozó una sonrisa entristecida.

—Soy un lobo gruñón.

—Más bien, un *león gruñón*. Porque esas greñas que tienes, son para espantar —replicó sin captar la indirecta. El cabello de Everett caía sobre su rostro, acentuando sus facciones molestas y tan masculinas que lo hacían lucir endemoniadamente sexy.

Asintió avergonzado. Se había estado lamentando de los malos tratos que recibió su madre por parte de la maldita de su madrastra y el resto de los que residían en esa casa, que se comportaba igual por sentirse frustrado.

—Ven, sentémonos —la tomó de la mano y la condujo hacia la cama—. Te contaré todo para que estés más tranquila.

La muchacha entrecerró los ojos con desconfianza.

—¿Qué tanto es «todo»? Todo, todo…, incluso, ¿lo que eres?

Hizo que ambos se sentaran al borde del colchón y le besó el dorso de la mano con aquella sutileza tan propia de él, que Isabel expresó un suspiro poco audible.

—Es muy difícil de revelar lo siguiente —comentó en voz baja—; se ha mantenido en secreto entre mi gente durante generaciones; quien se entera, olvida al instante, porque está prohibido que alguien *que no sea de los nuestros* sepa lo que somos.

—Y, ¿qué son? —Diversas criaturas del cine y la televisión pasaban

por su mente en el acto, él era una de éstas y estaba por revelárselo.

Tardó en responder.

Su absorta mirada se desvió hacia el ventanal roto, cuyos fragmentos quedaban en las esquinas como mortíferas dagas.

La mano de Isabel sobre la suya.

—Cuéntame, Everett… Sé que no eres normal. Tu súbita recuperación, las hipnosis. Esa caída del hotel… ¿Desde qué piso caíste? —Aún no lo sabía—. Alguien *normal* estaría muerto o parapléjico. Ya me dijiste que no eres vampiro —lo estudió aprensiva—. ¿Qué eres: un demonio? —Con razón su madre habló incoherencias en el hospital.

Vio lo que era él.

—Metamorfo. —Su mirada de nuevo puesta en el ventanal—. Y caí desde el Piso 18.

Aguardó a que ella se levantara de la cama y comenzara a dar vueltas en la habitación por la histeria. Pero permanecía tranquila, más de lo que él hubiera esperado; lo miraba en silencio, un tanto pálida y algo pensativa, observándolo con detenimiento, de arriba abajo, como si estuviera procesado lo escuchado.

—Eso es como… —La imagen que había comenzado a imaginarse se echó atrás para dar paso a algo que carecía de rostro.

¿Cómo qué?

Ni tenía idea.

—Cambiamos de forma.

—Eso lo tengo claro. La pregunta del millón de dólares, señor Brankovic, es: ¿En qué cambian de forma? —De pronto recordó lo que dijo el tal Damir: «alfas», «sumisión» «condición».

La imagen que vislumbraba, volvía a su mente.

Una silueta de cuatro patas y orejas puntiagudas.

Everett retornó lentamente la mirada hacia ella y lo hizo de una manera que a Isabel le causó zozobra.

—¿A qué le teme, Caperucita?

El corazón de Isabel, palpitó.

Al lobo.

Se puso en pie en el acto. Con razón sobrevivió a semejante caída.

Everett hizo lo mismo.

—Me estás jodiendo. —No lo podía creer—. ¿Eres…? —Él aguardaba a que fuera ella en que lo dijera—. ¿U-un ho-hombre lobo? ¡¿Eres un hombre lobo?!

Asintió. Su mirada gacha.

Isabel tembló, todo comenzaba a calzar como un rompecabezas. Según los mitos: los hombres lobo tenían poderes regenerativos y corrían y saltaban grandes distancias; por eso sobrevivió a la caída en el Mastrangelo y su cuerpo se tornó fibroso en cuestión de días.

Lo que a continuación, meditó:

Y se transforman en una peligrosa criatura cuando hay luna llena.

Oh, oh…

¿En qué luna estaban?

—Lo de tu mamá… —Se le hacía que la historia contada fue una alegoría—. ¿Ocurrió cómo me la contaste?

Cabeceó sin mirarla.

—En parte.

—Qué parte no fue cierta: ¿la del cazador?

—Él le disparó.

—Pero… —Ahí había un «pero» que le hacía palpitar el corazón.

—Yo la maté al morderla, convertido en lobo.

Isabel dio un paso atrás, escandalizada. Con razón su aflicción: había matado a su propia madre, llevado por la furia de la transformación que no pudo controlar y la destrozó.

—Y, ¿el cazador?

La mirada lúgubre de Everett le indicó a Isabel que esa noche, no solo le arrebató la vida a una persona, sino a dos.

Se desmayó.

—¡Isabel! —Everett corrió rápido hacia ella y la sujetó antes de que su cabeza impactara en el piso. La alzó en vilo y acostó de inmediato en la cama, con la angustia en sus movimientos—. Isa… ¡Isabel! Vamos, mi ángel, vuelve en sí, por favor. ¡Isabel! —La sacudía angustiado, no reaccionaba, lucía como muerta—. ¡MILA! —le gritó al ama de llaves para que acudiese a la habitación con rapidez—. ¡MILA!

Esta hizo acto de presencia al segundo.

—¡Llama al doctor Pavlovic; que se movilice rápido en una de las unidades de la familia!

—¡¿Qué le pasó a la señorita?! —Los había escuchado discutir acalorados, por lo que ni se asomó cuando el ventanal estalló por algún impacto ocasionado. ¿Sería que la golpeó por haber perdido la paciencia? No le extrañaría, los Brankovic eran desalmados.

—Perdió el conocimiento. ¡Llámalo ahora!

—Sí, señor. —Lo más probable, es que se debía a su embarazo.

Corrió a tomar el móvil que reposaba sobre el cargador solar y marcó de inmediato el número de este. El doctor atendió y ella le informó lo que sucedía, a lo que, desde el otro lado de la línea, hubo silencio.

—¿Hola?, ¿sigue ahí? —El hombre respondió y Mila bajó un poco el móvil para trasmitir el mensaje que este le dio—: Señor Everett, el doctor Pavlovic dice que tardará varias horas. Kenai está lejos...

—¡Que se venga en helicóptero!, ¡¡pero que se venga ya!!

Ni fue necesario informarle la petición, el doctor había escuchado sus gritos a través del citófono.

—Viene en camino.

Esta permaneció quieta en su sitio, sosteniendo el costoso móvil entre sus manos y observando cómo el joven Brankovic le acomodaba el cabello a la humana. Le daba pequeños besos en la frente y le susurraba palabras de que estaría bien y que ellos serían felices en Denali. Se lo veía consternado, como si estuviera orando a Licaón, dios de los lobos, a que su amada recobrase el sentido. Se postraba sobre ella, abrazándola con cariño, pidiéndole perdón por no haber sido sincero desde un principio.

—¿Quiere que la revise?, tengo algo de experiencia en esto… —Una gestante, sea loba o humana, pasaba por muchos altibajos tanto en su carácter como en la salud.

Él asintió y ella se acercó a la cama.

Le tomó el pulso, revisó su temperatura corporal, le abrió los párpados para revisar sus pupilas, y luego la arropó con la cobija doblada a los pies de la cama, mientras la joven comenzaba a moverse entre inaudibles quejidos por su malestar.

—Es solo una baja de tensión —comentó—, por lo de su… —calló cuando los ojos de Isabel se abrieron y enfocaron sobre la mujer—. Le voy a preparar una infusión de manzanilla para que la reanime. ¿Tiene náuseas?

—Un poco…

—Bien. No tardo.

Se marchó, dejando a la pareja a que hablaran sin que otro estuviese parando la oreja, a menos que de nuevo se enfrascasen en los gritos.

—No debí decirte nada —Everett se reprochó, sentándose a su lado—. Hice que te desmayaras.

—Me habría enterado de todos modos; era cuestión de atar cabos y hacer conjeturas. Un hombre lobo… —Ahora entendía a qué se debía su bipolaridad. Esas criaturas eran impulsivas—. ¿Desde cuándo lo eres?

Everett se miró las manos.

—Desde mi nacimiento.

Ella se sentó, cada vez sorprendida de lo que él le decía.

—¿Te mordieron siendo un bebé? —Qué malditos.

—Nací así.

Parpadeó.

—Naciste… Luego, ¿no se convierten por ser mordidos o…? —hizo el gesto de un zarpazo.

—También, pero no seríamos puros.

La respuesta la dejó pensativa.

«Puros».

Pensando en razas de perros, los criadores utilizan estos términos

para referirse a que no hubo cruces en el apareamiento de estos que después alterasen el desarrollo de los cachorros.

—Y tú lo eres, porque naciste de una mujer… ¿lobo? —Asintió—. ¡¿También tu mamá?!

—Y mi padre, y el padre de mi padre, y el padre del padre, de mi padre.

—En resumidas cuentas: tu padre, tu abuelo, tu bisabuelo…, y vaya tú a saber cuántos más. —Asintió de nuevo e Isabel lanzó una increpación para sus adentros—. Everett, ¿*esos sujetos* que vinieron…?

—También lo son.

¡Mierda!

—¿Los trogloditas?

—También.

—¿Y la señora Mila? —El silencio de este le indicó a la joven que sí—. ¡¿Me dejaste varios días sola con un grupo de hombres lobos?! ¿Y si me hubieran matado? —O comido.

Él se sentó contra el cabecero de la cama e hizo que ella se acomodase sobre su pecho. Le aliviaba que no reaccionase aterrorizada, se dejaba querer, mientras él con las yemas de sus dedos hacía figuras informes en el costado de su brazo.

—Mila es una loba obediente y buena, y *los trogloditas*… —sonrió ante el apelativo que Isabel les había dado, pues los identificaba a la perfección por ser tan desaseados—, son leales a mí. No te hubieran lastimado.

Isabel dudó.

Ese Lazar le inspiraba desconfianza.

Se mordió el labio inferior. Quién lo iba a decir: quiso alejarse de su cruda realidad y lo que consiguió fue caer en la boca del lobo.

—Te contaré el origen de mi raza, pero debes jurar que no se lo dirás a nadie. Ni siquiera a Camila.

—Lo juro. —Así se propusiera contarle a media humanidad, a través de las redes sociales, ¿quién le creería que su novio era un hombre lobo?—. Pero hay algo que me preocupa: ¿para qué quieren que asista a esa reunión de sumisión? ¿Me harán daño?

—Le desgarro la garganta al que lo intente. —Le causaba inquietud que los otros se hubieran dado cuenta del embarazo de Isabel sin que él les telefoneara. Alguien, tuvo que haberlos vigilado de cerca para que estos se enteraran. Y cuando descubriese al espía, le arrancaría la lengua.

—Everett…

—No te llevaré. Permanecerás aquí, mientras hablo con mis hermanos.

—Mi presencia fue exigida —seguro que para ser la cena.

—Que hablen conmigo. Soy tu… —Se dio cuenta de que aún no

formalizaban la relación—. Isabel, hay algo más que debo decirte y no sé cómo lo tomes.

Levantó la mirada hacia él y estudió en sus ojos esa pesadumbre que siempre lo envolvía cuando hablaba de su pasado.

—¿Es peor a lo que me dijiste?

—Sí, lo es. Bueno, más fuerte… —La ansiedad de Isabel, le causó cierto desagrado, pues en esta, enterarse de su verdadera naturaleza, fue como si el infierno se pudiera abrir bajo sus pies.

—¿Es de vida o muerte?

—De vida, supongo…

—¿Me alegrará o entristecerá? —Lo miraba expectante, rogando que la respuesta no acabara con su felicidad.

—Espero que te alegre, porque yo lo estoy. —Su sonrisa se ensanchó, aunque algo aprensiva.

Isabel se separó un poco de él para observarlo mejor. Lucía preocupado.

¿Tendría el valor de escucharlo?

O las fuerzas para soportarlo…

—Dímelo después, aún estoy conmocionada con todo esto que, no sé cómo lo reciba.

—Es importante.

—Imagino que sí, tienes una expresión que preocupa. ¿Estás seguro que me alegrará?

—Ansío que sí. Te amo, Isabel.

Ella le sonrió.

—También yo. —Lo besó en los labios y luego se apurruñó más a él, feliz de que el misterio que tanto temía comenzaba a disiparse.

En cambio, Everett imploraba en su fuero interno al alma de su madre, para cuando le dijera a Isabel, reaccionase del mismo modo «tranquilo» al enterarse de lo que era él. Por supuesto, sin el desmayo y que los gritos histéricos no la atacasen.

Porque, de suceder, tendría que encerrarla hasta que pariera, para luego someterla a la hipnosis.

Lo que no deseaba hacer.

Dejaría de ser su ángel.

Capítulo 38

Luego de que la señora Mila volviera a la habitación con la infusión e Isabel se lo tomara y se cambiara de ropa, Everett se llevó a la joven a la terraza para contarle el origen de la especie lobuna.

Parecía propicio contar la historia en un ambiente más ameno para restar el temor que a esta le pudiera ocasionar. El Monte Denali se alzaba frente a sus ojos, vestido de blanco y azul, donde sus amigos solían escalar a menudo, pasando tiempo allí, admirando los diversos biomas que lo rodeaban. La montaña era el punto de encuentro entre los *Canidae* que se animaban a clavar los colmillos en una presa que les igualara o superara en tamaño; atemorizando a la fauna silvestre de la Reserva Nacional, con su cacería continua y sus aullidos de localización.

Isabel y Everett estaban parados en el barandal, que a él le llegaba justo a la cintura y a ella a mitad de pecho, siendo considerablemente más baja que su compañero sentimental.

—A ciencia cierta, aún ignoramos cómo se convirtió el primer lobo y de dónde se originó —Everett comenzó a relatar en voz baja, solo para los oídos de la muchacha—. El dato más antiguo que conocemos, es sobre Licaón, Rey de Arcadia en la antigua Grecia. Según los registros; no los que poseen los humanos, que son más basados en mitologías que de hechos verídicos, sino la que nosotros poseemos en nuestros archivos: Licaón fue atacado por un animal infectado por una enfermedad extraña que le deformó su cuerpo. Estuvo con fiebre durante varios días y para la tercera noche de su convalecencia, había desarrollado el gusto por la carne cruda. Se tornó violento y paranoico; escuchaba voces de personas que no estaban presente y observaba siluetas de sujetos que otros no podían ver.

»Su furia se volcó sobre su propia gente; su mujer e hijos murieron al tratar de calmarlo; Licaón estaba poseído; los lazos afectivos desaparecieron.

»El pueblo le temió por la posesión demoniaca del rey y el ejército le dio cacería, pero Licaón los atacó a todos y la *infección* del animal, a estos fue trasmitida.

—¿Por qué dices «infección», ¿qué tenía el animal: el mal de la Rabia.

—No tenía ningún tipo de enfermedad.

—¿Cómo están seguros? Tal vez el virus mutó en este…

—Porque era un hombre lobo el que lo atacó.

Isabel arqueó las cejas.

—Si Licaón no fue el primero, entonces…

—Es el registro más antiguo que se pueda comprobar. Lo del «animal», nos demuestra que ya existían.

—¿No tienen idea de la fecha exacta?

—Puede que veinte mil años antes que este, pero está en discusión. Se comenta que hace ochenta años se descubrieron los huesos de dos *Hominidae bípedos*; uno en Islandia y otro en Siberia. El maxilar superior e inferior de ambos tenían semejanzas con los actuales *Homo lupus*. Pero estos huesos desaparecieron. No hubo a quién presionar para sacar información. Aunque algunos aseguran que la especie es procedente del Ártico.

—He ahí a Pie Grande…

Everett sonrió.

—Ni se te ocurra hacer ese tipo de comentario a Mila o a los muchachos. Podrían molestarse.

Isabel observaba cómo esa melena alborotada, cuyos mechones adquirían un tono cobrizo por los rayos solares, caía sobre el rostro tan masculino de Everett, quien según la situación en cómo se hallase, inspiraría intimidación, seguridad o excitación.

—Lo prometo —dijo con una medio sonrisa—. Pero, cuéntame: ¿Cómo es la transformación en ustedes?, ¿y es cierto que lo hacen en la luna llena? —Por más que Isabel fingiera interés, en su interior le angustiaba este hecho. ¿En dónde ella se refugiaría, si esto habría de ocurrir?

Everett puso los ojos en blanco ante la segunda pregunta.

—Es dolorosa las primeras veces —dijo—, luego aminora con el tiempo, pero no deja de ser dolorosa. Y no…, la luna llena no nos afecta. Estoy harto de ese mito. Ni a los *Canis lupus* les afecta.

—Eso es porque se lo pasan aullando al cielo. Por eso la gente cree que la luna tiene que ver.

—¿Y tú lo creías?

—No, yo vi un documental…

Everett se carcajeó.

O sea, que antes sí.

Le complació compararla con el paisaje del fondo y determinar que ella era mucho más hermosa.

—De ese modo nos comunicarnos con otros miembros de la manada y también para lanzar advertencias a otros lobos que se encuentran en territorio ajeno y que deben alejarse. ¿Cómo llevas lo que te estoy contando?

Isabel posó la mirada sobre el cristalino lago y sus labios se curvaron en una tenue sonrisa.

—Bien… —expresó pensativa. En realidad, le producía retortijones.

Sentía calambres extraños que le hacían querer tocarse el bajo vientre.

Everett podía leer en sus ojos achocolatados la preocupación que todo aquello le producía.

—Los metamorfos son conscientes de sus actos, siempre y cuando su hambre esté saciada.

—¿Comen humanos?

—Solo cuando son así de apetitosos como tú… Nos dan ganas de meter la lengua entre sus piernas y saborear sus efluvios íntimos…

—Everett, dime…, quiero saber.

—Controlamos el hambre siendo bípedos. Pero si se nos antoja cazar, nos adentramos al bosque.

—Pancita llena, corazón contento.

Everett le dio un beso en los labios.

—Algo así… ¿Tienes alguna otra pregunta que desees te aclare?

—Unas cuántas: ¿qué edad tienes?

—Veintinueve.

Esto la tomó por sorpresa.

—Pensé que eras más viejo.

—¿Tengo pinta de viejo? —Como que se iba a cortar el pelo.

—De león gruñó, pero ya te lo dije. ¿Y cuántos años logran vivir?, ¿quinientos?, ¿mil? ¿O más?

—Menos. La edad promedio es de doscientos años, aunque existen lobos que superan los trescientos. —Y estos eran escasos.

Los Alfa Supremos.

—¿Por qué decepcionada, pensabas que vivíamos más?

—No es por eso, es solo que reparé en que me sobrevivirás una larga temporada cuando yo no esté. Como humana, por muy anciana que muera, sería de ochenta o noventa años. —Del que seguro buscaría nueva compañera.

Everett se removió en sus pies, incómodo por dos hechos que aún no había tocado con ella: su cambio y su hijo no-nato.

Y los dos estaban por ocurrir.

—Isabel, con respecto a lo que te tenía que contar…

Se tensó.

—Aún no —lo cortó. No sabía por qué se negaba a escuchar esa parte de su relato, se supone que era algo que produce «felicidad», pero tenía un mal presentimiento y le daba largas, quizás, para ir asimilando todo poco a poco, en vez de sopetón.

—No quiero postergarlo.

—Everett, si me lo sueltas ahora, puede que me lo tome mal. Por favor, dejémoslo para después, ¿quieres? Tal vez en unos días, ahora quiero asimilar esto…

Él temía que después fuera demasiado tarde.

Decidido a ignorar su pedido, abrió la boca para contarle que

estaba preñada y que en dos meses tendría a un cachorro entre sus brazos, amamantándolo. Sin embargo, el ruido que producía el rotor de un helicóptero, se escuchaba cada vez más cerca, haciendo que los hombros de Everett se pusieran como piedras.

El doctor Pavlovic, estaba por aterrizar.

Capítulo 39

A Isabel los retortijones le empeoraron.

Y se debió a que Everett saltó la baranda de la terraza hasta el suelo, como quien salta el cercado para corretear las vacas. Casi se queda sin aire y un grito quedó atorado en la garganta; el condenado quería llevarla a la tumba antes de que finalizara el día.

Se marchó en su Jeep a recibir a un sujeto de apellido «pablo» o algo por el estilo, quien descendería a un kilómetro de la cabaña, cerca de las tundras, puesto que la arboleda impedía que el helicóptero aterrizara.

La distancia que Everett conduciría, le permitiría a Isabel bajar de urgencia a la letrina. Tenía los intestinos en una guerra campal con el resto de los órganos de su cuerpo, que se propusieron hacerse notar; el corazón palpitaba acelerado, el estómago le producía reflujo, los pulmones subían y bajaban pesados por su errática respiración, la vejiga la tenía a punto de reventar por las ganas de orinar, los ojos le ardían, los oídos le zumbaban, las tripas estaban por desencadenar la hecatombe si no corría rápido hasta el baño.

Como un misil descendió las escaleras de la terraza hasta el nivel de las habitaciones y, de allí, voló por las escaleras hasta cruzar la puerta posterior de la cocina. La señora Mila, que despedazaba un carnero, pues ese día tendrían visita, la llamó sin que esta le prestase atención. La joven hubiera querido tener la misma fuerza en las piernas de Everett para saltar desde el tejado y correr hasta la letrina. Sin embargo, tuvo que hacer el recorrido como todos los mortales comunes y corrientes, cuyas piernas temblaban como gelatina.

Abrió la puerta del baño y el hedor golpeó su nariz, pero le tuvo sin cuidado, su necesidad ponderaba más que aguantaba los malos olores.

Y mientras estaba en *esas faenas*, la imagen de Everett, saltando como el más portento de los atletas olímpicos, la tenía impresionada.

Por desgracia, no era una impresión que contase orgullosa a Camila o a los profesores chismosos de la academia en donde relatara que, como su novio, no existían dos.

Lo que era todo lo contrario. ¡Habían más! Muchos, si tomaba en cuenta que hasta preparaban el almuerzo bajo el mismo techo donde ella se hospedaba.

Su intestino grueso hizo de las suyas e Isabel emitió un *quejidito*. Los huevos revueltos con tocineta le cayeron fatal.

Lanzó una increpación en voz baja, comprendiendo el porqué de las

fachas de los trogloditas y la imperturbabilidad de la señora Mila con respecto a la desnudez de Everett: ¡Eran hombres lobo!

En estos la apariencia era lo de menos.

El mismo Everett lo dijo al presentarle su hermano y sobrino, quienes también eran de los que formaban parte de los dichosos mitos.

—Y yo, aquí, en medio de ellos.

Recordó a la manada de lobos de la otra noche.

«…dan los respetos al nuevo alfa», la voz de la larguirucha, resonó en su cabeza como un eco. Los animales habían llegado de diferentes puntos de la Reserva, para saludar al que los guiaría a partir de ese instante. Y esto la apabullaba porque, de ser así, Everett era un alfa.

Se preocupó.

¿Y qué era ella?

Salió de la letrina y la rodeó para lavarse las manos. Tenía un nudo en la garganta que la hacía querer llorar, pero por temor a ser increpada, se contenía. Ella estaba entre esos seres temperamentales que, al menor disgusto, perfilaban los dientes.

Hombres lobo…

Everett era uno de estos.

¿Quién lo diría? Aquel sujeto con pinta de leñador sexy y que moría en la acera frente al Mastrangelo, resultó ser un hombre lobo.

—Por eso sobrevivió… —expresó para sí misma, mientras se enjabonaba las manos con nerviosismo. Si antes el bosque se le hacía inquietante, ahora era atemorizante—: porque no es humano.

Pensaba, una y otra vez, su rostro desencajado por el impacto de la caída, la falta de pudor, su mejoría, el salto desde la terraza, la historia que le contó: «se sospecha su existencia desde hacía veinte mil años».

—Dios mío. —Sacudió las manos para secarlas al aire y les dio prisas a sus piernas para volver a su dormitorio. Terminaría de hacer las maletas. Ella allí no permanecería por más tiempo.

—¿Se encuentra bien, seño…?

—Sí. —Pasó de largo con el fin de evitar mirar a la mujer. Lo único que Isabel hacía era imaginárselos a todos convertidos en bestias furiosas.

Ignorando el hormigueo en su nuca, por la mirada que debía estar dándole el ama-de-llaves-mujer-lobo, se preguntó: ¿cuáles de aquellos *pulgosos*, fue Kuzman, Goran y Lazar?

—Y tuviste la osadía de enfrentarte con el más avinagrado… —Desde un principio, Lazar se mostró reacio a ser amable con ella, y esto era por ser humana.

Se detuvo *ipso facto* al percatarse que la maleta de la que Everett había lanzado por el ventanal, estaba sobre el asiento de la silla rústica.

Levantó la tapa.

Estaba vacía.

Echó un vistazo a través del boquete; los fragmentos de vidrio fueron removidos y la ropa que se suponía yacía desperdigada por la grama, fue recogida.

—Coño… —En dos zancadas se acercó al armario y abrió las puertas para contemplar estupefacta toda su ropa colgada en las perchas. Mientras estuvieron arriba, la mujer recogió la ropa y la maleta, sin haber recibido una orden previa de su parte o de Everett —. Vieja, hija de… —¿Quién le había otorgado el derecho de asumir que se quedaría?

Su hogar estaba en Nueva York.

Mascullado palabras ininteligibles, sacó del armario varias mudas y las arrojó de mala gana sobre la cama; hizo el viaje hasta el armario dos veces y para la tercera…

Se mareó.

—*¡Upa!* —Parpadeó aturdida, logrando apoyar las manos en el respaldo de la silla rústica.

Sacudió la cabeza; las manos le sudaban y no por tener calor, sino por el repentino escalofrío que le recorrió el cuerpo.

—Me va a dar un patatús de nuevo… —Se preocupó, viendo cómo los ventanales comenzaban a dar vueltas a su rededor—. ¡Ay, mi madre! ¡Ay, no, no, no, que no me vaya a dar! —Extendió las manos hacia adelante, moviéndola a los lados para equilibrarse y evitar darse un porrazo en el piso.

Como pudo, logró llegar hasta la cama.

Se desplomó encima del cúmulo de ropa y algunas perchas que se clavaban en sus costillas. Cerró los ojos para calmar el vértigo que la azotaba. El corazón latía a millón y la respiración le fallaba.

—¿Qué me pasa? —sollozó angustiada. Su salud iba de mal a peor. Esta vez, no fue a causa de haberse devorado un venado, sino un simple desayuno que se le antojó—. *¡Arrrgh!* —Se aovilló al sentir un lacerante dolor en su vientre, parecido a las veces en que la menstruación la martirizaba.

Se tensó.

A ella aún no le llegaba la menstruación.

¡Y hacía rato en que debió llegarle!

—No puede ser… —Antojos, vómitos, mareos, desmayos… Tenía todos los síntomas de...

¿A partir de qué mes se sentían? ¿Del primero?

O la primera semana.

Isabel se recriminó, pues en ningún momento se cuidó mientras follaba con su novio que era…

—¡Oh, Dios mío! —Se sentó de golpe. Su mano en el vientre

adolorido y que se notaba un poquito abultado—. ¡Oh Dios!, ¡oh Dios, no, no puede ser! ¡¡Es imposible!!

¡Por supuesto que es posible, tarada!, se reprendió a sí misma. *¿Por qué no habría de serlo?*

Era una mujer joven, sana y sexualmente activa, que fue idiota en no tomar pastillas u obligar a Everett a usar condón.

Estaba embarazada.

Y de un puto hombre lobo.

*****

Everett se encontró con la mirada azorada de Mila, en cuanto el doctor y él, cruzaron la puerta principal. El ama de llaves había salido del área de la cocina, haciendo aspavientos silenciosos de lo que pasaba en la planta alta; su delantal estaba sucio con alguna salsa que le cayó encima y mechones de su cabello castaño, los tenía erizados por la humedad del ambiente.

—Le dio una crisis de nervios —rodaba los ojos del doctor a Everett, sin saber a quién debía darle la información.

—¡¿Y eso por qué?! —Everett inquirió, dirigiéndose preocupado hacia el dormitorio, siendo seguido por Mila y por Slavco Pavlovic, quien portaba un maletín tipo-médico de color negro.

—No lo sé, señor Everett —respondió mientras le pisaba los talones —. Yo estaba preparando el carnero, cuando salió disparada al baño, luego retornó pálida; le pregunté si se encontraba bien y me dijo que «sí». Como escuché que hablaba sola en el cuarto, fui a ver si se le ofrecía algo, y la hallé en un ataque de nervios.

Everett conocía las razones: fue por todo lo que le había contado.

Mucha información asimilada.

Aunque, fue oportuno que Isabel se negara a que él le contase *lo otro*, el doctor Pavlovic se encargaría de hacerlo con sus términos médicos para evitar que se preocupara.

A menos que…

Abrió la puerta del dormitorio.

—Isabel…

—Estoy, estoy… ¡Oh Dios, estoy embarazada! Estoy embarazada —casi gritaba por la histeria—. ¡Oh, Dios mío! No, no…

Everett miró con severidad a Mila y esta cabeceó nerviosa, pues no había abierto la boca.

—Isa, tranquila —ingresó a la habitación y ella se alejó de él, como si fuese un marido golpeador.

—¡Estoy embarazada, Everett! ¡DE TI!, de un… —Miró al sujeto que se hallaba en el umbral de la puerta—. ¿Quién es él?, ¿qué hace aquí?

Everett miró por sobre su hombro e hizo un movimiento con la

cabeza para que el menudo hombre de cabello cano, entrase y así presentarlo.

—Es el doctor Pavlovic, es nuestro médico de cabecera —mintió. Solo fue el de su padre, pero una mentirilla era necesaria para tranquilizarla.

Isabel agrandó los ojos.

Everett sabía.

—¿Tú, como es que…? —calló al observar que los tres bajaron la mirada. Todos sabían de antes y ella se mantuvo en la ignorancia hasta haberlo descubierto por su propia cuenta.

Jadeó.

—Desgraciado, sabías y no me advertiste. —El silencio de estos confirmaba lo que temía—. ¡Dios mío, estoy embarazada de un hombre lobo! —Se tapó la boca con las manos. Sus ojos inundados en lágrimas—. Voy a tener perritos…

La señora Mila se apretó los labios para ahogar una carcajada. Los humanos poseían una imaginación bastante volátil.

—Calma, Isabel, déjame —*aclararte que no vas a tener perritos, sino lobitos*— explicarte.

—¿Esto era lo que me ibas a decir: que estaba embarazada de ti? —Él asintió. Caminaba despacio hacia ella. El sujeto, detrás de este, sostenía algo que Isabel no alcanzó a ver—. ¿Cuántos tendré?, ¿cuatro?, ¿seis? Se me va a reventar la panza… —Una perra solía parir esa cantidad o más. Y una mujer embarazada de una criatura salida de las películas de terror, quién sabe.

—Solo uno, amor. Tranquila. Tampoco será *perrito* ni se te va a reventar la panza. Ven… —alargó la mano para que la tomara, ella lo rechazó, retrocediendo hasta chocar con la puerta del baño improvisado.

—Será como tú, ¿no? ¿C-cómo se supone voy a criar a un…? —El nombre de la especie se había quedado atorado en su garganta. La aterraba pensar ponerle la teta y que el bebé le arrancarse el pezón de un mordisco.

Llevando la mano hacia la espalda, tanteó con desesperación el picaporte y lo hizo girar para encerrarse en el baño.

Everett le ganó en velocidad, a centímetros de cerrar la puerta en su cara.

—¡No me toques! —gritó temblorosa. No quería tener al bebé o lo que fuera a nacer.

—Isabel…

—Señor, Everett, si me permite hablarle a la señorita —Slavco Pavlovic trataba de elevar los ojos por encima de los anchos hombros del joven Brankovic.

—¡USTED, ALÉJESE! —Isabel tomó la jarra del agua, que estaba

vacía y la alzó amenazante hacia el sujeto. Para ella, estaba ahí para un propósito siniestro y no se lo iba a permitir.

—Señorita, soy médico. He venido porque el señor Everett me mandó a llamar por un malestar que usted presentaba. Nadie quiere hacerle daño. Permítame auscultarla.

—Le haré un hoyo en la cabeza si me toca —siseó furiosa. La jarra en alto. Lista para partírsela en dos.

El doctor no dudó de su palabra y tocó el brazo de Everett para que se volviera a verlo.

—Déjenos solos, por favor.

—¡NO! —Isabel chilló, aún más nerviosa de estar a solas con un extraño. ¿Qué quería: buscar el modo de doparla y luego experimentar con ella? De ninguna manera.

—Estaré contigo, amor. Lo que tenga que decir el doctor, estaré presente.

—Son asuntos personales. —El hombre le hizo ver. La joven estaba aterrada de tener cachorros y si él la hacía desahogarse, lograría calmarla. En muchos pacientes con ese tipo de nerviosismo, se requería de la sicología, hacerse su «amigo», escuchar los temores que le aquejan. En incontables ocasiones, la ignorancia era el mal que desemboca en paranoias y preocupaciones sin fundamento; la violencia, su método de defensa, la joven comenzaba a manifestarla.

Everett sacudió la cabeza.

—Me iré si lo pide Isabel.

—No quiero.

—Entonces, me quedo. —Le reconfortaba que, al menos, hubiese un atisbo de apego hacia él, así fuese por el estricto sentido de la protección.

Slavco se dirigió hacia la cama; dejó sobre la mesita de noche, el maletín y aguardó paciente, a que el otro la convenciera de salir del baño. El ama de llaves mantenía distancia prudente para que esta no se sintiese amedrentada; le sonreía, aunque por dentro criticaba a la humana de ser tan dramática. Solo estaba preñada de un cachorro, no de veinte.

—Vamos, Isa, confía en mí. Solo te va a revisar. —Ella vaciló—. El doctor aclarará tus inquietudes. Ven… —La mano expectante.

—No me dejes sola con ese tipo. —Si lo hacía, gritaba.

—Estaré a tu lado —le tomó la mano y luego la llevó hasta donde esperaba el doctor con el estetoscopio colgado en el cuello.

—¿Sería tan amable de quitarse la blusa? Necesito escuchar sus latidos. —Como humano, sus oídos requerían de un aparato que le incrementara el sonido emitido de los corazones de sus peculiares pacientes.

Isabel, avergonzada, se llevó las manos a los botones de su blusa y

miró a la señora Mila que seguía ahí de curiosa. Enseguida esta comprendió que debía retirarse. Everett se sentó a su lado para brindarle confianza.

En los siguientes minutos, a Isabel le revisaron los latidos de su corazón, le hicieron preguntas de rutina de si ha sufrido más desmayos, vómitos continuos y qué tanto vomitaba; qué ha estado comiendo, con cuánta frecuencia y en qué cantidades lo hacía; si ha tenido gases, si le arde al orinar y si es fétido al evacuar.

La conclusión: mujer en óptimas condiciones para fecundar toda una camada.

—Pregunte lo que desee. Estoy para responderle.

—¿Lo que sea? ¿Sin… —miró de reojo a Everett— palabras disfrazadas ni evasivas?

—Lo que sea, señorita. ¿Dígame qué temores tiene?

—¡Todo! —chilló—. Temo lo que me pueda pasar.

—Nada le va a pasar, amor —Everett replicó al instante, mientras le sobaba la espalda. Pero Isabel se inclinó hacia su izquierda para que no siguiera tocándola, del que Everett –herido– dejó de acariciarla.

—Señor Everett, por favor, deje que sea yo el que le explique a la señorita cómo será todo el proceso del embarazo. —Como lobo, era comprensible que este quisiera otorgarle a su mujer todas las respuestas necesarias; sin embargo, podría cometer una imprudencia que la haría poner más nerviosa.

Este asintió, un tanto frustrado de no ser él y sí el doctor, el que la tranquilizara.

—A ver… —Slavco le sonrió a Isabel—. A usted, la cabeza de un *aliens* no le va a reventar el abdomen en cuestión de minutos; nacerá un niño, igual a los bebés humanos que lloran por hambre, sueño o porque hicieron popó en el pañal. Debe comprender que, a pesar de haber sido fecundada por alguien sobrenatural, gozará de las bendiciones de un buen embarazo.

El rostro de Isabel se iluminó.

—Entonces, ¿será normal? —Imploraba que fuese un bebito saludable y bello a quien amar, siempre y cuando naciera como los demás niños.

—Si se refiere al feto, me temo que no. El padre no es humano. Pero si se refiere al embarazo en sí: parirá dentro de dos meses.

La explicación fue como si le hubieran arrojado a la cara un balde de agua, que la hizo despertar.

—¡¿Qué?! —Isabel se levantó de la cama y a Everett le provocó asestarle un puñetazo al imbécil por decírselo sin anestesia—. No, no… ¡Yo no lo quiero tener! ¡Sáquenmelo! ¡¡SAQUÉNMELO!! —Caminaba de un lado a otro, con esas crecientes ganas de querer saltar por el ventanal roto.

—¡Isabel! —Everett se puso en pie y la tomó de los hombros para detenerla.

—¡No lo quiero tener!

—¡¡Cálmate!! —La sacudió, logrando rápido el efecto deseado. Ella quedó paralizada, llorando a raudales—. Amor… —bajó el tono de su voz, acunándole a la vez el rostro para evitar que enloqueciera—. El embarazo no lo vas a pasar sola; yo estaré contigo y te ayudaré en todo lo que necesites. El doctor no te miente, será un bebé con aspecto humano, no parirás un lobo, de ello puedes estar tranquila.

—Me arrancará los pezones cuando le dé de amamantar…

—¿Quién te dijo eso? Los lobez… b-bebés nacen desdentados.

—Claro, como no son tus pezones…

—Isabel…

Una vez apaciguada la crisis, se dejó conducir hasta la cama. Everett le rodeaba los hombros con su brazo, la atrajo hacia su pecho y le estampó un dulce beso en la frente. Mientras tanto, el doctor Pavlovic, sin hacerse notar, guardaba la jeringa con el calmante que le iba a inyectar en el brazo, si el joven Brankovic no lograba conseguirlo.

—¿Cuándo se transforman? —Isabel estaría más tranquila hasta que respondieran a todas sus preguntas.

—En la pubertad ocurren los primeros cambios: voz, tamaño, fuerza… —el doctor respondió. Sopesaba en que era prudente mantener la jeringa a mano, por lo que el maletín permanecería abierto. ¿A qué madre humana le gustaba que le dijeran que su hijo tendría la apariencia de un perro?

—Me refiero a cola, pelaje, colmillos…

—Después de los quince años.

—Dios mío… —lidiaría con un hombre lobo quinceañero—. ¿Cómo cuidaré de él? Nada sé…

—¡Lo cuidarás conmigo! —Everett exclamó, tomándola del mentón para alzar su mirada. Le molestaba que ella dudase de su capacidad paternal; sería mejor padre que Dragar, Stanislav y sus propios hermanos. Y mil veces mejor al padre de Isabel, que abandonó a su familia por una joven mujer—. Lo criaremos y educaremos juntos —manifestó solemne—; será un reto, porque tendremos a nuestro primer —*cachorro*— hijo, del que será motivo de alegrías, no de histeria. Está bien, admito que la noticia fue para que actuaras así, pero no estás sola y yo soy un lobo que conoce muy bien dichos cambios.

Ella lloró.

—Me cuesta dejar de sentir miedo.

—Es natural en toda madre primeriza —replicó el doctor.

—¡Que tendrá un niño-lobo! —completó exasperada. Estos no comprendían su angustia.

—Y del que será amado como lo más hermoso del mundo.

Isabel se le quedó mirando a Everett, tratando de descubrir en sus ojos marrones que le mentía, pues lo que nacería, sería un animal en vez de un bebé normal.

No obstante, este trasmitía felicidad y si lo estudiaba con mayor detenimiento: esperanza.

Suspiró.

—Por favor, jamás me dejes sola en esto o te pateo.

—Te doy mi palabra de honor de que estaré contigo siempre, *mi ángel*. Me has hecho feliz al engendrar a mi primer hijo.

Isabel lo abrazó y el doctor medio sonrió, teniendo el buen tino de abandonar la habitación, yendo a esperar a que estos terminasen de despejar sus dudas. Tal vez, el ama de llaves le pudiera servir esa riquísima taza de té, que una vez probó cuando estuvo en la cabaña, la vez en que al señor Everett le había dado por saltar de cabeza desde la cumbre de Denali. Si no fuera por sus camaradas, a esas alturas, sus cenizas estarían regadas en el Mar de Bering.

Capítulo 40

—¿Aún sigues asustada?

—Un poquito —Isabel mintió a Everett, cuyos retortijones –del que olvidó comentarle al doctor– seguían fastidiándola—. Me está doliendo el vientre… ¿Esto es normal?, o fue por lo que comí en el desayuno —preparaba las orejas para escuchar: «¡te dije que comieras ligero!», pero él no le sacó nada en cara. Más bien, la besó una vez más en la frente y suspiró, mientras la apretujaba con delicadeza contra su pecho.

Él se regocijaba en su dicha y se reía de sí mismo por cómo su vida dio un giro de 180 grados; tanto renegar de tener crías y, mírenlo, soñando despierto en tenerlos entre sus brazos. Una vez tuviesen *al que venía en camino*, convencería a Isabel a que pusiese a funcionar de nuevo la máquina de gestación; quería llenar la cabaña de cachorros; tres era un buen número, aunque se permitía ansiar cinco. Esa cantidad sería perfecta para llenar cada rincón de su hogar de risas y correteos que harían estos al jugar sin parar, trepándose en los muebles altos, asaltando los corrales y los gallineros, fregándole la paciencia a Mila y enloqueciendo a Isabel.

En cambio, él…, feliz de lo logrado con su hermosa morena de mirada asustadiza.

—Tu cuerpo se está adaptando rápido al pequeño Du´an. Sentirás algunas molestias; nada que requiera hospitalización, solo cuidado. Tu barriga crecerá a un ritmo acelerado, por lo que te aconsejo seguir todas las indicaciones que Pavlovic te indique.

—¿Duán? —De todo lo que Everett le dijo, esto fue lo que captó su atención—. ¿Qué significa?

—¿Du´an? —la corrigió, haciendo énfasis en el quiebre de la palabra—. Es el nombre de nuestro hijo y significa «alma».

Isabel se separó un poco de Everett y lo miró como expresándole: «a ver, compadre, ¿cómo así?, que el nombre del bebé se escoge entre los dos».

—Y si es hija: *¿Duanina?* —replicó con una ceja alzada—. Porque me imagino que pensaste en las probabilidades de que sea una nenita, ¿eh?

—Es macho.

—Varón. —Esto hizo que lo mirase recelosa—. ¿Cómo es que estás tan seguro? No es algo de tu desarrollado sentido de hombre lobo, ¿no? —Sería el colmo que le dijera que también tenía visión de rayos

X.

—Presentimiento.

Airada, se cruzó de brazos.

Válgame, *el lobito* jactancioso. No solo asumía el sexo del bebé, sin ultrasonido ni nada por el estilo, sino que hasta le puso nombre sin consultarla.

—Yo digo que es una niña y se llamará «Erika». —Suficiente con las «Marías» en su familia: María Guadalupe, María Teresa, María Isabel, María de la Concepción, María *pepita*, María *conchita*, María-la-que-le-pica-el-culo. María, María, ¡María! La tenían aburrida.

Everett rio.

—Du´an.

—No me gusta. —Por muy bonito el significado, no le terminaba de calar en la cabeza.

—A mí, sí —insistió sin estar molesto—. Este será el nombre con el que llamaremos a nuestro primogénito.

—De paso decidiste que quieres más…

—Tres: dos niños y una niña.

—Con uno y no más.

—No entra en discusión, Isabel. Quiero un Du´an, un Vuk y una Marija.

Isabel ni quería saber sus significados.

Enfurruñada, expresó algo en español, del que Everett consideró seriamente aprender el idioma para llevarle el paso en las discusiones. Esa mujer prometía hacerle la vida de cuadritos y también divertirla.

Como ese instante.

—Qué nombres tan feos —masculló—. Será «Erik», si es niño. «Erika», si es niña.

—Du´an…

—¡Erik!

—Entre los Brankovic, el padre es el que impone cómo debe llamarse su descendencia.

Isabel, resopló.

Con razón tienen nombres tan feos.

—Pues, entre los García, la madre es la que tiene la última palabra. El bebé se va a llamar «Erik». Fin del asunto. —Y que los Brankovic se jodieran.

Lo cierto es que a Everett le daba igual si *su terremotico* con alas blancas rompía con las tradiciones; de por sí, su pecho no era capaz de contener tanta dicha, sería padre y la mujer que amaba, estaba dejando de sentir temor por su embarazo. Él solo le llevaba la contraria para sulfurarla y hacerla aferrarse a su hijo no-nato, lo que funcionó a cabalidad.

Claro está que no perdía la esperanza de llamar a sus lobeznos por

el nombre escogido.

No obstante, Everett meditó que debía formalizar la relación para que sus hijos –porque tendrían varios– no nacieran bastardos.

Se puso en pie y se dirigió hacia el armario, donde en una de las gavetas, muy al fondo de sus camisetas, una pequeña bolsa de terciopelo azul oscuro, yacía guardada.

Sacó lo que contenía dentro y oró para no crear otra crisis.

Isabel sintió una creciente aprensión; la mirada de este era extraña.

—¡Huy, ¿qué estás haciendo?! —Se tensó en cuanto Everett puso una rodilla en el piso y le mostró en alto lo que sostenía entre los dedos.

Un espectacular anillo de diamante.

—Esto lo heredé de mi madre y ésta de su madre, y *aquella* de la suya… —expresó con absoluta solemnidad y del que Isabel consideró que su novio tenía la costumbre de enredar el hilo de las generaciones —. Se ha pasado de madre a hija durante más de doscientos años, pero como la mía solo tuvo varón, es mi deber cederlo a mi futura esposa.

Isabel dejó de respirar y se removió incómoda en su puesto.

¡¿Le estaba…?!

—Isabel García: ¿Aceptas ser mi esposa? —Se lo dijo de sopetón.

Tragó en seco.

—Everett… —Había quedado atónita por la propuesta de matrimonio. Todo sucedía de manera acelerada: una cena que se convirtió en una cita fogosa, luego sexo, embarazo, ahora le pedía que se casara con él. La dejó sin habla—. Everett, es muy rápido…

Él tardó un instante en analizar la negativa de la muchacha.

—¿Me estás rechazando?

—Digo que es muy rápido, apenas nos estamos conociendo.

—Al contrario: es el tiempo correcto.

—Porque estoy embarazada. —Molesta, se levantó de la cama, pasando por el lado de un *hincado* novio que la siguió consternado con la mirada. De no estar esperando a su hijo, este no le estaría mostrando el dichoso anillo.

—Por eso y porque te amo, Isabel —dijo al ponerse en pie—. Casémonos sin importar el orden en cómo ocurrieron las cosas.

Ella posó la vista en la montaña que se alcanzaba a divisar por sobre los abetos y suspiró entristecida. Arriesgo de que la tomaran por tonta, en cierto modo, el anillo representaba una cadena que la mantendría encadenada en ese lugar.

Estaría casada y con un bebito.

La ansiedad oprimió su pecho ante el futuro que se vislumbraba frente a sus ojos.

¿Y el ballet?

—No me parece, es muy pronto para hacerlo. Apenas nos estamos

conociendo.

—¡Sí, ya dijiste eso! —la gritó llevado por la frustración—. ¿Y…? ¡Qué importa si nos tratamos desde hace unos días o dos horas atrás! Yo te quiero, Isabel. ¡Te adoro! ¿Qué hay de malo en que unamos nuestros corazones en uno solo? Es más, ya lo hicimos: en tu vientre engendras a nuestro hijo. Al menos, hazlo por él para que nazca dentro del matrimonio.

—¡No!, ¡así no! —replicó con el mismo tono acerado del otro—. Prefiero esperar a ver cómo nos va en nuestra relación.

—Nos irá bien.

Ella sonrió sarcástica.

—Ay, Everett… Agradezco tu positivismo, pero hay que ser realistas. ¡Mira, eres un hombre lobo del que apenas te conocí tirado en una acera! —elevó la voz cuando este intentó replicar—. Me estoy enterado de aspectos tan escabrosos sobre ti, que me tienen asustada. ¿Cómo me vas a pedir que me case contigo en estos momentos? ¡No, por Dios!

—¿No me amas? —le dolía que buscara trabas.

Isabel lo miró agotada.

Nada había escuchado de las razones que le expuso.

—Claro que sí, solo esperemos.

Para un lobo acostumbrado a que los demás le obedecieran sin rechistar, la negativa de su precioso ángel, lo había trastocado. Si se ama –como él a ella– se sortea todos los inconvenientes que se presenten en el camino. Pero Isabel le demostraba su cobardía.

Empuñó la mano con el anillo de Winona dentro, jurando que la haría su esposa así fuese a la fuerza. Ningún hijo suyo sería depreciado por haber nacido de un concubinato. Los que tuvieron ese infortunio, eran los vástagos de las amantes que ni siquiera fueron escogidas para ser la tercera esposa.

Sin intercambiar más palabras, Everett dejó el anillo en la gaveta, y se marchó para llamar al doctor Pavlovic a que terminase de revisar a Isabel.

Este subió al dormitorio, fingiendo que no había escuchado la discusión entre estos dos, mientras estuvo tomando la taza de té negro con leche, que muy amablemente Mila le había preparado.

Dio una lista de las indicaciones que la señorita García debía acatar para que, durante esos meses, no sufriera ningún tipo de percance. A pesar de que la joven gozaba de buena salud y del que podría parir más de un infante, el riesgo por aborto era muy alto.

El útero humano no era tan resistente como el de una loba; el líquido amniótico que mantiene al feto en desarrollo, no le proporciona la suficiente protección al cachorro de golpes externos, traumatismos, la correcta regulación de la temperatura corporal, la

libre circulación de los fluidos que permite fortalecer los pulmones. Los genes de la madre lo sentenciarían a ser un omega desde el primer minuto de su nacimiento.

—Gracias por dejar sus obligaciones y volar rápido a Denali. La situación con Isabel habría sido… compleja… —Everett expresó a Slavco, una vez descendieron del Jeep a donde el helicóptero se hallaba en medio de la tundra. El piloto conversaba con Marcus y Thomas; lobos de la zona que, al parecer, se acercaron para investigar de quiénes se trataban.

—Es mi deber servirles, señor Everett; cuando me requieran, sin importar la hora, vendré al instante —replicó mientras ambos caminaban hacia el helicóptero. El piloto se despidió de los otros dos y estos hicieron una reverencia a Everett, luego retrocedieron para que las hélices al girar, no les volase la cabeza.

—¿Será posible que se instale en la cabaña para los días en que Isabel esté de parto?

—Tendría que desde ya fijar fecha para no comprometerme con otros pacientes. Pero con todo gusto estaré pendiente hasta que se efectúen los dolores de parto. ¿Quiere usted estar presente para ese entonces? —Everett agrandó los ojos—. Lo digo, porque le dará seguridad a su pareja.

—Prometida —corrigió—. Isabel será mi futura esposa.

El doctor Pavlovic carraspeó, haciéndose el que ignoraba el rechazo que este sufrió. Era un lobo diferente al resto de los de su especie al demostrar afecto por una mujer de casta inferior, pero actuaba igual de patán a estos de hacer cumplir su voluntad.

—Entonces, permítame felicitarlo y desearles a los dos una vida fructífera y saludable. —Esa chica sería su dolor de cabeza.

—Gracias.

—Mañana, después de la ceremonia, le indicaré la fecha exacta en la que me instalaré con ustedes —lo dijo como de pasada. El joven no le daba importancia a algo que le podría acarrear graves consecuencias.

Everett endureció la mirada. Su felicidad terminó de empañarse por algo tan ruin como rendirle pleitesía a su hermano mayor.

—Prefiero que me telefonee —dijo—, tal vez no me presente. —Lo que era seguro.

Slavco puso cara de: «se va a meter en problemas».

—Por favor, le ruego me disculpe de antemano, si me tomo atribuciones que no me corresponden; soy humano y no somos escuchados en estos casos, pero… por el bien suyo y el de su prometida: asistan. El señor Ranko se lo hará pagar si le hace un desaire.

Everett gruñó y Slavco bajó la cabeza, atemorizado. ¿Quién lo

mandó en abrir la boca? Esos problemas solo les concernían a ellos.

—Discúlpeme, no debí…

—Está bien, le agradezco el consejo. Lo pensaré.

El hombre asintió.

Qué lástima que este se negaba en tomar el liderazgo, sería un buen alfa: escuchaba consejos de los que, con frecuencia, los demás pisoteaban.

Slavco Pavlovic subió al helicóptero y se sentó en el asiento del copiloto; su maletín negro reposaba sobre sus muslos, tras cruzarse el cinturón de seguridad y ponerse los audífonos que le protegían del ruido del rotor de las hélices, permitiéndole a la vez escuchar lo que le dijera el piloto durante el vuelo.

Everett volvió a su vehículo, tenso por lo de Isabel y porque debía bajar la cabeza ante Ranko para vivir en paz con su mujer y su hijo en su pequeño paraíso.

Capítulo 41

La increpación reverberó en su fuero interno.

Arturo tuvo que tragarse la rabia que lo corroía por dentro al estar encadenado del cuello como un perro. Lo tenían inmovilizado contra el tronco de un sauce, como un pulgoso castigado porque se meó dentro de la casa de sus amos. Estaba bajo la sombra de las gruesas ramas, observando a los pinches malditos que lo vigilaban a cierta distancia, mientras se placían en comer y beber a sus anchas, delante de él que tenía hambre y sed.

Se quejó, acomodándose en la grama, estaba sentado desde hacía horas, su culo lo tenía plano y adolorido; el hijo de puta que lo llevó hasta ese lugar, lo había entregado a unos maricas que le gustaban tocarse entre ellos el pito.

Y a él se lo tocaron más de una vez.

Gruñó. Mataría a todos los que le pusieron un dedo encima, le hicieron tragar *lo que él le hacía tragar* a las zorras con las que se revolcaba: se lo metían hasta el fondo y descargaban un buen chorro en su boca.

¡Errrrrggg!

¡Putos cabrones! Lo convirtieron en una perra que barre y lampacea: «limpie aquí», «limpie allá», y «pon el culo».

No recordaba cómo es que llegó a parar a ese país que, lo más seguro, lo drogaron como *pendeja* en discoteca que bebió del vino que le ofreció un extraño. Lo esclavizaron y apodaron «omega». Ahí todos eran llamados según su capacidad muscular o el tamaño de lo que tenían en medio de las piernas, porque de «alfa», «beta», o lo que sea, no se bajaban. Y, a pesar de que el suyo lo tenía bastante grande, lo dejaron para el manoseo de los machos.

Machos…, sonrió despectivo. *¡Machos, una mierda!*

En ese fortín, el mariconeo estaba a la orden del día.

—¡Eh!, ¡tengo sed! —les gritó a los sujetos que bebían cerveza en el porche de una especie de cabaña y del que Arturo se le hacía agua a la boca por beber un poco. Desde hacía días en que lo tenían a lluvia y sol por haberle dado un puñetazo en la cara a un cabrón que intentó robarle un beso.

El sujeto, que respondía con el nombre de Kroz, lo miró por encima de la botella que empinaba. Se secó los labios con el dorso de la mano y emitió un eructo sonoro por estar satisfecho.

—¿Quiere? —Le mostró la botella y del que Arturo asintió ansioso

por humedecer sus labios agrietados.

—¡Sí!

—Primero *me lo mama*. —El carcajeo entre los hombres fue en el acto. Se divertían a sus expensas. La orden fue clara para este: convertirlo en sumiso. El castigo sería severo si desobedecía. Y ellos sabían cómo hacerlo.

El dedo del medio se mostró al instante.

Kroz destapó otra botella y la bebió sin apartar la mirada de este; parte del líquido se escurría por entre las comisuras de sus labios, desperdiciando la cerveza que bien podría beberse el hispano.

Tres horas después…

—¡Tengo sed!

—Ya sabes lo que tienes que hacer. —El condenado tenía un espíritu rebelde difícil de quebrar, pero ellos disfrutaban en recordarle para qué fue enviado.

—¡Al menos, un poquito del charco que está allí! —señaló hacia el pequeño pozo de agua lodosa, a unos metros en donde estaba encadenado—. No aguanto estar así, ¡ya ni puedo ensalivar!

Kroz fue el único del grupo en que no se marchó, tenía escozor en sus genitales por las ganas de desahogarse sobre el híbrido. Mientras tanto, Arturo gruñó, comenzando ya a sopesar en que debía dar el brazo a torcer para obtener un poco de agua. De nada le valía en salvar su orgullo de macho, si moría encadenado a la pata de un árbol.

—Está bien… —Juraba para sus adentros que todo por cuanto le hicieron pasar, se las cobraría a Isabel. Por ella, es que él ni se podía sentar. En más de una ocasión intentó escapar y en todas lo atraparon sin dar siquiera tres pasos.

Kroz sonrió perverso.

El deleite que se daría.

Se puso en pie de los escalones del porche, el híbrido debía estar vigilado noche y día hasta que aceptase obediencia absoluta. Y hasta el momento daba la lata.

Caminó hasta este y se plantó, dejando que el bulto bajo su pantalón apuntase a la cara del hispano.

—Está bien, ¿qué…? —Su miembro pulsante.

Arturo apretó los puños y respondió:

—Lo haré.

El otro sonrió.

—¿Hacer qué? —Lo obligaba a que se comportara como lo que era: esclavo sexual.

—Se lo mamaré, mi amo. —*¡Maldito, hijo de puta, que los gusanos se coman tus ojos!*

Kroz rio.

—Muy bien, cachorrito. Así me gusta. —Abrió la bragueta y sacó su

duro miembro.

Este tragó en seco.

Vaya hombre lobo, fuerte y joven, y se lo pegan los demás perros.

Se puso de rodillas, mientras que Kroz permanecía en pie frente a él.

—Cuidado con una gracia, porque tu cabeza será lo que ruede después, ¿entendido? —le advirtió. Supo de un prisionero que fingió ceder y le calvó los colmillos a uno de sus compañeros, arrancándoselo desde la raíz.

Asintió y se preparó para tragarse la verga del sujeto.

Cerró los ojos y lo primero que percibió, fue el grosor que se abría paso por entre sus dientes, haciéndole que abriera más la boca y apretara más los párpados. Le costó iniciar, el sabor acre de la piel del pito de este, era como chupar cuero oloroso a bola sudada; empujaba en su boca de la misma manera en cómo Vladan lo hizo en su culo la primera noche en que lo llevaron a la manada de Anka. Tardó varios días en hacerse de tal información, los sujetos eran reservados; los que comentaban, lo hacían en cuchicheos, pero Arturo fingía no escucharlos por su sordera de humano recién mordido, lo que causó que bajaran la guardia. Escuchó que se hallaba en alguna parte de Canadá y que dicha manada de pulgosos, era liderado por Vladan, un alfa de setenta años con pinta de-tipo-de-treinta, y amigo personal del *cojo* que se acostaba con la puta de su hermana. A esa, le torcería el pescuezo en cuanto escapase; por lo pronto, ha mamar se ha dicho.

Kroz lo agarró del cabello para poder empujar sus caderas con fuerza contra su boca, Arturo solo aguantaba; ojos apretados y pensamientos de asesinatos rondando por su cabeza.

—¡Vamos, esmérate que pareces estatua! —Kroz le dio un coscorrón; el hombre ya no quería empujar, sino sentir cómo otro lo chupaba.

Arturo se llenó de valor, el grosor del glande reposaba sobre su lengua, húmedo por su saliva y bastante hinchado por la excitación. Comenzó a darle de lametones, Kroz gemía, a este se le había antojado follar al omega desde que llegó, pero tuvo que aguardar a que Vladan lo gozase un par de veces. Se masturbaba cada vez que escuchaba sus chillidos adoloridos al ser perforado por el ano, que se tenía que esconder para que no lo descubriesen *jalando* cada cinco minutos.

Arturo succionaba entre el asco y la rabia, sin embargo, procuraba hacerlo con delicadeza para que el tipo sintiera lo que era el verdadero placer; a él muchas perras se lo hicieron, que ya sabía cómo debía complacer a un hombre. Lo hacía porque le tocaba, tenía que salvar su vida, lo esclavizaron y del árbol no lo movilizaban a menos que fuese para ponerse sobre sus rodillas.

Ya no le daban arcadas cada vez que se lo metían, le había cogido

práctica, chupitos por aquí, lametones por allá y soportar las embestidas que casi le partían los dientes. Este era muy grande que, por alguna circunstancia extraña, le dio cosquillas pensar en cómo sería tenerlo encima, gruñendo en su oído, ensartado por ese tipo que lo superaba por dos palmos, con sus manos fuertes apretando su pecho y sintiendo los rudos roces. Le daría placer, se haría su favorito. ¿Quería una buena mamada? Le daría la más inolvidable. El mejor sería. Este le haría desear retozar con él en un lugar más apartado para hacer cosas más sucias, en donde las cadenas no formasen parte.

Tal vez le sugeriría hacerlo en el río, tocándose y besándose cual amantes apasionados; una vez se dejó tocar por el profesor de matemáticas a cambio de la aprobación de la asignatura; cumplió, no lo reprochaba, pero no le sirvió para ingresar a la universidad, la maldita de su hermana fue tan inútil que ni para su estúpido baile servía.

Capítulo 42

Isabel se daba los últimos toques en el cabello.

Con la ayuda de un diminuto espejo, colocado sobre el tope de la chimenea, hacía lo posible en mejorar su apariencia. Se había recogido el cabello en una cola de caballo baja, cayéndole en delicadas ondas, tras un par de horas recogido en rulos y pinzas que lo mantuvieron así hasta que consideró ya debía haber adquirido forma. La señora Mila la observaba mientras limpiaba el desorden que dejó en el baño, en sus carreras matutinas a causa de las náuseas. El desayuno ya estaba preparado y la cabaña limpia de arriba abajo. Sin embargo, ni el patrón ni su huésped se habían acercado a la cocina.

Antes de soltarse los rulos, Isabel había escogido un precioso vestido en tono turquesa y unas sandalias de tacón de aguja que, por desgracia, no le cubría los dedos y los talones se le salían un poco al quedarle un número menos. Aun así, fue cauta en rebuscar entre sus cosméticos por un esmalte que le cubriera sus espantosas uñas. Camila se estaría regodeando de lo oportuna que fue al empacarle medio guardarropa en su maleta. Le guardó todo lo que pudiese necesitar, como una cena elegante o una ceremonia del que ignoraba en qué consistiría.

El día anterior, después de llevar hasta el helicóptero al doctor Pavlovic, Everett le informó su decisión con respecto a la orden emitida por Damir, en que debía asistir al posicionamiento del nuevo alfa.

Esto la dejó helada; por lo del embarazo, se había olvidado de esa obligatoria asistencia; conocería a esa gente melindrosa que ponía pegas para relacionarse con los demás, pero lo que más la inquietaba, es que todos eran lobos.

Y ella la única humana.

—Se ve bien en ese vestido, señorita Isabel. Parece una *gamma* —elogió el ama de llaves, saliendo del baño, con una cubeta en una mano y el trapeador en la otra.

Isabel medio le sonrió, sin expresarle las gracias, pues no supo cómo tomar el comentario.

Gamma…

Fue como si le hubiera dicho: «se ve bonita, aunque no hermosa».

Detrás de cada lóbulo, se aplicó una gota de su perfume y se alisó el vestido para abandonar la habitación. Everett no le dirigía la palabra, apenas le expresó lo del viaje a Kenai, permaneciendo el resto

del día en la terraza. Durante la noche ella subió a buscarlo para hablar un rato y así reconciliarse, pero no lo halló, una vez más la dejaba sola en ese lugar olvidado por Dios, habiéndole dejado un mensaje a través de Mila, de que daría un «paseo por el bosque», pues necesitaba estar a solas y así meditar sus acciones.

La entristeció no haber dormido con él, abrazados, disfrutando del fuego de la chimenea y de la compañía; la mayoría de las veces, desde que estaba allí, dormía sola. Lo lastimó al rechazarlo, pero ¿cómo iba a ser tan insensata en darle el «sí», de buenas a primeras, si le faltaba mucho por saber uno del otro? Admitía que durante esas semanas que tenían conociéndose, él le fue sincero; claro, con algunas «omisiones»; no era fácil soltar un: «Hola, soy Everett Brankovic, el que se cayó del edificio. Por cierto: soy hombre lobo. ¿Cómo le va?».

Y ella: «Mucho gusto, señor. ¡Ay, mire la hora, me tengo que marchar! ¡¡Hasta la vista!!».

Su reacción fue pésima cuando descubrió que estaba embarazada. Lloriqueó, pataleó, gritó, acusó…

En su defensa, fue azotada por preguntas inquietantes de: ¿cómo cazan?, ¿qué comen?, ¿cómo se transforman?, ¿cuándo lo hacen? y ¿con cuánta frecuencia?

Una le causaba más temor que la otra.

No era para menos.

Se imaginaba a Everett, yendo detrás de hombres o mujeres, corriendo estos para salvar sus vidas, mientras él con sus colmillos y garras afiladas, ansioso por darles alcance para devorarlos, convertido en *ese monstruo* que sale en la película *Van Helsing*, donde Hugh Jackman –el actor– le dio cacería a más de uno.

Al llegar hasta el vestíbulo, no lo halló allí; ni siquiera estaba en la sala o en la cocina, hurgando entre las sartenes a ver qué preparó el ama de llaves. Mila que la siguió con los enseres de limpieza, se encogió de hombros una vez Isabel le preguntó con la mirada, Everett seguía apartado, sin haber intercambiado con ellas un «buenos días».

—¿Adónde crees que pueda estar? Esto de caminar por ahí en el bosque, como que ya me está preocupando.

—Descuide, señorita, el señor conoce cada hectárea de estos terrenos. Además, aquí cada criatura lo cuida. Es el… —cayó en la cuenta de algo que pasó por su mente y luego sonrió como si no pudiera darle crédito—. Estará bien.

—Porque es el «alfa», ¿no? —Ya estaba al tanto de todo.

O casi todo.

—Ya no. Ahora es otro.

Isabel se la quedó mirando, esperando a que terminase con la cotilla, del porqué cedió su título a su hermano mayor, cuando bien que fue escogido a dedo por su progenitor.

Quiso preguntarle si su declinación se debía a lo sucedido con la madre, pero cómo era un tema casi tabú en Everett, procuró no hacer ningún comentario.

A cambio, agregó:

—¿Podrías buscar a Kuzman para que lo rastree?, su tardanza me tiene angustiada.

—Tal vez está en el riachuelo…

—Pero dijo que saldríamos a las nueve y miré la hora: ya han pasado cinco minutos de lo indicado.

—Él es responsable y muy puntual. —Del tiempo que tenía conociéndolo, jamás faltaba a una reunión familiar por muy aburrida que fuera.

—Hoy no. Por favor, señora Mila, busque a Kuzman…

La mujer alzó la vista hacia el piso superior y sonrió.

Escuchó que la puerta de la habitación se abrió y luego cerró. Sus pisadas resonaban por el piso, iban del baño a la cama, de la cama al armario, del armario al baño…

Como lobo acorralado.

Sonrió a la muchacha.

—No tarda en bajar.

Isabel frunció el ceño.

—¿Cómo que «en bajar»? ¿Acaso no estaba…? —Comprendió que, con sus oídos agudos de mujer lobo, lo escuchó entrar por la terraza o por el ventanal roto de la cabaña.

Aún, eludiéndola a ella.

Mientras que la mujer se marchó a llevar los enseres al patio posterior, Isabel se sentó en uno de los sillones de la sala, aguardando a que Everett se vistiera. Pero ni alcanzó a mirar la hora en su reloj de pulsera, cuando este descendía por las escaleras, como todo un galán de telenovelas.

Isabel se puso en pie en el acto.

Virgen santa…

Parpadeó atontada, por más que lo hubiese visto desnudo y estar de piernas abiertas para él, tenía la capacidad de quitarle el aliento.

Se había ataviado en un traje gris oscuro que se amoldaba a sus anchos hombros y piernas de campeonato. Para nada lucía como la vez en que se acercó a ella en el cafetín, con su chaqueta ancha y pantalón holgado, y sus enjutas facciones casi ocultas en una barba de pordiosero.

Se la había reducido casi al ras de su mentón cuadrado, el cabello lo recogió en un moño al descuido pero que lo hacía ver sexy, y ese traje otorgándole un «10» perfecto a toda su impecable apariencia.

Esa mañana le demostraba lo que fue antes de caer en desgracia, robando corazones y bajándole las bragas a las mujeres que se

cruzaban por su camino.

De no ser por lo que ella sabía que era, juraría que parecía un C.E.O. billonario.

Lo vio acercarse como si lo hiciera en cámara lenta con el brillo propio de un actor de cine. Sus movimientos eran sobrios con la vista fija en ella, serio e insondable, mientras que Isabel ni parpadeaba, manteniendo la boca abierta.

—Te ves… —calló. Él, como buen galán que se respetara, le besó con suavidad el dorso de la mano sin apartar los ojos de los suyos.

—Mi adorada Isabel, qué necio fui al ignorar tanta belleza. Me he perdido de ti por estar enojado conmigo mismo. Luces, magnífica.

—¿Cómo una gamma? —El «halago» del ama de llaves, le seguía remordiendo por dentro.

Everett puso cara de: ¡¿cómo una qué…?!

—¿En qué te basas para compárate con mujeres de menor estirpe? No, *mi ángel*, tú eres superior: eres una alfa. —Por fortuna, gestaba su hijo; de lo contrario, se la disputaban apenas pusiesen un pie en el poblado. Isabel era una gema preciosa.

Ella bajó la mirada. Lucía preocupada.

—Espero agradarle a tu familia.

—No irás para «agradar» —contestó con rudeza—, así que, lo que ellos piensen de ti, no debe importarte.

—Y si me rechazan por ser de origen mexicano…

—Nos largamos. Presentamos los respetos al alfa y no volvemos más.

Presentar «los respetos». *Aquellos lobos*, lo hicieron con Everett.

—¿Qué sucede, Isabel?

—Los animales, los… lobos normales; ellos estuvieron aquí para lo mismo. ¿A quién se lo rendían?

No dijo nada.

—Es tarde.

—Era a ti, ¿no?

—Dejé la lona en alto para que no pases frío.

—Era a ti. —No era necesario que se lo confirmase. Everett era el nuevo alfa. Incluso, Damir lo dijo: *«…ya que te niegas en asumir el mando…»*.

Pero, ¿por qué razón pretendía inclinarse ante otro?

—¿Por qué renunciaste?

—No he renunciado a nada, simplemente no acepté.

—Es lo mismo.

—¿Es importante para ti que lo sea?

—¿Quieres que te dé otro bofetón? ¡Caramba, Everett, deja de insinuar que soy interesada!, si lo vuelves a decir, te dejo.

Apretó la mandíbula. De él, ella no podría escapar. La esposaría a

su muñeca de ser necesario.

—Discúlpame, todo esto me tiene estresado.

La otra asintió.

—Está bien. Debe ser difícil dar la cara a tu familia, tras la negación. Supongo que será un día estresante para los dos. ¿Cómo es que dijiste que se llama tu hermano? El mayor…

—Ranko.

—Asistiremos a la ceremonia de Ranko y nos devolvemos para la cena. Te prepararé unos ricos emparedados de mantequilla de maní, que te vas a chupar los dedos.

Se carcajeó.

—Necesitaré más que emparedados para estar satisfecho.

—Te preparo el paquete completo. Ni loca le tuerzo el pescuezo a una gallina.

Le dio un casto beso en los labios.

—No me refería a eso… —Acercó los labios a su oído y con voz ronca, expresó—: quiero *comerte* por delante y por detrás, Caperucita.

El calor envolvió a la muchacha y el rubor tiñó sus mejillas a un rojo furioso, el apetito del lobo era feroz.

Se despidieron de Mila, ella los acompañó hasta la puerta principal y cerró tras de sí, para encontrarse con los suyos y así efectuar sus propias celebraciones. No es que estuviesen contentos por el que se alzaba como líder, al fin y al cabo, era un alfa que clavaría a cualquiera en el piso si le mostraban los colmillos; lo único en que lamentaban, es que el menor de los Brankovic prefirió postrarse ante este.

Isabel se cubrió con la gabardina satinada que Camila –alias: Hada Madrina– le obsequió. No llevaba bolso, pero hubiera preferido haber traído uno consigo para descargar sobre este su nerviosismo. Sus dedos tamborileaban sobre su regazo y sus uñas pagaban las consecuencias, siendo mordisqueadas con la creciente ansiedad que la azotaba. El Jeep avanzaba a moderada velocidad a través de los abetos; uno que otro aullido escuchó en la lejanía, su piel se erizó y su corazón casi sufre un vuelco.

Los lobos los seguían.

La mano de Everett se posó sobre la suya.

—Solo será una hora y nos marchamos —volvió a repetirle para calmarla.

Isabel no estuvo segura en si le sonrió. Le preocupaba que ella hiciera o dijera algo que avergonzara a Everett. Se conocía a sí misma: si alguien la ofendía por alguna circunstancia, le decía de hasta el mal del que se iba a morir; como buena integrante de los García, soltaba una increpación al bastardo que la tratase como si fuera un zapato. Las maldiciones no estaban de más y uno que otro «pendejo de

mierda», salía de su boca.

Esperaba no formar un zafarrancho a esos Cambiaformas que le causaban retortijones de solo pensar que se hallaría entre estos, sola.

El Jeep estacionó, justo en el límite de la arboleda y las tundras, dejando al vehículo a la sombra.

Everett la ayudó a bajar, clavando su mirada en ese par de *armas letales* que Isabel calzaba y del que a él se le antojaba demasiado sexy y con unas severas ganas de follarla desnuda en la hojarasca, mientras sus torneadas piernas las tuviera sobre sus hombros, con esas agujas puestas.

Por desgracia, muchos ojos merodeando la espesura.

—¿Me permite, bella dama? —La alzó entre sus brazos y la condujo hasta el helicóptero que se hallaba aguardando por ellos a unos cincuenta metros de allí. Si viajaban en vehículo hasta Kenai, les tomaba unas ocho horas el trayecto, pero si lo hacían en una aeronave: hora y media.

Isabel se inquietó cuando observó a una treintena de lobos en estado animal, sin saber si eran los normales o los cambiantes, acercándose estos a ellos a paso sigiloso.

—Everett… —Quería saltar de sus brazos y correr hasta el helicóptero para encerrarse en la cabina. El piloto los saludaba con un asentamiento de cabeza.

—No te asustes, vinieron a saludar.

—Pues a mí no me parece… —Algunos le gruñían. Sobre todo, uno blanco—. ¡¿Qué vas hacer?! ¡Ay, no! —Se aferró de su cuello. El condenado se desvió para que los lobos la olisquearan.

Isabel encogió sus piernas y pegó un gritito.

—Por favor, Everett, no… ¡Me van a morder!

—No lo harán.

Los lobos los rodearon y los olisquearon, ni Everett ni el piloto parecían preocupados; más bien, sonreían como si de cachorritos se trataran.

—Esta es mi mujer —les habló con solemnidad— y la madre de mi futuro hijo. Trátenla y protéjanla como a mí.

Los lobos jadearon con sus lenguas afuera, señal de aceptación.

Uno –de color negro con blanco– se paró en sus patas traseras y con su gran tamaño, alcanzó a la muchacha y le dio un lametón en la mejilla.

Isabel hizo un gesto de asco y Everett rio por lo graciosa que se veía. El animal, era un chico de dieciséis años que comenzaba a desarrollarse.

Entonces, antes de que la llevase hasta el helicóptero, un hombre de estatura baja y de rasgos étnicos, salió de la nada y portando entre sus manos un collar de plumas y cuentas de madera, se lo ofreció a

Everett.

Este dejó a Isabel sobre sus propios pies y aguardó a que el hombre se acercara.

Hablaron en una lengua que ni era serbia ni era rusa, sino una autóctona de la zona.

El hombre puso una mano en su hombro, le habló bajo; su mirada de respeto y afable como si le estuviera aconsejando. Everett asentía, escuchaba paciente, mientras que los lobos sacudían sus lomos y se restregaban en sus piernas. Incluso, en las de Isabel.

El collar fue puesto.

El hombre se sintió complacido. Everett medio sonrió.

Los lobos aullaron.

Las hélices del helicóptero comenzaron a rotar. Volarían hacia Kenai, donde esa familia pretenciosa los esperaba.

Capítulo 43

La limusina hizo dos paradas.

Desde que aterrizaron en el aeropuerto, Isabel pidió que frenaran, pues el vómito lo tenía en la garganta y si no lo hacían, tendrían que lidiar con la pestilencia de los residuos de su tracto digestivo. Fue afortunado que no lo hubiera hecho en el helicóptero, vomitándose los pies, el vuelo fue rápido, sin tanto sacudón que le revolviera el estómago. Sin embargo, sentada en el asiento trasero de la limusina, su semblante se puso verde.

Everett le secó el sudor que perlaba su frente con el pañuelo extraído del bolsillo interno de su chaqueta y le limpió con cuidado la salivilla de la comisura de sus labios. Había empalidecido, tras subirse al vehículo, una vez descargó todo a un lado de la autopista. El agua embotellada del minibar que, al parecer, mantenían surtido hasta con licor, le sirvió para enjuagarse la boca. El viaje la había mareado, aparte de que aún no probaba alimentos por las náuseas. A pesar de estos percances, el carmín de sus labios se mantenía intacto.

Debilitada, se recostó en el hombro de Everett y cerró los ojos, mientras que él la arrullaba con palabras dulces. Las manos de Isabel reposaban en su vientre, una pose inconsciente del que a Everett se le dibujó una sonrisa en el rostro al verla tan maternal.

Si bien, durante el vuelo la estuvo animando, él era quien se estaba angustiando. De haberse presentado solo, estaría tranquilo, nada le afectaría, ni los insultos, ni las malas caras de sus tíos y sus madrastras; pero al traer consigo a su bien más preciado, la situación se complicaba, estos la harían blanco de sus críticas y se lo harían saber para a él herirlo.

—Isa, llegamos. —Le rascó sutil el hombro que le rodeaba con el brazo, para que despertara; había dormitado unos minutos; su horario comenzaba a alterarse, cabeceando cada vez que se sentaba en una silla.

Soñolienta, abrió los ojos.

Al percatarse dónde se hallaban, los agrandó.

La fachada que observaba a través del ventanal de Everett, la hizo empalidecer de nuevo.

—Esa casa es más grande que la de Los Hamptons. —Tenía un pórtico que ni los palacios europeos le harían competencia.

Frente a este, la limusina estacionó y el chofer, un sujeto atemorizante, les abrió la puerta para que bajaran. Este los había

recibido en el aeropuerto para llevarlos hasta la residencia familiar de los Brankovic; según lo comentado por Everett, allí convivían sus dos madrastras, sus hermanos, sobrinos y cuñadas. No vivían apiñados, cada quien tenía su propia habitación, siendo amplias y cómodas; el patriarca dispuso que su descendencia estuviese bajo su techo, a excepción del hijo menor que prefirió su independencia a tener que compartir el mismo lugar con un grupo de hienas.

Descendieron ante las miradas atónitas de los que por ahí curioseaban.

Estos saludaron efusivos a Everett y le dedicaron una mirada de desdén a la humana que lo acompañaba. Para él, hubo abrazos, palmadas en la espalda, apretones de mano, besos en las mejillas, y para Isabel apenas un frío asentamiento de cabeza. Everett fue educado en presentarla, pese a que le costaba hacerlo, varios le hablaban al mismo tiempo, ignorando sin querer lo que este intentaba decirles, estaban felices –a juzgar por sus expresiones– de que estuviese en Kenai. Le expresaban en tono alegre algo que Isabel no entendía, debido a que lo hacían en otra lengua. En ese lejano punto del país, el inglés no era el idioma «oficial», sino el serbio, que estaba aprendiendo a diferenciarlo del ruso, pues también lo había escuchado cuando formó parte del Cuerpo de Baile de la Academia de Ballet Americano. Allí tuvo varios profesores procedentes de Rusia.

Isabel agradeció ver una cara conocida, Kuzman se abrió paso y los escoltó hasta la puerta principal, que estaba abierta de par en par, donde dos sujetos que parecían gorilas, montaban guardia a cada lado. Ella sonrió, el guardaespaldas estaba aseado y oloroso a perfume cítrico.

Una vez en el interior, la joven se sintió disminuida. Los ánimos que le infundió Everett, fueron a dar al piso que, por cierto, era de un lustroso mármol blanco con betas negras y grisáceas.

Sus ojos se perdieron en el mar de cabelleras que se alzaban por sobre ella con creces. La impresión que le causó la arquitectura y decoración de la mansión, fue aún mucho más impactante que con la casona que se erigía en Nueva York. Alcanzaba a ver que había tres tipos de salas decoradas en una gama que las distinguía una de otra: una sala era azul, otra roja y la más lejana de color negro. La parte central de la mansión se abría en un amplio vestíbulo del tamaño de una cancha de baloncesto y del que, al fondo, dos escaleras blancas, tapizadas de alfombra negra, la rodeaban como si fueran dos larguísimos y espectaculares brazos escalonados.

Todo esto lo observó a vuelo de pájaro, pues muchas miradas se posaban sobre ella con hambre.

La sensación que sentía la pobre Isabel, es que parecía un pollito en medio de hambrientos lobos.

—Hermano, me da gusto que te hayas presentado —Damir los recibió, emergiendo de la muchedumbre agolpada en el vestíbulo, como una fiesta que comenzaba a desatarse—. Y… —la escaneó con lascivia— con tu *mujercita*.

—Prometida —Isabel le espetó, sin poder morderse la lengua. El maldito le producía arcadas—. Soy su prometida.

Everett la miró sorprendido y luego sonrió.

Se había decidido.

El segundo en la línea de nacimiento entre los descendientes de Stanislav, arqueó las cejas.

—¡¿Esto es cierto?! —le preguntó a Everett, incrédulo de lo dicho por la hispana.

—Sí. —La rodeó por los hombros y la apretujó, sintiéndose dichoso. ¡Se había decidido!

El refinado hombre rodó los ojos hacia los delgados dedos de la muchacha.

—¿Y la sortija? ¿Tan tacaño eres, que ni una minúscula piedra le diste? Debería darte vergüenza, yo le hubiera dado la más grande que hubiera en la más costosa joyería.

Isabel se tocó la mano de forma inconsciente, en donde se suponía debía estar la sortija de compromiso. Por defenderse de ese impertinente, metió la pata, haciendo quedar mal a Everett.

—Yo… Creo que… —No hallaba alguna excusa para justificar el hecho de no usarlo; Damir se divertía por su consternación y Everett sonreía como si esto no fuese motivo de crítica.

—Se lo quitó —contestó por ella—. Sus manos se están hinchando por lo del embarazo. —Una mentirilla para salvarla del bochorno y, de paso, librase él de más burlas. Al volver a la cabaña, se hincaría y le pediría matrimonio –con anillo y todo– para escuchar ese «sí» ansiado. La haría suya como debía ser.

El otro hizo una expresión de: «¡Ah!, claro…».

—Supongo que lo anunciarás después de la ceremonia —consultó con tonito engreído—. Porque si lo haces antes, le restarás atención a Ranko, y este no te lo perdonará por empañarle su ceremonia. No todos los días se nombra a un Alfa.

—Descuide, lo haré en el momento oportuno —replicó sin afectarle su felicidad. Sonreía como jovencito que le concedieron su primera noche de sexo.

Damir empeñado en causar animosidad por la rabia que lo azotaba por dentro, comentó:

—Sugiero que lo hagas al marcharte; así evitarás las expresiones de desagrado.

Everett dejó de sonreír y Damir se regodeó en su fuero interno. Aún no le perdonaba al estúpido muchacho que haya optado por bajar la

cabeza para que un belicoso descerebrado tuviese poder.

—Me da igual si nadie está de acuerdo en que me case con Isabel; la única opinión que me importa, es la de ella.

En cambio, Isabel consideró que, desde que puso un pie dentro de la mansión, ha estado trastabillando. Su respuesta no tenía marcha atrás, no a menos que le arrancase el corazón a Everett y lo pisotease.

A Damir la réplica de su hermano, le agrió la bilis y se alejó para controlar el enojo. A pesar de todo, el necio tenía suerte, la humana era fabulosa, estando en el pináculo de las escalas entre los de su especie: sensual, de temple, inteligente, joven y fértil…, de las que a él le gustaban. Por ella, pagaría una gruesa suma de dinero con tal de tenerla una noche.

Isabel procuraba no mirar directo a los ojos de las «personas» que se concentraban en la planta baja; ella y Everett seguían en su sitio, justo al lado de una mesa redonda, ubicada en medio del amplio vestíbulo en donde un ramo de rosas rojas, decoraba.

Le incomodaba que esos hombres lobo la escanearan con recelo y podría hasta jurar que con desprecio. Las mujeres reían ante las laceraciones en sus pies y los callos que se alcanzaban a ver en sus dedos, burlándose por lo horrendos en cómo lucían. Algunas señalaban sin tapujos para que Isabel tuviese claro de lo que las elitistas invitadas criticaban.

Le provocó escupirles una sarta de improperios para que dejaran de ser tan pendejas, pero esto la rebajaría a lo que, quizás, esa gente esperaba de ella.

Así que, muy digna, elevó la mandíbula y las ignoró, solo querían hacerla sentir insignificante por ser humana y forastera; que se fueran a fregarle la paciencia a otro, ese día estaría a la altura de las circunstancias.

—¡Querido!

Aunque le costaría.

El saludo meloso de la tipa que tuvo la desgracia de conocer en Outlook, hizo que a Isabel se le revolvieran las tripas por los celos. La condenada *escort* se acercaba a ellos, con sus brazos abiertos y las tetas casi saliéndosele del vulgar escote de su ceñido vestido.

—Jasna —Everett saludó, medio sonriente. A esta él le agradecía que hubiera sido su desahogo el día en que su padre falleció.

La curvilínea morena lo besó en ambas mejillas con ademanes coquetos.

—¡Oh!, *mi querido*… ¡Qué placer verte de…! —Sus rapaces ojos verdes se detuvieron en la joven—. ¡Vaya! Trajiste a tu *amiguita*. ¡¿Ella puede estar acá?! —Su cara un poema.

—Si tú puedes, *queridita*, también yo —espetó Isabel con unas fuertes ganas de propinarle una trompada.

Jasna puso las manos en su cintura con pedantería. Sus uñas rojas y largas como cuchillas que desean desfigurar rostros.

—¿Qué me acabas de insinuar?

—Pues, eso: *todo el mundo* está admitido.

La *escort* de melena larga y negra, esbozó una sonrisa desabrida, curtida de comentarios que señalaban por debajo de mesa, su verdadera profesión.

Más que *escort*: prostituta.

Se veía a leguas que esta no ofrecía a los hombres, compañía y una buena conversación, sino puro sexo a cambio de dinero.

—Es obvio que sí, mi niña. Estás aquí a pesar de tu humanidad. —Rio como buena actriz. Por dentro, la quería matar—. ¿Sabes de qué me acuerdo? Cuando, él y yo, nos bañábamos desnudos en la ensenada. —Suspiró teatral—. Me parece que fue ayer… De hecho…

—Basta, Jasna —Everett la cortó sin ser grosero y con una advertencia latente en sus ojos marrones de «no te vayas de lengua», de la que esta sonrió en complicidad.

Contoneando las caderas, se acercó otra morena del mismo tono de cabello y ojos a la serpiente que sonreía entre Isabel y Everett, y le plantó con descaro un beso en los labios a este, del que Isabel estaba por desencadenar una masacre.

—Mi corazón salta de gozo al verte, *mi bello príncipe*. ¡Toca! —Siendo atrevida, le tomó la mano y la puso adrede sobre su seno izquierdo—, hace *pum, pum, pum*, por ti. ¡Cómo me haces falta!

—¡Ay!, pobrecita… —Isabel espetó con saña—. Cuidado con las palpitaciones, te pueden dar un infarto.

La mujer la escaneó de arriba abajo.

La olisqueó.

—Hiedes a humana.

—Porque lo soy —imbécil—. Y no «hiedo», tal vez tú sí: hiedes a «puta barata».

La loba gruñó por lo bajo.

Everett le mostró los colmillos y esta se retractó de atacar a la mascota del joven Brankovic.

—Cuidado, Maya. A *nuestro* Everett no le gusta que su *amiguita* se disguste —Jasna le hizo ver con su sonrisa viperina—. Vamos, te contaré algo que descubrí. ¡Te caerás para atrás cuando te enteres!

Las dos bellas *servidoras sexuales* se marcharon, al tiempo en que Everett tomaba del brazo a Isabel y la llevaba con algo de rudeza hacia el baño que quedaba al final del pasillo.

Se encerraron, su mirada severa puesta sobre ella.

—Lo siento, es que…

La calló con un beso, pegándola a la pared. Isabel agrandó los ojos, tomada desprevenida por el súbito ataque de los labios masculinos.

Everett le magreaba sin delicadezas los senos, el trasero, le restregaba su hombría que la tenía dura, con ese febril deseo de hombre envalentonado; le quería bajar las bragas y enterrarse en su vagina para hacerla chillar con sus embestidas. Se había excitado al verla celosa, defendiendo ante dos lobas peligrosas lo que era suyo desde un inicio; no demostró miedo ni titubeó, se midió a la par; más bien, exudando superioridad. Isabel era una alfa humana.

Los labios se separaron.

Ambos jadeaban.

—Compórtate o te doy de azotes —susurró él en su oído a la vez en que le daba una nalgada, prometiendo que cumpliría.

Ella resopló. Sus mejillas arreboladas.

—Tú que me nalgueas y yo que…

—¿Tú qué…? —Las manos de esta firmemente aferradas contra la pared—. Soy tu dueño, preciosa, y si quiero nalguearte… —le propinó otro, que la hizo abrir los ojos desmesurados—, lo haré.

—No me gusta el sado, ve enterándote. —Lo de las dos putillas, había pasado a segundo plano.

Everett sonrió perverso.

—¿Quién habla de sado? Te amarraré y te nalguearé, si te portas mal… —Esto último se lo expresó, pegado en su oreja, con la voz enronquecida por el deseo. ¡Oh, sí que lo iba hacer! Imploraba para que su ángel fuese rebelde y le diese miles de noches calientes.

Más allá de promesas excitantes, no pasaron. Isabel y Everett se abstuvieron de entregarse a la pasión, salieron del baño luego de arreglarse las ropas y calmado el fuego en sus genitales; fueron precavidos en evitar que los invitados con olfato sensitivo captasen los olores íntimos que saldrían por el orillo de la puerta, quedando él como un sinvergüenza y ella como una zorra.

Se mezclaron entre la gente, Isabel notó que un sujeto de unos cuarenta y tantos años, del que parecía el Abominable Hombre de las Nieves, por su traje de pieles de color blanco y su barba poblada y greñero alborotado castaño oscuro, se acercaba a ellos, llevándose a los demás por delante al abrirse paso.

Con sus bestiales brazos, le dio a Everett un abrazo-quiebra-huesos.

—¡Suéltame, Miroslav! —exclamó al gigante que reía ronco. La expresión de Everett cambió de la excitada a la jovial.

Esa le gustaba a Isabel. Lástima que después se la tuviera que borrar al increparle sobre lo que tenía con esas fulanas.

—No te hagas, que de niño te gustaba.

—Eso era cuando tenía cinco años. Ahora soy un hombre —graznó fingiendo estar molesto.

Miroslav se carcajeó.

—No me hagas querer sacudirte un poco para que se te quite lo

amargado. ¿Y esta hermosura? —reparó en Isabel—. ¿Es la que creo que es?

Everett se ruborizó.

—Sí. Mi futura esposa.

Frunció el ceño. La risita burlona quedó dibujada en una fea mueca.

—Así que es cierto… Ya decía por qué, *por ahí,* había tanto cabreo: era por esta humana. —Miró de soslayo el estómago de Isabel. El olor que expelía la piel de esta, le indicaba que estaba preñada. Su socarronería se esfumó—. Coño, Everett, sí que fuiste imprudente. ¿Por qué la trajiste? ¿No te preocupa lo que las Arpías opinen?

Isabel se inquietó y el semblante de Everett se tornó más serio.

—¿Qué habrían de opinar?

—Para empezar: que es humana.

—¿Y?

—Está preñada.

Everett lo miraba con su «¿y?», sulfurando sus ojos.

Miroslav dio un paso más hacia él y se inclinó un poco para expresarle en voz baja lo siguiente:

—Primo, no es mi intención molestarte, pero ¿has meditado en lo que le pasará a tu lobezno? Lo marginarán por impuro.

—Pero será amado —Isabel replicó, dolida por la manera en cómo su bebé desde antes de su nacimiento ya era objeto de desagravios. La xenofobia de esa gente se manifestaba en todos los estratos, desde las putas hasta los ricachones.

Miroslav ni se molestó en mirar a la humana, sus ojos seguían clavados en el tonto de su primo.

—Lo que mi mujer dijo: «será amado», porque en este círculo, no será criado.

—Dónde piensas hacerlo: ¿En Denali?, ¿Nueva York?, ¿Londres…? No seas tonto, adónde vayan, señalarán el mestizaje de tu vástago.

—Y lo dice un serbio que vive en Norteamérica y es hijo de madre polaca.

—Lo mío pesa más que un linaje manchado. No tomes a la humana por esposa, te perjudicará; déjala para tu entretenimiento. Y en cuanto a tu lobezno: deshazte de él antes que nazca.

Isabel se llevó la mano a la boca, aterrada por el sangriento consejo del gigante y Everett emitió un gruñido, que hizo que todas las cabezas en el vestíbulo y sus alrededores, se girasen hacia él.

—¡CÓMO TE ATREVES EN OFENDER A MI MUJER Y SUGERIR ASESINAR A MI PROPIO HIJO! —Lo agarró del cuello, estampándolo contra la pared, de una forma mucho más violenta a cómo él hizo con Isabel en el baño para besarla. Una fisura se abrió detrás del hombre.

—¡Un alfa debe ser reproductor de lobos fuertes! —Miroslav

exclamó sin tapujos—. Lo que ella te dará, será un debilucho omega. No sirven para la productividad de la manada.

—Lo que me dará será suficiente para mí.

—¡Pero no para la manada, Everett! Un clan débil es sometido, si sus integrantes no son capaces de confrontar a los invasores. Recuerda lo que pasó con el Clan de Clemens y el de Allende. ¡Los exterminaron! Esto nos pasará a nosotros, si descuidamos nuestro linaje. ¿O no es cierto? —La pregunta la dirigió a los que les rodeaban, pasando la mirada por cada uno de estos.

Asentamientos de cabeza, obtuvo como respuesta. Miroslav tenía razón: los impuros no debían concebirse.

—Lo siento, primo, te aprecio y sabes bien que soy sincero en lo que pienso. Si decides darle curso a *eso*… —señaló con desdén la barriga de Isabel, de la que esta con ojos llorosos, la protegió con sus manos—, el rechazo será unánime.

—Pues que sean omegas.

—¡Acabarás con el largo linaje de los Brankovic e iniciarás uno que dará vergüenza!

—¡¡No me importa!!

—Everett… —Isabel lo llamó, posando una mano en su brazo tenso. Las miradas de los presentes eran severas—. Cálmate, amor.

Él soltó a Miroslav.

—Desaparece de mi vista, y ni se te ocurra en atentar contra mi familia, porque te arranco la cabeza.

Luego, miró al resto.

—Quién mire con desprecio a mi mujer o a mi hijo, se las verá conmigo.

Miroslav se arregló sus pieles de mala gana y sin despedirse de nadie, abandonó la mansión en tres zancadas. Damir prestaba oídos desde la sala roja, mientras bebía una copa de vino en compañía de Vesna y Radojka, sus dos insípidas esposas, complacido de que Everett hubiese perdido los estribos. En cambio, Jevrem se lamentaba para sus adentros no poder acercarse para defender a esa bella dama que, de ser convertida, sería una aguerrida loba.

—Esto es duro —Isabel musitó entristecida. Los Brankovic la consideraban indigna para amar a uno de los suyos.

Everett se pasó la mano por el cabello recogido y del que se soltaron algunos mechones, como un acto de reflejo por su ofuscación y se volvió hacia la atribulada joven.

—Marchémonos, que se jodan todos.

El tintineo de una copa sonó a continuación, captando la atención de los presentes.

Isabel y Everett se detuvieron a medio camino de cruzar la puerta principal.

—La ceremonia dará inicio —Sebrenka, desde el barandal del piso superior, se dirigió a los invitados con toda la pompa de una abeja reina—. Por favor, agrúpense para rendirle sumisión al Nuevo Alfa. Todo aquel que esté censurado para estar presente y los que estén por debajo de *los gamma*, deben salir y aguardar con el vulgo.

Jasna y Maya se giraron sobre sus altísimos tacones de aguja y se marcharon sin rechistar. En ellas caía la indirecta de «censuradas». Las madrastras, sobre todo, Sebrenka, las detestaba a morir.

La servidumbre siguió a las coquetas lobas, por estar estos en el rango más bajo de las castas lobunas.

—También usted —la mujer miró a Isabel. En sus ojos oscuros la hostilidad se reflejaba. Estuvo a punto de llamar a seguridad para que pusieran de patitas en la calle a esos dos, pero temió que el bastardo tomase el control de la manada. Y esto a su hijo y a ella no les convenía.

Isabel hizo amague de abandonar el lugar, pero Everett la retuvo al sujetarla de la mano.

—Se queda.

—Es humana.

—Y es mi mujer.

Sebrenka sonrió despectiva.

—Al igual que las mujerzuelas que se acaban de marchar —replicó con toda su animosidad—. No impongas a una mujer que ni es serbia, ni es loba, ni ostenta el apellido que la define como esposa; ofenderías a las que sí lo están.

Los murmullos se alzaron en el vestíbulo, escandalizados, expresando en voz alta la molestia de compartir con bípedos.

—Isabel se queda. Mi palabra basta.

—¡Y la mía pesa más!

La voz potente de un hombre que se ubicaba al lado de la hosca mujer, retumbó por sobre los demás que se hallaban a sus pies.

Las cabezas se inclinaron en sumisión.

Hombres, mujeres, ancianos, jóvenes…, rendían los respetos al líder que se mostraba antes ellos con soberbia.

Everett gruñó por lo bajo, siendo el único junto con la atónita muchacha, que alzaban la vista hacia el que pretendía ponerles un pie encima.

Ranko.

Capítulo 44

Isabel quedó con la boca abierta, ante la mole que los miraba con suficiencia desde lo alto del barandal.

Era un sujeto que parecía un cavernícola: cabellos marrones a los hombros y alborotado, barba poblada y músculos que parecían que estuvieran a punto de reventar sus brazos y piernas, de lo hinchado que los tenía. Su anatomía era exagerada; demasiado alto, demasiado fornido, demasiado con todo que hasta le pareció grotesco a la vista.

Si Everett era su leñador sexy, este era la versión saturada.

A pesar de su elegante atuendo, a Isabel le recordaba a esos corsarios o piratas que salían en las portadas de las novelas de romance histórico, con su pecho desnudo y el cabello batiéndose al viento, mientras la doncella en el suelo se aferrada a su pierna, como si con ello salvara su vida.

—Si es mi voluntad que esa humana… —la miró de un modo que ella se sintió desnuda— se marche, así se hará. Pero, observando que es un *bonito adorno* que decora la estancia, se puede quedar.

Hubo risas sardónicas entre los asistentes masculinos que la escanearon con morbo, sobre todo, los senos que se hacían más abultados por su meteórico embarazo.

Everett gruñó.

—Isabel no es un adorno, dirígete a ella con más respeto.

La mole saltó desde el barandal, cayendo hábilmente sobre sus pies y se irguió superando en tamaño a Everett. Isabel calculaba que, si su novio medía aproximado, un metro ochenta y cinco, este estaba por los dos metros.

—*Le hablo* como me plazca. *Esta* es mi casa, *mis* dominios y *mi* manada. ¿Qué vas hacer para impedirlo?

Everett empuñó las manos y gruñó muy cerca del rostro del hermano mayor.

—Enseñarte modales… —¿Para qué, entonces, le habían ordenado traerla? ¿Para tratarla como basura?

Ranko se carcajeó.

Sebrenka corrió por una de las escaleras, pasando por el lado de Grubana para acercarse a estos, llamando a los de seguridad, apostados en la puerta principal. El buscapleitos que Winona tuvo como hijo, debían sacarlo de allí a como diera lugar, así fuese con las patas por delante.

—¿Estás desafiándome, hermanito? —Los ojos de Ranko se

ennegrecieron por completo y sus colmillos de lobo se alargaron amedrentadores. El momento era perfecto para demostrar a los miembros principales del Clan de Kenai, que él era quien ostentaba el derecho a comandarlos como le viniera en gana y no un enclenque que lloriqueaba por los rincones.

—Estoy advirtiéndote —gruñó Everett—. Escogí pareja y espero un lobezno con ella. El trato que le dieron a mi madre, no se repetirá con mi familia.

—¡Nosotros somos tu familia!, no lo que formarás con esa bípeda —Sebrenka espetó, acercándose a ellos a pasos agigantados; en sus ojos negros, el desprecio hacia los recién llegados.

El otro sacudió la cabeza.

Maldita hipócrita que ni un gesto o un amable «buenos días», le dio a él mientras creció en la casa paterna.

—Podrán tener el mismo tipo de sangre y «ostentar» el apellido, pero no los considero mi familia. Lo fueron mis padres; ustedes son oportunistas.

Hubo jadeos escandalizados por parte de algunos tíos y primos que presenciaban el enfrentamiento verbal entre los dos machos dominantes de la manada. El vástago menor de Stanislav, era un malagradecido que merecía la expulsión.

Que se pudriera en la miseria y en el olvido.

—Exiges respeto y ofendes a mi madre.

—Expreso mis sentimientos, Ranko. ¿Alguna vez fueron considerados con la mía? No. ¡La humillaron por ser extranjera!, que, si lo analizamos mejor: los extranjeros son ustedes —lanzó la puya a la odiosa mujer y al que le cayera sus palabras cargadas de resentimiento. Eran serbios que vivían en el estado más alejado de los Estados Unidos.

Grubana hizo un gesto despectivo en el rellano de la escalera, allí permanecía, observando casi batirse a los golpes a los dos lobos que mantenían los hocicos a pocos centímetros, uno del otro; rumiando ella para sus adentros de que Damir era el que más mérito tenía para ocupar el cargo: tenía clase, encanto, refinamiento, era astuto… Nada como esos salvajes que lo único que entendían era de gruñidos.

—Hoy no estás aquí para expresar lo que te afecte, estás para hincarte ante mí. Soy el que toma el lugar del anterior alfa y como el título se me otorga por derecho de nacimiento y superioridad, te exijo me jures sumisión y obediencia.

Everett apretó la mandíbula.

—¡Hazlo! —Ranko le exigió con voz gruesa. Sus ojos cambiados y sus colmillos más largos—. ¡Arrodíllate o sufre el repudio de la manada!

El temor por lo que le pudiera pasar a Everett, se apoderó de Isabel,

quien mantenía los ojos como platos, mortificada por esos colmillos de perro furioso que tenía el gigantón; rodó la vista por los demás sujetos y le apabulló comprobar que estos ansiaban pelea, sus expresiones eran de excitación, como si hubiesen apostado entre ellos –bajo cuerda– por el que quedase de una pieza.

—Everett, no lo enfrentes. —Su mano sobre su brazo para que recapacitara de la locura que iba a cometer. Si confrontaba a ese sujeto, lo podrían herir de gravedad y tal vez quedaría peor a cómo estuvo cuando su pierna...

Ranko apreció las formas voluptuosas de la humana y apeteció tenerla en su cama.

Qué tetas tenía.

—Sí, Everett, obedece a tu *mascotica*, que está acojonada de que te deje sin dientes. ¿No te preocupa dejarla sin amo? Es buena hembra para pasar el rato. Más de uno se la quiere follar.

Como él que quería ser el primero.

Isabel enrojeció por su ofensivo comentario y Everett rugió tan atronador, que todos los que le rodeaban, dieron un paso atrás.

—¡RESPÉTALA! —Lanzó un puñetazo que mandó a Ranko contra la mesa redonda del vestíbulo.

El ramo de rosas y la mesa, quedaron aplastados por su enorme tamaño.

Las dos *servidoras sexuales*, que habían retornado a la mansión por el escándalo acaecido, se llevaron las manos al pecho de manera teatral, pero que dejaban entrever que disfrutaban el hormonal espectáculo. Sebrenka les gritó a los gorilas encargados de la seguridad para que se llevaran a Everett de allí, pero estos, hallaron en el iracundo hombre a un fuerte contrincante.

Cada uno fue derribado por una patada en el estómago.

El que peor se tomó el golpe, fue el mismo Ranko, quien se levantó al instante, perfilando sus afilados colmillos hacia su medio hermano, arrancándose la chaqueta sastre de mala gana y la camisa, que no alcanzó a salvarse del desgarramiento en las telas, producto del impresionante aumento en su musculatura.

Isabel gritó.

¡¿Qué era eso?!

Sabía que también era un hombre lobo, como el resto de los invitados que asistieron a la ceremonia. Pero observar que sus brazos y piernas se torcían de un modo tan espantoso…, la hacía querer sujetar los suyos, como si con esta acción evitara sentir algún dolor.

No obstante, su terror se triplicó, cuando Everett perfiló los colmillos y su cuerpo experimentó el mismo cambio.

Desgarramiento de ropas.

Aumento de musculatura.

Gruñidos que daban miedo.

Y un pelaje que cubrió un cuerpo que ya no era humano.

Sino lobo.

La joven gritaba horrorizada, era la primera vez en que contemplaba a Everett convertirse en hombre lobo, aunque no como las criaturas que pensó sería igual al de las películas, sino el de un animal cuadrúpedo más grande de lo habitual.

Era un lobo gigante como el otro.

Ambos se abalanzaron para morderse entre sí con ferocidad, uno era de color grisáceo, matizado con manchas oscuras y el otro de un tono gris plomo que se asemejaba al negro.

Este último, era Ranko.

Isabel gritaba, pero no pedía ayuda; no tenía caso hacerlo, nadie los separaría. Más bien, sonreían y jadeaban, empujándose entre ellos por la adrenalina que corría por sus venas. La pasaban bomba, disfrutando de igual medida que las *servidoras sexuales*, ante el furor desatado.

Alguien la había rodeado con los brazos para protégela, era un hombre alto y olía bien, le hablaba para tranquilizarla; por desgracia, sus palabras no causaban efecto, Isabel temblaba y lloraba, temiendo lo peor.

Everett y Ranko eran una bola de pelos, que giraban, uno sobre el otro, clavándose los colmillos con tanta bestialidad que la sangre brotaba. La madre del que se habría de alzar como líder, aupaba a los de seguridad para que los separaran, pero estos cabecearon de manera categórica; eran dos alfas que se desafiaban a muerte.

Esperarían a que el enfrentamiento terminase.

Al vencedor: se postrarían ellos sumisos.

Y al perdedor: lo desterrarían.

O lo enterrarían…

Los dos lobos atravesaron uno de los ventanales del vestíbulo que daba hacia el pórtico, quebrando los vidrios por el impacto. Los asistentes corrieron hacia afuera para no perderse nada, ninguno filmaba con sus móviles ni tomaban fotos; esto le llamó la atención a Isabel y le hizo recordar a los transeúntes que presenciaron la caída de Everett: grabaron el suceso en el acto, pero de esto nada halló por las redes sociales. Los que se hallaban afuera de la imponente mansión, reían y aplaudían, como si de una ilegal pelea de perros se tratara; formándose dos bandos: uno vitoreando a Ranko y el otro animando a Everett.

Los que entraban en el grupo a favor del menor, eran: Kuzman, Damir, las malditas *putas*, sorprendentemente el que parecía al Hombre de las Nieves, algunos engreídos que desconocía sus nombres y la totalidad del vulgo.

Ranko tenía poco apoyo.

Tal vez por ser tan déspota.

Capítulo 45

El gruñido lastimero brotó de la garganta del *lobo gris*.

Era significativamente de menor tamaño con respecto al *lobo oscuro* que lo mordió a él en el cuello, provocando que quienes atestiguaban el enfrentamiento, jadearan desconcertados.

Isabel intentó librarse de las manos masculinas que la tenían aprisionada; una jovencita de trenzas negras miraba con tristeza al que sujetaba a la humana, pero Isabel la ignoraba, a Everett lo habían derribado, pataleando entre gemidos que indicaban el dolor que producía los colmillos de Ranko. Lo aplastaba con su peso, tiñéndole de sangre su pelaje; su intención era clara: matarlo frente a todos.

—¡Everett! —Isabel lo llamó llorosa, removiéndose con todas sus fuerzas *del que la tenía* sujeta—. ¡Pelea, tú puedes! ¡¡Tú puedes!!

Fue como una inyección de adrenalina; el *lobo claro* abrió los ojos desmesurados y luego los alineó furioso. Con un movimiento, que ni el propio *lobo oscuro* se esperaba, logró incorporarse sobre sus cuatro patas, con las fauces de Ranko aún aferradas a su garganta. Sacudió el lomo, como si estuviera empapado de agua, pero en vez de esto, el animal más grande salió expulsado por los aires hasta dar contra un auto aparcado a unos metros, estallando los cristales de las ventanillas al aplastar el techo de la carrocería con su propio cuerpo.

Everett se tambaleó, sangraba por la herida; sin embargo, se mantenía en pie, gruñendo hacia el lobo gigante que se había incorporado rápido con el lomo erizado, las orejas apuntando hacia atrás y el hocico mostrando esos terribles dientes y colmillos.

Saltó desde el auto destrozado; le pertenecía a Ilic, quien se lamentaba, pues el seguro no le cubriría una pelea de lobos, a menos que le echase una «lavadita» de cerebro al encargado de aprobar los pagos para él poderse comprar otro. Este quedó inservible y ni estando fuera de sus cabales, les cobraría a los dos iracundos alfas.

Ranko gruñía hacia Everett, aguardando en su sitio, midiendo a este, del que por tanto tiempo subestimó, considerándolo un cobarde omega, pero resultó que tenía las bolas bien puestas y hasta más grande que las de él, quien también lo esperaba, erguido en sus poderosas patas, con espumarajos de saliva escurriéndose de sus fauces. Entre los dos, el temor no tenía cabida, estando a una distancia de cinco metros, uno del otro, o tal vez menos.

Sebrenka mantenía una mano en el pecho y otra en la boca, temiendo el resultado de ese enfrentamiento, mientras que Grubana

cruzaba los dedos para que el vástago de Winona le diese una paliza al mentecato de Sebrenka. Y no por sentir simpatía por el muchacho, que para nada apreciaba, sino que le placía contemplar como al otro le partían el hocico. Damir estaba al pendiente; si Ranko ganaba, la manada se tornaría incivilizada, pero si Everett era el que lo vencía, entonces el destino de muchos estaría a salvo, sobre todo, el suyo que necesitaba de un fuerte aliado.

Fueron segundos en que se gruñían y retaban, pero para Isabel, le parecía que había pasado horas; la angustia hacía estragos en su ser; su corazón palpitaba como si fuese a explotar, sus intestinos se revolvían, causándole severos retortijones; sus náuseas afloraron y sus piernas y brazos, temblaban incontrolables.

Nadie hacía nada para detenerlos.

Los desgraciados los aupaban a que se matasen entre sí, daban ideas de qué hacerle al otro: «¡Muérdele las orejas!», ¡pártale la columna!, ¡desgárrale la garganta! Parecía mentira que fuesen los mismos familiares quienes lo sugerían; aquellos que Everett le señaló a Isabel como sus primos y tíos, disfrutaban que los dos medio hermanos se destrozasen enardecidos; era un espectáculo macabro, digno de gladiadores, pero versión hombres lobo.

—Qué bueno que no están peleando dentro de la casa, porque acaban con el mobiliario.

Isabel no supo cuál fue la idiota que hizo semejante comentario, para lanzarle una expresión avinagrada. A ellos no les importaba que Everett y Ranko se matasen, solo querían ver sangre.

—¡Oh, por Dios! —exclamó cuando Everett fue quien se abalanzó de primero hacia su oponente y luego el otro emprendió la carrera para estrellarse los dos, entre gruñidos feroces, dentelladas y zarpazos que arrancaban pelaje y piel.

Las alarmas sonaban en cuanto estos se golpeaban con violencia contra las cajuelas, los capó o las puertas de los vehículos más cercanos. Un Mazda plateado del 2015, lo volcaron y a un Cadillac mostaza del 98, le abollaron la parte trasera.

Los más prudentes se subieron a sus vehículos y los rodaron a unos veinte metros de la zona de aparcamiento de la mansión, a fin de evitar que les pasase lo mismo que los autos de Ilic, Radmilo y Emir.

Fue entonces cuando Everett clavó sus colmillos en Ranko del mismo modo en cómo este lo hizo con él: apretaba la mandíbula con tanta fuerza que *el lobo oscuro* dejó de luchar.

—*¡NOOOO!* —Sebrenka chilló, corriendo hacia los dos lobos, Ilic la retuvo, pero esta se removía para salvar cómo fuera la vida de su hijo —. ¡No le hagas daño!

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —las exclamaciones contradecían lo que la madre imploraba. Era una familia y una manada desalmada.

—¡Everett, suéltalo, es tu hermano! —Isabel le gritó para que tomase conciencia de lo que hacía. Podrían ser contrincantes y hasta batirse a los golpes por palabras ofensivas, pero de ahí a matarse...

—¡Mátalo! ¡Mátalo!

—¡Ya basta, Everett!

El lobo claro soltó al malherido *lobo oscuro*, ante el pedido de la muchacha.

Los vítores por el vencedor, se alzaron de inmediato. Todo era júbilo para esa gente que Isabel no comprendía sus sanguinarias costumbres.

Colocando sus patas delanteras sobre el derrotado, Everett levantó el hocico hacia el cielo y tronó su voz en un aullido que a Isabel le erizó la piel.

Era el mismo que había escuchado aquella noche fuera de su habitación en El Bronx.

Ante el estallido de su garganta, las personas que lo rodeaban, también aullaron en celebración; sus voces eran menos impactante que las del lobo vencedor, pero sin dejar de ser atemorizantes. Sebrenka corrió hasta su hijo, luego que Ilic la soltara para revisar que estuviese vivo; este comenzaba a adquirir su forma humana.

Everett relajó la tensión en su musculatura animal y su pelaje se le caía por mechones en el piso asfaltado, y en la medida en que tenía esa pérdida capilar, su anatomía sufría la metamorfosis que no dejaba de ser tan desconcertante como la misma transformación de hombre lobo.

Sus zancas traseras se estiraron ante un crujir de huesos que parecía doler una barbaridad, sus patas eran ya pies y manos, y sus garras: uñas. La dermis que cubría esa anatomía sobrenatural, se había tornado broncínea, su figura dejó de verse animal para erigirse sobre las dos piernas de un hombre musculoso que demostró a los que no creían en él, del porqué Stanislav lo había elegido desde un principio como su sucesor.

—Soy Everett Brankovic: Alfa del Clan de Kenai y desde ahora, *esta* es mi casa, *mis* dominios, *mi* gente, y tú debes hincarte ante mí —se dirigió sin sentir una pizca de piedad por el hombre que yacía herido a sus pies.

El silencio en el exterior fue absoluto.

Aguardaban la reacción del que fue derrotado.

Si se negaba, entonces el nuevo alfa tendría que matarlo. El que desafía y era vencido, si no se postraba ante el vencedor, recibía como castigo la pena de muerte.

Una vez en su forma humana, Ranko elevó la vista hacia el hermano menor. ¿De dónde había desarrollado, ese maldito, tanta fuerza? Fue un debilucho, un deprimido.

Rechazando la ayuda de su madre para levantarse, Ranko se irguió desnudo a pesar de sus heridas.

—Quédate con todo; de momento es tuyo —espetó con los dientes apretados—. Pero el tiempo me dará la razón de quién es el que debería regir las tierras blancas de Alaska.

Sebrenka ahogó un sollozo, su hijo rechazaba al bastardo, poniendo su cabeza en bandeja de plata.

—El destierro será tu castigo, si no juras sumisión y obediencia.

—Entonces, que así sea, *hermanito*.

—¡Ranko! —Sebrenka corrió detrás de él para alcanzarlo, pero la velocidad del primogénito, la superaba con creces.

A continuación, los aullidos alegres del vulgo y de los familiares que aceptaron el resultado, retumbaron una vez más, sellando así el curso en cómo serían las cosas en el Clan a partir de ese instante.

Everett miró a Isabel y su semblante se endureció.

Caminó hacia ella; sus ojos hacia el frente y entrecerrados, dientes perfilándose, garras listas para desgarrar…

La joven se paralizó.

—¡Suéltala! —le gritó al hombre que la sostenía.

Isabel que no había reparado quién era, alzó la mirada hacia este y se sorprendió.

—Solo la protegía —Jevrem cuidaba que el tono de su voz no fuese tosco. Le costaba liberar a esa bella mujer y entregársela a su tío.

Everett jaló a Isabel hacia él y luego la llevó hasta el centro del círculo en que la muchedumbre se agolpaba.

—Repito: esta es mi mujer, la madre de mi futuro hijo. Quien la maltrate o la ofenda por sus orígenes humanos, lo despedazaré. Lo mismo va para mi hijo: aquel que lo señale como inferior, no verá otro día para seguir escupiendo sus animosidades —proclamó a todos con contundencia y sin un atisbo de vergüenza por estar desnudo—. Si hay alguien aquí que no esté de acuerdo, se marcha de la manada y no podrá volver hasta el día en que los acepten como uno más. ¿Alguien está en desacuerdo? —Aguardó a que alguno saliera con sus excusas de linaje de sangre, pero solo Miroslav dio la media vuelta y se marchó enojado en dirección opuesta por donde Ranko corrió.

El resto hincó una rodilla en el piso, aceptando con gusto al líder que los habría de representar y guiar en los años venideros.

Isabel lo observaba sin decir nada y este silencio hizo que Everett la soltara.

—¿En qué piensas? —inquirió aprensivo de su temor. Una mujer presa de sus miedos, echaba por tierra una relación.

Esta trató de hablar, pero no lo consiguió. Aún pensaba en su transformación. Ni en las películas…

—E-estás herido. —Observaba las media lunas sangrantes que

marcaban la dentadura de Ranko en todo su cuerpo.

La del cuello le preocupaba más.

Él ni se molestó en mirarlas.

—¿Tú estás bien? —Pugnaba en abrazarla y calmar sus temores, pero cuidaba de no provocarle una crisis de nervios.

Ella asintió.

—Sí… —No lo estaba, verlo cambiar de forma, aún la tenía abrumada. Todo se hacía más real.

—¡Le pateaste el culo! —Uno de los primos le sonó la espalda con rudeza.

—Lo felicito, señor, luchó como un gran alfa —Kuzman elogió, dando un leve asentamiento de cabeza.

—Debo admitir que tuve mis dudas, pero reclamaste lo que es tuyo con propiedad —Damir comentó en cuanto se acercó. Le dio una miradita de refilón a la joven y luego sonrió a Everett con ese garbo que causaba molestia. Actuaba como si fuera un príncipe, heredero a la Corona—. Nuestro padre, desde el más allá, se sentirá complacido. Peleaste bien.

Everett medio sonrió, incómodo por su comentario y su presencia.

—¿Puedo preguntar qué pasará con Ranko? Para… informarle a Sebrenka, para que se calme.

—Mientras no pretenda joderme la existencia: nada le pasará.

Damir esbozó esa sonrisa engreída y asintió a la vez en que cruzaba una mirada silenciosa con el primo.

De la misma forma en cómo fueron recibidos cuando llegaron a la mansión, la gente los rodeó de nuevo. Lo felicitaron, se pusieron a sus órdenes y le desearon larga vida y prosperidad. También le deslizaron por lo bajo algunos malestares del que Everett tomó nota mental para una pronta reunión con los líderes de cada facción.

Mientras tanto, Isabel meditaba que la desnudez en esa gente hacía mucho que dejó de ser un tabú o el hecho de ser metamorfos, los hacía impúdicos. Ninguno reaccionaba incómodo a la virilidad que caía lánguida entre las piernas de Everett, ni este se ruborizaba ni hacía amague por taparse sus partes íntimas; más bien, hablaba bien campante con la veintena de curiosos que se agolpaban en torno suyo, como si estuviese vestido y los otros le respondían sin titubeos y directo a los ojos.

—Cuente conmigo para lo que necesite —Jevrem le expresó casi en un susurro, apareciendo de repente detrás de ella, lo que la hizo que se volviera hacia éste con rapidez.

—Gracias.

—Por favor, que mi error no sea motivo de querellas. Estoy arrepentido. Por eso, me pongo a sus pies…

—¿Qué error? —Isabel inquirió. Detrás de este, la jovencita de

trenzas –una del servicio– daba la impresión de estar parando la oreja a lo que Jevrem dijera.

—Aléjese de *mi mujer*. —En un parpadeo, Everett estaba frente a los dos, patentando su sentido de pertenencia.

—Tío, no le haré daño. Cometí un error…

—¡Sí que lo cometió! Y no lo quiero cerca de ella —replicó sin que los demás escuchasen lo que estos discutían; la algarabía de la muchedumbre, los distraían.

Isabel quiso peguntar la razón, pero se contuvo, evitando que él la gritase como lo hizo en la cabaña.

—Quiero rectificar.

—No veo cómo, has provocado que desconfíe de ti. Si no quieres que también te eche de la manada, será mejor que te mantengas distante de mi mujer. ¿Entendido?

—Pero…

—Por supuesto que lo hará. Discúlpelo, Everett. —Damir tomó del brazo a su hijo y lo aferró para alejarlo de allí, pasando por el lado de la desconcertada jovencita, antes de que el otro hiciera lo que no hizo con Ranko.

Arrancarle la tráquea.

El muchacho se vio en la penosa situación de ser arrastrado hacia la mansión, sin dejar de mirar a la hispana, que no entendía qué era lo que pasaba entre tío y sobrino. Había mucho odio de por medio.

Capítulo 46

La celebración para homenajear al Alfa, se efectuó a continuación.

No era disposición de Everett, restregar su triunfo a los que estuvieron a favor de su oponente, pero, ¿cómo contenía a esos alborotadores con ganas de beber hasta la saciedad? La mansión se llenó de lobos de todos los estratos, para molestia de Grubana y Sebrenka: un *omega* brindaba con un *gamma* y una chica del servicio era cortejada por un *beta*. Por supuesto, bajo los efectos del alcohol, que desinhibían a los asistentes.

Desde las barandas del piso superior, las dos madrastras criticaban el desenfado de algunos que olvidaban el lugar que les impusieron desde la infancia; se aprovechaban del licor que corría con ligereza, sentándose a sus anchas en los sillones reservados para los privilegiados y toqueteando los adornos y marcos de los lienzos, como si nunca los hubieran visto en su vida. Grubana sostenía su copa de vino con pedantería, observando con una ceja alzada y una sonrisa despectiva a la mescolanza de lobos que estaban abajo, causando daño, al dejar sus botellas sobre los pulidos muebles de cedro o vomitando por los rincones, lo que comieron y bebieron hasta reventar. La madre de Damir, asentía y negaba con la cabeza a todo lo que Sebrenka espetaba, quien se escandalizaba por la música a volumen y las risotadas que los asistentes levantaban por la casa. Algunas lobas se desataron con los dominantes, irguiendo sus pechos y meneando las colas, queriendo atrapar a un macho de buena estampa para aparearse. Sin embargo, para sus adentros, Grubana reía del enojo de la Primera Esposa o Primera Viuda. Sus planes de convertirse en la matriarca de la manada, fueron a dar al desagüe. Ranko era un hijo de mami que solía escuchar los consejos que esta le susurraba a la oreja. Al ser este, alfa, ella habría accedido a mucho poder.

Otra que parecía no disfrutar la celebración y del que hacía lo posible en sonreír a los que se dignaban en sonreírle, era Isabel.

Sentada en un extremo de la Sala Azul, probaba los aperitivos del plato que tenía sobre su regazo; le habían traído uno bastante cargado y del que ella devoraba a causa de la ansiedad y los nervios. Tomaba un pastelillo, se lo metía a la boca y lo masticaba pensativa, mientras que Everett, ubicado en el arco que divide la sala y el vestíbulo, conversaba con unos sujetos que ella no conocía. Se lo veía animado, tomando de su oporto y riendo a lo que uno de los que le rodeaban, había dicho.

De vez en cuando él la miraba para asegurarse que estuviera bien, a lo que Isabel fingía tranquilidad, pero que estaba por salir corriendo de allí, pues no se sentía cómoda con nadie.

Dicha gente se mantenía distante, evitando hablarle, no la miraban con desprecio ni fruncían el ceño, pero la indiferencia era más hiriente. Pese a esto, Isabel se obligaba a tragarse su sentir, reflejando una expresión de «a mí todo me resbala»; más bien, comía a la vez en que observaba a los demás, como si ella fuese un «bonito adorno» que masticaba…

Casi finalizando la montaña de pastelillos, se levantó del sillón tapizado de terciopelo azul cerúleo y se dirigió hacia el baño del pasillo, como quien no quiere la cosa, pero que en realidad quería con urgencia abrazar al inodoro.

Entró rápido y se clavó sobre este, lanzando tres arcadas que le hizo bajar la cadena del tanque varias veces para que no se desbordara de vómito.

Se enjuagó la boca y se acomodó el cabello, cuyos mechones se zafaron de la cola de caballo. Por su maquillaje, se lamentaba no poder hacer nada, no había traído un bolso en el que habría metido su polvera y el labial, creyendo que estarían en Kenai por un par de horas y luego se marchaban; no obstante, *pasó lo que pasó*, y ella limpiándose con las yemas de los dedos, las manchas negruzcas alrededor de sus ojos que la hacían lucir como un mapache por haber llorado y por el calor que no aguantaba en esa mansión a causa de tanta gente amontonada.

Tras observar en el espejo su semblante demacrado y asegurar que estuviese impecable, salió del baño, ya sintiéndose mejor de haber descargado los excesos de comida que se había zampado. Fue grato que nadie se hubiera dado cuenta de su malestar; la música en alto, el licor, las risotadas, las mujeres alborotadas…, no les hacían reparar lo que sucedía al fondo del pasillo.

Ni Everett.

Lo que le extrañó.

Ella había tardado alrededor de veinte minutos y no la buscó.

Vadeó algunos borrachines y rechazó otro plato de pastelillos que la jovencita de trenzas negras le ofrecía y del que casi la hace girar sobre sus tacones para volver a vomitar; contuvo la respiración y se dirigió hacia donde se supone se hallaba Everett.

Pero no estaba.

Isabel lo buscó con la mirada por el vestíbulo y la Sala Azul, pero las risitas coquetas que al instante reconoció, eran las de una serpiente rastrera, de inmediato la alertó.

Provenían de la Sala Roja.

Y si esta reía como reía, es porque estaba en compañía de un

caballero que la hacía comportar como a una cualquiera.

Caminó hasta ese lugar, descubriendo para su desagrado a un grupo de mujeres que rodeaban a Everett y del que casi le ofrecían las tetas con sus vulgares escotes.

—Encontraron el collar… —Debió ser la cara de Orco que puso Isabel, que Everett le respondió tan pronto se acercó.

Ella no dijo nada. El collar de cuentas de madera y plumas, que aquel hombre nativo le puso en su cuello, Everett se lo quitó una vez el helicóptero emprendió vuelo. Lo guardó en el bolsillo de su chaqueta sastre, sin hacer comentario de lo que este le dijo; aunque por el modo tan ceremonioso en como el hombre se lo colocó, se atrevía en asegurar que le había hecho una especie de vaticinio.

—¿Estás bien? —Él le consultó, observando su pálido rostro.

—Sí, *queridita*, se te notan unas ojeras…

—Estoy bien —espetó a la *servidora sexual* a quien estaba por sacarla de allí de las greñas. Comenzaba a molestarla que la tomaran por una débil.

Jasna sonrió con petulancia y acomodó su larga melena negra sobre su pecho. Su labial rojo granate resaltaba esos labios hinchados que parecían inyectados de silicona.

—Lo encontré a un lado de la mesita que está bajo el lienzo de Dragan. Me dije: «¿y eso qué es?». Lo alcé y enseguida reconocí que era el collar que el líder de la Tribu Yakaramath, suele entregar a los Nuevos Alfa. Lo iba a botar a la basura, cuando *nuestro* Everett me llamó para que se lo entregara. ¡Pensé que era de Ranko! —Rio engreída y las otras rieron del mismo modo—. Perdona, *querido*, no sabía que te lo habían entregado antes… —Su mano sobre la chaqueta de este, manoseándolo. Everett había tomado prestado uno de los trajes de Ranko, pues los de Damir no le quedaban y los de Jevrem, ni muerto los usaría. Sebrenka enrojeció de la rabia por semejante abuso.

Isabel gruñó por lo bajo.

¡Que la maldita le quitara las manos de encima a su hombre!

Everett arqueó las cejas y Jasna se amilanó de cabrear más a la humana. ¿Eso que escuchó fue un gruñido?

—Eh… Fue una suerte que no lo haya reventado —continuó Jasna, tratando de no hacer evidente su turbación—. Los yakaramath, se ofenden con facilidad. Si se hubieran enterado de lo que se le hizo al collar, tendríamos una tribu menos entre nuestros aliados.

—Habría sido lamentable que *mí prometido* se enemistase por *tu* metida de pata —Isabel masculló avinagrada.

La *servidora sexual* sonrió desabrida.

—¿Has comido algo? —Everett le preguntó para aligerar la tensión en la sala.

—Sí. —Hasta la descargó completica en el inodoro—. Solo que

quiero acostarme un rato. Estoy agotada.

—La habitación de la Primera Esposa, es muy cómoda. ¿Esa no fue la que le perteneció primero a tu mamá? —Jasna preguntó a Everett, con la intención de causar un disgusto en la hosca mujer. Gozaría observar cómo a Sebrenka le daba una apoplejía al ver a la humana acostada en su cama. ¡El cabreo sería espectacular!

—*Allá*, no —Everett contestó con severidad—. Descansará en la de mi padre. —En la habitación de su mamá: nada había de ella.

Jasna y las mujeres, pusieron cara de sorpresa.

—¡¿En la del Alfa?!

—¿Por qué no, Jasna? Ahora es mi habitación.

Isabel se cruzó de brazos, airada, esperando respuesta de la putilla.

—Porque las amantes y las esposas, duermen en habitaciones separadas. Jamás en la del Alfa, a menos que sea para retozar en *pro* de concebir vástagos, y como tu *amigui*… tu prometida está preñada, ¿para qué la molestia?

Esto hizo parpadear estupefacta a la joven.

—«¡¿La molestia?!» —La bilis se le revolvió—. ¡¿La molestia?! ¿Cuál molestia, pendeja? ¿Acaso mi presencia debe ser una molestia para mi prometido? O lo es para ti, que quieres libre el camino.

Las mujeres sorbieron sus vinos con ojos agrandados y mirándose entre sí. ¡Vaya cotilla!

—Como tú estás…

—Vamos, te llevaré —Everett interrumpió a Jasna, pues lo que estaba por decir, haría estallar a Isabel. Las esposas de los alfas, no compartían habitación con estos, siempre y cuando, fuese para concebir un hijo o para aplacar las ganas; y como Isabel estaba embarazada, se asumía de antemano que él no la buscaría en unos meses.

La libido en los lobos bajaba cuando la panza de estas aumentaba.

La sujetó del brazo y la condujo escaleras arriba, hacia la habitación principal, mientras Jevrem y Damir los seguían con la mirada, y las madrastras tuvieron que morderse la lengua para no escupir una increpación.

—Estaré abajo un par de horas y luego subo —informó él detrás de ella, a la vez en que esta recorría con la mirada la habitación. La cama era exageradamente amplia y tallada con arabescos en madera y pintada por partes en dorado.

Isabel asintió, cruzada de brazos.

Volvería para continuar hablando con esas zorras.

La puerta se cerró a su espalda e Isabel se dirigió hasta el ventanal para mirar hacia el exterior. Le urgía reposar la mirada en algo hermoso que no fuera el lujo de una familia hipócrita; descorrió la cortina un poco y admiró con tristeza, los tres picos que se alzaban en

el fondo y del que Isabel consideró eran menos impresionantes que el Monte Denali.

Enseguida bajó la cremallera de su vestido turquesa y se lo quitó, deslizándolo hacia abajo, y al volverse para dejarlo sobre el sillón que colinda con la puerta que parecía ser la del baño…

Se topó con la mirada de Everett.

—Ya te hacía abajo —dijo sorprendida de hallarlo con la espalda pegada contra la puerta del dormitorio y la camisa desabotonada.

La corbata en el piso.

—También estoy agotado —comentó en voz baja, yendo hasta ella, mientras se quitaba la chaqueta y del que Isabel no perdía detalle en cómo lo hacía. Era muy sexy verlo desvestir.

La arrojó de mala gana al sillón.

Isabel acomodó la chaqueta sobre el respaldo para que no se arrugara y dejó el vestido sobre el apoyabrazos. Imaginaba que con la misma ropa él volvería a Denali. No lo veía hurgando de nuevo en el clóset de Ranko.

Antes de quitarse los zapatos, Everett se fijó que ella recogía la corbata del piso y sonrió malévolo.

Otra vez con sus manías…

Como al descuido, cada zapato fue a dar a cada extremo de la habitación.

La otra comenzó a mascullar y él rio.

—No me jodas, Everett.

—¿Qué hice? —Se hizo el inocente. Los calcetines volaron por los aires. Isabel en ropa interior y en plan de servidumbre, le hacía pulsar el pene.

—Deja el desorden —contestó a la vez en que acomodaba los zapatos a los pies del sillón.

—Tenemos sirvientes… Que ellos se encarguen.

El comentario, la hizo volver hacia él.

—¡¿Vamos a vivir aquí?! —inquirió con un mohín plasmado en su rostro. Le causaba resquemor la idea de tener que toparse cada día con esas mujeres. ¡No las soportaba!

—Por una semana, luego nos regresamos. —Se quitó el pantalón, pero esta vez, lo dejó con cuidado en el otro apoyabrazos—. ¿Te molesta o prefieres vivir acá?

—¡No! En Denali me siento más a gusto.

Sonrió.

—¿Qué hay de Nueva York? —Que escogiera su lugar de ensueño, le placía enormemente.

Ella se dedicó a reacomodar su vestido, quitándole volutas de polvillo que no tenía.

El silencio inquietó al lobo.

—Prefiero la cabaña a estar en esta casa.

Desde atrás, manos masculinas alrededor de su cintura. Su abdomen se hacía cada vez más voluminoso, como si tuviese dos meses de embarazo.

—Nadie te tratará mal —susurró a su oído—. Ya se los hice saber.

—Lo sé, yo estuve ahí. Pero…

—Dímelo.

Suspiró.

—Jamás me aceptarán. No soy una de ellos.

Él la hizo volver hacia él y le acunó el rostro.

—Serás mi esposa, eso te hace «una de nosotros». Porque…, no cambiaste de parecer, ¿cierto? —preguntó al instante en que ella eludía su mirada—. Isabel, ¡no me hagas repetírtelo! ¡¡Confía en mí!! Te amo…

—¿Cuántas mujeres pretendes tener?

La inquietud de Isabel descolocó a Everett.

—Una. Si lo dices por mi padre y mis hermanos…

—Lo digo por todos —replicó entrecortada—. Cada hombre de tu familia, tiene dos o tres esposas, y sin contar con las amantes de las que se ufanan. Si supieras lo que se escucha cuando los demás te toman por invisible… —Por muy *mujer del alfa* que ella fuera, para esa gente, no era nadie.

—No pienso tener más. Contigo es suficiente.

Isabel imploraba que fuese así, que Everett jamás tuviese la necesidad de tener más de una compañera sentimental, porque le rompería el corazón.

Lo abrazó.

—Me alegra saberlo, porque yo no estoy dispuesta a compartirte con esas zorras. —A la que se le ocurriera coquetearle, le deba una trompada.

La sonrisa de Everett se congeló.

Hasta ese instante, no cayó en cuenta en algo:

Que las amantes de su padre, ahora eran suyas.

Capítulo 47

El miembro de Kroz, salió del ano de Arturo.

El llamado a la puerta por uno de sus compañeros, le alertó que debían salir enseguida. Al fortín había llegado el heredero de Stanislav Brankovic y no precisamente de visita, sino para pedir refugio de forma temporal, mientras sanaba sus heridas y se alimentaba, y también por unas mudas de ropa, debido a que, tras su transformación lobuna, no cargaba ropas encima. Luego seguiría por su camino en dirección noreste.

Mascullando algunas increpaciones, el guardia subió con rapidez la cremallera de su pantalón; aún estaba erecto, el trasero del omega era bien rico y él quería continuar arrancarle gemidos adoloridos con sus fuertes estocadas que le daba desde que cayó el atardecer.

Tras correrse la primera vez en la boca del hispano, Kroz le tomó el gusto follarlo a escondidas, quien gruñía enojado en voz baja, pero que se dejaba follar por no tener más alternativa. Kroz esperaba a que todos se marchasen a dormir y él lo desencadenaba del árbol y lo llevaba hasta su garita, donde lo sostenía de la cadena, firmemente alrededor de su brazo, jalando hacia atrás el cuello de este, apresado en el grillete. Rodillas y manos en el piso, la posición ideal para comerse a ese callejero; aunque a veces se acostaba sobre este y lo aplastaba con su peso para que la penetración fuese más intensa.

—Vístete. —Le arrojó los vaqueros a la cabeza y se apuró él, en ponerse los zapatos de montañero. Qué inoportuno era ese tipo en caerles a la medianoche, cuando muchos descansaban o estaban con sus amantes. Habrían de averiguar los motivos por el cual Ranko estaba pidiendo refugio; se supone que él era el Alfa del Clan de Kenai, teniendo a su disposición, dinero, vehículos y muchos hombres que lo protegerían. En cambio, llegó hasta ellos como un prófugo.

¿No se supone que ese día los suyos le rendirían sumisión?

Si no lo hicieron, ¿a quién entonces?

Mientras se ponía la camiseta, conjeturaba que lo más probable, fuese otro con más agallas para retarlo.

¿Miroslav?

El hijo de Zoran, era el más apto para ocupar el cargo.

El omega sacudió su pantalón, como si con un par de manotazos limpiaba toda la mugre que tenía pegada por estar durmiendo a la intemperie; no usaba calzoncillo desde que Kroz se lo arrancó por el desespero de estar dentro de este; desde hacía meses en que el

libidinoso guardia no sentía esos deseos desenfrenados por el mismo sexo; tenía su esposa y sus hijos, pero meter el miembro en un orificio masculino, compensaba las noches con su mujer. Admitía que la pasaba bien con esta y disfrutaba de uno que otro orgasmo y lo hacía para reproducirse; un lobo sin crías no era lobo, era un inservible; sin embargo, estar ante un macho como el hispano, lo excitaba demasiado.

Si bien su bisexualidad era conocida en el fortín, no podía descuidar su deber.

—¿Me va a encadenar de nuevo, amo? —Arturo le preguntó, caminado hacia él, adolorido y un tanto empalidecido. El grillete en su cuello, la cadena colgando de este como un espectro que arrastraba cadenas…

Kroz hizo una mueca de asco, el omega apestaba a sexo de los pies a la cabeza.

—Hasta que Vladan diga lo contrario.

—Pero me he portado bien, he hecho todo lo que me piden…

—Debes ganarte la confianza y esto toma tiempo. Vamos, más tarde te llevo algo de comer.

El omega hizo un mohín y sin rechistar, siguió cabizbajo al enorme guardia que lo llevaba de la cadena como a un perro. Ambos lobos se sumergieron en la negrura del exterior, silenciosos, tras su encuentro furtivo y del que solo uno gozó sobre el otro.

Capítulo 48

La inquietud le robaba el sueño a Isabel.

Y también las ganas de tener relaciones sexuales con su prometido.

Le había negado el deseo, cuando él la buscó para darle un fogoso beso. Las risotadas en el piso inferior la cohibían de entregarse apasionada; meditaba que estos escucharían sus gemidos de placer y sería objeto de burlas. Dudaba que fuesen caballerosos como para no aguzar el oído y retirarse de la mansión de manera silenciosa, pues los anfitriones, hacía rato que se fueron a «dormir». Pero estos seguían allí, bebiendo y carcajeándose ruidosos como si estuvieran en un bar.

Isabel se volvió sobre su costado izquierdo y se encontró con el rostro de Everett, quien dormía apacible sin que los borrachos le afectaran el sueño.

No se molestó con ella por haberlo rechazado, en realidad estaba agotado, el enfrentamiento que sostuvo con Ranko, consumió sus energías.

Quieta en la penumbra de la noche, observó las líneas que dibujaban su faz masculina; mechones de su cabello caían sobre su rostro, haciéndolo lucir como si fuera un león que descansaba tras una cruenta pelea que sostuvo con otros animales de la selva. No roncaba para su fortuna, respiraba cadencioso, apenas subiendo y bajando sus hombros por el acto mismo de la respiración. De frente a ella, estaba sobre su costado derecho; las marcas de las mordidas desaparecieron de sus brazos y su torso que tenía desnudo al igual que el resto de su cuerpo. El bóxer había ido a parar cerca de los zapatos. Le aliviaba comprobar que se había recuperado de sus heridas y a la vez, la asombraba que lo haya hecho demasiado rápido. En una persona común, dichas heridas, habrían sanado después de varios días; ella supo de un amigo a quien un perro le mordió la pierna; a parte de los cuidados médicos, las incisiones de los colmillos le impidieron caminar con normalidad durante una semana.

En el cuello de Everett, ni una sombra quedaba, siendo la peor mordida.

Con delicadeza, le retiró el mechón de cabello que atravesaba su mejilla hasta el mentón y sonrió cuando este hizo un movimiento cómico con la nariz y se rascó sin abrir los ojos. Siguió durmiendo, manteniendo la misma posición, expulsando el aire de sus pulmones directo a Isabel, quien lo estudiaba en silencio, admirando su fisonomía sobrehumana. ¡Qué increíble!, compartía la cama con un

hombre lobo.

Y esperaba su hijo.

Ante esta certeza, Isabel se levantó con movimientos lentos para no despertar a Everett y se cubrió con su camisa que olía a él y del que le hizo aspirar profundo, pues no era perfume sino su aroma varonil.

Previniendo que la luz de los postes del jardín externo, iluminasen la habitación, descorrió un poco la cortina de la ventana y suspiró inaudible, mientras admiraba la luna que cada vez se hacía creciente por sobre el horizonte marino. De inmediato alertó a un sujeto que no alcanzaba a dilucidar de quién se trataba, pues estaba ubicado en un punto distante del radio de luz de la pequeña bombilla del farol; orinaba el arbusto en el que Everett había caído sobre este, partiéndole la mayoría de las ramas; aquel silbaba en voz baja, mirando también al espectro lunar en esa meditación etílica del que muchos hacían luego de ingerir media caja de cerveza o una botella de vino.

Con el silbido, entonaba una melodía que Isabel desconocía o el sujeto lo hacía tan mal que era difícil determinar a cuál canción se refería. El sonido que brotaba de entre sus labios, era disonante, hablando solo de cosas sin sentido y que tal vez el licor le hacía recordar de súbito. Se tambaleaba hacia adelante y hacia atrás, a la vez en que el chorrito de orines se alarga y acortaba, tratado de regar el quebradizo arbusto.

Otra silueta –una masculina– se le acercó, le habló y luego le estampó un rudo beso en los labios.

Isabel parpadeó.

¿Ese era…?

Entrecerró los ojos, la oscuridad le impedía determinar de quién se trataba.

Miró por sobre su hombro a Everett, este seguía durmiendo relajado, sin darse cuenta que ella había abandonado la cama.

Volvió su rostro hacia la ventana y al posar los ojos hacia el lugar donde ambos hombres se hallaban, estos desaparecieron.

Trató de otear por el perímetro, pero de estos no había señas, y sonrió por haberse quedado frustrada de descubrir a los machos vernáculos manoseándose entre sí. Aunque le parecía curioso que la figura más alta le resultara conocida.

Observar a los dos hombres besarse en la clandestinidad, le despertó la llamarada en las entrañas; no es que fuese una «mirona», pero aquello le produjo calor.

Se tocó así misma; su mano descendió suave por su pecho hasta tocarse en *su centro* por encima de sus bragas. La palpitación que sintió, enseguida le erizó la piel, con un hormigueo alojado en la espalda.

Se despojó de la camisa, dejándola en el sillón, sobre el pantalón y se dirigió a paso lento hasta el lado donde Everett dormía.

Por un breve instante admiró sus formas. La cobija apenas cubría sus partes íntimas; todo él, era silueta abultada y recostada en esa enorme cama King de madera tallada, hecha para un rey.

El suyo, debía estar corriendo por los densos bosques del mundo onírico, desnudo e irreverente, sintiéndose señor de sus dominios, mientras que ella estaba ahí, repentinamente enfebrecida…

Con cuidado, jaló hacia abajo la cobija. Él se movió, quedando sobre su estómago y dejando su trasero al descubierto, con sus manos alrededor de su almohada y su rostro de medio lado. Isabel se mordió el labio para no tener que morderle a él una nalga. Cualquier página *web* pornográfica, pagaría una fortuna por una foto con esa pose.

Dios…

Era Zeus durmiendo en el Olimpo.

Teniendo sumo cuidado de no despertarlo, se subió a la cama, pasando sus manos y piernas por encima de este, ya sintiendo que el calor en su cuerpo había aumentado.

Se sentó sobre sus canillas y deslizó su mano por esa espalda ancha y musculosa, y del que a Isabel le hubiera gustado admirarle algún tatuaje. Pero su *sexy leñador* tenía la piel libre de figuras tribales, de mujeres voluptuosas que enseñan los pechos y ponen cara de orgasmo, de flamas que ondean por los brazos o las piernas, de imágenes de animales feroces o en este caso: lobos, representados en el pecho o la espalda, como un tributo a su condición sobrenatural. Nada de esto necesitaba para resaltar su atlética musculatura o, tal vez, no le agradaba cubrir su piel de tatuajes. Era un lienzo en blanco del que más de un profesional de este complicado arte corporal, querría tatuar.

Su palma se paseó a través de sus fuertes omoplatos; las yemas de sus dedos se deslizaron a través de la línea que surca la espina dorsal y ascendieron sin un atisbo de vergüenza por la división de sus nalgas. La excitaba saberlo suyo, que lo tendría en las posiciones eróticas que ella le pidiera. Tenerlo dentro, *muy dentro*…, golpeando cada una de sus células.

Everett se volvió boca arriba, en clara señal de que había despertado; se elevó sobre sus codos y la observó en silencio, quizás creyendo que Isabel se sentía mal, pero al darse cuenta lo que en realidad quería, de inmediato la tomó de sus brazos y la hizo sentar sobre él a horcajadas.

—¿Cambiaste de parecer? —preguntó enronquecido. Su pene pulsante, pegado al vientre de esta.

—Sí… —Besos en el cuello, donde estuvo la herida—. ¿Se te antoja? O…

—A mí me puedes llamar a cualquier hora, que *lo tendré listo* para ti siempre.

Isabel rodeó el miembro con sus dedos y le dio un leve apretón cerca del glande, provocando que Everett echara la cabeza hacia atrás, entregándose a la sensación.

—Isabel… Qué bueno que estés con ganas, porque soñaba que te follaba atada en un arnés… Si hubiera despertado y tu dormías, te habría asaltado.

Rio pasito. Abajo, las risotadas dejaron de tronar por la mansión. Las odiosas madrastras de Everett, debían por fin dar las gracias a los santos por poder descansar. Porque suponía que ese par de brujas estarían con algodones en las orejas para no escuchar tanto ruido.

—Eso sería un delito. —Sus manos masajeando el falo, de arriba abajo.

Everett perdió las fuerzas en sus brazos y cayó sobre su almohada, tensando su cuerpo.

—E-el delito sería… —jadeó— que me-me quede con las ganas…

Isabel soltó su hombría y se inclinó hacia adelante para darle un beso húmedo en el que las lenguas se pusieron en contacto tan pronto rozaron los labios. La de él pretendía llegarle hasta las amígdalas y la de ella –que dejaba de ser tímida– se enroscaba en la de su compañero como una anaconda.

—Quiero que *me lo hagas* por atrás, mientras estés sentado a un lado de la cama —susurró a su oído, luego de liberar sus labios.

Tal vez sus pupilas estaban lo suficiente dilatadas para dilucidar entre la oscuridad, pero le pareció que Everett explayó una gran sonrisa.

Isabel le permitió que se acomodara, al bajarse de su regazo. El miembro de Everett estaba erecto, la habitación un poco más clara y la temperatura del ambiente más sofocante.

—Seré tu silla, siéntate como guste…

—Luego… —ronroneó, mientras se tocaba los senos y endurecía sus pezones al son de una melodía que solo sonaba en su cabeza. Sus caderas se movían con sensualidad y sus manos recorrían su propio cuerpo, bailando apenas con sus bragas puestas frente a ese hombre de greñas alborotadas.

—Ven aquí para *atornillarte*… —extendió los brazos para atraparla, pero ella retrocedió unos pasos, a la vez en que le sonreía con picardía.

Le dio la espalda y siguió meneándose, cual dama de la noche, mortificando con su sensualismo femenino al envalentonado lobo.

La respiración en él, se agitó.

Isabel bailaba semidesnuda.

Su fantasía…

—Isa, danza para mí.

Lo miró por sobre su hombro.

—¿Ballet? —La petición la sorprendió, pero no la amilanó. Estaba muy caliente y haría lo que fuera por complacerlo.

Everett asintió y ella encendió la lamparita de la mesita al lado de la cama, y se puso en posición.

Sus senos al aire y su braga húmeda.

—Quítatela —Everett pidió—. Danza por completo desnuda.

Sonrió malévola y sin poner pegas, deslizó hasta los tobillos la prenda interior, y en un hábil movimiento que hizo con los pies, fue a dar sobre el sillón en una puntería que hasta el mismo Everett aplaudió.

A pesar de que el embarazo en su mujer comenzaba a engrosar su cintura, a él le excitaba contemplar su desnudez.

—¡Espera! —La detuvo antes de que iniciara la danza—. Déjame… —Sin levantarse, se estiró hacia la mesita donde su móvil reposaba y lo tomó—, déjame que busque una melodía.

—No tengo problemas. —Ella sería capaz de danzar El lago de los Cisnes, sin sonido alguno.

Everett buscó rápido en el programa que tenía de sus melodías favoritas, y de inmediato le dio «play» a una que consideró, la más apropiada para que su preciosa bailarina estuviese a gusto.

Sonó una que despertaba los sentidos, pero que sonaba a decibeles que no traspasaría la puerta.

Everett se acomodó e Isabel elevó sus brazos con absoluta gracia.

El móvil quedó de nuevo en su sitio.

Los movimientos que ejecutó a continuación, no fueron los desesperados que Everett vio en la terraza, en la que Isabel clamaba al cielo por un amor que se mantenía distante, ni tampoco los realizados en el salón de la academia en la que se regía basado en la estricta enseñanza de sus antiguos profesores; en *este* ella se desenvolvía como una diosa que fascinaba a los mortales, girando y girando como un torbellino, para luego dar saltos extraordinarios en la que sus piernas se extendían en el aire y caían con pericia, sin trastabillar con la alfombra ni tropezar con los muebles del dormitorio. Su sentido del espacio la hacía merecedora de una ovación.

¡Era única!

Ni Jasna, cuya desinhibición por haber estado con muchos hombres, lo había dejado sin aliento. Isabel saltaba, giraba, prácticamente volaba…, y en todas estas ejecuciones, lo invitaba a que la admirase con devoción.

Tragó en seco y su corazón se llenó de júbilo, estaba más que confirmado que ella había nacido para estar con él; quienes en el pasado la pisotearon, causaron que su carácter se fortaleciera y su

espíritu brillase más, irradiando luz y esa sensualidad que lo dejaba embobado.

Gruñó gutural cuando Isabel, caminando en puntillas, contoneó las caderas hacia él.

Ojos al frente.

Sonrisa de diabla...

Posó las manos en los voluminosos muslos del lobo, provocando que este enterrara las garras en el colchón para no atraerla con rudeza; dejaba que su erótica danza continuara; ella se agachaba sensual y se levantaba de la misma manera, a la vez en que lo miraba con picardía.

—Tu silla aguarda —le dijo. Su miembro lo tenía hinchado y supurante, erguido en su máxima extensión. Listo para ella.

Isabel sonrió y le dio la espalda.

Everett creyó que continuaría danzando, pero Isabel rozó suave su trasero en sus rodillas y canillas, agachándose y levantándose…

—Siéntate —su voz urgida por la lujuria que se apoderaba de él—. Isabel… —jadeaba; ya no podría aguantar más—, por favor… —Ella se sentó en su regazo sin que el pene se clavara en su trasero, para desdicha del lobo—. Estoy que exploto. —La excitación lo tenía a mil; las deliciosas pulsaciones que sentía en el glande, le auguraba que se correría fuera, si ella seguía restregándose sobre él de esa manera—. ¡Isabel, clávate! ¡¡Clávate!!

Obedeció, llevando su mano hacia atrás para acomodar la punta en su ano; Everett se aferraba a las sábanas desgarradas por sus ansias.

Y se sentó…

De la garganta de Everett, brotó un gemido bastante audible. Isabel subía y bajaba su trasero sobre él, quien gemía detrás de ella.

La estocada no se dio por completo a la primera, sino que Isabel empujaba suave hacia abajo, apretando su mandíbula; levemente inclinada hacia adelante en una pose de *perreo*. Everett era su silla de carne y hueso, con una *palanca* en medio que, si sabía moverla bien, le daría excelentes *vibraciones*.

Su gemido fue tan sonoro como la de él, quien se sostenía de sus palmas y uñas enterradas en el colchón. Si los imbéciles de los tíos de este o los primos, que bebían hasta la saciedad, la escuchaban gemir como puta follada por marinero, le daba igual. Gozaba con su prometido a sus anchas.

Everett la atrajo hacia él y volvió a aferrarse a las sábanas; cabeza echada hacia atrás, boca abierta y jadeante, corazón palpitando desaforado. Isabel pegó su espalda al pecho masculino y pasó un brazo por la nuca de este para sostenerse, mientras sus caderas se movían cadenciosas sobre su regazo. Lo hacía tan suave que Everett estaba por sufrir una autocombustión. ¡Qué manera de moverse sobre su pene!

De ahora en adelante no permitiría que se sentara en las sillas. ¡Él sería su silla!

Caliente y palpitante…

Capítulo 49

Muchas manos frías alrededor de él.

Gruñidos.

Zarpazos.

Resistencia…

Luego la caída abrupta hacia el abismo, en la que él gritaba mientras sus manos lánguidas nada hacían por aferrarse a algo para salvar su vida. Solo observaba que cada vez se alejaba de aquella ventana que fue abierta para ser lazado de cabeza.

Everett despertó sobresaltado. ¿Cuántas veces había tenido la misma pesadilla? ¿Treinta? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta? Las que fueran, lo torturaban, tragándoselas solo para evitar angustiar a los que le rodeaban.

Enseguida reparó en Isabel, preocupado de que se hubiera dado cuenta, pero se relajó al observar que seguía dormida. Medio sonrió y le dio un sutil beso en la mejilla para no despertarla. Al menos, estando con ella, las pesadillas habían aminorado a unas cuántas. Porque, antes, fueron tan frecuentes que bebía hasta quedarse dormido. Blanka y Jevrem tuvieron infructuosas veces que esconder el licor que había en la casa para que él dejase de alcoholizarse, pensando estos que se debía al dolor en la pierna. Pero él siempre hallaba las botellas o compraba otras y se las zampaba para su sosiego.

Se deslizó fuera de la cama y se encerró en el baño, ya el sol estaba por salir y su deber como alfa ese día iniciaría.

Saldría como siempre: con sus demonios internos encadenados al fondo de su alma y la careta-sonriente puesta en su rostro apesadumbrado para que todos creyeran que andaba en la cordura.

*****

Los pies de Isabel se detuvieron abrupto frente al larguísimo comedor blanco.

En la mesa se hallaban sentadas las madrastras de Everett, las mujeres de Damir, sus hijas y las *putas*, desayunando juntas como si fueran una gran familia.

—Buenos días, ¿durmió bien? O… ¿se «clavó» bien? —la antipática

pregunta de Jasna, hizo carcajear a Maya, mientras que las hoscas mujeres levantaron una ceja de forma despectiva hacia la recién llegada. El escándalo que estos hicieron la noche anterior, se escuchó en todo el pueblo.

Isabel apretó los dientes para no escupirle a la putilla lo que pensaba de ella.

—Sí, gracias por preguntar. *Me clavé* hasta el fondo y luego dormí muy bien —procuró espetarle sin ser vulgar, puesto que tres jovencitas en edad de cursar la secundaria estaban presente. Fingía que el comentario de esa serpiente sonriente le resbalaba para no demostrarle que la había hecho enojar.

Sebrenka untó de mala gana la mermelada de moras al pan tostado y lo engulló, mientras escaneaba con desprecio el vestido turquesa que aún lucía la muchacha.

—Llegas tarde. El desayuno se sirve a las ocho en punto —la increpó, acostumbrada a hacerse las cosas de la manera en como Stanislav lo había dictaminado y ella vigilaba que se cumpliera a cabalidad. El comedor tenía la capacidad para 12 comensales, pero no para abarcar a la familia completa. Por lo que su difunto marido determinó que en la casona las comidas se servirían en tres turnos:

A las 7: 00 se servía primero a los hombres: Stanislav, Damir, Ranko y Jevrem, puesto que estos eran los que se marchaban temprano a trabajar, ya sea en sus negocios o despachos privados. Luego a las 8:00 a las esposas y las amantes. Para lo último: los cachorros, que se levantaban más tarde.

No obstante, la expulsión del primogénito causó que se alterase el orden: las tres esposas de este y sus seis crías, se marcharon durante la madrugada a un lugar del que solo Sebrenka conocía. Más que todo para proteger a las nietas de los colmillos del nuevo alfa. No confiaba en el hijo bastardo de Winona.

Por lo tanto, las tres hijas de Damir que estaban por alcanzar la mayoría de edad, comenzaron a desayunar con ellas.

Isabel estuvo a punto de consultar la hora en su reloj de pulsera, segura que había llegado puntual, pero no replicó, quizás su reloj estuviera atrasado o esa pendeja solo quería fregarle la paciencia.

Quince minutos antes, una muchacha del servicio, le anunció detrás de la puerta de la habitación, que pronto se serviría el desayuno; Isabel había despertado por los toques suaves en la madera, hallándose sola en la enorme cama y con una pesadez que solo se le quitaría si dormía media mañana.

Pero no estaba en su casa.

No la sentía suya.

—Me disculpo —expresó sin un atisbo de vergüenza y enseguida se encaminó para sentarse en la silla más apartada, mascullado mil

improperios para sus adentros por tener que comer al lado de esas desgraciadas. Sebrenka estaba sentada al cabecero de la mesa del comedor, Grubana a su izquierda y Jasna a su derecha, y a la derecha de esta: Maya.

Sin embargo, la joven –la de trenzas negras– que le ofreció pastelillos durante la celebración, fue diligente en moverle la silla del otro extremo de la mesa para que se sentara.

Reina saliente contra reina nueva.

Frente a frente.

—¡Ahí no, tonta! ¡Esa es la del Alfa! —El acto involuntario de la sirvienta, a quien le agradaba la humana por ser sencilla, provocó un severo disgusto en Sebrenka, quien le gritó por olvidar los puestos asignados para cada miembro de la casa.

—Gracias, es muy amable —Isabel le sonrió a la joven que debía tener unos diecisiete o dieciocho años como máximo, sentándose en el acto en la silla.

Sebrenka miró atónita a la hembra de Everett y Grubana tosió, ahogada por el jugo de naranja acabado de sorber de su copa grande. Radojka mantenía la boca abierta, sorprendida por la osadía de la humana, las dos *servidoras sexuales* la miraron de refilón, mientras cortaban en trocitos la tocineta para echarla sobre los huevos fritos. Las jovencitas rieron y murmuraron entre ellas y Vesna era la única entre todas esas mujeres que no hacía ningún tipo de expresión. Solo comía.

—¡Qué osadía: sentarse donde le corresponde al propietario de esta casa!

Isabel, sin ninguna intención de levantarse, observó su puesto, comprobó que la silla fuese cómoda, detalló la curvatura de sus apoyabrazos, en lo mullido del asiento y en el espaldar; luego observó su entorno, los cuadros colgados en la pared y del que le parecía había muchos para ser un comedor, y dio un asentamiento a la joven que esa mañana lucía un moño en vez de trenzas, expresándole con la mirada un «está bonito, muy cómodo, se aprecia todo bien desde acá…».

—El propietario es Everett, ¿recuerda? —replicó a la vez en que animaba a la joven para que le sirviera el desayuno. Esta –sonriente por el arrojo de la hispana– se apuró en servirle una ración doble a lo que las otras comían, para que estuviese siempre saludable.

Sebrenka, que había olvidado por un instante su actual situación, sorbió de su jugo para tragarse el enojo. El pulgoso y la arribista acabarían en segundos con el legado de Stanislav. ¡Habrase visto semejante desfachatez de esa humana! Sentarse en la silla de un alfa…

¡Oh, Licaón! ¿Por qué impidió que fuese Ranko el líder y sí ese desequilibrado mental?

Malos tiempos se avecinan para el Clan Kenai.

—Ahora recuerdo… —masculló tras limpiarse elegante la comisura de sus labios con la servilleta de seda, luego de beber su jugo—. Es que estamos tan acostumbradas a la correcta etiqueta y no a la… ¿Cómo decirlo para que no suene tan…?

—¿Ordinario? —Grubana terminó por la otra, mientras comía con ademanes engreídos.

Sebrenka le sonrió en maquiavélica complicidad con la Segunda Esposa. ¡Esa era la palabra correcta! Qué iban a saber de cómo se rigen las normas en la manada, si eran unos ordinarios. No poseían ese refinamiento que a ellos los caracterizan, estos eran parte del vulgo, toscos, malhablados; ni elegancia poseían al caminar o manipular los cubiertos. Esa humana sujetaba el tenedor y el cuchillo como un orangután.

—Sí, así es. Gracias, querida —expresó a Grubana con aterciopelada y venenosa voz—. Qué vergüenza con usted —se dirigió a Isabel—, haberme olvidado que hemos bajado de categoría…

La joven del servicio, insultó a Sebrenka para sus adentros, habiendo ella soportado muchas veces el mismo trato. Permanecía en un extremo del mueble donde reposaban las charolas, a la espera de retirar los platos o de servir alguna ración o bebida que desearan repetir.

Isabel estrujaba su servilleta que reposaba en su regazo, para no tener que torcerle el cuello a esa espantosa mujer que se parecía a un caballo.

Tomó un sorbo de su jugo que, por cierto, estaba ácido, e imitó un tanto exagerada limpiarse los labios.

—¿Lo dice por lo de la *fiestica* de anoche? Los invitados eran familia suya, no mía. Dígale a ellos que guarden compostura, que parecen adolescentes borrachos y no señores de «categoría» —Isabel replicó de vuelta, poco dispuesta a dejarse pisotear por esa amargada. Ardía de rabia porque a su hijo le patearon el culo.

Hubo un resoplido.

—Esa familia de la que escupes, también es de *nuestro* Everett —Jasna comentó en tono recriminatorio, pero que en sus labios rojos estaba por esbozar una sonrisa perniciosa.

Los ojos marrones de la muchacha, rodaron severos hacia esta.

—¡Deja de llamarlo «nuestro», que no es nada tuyo! —Isabel tronó su voz—. Everett ya no está a la disposición de nadie para que lo llamen de esa manera. Ahora es *mi prometido*, por lo que les exijo que el «nuestro» lo dejen de expresar, porque él es mío.

La jovencita la aplaudió en su fuero interno.

¡Muy bien por la compañera del alfa! Tenía el aplomo que se requiere para darse a respetar.

Sebrenka atravesó con la mirada a la hispana; esta era todo lo

contrario a Winona, a quien manipularon como se les antojaron.

—Querida… —la llamó con ese tonito despectivo que usaba para dirigirse a las personas que le desagradaban—, tendrás que acostumbrarte a cómo nos relacionamos en la manada. El «nuestro» es habitual, cuando se comparte pareja.

Isabel casi se atraganta con su propia saliva.

¡¿Compartir qué…?!

—Qué pena, pero yo no comparto. —Ni una caricia. Primero les corta las manos.

Las nueve lobas –sentadas en la mesa– rieron de su inocencia y la joven del servicio, le dio pesar que la humana aún ignorase las disposiciones de los machos con respecto a las hembras. Todas eran parte del rebaño.

—Lo harás, *queridita*…

—Deja de llamarme así —le siseó a Jasna con los dientes apretados. Sus manos empuñadas a cada lado de su plato.

—No se moleste, solo la estamos «educando». Como hembra…

—Mujer.

Sebrenka sonrió condescendiente.

—Como «mujer», tendrás que aprender a acatar el mandato de tu esposo o pareja. Siendo la primera que le dará un hijo al Alfa, asumo que la nombraran como la «Primera Esposa». Pero eso no la hace la única. Un lobo como Everett, que es muy… Ayúdenme, Jasna, Maya, ustedes que han estado con él, ¿es…?

—¡Muy caliente! —Ambas exclamaron al mismo tiempo, rememorando las noches en que lo tuvieron sobre ellas. Radojka y Vesna, hicieron un gesto de desagrado, pues sus respectivos esposos con estas también se revolcaron.

—Ya las escuchó —Sebrenka la aguijoneó—: «muy caliente». Un alfa de su estirpe necesita desahogarse con mucha frecuencia, y una… —la escaneó con desdén por encima de la mesa— humana, no podrá satisfacerle. Ni siquiera como loba. Por eso contraen matrimonio varias veces y tienen... —miró de refilón a las *zorras*— dos o más amantes.

—Prepárese. Everett solicitará una segunda mujer o hará uso de las que heredó.

Lo que Grubana alertó, provocó que Isabel se mosqueara.

—¿«Heredó»? ¿A quiénes heredó? —¿Quién hereda personas? ¿Un esclavista?

O un lobo...

—¡A nosotras! —Las dos *servidoras sexuales* alzaban la mano con petulancia, haciéndole ver a la pobre Isabel que no se creyera especial, pues una vez esa barriga creciera, Everett las buscaría.

Así hizo Stanislav y así hicieron sus hijos mayores, de las que

fueron solicitadas al patriarca para «distraerlos», mientras sus esposas se ocupaban de las labores maternas o domésticas. La hispana tenía pinta de que pronto quedaría relegada para los dos oficios y ellas se divertirían con ese guapo lobo de pene *extra-grande*.

Isabel quedó de piedra. Mentían, ningún ser vivo podría heredar a otro para su disfrute, eso sería esclavitud sexual.

Aunque esas dos…

—¡Yo no lo voy a permitir! —Arrojó sobre el plato la servilleta—. Así que, no alberguen esperanzas, porque en cuanto me case con él, ustedes se desaparecen del mapa —señaló a Jasna y Maya, quienes la miraban desafiantes, conociendo estas de ante mano, cómo acabaría su protesta.

En lloriqueo.

Un alfa era insaciable.

Jasna apretó sus piernas por las pulsaciones de su clítoris y Maya se sobó su muslo, ansiando que fuese Everett el que lo hiciera. Ambas estaban bordeando de nuevo la etapa de celo. Follarían hasta con las sombras.

—Déjese educar para que después no sufra de que la hayan puesto en su sitio —Sebrenka la aconsejó, controlando las ganas de gritarle a la inmunda humana—. Los machos dominantes son fogosos; su resistencia es superior al de una hembra. Everett la puede enfermar por agotamiento, no aguantarás; menos con un lobezno en camino.

—¡Bebé! —la corrigió harta de esos términos de referirse entre ellos como si fueran animales.

Lo eran. Pero igual era desagradable de escuchar.

Y más en presencia de cuatro chicas adolescentes. ¡¿Qué les pasaba a esas mujeres?!

—No necesito que me «eduquen» —espetó—, gracias por el ofrecimiento, tuve una excelente educación en mi casa –con su madre machista y alcahueta– y una buena escuela. Sé lo que me espera al estar al lado de un hombre lobo; el enfrentamiento con su hijo, me demostró que ustedes no se andan con delicadezas y que actúan más llevados por el instinto que por los sentimientos o la confraternidad. Pero esto les voy a decir: el hecho de que sea humana, no me hace idiota ni débil. Tampoco que no sea de origen serbio, me rebaja a ser de segunda clase. ¡Menos!, por ser pobre, me consideren un ser inferior.

»Así que, vayan preparándose las seis –advirtió, refiriéndose a las lobas adultas—, porque habrá Isabel García para rato. Y cuando digo que «no pienso compartir», es porque ¡no lo haré! ¿Entendido?

Las mujeres desearon matarla.

Vaya ilusa…

Temblorosa y con las lágrimas agolpándose en los ojos, Isabel se

retiró del comedor y subió las escaleras en dos zancadas, encerrándose en la habitación para dar rienda suelta al llanto contenido.

¿Sería Everett tan capaz de imponerle a ella más de una mujer?

—Te dejo si lo haces —sentenció con voz rota y bañada en lágrimas, sentada a un lado de la cama. Tenía que marcharse cuanto antes de allí y regresar a la cabaña, donde ambos estarían a salvo de las maquinaciones de esas desalmadas. Amaba a Everett y haría lo posible en mantenerlo alejado de su gente para que ninguno le metiera asquerosas ideas en la cabeza. Admitía que él tenía un aguante que a ella la dejaba molida en la cama, pero no era mala amante. Después de cada coito, Everett le expresaba que sería la única que amaría.

Soltó una risa que rayaba en lo irónica.

Por años, odió a su padre por haberlos abandonado por una tipa que parecía su hija, dejando a su madre que se desvivió por él, más amargada que nunca. Se juró que cuando fuese adulta, se casaría con un hombre bueno que la amase y respetase, y que solo tuviera ojos para ella. Sin embargo, se dio de bruces con uno que, al parecer, podría resultar peor que su propio padre.

Capítulo 50

—¡Silencio!¡Silencio! —Damir exclamó en voz alta para aplacar a los bulliciosos lobos que protestaban por una norma que Everett había acabado de imponer:

Cada integrante del Clan que superara ingresos por encima de los cien mil dólares anuales, estaba en la obligación de aportar al arca general el 15% de sus ganancias netas, en beneficio de la protección de las reservas y bosques de Alaska.

En los últimos veinte años, el estado había presentado un significativo aumento en la cacería y tala ilegal, producto de los negocios millonarios que algunas inescrupulosas empresas como las madereras y peleteras[2] llevaban a cabo, beneficiando a un reducido sector y perjudicando en gran medida a las poblaciones que vivían por los alrededores y dependían de la fauna y la flora.

Sobre todo, a las mismas criaturas que las habitaban.

—¡Esto es un abuso; es una fortuna lo que debemos aportar! —Zoran –tío de Everett y padre de Miroslav– protestó haciendo sonar el tope del escritorio de ébano en el que se hallaba sentado frente a este. El porcentaje exigido por su sobrino sesgaría los lujos y comodidades del que estaba acostumbrado a disfrutar. Ese año, tenía pensado en comprarse un *jet* de vuelo trasatlántico que superaba las seis cifras, pero con el aumento en los impuestos, tendría que abandonar la idea.

—Es lo justo para salvar las reservas naturales y proteger a los lobos comunes —replicó este, luciendo el mismo traje del día anterior. Estaba parado frente a los líderes de las diez manadas y las tres tribus lobunas independientes, existentes en Alaska y que fueron invitados, sentados en los mullidos sillones de cuero blanco.

La reunión que Ranko iba a presidir al día siguiente de la Ceremonia de Sumisión, la llevó a cabo Everett, sin sacarla de la agenda, en el despacho privado de su padre.

Esta era de extrema importancia, debido a que se impondrían nuevos reglamentos y se modificarían otras que ya no se adaptaban a la actualidad.

—Los gobiernos humanos se están encargando, Everett —Zoran le hizo ver. Su silla levemente girada hacia los demás—. ¿Para qué nosotros tenemos que ayudarles?

—Lo que hacen es insuficiente.

—¡Ellos destruyen el ecosistema y nosotros pagamos las consecuencias!

Los murmullos de los líderes, se alzaron al instante, algunos estando de acuerdo con Zoran y otros, con Everett. Sobre todo, los nativos.

Estos comprendían que el daño causado a la Madre Naturaleza, afectaría a todas las especies por igual.

—¡¡Es nuestro deber protegerlos!! —Everett explotó ante su tío que botaba espumarajos por la boca, porque le habían tocado el bolsillo—. Como metamorfos debemos frenar esta destrucción —agregó furioso —; los *canis lupus* están en peligro de extinción y si nos mantenemos de brazos cruzados, en unos años, no quedará ni uno.

Las medidas implementadas por las autoridades competentes, de nada ayudaban para frenar el contrabando de pieles de animales y la cacería para aniquilar a esta subespecie del que catalogaban como alimañas. Cada vez los lobos comunes tenían menos terreno para cazar, teniendo que aventurarse en merodear las granjas para obtener alimento.

—Pero lo que pides es mucho, nos puedes ocasionar la ruina —desesperado, para que su cuenta bancaria no sufriera algún descalabro monetario, el hombre de cabello cano y barriga voluminosa, intentaba en hacerle razonar.

—No seas exagerado, tío. No se ha tocado el capital para cubrir los gastos fijos de sus empresas ni de sus hogares; es en base a la ganancia bruta. Y apenas llega al 15%.

—¡¿Y te parece poco?!

—¡SÍ! —contestó contundente. Salvo las tribus asistentes, los demás protestaban sin ver la problemática que se les avecinaban: si los animales que habitaban los bosques, desaparecían, los lobos comunes sufrirían una indiscriminada cacería por adentrarse en dominios humanos y, al suceder esto, en cuestión de tiempo, los metamorfos le seguirían.

El hambre los obligaría a cazar en las ciudades.

Por ende, causarían terror y en lo sucesivo, una inminente guerra con sus jurados enemigos.

Los vampiros.

—Lo que se les pide es irrisorio en comparación a lo que nos beneficiaría —Everett moduló el tono molesto de su voz para que tomaran conciencia de su indiferencia—. Estamos hablando de nuestro futuro y el de nuestra descendencia. Tenemos que preocuparnos por lo que sucede en Tongass, en Chugach, Denali… Hay tala y quema en zonas boscosas que superan las diez mil hectáreas. En vez de gruñir por un aporte que considero nos salvaría, deberían estar haciendo sus transferencias en este momento.

—Nos das sermones para desprendernos del dinero que con tanto sacrificio nos hemos ganado, ¿y tú qué, sobrino?, ¿también vas a

aportar o solo nosotros? —Stanislav fue un avaro que ni un céntimo gastaba en beneficio de la manada, al igual que Ranko y Damir, que miraban para otro lado cuando se tocaban temas conservacionistas.

Elías Obrenovic asentía a lo que Gabriel Turok le comentaba a su oído, de la doble moralidad de los Alfas, mientras que Ma-cheil, de la Tribu Yakaramath, observaba en silencio a los dos hombres discutir.

Uno era la imagen del derroche.

El otro, el estandarte de la conservación.

—La mitad de mi fortuna la doné para esto —replicó a Zoran, mirándolo directamente a los ojos—. Pero apenas alcanza para una fracción de lo que en realidad se necesita para salvar los bosques. —Volver a plantar la cantidad de árboles que talaron o quemaron, superaba los doscientos millones de dólares. Y él no poseía dicha cantidad.

Murmullos y asentamiento de cabezas, le secundaron.

Si el hijo de Stanislav fue capaz de desprenderse de semejante cantidad de dinero, ¿por qué ellos no podrían hacerlo con una pequeña parte de lo que le sobrarían al cierre de su Declaración Fiscal?

—Lo apoyamos —Gabriel expresó, tras levantarse de su asiento, hablando en nombre de los que estaban de acuerdo con el Nuevo Alfa. Si la raza humana era incompetente en solventar sus problemas, ellos no lo serían.

Zoran gruñó por lo bajo *al beta* que provenía desde Haines. Todos estaban encandilados por la labia de ese lobezno, pero cuando sus billetes comenzasen a escasear, chillarán.

Por otro lado, Damir no intervenía en el debate, él solo escuchaba y rodaba los ojos de una cabeza a otra, analizando las expresiones de los lobos con referencia a la cuota que se debía hacer. Más bien, se ofrecería para ser el que llevaría los libros contables, ya que estos eran una panda de ignorantes que ni sabían sumar o restar.

Luego de tocarse todos los puntos pautados en la agenda, Everett dio por terminada la reunión y despidió a los asistentes con estrechones de manos y espaldas. Damir se dirigió a la cocina, pues no había tomado ni una taza de té y Zoran se marchó de la mansión, farfullando su molestia, asegurándole a más de uno que la cantidad exigida por el muchacho, era una exageración y que dudaba fuese a parar a las arcas mencionadas.

Por supuesto, sin que Everett se hubiera dado cuenta de lo que su tío comentaba.

—Ha sabido manejar muy bien el primer encuentro con sus cabecillas, joven Everett —Ma-cheil se complacía de la entereza del muchacho—. Expresó liderazgo.

El soltó el aire de los pulmones. Ordenar a un grupo de lobos

egoístas, le causó agotamiento mental.

—Veremos si cumplen; mi tío no salió muy contento de aquí.

El lobo nativo sonrió.

—Todo líder tiene su opositor, por muy noble que sea la causa. Lo que usted dijo con respecto a la preservación de los bosques y los animales, es muy cierto. Que al señor Zoran le importe más su dinero que el futuro de su propia descendencia, revela su espíritu impuro. El suyo irradia, es digno de guiar a muchos clanes, Gran Señor de señores… — expresó en un respetuoso asentamiento de cabeza. No solo se refería a guiar a la especie en Alaska.

Sino a la del continente.

Everett medio sonrió.

El hombre de rasgos fuertes y piel amarillenta, apenas le llegaba a él a los hombros, pero su sabiduría lo hacía muy grande. Por algo lideraba a los yakaramath, conformado por siete pueblos nativos, en su mayoría humanos. Los metamorfos se mezclaban entre ellos, en armónica convivencia con las especies más débiles, cuidando de estos como si fueran cachorros.

Pero era una tribu rebelde que un día ofrecía su lealtad a un determinado alfa y después la retiraba por alguna circunstancia. Eran muy orgullosos y habría que andarse con cuidado para hablar con estos, pues un gesto, una mirada malinterpretada, acabaría con años de amistad entre las manadas.

—Agradezco sus palabras, señor Ma-cheil, creo que necesitaba escucharlas.

Este le dio una suave palmada en el brazo para animarlo. A pesar de su juventud, tenía toda la disposición para escuchar a los demás dirigentes sin ser aplastado.

—Hablo con la verdad, mi buen amigo.

Fue al único a quien Everett acompañó hasta la puerta principal, y allí lo abrazó como si fuesen familia. Ma-cheil era diez años mayor que el joven alfa y se trataban como si fueran hermanos a pesar de las formalidades al hablar. De hecho, para Everett, diría que su «gemelo», en cuanto al modo de pensar y actuar. Se apreciaban y respetaban en las buenas y en las malas.

Antes de que el nativo se marchara en la desvencijada camioneta *pick-up* de color rojo opaco, junto a un joven chofer y del que Everett reconoció que era el chico que le dio un lengüetazo amistoso a Isabel, convertido en lobo…, le expresó una invitación de la que su corazón se hinchaba de orgullo: su única hija –de los ocho que tenía– sería entregada en matrimonio al primogénito del jefe de la Tribu Peaux noires.

La unión sería la más ceremoniosa de entre las tribus existentes en Alaska.

Y Everett debía asistir.

Capítulo 51

—¿Para quién es eso?

—Para la señorita Isabel —contestó la joven morena que sostenía una bandeja con charola. Segundos antes de que el alfa ingresara a la habitación, esta se había acercado hasta la puerta, con el desayuno que la humana había dejado en la mesa del comedor.

—¿Por qué pidió que se lo trajeran; se siente mal? —Se preocupó a la vez en que extendía las manos para que le entregara la bandeja.

—No, señor. Es solo que la señorita sufrió un percance y yo le subía el desayuno —explicó mientras obedecía al silente mandato.

Everett frunció el ceño.

—¿Qué percance? —quiso saber, pasando por su cabeza una serie de conocidas situaciones que en el pasado lo molestaron.

La joven boqueó, su corazón le golpeaba el pecho. ¡Ella hablando con el alfa!

Miró por sobre su hombro, para asegurarse que nadie la escuchara y luego volvió su rostro hacia el hombre que aguardaba expectante, y susurró:

—Con la señora Sebrenka y las otras…

—No me digas más —Everett la interrumpió, teniendo idea de lo que pudo haber sucedido entre Isabel y esas hienas—. Gracias, Anna. Yo me encargo.

Esta asintió y se marchó con un nudo en el estómago, esperando no haberse metido en problemas por irse de cotilla, pero a la vez rogaba que el alfa increpase a las hembras de los Brankovic por ser tan desalmadas con la humana.

Everett abrió la puerta, sosteniendo con una mano la bandeja e ingresó, hallando rápido a Isabel, tendida en la cama, bajo las cobijas y dándole la espalda.

Hizo a un lado la lamparita de la mesita de noche y colocó sobre el tope, la bandeja.

Su mano sobre el hombro de Isabel, para captar su atención.

Fingía dormir.

—Te trajeron el desayuno —anunció en cuanto ella se cubrió más con las cobijas—. ¿Quieres comer?

—No tengo hambre —contestó sin volverse. Su voz ronca por el evidente llanto que tuvo.

—¿Qué pasó con Sebrenka y las demás? —Quería saber de sus propios labios y no a través de terceros.

Aguardó su respuesta.

—Isabel… —En vista de que permanecía en silencio y oculta, la movió para buscar su mirada—. ¿Qué percance tuviste con ellas?, dime. —La destapó; esta trató de taparse el rostro con el brazo, pero Everett se lo impidió.

La garganta de este emitió un gruñido bajo; las vetas rosáceas alrededor de sus ojos y la punta de la nariz, evidenciaban lo que él sospechaba.

—Has estado llorando… ¿Qué te dijeron esas malditas para que estés así? —Su tono de voz dura y demandante.

Isabel, no teniendo más alternativa que hacerle frente a su prometido, lo miró entristecida. Su cabeza aún recostada sobre la almohada.

—Regresemos hoy a Denali. No quiero permanecer en esta casa por más tiempo.

—¿Por qué? —su pregunta se repetía y ella no respondía.

—Odio este lugar…

Everett limpió sus lágrimas y depositó un beso en cada mejilla por donde estas se deslizaron. De momento, no la podía complacer.

—Amor, hoy no podrá ser, tengo que reunirme con el sector obrero. —Si tenía que asumir el mando, estaba en su deber de atender a los delta y los omega. Estos integrantes de la manada, eran a los que menos atendían sus dificultades sociales.

—¿Y mañana? —Esperanzada consultó. Podría aguantar un día más a esas insoportables brujas, pero más tiempo, estallaría.

Él hizo una expresión que antecedía una negativa.

—Mañana iré a Anchorage, me tomará todo el dí… ¡Te dije que estaríamos una semana, ten paciencia! —agregó ante su compungida mirada—. Isabel… —Esta se volvió a lanzar encima la cobija, invadida por sus inseguridades. Fue fuerte al replicarle a las madrastras y a las *putas*, pero dudaba que tuviese el mismo aguante durante el resto de los días.

Everett se acostó y le abrazó la espalda, por encima de las cobijas.

—Aún no me has dicho. —Esperó, pero ella seguía muda—. No me obligues a preguntarle al personal de servicio.

—Solo intentaban «educarme».

Él, que conocía dicha expresión, pues la había escuchado muchas veces cuando lo increpaban o cuando humillaban a su madre, la giró y miró directo a los ojos.

—¿Qué te dijeron? —Su mandíbula tensa por el enojo. Isabel intentó esquivar su mirada, pero Everett que era de los lobos que en esas situaciones le gustaba que lo mirasen a la cara, retuvo su rostro.

Quien rehuía: mentía o estaba incómodo, e Isabel no era una mentirosa.

—Me dijeron cómo son las cosas en Kenai.

La miró un largo rato.

—¿Y cómo son? —Si bien, él lo sabía, quería la versión que le dieron a ella, antes de torcerles el cuello a las otras.

Se limpió las lágrimas con la cobija.

—Que debo aprender a compartir…

Everett cerró los ojos. Ya sabía a lo que se refería.

La apretujó entre sus brazos, besó su frente, acarició su mejilla, su cabello, y permanecieron así, mientras él recordaba las veces en que su mamá se encerraba en el baño para llorar cuando Stanislav retozaba con sus amantes u otras esposas. Verlo con otra, la lastimaba.

Él no le haría eso a su Isabel.

—Isa…

Lo que le estuvo a punto de expresar, quedaría para después. Su móvil repicaba en el bolsillo interno de su chaqueta.

Arriesgo de equivocarse, era la llamada que esperaba de Kuzman, a quien había enviado desde temprano para que convocara una reunión imprevista para el atardecer en una compañía de suministro de gas, a fin de enterarse a través del gremio de obreros, las quejas que han tenido estos y del que ninguno de los representantes ha solucionado.

Sacó el móvil, reparó en la hora y en la persona que llamaba; comprobó que en efecto era Kuzman.

—Espera un minuto —le dijo a este. Pegó el móvil a su pecho y a Isabel le comentó—: Tengo que atender esta llamada, enseguida vuelvo. —Le dio un beso en la sien y se levantó de la cama—. Come, ¿sí? Recuerda que ahora debes hacerlo por dos.

Ella sonrió a medias y asintió.

Tantas veces en que escuchó ese tipo de comentario en las telenovelas o las películas, o cuando alguien le expresaba a sus primas o conocidas que estaban embarazadas, al estar inapetentes por las náuseas. «Come por dos».

Ahora esa frase se la decían a ella.

Se quitó las cobijas y se sentó a un lado de la cama, para probar un poco de lo que le habían traído.

A pesar de su tristeza, sonrió por el contenido que casi rebosa el plato. La jovencita había sido amable de llevarle sin preguntar para que después no le rugieran las tripas. A la ración que le sirvió en la mesa, le agregó un poco más de mermelada, margarina, tocineta, tostadas y huevos fritos.

Soltando un suspiro, se dio ánimos, habiéndose permitido ese breve quiebre que tuvo con respecto a lo que sería su vida al lado de Everett. ¡Vamos, que era una García! No es que los miembros de su familia fueran unos genios del que la Nasa quisieran contratar como ingenieros aeroespaciales, ni tampoco unos dechados de virtudes,

merecedores del Premio Nobel de la Paz, pero tenían carácter y mucho aguante. ¡Claro que sí! Una muestra fidedigna, era todo lo que ella había aguantado en los últimos años.

Decidida a darle pelea al Cuartel de las Brujas, untó con mermelada de moras una de las rebanadas de pan tostado y lo mordió, a la vez en que la puerta de la habitación se abría y entraba Everett.

Él sonrió.

—Eso se ve delicioso —dijo sentándose a su lado. Isabel le dio de probar su rebanada y luego se la terminó de comer.

Otra untó con mantequilla y mermelada, le colocó encima dos huevos fritos, cuyas yemas estaban duras y las coronó con tres tiras de tocineta. Luego otra tostada cerró el improvisado emparedado.

Fue a dar al fondo de su estómago.

Everett rio.

—El olor de la tocineta me despertó el apetito —Isabel comentó y enseguida formó otro emparedado, pero esta vez con más mermelada.

Everett hizo un gesto aprensivo. ¡¿Huevos con mermelada?! Se sorprendía de la rara combinación que hacía su ángel glotón.

—Isa… Son muchos huevos —contó que se había zampado cuatro y en el plato quedaban dos más. Anna no tenía idea del delicado estómago de su mujer.

—Dijiste que comiera por dos…

—Sí, pero estas comiendo mucho y muy rápido. No querrás terminar de cabeza en el inodoro.

Puso los ojos en blanco.

Tragó y se sirvió el tercero.

—No es para mí, es para Erika. No es mi culpa que sea como el padre.

—¿Insinúas que soy tragón? —Asintió mientras se metía medio emparedado de huevo a la boca—. Mi apetito es normal.

Isabel quedó con los ojos explayados y los cachetes llenos.

Masticó y al pasarlo con el jugo de naranja en la copa ancha, replicó:

—Te comiste el venado que te sirvió Mila. Así que eso te hace un *tragón*. —Aunque los trogloditas no se quedaban atrás. Ese trío podría arrasar con el bosque, si se lo proponían.

La risa de Everett reverberó por la habitación.

Ella lo señalaba y era peor.

—Me parece que fue *cierto angelito* que asaltó las cacerolas. Ni dejaste para más tarde.

Isabel trató de defenderse, pero la boca llena al morder de nuevo el emparedado, le complicó hablar.

Tras terminar de desayunar, estiró los labios en una sonrisa satisfecha. Su abdomen lo tenía templado.

Una pequeña bolita.

La mano de Everett se posó sobre esta.

—Me pregunto si es más comida que feto.

—Feto.

—Yo creo que comida…

Entrecerró los ojos.

—¿Qué me estás queriendo decir: que estoy gorda? —inquirió en plan de broma, pero que muy en el fondo, una opresión se alojaba en su pecho. Trató de echarla atrás, era un viejo fantasma que amenazaba con regresar.

Everett le dio un beso en la sien y complacido de observar el semblante de Isabel, le contestó:

—Luces como debes estar: perfecta. No te vayas a recostar, te puedes indigestar.

—Ni podría, me daría agrieras. —Y gases.

Dos horas después y cuando su malhumor se disipó, Isabel salió de la habitación. Everett se encerró en el despacho, iba hacer una llamada de larga distancia por el teléfono fijo. Mientras tanto, ella procuró dejarse ver por la mansión; que ninguna de esas mujeres se sintiera victoriosa por haber provocado que se encerrara. Lloró lo que tuvo que llorar, se limpió las lágrimas, comió y se puso bonita.

Derrotada: ¡jamás!

Teniendo presente que Everett era el que heredó la casa, al igual que las malditas *putas* y todo lo que estaba dentro, era consciente que no podía estar merodeando por ahí, como si ella fuese la dueña, abriendo y cerrando puertas y curioseando. Por lo tanto, se animó a caminar por los alrededores. Al menos, los espacios abiertos estaban permitidos para todos los miembros de la casa; nadie le había expresado una orden contraria ni la detuvieron cuando salió por la puerta posterior, por lo que no la increparían o «educarían» por andar por ahí tan campante.

Las rosas rojas dominaban esa área, tan bien cuidadas por algún hábil jardinero, que probablemente cortaba con frecuencia la grama y podaba los rosales y los arbustos que parecían verdosos cercos, dándole cierto «encierro» a la piscina a unos metros donde ella se hallaba. La brisa marina le batió suave el cabello que traía suelto y le acarició la mejilla; no le dio frío, sino que le agrado la frescura. Era muy placentero disfrutar del paisaje en vez de estar rumiando sus temores; las montañas, esos tres picos, robaban su atención de las rosas que rodeaban el jardín.

Se acercó a una banca y se sentó, habiendo traído consigo el móvil de Everett, quien se lo dejó ante el pedido expreso de ella para entretenerse un rato en las redes, a falta del suyo que dejó por idiota.

Consultó la hora, Camila debía estar impartiendo sus clases. Una

llamada no atendería.

Si es que la distancia se lo permitía.

Tomo unas fotos de las montañas, la casa, los rosales, la bahía... y se las envió por la mensajería interna del Instagram. En cada foto le dejó una breve descripción, aunque en su fuero interno se lamentaba no haberle subido fotos de Denali y la cabaña. De la cadena montañosa y el lago, estaba segura que la anciana jadearía impresionada.

También le escribió que la pasaba bien y que la disculpara por no haberle escrito antes como había prometido; en donde se «hospedaba», la «señal» no era muy buena y pudo enviarle ese mensaje, porque Everett «visitaba» a unos familiares en el pueblo.

Aún no tenía el valor para informarle que Denali se convirtió en su hogar desde entonces y que de *sus sueños* tendría que despedirse.

Le parecía escucharla espetar: «¡¿Acaso eres tonta?! ¡No te dejes mangonear!». Se avinagraba cada vez que sabía de casos en que las mujeres abandonaban sus estudios o trabajo, por disposición de su marido, sin tomar en cuenta la opinión de la esposa.

Atribulada, se mordió el labio inferior; cuando Camila se llegase a enterar de que ella terminó siendo como las demás, pegaría el grito al cielo.

—Señora Isabel, me… ¿Me puedo sentar?

La solicitud tan formal, hizo que Isabel levantara los ojos de la pantalla del móvil, hacia el joven que se había acercado.

—Seguro. Pero no me llames «señora». Solo «Isabel».

Jevrem sonrió y se sentó en la banca, aprovechando que su tío estaba ocupado en el despacho, para limar asperezas.

—¿Me concedes un minuto? —Isabel pidió al atractivo joven veinteañero de profundos ojos oscuros, y de inmediato envió el mensaje a Camila. Dejó el móvil a un lado del asiento para atender lo que este le querría comentar y del que miraba por encima de su hombro de manera furtiva, intuyendo ella, que cuidaba de ser descubierto por Everett, quien le había advertido que se mantuviera distante o lo echaría de la manada. Sin embargo, a Isabel le picaba la curiosidad por saber el motivo de tal advertencia.

Jevrem se miró las manos y carraspeó.

—Antes de explicarte cuáles fueron mis motivos para querer matarte, te ruego me perdones. No te conocía bien; asumí que eras un riesgo innecesario para mi tío.

Fue como si le hubieran dado un porrazo en la cabeza a Isabel.

¡¿La quiso qué…?!

Con razón Everett le tenía inquina: en un momento dado del que ella desconocía, intentó asesinarla.

Tomó el móvil y se deslizó hasta pegarse al otro extremo de la

banca.

—¿Cu-cuándo quisiste hacerlo? —¿Sería la vez en que estuvieron en la cabaña?

Fueron para inspeccionar quiénes le hacían compañía o pretendieron sacar a Everett de allí con la excusa de la ceremonia, para que quedase sola.

No obstante… También exigieron su presencia.

¿Y si pretendían matarla en Kenai?

¡Oh, Dios!

Jevrem se tomó un minuto para responder; la brisa batía sus mechones negros, cortos y ondulados, mientras que sus ojos se posaban sobre los rosales que rodeaban una escultura.

—En Nueva York —dijo—. Poco antes de que el abuelo muriese.

Isabel se removió inquieta en el asiento. ¿Qué propósito tendría él para confesárselo?

Hizo que consultaba la hora y enseguida marcó el número de Everett. Sin embargo, su pulgar quedó estático en el ícono del *telefonito* al reparar que marcaba desde el móvil que este le prestó.

Ahogó una increpación.

¿Cómo pedía ayuda?

¿Gritaba?

Jevrem se percató que, hasta ese instante, la hispana nada sabía.

—Mierda… —se recriminó a sí mismo, pues estuvo muy seguro de que su tío le había informado a la humana, el día anterior por haberse acercado él para protegerla de recibir un golpe durante el reto. Cometió una terrible indiscreción—. Perdóname —repitió avergonzado—, pensé que estabas al tanto… Fue un error de mi parte asumir que lo perjudicabas. Tío estaba vulnerable y obsesionado contigo.

Isabel parpadeó.

—¿Obsesionado?

El joven se inclinó hacia adelante. Sus codos sobre sus rodillas y sus manos sosteniendo la cabeza.

—¿Él que le ha contado? —En esa posición atribulada, preguntó sin mirarla.

—Solo que estuvo postrado en una cama durante meses. Nos reencontramos en un cafetín —respondió teniendo cuidado de revelar algo que perjudicara a Everett.

—Lo sé —le obsequió una sonrisa entristecida—. Él se reanimó después de verte.

Isabel se inclinó hacia adelante en la misma posición que mantenía Jevrem. A través de este, conocería algunos aspectos de Everett del que ella ignoraba y del que él jamás le diría.

—¿Por qué dices que se obsesionó? —Everett solo le contó de sus

días de dolor, de las noches en que la pensaba… Pero nada más.

Las largas piernas de Jevrem se estiraron al ponerse en pie.

—Me matará si se entera que te dije.

—No le diré. Por favor…

Lo meditó con las rosas y luego se volvió hacia Isabel. En su expresión, la decisión de contarle a pesar de que se jugaba el cuello.

—Cuando lo sacaron del hospital, él me pidió que te vigilara. Me suministró unos datos que obtuvo de ti cuando cayó de aquel hotel. Por varios meses te seguí; tomaba fotos, se las enviaba, te filmaba…

Un puñetazo lo mandó al suelo.

Everett había aparecido de improviso como un energúmeno.

Capítulo 52

—¡Everett, no! —Isabel exclamó al iracundo hombre que se abalanzaba sobre el más joven.

Jevrem había quedado petrificado cuando el puño de su tío volaba con violencia hacia su rostro. Cayó de espalda, inerme a la furia del lobo que gruñía por no haberle acatado su mandato; lo desafiaba con lo que más amaba, exponiendo su vulnerabilidad.

Everett se lanzó sobre el muchacho y su mano empuñada tomaba de nuevo impulso para romperle la nariz.

—¡DIJE QUE TE MANTUVIERAS ALEJADO DE ELLA! —gritó a todo pulmón, propinándole el golpe. Su sobrino tenía intención de querer morir, porque otro sujeto que fuese más sensato, se habría largado. Pero este insistía en orbitar en torno a Isabel.

—¡No me estaba haciendo nada! ¡¡Suéltalo!! —La joven angustiada, jalaba de su brazo para que dejara de golpearlo. Los hombres lobos actuaban por impulso; si se sentían amenazados, lanzaban dentelladas. Ella estaba viva de milagro y vaya a saber en qué momento en Nueva York, estuvo cerca de la muerte; sin embargo, le dio a Jevrem la oportunidad de explicar los motivos, porque hasta el mismo Everett tuvo sus propios errores.

Jevrem se limpió la sangre de la nariz que fluía por el impacto de los duros nudillos del alfa. Lo apreciaba, pero ni tonto dejaría que él siguiera golpeándolo; también lanzó su puñetazo hacia este, del que apenas le ladeó el rostro. Su tío lo miró furioso, de vuelta sus ojos oscuros sobre los suyos. Al parecer, el torrente sanguíneo que a este le bullía, aminoraba cualquier dolor que le infligieran en su cuerpo; Isabel era suya, le daría un lobezno y ningún varón en edad de apareamiento se le acercaría.

—¡Qué quieres con mi mujer! —Sus manos en el cuello para estrangularlo. Sus colmillos emergieron de las encías y sus ojos los tenía por completo ennegrecidos.

—Dis… Disculparme… —trataba de explicar en su lucha por respirar y librarse del agarre del furioso lobo.

—¡MIENTES!

—¡Es cierto, quería enmendar lo que hizo! —Isabel abogaba por Jevrem.

Las manos se ciñeron con más saña.

Lo aplastaba en la grama.

—Lo que *intentó*… —Everett corrigió con los dientes apretados—.

Porque si no detengo sus planes —dijo—, te habría mandado a matar.

—Quería librarte de tu obsesión —Jevrem replicó entre jadeos—; no hacías nada por sanar ni por volver a casa; estabas en tierras de… *¡Arrrrgh!* —Las garras de Everett se enterraban más en el cuello del muchacho.

—¡Suéltalo, ya explicó sus motivos!

—Pero, ¡¿qué está…?! ¡Por Licaón, ¿qué le haces a mi hijo!? —Damir rodeó el cuello de Everett y ejerció fuerza para separarlo de Jevrem, pero Everett era mucho más fuerte que el estilizado hermano, por lo que enardecido continuaba estrangulando a su sobrino.

La servidumbre salió rápido de la mansión –entre estos, Anna–al escuchar los gritos furiosos de los lobos y los angustiados de la humana. Grubana se llevó una mano al pecho, temiendo lo peor por su nieto; Radojka –la madre de Jevrem– imploraba a su cuñado para que lo soltara y Vesna –la segunda esposa de Damir– se mantenía detrás del cerco de arbustos, junto con sus tres hijas adolescentes, observando con soterrada satisfacción cómo se deshacían de uno de sus escollos. El primogénito de Damir había ocasionado un disgusto al alfa, del que, lo más probable, la beneficiaría a ella. Radojka perdería los méritos como Primera Esposa por el posible destierro de su hijo; en cambio Vesna, a pesar de ser considerada siempre la «segundona», le había dado tres hembras a su esposo que, a la hora de buscarle a estas, maridos, se beneficiarían con los tratos matrimoniales.

En resumidas palabras: pasaría de ser la Segunda a la Primera Esposa.

Arriesgándose de ser mordida, Isabel agarró el rostro de Everett e hizo que la mirara.

—Déjalo —le pidió con firmeza—. Es familia.

Él –que gruñía con ferocidad– al encontrarse con los achocolatados ojos de su mujer, dejó de gruñir.

Su pecho subía y bajaba por una respiración agitada por la lucha.

—Suéltalo —Isabel le repitió, levemente inclinada hacia él y acunando su rostro—. Solo me pedía perdón y me explicaba el porqué de sus actos.

—Intentó matarte —replicó entre dientes, aferrándose a la camisa del muchacho. Damir trataba de librar a su hijo de su agarre, ayudado por Radojka y Grubana.

Anna sentía que su corazón se rasgaba en dos, a pesar de que solo en su imaginación sostuvo con el joven Brankovic un noviazgo. Más arriba de su cabeza, en una ventana del segundo piso, Sebrenka observaba todo con una sonrisa despectiva. Si fuese por ella, que se despedazaran.

—Ya explicó, Everett; todos nos equivocamos. Hasta tú, ¿recuerdas? —La comparación era injusta, pero de algo Isabel tenía

que recurrir para que razonara. En su arranque de furia hacia al cazador, terminó de lastimar a su madre herida, causándole la muerte. Jevrem lo hizo a conciencia, pero estaba arrepentido de su intento de asesinato.

Everett lo soltó de mala gana y se puso en pie.

—Te largas de esta casa y de Kenai —sentenció con ojeriza—. Por los alrededores no te quiero ver; si lo haces, si insistes en merodear a mi mujer, te mataré. Ahora, ¡largo!

—¡Por favor, Everett, no eches a mi hijo! ¿Qué va hacer sin su clan? —Radojka suplicó, mientras el joven se ponía en pie. Su estatura superaba a todos, incluso a Everett que era muy alto.

—¡¿Destierras a mi hijo por una humana?! —A Damir le había dejado de parecer atractiva la hispana, si por esta su primogénito se veía afectado.

—Se lo había advertido —Everett siseó—, que se largue antes de que lo saquen en una bolsa negra.

Jevrem, a quien Grubana sacudía tierra y grama de sus ropas, dio un paso al frente para encarar a su tío.

—Ruego que algún día sea merecedor de tu perdón; me tomé muchas atribuciones que no me correspondían y en otras… —miró a Isabel con tristeza— me equivoqué. Si el destierro es lo que tengo que afrontar, lo asumo. Pero mi lealtad no se verá afectada hacia ti. Convócame cuando consideres que pueda volver.

Madre y abuela, sollozaron.

Everett abrió la boca para escupirle que nunca volvería a esas tierras mientras él fuese el alfa, pero Isabel le tocó el brazo con suavidad para que no dijera una barbaridad delante de los padres. Ya ellos sufrían por tener que separarse de su único hijo, como para que él los lastimase con sus agrias palabras.

Renuente, asintió.

Su mandíbula firmemente cerrada y sus manos empuñadas.

—Adiós, Isabel. Le ruego me perdones una vez más, fui un tonto…

—Hijo, no. Hijo… ¡Hijo! —Radojka lloró desconsolada, siendo retenida por Damir, cuando el joven se marchó de allí sin besos ni abrazos de despedida. No podía hacerlo, se desmoronaría en llanto. Y no lo haría frente a los demás.

Everett tomó de la mano a Isabel y la jaló con un tanto de rudeza para marcharse hacia la casa; al pasar por la banca, ella logró hacerse del móvil con rapidez. Los sirvientes corrieron por todos lados para evitar ser regañados por estar de chismosos; Anna se había marchado un minuto antes para soltar el llanto en el baño de los empleados. Ya no lo volvería a ver. Sus esperanzas habían acabado desde que se percató que jamás se fijaría en ella; le gustaba las mujeres como la señorita Isabel y como las putas que vivían en la casa. Todas muy

hermosas.

Ella solo era una sirvienta flacucha y sin tetas.

Mientras se alejaba la pareja, quedaba atrás Grubana y Radojka, llorando por la expulsión de Jevrem. Damir los miraba con aversión y Vesna –desde su sitio– disfrutando del espectáculo.

Sebrenka celebró el destierro del muchacho con una copa de vino.

Odiaba a muerte a Grubana y a su inmunda estirpe.

Durante el trayecto hacia el dormitorio, donde Everett hablaría seriamente con Isabel, con respecto a quién era quién en esa casa, el móvil que ella sostenía, anunció una llamada entrante.

Isabel miró la pantalla cuando cruzaban el vestíbulo en dirección hacia las escaleras y abrió los ojos como platos cuando leyó el nombre de la persona que llamaba.

Jasna.

Jadeó, estupefacta, aun siendo sostenida de la mano de su prometido, que la aferraba como si alguien saliera de la nada y la fuese a secuestrar.

Tragándose la rabia de descubrir que la *puta* pasó por alto lo discutido esa mañana en el comedor, le dio al ícono del *telefonito* verde, y se pegó el móvil a la oreja sin contestar. Dejaría que la bastarda asumiera que ella era Everett.

—*Estoy lista, querido*…

A Isabel le provocó gritar una palabrota.

¿Para qué, esa hija de puta, estaba lista?

¿Para bajarse los calzones?

Una vez que estuvieron en la privacidad de la habitación principal, le lanzó el móvil a la cara, del que Everett tuvo el reflejo de esquivarlo en un rápido movimiento que hizo con la cabeza.

El dispositivo impactó contra la pared a su espalda, volviéndose añicos.

—¡¿Por qué hiciste eso?! —la increpó atónito por su desquiciada actitud. Ahora tendría que comprar otro con urgencia.

—¿Para qué está «lista» Jasna? —le respondió con otra pregunta. Los dos en medio de la habitación, mirándose furiosos.

Everett cerró los ojos y ahogó una palabrota. Última vez en que le prestaba un móvil.

—Me acompañará para hablar con los Makarov. Ella tiene buenas relaciones con estos. No me vuelvas a arrojar nada a la cabeza. ¡Casi me das!

—¿Jasna? —*¿Esa puta?* Ya se imaginaba qué tipo de relaciones mantenía con esa gente—. Tenía entendido que te reunirías con los tipos del gas… —comentó ignorando su increpación.

—Es el lugar acordado —respondió molesto—. Además, ¿no quieres volver cuanto antes a Denali? Hago todo esto para dejar las cosas

claras en Kenai.

—Pero, ¿con Jasna? —Los celos la aguijoneaban. El modo en cómo ella habló a través del móvil, la ponía en alerta. Esa maldita estaba decidida a darle guerra.

—Sí, con ella... —Después de la reunión que sostendría con el sector obrero, Everett tendría una charla con el Clan Makarov del que él ha tenido con algunos de sus miembros unas cuántas confrontaciones. Necesitaba la colaboración de estos para detener la creciente desforestación y la cacería desmedida en Alaska. Jasna era una excelente mediadora.

Isabel se entristeció. Everett le contestó como marido que perdía la paciencia con su esposa fastidiosa.

Se fue al punto en donde le daba algo de paz y cierto aire de libertad.

La ventana.

Desde allí, el pasaje la consolaba.

Conciliador, Everett le rodeó la cintura por la espalda.

—Isa, es una reunión…

Ella hizo un mohín.

Seguro… Como las «reuniones» de los ejecutivos o las «guardias nocturnas» de los médicos, haciendo creer a sus esposas que estaban trabajando y lo que hacían, era engañarlas en una cita romántica con sus amiguitas.

—A ver, ¿qué es lo que te preocupa? —inquirió él ante su silencio, sin dejar de abrazarla—. Esto tiene que ver con lo que discutiste con Sebrenka, ¿no es así?

Isabel suspiró.

Y sacó a relucir sus preocupaciones.

—¿Qué harás con Jasna y Maya? Ellas ahora te pertenecen. ¿Las tomarás como…?

—No.

—¿Y si se te ofrecen?

—No las deseo.

La respuesta lejos de tranquilizar a Isabel, la angustió. ¿Y si deseaba a otra?

Everett intuyó lo que pensaba.

—Tienes que aprender a confiar en mí, Isabel —comentó a su oído —. A Jasna y a Maya, las tuve cuando fui un lobo inmaduro, pero he cambiado y me he enamorado de un ángel precioso. No dudes de mí por celos tontos.

«Celos tontos».

De tontos no tenían nada.

¡Eran despiadados!

—No lo son —replicó de vuelta—. Me pides que confíe en ti, pero

las «amantes» que «heredaste», conviven en la misma casa con tu prometida, ciñéndose bajo el lema de «compartir». Yo no pienso compartir con ninguna tipa, Everett. ¡Con ninguna! Y si, llegado el día en que *se te antoja* estar con alguna, a mí no me vuelves a ver.

La giró hacia él.

Su seria mirada puesta en ella.

—Jamás lo haré —prometió solemne—. Serás mi única esposa y amante. Te lo juro.

—Que tu juramento no quede en vano, porque no te lo perdonaré.

—No quedará, ya verás.

Selló el juramento con un beso que salió desde el fondo de su corazón; ni Jasna, ni Jevrem, ni Sebrenka…, envenenarían lo que ellos sentían, uno por el otro; era amor del bueno, real, de los que trascendían a través del tiempo. Por su mamá y por Isabel, no tomaría una segunda compañera ni reclamaría las amantes de su padre, sería traicionar lo expresado a Isabel. La amaba, la halló después de sufrir el peor día de su vida, y ni por todas las «Jasna» del mundo, él le sería infiel.

El juramento no solo se lo hizo a su dulce Isabel, sino a sí mismo.

Capítulo 53

Arturo descargaba las lajas de piedra del camión.

El material sería utilizado para revestir las bases de la fachada del domicilio de Vladan. Llevaba una hora en esa tarea impuesta a la fuerza, junto con otros dos desdichados que fueron capturados invadiendo o cazando con más frecuencia de la admitida. A los tres los tenían con cadenas en los tobillos para evitar que huyeran a toda carrera por los matorrales, vigilados por un guardia que no dudaría en volarles los sesos si abandonaban la faena.

La puesta del sol significaba el fin de la jornada por ese día, faltaba poco para esto, la noche la respetaban para el descanso, aunque tuvieran que hacerlo encadenados a la falda de un árbol. Mientras trasladaba las lajas, se quejaba para sus adentros del calor; aun siendo un sujeto que se transforma en un pulgoso, le embotaba las altas temperaturas; la primavera seguía en pleno, pero con cierta inclinación de invocar el verano desde temprano. Ni un cabrón era capaz de darles agua; soportaban el ardor en sus gargantas y sus labios resquebrajados por la sed; al estar en su forma «humana», eran más susceptibles a los magullones y las heridas. Las palmas de sus manos estaban cubiertas por pequeñas heridas y llagas producidas por el filo de las lajas y su peso que parecía superaba cada una los cien kilos. Le dolía la espalda, los hombros, los brazos; las piernas le temblaban como si hubiera escalado la montaña más alta unas diez veces sin descansar.

Sus compañeros de trabajo forzado escupían vulgaridades en voz baja, porque ni para mear les daban respiro.

De la cabaña a la que le harían las mejoras, salió Vladan junto con un tipo que, hasta ese instante, Arturo vio por primera vez, pero que sabía era el que había llegado la noche anterior, salvándolo a él sin querer, de que Kroz siguiera dándole por el culo. Este era un tipo rudo, muy alto, más que Kroz, que sería capaz de partir en dos una laja con sus puños. Ninguno de los tres se había dejado ver desde la llegada.

A lo mejor entre Kroz y Vladan le dieron la «bienvenida».

Riendo, arrojó al suelo lo que cargaba con más rudeza de la permitida.

Un disparo cerca de sus pies, le causó que se sobresaltara.

—¡Idiota, esas cuestan una fortuna! —gruñó el que los vigilaba. El tamaño de cada laja, determinaba el diseño en la fachada y un mal

corte, echaría a perder el trabajo.

Vladan lo reprendió con la mirada y el visitante frunció el ceño, olisqueando el aire.

Le comentó algo a Vladan sin apartar los ojos de él.

Arturo se puso nervioso, creyendo que le había gustado a este, por lo que procuró darles la espalda para cargar sobre su lomo otra de las pesadas piedras cortadas y llevarlas hasta la parte en donde las apilaban.

La depositó en el suelo, esta vez con más cuidado, y, al levantar la vista, movido por la inquietud de sentirse observado, reparó que el sujeto de mechas largas y músculos de fisiculturista, lo miraba con una sonrisita que le hizo sudar frío.

Si lo pedía para una *revolcadita*, le sacaría hasta la mierda que tenía acumulada en sus intestinos. Ese tipo daba la impresión de tener un pito del tamaño de su brazo.

Vladan convidó al visitante a que lo siguiera hacia los portones en donde varios fortachones montaban guardia con armas en la pretina de sus pantalones y escopetas con el cañón hacia abajo colgadas de sus hombros. Algo que a Arturo le parecía innecesario, puesto que estos se transformaban en lobos, cuyos colmillos despedazarían al que atraparan con sus hocicos.

El sujeto *mechoso* le estrechó la mano a Vladan y luego le palmeó la espalda como gesto de despedida y, cuando lo hacía, por encima de los hombros del alfa, le sonrió pernicioso a Arturo.

El hispano estaba por pintarle el dedo del medio, ¡vaya a meterle el pito en el culo a otro, *pinche gringo*!, él ya tenía suficiente con los maricones que lo trataban como si fuera una perra.

Estando ya la luna con la mitad de *su lado izquierdo* luminosa, a Arturo lo llevaron a su cama de hojarasca y tierra, utilizando las raíces de su árbol como si fuesen almohadas.

Se rascó la nuca, mentándoles la madre a los mosquitos por despertarlo; le picaban por todas partes y le zumbaban al oído sin cesar. Gruñía entre dientes, pues le costaba dormir en dicha incomodidad. A pesar de ser un cambia-forma, su tortícolis empeoraba. Sus dolencias dejarían de joderle la vida, si esos bastardos le soltaran las cadenas para acomodarse en posición fetal, abrigándose a sí mismo, debido a que en la madrugada hacía un frío que le hacía tiritar los dientes.

Como no podía convertirse en lobo por el lindo *collarcito* que tenía en el pescuezo, sufría como si fuera humano.

Pasaron varios minutos entre queja y queja silente, cuando las aletas de su nariz se movieron al percibir un olor que de inmediato lo puso en alerta. Era intenso, a macho joven y pelaje mojado, por lo que era desagradable para sus fosas nasales.

Abrió los ojos y rápido se sentó, sin atreverse siquiera a pestañear.

Sobre él, una sombra gigante caía, dándole un fuerte puñetazo que le hizo ver las estrellas y quedar en la inconsciencia.

Capítulo 54

El abrupto arrojamiento en aguas heladas, le devolvió a Arturo la conciencia.

Tragó una buena cantidad de esta, lanzando manotadas de ahogado, que por un instante creía se trataba de una pesadilla. Tardó en recuperarse y determinar que su entorno era líquido y revoltoso; el corazón le palpitaba desbocado, sus ojos estaban por salirse de sus cuencas y el agua inundando sus gritos y sus pulmones que estaban por reventar. Trataba de aferrarse a una rama o una persona, ¡lo que fuera!, que le ayudara a no morir ahogado; sin embargo, le dolió el cuero cabelludo, al ser jalado de las greñas y elevándolo con rudeza por alguien que se convertía en su salvador.

—¡Pon las patas en el fondo que estás en la orilla! —Una voz masculina gruñó para nada amistoso.

Arturo obedeció, y siendo aún sostenido del pelo con rudeza, plantó sus pies en un lecho pedregoso de lo que parecía ser un río caudaloso. El sonido de las aguas surcando y el viento nocturno batiendo las copas de los árboles, le hizo reparar en que estaban en una zona boscosa.

—Gracias —expresó tembloroso. El pómulo izquierdo le dolía por el golpe que le dieron y el ojo casi no lo podía abrir. Entonces, recordó que alguien lo había atacado.

—No me des las gracias; apestas. Necesitabas un baño.

Arturo alineó los ojos para enfocarse en la silueta del sujeto que le hablaba. Su visión comenzó a adaptarse a la oscuridad, dilucidando las formas que se ocultaban entre las sombras y en ese que se erigía frente a él, intimidante, y pudo descubrir que había sido rescatado por *el que estuvo* de «visita» en el fortín.

Fue prudente en no reflejar la inquietud que le producía que este anduviera desnudo.

¿Lo cargó estando en bolas?

¿O pensaba darse un baño?

Oraba para sus adentros de que fuese lo último: en el que se despojó de sus ropas para darse un chapuzón y no para violarlo como hacían los demás.

—¿Qué me ves? —Este espetó cuando Arturo le miró su hombría.

—¿P-por qué me rescató? —Se habría ganado muchos enemigos por haberlo hecho. Arturo no usaba el grillete en su cuello.

El otro se carcajeó.

—¿Rescatarlo? —Le dio un golpe de revés que lo lanzó cerca de la orilla del río—. ¡Yo no rescato híbridos, pedazo de escoria! Te he sacado para que me des información.

Arturo chilló adolorido; medio rostro se laceró con el impacto.

Enojado, le mostró los colmillos al maldito; ya no tenía puestas las cadenas y podría escapar si lo mataba.

No sería el primero que se bajaba.

Ni el último.

La transformación que tanto deseó, comenzó a manifestarse entre gritos de dolor y retorcimientos de huesos. El sujeto de las greñas alborotadas también invocó su cambio, poniéndose en cuatro patas y superando en tamaño al hispano.

Ambos pasaron de ser bípedos a cuadrúpedos en cuestión de minutos; la transformación del más grande fue más rápida y menos dolorosa; en cambio, el más bajo, que apenas medía poco más de un metro setenta, no pudo completar su forma lobuna; el otro le ganó, enterrando los colmillos en su tobillo.

—*¡Arrrrrggghhh!* —gritaba entre voz de humano y hombre lobo; su pelaje negro apenas le había salido como parches en la espalda y los brazos; trató de librarse de sus fauces, revolviéndose sobre sí mismo sin conseguirlo. Finalmente tuvo que rendirse o el lobo acabaría con él; su tobillo lo tenía desecho y la pierna fracturada, al retorcérsela este para que quedara lisiado. Por fortuna, su «salvador», aceptó la derrota de Arturo.

Lo soltó y con gruñidos ininteligibles, volvió a ser bípedo.

Recibió una patada en el estómago.

—¡No eres rival para mí, híbrido! Ustedes son basura con sus inmundos genes mezclados. —Lo pateó de nuevo, haciéndolo jadear por el dolor y la falta de aire.

—¿Para qué me quieres? —Estaba cubierto de sangre y barro. Llorando y temblado, aovillado.

—Te lo dije, sordo apestoso: para que me des información. ¿Por qué te encadenaron? —Vladan le evadió la pregunta a quién también se la había formulado. El desgraciado se hizo el desentendido cuando Ranko quiso saber de dónde provenía el híbrido. Su rostro le sonaba familiar: el color de los ojos, los gestos, el carácter…

Pero al percibir su aroma corporal, supo en el acto que era pariente de la hembra de Everett.

Excelente para sus propósitos.

Arturo jadeaba aliviado de que no siguiera pateándolo.

—El novio de mi hermana… —Tosió y enseguida escupió un cuajo de sangre. Uno de los dientes se le había partido desde la raíz—. Él ordenó que me llevaran a ese lugar para ser castigado.

—¿Por qué?

—Golpeé a mi hermana.

La risa atronadora de Ranko, causó que hasta las serpientes huyeran despavoridas.

—Y él no te mató por tocar a una de sus hembras, sino que te convirtió… *Hum*… Me suena que el imbécil tuvo piedad de ti, gusano. —Y para enmendar la metida de pata con su *cuñadito*, dio la orden de enviarlo con el alfa, cuyas preferencias sexuales eran cuestionables.

Vaya castigo le dieron.

Sentándose en una roca –donde su miembro caía lánguido entre las piernas– y sus ropas escondidas debajo de esta para no ser rastreadas por un depredador, se inclinó hacia el híbrido que seguía tirado en el suelo, sin fuerzas y malherido.

—¿Amas a tu hermana? —Algunos machos golpeaban a sus parientes femeninos para darles una dura lección, cuando se rebelaban, sin que esto afectara cualquier clase de sentimiento que por estas tuviesen.

El rostro del hispano se contrajo en una fea mueca y luego escupió molesto.

—Esa perra algún día me las va a pagar. Por ella es que me esclavizaron.

Una de las comisuras de los labios de Ranko, se curvó en una sonrisa que indicaba su complacencia. Un peón a quien manipular.

Si bien, la hipnosis le ahorraría muchos inconvenientes, corría el riesgo de que este recobrase su voluntad durante la ejecución del plan que trazaba con rapidez en su mente. Un lobo enojado que clamaba venganza, siempre era un buen aliado. Y si este era portador de secretos o debilidades de la hembra de Everett, mucho mejor. Los utilizaría para su conveniencia.

—¿Quieres que te ayude a vengarte de ella?

Arturo levantó la mirada; sus ojos oscuros.

—¿Qué debo hacer?

*****

—Señorita Isabel, trajeron esto para usted —Anna anunció luego de tocar a la puerta del despacho, donde Isabel se había encerrado después de haber desayunado y almorzado en la habitación para no tener que lidiar con las otras en el comedor. La animosidad que se tenían y lo ocurrido con Jevrem, prefería no verles las caras, o las discusiones y jaladas de pelo, serían inminentes.

La joven entró con una amplia sonrisa y sosteniendo cuatro elegantes bolsas blancas con un logo dorado en el costado. No odiaba a la humana, ella no tenía culpa de lo sucedido, Jevrem se había fijado en quien no debía y esta solo amaba a su prometido.

—¿Las envía Everett? —preguntó Isabel ante lo obvio. Ella aún

lucía el vestido turquesa desde hacía más de dos días.

—Sí, señorita, el mensajero especificó que fue un pedido del alfa para usted. —La joven acomodaba las bolsas sobre el tope del oscuro escritorio, mientras que Isabel –sentada frente a este– colocaba un bolígrafo para cerrar el libro y así no perder la página que leía de la novela *Fahrenheit 451*, de Ray Bradbury.

Se puso en pie y curioseó las bolsas.

De una de estas, extrajo un vestido azul pálido.

—¡Qué bonito! —Anna admiraba el diseño de corte sencillo y sensual, pero que indicaba buen gusto.

Isabel asintió, dándole la razón.

Lo pegó a su pecho, miró para ver si habría algún espejo colgado en el despacho, pero como no había ninguno, lo enrolló y lo dejó de vuelta en la bolsa. Ya se vería en el que estaba en el baño de su dormitorio.

Luego sacó otro.

Uno floreado.

Sonrió.

—Este me gusta.

—A mí también —Anna expresaba sin temor de que la humana la increpase por confianzuda.

Isabel observó a la jovencita, se alegraba de ver los obsequios que eran para otras personas. En ese aspecto le recordaba tanto a ella, nunca le hicieron regalos como los que Camila o Everett le daban, pero jamás la hizo una envidiosa por las compañeras de clase que sí tenían de sobra.

—Cuando me regrese a Denali, lo dejaré para ti —expresó, sintiendo simpatía por Anna.

El rostro de esta se iluminó. Sus ojos negros se cristalizaron por la ilusión.

—¡¿De veras?! ¡Oh, señorita Isabel, es usted tan buena! —El vestido era de firma de diseñador; muy por encima de su presupuesto—. Será el atuendo más fino que tenga en el guardarropa.

Esto a Isabel la conmovió, quiso expresarle que la comprendía; que ella desde niña usó trapos viejos y feos, pero en el instante en que abría la otra bolsa, jadeó.

—*¡Upa!*

—El señor Everett pensó en todo —Anna comentó con socarronería y a Isabel se le subieron los colores al rostro.

—¿Él hizo el pedido por línea o alguien se encargó de hacer las compras? —Si Kuzman fue el que lo hizo, Everett la iba a oír. Tras el viaje repentino que él tuvo que hacer hasta Anchorage, dispuso que el chofer se quedara en Kenai para lo que ella necesitase; por lo tanto, a Isabel le daba grima imaginar que ese troglodita hubiese escogido las

prendas como si fuese su marido. Al momento de haber sacado un atrevido *negligé* negro con lazos rosas que se entretejían hasta la costura que, suponía, llegaba hasta el culo, lo guardó rápido en la bolsa, avergonzada con la jovencita que no tenía edad para ver eso. Era lencería para una noche muy caliente.

—El mensajero no especificó.

Entonces, fue en línea.

Isabel asumía que tal vez Everett compraría algunos trajes en su paso por aquella ciudad, puesto que seguía usando el sustraído del armario de Ranko.

Abrió la tercera bolsa.

—Están de infarto… —Anna babeaba por los artículos de dama que el alfa compró para su prometida. La trataba como a una reina.

—Y son armas letales. —Los tacones superaban los 15 centímetros; con esas estaría a la altura de Everett.

Solo esperaba que no le hincharan los pies.

—¿Le gustó todo?

—¡Mucho! Ya me voy a cambiar de ropas. —A pesar de haberse duchado en la mañana, se sentía sucia por seguir usando la misma prendar de vestir desde que llegaron. Pero, ¿qué se iba a imaginar que *todo aquello* pasaría? De saberlo, habría traído una maleta repleta. Los residentes de la mansión lucían a toda hora de punta en blanco.

El teléfono fijo que estaba sobre el escritorio, repicó. Anna lo tomó en seguida y contestó, aguardó lo que desde el otro lado de la línea le decían, y enseguida alargó el auricular inalámbrico hacia la humana.

—Es para usted.

—¿Es Everett? —Tomó el auricular, esbozando una gran sonrisa.

A lo mejor quería averiguar si le llegaron las bolsas y si le había gustado todo lo que le compró, del que ella le expresaría que «muchísimo». Everett se marchó en la limusina al aeropuerto mucho antes del amanecer, apenas dándole un beso en los labios como despedida y asegurándole que retornaría de Anchorage antes del atardecer.

—*No,* queridita*, es Jasna* —la loba alcanzó a escuchar con claridad la emoción de la estúpida humana—. *Solo llamaba para avisarte que esta noche no regresaremos temprano a casa; hay… un contratiempo que debemos atender. Tú sabes cómo son estas cosas. Adiós; qué duermas bien…*

—¿Señorita Isabel, le sucede algo? —Anna observó su palidez. Apretaba el auricular con mucha fuerza.

Antes de que siquiera pudiera contestar para no hacer preocupar a la jovencita, Isabel rodó los ojos hacia la mujer que entró al despacho sin tocar a la puerta.

—¿Podemos hablar? Por favor…

Isabel parpadeó, mientras asentía, aturdida por lo que la *servidora sexual* le había expresado con alevosía. Jasna y Everett…

Juntos.

—S-sí, claro, pasa. —Trató de medio sonreír, pero la sonrisa le salió acartonada. Falsa—. Anna, lleva esto a mi habitación. Gracias —pidió a la joven que intuía en su fuero interno que debió haber recibido una llamada que le ocasionó un disgusto—. Por favor, siéntese. —Se dirigió a Radojka, extendiendo la mano hacia los sillones para que se acomodara en uno de estos, mientras que su mente bullía en un pensamiento: Jasna y Everett.

Él no le había dicho que viajaría con esta a Anchorage.

Entonces, ¿por qué la maldita la telefoneó, como si supiera todos sus movimientos?

Se suponía que Everett solo recurrió de su ayuda para interceder con los lobos rusos que habitan al noroeste de Alaska y que pactaron una reunión a las afueras de Kenai, no para que Jasna fuese su asistente personal en otra ciudad.

La que le iba a formar…

Capítulo 55

—Discúlpeme molestarla, pero es que no puedo más con mi angustia —Radojka se enjugaba las lágrimas en su pañuelo de hilo blanco.

Tenía el cabello recogido en una cola de caballo, usaba poco maquillaje y lucía una falda larga y blusa oscura, como si estuviese de luto por su hijo y no por su suegro.

—Descuide, solo leía.

Radojka estrujó su pañuelo para controlar el temblor de sus manos. En ese instante, la argolla matrimonial estrangulaba el dedo anular de su mano izquierda, al sentirse sola por su marido. Estaba sentada en el mullido sillón blanco, frente a una omega que no tenía trascendencia ni supremacía, teniendo que rebajarse ante esta para que intercediera por su hijo. Damir era tan orgulloso que prefería ver a Jevrem pernoctar bajo un puente, que tener que hincar una rodilla a alguien que estuviese muy por debajo de su linaje, para que lo ayudasen.

Pero a la hermosa morena de ojos gris claro y de apariencia de tener treinta y cinco años, no le importaba; ella con gusto postraba las dos rodillas y juntaba sus manos para implorarle.

—Por favor, habla con Everett; pídele que perdone a Jevrem y que lo deje volver a casa.

—No creo que él me escuche…

—¡Lo hará! —exclamó desesperada—. Los he observado y él suele hacer lo que tú le pides: cuando le gritaste que se detuviera de matar a Ranko y el modo en cómo ayer le sujetaste el rostro para que soltara a Jevrem… Nadie, excepto tú y la difunta Winona, ha sido capaz de controlar su temperamento.

Isabel se incomodó.

—No es así, hemos tenido nuestras discrepancias. —Radojka se hacía falsas ideas con respecto a la influencia que ella ejercía sobre Everett.

—Pero al final te escucha.

Isabel meditó que, a pesar de los gritos, *lanzadas* de móviles, acusaciones, reproches, celos… Everett era buen oyente.

—Sí…

—¿Hablarás con él?

—Trataré.

Radojka esbozó una sonrisa entristecida.

—Jevrem es un buen muchacho. Un tanto cabezota e idealista, pero de él no hay queja alguna. Todos lo quieren; si necesitas su ayuda,

cuentas con él. Adora a Everett, es… —Se secó una lágrima con el pañuelo—, es como su hermano mayor. Jamás lo ha visto como su tío; por su puesto, es respetuoso, lo hemos educado bien; por eso me duele que Everett lo haya desterrado. No sé qué fue lo que le motivó a querer matarte; Damir no me dice nada, ni Grubana… ¿Tú lo ofendiste? —Isabel negó con la cabeza. Su mirada puesta en su regazo —. ¿Le hiciste un desaire? —Volvió a negar—. ¿Qué le hiciste, entonces?

—Fue por un malentendido.

Radojka se la quedó mirando, mientras meditaba su respuesta.

¿Malentendido? Algo grave debió haber hecho esa humana para que Jevrem perdiera los estribos.

—¿Cómo cuál? —Intuía que debió ser algo que haría enfurecer hasta los cachorros—. Porque me cuesta entender que él intentara matarte; no es un asesino.

—Fue por lo que dijo: «Everett no sanaba y no quería volver a casa por estar obsesionado».

El ceño fruncido de la mujer, indicaba que lo contado le parecía insuficiente para que su hijo quisiera atentar contra la hembra del alfa. Jevrem por situaciones peores que las expresadas, lograba controlarse.

Y Everett lo quería lejos de la humana por razones diferentes.

¿Cómo cuáles?

La luz llegó a su entendimiento.

¡Oh, por Licaón! Eso no era por un «malentendido». ¡Eran por celos! Isabel debió haber tonteado con Jevrem y este se enamoró, y cómo no cumplió con su palabra, enloqueció. Por ese motivo Everett entabló su dominio de pertenencia.

En su desespero, se levantó del sillón, para después caer de rodillas a los pies de la joven. Le rogaría hasta convencerla. Ella era la única esperanza de salvar a Jevrem del repudio general de los lobos; su vida estaba en sus manos. Al ser expulsado, ninguna manada lo acobijaría para evitar problemas con el Alfa. Su pobre hijo sería presa de los clanes enemigos.

Y eran muchos.

—Pronto serás madre como yo y sabrás lo que es sufrir por un hijo —sollozó—. En el momento en que sale de tu vientre, tu amor se maximiza y se vuelve puro. Cuando lo apartan de ti a la fuerza, te sientes morir; te desgarran por dentro y dejas de ser la misma; ya no sonríes ni vives…, tu corazón ha sido arrancado de tu pecho. Así es mi Jevrem: ¡él es mi corazón!, mi muchacho bueno y bello… Por favor, perdónalo…

—Ya lo hice, es a Everett a quién le corresponde la última decisión.

—¡Pero tú lo puedes convencer, yo estoy segura de que así será!

Por favor, Isabel… Haz que mi hijo vuelva a casa.

La joven, conmovida de tener a la mujer postrada ante ella, suplicando hasta las lágrimas, asintió con la mirada gacha.

La mortificaba romperle el corazón, si Everett se negaba rotundamente.

¿Qué podría ofrecerle a cambio para que accediera?

¿Un hijo?

Pronto le iba a dar uno.

Tendría que hacer despliegue de toda su femineidad para hacerle cambiar el duro mandato, y ella estaba que se la llevaba el diablo por el cabreo que tenía a causa de Jasna y su «qué duermas bien…».

—Haré lo que pueda.

Radojka besó con reverencia las manos de la humana, agradecida de que la haya querido escuchar. De ser Sebrenka o Vesna, le habrían expresado su malquerencia y el gozo por lo que le pasó a su hijo. Si Isabel lograba convencer a Everett, contaría con su amistad por siempre.

*****

El hundimiento del colchón y posterior abrazo a su espalda, a Isabel despertó.

Remoloneó y se volvió hacia el bulto que le respiraba en la nuca y posaba su brazo en torno a su cintura. Se alegró de verlo allí, olvidándose momentáneamente del coraje que había tenido horas atrás. Le acarició el rostro, sintiendo en su palma que a su barba ya le hacía falta un buen corte; la sentía poblada y un tanto áspera, cubriendo en buena parte sus labios y mejillas.

A pesar de esto, le dio un casto beso, del que enseguida percibió el aliento a licor; había bebido, tal vez durante el vuelo o en Anchorage, en donde tuvo que atender otra de las reuniones que a Isabel le oprimía el pecho; las obligaciones con respecto a los suyos cada vez lo demandaban.

—¿Cómo te fue? —preguntó aovillándose sobre él para percibir su perfume masculino y sentir su calor. Trataba en lo posible de no reflejar los celos; la llamada recibida la mantenía erizada.

—Aburrido —dijo y luego soltó una exhalación en clara evidencia de estar cansado—. ¿Y a ti cómo te fue? —Con habilidad cambió el tema hacia ella.

Isabel pugnó decirle lo de la llamada, pero consideró que si lo hacía le daría el gusto a la desgraciada que le amargó el día.

—También aburrido. Leí todo el día, aunque… —¿Sería propicio decirle?

Él levantó su mirada, para observar su expresión a pesar de la oscuridad.

—¿Sebrenka, otra vez? —Negó con la cabeza—. ¿Te he comentado que cada vez que te pones así, me preocupas? ¿Qué sucede, Isabel?

Buscó las palabras que iniciara la conversación sin discutir.

—Radojka habló conmigo…

Él se tensó y enseguida se sentó a un lado de la cama, dándole la espalda a ella. Se había quitado antes la chaqueta, su cabello lo tenía suelto.

—De lo que hayan hablado: la respuesta en «no».

Isabel se quitó las cobijas y se levantó por el mismo lado de la cama, para encender la lamparita de la mesita de noche.

El rostro magullado del lobo, la impactó.

—¡¿Y a ti qué te pasó?! —Tenía un moretón por un pómulo y el labio inferior reventado.

—Un contratiempo. —Su semblante serio.

Sus ojos marrones se clavaron con severidad sobre los de este, que parecían fríos y distantes. ¿Qué fue lo que le acabó de responder?

—¿Qué contratiempo? —la pregunta fue demandante. La misma expresión se la había dicho Jasna al teléfono.

Everett se tomó una respiración, sosteniéndole a ella la mirada como todo un macho alfa.

—Negocios.

La muchacha sonrió incrédula.

Entonces, era cierto: Everett y Jasna viajaron juntos, sin que nadie se hubiera dado cuenta, o al menos ella, que por estar encerrada en el despacho o en su habitación, no escuchó los comentarios pérfidos que le hubieran lanzado las madrastras y Maya. Sobre todo, la *puta* más vulgar, esta se habría divertido escupirle lo que su prometido y su *amiguita de oficio* en realidad hacían a sus espaldas.

—¿Así se harán siempre tus reuniones: a los golpes? —inquirió molesta, sin revelarle lo que sabía. Tendría cuidado de ser impulsiva y acusarlo de infidelidad, Jasna era una trepadora que haría lo que fuera por separarlos. De momento, le cuestionaría el modo en cómo se comportaban entre ellos; en la Ceremonia de Sumisión, él y su hermano casi se matan. En la que se efectuó con los lobos rusos, había llegado con la manga de la chaqueta desgarrada. Ahora, tras retornar de Anchorage, se aparece como si hubiera estado dándose de golpes en un bar.

—No siempre —sonrió socarrón—. Habrá algunas veces en que se deba realizar un funeral…

Isabel quedó helada. A esos lobos les gustaba causar bronca a dónde fueran y si alguno moría, les daba igual.

Everett reparó en la idiotez que expresó.

—Perdóname, Isa —rápido se puso en pie y le acunó el rostro—, fue un pésimo comentario, tuve un día de altibajos. —Ella no

replicaba; sus ojos acuosos—. No me gusta estar lejos de ti; me pongo de malhumor.

—Y te diste de *trompadas* con esos sujetos —replicó incrédula. Era consciente de la impulsividad de Everett, pero no como para comenzar mal las relaciones que tuviera con otras manadas—. Everett… No me creas tonta, esto es algo más serio. ¿Te ofendieron? ¿Te dijeron algo que te voló los sesos? —O la desgraciada de Jasna abrió la bocaza, causando desmanes.

—Solo medimos fuerzas —rio entre dientes y esto le hizo cabrear a Isabel.

De un manotazo, se liberó de sus manos.

—No, pues, ¡qué bonito los niños, partiéndose la *jeta*! ¿Es que siempre se tienen que comportar como bestias? Cielos, Everett, ¡eres un alfa! Se supone que te escogieron para crear alianzas y apaciguar los ánimos caldeados que me dijiste hay con esa gente; ¡emplea bien tu liderazgo, en vez de…!

—¡Basta, Isabel! —la calló con un grito contundente—. No eres mi madre para que me lo recuerdes, eres mi mujer, limítate a tu… ¡Isabel! ¡¡Isabel!! —Esta se encerró en el baño y hundió el botón del picaporte para que él no pudiera entrar—. Isabel. —Tocó la puerta con rudeza—. Abre, deja de comportarte como una niña—. Isa… ¡Isabel, que abras, coño!

—*¡Déjame en paz!* —Su voz se escuchó amortiguada y dura.

—No lo haré. Abre…

—*No*.

—Abre, Isabel o derribaré la puerta.

Escuchó que, desde dentro, la joven rio con antipatía.

—*¿Qué harás: soplarás? «¡Y soplaré y soplaré hasta derribar tu* pueeertaaaa*!»*.

La puerta del baño se fue abajo.

Isabel quedó petrificada, sentada encima de la tapa del inodoro. Por estar enojada, le había tomado el pelo a Everett, provocando su furia.

—Soplar, no: patear.

Capítulo 56

—¡Cuidado, Everett, estoy esperando un hijo tuyo! —Isabel temía que le diera una paliza como a Ranko o a Jevrem; se lo veía que estaba por echar fuego hasta por las orejas.

Él pasó por encima de la puerta derribada y se plantó frente a la joven temblorosa, mirándola con severidad.

—No voy a lastimarte, pero tú y yo vamos a hablar. —Su respiración caliente le golpeaba la cara.

—Discúlpame, es que me pareció gracioso que… ¡Hey, bájame! —Él la agarró y la lanzó sobre su hombro para no tener que discutir con ella en un espacio que se le hacía muy cerrado, a pesar de que el baño era amplio.

La llevó hasta la cama y allí la dejó, sin arrojarla con brusquedad. Estaba que explotaba, pero no era un bruto.

Isabel quedó en medio de la cama, como niña regañada. Dejaría que escupiera su enojo, estaba en una precaria posición en la que nadie acudiría en ayudarla.

—No sé cómo hacerte entender que *esto* es lo que somos —se señaló a sí mismo, generalizando a los de su espacie—. Nuestro temperamento es volátil y no nos andamos con delicadezas con los que nos rodea. Ser agresivos está en la sangre; nos mueve las confrontaciones, las disfrutamos. Mediante los puños —se miró las manos y las empuñó—, determinamos quién es fuerte y quién débil. Un alfa no puede ser un lobo que otros puedan dominar; con frecuencia demostrará por qué ostenta el liderazgo; si no lo hace, se interpretará que es un cobarde y su clan correrá el riesgo de ser reclamado por el que considere está en mejor condición para regirlo. Si dicho alfa es vencido en un desafío, todo lo que posee, incluso sus mujeres —con la mandíbula apuntó hacia Isabel— pasarán a ser propiedad de este; ¿ya vas comprendiendo, el porqué de nuestra bestialidad? No está en mí considerar perderte; me importa un carajo los bienes materiales, pero tú y mi gente, sí. Por eso somos así, Isabel, por sentido del dominio.

Ella asintió sin mirarle; en todo momento su mirada se posó en sus manos que reposaban empuñadas en su regazo, conteniendo las ganas de escupirle un alud de improperios, pero no era sensato hacerlo, el enojo de este podría volcarse sobre ella con un bofetón; le estaba colocando los puntos sobre las «íes», expresándole en otras palabras y de manera soterrada, que se mantuviera callada o le entrarían moscas.

—Entiendo tu punto, Everett, pero no lo comparto. —Aun así, le replicó—. No soy tu enemigo, ni estoy al asecho para arrebatarte el mandato; deja de verme como si fuera tu esposa-florero que confabula a tus espaldas, porque no lo soy.

—Jamás te he tratado así.

—¡Lo has hecho! —Se levantó de la cama y lo encaró, perdiendo miserablemente en cuanto a tamaño—. Siempre me haces a un lado; no me tomas en cuenta en tus decisiones, solo actúas y ya, y que Isabel García se aguante. Me estás decepcionando; este… —hizo un paneo hacia él— no es el hombre del que me enamoré.

—¿Y cuál es? —Sus dientes apretados; sus ojos ardientes.

—El que estuvo malogrado. Él fue más sensible; en cambio, este…

—«Este», ¿qué…? —dio un paso hacia ella, intimidándola con la mirada.

Ella lo esquivó y respondió con voz rota:

—Me rompe el corazón.

Everett parpadeó.

—Isa, solo estoy cabreado; tuve un mal día. —Enterarse por boca de otros y con pruebas fehacientes de que su madre le fue infiel a Stanislav, casi lo enloquece. Fue una verdad que Andrey Makarov le escupió al no poder provocar su furia. Everett se había mantenido centrado, tratando de conciliar un tratado en la que habría un mejor intercambio comercial, si estos colaboraban con lo que sucedía en los bosques; el tiempo urgía para detener la caza y la deforestación indiscriminada.

—¿Por qué?, ¿perdiste la pelea o Jasna no te curó bien las heridas? —Se juró tragarse lo que esta le dijo al teléfono, suponiendo que se trataba de ese tipo de mujeres que se dedican a fregarle la paciencia a las esposas para provocar una ruptura. Pero, ese «contratiempo» que él dijo, lo delató.

Viajaron juntos y a ella no le dijo nada.

Everett frunció el ceño como si Isabel hubiera dicho un disparate.

—¿Jasna? ¿Por qué la mencionas?

—Porque viajó contigo a Anchorage. Ni pensabas decírmelo, ¿eh?

—¡Fue ayer que me acompañó a la ensenada!, no a la ciudad. Cielos, Isabel… Sé que tienes un genio de los mil demonios, pero desconfiada…

—¡Y con motivos! No lo niegues, Everett, ella viajó contigo en el *jet* de tu padre, tomando *vinito* y pasándola bien.

—¿Quién te dijo semejante mierda?

—Jasna me telefoneó, dijo… A ver, ¿cómo fueron sus palabras exactas? ¡Ah! Más o menos así: «que llamaba para avisar que regresarían tarde a casa, por *un contratiempo* que debían atender. Que yo sabía de cómo eran esas cosas, y que durmiera bien»; la muy

maldita…

—Mataré a esa mujer.

—¿Por irse de lengua? ¡Ay, por favor…! Fue *amable* en informarme.

—¡No viajé con ella, te mintió! —exclamó exasperado. Él era de los lobos que jamás maltrata a una mujer, pero ¡por Licaón!, que haría la excepción con Jasna.

—Pues esta no estuvo en la casa en todo el día.

—Porque debió estar fuera.

—Contigo.

—¡Conmigo, no! Tal vez, con un sujeto.

Isabel rio sarcástica.

—¿Sin tu permiso, que eres su dueño? *Hum*… Me suena que me la estás haciendo…

—¡NO! ¡¡MALDICIÓN!! —Rugió amedrentador. Qué inoportuno que Jasna no estuviese en casa, porque la habría arrastrado hasta el dormitorio para que aclarara las cosas. Lo supo en cuanto llegó y Maya lo recibió con un beso que le dio en los labios; Jasna no es de las que se quedan atrás y habría reñido con esta para tener la mayor atención.

Isabel caminó hasta la ventana para alejarse de Everett, herida por sus mentiras. La preñó y comenzó a comportarse como lo vaticinó el Cuartel de las Brujas: la necesidad por más sexo lo llevaba a querer buscar nuevos amores, así fuese el que le ofreciese una *vendida*.

—¿Cómo supo que pasabas por una dificultad? —Desde allí lo cuestionó. Su mirada puesta en el jardín externo. Esta vez no había lobos machos besándose—. Ella utilizó la misma expresión que tú usaste: «contratiempo».

—Adivinó; no sé. Ilic tal vez la telefoneó… —Lo que era lo más seguro. Su primo solía revolcarse con las amantes de sus tíos.

Isabel se sintió morir.

Vaya cínico.

—«Adivinó». Ella adivinó… Ahora resulta que –la puta– es adivina. Entonces, deberías llevarla a todos tus viajes de negocios para que «adivine» lo que piensan los demás. Te será de mucha utilidad.

Una jalada brusca en su brazo, la hizo volver hacia Everett.

—Qué facilidad tienes para desconfiar de mí —le reprochó—. Por una palabra, lanzas acusaciones. No me voy a defender ni a dar explicaciones, porque nada tengo que explicar. Si crees más en lo que te dice esa loba cizañera, después de todo lo que te he jurado y demostrado, es porque no estás preparada para ser mi esposa.

Y con esto, dio un portazo a la puerta del dormitorio al salir, dejando atrás a Isabel, con el rostro bañado en lágrimas y el corazón desgarrado.

*****

—Vaya, pero ¡cuánto has engor…!

—¡Cállese, no estoy de humor para tolerarla! —Isabel interrumpió el sarcástico comentario de Jasna. Apenas apareció en el comedor, la otra arqueó una ceja con el propósito de hacer de su figura, una burla.

Isabel vomitó tras despertar esa mañana y con un visible cambio en su cuerpo que le causó ansiedad. Había aumentado de peso; sus mejillas estaban más llenas, sus brazos más gruesos y su cintura y caderas, más anchos. Tenía la apariencia de tener seis meses de embarazo.

—Solo quería elogiar tu saludable aspecto —Jasna replicó, sentada en su puesto de siempre. Maya asentía para darle la razón y Radojka miraba preocupada a Isabel, porque era consciente que, durante la noche, esta y Everett, discutieron por asuntos personales.

Ahogó un sollozo.

¿Qué pasaría entonces con su hijo?

—Buenos días, Isabel. Veo que luce bien —Sebrenka expresó en referencia a la panza que se abultaba un poco más bajo el vestido floreado que le quedaba apretado, deseando la hosca matriarca para sus adentros en que la humana sufriera un accidente, como rodar por las escaleras para que perdiera ese engendro que concibió con el bastardo.

—Gracias —respondió mientras se sentaba en la silla principal. Anna le obsequió una sonrisa de la que no fue devuelta de la misma manera, apenas una elevada comisura de labios como gesto de cortesía. Colindando con Isabel que estaba a la cabecera, se hallaba Radojka a su derecha y Vesna a su izquierda, junto con sus tres hijas adolescentes, entre esta y Grubana.

La pandilla de brujas, completa.

Porque hasta las jovencitas miraban a la muchacha con desdén.

—Comentábamos…

—Mira, grandísima pendeja —Isabel volvió a interrumpir a Jasna que, al parecer, se proponía en restregarle lo que había hecho con Everett—. A ti ni te quiero ver sentada en la mesa; mientras yo esté sentada aquí, tú comes en la cocina.

—¡¿Por qué?! —La voluptuosa morena se hacía la desentendida del enojo que cargaba la humana. Sebrenka sorbió de su jugo de albaricoque y melón, riéndose para sus adentros de la inquina que se tenían esas dos; Radojka se preguntaba qué fue lo que causó Jasna para que la hembra de Everett actuase así y Vesna se metía a la boca un trozo de pastel de carne para no carcajearse.

—¡Tú sabes por qué! —la gritó—. Así que, lárgate para la cocina, que me dan náuseas de solo verte.

La *servidora sexual* pegó su espalda en el respaldo de la silla y se cruzó de brazos, con la mirada desafiante. Gruñía muy bajo, pero era un gruñido amenazante, según lo escuchado por el resto de las lobas.

—Mientras no seas la esposa del Alfa, a mí tú no me das órdenes —espetó—. Estás al mismo nivel que nosotras —hizo referencia a Maya y ella, como servidoras sexuales—. Aún *nuestro* Everett no te ha dado un anillo que patente el compromiso; así que, de aquí no me muevo. —Con ademanes engreídos, tomó los cubiertos y cortó el pastel para llevárselo a la boca. Coneja insignificante que tenía las ínfulas elevadas solo por estar preñada.

—¡Soy su prometida! —la gritó, dando un puñetazo a la mesa—. ¡Y me casaré con él! —Aunque ya no era seguro por lo que él dijo ayer.

Jasna la miró con un, «ajá, ¿y…?», instalado en sus fríos ojos verdosos.

—¿Prometida? —Rio con total antipatía—. *Queridita*… Cómo se ve que no conoces a ese lobo… *Nuestro* Everett le huye al compromiso. Si te dio alguna promesa, quedará ahí: ¡en promesa! La falta de anillo lo confirma.

—Lárgate.

—No lo haré. —Siguió comiendo, campante.

Las jovencitas apostaron entre ellas a que Isabel la pondría en cintura, mientras que las madrastras, las dos mujeres de Damir y Maya, apostaban por Jasna.

Una loba contra una humana.

La ventaja era evidente.

Sin embargo…

De la garganta de Isabel, brotó un gruñido atronador.

—¡QUE TE LARGUES! —gritó a todo pulmón. Su copa se ladeó y esparció el contenido del jugo en el mantel y sus cubiertos cayeron al piso, al levantarse de forma abrupta.

Las mujeres arquearon las cejas. *El cambio* se estaba manifestando muy rápido.

—Jasna —Sebrenka la llamó—, obedece o te la verás con el Alfa. Recuerda *lo que eres*… —Sacarle en cara su poca valía, fue de enorme placer para la Primera Viuda. En esto aplaudía a la humana ordinaria de poner en su sitio a esa zorra. Stanislav fue un imbécil que las obligo a comer juntas durante décadas.

La aludida dejó la servilleta a un lado de su plato y corrió la silla hacia atrás para levantarse. Esa afrenta se la iba a cobrar bien caro.

*****

Luego de un desagradable desayuno, Isabel se encerró en su habitación. Del despacho sustrajo el libro que dejó pendiente para continuar leyéndolo recostada en la cama. El enfrentamiento verbal

que sostuvo con la *servidora sexual*, la puso de peor humor; Anna intentó hacerla sonreír, sin conseguirlo, al comentarle que lucía preciosa con el vestido floreado y que la gestación la favorecía. Isabel había perdido los ánimos para conversar; de hecho, desde que Everett se marchó a dormir en la habitación de huéspedes, se mantenía pensativa.

Él no se unió a ellas en la mesa del comedor, los hombres de la casa tendían a comer fuera o más temprano, según lo comentado por Anna cuando le llevó un vaso de leche y galletas, pero que Isabel rechazó por estar inapetente, odiando cada vez más estar en Kenai.

No sabía si era la casa, esa gente venenosa o el pueblo, pero los cambios constantes de Everett, lo alejaban de ese hombre sensible que ella tanto amaba.

Se marchó a primeras horas de la mañana para no confrontar a Jasna, que estaba bajo el mismo techo y que también se levantaba temprano para desayunar. Era sencillo cortar la cabeza de la serpiente para que dejase la intriga, pero en vez de esto, se esfumó sin informar a nadie a dónde iría.

—No cambies, por favor; no pisotees lo que siento por ti —expresó para sí misma. El libro lo tenía en su regazo; las almohadas alineadas a su espalda, sus piernas cubiertas por la cobija y la cortina de la ventana, descorrida para que los tres picos montañosos la saludasen desde la distancia.

Suspiró y la tristeza la invadió.

¿Estaría dispuesta a padecer el mismo sufrimiento que Winona Rogers por Stanislav Brankovic?

Lo meditó y lloró.

No. No lo haría.

Unos toques suaves anunciaban que alguien estaba detrás de la puerta de la habitación.

Olfateó y supo de quien se trataba.

—Adelante, Anna. —El aroma de la chica –a través del orillo de la puerta– le había llegado a Isabel, como si la tuviera a su lado. Desde que estaba embarazada, los olores se habían intensificado.

Anna entró y con una leve reverencia hacia la mujer, anunció:

—Señorita Isabel, abajo hay visitas. Desean saludarla.

La joven frunció el ceño.

—¿Quién? —A menos que fuese Camila, lo que dudaba, no conocía a nadie que quisiera visitarla. Para todos, era una omega extraña.

—Los Obrenovic.

Isabel soltó el aire de sus pulmones con pesadez. Seguro era algún matrimonio que se ponía a las órdenes para congraciarse con el Alfa y luego le deslizaban un pedido por debajo de mesa.

El de Radojka aún estaba pendiente.

—Diles que en un minuto los atiendo. —Tenía que arreglarse. Se había quitado el vestido para que no se arrugara al recostarse.

En vez de un minuto, empleó cinco para peinarse y retocarse el maquillaje ligero que mejoraba su semblante. La puerta del baño había sido reemplazada por un sujeto que recibió órdenes de Everett, mientras ella desayunaba con las brujas.

Ingresó a la Sala Azul, donde Anna le indicó que se hallaba la pareja junto con su hija, conversando los tres con Sebrenka y Grubana, que habían salido rápido de sus respectivas habitaciones al enterarse por boca de otra de las empleadas, la llegada de la distinguida familia.

—Adelante, Isabel —Sebrenka la hizo pasar a la sala, con su actitud de «dueña de la casa»—. Ven para que conozcas a unos amigos de *tu prometido* —comentó, sin que le pasara por alto a la señora Obrenovic que la Primera Viuda se desligaba de cualquier tipo de relación amistosa con ellos. Por lo visto, aún no les perdonaba que su hija menor escogiese al joven heredero de la Tercera Esposa de Stanislav que al primogénito, quien perdió el derecho a sucesión por cuestiones ideológicas.

Los tres visitantes se pusieron en pie de sus asientos. El matrimonio le esbozó a la humana una sonrisa acartonada y la más joven, una chica rubia en sus veintitantos años y de ojos verdes, la escaneó de arriba abajo como si fuera un bicho raro.

—Un honor conocerla. Elías Obrenovic —se presentó el hombre, cuya estatura se elevaba por encima de las mujeres en la sala, y con algunas canas poco visibles que salpicaban su cabello claro.

—El honor es… mío… —Isabel replicó, estrechándole la mano y meditando para sus adentros que ningún «honor» sentía por estos, pero era consciente que se trataba de un saludo formal que hacía la gente cuando consideraba que el otro era importante o querían besarles el culo para luego beneficiarse con futuros favores.

—Mi esposa: Violet.

—Nos complace saludarla —la mujer expresó a la vez en que le extendía la mano a Isabel con aires finos y reverentes, rayando en lo exagerado. Grubana y Sebrenka intercambiaron miradas silenciosas, intuyendo de lo que estos se proponían.

Elías posó su mano sobre la espalda de su hija y con total orgullo, la hizo que diera un paso al frente para presentarla.

—Mi hija, Abby Rose —sonrió como si esta fuese alguna eminencia que Isabel debiera conocer.

—Hola. —No le dio la mano.

—Hola —Isabel contestó de igual modo y del que en el acto, sintió antipatía por la chica porque su mirada se dirigía a su abultado abdomen con cierta ojeriza. Sus ojos eran del mismo tono esmeralda del padre y la madre, quienes aportaron sus rasgos genéticos a partes

iguales. El hombre era alto y con garbo, y la mujer patentaba en las delicadas facciones de su hija, su belleza.

—Por favor, siéntense —Isabel les pidió, siendo ahora ella, la que se encargaría de atender a la visita, en vez de la otrora matriarca.

—La señorita Abby es la «ex» de Everett —Sebrenka soltó antes de que Isabel posara las nalgas en su asiento, afilando ella las garras para causar animosidad—. Creo que se iban a casar. Pero no sé por qué terminaron. ¿Por qué fue, querida? —Sus ojos negros se clavaron sobre la aludida.

Esta cruzó sus piernas con absoluta elegancia y en el instante en que iba a replicar con igual pedantería…

—Estoy seguro que serán excelentes amigas —Elías Obrenovic, interrumpió a la hija, en su afán de causar buena impresión en la hembra del Alfa. Los lazos habría que afianzarlos desde un principio.

Se miraron a las caras en un silencio incómodo. Sebrenka se mantenía de brazos cruzados y su frente en alto, como si observara desde su trono a la plebe relacionarse. Grubana sonreía despectiva, tamborileando con lentitud sus dedos estilizados en el apoyabrazos de su asiento, y el trío de rubios recién llegados, aguardando a que Isabel iniciara la conversación.

Pero ella no tenía idea de qué decir.

Elías miró a las dos viudas, luego a la prometida de Everett, y como ninguna de las tres hembras pretendía ser la primera en hablar, carraspeó.

—Permítame felicitarla —se dirigió a Isabel—. Nos enteramos de las buenas nuevas y *por lo que apreciamos*, va por buen camino.

—Gracias.

—¿Ya tiene fecha de parto? —la señora Violet se interesó.

—Eh —Isabel se removió en su puesto—, no…, no, aún no…

—A juzgar por *su robustez*, imagino que para mediados de junio.

—Yo creo que para principios… —Elías la corrigió—. ¿Everett planea tener más?

Isabel arqueó una ceja.

¿Everett?

Él no era al que se le iba a inflar la panza.

—De momento será uno.

El hombre cabeceó en desacuerdo con la humana.

—Tendré que aconsejarle a Everett que se anime con un mínimo de tres. De preferencia: machos.

—¿Qué pasa con las *hembras*? —A Isabel le desagradaba esa manera que tenían los hombres lobos, de expresarse con referencia al sexo de los niños o de una persona como si fueran animales.

Este sonrió desabrido.

—Las hembras son flores que embellece la casa, pero los machos

son de más utilidad. Una descendencia corta o de solo hembras, es perjudicial para una manada. ¿No es cierto, Sebrenka? ¿Grubana?

Las aludidas lo atravesaron con la mirada, pues ambas mujeres tuvieron un varón.

Isabel lo miró perpleja. Menudo cabeza-de-huevo era este, y la estúpida de la mujer, asentía como si lo dicho por su machista marido fuese una erudición.

—O sea que, ¿su hija es una *florecilla*?

El lobo que, captó la tirantez de la humana, rio incómodo.

—Por supuesto. Es nuestra exótica flor a la que debemos regar cada día para que sus pétalos se abran con delicadeza.

—¡Ah…! —Vaya forma tan rara de expresarse de la hija—. Entonces es… «delicada».

Abby Rose, que por sus padres debía permanecer en silencio a menos que le dirigieran la palabra, miró con desdén a la muchacha.

Le desagradó descubrir que la maldita estaba preñada.

Capítulo 57

A Isabel le daba mala espina esa rubia.

Y no por ser la ex de Everett, sino que en ella se reflejaba la animosidad que solo es producida cuando hay rivalidad.

Ambas se medían con la mirada; Abby Rose clavaba sus ojos verdes sobre los marrones de Isabel, que no se dejaban amilanar. Era un reto silente, casi mortal: los dientes apretados, las uñas preparadas para desgarrar piel o arrancar mechones de cabello; una invadía el espacio y la otra defendía lo suyo. El tiempo de la hija de los Obrenovic había pasado, ahora le correspondía a la de los García; la que todos detestaban por ser una simple humana sin abolengo, sin dinero o modales refinados. Era como era: sin máscaras y con los bolsillos rotos.

—¿Desean café? —Isabel se obligó en ser amable, pasando la mirada por los visitantes y por las dos madrastras que sonreían con cierto aire de suficiencia. Por muy detestable que fuera una persona o lobo, la cortesía nunca estaba de más.

—Para nosotros, no —contestó Elías por su esposa y su hija, con esa sonrisa engreída que competía con la de Damir y sin manifestar un «gracias». A estas no les consultó si les apetecía, puesto que este al rechazar, daba por sentado que sus acompañantes femeninas tampoco querrían.

Sebrenka y Grubana comentaron que habían tomado después del desayuno, lo que hizo que Isabel maldijera para sus adentros. Hubiera preferido que alguno de ellos, le manifestara el deseo, para así distraerse un poco al levantarse y buscar –con toda la lentitud del mundo– a Anna o alguna otra empleada del servicio y pedirle que llevaran hasta la sala, una taza de café. En cambio, todos declinaron la oferta con sus narices respingadas en alto y sus piernas cruzadas, cual reinas de belleza.

Hasta el machista.

—¿Té? —Oraba para que al menos la odiosa de Sebrenka, asintiera.

Las sacudidas de cabeza y sonrisa desabrida, fue la respuesta.

—¿Dónde lo conoció?

La ruda pregunta de Abby Rose, descolocó a la muchacha.

Esta se acomodó en su asiento, con la misma pedante posición de soberana: una pierna cruzada sobre la otra y mirada altiva.

—¿A quién, a *mi prometido*? —respondió con otra pregunta, captando por qué esta se la formulaba—. Bueno… —Se acicaló el

cabello con ademanes engreídos; si ellos eran odiosos, ¡ella era peor! —. Fue… –en una acera– en un cafetín en Nueva York.

Abby Rose hizo un mohín que expresaba incredulidad.

—¡¿Cafetín?! ¿Everett…?

—¿Qué tiene de raro?, ¿acaso no toma café? —Le provocaba escupirle: «y a ti qué te importa, pendeja. ¡Eres la ex!».

—Lo que nuestra querida hija intenta decir —Elías la increpó con una mirada de refilón—, es que no nos imaginamos al Alfa en lugares tan… —sonrió con desdén—, marginales…

Isabel casi resopla.

¿Este era serbio o mexicano?

El modo en cómo se expresó, le hizo recordar a las villanas de las telenovelas mexicanas.

—¿Un cafetín le parece «marginal»? ¿Por qué: por tomar café junto a otros *marginales*?

—Isabel, el señor Obrenovic no te está sacando en cara *tus orígenes humildes*, solo comenta —Sebrenka salió en su defensa, como buen abogado del diablo. Grubana, siendo la segundona, estuvo de acuerdo con un asentamiento de cabeza.

Este deseó haber aceptado la taza de café para tragarse la incomodidad. A su estúpida hija le iba a dar su merecido por abrir la boca, cuando no se le había pedido.

En cambio, Abby Rose estudiaba la apariencia de Isabel, con inquina.

Para esta, le costaba comprender, cómo es que Everett pudo fijarse en una bípeda sin aptitudes especiales. Ni siquiera era una loba omega de la que le gruñiría y esta obedecería. Provenía de las peores razas de humanos, desobedientes y desorganizados, que todo lo que toca, lo destruyen.

—Es que no lo digo por mí —replicó en el mismo tonito utilizado por la Primera Viuda—, sino que me sorprende su manera de hablar. Everett es un hombre que no necesita ataviarse de lujos, ni frecuentar lugares de «categoría», para darle distinción a su título de «Alfa». Él es un líder innato que se preocupa por su entorno y aprecia a su gente por sobre todas las cosas —incluso de ella—. Juzgarlo por la apariencia o por los bienes materiales que ostenta, es absurdo, porque, la persona que lo expresa, demuestra mayor interés por el dinero que por la capacidad intelectual que este pueda ofrecer.

—¡Everett! —la exclamación de Abby Rose, mirando por encima de Isabel, hizo que esta siguiera el trayecto de su mirada.

Se volvió para mirar hacia atrás.

—Hola… —lo saludó, cohibida de levantarse y darle un efusivo beso en los labios; más que todo, para que la otra supiera quién era su dueña.

Pero quedó quieta, recordando sus duras palabras:

«…no estás preparada para ser mi esposa».

Él bajó la mira hacia ella y dejó en su frente un tenue beso. Había retornado de la Isla Kodiak, donde sostuvo una charla privada con algunos representantes de las manadas vecinas.

Le encantó lo que Isabel expresó.

—Nos pusimos a las órdenes de su futura esposa —comentó Elías, poniéndose en pie en el acto, junto con Violet y Abby Rose que estaba por abrazarlo con todas sus fuerzas. ¡Se lo veía estupendo!

—Les agradezco el gesto —Everett replicó. Luego intercambió mirada con la joven rubia—. Hola, Abby —medio le sonrió—, tiempo sin verte.

Esta asintió con rapidez. Sus ojos lagrimosos, sus pestañas batiéndose coquetos.

Su corazón palpitando de la emoción.

—Digo lo mismo…

Sebrenka y Grubana –que seguían sentadas– observaban los celos que estaban por salirse de los poros a la humana. Isabel procuraba respirar suave, pero sus pulmones robaban grandes cantidades de aire para controlar el enojo que se revolvía en su interior. Estaba sentada apenas en el borde de la silla, apunto de levantarse y llevarse de allí a Everett, para que la exnovia de este, dejase de babear en la alfombra de estampados azulados.

Pero se comportaría como la bruja fría que podría ser.

La estaban educando muy bien.

—¡Oh, supe que pronto tendrán un lobezno!

—Bebé… —Para Isabel, fue inevitable replicarle a Elías Obrenovic. ¡Qué insistencia la de estos en *animalizar* a las personas!

Everett miró a Isabel y sonrió, causándole gracia que ella no se quedara callada. Corregiría hasta el mismo Alfa Supremo de las Tierras Americanas, si se referían a su bebé de esa manera.

Elías fingió reír, del que también fue secundado por Violet, para aligerar la tensión que se levantó en la Sala Azul. Abby Rose puso los ojos en blanco.

—Así es —contestó Everett, mientras se sentaba en el apoyabrazos del sillón donde estaba sentada Isabel. Su brazo en torno a ella, pegándola a su regazo—. No veo la hora para tener a «Erika» correteando por ahí…

—O «Erik» —su compañera de *asiento*, agregó, intercambiando con él una mirada socarrona. Niño o niña, ¿qué importancia tenía su sexo? Qué naciera sano.

Abby Rose casi hace sangrar las palmas de sus manos cuando enterró las uñas en estas, en un apretado puño. Ella debió ser la que estuviera sentada allí, embarazada y abrazando al que hubiese sido su

marido. Pero lo de Winona le impidió convertirse en la loba que ostentara el anillo que la adjudicara como propiedad de Everett Brankovic. En su lugar, estaba esa espantosa hispana de greñas secas y horquillas en las puntas, que hasta piojos tendría.

Aunque no le pasó por alto que esta no usase anillo de compromiso.

—¿«Erik»? ¿«Erika»? Esos nombres no son serbios, Everett —Sebrenka se escandalizó—. ¿De quién fue la idea?

—Mía.

—De los dos —Everett asumió parte de la decisión. Si él no hubiera querido que sus hijos se llamasen de ese modo, no lo habría permitido.

Isabel levantó la mirada hacia él y le sonrió. Un «perdóname por lo de ayer», estaba reflejado en sus ojos, mientras que Everett le expresaba en silencio, «perdóname tú, fui un cretino» y sus dedos le acariciaban la espalda con esas ganas de amarla.

—Qué horror…

—¿Por qué, Sebrenka? —Isabel la cuestionó, volviendo el rostro hacia esta—. Tener un nombre extranjero, no resta lo que sintamos por la patria de donde uno procede. Es lo que llevamos en el corazón.

—Para los serbios, las costumbres son vitales.

—Como los mexicanos o los latinos en general. Pero no andan con esas –*chingadas*– tonterías.

La risa odiosa de Elías Obrenovic, hizo callar la réplica de Grubana que estuvo a punto de increpar a la joven hispana. ¡A ver si se comportaba con más propiedad!

—Esto nos pasó lo mismo, cuando permití el nombre que Violet escogió para nuestra hija. «Abby Rose», no es para nada serbio, sino una combinación de dos nombres canadienses.

Las dos madrastras le dedicaron un «a ti quién te preguntó, metido», pero Everett le esbozó un silencioso «gracias», del que Violet se regocijaba para sus adentros por el oportuno comentario de su marido.

—Mi nombre tampoco lo es —Everett le hizo ver a la madrastra—. Mamá insistió en que me llamasen así.

—Del que Stanislav luego se arrepintió…

—¡Eso no es cierto! —la gritó. Sus dedos dejaron de acariciar a Isabel. Se valía de lo que fuera para apuñalarlo donde más le dolía.

—Winona fue una querida amiga a la que siempre extrañaré —Abby Rose expresó al instante para aplacar los ánimos caldeados de su querido lobo—. Me dijo una vez, que al señor Stanislav le complació el nombre que ella escogió, porque era el de un líder.

Everett le sonrió.

—No lo sabía.

Esta suspiró.

—La hubiera querido como a mi madre, de habernos… —bajó la

mirada a sus manos, dejando en el aire lo que le quería decir a Everett.

«Casado».

Isabel adivinó, al igual que los demás en la sala.

Elías le dio una mirada de felicitación a su hija. ¡Por fin había dicho algo acertado! La visita a esa molesta humana, fue arriesgada, pero dio excelentes resultados. El Alfa la miraba como dispuesto en volver a abrirle las puertas de su casa.

Capítulo 58

—¿Aún se lamenta por eso?

Cada uno de los músculos de Isabel, los tenía tensos por el amor que la joven loba seguía sintiendo por Everett. Sus hombros eran piedras y sus palabras, hiel. Prácticamente esta le declaraba a ella en la cara que estaba allí para recuperarlo.

—Isa, fue solo un comentario… —Everett oprimió con suavidad su hombro para que, también con esta acción, expresarle en silencio que controlara los celos.

—Por supuesto, *mi cielo*… —esbozó una sonrisa falsa—, sé muy bien que es un comentario, porque, de otro modo…, lo interpretaría como que te estuviera lanzando una indirecta. ¿Cierto, *Abby*? —se dirigió a ella con la misma sonrisa postiza de político cínico; sus ojos, dardos invisibles que le lanzaba por resbalosa.

La rubia se removió en el asiento, descruzando y volviendo a cruzar con elegancia sus níveas piernas.

La humana la quería poner en un predicamento.

—Jamás digo indirectas —respondió arriesgándose a que después su padre la golpeara o ese insecto fácilmente de aplastar, la echara de la casa.

Isabel gruñó bajo.

Una fiera a punto de atacar.

—Entonces, lo que dejaste de decir, es lo que intuyo: aún se lamenta de no haberte casado con Everett.

—Isa…

—¡No, no…! Deja que ella hable —interrumpió al aludido, que se levantó del apoyabrazos del sillón, pugnado en lanzar a Isabel sobre su hombro para encerrarla en el dormitorio—. Me imagino que se habrá tragado esas palabras por mucho tiempo. ¡Pobrecita! Permitámosle que nos comente qué piensa al respecto de nosotros, pues como ahora yo ocupo su lugar…

—Mi hija amó al Alfa con todo su corazón, ha sido difícil para ella superarlo. Le ruego, la disculpe —Elías replicó al instante, acallando cualquier tontería romántica que su hija pudiera vomitar. De muy buena fuente se enteró que el hijo menor de Stanislav se había enamorado perdidamente de una humana que daba clases de ballet en una escuela para niñas adineradas, y si esta le lloriqueaba, prohibiéndole la cercanía de Abby Rose, sus deseos de unirse a los Brankovic, se irían al traste.

—A usted le gusta responder por los demás, ¿vedad? —Ni las dejaba defenderse por sí mismas. Él tenía la primera y la última palabra en esa familia.

—Isabel, ¡basta!

—Qué pena, pero no —le replicó a Everett, a la vez en que se levantaba del asiento, dispuesta a enfrentar la situación con aplomo—. A mí me dicen las cosas claras, nada con delicadezas o excusas. Quiero saber qué pretende esta… —señaló con ojeriza a la rubia— *señorita,* contigo.

Sebrenka y Grubana, se daban banquete con semejante bajeza de la hembra de Everett. Era ordinaria, contestona, de la que ellas no tendrían que fraguar planes maquiavélicos para que fuese repudiada; esta solita lo estaba provocando con su pésima actitud de omega ignorante. Le faltaba roce social con las castas más importantes, no se medía al hablar, lo primero que pensaba, lo escupía. Poseía un léxico vulgar que daba vergüenza ajena.

El mal gusto de Everett se patentaba al haberla escogido.

Por otro lado, Elías y Violet, también se pusieron en pie, preocupados de que, por culpa de esta, a ellos le cerrasen las puertas en las narices. Les convenía recuperar esa amistad que antes habían sostenido con el joven Brankovic, puesto que ahora, siendo él, representante de todos los lobos de varios condados, tendrían acceso a muchas influencias que favorecerían sus negocios.

—¡No pretende nada, solo expresó que apreciaba a mi madre! —Everett le contestó a Isabel, molesto por tener que aclarar delante de los demás sobre una relación que había terminado hacía tiempo.

—Que *la hubiese querido como una madre*, de haberse los dos… *casado*, Everett —lo corrigió con los dientes apretados—. Tu «ex» dejó el resto de lo que pretendía decir, flotando en el aire para que lo captaras. Pero lo captamos todos.

—Abby fue mi novia, pero se acabó. Que hayan venido a saludar y que ella expresara *lo que expresó*, no va a causar que te deje de querer.

—Señorita Isabel, no pretendí hacerle pasar un mal rato —Abby Rose tuvo que hacer un esfuerzo para no desfigurarle el rostro a la humana de un zarpazo, dolida de escuchar cómo Everett trataba de calmarla—. Solo dije eso porque es lo que siento. A la señora Winona la quería mucho y valoraba sus sabios consejos cuando Everett y yo pasábamos por duras situaciones.

—Winona soñaba con verlos casados —Grubana metió el dedo en la llaga, solo para joder—. De todas las lobas y humanas con las que su hijo se revol… se relacionó, Abby fue a la que más quiso. No sé qué habría pensado de ti. Eres… —Isabel y Everett rodaron los ojos con severidad hacia la madrastra— insegura.

El asentamiento de Sebrenka, dándole la razón a la Segunda Viuda

y las miradas despectivas de los Obrenovic, hizo que la joven se marchara de allí sin replicar. Se caerían las estrellas del cielo, se congelaría el infierno, pero a ella no la iban a ver llorar.

Quizás a Winona Brankovic le hubiera desagradado su temperamento, pues esta fue una loba sumisa que se sacrificó por el bien de su hijo. Pero Isabel era todo lo contrario a la progenitora del hombre que amaba, ¡era una guerrera que luchaba con escudos y espadas!, y se batía a duelo con quién fuera. Por supuesto, en ese instante no…, quería llorar a moco suelto, tendida en la cama y abrazando la almohada.

Ese trío de rubios le mostraron las cartas antes de ponerlas sobre la mesa: se presentaron para reanudar lo que antes hubo entre su prometido y esa resbalosa.

Estaba clarísimo.

—¡Isabel! —Everett la detuvo al sujetarla del brazo, justo en el rellano de la escalera para ir a la planta alta, e hizo que lo mirara—. ¡¿Qué carajos es lo que te pasa a ti?! —la reprendió en un susurro, de manera que los que se hallaban en la Sala Azul, no escucharan—. ¡Fuiste muy grosera!

—Sí, tal vez… —reconoció con voz rota—. Pero muy bien excusada.

—Esa no es la actitud, Isabel. Debiste ser más inteligente y no poner a Abby Rose en evidencia frente a sus padres.

—Si no quieres que esto vuelva a pasar, por aquí no la quiero ver más.

—Elías Obrenovic es uno de mis cercanos colaboradores y amigo personal. Hacerle ese desplante a su hija, sería como hacérselo a él.

—Y, ¿por qué «desplante»? A ver, dime.

—Isabel…

—Dime, Everett —se cruzó de brazos; su mirada altiva—. Porque yo solo pido no verla más por esta casa. No vamos a estar haciendo fiestas ni celebraciones que requieran su presencia, ¿no es así? Según tengo entendido, no te agrandan las celebraciones.

—De mis amigos, sí —recordaba la boda de la hija de Ma-cheil, para ese fin de semana.

—¡Ah!, vaya… Perdón, entonces, ve con tus «amigos» y tu *ex noviecita*, que debe estar *angustiadísima* por ti. Yo subo a mi habitación a –tragarse la rabia– leer un rato en la cama; de mi parte: despídeme de ellos, dígales, que *la visita estuvo fenomenal*. ¡Qué vuelvan! A ver si para la próxima les preparo galletas.

—Cielos, Isabel, ¡deja el sarcasmo!

Ella le dio la espalda y subió varios escalones, y cuando estaba por llegar hasta la galería, se volvió a él –quien la seguía con la mirada– para expresarle:

—No sé, Everett… No sé si es la casa, esta gente o el aire que respiramos, pero estamos cambiando. Y no me gusta.

Él abrió la boca para inquirirle qué fue lo que quiso decir, porque le sonó a amenaza, pero Isabel continuó por su camino, ya con las lágrimas nublando su visión.

Se introdujo rápido a la habitación y en dos zancadas se arrojó en la cama, soltando toda la amargura que llevaba dentro de su pecho. Como lobo alfa, Everett podría tener a la compañera que quisiera con tan solo tronar los dedos; muchas lobas y *zorras* estarían dispuestas a acampar frente a la puerta de la casa, con tal de ser la afortunada que escogiera. Abby Rose era una de estas, aunque su caso era especial, fue la que él quiso una vez y del cual Isabel ignoraba por qué terminaron.

Si bien, intuía que la muerte de la mamá y la caída en el Mastrangelo, debieron propiciar la ruptura, no fue la causa total para que ni siquiera se volviesen a saludar. Tuvo que haber sido un hecho mucho más grave a lo sufrido, Everett nunca le contó nada de ella, ni esa vez en la cocina en la que le reveló su pena. Abby Rose podría ser una resbalosa doble careta, pero se la veía que era una loba que aún lo amaba.

Ella hubiera estado a su lado, velando por su convalecencia y consolándolo por lo de su suegra.

*****

Horas después, Isabel se despertó a causa del terrible dolor que sentía en las entrañas. Se aovilló en la cama, sosteniendo su vientre por los calambres que sentía como si la estuvieran electrocutando por dentro.

Se volvió hacia Everett para alertarle lo que le sucedía, estaba en penumbras y la chimenea encendida, pero no lo halló a su lado, recordando al instante que él prefirió seguir durmiendo en la habitación de huéspedes. Tras llorar hasta que sus párpados se hincharon y secaron, se quedó dormida, sin darse cuenta a qué hora *los otros* se marcharon; supo por Anna –solícita ella, al llevarle una taza para apaciguar el disgusto– que estos siguieron conversando con Everett, pero que, en esta ocasión, lo hacían a solas debido a que la señora Sebrenka y Grubana, volvieron a sus respectivos dormitorios; una, para hacer una llamada telefónica y la otra, para su «sueño de belleza».

Adolorida, echó un vistazo a su móvil y así averiguar si estaba por amanecer o apenas iniciaba la noche. Hizo un mohín. Eran poco más de las ocho, había dormido toda la tarde y faltó a la cena. Aunque, no es que tuviese hambre o se molestase porque no la despertaron para comer, imaginaba que Anna –o Everett– respetó su profundo sueño y

la dejaron descansar en paz.

Emitió un quejido apenas audible por los retortijones que la hacían encogerse bajo las cobijas.

Esto le llamó la atención, ella no se había arropado ni pidió que encendieran la chimenea para aumentar la temperatura ambiental, solo se lanzó a la cama a llorar y llorar, hasta que ya no pudo más…

Se sintió húmeda.

—¡Ay!, pero que… —Enseguida se tocó por encima de las bragas y sintió un líquido que la humedecía. Descorrió rápido las cobijas, creyendo que se había orinado o roto fuente por haberse adelantado el parto, pero se sorprendió cuando halló sus piernas cubiertas de sangre.

Tembló.

¡¿Qué le pasaba?!

¿Por qué sangraba?

Las lenguas de fuego en la chimenea, le permitían observar con horror que había manchado hasta las sábanas como si le hubiera llegado la menstruación de manera profusa.

Pero ella estaba embarazada y sangrar, por lo general, no era bueno.

—E… E… ¡EVERETT! —lo llamó a todo pulmón, sus lágrimas se desbordaban, su corazón palpitaba angustiado. Su bebé… No lo quería perder—. *¡EVEREEEETT!*

Este, que estuvo encerrado en el despacho, meditando los sentimientos que se le revolvieron al ver otra vez a Abby Rose y lo que Isabel le expresó, corrió a toda velocidad hacia el dormitorio.

De una patada derrumbó la puerta.

Tan solo la había ido a ver hacia escasos veinte minutos.

—¡Mi bebé! ¡Mi bebé! ¡¡No lo quiero perder!!

Everett quedó un segundo paralizado, observando a Isabel bañada en sangre de la cintura para abajo. La miró con ojos exorbitados, sin saber qué hacer. Parecía la escena dantesca de un intento de asesinato; el vestido floreado que usaba lo tenía arremolinado hasta las caderas y sus bragas blancas, se tornaron rojas.

—Isa… —Al reaccionar, corrió hasta ella, revisando que no estuviera herida—, ¿q-qué tienes?

—Mi bebé… —lloró, le mostraba las palmas de las manos, temblorosas y manchadas de sangre. Al parecer había tenido un aborto espontáneo.

A Everett se le humedecieron los ojos y abrazó a su ángel, desgarrada en su dolor y lloró con ella por la pérdida. El fruto de su amor se había extinguido.

Detrás de ellos, las madrastras, las cuñadas, las sobrinas, las dos *servidoras sexuales* y el personal de servicio, se agrupaban en el umbral de la puerta, sobresaltados por los gritos.

Radojka sugirió que llamaran al médico que atendió a Stanislav para que revisara a Isabel, a pesar de lo que veían, y Anna junto con el ama de llaves, volaron hasta la cocina para preparar una palangana de agua tibia, por si acaso el médico lo pedía para asearse las manos mientras le hacía los curetajes a la humana.

Qué triste que esto le pasara. Tantas esperanzas puestas en esta y no pudo siquiera darle a su hombre, descendencia.

Al cabo de los minutos, Slavco Pavlovic, ingresaba al dormitorio principal, donde Isabel seguía recostada a un lado de la cama, llorando desconsolada y abrazada al pecho de Everett.

Sobre las ropas del menudo hombre, vestía bata blanca y sostenía su maletín negro. Lo puso sobre la mesita de noche al lado izquierdo de la enorme cama; el cabello canoso lo tenía alborotado por las prisas que tuvo en cuanto lo telefonearon, dejando atrás su rico pollo guisado con champiñones y coliflor que su esposa le había preparado. Manejó casi sobrepasando los límites de velocidad; los Brankovic siempre serían prioridad, debía atenderlos de inmediato, antes de cualquier otro paciente, era el médico de cabecera, por no decir que el único con la experiencia suficiente en lobos en Kenai.

Pidió a las lobas curiosas que despejaran el pasillo, al igual que el alfa, a quien le pidió que abandonara la habitación para revisar en privacidad a la mujer.

Este se negó rotundamente, pero Isabel no lo quería allí, le gruñó y lo echó como si fuera el culpable de lo que le pasaba.

—Descuide, señor, lo llamaré en cuanto termine de revisarla. Por favor…

Everett salió, dolido por el rechazo.

Recostó su espalda contra la pared al lado de la puerta principal, que fue puesta sobre el marco para tapar la vista del interior, y permaneció allí, con los oídos aguzados por si Isabel lo llamaba o necesitaban que la cargara para llevarla de emergencia al hospital. Radojka estaba sentada en el escalón que iniciaba el descenso por las escaleras hacia la planta baja, con la mirada puesta hacia la nada y de manera pensativa; Anna y el ama de llaves aguardaban cerca a ser llamadas por si el médico necesitaba más palanganas de agua o cambiar las sábanas por otras limpias, Jasna sopesaba en llevarse al despacho a Everett para que se tranquilizara, pues se lo veía que estaba por treparse en las paredes. Su pierna se sacudía convulsiva en el piso.

Tal vez, unas caricias y besos, le harían olvidar que la estúpida humana abortaba al híbrido.

Media hora después, Everett escuchó que el doctor Pavlovic lo llamaba.

Deslizó la puerta e ingresó con el corazón en vilo. Sus ojos rodaron de inmediato hacia Isabel, que parecía estar dormida y cubierta hasta la cintura con las cobijas.

Slavco le indicó a Everett que lo siguiera hasta la ventana, allí hablarían en muy baja voz para no despertar a la paciente, pues esta logró quedarse dormida por el agotamiento extremo de su cuerpo.

—Fue un susto —el hombre dijo—. Pero está bien.

Everett lo miró con prudencia.

—¿Y el bebé? Ella lo…

El hombre sacudió la cabeza y sonrió.

—No hubo; no expulsó al feto. Aunque es mejor hospitalizarla de inmediato para hacerle más valoraciones. La noto muy hinchada. Esto también es motivo de alarma.

—¿Y qué lo causa? —Sospechaba los motivos, pero se negaba en aceptarlos.

—Son muchos factores, algunos genéticos, pero también externos, como el estrés, el exceso de trabajo, la mala alimentación… ¿Ha tenido disgustos?

Everett bajó la mirada.

—Muchos.

Slavco puso cara de «eh ahí el problema, mi amigo».

—La hospitalizaremos unos días para monitorearla. Le aconsejo que en lo posible la mantengan serena hasta que haya tenido el parto. ¡No puede pasar más disgustos!, esto es un susto que podría repetirse y desencadenar en la pérdida del feto. Su prometida es humana y en su vientre gesta a un lobezno. Es mucho para ella soportar los abruptos cambios de los *canidae*. Si fuera loba, esto no le sucedería.

—Haré lo que me pida —replicó angustiado. Su cabello en puntas, sus ojeras oscuras y bastante notorias.

—Señor, Everett, no lo quiero alarmar, pero entienda que, la señorita García debe permanecer en absoluto reposo y evitar las relaciones sexuales hasta el nacimiento de su hijo. Colabóreme en este caso.

—Lo haré. —Estaba dispuesto a todo por ella.

Como llevarla de vuelta a Denali y renunciar al liderazgo.

Capítulo 59

Everett escuchaba paciente la increpación que Damir le daba por abandonar sus obligaciones como Alfa.

Sus manos se batían furiosas a las afueras del aeropuerto, donde logró darles alcance antes de entrar a las instalaciones. Minutos atrás, Everett le había comunicado su decisión, mediante una llamada que hizo desde el móvil que compró en Anchorage la vez pasada.

Kuzman llevó a Isabel a la Sala VIP del que los pasajeros adinerados ocupaban, mientras esperaban a ser llamados para abordar sus correspondientes vuelos. El helicóptero estaba en la pista de las aeronaves de menor tamaño; una cisterna pequeña lo abastecía de combustible. El piloto chequeaba que todo estuviese bien y el chofer-guardaespaldas, pendiente de la joven humana que seguía ensimismada y un tanto arisca desde que salió del hospital esa mañana.

El rostro de Damir lo tenía desencajado, perplejo de que Everett haya tomado una decisión tan a la ligera. Dejaba en entredicho la capacidad de mando de los descendientes varones de Stanislav, puesto que una vez se enterase la manada de su renuncia, perderían la fe en los Brankovic, debido a que incumplían sus promesas.

Por esta causa, habría revuelta entre los lobos vecinos; los líderes querrían asumir el mandato general de Kenai y las zonas cercanas al condado. Alaska era tierra de varios clanes que, hasta ese instante se toleraban, pero al observar que el más poderoso de esa zona, se debilitaba por falta de un alfa que los guiara, se abalanzarían sobre ellos para conquistarlos.

Esto desencadenaría en invasiones, saqueos, violaciones en masa, asesinatos, esclavitud…

—¿Siquiera has pensado en las consecuencias? —lo increpó con los dientes apretados. Sus ojos los tenía rojos por la rabia que centellaba. Cuando Radojka lo telefoneó, sobre el casi aborto de la humana, él tuvo un mal presentimiento, del que luego fue confirmado por el mismo Everett al recibir su llamada telefónica. Pensaba marcharse a Denali y darle la espalda a todo lo prometido, solo porque esa humana tuvo complicaciones con su embarazo—. Ranko volverá a reclamar el título —advirtió—, y esta vez será apoyado por los demás. Everett, quédate y arregla el desbarajuste que causaste con lo de los impuestos y los otros reglamentos, algunos se aprovecharán para su conveniencia. Que las hembras se encarguen de Isabel, estará bien con

los cuidados de las matronas. Llama a Blanka para que cuide de ella.

—Kenai no es lugar para Isabel.

—¡Y Denali no lo es para ti! —Un empleado del aeropuerto miró con severidad al elegante hombre, trajeado de gris, por sus vociferantes exclamaciones, y del que un gruñido tuvo como respuesta por pretender intimidarlo—. No puedes estar lejos de la manada, querrán consultarte por diversos asuntos. ¡Eres su líder, nuestro padre te escogió! ¡¡Hónralo siendo responsable!!

—No puedo, ella me necesita.

—¡Debes hacerlo! Te presentaste ante todos como el Alfa, y ninguno de los que han sido en la historia de los Brankovic, ha renunciado. No deshonres el apellido, lo hemos forjado con sudor y sangre, y tu condescendencia hacia la humana, será nuestra ruina.

—¡Está débil y mi hijo no-nato podría morir! ¿Crees que dejaría que eso pasara por la «honra» de nuestro apellido?

—Pero sí por tu gente. Everett, mírame, hermano —buscó su mirada al poner una mano sobre su ancho hombro—. Muchas vidas dependen de ti: lobos, ancianos, cachorros… ¿Qué serán de ellos, si decides abandonar? Soy inteligente, pero no fuerte; Ranko me doblegará al primer puñetazo. ¿Sabes qué les pasará a mis esposas, a mis hijas o a Jevrem? A mi hijo lo más probable, es que él lo mate, porque mi buen Jevrem no se quedará de brazos cruzados; mis esposas serán sus sirvientas y mis hijas, mis… hijas, Everett…, a ellas ese maldito las prostituirá. No, hermano, renunciar no es aconsejable.

Abrumado, Everett se sentó en el escalón más alto que da acceso hacia las puertas del aeropuerto, y se inclinó hacia adelante para posar sus antebrazos sobre sus rodillas, mientras Damir permanecía de pie a su espalda. No había considerado las repercusiones que esto tendría, pensó que su hermano o un tío se encargarían y todo continuaba con normalidad, pero los alegatos de Damir eran certeros: quienes padecerían serían los más débiles, porque a los más fuertes los asesinarían.

—Llevaré a Isabel a Denali hasta que nazca el bebé —dijo—, luego retornamos a Kenai. Si necesitan consultarme, que me busquen a mi casa, pero solo para asuntos de extrema importancia; tú te encargarás de lidiar con el resto.

—Necesitaré a Jevrem…

—No.

—A parte de ti, es con el que más confío.

—¡Pero yo no confío en él!

En contra de sus engreídas costumbres de no posar el trasero en cualquier parte, Damir se sentó al lado de Everett, e imitando la misma posición que este, le comentó:

—Muy bien, Everett, vuelve a Denali —dejó de insistir en lo de

Jevrem—, pero haznos a todos, un favor—: no te cases con esa humana, trae problemas.

Los ojos de Everett rodaron severos hacia este.

—¡¿Cómo te atreves a decirme eso?! ¡Amo a Isabel por sobre todos ustedes! Lo que le sucedió, fue por haberla descuidado, debí velar más por ella, pero la dejé sola con todas esas hienas mientras yo estrechaba manos e impartía órdenes…

Damir asintió como para darle la razón, aunque no la tuviera.

Un taxi estacionó al frente y una azafata de rasgos asiáticos descendió del vehículo, capturando su atención. Tenía las piernas largas y unas curvas que prometían deleitarlo con su desnudez. El taxista abrió la cajuela y extrajo una pequeña maleta rodante de la que enseguida la mujer, tomó.

—Perdona, pero debo serte sincero —replicó, mientras seguía con la mirada a la azafata que le obsequiaba a Damir una coqueta sonrisa y de la que él suspiraba para sus adentros, pues no era el momento indicado para llevarla a la cama—. Isabel es una hembra excitante que podría darte una docena de hijos –si es que le daba–, pero no se mide al hablar. Es tan explosiva que causaría conflictos entre los clanes con solo saludar. Debes contraer nupcias con una loba recatada; no con una humana que es deslenguada.

—No te refieras a ella de esa manera.

—Es lo que piensan todos.

—¡Pues no me importa si lo es!

Damir se levantó y miró a su hermano desde su propia altura. Si como consecuencia de hacerle entrar en razón, recibía un puñetazo, con gusto lo soportaba.

—Admítelo, Everett, el altercado con los Obrenovic no puede volver a pasar. ¿Te imaginas que se comporte de la misma manera con un representante de Crowell? ¡La mandarían a matar! Y a ti por defenderla.

—El embarazo la altera —la excusó—, y yo no he estado con ella como le he prometido. Así que es injusto que la señalen, cuando parte de la culpa también ha sido mía.

—Lo que pasó con esa familia, no fue por tu culpa; mi madre me contó, a Isabel hay que darle unas clases urgentes de diplomacia.

—Me gusta cómo es.

—¿Y por eso las cosas entre ustedes dos están de mal en peor? —le sacó en cara—. Y no…, *mi madre* en esto no me dijo nada; los he escuchado en sus constantes discusiones. Hasta la cocinera está al tanto de sus peleas domésticas.

Cansado de las increpaciones, Everett se irguió, mirando directamente a los ojos a su hermano.

—No cuestiones mi relación con Isabel, cuando tú padeces con *tus*

dos mujeres por infiel —espetó con ojeriza, habiéndose dado cuenta de las miraditas que Damir le dio a la azafata—. La crisis que estamos pasando, la podemos solventar. Por eso nos marchamos a Denali. Te concedo que dejar mi cargo fue apresurado, hay muchos factores pendientes que requiere de mi constante presencia; sin embargo, haré este paréntesis por el bien de mi mujer y el de mi hijo.

—Está bien, hermano, agradezco que razonaras. Nos estamos comunicando. El sábado asistiré con Radojka y Vesna a la boda de la hija de Ma-cheil. ¿Tú vas a asistir?

—Aún no sé; tal vez no lo haga.

—¿Por Isabel? Te aconsejo que asistas. Ese yakaramath se ofende por nada.

Everett no replicó, sino que le dio una palmada en el brazo, como despedida y se dirigió hacia la Sala VIP, donde Isabel y Kuzman, aguardaban.

Al llegar, halló a Isabel, sentada en uno de los sillones, bajo la ventanilla del techo del aire acondicionado y leyendo el libro favorito de su padre. Le sonrió, pero ella se hizo la desentendida sin levantar la vista de las páginas, manteniendo el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Tienes calor? —la observó. Se había quitado el suéter y los zapatos tipo-bailarina. Sus pies y tobillos estaban hinchados.

—Un poco —dijo sin mirarle.

—¿Has comido algo? Isabel… —No respondió, pero Kuzman parado cerca de la puerta deslizante, asintió—. ¿Te traigo una bebida fría?

—Ya tomé —fue todo lo que dijo. Kuzman estiró los labios en esa sonrisa de «te acompaño en la pena». El malhumor de Isabel era inaguantable.

Everett consultó su reloj y le pidió al leal lobo, para que averiguase si ya era hora de partir. Estaba impaciente por volver a su querido bosque y respirar aire puro. Tal vez, estando lejos, su ángel gruñón volviese a ser la misma achispada chica del que se enamoró. Estarían solos, sin intrigas de terceros ni señalamientos que censurasen sus acciones. Se relajarían y reirían a carcajada batiente, andarían desnudos por la cabaña, comerían hasta atragantarse, dormirían a sus anchas, se amarían hasta el amanecer…

No, esa última parte no.

Nada de sexo.

Le haría mimos en compensación.

Ocupó el puesto que estaba vacío y se la quedó mirando, esperando como niño regañado a que lo mirase. Pero ella seguía «sumergida» en la lectura, sus dedos apretaban los extremos del libro y su ceño se tornó una línea severa.

—Hablemos, Isabel.

—No.

—Deberíamos…

—No.

—¿Seguirás así? Llevas dos días sin hablarme.

—Sí.

Everett soltó con pesadez, el aire de sus pulmones.

—En cuanto lleguemos: hablamos —replicó molesto—. Porque me estoy cansando de tus monosílabos. Sé que…

—Déjame leer.

Él se tragó una palabrota. No debía hacerla enojar.

—Está bien. Lee…

Se enfurruñó en el asiento con ganas de increpar al primer idiota que se le cruzara por el frente, y se concentró en la programación que pasaba en ese instante por la televisión, pegada en la pared de la sala de espera privada. Pasaban una película, era algo de fantasmas y cunas de bebé, cuya cámara de vigilancia filmaba la habitación en donde este se hallaba. Las horas pasaban, según la cámara, el bebé estaba despierto, inquieto, se acurrucaba, se levantaba ayudado de los barrotes, miraba hacia la nada, levantaba los bracitos, luego flotaba.

¡Carajo!

Nota mental: instalar cámaras en el dormitorio de Erik o Erika.

No creía en fantasmas, pero por si acaso…

Volvió a rodar los ojos hacia Isabel, esta pasaba las páginas con algo de rudeza, lo hacía en un período menor a un minuto, leía muy rápido, deslizando la vista por las líneas impresas como si fuese un robot.

—¿Es bueno? —Se animó a preguntar. Si tocaba el tema de lo que a ella le gustaba, quizás le hiciera una reseña de la historia, así a él le produjese sueño.

—Sí.

—¿Y de qué va?

—Del sujeto que muere por no dejar leer…

Everett puso los ojos en blanco. Al menos, hizo que le respondiera sin monosílabos.

Por cuarenta y ocho horas, Isabel estuvo ingresada en el hospital, hasta que el doctor Pavlovic consideró que le podía dar el alta. Las enfermeras estuvieron vigilándola a toda hora y Pavlovic pasaba a observarla, dos o tres veces al día. El sangrado que tuvo fue bastante profuso, preparándolos a ambos para un desenlace funesto. Aun así, Isabel había logrado contener al lobezno a pesar del pronóstico.

—Dame el control remoto —le ordenó al encargado, ubicado detrás del área de atención a los pasajeros. Ya vio suficiente de esa película fantasmal.

—Sin hipnosis, Everett. —A Isabel no le gustaba que él se aprovechase de los demás, mediante ese don que tenía por ser hombre lobo.

Este estiró la mano para recibir el aparato que el encargado entregó sin rechistar y del que los otros pasajeros tuvieron que morderse la lengua, pues el sujeto de greñas alborotadas a lo Tarzán, aparentaba ser violento.

—Quiero ver otra cosa —contestó, mientras apuntaba hacia la pantalla, cambiando los canales a la velocidad de la luz. Nada le gustaba: películas románticas, de vaqueros, de dinosaurios, de astronautas, románticas de nuevo, de policías, románticas una vez más, de ciencia ficción, románticas…

Hasta había una de vampiros que casi le produce arcadas.

El protagonista brillaba.

Ni el futbol le agradaba.

Le entregó el control a una anciana. Esta le agradeció con una sutil sonrisa y sintonizó una película romántica.

—Señor, Everett. El helicóptero ya está listo. Podemos abordar.

—Gracias a Licaón. —Si permanecía allí, veinte minutos más, entre la parquedad de Isabel y los besuqueos en la pantalla, se cortaba las venas.

Ayudó a Isabel a ponerse en pie, no cargaba consigo equipaje ni bolso de mano. Su embarazo comenzaba a notarse a leguas, el vestido amplio que ordenó le trajeran a ella, de una de las *boutiques* de Kenai, la hacía lucir muy maternal.

—No te los pongas —le dijo a Isabel, en cuanto ella intentó calzarse los zapatos, observando que sus pies parecían dos patatas gordas.

—Caminaría descalza por el aeropuerto. Qué pena… —Aunque le tentaba hacerlo, los zapatos le apretaban. Quiso observarse los pies, pero su abultada barriga se lo impedía—. Además, no quiero que me vean los… —engarruñó los dedos.

Everett miró los pies sin comprender su vergüenza.

—Qué te vean, ¿qué…?

Ella miró a la anciana que Everett le entregó el control remoto, luego al encargado de la Sala VIP que la miraba de refilón y a una pareja joven que se enfocaron en sus pies con curiosidad, para saber de qué ella hablaba.

—Los callos... —lo dijo tan bajito que nadie –salvo Everett– escuchó.

Él los volvió a mirar y rio.

—¿Qué callos?

—Los… —alzó un pie para que Everett lo viera y tamborileó los dedos en el aire. Estando así, tampoco podía verlo—. Me da pena que me vean que tengo…

—Tus pies son bonitos; *hinchaditos*, pero bonitos.

—No seas tonto, sabes a lo que me refiero: los callos y los juanetes.

Rio.

—No tienes ni uno.

—Sí tengo, así que no me vengas con mentiras.

—Señora, permíteme su polvera —le sonrió a la anciana. Esta hurgó en su bolso ante el mandato del apuesto caballero y se lo entregó diligente.

Isabel lo increpó con la mirada.

—Deja de hipnotizar a la gente. No está bien.

—Solo le pedí con amabilidad… —esbozó una sonrisa genuina, feliz de volver a la normalidad con Isabel.

Abrió la polvera de la anciana y apuntó el espejo hacia los pies de su mujer para que pudiera verlos.

Esta jadeó.

—Yo siempre los he considerado bonitos, pero ahora son espectaculares.

Isabel no daba crédito a sus ojos. ¿Le habrían inyectado algo que provocase esto como efecto secundario o tal vez era…?

Se preocupó.

—Everett, hablamos al llegar. —Tenía cambios significativos que la angustiaba. Y sus pies libres de callos, juanetes, manchas y cicatrices, era uno de estos.

Capítulo 60

—No iré hasta allá, me morderán. ¡Está bien! ¡Está bien! Iré…

Arturo trató de oponerse a lo que Ranko le había ordenado, pero en cuanto este le mostró los dientes con ferocidad, cambió de parecer al instante, temiendo más que el gigantón lo despedazara por desobediente, que aquellos salvajes que habitaban por las cercanías de las montañas.

Tras lo de Canadá, ambos tuvieron que desplazarse sin detenerse mucho tiempo en un lugar, yendo en sentido oeste hacia los bosques de Alaska. Vladan debía de estar furioso, dándole cacería; un esclavo y un exiliado, confabulados, quien sabe para qué, levantaba suspicacias; aunque no sería de echar mucha cabeza para adivinar que se movían por la inquina hacia el cabecilla de los *kenayenses* y su mujer.

Esos dos fueron los causantes de que a Ranko le arrebatasen el mando y que a Arturo lo enviaran a la fuerza a un fortín repleto de homosexuales que hicieron fiesta en su trasero.

Debido a ello, se andaban con cuidado. Durante varios días cazaron todo lo que se movía en cuatro patas y dormían apenas un par de horas, atentos a los ruidos emitidos entre los arbustos. Asumían que Vladan informó a Everett Brankovic, vía telefónica o mediante un mensajero; lo que fuera, ya este debía estar al pleno conocimiento de la alianza entre el hermano mayor y su cuñado.

Arturo obedeció reticente y emprendió la carrera a través del parque estatal a pesar de que el estómago le gruñía y los pies descalzos le dolían. No se había cambiado de forma, Ranko le advirtió que, como lobo, su pestilencia incrementaría y alertaría a los *Canis lupus*, siendo estos los vigilantes naturales de los moradores que dominaban dicha zona boscosa. Así que tenía que aguantarse el hambre y el cansancio, y correr como humano, embarrado de la cabeza a los pies, para evitar ser detectado por el olfato de esos caninos que lo perseguirían a él por varios kilómetros, si no obedecía a cabalidad. Tenía sueño atrasado y un humor del que le provocaba querer asesinar a todo lo que tuviera dos patas en vez de cuatro. Ranko le quitó la «correa» para que echara un vistazo a las tribus cercanas y contase el número de *Homo Canidae* que hubiese en las aldeas; si estos se enteraban de la presencia de invasores, por más veloces que fueran, serían rodeados y despedazados.

La misión a cumplir era peligrosa y Arturo carecía de armas o refuerzos que le apoyasen en caso de ser descubierto. Podría escapar y

largarse hasta Pekín; tomaría un barco o un avión, nadie lo detendría, mantendría un perfil bajo; se escondería, cambiaría de identidad, se teñiría el pelo o lo que fuera para borrar su rastro. No obstante, Ranko lo había amenazado con perseguirlo hasta el confín del mundo, si le dejaba el pelero.

Y Arturo le creía.

La orden para él, fue clara: contar.

Cuántos eran machos y cuántas, hembras. Edades y el radio de vigilancia en la que estos abarcaban.

Algunas tribus eran más feroces que otras. Unas eran pacíficas, siendo las más vulnerables, pero contaban con el apoyo de las tribus aledañas con las que comerciaban o mantenían tratos desde hacía años.

Estando solo era más fácil de pasar desapercibido que merodeando en compañía de un fortachón, cuyo olor, percibirían desde el otro lado del bosque.

Si todo salía bien, el premio que le darían, compensaría sus días en que estuvo encadenado a ese maldito árbol, puesto que la presa que había pedido para saciar su venganza, sería su propia hermana.

Capítulo 61

—¡Señorita Isabel, luce…!

—Como un globo, lo sé —la aludida graznó a Mila, quien salió a la puerta a recibirlos. Sostenía en una mano los zapatos de bailarina y en la otra, el libro que estuvo leyendo. Everett la ayudaba a subir los escalones, le costaba caminar y sus pies descalzos le dolían como si hubiera corrido kilómetros.

El ama de llaves se sorprendió de observar el avanzado estado de gestación de la humana, puesto que, por lo «normal», debería tener un leve abultamiento en su vientre, no como si estuviese en la etapa final. Preguntó con la mirada al Alfa, quien lucía algo demacrado, pero este le devolvió un silente, «luego le cuento», y condujo a la joven hacia el segundo piso.

Isabel hizo un mohín al fijarse en los escalones a saldar para llegar a su habitación, y antes de poner un pie en el primero, Everett la levantó entre sus brazos, ganándose por parte de ella un «gracias» y «debo estar pesada», a lo que Everett, creyendo ser gracioso, puso cara de hacer un sobrehumano esfuerzo por soportar tanto peso, pero lo que consiguió fue que ella lo mirase con rabia.

—Como que hoy vas a dormir en el gallinero —Isabel lo increpó. Comprendía que él bromeaba, pero estaba tan sensible con su aspecto y sus hormonas, que la menor broma le parecía pesada.

—Pasaría frío —replicó mientras cruzaban el pasillo hacia la habitación.

—Tú jamás pasas frío. Te gusta hasta bañarte en esas aguas heladas —del que se le antojaba remojar sus pies, sentada a la orilla del riachuelo.

Everett cruzó la puerta que estaba abierta y dejó a Isabel con cuidado a un lado de la cama; esta se levantó al instante, se llevó una mano a la espalda baja y emitió un quejido de dolor.

—Estoy apaleada, me duele hasta las pestañas. —En su rostro, el cansancio se reflejaba. El vuelo en helicóptero entre Kenai y Denali fue rápido, pero el trayecto en el Jeep desde los límites del bosque hasta la cabaña, fue tortuoso. El condenado vehículo saltaba por el rustico camino. Goran fue el encargado de recogerlos, condujo acompañado de Lazar, también sorprendidos por la monumental panza de la hembra de Everett; eso era extraño, ni siquiera llevaba el primer mes de embarazo y ya estaba que reventaba. Por lo visto, tendrían un lobezno prematuro.

Y ese tipo de parto no era bueno.

Kuzman viajó con la pareja, colaborando con las bolsas para el vómito y haciendo llamadas –al móvil secreto del ama de llaves– para asegurarse de que todo en la cabaña estuviese organizado para recibir a la futura mamá y al propietario. Mila estaba al tanto de lo que ocurría con la humana, el chofer se lo había comunicado antes de abordar el vuelo, para que tomara medidas pertinentes en caso de un sorpresivo parto.

Las matronas yakaramath habían sido convocadas para que cuidaran de Isabel y asistieran al momento del nacimiento del primer hijo del Alfa; un favor que eternamente Everett le debería a la tribu asentada desde hacía más de un siglo en las cercanías de las montañas. El doctor Pavlovic no viajó con ellos, por una operación de última hora que se presentó con un paciente; su juramento como médico le impulsaba en atender primero la emergencia, luego tomaría el helicóptero de la familia que lo llevaría hasta la residencia ubicada en medio de los frondosos abetos de la reserva de Denali. Isabel García se mantenía estable, la orden impartida por este debía respetarse a rajatabla: tranquilidad, reposo, buena alimentación y abstinencia sexual.

Isabel bostezó y se rascó la barriga.

—Tengo hambre —apetecía un platillo que de repente se le hizo que sería apetitoso.

—Le diré a Mila que te prepare algo. ¿Qué quieres comer?

—Pollo con miel.

Everett la miró perplejo.

—¡¿Con miel?! —*¡Ew!*—. Isa, nada de mezclas raras, por eso vomitas. —El emparedado que comió hacia unas horas, constaba de huevo escalfado, rodajas de tomate, jamón, queso, pollo, carne y tocineta.

—Se me antoja el pollo con miel. Frito, más bien…

—¿Pollo frito? Eso es grasa.

—Pero quiero pollo frito y con mucha miel.

Everett puso los ojos en blanco.

Mujer mandona y tragona. En lo que iba del día, había comido cinco veces.

Por encima del vestido, Isabel se arregló el sujetador que le apretaba justo debajo de los senos. Luego las tiras, después abanicó sus piernas con el faldón, tenía calor, una gota de sudor caía de sus sienes; el vestido era mucha ropa para esas altas temperaturas.

—Me ayudas con la cremallera? No alcanzo… —intentó llevar la mano hacia atrás para deslizar ella misma *el carrito*, pero le costaba, habiendo perdido esa elasticidad de cuando estuvo delgada.

Everett lo deslizó hacia abajo con suprema lentitud. Desvestir a una

mujer, era de los momentos que más le encantaba, pues el misterio de esta poco a poco se develaba: ¿qué usaba bajo esas ropas? ¿Cómo son sus prendas íntimas? ¿De qué color son sus bragas? ¿Son de encajes o de algodón?

Tras bajar la cremallera, el vestido se arremolinó a los pies de Isabel. Lo que reveló a continuación, no fue una provocativa tanga ni un camisón de seda, o una diminuta blusilla de encaje que cubriese los senos, sino ropa interior para abuelitas.

Un enorme sujetador ancho y unas bragas que parecían carpas.

Aun así…

Le besó un hombro y luego el otro, percibiendo de este modo el exquisito aroma de la piel de la joven morena.

A pesar de su gruesa figura, seguía siendo hermosa. Sus mejillas regordetas y sonrojadas, sus grandes senos que aumentaron dos tallas y del que si los tomaba con una de sus grades manos, apenas los abarcaba. Lucía como una *vedette* en lencería maternal, provocándole quitárselos y follarla en el piso. La tela delgada del sujetador, transparentaban las areolas y las dos piedrecillas que parecían dos tentadores chupones que lo invitaban a probarlos y devorarlos.

Se relamió y tragó saliva.

Lucía muy sexy.

—Alcánzame un pijama. Quiero estar cómoda.

Él obedeció y abrió la gaveta que guardaba parte de la ropa de cama de Isabel, tomó unos pantaloncillos y una franelilla, y al mostrárselos, ella hizo un mohín.

—Eso no me va entrar. Revisa si tengo un juego más ancho.

Hurgó.

—¿Este? —Con las dos manos estiró un pantalón de algodón, cuya cinturilla era elástica, pero por la cara arrugada de Isabel, le indicaba que por más que estirase la prenda, no pasaría de sus muslos gordos.

—Tengo una bata rosada. Tal vez, esa me quede. —A parte del juego de sujetadores y bragas extra-grande, debió haberle pedido a Radojka que le comprase un par de pijamas para embarazadas. La mujer se puso a las órdenes mientras estuvo en el hospital para lo que necesitase.

Everett revolvió en la gaveta y la halló al instante.

Se la entregó.

—¡Ay, no!, me queda pequeña. Estoy como un globo… —se quejó haciendo pucheros. La bata de ositos cariñositos con fondo rosado, del busto no pasó.

—Como un *globo*, no. Como un globo bonito, sí.

—Tontorrón —lo miró mal y Everett rio, abrazándola en el acto para consolar su frustración—. Te burlas de mí, porque nada me queda. —Rezongó pegada a su pecho. Pasaba por el mismo

predicamento que cuando la cita. En ese entonces, no tuvo nada que ponerse, estando a punto de cancelar la cena que tendría con Everett en Outlook. Camila fue su hada madrina que la salvo de no asistir a dicho encuentro romántico.

Y la maleta repleta de soberbios vestidos y picantes *negligés*, solo los usaría cuando saliera de la panza.

—No hago eso —buscó su mirada—. Es solo que me causa gracia que… Eh… —se rascó la nuca, Isabel estaba que echaba chispas—. Anda desnuda, no tengo problemas. Así es más cómodo.

—¿Y mostrarle mis *tetotas* a los trogloditas? ¡No, que va…!

Everett besó el tope de la cabeza de la joven atribulada, si ella no le comenta, él no se percata de ese hecho. La desnudez para los lobos era tan natural, que el morbo no tenía cabida. Pero como se trataba del pudor de su mujer, la comprendió.

—Déjame buscar algo. —Volvió al armario y de las gavetas superiores, extrajo una de la colección de camisetas que poseía por docenas.

Mientras se acercaba, enrollaba con los dedos la camiseta, para ponérsela.

—Esta te va a quedar. —La pasó por su cabeza. Isabel se dejó vestir, pasando un brazo por la manga y luego el otro.

—¿Cómo me veo? —consultó aprensiva. La camiseta le llegaba hasta las rodillas y las mangas –supuestamente cortas– les daba justo en los codos.

Los ojos de Everett, oscurecieron.

—Te ves… —carraspeó—. Bonita.

Isabel suspiró pesarosa.

—Ese «bonita» sonó como que en realidad luzco horrenda. Dios… —Miró hacia el piso—, ya ni me puedo ver los pies.

Everett sonrió. Isabel no tenía idea de lo que a él le causaba verla vestida de esa manera.

—Isa, mira mi pantalón.

Esta frunció el ceño. ¿Y este, qué…? Ella quejándose de su apariencia y él preocupado de su indumentaria.

—¿Qué tiene? —Observó con detenimiento las perneras, subiendo los ojos –fastidiada por el pedido– a través del largo del pantalón, a ver si se pillaba alguna mancha; tal vez, ella lo ensució por haber tenido los dedos untados con *kétchup*, cuando devoraba el emparedado en el aeropuerto—. Yo no veo… —en el instante en que posó los ojos en la entrepierna de este, arqueó las cejas—. *¡Órale!*

Levantó la mirada y Everett le obsequió una libidinosa sonrisa.

—Tengo *la verga* dura por ti —dijo enronquecido—. Verte así…, en camiseta masculina, con esos senos tan llenos y provocativos… —se relamió los labios, queriendo chuparle los pezones—, causas estragos

en mí. Podrás estar como un «globo», pero me sigues excitando.

Isabel miró de nuevo hacia la entrepierna y se mordió el labio inferior. Bajo el pantalón, la hombría de Everett la saludaba.

Vaya aliciente para su autoestima.

—Bueno… —Sus palmas se posaron sobre el pecho de su prometido, del que a este la respiración se entrecortó—, hay que remediarlo.

A Everett le hubiera encantado decirle que, con mucho gusto aceptaba sugerencias, como follarla por el trasero para que el pequeño *Erik* o la pequeña *Erika* no sufrieran durante el coito, pero Pavlovic fue tajante al ordenarles que *nada* de *nada* hasta después del parto.

—No podemos. —Retiró sus manos con suavidad, lamentando que no fuese ella, la que apagara el fuego interno.

—Seremos cuidadosos… —ronroneó y esta vez, sus manos se propusieron bajarle la cremallera del pantalón.

Everett cerró los ojos. Su pene palpitaba.

—Lo siento, Isa. Órdenes son órdenes. —Y la dejó plantada en medio del dormitorio, para luego encerrarse con urgencia en el baño.

Isabel se entristeció.

Él se encerró para desahogarse solo.

Se dirigió a la puerta del baño para exigirle que la dejara entrar y así ayudarle con su *problemilla*, pero le causó un terrible morbo escuchar lo que él haría en la privacidad del baño que, procurando no hacer ruido, pegó la oreja en la puerta y cerró los ojos para imaginar lo que hacía dentro.

Prestó especial atención al sonido de sus movimientos: la cremallera se deslizaba, luego el pantalón que debió haberse arremolinado a mitad de muslos, junto con el bóxer, quedando expuestas esas nalgas de acero y esa verga de dimensión grande. A continuación, escuchó una fricción, comenzó suave y aumentó a los segundos con un vigor que lo hacía gemir bajo y contenido.

Everett trataba de masturbarse sin que Isabel se diera cuenta, sin embargo, era tonto que pretendiera que ella dejara pasar por alto que se encerró, tras ella alborotarle las ganas. A su manera, era un caballero o le avergonzaba que se diera cuenta que se calmaba solo.

Isabel puso ambas manos en la madera, su oreja queriendo escuchar cada ínfimo sonido que su garganta emitiera. La envalentonaba imaginarlo tocarse a sí mismo, dándole duro a ese falo que debía estar erecto y supurante. Isabel se apretó las piernas, a ella su propia intimidad le palpitaba; respiraba acelerada, sudaba, sus senos subían y bajaban, quería estar con él, masturbándolo.

Pero la dejó afuera y él ahí dentro…

Estaba tan abstraída, pegada a la puerta, que no se dio cuenta de los minutos transcurridos; cuando reparó en el tiempo, fue demasiado

tarde.

La puerta se abrió y Everett –entre sorprendido y avergonzado– atrapó a su mujer, aguzando el oído.

—¿Lo disfrutaste? —No la reprendió, más bien, fue inquietante pillarla que lo espiara.

—Pude haberte ayudado —le reprochó dolida por ignorar que ella también tenía necesidades.

Everett medio sonrió.

—Lo hiciste, amor —le dio un casto beso en los labios—. *Me ayudaste* mucho. —Fue su fantasía.

—¡Ah!, me alegro. —Y a ella, ¿quién la ayudaba?

Como que también lo haría sola.

Tal vez, Everett no se dio cuenta de su mortificación o se hizo el desentendido, abandonó la habitación con tal rapidez, que casi voló. Su excusa: el pedido que le haría a Mila de preparar una nutritiva comida que no tuviese grasas saturadas. El pollo iba, pero en vez de ser frito, lo harían a la parrilla. Y con unas gotas de miel, para complacer a la dueña de la casa.

En vista de que a Isabel la dejaron sin derecho a goce, tomó el libro de *Fahrenheit 451*, acomodó las almohadas y se sentó en el respaldo de la cama para leer un rato y así distraerse de las imploraciones de su vagina, de obtener una fuerte penetración.

Esta también quería comer…

Hizo un mohín, los dolores lumbares la seguían molestando; trató de acomodarse de lado, no le gustó, fue más incómodo; entonces, se abrió de piernas, manteniéndolas estiradas, como cuando hacia ejercicios de estiramiento en el piso para mantener la elongación de sus músculos en forma.

Ahí fue en que pudo observar bien sus pies.

Sonrió.

—Vaya… ¡Ni un callo! —Si bien sus pies estaban hinchados, no eran repulsivos como antes. Parecían los pies de una chica gordita que los cuida con bastante mimo. Las uñas verdes habían sanado, teniendo ahora, unas rosaditas que le hacían extender la sonrisa de oreja a oreja. En el hospital le removieron el esmalte de las manos y los pies, puesto que las pacientes no debían tenerlos pintados para vigilar la saturación del oxígeno en la sangre, en caso de una imprevista intervención quirúrgica. Si la saturación comenzaba a bajar, entonces en la zona del nacimiento de las uñas se empezaba a poner azul, impidiendo el esmalte a los médicos darse cuenta. Claro está que existían otros factores como las bacterias.

Sin embargo, la sonrisa la borró al instante, consciente de lo que esto implicaba.

Sufría cambios.

Y no solo físicos, sino mentales.

—Mila tendrá la comida lista en media hora. ¿Qué pasa, te sientes mal? —La mirada consternada de Isabel, preocupó a Everett, en cuanto este entró a la habitación.

—No —cerró sus piernas y las dobló por debajo de la barriga—. Recordé que tenemos una conversación pendiente.

Everett asintió, habiéndose preparado desde que salieron del aeropuerto. Mientras sobrevolaron el espacio aéreo, se concentró en cómo le explicaría lo que estaba por decirle; no es que fuese malo, pero conocía las violentas reacciones de Isabel y temía en cómo lo tomaría.

Cerró la puerta de la habitación y se sentó a su lado, pero de modo en que él la viera directo al rostro.

—¿Qué preguntas quieres hacerme? —Quizás de ese modo, sería más fácil de explicarle todo, que darle una revelación de tirón.

Isabel dejó el libro en la mesita de noche, sin haber leído una página, y acarició su barriga con cariño.

—Tengo muchas —comentó—. ¿Vas a responderlas todas?

—A todas, amor.

—Bien… —Se tomó una respiración y engarruñó los dedos de los pies, contra el edredón que cubría la cama. Comenzaría por la que más le inquietaba—. ¿Qué me está pasando?

Capítulo 62

Everett no fue tan idiota en soltarle la respuesta con rapidez.

Sino que se tomó un segundo para meditar cómo decirle sin asustarla. Isabel ya había dado muestras de histerismos cuando se hacía de la verdad, por lo que, a esa pregunta, la contestaría con sumo cuidado.

—Debes tener presente que estás gestando el hijo de un lobo y esta gestación es diferente al de las humanas.

—Eso lo sé.

—Tu cuerpo se está adaptando a los cambios genéticos que produce el feto —Everett dijo—. Este será híbrido: mitad lobo, mitad humano; esto ya lo sabes, su parte lobuna, tratará de adaptarse al *ambiente* materno en el que se está desarrollando. En su… su… —No hallaba la palabra, haciendo mímica con las manos, como si fuera un globo, para que Isabel lograra comprender lo que intentaba decirle.

—¿Placenta?

—Sí, esa misma. Su placenta es más fuerte y producirá nutrientes que afectará a la madre a través del cordón umbilical.

La explicación la desconcertó.

Se acomodó una vez más en la cama y sobó su barriga. La camiseta se enrollaba sobre sus caderas, dejando sus enormes bragas a la vista de Everett.

—A ver. ¿*Mi placenta* provocó que mis pies… —estiró las piernas y observó los dedos regordetes, libres de callosidades— ya no luzcan espantosos?

—Eh…, no precisamente. Lo que intento decirte, es que los genes del bebé influyen en ti.

—Como sanar.

—Pero, no solo eso.

¡Ay!, ¡ay!, ¡ay! Ahí venía lo bueno.

A Isabel le palpitó el corazón y el bebé saltó dentro de su vientre.

—¡Everett, el bebé me pateó! —exclamó a la vez en que levantaba la camiseta para que él observara el movimiento que había en su barriga.

Este sonrió y enseguida puso la mano en el lugar donde el pequeño *Erik* o la pequeña *Erika*, jugaban «balón» con las tripas de la madre.

—Es la primera vez que patea —Isabel comentó. Sus ojos cristalinos, sus manos sobando sus costados. La de Everett estaba en el centro.

—¡Lo sentí! ¡*Wow*, fue una buena patada! —la emoción lo embargó, del mismo modo en cómo Isabel se hallaba. Su sonrisa se ensanchaba cada vez más y sus ojos irradiaban ese orgullo de futuro padre que no ve la hora de tener a su cachorro y cazar juntos el primer cervatillo o conejo.

—¿Él será sano? —A pesar de la alegría que Isabel experimentaba, era inevitable que la preocupación se abriera paso.

Everett asintió.

—Sano y fuerte.

—Pero será marginado por ser híbrido.

—Mientras yo viva, nadie lo insultará —el semblante y el tono de voz en el otro, se endureció al manifestar su protección—. Desde ya corregiré esa costumbre de menospreciar a alguien por los defectos.

—Espero que así sea, porque si lo rechazan, me llevo a mi hijo a Nueva York.

Everett se mosqueó. Isabel solía darle amenazas, del que estaba seguro las cumpliría todas. Y a esta le temía más.

Se alejarían dos amores.

—*Nuestro* —la corrigió—. Y no tendrás que hacerlo: yo estaré para él.

Isabel bajó la mirada.

—Para lograr esto, tendrás que seguir siendo un alfa…

—¿Te molesta, Isabel? Porque, ya que lo estamos abordando, debo decirte que no pude renunciar. Esto no se trata de ser hoy un líder y mañana, no. Es para toda la vida y conlleva muchas obligaciones.

La joven le tomó la mano.

—No odio tus deberes hacia los tuyos, ni el tiempo que te toma estar con ellos. Es loable lo que intentas hacer, de proteger los bosques y los animales, y de corregir algunas costumbres arcaicas, pero…, no soporto convivir con esas mujeres —se refirió a las madrastras y a las *putas*—. Ellas parecen estar a cada segundo al acecho; son impertinentes con sus comentarios, me tienen harta sus constantes indirectas y burlas, y esa rivalidad que me duele, Everett, porque parece que tuvieran derechos sobre ti.

—Por Jasna y Mila, no siento nada, y en cuanto a…

—¡Por todas ellas! Sebrenka, Grubana, Vesna… —Omitió a Radojka, por el asunto que tenía con esta pendiente—. ¿Por qué tenemos que compartir la casa?

—Ellas han vivido allá desde mediados de los cincuenta. No puedo echarlas, así sin más…

—Es que no te pido que las eches. ¡Lo que te pido, es que vivamos en la cabaña! Aquí es maravilloso, nadie nos molesta.

Everett entrelazaba sus dedos con los de Isabel, luego los soltaba y volvía hacerlo, para enfocarse en estos y no en los ojos achocolatados

de su mujer, del que decepcionaría cuando expresara su decisión.

—El problema radica en que yo estaría lejos del pueblo. Si me necesitan…

—Pues que vengan para acá.

Levantó la mirada hacia ella. Estaba dispuesta a darle batalla.

—Un alfa debe estar cerca de los suyos.

—¿Según quién? Es raro.

Frunció el ceño.

—¿Por qué raro?

—Porque son lobos, no perros. Se supone que los lobos aman estar entre los bosques, no en las poblaciones. ¿Qué hacen allá? ¿Por qué no construyen sus asentamientos como las tribus que hay por estas zonas?

—Eso se debe a que muchos lobos se acostumbraron a la tecnología.

—Tú, no. —Era muy rudimentario. Ni el baño del dormitorio tenía inodoro.

—Soy un lobo sencillo. Aunque la mayoría prefiere estar apartado de la civilización.

—Más a mi favor. ¿Por qué esa insistencia de permanecer en Kenai? ¿Qué te ata allá?

—Nada.

—¿Entonces…?

Lo pensó.

Por años, él estuvo apartado de sus padres y hermanos, por el hecho de no soportar los ruidos de los vecindarios. La música estruendosa, las bocinas de los automóviles, el paso de las aeronaves por el cielo, el parloteo de los humanos…, lo malhumoraban. Jamás se acostumbró a estar en los poblados, menos en las grandes ciudades, donde debió arreglárselas para supervisar sus inversiones. El móvil y las redes le facilitaban la comunicación a distancia, pero era algo de lo que tenía que ser temporal; de vez en cuando se obligaba en mostrar la cara a sus socios para que recordaran que era un inversor capitalista que estaba al pendiente de su dinero.

—Tienes razón: soy el alfa y si necesitan contactarme, que me busquen.

—Sin el Cuartel de las Brujas.

Sonrió.

—Descuida, permanecerán en Kenai.

—Qué bueno, ya no las aguantaba.

Everett la miró entristecido. Isabel había pasado por lo mismo que él, con esas mujeres que se dedicaban a la intriga. Pero tenía que explicarle, por qué permitió que siguieran viviendo bajo el mismo techo, siendo estas unas arpías que disfrutaban de la cotilla.

—Isabel, nuestras costumbres son muy arraigadas: cuando un lobo

hereda, toda hembra que quede a su cargo, es una enorme responsabilidad. Procuramos protegerlas; otros lobos querrán tomarlas como bienes a repartir y de allí al abuso. A Jasna y a Mila, no las he liberado aún, no porque pretenda acostarme con ellas, sino porque al estar sin el apoyo de un macho dominante, serán asediadas y ultrajadas. Créeme, es lo peor que les haría; hasta que limpie su pasado, no puedo liberarlas.

—¿Y cómo piensas hacerlo? La que es puta: es puta.

—Si logro casarlas, estarán protegidas bajo otro señor.

—¿Sin amor? —Esto sí que la sorprendió. Fue como si de repente estuviese en la época de sus tatarabuelos.

—Es lo de menos. En un matrimonio arreglado, siempre se hace.

—Sería como venderlas o canjearlas... —le desagradó su respuesta. A pesar de lo que él profesaba, era como los demás. El matrimonio era concertado por los padres o pariente a cargo, en donde –bajo una dote jugosa– se concertaba con los otros familiares la unión de sus respectivos hijos o protegidos.

Miró hacia el ventanal que ya no estaba roto; otro cristal fue reemplazado mientras ellos estuvieron en Kenai. Soltó un suspiro que salió como una pesarosa exhalación, el romanticismo que creyó sentirse rodeada, poco a poco se esfumaba; las diferencias culturales, las razas que los diferenciaban, esa supremacía masculina que la asfixiaba; se preguntaba hasta cuándo iba a aguantar.

—Entre tú y yo no hubo ese tipo de arreglo —comentó con ese deje entristecido en su voz. Quería creer que fue así, que no se lo imaginó por andar de soñadora y que después despertó para hallarse a un mentiroso.

—Eso fue porque me rechazaste —le sacó en cara. El rencor en él era palpable.

Hubo un silencio del que a los dos incomodó. Ambos estaban sentados a escasos centímetros, pero la distancia mental que los separaba era abismal.

Isabel observó sus hinchados pies.

—Volviendo al tema anterior: ¿tendré más cambios? —Mejor centrarse en esto, que caer en reproches hirientes.

Asintió.

—Isa, en la medida en que el bebé se desarrolle en tu cuerpo, tú también cambiarás. Primero: los defectos físicos y enfermedades congénitas. Luego, el carácter. Gozarás de perfecta salud.

—Pues, me estafaron, porque nada de eso gozo. No hago, sino llorar y vomitar…

Él quiso expresarle: «eso no es cierto, mi ángel. Te has vuelto muy gruñona». Pero se mordió la lengua. Mejor mantener a ese monstruo aplacado.

—Es por tu embarazo y por abusar de las comidas —le hizo ver—. Te apuesto a que una gestante humana le pasa lo mismo.

Ella puso cara de: «sí…, a ellas también…».

—Tampoco como tanto.

—Comes el doble que yo.

—Es que como por dos.

—*Ujum*…

Isabel puso los ojos en blanco y torció un poco su torso para acomodar las almohadas a su espalda; Everett la ayudó, su aroma a hombre la atontó y reavivó el ardor en sus entrañas.

—Entonces…, a-aparte de estar «saludable» y con los pies como de reina de belleza, ¿todo bien? ¿El bebé estará bien y yo estaré bien? —Casi se abofetea para no atrapar a Everett y robarle un beso.

Él volvió a su sitio, frente a Isabel, sintiendo una punzada en el estómago por el temor de revelarle lo más importante.

—¿Qué otros cambios has tenido, Isa? —Consultaría a ver qué tan preparada se hallaba para recibir la información.

—Pues, no sé…

—Piensa.

—Calor. ¡Mucho calor!

—¿Y qué más?

—Y hambre… —El aroma que emanaba el pollo en la parrilla, se colaba por debajo de la puerta. Se le hacía agua a la boca.

—Isa…

—La verdad, es que también el olfato. A Anna lograba olerla desde el otro lado de la puerta, incluso, cuando estaba en el jardín posterior, sacando las hojas de la piscina. Es tan raro…

—No lo es.

La joven se sorprendió.

—¿Te parece normal que perciba el olor de la gente desde dos manzanas aproximados? —Él asintió—. Debo asumir que esto también se suma a los cambios, ¿no? Una súper nariz…

El olfato, el hambre voraz, la perfecta salud, nada de esto causaba temor, como el que padecieron todos durante la adolescencia, meditó Everett.

—Isabel, ¿qué opinas de los lobos?

Frunció el ceño.

—Los lobos, ¿lobos? ¿O los hombres lobo?

—Los últimos.

—Pues…

—Sé sincera, despreocúpate de lastimarme. Saca lo que tengas por dentro.

Isabel reclinó la cabeza hacia atrás y posó la mirada en el techo. La ausencia de lámpara a falta de electricidad, le hacía pensar en cómo

en el pasado la gente se iluminaba en la noche con velas o lámparas de keroseno.

—Son atemorizantes —dijo, retornando la mirada—. Ese sentido machista que tienen, me crispa los nervios. Las mujeres no son importantes, somos consideradas personas de segunda clase; no se nos toma en cuenta al opinar, más bien, piensan por nosotras —lo incluyó a él—. Son prepotentes, infieles, retrógrados.

—Aparte de esto, ¿qué más?

—¿Más?

—Sí, Isabel, ¿qué más te molesta o atemoriza?

Ya ella iba captando por dónde él la quería conducir.

—Si te refieres a las transformaciones: sí, Everett, me atemorizan.

Llegaron al punto que a él más le preocupaba revelar.

—¿Temes que te ataque? —Ella asintió—. Eso no pasará. Los hombres lobo tenemos memoria, aun en estado salvaje, reconocemos a los nuestros y protegemos. El sentido de pertenencia es más fuerte, por lo que no permitimos que los lastimen.

»Y en cuanto al machismo: está en los genes. La naturaleza animal determina quién será alfa y quién omega; clasifica a los fuertes de los débiles. Una hembra está destinada a seguir al lobo que la escoja y está en la obligación de procurarle crías. A cambio, será protegida por la manada. Isabel, todo esto es más instinto que *un modo* de pensar. Por supuesto, algunos hacen alarde de su machismo, pero no todos los lobos desean tener más de una compañera.

—¿Cómo tú?

—Como yo. Y como otros que han preferido una esposa, así esta les dé una docena de hembras.

—¿Y si yo te doy solo hijas o *la fábrica* se cierra, tras este que voy a tener?

—Amaría el que me des. Cacho… Niña o niño, lo amaré por igual. Y a ti te seguiría amando.

Ella le obsequió una afable sonrisa, del que a Everett le costó devolverle por la tensión que cargaba sobre sus hombros.

—Isabel, queda un punto que aún no se ha tocado. Intuyo que te mortifica preguntar.

¡Claro que lo intuía! Sus expresiones eran fáciles de interpretar. Desde el aeropuerto estuvo angustiada de los cambios que sufría; y no por aquellos por las que toda preñada pasaba: pies hinchados, malhumor constante, vomitadera, lloradera, gases…

Sino por los que no se podían comentar en el consultorio de un médico ni con su mejor amiga.

—¿Seré como él? —No preguntó si ella sería como Everett, de agresiva y fuerte, era evidente que no.

Asintió.

Isabel tembló.

Muy en el fondo de su ser esperaba que él le dijera que seguiría siendo la misma, que solo era temporal, causado por el embarazo y que después de dar a luz, todo volvería a la normalidad.

Pero se equivocó.

—Amor, amor, ¡amor, mírame! Tranquila, *¡sssshhhh!* Tranquila, respira despacio. Bien, eso así… Tranquila. ¿Estás bien? —Isabel había hiperventilado, provocándole casi un infarto a Everett, quien se reprendía para sus adentros por contestar a todas sus preguntas.

Ella asintió, aun estando temblorosa.

Sería una mujer lobo.

—Qué susto me diste… —Si le hubiera provocado otro sangrado, jamás se lo habría perdonado—. No te asustes por lo que vas a ser.

—P-pero, ¿có-cómo es posible que me vaya a volver u-una…? ¡No me mordiste ni me heriste con tus garras!

—Es por el bebé —respondió aprensivo—. A este punto quería llegar. Por favor, escucha con atención a lo que te voy a decir: ¡No va a pasarte nada malo! En esto estás conmigo. Sí…, serás loba... Una *loba bonita*. Pero no te transformarás a la primera luna llena y saldrás corriendo por ahí a morderles el trasero a la gente. Esa parte ya te la expliqué, ¿no? Nosotros controlamos la transformación. La luna nada tiene que ver. Aunque, por ser híbrida, dependerá de alguna circunstancia que provoque el cambio.

—Si paso un disgusto, ¿mi bebé…? —Se tocó la barriga. Si se volvía mujer lobo, su pobre criaturita podría morir.

—Mientras estés embarazada, permanecerás humana. Solo después de parir y cuando un hecho fuerte lo desate, es entonces que tu cuerpo sufrirá la transformación.

—¿Me dolerá?

—Un poquito.

—O sea que me dolerá. ¡Ay, Dios…!

La angustia de Isabel, le recordó a Everett cuando cumplió los quince años. Provocó una catástrofe en su dormitorio, que tuvieron que mudarlo al sótano durante un mes.

—Estaba asustado para mi primer cambio —comentó—. Es como cuando se va a perder la virginidad: la expectativa nos hace especular y hacernos falsas ideas. ¿A qué exactamente temes, Isabel: a que se te fracturen los huesos? ¿Qué te salgan colmillos o te crezcan pelos por todas partes? Todo será natural; imagino que de niña a ti se te cayeron los dientes de leche y crecieron unos más fuertes, ¿no es así? Te dolieron, tus encías sangraron, pero lo celebraste. ¿Hubo traumatismo? ¿Verdad que no? —Isabel negó con la cabeza—. En esto tampoco lo habrá. Yo estaré para ti, te apoyaré y si lo deseas, me transformaré contigo para darte ánimos.

Ella arqueó una ceja.

—¿Y qué me dirás? «¡Eso, mi loba!, a ver: saca las orejitas, luego la colita…».

Everett rio. Isabel bromeaba, clara señal de que no se volvería loca.

—Más o menos. Ya quiero ver meneando *esa cola* tuya.

Ella medio sonrió.

En su expresión, la consternación.

—Espero hacerlo bien y no me queden las patas cortas…

—Lo harás bien, amor. Es un proceso que los *Homo canidae* hacemos desde hace milenios. Es como respirar, ya verás; con un poquito de dolor las primeras veces, pero se hará soportable en la medida en que te transformes. Luego querrás estar todo el tiempo en cuatro patas, correteando por los prados y valles.

Con un mohín congelado en su atribulada expresión, Isabel imaginaba a una menuda loba asustada, sumergiéndose entre los follajes del bosque en busca de animales pequeños para cazar, puesto que no era capaz de clavarle los colmillos a uno más grande.

—Vaya…

—¿Sigues angustiada? —Consultó su mirada.

—El susto se me pasará cuando dé el primer ladrido.

—Aullido —la corrigió sonriente—. Los *Canis familiaris* son los que ladran. Los *Canis lupus* y los *Homo Canidae* son los que aúllan. —Si bien, los perros pueden aullar y los lobos ladrar, no es frecuente en estos hacerlo.

—Gracias por la explicación…

Él se inclinó y le dio un beso en los labios para reconfortarla, comprendiendo lo difícil que sería para ella pasar por todo el proceso de la transformación por primera vez.

—De todos modos, estaremos para ti.

Isabel se tensó.

—¿Quiénes?

—Todos.

—¿Quiénes «todos»? A ver, explícame —apabullada, lo miró para que le respondiera sin tapujos. ¿Qué estaba pensando ese loco?

—Los que desees que estén presente.

Agrandó los ojos.

—¡¿Me verán transfórmame todo el mundo?! ¿Y si lo hago mal? ¿Y si me ven desnuda?, porque me imagino que mi ropa se desgarrará por el aumento de mis extremidades y ellos me verán en cueros… ¡No, no, no…! ¡Solo, tú!

Rio.

—Está bien. Le pediré a Mila y a los trogloditas que cuiden de nuestro hijo, mientras te haces loba.

Ella se angustió.

—Jamás me dejes sola con el bebé hasta que haya pasado por aquello. No quiero hacerle daño.

—No lo harás. Memoria cognitiva.

—¿Siempre estarás a mi lado?

—Siempre.

Everett se sentó junto a la joven en el cabecero de la cama e hizo que se recostara sobre su pecho. Ella no lo hizo del todo, la barriga la incomodaba, el feto se movía, tal vez celebrando a su modo que su madre pronto sería como él. Everett le sobaba la espalda, le besaba la coronilla, olía su cabello perfumado, le daba mimos que, de momento, sustituiría al sexo.

Con respecto a la relación que sostenían los dos, estaban superando la segunda etapa y se encaminaban a la tercera que sería la más dura, pero con expectativas que le llenaban de alegría.

Isabel le daría un hijo.

Isabel cambiaría a loba.

Isabel sería su esposa.

Porque en esta ocasión, tenía motivos de peso para ponerle esa sortija de matrimonio en el dedo.

Capítulo 63

Dos días después, Isabel preparaba unos canelones rellenos de atún que se le había antojado.

Le gruñó a Mila, quien intentó detenerla, puesto que para eso ella estaba allí y el alfa podría molestarse por dejar que su mujer estuviese fuera de la cama.

No obstante, la joven hispana no aguantaba un minuto más encerrada en el dormitorio, observando el paisaje a través de los amplios ventanales y esperando a que le trajesen la comida. Estaba aburrida, las horas se le hacían eternas y su salud se había fortalecido.

A pesar de que la Internet la entretenía, no se lo pasaba sumergía todo el día. Lo hacía en ocasiones cuando quería comunicarse con su vieja amiga, contándole a través del buzón de voz, las buenas nuevas y lo bien que la pasaba allí. Claro está que omitía los hechos sobrenaturales que le sucedía y que vivía rodeada de lobos; Camila no le creería y sería hasta capaz de cruzar el país para sacarla de Alaska y llevarla a un siquiatra. Pero compartían fotos, vídeos de su entorno; lo que podía mostrar, pues Everett le expresaba su celo con respecto a su ubicación.

Todo era medida de seguridad para los extraños.

Con una cuchara de palo, Isabel removía los tomates picados que le servirían para la salsa y el relleno con el atún, mientras tarareaba una canción. *Untouched*, de The Veronicas, sonaba en su móvil; la parabólica solar, ubicada sobre una colina cercana, permitía la señal satelital y así mantener a los residentes de la cabaña, conectados con las redes sociales. Mila se hallaba limpiando las inmundicias del gallinero, Kuzman se había marchado al pueblo para traer provisiones, Goran y Lazar, andaban de cacería y Everett revisaba unos documentos, sentado en la terraza.

Así que, para Isabel, mantenerse de brazos cruzados, era inconcebible.

Esa mañana estaba de buen humor, por primera vez desde que estaba embarazada, no vomitaba. El estómago soportaba mejor lo que ingería, el desayuno fue abundante, como delicioso; Mila le había preparado salchichas de carne de reno, acompañado con huevo revuelto y tortillitas. ¡Hasta había repetido!, ganándose una advertencia de Everett de que no siguiera llenándose la panza o terminaría una vez más sobre el inodoro. Pero el apetito pudo más y Everett tuvo que morderse la lengua, debido a que Isabel sacaba como

excusa, que no era ella la que devoraba, sino el bebé.

Sorbió de su cuchara al probar el guiso de los tomates y aprobó de buena gana que tuviese buen sabor. Ella era excelente cocinera; vaya que, durante sus años como bailarina, se las arregló para tener en su haber un gran número de recetas nutritivas y económicas del que podría elaborar alimentos que la ayudaran a mantenerse en el peso reglamentario y estar sana.

Antes de emprenderse como una incipiente «chef», su camino hacia este fue bastante accidentado. Las figuras femeninas de los García, distaba de ser esbelta, por esto se ganó múltiples burlas entre sus compañeras del ballet; lo triste, es que para otros que no formaban parte de ese mundo, ella era delgada.

¡Y lo era! No flaca, según los estándares en el que toda chica que se presume bailarina, debía estar casi hasta los huesos, para que pudiese ejecutar los pasos y ser elevada por los aires por su compañero de danza. En esta parte, Isabel sufrió mucho, puesto que ella nunca tuvo problemas para ejecutar su rutina o abrirse de piernas sobre los hombros o brazos del bailarín. Era talentosa –o fue– y cada movimiento que debía realizar en el escenario, se ganaba una ovación de pie por parte del público.

Suspiró y volvió a probar del guiso. Lo retiró del fogón y agregó sobre este los huevos escalfados triturados y el atún desmenuzado. La canción la animaba a querer bailar. Lo hacía frente a la estufa de leña, contoneándose con lentitud, siguiendo el ritmo de la suave melodía. Un pasito aquí, un pasito allá… Mueve, mueve…, y luego de frente a la cacerola a rellenar los canelones.

Dejó la cuchara en la encimera y rebuscó –entre bailecitos– en la despensa que colinda con el fregadero. Era una especie de depósito estrecho, donde acomodaban mediante cestas tejidas en mimbre, las verduras, hortalizas y especieros que se usaban para la cocción de los alimentos. Tomó la margarina, harina de trigo, la leche ordeñada de vaca que los aldeanos solían llevarles temprano en la mañana, y luego lo dejó en la mesita central. Allí haría la salsa bechamel, siendo más cómodo, puesto que en la encimera había un desorden de ollas y sartenes que requería una urgida organización, ya que ni una taza se podía dejar sobre esta.

En un recipiente rectangular que podía soportar el fuego de los leños, acomodó cada canelón que iba rellenando con el guiso. La canción había cambiado a una del grupo Thirty Seconds To Mars, del que, al instante, Isabel se secó las manos en su delantal y le subió al volumen de su móvil para disfrutar de la espectacular voz de Jared Leto. Comenzó a cantar, entrando en confianza con su entorno; el hecho de hallarse sola en la planta baja y sin que alguno se riese de su desafinación, la hacía elevar la voz como si ella fuera la verdadera

cantante y no el que sonaba a través de su pequeño medio de comunicación.

Estaba descalza, usando un pantaloncillo y camiseta de Everett, que se amoldaba sobre su voluminoso cuerpo, y con el cabello en un moño alto como al descuido.

La puerta y la ventana posterior, estaban abiertas, tenía calor y el aire fresco que entraba, bajaba la temperatura ambiental que se concentraba en la concina. Tarareaba, cantaba, bailaba a su propio ritmo, la barriga le impedía moverse como ella quería; sin embargo, agradecía poder hacerlo de esa forma y no estar acostada en la cama y mirando al techo, a ver si se pillaba alguna araña de jardín.

Tenía bastante avanzada la cocción de la salsa bechamel y el queso rallado, en un cuenco de peltre para verterlo sobre los canelones a punto de estar listos. Era una lástima que no hubiese un horno para gratinarlos, por lo que se limitaría a echar la salsa y el queso rallado sobre los canelones. Acomodó la mesa, puso los tapetes para poner sobre estos el plato de Everett y el de ella. Mila y los trogloditas no comían con ellos; de hecho, el ama de llaves jamás lo hacía en la cabaña. Isabel suponía que la larguirucha mujer lo hacía estando transformada en loba.

Esto le causaba desazón a la joven, quien se preguntaba en su fuero interno, si ella haría lo mismo de ir por el «desayuno» o el «almuerzo», en las profundidades del bosque.

Tras colocar los cubiertos en la mesa, se dejó llevar por el coro que Jared cantaba *Kings and Queens* con tanta pasión.

Fuimos los reyes y reinas de una promesa.
Fuimos los fantasmas de nosotros mismos.
O quizás los hijos de un semidiós,
que habita entre el cielo y el infierno.

Se puso en puntillas y danzó sobre el piso de madera, como si estuviera en el salón de la academia o sobre el escenario. Sonriente, cerró los ojos a la vez en que elevaba los brazos y los sacudía suave, cual cisne blanco en el lago. Ella era Odette[3], el cisne –gordinflón– que añoraba a su príncipe. Estaba hechizada. De día: ave, de noche: princesa.

Se deslizó alrededor de la mesa para cuatro personas, con dos juegos de vajillas servidos sobre esta, imaginándose que estaba en un escenario dando lo mejor de sí. El público la aplaudía y vitoreaba, era la bailarina principal, la atracción en esa presentación que se anunció con bombos y platillos por las redes y televisión. ¡Isabel García, la

gran estrella!

—¡Isabel!

Como una burbuja que explotan con un alfiler, su fantasía desapareció tras la exclamación molesta del hombre que estaba en la cabaña.

Abrió los ojos y halló a Everett, parado bajo el marco que divide la cocina con el vestíbulo.

Quedó como conejo encandilado en carretera.

—¿No estabas arriba?

—Ahora estoy abajo —contestó severo—. ¿Qué haces aquí?

—Isabel miró por sobre su hombro hacia la estufa—. Estaba… —señaló con el pulgar hacia atrás— cocinando.

Everett endureció más la mirada. Isabel no aprendía de las experiencias pasadas.

—Yo diría: danzando —discrepó sin un atisbo de sonrisa en sus labios. A él no le parecía gracioso que ella todo se lo tomase tan a la ligera, cuando la gestación de su lobezno era delicada—. ¿Por qué eres tan imprudente? ¡El doctor Pavlovic te ordenó guardar reposo absoluto! —casi la gritó. Aunque estaba por gruñirle por la preocupación de tener que correr de nuevo a un hospital.

—Solo cocinaba…

—Y danzabas —replicó de mala gana—. Isabel, ni puedes caminar y estás dando vueltas como un *trompo* en la cocina. ¿Y si te hubieras caído o golpeado contra los costados de la mesa?

—Tuve cuidado.

Everett la increpó con la mirada. Vaya mujer…

— ¿Y dónde está Mila?, ¿por qué ella no está cocinando? ¿No atendió a tu llamado?

—La mandé a… Está en el gallinero.

—¿Haciendo qué? Tiene órdenes de permanecer en la casa. —Por ese motivo, es que él había sido tajante con el ama de llaves en no abandonar la cocina por mucho tiempo, para prevenir una situación como la que estaba observando encabronado.

—Limpiando mierda.

—¿Por qué? —Esto a él le causó extrañeza.

—Porque está sucio…

Everett entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Tú la mandaste? —Mila jamás hacía eso, le tenía asco al popó de gallina. Un aldeano era el que se encargaba de limpiar los corrales y gallineros dos veces a la semana—. ¿Por qué hiciste eso? —inquirió mientras entraba a la cocina entre sorprendido y divertido.

—¿No podía hacerlo? —Preguntó a la defensiva.

—Sí, pero a Mila no le gusta limpiar mierda, es lo primero que me pidió cuando comenzó a trabajar para mí. Y a ti te obedeció… ¿Lo

hizo sin rechistar?

Isabel se mordió el labio inferior, como niña que atraparon haciendo travesuras. ¡Ay, mamá…!

—Isa. ¿Lo hizo sin rechistar?

Se dio por vencida.

—¡Es que no me quería dejar cocinar! —exclamó airada—. Me molesté y la mandé a los corrales para que me dejara en paz.

Everett quedó con la boca abierta.

Primera vez que veía algo así.

Rio.

—¿De qué te ríes? —Isabel preguntó, contagiada de su risa, sin saber por qué él lo hacía.

—Isa, ¿tú fuiste la que le ordenó a Kuzman de ir al pueblo?

—Es que faltaban algunas provisiones… —Él se carcajeó a todo pulmón—. Cuéntame el chiste, porque no me lo sé. ¿De qué te ríes, coño?

Everett no pudo dejar de reírse, hasta que las lágrimas se le derramaron en las mejillas por el descubrimiento que había acabado de hacer. Tendría que tener cuidado o a él le pasaría lo mismo.

—Kuzman no es mandadero, él está a cargo de la vigilancia.

—Como pensé que era el chofer, pues…

—Isabel, Kuzman solo conduce para mí cuando estamos de viaje. *Por lo de los ruidos*: mis oídos son muy agudos; no puedo conducir, me distrae. ¿Él te dijo algo? ¿Se negó?

—Obedeció al instante. —Rio de nuevo—. ¡Ay, Everett, deja la payasada! Cuenta qué es lo que pasa, porque me estas enojando.

La tomó de las manos, besó cada dorso y luego le acunó el rostro, maravillado de su futura esposa.

—Hipnotizaste a Mila y a Kuzman.

Isabel soltó una risa desabrida de: «ajá, me estás jodiendo».

—¿Cómo, si yo no hice nada de eso? Ni siquiera sé cómo hacerlo.

—Lo hiciste —afirmó, dejando de acunarle el rostro, para sobarle los brazos con cariño—. Y a dos lobos que se supone son superiores a ti.

Isabel tomó un trapo con el que se disponía a retirar del fogón, los canelones, pero Everett lo hizo por ella, dejándolo sobre la mesa, a pedido de esta. Era una acción que la joven necesitó hacer para ordenar sus pensamientos. Lo que él le dijo, parecía ser una broma de mal gusto.

Descorrió una silla y se sentó, apabullada.

Everett también lo hizo.

—Creí… ¿No me dijiste que los híbridos no podían hipnotizar? Me parece que lo dijiste…

—No pueden.

—Entonces, Mila y Kuzman no están hipnotizados. Solo me hicieron el favor.

Sacudió la cabeza.

—Para que Kuzman se marchara al pueblo por *tu pedido*, tenía que haberme consultado primero. Nunca mueve un pie, sin mi autorización. Y Mila no soporta el olor de la mierda de las gallinas. Le tiene manía.

—¿Quién no? —Ella hubiera vomitado si le mandaban semejante pedido—. Everett, ¿estás seguro de que yo los hipnoticé? —Asintió sonriente—. Entonces, otro aspecto que se suma al cambio.

Sacudió la cabeza.

Y esta vez lo hizo categórico.

—Deja de «asentir» y «negar», y dime a qué se debe.

—Lo más probable: es porque no eres omega. ¡Eres dominante, Isabel! —agregó ante su cara de angustia—. ¿De qué te extrañas? Tienes un genio… —Ni él se extrañaba. Desde que la conoció, Isabel le demostró el carácter indómito que poseía.

—O sea que, ¿soy la única?

La pregunta le hizo recordar a Everett, a un sujeto en particular.

—Ahora que recuerdo: cuando tenía siete años viajé a Marruecos, junto con mis padres. Allá conocí a un híbrido japonés; uno muy anciano que se hospedaba en el hotel en donde nos alojábamos. Era un neurocirujano que pasaba una temporada vacacional con su familia. Al tomar el ascensor para dirigirnos a la *suite*, enseguida alerté su raza, pero me llamó la atención que no atendió al mandato de uno de los beta que custodiaba a mi padre. A este le molestó que el híbrido no se reverenciara ante el alfa. Era muy voluntarioso, por lo que, enseguida hubo quejas a la manada anfitriona. Ahí fue cuando nos enteramos que el híbrido no era manipulable. ¡Él manipulaba!

»Fue desterrado al siguiente día por inspirar desconfianza. El anciano poseía la misma facultad de los lobos dominantes.

Al recordar esto, Everett meditó en que todo el mundo suponía que un híbrido era débil y manipulable. No fuerte en todos los sentidos.

Isabel lo era.

—¿Y a mí me van a expulsar? —Su voz se ahogó por la incertidumbre, mientras que sus manos rodeaban su barriga. ¿Qué sería de ella y su bebé, si la iban a estar rechazando a donde se dirigieran? Esa no era la clase de vida que le quería ofrecer a su hijo.

—Si estuvieras en otra manada, sí. Pero estás bajo mi mandato. ¿Crees que te echaría de mi lado? Primero muerto.

—No digas eso. —Era como tentar a la muerte a que lo hiciera.

Everett tomó el tenedor y olisqueó los canelones.

—Huelen bien. ¿Puedo? —Ni terminó de preguntar, cuando ya tenía clavado el tenedor en uno de los canelones para servirse.

Isabel asintió pensativa y con una sonrisa que le salió forzada. Everett se tomaba su «nueva» habilidad de forma relajada, como si no le afectara. Con la paleta le sirvió a él una buena cantidad de los canelones y sirvió un poco para ella, habiéndose aminorado el apetito debido a lo comentado. El cuenco del queso rallado, salpicó el guiso que cayó enseguida sobre las pastas tubulares, rellenas de ese suculento atún que a él le hacía relamerse los labios y ensalivar como lobo hambriento y, a ella, su bebé le daba ansiosas patadas.

Quería comer.

Everett se llenaba la boca y le guiñaba el ojo a Isabel con socarronería, disfrutando del rico platillo que le había preparado a pesar de las órdenes del doctor Pavlovic.

En apariencia, los dos almorzaban tranquilos; sin embargo, tanto Everett como Isabel, tenían sus propias preocupaciones. Él: por el reto que se le venía encima con su ángel hipnotizador que podría causar controversia entre los suyos. Y ella: porque estaba segura que este sería un motivo que el Cuartel de las Brujas y muchos más, utilizarían para cuestionar el liderazgo de su prometido, por permitir que una híbrida-dominante permaneciera en contra de los deseos de la manada.

Capítulo 64

La tina estaba llena y los pétalos cubrían el agua como un manto rojo, dispuestos a suavizar la piel de una reina.

Isabel estaba sumergida en esta, recostada contra el respaldo; su mirada pensativa, disfrutando del baño preparado por Everett, para que ella relajara los músculos y descansara hasta que él estuviese de vuelta. El intercambio de votos matrimoniales de la hija de Ma-cheil y el hijo de Kamiakim, se celebraba esa noche.

Asistiría renuente. No quería dejar a Isabel en su delicado estado, pero hacerle el desaire a los yakaramath y a los peaux noires, sería considerado una muestra de ingratitud de su parte. Por décadas, las dos tribus han brindado apoyo moral y guerrero al Clan de Kenai; siendo de las alianzas más estrechas entre las manadas del continente. Sobre todo, con los yakaramath, en que la amistad los unía.

Kuzman, Lazar y Goran, protegerían a Isabel de merodeadores; el doctor Pavlovic, que hasta hacía un par de horas se había instalado en el cuarto de huéspedes, estaría pendiente de su salud, y Mila asistiría en lo que su ángel necesitase. El móvil satelital lo mantendría encendido en caso de necesitarlo; no debía hacer esto, durante la boda, las interrupciones de ese tipo, eran muy mal vistas. Everett se arriesgaba a causar querellas, pero por Isabel estaba dispuesto a correr el riesgo.

Aun así, estaría presente por dos horas y luego se marcharía.

En este aspecto no podían recriminarle querer estar al lado de su mujer que estaba por parir.

A escondidas de Isabel, investigó por diferentes medios, cuál era la causa para que el embarazo avanzara más rápido que cualquier futura madre loba. La edad ni la especie tenía que ver; Isabel era joven y el hecho de ser humana, no debería de alterar de ese modo la gestación del lobezno. Le estaba tomando menos de la mitad del tiempo de lo que las hembras fértiles de la manada, les tomaba en un período de dos meses. Pero Isabel –como suele ser ella de particular– apenas tenía quince días.

—Mejor me quedo —le comentó, recostando su hombro en el marco de la puerta del baño. Si Ma-cheil profesaba ser su amigo, entonces que comprendiera porque declinaba la invitación. Y en cuanto al otro jefe, después se disculparía.

Ella abrió los ojos un tanto somnolienta.

—¿Por qué? —preguntó mientras lo escaneaba de arriba abajo, de

un modo que a Everett le dio un corrientazo en la espalda. Estaba vestido de pantalón caqui y camisa de hilo blanco, con el entretejido de cuentas de madera y plumas, colgando del cuello.

—Me preocupa dejarte sola.

—No lo harás —esbozó una sutil sonrisa; la tina y las velas acomodadas en el piso, la tenían envuelta en un sopor que parecía querer estar allí por horas—. Mila, los trogloditas y el doctor Pavlovic, me harán compañía.

—¿Y si me necesitan o se te adelanta el parto? —replicó a la vez en que entraba al baño. Se inclinó a un lado de la tina, para acariciarle la barriga, que apenas sobresalía del agua y los pétalos esparcidos. El ombligo de su amada se había brotado, asemejándose a una pequeña montaña y una línea oscura le recorría la barriga de forma vertical, como si la hubieran pintado con un pincel.

—Deja de preocuparte, quedaré en manos de personas capacitadas; de adelantarse el parto, te llamaremos. Ve allá y disfruta; si puedes, toma fotos, quiero ver cómo fue todo.

Él le dio un casto beso, deseando más estar metido con ella en la tina, que brindar a la salud de los novios.

—Estaré de vuelta a las diez —informó para tranquilidad de él mismo que de ella. Everett no podría disfrutar, sabiendo que su ángel estaría sin su protección desde el otro lado del bosque.

—Está bien, como quieras —sonrió con esa pasividad que él no le había observado en mucho tiempo.

—¿Vas a seguir en la tina? Ya tienes los deditos arrugaditos —dijo al fijarse en sus manos, cuando ella se acomodó un mechón de su cabello, detrás de la oreja.

Isabel alzó los brazos hacia él. Algunos pétalos, tenía pegados por los antebrazos.

—Ayúdame a salir; si permanezco aquí cinco minutos más, me quedo dormida.

Luego de que Everett la llevara hasta la cama y se asegurara que no sufriese alguna caída por estar húmeda, la ayudó a ponerse una camiseta y un pantaloncillo de los suyos. La arropó y le deseó un «dulces sueños, vuelvo pronto», sellando la promesa con un beso en los labios.

Cerró con cuidado la puerta del dormitorio; la chimenea estaba apagada, Isabel sufría de calor y apenas él la cubrió con la sábana, ella la pateó para desarroparse.

Pavlovic y los demás estaban en la planta baja.

—Descuide, la cuidaremos —expresó Slavco, quien se había levantado del sillón donde se hallaba sentado, en cuanto el alfa bajaba por las escaleras.

Mila estaba al lado de Lazar y Goran, cerca de la entrada hacia la

cocina y Kuzman en la puerta principal, ya abierta para que Everett se marchara. El chofer le entregó la llave del Jeep para movilizarse a través del camino pedregoso que atravesaba el bosque y le aseguró al igual que el doctor humano, que velarían por la joven.

Everett les impartió algunas indicaciones, como: Mila tenía prohibido salir de la cabaña ni para ir al baño. Slavco Pavlovic estaría supervisando a Isabel cada veinte minutos para asegurarse de que hasta respiraba bien. Los tres guardaespaldas montarían guardia por el perímetro, junto con algunos *Canis lupus* que se habían invocado.

La flecha del velocímetro apuntaba a los 170 kilómetros por hora y amenazaba con apuntar hacia el extremo derecho, indicando que había llegado al límite permitido; consumiendo así litros y litros de gasolina en la medida en que conducía como un rayo. Everett estaba por hacerle un hoyo al piso del todoterreno de tanto que hundía el pie en el acelerador; debido a esto, saltaba sobre su asiento por las rocas salientes de la carretera y porque la estabilidad del clásico Jeep 2018 comenzaba a resistirse. Tenía cruzado el cinturón de seguridad, por si chocaba contra un árbol o volaba a través del parabrisas, a causa del impacto o un volcamiento por la velocidad que llevaba. No moriría, pero podría quedar severamente malherido, y esto sería un contratiempo, tanto para su compromiso con las dos tribus como para su prometida.

Ella era la que más le importaba.

Encendió el dispositivo de USB, para escuchar música y así calmar la ansiedad. Best of You, de *Foo Fighters*, sonaba a través de los parlantes del salpicadero. Los faros del vehículo sin techo, rayaban la oscuridad, yendo en sentido norte hacia las laderas de las montañas. En la medida en que se alejaba de la cabaña, Everett sentía una opresión en su pecho, pues era como si le tuviera sin cuidado lo que a Isabel le sucediera. No obstante, era todo lo contrario, su alma y corazón permanecía a su lado, mientras que su cuerpo se hallaba detrás del volante.

Se había marchado con el tiempo justo para que, en cuanto llegase a la aldea yakaramath, la unión de los dos jóvenes nativos, se estuviese efectuando.

Intentó cantar sin éxito, se perdía en la letra, sus pensamientos estaban repartidos en mil probabilidades que podrían ocurrir por haberse marchado. Tenía que recordarse que había dejado a su ángel en buenas manos: Pavlovic era un reconocido médico especializado en obstetricia, ginecología y cardiología, y sus hombres eran los más feroces lobos en un enfrentamiento. Tenía que confiar en ellos.

Al cabo de casi una hora de conducir a través de Denali y de la interminable tundra, aparcó el Jeep en una zona bastante amplia en la que dejaron reservada para los vehículos.

La mayoría, rústicos y motocicletas de alto cilindraje, cuyos propietarios ya estaban sentados en el suelo, donde las dos tribus dispusieron para los invitados mantas de tejidos multicolores.

Lo harían como dictaba la tradición: a los pies de la cadena montañosa, rodeados de lobos comunes y metamorfos, y con la libertad plena que confería la Madre Naturaleza. Ni un bípedo tuvo el honor de presenciar la unión de las dos familias nativas-metamorfas más importantes en Alaska; sería una estupidez por parte de estos atreverse a estar presentes, puesto que nadie les aseguraría que retornasen a sus hogares con vida. El frenesí incentivado por el licor, post-boda, causaría que más de uno de los invitados sobrenaturales, les diese por lanzar dentelladas.

Se acercó al grupo que era bastante numeroso y del que reconoció a más de un clan, con el que él mantenía una tirante relación diplomática.

—¡Caramba! El legendario Everett Brankovic por fin llega. Eres el último, como siempre… —Raúl Torrenegra del Clan Miami, escupió la animosidad hacia el vástago menor de Stanislav. Vestía vaqueros y chaqueta de cuero, debido a la proximidad de los picos nevados, acostumbrado él a las altas temperaturas de la ciudad que acobija a un gran número de latinos.

Hubo murmullos del que el aludido ignoró, sobre todo, las risotadas malsanas de Andrey Makarov, del clan homónimo a su apellido.

—Mi buen amigo, es un honor que haya venido —Ma-cheil lo recibió con los brazos abiertos, sin haberse dado cuenta de la breve tensión entre los dos lobos.

—Conmigo usted cuenta siempre —expresó correspondiendo al abrazo del pequeño hombre de rasgos fuertes—. Pero me temo que solo estaré por un par de horas. *Por lo de Isabel*…

El hombre nativo, con un leve asentamiento de cabeza, le expresó su comprensión. Un macho debía velar por su hembra en dichos momentos.

Vladan –del Clan Anka– hizo amague de querer acercarse a Everett para comentarle lo que había sucedido con el hermano de la humana. Pero Ma-cheil condujo a Everett, a ubicarse en uno de los puestos reservados para los más allegados. Tendría que esperar a que la ceremonia terminase y así revelarle lo que había estado postergando durante esos días, más que todo, por la vergüenza de haberle brindado ayuda *al que fue expulsado*.

Aquel lo manipuló y liberó al híbrido que le habían confiado a él para domesticarlo.

—Pensé que no vendrías —Damir le comentó a Everett, también ubicado entre los privilegiados. Eran los únicos, entre todos los

asistentes, que se hallaban cómodamente sentados sobre grandes rocas.

—Será por un rato, luego me marcho —respondió en voz baja al hermano. Vesna y Radojka estaban paradas, detrás de este, como si fueran guardaespaldas.

Everett cedió su puesto a las dos cuñadas, quienes agradecieron su amabilidad con una hipócrita sonrisa. La roca era amplia y limpia, por lo que ambas podían compartirla y no ensuciarían sus bonitos vestidos de diseñador. A pesar de haber sido criado por una loba sumisa y un padre indiferente, era caballeroso; no permitiría que ninguna mujer estuviese de pie, mientras él se hallase sentado como un cacique barrigón y fumando pipa.

Paseó la vista por su entorno. El maldito de Andrey lo desafiaba con la mirada desde el lugar que le asignaron junto a los demás alfas y betas. En sus ojos negros se podía leer que deseaba devolver el último puñetazo que Everett le propinó antes de marcharse de Anchorage, dejándolo tirado en el piso por bocón. Nadie le ofendía a su mamá y quedaba inerme de salvarse de una paliza; para él, Winona era una santa que sufrió por otros. Ni muerta la dejaban en paz y esto a Everett casi lo enloquece.

Apretó la mandíbula para evitar mostrarle los dientes con ferocidad; no era el momento…

Ma-cheil y Kamiakim –este último con la piel pintada de negro– presentaron sus respectivos hijos a los asistentes. Ambos hombres estaban ataviados con sus trajes autóctonos de siglos pasados: pantalón ancho y camisón de piel de animal y flecos por los costados, y sus penachos de grandes plumas. En cambio, los contrayentes vestían túnicas blancas, bordadas con figuras de aves, osos, lobos y venados. Eran muy jóvenes, de apenas dieciocho años. Maris –la hija de Ma-cheil– estaba sonrojada; su cabello negro, dividido en dos trenzas largas que le llegaban hasta la cintura, lo tenía adornado con coronas de flores y collares de cuentas de madera y granos de café, haciéndola lucir hermosa, mientras que JoDe –hijo de Kamiakim–, su semblante auguraba que estaba por vomitar.

Everett intuyó que el chico no deseaba casarse, el matrimonio fue arreglado por su padre, sin tomar en cuenta su opinión.

A él le habría pasado lo mismo de seguir el suyo con vida. Stanislav tuvo previsto que se uniera a la hija de Elías Obrenovic.

Lo que habría sido una pena: Isabel no existiría para él.

Isabel…

¿Estaría bien?

Palpó el móvil de última generación en su bolsillo y suspiró. Que el intercambio de votos se efectuase rápido, ya se quería marchar.

Un hombre muy anciano se unió a los dos jefes y pidió que los

jóvenes se parasen de cara a él; les habló en el idioma que tanto los yakaramath como los peaux noires, hablaban. Solo los que pertenecían a estas tribus, entendían la lengua sahaptin; el resto se limitaba a observar los gestos que estos hacían.

Fue un intercambio de votos breves, más que todo de los jerarcas, quienes hablaron y los jóvenes escucharon; ella sonreía, él no, pero a nadie le importaba. Everett sentía empatía por el chico a quien vio crecer, comprendiendo que no estaba preparado para dar ese paso.

Cruzó miradas con Abby Rose, ubicada en medio de sus padres, y la desvió rápido por sentirse incómodo. Estaba sentada de lado, pero con sus ojos fijos en él, casi llorosa, quizás sintiéndose identificada con la chica.

Ella quiso casarse con él, pero Everett estuvo nervioso por mucho tiempo.

En una de esas en que le dio por volver a mirar su entorno, se llevó la desagradable sorpresa de que Jevrem también estaba allí. Esto hizo que mirase a Damir con rabia; el hermano sintió los dardos invisibles a su espalda, lo miró por sobre su hombro, sin comprender por qué el otro fruncía el ceño con severidad. Pero rápido captó que el enojo se debía a la presencia de su hijo.

Jevrem lucía tenso, pero no intimidado.

Una vez que la ceremonia concluyó, Ma-cheil y Kamiakim, aullaron jubilosos. Los asistentes respondieron de igual modo a la vez en que se levantaban de sus respectivos tapetes. El tío Zoran trajo de su camioneta, una caja repleta de botellas de vodka, mientras que sus primos, Ilic y Luka, repartían copitas de cristal para brindar por el nuevo matrimonio.

Everett se excusó de tener que marcharse, pero Luka le rodeó los hombros.

Un gigante de cintura gruesa.

—¿Adónde vas? ¡Vamos; *uno* por los novios!

—Me tengo que…

—¡Brinda, hombre! —Había estado bebiendo mientras se efectuaba la ceremonia. Su aliento alicorado y mirada achispada, revelaba su borrachera.

Everett lo complació para no ser descortés y bebió de un solo trago la copita que le ofreció; luego otra a la salud del difunto Stanislav y de la difunta Winona, que fue una mujer noble y de las pocas con la que un macho se podría casar. Se zampó dos más y gruñó por lo bajo, cuando Jevrem se atravesó en su campo visual, al dirigirse este hacia sus padres para saludarlos; sin embargo, Damir se dio cuenta de la animosidad de su hermano, por lo que le ordenó a Jevrem que se marchara antes de que el tío lo moliera a los golpes y ofendiese con sus actos a los nativos.

—¡Fui invitado! ¿Por qué me tengo que largar como si hubiera hecho algo malo? Déjame que hable con él… —exclamó a su padre, dispuesto a razonar con Everett. Admitía que había cometido el grave error de atentar contra la mujer de su tío, pero se había arrepentido y haría lo posible por limar asperezas.

—¡No! Hijo, hágame caso: vete, así evitas un altercado. —A Damir le preocupaba que su hermano menor estuviese bebiendo, pues estando ebrio, tendía a buscar pelea. Se suponía que Jevrem tenía prohibido pisar suelo perteneciente al Clan Kenai, pero se hallaban en «territorio blanco», donde diversas tribus y clanes de otras zonas geográficas, amenizaban en confraternidad, siempre y cuando, no emplearan la agresión contra sus semejantes. A los rituales y ceremonias lobunas, les tenían un profundo respeto. Para los nativos, las fronteras solo existían en la mente, pues ellos eran hijos de *Anaku Iwacha*, gran Creador del Mundo que germinó la tierra con guerreros fuertes y hembras fértiles.

Por lo tanto, que Jevrem –siendo expulsado por el nieto heredero del aguerrido Dragan– fuese invitado por Ma-cheil, decía mucho del aprecio que sentía hacia el chico.

Era bien conocida la poca tolerancia de los yakaramath.

El joven lobo obedeció reticente de tener que estar alejándose cada vez que su tío hiciera acto de presencia en alguna parte. Prefería encararlo y arreglar las cosas a las malas, si así este lo prefería. Pero la mortificación de sus padres, le hizo cambiar de parecer.

Se subió a su moto y emprendió el viaje de vuelta hacia Canadá. Lo único que lamentaba era no haber visto a Isabel.

Y pensar que él pasaría a escasos kilómetros de donde residía.

Por otro lado, Everett logró liberarse de Luka, pero Ma-cheil lo atrapó en medio de la alegría que lo desbordaba de haber creado ese lazo fraternal con los peaux noires que por tantos años tuvieron confrontaciones. Le ofreció una bebida fermentada elaborada por ellos mismos, asegurándole que era lo mejor que probaría en años. Everett suspiró paciente, Ma-cheil se había olvidado de lo que le había dicho, que consideró recordárselo, pero en ese instante, Vladan se acercó con una expresión lúgubre que a Everett le llamó la atención.

—¿Podemos hablar? —Vladan pidió al recién nombrado Alfa, a la vez en que le expresaba una mirada de disculpa al menudo hombre para que lo dejara hablar a solas y del que enseguida este se retiró sin ofenderse. Zoran le abanicó la mano para que llevara esa botella que cargaba y así entre los dos hacer mezclas potentes de licor que causaran amnesia.

Everett se tambaleó un poco. Había perdido la cuenta de los tragos tomados.

—¿Todo bien? —Sospechaba que algo iba mal, puesto que Vladan

era de los sujetos más divertidos que conocía y su semblante serio era para formular preguntas.

El lobo se sobó la nuca, apenado por la que pronto habría de pasar:

Alfa contra Alfa, por un asunto del que le había fallado como amigo y como socio.

Capítulo 65

Lazar escuchó un ruido proveniente del costado izquierdo de la casa.

Aguzó los oídos –transformados en los de un lobo– y caminó sigiloso para no alertar a nadie. Estaba alerta a lo que fuera: movimientos, destellos, sonidos raros… Lo que le llamara la atención; si era animal o humano, lo despedazaría por estar metiéndose donde no debía.

Escuchó de nuevo el mismo ruido, como si alguien arrojara una piedrecilla para distraerlo; ¡que tontos!, no caería en un viejo truco, él era más astuto.

Así que, sin atender a esa «piedra rodante» que caía ladera abajo hacia el riachuelo, decidió atender al que pretendía causar su distracción.

Olisqueó el aire, no percibía ningún olor, ni siquiera el de un animal que tuvo la mala suerte de pasar cerca, porque si lo vislumbraba, lo cazaba. Bordeó la cabaña, sus sentidos estaban en alerta, seguro que algo o alguien merodeaba por ahí. Sus patas avanzaban lento y un tanto agazapado, su hocico olfateando la tierra por donde supuestamente debieron pisar y también el aire para percibir sus aromas. Sin embargo, nada captaba.

Otra piedrecilla rodó hacia la penumbra del bosque, Lazar replegó las encías y mostró la hilera de sus dientes y colmillos a lo que fuera que estuviese por ahí escondido, fregándole la paciencia. A juzgar por la dirección en que fue arrojada, calculaba que provenía del techo. El maldito bastardo estaba arriba, pretendiendo distraerlo para que él se alejara y este pudiera ingresar a la cabaña.

Levantó la mirada para calcular dónde posar sus grandes patas por la pared e impulsarse hacia el techo y así despedazar al invasor. Pero un bulto –proveniente del bosque a su espalda– le golpeó la cabeza con un garrote, varias veces y con tanta fuerza, que le partió el cráneo hasta causarle la muerte.

Los sesos y la sangre de Lazar, quedaron esparcidos en el suelo y la pared de la cabaña.

*****

—¡Habla, *carajo*, que parece que te hubieras follado al novio y te pillaron! —Everett comentó a Vladan en un tono socarrón que, estando sobrio, no habría dicho.

Este se removió sobre sus pies, echó una mirada a los diferentes clanes que bebían entre brindis y aullaban escandalosos. Las botellas de vodka yacían vacías en el suelo.

—Me hubiera encantado que fuera *eso*, pero es algo que me podría costar tu amistad —respondió aprensivo de su reacción—. El híbrido hispano…

—¿Qué hay con él? —Everett se tensó entre la bruma alicorada; la expresión azorada de Vladan, le indicaba malas noticias.

—Escapó. Ranko lo ayudó.

—¡¿QUÉ?! —Se sulfuró en el acto—. ¿Cuándo sucedió? —Ya estaba encaminándose hacia el Jeep. Vladan le pisaba los talones.

—Cuando estuviste en Anchorage. Ranko me pidió que le dejara pasar una noche, que discutió contigo y que estaba de paso.

Everett se detuvo *ipso facto* y se volvió hacia el Alfa del Clan Anka, tomándolo con rudeza por el cuello de la camisa.

De eso, hacía una semana.

—¡¿Y por qué no me dijiste antes?! —Sus manos se empuñaban con severidad, desgarrándole la camisa desde sus costuras.

Algunos lobos le gruñeron a Everett, pero él no atendió a la amenaza, sino que su furia estaba centrada en el otro.

Los hermanos, Ilic y Luka, repararon de lo que sucedía y enseguida se acercaron para calmar los ánimos caldeados; cada uno portaba una botella, de la que prescindieron de las copitas al beber directo de la boquilla.

—No quise alertarle hasta atraparlo primero.

—¡Pues no lo has hecho! —le gritó con las imperiosas ganas de ahorcarlo con sus propias manos. Ilic trataba de hacerle razonar, pero se ganó que Everett le mostrara la hilera de sus afilados dientes—. Si por tu culpa a mi prometida y a mi hijo que está por nacer, les pasa algo, tú y yo ajustamos cuentas.

Vladan era de los sujetos que cuando lo amenazaban, respondía agresivo; era un alfa que se había ganado el privilegio de regir una de las manadas más rudas en Canadá, pero la amistad que sostenía con Everett, le hacía tolerar sus increpaciones.

—Asumo las consecuencias —dijo—. Pero deja que te acompañe para ayudarte a proteger a los tuyos y así enmendar mi error.

Ma-Cheil, a unos metros de las rocas en donde compartía unos *traguitos* con los jefes de las tribus vecinas, alcanzó a observar que un grupo de *Canis lupus* y *Homo canidae* se agolpaban entre gruñidos bajos y colmillos perfilados.

Corrió tambaleante a la vez en que pedía a sus hombres –a quienes veía doble– que rodearan a los otros, molesto porque estos buscaban pelea en la boda de su hija. ¿Acaso no tenían respeto en el lugar donde se hallaban? Eran tierras sagradas, donde los dioses se

manifestaban en la majestuosidad de las montañas.

Pero no llegó a tiempo para expresarles su sentir, Everett y Vladan se marchaban en el Jeep, mientras que una jauría de lobos comunes corría detrás de ellos. Ilic y Luka se rascaron la cabeza y sobaban la nuca en una expresión apenada al líder yakaramath de, «líos de faldas», y continuaron bebiendo de la botella.

A Damir, esto le causó mala espina, Everett y Vladan no eran de darse a los puños entre ellos, actuaban más como hermanos que como enemigos; incluso, mejor que con él y Ranko. Por otro lado, Abby Rose se lamentó de no haber tenido la oportunidad de hablar con Everett, de recordar viejas vivencias y de expresarle sus sentimientos. Creyó que la fortuna le sonreía, al Licaón haber escuchado sus ruegos. Everett la había mirado y en sus ojos marrones le pareció observar un chispazo del fuego que una vez tuvieron.

*****

El golpe seco había despertado a Isabel, quien con dificultad se levantó de la cama y se dirigió hacia uno de los amplios ventanales. Le pareció que provenía de afuera y que fue contundente.

A la vez en que se sostenía la barriga por la parte baja, pues la sentía caída y más pesada, rodaba los ojos por las inmediaciones a ver qué se pillaba entre los lóbregos árboles. Le costaba enfocar, aún estaba aturdida por el sueño, no recordaba que había soñado, aunque tenía la sensación que fue desagradable.

Miró de un extremo a otro y luego se dirigió al siguiente ventanal para poder observar mejor, intuía que algo grave estaba por pasar o había pasado, el ambiente en el dormitorio se tornó denso, su corazón palpitaba acelerado y su bebé estaba inquieto.

¿Qué fue ese ruido para ella sentirse así?

Pegó la frente en el cristal, oteando en la negrura del exterior, pero todo lo hallaba tranquilo, sin nada que le llamara la aten… ¡¿Esos que eran?! Parecían…

Puso ambas manos en el cristal, su panza también quedaba pegada a este y achicó los ojos. Las palpitaciones en su corazón se incrementaron.

¿Eran…?

Por unos segundos mantuvo la vista fija y luego se llevó las manos a la boca para hogar un grito.

Pies.

Los pies descalzos de un hombre que yacía tirado en el suelo como si estuviera desmayado o herido.

Recordó el golpe que la despertó.

A ese lo golpearon…

Se dirigió lo más rápido que pudo hasta la mesita de noche y tomó

el móvil para llamar a Everett; no sabía si Kuzman o los demás ya lo habían hecho, pero por si acaso, le marcaría su número. Sin embargo, no hubo contestación, como si nadie quisiera atender la llamada.

Volvió a marcar; sus dedos temblaban; por desgracia, obtuvo la misma respuesta.

—Vamos, Everett, no me hagas esto. ¡Contesta! —se quejó en un susurro, a la vez en que marcaba por tercera vez y dejaba que el sonido repicase en su oreja.

Habiéndose dado cuenta que llamarlo sería infructuoso, dejó el móvil en el mismo lugar y abrió la puerta del dormitorio para buscar a Mila o al doctor Pavlovic y advertirles lo que sucedía.

Esos pies inertes le pertenecían a uno de los trogloditas que debieron estar montando guardia.

¡Dios mío!, pensó azorada en lo que le habría pasado.

Al llegar a la planta baja, no halló a ninguno de los dos. Temió llamarlos para no ser como esas mujeres en la televisión, en la que revelan su paradero preguntando en voz alta por estar angustiada.

¡Huich!

Las aletas de su nariz se abanicaron.

¿Qué era ese olor?

Apestaba a cebolla y estiércol.

Entró a la cocina, tan tenebrosa como la sala y el vestíbulo. Las luces de las lámparas de queroseno –de las que el ama de llaves solía dejar encendidas– estaban apagadas. Ni una vela, ni la chimenea en la sala. Lo que parecía extraño, tenía entendido que el doctor estaría despierto hasta que Everett retornara.

No supo qué la hizo moverse, pero tomó el cuchillo más grande que halló en la primera gaveta de la encimera y la empuñó con todas sus fuerzas. Algo muy, muy malo sucedía.

El troglodita golpeado, Mila y el doctor no se hallaban, la cabaña en penumbras, ruidos secos…

—Hola, *chavelita*, ¿por qué tan gordita?

Isabel sintió que un corrientazo le recorrió la espalda y el miedo la embargó, ante la voz que se hallaba allí, proveniente de la oscura sala.

*****

Jevrem rodaba por la vía como un torpedo. El motor entre sus piernas rugía; una Yamaha YZF–R1, de color azul cerúleo, tomaba por asalto la carretera a 299 kilómetros por hora. Estar sobre la veloz moto, era lo más parecido a lo que sentía cuando corría transformado por los bosques en la libertad que esto le confería. Se volvía uno con la máquina, solo un vehículo de dos ruedas superaba la potencia de sus piernas.

Apretaba los manubrios y un nuevo rugido barría el camino a la

vez en que lanzaba palabrotas en su fuero interno.

Solo quería enmendar las cosas y no se lo permitían.

Lo consideraban una paria. Un «rechazado» que siempre tendría un dedo que lo señalara a dónde se presentara. Su tío lo había rebajado a estar entre las sombras, excluido de sus amigos y de sus padres, por pretender protegerlo.

—Maldito —gruñó dentro del casco que cubría por completo su cabeza. El visor ocultaba su rostro del mundo y lo protegía de la brisa que rasgaba con la velocidad. El polvillo que levantaba sus ruedas de magnesio al cruzar la carretera a toda mecha, se mezclaba con la neblina que cada vez se espesaba. Aunque si estuviera en su forma lobuna, esto no sería un inconveniente, pero se hallaba bípedo y sobre un vehículo que parecía que lo estuviera persiguiendo el mismísimo diablo.

Entonces, tres lobos gigantes se cruzaron por el camino, provocando que Jevrem perdiera el control de la moto y derrapara por un largo trayecto, hasta que después de tanto luchar para evitar que se volcara, la moto cayó de lado –con él abajo– y continuaron deslizándose hasta que la inercia de la misma velocidad disminuyese poco a poco hasta detenerse.

Jevrem jadeaba, ¡válgame susto se había llevado!

Por fortuna, estaba bien, no sufrió fracturas ni se partió la cabeza. El casco lo protegió de sufrir un desenlace peor.

—Maldita sea —lanzó la increpación para los lobos que se cruzaron y para él mismo por no haberlos esquivado a tiempo. Los condenados se atravesaron tan abrupto, que casi los atropella.

Se quitó la moto de encima y se levantó adolorido, habiéndose salvado de sufrir fracturas; por desgracia, la parte lateral de sus vaqueros y su chaqueta de cuero, se molieron con el roce de la tierra de la carretera. La pierna izquierda tenía raspones desde el muslo hasta los tobillos y su brazo le dolería hasta que llegase el verano del 2050. Casi se queda sin piel.

Entre quejidos, se quitó el casco y lo arrojó con rabia al suelo. Ahora tendría que rodar la moto apagada hasta la próxima gasolinera, donde buscaría herramientas para repararla. Como había quedado, le tomaría días.

—*¡Arrrrrrghhhh!*

Un grito que casi le hiela la sangre, le hizo volver el rostro hacia su izquierda.

Al parecer, sus congéneres habían cazado a un humano.

Frunció el ceño y censuró que esto pasara; su tío Everett había implementado una regla en la que se prohibía cazar especies de dos patas como alimento. Esos días en que los *Homo canidae* se comportaban con salvajismo, habían terminado.

Por lo menos en sus tierras.

Observó el entorno y reconoció enseguida la colina que erigía la cabaña de su tío, esta se hallaba cerca, alcanzándose a ver sobre los picos de los abetos.

Se preocupó. ¿De allí provenía el grito del sujeto?

De ser así, los lobos que se atravesaron, podrían ser la ayuda que habrían solicitado o eran los atacantes.

Por Licaón…

¡Isabel!

*****

La joven se sobresaltó cuando, desde el frente de la cabaña, un hombre aulló de dolor. Fue tan desgarrador y lastimero, que se le erizó la piel.

Tragó saliva y la hoja del cuchillo que sostenía tembló, causando que Arturo se carcajeara.

—¿Asustada? ¿Por qué?, solo vine a saludar a mi hermanita, la zorrita… —comentó en ese tono burlesco y ofensivo que a Isabel tanto le disgustaba—. Y por lo que veo: has estado comiendo mucho *huevo*. Mira que *panzota* tienes de tanta *leche*, pareces ballena. ¿No vas a decirme «hola»? ¡Ah!, esta *chavelita*, la *mediocrita*, ¿nada aprendiste de los modales que te enseñó mamá?

—Hola… —saludó con el corazón palpitándole en la tráquea. Podría no haber luz en la estancia, pero ella observaba que él estaba desnudo de la cintura para arriba, luciendo greñudo y con un semblante que inspiraba temor.

—¿Por qué *el cojo* te dejó sola en casa, estando preñada? Qué tipo este tan descuidado con sus zorritas.

—E-está por llegar. Salió unos minutos a cazar.

Sus risotadas reverberaban por la sala como fantasma de ultratumba. Isabel se fijó que los tatuajes de Arturo habían desaparecido de su pecho y que su condición era en cierto modo, parecida a la suya. Notaba que su rostro ya no estaba desfigurado por el supuesto «rastrillo» que lo causó, según la policía, sino por las garras de Everett cuando se enteró que la golpeó.

—¡*Ay*, pero ni para mentir sirves, mediocre! Tu *cojito* está de fiesta con una rubia que le manoseaba las bolas en un casamiento de *indios apaches*… Es muy sensual, la muy puta. No como tú, que eres fea y bruta.

Isabel se lamentaba de estar lejos de la estantería de jarrones antiguos, del que le hubiera servido para lanzárselos todos a la cabeza y sacarlo de combate. Oraba para que Arturo parloteara hasta que Everett volviera y así llevarlo de retorno a dónde sea que lo habían encerrado por violencia de género.

Giró el rostro hacia los ventanales, cuando al frente de este, dos lobos enormes y negros, se revolcaban en el suelo, entre mordiscos y dentelladas.

Arturo chasqueó los dedos para captar de nuevo su atención.

—¿En qué quedamos? ¡Ah!, sí, sí… En que *tu cojito* te pone los cuernos con una rubia de tetas —hizo la mímica del tamaño de los senos que poseía aquella— grandes. Aunque… —apreció con morbo los de Isabel— los tuyos están más grandotes. ¿Los tienes ya llenos de leche?

—Asqueroso. —Se cruzó de brazos para cubrirlos, asqueada de su hermano.

—Suelta el cuchillo, vaca lechera —el tono socarrón se tornó serio.

—No. —Lo empuñó más fuerte, mientras que –por el rabillo del ojo– observaba a los dos lobos masacrándose mutuamente. Presumía que uno de estos era Kuzman, Lazar o Goran y que el otro…

¿Quién?

—¡Qué lo sueltes, *pinche* vaca! —Arturo le gritó, dando un paso hacia ella, pero se detuvo al escuchar los gruñidos que brotaban de su caja torácica.

—¡*Órale*, hasta gruñes! —Se burlaba, más no se acercaba.

Isabel meditó que su hermano era un cobarde que solo agredía a los que no podían defenderse, pero cómo se le cuadró con un arma blanca, se mantenía en su posición.

Así que arriesgándose a que saltara sobre ella, comenzó a subir las escaleras, sin darle la espalda a Arturo. Una mano sostenía su barriga, cada vez más pesada y con la otra blandía el cuchillo. Si se atrevía en lastimarla, lo lamentaba por su mamá, pero la dejaría sin hijo varón. Protegería al suyo como fuera, así tuviera que sacarle las tripas a su hermano.

*****

—¡Mierda, Everett, nos vamos a matar! —Vladan exclamó a este, quien presionaba hasta el fondo el pedal para obtener la máxima velocidad.

El Jeep daba saltos sobre la carretera pedregosa, provocando que el otro alfa rebotara sobre el asiento. Ninguno de los dos se había cruzado el cinturón de seguridad, pero por la forma alocada en cómo conducía este, Vladan optó por cruzárselo.

—Ruega que no lo hagamos, porque de pasar, desde el averno te doy de patadas —replicó manejando a través de la densa neblina que limitaba la visión a escasos cinco metros más allá del parabrisas.

A pesar de que el clima había cambiado abrupto, la noticia sobre la huida del híbrido, le hizo perder un poco los efectos del alcohol, logrando manejar con rapidez. El velocímetro estaba por reventar la

aguja que indicaba que el Jeep, prácticamente volaba rasante por la carretera; si un venado se le atravesaba, lo sentía por este, pero lo atropellaba. Esperaba no encontrarse con alguno, le pesaría tener que llevárselo por delante con el parachoques.

—¡Cuidado! —Vladan advirtió al vislumbrar una moto volcada, que de repente apareció de la nada. Alguien tuvo un accidente a causa de la neblina, quedando tendido en medio de la carretera.

Everett dio un volantazo para esquivarlo, pero al hacerlo, en vez de librarse de pasar por encima de la moto y del sujeto que podría estar debajo de esta, el Jeep salió del camino y se dio contra un árbol que frenó su intempestiva carrera.

*****

La brisa nocturna removió el cabello suelto de Isabel. Llevada por la angustia y el férreo deseo de salvar a su bebé, había logrado subir hasta la terraza. En ningún momento le daba la espalda a Arturo, quien mantenía distancia, disfrutando perseguirla a paso lento, mientras le escupía comentarios vejatorios como «eres poca cosa», «obesa y fea», «mediocre», «bruta», «zorra».

Mediocre era el insulto que más le repetía.

Sollozaba y temblaba a pesar de que empuñaba fuerte el cuchillo para evitar que Arturo notase que era una mata de nervios; no obstante, tendría que ser una mujer fría que nada le afectaba, porque en ese instante estaba que se cagaba en los calzones de Everett.

Al pasar por la galería, justo por la parte en donde días atrás, llevada por la melodía y las ganas de hacer volar su espíritu, danzó como nunca en su vida. Ahora recorría el trayecto en medio del terror: su hermano amenazaba con matarla a los golpes.

—Arturo, por favor, estoy embarazada… No nos hagas daño.

Resopló con ojeriza

—A mí me da igual si esperas trillizos, me vas a pagar lo que me hicieron.

—¡¿Y qué te hicimos?! —retrocedía. Un paso tras otro para alejarse de él—. Te encerraron por golpearme.

Él chasqueó los labios y negó con la cabeza.

—¡Ay!, *chavelita*, *chavelita*, la mediocrita… No solo me encerraron por darte en la *jeta* por zorra: ¡ME VIOLARON! —gritó casi ensordeciendo a la joven—. El hijo de puta de tu amante, me mandó a un lugar lleno de lobos maricos para que me cogieran por el culo y les mamara la verga.

—¡Mentira! —Everett no pudo haber hecho tal cosa. Le había dicho a ella que lo enviarían…

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano que sostenía el cuchillo. El feto se movía inquieto y esto le causaba dolores hasta en

las costillas.

—Estoy segura que no fue intencional. Él me dijo que era para…

—Ni siquiera puedes excusarlo, estúpida, ¡porque sabes muy bien que lo que te digo es verdad! Me envió a ese lugar de mierda para que me violaran como castigo. ¿Sabes quiénes eran los que más me daban por el culo? Vladan y Kroz. ¿Los conoces? Ambos son amigos carnales de *tu cojito*. Ahora es mi turno de vengarme y le voy a dar donde más le duele a ese malnacido.

Isabel agrandó los ojos.

¡¿Qué pensaba hacer ese desgraciado?!

Capítulo 66

A Isabel el corazón le sufrió un vuelco ante lo que por su cabeza pasaba.

No podía ser que, por querer vengarse, Arturo cometería tan vil acto contra su propia hermana.

Miró hacia abajo, considerando saltar, pero la altura del techo al suelo y ella embarazada, la mataría en el acto. Los gruñidos feroces de los dos lobos negros, reverberaban por el entorno; Isabel no los alcanzaba a ver, estos rodaron hacia un extremo de la cabaña, donde se perdían de vista. Aun así, se escuchaba que lucharían hasta que uno quedase muerto.

Retrocedía en la medida en que Arturo sonreía perverso, su mirada era maldad pura, loco por desquitarse de la peor manera. Le miraba los senos, luego con rabia hacia su barriga y le gruñía para intimidarla. Pero Isabel no se aplacaba a pesar de que temblaba de la cabeza a los pies y se hallaba sola y en desventaja. Lloraba y blandía el cuchillo. Si la tocaba, no tendría piedad; el amor que sentía hacia su bebé, le daba fuerzas para querer luchar con lo que dispusiese. Arturo siempre tuvo odio en su corazón; un flojo envidioso que pretendía que todo se lo pusieran fácil. Jamás persiguió sus sueños ni levantó un dedo para realizarlos, prefería que otros allanaran el camino por él y si no lo hacían, los culpaba de sus frustraciones.

—¡Aléjate! —le gritó cuando intentó acercarse más. El cuchillo cruzaba el aire para que Arturo mantuviera las distancias.

—Te voy a dar por donde me dieron a mí: ¡Por el culo!

—¡¡Sucio!! —lloró. ¿Cómo era posible que fuese tan despreciable? Si su madre lo viera, seguro lo excusaría. «¡Es porque estás en camiseta, mostrando esas piernas!».

Su espalda tocó el cercado de la terraza al llegar al final de la galería; enseguida se dirigió a la parte en donde le danzó a Everett, buscando desesperada otra vía de escape.

Pero en el instante en que sus ojos rodaron, Arturo aprovechó su distracción para desarmarla.

—¡NO! —Isabel trataba de retener la única arma defensiva; su barriga estaba en medio de los forcejeos.

Arturo le dio un golpe para lastimar al feto; la joven jadeó adolorida, pero la desesperación por querer protegerlo, hizo que le diera un zarpazo que le cruzó la cara, dejando tras de sí, tres surcos profundos y sangrantes que le hicieron proferir a Arturo un chillido

desgarrador.

Las manos de Isabel habían cambiado a pesar de lo comentado por Everett de que no podría transformarse estando embarazada; sus uñas se volvieron garras y la piel del dorso se había tornado más oscura. Esto hizo enfurecer al hermano, quien invocó a su lobo interno y lo sacó a flote con crujir y retorcimientos de huesos. Botaba espumarajos mientras sus colmillos se alargaban y su boca humana adquiría la forma de un hocico lobuno.

Se puso en cuatro patas: pelos, orejas, cola… Todo el combo de un lobo feroz de color marrón con gris se estaba convirtiendo ante ella; le arrancaría los brazos y las piernas por haberlo desfigurado; el zarpazo aún surcaba su fisonomía animal, se las iba a pagar; la violaría estando así para que el otro maldito supiera quién se lo había hecho.

No obstante, al enfocar los ojos sobre la estúpida de su hermana…

Esta temblaba entre convulsiones, como si estuviese sufriendo de un ataque de epilepsia.

Había caído al piso, retorciéndose entre gruñidos.

Arturo supo lo que pasaría con ella y se apuró a que sus huesos terminaran de alargarse y sus músculos aumentaran de volumen. De repente, le apremiaba ganarle en la transformación, la piel se le oscurecía y burbujeaba.

¡Mierda!

Como el cambio se completó primero en él, se abalanzó sobre su hermana para desgarrarle la tráquea y abrirle la barriga con las mordidas; el feto sería un rico manjar que se tragaría, luego de dejarle el trasero sangrante a la madre.

Y en el instante en que volaba hacia ella, otro lobo, más grande y fuerte, lo embistió por el costado, fracturándole varias costillas.

Jevrem-lobo, había empleado toda la potencia en sus patas y saltó, tomando impulso desde el techo de la letrina hasta la terraza. Desde 200 metros atrás en el bosque, había percibido los olores de varios *Homo canidae*, que huyeron en cuanto lo vieron aproximar a toda velocidad. Solo dos habían quedado: Ranko que luchaba con Kuzman y el bastardo que era hermano de la mujer que a él le gustaba.

Clavó los colmillos en el hispano y apretó la mandíbula para desgarrarle el pelaje. Lo mataría por hacerle daño; él también lo intentó una vez, pero se redimía.

Isabel no tenía fuerzas ni para levantar los brazos, convulsionaba mientras observaba a un lobo grisáceo darle una paliza a su hermano; sentía alivio, pero también desasociego, a ese lobo no lo conocía y no sabía si peleaba para protegerla o la quería como un pedazo de carne.

Temblorosa, intentó ponerse en pie, pero su rodilla resbaló por un líquido que de repente la humedecía. Ahogó un chillido, había roto fuente en un mal momento. Se miró a sí misma y se asustó, las venas

de sus brazos se engrosaban, causándole un aumento de temperatura corporal.

Ardía.

¡Ella ardía!

Se quemaba con un fuego invisible. Tenía burbujas por toda su piel, como si se fueran a reventar. Lloró asustada. ¿Qué le pasaba? ¿Iba a parir o se iba a transformar? No podía ser que las dos cosas estuviesen sucediendo al mismo tiempo. ¡Lo dijo Everett! ¡¡Aún, no!! ¡¡Aún, no!! No, aún no…

*****

Everett hizo un mohín por los lengüetazos que humedecían su rostro, haciéndole recobrar de ese modo la conciencia.

Parpadeaba aturdido, viendo todo borroso por el golpe que había recibido en la frente con el volante. Se quejó adolorido y se llevó la mano a la herida que le sangraba. Los lengüetazos continuaban para reanimarlo. Gemían entristecidos y empujaban con suavidad con su hocico.

Achicó los ojos y enfocó con dificultad, hallando sobre él a un *Canis lupus* de color gris claro con manchas cremas. Palpó su pelaje y lo acarició para que se calmara, estaba bien, fue un golpe abrupto contra un árbol. Esto enseguida le hizo mirar hacia el asiento del copiloto; Vladan también era socorrido por un lobo de casta natural de pelaje blanco, que gimoteaba y lo lamía.

—¿Estás bien? —Everett le tocó el hombro y este asintió, aún si recobrar del todo la lucidez. ¡Vaya golpe! El lobo blanco no dejaba de lamer sus heridas.

Su lengua pasó por sus labios.

El de abajo lo tenía roto.

—Aún no nos hemos presentado y ¿ya me quieres meter la lengua a la boca? —Vladan comentó socarrón con ese deje lastimero en la voz. El animal temía por ese alfa.

Cuando intentó mover las piernas.

Gritó.

Se las había fracturado, sintiendo un dolor desorbitante. Más le vale no las hubiera movido.

—Trae ayuda —Everett le ordenó al lobo que estaba a su lado. Varios corrieron de vuelta hacia las faldas de la montaña—. Vladan, lo siento, pero tengo que salvar a Isabel… —expresó mientras se bajaba atontado del Jeep.

El otro asintió.

—Ve. Yo esperaré a que la ayuda llegue. Perdona que no pueda acompañarte, te he causado muchas molestias.

—Hablamos después.

Y se desnudó en un parpadeo.

Vladan observó su transformación como quien observa el amanecer. Qué lobo tan magnífico, era una pena que este no se sintiera atraído por los del mismo sexo, o él ya lo hubiera hecho su amante.

Everett se sumergió en el oscuro bosque y vadeaba los árboles con tal rapidez, que parecía una sombra mucho más negra, deslizarse por los aires. Las ramas de los arbustos le daban en la cara y algunos los saltaba para cortar camino. Él lo presintió..., debió haber hecho caso a sus instintos y haberse quedado en casa, cuidando de su amada. Pero optó por largarse a una maldita boda, que ahora estaba de vuelta con el alma en vilo.

En su fuero interno rogaba a Licaón para que nada le pasara a ella, que la protegiera de algún ataque y que aumentara la velocidad en sus piernas para llegar cuanto antes a la cabaña. Los ojos le escocían; no por la brisa que golpeaba sus glóbulos oculares, sino por las lágrimas que se agolpaban. ¡Cómo pudo dejar a Isabel sola! Debió quedarse, debió hacerlo…

El techo de la cabaña, encima de la colina, adquirió tamaño en la medida en que Everett corría hasta allá. El cielo estrellado encapotaba su hogar, dando una bonita vista, del que, en ese momento, él no apreciaba por la angustia que padecía. Tenía que llegar rápido o lo que encontraría de Isabel, sería pedazos.

Ni siquiera se atrevía en pensarlo, se volvería loco de dolor por la pérdida y por la ira misma; ni los perros del Infierno lo detendrían; estos serían mansos cachorritos a su lado, pues acabaría con todo aquel que considerase fue el causante de su desgracia. A su demonio interno le habrían arrebatado a su ángel.

¡Él sentía mucha furia!

Su garganta explotó en un gruñido atronador en cuanto divisó a Ranko destrozando a Kuzman.

Pero no saltó sobre él para iniciar un nuevo enfrentamiento. Los sentía por Kuzman, bordeaba la muerte, pero Isabel estaba primero. Arriba estaba ella, junto con dos más…

La joven hispana agrandó los ojos y esbozó una sonrisa en medio de sus convulsiones. ¡Por fin Everett había llegado! El lobo gris le había arrancado hasta las patas a su hermano y temía que esa ferocidad se volcase sobre ella.

Pero el lobo gris, con el pelaje manchado por la sangre de Arturo, inclinó su cabeza en sumisión y empujó el cadáver del híbrido –en su forma bípeda– hacia él, como ofrenda de paz.

Everett-lobo le gruñó, pero Isabel le gritó:

—¡Es Jevrem! —No entendía cómo tenía esa seguridad, pero de pronto reconoció su olor. Esto la hizo conjeturar que este no había

atacado a su hermano por un pedazo de carne, sino para protegerla.

Sin embargo, Everett no necesitaba que Isabel le informara quién era dicho lobo, a leguas captó su olor, al igual que el de Ranko que…

—*¡Nooooo!* —Isabel sintió que su corazón había dejado de palpitar. Uno de los dos lobos negros o gris oscuro, le saltó encima a Everett.

Lloró mortificada y le imploró con la mirada a Jevrem para que lo ayudase, pero este caminó cabizbajo hasta ella y se posó a su lado mientras le lamía la cara. Isabel lo rechazó, ¡no estaba para mimos!, ¡que ayudara a su tío! Aquel lobo –que reconocía– era más grande que Everett, temiendo que lo hiciera pedazos. Lloraba y en medio de sus convulsiones, imploraba para que el otro obedeciera. Pero no lo hacía, solo la custodiaba.

Para empeorar la situación, se dobló por el dolor que le causaba las contracciones.

Su hijo nacía.

Y ella también…

Jevrem, al observar que el cambio en la mujer se daba y que estaba por parir, comenzó a retraer su fisonomía lobuna para volverse humano; tenía que tranquilizarla o el lobezno nacería muerto. Pugnaba por ayudar a su tío Everett en matar a su tío Ranko, pero era una lucha que el Alfa querría librar solo, puesto que él ya había hecho suficiente con liquidar al híbrido.

En la medida en que su pelaje se desprendía de su piel, Isabel le imploraba que no lo hiciera, que se mantuviera lobo para prevenir que sufriesen ataques de otros; a lo que Jevrem le expresaba que solo *el gris oscuro* quedaba de los que habían invadido las tierras privadas.

Isabel comenzó a desgarrase la camiseta y el pantaloncillo de Everett, sofocándose en un bochorno que la empapaba de sudor. El número de contracciones aumentaba al igual que el dolor que sentía en su bajo vientre y en sus huesos. Oraba a todas las vírgenes que su abuela María Guadalupe rezaba cuando necesitaba de un milagro y del que ella jamás les dedicó ni una oración. Era católica por sus padres y creía en Dios, pero de ahí, a rezar a una tropa de santos y vírgenes, cuyos nombres desconocía, le daba mucha pereza.

No obstante, con gusto hacía memoria y le rezaba a san Benito para que su bebé naciera bien y protegiera a Everett, a san Martín Caballero por la necesidad urgente de un asistente de parto, a san Char… Char… ¡San «algo», que ya no se acordaba de su bendito nombre!

¡Oh, Dios! Los colmillos salían de sus encías y sus piernas comenzaban a estirarse, causando un terrible dolor.

—¡Aguante, Isabel! —Jevrem le pedía, exorbitando los ojos ante lo que observaba. Estaba por presenciar un hecho extraordinario en una loba híbrida.

Cuando Everett escuchó que Isabel estaba en la fase inicial de la conversión y del parto, enterró los colmillos en el cuello de Ranko y los mantuvo presionados hasta que el corazón de este dejó de palpitar.

Lo sentía por su madre a quién le juró no volver a matar, pero por Isabel, rompería dicho juramento.

—¡Tío, no sé qué hacer! —Jevrem le exclamó abrumado. Estaba desnudo sin una laceración en su piel por la caída en la moto, pero ni para la joven parturienta ni para Everett, su impúdica apariencia les escandalizaba. De hecho, la joven también se hallaba de igual manera.

—Doctor… —Isabel le respondió, llegando hasta su olfato un olor en particular—. Sa-Sala… Está en la sala.

Everett, que estaba en el proceso de humanización, le ordenó a su sobrino con voz gutural para que no perdiese tiempo, mientras que él trataría de calmar a Isabel.

—Isa, mírame, respira. Concéntrate en mí. ¡Solo en mí! —elevó la voz en cuanto ella miró hacia los dos cadáveres—. Respira profundo. Así… —le enseñó, solo para distraerla. Por supuesto que sabía cómo debía respirar de esa manera, pero lo hacía para que se enfocara en él —. Eso… Eso… Profundo… Relájate.

—¡Me duele!

—Sé que sí —le contestó sin saber cuál era el origen de su dolor—. ¿Puedes aguantar? —No quería que ella pariese al lado de dos cadáveres. Ranko había dejado de ser lobo.

Negó rápido con la cabeza.

—Está bien. Solo mantén la calma para que conserves tu forma humana. ¿Puedes hacerlo? ¿Sientes que puedes? —Ella asintió—. Bien, esa es mi chica.

—*¡Ayyyyy!* —chilló, podría contenerse, pero su bebé no.

—El hijo de puta no quería salir de debajo del sofá. Estaba cagado del susto.

—Lo-lo siento, señor, creí…

—¡Cállese y ayúdela!

El doctor Pavlovic se arrodilló frente a la joven que estaba de piernas abiertas y observó que una pequeña partecita de la cabecita del lobezno, se asomaba a través de los labios vaginales de la parturienta.

—Bien, necesito que usted le sostenga la mano, va a necesitar de su apoyo.

Isabel agrandó los ojos y Everett le quiso dar un pescozón al hombre por ser tan imbécil.

—Tranquila, *ángel*, solo lo dice para que yo no me desmaye. De alguien me tengo que apoyar.

—Como si fueras tú… —el que iba a parir.

—El bebé ya está en el canal de parto —anunció el doctor—,

necesito que, cuando sienta una contracción, puje. ¿Entendido? —Isabel asintió—. Muy bien. Entonces…

Isabel pujó al sentir el primer tirón.

—¡No pongas tensa la cara! Vamos, empuje hacia abajo cuando sienta la necesidad. ¡Eso, así! ¡Un poco más! ¡Puje!

Isabel obedecía, entre pujos y contracciones adoloridas.

Con una mirada. Everett le pidió a Jevrem que se llevara de allí los cadáveres de esos dos malditos que casi le arrebatan lo que más ama en el mundo. Su sobrino obedeció al vuelo y lanzó ambos cuerpos hacia abajo, luego este –desnudo– saltó desde la terraza, para sacarlos de las inmediaciones de la cabaña. Por el área, había una cantidad de *Canis lupus* que presentaban torceduras o desgarres en el cuello; lazar, Goran y Kuzman, yacían muertos por la parte trasera y delantera de la cabaña. Parecía un cementerio de lobos, Ranko y ese tal Arturo García, habían causado una gran mortandad.

—¡Me duele mucho!

—Apenas le veo la cabecita, todavía no puedo sacarlo. ¿Deseas cambiar de posición? —Isabel asintió. Lo que fuera para que su bebé naciera. Sintió la necesidad de ponerse a gatas sobre sus rodillas y palmas, y pujó mientras que el doctor Pavlovic se ubicó detrás de ella, como si Isabel le fuera a pasar un balón.

En este caso, el bebé.

—Lo haces bien, Isa —Everett la animó; su mano acariciaba la espalda de su mujer.

Tras unos minutos de trabajo de parto…

—¡Ya viene! —la emoción del doctor, contagió a Everett e incentivó a Isabel en reunir lo que quedaba de fuerza para expulsar al bebé.

Ella cayó de lado, justo cuando Pavlovic lo recibía entre sus manos.

Everett aulló jubiloso, era un precioso varón.

Capítulo 67

El bebé fue puesto sobre el abdomen de Isabel.

Ella sollozaba de alegría, acariciando y besando la frente de la criaturita. Era hermoso, rosadito y lloraba a todo pulmón, estando su piel húmeda por el líquido amniótico que lo mantuvo sumergido durante esos días y con rastros de sangre pegoteados por sus bracitos y piernitas. Temblaba por la brisa nocturna, pues lo sacaron del confortable calor materno.

Isabel lo observaba fascinada a la vez en que pasaba revista por sus extremidades. ¿Deditos de las manos? Uno, dos, tres… Todos completicos. ¿Los de los pies? —Echó un vistazo, alzando con delicadeza uno de estos y luego el otro—. ¡*Síp*, el conjunto completo! Después se abocó a revisar las orejitas y las halló perfectas, sonrió como si el tiempo se ralentizara; el doctor Pavlovic debía estar cortando el cordón umbilical con el cuchillo que ella empuñó para defenderse de Arturo. El bebé aún estaba conectado a Isabel, era un precioso varón de mejillas infladas, boquita de botón y rojita como una cereza, pestañas largas y naricita diminuta.

Everett lo acariciaba, su manota casi lo arropaba, viéndose su hijo como una hormiguita a su lado. Se limpió una lágrima y sonrió henchido de orgullo; su hijo había nacido. ¡Era un varón! Lucía rozagante. Una nueva generación Brankovic que cambiaría el arcaico pensamiento de los antecesores, puesto que él se encargaría de educar de un modo diferente a como lo hizo Dragar y Stanislav con sus tíos, primos y hermanos.

Le dio un sutil beso a Isabel, sin haberse percatado que ella hizo cierta tensión en los labios; él no podía fijarse en este hecho, estaba abstraído en ese *pedacito de cielo* que Licaón le había mandado.

El milagro de la vida ante él.

—Es tan bonito y arrugadito… —expresó con la sonrisa extendida en su rostro. Su pequeño lobezno tenía parches de cabello marrón, como si fuera un viejito que se estaba quedando calvo.

—Saluda a tu padre, Erik —Isabel le habló al infante, sin elevar la vista hacia Everett. Su atención estaba solo puesta en su retoño.

Este lloró como si nunca –en sus dos minutos de vida– lo hubiera hecho.

—¡*Wow*, qué pulmones! —Everett se regocijó. En unos años, aullaría como todo un lobo—. Hola, «Erik», soy tu papá. ¿Tienes hambre? Ya te van a dar de comer —comentó a la vez en que

acariciaba su mejillita con las yemas de los dedos—. ¿A quién se parece? —preguntó a Isabel, sin hallar parecido a nadie—. Tiene la cara tan ceñuda que parece un abuelito.

—Salió al padre —Isabel respondió. Ella sí que notaba el parecido. El rostro del bebé estaba hinchado a causa del largo sueño en la barriguita, pero en la medida en que los días pasaran y este creciera, sus líneas se suavizarían y ahí todos observarían que era la copia al carbón del padre.

—Señor Everett, podría pedirle a su sobrino que…

—*¡Ayyyyyyy!* —Isabel se torció por la inclemente contracción que sintió en sus entrañas. Erik lloró más fuerte al asustarse por el grito de la madre y Everett se preocupó de lo que le pasaba a su mujer.

Intercambió una mirada preocupante con el doctor Pavlovic, del que este enseguida observó que, de entre los labios vaginales de la joven, un nuevo ser se asomaba.

—¡Viene otro!

Everett aulló jubiloso e Isabel agrandó los ojos.

¡¿Otro?!

—¡Esta es mi chica! ¡¡Muy bien, Isabel!! —Everett la felicitó, estampándole un besote en los labios.

Pavlovic le quitó el bebé –con parte del cordón umbilical, anudado de forma improvisada– a la parturienta y se lo entregó a Everett, quién lo arropó para darle calor.

—Ya sabe qué hacer, cuando le indique: «puje». —Isabel, entre respiraciones aceleradas por la boca, asintió—. Muy bien, tranquila, este vendrá más rápido. ¡Puje! —Isabel lo hizo y chilló adolorida—. De nuevo: ¡puje! ¡¡Puje que ya viene!! —La cabecita cada vez se abría paso para salir al mundo. Pavlovic se hallaba por completo sorprendido. ¡Vaya novedad: un parto doble! En sus años como médico obstetra de lobas, jamás supo de una que hubiera parido dos a la vez; ni siquiera en las híbridas o las humanas preñadas de lobos.

Claro está que, en la naturaleza «normal»: las lobas comunes, en un mismo parto, tenían una camada de 5 a 8 lobeznos. Y las humanas: variaba según su tamaño, fortaleza de su útero, antecedentes familiares, entre otros factores, en la que eran capaces de parir varios sin que sufrieran riesgo de aborto o muerte de los neonatales.

Pero en las hembras de los *Homo canidae*, no.

Poco se sabía de la genética de esta atemorizante especie; a pesar de los avances médicos y aparatos que monitoreaban el desarrollo de los fetos humanos y de los animales comunes; en las lobas, era imposible seguir día a día sus embarazos.

Cuando Isabel García estuvo hospitalizada, Slavco intentó revisar al lobezno a través de un ultrasonido, queriendo cerciorarse que todo anduviera bien con la futura madre, pero, como ya sabía, el aparato

médico fue ineficaz para revelar lo que había en el vientre materno. La placenta actuaba como una impenetrable crisálida que protegía a su huésped de golpes y heridas, e impedía que se supiese de antemano, si era macho o hembra, si sufriría de alguna malformación o si venía de cabeza o de rabadilla.

Una nueva puerta se abría para la investigación.

Y al cruzarla, habría más interrogantes del que, tanto la madre como el lobezno, responderían.

—¡Puje! ¡Puje!

—Lo estás haciendo bien, mi amor. Muy bien, así… —Everett animaba a Isabel, al mismo tiempo en que él arrullaba al infante que lloraba por ese calor que le arrebataron y por el hambre que sentía.

Isabel jadeaba; su frente estaba perlada en sudor y su pecho era una piscina de lo empapada que se hallaba. Estaba agotada de tanto pujar, el bebé tardaba en nacer y ella no aguantaba tanto dolor.

—Casi no puedo ver —Pavlovic le informó a Everett. Lo que observaba, le preocupaba, pero no decía nada, tal vez la oscuridad le hacía ver mal.

Cara plana.

Ojos achinados.

Orejas pequeñitas…

Con una mano ensangrentada, palpó su pantalón y enseguida sacó el móvil. Lo encendió y activó la lamparita para iluminarse. Aun así, debía ayudarle otro, puesto que necesitaba utilizar ambas manos.

Le entregó el móvil a Everett, quien lo recibió temeroso de que su hijo se le cayera, lo tenía presionado contra su pecho con una mano, dándole calor.

—Ilumíneme aquí, por favor.

—Claro. —Con algo de torpeza, apuntó hacia las piernas de su mujer y se contuvo de hacer un mohín, estremecido de ver a Isabel en medio de un charco de aguasangre, manchada y con sus partes íntimas tan abiertas que él consideró que *eso* debía de doler.

¿Cómo ese pequeño orificio que tenía la facultad de regalarle a él miles de orgasmos, podía ensancharse de esa manera para que saliera una criaturita como el que él sostenía?

Le iba a dar algo.

Jevrem llegó al minuto y jadeó estupefacto ante la sorpresa de que Isabel seguía en trabajo de parto y de un segundo cachorro.

—Permítame —pidió el móvil para ser él, el que alumbrara, y así facilitarle a su tío sostener a ese bebé que apenas era visible en su pecho.

Los cadáveres de Ranko y Arturo García, fueron trasladados por algunos hombres de Vladan y Ma-cheil, que se acercaron, tras la ayuda gutural de los *Canis lupus* que corrieron desesperados hasta las

montañas, gimiendo y aullando inquietos a los líderes que aún celebraban la unión de los yakaramath y los peaux noires.

—Bien. Ahora, necesito que no puje —Pavlovic le indicó a Isabel—. Debes contenerte. ¿Entiendes? —Ella frunció el ceño sin comprender y él explicó—: Ya salió la cabeza.

Pavlovic tomó al lobezno de la cabecita y los hombros, y lo jaló con sumo cuidado hacia él, revelando en el acto que era otro varón. Everett aulló, sintiéndose el hombre más afortunado del planeta y Jevrem no pudo dejar de sentir esa punzada de envidia, los lobeznos no eran suyos, sino de otro.

Más bien, eran sus primos.

Pero la alegría de Everett fue efímera en cuanto notó que Pavlovic lucía tenso.

—¿Qué sucede? —Le daba la espalda, revisando a su hijo.

El médico humano no contestó, concentrado en el infante que no lloraba.

Como hizo con el primogénito, examinó sus vías respiratorias, le abrió la boquita para cerciorarse de que no tuviese coágulos de sangre o alguna otra fuente, sospechando que fuera líquido amniótico acumulado en los pulmones que le impidiese llorar.

Lo sintió frío y se preocupó.

Rápido posó un dedo en la yugular de su cuellito.

—Mi maletín. Traigan mi maletín que está en mi dormitorio. —Por el susto de haber sido atacados, él se había escondido bajo el sofá en la sala, del que por instinto fue lo primero a lo que recurrió para que el sujeto que había entrado a la casa, no lo agarrara. En consecuencia, el maletín donde tenía el estetoscopio y otras herramientas quirúrgicas, habían quedado olvidados sobre la cómoda de la habitación de huéspedes.

Observó al bebé.

Qué tristeza: cuello corto, extremidades cortas, manos chatas…

El joven Brankovic no se daba cuenta por la alegría que lo desbordaba y la joven hispana, lucía tan agotada que parecía estar por desmayarse.

Jevrem acató de inmediato el pedido del doctor y le entregó a Everett, el móvil, marchándose de volada hacia el lugar indicado.

Mientras tanto, Pavlovic tomaba a la criaturita de los tobillos y lo ponía patas arribas para darle un par de nalgadas, con la intención de hacerlo reaccionar y respirar por sí mismo. Antes de dar la mala noticia a los padres, tenía que asegurarse de que respirase.

Lo azotó.

El bebé no lloró.

Pavlovic le dio dos palmadas más y este siguió sin llorar.

Jevrem estuvo de vuelta con el maletín, dejándolo a un lado del

médico. Lo abrió al pedido de este y extrajo el estetoscopio que le señalaban. Se lo ayudó a colgar del cuello y poner *los audífonos* a los oídos, para que escuchara sin problemas los latidos. *La parte metálica* se deslizaba por el pechito de su primito.

Frunció el ceño.

Le parecía que el lobezno…

—Jevrem, ayúdame con esto —Everett despabiló a su sobrino sin mover la dirección de la lucecilla del móvil en medio de las piernas de Isabel. Bajo otras circunstancias, no daría semejante orden.

A continuación, Pavlovic examinó una vez más las vías y lo puso boca abajo para sacarle el líquido que tuviese en los pulmones, dándole golpes muy suaves en la espaldita. De tener un extractor, le facilitaría el trabajo.

—¿Por qué no llora? —A pesar de estar aturdida, Isabel era consciente de lo que sucedía. Esto mosqueó a Everett, del que enseguida le gruñó al hombre por no contestar con celeridad.

—No reacciona.

—¡Eso ya lo sabemos! ¿Qué coños es lo que le pasa? —Everett estaba por transformarse de nuevo y tomar a su segundo hijo entre sus fauces para llevarlo a las matronas yakaramath; ellas eran más aptas para este tipo de complicaciones.

—Everett, cálmate... —En vez de ser él, quien debería expresarle tranquilizadoras palabras, era ella que le hablaba. Empeorarían la situación si ponían nervioso al doctor, tenían que confiar en su experiencia; ya había asistido muchos partos del que, según Everett, fueron exitosos.

—¡¿Cómo me calmo, si no dice nada?!

Impaciente, miró por encima del hombro del doctor y se tensó.

Algo en el rostro del bebé no le cuadraba.

Sin embargo, no pudo preguntar. Erik explotó en un nuevo llanto, sobresaltado por los gruñidos del padre, que Everett tuvo que retroceder para arrullarlo mientras que sus pensamientos los mantenía en su otro lobezno.

Licaón, no, por favor… Mi hijo, no.

Pavlovic dio una última palmada y esta vez le dio tan fuerte, que le enrojeció la nalguita al bebé, del que causó que Everett gruñera por lo bajo. Si no lloraba, era porque algo muy malo sucedía con el bebé.

Pero lloró.

Everett e Isabel, respiraron aliviados. El pequeñito comenzaba a fortalecer sus pulmones mediante el llanto, siendo coreado por su hermano mayor, quien se le unió más escandaloso.

En las inmediaciones de la cabaña, un centenar de *Canis lupus* aullaban ante los dos descendientes del Alfa. Algunos hombres de la Tribu Yakaramath y el Clan Anka, rindieron sus respetos con el tronar

de sus jubilosas gargantas. Los festejantes de la boda en las montañas, bajaron enfilados a toda velocidad en sus vehículos, tras el rugir de los lobos comunes.

Ilic y Luka, gorjeaban socarrones por el *tiro doble* del primo; el tío Zoran meditaba que el linaje de su sobrino comenzaba y que pronto lo llamarían «Patriarca» si se llenaba de cachorros. Damir aplaudía sin perder la compostura; sus esposas lo imitaban menos efusivas, aunque Radojka estaba feliz por Jevrem que conversaba animado con Everett. La valentía de su muchacho le valió que se ganara el perdón del menor de Stanislav.

Entonces, Slavco Pavlovic, cortando con el cuchillo el cordón umbilical, le entrega el recién nacido a la madre.

Isabel rompió en llanto.

—Lo siento —expresó apenado por la condición genética del hijo. De ahí en adelante, ambos padres tendrían que lidiar con los estigmas de los hombres lobo y del mundo.

El lobezno había nacido con Síndrome de Down.

Capítulo 68

Por un cromosoma…

Por uno que excedía del *paquete* de 46 que, tanto el padre como la madre, aportaban a partes iguales al bebé para su desarrollo psicomotor.

El llamado: cromosoma 21.

Isabel se lamentó recostada contra el cabecero de la cama, mientras amamantaba a Erik, cuya hambre era voraz con respecto a su hermano menor, quien dormía en los brazos de Everett. Por culpa de ese maldito cromosoma que se duplicó, su pequeño había nacido con Síndrome de Down. El impacto fue inmenso; una decepción al primer momento para todos y una profunda tristeza para la hispana que no comprendía por qué le sucedía eso a ella: era joven y saludable. Jamás hubo entre los descendientes y los ancestros de los García, nacimientos con dicha condición. Puede que diabetes, hipertensión, asma, pero el síndrome, no. Además, por la parte de la familia de Everett, nunca se presentó un caso semejante, a excepción de los desarrollados por el descuido de algunos integrantes durante su vida, tal como le sucedió a Stanislav, quien murió por problemas cardíacos y respiratorios a causa del tabaquismo.

Enjugó una lágrima, aún lloraba en silencio, más que todo, porque sabía lo que sucedería: su pobre hijo sería señalado y la culparían a ella por los defectuosos genes que le había heredado. Esa gente xenófoba y racista, lo tratarían peor que a cualquier omega que considerasen indigno de pertenecer a la manada.

No… Apretó la mandíbula para contener un grito de frustración. ¡No estaba dispuesta a soportarlo! Odiaría tener que estar constantemente contra aquellos que se consideraban perfectos desde todos los ángulos. Sobre todo, con el Cuartel de las Brujas que, a esas alturas, ya debían estar haciéndola picadillo con sus críticas. «¡Miren a Isabel: no sirve ni para dar cachorros sanos».

Aparte de que la debían de odiar más por lo de Ranko.

Everett nada le comentó sobre el funeral de este o lo que Sebrenka habría vociferado por ser los culpables de la muerte de su único hijo. Aunque se imaginaba que debió ser un funeral solitario, con la presencia de la familia y de los más allegados, si es que estos le brindaron apoyo, en contraposición a la multitudinaria que tuvieron los trogloditas, quienes asistieron hasta los lobos de Miami.

Los extrañaría.

Kuzman, Lazar y Goran, murieron por sus fauces. Y Mila, por Arturo.

De su hermano, su cuerpo yacía enterrado en alguna parte del bosque Denali.

Sin ataúd.

Sin flores.

Sin una lápida que reseñase: «Aquí yace un lobo desgraciado».

Solo, bajo la tierra.

Acarició con delicadeza la cabecita de Erik, quien chupaba de su pezón con sus ojitos cerraditos y su manita sobre su pecho, ya entregándose al sueño, pues lloraba con mucha frecuencia para demandar más atención. *¡Dios!* Ella tendría que viajar hasta Nueva York para informarle a su madre, la muerte de Arturo.

Y tendría que mentirle en su cara.

Secó sus lágrimas y levantó la mirada hacia Everett; arrullaba a Ángel, cantándole una canción de cuna en voz muy baja y apreciando a la vez el paisaje exterior que se extendía claro y despejado por cada uno de los ventanales que rodeaba el dormitorio.

Se volvió hacia Isabel, tal vez, sintiéndose observado y le sonrió como si nada estuviese pasando. Se lo veía más seguro en alzar a un bebé; al principio temió cargar a Ángel, era más pequeñito que Erik, ya que hasta con este parecía torpe, pero con el correr de los días adquiría mayor confianza, cambiándolo de posición entre sus brazos como abuelita experta, si estaba incómodo o se quejaba.

La habitación estaba atiborrada de tarjetas de felicitación pegadas en las paredes con adhesivo. Fueron enviadas por parte de los diferentes miembros de los clanes vecinos de castas inferiores y de los que le servían a Everett. En cada una de estas, expresaban alabanzas hacia el primogénito, deseándole que fuera tan imponente como el padre; en cuanto al menor, el mutismo era perturbador, del que Isabel presumía que para estos era un despropósito elogiar con falsedad el nacimiento de un lobezno defectuoso.

A parte de las múltiples tarjetas manuscritas, docenas de enormes ramos de flores, adornadas con globos y peluches, yacían en la sala, por los pasillos y hasta a los pies de la fachada de la cabaña. La mayoría de socios y conocidos, cuyas cuentas bancarias, los hacían dueños del mundo.

En cuanto a las llamadas telefónicas, no hubo ninguna que sus respectivos móviles recibieran debido a que la antena satelital que en un principio Isabel ignoró su existencia, fue derribada de donde se hallaba. El daño fue grande, dejándolos incomunicados hasta que una nueva antena la sustituyera.

Por desgracia, a Isabel le hubiera gustado que funcionara para que la gente indeseable no hiciera acto de presencia en la cabaña o se

excusara de estar ocupados. De ese modo, se habrían ahorrado el disgusto de observar cómo los Brankovic mantenían las distancias.

Solo Damir y Jevrem se apersonaron, aunque evitaron acercarse a Ángel como si el bebé les fuera a contagiar alguna enfermedad mortal. Los hermanos, Ilic y Luka, los más socarrones de la engreída familia, fueron los que más sorprendieron a Everett, debido a que, tras conocerse la discapacidad del segundo heredero, se marcharon sin despedirse, quizás de vuelta a la celebración de la boda o continuar bebiendo en otra parte.

Sin proponérselo, Isabel alcanzó a escuchar que Everett –dolido– le manifestó a Ma-cheil –temprano en la mañana, fuera de la habitación– que se había pillado al tío Zoran sonreír despectivo, intuyendo que *aquel* debía sentirse de alguna manera reivindicado por la discusión que él sostuvo con Miroslav. En aquella ocasión, los dos primos casi se agarran a los golpes, la noche en que Everett se alzó sobre Ranko como sucesor de Stanislav Brankovic. El gigantesco primo le había escupido que se deshiciera del lobezno en cuanto naciera y que de Isabel solo la dejara para el entretenimiento, debido a que era una humana que le daría crías débiles y le causaría su ruina. Esto desembocó en que Everett lo sujetase de las solapas del traje de pieles blanco y lo estampase con violencia contra la pared. De no ser por Isabel, esa noche, más de uno hubiera recibido una paliza.

Por desgracia, tuvo razón.

—Ya se quedó dormido —susurró Everett, yendo hacia la cuna de doble compartimento que uno de los aldeanos humanos construyó como obsequio para los chiquillos. Algo que Everett apreció, dada por la forma desinteresada en cómo se la entregó. Fue un gesto que le salió del corazón; el hombre era un padre de familia humilde, pero amorosa.

Allí acostó a Ángel y le dio un beso en la frente, teniendo cuidado de no despertarlo. Se veía pequeñito en esa cuna.

—Es tan bonito… —expresó pagado de sí mismo, observando que su nene dormía plácido con una medio sonrisa satisfactoria. Suspiró y a pesar de la dura prueba que enfrentarían por el resto de sus días, agradecía que haya sobrevivido al parto.

El doctor permaneció con ellos por un par de días, para asegurase de que el pequeño no tuviese complicaciones y luego se marchó a Kenai a fin de disponer en su consultorio, todo lo referente para hacer las pruebas a la madre primeriza y a ambos lobeznos. Fue un parto de gemelos *univitelinos*, lo que quiere decir: que provienen de un mismo ovocito fecundado o cigoto[4] que después se dividió, formando los dos varoncitos.

Sin embargo, uno nació normal y el otro, no.

Según Pavlovic, nunca hubo una hembra *canidae* que pariese más

de un lobezno; esto era un hecho inaudito que pondría a la ciencia médica –de los que estudian el cuerpo lobuno– a rascarse la cabeza y a formularse mil conjeturas por un buen tiempo. Se suponía que los *Homo canidae* jóvenes, tenían la facultad de regenerar enfermedades congénitas y heridas graves con rapidez; que naciera uno como Ángel, levantaba suspicacias.

¿Sería producto de algún hechizo?

Tal vez por culpa de esa humana o de alguna loba resentida que fue rechazada por el Alfa.

Y a pesar de esto…

—Es un ángel que vino a alegrar nuestros corazones...

El comentario de Isabel, le hizo levantar la cabeza a Everett y volverse hacia ella. Le sonrió y asintió. Tenía razón, él así lo percibió desde el primer instante en que lo alzó. Admitía que al principio le causó zozobra tener un hijo con limitaciones físicas y mentales, maldiciendo para sus adentros a todos los que le desearon el mal. Pero esa angustia duró poco, cuando observó su rostro redondeado y plano, vaticinándole que sería un ser carente de maldad y que los llenaría de amor con sus acciones de cachorro eterno.

—Lo es —convino solemne. Sus ojos se cristalizaron y su sonrisa se mantenía afable.

Para él, Ángel, era su nuevo *ángel*.

El otro lobezno rompió en llanto, cuando Isabel le retiró la teta, creyendo se había quedado dormido; sin embargo, este manifestó su descontento, estallando su garganta y causando que su hermanito menor se sobresaltara y secundara.

Everett miró a Isabel que hizo un mohín, pues desde la noche anterior no había pegado los ojos.

Y Erik, el diablillo…

—Vaya tragón —Isabel se quejó sin estar molesta, pero sí bastante agotada.

—*Jum*, me pregunto a quién salió…

—¡A ti! Comes como bestia.

Él se señaló, haciéndose el escandalizado y negó con la cabeza, expresándole a la gruñona de su mujer un silencioso, «más bien eres tú, querida».

—¡Yo! *¡Ja!* Comía por varios, porque estaba embarazada, pero mi apetito disminuyó. Erik va por el mismo caminito que el padre: ¡tragón!

En un tono ronco y socarrón, le replicó:

—Qué culpa tiene él, si tus senos son manjares… —Esas dos protuberancias habían aumentado considerablemente de tamaño a causa de la lactancia. Le hacía relamerse los labios y querer presionar esos pezones oscuros y duros, para provocarle a Isabel sonoros

gemidos.

La forma en cómo Everett la miraba, hizo ruborizar a Isabel.

Carraspeó y le metió el pezón enseguida a Erik para que dejase de llorar. Ángel no era llorón, pero si su hermano mayor lloraba, él lo apoyaba.

Everett rio entre dientes, divertido de perturbar a su mujer. Una vez durmiesen a los dos lobeznos, *le daría* a esta hasta por las orejas. Se había recuperado del parto y su figura curvilínea volvió a ser la que a él le encantaba; claro, con una bonificación extra, del que le hizo mirar por sobre su hombro, mientras alzaba a Ángel, ansiando para sus adentros, magrear esos senos voluptuosos hasta sacarle la leche.

Arrulló al infante con esa delicadeza que nadie, salvo Isabel, tenía la dicha de observar. Estaba igual de trasnochado que ella y sus ojeras competían por el que las tuviera más profundas; aun así, echaba del dormitorio a las nodrizas yakaramath, quienes le colaboraban a Isabel. Dos lobeznos era mucho para una loba híbrida.

—Estoy seguro que no es por hambre —Everett le habló a Ángel, casi susurrante—, porque ya comiste y no eres de los que comen mucho, ¿eh? ¿Entonces, es por *corearle* a tu hermano? A qué sí. ¡A qué sí! ¡A qué sí!

Isabel rio.

Everett era un caso serio.

Esto le hizo pensar a la joven, quien se mortificó esos días, incluso, hasta hacía unos minutos, por lo que sufrirían de ahora en adelante, pero la demostración de afecto de Everett hacia su segundo hijo, la manera en cómo le hablaba, le cantaba, le mostraba el mundo a través de los ventanales, la conmovía.

Con sus acciones de excelente padre, le indicaba a ella que podría contar con él en las buenas y en las malas, tal como en reiteradas veces se lo manifestaba.

Era un hombre de palabra.

—Me gusta Ángel.

Isabel parpadeó, sacándola Everett de sus pensamientos.

—¿Ah? —Pese a que lo escuchó, no supo de qué le habló.

—«Ángel» —repitió—. Me gusta. Fue atinado el nombre que le pusiste.

—Es porque siempre he considerado a los niños con Síndrome de Down, como ángeles. Son muy inocentes. Su corazón es puro.

Asintió.

—Nuestra *bolita* también será de corazón puro.

—No lo llames así…

—¡Es la verdad! Mira… —se lo mostró; en ese instante, Ángel se apurruñaba mientras bostezaba—, parece una bolita al igual que Erik. Aunque, si *el otro* sigue chupando de esa manera, va aparecer una

pelota de playa.

Isabel le puso los ojos en blanco y Everett tuvo que morderse los labios para no soltar una risotada. A Erik habría que cuidarle la cantidad de veces en que debían alimentarlo o *secaría* a la madre.

Y él no deseaba que se secase pronto. Quería estrujar esas tetas.

Sacudió la cabeza.

Pensamientos libidinosos: ¡fuera!

Estaba por tener una erección y no deseaba que pasara con su retoño en brazos.

—¿Cuándo crees que debamos dejarlos dormir solos? —preguntó a Isabel, ya imaginándose posarse sobre ella para embestirla con brutalidad.

La otra agradó los ojos.

—¿Ya te estorban tus hijos? —Esperaba que no fuera eso, porque lo increparía. Estarían con ellos hasta que el doctor o ella, considerase que era seguro dejarlos que durmieran solos en su propia habitación.

Tras dejar a Ángel en la cuna por segunda vez, Everett rodeó la cama y se sentó a su lado, contemplando el proceso de la lactancia y se sintió sucio, porque le pareció erótico.

Desvió la mirada hacia los ventanales. El viento soplaba, moviendo las copas de los árboles.

—No. Solo pregunto…

—Tendríamos que consultarle al doctor Pavlovic de cuándo es prudente. Pero, Everett… —suspiró inquieta. Él se volvió, aguardando a que terminase de hablar—. Solitos en una habitación… ¿Y si algún animal se cuela por la cabaña o una persona?

—Ya tengo dos candidatos para que los protejan. Vigilarán sus sueños mientras duermen.

Erik soltó el pezón con tal rapidez, como si estuviera protestando de esa manera e Isabel sacudió la cabeza, también estando en desacuerdo.

—Ningún desconocido va estar parado al pie de la cuna como búho en la noche, observando como mis hijos duermen. ¡No, *no*, no!

—Son gente de confianza.

—Me vale. —Puso la carita de Erik en su hombro para sacarle los gases.

—Isa, no seas intransigente.

—Ese trabajo lo puede hacer un monitor —daba golpecitos suaves en la espaldita del bebé.

—Pero *el monitor*, no protegerá a nuestros hijos de un posible merodeador.

—Que lo hagan afuera, nosotros lo haremos dentro.

Everett sonrió perverso.

—Ese «haremos», sonó… —arqueó las cejas, sugerente. A un rico

vaivén que haría golpear el cabecero de la cama contra la pared.

Isabel chasqueó los labios.

—Tú y yo, *nada de nada*, hasta que el doctor Pavlovic me recete un anticonceptivo seguro.

—¡Me pongo un condón y ya! —Una pierna comenzaba a moverse de forma convulsiva. Había perdido la cuenta de los días en que no follaban desde que *lo hicieron* por última vez en el dormitorio de la mansión paterna. Ella se movió muy bien sobre su regazo.

—Se puede romper.

—*Te lo hago* por atrás —rogaba, su pene palpitante, queriendo repetir aquella deliciosa ocasión. ¿Era posible desear tanto a una mujer, como él la deseaba a ella en ese instante?

Esta sacudió la cabeza.

—¡Vamos, Isa! Tenemos cuánto: ¿un mes? El pito se me va atrofiar si no lo hacemos con frecuencia. —¡Con mucha, mucha frecuencia!

—Exagerado, llevamos casi dos semanas.

—Pues, a mí me parece un mes. Es mucho, Isabel, y tú ya estás recuperada.

La joven se levantó de la cama y llevó a Erik hasta la parte vacía de la cuna para acostarlo. Se había quedado dormido de escucharlos a los dos discutir.

De lo que Everett ignoraba, es que Isabel temía procrear otro bebé con el mismo síndrome. Por supuesto, las probabilidades de que esto sucediera era una en un millón; no obstante, eso fue precisamente lo que a ella le sucedió: era joven, híbrida, sana, sin antecedentes genéticos en ambas partes…

Aun así, Ángel nació de esa manera.

Ni el doctor Pavlovic, ni Everett, ni la ciencia misma, sabrían explicarle qué lo causó. Pero, de momento, sería prudente en cerrar *la fábrica* hasta que tener sexo no representase un riesgo.

Solo Dios sabía que amaba con toda su alma a su pequeño y que lo defendería de las injusticias y las burlas de terceros, pero no traería a ese mundo despiadado a otro ser inocente para ser señalado.

Capítulo 69

Tres días después estaban de vuelta a Kenai.

El personal de servicio y los residentes de la mansión, salieron a recibirlos, en cuanto Damir los divisó por la ventana del despacho de su difunto padre. Sebrenka fue la excepción de todos los que se agruparon en los amplios escalones de la fachada. Pocos días después de haberle dado sepultura a Ranko, la hosca mujer se marchó a un destino desconocido, llevándose consigo algunos bienes de valor que consideró le pertenecían: unos candelabros de plata del Siglo XVIII, dos cuadros de Picasso que estuvieron colgados en la Sala Azul, valorados en unos cuántos millones de dólares; el pisapapeles de oro de 24 quilates sobre el escritorio de madera oscura de Stanislav y una Primera Edición de *La Guerra y la paz*, de León Tolstói. Lo que causó un gran escándalo en la mansión, puesto que Sebrenka había aprovechado que estaba sola con los sirvientes para extraerlos sin que nadie se lo impidiese. Los pobres nada pudieron hacer por detenerla, ella alegaba que fueron «obsequios» que solía hacerle Stanislav en sus cumpleaños, aniversarios de boda, entre otras fechas especiales.

Sin embargo, para Grubana y Damir, fue un vulgar robo.

En cambio, en Everett, tal apropiación le tenía sin cuidado. Él no era apegado a los objetos, los adquiría y luego se deshacía de estos, si los consideraba estorbosos. Si Sebrenka se los llevó, pues que se los aprovechara, estos serían *la parte* que le correspondería por las décadas en que estuvo casada.

Pero, lo que nadie supo, ni siquiera el mismo Everett que, si se hubiera enterado de los sanguinarios pensamientos de su madrastra, habría lanzado una jauría de lobos para rastrearla. Y es que dichos pensamientos, fueron motivados por el dolor de haber perdido a su hijo en manos del bastardo que ella tanto odiaba. La hizo querer tomar un martillo y golpearlo en la cabeza hasta que la masa encefálica quedase papilla en el piso. Lo mismo pretendía hacer con esa asquerosa mujer que contaminó el linaje Brankovic con su inmunda sangre humana; habrase visto: una híbrida pariendo al que podría ser el siguiente alfa.

Si es que *esa cosa* lograba ser fuerte y vivir…

Isabel sostenía entre sus brazos a Erik y Everett a Ángel, quien solía cargar a este con más frecuencia, quizás porque era el menos demandante o el más débil. La limosina que pasó por ellos en el aeropuerto, aparcó justo en la calzada frente a la espectacular fachada

y descendió, tras el chofer abrirle a ella primero la puerta.

Everett se bajó por la puerta contraria de los asientos posteriores, hallándose de frente con Blanka, quien viajó desde Nueva York para cuidar de los bebés; no pudo contenerse, la emocionaba apretujarlos y darles mimos como si fueran sus propios nietos. Everett la saludó un tanto aprensivo, pero enseguida se relajó cuando Blanka le pidió permiso para darle al infante un beso en la frente. Este asintió y la rolliza pelirroja posó un beso en el pedacito de piel que apenas se alcanzaba a ver, puesto que estaba envuelto en una manta de color verde claro.

Luego la mujer caminó hacia Isabel, le hizo una reverencia respetuosa y con una expresión de «puedo…», abanicó sus escasas pestañas a la joven hispana, de la que esta le dio el visto bueno, también recibiendo el bebé un cariñoso beso.

Isabel no había avanzado hacia las escalinatas que dan acceso a la puerta principal, aguardaba por Everett que rodeaba la limusina por el maletero y se unió a ella, insuflándole valor. No tenían por qué temer, ellos no les harían daño a sus hijos, eran lobos leales que pese a sus intrigas y cotilleos no agredían a sus semejantes.

Con una mano se acomodó su cabello suelto detrás de las orejas y estiró la falda de la parte trasera de su vestido estampado en rosa y negro, debido a que se le subía por el aumento de peso. Su trasero lucía más abultado, como si le hubieran puesto implantes para ese propósito.

El chofer llamó a dos chicos, yendo hacia el portaequipaje y sacó tres maletas grandes: la de Isabel, la de Everett y la de los lobeznos. Más una pañalera que estaba en medio de los asientos posteriores, que contenía teteros y lo que dispusiese la madre para los lobeznos.

—Bienvenido, hermano —Damir saludó con una sonrisa postiza; como siempre, impecablemente peinado y almidonado en su traje de chaqueta y corbata, sin ninguna arruga que desentonara. Lo contrario a Everett, cuyas greñas aleonadas y barba de leñador, enfundado en vaqueros desteñidos y camiseta de cuadros, lo hacían lucir rudo.

Flanqueando a Damir, se hallaban las mujeres de su vida. A su izquierda: Vesna y Radojka. Esta última le esbozó a Isabel una medio sonrisa, agradecida por, de algún modo, propiciar que su hijo Jevrem volviese a la manada y como todo un héroe.

El joven –quién estaba detrás de Radojka– asintió reverente a la pareja y miró por unos segundos de más a Isabel, del que a Everett no le pasó por alto, pero que se tragó un gruñido, ya que sostenía a Ángel y este se sobresaltaba por nada. Y si él lloraba, Erik lo hacía con más fuerza.

Eran el dúo dinámico.

—Gracias —contestó a su hermano, devolviéndole la misma

acartonada sonrisa que este esbozaba. Grubana se hallaba al lado derecho de Damir, y al lado de esta: las tres hijas adolescentes de la tonta de Vesna. A la mujer de mirada despectiva le causaba resquemor la hembra de Everett, la condenada fue capaz de darle dos varones, aunque uno le había salido con una «tara». Se alegró por ello y oró para que el otro pequeñajo desarrollase alguna enfermedad que lo matara o incapacitara; al extenderse la línea de sucesión de alfas-padre-hijo, se acortaban las esperanzas de que Damir fuese el que liderase Kenai y Denali, y de ser posible el resto de las tierras americanas. ¿Quién mejor que su hijo para llevar al siguiente nivel a la manada?

Con Everett seguirían en el retraso.

Entre el grupo que recibía a la pareja, patentaban su presencia las dos *servidoras sexuales* que estaban por alzar sus brazos y rodearle el cuello a Everett para darle la bienvenida, pues lo extrañaban, queriendo colmarlo de besos y apapachos. Qué lástima que tuviese cargando a ese lobezno enfermo, porque ni la propia Isabel podría separarlas.

Aun así, le lanzaron con la mano besos al aire y lo hicieron de forma coqueta, que Isabel gruñó por lo bajo.

Ingresaron a la mansión, seguidos de todos los que salieron a recibirlos. Blanka aupó junto con la otra ama de llaves a que la servidumbre volviese a sus labores. Anna casi tropieza con un florero por estar viendo a Jevrem, que la ignoraba por completo, puesto que él solo tenía ojos para Isabel y no para una chiquilla de diecisiete años.

—¿Desean desayunar? Preparé *Zeljanica*, señor Everett. El que más le gusta a usted: con bastante quesito.

—No «usted». Everett… ¡Everett! Llámame «Everett». Mi padre ya no te va a regañar. Yo soy el dueño de esta casa, así que me llamas como quiero. ¿Entendido? —la corrigió cansino. La nana insistía en mantener las distancias jefe-empleada.

—Sí, seño… E-Everett —Blanka repitió, mientras subían por las escaleras hacia el dormitorio principal y sintiéndose cohibida de que algún miembro de la familia, la escuchase por estar tuteando al nuevo propietario de la casa. Un sirviente jamás debía igualarse con el amo.

—¿Quieres comer, Isa? —Everett le consultó a Isabel en el momento en que doblaban por el recodo del pasillo y esta negó con la cabeza—. Yo sí, la verdad es que se me antoja.

—¿Comerá, *c-comerás* en el comedor o en el dormitorio?

Everett abrió la boca para responderle a Blanka que lo haría en la concina, pero Isabel se le adelantó.

—Dormitorio. —Ni del carajo lo dejaría a solas con ese par de resbalosas merodeando por ahí, esperando a que ella se descuidase

para saltarle encima. Estaba acelerada, la sangre le hervía, el corazón palpitaba más de la cuenta y las neuronas le martillaban. En su fuero interno estaba que hacía erupción. Malditas mujerzuelas que les iba a arrancar las cabelleras

Esa noche le daría un ultimátum a Everett: les buscaba marido a esas mujeres o ella se largaba a Nueva York.

¿Dónde se habría visto que convivieran amantes y esposas bajo un mismo techo?

¡Ah!, sí…

En casa de los Brankovic.

Blanka consultó con la mirada a Everett para asegurarse que este aprobase lo dicho por la joven.

—Lo que diga *la generala* —contestó socarrón—. Y tráeme también una taza de café. Me dan ganas de tomar después de comer el pastel de queso. ¿Quieres, amor? —consultó a Isabel—. ¿Una taza? —Esta hizo un mohín—. ¿Juguito de naranja? —Puso cara de «*Bueeeeno*…, sí. Un poquito»—. Para mí café y para Isabel un vaso con jugo de naranja.

—Como guste, señor… —Carraspeó. Everett le advertía con la mirada a Blanka para que dejara las distancias—. Everett. Como guste, Everett.

Al entrar al dormitorio, Isabel halló dos espectaculares cunas doradas con sus mosquiteros colgando en su respectivo dosel. Eran como cunas reales, habiendo costado una elevada suma de dinero. Reprendió con la mirada a Everett por tanta opulencia para sus bebés, del cual prefería más la sencillez de la cuna-doble que aquel amable aldeano construyó con mucha dedicación, que esas que eran hermosas, pero frías.

No le transmitían nada, salvo la imponencia de los Brankovic con respecto al dinero.

—¿Le pediste a Damir que comprara dos cunas o dos palacios? Esto es una exageración.

—Le pedí lo mejor. ¿No te gustó? —Se acercó a una y dio el visto bueno; tenía todo lo que se necesitaba para la comodidad de sus dos lobeznos.

Isabel acostó en medio de la enorme cama a Erik, este se acurrucó en su manta y bostezó sin despabilarse, para desconsuelo de Isabel que tenía los senos que se le reventaban por la leche acumulada. Y para colmo de males, Ángel seguía sumergido en un sueño profundo.

El viaje noqueó a los gemelos.

Sacó de la pañalera, la tira-leche y un *teterito* para llenarlo en la medida en que se *ordeñara*. Se despojó del vestido, quedando en un feo sujetador materno y en los pantaloncillos de Everett, pues sus bragas aún le apretaban y las otras grandes las tenía sucias, y se sentó

a los pies de la cama con el implemento. Everett dejó a Ángel a un lado de Erik e hizo una barricada con los cojines y almohadas para que los bebés no le dieran por rodar y caerse de la cama.

Se sentó al lado de Isabel, fascinado con lo que iba hacer; ella no lo dejaba observarla, le daba vergüenza, botándolo muchas veces de la habitación en la cabaña. Pero a Everett tal labor le causaba curiosidad, ¡claro!, él sabía el proceso, ni que fuera idiota, pero presenciarlo de cerca le daba *un-no-sé-qué* en el pito, que…

—¿Qué?

—Vete.

—Isa…

—¡Vete!

—Pero, ¿por qué? Si esto me parece de lo más natural.

Isabel entrecerró los ojos con suspicacia, le parecía que su pícaro compañero le daba un toque morboso con su mirada.

—No me siento cómoda, contigo mirándome así…

Los labios de Everett se estiraron en una sonrisa libidinosa.

—Amor, es que te ves tan sexy… ¿Puedo?

—No.

—Un bombeo.

—No.

—Lo haré suavecito.

—Dije que no. Vete.

Everett se enfurruñó entre sus brazos. Su ceño fruncido; comenzaba a frustrase. ¿Por qué le ponía tantas pegas al asunto? Él solo quería ser un buen prometido.

Isabel puso los ojos en blanco.

—Está bien… ¡Un par de bombeos y ya!

Sonriente, como niño con juguete nuevo, Everett tomó la tira-leche que Isabel le entregó; la miró como si fuera un objeto diseñado por los extraterrestres y luego rio entre dientes. Vaya cosa más curiosa… Parecía corneta.

Se la llevó al oído y oprimió varias veces la goma que parecía un baloncito, a ver si emitía algún sonido.

—¡No suena, tonto! —Isabel lo reprendió en una exclamación susurrante para que los bebés no despertaran. Everett era un niño grande.

—Lo sé, es solo que quería asegurarme…

Ella volvió a poner los ojos en blanco.

Hombres…

—Dame acá.

—¡No, no!, déjame hacerlo… —evitó que le arrebatara la tira-leche.

Isabel retiró la cubierta del sujetador, como si fuera una tapa de

tela *quita-y-pon*, pegado con botoncitos de velcro, dejando expuesto solo el pezón para no tener que desnudar su pecho completo. Everett se aseguró de no quedarse con las ganas, la colocó pegada a la areola del seno izquierdo, el más próximo a él, y miró a Isabel para que le diera más indicaciones.

—Presiónala un poco más contra el seno —instruyó—. Eso, así. Ahora, bombea suave varias veces. Luego suelta la goma. ¡Solo la goma! No separes la boquilla de la areola, podría regarse la leche.

Everett seguía las indicaciones de Isabel al pie de la letra, mientras contenía la respiración. Tenía cuidado de no ejercer mucha fuerza, temiendo reventarle el pezón. Bombeó un par de veces, luego soltaba, llevándose la sorpresa de observar a través del material transparente de la tira-leche, cómo el líquido materno salía del pezón en chorritos.

—*¡Wow!* Pareces…

—No lo vayas a decir —Isabel lo interrumpió con rapidez, recordando la forma tan grotesca en cómo su hermano la llamó: «vaca lechera». Jamás imaginó que él fuera tan repugnante. Quiso violarla por venganza.

—Iba a decir: dispensador de leche… ¿Qué pensaste que iba a decir?

Isabel forzó una sonrisa.

—Algo como eso. —No quería decirle las asquerosidades que Arturo le dijo. Tal vez, más adelante, cuando dejara de lastimarla.

Everett intuyó que podría ser algo en referencia con las vacas, pero evitó hacérselo saber para no encabronarla. Las mujeres en lactancia se volvían más enojonas que cuando embarazadas. ¿Sería, tal vez, porque se sentían gordas o muy tetonas?

Admiró los voluptuosos senos de Isabel y se relamió.

¿A qué sabría?

—Everett, ¿qué estás pensando? —Isabel sintió que el calor la recorrió de la cabeza a los pies. Everett miraba con descaro su pezón, a la vez en que se humedecía los labios como si nunca lo hubiera chupado.

—¿Me dejas probar?

Arqueó las cejas.

—¡Everett! —Se ruborizó. El calor se le había instalado en medio de las piernas—. Por eso no me gusta hacerlo delante de ti, eres tan…

—Goloso. ¿Me dejas? —Sin reparo pidió. Su voz enronquecida por la excitación—. Vamos, Isa, a los lobos también nos gusta la leche.

—Más bien: a los lobeznos.

Él posó la yema de sus dedos con extrema delicadeza, bordeando el humedecido pezón.

—Está tan erecto y duro… —como su pito. Le palpitaba despiadado.

Isabel cerró los ojos, entregada a la sensación. Tantos días sin tocarla, la hacía alucinar.

Miró hacia la puerta de la habitación, luego por encima de su hombro hacia sus dos pequeños; se mordió los labios, sopesando el pedido y finalmente asintió.

Necesitaba que de alguna forma los dos tuvieran un poco de satisfacción.

—Pero solo en uno —dijo—. Tengo que guardar al menos para un tetero, por si Ángel o Erik, despierta. —No podía creer lo que le permitiría hacer. Diez días sin follar, los tenía caminando de revés por el techo.

Everett sonrió triunfal y sus ojos llamearon.

Vertió el contenido de la tira-leche en el *teterito* y lo cerró, para después dejar ambos implementos sobre la mesita de noche a su izquierda. Volvió a sentarse al lado de Isabel, y la miró con un descarado morbo, que esta se sintió desnuda a pesar de tener expuesto el pezón a través del sujetador.

Capítulo 70

Anna estaba feliz por el retorno de Isabel.

Estando ella en la casa, su día a día era más llevadero, la hispana era buena patrona, nada como aquellas viejas con sus engreimientos de apellido de abolengo. La trataba con amabilidad, con un «por favor» y un «gracias» en sus labios. No olvidaba de dónde provenía; muchas veces, algunas personas cuando amasan dinero o se casan con alguien adinerado, olvidan sus orígenes, como si hubieran nacido con una cucharita de oro en la boca.

Cuando supo que Isabel regresaba, su felicidad fue tan grande que saltó de alegría, salpicando en el piso el arroz crudo del cuenco que sostenía. El ama de llaves la reprendió y Dora –una de las sirvientas– se carcajeó, puesto que Anna seguía saltando a pesar de las increpaciones de la anciana.

Desde que cumplió los trece años, sus padres la enviaron a trabajar a la mansión; necesitaban dinero y una ayuda monetaria extra les caería estupendo. La señora Sebrenka la contrató, del que al principio sería por medio tiempo para no interrumpir sus estudios en casa, pero con el correr de las semanas, la mujer se tornó más demandante, exigiendo su presencia todo el día. Era su asistente personal: la ayudaba a peinarse, alistarle la ropa y la de su marido, estar atenta a sus constantes pedidos, a llevarle un té, un café, un vaso con agua, a masajearle los pies; arreglarle aquí, arreglarle allá, limpiar ahí, limpiar más allá… En la actualidad la limitaban a la cocina, donde le colaboraba a la señora Biserka –el ama de llaves– y a Dora, a pelar las verduras, lavar la vajilla, barrer, lampacear y servir la comida.

En cambio, con la señorita Isabel, tenía más holgura y era tratada como si fuese una persona adulta y no una cachorrita que a cada momento regañaban.

Tarareando una canción, exprimía las naranjas en el aparato dispuesto para esto, vertiéndose el líquido directo en una vasija de porcelana, y el café se preparaba en la cafetera eléctrica. La bandeja con el mantelito listo en la encimera. La señora Blanka cortaba cuatro trozos de pastel de queso y espinacas, y lo servía en un plato grande para el señor Everett que tenía hambre.

—Toca la puerta y espera a que te permitan entrar —indicó Blanka, quien conocía al joven Brankovic. Él solía aprovechar la privacidad de un dormitorio para tener intimidad con sus compañeras de turno. Lo hacía con más frecuencia que los varones de la casa.

Al menos, mientras estuvo soltero…

Anna asintió, a ella no era necesario que se lo recordaran; cada mañana, su mamá le aconsejaba lo siguiente: saludar al llegar y despedirse al marchase. Mantener una sonrisa entre los labios, así la regañaran, pero que no pareciera que se burlara porque la podrían despedir. Tocar las puertas de las habitaciones o los baños, para evitarse desagradables sorpresas y gritadas por parte de los propietarios. A estos no les gustaría que otros se enterasen de lo que hacían a puertas cerradas; además, su mamá le advertía que nada de andar parando la oreja para evitar que la catalogaran de chismosa.

Sin replicar a la rolliza mujer que era más mandona que Briserka, pero más amigable, se encaminó con la bandeja hacia las escaleras. Su emoción por saludar a Isabel, la hacía querer acelerar los pies; conversar un rato –aunque fuese por unos minutos– como dos chicas de secundaria; ella nunca tuvo amigas por su trabajo e Isabel le inspiraba tanta simpatía…

—*¡Errrrgghh!*

Se estrelló de frente contra un torso masculino que la hizo rebotar hacia atrás y perder la sujeción de la bandeja.

El vaso del jugo de naranja se ladeó sobre ella y la bañó casi por completo; la taza de café se regó sobre el hombre con el que ella había tropezado, sacándole a este un gemido adolorido por haberlo quemado con la bebida humeante, y los cuatro trozos de pastel de receta serbia, fueron a dar al piso.

—¡*Carajo*, fíjate bien por dónde caminas! —Jevrem la increpó, aireando la empapada camisa que se pegaba a su estómago; el ardor en la piel, le hacía quejarse con rabia.

—Dis-discúlpeme, señor…

—¡Eres una tonta, mira lo que causaste! —la gritó sin darse cuenta que la chica lucía empalidecida y con su corazón galopante. Estaba apurado, tenía que reunirse con uno de los hombres de su padre para inspeccionar los focos de incendio que aún se manifestaban por las diversas reservas. Si bien, estas disminuyeron en gran medida, sospechando quiénes fueron los causantes, estos se debían a factores ambientales. Pero la torpe chiquilla le retrasaría la inspección.

—Dis-dis…

—¡No se disculpe, recoja este reguero y tenga más cuidado para la próxima!

—¿Qué sucedió? ¡¿Señor Jevrem, qué fue lo que le pasó?! —Briserka, quien escuchó la increpación, salió rápido de la cocina, junto con Blanka que le pisaba los talones.

—Esta torpe que me quemó —dijo a la vez en que se desabotonaba la camisa de mala gana. Anna recogía con manos temblorosas, la taza rota y el vaso del piso, luego apilaba el pastel en la bandeja, que se

hizo grumos con la aparatosa caída, y al levantarse casi se deslumbra con los abdominales del muchacho. Lo malo, fue que el destello le duró un instante, este le arrojó con rudeza la camisa sobre la bandeja y se marchó de vuelta hacia el dormitorio, mientras mascullaba por lo bajo.

En la medida en que se alejaba, Jevrem escuchaba que las dos mujeres regañaban a la joven por ser tan distraída. Se encerró, lanzando mil maldiciones. Estaba de un genio insoportable; los celos lo tenían amargado, Isabel era inalcanzable para él y más con ese par de lobeznos que le había parido a su tío Everett.

Se convirtió en su tía política.

Abrió el armario y de una percha, sacó una camisa de color terracota; no era de sus favoritas, pero el cabreo no le hacía reparar en lo que escogía. Sus movimientos eran rudos, lanzando una increpación en la medida en que se abotonaba. Maldita su suerte, esa mañana se alegró en vano: Isabel jamás sería para él.

Llevado por la rabia y la misma frustración, sonaba sus pies, escaleras abajo y en cuanto cruzaba el vestíbulo, se detuvo al ver a Anna limpiando el piso con un trapo.

Sollozaba en silencio, mientras hacía su labor, arrodillada como si fuera una esclava.

Jevrem pasó derecho; no le dijo nada. Condenada chiquilla, se lo tenía merecido, lo quemó y le hizo perder el tiempo. No obstante, sintió pena por esta, pues su propio comportamiento fue excesivo. También tuvo la culpa.

Si no es que la tuvo completa.

Retrocedió sobre sus pasos y se detuvo frente a la chica.

Anna enseguida se limpió las lágrimas con el dorso de la mano, iba a levantarse para seguir soportando la regañina de ese idiota, del que ella suspiró por varios años, decepcionada por la manera tan horrible en cómo la trató. Por los gritos de este, la señora Blanka y la señora Briserka, bastante que le jalaron de las orejas y amenazaron con llamar a sus padres para comunicarles que prescindirían de sus servicios, si seguía con sus torpezas. Pero Jevrem se acuclilló, quedando a su altura.

—Lo siento —dijo—, si te hice llorar… —trataba de mirarla a los ojos, pero esta mantenía la mirada gacha, sin ninguna expresión en ese rostro que a él de repente se le antojó interesante. Nunca la había visto tan de cerca.

No así…

—Está bien. Fui torpe, no me fijé…

Jevrem notó que su nariz respingada estaba enrojecida y sus largas pestañas, húmedas por las lágrimas.

—¿Fueron duras contigo? —preguntó haciendo referencia a las

amas de llaves, del que la joven sacudió la cabeza, sin mirarlo. Puso un dedo bajo su mentón y elevó el bonito rostro hacia él, mirándola directo a los ojos. *Negro sobre negro*—. ¿Te despidieron? —Antes de botarlas de la casa, las hacían trabajar todo el día, una mala costumbre en la familia.

Volvió a sacudir la cabeza y con cierta brusquedad, ladeó el rostro para liberase de sus dedos.

—Solo me regañaron —respondió a la vez en que se ponía en pie y tomaba la cubeta con agua. Jevrem se levantó al mismo tiempo, elevando su estatura mucho más por sobre ella que medía apenas un metro sesenta, pero sin lograr hacer contacto con sus ojos—. Con su permiso. —Le dio la espalda, yendo hacia la cocina y sintiendo la mirada del joven Brankovic puesta en su espalda.

Jevrem se la quedó viendo, apenado. La chica había pagado por su frustración.

*****

Everett rozaba con las yemas de los dedos, el contorno del pezón de Isabel. Apreciaba su forma redondeada y suave. Un botón carnoso de color caramelizado que le hacía ensalivar y humedecerse los labios.

Como si la estuviera despojando de la más sexy lencería, con suavidad deslizó del hombro la tira del sujetador materno para dejar al descubierto el seno izquierdo. Solo dejaría a la vista este, puesto que, si hacía lo mismo con el otro, lo más probable, es que no se salvaría de su lujuria.

Lo acarició con el dorso de sus dedos; Isabel cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás; su respiración aumentaba para deleite de Everett que observaba a esos senos tan llenos, subir y bajar por la excitación. Sonrió, se pasó la lengua con lentitud por el labio inferior y posó un delicado beso en el pináculo del pezón, que Isabel emitió un gemido contenido.

Él sonrió.

El aire caliente de su respiración a través de sus fosas nasales, salió expulsado directo en el seno, que se acercaba a su boca, impulsado por la espalda arqueada de su mujer. Sus labios estaban a milímetros de la areola, permitiéndose apreciar el aroma que emanaba esa delicada piel femenina y del que sus hijos se habían apropiado. Pero él deseaba arrebatárselos, así fuera por un instante; su curiosidad y creciente morbo, le hacían actuar con egoísmo.

Solo uno…

Se repetía para sus adentros.

Era egoísta: no un padre desalmado.

Rozó sus labios, permitiéndose tomar el tiempo. Su bigote rozaba la areola; Isabel arqueó más la espalda; sus brazos se echaron hacia atrás

para crear apoyo contra el colchón y así evitar caer de espaldas. Everett estaba tan entregado a la percepción de los aromas maternos, que no fue consciente de lo que hacía.

Isabel estaba por perder la paciencia, sus senos apuntaban a la boca de su amante, como si quisiera amamantarlo; en cierto modo, era lo que quería: ¡que la chupara!, que se apoderara de su ser y la llevara a las estrellas, pero Everett solo rozaba y rozaba su pezón con sus labios.

—Everett… —lo llamó, fue casi una súplica.

Él se arrodilló frente a ella y le abrió las piernas, para estar más cómodo entre estas. Sus manos grandes y calientes ascendían por la cintura y luego se posaron alrededor de ambos senos.

Solo uno…

Se repetía, deslizando la otra tira para descubrir el seno derecho.

El sujetador quedó a mitad de pecho.

Isabel gimió.

—Everett… —El condenado la hacía sufrir—. ¿Qué esperas? —Tal vez aguardaba por su permiso, ¡pero ya se lo dio! Que la chupara de un modo que causara vergüenza para otros. Por desgracia, él no le replicaba ni le expresaba un «déjame disfrutar, que después nuestros hijos no me dejarán», sino que dejaba sutiles besos en sus senos.

Estaba a punto de agarrarlo de las greñas con rudeza y meterle el pezón a la boca a la fuerza. A ver si la chupaba de una vez por todas.

No obstante, tal demora no era por asco o por ser melindroso por el olor de la leche materna que aún impregnaba los pezones, sino porque disfrutaba cada segundo de dicho momento.

Pero justo antes de que lo aupase, puesto que ella ya no aguantaba más, sus pezones comenzaron a gotear leche por la misma ansiedad y porque se los ofrecía a Everett con tanta desesperación que la leche salía por sí sola.

El líquido lechoso atrajo al lobo, como los labios de un recién nacido.

Isabel jadeó.

¡Válgame!

Gemía, mirando hacia el techo; sus brazos temblaban y su espalda se arqueaba lo máximo posible. Everett apretó el pezón derecho y lo chupó con tal premura que el chorro de leche materna bañara su paladar. Gruñía enronquecido, su mano apretaba el seno, magreándolo en la medida en que dejaba sin alimento a sus hijos. Sería tan capaz de enviar por una nodriza yakaramath o una loba que estuviese en período de lactancia para que alimentara a sus lobeznos, porque él, esa mañana, dejaría *seca* a Isabel.

Le rodeó la cintura con un brazo, evitando así que cayera desfallecida en la cama; esa posición sentada le gustaba; era raro y excitante lo que hacía, pero probar lo nuevo; *probar* a su mujer,

despertaba sus instintos primarios.

—*¡Oh!* —Isabel soltó una exclamación que ya no pudo ser contenida. Se sentía tan a su merced, que no tuvo fuerzas ni para pestañear. Toda ella era palpitaciones y gemidos. El calzoncillo que usaba estaba húmedo, sus fluidos chorreaban de sus labios vaginales, lubricándola hasta por el hueco del trasero y envalentonando mucho más a ese lobo lujurioso.

Everett apretaba del pezón; lo estiraba, lo lamía y chupaba… Qué sensación tan pecaminosa que ni ella sería capaz de contárselo a la puta más vil del que se conociera. Se preguntaba, muy absorbida por la bruma del deseo animal, si algún hombre o lobo, habría hecho lo que Everett hacía: chuparle la leche.

Bueno, ella lo hacía con *la leche* de él…

No habiendo quedado satisfecho, Everett tomó el otro pezón y lo apretó como si quisiera estrujarlo para acelerar el «bombeo».

Llevada por las sensaciones, Isabel mantenía la cabeza hacia atrás, con un gemido audible a punto de proferir, Everett comenzaba a lamerla como perro, pasando su lengua por el contorno de cada seno. Lo hacía con avidez, más bien voraz.

No aguantando más las pulsaciones en su miembro, Everett soltó la cintura de Isabel, quien cayó de espalda sobre el colchón, cerca del círculo de almohadas donde se hallaban sus dos hermosos durmientes; inconsciente esta del hecho de sentir cómo Everett la despojaba del calzoncillo y le abría más las piernas, liberando el aroma de la excitación.

—N-no… —Apenas reparó en lo que pronto habría de pasar y sin tener aliento para protestar; ninguno de los dos usaba algún método de anticoncepción: ni él un condón, ni ella una pastilla que impidiera quedar de nuevo embarazada.

Everett la ignoró, repartiendo besos en su vientre, descendiendo cada vez más hacia el *monte de venus* que se hallaba pulsante y húmedo.

Pero en cuanto su lengua estuvo a punto de abrirse paso a través de los vellos ensortijados…

Tocaron a la puerta.

¡Mierda!

Se olvidaron del desayuno de Everett.

Volvieron a tocar, manteniendo un golpeteo suave en la madera. No era necesario causar ruido.

—Tocan a la… —Isabel jadeó, quedando ahogada por el corrientazo que viajó de su clítoris hasta su garganta. Había perdido hasta la voz. Everett metía la lengua entre sus hendiduras—. Eve… Ev… —trataba de llamarlo. Las palpitaciones en su corazón y en su *centro* eran alarmantes. Afuera estaba la señora Blanka, portando el

desayuno. El aroma de su perfume barato se colaba por debajo de la puerta, del mismo modo en cómo los olores íntimos se escapaban a través de ese diminuto espacio—. D-desayuno… —apenas logró articular. Su pecho subía y bajaba acelerado. Los vellos faciales de Everett se debían estar confundiendo con los vaginales; su boca estaba muy pegada a su vagina.

—*¡Señor…!* —Se escuchó un carraspeo detrás de la puerta—. *¡No importa! Lo guardaré para más tarde.* —La señora Blanka debió haber captado los olores del sexo.

Everett levantó la mirada hacia Isabel. Sus ojos de diablo, su sonrisa perversa…

La tomó de las muñecas y la jaló hacia él, haciéndola sentar.

Isabel se dejó llevar, debilitada por las sensaciones gratificantes de la lengua de su prometido; rodó los ojos hacia abajo y lo halló con el pene erecto, erguido en toda su gloria, listo para ella. El bóxer y el pantalón los tenía a media pierna y su camisa de cuadros yacía abierta, mediante un desgarramiento de botones.

Tragó en seco.

—No estamos protegidos… ¡Everett! ¡Oye…! —Al término de sus palabras, él la tenía en el piso a cuatro patas.

Separó sus piernas con las rodillas y posicionó la punta del pene en su también húmedo recto.

—Lo sé —dijo.

Y se enterró en ella.

Isabel emitió un quejido entre adolorido y placentero. Estarían limitados por la prohibición de *su centro*, pero eso no quería decir que la pasarían fatal por la retaguardia.

Apretó los dientes, Everett empujaba su miembro, causando una fricción que la hacía gemir con la boca abierta. Sus rodillas y manos soportaban el peso de su propio cuerpo y los envites de su fogoso amante –que no se conformó con los fluidos de su sexo– cada vez más rudos.

Ambos lucían como si fueran perros en apareamiento, estando uno sobre el otro, él empalándola a un ritmo que haría masturbar al que los observarse. Isabel estaba por perder las fuerzas de sus extremidades y caer aplastada bajo el peso de su cuerpo y su vigor, pero él la sostuvo al rodearla de la cintura y pegarla a su pecho, mientras su miembro seguía dándole duro a su recto.

Gemía debilitada. ¡Cuánto aguante! ¡Cuánta rudeza! La invasión era para dejarla desmayada en el piso por el resto del día.

—¿Sabes que quiero hacerte un día de estos? —le comentó entre enronquecidos jadeos que resonaban pegados a su oreja y sin dejar de apalearla—: Raptarte de dónde estés y llevarte a un lugar inaccesible y follarte atada.

—¿Cu-cuándo? —Apenas pudo preguntar. El morbo por saber las perversidades que le haría, le hizo humedecer mucho más su vagina.

—Tendrás que aguardar a que te haga mi cautiva. Así que prepárate, el «rapto» será antes de lo que te imaginas.

Isabel pensó que lo más probable sería para la noche de bodas, cuándo se casaran.

Chilló, él la golpeaba con su pelvis, causando que ella gimiera más audible como joven atacada sexualmente en la clandestinidad de un callejón.

La erótica amenaza de Everett le había calentado las ganas, antojada de que lo hiciera de una vez, pero no le rogaría, dejaría que después la pillara por sorpresa y se la llevara «contra su voluntad» a dónde fuera que tendría planeado hacerla «sufrir» como si fuera una víctima de secuestro.

Capítulo 71

Isabel salía del baño, envuelta en la toalla y caminando como vaquero recién caído del caballo.

El trasero le dolía; asumía que no podría sentarse durante el resto del día, aún le parecía sentir las embestidas de Everett que fueron implacables y profundas, logrando sacarle jadeos sonoros, pero que fueron ahogados al morderse los labios.

Se dirigió a las maletas y abrió la suya en el piso; esta acción le hizo que las rodillas crujieran, sin haber tenido tiempo de recuperarse; la ducha removió la esencia corporal de Everett y sus propios fluidos, pero no le aplacó el cansancio. Removió entre sus ropas y sacó un vestido casual que la buena de Camila le había obsequiado. Everett –habiendo salido primero del baño–, echaba un vistazo a los lobeznos que seguían dormidos en la cama. Para él, la ducha fue rápida, le preocupaba haberlos dejado en medio de la cama a pesar de estar rodeados de almohadas, pero tampoco querían tocarlos, estando impregnados a sexo.

Los llevó hasta las cunas y acomodó a cada uno en la suya, ya daban indicios de querer despertar y pegarse a esos ricos manjares que tenía la madre.

—¿Aún tienes reservas? —le preguntó a Isabel, quien le robaba uno de sus bóxers para ponérselos—. Parece que están por despertarse.

—Si te refieres a que, si *no te la chupaste* toda, tranquilo: aún tengo.

Él sonrió perverso y se relamió.

—Qué bien…

Isabel le arrojó la toalla a la cabeza.

—Vaya prometido que tengo: tan goloso…

Este comentario le hizo recordar sobre un hecho del que se propuso ponerle remedio desde hacía días.

O, mejor dicho: cambiaría.

Al cabo de los minutos, la señora Blanka le anunció en la puerta, que tenían visita, provocando en la joven hispana un elevado aumento en la presión sanguínea, pues los que interrumpían la paz que gozaban, era una aristocrática familia que competía con los Brankovic en odiosidad.

Los Obrenovic.

—Esa gente otra vez —Isabel masculló molesta. Era como el zamuro a la carroña: olían donde debían dar el picotazo.

—Solo pasan a saludar… —Everett trataba de excusarlos para

evitar otro enfrentamiento—. No tienes que salir, puedes quedarte a descansar. Te dejé adolorida.

Ella lo miró con un «de ninguna manera», instalado en sus ojos marrones. Se peinó, se arregló mejor y maquilló. Si aquella pretendía metérsele por los ojos a su prometido, la bloquearía.

Tras Isabel alimentar a los gemelos, los dejaron al cuidado de Blanka; los Obrenovic tuvieron que esperar a que ellos se desocupasen, no habían anunciado la visita con anticipación, causando contratiempos en los jóvenes padres.

—¡Oh, permítame felicitarlos! —Elías salió al encuentro de la pareja en cuanto estos cruzaban el vestíbulo, quedando su esposa, relegada en la Sala Azul—. Les deseo a sus lobeznos: salud y fuerza. Aunque, proviniendo de sus genes, señor Everett, presumo que es innecesario. ¡Serán igual de fornidos como usted!

Isabel le esbozó una sonrisa desabrida al sujeto rubio, tan alto y orgulloso como el antipático de Damir.

—Gracias, Elías —Everett expresó, echando un rápido vistazo a su mujer que lucía tensa—. Los buenos deseos siempre serán bien recibidos. Por favor… —Alzó la mano para indicarle de volver a entrar a la sala, donde la esposa de este aguardaba de pie y con una sonrisa fingida.

En cuanto ingresaron, Isabel se fijó que Abby Rose no estaba presente, lo que la alivió, ya que se había preparado mentalmente para una confrontación. A cambio, se limitó a escuchar lo que Elías Obrenovic les dijo:

—Como habrán notado, mi hija no nos acompañó para no incomodar a su compañera, señor Everett —se dirigió solo a él—. Lamentamos lo que sucedió en aquella ocasión; no fue nuestra intención disgustarla, fue un desafortunado comentario de chiquilla enamorada. Como verá, apreciado amigo, el afecto que aún le guarda, no lo ha superado y la lastima. Por eso decidimos mantenerla alejada para evitar habladurías que manchen su excelentísima reputación. Nuestra Abby está en la edad en que la manada *ofertará* por ella. Pronto recibiré los correos de los mejores prospectos de Alaska.

—Sí, algo escuché… —Everett se removió, visiblemente incómodo por lo expresado por su ex suegro. Ni quería reparar en la mirada de Isabel. Debía estar encabronada—. Le deseo suerte. Estoy seguro que recibirá muchas ofertas. Abby es una joven hermosa.

—¡Y pura! —la madre elogió al instante, lanzándole la indirecta a la joven hispana.

—¿Pura? —Esta lo captó al vuelo, del que su animosidad hacia el matrimonio saltaba a la vista—. ¿A qué se refiere con eso? Ni que fuera yegua.

—A su pureza sanguínea —Elías comentó con suficiencia y

conteniendo de mirarla con desdén—. Ella procede de un largo linaje de lobos. Los hijos que procree, serán de la quinta generación. ¡Increíble! Serán como si fuesen sangre azul…

—Vaya… —Isabel sonrió sin ninguna emoción en su rostro—. Lo felicito. ¡Toda una princesa! —La muy resbalosa…

—También la felicitamos —Violet expresó como si le estuviera haciendo un favor al elogiarla—. Has parido la quinta generación de machos. Qué suerte: dos… —Tuvo cuidado de no mencionar la «enfermedad» del menor, a fin de evitar que la hembra tuviese una reacción adversa. La olisqueó con disimulo, su aroma corporal había cambiado producto de la concepción de los lobeznos. Apestaba a híbrida.

—Le ganó a su hermano Damir que tuvo un macho, pero usted, señor Everett, encabeza la semilla masculina. ¡Bien hecho!

—¿Y las niñas? —Isabel inquirió a Elías por omitir a las nietas de Stanislav Brankovic—. Tengo entendido que Ranko tuvo seis con sus mujeres y Damir: tres de las que están bastante grandecitas.

—Sí, pero son hembras…

—Elías, lo que Isabel le intenta decir es que, quien más a preñado, ha sido Ranko. Pero no se preocupe. Nosotros pronto pediremos las hembras. *Si vienen a pares*, hay que aprovechar —Everett comentó con socarronería, guiñándole un ojo a Isabel, para que captara su propósito de llenar la cabaña de cachorros.

Esta lo reprendió con la mirada sin estar enojada y con un «estás loco» instalado en sus ojos marrones.

Elías y Violet, rieron como si de un chiste se tratara. ¡¿Más?! Dudaban que el alfa quisiera volver a preñar a esa hembra vulgar, que le dio un hijo retardado y un omega que, lo más probable, sería enfermizo. Ellos estaban allí para palpar el terreno, a ver qué tan cierto se comentaba que la pareja estaba distanciada por culpa de esos recién paridos. Aunque las ansias de Everett Brankovic por aumentar su progenie, podrían utilizarla a su favor, dándole a entender de manera sutil que contaba con otra hembra –de vientre puro– que estaría a su disposición.

—Pues, ¡a trabajar en ello! —Elías aupó como si le importara, pero en realidad era lo contrario, oraba para que la hispana los abortase todos.

—¡Vaya!, pero estos hombres planifican sin el consentimiento de la mujer —Isabel replicó avinagrada—. No he escuchado que alguno de ustedes dos preguntaran si yo quiero.

Everett agrandó los ojos y Elías sonrió acartonado.

Ahí iba, otra vez la híbrida bocona.

Una bofetada y asunto arreglado.

Sumisa.

—Amor, Elías solo secundaba mi broma; no hablaba en serio. —Si lo hizo, pero la petición se tendría que postergar hasta hablar con Pavlovic.

—¡Oh, yo *sí* hablaba! —El idiota fue inoportuno—. Debe preñar a su hembra el mayor número de veces para asegurarse el futuro de su linaje; ahora que…

—¿Qué…? —Isabel inquirió, visiblemente cabreada—. ¿El-que-yo-haya-parido un niño con Síndrome de Down? Lo de ustedes es el colmo del machismo, solo piensan en el número de hijos que puedan fecundar y la pobre esposa que se aguante.

A Elías le provocaba espetarle: «pero usted *aún* no lo es».

A cambio, expresó:

—Para eso el señor Everett debe contraer nupcias con una segunda… —*¡Esposa!* Terminó la frase para sus adentros, quedándose con las ganas de gritárselo a esa insignificante hembra en voz alta. Debían darse prisa para que el alfa desposara a su hija, de primera; este aún no se casaba con la híbrida y Abby Rose podría convertirse en la primera contrayente, del que al cabo de los meses le daría hijos «puros».

Fue como si una bomba nuclear hubiera estallado en la cabeza de Isabel.

Se puso en pie en el acto y junto con ella, Everett y los Obrenovic.

—¿Por eso están aquí? —adivinó—, ¿para que su «delicada florecilla» le *abra sus pétalos* a mi prometido?

—Elías, ¡yo no voy a buscar segunda esposa! Me uniré solo a la madre de mis hijos. —Esta vez Everett tuvo que contestarle tajante al hombre que no medía lo que comentaba.

—Disculpe, señor Everett, qué pena causar disgustos. Fue solo un hecho que está en boca de todos.

—¿Qué hecho? —Isabel inquirió con los dientes apretados, conociendo de antemano lo que iba a decir.

El estilizado rubio, alisó su fina corbata de seda roja y se aclaró la garganta, fingiendo estar incómodo, pero por dentro, disfrutaba poner en su lugar a esa híbrida-omega.

—Sus pésimos genes.

Isabel gruñó por lo bajo.

La sangre en su torrente sanguíneo comenzaba a burbujear.

—¿Están sugiriendo de que Everett busque otra mujer para llenarse de hijos?

—Hijos sanos.

—Qué malditos…

—No lo tome a mal.

—¿Ah no? ¿Y cómo quiere que lo tome? —replicó al hombre—. Tiene la osadía de aparecerse en esta casa a decirle a *mi prometido*, que

se busque otra porque mis genes no sirven para una mierda.

—Será mejor que se marchen —Everett les ordenó, poniéndose en medio de Elías y su ángel. Isabel estaba tan molesta que podría lanzarse sobre este por ser tan idiota, pero el hombre era un beta fuerte que la repelería con un golpe. Y si la tocaba, él acabaría con la amistad de un zarpazo.

Y por el cariño que una vez le tuvo a Abby, le daba la oportunidad que se marchara por sus propios medios.

Elías asintió reverente, y tras una breve disculpa, se marchó junto con su esposa, de la que esta salió más angustiada que cuando entró a la casa. No obstante, en el auto, Elías se carcajeó detrás del volante, sin comprender Violet porque reía, si la visita de nuevo fue un rotundo fracaso.

—¡Fue exitoso! —exclamó llevándole la contraria a la vez en que colocaba la llave en la suichera y encendía el motor. Ella lo miró sin comprender y él agregó—: Mujer de poca visión, ¿acaso no te diste cuenta? Él quiere aumentar la familia, lo expresó y ella teme, porque sabe bien que no podrá complacerlo.

»Nuestra Abby tiene oportunidad de acceder a la bendición del alfa. Dependerá de ella si este le corresponde. Aunque no tendrá problemas, es hermosa y de linaje noble.

La mujer asintió esperanzada de que su hijita le asegurase el camino hacia la supremacía.

Mientras tanto…

—¡Es un imbécil! No lo quiero volver a ver, hace que quiera matarlo —Isabel replicó a Everett en el área de la piscina. Los pequeños seguían en el dormitorio de la segunda planta, al cuidado de la rolliza pelirroja, mientras ellos discutían.

Después de que los Obrenovic se hubieran marchado, Isabel casi pierde el control en medio de la Sala Azul; las venas en sus brazos se habían engrosado y sus uñas oscurecieron, vaticinando una inminente transformación. Pero Everett la sacó con rapidez de la casa, para que respirara aire fresco, le preocupaba cómo ella reaccionara, una vez su cuerpo cambiase por completo. Una loba encolerizada atentaba hasta con su propia familia, si se dejaba llevar por los impulsos.

—¡Respira profundo! ¡¡Vamos!! —le ordenó enérgico para que tomara conciencia de lo que hacía. Aún no era el momento. Lo tenía previsto para el fin de semana del que la llevaría hasta el Monte Denali. Allí ella podría desatarse sin problemas; los lobos locales harían un cerco para que no pudiera escapar, en caso de pérdida de memoria. Era poco factible que sucediera, pero se tomaría todas las medidas para asegurarle el cambio. Isabel no era sumisa; su irascible

temperamento causaría estragos donde estuviera; por ese motivo, tenía que obligarla a calmarse, temiendo no poder controlarla.

No sin antes lastimarla.

Isabel tomó profundas bocanadas de aire y llenó sus pulmones hasta el máximo; lo contuvo y luego lo soltó de golpe, puesto que no podía retenerlo por la rabia que la embargaba. Detestaba a ese sujeto, cada vez que hacía acto de presencia, le vendía la maldita de la hija a Everett.

Lo de «la oferta» era una indirecta para que el otro la captara e hiciera la suya, otorgándole la primicia. Si el alfa ofertaba, dudaba que otros miembros de la manada compitiesen contra este por la posesión de Abby Rose Obrenovic.

Sin darse cuenta, Anna había rodeado la casa, para llevarle un vaso con agua y unas gotas de valeriana, pero Everett sacudió el brazo para que se alejara. Isabel estaba alterada, la menor provocación la haría estallar como un volcán.

La joven obedeció al instante y se marchó, sintiendo pesar por la patrona, que no tenía descanso mental con esa gente tan desalmada.

—Mira hacia la playa —Everett le indicó a Isabel, quien respiraba como si padeciera un ataque de asma. Su corazón bombeaba a una velocidad inverosímil, sus encías comenzaban a sangrarle, sus venas eran ramilletes que surcaban sus brazos de manera espantosa y sus uñas eran el grito aterrador de una melindrosa manicurista.

Temblorosa, Isabel se sentó en una de las bancas de hierro forjado y apoyó su espalda contra el respaldo, mirando hacia el paisaje marino que dominaba en buena parte su campo visual. Los tres picos montañosos se alzaban a su izquierda y hacia el fondo el horizonte que dividía el mar del cielo azulado.

—¿Más calmada?

—Sí. Ya no voy a enloquecer…

Everett respiró aliviado y se sentó junto a ella, le rodeó los hombros con su brazo y la atrajo para estamparle un beso en la frente.

—¡Ay!, ¿qué voy hacer con esta loquilla? —expresó socarrón, a pesar de que en su fuero interno tenía sus intestinos revueltos. Si ella se convertía, él tendría que hacerlo también para someterla con un fuerte mordisco en el lomo. Y no quería herirla.

Isabel no respondió, avergonzada de sí misma.

Se apretujó al pecho masculino y aspiró el aroma que su piel desprendía, mientras Everett le acariciaba su cabellera.

Ambos observaban en silencio la playa.

Algunos humanos disfrutaban de las olas que morían en la orilla.

—¿Quieres ir a caminar? —la animó; sus dedos hacían pequeños círculos detrás de la oreja del impetuoso ángel.

—Aquí estoy bien —dijo pegada a él. Prefería el calor de su cuerpo,

que sentir en la planta de sus pies, la arena húmeda por el mar.

Los minutos transcurrieron. Ella tratando de sosegar su carácter y él preparándose para lo que le iba a proponer.

—Antes del amanecer, iremos a los Fiordos. Tienes que hacer la primera transformación.

Ella levantó rápido la cabeza.

—¡¿Mañana?! —lo miró angustiada, irguiendo su espalda en la banca—. ¡Aún no estoy preparada! Además, a primera hora es la consulta con el doctor Pavlovic.

—Me preocupa que vuelvas a perder el control. Estás inestable, Isabel, y esto se debe a que aún no has sufrido el cambio.

—Pero me puedo controlar. Mira, ya van dos…

—¡Del que cada vez estás más volátil! Cometí el error de no llevarte a las montañas antes de venir a Kenai. Nuestros hijos pueden salir lastimados por tu culpa y no quiero que esto nos separe.

Dicha amenaza tensó a Isabel.

Everett le lanzaba un ultimátum.

Capítulo 72

—Márchese por su bien que no deseo hacerle daño, pero no me obligue.

—¡Hazlo!

—¿Es lo que quiere?

Everett no necesitó pensarlo, se había adentrado para un propósito.

Sí, era lo que quería.

La pesadilla hizo que saltara fuera de la cama antes de que Isabel se diera cuenta de lo que le pasaba. Estaba bañado en sudor y temblaba. Tuvo que correr al baño y aventarse agua a la cara para calmarse y así espantar todos sus demonios. De nuevo lo atormentaban, pero en esta ocasión no se deleitaron con misterios o imágenes inconexas del que carecían de sentido, lo que soñó le mostró las verdaderas causas de lo sucedido en Nueva York.

No lo drogaron.

No lo golpearon.

No lo engañaron ni le tendieron una trampa…

Rompió en llanto, cayendo al piso por los recuerdos que llegaban a él de manera desalmada. ¡Por eso fue! Por eso se enfrentó a ellos…

Mientras se abrazaba a sí mismo, se acordaba de la lucha que sostuvo con esos seres. ¡Cuánta rabia acumulada! ¡Cuántos deseos de acabar con el mundo y que estos hicieran lo mismo con él! Se sintió pequeño e indefenso, lanzando increpaciones y maldiciones para sus adentros. Quería proferir un grito desgarrador, acompañado luego de un aullido que recorriera la noche, para que cada lobo que habitara el pueblo y sus alrededores, escuchasen su lamento. ¿Cómo se libraba de lo que sentía? Todo volvía al principio una vez más. Se supone que se sacó todo de su pecho, que confesó su vergüenza a la mujer que amaba, pero faltaba lo más reprochable.

Aquel sujeto se lo advirtió y él no lo escuchó.

Tantos sospechosos y el que resultó ser, fue por el que tanto se había negado en admitir.

Faltando quince minutos para que marcara las dos de la mañana, Everett e Isabel se embarcaron en un yate de alta velocidad, hacia el Parque Nacional de los Fiordos en Kenai.

El poblado seguía a oscuras, quedando atrás los residentes sumidos en un apacible sueño del que a la joven le hubiera gustado disfrutar en el *confort* de su cama. Erik y Ángel seguirían bajo el cuidado de Blanka, quien sería asistida por Anna en todo lo que necesitara, en ausencia de los padres. No tardarían, Everett calculaba que estarían de vuelta en cuestión de un par de horas. El yate los llevaría rápido a través del largo trayecto marino que atravesaban la inmensidad de los glaciares.

La oscuridad y el viento les sacudía el cabello con fuerza, producto del avance potente de la embarcación. A cada lado de la estrecha entrada costera, un lecho rocoso se alzaba como rocas gigantescas que se extendían hasta perderse de vista. Isabel contemplaba embobada la belleza de los fiordos, aunque en menor medida a la visión nocturna de Everett, que la tenía más aguda; solo apreciaba las formas de las depreciaciones y la penumbra de los abetos. Se sostenía de la consola del yate; Everett estaba detrás del timón como todo un experto; su cabello ondeaba fabuloso, contrario al de ella, que parecía un remolino en su cara.

No supo por cuánto tiempo navegaron esas aguas, casi la sobrevolaban con la velocidad del motor que tenía la particularidad de ronronear en vez de rugir como los demás yates deportivos.

Los glaciares se alzaban al fondo como montañas; a pesar de la noche, se distinguían a la distancia sus colosales formaciones. Everett le daba algunas indicaciones a Isabel, como: la frecuencia al respirar, mantenerse calmada en caso de desesperación y atender a todo lo que él dijera, sin importar qué.

Estaba nerviosa; no podía negar que el hecho de cambiar su cuerpo al de un animal, le producía tal ansiedad, que sus intestinos comenzaban a hacer de las suyas. Claro está que esto no se lo manifestaba a Everett, su decoro se lo impedía, pero si seguía así, en vez de hacer que los pelos de lobo crecieran por su cuerpo, expulsaría gases putrefactos.

Everett señaló hacia un islote que se vislumbraba a unas cuántas millas náuticas y ella le frunció el ceño, pues no comprendía lo que le quería decir.

—¡Es allá! —exclamó y luego disminuyó la velocidad del yate hasta el mínimo, y continuó en sentido directo hacia ese punto. Cada vez más el islote crecía, la luz del yate lo iluminaba, se asemejaba a una gigantesca roca que sobresalía hasta la mitad del agua. Le llamó la atención que en la cúspide un mini bosque crecía como cabellos que de día debían ser bastante verdoso.

Everett surcó las aguas hasta estar lo más próximo que le podía permitir las laderas del islote rocoso. Se detuvo a escasos metros y arrojó el ancla fuera del yate para darle inmovilidad y evitar que fuese

arrastrado por la marea. La luna que de nuevo era menguante los saludaba, dándoles la bienvenida a esa parte de la costa sur de Alaska.

Isabel no dejaba de sorprenderse en lo hermoso que era los Estados Unidos, poseía todo tipo de topografía y biomas del que, sin duda, Alaska se llevaba la medalla de oro de entre los 50 estados o entidades de la nación, como el más hermoso.

—Everett, yo no sé nadar…. —se angustió al sopesar la distancia entre el yate y el islote, y revisando al vuelo por algún salvavidas que podría usar.

—Lo sé —dijo él—. Por eso te traje hasta acá. Así evito que te dé por salir corriendo.

La mandíbula de Isabel se desencajó.

—¡¿Me volveré salvaje?! —Su corazón comenzaba a latir acelerado.

Everett se quitó la camiseta, luego los vaqueros, siguiéndole el bóxer, mientras que Isabel lo observaba desnudarse apabullada.

—Los nervios son traicioneros. Este lugar está bastante alejado del pueblo –y de sus hijos–, a nadie podrás herir; el mar se encargará de cercarte.

Isabel asintió un tanto molesta. Debía tener cuidado más adelante en comentarle sus cosas a Everett, porque podría utilizarlas en su contra.

Como ese instante.

—¡¿Y cómo *coños* crees que voy a ir hasta allá?! —se alteró. Su corazón pasó de rápido a veloz.

—Yo te llevaré —le dijo tan calmado que a Isabel le provocaba darle un bofetón.

Cabeceó nerviosa. Ya sus piernas temblaban.

—Me vas hacer tragar agua.

—Jamás lo haré —le sonrió—. Soy un experto nadador.

—Pero yo no.

—Pero yo sí —le replicó de vuelta, en sus labios bailoteaba la diversión.

Isabel vaciló.

Alzó la mirada hacia esa llanura glacial y suspiró pesarosa. Hacía frío, la temperatura a esas horas de la madrugada debía estar por los 2°C.

Se iba a congelar el culo.

—Promete que no me vas a soltar, ¡porque si lo haces!, te juro que te voy a patear.

Él rio entre dientes.

Vaya cagona.

—Prometido.

Con manos temblorosas, Isabel se quitó la camiseta por encima de su cabeza y la dejó doblada sobre el asiento del copiloto. Luego se

quitó las pantuflas, mientras que Everett aguardaba por ella, desnudo. Aunque le hubiera gustado a él follarla allí, bajo las estrellas y mecidos por el suave oleaje, primero debía atender el deber que el placer.

Él fue el primero que saltó al agua y animó a Isabel para que lo hiciera. La pobre temblaba, no por el frío, ¡sino por temor! ¿Y si se resbalaba de entre sus manos y ella se hundía hasta el fondo del mar? No quería morir ahogada.

—Isa…

—¡Deja el afán, Everett! —Buscaba la forma de saltar del yate, sin que se sumergiera tanto.

—¡Solo salta!

—¡¡Ya va!!

Rezongó en español y Everett rio.

Escucharla hablar en su idioma natal, le resultaba muy gracioso.

—¡No me sueltes!

—No lo haré…

—Bueno, allá voy… —Cerró los ojos y emitiendo un chillido, saltó hacia donde se hallaba Everett, sumergido hasta el cuello.

Everett la buscó al instante bajo las aguas; la negrura era absoluta, pero su visión lobuna le permitía otearla con rapidez. La tomó de la cintura y la apretó a su pecho, de la que Isabel, sin abrir los ojos, se aferró a su cuello con todas sus fuerzas. Patalearon hacia la superficie, siendo recibidos por la luna que de nuevo les daba la bienvenida.

—¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios!

—Calma, Isa, estás conmigo. No te voy a soltar. ¡Eso, tranquila! Mírame… —la mantenía sujeta contra él—. Te voy hacer girar —ella sacudió la cabeza—. ¡Confía en mí! ¿Crees que te voy a dejar ahogar? Nuestros hijos no me lo perdonarían –ni él mismo–, así que, te vas a dejar llevar hasta que lleguemos al islote.

—¿Có-cómo?

—Como si estuvieras inconsciente. ¡Es un decir! Por Licaón, Isa… —increpó cuando Isabel puso cara de terror.

—Está bien.

Everett la tomó por el cuello y la llevó boca arriba, como si la hubiera rescatado de ahogarse. Isabel tuvo que apretar los ojos para no darse cuenta cómo él la arrastraba hasta la gigantesca roca, se obligó a pensar en sus hijos, concentrándose en sus caritas. Permitió que los recuerdos la envolvieran, seleccionando los mejores que consideraba eran los más memorables. En uno de estos, trajo a su mente, la primera vez que apareció el rostro de Ángel y la inmensa tristeza que no pudo evitar sentir; como madre, deseaba que sus hijos fueran perfectos, pero le había nacido uno que tendría muchas limitaciones. Sin embargo, el amor que desarrolló por este fue

instantáneo; tal vez, la naturaleza misma hacía que la madre instintivamente los protegiera, aunque en el mundo animal y en muchas culturas, esto no era sí. Los rechazaban.

Pero ella lo amaba.

¡Lo adoraba!

Pensar en Ángel, le hizo lograr la calma a pesar de sentirse culpable por casi no pensar en Erik. No es que fuese el menos favorito, sino que al imaginarse que ella no estaría para ninguno de los dos, en especial, Ángel, le hizo encontrar las fuerzas necesarias para soportar el traslado a nado.

Everett la ayudó a subir primero hasta el lecho rocoso y enseguida él estuvo a su lado, la tomó de la mano y entre los dos escalaron hasta la cumbre donde la arboleda se hallaba.

—Esto debe ser precioso durante el día… —Isabel expresó pensativa.

—Si me regalas un *aullido*, te traigo cuándo quieras —Everett procuraba incentivar su transformación.

Ella medio sonrió.

A ver cómo le saldría.

Tal vez, como el de un chihuahua.

Se adentraron en la arboleda, del que apenas dieron unos pasos, quedando en medio de esta. Parecían Adán y Eva en el Jardín del Edén.

Pero de noche.

—¿Qué es lo que tengo que…? —Everett le había comentado durante el trayecto, pero el nerviosismo hizo que a Isabel se le olvidara todo.

Le acarició el rostro y estampó un dulce beso en los labios.

—Respirar profundo —le recordó—. Vas a centrarte en la visión de una loba. *Tu loba*.

Ella cerró los ojos, quitó la tensión de su cuello, moviendo la cabeza con algo de rudeza de un lado a otro; cambió el peso de su cuerpo en los pies, bostezó, se rascó la nuca, un brazo, el otro, una nalga…

—Isa, deja de rascarte y concéntrate.

—¡Son los zancudos!

—Isa…

—¡Está bien!, ¡está bien! *¡Uf!*, qué hombre…

Aspiró profundo y lo soltó de golpe a la primera, y luego tomó otra que llenó de aire sus pulmones; lo contuvo y expulsó lento, mientras a su mente venía la imagen de una loba gris de ojos furiosos.

Luego la loba se rascaba el lomo con la pata trasera…

Se rascó ella la nuca.

Miró a Everett.

—No logro concentrarme.

—Tienes que hacerlo —la instó—. Solo déjate llevar.

—No puedo…

—Claro que sí. Vamos, Isabel. ¿Quieres que me transforme contigo? Tal vez, así te dé más confianza.

—¡No! Prefiero que te quedes así. —Vaya a saber lo que después pasaría, estando los dos convertidos. No estaba preparada para que le dieran por el culo, siendo los dos animales. Demasiado dantesco.

Estando Everett expectante, Isabel rogaba para sus adentros que su cuerpo reaccionara. Pensó en la loba gris y de ojos amarillos, pero en vez de ser feroz, dulcificó sus rasgos en una hembra dócil que caminaba junto con sus cachorros y un lobo macho mucho más grande que ella. El cuadro que se imaginó le agradaba y la llenó de regocijo, por desgracia, no la ayudaba a transformarse.

Isabel seguía en su forma bípeda y con los ojos cerrados.

Un gruñido retumbó en medio de la arboleda, provocando que a la joven se le helara la sangre.

—Es que no puedo… —le comentó llorosa. Estaba enojado por su tardanza.

Sin embargo, Everett seguía gruñéndole y esta vez le mostró los colmillos.

Isabel miró a los lados y movió las aletas de su nariz para olfatear, por si algún animal o lobo merodeador –que ella no captó y Everett sí– se hallaba cerca, pero sus fosas nasales no captaron nada. Le preguntó con la mirada y volvió a rodar los ojos por su rededor y hasta en las copas de los abetos, oteando el lóbrego follaje, sin hallar el motivo que le hiciera a él resonar su garganta de esa manera.

Los gruñidos continuaron.

—¿A qué le gruñes? —Isabel miraba de un lado a otro y al instante comprendió. Abrió los ojos desmesurados—. ¡¿Es a mí?! —Su corazón palpitó desaforado—. ¡Te puedes esperar! —La paciencia no era su virtud.

El gruñido fue feroz.

Esto la hizo retroceder hasta dar su espalda contra el tronco de un árbol.

Tembló, Everett se acercaba, el color de sus ojos, cambiaron, sus colmillos se alargaron y sus uñas se tornaron garras.

—¡Es que no puedo, no se me da así porque sí! ¡¡No soy como tú!! ¡EVERETT!

Y rompió en llanto, acurrucándose a las faldas del árbol.

Con razón la detestaban: no era una verdadera loba.

Al parecer, entre los lobos: lo hacías a las buenas o lo hacías a las malas. Ahora comprendía a lo que se referían con que *la descendencia* de un humano o un híbrido, no serviría para nada en la manada: la

conversión no se les daba.

Sintió unos enormes brazos que la envolvieron y una voz gutural, consolándola. Everett cayó de rodillas frente a ella y la abrazó para que dejase de llorar.

—Está bien, lo haremos al volver a Denali —en su voz había cierto enojo—. Pero estarás el menor tiempo posible cerca de los bebés.

Isabel lo miró consternada y rompió en llanto, pues si ella no lograba la conversión de manera «espontánea», lo más probable, es que la apartaran de sus hijos.

*****

—Según lo revisado, hasta el momento, no existe nada que indique anomalía en sus antecedentes familiares. Lo arrojado por la ecografía pélvica y los electrocardiogramas, su condición es saludable.

—Entonces, ¿Isabel y yo podremos tener relaciones? —Everett consultó sentado al lado de la joven, cada uno sosteniendo a un bebé frente al escritorio del doctor Pavlovic.

—Por supuesto, siempre y cuando tomen las medidas pertinentes. Aún desconocemos qué causó que uno de los gemelos naciera con el síndrome.

—Tal vez, porque soy humana, o… fui…

El hombre se encogió de hombros ante esa posibilidad y la joven se sintió miserable. Como humana, Isabel estuvo expuesta a infinidades de enfermedades y virus contagiosos que pudieron, de algún modo, afectar el curso de un buen embarazo.

—Puede ser —dijo—. Pero sería un caso que carece de antecedentes. ¿Desde cuándo que existe la raza lobuna? ¿Diez mil? ¿Doce?

—Se presume que entre veinte y veintitrés mil —Everett contestó a la vez en que daba palmaditas en el trasero a Ángel para dormirlo. Durante varias horas el doctor estuvo auscultando a Isabel y a sus hijos, revisando su capacidad motriz, tomando medidas de sus extremidades, del contorno de su cráneo y de su cuello, su capacidad pulmonar, sus palpitaciones. Los pasaron por el encefalograma que estaba en los pisos superiores del hospital, les hicieron cantidades de análisis de sangre, tomaron muestras de saliva, orina y heces, antes y después de comer, por lo que permanecieron todo el día, sometidos a un estudio médico más profundo. Les realizarían el *genoma* con la intención de estudiar su pasado, presente y futuro genético, al igual que su hermano que amamantaba del seno de la madre, y de esta misma.

—«Entre veinte y veintitrés mil…» —repitió el doctor—. Y en todo este tiempo, ningún historiador ha reseñado sobre enfermedades hereditarias o anomalías relacionadas con la especie. Todo lobezno ha

nacido bajo las condiciones propias de su manada: saludables. Los que se reportaron como «enfermos», fueron sacrificados y se debió a que se vislumbraron como *omegas*; estos tuvieron la penuria de haber nacido en épocas de guerra entre clanes. Por supuesto —medio sonrió—, señorita García, a sus hijos no les pasará eso, estamos en tiempos en que el conocimiento es tan importante como la fuerza misma. Los tolerarán.

Isabel meditó que no.

—Sin embargo —agregó—, jamás se han reportado partos gemelares. Ni entre las lobas rusas del que se ha demostrado, son las más fértiles porque llegan a tener hasta quince partos en toda su vida. Usted lleva el primero y fue doble, con la penosa suerte de que uno de los gemelos nació con el síndrome.

—¿Isabel podrá tener más? —la pregunta fue ansiosa en Everett y esto a Isabel le produjo resquemor. ¿Necesitaba demostrar ante los demás que lo de Ángel fue un hecho fortuito?

El doctor sacudió la cabeza.

—Claro que puede. Su aparato reproductor se lo permite, es joven y rozagante de salud. Pero…, no es conveniente.

Isabel se removió en su asiento y Everett se tensó en el acto.

—O sea que… —miró a su mujer, consternado y luego al humano, que explicaba todo con una monotonía en la voz que crispaba los nervios—. ¿Estos son los únicos que tendremos? —Erik y Ángel, rompieron en llanto, como si hubieran comprendido la angustia del padre.

—Sí. Por lo que les aconsejo que procuren cuidarse, puede que nazcan más lobeznos con anomalías genéticas. —Su rostro parco ante la palidez de Isabel y Everett—. Disculpen mi sinceridad, pero es mi deber como médico de la familia, advertirles a lo que ustedes podrían enfrentarse: el embarazo de la señorita Isabel no fue normal ni afortunado. De momento, el mayorcito aparenta estar sano; no puedo adelantarme a sacar conclusiones hasta obtener los resultados de los análisis; además, habría que vigilar la evolución de ambos durante su infancia. Sobre todo, la del menorcito: los bebés humanos con Síndrome de Down, presentan múltiples trastornos en sus órganos que afectan su salud.

*****

No era conveniente…

No era conveniente que ella tuviese más hijos. La obligaban a cerrar la fábrica y ahorrarle a la manada muchos disgustos. El doctor Pavlovic prácticamente le había dicho en la cara que sus hijos eran de «marca defectuosa» y que mejor descontinuase el «producto» para evitar demandas.

Miró por sobre sus hombros hacia los asientos posteriores. Los bebés dormían en sus respectivas sillitas de seguridad. Blanka se hallaba a un extremo y Anna en el otro, flanqueándolos como si fueran guardaespaldas. Contaban con dos niñeras que le colaboraban en caso de que ella estuviese amamantando a uno y estas se encargaban del otro con arrullarlo o limpiarlo. Everett rechazó que Boris –el chofer de Stanislav– manejara la limusina; esta vez fue él, quien prefirió hacerlo por su propia cuenta. No le tenía mucha simpatía al hombre, a pesar de que siempre les había demostrado lealtad. Tampoco buscó los servicios de otro y esto hizo suponer a Isabel que Everett era desconfiado de su propia gente.

Bostezó. Estaba agotada y terriblemente entristecida. Fue un día pésimo, comenzando con su inútil transformación del que notó, sin que Everett quisiera demostrarlo, que él se había decepcionado.

Lo miró, no le hablaba, quizás meditando también la sentencia del doctor. No más hijos. No era conveniente…

Consultó la hora en su móvil, pasaban de las ocho de la noche y el hambre le hacía sonar las tripas. Tras su vergonzoso lloriqueo en el islote, Everett la llevó de vuelta al yate. No la reprendió, pero lucía bastante tenso. Tenía un serio problema entre sus manos, puesto que, iniciada la mañana, la consulta de Pavlovic aguardaba y les tomaría bien entrado el atardecer. Por ese motivo, Everett le pidió a Blanka y a Anna que los acompañase, porque le preocupaba que su mujer perdiese el control en el consultorio o con quién fuera; por supuesto, bajo otras especificaciones.

Sumida en sus pensamientos y mirando en todo momento por su ventanilla, las solitarias calles del pueblo, del que le parecía tan apáticas y falto de vida…, no había notado que la limusina había aparcado frente a la casa paterna de los Brankovic.

—¿Qué está pasando acá? —Everett clavó la mirada a través del parabrisas, observando con el ceño fruncido la cantidad de autos que se hallaban por el área del estacionamiento.

—Isa, toma el volante. ¿Sabes manejar? —En su pregunta había un deje de enojo.

—Solo automático; los de cambio…

—¿Anna?

—Sí, señor Everett. Mi papá me enseñó en su camión.

—Bien. Entonces, siéntate acá. Iré a investigar. Si escuchan gruñidos o que tardo un minuto en salir, se largan de aquí a toda velocidad y manejan sin parar hasta el aeropuerto. Allá pidan ayuda para que las lleven hasta los yakaramath. ¿Entendido?

La chica asintió y Blanka se llevó la mano al pecho, angustiada.

Everett se bajó al mismo tiempo en que Anna lo hacía por el lado de su puerta; esta rodeó el vehículo por el maletero y en un pestañeo,

estaba detrás del volante, preparada para pisar el acelerador.

Isabel quedó con la boca abierta para llamar a Everett, temerosa de lo que le pudiera suceder; los autos los reconocía de la vez de la ceremonia de Ranko; uno le pertenecía a Luka, otro al señor Zoran, junto con una hilera de autos que superaban los cincuenta.

—¿Qué creen que pueda estar pasando? —Isabel, aún dolida por el comportamiento de Everett, consultó a las dos mujeres.

Ambas se carcajearon.

E Isabel sintió que un frío lacerante le cruzaba la espalda.

Por lo visto, algo muy malo.

Capítulo 73

—¿Qué les causa risa?

Si era por el ánimo de reírse por estar nerviosas, a Isabel le parecía de mal gusto. Everett se estaba poniendo en riesgo por averiguar qué era lo que estaba sucediendo a puertas cerradas en la mansión. Quizás y era lo que más temía, se habían reunido los principales líderes y familiares para sustituirlo, aprovechando su ausencia.

Un alfa que tenía mala descendencia era indigno de ser líder.

—Discúlpenos, señora Isabel —Anna contestó al instante—, pero no es por nada malo. Es por una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —inquirió oscilando su mirada de la chica a la rolliza pelirroja que se hallaba al lado de sus hijos. La estudió con disimulo, por si tenía algún arma o sus garras estaban afiladas, pero ni en esta, ni en la joven, le hacía suponer que tenían la disposición para atacarla. Al menos en apariencia.

—Es el cumpleaños del señor Everett. Es una fiesta sorpresa.

Isabel arqueó las cejas. La sorprendida era ella.

—¡¿Everett está de cumpleaños?! —Él no le había dicho nada.

Recordó lo que le dijo en el islote: «si me regalas un aullido…».

—¡¿No lo sabía?! Cumple treinta. —Al ama de llaves de la mansión neoclásica de Nueva York, le parecía insólito que la hembra de su querido alfa, no lo supiera—. Cuando un lobo cumple los primeros treinta años de vida, se celebra a lo grande, porque ha alcanzado la madurez que se requiere para ser considerado «adulto». Y el señor Everett tiene mucho que celebrar: es líder, tiene hembra, descendencia y es exitoso.

A Isabel se le estrujó el corazón, avergonzada por no haberse molestado de preguntar antes a Everett de algún aspecto importante de su vida. Estuvieron tan ocupados con los cambios, riñendo entre sí, la adaptación, el embarazo... Tantas cosas que demandaron mayor atención. Sin embargo, no se dedicaron a conocerse en estos aspectos, aunque fuese por unos minutos. Les hubiera tomado poco comentar: «nuestros hijos cumplirán años un 03 de mayo. Yo, para el 20 de agosto. ¿Cuándo cumples tú?

Les faltaba mucho por conocerse.

Por otro lado, Everett soportaba el aluvión de palmadas y abrazos

toscos por parte de sus tíos, primos, amigos y conocidos, que se presentaron en la casa para felicitarlo. Damir se carcajeaba ante la cara consternada de Everett, que no tenía modo de parar las muestras de cariño de esos trogloditas. Su primo Marko casi le fractura las costillas, mientras que Ilic por poco lo deja sin pulmones al palmearle con fuerza la espalda.

Radojka le expresaba al joven Brankovic sus buenos deseos y Vesna –la segunda de Damir– apenas musitó un «felicitaciones». Era muy tímida y sumisa. Pronto a su esposo también felicitarían.

La celebración fue idea de Radojka, quien se lo expresó a Damir, pues con todo lo acontecido, nadie se había molestado en organizar la celebración y ella deseaba de ese modo, expresar a Everett las gracias por perdonar a su hijo y también para afianzar entre, tío y sobrino, ese lazo fraterno que una vez hubo.

—¡Felicidades, has alcanzado la mayoría de edad lobuna! —Luka exclamó tras revolverle el cabello aleonado y el que Everett se acomodó rápido con movimientos bruscos.

—Dos hembras preñadas más y te llamaremos Patriarca —el tío Zoran comentó, alzando su copita de vodka—. ¡Salud por el Alfa!

—¡¡Salud!! —exclamaron todos a viva voz.

En el momento en que el padre de Miroslav le había expresado que procreara con otras mujeres, Isabel cruzaba la puerta principal con Ángel entre sus brazos, seguida por Anna y Blanka quien sostenía a Erik.

Hubo alzadas de ceja despectivas hacia el pequeño «enfermo», del que Isabel procuró esconder su rostro rechoncho en su pecho.

Conteniendo el enojo y las lágrimas, por la maldita familia que tanto la menospreciaba, Isabel pasó hacia las escaleras, sin saludar a nadie. Grubana se dio cuenta, ocultando su cara de satisfacción en la copa de vino que sorbía y las dos *servidoras sexuales* celebraran para sus adentros, de que a esa híbrida-poca-cosa, le diesen el puesto que merecía.

Con aplomo y manteniendo la frente en alto, subió por las escaleras, rumbo hacia el dormitorio; que Everett celebrase con los suyos, ella allí no era aceptada, no la tomaban en cuenta, tan invisible como Vesna del que, para todos, solo era un bonito adorno que a Damir le parió tres hijas.

Mientras subía; el volumen de un estéreo se elevaba hasta lo máximo con melodías propias de Serbia que estaban por encima de las que por ahí tanto sonaban, por lo que no pudo escuchar que Everett la llamaba para que estuviera a su lado. Anna y Blanka, la seguían, las dos mujeres también se hallaban exhaustas de tantas pruebas en el hospital y enojadas al mismo tiempo por lo que sucedía: la rolliza, mascullando para sus adentros porque esa noche no dormiría en paz

por el ruido que esos lobos borrachos causarían y Anna, lamentándose por lo que había acabado de observar.

A Jevrem, rodeándole la cintura a Maya, a la vez en que brindaba por su tío.

—¡RUIDO! ¡¡MUCHO RUIDO!! —Everett tuvo que volar hasta el estéreo para bajarle al volumen a la vez en que los asistentes se quejaban por ser tan amargado.

—¡Así celebramos todos! —Luka le comentó achispado como para variar. Por lo visto, lo habían estado esperando desde temprano, iniciando ellos la celebración por su propia cuenta.

—A mis hijos perturbarán; así que, afinen el oído porque la música la escucharán bajito. ¡Isabel! —la llamó justo cuando ella cruzaba la galería en dirección al área de los dormitorios—. Baja, amor.

—Estoy cansada. Celebra tú. —A ella no le interesaba sonreírle a esa gente que la menospreciaba.

—Déjala, Everett. Que se vaya a su cama a dormir. Aquí hay más hembras que…

—¡NO! ¡ELLA ES LA ÚNICA QUE QUIERO! —le gritó a todo pulmón a Luka—. ¡Trágate tus sugerencias! La amo y me ha dado dos hijos hermosos. Así que, ¡RESPÉTALA!

Isabel quedó paralizada ante el grito contundente de su prometido. Le entregó Ángel a Anna y les pidió a ambas que se encerraran en la habitación; en la pañalera había un par de teteros llenos que logró extraer en el hospital mientras esperaba resultados, por lo que no tendrían problemas por si lloraban de hambre.

Se asomó por el barandal.

Everett se hallaba en medio de todos esos sujetos. Jevrem con una de las zorras en un extremo del vestíbulo, Damir y sus dos esposas, en el arco de la Sala Negra. Y Grubana, entre dos de los hermanos de su difunto marido: Zoran y Slobodan, este último padre de Ilic y Luka.

—Ven, amor —Everett extendió la mano hacia ella. En su mirada había determinación.

Isabel medio le sonrió, pues él manifestaba ante todos con absoluta contundencia lo que sentía por una híbrida que le había parido un lobezno omega y otro con Síndrome de Down. Su corazón se regocijó y sus ojos se llenaron de lágrimas, puesto que había creído que él tenía la necesidad de demostrar que sus genes eran perfectos, pero se equivocó, no era eso lo que buscaba, simplemente, su naturaleza de hombre lobo era lo que salía a flote en cuanto a la reproducción misma.

Y lo quería con ella.

¡Solo con ella!

Sonrió. Si Everett estaba dispuesto a amarla con todos sus defectos, ella también lo aceptaba con los suyos. Solo que tendrían que

aprender a comunicarse mejor.

Así, valiéndole un carajo lo que esa gente desagradable sintiese por ella, cuadró los hombros y manteniendo la frente en alto, bajó las escaleras.

Era Isabel García: mujer, madre, luchadora y benevolente, si deseaban su amistad con gusto la ofrecía. Pero, si no…

Que se fueran al diablo.

Amaba a Everett por sobre todos ellos.

—¿Para qué quiero a *otra*, si tengo a la mejor de todas? —expresó él en la medida en que Isabel descendía por los escalones como una princesa—. Es la mujer que me saca de las casillas, la que me hace sentir mariposas en el estómago, la que me desafía constantemente y me exige ser mejor persona. En otra no lo conseguiré. Yo *caí a sus pies* y en el instante en que contemplé sus hermosos ojos, me enamoré.

El rostro de Isabel estaba bañado en lágrimas y con una gran sonrisa de oreja a oreja, que hasta a Jevrem deslumbraba. Se acercó a Everett. Este la tomó de la mano, besó su dorso con tal delicadeza, que hizo que Isabel bajara la mirada sonrojada y todas las lobas –a excepción de las *servidoras sexuales* y de *una más*– suspiraran.

—Por un tiempo, estuve perdido –agregó él—, mi mente vagó en la tristeza de la pérdida, pero Isabel fue el ángel que me salvó de volverme loco. A ella le debo mi vida, siempre le seré fiel, seré su compañero hasta que se nos caigan los colmillos —en esta parte, todos rieron—. ¿Por qué tendría que preñar a otras hembras para ser llamado Patriarca? —Miró a su rededor—. ¡Yo ya soy padre! Isabel me ha obsequiado dos hijos que adoro con todo mi corazón.

—¡Pero uno es enfermo!

La réplica furiosa de una mujer, hizo que todos volvieran el rostro hacia esta.

—¿Limitarás tu progenie por una híbrida incapaz de engendrar lobeznos sanos?

—¡SÍ! —Everett le gritó a Abby Rose. La declaración del alfa, hizo que esta protestara en voz alta.

—¡¿Por qué?! —La agriaba comprobar que no tendría oportunidad de volver con su exnovio por culpa de esa híbrida.

—¡Por que la amo! Ya lo expresé.

—Lo escuchamos, pero, Everett, no es conveniente para la manada.

La mayoría de los presentes asintieron entre murmullos bajos.

Everett puso a Isabel a su espalda y encaró a la joven, con aplomo.

Pero Isabel le dio la vuelta y se plantó frente a él, para encarar a la mujer, harta de escuchar esa maldita frase, una y otra vez: «no es conveniente».

¡Les iba a demostrar lo contrario!

—¿En qué radica ser un Alfa? —le preguntó sintiendo a la vez el

calor corporal de Everett detrás de ella. Su respiración caía en su nuca. Estaba molesto.

—¡En ser fuerte! —contestó el tío Zoran por Abby Rose, doblando sus brazos para abultar los bíceps. Varios lo imitaron entre vítores.

—«Fuerte…» —repitió Isabel como si fuera la profesora que daba clase de oratoria—. ¿Y qué más? —Sus llameantes ojos marrones se deslizaban por cada lobo que los rodeaban. Si estos querían, esa noche los podrían destrozar.

—¡Valiente! —Tres sujetos desconocidos, contestaron al mismo tiempo. Everett la dejaba que se desenvolviera entre la manada, intuyendo hacia dónde se dirigían sus palabras.

—«Valiente». ¡Fuerte y valiente! ¿Alguien quiere agregar algo más? —Miró a la pendeja de Abby Rose.

Pero otra se adelantó.

—Un gran procreador —Jasna atizó con saña, ubicada en la entrada del pasillo hacia los baños de la planta baja. Sus labios pintados de rojo se estiraron en una sonrisa perniciosa. ¡Toma por idiota!

Isabel asintió con una expresión que indicaba: «sí, que sea un pipí-loco. *Ujum*».

—Entonces —continuó sin inmutarse—, recordando las virtudes de un alfa, este debe ser: fuerte, valiente y procreador —enumeró con la mano—. Nada más. Y… —se hizo la que meditaba—. ¿Dónde queda la honestidad, el respeto hacia los suyos, el aplomo de su carácter? ¿Everett es menos alfa por no querer regar *su semilla* por ahí? No se trata de un reinado, donde el hijo hereda el trono de su padre, el rey, sino de aquel que sabe cómo gobernar sin aplastar a sus súbditos. De él… —señaló a Everett—, despotricaron de todo cuando estuvo varios meses en cama por su pierna malograda. ¿Lo recuerdan? Supe algo al respecto y mírenlo: ¡el mejor de todos los alfas! ¿Y por qué? Porque se preocupa por la manada. No por ser el más fuerte o el más macho. Ranko lo era. ¿Dónde está ahora? ¿Dónde están sus mujeres? ¿Sus hijos? —Los lobos se miraron en silencio, pero no hubo ni una réplica a cambio. La descendencia de Ranko desapareció, tras este ser expulsado—. Fue un hombre ambicioso, cargado de rencor y alevosía. ¿Hacia dónde creen que iba a dirigir a la manada?

—¡Hacia la destrucción! —Jevrem exclamó, ganándose una sonrisa de agradecimiento de la muchacha y del que hizo asentir a más de uno, dándole la razón. Ranko fue un sujeto despiadado que solo pensaba en él. Desde antes de que Stanislav muriese, se había conocido parte de sus planes. Por esto causó zozobra.

—Así es —Isabel agregó—. Everett desde un principio les ha manifestado los cambios que debe haber para proteger a la biodiversidad del exterminio por culpa de la mano del hombre. ¿Por

esto es menos líder? ¡Sin las reservas boscosas, sin las especies de animales, ustedes estarían en serios aprietos!

—Pero él debe pensar en su progenie. *Los que tuvo*, no dan la talla.

Isabel atravesó con la mirada a Abby Rose, que se hallaba sin la compañía de sus padres y del que presumía tuvo que haber sido invitada por Grubana para fregarle la paciencia.

—Tal vez yo no sea la mujer más apropiada para él —replicó sin que le temblara la voz y anteponiéndose a Everett que estuvo a punto de rugir—, ni mis hijos sean los más sanos, pero el amor que les tengo es poderoso. Estoy dispuesta a medirme con quién sea por mi familia. No me molesta si me tildan de «omega» o de «sucia hispana», pero a mis hijos nadie, ¡absolutamente nadie, los ofende! Así que, si quieres arreglar las cosas a las malas, ¡hagámoslo! Me tienes hasta la coronilla. —Así se reventasen la *jeta*, delante de todos, le daría su merecido.

—¿Me estás retando? —Abby Rose se le cuadró con una expresión demoníaca.

—Sí.

—Acepto.

—¡Isabel! —Everett la llamó, volviéndola hacia él, mientras que los asistentes a la fiesta de cumpleaños gritaron extasiados—. ¡¿Qué haces?! —se preocupó—. ¡Estás retando a la hija de Elías Obrenovic y ella aceptando!

—Qué bueno. Porque desde hace tiempo quiero darle una patada en el culo por resbalosa.

—Isa —apretó su agarre en torno a sus brazos—, no es una pelea de mujeres, es de lobas. Y cuando una lanza el reto y la otra acepta, es a muerte.

¡Ups!

—L-lo sé —mintió. Creyó que se darían de puñetazos.

—Parece que no lo sabes, mi ángel… *No pudiste* —la sacudió, refiriéndose a lo del islote—. Te gruñí y no pudiste. ¿Sabes por qué lo hice? —la volvió a sacudir, angustiado—. ¡Para provocarte! Y no pudiste…

Isabel comprendió al instante. Everett no le había gruñido por estar enojado por su nerviosismo o porque percibió en ella a una loba que no le satisfacía, sino para que hallara el valor en convertirse, con el afán de «salvar» el pellejo.

Algo así como: lanzar al agua, al que no sabe nadar, para que nadara de una buena vez por todas.

Abrió la boca para expresarle que se había pasado de bruto, pero Abby Rose comenzó a gruñir amedrentadora.

Los presentes se emocionaron.

¡Pelea de lobas!

—No lo voy a permitir —Everett apretó los dientes para intimidarla, pero ella no se amilanó. Estaba decidida a demostrarle a él y a los demás, de lo que podría ser capaz.

¿Qué no podría?

¡Claro que podría!

Ella era una García.

Tal vez fueron las voces excitadas de los hombres por verlas luchar, o que esa rubia desgraciada le quería arrebatar al hombre que amaba, o fue la confesión de Everett que le hizo hervir la sangre.

De su garganta brotó un gruñido y una loba gris de ojos amarillos bastante feroces, dominó su mente.

Everett la soltó y los presentes ampliaron el círculo.

Unos procuraron salir de la mansión, pues recordaban lo que sucedió entre Ranko y Everett. El vestíbulo carecía del espacio suficiente para soportar dicho enfrentamiento. Grubana las instó a que se convirtieran afuera, Damir aventaba las manos a todos para que se alejaran mucho más, el que saliera herido, sería por idiota. No obstante, la mayoría de los hombres permanecieron allí, excitados por presenciar quién de las dos lobas sería la dominante.

Aunque era fácil de adivinar: Abby Rose era gamma y la hembra del alfa, una omega.

La balanza se inclinaba a favor de la hija de los Obrenovic.

Muy en contra de su voluntad, Everett tuvo que limitarse a observar cómo su mujer se enfrentaría a una loba que le doblaba en fuerzas. Temía que la lastimaran, pero vio en esos ojos, una furia propia de las más aguerridas.

Esto le causó sorpresa y le hizo sentir mal, ya lo había observado antes y la aplacó, causando sin querer que ella se contuviese de convertirse en dos ocasiones.

La noche del parto y la visita de los padres de Abby Rose.

Por eso no pudo en el islote: porque, inconscientemente, él la cohibía.

—¡Vamos, Isabel! —Jevrem la aupó a viva voz, confiando en la transformación de la joven hispana.

Isabel sentía que se quemaba por dentro. ¡Toda ella era fuego! ¡¡Furia!! Un volcán a punto de hacer erupción. La piel le ardía, la sangre le hervía, sus huesos se tensaban y le dolían.

—¡Vamos, Abby! —Jasna la animaba a que fuese la primera en adquirir la forma lobuna; si lo hacía, mataba a la otra con facilidad.

Pero Isabel, comprendiendo que era cuestión de rapidez, convocó a esa loba suya que se había negado en aparecer esa madrugada por estar nerviosa. Ahora la necesitaba llena de aplomo, de esta dependía si vería otro día; por Everett, por sus hijos, por su precioso Ángel que jamás desprotegería.

Gruñó tan feroz, que a Everett le erizó la piel.

Sus colmillos comenzaron a alargarse, sus ojos a cambiar de color por los de esa loba que pugnaba por emerger. Las costuras de su vestido se desgarraron por el aumento de su musculatura. Sus brazos y piernas engrosaron el doble y su estatura adquiría nuevo tamaño.

—¡Vamos! —los hombres instaban a las dos mujeres a que se terminasen de transformar. Querían ver cómo se arrancaban la piel a los mordiscos. El último enfrentamiento que presenciaron de esa manera, fue hacía más de cuarenta años, cuando Sebrenka le dio una paliza a Grubana.

Se alzó como la Primera Esposa.

La hembra dominante.

La temperatura del cuerpo se elevó e Isabel sintió un calor que la estaba matando. Se terminó de quitar el vestido y la ropa interior que ya eran de por sí, harapos.

Cayó de rodillas al piso de mármol y gruñó igual de amedrentadora que Abby Rose, quién cambiaba a la misma velocidad que Isabel. Ambas estaban a la par: arrodilladas, en posición de cuatro patas y sin un atisbo de vergüenza por estar desnudas.

Colmillos, pelaje, quiebre de huesos.

Transformación completa.

Una loba era gris y la otra blanca.

Isabel –siendo la gris– plegó sus encías, mostrando toda la hilera de sus mortales dientes y afilados colmillos, que más de uno notó, eran más grandes que los de Abby Rose y el resto de lobas que poblaban la manada. Su hocico se contraía en una mueca enardecida y sus orejas apuntaban tensas hacia atrás.

La saliva caía de entre sus fauces, como si fueran espumarajos de un perro del averno.

Jevrem intercambió una mirada con Everett y le sonrió. Isabel no era omega.

¡Era una loba alfa!

Confirmando este hecho, Isabel fue la primera que saltó sobre Abby Rose, clavándole los colmillos con toda la rabia que tenía acumulada sobre el pelaje de la loba blanca.

Esta trató de defenderse, lanzando dentelladas a los lados para alcanzar a la loba que la tenía sujeta del lomo, la hacía gemir de dolor, resonando su lamento en el vestíbulo. La loba gris la superaba en gran medida, tomando a todos por sorpresa. Grubana –boquiabierta– miró a Damir, pidiendo explicación, ¿no es que era una condenada debilucha? ¿De dónde sacó las fuerzas? ¡Era una híbrida!

Las voces masculinas se tornaron más sedientas de sangre, instando a la loba gris a ceder a su lado salvaje. ¡Que la matara! ¡Que la destrozara! ¡¡Que la devorara!!

La pobre loba blanca, pataleaba en el piso, buscando el modo de huir; ni pudo lanzar un mordisco, la loba gris se lo impedía. Gemía adolorida, pensando en sus padres. Les había fallado y ella perdió la oportunidad de ser la pareja del alfa.

Nada pudo hacer cuando su cuerpo fue azotado, como si fuese un peluche, del que la mascota –enojada– de la casa, destrozaba porque no le agradaba. Sangraba de su cuello y las lágrimas cruzaban su faz de loba; lo último que supo, fue que la impactaban contra la pared.

Cayó inconsciente en el piso.

Los vítores y aplausos, estallaron en el vestíbulo.

¡Tenían a una ganadora y era una loba alfa!

Everett hizo amague de acercase a Isabel, pero esta emitió un gruñido hacia otra persona.

Las miradas asombradas, se dirigieron hacia Jasna.

Esta tragó saliva.

—O-oye, yo no… ¡Auxilio! —gritó en cuanto Isabel –en su forma lobuna– se abalanzó sobre la aterrizada mujer. Corrió a toda velocidad fuera de la mansión y con ella, Maya, quien se dio cuenta que sería la próxima en ser mordida. Sus tacones se partieron y trastabillaron entre ellas, viéndose ridículas, huyendo de allí como ratas cobardes.

Eran lobas que complacían a los machos, no guerreras.

—¡Isabel! —Everett la llamó, cuando esta pretendía perseguirlas. No se iban a salvar tan fácil de sus colmillos, les haría respetar lo ajeno.

Pero en cuanto escuchó el llamado feroz de su amado, se detuvo *ipso facto*.

Se volvió hacia este.

Caminó en sus cuatro patas, majestuosa y soberbia. Todos la admiraban, su belleza no tenía comparación: pelaje suave y largo, moteado con algunas manchas en tono marrón; sus patas eran largas y vigorosas con una buena musculatura en los cuartos traseros; era más alta que cualquier loba que conociesen, incluso, Jasna que corrió vergonzosamente fuera de los terrenos de la casa paterna de los Brankovic.

Qué lástima que le perteneciera a un lobo fuerte.

O la disputaban.

Frente a todos, Isabel-loba, elevó su hocico al cielo y aulló como toda una soberana.

Los hombres respondieron de igual modo, incluyendo a Everett que lo hacía más estruendoso y ronco. No era un desafío de los machos contra la hembra que se atrevió en imponerse ante estos, más bien un reconocimiento por su gallardía.

—Prepárate, hermanito: esta te va a poner a caminar *derechito*… —Damir comentó socarrón, detrás de él, luego de unir sus voces en un

aullido conjunto. Si Isabel, creyéndose una mujer débil, le causó dolores de cabeza a un lobo dominante, ¿cómo sería ya dándose cuenta del valor que poseía?

Dos alfas en un matrimonio…

Ardería el infierno.

—Me has llenado de orgullo, Isabel. Eres toda una loba. Eres mi señora.

Sin que Everett ni nadie le indicase, la joven loba se relajó y poco a poco su cuerpo fue adquiriendo la forma bípeda.

Everett se quitó rápido la camisa y la vistió al vuelo a pesar de que Isabel no sentía vergüenza. Por cosa extraordinaria, había pedido ese pudor en esconder las partes privadas de su cuerpo. Se le hacía natural estar libre de ropas, sentir el viento acariciar su piel y sentir la tierra bajo sus pies. Se sentía diferente, como si hubiera vuelto a nacer. Ya no tenía miedo del presente ni del futuro. Quien la humillase o se burlase de sus hijos, se lo tendría que pensar dos veces, porque les mordería el culo.

En señal de respeto, Everett se reverenció ante ella.

Los demás hicieron lo mismo.

Isabel García: mujer, madre, loba…

Capítulo 74

Las olas morían en la orilla de la playa.

El horizonte marino se hallaba apacible, confundiéndose con la negrura del cielo estrellado. El haz de luz de la luna teñía el mar y las estrellas titilaban arriba y abajo, como una red de luces navideñas extendiéndose para deleitar la vista.

La playa de Denali estaba solitaria, permitiéndoles a Isabel y a Everett estar allí, sentados en la arena, descalzos y semidesnudos. Isabel usando solo la camisa prestada y él apenas con sus vaqueros. Entre los dos hacían el juego de una indumentaria masculina. El silencio en el entorno era abrumador; el pueblo –a sus espaldas– descansaba de un ajetreado día. Nadie los vigilaba desde la distancia o intentaban parar la oreja; la gente permanecía en sus casas, frente a la televisión o compartiendo con sus seres queridos antes de irse a dormir.

Isabel cerró los ojos y disfrutó de la brisa marina que le acariciaba el rostro y sacudía su cabello con delicadeza; echó un vistazo de refilón, Everett estaba en la misma posición que ella, con sus piernas flexionadas y sus manos postradas sobre sus rodillas. Todo él era pasividad, manteniendo los ojos cerrados y los labios estirados en una sonrisa que lo hacía lucir tan joven y tan lleno de paz en su corazón, que ella sintió que se contagiaba de ese mismo sentimiento. En tan poco tiempo, habían pasado por mucho y enfrentado contra otros y entre ellos mismos, venciendo a los que quisieron aplastar la relación. Isabel sonrió, observando que ese ser apuesto y terriblemente cabeza dura, era el hombre que más amaba. No la tendrían fácil de ahora en adelante, Ángel sería un constante reto y los Brankovic no dejarían de dar la lata.

Pero estaban juntos y se apoyaban.

El resto, les tenía sin cuidado.

—Feliz cumpleaños.

Él amplió la sonrisa.

—Gracias.

—Ya eres viejo: treinta… —tomaba nota mental del día: 09 de mayo. Seis días después del nacimiento de sus hijos.

—Bueno, estás unida a un *viejo*… —respondió sin dejar perturbar su meditación.

—Uno *muy* viejo. Hasta veo algunas canas… —bromeaba siendo consciente que a Everett le saldrían algunas, al cabo de unos treinta

años como mínimo.

Sonrió, dándose cuenta que las dudas con respecto al amor que él le profesaba, se habían disipado. Abby Rose dejó de ser la sombra del pasado que a ella la atormentaba. El motivo que habría sucedido para que se efectuase la ruptura entre los dos, perdió importancia. Puede que haya sido por la convalecencia de Everett y la amargura que lo invadió, alejando a todos sus seres queridos; también podría ser que Elías y Violet Obrenovic, le hubieran prohibido a la rubia relacionarse con un lobo que pasó de ser un posible alfa a un patético omega.

De ser así, ¡qué tontos!

El omega volvió a ser alfa…

—Te amo —le expresó con el corazón palpitante. ¿Quién le iba a decir que ese sujeto moribundo sería el amor de su vida?

Él abrió los ojos y la arropó con la mirada. La brisa marina le sacudía el cabello de una manera tan suave, que parecía que la misma naturaleza lo adoraba.

Le devolvió la sonrisa, pero las palabras que Isabel quería escuchar no las expresó, sino que, a cambio se la quedó mirando en silencio, adentrándose en esos pozos achocolatados tan llenos de pasión, que Everett simplemente se dejó llevar por estos.

Se puso en pie e hizo que ella también lo hiciera.

Luego él hincó una rodilla en la arena.

Isabel se llevó una mano al pecho; lo que una vez estuvo a punto de ocurrir, volvía a repetirse.

—En Denali expresaste las razones por las que debíamos esperar para no unir nuestras vidas. Pero… ¿acaso necesitamos demostrarnos más de lo que ya hemos hecho? —Metió la mano en el bolsillo delantero de sus vaqueros y extrajo la bolsita azul de la que ella sabía contenía el anillo de diamante que le pertenecía a Winona Brankovic —. Mi querida Isabel. ¡Qué felicidad haberte encontrado! De no ser por mi locura, no te habría conocido. Me lo has dado todo, me has devuelto a la vida y me has hecho feliz. ¿Quieres pertenecerme? Te juro que solo serás la única y que mis hijos solo procederán de tu vientre. Ponme condiciones, si quieres. Yo las acepto con tal de que seas siempre mía.

»Isa…

Ella agrandó sus ojos acuosos y explayó una gran sonrisa. Se suponía que, para otros, ellos ya estaban comprometidos para casarse algún día, pero no se hizo de la manera en que ambos hubieran deseado.

—Dime. —El futuro ya no la preocupaba.

Everett se tomó una respiración y tembloroso se secó el sudor de la frente.

Le mostró el anillo, sostenido entre las puntas de los dedos de su

mano derecha.

—Esto lo heredé de mi madre y ésta de su madre, y aquella de la suya… —repitió el enredado hilo generacional como si fuese una costumbre entre los metamorfos de origen serbio—. Se ha pasado de madre a hija durante más de doscientos años, pero como la mía solo tuvo varón, seré el que lo ceda a la mujer que amo. Es un anillo que se hereda por la parte materna o la línea femenina como una reliquia de la buena suerte para las nuevas contrayentes. Es el perpetuo compromiso de las almas gemelas. Tú eres la mía, Isabel, como yo espero sea el tuyo —ella asintió y él sonrió—. Si me aceptas… Sí decides pertenecerme, el anillo será tuyo hasta que tu hija o tu futura nuera contraiga matrimonio, y tú debas cederlo para continuar con la promesa de vida.

Suspiró y a la joven se le aceleró el corazón.

—Mi bello ángel que una vez tuvo las alas rotas, pero que ahora resplandecen fuertes y maravillosas, ¿serías benevolente con este lobo que te ha de amar hasta que los glaciares se descongelen? —Isabel asintió—. ¿Cómo mi esposa hasta que nuestras almas abandonen nuestros cuerpos?

Volvió asentir llorosa.

Las lágrimas también bañaron las mejillas de Everett.

Pidió su mano y deslizó el anillo por el dedo anular, tan temblosa como las suyas, sellando así el compromiso que habría de efectuarse pronto. Él no había querido entregárselo antes, pues no halló el momento indicado. Lo mantuvo guardado en el bolsillo de sus chaquetas o pantalones, para cuándo se presentase la ocasión.

Ese era el más propicio. El perfecto.

Las aguas de la península reflejaban las estrellas y hasta su misma dicha. Y estando reverente ante ella, besó cada nudillo de su mano y luego la jaló hacia él para que quedara a su altura.

—Mi corazón es tuyo. —No dijo más. Solo posó sus labios sobre los de esta y la besó, entregándole hasta el alma. Le expresaba con sus acciones que la amaba y la admiraba, pues Isabel le demostró su fortaleza interna y lo ayudó a encontrar la suya.

La aplastó contra la arena, su cuerpo sobre el de ella sin dejar de besarla. ¿Para qué querría a otra mujer, si esta se lo entregaba todo? Sus labios descendían por su cuello y la camisa fue desabotonada, librando esos turgentes senos que tanta hambre le provocaba; chupó los pezones, saboreando parte de la leche materna; no sorbió más, inseguro de si sus pequeños tendrían para después, por lo que él podría saborear otros manjares. Se quitó el pantalón, el oleaje golpeaba sus piernas, apaciguando apenas la llamarada que estaba por hacerles entrar en combustión.

De repente, el temor lo invadió. ¡No podían!, carecían de

protección. Sería una imprudencia de su parte, estuvo a punto de retirarse, pero Isabel apretó sus caderas con sus piernas.

—No temas; yo no lo hago.

—Es un riesgo…

—Lo amaremos de igual modo. Además, son casos que suceden hasta en las parejas más sanas; no hay garantías.

Él sonrió. Era cierto. Nunca habría garantías.

Lo que Licaón les mandase, lo aceptaban. Solo que le pedía, muy, muy dentro de su ser que fuera una lobita de ojos marrones, como los de la madre.

*****

—¡Hijo, por favor, no te vayas! Te perdonaron… —Radojka suplicaba a Jevrem, quien amarraba su tula a la parrilla de su moto recién reparada. Tras lo sucedido horas atrás, él tomó la decisión de marcharse para encontrar su paz mental. Mientras estuviese cerca, le sería imposible hallarla. Isabel había florecido mucho más de lo que todos esperaron y a él esto le causó congoja. Jamás la tendría.

Así que, por el aprecio que le tenía a su tío, por el cariño que estaba desarrollando hacia sus primitos y por la bella Isabel que lo hacía suspirar, era mejor marcharse.

—Lo sé, mamá. Pero necesito encontrar mi propio camino —hallarse a sí mismo y olvidar. Desde que fue un cachorro asentía a todo sin molestarse a pensar si estaba bien o mal lo que le mandaban. Por esa cerrada costumbre de ser sumiso, es que él obedeció a su padre y se arrepintió después de haber dado la orden de asesinar a Isabel García. Cada vez que lo recordaba, se lamentaba. Si su tío no hubiera descubierto sus planes a tiempo, ninguno hubiera conocido lo fabulosa que era esa loba hispana.

Radojka lloraba desconsolada. Sus manos juntas en un gesto de ruego a su hijo para que cambiase de parecer. ¿Cómo se iba a marchar y dejarla sola? Con él hablaba, se desahogaba de la indiferencia de su marido y de las indirectas de su suegra. Era su mejor amigo, tan bueno y maduro, pero con el corazón roto.

Si tan solo se volviera a enamorar de otra joven que borrara la tristeza en sus ojos y le hiciera sonreír una vez más, con esa socarronería tan característica que, si esta lo consiguiese, ella le estaría por siempre agradecida.

—Si deseas tu privacidad, te compramos un apartamento. ¡Dinos dónde lo quieres y es tuyo! ¿Verdad, Damir? Aceptamos que desees apartarte un poco, pero… —lloró—, no te alejes de este modo.

—Déjalo, mujer, si nuestro hijo desea transitar otras tierras, debemos permitirlo.

—¡No!

—¡¡Basta!! —la reprendió y ella se abrazó a su hijo para retenerlo más tiempo entre sus brazos. Grubana también sollozaba, comprendiendo la tristeza de su nuera. Su primer nieto dejaba el nido para levantar vuelo.

Jevrem acarició la melena negra de la madre que le llegaba a los hombros y la besó en la frente con dulzura. Radojka suplicaba para sus adentros al dios de los metamorfos para que la escuchara: su hijo se desprendía de su seno, del que por años cuidó y aconsejó, para que fuese un lobo obediente.

El temor de la loba-madre la hacía imaginarse miles de inconvenientes que este podría tener: ¿Y si se accidentaba y no tenía quién le ayudara mientras se recuperaba? ¿Y si se topaba con manadas hostiles y lo atacaban? Sería un lobo solitario a su propia suerte.

Jevrem la apretujó más y le prometió a su oído que le escribiría tan pronto llegase a Anchorage. Allí pasaría la noche en un hotel y luego rodaría hacia Canadá; saludaría a Vladan, que le había ofrecido un lugar en su clan, pero que él rechazó, pues su idea era atravesar el continente en dos ruedas hasta llegar al polo sur. Tal vez, era una tontería, pero al poner una docena de países de por medio, dejaría de pensar en la hembra de su tío Everett.

Deshizo el abrazo de su mamá y luego rodeó a su padre, entre toscas sonadas de palmas en las espaldas. Damir lo reprendió sin estar enojado, pero recordándole tajante que los machos no lloran. No fue un abrazo prolongado como el que el joven le había dado a su progenitora, más bien corto, un tanto incómodo, sin que esto indicase que la tristeza no fuese sincera. Porque lo era. Los tres: padre, madre e hijo, se separaban por segunda vez y sería por tiempo indefinido.

Le dio un beso en la frente a su abuela y luego posó la vista en sus tres hermanas.

—Se portan bien —les expresó, paradas estas al lado de Damir. Ya estaban por cumplir la mayoría de edad y los lobos pronto ofertarían; su padre le había comentado que esperaba una jugosa dote por cada una; su celo aún no lo compartían con nadie, eran bien educadas, sumisas y refinadas. El que diera la mejor cifra, se adjudicaba un gran tesoro.

Lamentaba sus destinos por ser hembras.

Alzó la mirada hacia el ventanal donde Vesna se hallaba observando la despedida y pendiente de sus hijas como si él les fuera a dar un mal consejo. Le dijo «adiós» con la mano, pero esta cerró al instante la cortina, feliz porque al fin se marchaba el primogénito. Damir lo consideraba su favorito por ser varón, pero si ella procuraba darle otro, tal vez su actitud fría cambiase. Desde que ella le parió la tercera, él no la volvió a buscar; pasaba más tiempo con sus socios hasta altas horas de la noche, haciendo quién sabe qué. Se negaba a

pensar que su marido buscaba desahogar sus instintos en otros brazos, en otros labios que lo hacían delirar, aunque le pertenecieran a un macho…

Jevrem se subió a la moto azul cerúleo y de inmediato se puso el casco. El viaje sería largo y él no estaba para comer mosquitos durante el camino. Usaba chaqueta de cuero negro y vaqueros oscuros; el tanque lleno de gasolina y el motor lubricado. Sus amigos cercanos fueron los que recogieron la moto cuando derrapó en la carretera. La repararon y al cabo de unas horas, la tenía de vuelta.

Se dispuso a bajar la visera del casco para tapar su rostro, cuando alcanzó a ver a través de los ventanales a Anna, dirigirse hacia el ala este de la casa.

Las cortinas estaban abiertas y el interior de la casa, iluminado, permitiéndole una perfecta visión de la chiquilla malhumorada, que no se daba cuenta de que era observada por un instante. Su mente no procesó lo que su cuerpo sintió, quizás porque tenía prisas por marcharse lo más pronto posible de allí, ya que la sola idea de estar lejos de Isabel…

Se alejó en una furiosa aceleración en los manubrios, escuchando detrás de él que su mamá lo llamaba, llorosa.

Mientras tanto, Anna elevaba la vista a través de la ventana a su derecha y sus ojos se llenaron de lágrimas; qué lástima, lo extrañaría a pesar de que este se comportó como un imbécil y la ignoró muchas veces.

Suspiró. ¡Cómo le gustaría hacer lo mismo y marcharse de Kenai! El pueblo cada vez se le hacía pequeñito, tenía tantos sueños, tantas ganas de vivir, pero estaba allí, atrapada, entre vajillas que debía lavar y la escoba.

*****

—¿Qué sucede? —la abrupta caminata de la asistente de vuelo, desde el área del cafetín hasta el baño, hizo que Isabel se preocupara.

—Es la señora Blanka. Tiene el estómago revuelto —contestó, habiendo buscado en el botiquín de primeros auxilios, alcohol isopropílico, para untar una mota de algodón y dárselo para que respirase con cuidado los vapores, y así aplacar un poco el mareo.

La rolliza pelirroja –que aún no acostumbraba a su organismo a lidiar con las alturas– hacía ruidos con su garganta a causa de los vómitos. El olor nauseabundo salía de debajo de la puerta, causando que Isabel arrugara la nariz. La falta de tolerancia de la pobre mujer en dichos vuelos, hacía que su estómago se le revolviera y el vómito se acumulase en su boca. Isabel la observaba desde su asiento; Erik dormía en su pecho y Ángel, en el de Everett. Ambos mantenían las sillas reclinadas hacia atrás para mayor comodidad de los lobeznos;

lloraron durante el despegue y buena parte del viaje.

Le comentó su preocupación a Everett, pero este permanecía concentrado en la película que observaba, sin haberse dado cuenta de la corredera de la azafata y el malestar de Blanka.

—¡Everett! —Lo empujó con su hombro para que espabilara, él apenas parpadeó y la miró sin comprender de lo que hablaba—. Blanka se siente mal —le dijo señalando hacia el área del baño. Para la próxima, le pediría a Anna que los acompañara, no le servía de nada una niñera que se lo pasara abrazando el inodoro. El único inconveniente, es que tendría que esperar a que la jovencita alcanzase la mayoría de edad. Sus padres eran muy estrictos en cuanto a soltar a una menor de edad, así esta viajase con reyes.

Everett alzó la mirada hacia el fondo de la aeronave, como si aquello no fuese preocupante. No obstante, a Isabel le llamaba la atención la actitud distraída de su prometido—. ¿Qué tienes?, luces pensativo. —Desde temprano por la mañana actuaba extraño.

Medio sonrió.

—Me estaba quedando dormido.

—¿Con los ojos abiertos?

—La película es mala.

Ella hizo una expresión de «sí, claro… “la película”». Pero lo dejó pasar; desde lo de Ranko y Arturo, no tuvo un minuto de descanso.

Suponía que necesitaba ese breve tiempo de estar en silencio, para analizar todo por lo que habían pasado, puesto que, aunado a esto, enfrentaba el distanciamiento. Desde que Miroslav se marchó de la ceremonia de Ranko, el tío Zoran le recriminaba a Everett a cada instante. El hijo tenía deberes que cumplir con sus hembras y cachorros y prestamos de algunos de sus semejantes del que debía cumplir. Everett estaba en la obligación de localizarlo.

Aunque él tenía menos preocupaciones; el par de zorras que Isabel correteó fuera de la casa paterna, hallaron nuevo dueño. Según lo escuchado por Anna: Jasna y Mila, se juntaron con el primer lobo con billete que se toparon por el camino, jurándole sumisión como las nuevas amantes que acatarían sus mandatos. Por supuesto, hasta que un lobo más fuerte las disputase o ellas tuvieran la oportunidad de librarse del infeliz.

Mientras que Blanka salía del baño con el semblante pálido y los ojos vidriosos, Isabel notaba que Everett se había tornado circunspecto. Desde hacía días que se mantenía entristecido; trataba de simularlo con una sonrisa o haciendo algún comentario jocoso, pero que luego, cuando él creía que nadie lo miraba, volvía a perderse en sus pensamientos. Isabel quería abordarlo y exigirle que se abriera ante ella, pero comprendía que el cambio entre los dos no se daría de la noche a la mañana; le otorgaría unos días más, si seguía en las

mismas, le exigiría que le comentara.

Tal vez, el cargo como alfa era pesado o al igual que ella, le angustiaba aguardar por los resultados de los bebés.

El vuelo transcurrió tranquilo y la mansión neoclásica los recibía con las puertas abiertas. Milenko aupó sonriente a las muchachas del servicio para que bajaran las maletas. Blanka saludó al menudo hombre, cuando ella se bajó de la parte posterior del Mercedes-Benz manejado por Branimir, y el mayordomo se sonrojó por la llegada del ama de llaves; acicaló su escaso cabello, se acomodó el corbatín y alisó su chaqueta.

La mansión se llenaba de alegría.

*****

Lo primero que hizo Isabel, fue llamar a Camila y participarle que había retornado a Nueva York, pero no le dijo bajo qué condiciones y en la compañía de quiénes; dudaba que le creyera, y aunque lo hiciere, lo más probable, es que no volvería a verla a ella del mismo modo. Prefería contarle que pronto se iba a casar, que Everett le propuso matrimonio con la sortija de Winona, esta vez el «sí» se pronunció con una exclamación, habiéndole dado la sorpresa en la playa.

Lo malo es que tendría que mentirle, la boda se realizaría en la Tribu Yakaramath, en la montaña donde los lobos convergían. Le causaba tristeza que su buena amiga no estuviese el día de su boda; claro, no era su culpa, cuestión de medidas de seguridad.

Luego de almorzar y de amamantar a los bebés, Isabel buscó a Everett por toda la casa sin hallarlo.

—Afuera, mi señora —informó Milenko en cuanto preguntó por él.

Isabel salió por la parte posterior de la casa y contempló el panorama. ¡Vaya! Tan magnífica como la vista de la casa de Kenai. El jardín estaba atiborrado de preciosas rosas que tanto le recordaba al ramo que Everett le envió a la academia; desprendían un aroma afrutado y a miel, que la hacía respirar profundo. El Atlántico dominaba su campo visual; sus aguas densas y azul ultramar la hacía sonreír.

Entonces, halló a Everett, recostado en una tumbona, dándole a ella la espalda, pero también de frente al inmenso océano. Se acercó y desde atrás, se inclinó hacia adelante para darle un beso en los labios que hizo de revés. Él usaba unos lentes oscuros, su cabello suelto, su barba más poblada, sus vaqueros desteñidos, su camiseta holgada…

Tan él.

—¿Por qué tan solo? ¿En qué piensas? —le preguntó, muriéndose por dentro por saber. Él abrió las piernas e hizo que Isabel se sentase en medio de estas y la recostó en su pecho.

—En todo —dijo, en su voz un cariz afligido.

—¿Ah sí? ¿Cómo qué? —No sabía por qué le causaba cierta angustia, Everett lucía melancólico, ido, como si algo lo angustiara o preocupara mucho más que a sus hijos.

—En la fragilidad de la vida…

El comentario le pareció raro a la muchacha; aun así, era un pensamiento profundo que él debió albergar durante días, motivado por todos los sucesos que enfrentaron juntos y que pronto darían otro paso importante en sus vidas.

Asumía que dicha tristeza tenía un nombre y apellido.

Winona Brankovic.

Su progenitora no estuvo presente para cuando Everett se alzó como alfa o cuando sus hijos nacieron, ni la conoció a ella, ni presenció su comentada transformación de loba que estuvo en boca de todos.

Debía extrañarla horrores.

—Ni que lo digas. Mañana le daré *la mala noticia* a mamá. La va a derrumbar.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Tarde o temprano, recordará, y el dolor la volverá a golpear. Mejor que se entere de una vez del fallecimiento de Arturo.

Everett sonrió despectivo.

«Fallecimiento».

Al maldito, su sobrino le arrancó las extremidades por intentar violar a su propia hermana. Si no es por Isabel, él ni se molestaba en visitar a esa desagradable humana.

—¿Seguro que no quieres que te acompañe? Es que me preocupas. —Sus brazos rodeaban el torso de Isabel como un oso que abraza a una muñequita.

—Pues deja de sentirte así, estaré con ella y organizaremos el sepelio. —Everett no permitió que las cenizas de Arturo viajaran con ellos en el *jet*. Estuvo a punto de lanzarlas por una alcantarilla. Las mandó por mensajería de paquetes hasta un punto de recepción—. Estaré bien... —le aseguró—. Luego pasaré un rato por donde Camila. Tenemos mucho de qué hablar.

—¿Le vas a contar? Isa…

Sacudió la cabeza sobre el pecho masculino. Everett, como *respaldar* de una tumbona, era lo máximo.

—De lo que somos, no. Pero le daré una versión lo más cercana a la verdad.

—¿Cómo cuál? ¿Qué te comprometiste con un lobo y le pariste dos lobeznos?

—Que me comprometí con un hombre encantador, padre de dos bebés hermosos.

—Díselo y luego hazle olvidar.

—¿Y por cuánto tiempo será?

—Por el tiempo que desees. Pero ten cuidado, el tamaño de la mentira complica la hipnosis. A veces no funciona. Te aconsejo que no reveles mucho, así evitarás atrofiarle la mente.

¡¿Ah?!

Ella se sorprendió y él rio.

—Lo tendré presente. —Como que tendría que practicar antes con alguno de los trogloditas al servicio de su prometido; Camila o quién fuese, podrían terminar cacareando por una hipnosis mal ejecutada.

Se enfurruñó entre los brazotes y las piernotas de Everett, y suspiró mientras contemplaba el Atlántico. Era hermoso y apacible cuando no era atacado por las tormentas. Lo que le hizo pensar en la melancolía del padre de sus hijos.

—Everett…

—¿Sí?

—¿Por qué has estado tan pensativo?

—¿Lo he estado? —Se hizo el desentendido.

—Sí.

—¡Ah…!

Suspiró y guardó silencio.

—Prometimos contarnos todo. ¿Por qué sigues manteniendo secretos conmigo? —Ya no aguantaba en otorgarle espacio, que exteriorizase de una vez por todas qué era lo que tanto le aquejaba.

—No son secretos —su voz parca.

—Entonces, ¿qué? ¿No te quieres casar?, ¿te pasa algo o tienes problemas con tus inversiones? —Suspiró sin mirarlo—. Everett, en mí tienes a alguien con quien hablar. Si estás en la quiebra, no me importa vivir en un apartamento humilde o en una cabañita en el bosque. Estoy acostumbrada a eso.

—No son problemas financieros.

—¿Legales?

—Tampoco.

—¿Alguna enfermedad que no me hayas querido decir?

—Isa…

—¡Tú papá murió de cáncer de pulmón! Vamos, que hasta los lobos se mueren de algo.

Soltó el aire de los pulmones con desaliento.

—Es porque era muy anciano y abusó del tabaquismo. Yo aún soy joven y estoy sano. —Buscó la mirada de la joven por encima del hombro de esta—. Mis negocios van bien —afirmó—, la legalidad va de la mano con mi proceder, y lo de casarnos… —sonrió—, cuento los días para declararte mía.

Isabel giró su torso para apreciar sus ojos marrones y le sonrió.

En una semana serían «marido y mujer».

—Soy tuya —declaró cargada de mil emociones—. Te he dado hasta hijos.

—Que son preciosos regalos que tu glorioso cuerpo me ha dado. Vivo en mi propio cielo con tres ángeles.

Esto a Isabel le llegó hasta lo más profundo de su corazón. Ni un poeta lo habría expresado mejor.

—¡Señorita Isabel! —Blanka la llamaba, abanicándole el móvil, tenía una llamada—. Disculpe que me haya tomado la libertad de contestar, espero no se moleste. Es la señora Camila.

Isabel se levantó de la tumbona y caminó hacia el ama de llaves, no sin antes haberle dado un beso en los labios a Everett y del que este luego la observó alejarse, pensativo.

Esa humana haría que Isabel quisiera aferrarse a su pasado.

Se quedó allí, unos minutos más, hasta que el sol se ocultó y sin decirle a nadie, tomó la camioneta del garaje y manejó hasta Manhattan.

No supo en qué momento llegó. El trayecto desde Long Island hasta ese lugar, se le hizo corto, a pesar de que las voces de los humanos en sus hogares y los ruidos propios de la ciudad, le provocaban zumbidos molestos en sus oídos. Sentía que el reloj corría hacia atrás, viéndolo todo retroceder con rapidez: los gruñidos, los zarpazos, la caída…

Las gruesas puertas del Mastrangelo estaban cerradas ante él, aunque no bajo cerrojo, de eso tenía la plena seguridad, el acceso era posible para los huéspedes durante la noche; su horario era diferente al resto de los hoteles que se erigían por toda la ciudad.

Permaneció frente a las puertas por espacio de veinte minutos, aguardando a que alguien saliera; él podría entrar y causar revuelo, pero no era su propósito.

Ya no.

Alzó la mirada hacia la cámara de seguridad, ubicada en lo alto de la fachada. No mostró sus colmillos con ferocidad, ni hizo amague de pretender buscar bronca, solo necesitaba hablar y aclarar los hechos. Se mantendría estático, sin temores, pero con el sentido de la prudencia, puesto que se metía en la cueva del enemigo y de allí podría salir –si le permitían entrar– sin cabeza. Miró directo a la cámara, o más bien a un pequeño punto rojo que encendía y se apagaba intermitente, pasando desapercibido para el ojo humano, pero no para él.

Oró en su fuero interno, pidiendo que, lo que estaba por hacer, fuese lo correcto.

Lo expresado por su amada Isabel en medio de toda su familia, lo dejó pensativo. Un líder busca el bien para su manada, no la destrucción. Ellos decidieron desde un principio que él los guiara, ya

habiendo aprendido a través de los siglos que las guerras de nada servían.

Traían destrucción y muerte.

Entonces, por ellos y por sus tres ángeles, enmendaría las cosas a pesar de que tuviese que pagar un alto precio.

Se tensó.

Las puertas del Mastrangelo se abrieron y de estas emergió un hombre alto y pálido.

—Hay que tener mucho valor o ser muy estúpido para volver —le dijo, ataviado en un traje sastre negro. Su tranquilidad, contrastaba con la ferocidad de sus ojos de serpiente, lo escaneaba de arriba abajo con disimulo.

—Estoy desarmado. Solo quiero hablar con Kerenor.

El otro explayó una sonrisa incrédula.

—¿Por qué habría de recibirlo, mi señor? Causaste muchos destrozos.

—Lo sé y me disculpo. Si me deja pasar, explicaré mis acciones. Pagaré por todo el daño causado.

El hombre, de unos treinta y tantos años en apariencia, se tocó el oído, teniendo dentro de este, un dispositivo que le permitía escuchar desde grandes distancias. Asintió y luego miró a Everett.

—Mi señor le ha concedido permiso, pero no le garantiza la salida. ¿Es consciente del riesgo que implica para usted?

Everett asintió.

Claro que lo sabía.

—Muy bien —sonrió despectivo—, pase entonces.

Everett alzó la frente y respiró profundo. Pidió a Licaón que lo iluminase y así obtener de esa plática, un resultado favorecedor para él y los suyos.

Cruzó el umbral con la tensión postrándose en sus hombros, era el único que se aventuraba en un lugar prohibido para los de su especie; la fricción con los moradores era palpable, un gesto, un gruñido, por muy bajo que se emitiera, causaría que lo despedazaran.

El hombre que salió para hablar con él, lo guiaba a través del amplio vestíbulo; quienes lo observaban, lo atravesaban con la mirada y crispaban sus manos de manera amenazante; sin embargo, ninguno le escupía palabrotas o hacían amague de desenfundar sus armas, lo miraban con altivez y con un visible odio que Everett, a pesar de esto, soportaba con aplomo. Él quiso entrar, tenía que controlarse.

Todo fuera por sus ángeles.

Aguardaban frente a un ascensor y entraron en cuanto las puertas metálicas abrieron. El hombre se mantenía en silencio, imperturbable al lado de este, mientras subían más allá del décimo octavo piso.

Al salir, fueron recibidos por una docena de sujetos que blandían

amenazantes sus armas y sus espadas. Algunos se hacían de las garras que afilaron, teniéndolas preparadas a la menor provocación; a Everett le parecía que estos deseaban que él les replicara, aunque fuese un leve gruñido; sin embargo, no estaba en posición de hacerlo, ni que fuera tan inconsciente, como lo hizo el día en que entró a las malas.

A través de ese incómodo recibimiento en el pasillo, Everett fue guiado hacia la única puerta que existía en el trigésimo quinto piso. Era la cúspide o área presidencial, en la que, *el que lo habitaba*, dirigía la maquinaria hotelera que se desenvolvía bajo sus pies.

El sujeto alto tocó a la puerta y aguardó por espacio de unos breves segundos para que la abrieran. Otro –igual de pálido a este– permitió el acceso al interior solo a Everett.

—Debo reconocer que usted tiene las bolas grandes —desde la sala, un elegante moreno, sentado en uno de los sillones, expresó tan pronto la puerta principal de la *suite* se cerró a su espalda. El que abrió, los dejó a solas—. La última vez que lo vi, *volaba*…

Everett consideró que más bien: «caía».

Sin replicar, permaneció estático, pasando un rápido vistazo a su rededor. La habitación era muy amplia, de varias divisiones, con un decorado que no era de su gusto puesto que la opulencia se patentaba hasta en los ceniceros. Olisqueó con disimulo para detectar, si habría más guardaespaldas mimetizados por los rincones y aguardando por una señal para atacarlo. Pero el propietario del hotel cinco estrellas, se hallaba solo, confiando en su propio poderío y en la prudencia del lobo visitante.

—¿Va a decirme a qué debo el placer de su visita? ¿O quiere terminar *lo iniciado*?

Everett carraspeó. El vampiro lo miraba de manera intimidante y con una sonrisita, jactanciosa.

Este era el amo y señor de sus dominios, si quería matarlo con sus propias manos, bien podría hacerlo, le superaba en ochocientos siglos de antigüedad; sirviendo para una de las Casas Reales más poderosas entre los diversos reinos vampíricos que poblaban los continentes.

—Quiero disculparme —dijo cuidando de que su voz no le temblase; estaba en desventaja frente al Antiguo, pero no le iba a demostrar temor.

—¿Por qué ahora? Han pasado meses… —Sorbía de su copa, del que Everett alcanzaba a percibir era sangre humana.

—Porque antes no supe las razones del *por qué lo hice*. Estaba envuelto en una parcial amnesia.

El vampiro asintió, sin haberlo invitado a sentarse en uno de los mullidos sillones de estilo victoriano. Lo escaneó con la mirada sin ocultar el desagrado por el joven lobo; esos seres que todo el tiempo olían a perro mojado y aliento de pescado, le provocaban arcadas.

—¿Y cuáles fueron? —inquirió—. Le advierto que sepa explicarse bien, porque si no me convence, lo invitaré a marcharse del hotel, del mismo modo en cómo usted decidió *aquella* vez.

Everett, sin moverse de su sitio, asintió. Su impulsiva incursión al Mastrangelo, provocó más de una nariz rota, fracturas de piernas y brazos, y heridas graves por sus garras. Sin contar con las piezas invaluables que decoraban los pasillos de los 18 pisos del cual, él subió como un poseso.

—Estaba de duelo —dijo—. Me culpaba por la muerte de mi madre. Se la causé sin querer.

—¿Qué le hizo? —de repente, el vampiro parecía interesado. Esa era una historia del que se quería enterar.

—La mordí.

Everett narró el hecho sin ocultar nada. Sus ojos se tornaron cristalinos a pesar de que se reprendía por dentro de expresar debilidad frente a Kerenor; sin embargo, era muy doloroso volverlo a contar. Era como si reviviera una vez más la muerte de su querida madre.

Contó cómo ella lo persiguió, tras discutir en la casa paterna; los disparos del humano, el ataque a este en venganza y la herida infligida a Winona.

Su corazón se estrujaba y su voz se quebraba a ratos, no era un llorón, pero, ¡maldita sea que los recuerdos eran como puñales que se clavaban en su pecho! La extrañaba y la culpa por haberla perdido, seguiría ahí, quién sabe por cuánto tiempo.

El vampiro, habiendo escuchado con atención y sin ninguna expresión divertida en su rostro, se puso en pie. La copa de sangre, en la mesita central de la sala.

Caminó hasta Everett.

El joven lobo se tensó, pero de su sitio no se movió.

—Lo comprendo —dijo—, me pasó en mi conversión. Pero lo mío fue intencional, la maté por su sangre, la sed que sentía era enloquecedora. Usted hirió de muerte a la suya, a pesar de que tal vez esta, habría muerto por los disparos del humano; me hubiera gustado decir lo mismo, que fue otro y no yo, pero ante esto, jamás tendré excusas ni consuelo.

»Cuando entró al Mastrangelo la primera vez, vi su dolor. Pero causó tanto daño que me tomará muchos años volver a tener una colección como la que antes poseía.

—Le daré todas mis reliquias personales en compensación, más una cifra por las molestias y otros daños causados.

El vampiro sonrió complacido.

—Se desprende muy rápido de sus preciados bienes.

—Después de perder a mi madre y haber estado al borde de la

muerte, lo material ya no tiene importancia. Mi colección de escultoras medievales y jarrones prehistóricos, son únicos en su categoría. Se los enviaré, si los acepta, les dará un toque de «distinción» a su hotel de vampiros. Le hace falta.

Kerenor se carcajeó.

Vaya cínico.

—Acepto con gusto. Sabía que usted volvería.

A Everett esto lo sorprendió.

El otro agregó:

—Usted es la viva imagen de Dragan en el físico y su manera de ser. Su abuelo fue mi amigo. A pesar de haber sido un hombre lobo, fue justo con los tratados y los respetó a cabalidad. En más de una ocasión me salvó la vida y yo a él. Conocemos sus acciones, señor Brankovic, cada vez que visita la ciudad, mis hombres lo vigilan.

—Lo sé —dijo él. Los olía a la distancia.

—*Ese día* tratamos de hacerle entrar en razón; estabas enloquecido, como si quisieras morir; de hecho, así fue. Lamenté que hubieses saltado, se extinguía un posible aliado, pero lo que sucedió con *esa chica*… —sonrió—, usted volvió a la vida.

Everett meditó que debieron haber visto la lucha de Isabel por mantenerlo consciente, en medio de la abollada acera. Y al instante, un frío le caló hondo en su espina dorsal. Los vampiros tuvieron que haberla investigado, pues ella demostró ser una férrea luchadora. Y a los vampiros les encanta este tipo de humanos para la conversión.

Le extrañó que no la tomaran para que formara parte de su *harem* o de su ejército, tal vez, porque Jevrem constantemente la vigilaba y de ese modo, se había patentado de forma inconsciente que la humana pertenecía a los lobos.

Kerenor le extendió la mano.

—Se ha ganado mi respeto —expresó solemne—, ha demostrado porque Stanislav lo escogió en lugar del primogénito: tiene valor y un sentido de la honorabilidad propia de un Alfa Supremo.

—Solo soy alfa de una pequeña comunidad… —estrechó la helada mano del vampiro, restándose méritos.

Este medio sonrió, intuyendo que era cuestión de tiempo para que esto cambiara. El joven poseía todo lo que se requería para alzarse como tal.

Que se cuidara Cortázar, pronto tendría quien le disputara el liderazgo del continente americano.

Epílogo

Isabel contemplaba abstraída su imagen a través del amplio espejo del salón de ballet.

A esa hora las niñas no tomaban clases, por lo que aprovechó dar una vuelta por su otrora lugar de trabajo.

Después de unos duros días en el que estuvo al lado de María Teresa por el funeral de Arturo y soportar con paciencia las preguntas impertinentes de los que fueron vecinos en El Bronx y familiares que, desde años atrás, vivían de manera ilegal en la metrópoli, para estos, Isabel estaba gorda y se había *hecho* los senos. Su cintura y caderas habían engrosado y sus pechos daba la impresión que tenía implantes. Y si seguía así, pronto la llamarían «barrilito». No faltó el que le cuestionara su soltería y el que ponía en duda sus inclinaciones sexuales; una mujer que pasaba mucho tiempo sola: era gay o rara.

Everett no la acompañó, a pesar de que se ofreció, pero como estuvo tan hermético, Isabel prefirió que no asistiese. La sola mención del nombre de su hermano, le causaba resquemor. Sus hijos tampoco asistieron, ¿cómo explicar su existencia a esa gente de mente cuadrada? Everett y Blanka se encargaron de cuidarlos, mientras las cenizas de Arturo se depositaban en el cementerio comunal de la ciudad.

Su mamá lloró por días, recordando en todo momento las «bondades» de su hijo. El apartamento que tenía se lo había «comprado», mediante el «honesto» trabajo. Por supuesto, mentira que nadie creyó, dado el prontuario delictivo de Arturo.

Esto le hizo recordar a Isabel lo que él le comentó en Denali: que lo violaron donde fue encerrado y por órdenes de Everett.

Una vil mentira para que ella odiase a su amado.

Claro está que admitía que, en dichos centros de reclusión, tales actos se efectuaban, así no fuese ordenado por nadie. En las cárceles se sacaba lo peor de la naturaleza humana.

O lobuna.

Ella jamás creería que Everett hubiera impartido dicha orden, aprendió a conocerlo, a dilucidar de entre sus labios una verdad de una mentira, y en Everett nada de esto había. A menos que no estuviera al conocimiento de lo que *esos sujetos* hacían a sus reos.

Algún día le preguntaría por Vladan y Kroz, de momento, no quería.

Su mano se deslizó suave a través de la barra, añorando estar de

nuevo sobre las puntas de sus zapatillas. Le causaba tristeza, pues volver a calzarlas se le hacía poco probable. Si bien, amaba con todas sus fuerzas a Everett y a sus hijos, ansiaba, aunque fuese por unos segundos sentir la adrenalina correr por sus venas, acompañada de alguna melodía. Cerró los ojos y dejándose llevar por Sia que cantaba en su mente, danzó descalza a lo largo y ancho del piso de madera del salón. Qué sensación tan gratificante, cuánto lo extrañaba…

Chocó con un bulto.

Y enseguida sonrió, a la vez en que abría los ojos y se encontraba con Everett, que la miraba de una manera que ella se preocupó.

—Discúlpame, me distraje…

Él sonrió por conocerla tan bien.

Luego de saludar a sus excompañeros de trabajo y a la anciana que estaba atareada con el nuevo acto que presentarían en uno de los teatros más emblemáticos de la Gran Manzana, Isabel quiso recorrer cada salón de la academia y atesorarla en su memoria, como uno de los recuerdos más bellos de su vida. Pero tardó tanto en su recorrido, que Everett tuvo que buscarla.

Elevó su rostro y trabó sus ojos con los de ella.

—Lo extrañas, ¿verdad? —preguntó haciendo referencia al ballet.

Isabel asintió.

—Ya se me pasará…

—No lo creo, está en tu sangre. Isa…

—Descuida, Everett, ya forma parte de mi pasado. Ahora son mis hijos.

Sacudió la cabeza.

—Aceptaré lo que decidas. Sé que, como madre, no descuidarás a nuestros hijos, pero tampoco quiero que abandones tus sueños.

Ella lo miró con precaución.

—¿Qué me estás queriendo decir? —Su corazón cada vez palpitaba emocionado.

—Tenemos una bonita casa en Los Hamptons, mis inversiones y *tu academia*, están acá. Podemos estar una temporada en Nueva York y otra en Alaska.

—«Mi academia» —suspiró pesarosa—. Everett, me despidieron por mi detención…

—Lo sé. Así que extendí un cheque a los propietarios.

Parpadeó atónita.

—¿Para qué?

—Para comprarla.

Su mandíbula se desencajó.

—Bromeas…

Cabeceó. Sus labios estirados en una socarrona sonrisa.

—¿Y Camila aceptó? —Era una de las socias. No hubiera permitido

la venta. Era su vida.

—No, ella no. Aunque estuve a punto de…

—¡Everett!

—De todos modos, posees el 80% de las acciones. Prácticamente eres la dueña. ¿Qué reestructuración piensas hacer?

Isabel apenas procesaba lo expresado por Everett. Ella la dueña.

La sonrisa se ensanchó en la joven loba.

—¿D-de veras? ¿Y la manada? Estaríamos lejos…

—Denali está lejos de Kenai y no veo a ninguno quejándose. Además, Damir es el beta al mando. Los mantendrá en cintura, en mis días de ausencia.

—Será duro vivir aquí y la manada allá…

—Mi abuelo y mi padre lo hicieron un tiempo. Probemos a ver cómo nos va; si resulta, nos instalamos del todo, si no…, nos devolvemos a Denali. ¿Te parece?

Asintió. Era justo.

—No sé cómo pagarte.

Le rodeó la cintura y la pegó a su pecho. Sus labios masculinos rozando el lóbulo de su oreja.

—Ya veré cómo te lo cobraré. —Quizás con mil noches de sexo desenfrenado y del que tal vez, solo tal vez, Everett tuviera suerte en engendrar en su amado ángel, a esa pequeña lobita que tanto soñaba. Pero era consciente que se cuidarían por unos años, no por el temor de que nacieran enfermos, sino porque tenían que aprender a desenvolverse como padres con los que ya tenían. ¡Era todo un reto!

En la playa, Everett se cohibió de *correrse* dentro de ella.

Días después, el doctor Pavlovic les había informado que los resultados arrojados del genoma, indicaban que Isabel y Erik, gozarían de perfecta salud, pero que, de Ángel, su condición jamás mejoraría. Lo bueno, es que ellos lo habían aceptado tal como Licaón se los había mandado.

Isabel abrazó a Everett, agradecida por ese maravilloso regalo. ¡La Academia de Ballet Nubes y Zapatillas era suya!

Por supuesto que haría reestructuración: la academia dejaría de ser exclusiva para niñas de padres adinerados, ya que permitiría que niñas de clases pobres accedieran a esta mediante becas. Dispondría diez veces más de la que los antiguos propietarios ofrecían.

De momento, se marcharía a Denali, el cambio se daría poco a poco, Camila estaría al frente de la academia y orientaría en la administración y coordinación a Isabel; pasarían unos meses en el bosque, lo necesitaban, estar a solas, lejos del mundo. Recuperarían los días en que no se amaron con devoción.

Luego de despedirse de Camila, quien sollozaba en la puerta, porque los volvería a ver para el verano, Everett rodeó la cintura de

Isabel y la condujo hasta el Mercedes-Benz donde estaba aparcado frente a la calzada que da acceso a la academia. Isabel exclamó a la anciana que le escribiría tan pronto llegasen a Kenai y que le tenía una sorpresa que, tal vez, la haría caer patas arriba; esa mañana había decidido contarle la verdad en su próximo viaje y presentarle a sus hijos.

Sería la madrina.

Branimir –el chofer– abrió la puerta del Mercedes para que ambos subieran al asiento posterior. Everett permitió que Isabel fuese la primera, luego él hizo amague de bajar la cabeza para meterse al vehículo y en cuanto estuvo a punto…, sus ojos rodaron hacia el Mastrangelo que quedaba a media manzana de la academia.

Se topó con los ojos escrutadores de un vampiro.

Kerenor, protegido bajo el toldo de la fachada, lo saludó con un asentamiento de cabeza, gratamente complacido de observar que el lobo había tomado a *la que fue* una vez humana y le salvó la vida tras caer del edificio.

Le sonrió y enseguida se adentró al hotel, habiendo emergido antes de la limusina. Ese día el astro rey era benevolente con los seres de la oscuridad, al extender sus rayos solares con suavidad.

El chofer encendió el motor del Mercedes a la vez en que Everett meditaba que nada de lo que hizo la noche anterior le comentó a Isabel. Fue una enmienda que necesitó arreglar para evitar futuras querellas con sus vecinos los vampiros.

Rodaron de vuelta a la mansión neoclásica, donde ya estaba todo preparado para emprender el viaje a Alaska. Se sentía pleno, ¡fuerte!, lleno de paz… Había conseguido la felicidad al lado de una mujer que lo complementaba y que le había dado dos hermosos hijos.

Isabel era su día y su noche.

Su sol y su luna.

Era el ángel danzarín que le había robado su corazón.

Continuará.

****

Esperen:
El Alfa y la bailarina.
2021

Sobre la Autora

Martha Molina nació en San Antonio del Táchira, Venezuela, un día común de 1970.

Desde pequeña ha tenido inclinaciones por la lectura y las series de televisión de género paranormal, que han influenciado, de una u otra forma, su estilo literario. Aunque, por cuestiones de la vida, apostó tarde por, lo que tantos consideran por ahí, una pérdida de tiempo y esfuerzo. Pero eso no sucede con ella, lo considera su pasión y alegría.

Síguela a través de sus redes sociales:
Instagram: @marthamolina07
Twitter: @Berluchi70
Blog de Autora:
http://marthamolinaautora.blogspot.com/
Facebook personal:
https://www.facebook.com/marthalucia.molinaangel
Grupo Facebook: Martha Molina y sus vampiros **Pinterest:** http://www.pinterest.com/maluma0711/

Índice

Derechos de Autor
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26

Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58

Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Epílogo
Sobre la Autora

---

[1] Restaurantes ubicados en pisos elevados.
[2] Empresas dedicadas a la confección de artículos y prendas de vestir en piel.
[3] La princesa Odette: personaje principal en la obra de ballet El Lago de los Cisnes. Es la heroína de la historia, llamada la reina de los cisnes, el cisne blanco o también la princesa cisne, que ha sido encantada por un brujo malvado.
[4] Célula que resulta de la unión de las células sexuales masculina y femenina, y a partir de la cual se desarrolla el embrión de un ser vivo.

Martha Molina

El Alfa y la Bailarina

+18

Derechos de Autor

El Alfa y la Bailarina
©2021 Martha Molina
Amazon Primera edición eBook, 13 de octubre 2021.
ASIN: B09GJ2W6RD

Portada: Imagen No. 263230932 - Autor: alfa27 – Adobe Stock
Vector garra animal: Autor: Webreid / IMGBIN.com **Efectos y fuentes de la portada:** Photo Editor PIXLR.com
Diseño general de la portada: Martha Molina

IMPORTANTE: Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su tratamiento informático, trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, grabación u otro método, sin el permiso previo del autor.

Sinopsis

Como bailarina, afrontó muchos retos.
Siendo todos superados con fortaleza.
Como mujer en un mundo de hombres, su lucha es constante.
Por sobre aquellos que no creen en ella.
Como compañera de un alfa, su fuego es abrasador.
Y arrasador.
Como madre, una fiera.
Dispuesta a defender a sus crías.
Como loba...
La más indómita.

Prólogo

Verano.

La luna nueva era un disco negro que a duras penas se diferenciaba de las oscuras nubes que la mimetizaban, reservando para otras noches en la que extendería su magnífica luz plateada por sobre el horizonte boscoso y por sobre aquellos que le aullaban.

Isabel –en su forma lobuna– corría a través de los árboles, persiguiendo a toda carrera a Everett, quien la animaba a seguirlo para darle cacería a un venado adulto de hermosas astas ramificadas y del que bien satisfaría sus instintos asesinos.

Era la primera vez en que ambos salían a cazar; Isabel en las anteriores ocasiones en que su prometido la invitaba, se negaba, pues le preocupaba dejar a sus hijos al cuidado de nodrizas y guardaespaldas, mientras ellos hincaban los colmillos a una presa grande. Pero Everett le aseguraba que sus hombres eran de fiar y que estarían dispuestos a morir por la descendencia del Alfa del Clan Kenai.

Aun así, existía otro motivo de peso del que a la joven le avergonzaba admitir para no acompañarlo: le daba grima la sola idea de matar a un animal.

Y no es porque fuera una hipócrita que se lamentaba por esto y comía carnes de diversas especies de la fauna silvestre que otros cazaron por ella, sino que aún no estaba preparada para comportarse como tal.

Esto era un punto constante de discusión entre los dos. Everett le advertía que debía aprender a liberar los instintos lobunos sin caer en el salvajismo. Si no lo lograba, su adaptación a la sociedad se complicaría. Por extensión, los planes pautados para Nueva York tendrían que posponerse hasta nuevo aviso.

Una híbrida-alfa sería un problema del que la manada y hasta los vampiros en la cosmopolita ciudad, lidiarían.

Por ese motivo, Isabel tenía que obedecer a su alfa de rango mayor, ya sea por las buenas o por las malas.

Hubiera preferido mantenerse cerca de Erik y Ángel, vigilando cada una de sus respiraciones por si sus pulmones colapsaban mientras dormían en sus cunas. A pesar de los genes sobrenaturales que corrían por sus venas, aún eran bebés que dependían de sus padres para alimentarlos y protegerlos. Ya pasaron dos meses de su nacimiento y

crecían al ritmo «normal» de los infantes humanos. Lo que por un lado era bueno, puesto que ella disfrutaría del crecimiento de estos como debía ser, sorprendiéndose de sus cambios físicos en la medida en que los meses avanzaran, pero, por el otro, estarían expuestos a riesgos.

Eran tan pequeños y frágiles, rodeados de depredadores…

Las ramas de los arbustos envueltos en la lobreguez de la noche fueteaban el pecho y el hocico, cuando esta se abría paso por la espesura. Everett-lobo le llevaba ventaja, sus vigorosas patas le permitían superarla en velocidad, saltando más alto los troncos caídos y las rocas altas que se encontraban a su paso, saldando distancias en la menor fracción de tiempo posible, a la vez en que Isabel jadeaba al punto de la extenuación muy por detrás de él.

Se detuvo al percibir un aroma provenir a su izquierda, causando que se distrajera un rato y perdiera de vista a su pareja.

Alzó el hocico y olfateó el aire para rastrear el lugar exacto de dónde provenía. La intensidad le hizo acelerar el corazón y plegar las encías para que sus puntiagudos colmillos se mostraran en toda su larga dimensión. El aroma era particular, jamás percibido desde que podía cambiar de formas. Los deliciosos platos que Blanka preparaba, no se comparaba a lo que Isabel olfateaba. ¿A qué animal captaba? ¿Un venado? ¿Un alce? ¿Un cervatillo?

Le dio hambre. ¡Mucha hambre!

Tanta, que los escrúpulos de quitarle la vida a un ser vivo, dejaron de atosigarla.

Se relamió el hocico; su lengua colgaba a un lado de sus fauces, ensalivando a raudales por esa hambre tan voraz que dicho animal despertó en ella. Emitía un gruñido poco audible pero amedrentador que indicaba que destrozaría al que quisiera arrebatarle su presa.

La que detectó era suya.

Se movió sigilosa, procurando que las almohadillas de sus patas amortiguaran el ruido que otro animal en las mismas condiciones produciría. Las hojarascas y las ramas caídas apenas crujían; Isabel-loba estaba frenética, ¡quería matar!, dejarse llevar por esa adrenalina que hacía erizar hasta su pelaje gris. El olor que percibía era dulzón, tentándola a desgarrar las carnes con los dientes en cuanto lo atrapara.

Se agazapó y vadeó el follaje hasta divisarlo, ¿qué era? No lo veía bien, pero estaba segura de que se hallaba solo y que, al igual que ella, también estaba de cacería, oculto entre las ramas a que su objetivo pasara frente a sus ojos.

Aunque el de ella ya lo tenía en la mira.

Ese mismo.

Isabel era la máxima cazadora que cazaba al cazador…

Vaya trabalenguas.

¡Ah!, pero qué calamidad… Justo antes de saltarle a esa criatura, un gran bulto le cayó encima, aplastándola contra el suelo.

—*¡Errgghh!* ¡¿Qué es eso?! —El humano se sorprendió de las dos enormes bestias que se revolcaban furiosas a escasos metros de su ubicación. Gritaba aterrado, viéndose atrapado entre su escondite y lo que parecía ser dos lobos de más de dos metros de alto.

Con el cañón de su escopeta, apuntó tembloroso hacia estos para dispararles con la intención de matarlos o ahuyentarlos, rogando que fuese lo segundo porque si mataba a uno, el otro a él lo mataba. Pero recibió un fuerte golpe en la cabeza, *de quién sabe quién*, que lo sacó de combate y lo dejó indemne antes los temibles lobos de enorme tamaño que seguían en su lucha.

Isabel y Everett lanzaban dentelladas para dominarse entre sí: ella para evitar que la dejaran sin comida y él para que con el humano no se llenara la panza. Era una loba joven e inexperta del que, por desgracia, tenía que aprender a las malas. Y Everett tuvo que clavarle los colmillos en el lomo para doblegarla.

Capítulo 1

Isabel chilló adolorida.

Dejó de luchar contra Everett, quien aún la mantenía sujeta para evitar que se abalanzara sobre el humano.

La sangre brotaba de las heridas, las mordidas fueron profundas, de las que el lobo hubiera deseado no haberlas producido. Pero fueron necesarias o tendrían que ocultar el cadáver en medio del bosque para que las autoridades no lo hallaran y levantaran después investigaciones de lo que pudo haber pasado para que estuviera destrozado.

Mientras él fuese el alfa, la vida de los humanos debería respetarse, a menos que sus propias existencias estuvieran en un inminente peligro, pero como el cazador no estaba allí para cazar lobos, sino venados, era su deber impedir que los suyos lo devorasen.

Al comprobar que Isabel se daba por vencida y de que gimoteaba, Everett le soltó el lomo poco a poco y luego comenzó a lamerle los orificios sanguinolentos para así manifestarle que no le haría más daño. Sin embargo, Isabel-loba se arrastró por el suelo: las patas gachas, el hocico pegado a la tierra, los ojos cristalinos y gimiendo por el taladrante dolor en todo su cuerpo. Everett la había apaleado, no requirió mucho esfuerzo para someterla, era más grande y fuerte, curtido en cruentos enfrentamientos; ni Ranko pudo con él, quien fue una mole repleta de músculos y colmillos capaces de fracturar el fémur a un dinosaurio.

Ella no tuvo oportunidad contra Everett, demostrándole la superioridad de su casta, aunque agradecía que no le hubiera arrancado las extremidades por haberle disputado la presa.

La presa…

Al instante reparó en ese hecho y se sintió pésima consigo misma, lo que unos minutos atrás consideró su comida, ahora le producía náuseas.

Rápido echó un vistazo hacia el humano que se hallaba bocabajo e inconsciente. Luttrell estaba al lado de este, sosteniendo un palo grueso que debió haber recogido y estampado en la cabeza para que no ofreciera resistencia. Everett trató de acercarse, pero Isabel se arrastró más para alejarse, estaba resentida a pesar de que comprendía porqué la sometió de esa manera. Aun así, una punzada de agobio se alojó en la boca de su estómago. Los lobos no solo comían venados, caribúes y demás especies cuadrúpedas, sino también los que se movilizaban sobre dos torpes piernas.

Los humanos.

Vomitó en la hierba ante ese terrible hecho. Los *Homo canidae* devoraban lo que se encontraban por delante, si estos tenían el infortunio de hallarse en su camino.

Bastaron tres arcadas para expulsar lo ingerido en el desayuno. Estaba avergonzada de que la observaran, Everett les había ordenado a tres de sus hombres para que los acompañaran en caso de toparse con invasores. Estos corrieron relegados como buenos guardaespaldas y manteniendo una baja velocidad en sus patas para seguir a la compañera de su líder.

Se echó a un lado del *residuo estomacal*, jadeante por el esfuerzo de la vomitada y del enfrentamiento con Everett, y del que ella jamás se había imaginado que se mostrarían los dientes con ferocidad. Las lágrimas se deslizaban en el sentido izquierdo de sus mejillas debido a cómo se hallaba postrada. Estuvo a punto de matar a un hombre y no le importó; ella solo quiso saborear la carne en su boca, paladear la sangre mientras hincaba sus colmillos hasta el fondo y luego apretar la mandíbula y sentir el crujir de los huesos…

Lloró enojada por haberse dejado llevar de esa manera. Everett le advirtió sobre el salvajismo, pero no de los riesgos al que a otros expondrían.

Un lobo comía humanos.

Un hombre lobo…

Debido a la mortificación de saberse «caníbal», no fue consciente de que la metamorfosis para volver a ser bípeda se había efectuado, quedando allí aovillada y desnuda ante la vista perpleja de los machos que la observaban.

Tampoco se dio cuenta de las vigorosas manos que la levantaban del suelo y la acomodaban en esos brazos musculosos capaces de soportar grandes pesos. Isabel no ofreció resistencia, conocía al dueño de dichas manos y el aroma varonil que su cuerpo expelía.

Enterró su rostro en la curva de su cuello y sollozó en silencio mientras que Everett la llevaba en brazos de vuelta a la cabaña. De haber sabido en cómo se iba a comportar, se habría negado rotundamente y del cuarto de los gemelos no hubiera salido hasta que Everett desistiera de enseñarla a cazar.

Los hombres lobo comían humanos.

Lloró más y Everett se detuvo en seco, habiendo corrido varios kilómetros por sus propios medios. El jeep permanecía aparcado frente a la cabaña, siendo utilizado solo para movilizarse cuando no requerían de sus cuatro patas. Lo que le pasaba a Isabel era serio.

—No te sientas mal, eso nos pasa a todos.

Isabel no replicó.

Seguía en ese mutismo entristecido.

Everett –desnudo– miró a sus hombres y les lanzó una orden silenciosa de adelantarse; lo que tendría que hablar con ella, no deseaba que ellos lo escucharan.

—Fue mi culpa —agregó él, sosteniéndola aún entre sus brazos—, no debí rezagarte, sino correr junto a ti; de ese modo, te habría detenido a tiempo.

—Lo hiciste —musitó sin levantar la mirada—. Evitaste que lo matara.

Everett observó las incisiones de sus colmillos que seguían abiertas y sangrantes, pintando un cuadro lamentable de una loba malherida. Se odió por haberlo hecho, pero no tuvo otra alternativa que morderla hasta que calmara su furia. De haberlo matado, Isabel le habría recriminado por obligarla a acompañarlo a las profundidades del bosque.

—Lo siento, para la próxima tomaremos más medidas preventivas.

Lo que él dijo, fue para Isabel como un porrazo en la cabeza.

¡¿La próxima?!

No… No habría una próxima vez. Ella no lo resistiría.

Mataría.

Se removió y saltó fuera de sus brazos, tomando la decisión de alimentarse de animales que ya estuviesen servidos en el plato.

—Olvídalo, te acabo de demostrar que no me puedo controlar. Y yo no quiero ser así. —Caníbal.

—Los errores son parte del aprendizaje.

La otra jadeó.

—¡¿Los errores?! ¡¿Los errores?! ¡¿Cómo puedes decir eso?! Lo que estuve a punto de cometer no fue un «error», sino un asesinato horroroso.

—Era cacería.

—¡ME IBA A TRAGAR UN HUMANO! —lo gritó llorosa.

—¡Eres loba! Actuaste por tus instintos depredadores. No se subyuga milenios de nuestra bestialidad de la noche a la mañana. Se requiere de años para conseguirlo.

Isabel no daba crédito a lo que escuchaba, Everett desestimaba si aquel hombre que quedó noqueado, kilómetros atrás, estuvo a punto de haber dejado dolientes por su trágica muerte. Según lo que recordaba en las facciones de este, oscilaba entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, estatura media y complexión robusta, del que quizás era padre de familia.

—¿Y tú lo has logrado? —lo cuestionó dudosa—. Porque recuerdo que a *cierto cazador* le arrancaste un brazo.

Para Everett fue como una bofetada que le haya sacado en cara ese hecho. Su vil acción tuvo un motivo del que desgarró su corazón.

Ardiendo en la rabia, clavó sus duros ojos marrones sobre los de

ella.

—Por haberle disparado a mi madre. No lo olvides, Isabel. ¿O qué hubieras hecho tú en mi lugar?

Tal vez lo mismo.

Y luego se lo habría devorado.

Las tripas le gruñían por el hambre que el otro le había despertado.

Sin admitir que él tenía razón, bajó la mirada conteniendo una réplica en su boca. ¿Quién podría asegurar cómo reaccionar cuando un ser querido ha perecido por culpa de la imprudencia de una tercera persona?

Everett amó a su mamá y lo que sufrió a causa de lo que esa noche vivió, lo marcó por el resto de sus días.

—Perdona —se disculpó con voz queda—, esto me afectó. Pero no estoy preparada; no lo quiero repetir…

—Para eso me tienes: para ayudarte a superar la etapa de la conversión. Tus genes han cambiado y se están manifestando de forma natural.

Ella rio displicente.

—Vaya «manifestación».

—Isabel, mañana volveremos a salir.

—No.

—Debes aprender a cazar.

—No estoy lista.

—¡Lo estás!

—¡¡Claro que no!! ¿Acaso no viste lo que pasó? ¡NO QUIERO SER CANÍBAL!

Everett abrió la boca para replicar, enojado por la terquedad de la muchacha, pero esta anegada en lágrimas, lo dejó con la palabra en la boca, corriendo en dirección hacia donde sus dos retoños la aguardaban.

Lanzó una increpación que Isabel escuchó mientras se alejaba. Era una necia que no quería aprender. Si se negaba a cazar con la manada, tendría que aislarla hasta que aceptara su naturaleza. Como híbrida-alfa, era rebelde y peligrosa, por lo tanto, tendría que enseñarle quién era el verdadero alfa.

Capítulo 2

Pocas estrellas titilaban en lo alto del firmamento, observadas estas desde el amplio ventanal del cuarto de los gemelos.

Isabel amamantaba a Erik, mientras que Ángel dormía plácido en el extremo derecho de la cuna doble. El crujir que emitía las patas curvas de la mecedora, eran canción de cuna para el inquieto bebé, quien solía llorar si no lo mecían con la debida fuerza para que se produjese el ruido y así relajarlo.

El *cruic*, *cruic*, *cruic*… ahogaba el chasquido que producía los labios de Erik al mamar del pezón de la madre. Isabel sostenía a su hijo, meciéndolo una y otra vez, al mismo tiempo en que su vista se clavaba más allá del cristal del ventanal, absorta en sus propios pensamientos. ¿Qué habría pasado si no la hubiesen detenido?

Esa pregunta se la repetía en su mente a cada minuto, temerosa de obtener la misma respuesta. ¿Qué habría pasado…?

Ella lo sabía y esto la escandalizaba, porque despertaba a una realidad que hasta ese instante se hizo la desentendida. Everett se lo había comentado cuando las reservas forestales de Alaska estaban siendo quemadas adrede, amenazando la fauna y flora que allí se hallaban: si el número de especies de animales disminuía considerablemente en el estado, las manadas que lo habitan emigrarían hacia otros lugares donde pudieran alimentarse, invadiendo terrenos delimitados por otros clanes para preservar sus dominios. Lo que generaría una disputa entre invasores y locales.

Pero si los incendios provocados seguían arrasando las zonas arbóreas a todo lo largo y ancho del país, volcarían su búsqueda hacia las urbes, donde los seres de la noche eran los propietarios.

Si no había animales para saciar el hambre, el ser humano con sus carnes blandas, lo haría.

La misma Isabel lo comprobó cuando, todo lo que una vez la horrorizó, se disipó de su conciencia estando frente al cazador.

Actuó por puro instinto.

No tuvo en la mira a una persona que estaba muy segura dejaría a una mujer viuda y a unos niños huérfanos, sino a una presa, cuyo olor corporal era más atrayente que un venado, como si fuese un exquisito manjar.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, procurando que no cayeran sobre su hijo. El sueño lo había vencido, sin soltarse de su pecho. Isabel le obsequió una sutil sonrisa, se lo veía ajeno a todos los pesares del mundo, que ella sintió envidia. Lo que daría por volver a

ser esa niña inocente que creía que los problemas se arreglarían si solo le pedía al Ángel de la Guarda que la ayudara a resolverlos.

Suspiró. Necesitaba la ayuda de más de uno de esos seres celestiales para que ella no se rindiera a su naturaleza lobuna.

La *estela masculina,* de la que ella conocía muy bien, se percibió dentro de la habitación. Isabel retiró su pezón de la boquita del lactante y se acomodó el albornoz para levantarse. Miró por sobre su hombro a Everett, quien en ese instante le daba en la frente de Ángel, el beso de las buenas noches. Al igual que ella, se había duchado en el riachuelo antes de ingresar a la cabaña; era una costumbre que él solía hacer para no apestar su hogar con el olor de la muerte. La cabaña se había convertido en una especie de «templo» en la que sus hijos vivían y no debía ser ensuciado con algo tan ruin como la sangre recién derramada de sus víctimas.

—Crecen rápido… —comentó en voz baja, aún desnudo y observando a Ángel como un padre orgulloso.

Isabel no replicó con un «sí, ya pronto nos dirán suegros», refiriéndose a que un día son bebés y al otro les presentaban a sus novias. En vez de eso, permaneció en silencio, acomodando a Erik en su lado correspondiente. Esa posibilidad solo se aplicaría para este que, con 68 días de nacido, era más grande que su hermano menor por diez minutos.

Su precioso angelito con Síndrome de Down tendría muchas limitaciones.

—¿Comió mucho? —Everett posaba los ojos sobre Erik, quien apenas usaba un pañal ya que sufría de calor a causa del verano. En cambio, Ángel, usaba un pijama azul claro de cuerpo completo.

—*Ujum*… —fue la respuesta de Isabel, tras darle un beso a los dos infantes y se encaminó hacia la puerta, sin ánimos de entablar conversación.

—Isabel —la llamó antes de que esta cruzara el umbral, pero ignoró el llamado y se marchó hacia el dormitorio principal.

Encendió la lamparita de keroseno en la mesita de noche y abrió el armario para sacar una camiseta y una braga. Luego de la discusión sostenida en el bosque, se dio el rápido chapuzón y después saltó hasta la azotea y de allí bajó hasta el baño improvisado para tomar el albornoz, urgida de abrazar a sus hijos y sentirse más «humana».

—Isabel —la volvió a llamar. Esta vez el matiz de su voz estaba endurecido—. Isa, tenemos que…

Enmudeció cuando la joven morena se quitó la bata cruzada para ponerse algo de ropa. Tenía laceraciones y perforaciones de colmillos por todo su voluptuoso cuerpo.

La que tenía en la nuca le hizo apretar la mandíbula.

Era la más grave.

Se acercó y alzó la mano para acariciar con sutileza el borde de las heridas, pero ella lo esquivó para evitar que la tocara.

—Lo siento, te lastimé mucho —se recriminaba por haber sido tan rudo; si tan solo la hubiera aplastado con sus patas delanteras…

—Está bien. Eso me pasa por querer *tragarme a un tipo* —espetó a la vez en que se subía con hosquedad la braga—. Pero tranquilo, me limitaré a comer lo que la señora Blanka me prepare. —La camiseta cubrió las múltiples heridas en proceso de sanación, esparcidas en su torso, del que, como híbrida recién convertida, no regeneraba con la misma rapidez que un lobo de nacimiento. En algunos aspectos su condición genética no la favorecía.

Everett captó muy bien lo que quiso decir.

—Mañana comerás de lo que cazarás.

—No.

—¡Lo harás! —su mandato tajante.

—¡Dije «no»!

Everett la tomó de un brazo con rudeza.

—No quiero que *esto* pase otra vez —señaló las perforaciones en el reverso del brazo. Él bien que sabía lo que era negarse a obedecer y terminar entregándose a la locura.

Isabel se libró de su agarre de igual manera.

—Ya tomé mi decisión: jamás iré de cacería.

Él sacudió enérgico la cabeza.

—Si fueras otra loba, habría ordenado que te castigaran, pero eres mi hembra y la madre de mis cachorros. Y por ellos debes aprender a afrontar este tipo de situaciones. La cacería no se trata de soltar nuestro salvajismo, sino aprender a controlarlo. Al hacerlo, podemos movilizarnos entre los humanos sin caer en la tentación de devorarlos cada vez que nos ruga las tripas. La comida «preparada» es insuficiente para aplacar el instinto de un metamorfo; si tratamos de cohibirnos, nos tornamos más violentos y todo aquel: pareja, crías, amigos…, pagan las consecuencias.

—Me atemoriza la idea de atacar a un humano.

—Irás acompañada, velaremos para que no vuelva a pasar. Hay muchos animales al que tendrás el gusto de morder.

—¿Y si no soy capaz? Si me quedo paralizada… —después de lo que vivió, dudaba que corriera por ahí con ligereza.

Sonrió. Su cabello de león lo tenía alborotado y su barba comenzaba a traspasar la barbilla por lo larga que estaba.

—Entonces te muerdo el culo para que espabiles. —Rio y ella lo miró mal—. Considera esto, Isabel: de ti depende que vivamos en Nueva York. Si no logras dominar tus temores, de Denali no saldremos y nuestros cachorros vivirán en Kenai con mi hermano.

¡¿Qué?!

Tendrían que matarla para permitir que alejaran a sus hijos de ella. Y menos para que Damir y sus dos engreídas esposas los criaran como si los hubiesen procreado.

—Ni se te ocurra… —siseó con los dientes apretados. Le angustiaba pensar en los malos tratos que recibirían y en las burlas que les escupirían solo por tener a una madre incapaz de cazar por su propia cuenta.

Amaba a Everett con todas sus fuerzas, pero que ni se atreviera a quitárselos porque lo haría trizas.

—Ahora sabes lo que pasará si te empeñas en comportarte como una híbrida.

—¡Soy híbrida!

—Alfa. Eres una híbrida-alfa, no una omega a la que le tiemblan las rodillas. Isabel, los híbridos que se declaran en rebeldía son apartados de la manada o exterminados. Debes aprender a cazar con tus semejantes.

La joven caminó hasta la ventana donde la belleza del Monte Denali fue tragada por la noche. En vez de sus picos nevados por su increíble altura y el espejo cristalino que refleja el cielo azulado a sus pies, se presentaba ante los ojos apesadumbrados de la morena, como siluetas triangulares que se erigían oscuras.

Analizaba la amenaza de Everett y comprendía hasta cierto punto por qué lo hacía; sin embargo, le era tan difícil correr por el bosque para desgarrar a una criatura.

—¿Llegaste a sentir la necesidad de atacarme cuando me conociste? —preguntó, observando aún la cadena montañosa.

Manos calientes sobre sus hombros.

Everett se había acercado con rapidez.

—No —respondió detrás de ella y mirando también hacia el mimo punto—. Ni estando moribundo en *aquella acera*, pensé en atacarte. A menos que cuente en devorar tus labios…

—Everett…

La volvió y acunó su rostro de modo que Isabel no rehuyera de su mirada.

—Mientras estemos en la forma bípeda, somos capaces de controlar los impulsos —le hizo ver—. La parte «humana» toma mayor control en cuanto al deseo de cazar. Lucimos como ellos, actuamos como ellos y nos relacionamos como ellos.

—Pero no somos *ellos*.

—Somos los que estamos en el pináculo de la cadena alimenticia, mi querida Isabel. Eso nada lo cambiará. Nacimos o nos convirtieron para regir las especies y proteger lo que la mano del hombre destruye.

—¿Y qué hay del canibalismo?

La miró con precaución.

—No lo somos.

—¡Claro que sí! Comemos gente… —esta parte lo dijo tan bajito, como si no quisiera que sus hijos la escucharan—. Y no lo vayas a negar, porque lo que sentí al descubrir a ese sujeto entre los matorrales, despertó mi apetito. Me lo quería comer.

Él medio sonrió. Sus manos firmes y a la vez delicadas en torno al rostro pálido de la muchacha.

—Eso lo hacemos cuando estamos transformados. Somos lobos ante una presa. Pero esto pasa en muy contadas ocasiones y siempre cuando no tenemos más alternativas para aplacar el hambre. Así que, si tienes ganas de *comerte* a un hombre, hazlo conmigo. Yo me ofrezco de voluntario.

Ella le dio un manotón.

Everett todo lo volcaba hacia lo sexual.

—Lo haré si me sigues obligando. —Se rascó el contorno de la herida en uno de sus antebrazos. Allí tenía varias que le hormigueaban por la cicatrización.

Everett lo tomó y besó cada una de las perforaciones, con la promesa interna de hacer lo que sea con tal de no volver a herirla de esa manera. Si el encierro era necesario para evitarlo, lo haría.

Sus labios rozaban las costras que ahora eran negruzcas y duras, tapando las incisiones que estuvieron horas atrás sangrantes y dolorosas. No tuvo reparos en lamerlas, lo hacía delicado, como un perrito gruñón que cuida de su compañera malherida. Una muestra de cariño del que jamás lo hizo con alguna hembra. Su lengua bordeaba las costras y las cubría con saliva, esperando así acelerar la regeneración de su piel. Asumía que, para el alba, ya debían estar sanas.

Sus mimos descendían hacia la muñeca de su prometida y, al depositar un casto beso caballeresco en el dorso de su mano, notó que ahí faltaba algo.

—¿La sortija? —Tenso, levantó la mirada hacia Isabel.

—Me la quité para no perderla. —Al cambiar su anatomía humana al de una loba, ella la habría arrojado lejos por estrangularle el dedo. Sus manos se ensanchaban y aumentaban el doble de tamaño, hasta que adquirían la forma de patas y garras.

Aún sus cambios eran poco delicados.

Abrió la gaveta de la mesita de noche y extrajo la sortija que una vez le perteneció a Winona Brankovic. Se la puso en el dedo anular de su mano derecha.

Everett se sentó en la cama y pensativo se quedó viendo cómo el diamante de su mujer brillaba a la luz de la lámpara de keroseno. Ellos aún no intercambiaban votos matrimoniales.

—Isa, tenemos que fijar fecha.

Ella comprendió a lo que se refería y su corazón palpitó fuerte.

—¿Al fin para cuándo? —Se hizo a su lado sin entrelazar sus manos. Ambos un tanto separados. Habían pospuesto la fecha varias veces, primero por una fiebre que atacó a Ángel y del que a los dos tuvo en vela por varios días, luego complicaciones que se fueron presentando con algunas manadas cercanas y del que acaparaban el tiempo de Everett de forma desconsiderada.

—¿Qué tal para el 18?

Lo miró asombrada.

—¡¿De este mes?!

—¿Muy pronto? —se preocupó. Tal vez ella se había acostumbrado a ser su concubina.

—¡Me parece genial! —Era un alivio que pronto se casarían. Solo rogaba que nada malo se presentara y les aguara el día.

Everett sonrió, Isabel seguía con la misma ilusión.

La abrazó y le estampó un beso en los labios tan apasionado, que ambos quedaron acostados uno sobre en el otro en el colchón. Esa noche la amaría de todas las posiciones posibles.

Pero ni hubo oportunidad en la que él magreara los senos turgentes de su mujer, debido a que Erik rompió en llanto.

—Cielos… —se quejó por el corte de nota de su primogénito. Lloraba por teta a cada rato. Estaba muy mal acostumbrado.

—A ver, quítate —Isabel lo empujó con suavidad para levantarse. Everett gimió como chiquillo, los besos lo habían envalentonado y se quedaría con las ganas hasta que el otro volviera a conciliar el sueño.

—Deja que las nodrizas se encarguen.

—¡De ninguna manera! Mientras yo esté aquí, mis bebés se alimentan de mí —replicó a la vez en que se acomodaba la camiseta. Everett se la había subido hasta la clavícula.

—¿Y qué hay de mí?

Ella alzó una ceja.

—¿Qué clase de *hambre* tienes tú, picarón? —La última vez casi le chupa hasta el alma a través de los pezones.

Sonrió malévolo.

—No tardes y te lo haré saber…

Se inclinó hacia él y le dio un sutil beso que prometía el Paraíso. Erik lloraba a todo pulmón, impaciente por el alimento materno o los brazos que lo arrullaran.

Y al instante… Ángel lo secundó.

—El dúo dinámico. —Everett se levantó para ayudarla a calmar a uno, mientras ella le llena la panza al otro.

Isabel se dio prisas en acudir al llamado incesante de los pequeños, aún intranquila por la imposición de Everett de hacerla cazar su primera presa, sino que, aunado a esto, la boda se efectuaría en dos

semanas. Una vez casada, callaría a aquellos que se dedicaban a criticarla: era la híbrida hispana que le había parido al alfa un lobezno sano y otro con mutación genética, y del que aún no contraían matrimonio por indeterminadas circunstancias.

Y mientras este se mantuviera soltero, habría esperanzas para las lobas jóvenes que querían formar parte de los Brankovic.

Esperanzas que serían posibles si Isabel no lograba lo que de ella tanto se esperaba.

La fecha para casarse parecía próxima, pero durante esos días podrían suceder muchas cosas.

Capítulo 3

Anna pulía el piso del pasillo de la segunda planta, siendo un trabajo exhaustivo que le tocaba hacer temprano por la mañana.

La señora Briserka se ocupaba de impartir las labores a las empleadas, del que *las más engorrosas* a ella se las asignaban, y esto habría comenzado a ser así desde que en esa casa los reglamentos impuestos fueron pisoteados. Isabel García tuvo la osadía de enfrentarse a los antiguos amos, quienes vieron en esta una seria amenaza y del que no lograron derrotar. Ella, siendo de origen humilde y ajena a las costumbres de los serbios, supo darse su lugar y ganarse con creces el respeto, debido a que era una mujer que hablaba de igualdad, de superación y del buen trato hacia los demás.

A pesar de esto, Anna no se vio beneficiada, el nuevo alfa y su mujer preferían vivir fuera de Kenai, privados de las comodidades y aislados de la civilización.

Si bien, ese estilo de vida a Anna le parecía rudimentario, le daban ganas de hacer las maletas y tocar a su puerta para ofrecer sus servicios en lo que estos dispusieran. Sería capaz de recoger las hojarascas de todo el bosque, lavar la ropa de varias manadas en el río más cercano, limpiar el popó de los gallineros, podar la maleza que creciera por los alrededores, recorrer kilómetros para trasladar agua a la vivienda y lavar las vajillas o asear los baños. Lo que fuera con tal de alejarse del pueblo.

Ya no soportaba seguir trabajando bajo las órdenes de la señora Radojka, Vesna y la señora Grubana.

Entre las tres la estaban volviendo loca. Lo que una ordenaba, la otra desbarataba y reorganizaba a su modo, solo para llevarle la contraria con la que tuviera la inquina de turno. Por lo general, el odio que estas se sentían entre sí era a partes iguales. La señora Grubana por ser la madre del señor Damir, se hacía imponer sobre las dos nueras que ni se soportaban verse.

Anna era la encargada de trasmitir los recados de un lado a otro, muy a su pesar: «la señora Radojka mandó a decir que para hoy se comerá salmón marinado, pues el amo manifestó el día anterior cuando estuvieron juntos». A lo que la señora Vesna, saltaba enojada ya que el mandato dado a la cocinera no era lo que ella propuso. «Dígale que la carne de ballena ya se cocinó y que la comida no se bota».

Y la réplica de la Primera Esposa del hermano del Alfa, no se hacía esperar con un: «lo que mi marido ordene, es ley. Así que ve y

exprésale que será salmón marinado». Para que, una vez sentados todos en la mesa, *el cabeza de familia* no se hiciese presente por estar almorzando fuera, y la madre de este gruñese porque el menú del día era un asco y por no habérsele consultado a ella que era la que llevaba ahora las riendas de la casa.

Al menos con la señora Sebrenka tuvo una jefa que la solicitaba a cada instante y luego la confinaba a la cocina. Y no es por extrañarla, pero debido a su ausencia, todas las mujeres Brankovic se convirtieron en sus jefas.

Siguió puliendo el marmolado piso blanco, veteado con ramificaciones negras y tonos grises, moviendo la joven algunas mesitas o macetas que se encontraba a su paso, enchufando y desenchufando la pulidora conforme avanzaba. Estaba por renunciar, la carga de labores se acumulaba cada día y si no las cumplía a cabalidad, la increpaban con severidad. No faltaba un día en que la amenazaran con despedirla, sobre todo Briserka, el ama de llaves que siempre le decía: «si sigues dejando jabón en los platos, buscaremos otra muchacha que lave mejor». «Te faltó barrer aquí, ¡ponle ganas que para eso te pagan o mañana no te molestes en volver!». «¿Qué es esa cara, estás llorando? Hay muchas jovencitas dispuestas a hacer con celeridad lo que tú haces por menos paga. Dinos para buscarnos otra, ya que no le pones ganas».

También estaban las exigencias de sus propias compañeras de trabajo.

«Anna, no se pule el piso con la escoba, debes hacerlo con tus propias manos. ¡Qué mal lo haces!».

«Prepara el café y procura hacerlo fuerte, no esa agua asquerosa que al amo le da arcadas».

«¿Qué pasó con el té de la señora Grubana? ¡¿Aún no lo has preparado?! Qué lenta eres».

«¡Oye, me tengo que ir temprano por un asunto personal, lava esa pila de sábanas por mí, y ¡más te vale que lo hagas bien!, porque si me regañan por tu culpa, mañana me las pagas».

Y no faltaban las burlas que provenían de arriba.

«Qué facha tienes: esas ojeras y esas greñas horrendas», espetaba la hija mayor de Vesna, quien solía hacerle comentarios despectivos por su desgarbado aspecto.

«*¡Uf!,* hueles mal, ¿acaso no te bañas?», era otra de las que solían lanzarle las tres odiosas media hermanas de Jevrem. A pesar de que la primera era de su edad y las otras dos estaban en plena adolescencia, se comportaban como chiquillas malcriadas.

Anna tenía que obligarse a sí misma en aguantar las críticas y humillaciones de todo el mundo. Debía hacerlo, pues si la despedían por contestar o porque sus múltiples jefas consideraron que era una

incompetente, no conseguiría trabajo en ninguna parte de Kenai. Su familia era muy pobre y dependían de su salario para complementar los ingresos y subsistir sin pasar necesidades.

Si otros patrones se enteraban de que fue despedida de los Brankovic, nadie la contrataría. ¿Quién querría como empleada a una joven que no sabe hacer nada?

¡Qué Licaón los libre!

Así que a todos los que con frecuencia señalaban sus errores, se mordía los labios y se tragaba una réplica.

Solía estar aturullada entre varios oficios, tratando de cumplirlos con rapidez y de manera eficaz para que no la regañaran. Pero era difícil ser diligente cuando recibía varias órdenes a la vez. En más de una ocasión tenía que dejar de hacer un oficio para atender lo otro, pero luego bajaba una de las empleadas para decirle que la patrona la solicitaba y que, si no se daba prisas, tendría que trabajar horas extras y sin paga porque no se iba a marchar sin antes hacer lo que le ordenaron.

Y las protestas de las *ignoradas*, no se hacían esperar.

Quería renunciar, estaba a punto de colapsar, la trataban como a una esclava, a pesar de que en esa casa contaban con dos empleadas domésticas a parte de ella, más la cocinera y el ama de llaves, a ninguna de las mencionadas le exigían tanto como a Anna.

A veces pensaba que la mangoneaban de esa forma porque fue la sirvienta particular de la señora Sebrenka y, en otras, en la que se atrevía a jurar: por la buena relación que tuvo con la señorita Isabel.

Y con dicha certeza bailoteando en su mente, Anna se detuvo frente a la habitación que solía dejar para lo último cuando limpiaba.

La de Jevrem.

Con un suspiro atorado en la garganta, abrió la puerta y arrastró la pulidora con todos los implementos de limpieza hacia el interior.

La habitación estaba a oscuras, las gruesas cortinas marrones impedían el paso de luz. Cruzó la distancia y las descorrió para posteriormente abrir las ventanas de par en par y permitir que se aireara el ambiente. Se tomó un instante para apreciar por millonésima vez el espacio; siempre lo hacía cuando le tocaba limpiar esa parte de la casa. Por órdenes de la señora Grubana y Radojka que, en esta ocasión, ambas se pusieron de acuerdo, la habitación debía mantenerse organizada como si el joven allí aún durmiese.

Pero ya no lo hacía.

Desde hacía dos meses en que se había marchado para sanar su corazón.

Nadie tuvo que llegarle con la cotilla, ella lo presenció todo: las conversaciones que este sostuvo con la compañera sentimental del alfa, las peleas por celos, las acusaciones, la tristeza por no tenerla.

La noche en que Jevrem se marchó en su moto, Anna lloró a mares, encerrada en el baño de los empleados para que nadie se diera cuenta; qué tristeza sintió, era consciente que pasaría mucho tiempo para que él volviera.

O tal vez nunca.

Los lobos cuando se enamoran tienden a ser monógamos.

Sonriendo despectiva por lo que aquel a ella aún le despertaba en su fuero interno, enchufó la pulidora en el tomacorriente que colinda con la puerta del dormitorio. Antes de encenderla, de la cubeta que también traía, extrajo la cera para esparcirla por el piso. A continuación, procuró enrollar las alfombras ubicadas a los extremos de la cama y movió el sillón cercano al ventanal que da hacia el jardín principal. Tenía que esmerarse en dejar el mármol reluciente; no era necesario hacerlo con tanta frecuencia, con una vez a la semana bastaba, ya que nadie entraba ni salía de allí, pero las órdenes eran claras y habría que obedecer: limpiar y pulir todos los días sin falta para que el *querido Jevrem* encontrara todo tal como lo dejó al partir a tierras extranjeras.

Impecable.

—Más bien, desordenado, porque me tocó que recoger hasta la toalla del piso —espetó en voz baja. Tras la partida de este, cuando Anna entró a esa habitación, halló una montaña de ropa en la cama, zapatos tirados al descuido por todos lados, camisas sudadas amontonadas sobre el sillón como si fuese el cesto de la ropa sucia.

Mientras él estuvo viviendo junto a sus padres, la muchacha jamás entró a esa habitación. Doris o Amelia fueron las encargadas de ponerla en orden. A ella le prohibieron entrar en dicho dormitorio, so pena de despido si lo hacía, lo que le extrañó cuando al llegar a trabajar al siguiente día, el ama de llaves le asignó la nueva tarea.

Imaginaba que, al no haber un lobo por ahí con las hormonas alborotadas, no habría peligro de que atacara a una de las empleadas.

Aun así, se lo topó *una vez* a los pies de las escaleras...

Nunca cruzaron una amable sonrisa, ni un «buenos días, joven Jevrem», «a sus órdenes, joven Jevrem», «que tenga un feliz día, joven Jevrem», «permiso, aquí está el jugo de naranja que pidió, joven Jevrem», «disculpe molestarlo, joven Jevrem, afuera hay una señorita que lo busca», «¡oh!, qué pena, joven Jevrem, no fue mi intención verlo desnudo, venía a recoger la ropa sucia».

De esto último, ya quisiera Anna haber tenido la fortuna de contemplarlo.

No obstante, este solía marcharse antes de que *el desayuno de los caballeros* se sirviera.

Lo que le causaba curiosidad, puesto que cualquiera de las empleadas les servía a estos, menos ella.

Como si su presencia les desagradara.

Pero no era así.

Sino para que los rapaces ojos de los lobos no se posaran sobre la joven, quien estaba por tener su primera subasta.

Toda hembra que no ha sido *tocada* por varón era subastada por sus padres para conseguirle esposo y obtener así una cuantiosa suma de dinero a cambio de su virginidad.

Y Anna era una joven que, a pesar de no ser tan agraciada por su simpleza, podría despertar la ganas de follar a los machos Brankovic y ocasionar que estos se antojaran en ofertar por una sirvienta.

Por suerte para Anna, sus padres no tenían afán por casarla, eran amorosos y comprensivos hasta donde la necesidad les permitiera.

Una vez que se aseguró de tener los muebles arrinconados, procedió a verter la cera por el piso; el limpión se encargó de esparcirla bien, dando círculos por aquí y por allá… A gatas, restregó debajo de la cama, debajo del escritorio, cerca del mueble del televisor, de la cómoda, del armario y por cada una de las cuatro esquinas.

Ahora era cuestión de esperar a que la cera se secara para pasar la pulidora y, mientras lo hacía, con el plumero retiraba el «polvillo» sobre el tope de cada objeto que decoraba el entorno.

Desempolve y desempolve, donde no había ni una puta partícula de polvo.

A Anna no se le quitaba esa sensación de que en cualquier momento Jevrem entraría por esa puerta y le espetaría que se largara porque deseaba descansar y su presencia le fastidiaba, o que emergería del baño con la toalla envuelta en sus caderas y recién duchado. Y ella con las mejillas arreboladas por quedar embobada ante semejante visión.

El plumero pasó por el portarretratos que estaba al pie de la lámpara del escritorio. La fotografía que enmarcaba retrataba a una familia «feliz». Jevrem se hallaba acompañado de su padre y su madre, sus tres pequeñas hermanas, su madrastra y sus abuelos. Los únicos ausentes: la difunta Winona, el señor Everett, el rastrero de Ranko y su señora madre.

Recordaba muy bien cuando tomaron la foto, fue en los días previos a su reciente llegada en el que trabajaría para ellos con apenas trece años y el temor reflejado en su mirada. Le habían dado tantos consejos y advertencias que sus piernas temblaban, temerosa de hacer enojar por sus torpezas a los residentes de esa impresionante mansión de escaleras largas y columnas altas. Se acomodaron en la Sala Azul, todos vestidos con sus mejores ropas y joyas costosas, para retratar la foto de Fin de Año.

Por sobre su hombro, miró y aguzó oído por si alguien cruzaba el

pasillo y la pillara *toqueteando* lo que no debe *toquetear*, tomó el portarretratos y observó con detenimiento las sonrisas de estos. El señor Damir sonreía con engreimiento, las señoras Radojka y Vesna, ambas a la izquierda de este, esbozaban una sonrisa desabrida como si no quisieran estropear su excesivo maquillaje al estirar los labios; la señora Grubana y el Patriarca, en la parte central de la foto y con expresiones soberbias, mientras que los más jóvenes se hallaban a la derecha de los abuelos con cara de «apúrate con la foto que me estoy cansando de mostrar la dentadura completa».

Jevrem lucía un traje cruzado, corbata y camisa de color azul ultramar. Su uniformidad le hacía poco contrastar con el tono de la sala, cuyo azul cerúleo casi se lo traga.

Observó su semblante. Daba la impresión de estar enojado. ¿Lo habrían regañado por no haber tomado la precaución de vestir un traje que lo hiciera resaltar en vez de mimetizarse con la decoración a su espalda?

Podría ser. La señora Grubana era muy exigente y sus antipáticas nueras no se quedaban atrás.

Peso a esto, se hizo fotografiar, ataviado de azul del cuello a los pies.

Lamentándose de que Jevrem abandonó a su familia, Anna dejó el portarretrato en su lugar y levantó la vista hacia la ventana para apreciar el exterior.

¿Adónde él habría viajado?

¿Qué tan lejos rodó su moto?

Al mes de marcharse, la señora Radojka recibió un mensaje de texto con fotos tomadas desde México del que la entristeció todo el día. Su único hijo seguía dando tumbos por el mundo, durmiendo quizás en moteles de carretera o dónde lo sorprendiera el cansancio.

Lo extrañaba y Anna también...

—¡Ay, por supuesto que no, es un tonto! —Dio la vuelta, cortando con rudeza el paisaje que vislumbraba sin apreciar nada, solo pensaba en ese joven apuesto que la desencantó por ser tan déspota.

Encendió la pulidora, la cera se había secado, ya podía sacarle brillo al piso de mármol.

—Pero dijo que lo sentía… —musitó apesadumbrada, otorgándole ese perdón que él jamás escuchó de sus labios. Solo un: «Está bien. Fui torpe, no me fijé». Luego le aseguró que no la regañaron, al preguntarle este de si la señora Blanka y Briserka fueron duras con ella por quemarlo con el café, cuando le llevaba el desayuno al señor Everett.

En esa ocasión, fue la primera y única vez en que su torpeza le permitió intercambiar palabras con el joven Brankovic, a pesar de que después Anna rompió en llanto en el cuarto de los trastos, al darse

cuenta de que él estaba lejos de su alcance por su linaje y porque ella para él no representaba nada.

Sosteniendo ese pensamiento, continuó puliendo el piso y deseando para sus adentros que la fortuna le sonriera, aunque fuese una vez en la vida.

Estaba harta de sentirse miserable.

Capítulo 4

—¡Everett, espérame! ¡Ev…! ¡Espe…! Cielos…

Isabel apenas exclamaba, corriendo detrás de Everett, quien, en su forma lobuna, recorría la inmensidad del bosque junto con sus hombres. Se había negado a convertirse, manteniéndose bípeda para evitar cometer la misma abominación contra otro ser humano.

Sus piernas le dolían, las pantorrillas las tenía como piedras y sus pies no soportaban más el peso de su propio cuerpo. Estando en esa apariencia débil, se le hacía imposible darles alcance; cuatro patas eran más veloces que dos, que saldaban la mitad de la distancia que estas hacían en la misma fracción de tiempo.

—¡Everett! —lo llamaba, él la ignoraba y esto a Isabel la cabreaba, estaba enojado debido a la terquedad de su mujer. Corría con ellos en desventaja; su frente perlada en sudor, su corazón galopante, sus piernas adoloridas y el esfuerzo contenido en su mandíbula que apretaba sus dientes. La respiración era insoportable, le dolían las costillas, el aire era denso, la lastimaba, consumía bocanadas de oxígeno que, en vez de revitalizarla, la ahogaban. Quería detenerse, era insuficiente. ¿Cuánto llevaba corriendo? ¿100 kilómetros? ¿200? ¿300? Le parecía que se habían adentrado a bosques de otras regiones; debieron haber salido de Denali sin que ninguno se hubiera dado cuenta. O, tal vez, el terreno para cazar era demasiado extenso.

Trastabilló con una roca saliente del suelo y cayó, lastimándose los codos y las costillas. Sus manos sufrieron pequeñas cortaduras por tratar de detener el golpe en su cara, cuando rodaba debido a la velocidad que llevaba. Al final quedó despatarrada, jadeando sin aliento; que se fueran todos a la porra, ella no seguiría más con la carrera.

Escuchó un aullido y reconoció enseguida de que se trataba de Everett. La llamaba demandante sin obtener respuesta a cambio; no quería hacerlo, estaba muy cansada.

—Vamos, señora Isabel, el alfa nos llama —Luttrell, el que le dio el porrazo al humano, la aupó preocupado de que la híbrida no pretendiera dar un paso más.

—Estoy agotada, ve tú, yo me quedo aquí recostada.

El hombre, cuyas greñas eran más largas y espesas a las de Everett, cabeceó en desacuerdo. Él era su guardaespaldas, por lo que, si ella decidía quedarse, Luttrell también lo haría. La protección de la compañera del alfa era prioritaria.

—Se enojará si la dejo. Debería *cambiar* para que soporte la

cacería.

—Así me quedo —vestida en vaqueros y humana.

El aullido del lobo dominante volvió a tronar por entre los árboles frondosos. Desde el alba, el sol calentaba abrasador, elevando la temperatura hasta por los 30 grados centígrados; fresco para los que habitan tierras azotadas por olas de calor y sofocante para los acostumbrados a un clima que bordea el punto de la congelación. Luttrell juntó sus manos alrededor de sus labios cubiertos de vello, para emitir un aullido que fuera bastante sonoro, dicho sonido se escucharía más fuerte y las ondas de ecolocalización viajarían hasta llegar a destino. Como la joven prefirió mantenerse en su forma *erguida*, él y Elijah, se mantuvieron igual para comunicarse con esta de necesitarlo y correr a su velocidad. No estaban desnudos, lucían vaqueros desgastados y camisetas roídas, aunque estaban descalzos y sus melenas alborotadas amenazando con enredarse entre las ramas si no se las anudaban en una cola de caballo baja.

Así que su voz estalló en respuesta del alfa que avisaba la proximidad de una presa y también porque de repente había notado que su pareja ya no estaba a su lado.

Luttrell aulló ronco, casi ensordeciendo a la joven extenuada, revelando su ubicación. La comunicación entre los lobos era efectiva según el tono en cómo lo emitía: un *Homo canidae* podría determinar si uno de los suyos habría detectado comida o necesitaba ayuda, y el que Luttrell resonaba era para que el alfa se enterara que el asunto no era grave, pero era de tener cuidado.

El beta estudió el entorno, previniendo que no hubiese por ahí algún sujeto con escopeta, apuntándolos, mientras que Elijah se ubicó a espalda de la muchacha para cubrir la zona por donde se vislumbraba el inicio de las tundras.

Al cabo del minuto, Isabel percibió vibraciones en el suelo, producidas por las pisadas de un par de bestias de gran tamaño. No se inquietó y sus acompañantes tampoco, *los que se acercaban* eran conocidos.

Un lametón en la cara la espabiló.

—Déjame, Everett.

Otro lametón.

El olor de su pareja se hacía intenso, estando bajo ese grueso pelaje gris claro.

—¡Everett! —Isabel exclamó, recostada sobre su costado derecho como si tomara una siesta a media mañana. El hocico de Everett empujaba su hombro para que se levantara. Las tripas a ella le comenzaban a gruñir por no haber desayunado. El condenado no se lo permitió, quien le prohibió a Blanka servirle los huevos revueltos con tocineta y pan tostado, que bien ella se hubiera engullido de un

bocado.

Luttrell y Elijah intercambiaron miradas silenciosas, asombrados de la paciencia que le tenía el alfa a esa hembra, que ellos estando en su lugar no la hubieran tenido con las suyas. Por lo general, una mordida en una pata, las ponían en pie y a seguir por el camino que las presas aguardaban a que les hincaran los colmillos.

—Deja de empujarme, estoy cansada. Vayan ustedes a cazar, que… ¡Ya deja de empujarme! ¡No me lamas! *¡Arg!* —Isabel se quejaba, Everett seguía clavando su hocico en su hombro, alternando con lametones que le daba en la cara y cuello, con el afán de animarla a seguir adelante. Ella tenía que poner de su parte si deseaba superar sus temores.

Aun así…

La pasividad del bosque fue barrida por un disparo que resonó en la lejanía.

Los lobos –cuadrúpedos y bípedos– alzaron la mirada y aguzaron el oído hacia la dirección de dónde provino el sonido.

Everett gruñó incentivado por la competencia de la caza. Otros hacían patente su presencia como el máximo depredador de esos terrenos. Aulló atronador y su eco barrió la reserva como una onda expansiva; los tres lobos guardianes aullaron en réplica; Luttrell y Elijah se les alargaron los colmillos y sus ojos se tornaron amarillos, querían transformarse, pero sin la aprobación del alfa no lo harían. En cambio, Kevin tenía su pelaje pardo erizado, sus orejas y encías plegadas, y sus patas preparadas para correr a toda potencia.

No obstante, se llevaron la sorpresa cuando el miembro rebelde de la manada, la que se supone se negaba a cazar como Licaón manda, alzó la cabeza de repente y no por el rugido de su compañero, sino porque su olfato captó la sangre de la criatura al que le dispararon.

Cerró los ojos y olisqueó el aire, causando que su corazón estallara de júbilo y su boca ensalivara. ¿Era posible que se repitiera aquello? Ella era tan débil…

Movida por el hambre que, de un momento a otro, su raciocinio se vio afectado, dando paso a los instintos básicos, se desgarró la camiseta y se quitó el pantalón con desesperación. Los folículos pilares comenzaron a emerger de la dermis de sus brazos y piernas con tanta rapidez que, en cuestión de pocos minutos estaría postrada sobre sus cuatro patas.

Everett observó la transformación y le lanzó un gruñido a Luttrell y a Elijah para que hicieran lo mismo; entre más lobos estuvieran convertidos para contenerla, mejor.

Ya sabían lo que harían, lo discutieron tras Isabel haberse quedado dormida la noche anterior: sería contenida con el aplastamiento de sus cuerpos, conscientes de que recibirían muchas mordidas. Everett no

deseaba lastimarla, pero si aquello no servía, entonces la contendría como la vez pasada y rogaba que después lo perdonara.

Le daría su oportunidad. Debía primero someterla a la prueba, si lograba superarlo, estaría en capacidad de convivir con otras especies, de no conseguirlo…

Isabel chilló con un timbre de voz muy diferente al sutil que suele escucharse en una mujer; este le pertenecía a una criatura que en ese instante no era humano ni lobo; más bien un intermedio de los dos. Pasaba por la metamorfosis que seguía siendo dolorosa. En esos meses Everett la estuvo animando a hacerlo, había padecido cada cambio. En más de una ocasión la llevó a la cumbre del Monte Denali; en otras a las tundras, también a la parte central del parque nacional, donde el Río Savage la recorre y del que la mayoría de las veces la llevaba por estar lo más alejado de la cabaña. Solo era transformación y luego volvía a ser bípeda, como un ejercicio de cuclillas: ¡Arriba, abajo y en cuclillas! ¡Arriba, abajo y en cuclillas! ¡Arriba, abajo! ¡Arriba y abajo! ¡Arriba! Y repitamos… Solo que esta vez los «ejercicios» le reventaban las piernas literalmente.

Loba-humana.

Loba-humana.

Y repite…

Con esta era su vigésima vez. Las contaba todas; claro que no se lo comentaba a Everett, quizás él también lo hacía como el padre que lleva la cuenta de los logros de su hijo. Aun así, en cada ocasión en que Isabel se convertía *en lo que los ancestros hicieron* hacía miles de años, le dolía el cuerpo como la primera vez.

Aulló entre adolorida por el quiebre de sus huesos y molesta por tener que soportarlo con frecuencia. Menos mal que obedeció a su intuición de dejar el anillo de compromiso en su cuarto, se lo hubiera quitado temblorosa y arrojado a la cabezota de Everett por haberla convencido de acompañarlo. Él bien que pudo llevarla a cuesta sobre sus hombros y obligarla a los mordiscos a que le obedeciera; sin embargo, empleó todo su poder de *convencimiento* mientras acunaba a Ángel y la miraba en silencio.

Fue como un recordatorio a su amenaza.

Por sus hijos ella estaba dispuesta a todo.

Aunque hizo trampa. Si cazaba siendo bípeda, tal vez sería innecesario siendo loba.

Por desgracia, se equivocó, como siempre que lo hacía cuando la terquedad la dominaba. Everett se lo había dicho: «No se puede subyugar miles de años de instinto animal». Era una necedad pretenderlo. Y, por ello, sufría la decepción de la realidad.

Ante un desgarramiento de su ropa interior, Isabel aumentaba de volumen y se postraba sobre sus cuatros extremidades. El chillido le

salió como un gruñido; estaba enojada, eufórica, hambrienta… Muy hambrienta. Y todo por culpa de Everett que le negó desayunar.

Así que, ¿quería que comiera de lo que cazaba y no del que la buena mujer de la señora Blanka le preparaba? Muy bien, que así fuera. ¡A comer se ha dicho!

Fue la primera en salir disparada por el bosque en cuanto su cambio se completó. Everett y los demás lobos la seguían, corriendo con toda la intensión de ser más lentos que la hembra; estaba siendo sometida a prueba, del que el más dominante oraba a los dioses para que lo honrara; esto demostraría ante sus hombres que se podía confiar en ella.

El riesgo de que no lo lograra era grande. Era una híbrida madre recién convertida, un par de meses no le daban experiencia, le faltaba mucho para adquirirlo, pero la situación que ellos afrontaban los orillaba a que la joven lo adquiriese mucho antes que cualquier metamorfo común.

Los cuartos traseros y delanteros de Isabel se extendían y encogían, lanzando grandes zancadas para recorrer el trayecto hasta su presa con extrema rapidez. Olía delicioso, aunque no tanto como el que percibió el día anterior, pero igual era alimento que deseaba devorar.

Y lo divisó.

Allí estaba: herido, cojeando de su pata derecha delantera. Apenas se sostenía en su desespero por salvarse la vida. Ella mostró sus largos colmillos. ¡Qué presa tan fácil de atrapar! Era cuestión de correr y…

Otro se acercaba.

Su suerte mejoraba.

Se relamió y apuró el paso, procurando no hacerse visible por este que era una presa mucho más suculenta y peligrosa; el hecho de que se anduviese sobre dos patas y que fuese lento al correr, no lo hacía indefenso, tenía medios para mandarla al más allá de un plomazo.

¡Ah, qué hambre!

Escuchó un gruñido detrás de ella, era Everett, reconocía su timbre de voz cuando estaba feliz o enojado; en esta ocasión le lanzaba un gruñido de advertencia, le pisaba los talones, más no la detenía.

¿Por qué?

Qué extraño.

¿Acaso quería que probara de esas *carnes blandas* lo que antes le había negado?

Vaya cambio de parecer.

Bueno…

¡Pues, muchas gracias!

Aceleró la velocidad en sus patas, la salivilla saliendo de sus fauces durante la carrera, salpicando quizás a los que venían detrás. Luego se

disculpaba, puede que les dejara una parte de la presa, a lo mejor las patas, porque el torso ella se lo tragaría…

Se detuvo abrupto.

¡Huich!, ¿qué fue lo que pensó?

¡¿Tragaría?!

Jadeaba enfocando incrédula al humano que le disparaba al venado y del que no se daba cuenta de que también era acechado por otro tipo de depredador.

Por sus hijos ella era capaz de todo.

Se limitó a observar al humano reclamar su premio. Él lo cazó, la presa era suya. Isabel perdió el interés en las dos criaturas que, si mataba a una, era fácil de atacar a la otra; no obstante, causaría una grave infracción que podría desencadenar una cacería contra su propia especie.

En vez de darse por vencida o yacer allí cansada, volvió a alzar el olfato para captar otro animal. Everett y sus acompañantes se mantenían rezagados, esperando a que ella los guiara al que habría de alimentarlos.

Y eso hizo.

Detectó a un caribú a dos kilómetros al noreste. Por su fuerte olor, era macho y adulto. Bastaría para darse una *atragantada* entre los cinco.

Corrió tras este, ignorando el llamado incesante que la carne del venado y la humana le hacían. No lo haría, no cedería. Todo fuera por sus hijos.

Jamás en su vida tuvo tanta fuerza de voluntad como en ese instante en que se obligaba a ponerle vigor a sus patas para alejarse de allí antes de que cambiara de parecer. Los rostros de sus hijos eran bastante efectivos para mantenerla lúcida y recordarse constantemente el error que cometería. Fue como si sus patas tuvieran candela, porque voló por esas colinas como un torpedo. ¡Era veloz! El rebaño de caribúes se dio cuenta, salieron en estampida; unos por un lado y otros se abrieron hacia el extremo opuesto, se acercaban los lobos, los más temibles de todos y entre ellos estaba una hembra determinada a darles cacería.

Isabel logró saltar sobre el lomo de uno de estos e hincarle los colmillos. Con un movimiento brusco lo volcó patas arriba, impidiéndole que huyera despavorido.

¡Lo tenía! ¡¡Ella lo tenía!!

Everett dio un paso hacia adelante, olfateando al caribú en una pose de ser el primero en comer de la presa. Luttrell, Elijah y Kevin, se relamían hambrientos, que la hembra se hiciera a un lado, ellos tenían hambre. Otros lobos observaban a una distancia prudente de esa temible manada alrededor del animal a pesar de que eran superados

por los de menor tamaño, pero no se lo disputarían, les tenían respeto y temor, si ellos como lobos comunes eran fuertes, aquellos gigantes lo eran mucho más.

La adrenalina hizo que algo se apagara en el cerebro depredador de la aguerrida loba, quien sin pensarlo dos veces desgarró la piel del animal con todas sus fuerzas.

La sangre del infortunado caribú salpicó su hocico.

Esto provocó que Everett gruñera feroz. ¡¿Qué había hecho esta insensata?! Había osado con ser la que iniciara el festín y no debía ser así. ¡Él era el líder de los lobos metamorfos! Isabel atrapó al caribú, pero estaba en la obligación de respetar las jerarquías y ceder al animal para que el lobo dominante se alimentara mejor. Su imprudente acción podría desencadenar una serie de alzamientos que terminarían en cruentos enfrentamientos entre estos y el alfa. ¡¿Cómo se atrevía a pasar por encima de su autoridad?! Y más su compañera quien debía dar el ejemplo a los más débiles.

Saltó sobre Isabel y le mostró sin consideración la hilera de sus mortales dientes. Los lobos cazaban a sus presas en grupo y luego la casta que recorría por sus venas se hacía patente. El que pretendiera ignorar lo que la naturaleza lobuna estableció desde el inicio de los tiempos, le iría mal. Él los pondría en su lugar. Isabel no sería la excepción.

Los gruñidos del macho reverberaban sobre la hembra que se mostró altanera y poco dispuesta a dejarse vencer por un bravucón. Sin embargo, su falta de juicio le jugó una trastada, puesto que, al negarse a ceder el suculento alimento a su compañero, este la revolcó con rudeza.

El beta y los gamma podrían imitar su rebeldía.

Y si estos le perdían el respeto, la anarquía caería en su manada. «Al Alfa de Kenai no lo respeta ni su hembra. Hay que aniquilarlo. ¡Hagamos lo que nos dé la gana!».

Por extensión, ese día Isabel sabría para qué fueron establecidas las jerarquías.

Para mantener el control.

Por segunda vez supo lo que era la mordedura en el lomo.

Chilló.

¡Tonta!, la razón se abría paso de repente. La sangre del caribú por un breve lapso la idiotizó. Pero el hecho de que él la lastimara, le partía el corazón. ¡Fue un bruto!

Everett la soltó e Isabel retrocedió unos pasos a la vez en que bajaba la cabeza y metía la cola entre las patas, temiendo que siguiera lastimándola. Gimoteaba en una clara sumisión; ¿qué más remedio le quedaba? Rebelarse le ocasionaría graves consecuencias. Los muchachos estaban tensos.

Estos no dejaban de observarlos, ¡así era cómo debían bajarla de las nubes! ¿Qué creyó, que por cazar iba a dar el primer mordisco? Más bien, a ella la mordieron.

Una vez que Everett comprobó que Isabel no daría más bronca, relajó su postura dominante y se volvió hacia el inerte animal para clavar sus colmillos. ¿Por qué Isabel tenía que estar dándole problemas? De estar solos, no le habría importado que se posicionase sobre la presa, pero se hallaban presente tres lobos más, cuyo carácter y fuerza, competían con un alfa.

Isabel poquito a poquito se acercó hasta Everett; cabeza gacha, cola metida, el deseo de congraciarse era grande. Se había equivocado, lo sentía y, para ello, quería restregar su pelaje contra la de él para manifestarle que no le guardaba rencor.

Más la intención no fue bien recibida por Everett, quien no comprendió sus intenciones.

Le lanzó una dentellada.

¡Necia!

Isabel se aovilló en el suelo para evitar ser atacada de nuevo. Los lobos comunes la estudiaban con detenimiento. Si a esta –que era de tener cuidado– le fue mal, ¿cómo les habría ido a ellos de aventurarse a despojarlos del animal?

Lo más probable que una masacre.

Verla temerosa, hizo que Everett perdiera el apetito. Luttrell comprendió que no habría comilona, sino para más tarde; si ellos osaban con reclamar lo que no atraparon, podrían despedirse del mundo.

Everett comenzó el proceso de la reconversión, su enorme anatomía se encogía para volver a ser ese hombre de contextura fuerte y viril que a Isabel le fascinaba, aunque no en ese instante por lo ocurrido. Lo mismo hicieron los tres lobos guardaespaldas a la vez en que Isabel se relajaba en el suelo para que su silueta de mujer adquiriera forma. No había morbo de por medio ni vergüenza por la desnudez evidente entre ellos, era como si no se diesen cuenta de que estaban desprovistos de ropas, se miraban a los ojos, no a sus partes íntimas; extraño en esa raza del que declaraban ser excelentes amantes.

Puede que la convivencia, el compañerismo o el sentido de la confraternidad, les pusiese una venda en los ojos. Isabel no se sonrojaba ante los hombres, cuyas virilidades colgaban lánguidas de entre sus piernas y del que la naturaleza a ninguno desfavoreció. Y estos no ansiaban –salvo Everett– los pechos llenos de la hembra.

—¿Mi señor, no va a comer? —Elijah preguntó por la aparente inapetencia de su amo.

—No —fue toda su respuesta.

—¿Nosotros podemos hacerlo?

—No. Llévenlo para que Blanka lo guise. Se me antoja sazonado con salsa de barbacoa.

Isabel agrandó los ojos y los otros sonrieron ante la idea. Evitó hacer algún comentario, intuía que Everett se había contenido de gritarle delante de los otros y no era precisamente porque se le había antojado comer el caribú en un plato.

Luttrell tomó al inerte animal y lo terció sobre sus hombros sin el menor gesto de esfuerzo de que pesara mucho. Esperó a que el alfa abriera el paso, pero Everett les ordenó que se adelantaran, que él quería disfrutar el retorno con calma, de modo que cuando llegaran a la cabaña, el caribú ya estuviese preparado. Pero lo que en realidad pretendía era regañar a su mujer.

—Everett… —Isabel lo llamó aprensiva, una vez que los guardaespaldas se marcharon—. Perdóname. Yo…

—¡TE CALLAS! —la gritó a todo pulmón. Los *Canis lupus* que se hallaban postrados a unos cuántos metros sobre una colina, los observaban en silencio. Eran buenos espectadores, no se acercaban a molestar ni amenazar a la pareja que reñían con sus hocicos chatos, más bien los cuidaban desde sus puestos de vigilancia para que su peor enemigo –el humano– no los lastimaran. Eran sus hermanos mayores a quienes trataban como parte de la manada—. ¡IMPRUDENTE!

—¡¿Por querer comer de primera?!

—¡Por cuestionar mi autoridad! —replicó con severidad. Sus ojos los tenía enrojecidos por la rabia.

—Pero yo solo quería comer…

—Esto no es el *bufet* de una fiesta, Isabel, en el que el invitado se atraganta con pastelillos mientras los demás bailan. ¡ES EL PRODUCTO DE UNA CACERÍA! Y te atreviste en alzarte por sobre mi mandato.

—Pero yo lo…

—¡Sí, lo cazaste! ¿Y QUÉ…? Todos lo hacen y deben ceder la presa al alfa. Y no te excuses con que no lo sabías, porque esto te lo he explicado muchas veces y ahí estabas de rebelde.

Isabel miraba sus propios pies, avergonzada de sus actos.

—Perdona…

Everett sonrió despectivo a la vez en que meditaba que el gozo que sintió hacía unos minutos, fue efímero. Isabel no atacó al humano ni se apoderó del venado que por derecho a este le correspondía. Fue cauta alejándose de allí para obtener el suyo a través de la caza. Sin embargo, la idiotez que cometió después de enfrentarse a Everett por un pedazo de carne, sin tomar en cuenta lo que él le había dicho antes con respecto a las jerarquías, echó todo a perder.

Fue muy imprudente.

Le dio la espalda y se encaminó hacia la cabaña, dando pesadas zancadas que dejaban marcadas sus *huellas humanas* en la tierra. Isabel lo llamaba, él se hacía de oídos sordos; ya la increpó, por lo que no deseaba pasar más tiempo a su lado, necesitaba saldar distancia para apaciguar el cabreo que le hizo pasar. De haber sido unos de sus hombres, le habría dado una paliza. ¡Tonta! ¡¡Insensata!! Perdía el control rápido ante el olor de la sangre de una presa.

Convocó a su lobo interno y se adentró al bosque, mientras que la pobre Isabel sollozaba rezagada y sin transformarse. Ella corrió desnuda detrás de él, llamándolo a los gritos. Su voz estaba rota, dolida… Lo había decepcionado.

Everett se recriminaba en su fuero interno por las veces en que le había hecho a ella tantas concesiones. Lo que hizo fue hacer de Isabel una insolente. ¡Lo desafió delante de sus hombres!

En el instante en que desechó el impulso de atacar al humano, él quiso premiarla. Había pensado en permitirle en que diese el primer bocado, sentada frente a la mesa, como marido y mujer, y no como dominante y sumisa. Everett pudo haberle correspondido al gesto, permitiendo que se alimentara antes que él; no obstante, hubiera sido mal visto entre sus congéneres.

Un alfa comía de primero.

En cambio, en la cabaña, solo ella y él…

Le habría dado esa concesión.

Pero ya no pasaría. Su pésima actitud jamás sería premiada. Isabel le demostró que no era la mujer que todo lo que se proponía lo superaba.

Solo era una híbrida descocada que requería de ponerla en cintura.

Capítulo 5

—Everett, lo siento, me sobrepasé con mi comportamiento, no volverá a pasar. Ahora soy más consciente de mis actos.

Isabel expresó con voz entrecortada y las mejillas anegadas en lágrimas. Lo había seguido a toda carrera hasta el riachuelo. Tardó unos minutos en llegar después de él, dándole a ella la impresión de que la estuviese esperando; solía asearse rápido a menos que las caricias y besos con su compañera sentimental le hicieran prolongar el baño, pero ese no era el caso, a juzgar por su ceño fruncido. Estaba sumergido en el agua hasta la línea del nacimiento de su pelvis, apenas vislumbrándose sus vellos púbicos. Su frondosa cabellera la tenía húmeda y goteando por sobre sus hombros, al igual que su enmarañada barba que ya ameritaba un corte. *Poseidón* aguardaba por *Anfitrite* para volver juntos al *palacio* y aparentar ante los *súbditos* de que todo estaba bien.

Pero no era así.

Él levantó la mirada hacia la joven loba y replicó:

—No lo creo.

Bastó para que esas tres simples palabras, le calaran a Isabel como si fueran puñaladas.

Conteniendo romper en llanto, entró en el agua que estaba más cálida a otras estaciones y se plantó frente a Everett que la miraba sin un ápice de deseo carnal, el enojo que lo azotaba era difícil de disipar.

—¿Por qué eres tan duro conmigo? —recriminó casi en un susurro, dolida de su enojo—. Hago todo lo posible para complacerte y me tratas como si fuese una idiota. Admito que se me cruzaron los cables de la cabeza y que pude causar un enfrentamiento con tus hombres, ¿pero me tenías que tratar así? ¡Mira cómo me dejaste! —Enojada le mostró las heridas en su nuca. Las tenues cicatrices de la anterior reprimenda volvieron a abrirse por la mordida de Everett.

Él desvió la mirada para no tener que verlas. Se había jurado no volver a lastimar a su mujer y fue exactamente lo que hizo.

—No habría pasado si hubieras obedecido, Isabel. —Fue un canalla al escupírselo, pero era mejor ser un lobo de esa calaña, que verla muerta. Así como le disputó a él la presa, lo haría con cualquiera de los machos. La despedazarían en el acto.

—¡Casi me arrancas la piel! —alzó la voz a la vez en que se volvía hacia él—. Perdiste los estribos.

Everett retornó sus ojos con severidad y sonrió incrédulo.

—¿Yo? ¡FUISTE TÚ QUIEN LOS PERDIÓ! —estalló a todo pulmón.

Hubo un leve revoloteo en las copas de los árboles al asustarse los pájaros que allí reposaban—. ¡Te pasaste con tu insolencia!

—¡¡Estaba transformada!! ¡Era una loba!

—De la que me demostró que no puedo confiar en ella. Isabel, si no eres capaz de controlar tu temperamento, ¿cómo pretendes que iniciemos una vida en otra parte y con nuestros hijos?

—A ellos no los meta —la estaba cansando y poniendo cada vez más nerviosa.

—Pues sí los meto, porque me preocupa que tu insolencia de cachorra los lastime.

La joven morena hizo un mohín.

—Jamás les haría daño. —Hasta moriría por ellos.

Everett dio por concluido el baño y la discusión sostenida con Isabel, y salió del riachuelo para llenarse la panza con el guiso que se percibía desde esa distancia. El tejado de la cabaña se alcanzaba a ver de entre los árboles que coronaban la colina. Estrujó su cabello para terminar de liberarlo de la mayor cantidad de agua que empapaba cada una de sus hebras, yéndose al mismo tiempo cuesta arriba sin mayor vestimenta que su propia piel. Durante el trayecto su cuerpo se secaría, el sol que se filtraba a través del denso follaje por sobre su cabeza y la suave brisa, serían su «toalla».

En esta ocasión Isabel no lo llamó, se quedó en medio del riachuelo con leves espasmos en sus hombros debido al llanto. Por un par de errores se ganó su desconfianza y eso la hería en lo más profundo de su corazón.

Miró a su rededor para comprobar que no fuese observada por algún fisgón, pero se halló más sola que nunca que ni los pájaros ni las liebres que por ahí correteaban, la observaban. Temblorosa por la rabia, se sumergió por completo y estando así soltó un grito por la impotencia que sentía, del que salió amortiguado por el agua. ¿Acaso no podía cometer errores?

Idiota.

Everett era un soberano idiota que ni siquiera tomó en cuenta el hecho de que ella no atacó al venado ni al humano. ¡Se controló! Aunque por un breve lapso.

¡Ah!, pero estaba enojado por lo del maldito caribú…

—Que se lo trague todo —masculló para sí misma tan pronto emergió a la superficie como una sirena cabreada. Ese día almorzaría un par de huevos fritos y pan tostado, ya que no le provocaba engullir el animal de la discordia en compañía de su egoísta prometido.

Se restregó la sangre que tenía impregnada por varias partes del cuerpo y pasó las yemas de sus dedos con rudeza por su cuero cabelludo para quitarse la tierra que se le pegó por culpa de la revolcada que le dieron; lloró otro tanto y gruñó en voz baja un par de

increpaciones, sin dejar de pensar en lo que había sucedido.

Ceder…

El enojo de Everett se debía a que ella no cedió como una omega sumisa.

Le dio guerra.

—Machistas de mierda. —Puede que las razones que le diera fuesen válidas; aun así, se le revolvía todo por dentro porque, al fin y al cabo, se trataba del dominio del fuerte sobre el débil. En este caso, sobre la hembra.

E Isabel no era una que se dejaba domesticar por su pareja con facilidad.

Los hombres lobo estaban muy acostumbrados a someter a los suyos.

A paso lento emprendió la caminata de retorno a su hogar, se secaba de mala gana la lágrima que intentaba desbordarse por sus mejillas, había llorado suficiente: la cagó, la revolcaron y la increparon, pero ¡ya está! Fin del lloriqueo. Isabel García no era blandengue, había pasado por situaciones más adversas que esas y salió con la frente en alto.

—Sí, claro, porque antes te le mediste a un puto lobo…

El aroma del guisado incrementaba en la medida en que se aproximaba, causando estragos en su estómago. ¡Ay, tenía mucha hambre!

Y ella comería huevos fritos.

Se afanó por llegar rápido a la cabaña y esto hizo que se percatara de pronto en su desnudez. Le daría vergüenza que la señora Blanka la pillara en cueros; ni su madre la vio así de adulta, como para que una mujer que no era familia, le viera sus partes íntimas.

¡Carajo!

En vez de verla solamente el ama de llaves, había más gente.

—Es una buena presa, Isabel, ¡te has lucido! La felicito —la rolliza pelirroja elogió a la aludida una vez esta entró por la puerta posterior de la cocina—. En unos minutos te sirvo. La mesa está al tope…

—Eh, sí, sí. Está bien, no importa, luego bajo, voy a vestirme —medio le sonrió, incómoda por hallar a Everett y a los guardaespaldas, sentados en la mesa de cuatro puestos, devorando a dos manos las presas servidas del caribú.

Fingiendo que se rascaba el hombro izquierdo, se cruzó de brazos para cubrirse los senos y atravesó la cocina a paso ligero hacia las escaleras. La «venda» que se supone le impedía ver su desnudez, se había caído de sus ojos. El pudor le hizo enrojecer las mejillas.

Pero antes de poner un pie en el primer escalón, se ocultó en la pared colindante y a los comensales les espetó:

—¡Para la próxima, pónganse pantalones!

Everett y los guardaespaldas dejaron de comer, y alzaron la mirada hacia ella.

Más la réplica de algunos de ellos quedó sin efectuarse al marcharse la morena a la segunda planta, resonando sus pisadas por los escalones. Les dio un rápido vistazo a sus hijos, ambos dormían, siendo arrullados por el canto de una de las nodrizas quien saludó a Isabel con un sobrio asentamiento de cabeza. Esta oscilaba los cuarenta años, bastante rolliza y bajita, en cambio la otra, de contextura más delgada, debía ser diez o quince años más joven y bastante risueña, saludándola con una sonrisa. A Isabel ambas debían llegarle por debajo de los hombros, pero estas les habían demostrado que eran fuertes cuando se trataba de proteger a las crías.

Devolvió el saludo, levemente oculta detrás de la puerta y preguntó por sus hijos, aunque era obvio determinar que estos no debieron darle guerra, solían comportarse mejor con las nativas, porque con ella eran unos malcriados.

Como tenía el culo al aire y no deseaba que la pillara algún otro de esa manera, dejó que las nodrizas continuaran arrullando a los gemelos y se encaminó hacia el dormitorio para encerrarse. Sin embargo, antes de hacerlo, Everett frenó abrupto la puerta para impedirlo y entrar también.

Isabel marcó distancia, yendo hasta el baño para tomar el albornoz y con este cubrirse.

—¿Por qué hiciste ese comentario tan desagradable? —Everett la increpó molesto, teniendo cuidado de que los que estaban en la cabaña, no lo escucharan.

—¿Por qué crees? —Tomó el peine que reposaba sobre el mueble del lavabo *vintage*.

—No me salgas con otra pregunta, odio cuando lo haces.

Ella, imperturbable, salió del baño y se sentó al borde de la cama en una pose altiva. El dormitorio era escaso de muebles, Everett prefería prescindir de una cómoda o una peinadora, pues no deseaba entorpecer la espléndida vista que tenía del exterior a través de los grandes ventanales que hacían de paredes.

—Bueno, te respondo: por el *olorcillo* que sus *posaderas* dejarán pegado en los asientos.

—Ellos se asearon antes de entrar y yo también lo hice. ¡Tú me viste!

—Igual hiede… —se alisaba el cabello con ademanes toscos y la vista fija en los abetos que se extendían colina abajo.

Él presionó el tabique de su nariz para llenarse de paciencia.

—No vuelvas a decirlo, fuiste muy grosera.

La risa sardónica de la muchacha resonó al instante.

—Por favor… —masculló—. Los *groseros* son ustedes que parecen

exhibicionistas. ¡Vístanse! ¿Qué es eso de sentarse un grupo de hombres *encuerados* en la misma mesa?

Everett, quien seguía plantado frente a Isabel, sin una prenda de vestir que cubriera su desnudez, se la quedó mirando estupefacto. ¿Qué le había querido decir?

—¿Qué estás insinuando?

Isabel peinándose con absoluta pedantería, respondió:

—Que se ve raro.

—«Raro», ¿cómo? Mírame, Isabel. Dime lo que estás pensando.

—¡Qué se ve raro, chico! ¿Te lo digo más crudo? Parecen *gais*...

Eso había sido el colmo para el lobo.

—¡NO LO SOMOS! ¡¿Cómo te atreves a insinuarlo?! —gritó contundente. Ángel y Erik rompieron en llanto desde el otro lado de la puerta.

—¡Bruto, despertaste a los bebés! —Isabel se levantó de la cama de un salto para salir de la habitación y atender a sus hijos, pero Everett se interpuso en su camino—. Apártate.

—Nashua y Sakari se encargarán de ellos.

—Yo soy la madre.

—En estos momentos, no.

Fue como una bofetada para Isabel, del que hizo que sus alarmas mentales se activaran.

—Apártate —intentó pasar por su lado, pero Everett se plantó frente a la puerta para impedirle que abandonara la habitación. Esa tarde zanjarían algunos puntos. Le había espetado aquello con toda la intención de ser ofensiva.

—Vamos a hablar.

—¡Dije que te apartes! —El llanto de Erik se alzaba por sobre el de Ángel. Debieron haberse despertado sobresaltados por el grito del estúpido del padre.

—¡¡No hasta hablar!!

Isabel tuvo que morderse los labios para no estamparle una trompada; al parecer a este se le había olvidado que no debía gritarle. La vida marital le estaba cambiando su actitud, por lo que, si seguía comportándose como troglodita, lo mandaba a caminar por el valle de los abandonados. Bien que se lo había advertido más de una vez cuando a él la cólera le quemaba las neuronas.

—Hazme el favor de moderar la voz, porque no me pienso aguantar tus gritos.

—Y tú no vuelvas a insultar de esa manera —la increpó de vuelta —, que ni a ti te gustaría que pusieran en duda tu sexualidad.

Un asentamiento de cabeza fue el acuerdo de la muchacha.

Con la palma de la mano hacia arriba, Everett le indicó que se sentara en la cama. El único modo que tenían los dos para limar

asperezas era que ambos conversaran como dos personas sensatas.

Sin embargo…

—Primero vístete.

¡Coño!

Everett lanzó una increpación en su fuero interno. ¡Qué mujer! Le crispaba su poca paciencia.

Puso los ojos en blanco y, como un orangután de malas pulgas, se dirigió hasta el armario y sacó lo primero que vio de calzoncillos y vaqueros, enfundándoselos enseguida con ademanes toscos.

—¿Ahora sí? —consultó con rudeza. La camiseta se la pondría después.

Isabel se cruzó de brazos y se sentó a los pies de la cama. Everett tomó la silla rústica; sobre esta reposaba una de sus camisas, la arrojó al piso y llevó la silla al frente en donde se hallaba su mujer.

Se sentó. Sus antebrazos se posaron sobre sus rodillas, permitiendo que su postura estuviese levemente inclinada hacia adelante y así mantener su mirada hacia ella un poco más cerca.

—Esto no puede seguir así, Isabel —comentó con parquedad—. Desde que vivimos juntos, estamos en una constante contienda.

—Yo no lo inicio… —replicó en su defensa y tratando en lo posible en no apartar la mirada. Hacerlo, le enviaría a él una falsa idea de estar intimidada.

Everett estuvo a punto de espetarle «¡claro que sí, haces todo con deliberada intensión de joderme la paciencia!», pero se contuvo. Era prudente evitar caer de nuevo en el enojo. Los cachorros ya no lloraban; Nashua y Sakari debían estar alimentándolos, y Blanka se les había unido a estas para cantarles una canción de cuna. Su nana hacía mucho que ya no lactaba.

—Quién sea —dijo a cambio—. La cuestión, es que estamos riñendo a toda hora y delante de mis hombres. ¿Qué pretendes con esto, Isabel?

Ella hizo un mohín.

—¡Nada! ¿Qué voy a pretender? —contestó altiva—. Trato de hacer las cosas bien, pero…

—Pero te descontrolas —terminó él por ella sin ser odioso. Ninguno de los dos había sido consciente de que los tres guardaespaldas que estaban almorzando, se marcharon de la cabaña, tras iniciada la discusión. En peleas de pareja era mejor no estar presente, ya que muchas veces terminaban formando parte de esta sin proponérselo.

Everett buscó las manos de Isabel que estaban ocultas entre sus brazos cruzados y aguardó a que ella relajara su tensa postura y le concediera el gesto. Medio sonrió cuando permitió que sus delicados dedos se entrelazaran con los suyos.

—Isa, este *tira-y-afloja* no nos lleva a ninguna parte. Solo nos distancia.

—Lo sé —espetó sin mirarlo. Sus dedos estaban estáticos sin demostrarle el afecto que él necesitaba. Aún le dolía que le hubiera dado una paliza y después la haya dejado sola en el riachuelo.

—¿Y por qué te empeñas en llevarme la contraria?

—No lo hago adrede.

—Lo haces.

—¡Claro que no! —exclamó. Sus manos de vuelta al cruce de brazos—. Yo hago lo que me pides, ¿no? He salido a cazar; cosa que no me gusta, pero no me dejaste opción —enumeró con saña—. Me he aguantado en este lugar que ni figura en el mapa, estoy lejos de mis amigos, de mi mamá, del…

—Todo esto lo puedes cambiar si obedeces a mis órdenes —le hirió que le manifestara su animadversión hacia el único lugar donde él se sentía realmente bien. Prefería anteponer su paraíso terrenal a personas vacías que idolatraban el dinero. Sobre todo, esa desagradable humana.

Los ojos achocolatados de Isabel se entrecerraron con recelo.

—¿Cómo una de tus sirvientas o como una esclava sexual? —espetó—. No soy ninguna de las dos, Everett. Soy tu prometida, la madre de tus hijos.

—Entonces, date tu lugar.

—¡Qué crees que hago!

—Causar problemas.

Ofendida, se puso en pie y buscó el desahogo al que tanto recurría cuando estaba desbordada por las emociones.

Los ventanales.

Se plantó al que daba hacia el norte, cerca del baño improvisado. Afuera, el cielo estaba levemente tapado por algunas nubes oscuras que vaticinaban una pronta lluvia. El bochorno se sentía por el aumento de la temperatura y la humedad del ambiente. Isabel sudaba, su frente y contorno de la nariz las tenía perladas en sudor, pero no las secaba con las yemas de sus dedos, se mantenía enfurruñada y con el ceño apretado; ¿dar problemas? ¡Ella no los causaba! Era solo que aún no estaba preparada para ser como las demás lobas.

Sumisa.

—Sé que te desagrada que te grite y que a menudo discutamos —Everett replicó mientras se levantaba de la silla y se volvía hacia ella —, pero todo es por tu culpa.

—¡Ah, la culpa es mía! —lo miró con rabia—. Qué bonito, ahora soy la culpable de todo…

Él gruñó unas palabras ininteligibles de las que Isabel le pareció que era en serbio.

—¡Cielos, Isabel, ¿por qué eres tan terca?! —cuestionó—. Te me enfrentaste por la presa, no acatas órdenes, haces lo que quieres sin detenerte a pensar que por ello puedes ocasionar futuras rebeliones. ¡Sí, rebeliones! Luttrell, Elijah o Kevin se atreverían a disputarme el liderazgo. Son capaces de hacerlo si ven la oportunidad; los tres son fuertes y, si deciden unir fuerzas, me matan. —Ella arqueó las cejas, asombrada—. Confío en mis hombres —le aclaró—, pero son de sangre lobo. Y los lobos como ellos no respetan la línea de mando si determinan que soy incapaz de contener a una híbrida revoltosa. Me tomarán por débil. ¿Quieres que eso pase? —Isabel negó con la cabeza —. Entonces, ¡obedéceme! —la increpó—. Te lo ordeno como Alfa y te lo pido como tu futuro marido, *el padre* de tus hijos —le devolvió el golpe con la misma contundencia.

—¿Qué es lo que quieres que haga? —inquirió con un nudo atorado en la garganta. Estaba por llorar.

—Solo obedece a mis mandatos: ataca cuando debas hacerlo, cede la presa en respeto y sumisión, comparta con los miembros de la manada, aguarda a que se te pida actuar, no lo hagas por tu propia cuenta, puedes salir herida. Aquel humano portaba un arma… —lo que no debió pasar. En Denali la caza estaba prohibida.

Isabel retornó la vista hacia el exterior; el manto verde se batía leve a causa de la brisa.

—¿Algo más? —controló que su pregunta saliera hosca. Dentro de su ser una llamarada calcinaba sus intestinos, cada mandato era un golpe a su corazón. ¡Odiaba obedecer! La hacía sentir insignificante.

—De momento, esto. Ya veremos más adelante, según cómo te desenvuelvas.

Las alarmas de nuevo se activaron en la cabeza de la muchacha.

—¿Y Nueva York? —Lo miró por sobre su hombro.

Dando largas a responder, Everett tomó la goma que estaba sobre la mesita de noche y enroscó su cabello que seguía húmedo, en un masculino moño al descuido y del que Isabel consideraba para sus adentros que, si fuese ella la que se lo hubiera hecho, no le habría quedado así de bien. Se lo veía sexy, con sus músculos expuestos y su barba poblada.

—Veremos.

Ni alcanzó a dar un paso para salir de la habitación, cuando a toda velocidad Isabel lo agarró del brazo y lo hizo con tanta rudeza que Everett le gruñó por instinto.

Isabel retrocedió, previniendo que la mordiera.

Pero Everett cerró los ojos y contando hasta diez en su fuero interno, luchó en no dejarse llevar por el enojo.

—Estaremos en Denali un tiempo —dijo en tono serio—, hasta que sepas comportarte. *Esto que acabas de hacer* —miró su brazo—, te

habría valido un golpe.

Ella jadeó.

—Me pones las manos encima y yo…

—No soy un golpeador de mujeres, pero otro te puede golpear. Y temo que eso pase, porque quizás yo no esté presente para protegerte. Jamás detengas a un lobo de esa manera, Isabel, la respuesta para estos sería la de agredirte y me volvería loco si llegara a pasar.

Su sonrisa displicente.

—Lo dice el que casi me deja sin cabeza… —masculló con ironía. Las perforaciones en su nuca le hormigueaban como clara evidencia de la doble moral de Everett.

Él pasó su mirada por la línea del cuello del albornoz de Isabel, molesto por lo que debajo de esa indumentaria de baño se hallaba.

—Eres joven y te falta mucho por aprender. Otro alfa te habría despedazado; te mordí para controlarte, no lo disfruté y me odié por hacerlo. ¡Pero necesito que me colabores! Sé que, como híbrida incipiente, eres impulsiva, tus sentimientos son extremos y la agresividad se incrementa. Sin embargo, el sentido analítico no se bloquea, te hace más intuitiva y sangre fría al cazar.

—Yo no soy así.

—Lo eres. Todo lobo o híbrido lo es; no se escapa al deseo supremo de la cacería. Los lobos cazamos en grupo y dependemos de la sincronización de nuestros actos para atrapar a la presa y sobrevivir. Si cada uno actúa por su parte, ¿qué crees pasaría con la manada? ¡Desaparece! Se hace vulnerable ante otras que se mantienen unidas. Y no hago referencia en aullar a la «luna» —lo dijo entrecomillas— y echarnos en la grama, sino que condenamos nuestras existencias por la rebeldía descontrolada. Tu empeño en lanzarte a la aventura por tu cuenta y aferrarte a tu premio, es una muestra de inmadurez; aún te falta aprender a movilizarte con tus semejantes, ser prudente y acatar órdenes. Tu insistencia en mantenerte bípeda te pone en riesgo ante otras criaturas.

»Perdóname por herirte de nuevo, no quiero parecer como esos hombres que golpean a sus esposas y luego se disculpan. Prefiero morir primero a ser como ellos. La mordida en tu lomo no fue hecha por tu pareja, sino por tu líder.

»Isa…

—Está bien —lo interrumpió de mala manera—, comprendo lo que me quieres decir—: Yo omega, tú alfa. Nueva York para después.

Everett quería lanzar una increpación a todo pulmón, pues el discurso que le dio se resumió a algo tan burdo como el de hacerse la víctima.

—Así es.

—¿Qué tan después?

Muy, muy después.

—Tú lo determinarás. —Tal vez en unos años, cuando dejara de comportarse como una insensata cachorra de sangre azul.

Isabel lo estudió con la mirada y luego la desvió para meditar las palabras de su prometido en las montañas nevadas que se mostraban en otro de los ventanales.

Si lo complacía: lo haría feliz y ella infeliz.

Si luchaba por la igualdad de género: lo haría infeliz y ella más infeliz.

Esto causó desespero en la joven, quien observaba su futuro desolador.

Perdería de todos modos.

—Pero si dejo de darte guerra. Si… *me porto bien*, ¿nos marchamos?

Everett se sintió pésimo, lo que él amaba no era compartido.

—¿Tanto te desagrada Denali?

—Extraño a mis amigos… —respondió sin mirarlo. Se estaba sofocando entre tantas normas y follaje verde.

—Y a tu mamá —fue como un reproche—. ¿Segura que es solo eso? —intuía que la academia de ballet tenía mucho peso.

Cruce de brazos.

Mirada puesta en el ventanal.

—Es mi mamá —contestó altiva—. Es imperfecta y un dolor de cabeza, pero es la única que tengo. No me voy a olvidar de ella, solo porque tenía preferencias con el varón de la casa.

Everett asintió. Ni él hubiera sido capaz de hacerlo con la suya.

Pensó en Winona.

Abnegada por un bastardo que jamás la valoró.

—Esperemos hasta el otoño —dijo—. Si no das problemas durante este tiempo, consideraré en volver a los Hamptons; de lo contrario, ve acostumbrándote a vivir en este lugar que *no figura en el mapa*, porque de aquí jamás saldrás.

Isabel se volvió hacia este rápido.

¡Eso sí que le sonó a amenaza!

No admitía fracasos.

Capítulo 6

La almohada recibió el peso del rostro de Anna.

La espuma que la rellena se hundió hasta el fondo por carecer del grosor suficiente para dicho impacto. Todas las noches, tras darse una ducha y cenar de manera frugal, la joven se arroja agotada a la cama. Sus días laborales eran muy largos y extenuantes, además de rutinarias. No habría alteración a lo que hacía a diario: se despertaba sobresaltada por la alarma del móvil, se vestía y desayunaba con prisas y luego se largaba a su trabajo a toda carrera, gritándole al chofer del autobús para que se detuviera, mientras ella corría tras este por no haber alcanzado a tomarlo en la parada correspondiente, y terminaba yéndose a trote por falta de tiempo.

Las increpaciones de la señora Briserka y las malas caras de Doris y Amelia, por haber llegado tarde, ignorando el tímido «buenos días». Y, de ahí en adelante, el millar de oficios que le tocaba realizar.

Estaba muy exhausta.

—Anna —el toque suave en la madera y el llamado a voz baja detrás de la puerta de su habitación anunciaba la preocupación de la madre. Anna ya sabía lo que le iba a decir—. ¿No vas a cenar?

¡Bingo!

—No tengo hambre. —Le faltaban fuerzas para levantarse y sentarse en la mesita del comedor. Caería de cara sobre el plato de comida.

—¿Por qué no? Es la tercera vez en que te acuestas sin comer —le hizo ver sin entrar a la habitación—. ¿Estás enferma? ¿Te pasó algo con los Brankovic? ¿Otra vez fueron duros contigo?

—Hoy fue un buen día. Solo estoy agotada —mintió para tranquilizarla, siendo la madre consciente del duro esfuerzo que ella hacía para colaborar con la economía de la casa. En varias ocasiones lloró sobre sus hombros por los constantes gritos que recibía en aquella mansión, queriendo presentar la renuncia al otro día y su madre convenciéndola para que no lo hiciera, o estarían pasando hambre.

Las razones que la señora Morris le expresaba a la muchacha con cariño le daban fortalezas para seguir adelante en soportar los malos tratos de esa gente.

—Anna, vas a enfermar si dejas de alimentarte. Ven… —abrió la puerta y metió la cabeza para ver a su hija entre la penumbra—, hice sopita de fideos. Está deliciosa.

La joven hizo un mohín sin que la progenitora se diera cuenta.

Odiaba las sopas.

—Comí algo antes de marcharme —volvió a mentir—. La señora Briserka me permitió comer de lo que sobró en la cena de los amos.

—¿Qué comiste?

Anna abrió los ojos. Las preguntas brotaban al instante de los labios de su madre cuando olía las mentiras. Ella estuvo en el sótano sacudiendo el polvo a las botellas de vino y matando cucarachas.

—Eh… Es-estofado de res —tartamudeó.

—Bueno, si se te antoja sopita, la dejo guardada en la cacerola. Descansa.

—Está bien, mamá, gracias. Buenas noches. —Seguía tumbada sobre la almohada, dándole la espalda a la otra. Su pijama de pantaloncillo y franelilla apenas se vislumbraban en la oscuridad, por la luz que se filtraba del pasillo a través del resquicio de la puerta.

La señora Morris estuvo a punto de recomendarle que pidiera vacaciones para que recuperara su estado anímico, pero sabía que era pésima idea, la odiosa ama de llaves le buscaría reemplazo en el acto, por la cantidad de solicitudes que llegaban a diario, de jovencitas que deseaban trabajar allá, atraídas por la «buena paga» y el «prestigio» de «servir» a la familia más importante de Kenai.

Si bien, el verdadero propósito de estas era la de atrapar a cualquiera de los hombres de la casa, ninguna –según comentado por Anna– lograban superar la entrevista y el «visto bueno» de la señora Grubana.

Si las solicitantes eran bonitas o de formas agraciadas, eran rechazadas.

A la mansión solo contrataban feúchas que pasaban desapercibidas del radar depredador masculino de los Brankovic.

Aunque su Anna…

Sin insistir en que su hija cenara, cerró la puerta y se dirigió hacia la cocina para dejar todo limpio, antes de irse a acostar. George ya estaba en la cama, leyendo un libro, mientras esperaba por ella para darse el beso de las buenas noches y dormir abrazados. Seguían enamorados al cabo de tantos años juntos, compartiendo penurias a causa de la pobreza. Pero esto no repercutía en el amor que se tenían, habían aprendido a sobrellevar las épocas malas y a sonreír a pesar de que no había motivos para hacerlo. Se apoyaban mutuamente y eso bastaba.

Lavó los platos y los dejó secar en el portavajilla. Limpió la encimera con un trapito húmedo que tenía unas gotitas de lavanda, para desinfectar y de paso aromatizar dicho espacio. Meditó lo que cocinaría al otro día, al meter la nariz en la vetusta nevera, del que apenas enfriaba, observando con aprensión las dos piezas de muslos de pollo y el pedacito de carne molida que tenían ahí con pinta de

descomponerse por la mala refrigeración.

Era comida para mañana, después no habría nada.

Suspiró.

Como que tendrían que salir a cazar…

En medio de su atribulada preocupación culinaria, el timbre de la puerta principal sonó, postergando, Emilia, para dentro de unos minutos lo que habría de preparar para el almuerzo y la cena del día siguiente, pues debía atender al que timbraba.

Se quitó el delantal que rodeaba su cintura y alisó su vestido anaranjado, en una manía que solía hacer cuando llegaban visitas inesperadas, para que no la vieran desarreglada. Ella fue educada para lucir bien sin importar si pasó el día lavando trastos. Al marido, su mujer jamás le debía quitar la ilusión de cuando lo enamoró y, a los demás, no darles motivo para criticar.

Dicha costumbre fue también inculcada en Anna. Nadie, de aquella mansión, levantaría queja por el aspecto de la más joven de las empleadas domésticas. Su cabello y uniforme estaban siempre impecables.

La rapidez con que se aproximó para atender a la puerta, no la hizo reparar en el viciado olor a cigarro que se colaba por el bordillo, advirtiéndole de la persona que mantenía el dedo oprimido en el timbre.

Emilia palideció.

El hombre, rollizo y un poco más alto que ella, la empujó con rudeza para entrar a la diminuta sala. Detrás de él, dos sujetos intimidantes se apostaron frente al marco de la puerta y un tercero se fue directo hasta el dormitorio matrimonial que quedaba visible en un extremo del área del comedor y la puerta de ahí estaba abierta.

—Mi dinero —demandó mientras rodaba sus ojos verdes por el rededor, inspeccionando de ese modo en todos los objetos que los Morris tuviesen de valor.

—Señor Nemat, no lo esperábamos tan pronto…

Por otro lado, los pensamientos atribulados de la muchacha comenzaban a disiparse, sumergiéndose en ese sopor que le encantaba cuando ya estaba por rendirse al sueño profundo y soñar con cielos despejados y unicornios voladores; sin embargo, unos gritos furiosos y otros aterrados, la sobresaltaron e hicieron que Anna se sentara de golpe en la cama.

¿Qué sucedía?

Escuchaba voces airadas de un desconocido y también susurros suplicantes, del que al instante identificó como los de su madre en su afán de evitar escándalos.

Se levantó de un salto y se terció la bata que mantenía a los pies de la cama, para casos de emergencia que, al parecer, ese era el caso.

Con sigilo, abrió la puerta y se asomó para escuchar mejor. Era innecesario hacerlo, bastaba aguzar el oído y escuchaba lo que en la sala discutían. Pero la curiosidad la empujaba en asomarse para averiguar las razones por las que el inoportuno visitante los molestaba a esas horas.

Eran pasadas las nueve de la noche.

—El tiempo de espera ha expirado y ustedes nada que pagan lo que a Nemat le deben.

—Tratamos, pero los intereses son muy altos…

—¿Y es culpa de él? —respondió con una tranquilidad atemorizante a George Morris, a quien sus hombres tenían clavado de cabeza en el piso, con el rostro maltrecho, por ellos haber tenido que presentarse en ese lugar—. Sabían las condiciones para el préstamo y, aun así, aceptaron. ¡Páguenle!

La manera en cómo el hombre de cintura gruesa se refería así mismo, en tercera persona, para Emilia era muy desagradable de escuchar, parecía que reclamara en nombre de otra persona y no él.

—Lo haremos, señor Nemat, pero tiene que darnos más prórroga —George imploró—, lo que mi hija y yo, ganamos, apenas nos da para subsistir.

El hombre explotó:

—¡Y a Nemat qué le importa! ¡¡Quiere su dinero ahora!!

Una patada en el estómago al hombre de la casa fue la represalia que el recién llegado le ordenó a uno de sus matones.

Emilia lloró y Anna se tapó la boca para no gritar.

¿Qué dinero debían sus padres a ese sujeto?

—Señor Nemat, denos plazo hasta el fin de semana, se lo imploramos —Emilia sollozó, de rodillas a él para que no siguieran golpeando a su marido—. Cumpliremos, se lo prometemos.

Este rio indolente. Dio una buena calada a su cigarrillo y luego se inclinó para expulsar el humo directo a la cara de la temblorosa mujer. Anna apretó sus manos de la impotencia.

—No cumplieron durante el mes de prórroga que Nemat les dio, menos lo harán en un par de días. ¿Cómo conseguirán el dinero con tanta rapidez?

—Le entregaremos la casa.

Se carcajeó.

—¿La casa? —escupió—. ¿Para qué Nemat…? —enmudeció en cuanto alzó la mirada hacia Anna, quien se hallaba semi oculta detrás del arco que divide la sala-comedor de las demás habitaciones, y sonrió perverso—. Tal vez podamos hacer un trato; después de todo, tienen *bienes* con que pagarnos —su voz melosa, enronquecida por el deseo que, de repente, aquella cachorrita de aroma dulce le despertaba las ganas por aparearse.

George siguió el trayecto de su mirada y reparó con horror de que su hija había escuchado todo.

—Anna, vuelve a tu dormitorio —enseguida le ordenó, intranquilo por dos motivos: la amenaza del prestamista y el hecho de que su hija descubriera que sus aportes monetarios iban a dar a otra parte. Prácticamente trabajaba para otros.

El hombre se relamió, hambriento de probar los jugos vaginales de esa lobita de ojos asustadizos que, cuando esta hubo desaparecido de su campo visual, gruñó por lo bajo.

Los padres de esta se preocuparon.

—Le prometemos que para el fin de semana desocupamos la casa. Usted puede disponer de ella al venderla… —Emilia procuraba captar de nuevo su atención.

De lo que quería «disponer», era de esa linda morenita, pensó el prestamista con morbosidad.

—Con la venta de su casa y todos sus mugrosos mobiliarios, Nemat no recuperaría ni la cuarta parte de lo que le deben —contestó—. No la quiere. Tendría pérdidas.

—¡Le daremos todo lo que tenemos, incluso mi auto y el anillo de matrimonio de mi esposa!

El otro rio.

—¿Acaso piensa que, con la chatarra que tienes por auto y las baratijas de tu mujer, pagarán veinticinco mil dólares? ¡Son basura! —Ordenó nuevas patadas al estómago del pobre omega—. No se haga el estúpido, entréguenos lo más valioso que tienen.

George se quejó adolorido, aovillando su cuerpo ante los golpes que recibía de las botas texanas de los tres matones. Eran demoledores, perdiendo el aire de sus pulmones, creía que iba a morir esa noche delante de su esposa y temiendo por esta y por su hija, a quien le había fallado desde siempre.

—¡Estamos dando todo lo que tenemos! —Emilia exclamó suplicante en un mar de lágrimas—. Trabajaré para usted gratis, si así lo desea. Por favor, dejen de golpearlo.

Los rapaces ojos del prestamista volvieron a rodar hacia el lugar donde minutos atrás estuvo la morenita.

—A Nemat no le complacería lo que una espantosa loba pueda ofrecer —dijo mientras su olfato percibía el rastro dulzón de la jovencita. Estaba cerca, tal vez parando la oreja.

—Con gusto traba…

—¡Usted no! —Pateó a George—. Es inútil y miedoso. Ni para lamerle las botas a Nemat le serviría.

Sus matones se carcajearon y a George Morris lo azotó la impotencia. ¿Cómo defendía a su familia?

—Cóbrese con mi vida, si le causa satisfacción. No tengo más nada

para ofrecerle.

¿Qué no?

La siguiente patada propinada le fracturó las costillas. El omega escupió sangre.

—¡BASTA O LLAMARÉ AL ALFA! —Anna no pudo permanecer más tiempo escondida en el pasillo, escuchando cómo a su padre lo apaleaban; su voz retumbó fuerte y clara, plantándose frente a los cuatro lobos, con la mirada crispada y las manos empuñadas. Su padre les debía dinero, pero no era la forma para cobrarlo, era ilegal el proceder de estos; para eso estaban los Ancianos, quienes eran los encargados de los pleitos entre las manadas. Si mataban a su padre, a ellos les caerían el peso de la ley.

Sea humana o lobuna, los castigarían.

Nemat y sus tres matones, observaron estupefactos el arrojo de la muchacha y, al instante, estallaron en sonoras carcajadas. Si el padre hubiese tenido una pizca del valor de su progenie, lo habría tomado como esclavo. Pero esta le serviría.

—Trabajo para el alfa y este me tiene aprecio —mintió modulando la voz—. Si él se entera de que hirieron al pariente de una de sus servidoras, hará una investigación. Les arrancará las piernas por atreverse a golpearlo. —El señor Everett no la apreciaba, sino su esposa y esta era bastante influyente. A ver si con esto lograba asustarlos; de lo contrario, tendría un padre muerto.

El hombre rollizo pasó por encima de George y los lloriqueos de Emilia, de la que sus brazos delgados no pudieron aferrarse a las piernas de este para detenerlo.

Un empujón con su propia pierna, la hizo a un lado con rudeza.

—Qué padres tan mentirosos tienes —comentó sin molestarse por la firmeza de la joven loba—: dicen que no tienen nada de valor, pero esconden una gran joya. A Nemat le complace lo que ve, contigo se cobrará la deuda.

Capítulo 7

La pasividad del bosque, envuelto en la lobreguez, y el cielo cubierto por negruzcas nubes que impedían el titilar de las estrellas, sumían mucho más a Isabel en la pesadumbre que la consumía.

Subió a la terraza de la cabaña para danzar un poco al aire libre y borrar de su mente la discusión que sostuvo con Everett. Pero el ambiente cetrino no ayudó a crear una atmósfera más alegre, sino que acentuó el negativismo que envenena su corazón.

Everett no la entendía.

Everett no quería mudarse a Nueva York.

Everett no la ayudaba a superar la transición como un compañero paciente.

Everett no…

Si enumeraba los defectos de este, le tomaría toda la noche y terminaría una vez más por abandonarse al llanto. ¿Así es como la iba a apoyar? El discurso que él dio frente a los demás, cuando ella le pateó el culo a Abby Rose y correteó a las dos zorras fuera de la residencia paternal de su prometido, fue pura palabrería.

«Es la mujer que me saca de las casillas, la que me hace sentir mariposas en el estómago, la que me desafía constantemente y me exige ser mejor persona».

¡Ja!

Nada de lo que expresó con tanta elocuencia, cumplió.

En cambio, era cada vez más frecuente las amenazas silenciosas que le robaban su tranquilidad emocional y aminoraban lo que sentía por Everett.

Con los antebrazos apoyados sobre el barandal, Isabel daba golpecitos con la punta de su pie derecho, como si tuviera puestas sus zapatillas de caja dura, preparándose para danzar. Pero no las tenía y estaba descalza, sintiendo con la planta de sus pies la calidez de las tablas del piso que se extendían por toda la terraza como si fuera un amplio escenario.

«Me has llenado de orgullo, Isabel. Eres toda una loba. Eres mi señora».

¿Orgullo?

¡Él no sentía ningún orgullo por ella!

Quería que fuera su sumisa.

—Y luego vienen los azotes, maldito… —graznó mientras posaba una de sus piernas estirada sobre el barandal, como si esta fuera la barra para hacer ejercicios de calentamiento.

«Brindo por ti, Isabel García, por salvarme de mí mismo. Le has adquirido sentido a mi vida, la has colmado de música y movimientos maravillosos que me han transformado y alegrado como nunca lo estuve en el pasado; y espero que esta amistad que apenas se está dando, gracias a la providencia, perdure y se solidifique a través de los años. Salud».

La risa sarcástica de Isabel desdibujó sus bellas facciones, que se mantenían enojadas hacia el oscuro manto arbóreo que rodea la cabaña, recordando el brindis que Everett le ofreció en Outlook, en la primera cita.

Fue tan galante como mentiroso…

¿Brindaría él de nuevo por ella, después de conocer su carácter indómito y metidas de pata?

Lo dudaba.

«Haz de mí: tu amigo y tu amante».

Dobló su espalda a un lado y ambas manos tocaron los dedos de su pie. El estiramiento que hizo se resintió en todo su cuerpo a falta de rutina. No obstante, lo que más se resentía eran sus propios pensamientos.

Everett no era su amigo.

Solo el amante que dispuso de su futuro.

Cambió de pierna e hizo lo mismo para evitar que los músculos en los muslos y en las pantorrillas sufrieran desgarramientos por no haberlos calentado antes de danzar.

Detrás de ella, justo en un extremo de la terraza y donde no estorbara, reposaba su nuevo móvil. Este de un diseño tecnológico que competía con la de su prometido, le permitía acceder a una gran variedad de melodías en Spotify, gracias a la antena satelital de la que poseía Everett en lo alto de una colina y de la que él tuvo que sustituir con otra a causa de Ranko para mantenerlos incomunicados mientras los masacraban aquella noche.

Así que, *Stay,* de Rihanna y Mikky Ekko, sonaba suave para acompañar a Isabel en la danza y no despertar a sus bebés que eran sensibles al mínimo ruido.

Durante este tiempo fue como una fiebre.
Un sudor frío con la cabeza caliente.
Lancé mis manos al aire, dije «enséñame algo».
Él dijo, «si te atreves, acércate un poco más».

Estando ya preparada, se dejó llevar por el ritmo de la melodía; no sería una ejecución de pasos de ballet; más bien, un estilo libre del

que descargaría todo lo que la oprimía por dentro.

«¿Por qué eres tan duro conmigo?».

«Esto no puede seguir así, Isabel. Desde que vivimos juntos, estamos en una constante contienda».

Dando vueltas y vueltas y vueltas y vueltas, vamos.

Isabel así lo hacía, siendo el remolino atribulado que giraba y giraba con los sentimientos y los pensamientos por completo revueltos al son de la entristecida canción.

Oh ahora, dime ahora, dime ahora, dime ahora, tú sabes…

«Isa, este tira-y-afloja no nos lleva a ninguna parte. Solo nos distancia». «Todo esto lo puedes cambiar si obedeces a mis órdenes».

Órdenes…

Ella no era su compañera, sino una loba que debía obedecer.

«Sé que te desagrada que te grite y que a menudo discutamos, pero todo es por tu culpa».

Y con la acusación de Everett retumbando en su cabeza, una y otra vez, como si la estuviera golpeando con un mazo, bailaba enojada por todas sus equivocaciones. ¡Por su culpa! ¡Por su culpa! ¡Por su culpa! Como esposa de un alfa, debía ser correcta y obedecer a su voluntad.

La rabia la hacía saltar y caer al piso, en su danza improvisada, volviéndose a levantar como un resorte y saltar, para luego dar giros de un lado a otro con sentida energía.

Por su culpa…

«¡¿Por qué eres tan terca?!». «¡Obedéceme!».

No estoy segura de cómo sentirme al respecto.

El lamento que cantaba Rihanna, Isabel se identificaba. Ella tampoco sabía cómo sentirse en ese momento. ¿Era amor? ¿Odio? ¿Resentimiento?

Tal vez, lo último.

Tanto que luchó contra muchos para ser independiente, venciendo demonios internos, gente despiadada que casi la llevan al suicidio y parientes tóxicos que prefirieron verla muerta por no obtener más de ella, para después caer en los brazos de un hombre que quería

dominarla a su antojo, la frustraba.

¿Podría soportar seguir así?

Es divertido como tú eres el que está roto, pero yo soy la que necesita que la salven.

Tras alternar con el compañero musical, quién también se quejaba de la relación que sostenían, con las mismas letras que la cantante caribeña expresaba, esta hacía hincapié en lo que estaba mal.

Porque cuando nunca ves la luz, resulta difícil saber cuál de los dos irá a ceder.

Isabel azotó su cabello de abajo hacia arriba, en un movimiento de llevar su torso hacia adelante, como una rápida reverencia hacia los ennegrecidos árboles que se hallaban a sus pies, para al instante arquear hacia atrás su espalda mientras se incorporaba.

Una vez que estuvo erguida en toda su magnificencia, se topó con los gélidos ojos de Everett, quien la observaba desde el mismo sitio en que meses atrás ella bailó con su batica blanca, manifestando el *amor en el cerebro*.

Pero en esta ocasión Isabel no aparentaba ser aquel ángel caído del cielo, más bien, lucía el mismo desordenado atuendo del día: pantaloncillos cortos y camiseta desteñida, y del que en apariencia no bailaba para ese hombre de cabello aleonado y barba de leñador, sino lo hacía para sí misma.

No hubo sonrisas ni miradas sensuales, menos azotes coquetos de su cabello para atraerlo. Los movimientos que hacía eran toscos, en un reclamo corporal de todo su sentir. De ese modo, ella le manifestaba su independencia a pesar de estar atada a él en cuerpo y alma, a través de sus hijos.

Así que, con el ceño fruncido, desvió la mirada y se concentró en lo que hacía: brazos desafiantes, piernas altivas, su ejecución declaraba la guerra, no la paz. Por esa noche, Isabel García se olvidaría de su corazón.

Por el rabillo del ojo, notó que Everett intentó acercarse, pero ella, en sus giros, se alejó de él, pegando sus brazos delgados contra su delicado pecho. Gira y gira, lejos, lejos…

Everett quedó estático a mitad de camino, vacilando si saldar la distancia y tomar lo que es suyo o retroceder sobre sus pasos y observarla danzar, como el espectador que no fue invitado a disfrutar

en primera fila del particular espectáculo.

Fueron segundos en que no supo qué hacer, mientras Isabel se hacía la desentendida. Esto lo lastimó y enojó al mismo tiempo. De estar ambos bien, estarían entregándose a la pasión, pero no ocurría, la terraza se convirtió en el campo minado que, si lo atravesaba, algún explosivo detonaría y a él lo pulverizaría.

Evitando un nuevo enfrentamiento, Everett saltó por encima de la baranda hacia el suelo.

Al igual que Isabel, él también necesitaba recurrir a lo suyo para descargar sus frustraciones. ¡Era una terca! ¿Tan complicado era de entender lo que le explicó en la habitación? Ella estaba en la obligación de seguir los lineamientos de la manada: «ser parte de un todo o perecer».

Él no quería que ese destino lo sufriera su mujer.

Sí caía Isabel, caía él, y luego sus hijos.

Su camiseta quedó desgarrada y abandonada en algún punto por donde Everett se sumergió en el bosque. No escuchó que a su espalda Isabel lo llamara para que se detuviera, más bien siguió en su baile que a él para nada le gustó; la poesía, el arte danzante que él tanto la consideró, no brilló frente a sus ojos. Fue tosca y amargada…

Los vaqueros quedaron suspendidos entre las ramas de un arbusto, al quitárselos enojado. Sus zapatos deportivos no volaron en cualquier dirección porque andaba siempre descalzo entre sus dominios. Un gruñido gutural brotó del fondo de su garganta y sus encías comenzaron a enrojecerse debido a la transformación que invocó. ¡¿Por qué no lo entendía?! ¡Necia! ¡TONTA! El camino de la desobediencia era un camino de curvas resbalosas y abismos profundos.

Alguien una vez dijo: «la oscuridad atrae al peligro». E Isabel lo atraía.

Como un ave nocturna de estampa blanca, el calzoncillo barrió la oscuridad del bosque, arrancado con la misma fuerza enojada que el hombre despojaba de su fibroso cuerpo. Su desnudez se mimetizaba con las sombras que se tragaban los altísimos abetos, era un zumbido que el denso follaje de Denali era incapaz de detener. Sus piernas, siendo aún bípedas, daban largas zancadas, veloces y potentes, del que ni el más veloz de los guepardos podría alcanzar.

Ella lo quería hacer parecer culpable y no era así.

¡Tenía que adaptarse por el bien de todos!

Corrió, adentrándose cada vez más hasta donde los humanos no se atrevían a estar sin protección o estando solos; la cerrazón a causa de la luna nueva obraba a favor de los depredadores de visión aguda. Todo animal inferior, incluyendo a los humanos, estarían «ciegos» en medio de la espesura. El espectro lunar ese mes pasaba por el primer

ciclo, siendo este el que más perjudicaba a las presas. Los lobos comunes estaban al acecho.

También él.

En la medida en que avanzaba a toda carrera entre los árboles, arriba, en las copas de estos, se desataba un revuelo. El miedo por ser el siguiente alimento de ese ser que helaba la sangre, hacía chillar y sacudir las alas a los cuervos grandes, las urracas de Hudson y otras especies plumíferas, inquietas sobre sus ramas, aferradas con sus pequeñas garras para no caer debido al retumbe de las pisadas del feroz animal sobrenatural.

La frenética carrera y el burbujeo en las venas, quedó interrumpido cuando un disparo capturó su atención.

Everett se detuvo abrupto, aguzando sus sentidos para determinar de dónde provenía.

La caza se prohibía en Denali. Allí solo los que pertenecían al reino animal eran los que tenían derecho a disponer de la vida de los habitantes del bosque.

No los que andaban sobre dos piernas.

Estos se consideraban los amos supremos de dicho reino y Everett no estaba dispuesto a disputarse el título.

Plantando muy bien los pies en la tierra y elevando la nariz para olfatear el rastro que el infractor haya dejado, inhaló profundo para percibir el olor de la pólvora. Pero no fue esto lo que sus fosas nasales captaron primero, sino la humedad en los troncos y las hojas, el olor del plumaje de las diversas aves que anidaban en las ramas altas de algunos abetos y píceas, la pestilencia de las heces depositadas por los venados que pastaron por ahí y el temor de los cervatillos que se escondían de Everett. Las aletas de su nariz se abanicaron y otra inhalación llenó de aire sus pulmones, trayendo esta vez consigo los residuos del proyectil.

Everett gruñó con severidad y sus pupilas se dilataron hasta cubrir toda la esclerótica.

Sus ojos se tornaron amarillos y salvajes.

No invocó a su lobo interno; hacerlo sería matar al humano que por ahí cazaba ilegal. Denali era una reserva natural; dentro de sus límites, las reglas se regían de otra manera: *sus reglas.* Aun así, no pasaría por alto dicha infracción, le daría un motivo a ese sujeto para que jamás volviera.

En menos de treinta segundos, Everett estuvo en el punto donde se suponía el humano disparó. Pero no lo halló, este debió escuchar que él se aproximaba, al partir los arbustos para abrirse paso y el crujir en las ramas secas al pisarlas.

Sin embargo, el humano, así estuviese montado en una motocicleta, no habría escapado de él tan rápido, hubiera por lo

menos escuchado el sonido del motor, alejándose a toda potencia.

Casi estuvo a punto de emprender la persecución, por si el condenado se las había arreglado para librarse de una paliza, cuando notó salpicaduras de sangre en las ramas más bajas de una frondosa pícea de treinta metros de alto.

Apretando el ceño, se acuclilló y tocó una de las ramas que rozaban casi el suelo, las gotas –en su visión ultrasensible– las detallaba como puntos incandescentes resaltados por algún «luminol» de un equipo de investigadores forenses.

¿Pertenecían a un animal o a un humano?

Acercó las yemas de sus dedos y olisqueó su aroma cobrizo. Era difícil determinar a cuál de estos pertenecía, la sangre olía igual en todas las especies.

Sangre era sangre.

Aunque la piel que la cubría…

Moviéndose con sigilo y sin levantarse, adoptó una posición agazapada; vislumbró el cañón de un arma que estaba apenas visible de entre las hojarascas a unos metros de donde halló las gotas sanguinolentas.

Everett dio unas zancadas y descubrió que se trataba de una escopeta.

Por lo visto, la sangre debía pertenecerle al humano.

Al cazador, lo cazaron.

Capítulo 8

Emilia no dejaba de llorar.

Sus manos estrujaban el pañuelo con el que se limpiaba las lágrimas. Desde que Nemat declaró el modo en cómo le debían pagar, ella no tenía sosiego. Pasó la noche sentada en la mesa del comedor, llorando el infortunio de tener que entregar lo que más valoraban a un despreciable sujeto que se valía de la violencia para doblegar a sus víctimas: Anna a cambio del pago total de la deuda.

De negarse a entregarla, los tres irían a juicio.

Por supuesto, Nemat supo cómo colar esta amenaza tanto en los padres como en la muchacha, para que no prosiguieran con la decisión de recurrir a terceros.

La idea era de intimidarlos, puesto que a Nemat le preocupaba el supuesto «aprecio» que les tenía el alfa. Puede que este pagara la deuda o en última instancia, lo dejara sin nada.

Claro está que ningún miembro de la familia Morris era consciente de este hecho, porque si lo supieran, la zozobra por lo que habría de pasar, de hacer un juicio, no los estaría apabullando. Las leyes en la comunidad de Kenai se patentaron desde hacía décadas para mantener la armonía entre sus congéneres. Y una de estas leyes estaba entre las más ejecutadas desde su creación.

Toda deuda debía pagarse con bienes, dinero o esclavitud.

En el último caso, quien no tuviera recursos para cumplir con el trato sostenido con el prestamista, deberá cancelar con trabajos forzados en relación con la cantidad prestada.

Por eso, cuando Anna le plantó cara a Nemat, ganando un valioso tiempo para salvar a su padre de una paliza que, lo más probable, le hubiera causado la muerte, sentenciándose a sí misma como el bien tangible que se debía intercambiar.

Nemat no se llevó a la hija contra su voluntad ni la violó frente a su padres, debido a su perversidad. Fue cauto en escuchar a Anna exclamar lo que a él y sus matones les habrían de pasar si alguno de los familiares de la servidora sufría de agresiones físicas. Everett Brankovic era dado a investigar a fondo si una situación se salía del rigor de la comunidad.

Si Nemat mataba a George o lastimaba a la hija; en cuestión de días, él tendría que marcharse de la ciudad para que no lo despedazaran.

—Veinticinco mil… ¿De dónde obtendremos ese dinero para el fin de semana? —Emilia se quejó—. Ni hipotecando la casa, alcanzamos a

pagar la totalidad. ¿Quién nos prestaría esa cantidad?

—Recurrir a otro prestamista, para salir del anterior, sería caer en un círculo vicioso y peligroso —comentó George que se servía una taza de té con leche, sintiendo aún un poco de dolor en las costillas. Los magullones en los brazos y los moretones en la cara a causa de los puñetazos permanecerían unas horas más hasta que el proceso de la regeneración se manifestara. Se daba lento en los omegas.

—Pero nos libraríamos de ese hombre… —ella replicó de vuelta, queriendo ver la solución a dicho problema.

George puso cara de «eso no pasará así de fácil», mientras se acercaba a la mesa del comedor.

—A estas alturas, Nemat ya debe de haber corrido la voz entre todos los prestamistas de la región para que no intervengan en el pago. Vio a Anna y la quiere.

Emilia ahogó un sollozo en su pañuelo, que inútilmente enjugaba las lágrimas, pues un torrente se desbordaba al instante sobre sus mejillas, desesperada por hallar a alguien que fuera lo suficiente valiente para prestarles el dinero y no temer represalias. Pero su esposo tenía razón con lo acabado de comentar: Nemat era el mayor prestamista en Alaska; quien tuviese pasando por dificultades financieras, recurrían a él para solventar con rapidez, antes del embargo hipotecario del banco o la urgencia que los atormentaba.

Ellos corrieron ese riesgo y perdieron.

Hacía tres meses en que George atropelló a un joven humano, cuando, a las afueras del pueblo, él tomó la curva más rápido del límite permitido, llevándose por delante al joven que venía en sentido contrario en su bicicleta, causándole múltiples fracturas.

Pudo dejarlo abandonado en la carretera para evitar que lo demandaran, pero la honestidad de George lo impulsó en socorrer al humano y esperar ahí hasta que la ambulancia llegara.

Esto le costó el pago de la hospitalización, los honorarios del abogado y el silencio de los involucrados.

Dinero que tuvo que solicitar a Nemat para que él y su hija no perdieran el trabajo.

Ese tipo de acciones legales, los Ancianos solían solucionarlo con la expulsión de la ciudad. Por ser débiles, los omegas tenían que cuidarse de ocasionar conflictos con los humanos y las castas superiores. La ineficacia al hipnotizar para alterar de manera momentánea los recuerdos, los hacía inútiles para resolver sus propios problemas. Aunado a esto, las confrontaciones con los que tenían el poder a través de sus abultadas billeteras, como tal los marginaban.

Nadie abogaría a favor de un omega.

El llanto descontrolado de su mujer hizo que George dejara la taza de té en la mesa y la atrajese para abrazarla. ¡Cuánto él lamentaba

haber acelerado el pedal!

Por querer adelantar a un camión, casi mata a ese muchacho.

Aunque debió ser lo mejor…

—¿Qué vamos a hacer, George? Tanto que la cuidamos y *ese*…

—No llores más, mamá. La señorita Isabel me ayudará.

Emilia alzó la mirada y, tanto ella como su marido, se volvieron hacia la muchacha.

—¿Adónde vas? —inquirió al verla lista para salir de casa. Usaba uno de sus tres únicos vaqueros y su blusita negra con encajes blancos.

—A trabajar.

Emilia se levantó de la silla.

—¡No! Ese hombre debe estar afuera, acechando por ti. Te secuestrará si te ve.

—No va a ser tan estúpido en hacerlo. El señor Everett le arrancará la cabeza.

—Y tú ya estarías malograda —le hizo ver—. ¿Y quién te lo compensará? ¿El señor Everett? Él solo castigará por el daño causado a una de sus servidoras; tu reputación se verá afectada.

—¿Por qué, mamá?

—Porque nadie pujará por una que *ya fue tomada*…

Molesta por lo expresado por la progenitora, Anna buscó apoyo en su padre, pero este asentía, estando de acuerdo con su esposa. Puede que a ella le hicieran justicia por lo que sea que ese sujeto le pudiera hacer, pero después nadie la querría como compañera. La considerarían rota.

Usada.

Altiva, respondió:

—¡Mejor! Así no estaré a la disposición de nadie.

Emilia jadeó y George la increpó con una apretada de cejas.

—Una joven loba, sin macho que la cuide, será considerada de *la disposición* de los demás —la otra replicó—. Si no pujan por ti, te rebajarán. ¡Oh, hija!, te tratarán como a una…

—¡Eso no pasará! —exclamó, acallando lo que su madre estuvo a punto de expresar frente a su padre. Prefería saltar de un risco, que ser como Jasna y Maya.

Se dispuso a marcharse, pero Emilia se atravesó en su camino.

—Le diremos a la señora Briserka que estás enferma.

—Y mañana tengo sustituta. Déjame ir, mamá. Ese sujeto no me hará daño, porque debe creer que el alfa ya está enterado.

Abrió la boca para refutarla y así obligarla a permanecer en la seguridad de la casa, sin embargo, George intervino en favor de la muchacha.

Se ofreció llevarla en su automóvil hasta la mansión.

Mientras rodaban por la vía, Anna tenía claro de que solo Isabel

intercedería por su familia. Sus padres eran buenos, los quería y a ella le rompía el corazón por lo que pasaban. Por desgracia, sus labios estarían sellados para que ninguna del Cuartel de las Brujas, se enteraran, estas eran mezquinas y le tenían fobia a todo lo que consideraban mancharía el apellido: una sirvienta, cuyos padres hacían «oscuros negocios» con maleantes, corrompería al resto de los empleados domésticos.

Por extensión, los Brankovic pegarían el grito al cielo.

—Tu madre solo quiere protegerte —el progenitor expresó luego de haber saldado unos cuántos kilómetros por la vía hacia el pueblo.

Ella asintió. Su vista más allá del cristal de su ventanilla.

—Anna…

—Lo sé, papá —respondió ante el llamado de este para asegurarse que la joven era consciente de los actos de Emilia—. No estoy enojada con mamá, comprendo su preocupación. Pero si me quedaba encerrada en mi cuarto, perdería mi trabajo y el contacto con la compañera del alfa. Una vez despedida, ¿cómo me comunico con ella?

—¿Y cómo piensas hacerlo? —inquirió él mientras manejaba—. Los alfas están en Denali y no sabes su número telefónico. ¿O lo tienes?

Negó con la cabeza.

—Le preguntaré a la señora Grubana.

George giró el rostro hacia su hija y luego mantuvo la vista sobre el camino, pesimista de que aquella señora le diera información a una jovencita de estrato humilde.

—A menos que te presentes personalmente, no conseguirás hablar con ellos. La señora Grubana no te dirá nada. Lo sensato es llegarles hasta su morada.

—Denali está lejos y no puedo abandonar mi trabajo. Ya veré cómo obtengo el número para llamarlos. Tal vez si le pregunto a la señora Radojka, ella le debe un favor a la señorita Isabel.

—No esperes nada de esas mujeres. Además, Denali está a unas horas en auto.

Los ojos negros de la joven brillaron emocionados. La expectativa de ver a Isabel García, la alegraba; aparte de rogarle por ayuda, del que sabía la iba a obtener, vería a su amiga.

Así la consideraba.

—Asegúrate bien el cinturón. —George pisó el acelerador, olvidándose que, por ese mismo motivo, se metió en ese lío, y emprendió la marcha a más de 100 kilómetros por hora, sacando la potencia máxima al destartalado vehículo.

Por su hija, él lo arriesgaba todo.

*****

—Disculpa que te pregunte: ¿Everett viajó a Kenai?

—No sé —la respuesta fue hosca por parte de Isabel, tras sentarse en la mesa de la cocina y dar las buenas tardes. Se había levantado pasada las 2:00 p.m. El llanto sobre la almohada duró hasta el amanecer. Everett se había largado quién sabe a hacer qué.

Blanka se cuidó en no demostrar su cara de «estos tuvieron una pelea de pareja», dándole la espalda para voltear el bistec que ocupaba toda la circunferencia del amplio sartén. Vuelta y vuelta, dos veces por cada lado, y listo. A la señora de la casa le gustaba bien cocinado, estando ella en su forma bípeda.

—¿Los muchachos? —Isabel preguntó por los guardaespaldas. Estos siempre estaban con Everett, a menos que él viajara solo para atender asuntos de extrema importancia. Los dejaba en Denali con la intención de cuidar de sus hijos y su mujer.

Pero lo de anoche, yéndose hacia el bosque…

La rolliza ama de llaves sacó el bistec, escurriendo grasa, y lo depositó sobre un plato, igual de amplio a la sartén en el que fue preparado.

Lo dejó frente a Isabel para que se diera un atracón. Lucía ojerosa y con un semblante entristecido, del que el almuerzo aliviaría al instante todas sus penas.

—Luttrell y Kevin están vigilantes, y Elijah cortando leña.

Isabel asintió pensativa.

Everett se había marchado solo.

Masticó dos bocados de carne y bebió un sorbo de jugo de naranja recién exprimido por las regordetas manos de la pelirroja, y se levantó de la desvencijada mesa, sin haber dado las gracias a Blanka por la comida. Estaba inapetente.

Movió las aletas de su nariz, al percibir el aroma suave de sus bebés, provenir del exterior, y frunció el ceño al consultar el reloj colgado en la cocina.

—¿Desde qué hora tienen afuera a los gemelos?

—Desde las siete.

Isabel jadeó.

—¡Ay, ese par de locas me los van a chamuscar! —Se levantó de volada, cruzando la puerta posterior, hacia la fachada donde Nashua y Sakari asoleaban a los gemelos para que su piel se nutriera de vitamina D.

Suele ser una costumbre de que a los bebés se les asolee entre las siete y las nueve de la mañana, siempre y cuando, el sol estuviese suave. No obstante, el de las 2:00 p.m. no era precisamente el más apto para *broncear* a su hijos.

—¡Como están de rojitos! —Rio sin alegría en los ojos, simulando la tristeza que por dentro la embargaba—. Parecen langostas. —

Recibió a Erik, siendo este el que se removió de entre los brazos de Sakari, al escucharla. Ángel dormía acurrucadito en el pecho de Nashua, sin molestarle que lo tuvieran con las nalguitas de cara al sol.

El astro rey y el calor corporal de la nodriza, mantenían la temperatura de su cuerpito bastante abrigadito.

—Creo que ya es hora de meterlos a la cabaña, pueden sufrir insolación —le preocupaba el tiempo que estuvieron expuestos por el enrojecimiento en la espalda y los bracitos de ambos infantes.

Las dos nativas rieron.

Primerizas…

—Los lobeznos son resistentes —Sakari contestó—. El sol les hará bien.

—Recuerden que son híbridos; su lado humano no es precisamente resistente… —como lobas de linaje ancestral puro de la Tribu Yakaramath, estas solían olvidar que sus pequeños tenían limitaciones, y esto le causaba a Isabel constante estrés al temer que se enfermaran por otros desestimar sus genes mixtos.

Nashua tuvo la paciencia de asentir en respuesta y obsequiarle una sutil sonrisa para que la joven madre comprendiera que ellas tenían experiencia en cuidar a la progenie del alfa.

—En nuestras manos están bien cuidados —Sakari replicó respetuosa, siendo la única que respondía a todo lo que la muchacha comentaba o preguntaba. Nashua entendía el inglés, pero no lo hablaba; para ella era una ofensa a sus ancestros. Y como Isabel no le comprendía, prefería hacer una leve reverencia y sonreírle, pues también le molestaba que Sakari tradujera sus palabras.

En vista de las señales en el semblante de Isabel, de llevar la contraria, las dos nativas optaron por seguirla al interior de la cabaña.

En cuanto Sakari estuvo por cerrar la puerta principal, un auto apareció en su campo visual, al fondo del camino empedrado, ocasionando que la puerta quedara entreabierta y sus ojos negros ligeramente alineados.

Forasteros.

—Señora —llamó a Isabel, de la que llevaba saldada la mitad de la escalera para dirigirse a la planta superior y untarles crema hidratante a Erik y a Ángel, previniendo quemaduras solares. Si les daba fiebre por insolación, les jalaría de las orejas a las nativas. A los bebés se les daba un baño de sol en las primeras horas de la mañana, no cuando incidía para chamuscar la piel—. Se aproximan extraños.

Esta notificación hizo que de inmediato Isabel se pusiera en alerta y le pidiera a Sakari y a Nashua para que llevaran a su hijos al lugar donde Everett acondicionó en caso de intrusos. Si era falsa alarma, un aullido los traería de vuelta.

Avisó a Blanka y, esta a su vez, abandonó la casa por la puerta

posterior para advertirle a Elijah, quien no repararía de lo que pasaría hasta que estuviese de retorno.

Isabel permaneció a la espera de la proximidad del vehículo; no distinguía a quién pertenecía; desde esa distancia era incapaz de vislumbrar los rostros, pero podía observar que el vehículo era maltrecho, con el parachoques delantero abollado y parte del parabrisas fisurado.

¿Aldeanos?

Seguro necesitaban de la presencia de Everett para alguna reunión comunal que estos solían efectuar con frecuencia; aprovechaban la cercanía del alfa para obtener consejo a sus problemas.

Rogaba fuera eso y no otro ataque como el que sufrieron a causa de Ranko y Arturo.

Si bien, los imprevistos visitantes, les hizo tomar medidas preventivas y acelerar el corazón por el susto, una gran sonrisa iluminó el rostro de la hispana.

Una, de las dos personas que se aproximaban, era de las pocas que la trataron bien mientras estuvo hospedada en aquella mansión y, del cual, le agradecería por el resto de sus días.

Capítulo 9

—¡Anna!

La feliz exclamación de Isabel hizo que Luttrell y Kevin se relajaran. Estaban apostados entre los matorrales, a punto de saltar sobre los inoportunos y así tomarlos por sorpresa y evitar que estos sean los que a ellos se las dieran.

La joven loba se bajó del auto y abrazó a Isabel con mucho cariño, habiéndola extrañado desde hacía meses. Su papá le llamó la atención sin ser gruñón, apenado de las libertades de su hija. No la educaron para irrespetar a sus superiores.

—Perdón, señorita Isabel. Es solo que me alegra verla —expresó esta tras deshacer el abrazo. Sus ojos se humedecieron llenos de esperanza.

—Descuida, Anna, también me alegra verte. Fuiste muy buena conmigo.

La jovencita sonrió. ¡Cómo no serlo, si su carácter hasta a ella inspiró! Se enfrentó a Nemat. Antes no hubiera sido capaz.

Isabel miró al hombre. Tenía cierta semejanza con Anna.

—Es mi papá —al instante lo presentó.

—Mucho gusto en conocerlo, señor Morris —extendió la mano y este vacilante la estrechó. Jamás había saludado con tanta familiaridad a los de la primera jerarquía; se acostumbraba a saludar con una reverencia.

—Mi señora, el gusto es mío, que soy un humilde servidor importunándola en su morada —dijo entre el respeto y la admiración que por la morena sentía—. Le pedimos perdón si la hemos molestado.

—Para nada —sonrió—. Me pueden visitar las veces que quieran.

Ante el hecho de que se hallaban allí sin previo aviso e intercambiando miradas nerviosas, Isabel inquirió:

—¿Pasa algo? —Osciló la mirada entre el padre y la hija. ¿Sería algún mensaje que Grubana o Damir habrían mandado a través de estos? Y, si era así, ¿por qué no telefonearon o enviaron a uno de sus hombres para dichos casos? La Segunda Viuda de Stanislav y el hijo de estos eran demasiado engreídos para recurrir a mensajeros de bajo rango.

Anna se removió en sus pies y el señor Morris rodó los ojos hacia los dos gorilas que de repente aparecieron detrás de la compañera del alfa para protegerla.

—Pasen, por favor —Isabel les indicó de entrar a la cabaña. Intuía que algo grave debió haber sucedido para que cruzaran medio estado.

Ella entró primero, seguida de los recién llegados, quienes se negaron cohibidos de pisar suelo venerable antes que la propietaria. Así que lo hicieron después para mantener el respeto inquebrantable. Las costumbres de esa hispana eran muy raras.

—Señorita, se-señora Isabel —George tartamudeó, no sabía cómo tratarla, de camino hacia los sillones de la sala. Su hija le daba el tratamiento de loba soltera, pero esta convivía con macho y le había parido lobeznos—. Una vez más, nos disculpamos si alteramos su día; lo que tenemos que decirle es urgente.

Isabel tuvo la amabilidad de hacer que tomaran asiento, ocupando ambos el sofá y ella la poltrona que colinda con la vacía estantería que una vez albergaron vasijas y jarrones antiguos, desde la amplia pared hasta el techo, y del que Anna se decepcionó al descubrir que en la cabaña no se hallaba la colección prehistórica ni las figuras medievales que tanto comentaba el señor Damir, por el dinero que su hermano derrochaba al adquirirlos en sus viajes que realizaba al extranjero.

Una lástima no poder apreciarlos en ese privilegiado lugar.

—Sí, claro, pierda cuidado. Si está en mis manos en ayudarles, díganme.

—Oramos a Licaón para que así sea —Anna expresó sin que el progenitor se molestara por ser ella la que tomara la palabra, causando en esto buena impresión en Isabel, que recordó a ese machista pomposo de Elías Obrenovic, interrumpiendo a la resbalosa de su hija y a la sumisa de su mujer, imponiéndose él en la conversación que con otros sostenía.

Anna se estrujó sus manos y se removió en su asiento, buscando el modo de revelarle a Isabel, el conflicto monetario que los preocupaban; sin embargo, la mirada gacha de su padre y la vergüenza de lo que habría de sentir por todo lo que se acarreó tras el atropello al humano, consideró dejar que fuese él quien comentara.

Sacar lo que el progenitor contenía en su fuero interno, requirió de varias respiraciones profundas; se secó las manos sudadas en el pantalón, se rascó el cuero cabelludo y detalló las vetas en el suelo de madera cerca de sus zapatos desgastados.

Isabel no lo presionó para que hablara de una vez, sino que aguardó paciente a que lo hiciera. Ella muchas veces se vio en esas mismas situaciones, desahogándose con Camila por los pleitos con su familia o compañeras de ballet.

Una vez reunido el valor, George narró desde el momento en que tuvo el infortunio con el ciclista y su pésima decisión de recurrir a un sujeto peligroso para que le prestara una fuerte suma de dinero.

—Por eso nos atrevimos en presentarnos de esta manera —agregó desesperado—. Mi Anna no debe ser el medio de pago, la condenaría a

ser una servidora en la cama.

—Por supuesto que no —ratificó Isabel—, eso es ilegal. Por mucha deuda que acumule una familia, no puede pagarse con un ser humano. Es esclavitud sexual. —Maldito desgraciado, si lo tenía enfrente, le daba un puñetazo. Anna era apenas una jovencita de diecisiete años.

Los visitantes la miraron esperanzados.

—¿Es posible que nuestro alfa nos ayude? —George preguntó, sintiendo el alma libre de toda carga. Nemat se vería reducido con tan solo pronunciar el nombre de Everett Brankovic. Él era el líder. El que los salvaría de los abusadores.

—Les prometo que así será —declaró con absoluta firmeza—. Ya verán que en cuanto se entere, lo echará de Alaska. Mira que pedir a Anna, este hijo de…

A la joven se le bajaron las lágrimas, de lo que ella manifestó a su padre, se cumplió. Se abrazó a él, pletórica de felicidad. Realmente la señorita Isabel era su amiga.

Ni bien los dos alcanzaron en expresar las gracias a la hispana, un hombre de greñas alborotadas y hediondo a sudor hizo acto de presencia en la sala.

Isabel, Anna y George Morris, se volvieron hacia este, sobresaltados.

Había emergido de la puerta posterior de la cocina.

—¡Señor Everett! —el progenitor de la joven morena se puso en pie y se postró sumiso ante este. Anna hizo lo mismo.

Isabel, no.

Seguía en su pose altiva. Piernas y brazos cruzados. Mirada taimada. No era prudente cabrearlo; dos omegas lo necesitaban.

—Señor Morris. ¿A qué se debe su visita? —inquirió extrañado. La lobata estaba con él, habiendo esta faltado al trabajo.

—Es un asunto personal, del que le urge tu ayuda —Isabel contestó por el otro, mientras ella lo miraba de arriba abajo. De las ropas que este usó el día anterior, solo vestía los vaqueros que estaban polvorientos. A juzgar por su apariencia salvaje, debió recorrer el bosque en cuatro patas.

Notó que tenía algunas ramitas enredadas entre su cabellera y que su torso brillaba del sudor.

—Isabel —la llamó sin mirarla—, llévate a Anna. Hablaré a solas con el señor Morris.

El pedido fue como una bofetada para la muchacha.

—Ya estoy enterada de lo que sucede, me lo acaban de comentar —replicó contenida de que excluyeran a las mujeres en dicha conversación.

—Hazlo —fue tajante. Ceño fruncido.

El enojo se reflejó en el rostro de Isabel y la preocupación se

asentó en los visitantes. En la pareja no había armoniosa comunicación y esto les afectaría a ellos en gran medida.

Tratando de no estallar y escupirle una letanía de increpaciones, Isabel se mordió la lengua y se puso en pie, indicándole con un movimiento de cabeza a Anna de seguirla al exterior. Los dos hombres tenían que hablar en privado para que los *delicadísimos* oídos femeninos no se lastimaran con el tema que iban a abordar. Válgame el lobo con complejo de yo-mando-tú-obedece. Ya la iba a escuchar cuando quedaran a solas.

No salieron por el área de la cocina, donde se fijó que Blanka estaba de vuelta y que Luttrell se hacía el que tomaba café, mientras sus ojos oscuros se posaban por encima de la taza hacia la sala, atento a lo que sucediera. La paranoia estaba patente en cada uno de los hombres de Everett.

Como el estado de alerta máxima se disipó, Isabel aprovechó para ir hasta el refugio donde se hallaban sus hijos. Era un sitio secreto que solo los de mayor confianza conocían, y Anna hacía mucho que se ganó ese mérito.

Caminaron por un laberinto de ramas enmarañadas y copas de árboles frondosos, allí la vida diurna de las aves se percibía a través de sus trinos y revoloteo de hojas donde anidaban. El verdor que las rodeaba les era gratificante en comparación a las urbes, cuya naturaleza cada vez era más escasa.

Isabel miró a Anna para expresarle que no se preocupara, Everett, a pesar de ser un bruto gruñón, lo apreciaban por ser justo con su gente. Pero esta se mordía las uñas con nerviosismo; por lo visto, insegura de lo observado en la cabaña.

—Es solo una discusión tonta que sostuvimos —dijo para restarle importancia—. Cuando retornemos, esos dos estarán bebiendo cerveza y carcajeándose de lo que le harán a ese maldito. Relájate.

A Anna le costaba.

La hosquedad del alfa debió ser provocada por algo peor a una «tonta discusión» entre marido y mujer. Más bien, fue producida por una pelea que causa rupturas matrimoniales.

Oh, Licaón…

El sendero tupido por los ramajes se fue cerrando en la medida en que se acercaban, provocando que Isabel y Anna saldaran a gatas lo que restaba de trayecto.

Las recibieron las patas peludas de Elijah, convertido en lobo.

Su encía superior dejó de plegarse hacia atrás en cuanto se percató de que las dos intrusas eran conocidas. Bostezó y sacudió el lomo para liberar tensión y luego movió la cola, curioso por la sorpresiva visita de la bonita lobata.

La olfateó.

¿Estaría comprometida?

Tenía buenas formas.

—¡Están inmensos! —Anna exclamó al ver a los gemelos en los brazos de las nativas.

Alargó los suyos para que Sakari le entregara a Erik, pero esta, desconfiando de la extraña, emitió un gruñido bajo.

—Está bien, es amiga —Isabel comentó a la mujer y del que Anna medio sonrió a la hispana por el cariño que ambas se tenían. Rogaba para que dicha amistad perdurara y obrara en beneficio de evitar saldar de otro modo la deuda de su padre.

Sakari le entregó el pequeño Erik a Anna, molesto este de tener que ser trasladado de un lado a otro y no dejarlo dormir en paz. Sin embargo, el dulce aroma de la joven le gustó y su cabecita se postró en el pecho de esta, complacido del suave latido de su corazón.

Isabel le acarició la mejillita a Erik y luego se acuclilló hacia donde se hallaba Nashua sentada en el suelo, con su espalda recostada contra la gruta, amamantando a Ángel.

Hacía un poco de calor y humedad, la gruta fue descubierta por Everett en su adolescencia, y lo mantuvo en secreto para que nadie, salvo él, tuviera un lugar para meditar en paz, cuando su padre y sus madrastras, lo frustraban.

Mientras preguntaba a las dos mujeres sobre si sus hijos lloraron o se asustaron, Anna tarareaba una melodía al regordete que sostenía. ¡Vaya, cómo pesaba! La primera impresión que tuvo sobre el tamaño de los gemelos fue sincera, ya que ella tenía un par de meses sin verlos. Pero observándolos de cerca, se daba cuenta de que Erik era mucho más grande que Ángel.

Y más gordo.

Parecía que consumía toda la leche materna que debían darle las dos nodrizas.

Como madre, Isabel sentía unos horribles celos de observar que Ángel se alimentaba de otro pecho y no el de ella. Sopesó pedirle a Nashua para que se lo entregara, pero el bebé estaba tan relajado tras haber llorado a todo pulmón por su ausencia, según lo comentado por Sakari. Anna le hacía caras cómicas a Erik, quien ya presentaba indicios de comprender lo que sucedía a su rededor, mostrando sus encías desprovistas de dientecitos, en una hueca sonrisa.

Le agradó el rápido vínculo que se tejía entre los dos. Como niñera, Anna sería genial para sus hijos.

Una vez Ángel terminó de alimentarse, Isabel consideró que todos debían volver a la cabaña. Ya le había otorgado al troglodita de su prometido y al señor Morris, el tiempo suficiente para dar solución a esa penosa situación, por lo que ella y los demás se encaminaron sin dejar de bajar la guardia.

Durante el recorrido, Anna sentía retortijones a causa de la expectativa; era consciente de que se lo tomaba con extrema preocupación, pero no era para menos, su virtud se estaba discutiendo y la reputación de su familia estaría de boca en boca. Ese Nemat le había escupido antes de marcharse de la casa, de enseñarle a follar como una puta.

Y, al llegar a la parte frontal de la cabaña…

A la muchacha se le paralizó el corazón.

Su padre –cabizbajo y encorvado– salía de la puerta principal, mientras que el alfa permanecía en el interior sin haberlo acompañado hasta la salida.

Al bajar los escalones, levantó la mirada y la expresión que esbozó, confirmó el temor que a Anna la estuvo martirizando.

No tendrían apoyo.

Capítulo 10

—¡Cómo pudiste darles la espalda de esa manera!

Isabel exclamó enojada a Everett, una vez el señor Morris y Anna se marcharon desesperanzados en el auto.

—Estoy actuando conforme a la ley —dijo mientras se terciaba la toalla al cuello y se encaminaba escaleras abajo hacia el riachuelo. Lo que el omega le comentó y la amenaza del prestamista, debía presentarse ante los Ancianos para que fueran estos los que dictaminaran los acuerdos entre ambas partes. Nemat Clifford ejercía el derecho a reclamo: la lobata sería suya.

—Les prometí que los ayudaría —replicó, pisándole los talones, estupefacta por la fría actitud de Everett—, y lo que obtuvieron fue una negativa.

—Nadie te manda a prometer en mi nombre; no vuelvas a hacerlo, por esto hay castigos severos.

—Si quieres darme en el culo: ¡hazlo!, me aguanto, pero no dejes a los Morris a su suerte. Anna tendrá que soportar a ese sujeto por el resto de sus días.

Everett la escaneó, con ese deseo interno de darle una merecida paliza a ese respingado trasero; lo metía en aprietos al prometer soluciones que estaban fuera de su alcance; no comprendía que se daban casos en el que la imposición del líder debía mantenerse a distancia; los alfas, los betas y los gamma, lo interpretarían como un asunto de beneficio propio, por lo que la decisión que tomara sería rechazada.

Y, a partir de ese punto, el descontento de las masas.

—Los Ancianos se encargarán —fue su respuesta en la medida en que cruzaba la puerta posterior hacia la arboleda que los bordeaba. Blanka fingía que removía el estofado, habiendo tomado rápido el cucharón de palo tan pronto los escuchó acercarse. En el cuarto de los gemelos, las nativas le cantaban canciones de cuna en su lengua materna, para que no se dieran cuenta de que sus padres discutían, y luego lloraran. Los tres guardaespaldas se esfumaron tras la orden de Everett, aunque estos estaban por ahí, mimetizados entre el follaje, hasta que el día cayera o el macho dominante los solicitaran.

—Son un montón de viejos machistas que manejan autos costosos —rezongó bastante cabreada. Llevaba el paso acelerado, las pisadas de Everett eran largas y retumbantes, colina abajo. El sonido del agua fluyente chocando con las rocas, se escuchaba más claro—; unos omegas endeudados, deben ser para estos, como quitarse la mugre de

las uñas. ¡No les importará!

—Los Ancianos no son como te los imaginas —la toalla quedó abandonada sobre la roca a la orilla del riachuelo, y se metió para despojarse del hedor corporal. Después de descubrir las gotas de sangre, recorrió un buen tramo del bosque para hallar lo que quedara del cuerpo del cazador, que debió ser arrastrado por kilómetros y engullido en un festín que se dio el animal que lo atrapó.

Animal que no supo identificar para su desconcierto.

—¡Everett! —Isabel lo llamó, molesta de ser ignorada. Everett braceaba como si estuviera solo.

Quiso meterse y confrontarlo, pero Isabel no sabía nadar, a pesar de que el riachuelo tenía zonas bajas que le llegaban hasta la cintura, la parte donde se hallaba Everett, se lo hacía pensar dos veces.

—¡Sal, que necesito hablar contigo!

—Ya hablamos.

Ella gruñó. El maldito se las estaba cobrando todas.

—Yo no he terminado. Anna es… Anna… ¡Deja de zambullirte!

—Me estoy aseando.

—Tu culo ya está limpio. Sal.

—Tengo calor.

Volvió a gruñir.

Sin que le quedara más alternativa, Isabel se metió al agua, sin desnudarse, para soltarle unas cuántas increpaciones a Everett por idiota. Puede que ella se ahogara, pero antes a ese greñudo le haría ver el error que estaba cometiendo.

—Anna es una niña que arrojarán a la garras de un sujeto de malos tratos. ¿No te da pesar lo que este le hará?

—Ella está por cumplir la mayoría de edad.

—Pero es Anna…

Él dejó de restregarse el cuero cabelludo y surcó el agua hasta plantarse como Poseidón cabreado ante la rebelde Anfitrite.

—¿Qué crees yo hacía antes de conocernos? —comentó a modo de pregunta—: Me ocupaba de emparejar a las lobatas solitarias o de familias que no se ocupaban de ellas.

—Creí que eres inversionista.

—También lo soy.

Casi le espeta que mejor se dedicara a eso y no en hacer de *celestina*. En esto era pésimo.

—Los padres de Anna respetan su decisión de esperar hasta que esté lista para el matrimonio.

—Lo que fue una mala decisión: la perjudicaron.

Isabel jadeó.

—Por Dios, Everett, eres tan retrógrada como tus hermanos —y padre—. ¿Acaso no te has detenido a pensar en lo que Anna padecerá

cuando ese sujeto la posea? Será como violarla…

—No por su marido.

—¡ASÍ SEA DE SU MARIDO!

—¡¡No me grites!!

—Si te grito, Everett. ¡Te grito!, porque parece que olvidas con frecuencia tus discursos. Una mujer, humana o loba, no puede ser obligada por el hombre del cual está casada, en hacer lo que este quiera en contra de su voluntad. No somos objetos. Somos de carne y hueso, y sentimos cada roce y cada hiriente palabra. El marido tal vez quiera pasión, acostarse sobre la mujer que obtuvo en un intercambio monetario y desahogarse sin que le importe un carajo que esta no esté en disposición. Nemat la tratará como basura.

—Me aseguraré de que cumpla como marido.

—Follándola a pesar de ella.

Si Everett pretendió atraer a Isabel para una reconciliación, o porque su instinto de macho lo envalentonaba a darse una revolcada, lo que dijo Isabel, disipó sus ganas.

—A ver, Isabel, parece que no entiendes: Nemat no está chantajeando a George Morris para acceder por una noche con su hija, la está pidiendo como esposa en compensación por la deuda. Lo telefoneé para comprobar la acusación de George, y efectivamente lo que dijo este es cierto. Así que, para este fin de semana, el padre de Anna no solo deberá pagar lo que obtuvo como préstamo, sino también los intereses. La cifra se elevó a cuarenta mil dólares.

—¡¿Cuarenta mil?! —Maldito usurero—. Eso es un abuso, es ilegal lo que están haciendo.

Sacudió la cabeza.

—Está en la ley.

Ella resopló.

—Explíqueme, usted, ¿en qué parte de la ley estadounidense, se estipula la usura y la trata de blancas?

—En la lobuna.

Isabel quedó helada.

—¿Y si el señor Morris recurre a un juzgado? —A ver cómo el tal Nemat declarará ante un juez.

Everett tuvo suficiente con el aseo personal y salió del riachuelo, goteando a su paso. La toalla secando la cabellera.

—Así gane el juicio y se emita una orden de arresto contra Nemat, lo que dictamine un juez humano, jamás será aceptado por ningún lobo. Nuestras leyes se establecieron desde que Dragan asentó su mandato en Alaska.

—Eres el alfa. Tu palabra pesa.

—Ni el Alfa Mayor. —Como ella no comprendió, agregó—: El presidente de una nación se rige bajo las leyes del que anteriormente

muchos murieron para hacerlas válidas. No es «yo me pongo aquí y las cosas cambian de la noche a la mañana», se desataría una serie de enfrentamientos que desembocarían en revueltas en masa. Y cuando esto ocurre, la primera cabeza en rodar es la del gobernante.

—Y yo que pensé que contigo habría vientos de cambios… —rio decepcionada—. Por algo dicen que el ciudadano común es un caudillo que se opone al mandato del político, pero que cuando este se convierte en político, deja de ser caudillo…

Everett le dio un golpe de revés al árbol que tenía a su costado derecho.

—¡YO QUÉ SOY! —rugió, volviéndose a ella. Sus ojos amarillentos, sus colmillos perfilándose, su voz gruesa y molesta.

Por instinto conservador, Isabel retrocedió varios pasos y se preparó a recibir una embestida, pero Everett se mantenía con la mirada severa, respirando jadeante debido a la ofensa.

—Solo cuarenta mil dólares librarán a Anna Morris de ser la mujer de Nemat Clifford. Yo no los daré, porque cada vez que haya un pleito como estos, tendré que sacarlo de mi bolsillo. Un jerarca no debe involucrarse en estos casos. Solo observa y ejecuta.

—¿Dejarás que la esclavicen porque eres tacaño?

—¡No soy un salvador! ¡¡Yo rijo!!

—¡Pues, vete a regir a tus putos lobos!, que las lobas nos las arreglaremos solas —replicó llorosa. Hallaría el modo de conseguir esa cantidad de dinero, porque no permitiría que, por el distanciamiento del rey indiferente, a Anna le jodieran la vida.

Corrió colina arriba, chapoteando con sus zapatillas deportivas llenas de agua. Everett la llamaba furioso, a pesar de que en dos zancadas la alcanzaría e increparía por ser tan terca.

Pasó por el lado de Blanka, quien ni se dio cuenta del huracán que entró a la cocina y pasó derecho para dirigirse hasta la habitación principal. Le prometió a los Morris que los ayudaría y eso era lo que iba a hacer, así tuviese que vender sus pocas posesiones. ¿Cuánto le darían por su ordenador portátil: 200, 300? ¿Y por el móvil que le regaló Everett?, ¿mil, mil quinientos?

Le faltaría mucho para completar la cifra.

¿Y Camila?

Ella tendría cierto capital, pero dudaba de que lo soltara así sin más.

Caramba… ¿Cómo conseguía cuarenta mil billetes, si ni siquiera poseía un auto que tuviera dicho valor para vender?

El Jaguar plateado de Camila, tal vez…

—Y que viaje en metro. Le va a encantar —masculló para sí misma. Su buena amiga la ha ayudado infinidad de veces, pero esto se salía de los límites. Era mucho dinero y por la mente de ella no

pensaba hipnotizarla.

Arrojó sus vaqueros y la camiseta, empapados al piso, y luego su ropa interior, sin molestarse en el desorden que ella misma causaba; estaba que se la llevaba el diablo por la indiferencia de su futuro marido y por el abuso de poder de aquel sujeto que le tenía jurada, le arrancaría la piel del rostro de un zarpazo si se lo encontraba.

Pedir a Anna…

¡Era casi una niña!

Una nueva muda de ropa cubrió su cuerpo, esta vez el vestido veraniego del que, *aquella tarde*, Everett pidió compartir la mesita en el cafetín. Se calzó sus chancletas y el cabello lo desenredaba con los dedos para que se secara al natural y, estando en esas, entre sus pensamientos llenos de rabia y ademanes toscos, el anillo de compromiso se enredó en su cabellera.

Hizo un mohín de fastidio y con cuidado desenroscó las hebras en torno a la gema para que no arrancara más mechones de su cabello.

Al lograrlo…

Lo miró.

—Con permiso —el ama de llaves se anunció—. ¿Everett comentó que saldría de cacería? Es para estar pendiente de lo que traerá para la cena o preparo de lo que está en los corrales.

—Él está afuera. Pregúntele qué es lo que quiere tragar.

Blanka se inquietó.

—El señor se marchó hacia la aldea. Kevin vio que tomaba ese sentido, pero no está seguro de si iba de cacería…

¿Otra vez?

La noche anterior tomó la misma ruta.

—Prepara lo que se te antoje, me da igual lo que cenemos. Estoy segura de que Everett volverá con la panza llena, los yakaramath son excelentes cocineros.

Tal vez no fue su intensión en hacer sentir mal a la pelirroja, pero el comentario de Isabel fue para esta ofensiva.

Blanka rumió para sus adentros algunas palabrotas en serbio, pensando que, en tiempos de Stanislav, las hembras tomaban en cuenta la opinión de sus esposos. No obstante, la híbrida hispana apenas era la concubina, del que le hacía falta le dieran un buen escarmiento y la pusieran en su lugar.

Isabel cerró la puerta del dormitorio y luego bordeó la cama para sentarse del lado donde el portarretrato de Winona Brankovic se hallaba sobre la mesita de noche. Observó la vieja fotografía de esta y Everett siendo un niño de cinco años, sonriendo a la cámara, y suspiró entristecida.

Volvió a mirar el anillo de compromiso.

Capítulo 11

Los días siguientes no fueron un lecho de rosas.

El distanciamiento entre Isabel y Everett se manifestaba hasta en el modo de respirar. Sentados en la mesa del comedor, evitaban mirarse a los ojos, clavados en el plato, cortando con tosquedad las presas que consumían. También sucedía lo mismo al irse a dormir, ambos se daban la espalda, sin darse siquiera el mascullado buenas noches. La danza en la azotea le servía a ella para desconectarse de su entorno por una hora o hasta que el llanto de sus bebés le indicara que debía detenerse, a pesar de contar con las dos nodrizas, noche y día. Sin embargo, ella era madre y corría a ellos para arrullarlos y procurarles alimento.

Sus hijos la centraban; de no tenerlos, habría mandado a Everett y sus costumbres retrógradas a la porra, aún le preocupaba la pobre de Anna, quien pagaría con su cuerpo los errores del padre.

El anillo de compromiso giraba en torno al dedo anular, movido por su pulgar, a la vez en que el jeep de Everett rodaba por la autopista hacia Anchorage. Kevin conducía el todoterreno y ella estaba en el asiento del copiloto, absorbida por sus propios pensamientos. El guardaespaldas era buena compañía, no le preguntaba por su silencio ni decía tonterías por hallarse incómodo durante la travesía; su entrenamiento lo capacitó para mantenerse callado y solo responder lo esencial si le preguntaban. Isabel García aún no le otorgaba la confianza para sostener una conversación socarrona.

Los dos viajaban solos en el jeep, sin que esto repercutiese en una pelea por celos con el alfa. Isabel le había pedido a Everett permitirle ir a la ciudad para comprar el vestido de novia que habría de usar para cuando contrajeran matrimonio y algunas cosas que necesitaría en la luna de miel.

Esto sorprendió de buena manera al lobo que, por alguna razón, creyó que una vez más la fecha de la boda se aplazaría, y se animó en contactar a los sacerdotes que se encargarían de oficiar la ceremonia y a los organizadores que ayudarían con todo lo referente a la celebración.

De no ser por la llamada que recibió de Ma-cheil, él estaría acompañando a su prometida. Aunque, si lo hubiera hecho, Isabel habría alegado que sería pavoso que viera el vestido antes de la boda.

Tal atuendo era como un Secreto de Estado que no debía revelarse hasta que fuera pertinente.

Los intestinos de Isabel se retorcían en una batalla interna debido a la ansiedad y el nerviosismo. Le mintió a Everett en la cara, ella estaba lejos de sentirse como una alegre futura novia que iría en búsqueda del mejor vestido blanco que la haría lucir frente a todos los invitados como una diosa. Era todo lo contrario, en vez de mover sus piernas convulsivas por la impaciencia de saltar del vehículo para correr a la primera tienda especializada de este tipo de indumentaria, su pulgar le hacía dar vueltas al anillo.

Consciente del riesgo que corría, se mordió el labio inferior al mismo tiempo en que fraguaba cómo recuperarlo después sin que Everett se diera cuenta.

Los hombres son distraídos. No andan pendientes de lo que piensa o usa una mujer.

Avanzaban a moderada velocidad. En apariencia, no había prisas ni emergencia para que su chofer de greñas locas y barba de borracho que discutió con el barbero pisara el pedal hasta el fondo y volara por la vía. El alfa fue enfático en expresarle a Kevin en manejar con precaución; eran lobos, no inmortales. Igual morían.

Si un metal retorcido de la carrocería le perforara el pecho a Isabel, la mataría.

Así que, el cinturón de seguridad se mantenía terciado sobre el pecho de la ensimismada híbrida. ¡Y sin protestar! El guardaespaldas-chofer para nada se percataba de su ansiedad. Isabel hacía lo posible en no reflejar los temblores en su cuerpo, pese a que el anillo giraba sin cesar.

Sí, distraídos…

Cuatro horas bastaron para que llegaran a Anchorage. En dos ocasiones, Kevin hizo puntear la aguja del velocímetro sobre los números que indicaban que él se iba a ganar una multa por exceso de velocidad y una patada en el culo por parte de su jefe por desobediente. Pero manejar como *monja* lo impacientaba. ¡El jeep era toda potencia!

Hubiera sido una hora en helicóptero, pero la aeronave estaba en mantenimiento.

—Y usted, ¿qué? ¿Adónde crees que vas?

—A acompañarla.

—*¡Bfffff!* Qué pena, pero aquí te quedas —Isabel replicó a Kevin de no moverse del área del estacionamiento del centro comercial—. No me apetece que me respires en la nuca a toda hora.

—Es la orden del…

—Pues, la mía es que te quedes en el jeep —le llevó la contraria—. O es que quieres saber qué tipo de braga usaré el día en que me case. ¿A que sí?

Este sacudió rápido la cabeza. Si ella lo acusaba de algo semejante,

ni los ojos le quedarían buenos.

—El centro comercial es seguro —Isabel agregó—. Hay cámaras por todas partes y vigilancia. ¿Percibes algún lobo? Está repleto de humanos y yo no pienso tragarme uno. ¡Guácala! Así que, iré a comprar mi ajuar sin que tú me estés vigilando como si me fuera a escapar. Faltaba más…

—Es por seguridad.

—Tengo buenos colmillos, por si alguno se pasa de *fresco* conmigo.

—Pero…

—Quédate aquí, no le diré nada a Everett. Si consideras que algo te resulta sospechoso, entonces, me buscas. ¿De acuerdo?

El lobo vaciló, pero la determinación de la hispana, le hizo aceptar la sugerencia.

La figura torneada de la loba se perdió de vista en cuanto el otro apenas parpadeaba. Isabel se prometió empeñar el anillo tan pronto llegara; dispondría en esto unos minutos y luego compraría el condenado vestido y un par de bragas con lacitos, y tendría todo listo.

Dar con la casa de empeño fue fácil, ya lo había averiguado antes en la Internet. En el centro comercial existían dos de estas y tres joyerías, en caso de que no tuviera éxito con las primeras.

Llegó a la tercera planta, tras salir del ascensor, aparentando ser una frágil humana que se cansa de tanto caminar; los hombres que ahí se hallaban, le pidieron su número telefónico e invitarla a tomar un «café», a lo que Isabel con un tajante «no», los dejó con la mente obnubilada.

Llevando su bolso deportivo y del que Everett le prometió obsequiarle varios de estilo elegante, ya que ese no era apto para una «Brankovic», apuró las pisadas hasta cruzar las puertas de la casa de empeño.

—Bienvenida. ¿En qué le puedo ayudar? —Un hombre muy alto y delgado, en sus cuarenta y tantos, la saludó con amabilidad. En su mirada, la astucia. La joven aparentaba estar necesitada.

—Quiero empeñarlo —Isabel se quitó el anillo y lo dejó sobre el mostrador.

El hombre arqueó las cejas.

A simple vista parecía una joya costosa.

De una gaveta oculta en el mismo mostrador, extrajo una lupa ocular, pegándola a su ojo derecho para observar a fondo el anillo. Piezas falsas le traían a diario.

—¿Es de compromiso? —El diseño era exquisito y de estilo muy antiguo.

—Sí —confirmó Isabel—. Me lo dio mi prometido; nos vamos a casar este mes.

Y lo va a empeñar, se regodeó el otro para sus adentros. Lo que

indicaba desesperación por parte de esta para obtener dinero o no se iba a casar, empeñando el anillo como venganza. Les compró a muchas por ese motivo: la infidelidad del prometido era lo que motivaba a que sus vitrinas exhibiesen una colección extensa.

El que observaba, de entre todos resaltaría.

—*Hum*… —detalló con sumo cuidado el diamante que lanzaba destellos luminosos bajo la lupa y consideró que, si lo obtenía a buen precio, le sacaba una jugosa ganancia. La piedra de un perfecto corte a*sscher* y una pureza que lo asombraba, estaba ensartada en un aro de oro que solo los millonarios costeaban: 35 quilates—. *Hum*… —Se cuidada de expresar su emoción; la joven podría pedir una elevadísima cifra.

—¿Qué le parece? —Fue Isabel quien demostró sus propias emociones—. Bonito, ¿eh? —Ansiedad. ¡Mucha ansiedad!

El hombre ni alzó la mirada para darle la razón, seguía clavado sobre la gema que era magnífica. Superaba al que ostentó Elizabeth Taylor. Su diseño se asemeja al *tipo esmeralda*, aunque más cuadrado y escalonado, cuyas esquinas es de corte abrupto, reflejando la luz hacia adelante y hacia atrás como los espejos.

—El corte es irregular —mintió para restarle valor—. Hay impurezas que hacen del diamante una gema ordinaria.

—¿Cómo que or…?

—La aleación es apenas un baño de oro simple —la interrumpió—. Esto me obliga a tener que separar la piedra para comprobar si dentro del capuchón no tenga relleno.

Isabel se removió en su sitio.

—Como que «relleno» —le desagradó lo que este comentó, como si su anillo fuera una baratija comprada en la buhonería o ella fuese una estafadora.

El larguirucho sonrió condescendiente. A esta le pagaría una cifra muy por debajo del que fue adquirido.

—El peso del aro es dudoso —dijo—. Y me disculpa, señorita, si la llego a ofender, pero lo que le obsequiaron no siempre es lo que aparenta ser. —Ante la cara de «¿qué coños dijo usted?», el hombre preguntó—: ¿Por qué lo quiere empeñar? Pronto se va a casar… —quería comprobar el grado de urgencia. Así la mareaba con una cifra baja. Todas caían.

—Es personal. —*Qué sujeto tan metido*, masculló Isabel. ¿Acaso no se conformaba con darle el dinero? Tenía que averiguar los sucios motivos.

Dejando la lupa ocular al lado del anillo, el hombre le expresó:

—Disculpe que me entrometa en sus asuntos personales, pero es frecuente que preguntemos a nuestros clientes del porqué se desprenden de sus preciadas joyas. De ese modo, nos aseguramos de

que después no haya arrepentimientos, cobramos el 20% en interés a partir de la fecha en que se paga por la prenda. Si lo quiere devuelta al cabo de una semana, paga el exceso.

—Lo comprendo.

—Tendría un mes para pagar, más los intereses. Si no lo puede pagar, pierde el anillo y la Casa lo pondrá en venta al precio que estime.

—Sé cómo funciona esto, ya una vez empeñé una cadena —la que su papá le regaló cuando cumplió quince años. Después de que este los abandonara por una mujer más joven que su mamá, ella se desprendió de la cadena. ¿Para qué conservar algo de un ser que le importaba más una mujerzuela que su propia familia?

El hombre asintió y aguardó por la respuesta de la hispana. Le daba vueltas a lo que le preguntó. Qué chiquilla tan tonta, ella solo era un pececillo y él un tiburón.

—Necesito dinero —renuente respondió.

La sonrisa perniciosa se dibujó en el rostro masculino.

—¿Cuánto desea pedir?

—Cuarenta mil.

—¡¿Cuánto?! —Su risa antipática salió estruendosa de entre sus torcidos labios—. Señorita, es mucho dinero. Por este anillo… —lo tomó con displicencia— y sin hacerle un análisis más detallado, le daría cinco mil.

—¡¿Qué?! Vale quinientos mil. —La verdad no sabía lo que valía, asumía que la cifra se le acercaba. Los ancestros de Winona fueron pioneros en la producción de vehículos a motor.

El hombre puso una expresión de «vale menos».

—¿Eso le dijo su prometido? —la cuestionó en tono pedante. En su mente celebraba que fuese valioso—. Porque me da pena en tener que refutarle. Su prometido le ha mentido; cuanto mucho, el anillo vale cinco mil.

—Vale más —al parecer tendría que luchar con la cifra para elevarla.

—¿Tiene el certificado que lo avala?

Isabel se inquietó ante lo exigido por el larguirucho.

—¿Certificado?

—Es un documento legal donde afirma la procedencia, los materiales preciosos de la joya y garantiza el valor que usted dice. ¿Lo trae consigo? —La joven cabeceó—. ¿Su prometido lo tiene? —Isabel se encogió de hombros. Lo ignoraba—. Qué pena… —el hombre controló no sonreír triunfal—. La falta de un certificado indica lo que le estoy comentando: es un anillo de poco valor. Pero como soy un negociante justo, le ofrezco cinco mil para que no pierda el tiempo. Es la mejor oferta que conseguirá.

—Cinco… —la sonrisa fue parca en la muchacha—. Es una reliquia familiar por parte de mi difunta suegra. Ha pasado de madre a hija durante varias generaciones. Tal vez sea por esto por lo que no tiene certificado, tiene como 200 años. —Si bien, provenía de la línea materna, con Everett hubo un leve cambio al ser varón.

Se sentía pésimo por deshonrar la tradición.

Él se lo dio a ella, en nombre de la difunta madre.

—Tal vez lo sea para usted y la familia de su prometido, pero esta «reliquia» no es lo que presumen. Observe la forma del diamante —lo mostró—. Su diseño es del período del art déco, entre los años 20 y 30; por extensión, no tiene 200 años.

—Pero mi prometido dijo…

—Muchas personas han venido aquí —la interrumpió con ínfulas de erudito—, creyendo poseer una joya valiosa por pertenecer a su tatarabuela, y solo es una pieza de orfebrería de clase obrera.

El gruñido fue suave en la garganta de Isabel.

El hombre la miró desconcertado. ¿Cómo hizo eso? Sonó como un animal.

—Pu-puede llevarlo a otra casa de empeño para que lo avalúen —dijo un tanto nervioso, la joven lo miraba como si quisiera matarlo—, pero no obtendrá una mayor cifra. Cinco mil dólares es lo que le darán.

¡¿Cinco mil?!

El anillo de Winona valía cien veces más.

En vista de la urgencia del dinero y que el sujeto era tan despreciable como Nemat, por verle la cara de pendeja y aprovecharse de la circunstancia, no tuvo más remedio que recurrir a la hipnosis.

—Si lo observa bien, es una pieza única por su diseño y antigüedad. Dele un precio que esté acorde a su calidad. —Sus ojos amarillos y rayados.

El hombre parpadeó.

—S-sí, señorita, m-me equivoqué… —tartamudeó—. Discúlpeme, le daré diez mil.

—Ofrezca más —su mirada penetrante—. No es suficiente para mí.

—Quince…

—Más. —¡Vaya sujeto de mente fuerte!

—Veinte mil.

Isabel respiró y entrecerró sus ojos; de que obtendría la cifra correcta, la obtendría.

—No seas tacaño, súbale al precio —este debería darse la mano con Everett—. Quiero cuarenta.

—¿Cheque o efectivo? —Su mente apenas procesaba el hipnótico mandato de la loba.

—Efectivo. Y quiero que usted mismo lleve hoy el dinero a esta

dirección. —De su bolso deportivo extrajo una agenda y arrancó una hoja, donde anotó la dirección de la residencia de los Morris. Anna una vez le dijo donde residía—. Entréguelo al que se halle allá, dígale que es un obsequio de parte de una «amiga». Que no hay intereses de por medio ni reclamo a cambio. Que pague lo que deben. Si le preguntan, no dé más información, mantenga el pico cerrado y lárguese rápido. ¿Comprendió?

Asintió como un autómata.

El hombre depositó el anillo en un estuche aterciopelado y lo guardó en la caja fuerte que estaba ubicada en la habitación contigua, protegida por barrotes y un intrincado sistema de seguridad. De ese lugar extrajo el dinero pedido por la «clienta» y apiló los billetes sobre el mostrador sin anotar la transacción en los libros contables o la hiciera firmar un recibo donde se comprometía a devolver el monto, pasado los 30 días, más intereses.

«Confiaba» en la palabra de la joven.

En todo caso, así esta jamás volviera, él saldría beneficiado: al revenderlo le daría ganancias.

No obstante, Isabel tenía planeado retornar para la fecha acordada, pues vendería unas acciones de la academia a Camila, si esta estaba dispuesta a comprarla o al que quisiera invertir en ballet. Y con lo que obtendría, recuperaría el anillo.

Disponía menos de una semana para hacerlo.

En los días previos, se cuidaría de que Everett o los demás en la cabaña, notaran la ausencia del anillo. Diría que sus manos están hinchadas o que prevenía perderlo entre los matorrales, estando ella en dos patas. O que hizo la promesa de no usarlo hasta el día de la boda, como agüero de la buena suerte, siendo colocado en su dedo por su marido durante los votos matrimoniales.

Aun así, pensaría en una excusa creíble, mientras el amigo abogado de Camila fungiera como mediador de una parte del total de las acciones de la que ella era poseedora. Everett se las pasó a su nombre, por lo que no tendría el inconveniente de requerir su firma. Ella era libre de vender la academia si se le antojaba. Con una o dos acciones, saldría del atolladero antes de la boda.

Porque, de no venderlo a tiempo, más de uno se daría cuenta.

Everett sería el primero cuando la tomara de la mano para ponerle la argolla a la vez en que le expresaba las mentiras acostumbradas para quedar bien ante los demás: «¿Dónde está el anillo?».

«¡Huy, Everett, se me olvidó ponérmelo!».

Se lo imaginaba correteándola por el bosque para morderle el culo, por mentirosa. Ese greñudo huele las mentiras a leguas.

Rogaba vender las acciones rápido y lucir el anillo de compromiso como si nunca lo hubiera empeñado, porque para nada deseaba

padecer dicha persecución. *Tranquila, en Nueva York existe mucho inversionista*.

Pegó su móvil en la oreja y, mientras marcaba el número de Camila, se marchaba de la casa de empeño, dejando atrás al larguirucho cuarentón, quien empacaba el dinero en un maletín de cuero negro para entregarlo a la dirección indicada. Luego lo olvidaba todo.

Tres pitidos fueron suficientes para que la anciana contestara y exclamara alegre de escuchar a la chica. Isabel no le soltó el pedido de sopetón, la preparaba para que después no pusiera pegas y no sospechara de todo por lo que ella pasaba. Primero sería un ofrecimiento, Camila estaba de primera en la lista; de no querer, su abogado se encargaría de finiquitar la venta. Y, mientras charlaban, una serie de sentimientos llevaban a la joven desde la euforia por haber conseguido el dinero para pagar la deuda del señor Morris y la culpa por decir tantas mentiras.

Lo sentía por Everett, por Camila y por la difunta Winona, de la que tal vez se debía estar revolcando en su tumba por haber empeñado la reliquia familiar, pero era por una buena causa.

Capítulo 12

—¿Eso es todo lo que compraste? Pensé que traerías un millar de bolsas.

—Compré lo que necesitaba.

—¿Y el vestido?, porque en esa bolsita no me parece que esté, a menos que te pienses casar en negligé. —Rio, era diminuta para lo que esperaba: cajas que contenían el velo y demás accesorios, forros porta-trajes, docenas de bolsas con sorpresas que lo deleitarían en la luna de miel.

—Con la modista, lo entallarán a mi medida —dijo con veracidad—. Me quedaba un poco holgado. —En realidad no necesitaba de ajustar el dichoso vestido de novia, debido a que le había quedado como un guante, pero ella necesitaba tener una excusa que fuese creíble para volver a Anchorage.

—¿Y qué traes ahí? A ver, muestra —como niño curioso le arrebató la bolsita que sostenía. Su pene estaba ansioso por saber qué prenda picante compró—. Son… —lo decepcionó descubrir que ella no se abasteció con docenas de provocativas prendas íntimas, tampoco con juguetes sexuales que achisparían el sexo, sino que adquirió un par de bragas sosas y unos sujetadores que le facilitarían la lactancia sin exponer el seno completo.

—Están bonitas —se las entregó, devuelta estas en la bolsa. Se ahorró hacerle el comentario para evitar discutir; aún la tirantez entre los dos se percibía; Isabel al llegar no corrió a él para abrazarlo ni le dio un beso, lo saludó con un escueto «hola», del que luego subió a la habitación como si hubiera comprado cualquier tontería. Cinco minutos antes, Sakari le advirtió de los gemelos, puesto que se habían acabado de dormir, para que no entrara a la habitación de estos; abrir la puerta los despertaría, Erik estaba muy sensible a los ruidos y Ángel estuvo llorando todo el día.

A pesar de esto, Isabel quiso asegurarse de que estuviesen bien, asomando la cabeza por el resquicio y comprobando que los bebés estuviesen en sus respectivas cunas. Everett la había seguido, ansioso por contemplar el atuendo que la convertiría en su esposa.

—Pero te di una tarjeta ilimitada, pudiste comprar lo que se te antojara —replicó sentado al borde de la cama y siguiendo con la mirada a Isabel, quien acomodaba en la gaveta la fea ropa interior que luciría en la noche de bodas.

—Esto era lo que necesitaba —le daba la espalda, organizaba las bragas en su gaveta como si estuvieran desordenadas—. Cuando

vuelva a ir para *lo del talle*, compraré algunas mudas de ropa. Me hacen falta unos cuántos vaqueros…

—Y lencería.

Ella lo miró por encima de su hombro.

—Tengo suficientes. —Cuatro blancas, una beige, dos verdes, dos de lunares, tres de florecitas estampadas y lo que Everett le mandó a través de un mensajero, la vez en la que él viajó a Anchorage por un asunto de negocios y después discutieron por culpa de la maldita de Jasna.

—No de las que me gustan. —Transparentes, con encajes y muy provocativas.

La réplica de Everett, la hizo volver hacia él, cruzada de brazos.

—¿Qué tienen de malo las que tengo?

Son maternales y me quitan las ganas de follar.

—Son un poquito sencillas.

—¿Sencillas? —Miró hacia la gaveta que seguía abierta, las bragas de algodón estaban agrupadas por colores. Las satinadas –las pocas que tenía– resaltaban por sobre las otras.

—Ajá.

—Me gustan sencillas.

A él, no. Eran muy sosas.

—¿Me complacerás?

Lo miró de vuelta.

—¿Quieres tangas rojas, señor Brankovic?

—También negras… —Su sonrisa ladina. Su deseo cobrando vida.

Isabel desorganizó las bragas y luego las volvió a organizar por hallarse nerviosa. Esto la hacía mantenerse fuera de la lujuriosa mirada de Everett, que aún no notaba que ella se había desprendido del anillo de compromiso. Fingió que se lo quitaba y lo guardaba en la bolsita azul de terciopelo, dejándolo al fondo de la gaveta para mantenerlo «resguardado» de los amigos de lo ajeno.

Vaciló qué hacer después, abriendo en el acto la gaveta donde estaban dobladas las camisetas de Everett, pero al darse cuenta de que no era la suya, sino la que estaba bajo esta, la cerró con un leve temblor en las manos.

Everett lo notó.

—¿Tienes frío? —Se levantó para encender la chimenea y aumentar la temperatura en la habitación. El calor corporal en los híbridos era inferior al de los lobos puros. Se resfriaban con frecuencia.

Ella asintió para excusar su nerviosismo con el aparente gélido clima. No lo padecía, más bien, tenía calor.

Al percatarse que Everett se acercaba para terciarle una manta sobre sus hombros, se hizo la desentendida y se encaminó hacia el

baño para refrescarse en la tina que ya Everett le tenía preparada para recibirla.

—Aguarda un minuto, te traeré una cubeta de agua caliente para tibiar el que está en la tina. Está fría.

—No importa, así me bañaré.

—Y enfermarás, eres friolenta. Ya te la voy a traer.

Abrió la boca para replicar, pero Everett insistió en «climatizar» el agua de la tina para que la disfrutara sin estar tiritando de frío. Era un detalle que él quiso darle como recibimiento, Sakari se lo comentó en un susurro y un guiño pícaro de ojo. Everett estuvo pendiente del móvil, preocupado de estar ella apenas con un guardaespaldas que la protegiera. Se quejó varias veces de no haberlos acompañado y lanzó una increpación a los que hacían mantenimiento a su helicóptero, porque se les antojaron hacerlo cuando más lo necesitaron para viajar a la ciudad.

Mientras Everett se apuró con el agua, Isabel se desvistió y aguardó con su albornoz, sentada de piernas cruzadas en la silla rústica. Quién la manda a decir que tenía frío…

Transcurrido veinte prolongados y aburridos minutos, este lanzó el contenido humeante de la cubeta dentro del que reposaba espumosa en la tina. Isabel se quitó el albornoz, obsequiándole a Everett esa visión de diosa Venus que se posa sobre el Mediterráneo de los mortales.

El pene abultándose bajo los desteñidos pantalones del lobo.

—Cuando compre los… —*¡Ayyyy!*— vaqueros —dijo Isabel mientras se sumergía y contenía una mueca adolorida por lo caliente del agua—, compraré un arsenal de bragas. —¡Carajo! ¿Everett qué pensó que era ella: pollo desplumado en cacerola? La piel le ardía.

—Estoy considerando en acompañarte a escogerlas —comentó a la vez en que se desvestía con una rapidez casi desesperada—. Así me aseguro de que compres bastante.

Ella quiso espetarle: «¡claro, en eso no te duele desangrar los bolsillos!, ¿eh?». Hombres…

—Por supuesto, amor. —Vertió un poco del jabón líquido que reposaba a los pies de la tina de madera y se masajeó con sensualidad.

Amor…

Llamarlo así le gustó a Everett, ansiando este que los días volaran para que llevara con todas las de la ley su apellido.

Al tiempo en que observaba a Everett despojarse de su calzoncillo, para Isabel resultaba irónico que ella hubiese tenido a su alcance una tarjeta de cual pudo efectuar una transferencia y cancelar la maldita deuda de George Morris. Pero hubiese sido descubierta por Everett, debido a que, los movimientos bancarios de ese tipo serían notificados en su móvil de inmediato.

«¡¿En qué gastaste cuarenta mil dólares?!».

«¿En qué más?, ¡pues en las bragas!».

Con estas la ahorcaría.

No se opuso al meterse él en la tina y sentarse detrás de ella, abrazando con sus musculosas piernas, sus caderas; más bien, recostó su espalda contra su pecho y soltó un largo suspiro que le hizo liberar tensiones. Era reconfortante estar con él de esa manera.

—Aunque me gustaría que fuera una sorpresa —dijo tomando en cuenta que debía volver a esa casa de empeño y recuperar el anillo, por lo que no era prudente que Everett fuese con ella—. Así podré modelarte.

Los labios de Everett se estiraron ante la expectativa.

—¿Modelarme? ¿Me harás un desfile? —Lucubraba en ordenar por línea toda la gama, más un par de alitas tipo *Victoria's Secret*.

—¿Te gusta la idea?

—Me gusta *muchísimo*. ¿Qué te parece si la ordenamos de una vez? La traen a domicilio.

Dejó de enjabonarse.

—Eh… Prefiero palpar la calidad de la confección de las prendas. Ya sabes cómo soy…

Las manos masculinas se deslizaron por debajo del agua jabonosa y acariciaron el interior de los muslos femeninos.

—También me gusta *palpar*… —le dio un beso en la cien y luego agregó—: Está bien, confiaré de nuevo en ti. Compra ligeros y negligés —solicitó con voz ronca—. No repares en precio, escoge los que quieras.

—Negros y rojos.

—Negros, rojos, blancos…

—¿Rosados? —Se divertiría un rato con él.

—También.

—¿Azul celeste?

—Sí…

—¿Marrón?

—No me importa el color, si el modelo es capaz de hacerme levantar el pito.

Isabel se carcajeó. Hablar con socarronería sobre lencería, le hizo encender la llama de la pasión que desde hacía días tenía apagada. Su corazón se ensanchó y las palpitaciones golpeaban su pecho como la primera vez en que estuvieron juntos. Everett también se complacía de esto, fue espontáneo el acercamiento; no hubo disculpas o lloriqueos, solo dejaron que la charla fluyera y, de repente, estaban en la tina.

—Estoy orgulloso de ti, Isabel, no hubo incidentes. Kevin me informó que te mantuviste serena entre los humanos.

Isabel se tensó y Everett lo percibió.

—Tenía la pansa llena —bromeó—. Aunque cené a un *alasqueño* por el camino… —Mierda. ¿Kevin la habría visto entrar a la casa de empeño, en contra de la orden que ella le dio de permanecer en el estacionamiento? ¿O la observó desde el área de los monitores?

No debió comentarle lo de las cámaras de vigilancia.

—Espero que hayas tenido buen provecho.

—Mucho. Me hizo eructar.

Él rio. El gozo que sentía era como el de antes. Lo aconsejado por Ma-cheil dio buenos resultados: no la presionó más y aflojó *la correa* para que tuviera un poco de libertad. Isabel se controló estando lejos de él, no hubo ataques del que después tuvieran que arreglárselas para desaparecer cuerpos o borrar evidencias, anduvo por las boutiques con tranquilidad, escogiendo su ajuar de novia.

—Isa…

—¿Sí?

—¿Estamos bien? ¿Ahora estamos bien?

Asintió. Sabía a lo que se refería.

—Sí, todo bien…

La mano del lobo se elevó de entre las aguas y giró con suavidad el rostro de la joven hacia él.

—Odio estar distanciados, me hace extrañarte. ¿Me prometes que no volverás a estar así conmigo?

—¿Así cómo?

—Enojona.

Casi se le escapa una increpación. ¡Él era el que la enojaba! Se hacía el santo.

—Everett, si he estado así, es porque me sobrepasa tanto machismo.

Cabeceó.

—Es más que eso, Isa. Es seguir las jerarquías. No te limito como mujer, sino como loba.

—Es lo mismo.

—Perdóname, pero no es así: como mujer puedes desarrollarte profesional e intelectual, como loba…

—Meto la cola entre las patas y agacho el hocico, o me zarandeas del lomo.

Hizo que Isabel se volviera, al sentarla a horcajadas sobre sus piernas. Era extenuante tener que medir las palabras para evitar reñir, constantemente se enfrentaban como enemigos.

—No lo veas de esa forma; considera que muchas vidas dependen de nuestras acciones. Si desafiamos, debemos ser capaces de soportar las embestidas. Los *Homo lupus* somos agresivos por naturaleza, respondemos a la menor provocación. Tú, mi querida Isabel, no sobrevivirías a la furia de un macho alfa.

—Me desgarrarías…

—Yo no, otros. Isa, sé obediente cuando estemos de cacería. Acata lo que te diga, temo que resultes herida.

Quizás era la intimidad en cómo se hallaban o que Everett le hablara suave, que Isabel optó por ceder a su pedido. Él comprendía que ella por ser híbrida recién conversa era irreverente, dándole muchas oportunidades para recapacitar. Esta vez se doblegó, debía aprender a relacionarse con los demás bajo lineamientos militares; así lo percibía, como si ella fuese un soldado recién reclutado en medio de un batallón de generales de mentalidad cerrada.

—Enséñame a ser buena loba.

Everett esbozó una amplia sonrisa ante la disposición de Isabel. No se trataba de dominarla y él jactarse de haberlo logrado, sino de protegerla de la furia de sus propios hombres; era un mundo primitivo que en nada ha evolucionado a través de los milenios, los metamorfos solían matar a los rebeldes, ya fuesen hijos, hermanos o esposas. Se manejaban en grupos, no individuales, como él una vez lo estuvo y casi perece por alejarse de los suyos. Por esto, era exigente con Isabel, enseñándole las normas con toda la paciencia que podría manejar. Si Isabel aprendía a comportarse en presencia de otros más fuertes que ella, las posibilidades de alcanzar la ancianidad eran infinitas.

Los lobos en promedio vivían hasta 200 años.

Y él con ella los quería disfrutar hasta el final.

*****

Emilia Morris no salía de su asombro. ¿Quién era ese ángel que les obsequió ese dinero a través de un mensajero?

Meditaba las razones: a nadie ellos ayudaron en el pasado, salvo alimentar a uno que otro perrito callejero y un par de limosnas al mendigo que se topaban a su paso. Sin embargo, no era para que el karma se los devolviese en un maletín que contenía una gran cantidad de fajos de billetes.

—¿Será una trampa? —George cuestionó, también estupefacto, sin saber qué hacer con el dinero. Su acreedor era un tipo mañoso, idearía el modo de aumentar la deuda y así obtener lo que deseaba.

—Puede ser, tenemos que devolverlo y rogarle a Nemat darnos más prórroga, es imposible conseguir tanto dinero… —ojalá *el que tenían ahí*, sobre el tope de la mesa del comedor, proviniese de un ángel y no de un demonio.

—¿Tú qué crees, Anna? —George consultó a su hija, sentada alrededor de la mesa, llamándole a él la atención de que sonriera de oreja a oreja. Al parecer, se conformaba con que un extraño haya tocado a la puerta y entregado el maletín.

—Tenemos que darle las gracias.

—¡¿A Nemat?! —Emilia exclamó desconcertada, moviendo una pierna compulsiva bajo la mesa. Anna se volvió loca o aceptó su destino.

—A la señorita Isabel.

—¿Por qué a ella?

—Es obvio, mamá. ¿Quién tendría la preocupación de ayudarnos y la capacidad para darnos este dinero? ¡Isabel García! La compañera del señor Everett.

Emilia se llevó las manos al pecho. ¡Oh, Licaón, que así sea y no una triste ilusión!

—George, ¿estás de acuerdo en lo que dice tu hija? —Asintió y ella lloró de emoción. De ser así, se quitaron un gran peso de encima—. Hay que ofrecerle una cena, será frugal, pero deliciosa. Mañana te acercas a la señora Grubana y le comentas que necesitas contactar al señor Everett. Le diremos…

—¡No, mamá!

—¿Por qué no? Hay que agradecerle a la compañera del alfa de algún modo, ella debió de convencerlo.

—Lo dudo. Procuró mantenerse en el anonimato.

—Porque desea evitar habladurías. Seremos discretos, pero le haremos la cena.

—Sería contraproducente. Si la señorita Isabel hubiese convencido al señor Everett, ella misma habría venido a entregarnos el dinero. En cambio, envió a ese sujeto…

La explicación de la muchacha acrecentó los nervios de la progenitora.

—¿Y de dónde sacó todo esto? —Le dio una palmada al maletín—. ¿Ella es rica?

George y Anna, cabecearon. Sabían que la hispana provenía de una familia humilde y que no trabajaba en nada que le produjera mucho dinero.

Por eso los engreídos Brankovic la despreciaban tanto.

Emilia jadeó.

—¡Ay, lo robó! ¡El alfa nos matará por aceptar dinero robado! ¡Oh, Licaón!, ¡oh, Licaón!, sálvanos de tantas desdichas.

—¿La crees capaz de hacer eso? —George le preguntó a su hija. La gente como Nemat y otros que él conoció para su desgracia, solían tener dos caras para engatusar a los tontos.

Esta lo pensó un instante, Isabel era de las lobas que no tenía pelos en la lengua para escupir lo que piensa y envararse ante el que pretendiera aplastarla como persona. Pero de ahí a ser ladrona…

—No lo creo —contestó. Y ante la incredulidad de Emilia, agregó —: Mientras estuve a su servicio, ella fue considerada y amable. Nunca demostró ambición o humilló por ser la compañera del

heredero del señor Stanislav. En cuanto papá le comentó lo del préstamo, se puso a la orden. ¿Verdad que fue sincera? —Miró a su padre y este asintió—. Se molestó que el señor Everett no nos protegiera, lo gritó y amenazó con mandarlo a dormir al gallinero—. Rio a esto último por la ocurrencia de Isabel, y Emilia intercambió miradas con su marido, puesto que lo dicho por Anna, confirmaba que aquella mujer los había metido en un lío más gordo del que trataban de salir.

Al no obtener el apoyo de su pareja, obró de mala fe a sus espaldas.

Oh, Licaón… En cuanto el alfa descubriera lo que hizo la hispana, no solo entregaría su hija a ese Nemat, sino que a ellos los vendería como esclavos.

Capítulo 13

El llanto de Ángel despertó a Isabel.

El tronar de su garganta llegaba hasta las orejas puntiagudas de Luttrell y Elijah, a 20 metros de distancia de la cabaña, en el recorrido constante que ellos hacían para inspeccionar los terrenos circundantes.

Las luces de las lámparas de keroseno, tanto en el dormitorio de la pareja como el de Blanka, en el piso inferior, se encendieron en el acto, pese a que sus visiones nocturnas les hacían vislumbrar el entorno entre la penumbra. No obstante, las diminutas flamas ondeantes brillaban dentro de sus recipientes de cristal, sacando a los espacios de las sombras. Isabel se cruzó el albornoz, teniéndolo siempre al alcance y corrió hacia el cuarto de los gemelos, con el pecho oprimido. ¿Qué le pasaba a Ángel? Lo conocía bien cuando estaba de malas, él no solía llorar como lo hacía esa noche.

—Tiene un poco de fiebre —Sakari comentó antes de que Isabel preguntara. Arrullaba a Erik para que no lo imitara, enojado por su hermano, mientras que Nashua decía unas plegarias en voz baja y en su lengua materna para que los malos espíritus se alejaran y no molestaran más al lobezno omega.

Sin ordenar callar a la nativa ni expresar algún tipo de desagrado por sus creencias ancestrales, Isabel se acercó a la cuna doble y tocó la frente de su hijo, comprobando así lo que Sakari le había informado. El cabello de Ángel lo tenía empapado por el sudor; le quitaron el pijama de cuerpo completo y el pañal para refrescarlo. El ambiente hedía a popó, por lo que Isabel determinaba que lo acabaron de limpiar. Palpó su estómago que subía y bajaba rápido en una respiración acelerada, por si lo tenía distendido; aún estaba blando, puede que no fuese problemas intestinales, pero le preocupaba. Su palma se deslizó por sus bracitos, las piernitas y el cuellito.

Ardía.

—Tráeme el termómetro que está allí… —le señaló a Sakari el estuche blanco que estaba en una repisa cercana. Pero Everett, que observaba desde el marco de la puerta, se adelantó a la otra y se lo entregó a su mujer—. Ahora, tráeme un hisopo mojado con alcohol —Isabel ordenó tras recibirlo y del que agradecía internamente que él se pusiera una pantaloneta y no estuviese desnudo. Abrió el estuche mientras que Everett acataba con celeridad el pedido.

Desinfectó con el hisopo la punta metálica del termómetro rectal y luego señaló la crema *antipañalitis* para untarla en el ano del bebé.

Everett se hizo del otro lado de la cuna y, manteniendo a Ángel

boca arriba, lo tomó de los tobillos, levantando los piececitos lo suficiente para que su trasero quedara expuesto. Colaboraba en lo que podía, las dos nativas estaban ocupadas, cada una ejerciendo una función que él consideraba importante. Isabel lubricó el enrojecido ano con un poquito de crema y luego metió con sumo cuidado la punta del termómetro.

Ángel se removía; no le dolía la invasión, estaba incómodo por la posición en cómo se hallaba. Isabel esperó a que el pitido del aparato digital indicara la temperatura exacta en centígrados; era la parte anatómica en la que obtenían mayor precisión térmica en un bebé menor de tres meses.

Lo sacó y leyó la pantallita.

—¡Ay, Dios mío! —chilló mortificada—. ¡42 grados!

—Tiene un poquito de fiebre.

Isabel levantó la mirada estupefacta hacia Everett.

—¿Como que «un poquito»? —Se enojó—. ¡Eso es muchísima fiebre! De tener 42, convulsionaría. —Lo normal sería que fuese 36.5 o 37, no que estuviera a punto de hacer erupción.

A menos que el termómetro estuviera averiado.

—Alcánzame el otro que está en el estuche verde —señaló hacia el sitio de donde Everett tomó el anterior—. Estos termómetros son muy delicados, se dañan por nada. —Repitió el proceso y para su desconcierto, el segundo termómetro indicaba lo mismo—. No puede ser —sollozó—, tiene fiebre muy alta… Oh, Dios… —¿Qué haría su mamá en esos casos?, pensó. Por desgracia, no recordaba los remedios caseros que esta hiciera para bajar la temperatura. Tal vez porque su abuela era la que hacía de enfermera—. Agua… —pañitos húmedos—. Hay que bajársela, ¡ya! Ve por una palangana de agua al clima.

—Isa, las crías de lobo tienen temperatura alta. No te alarmes.

—Y cómo quieres que esté, ¿eh? —gruñó cabreada—. Míralo, él no llora por hambre, sino por el malestar que siente. ¡VE POR LA PUTA PALANGANA! —Su corazón retumbaba, era frecuente que Ángel enfermara, pero no de esa manera.

Nashua escuchaba las réplicas de la híbrida y meditaba para sus adentros a la vez en que susurraba las oraciones a los dioses, en que esta era una joven ignorante que se dejaba llevar por la angustia. Unos cuántos rezos y sanaba al lobezno. A ella siempre le funcionaba con los que cuidaba.

Para *inri* de los padres, Ángel expulsó una gran cantidad de heces líquidas.

—*¡Uf!,* hizo bastante. —A Everett lo golpeó el fétido olor de la diarrea.

—¿Eso es sangre? —Isabel estudiaba mortificada las manchas rojizas entremezcladas con lo evacuado. ¿Qué le habría dado esa loca

a su hijo para que sangrara? Nashua era la encargada de cuidar y alimentar a Ángel, como Sakari a Erik. Cada una era responsable de lo que a estos les pasara. ¡Ay, si le dio algún menjunje para curarlo de su síndrome, la ahorcaría!

Como si fuera una ráfaga de viento, Everett bajó a la cocina para extraer un poco de agua de los contenedores que tenían cerca de la puerta posterior. No huyó de la habitación por el olor nauseabundo ni por la ruda orden que Isabel le repitió, sino que se preocupó de que su pequeño empeorara frente a sus ojos. Y al minuto estuvo de vuelta.

Blanka encendió los leños de la estufa rudimentaria, avocándose en preparar un cataplasma que pondría en la espalda del lobezno y del que le ayudaría a conciliar el sueño; también un té para los nervios de la madre que gritaba angustiada, la híbrida aún desconocía el sistema inmune de los lobos jóvenes; sobre todo, los lactantes. Estos desarrollaban anticuerpos de un modo diferente al de los humanos: su calor corporal era elevado, las palpitaciones del corazón duplicaban al de estos, y el hambre que a menudo los tornaba irritables, los hacía defecar con mayor frecuencia.

A sus fosas nasales le llegó la hediondez de la diarrea y comprendió que podría tratarse de una posible indigestión. Lo más probable, fue arrullado de manera exagerada por la nativa que para nada la tragaba; si a un lobezno, después de amantar, lo zarandeaban como si fuera muñeca de trapo a manos de una cachorra de tres años que jugaba a la «mamá», esto le provocaba reflujo y acumulación de gases. Quién sabe por cuánto tiempo esa inepta fue ordinaria.

Everett acomodó la palangana de agua sobre el mueble cambiador de pañales y movió al lado la bañera de la misma altura de este para facilitar la limpieza del bebé.

—Me parece que tiene frío, no deberías bañarlo —Everett protestó a Isabel en cuanto comenzó a mojar a Ángel de la cabeza a los pies. A parte de remover los residuos de las heces sanguinolentas de las nalguitas y parte de los muslos, la intensión de esta era de bajar los preocupantes cinco grados que estaban por encima de lo normal.

—Está así por la fiebre.

—Yo creo que tiene frío, solo límpiale el culito.

La vasija de la bañera se sumergió una vez más en la palangana, vertiéndose sobre la cabecita de Ángel, pataleando irritado y empuñando las manitos, en un continuo lloriqueo a todo pulmón; su carita chata y redondeada se contraía por la jaqueca que sufría y la dificultad al respirar. Isabel se obligaba a ser inclemente; no quería hacerlo, pero era por el bien de este, la fiebre podría matarlo y ella jamás perdonarse por dejar que otros lo cuidaran. Los labios de Ángel los tenía azulados, temblaban a causa del agua que le echaban encima; lloraba cada vez más fuerte, sintiéndose débil y malhumorado. Era

una bolita de carne arrugada que trataba de aovillarse para darse calor, hacía pucheros, queriendo que lo abrazaran; en vez de esto más agua caía sobre su cabeza.

—Isa, no soy médico, pero ya deja de bañarlo. Le causarás pulmonía.

—¡Y cómo le bajo la temperatura! —gruñó de la impotencia. Para un lobo que acabó de expresar que son criaturas de sangre caliente, se preocupaba demasiado. Con su actitud le daba a ella la razón: el exceso de temperatura en el cuerpo era nefasto para cualquier ser viviente, si se descuidaban. Las convulsiones le sobrevendrían y después las consecuencias harían llorar al que lo cuidaba—. Everett, será mejor que salgas, me pones nerviosa.

Él se mordió la lengua para evitar escupir un «de aquí no me muevo», pero sopesando la situación, estaba lejos de brindar ayuda, por lo que optó en salir de la habitación, siendo seguido por Sakari, de la que él le pidió en tono grave llevar a Erik a otra parte de la cabaña, justo en el momento en que Blanka entraba con un cuenco de madera que contenía hierbas machacadas y un frasco con aceite medicinal. Agradeció a la mujer con una sonrisa a medias, lo que ella portaba a él muchas veces le alivió malestares.

Nashua extendió las palmas hacia Ángel, repitiendo incesante las plegarias. Los dioses tardaban en concederle el favor, pero ella no dejaba de implorarles, el lobezno omega era asediado por demonios que querían apoderarse del alma de esa criatura que debía ser alguna especie de castigo para los descendientes del Primer Alfa; al lactante lo torturaban con dolencias físicas, trataban de atraerle la muerte, aún no había sido bendecido por el chamán.

Mientras Everett se dirigía al dormitorio principal para tomar su móvil y llamar al doctor Pavlovic, de quien siempre sus recomendaciones eran bienvenidas, Ángel volvía a expulsar un torrente de diarrea en la cuna donde Isabel lo había acabado de acomodar para ponerle el pañal.

Lloró inmersa en el estrés.

*****

—Isabel, Isabel… Despierta, Isabel.

El llamado de Blanka, sobresaltó a la joven, quien se quedó dormida en la mecedora y con Ángel entre sus brazos. Sin embargo, al abrir los ojos, descubrió que se lo llevaron de allí y que el ama de llaves le sacudía a ella el hombro con suavidad.

—¿Ángel? —Se levantó de volada—. ¿Adónde lo llevaron? —Su preocupación se disparó por ellos habérselo quitado, estando desfallecida por agotamiento. Ángel dejó de llorar hasta que el gallo de los corrales cantó bien entrada la madrugada.

—Nashua lo está alimentando. Está mejor.

—Qué bueno… —expresó conteniendo su molestia y se encaminó a buscar a sus hijos. Las tetas estaban por estallársele si no les daba de amamantar. Pero Blanka le comentó que Everett requería hablarle en el dormitorio principal.

Esto a Isabel la inquietó, porque sus pies pugnaban por correr a buscar a Ángel y a Erik y colmarlos de besos. Aun así, lo que Everett le tuviera que decir la predisponía, intuyendo que, quizás, la increparía por haberlo echado del cuarto de los bebés por inútil. Ya se lo imaginaba dándose golpes de pecho como los gorilas y vociferando: *«¡Soy un alfa, aquí mando yo!, ¡¿cómo te atreviste a gritarme y echarme delante de mis servidoras?! ¡Erg! ¡Erg! ¡Erg!».*

Golpes y golpes de pecho…

Caramba, el día comenzaba mal.

—Oye, Everett, si me vas a increpar, tengo las tetas…

—Haz tu maleta, nos vamos a Kenai.

Isabel parpadeó.

Y luego notó la maleta que estaba lista frente al ventanal colindante con el baño improvisado.

—¿Y eso por qué? —Everett estaba ataviado con unos vaqueros oscuros, camisa blanca y una chaqueta sastre de color azul marino—. ¿Lograste comunicarte con el doctor Pavlovic? —Lo más probable, Everett logró contactarlo. La noche anterior fue imposible hablar con este, su móvil recibió múltiples mensajes de voz de lo que sucedía, pero ninguno fue devuelto. Everett llegó a presumir que estaría en el quirófano, pues solía tardar horas cuando estaba operando de emergencia a un paciente humano.

—Sí. Revisará a Ángel para descartar un virus.

—Pero Blanka me dijo que él está bien… —se giró sobre sus talones para comprobar si, en efecto, la rolliza pelirroja no le haya mentido para mantenerla calmada. La subestimaban como madre.

—Lo está —confirmó, causando que ella se detuviera abrupta antes de cruzar la puerta—, pero su condición lo hace susceptible a enfermedades. Lo llevaremos para que lo revisen y luego retornamos.

—¿Y cómo lo llevamos?, el viaje será largo y el helicóptero está en mantenimiento. Son muchas horas hasta Kenai. Mejor llevémoslo al hospital más cercano.

Everett sacudió la cabeza. Detrás de él, las puertas del armario estaban abiertas y algunos percheros se hallaban vacíos por la ropa que descolgó para su equipaje.

—El helicóptero ya está disponible —dijo—, y prefiero que seamos nosotros lo que nos movilicemos hasta Kenai. Los equipos y el personal médico de Pavlovic, están capacitados para los análisis de los cachorros. En otro centro clínico perderíamos tiempo, Ángel no es un

bebé común con Síndrome de Down, es cría de lobo e híbrida.

—Lo sé, Everett, es solo que el viaje podría resultar contraproducente.

—Igual debemos viajar, si lo llevamos a otro lugar, ¿no crees?

Isabel no protestó, sino que asintió para darle la razón. Así que, sin hacerse esperar, lo primero que hizo fue extraerse la leche materna con un tiraleche y depositarlo en un par de teteritos resguardados en un contenedor que los mantendría en óptimas condiciones por unas horas, y luego hizo su maleta empacando lo esencial.

Tras esto, se marchó a la habitación de los gemelos para hacerles las maletas, pero se topó con Blanka, habiéndose adelantado a la tarea.

Luego de tenerlas listas, las bajaron hasta la camioneta de Luttrell, Everett cargó la suya y la de Isabel, y las dejó en el portaequipajes junto con la de sus hijos y dos bultos de 12 paquetes de 36 pañales cada uno, que semanas atrás compraron al por mayor en prevención de los *accidentes intestinales* que pudieran ocurrir. Eran bebés con el sistema digestivo hiperacelerado.

—Isa, si sientes que no puedes estar entre humanos, me avisas. Arreglaré que los muchachos te lleven hasta los Fiordos para que caces. ¿Entendido? —Everett le comentó antes de abrir la puerta del asiento posterior de la camioneta. Ella tenía que ser consciente que, como loba incipiente, sufriría altibajos emocionales. Una alegría, una rabia, el estrés… Todo era factor que desencadenaría su salvajismo interno.

Isabel no le blanqueó los ojos, ni le puso cara de «¡no comiences con tu drama!, ya me las he arreglado sola». Más bien, asintió estando de acuerdo; ni ella misma sabía cómo obraría bajo presión, Everett estaba más curtido que cualquier otro lobo que haya pasado por dicha situación.

Dos vehículos rodaban por la carretera de tierra, un poco más veloz al límite permitido. En la camioneta de Luttrell, viajaba Everett en el asiento del copiloto y su guardaespaldas fungiendo como chofer. Blanka le colaboraba a Isabel, al sostener a Erik que estaba con los ojos explayados, observando el verdor que lo rodeaba a través de las ventanillas. El jeep lo manejaba Elijah, acompañado por Kevin, quien aprovechó en encender el reproductor del salpicadero para escuchar algo de música. No obstante, Elijah lo apagó; el alfa tenía oídos agudos.

En cuanto a Sakari y Nashua, no tenían permitido abandonar las tierras de Denali, y Everett respetó la decisión del jefe de la tribu para evitar un altercado; eran lobas emparejadas con nativos desconfiados. Ellas hubieran viajado por vía terrestre con tres machos de hormonas alborotadas, mientras que Isabel, Everett y los gemelos, volarían en

helicóptero.

Capítulo 14

La noticia exaltaba el buen ánimo de los seguidores.

¡El señor Everett y la señorita Isabel, pronto llegarían! ¡Qué bueno! *¡¡Hurra!!* Vendrían los que acabarían con el caos generado entre la Segunda Viuda y las esposas del señor Damir.

La cocina era un hervidero de órdenes y emociones para tener listo el almuerzo al cabeza de la familia. Briserka inspeccionaba todo como policía Nazi: *«¡Doris, apúrate con el picadillo de cilantro y perejil!». «¡Anna, ve lavando las cacerolas, no las acumules que nos complicas para acomodar el preparado!». «¡Amelia, ¿por qué estás ahí parada sin hacer nada?! ¡¡Muévete con las patatas; las quiero peladas para ya!!».*

Obrad y Javor, encargados de la jardinería y de los trabajos pesados, colaboraban con sacar la basura que se generaba con las toneladas de desecho de conchas de verduras y hortalizas, así como también los frascos y bolsas de especias, salsas y otros aderezos que le darían sazón al suculento guisado. A la señora Grubana le sentó mal la llamada que Damir recibió temprano en la mañana, de la inminente llegada del desquiciado que usurpó el puesto de su hijo, quien debió ser el que heredara los bienes de su difunto marido y el mandato del Clan Kenai, por ser el que seguía en la línea de sucesión, y no el otro por haber arrancado la cabeza al bruto de Ranko. Por este motivo, su «migraña» la obligó a mantenerse recostada en su dormitorio y que los demás se ocuparan de recibir al mequetrefe. Aún no estaba claro a qué vendría el bastardo de Winona; nada le informó a Damir, asumía que, por asuntos de negocios, este solo salía del monte cuando un buen trato le ofrecían.

La inusitada llegada de Everett debió ocasionar un «estrés colectivo» en las señoras de la casa, puesto que Radojka y Vesna padecían lo mismo.

Qué mal no recibirlos como «merecían», después de meses de estar ausentes, los dolores de cabeza requerían «reposo absoluto». Un té de jengibre, dos aspirinas, y a dormir la «siesta» hasta que ellas se «aliviaran».

O ellos se largaran…

Mientras que, en la mansión, engalanaban la mesa del comedor y preparaban el bisonte a toda marcha, Everett e Isabel descendían del helicóptero en la plataforma privada que dispusieron en los jardines posteriores. El mar los recibía apacible y los rosales, cuyos enormes pétalos a Isabel fascinaban y recordaban el que Everett le envió a la academia, los saludaban con su aroma dulzón y sus llamativos colores

rojo purpúreo.

Salieron al encuentro todo el personal de servicio, previamente vestidos con sus mejores uniformes y sonrisa sincera. Damir se hizo acompañar de Radojka y Vesna, y esta última, a su vez, exigió a sus tres hijas adolescentes en estar presente para recibir al tío distante. A dicha orden de su marido, Radojka intentó protestar, pero meditó que era conveniente en estar siempre del lado correcto de los que ayudarían a su hijo Jevrem, si este se metía en problemas con otras manadas.

Estaba tan lejos y solo…

—Querido hermano, me complace tu visita. ¿Tendremos el honor de tu estadía por una breve temporada o por este día? —Damir inquirió a Everett, con sus brazos extendidos en una hipócrita bienvenida que hacía para que la servidumbre observara que él era el que comandaba en Kenai y no el que llegaba.

—Todo depende —Everett expresó con frialdad, sin corresponder al abrazo, debido a que cargaba a Erik—. ¿La limusina? —Los saludos «fraternales» los dejaría para después, la consulta con el doctor Pavlovic aguardaba; su hijo menor seguía con fiebre y sin apaciguar el llanto.

—Está listo —el engreído hombre se tapó el oído con delicadeza por el atronador lloriqueo del cachorro enfermizo que perforaba sus tímpanos. La madre de este trataba de calmarlo, arrullándolo entre cariñosas palabras, era muy pequeño en comparación al otro lobezno —. Vaya, qué pulmones tiene… —expresó con una socarronería que a Isabel le desagradó. A ella ni la saludó.

Everett dio un escueto asentamiento de cabeza a Radojka y a Vesna, y sonrió a sus sobrinas como muestra de cortesía, luego liberó una mano para posarla en la espalda de Isabel y dirigirla hacia la limusina que aguardaba frente a la fachada de la mansión.

Atravesaron el jardín a través de un sendero de adoquines de terracota, seguidos por Damir y su comitiva; el personal de servicio se encaminó hacia la puerta lateral de la residencia por donde ellos solían ingresar a diario, entre estos, Obrad y Javor, quienes cargaron con las maletas y los bultos de pañales hacia el interior de la casa.

El chofer ya tenía abierta la puerta del asiento trasero y este al lado en pose recta, a lo que Everett e Isabel se subieron de inmediato al vehículo. En vista de que Blanka y los guardaespaldas aún rodaban por la vía hacia el sur, prefirieron llevarse a Erik y así también aprovechar que a este le hicieran su chequeo médico. La puerta de la limusina se cerró y el chofer se sentó frente al volante, recibiendo al instante la orden del alfa de hacia dónde dirigirse.

¿Por qué allá?

¿Era por ese cachorro de llanto infernal?

Se comentaba que su sangre contaminada le provocó la tara. Qué mal por el alfa que tomó por compañera a una hembra que le parió cachorros defectuosos.

Como si se tratara de la misma nobleza, los que conocían quién era Everett Brankovic y la mujer que sostenía uno de los dos infantes, recibieron un cordial saludo a las puertas del hospital.

Las enfermeras procuraban dejar libre el ascensor que los llevaría hasta la tercera planta; lo pacientes y otros visitantes tomaban el ascensor de la izquierda; el otro permanecía desocupado para la pareja. Slavco Pavlovic postergó una cirugía menor para el día siguiente y se abocó en revisar a los gemelos; en especial al que poseía los 21 cromosomas que deterioraban su salud mental y física. Tantas complicaciones que afrontaría durante la vida, que cada día sería un reto para este y sus padres.

Lo auscultó, escuchó a la madre sobre las dolencias del bebé, mandó al laboratorio muestras de heces, de sangre y orina. Le suministró suero para hidratarlo y medicamentos que lo aliviarían de uno de los tantos sustos que ellos seguirían sufriendo si no vigilaban con celo lo que el bebé consumía.

—La diarrea fue causada por la ingesta de varios tipos de leche —les informó—, procuren que consuma siempre de la misma teta. Preferiblemente que sea de la suya, señora Isabel. Pero debe evitar consumir soja, huevos, leche de vaca y harinas para evitarle indigestión al lobezno. Como se trata de un híbrido con Síndrome de Down, procure moderar las grasas saturadas.

—Está bien, doctor.

—¿Por qué sangró al cagar? —Everett preguntó, sentado al lado de Isabel, frente al escritorio del médico.

Este dobló el informe del análisis clínico, acabado de traer por su secretaria y lo guardó en la carpeta que archiva el historial de los bebés. En la parte derecha el de Erik y el de la izquierda el de Ángel.

—Por lo que dije antes: el lobezno mama de dos lobas; una de estas o ambas —miró a Isabel—, debieron haber consumido algún alimento que a este lo enfermó. Si ustedes consumen grasas saturadas, la traspasan a través de la leche materna; si beben licor, es como si el lobezno también lo hiciera. ¿Fuma, señora Isabel? —La joven sacudió la cabeza—. ¿La nativa? —No supo responder y Everett contestó que fumaba tabaco, pero se abstenía mientras cuidaba de Ángel—. Qué mal. Esto ocasiona dolores de cabeza en los lactantes. Igual con la bebida. Evítenlo hasta que le retiren del todo la teta. En cuanto al sangrado, se produjo por la cantidad de veces en que evacuó. Ya estaba deshidratado y esto compromete los órganos internos.

Para tener 75 días de nacido, Pavlovic notaba que Erik jugaba con las barbas largas del padre, jalándolas hacia él como si quiera

chuparlas para determinar a qué sabrían. Mientras que Ángel mantenía la boquita abierta y la vista fija en Pavlovic, distraído por los lentes que posaban sobre su nariz protuberante.

—Me disculpa si peco de ignorante —dijo Isabel—, pero ¿la temperatura de un híbrido es igual al de un lobo común? —Se sentía estúpida por formular la pregunta; en varias ocasiones el doctor revisó a sus hijos, sin que el tema de los grados térmicos saliera a flote. Solo se hablaba de si tuvo fiebre o no…

—Oscila entre los 102 y 104 grados Fahrenheit.

—Eso serían…

—39 y 40 grados centígrados.

—¿Y los 42 es poquita fiebre?

—Es mucha. Aún para un lobezno sano.

Isabel miró de reojo a Everett con ganas de escupirle una increpación y le lanzó un silente «¿viste?, tenía razón. ¡No es "poquita fiebre"!, ¡es mucha!».

Esto a ella le enseñó en que debía seguir sus instintos maternos.

—Entonces, solo yo amanto a mis hijos para evitar que se indigesten y así no vuelvan a tener fiebre.

Pavlovic se llenó de paciencia para explicar a la progenitora que era más complicado a como ella lo resumía.

—Comprenda que el sistema inmune de los bebés aún está inmaduro, lo que los hace susceptible a los virus —dijo—. La fiebre se presenta por diversos factores: exceso de calor, vacunas, la salida de los primeros dientes… Por supuesto, *las vacunas* son innecesarias en los lobeznos, por su naturaleza lobuna, pero sí en los híbridos.

—¿Por qué? —preguntó lo que ya sabía.

—Porque la parte humana los enferma.

Fue como una confirmación que se expresó en voz alta. La parte humana que Isabel aportó a sus bebés es lo que les haría padecer a menudo de diversas enfermedades.

Isabel sollozó. Por eso los lobos evitaban engendrar a las mujeres que no pertenecían a su misma especie: su descendencia nacía débil.

Everett la reconfortó al sobarle el muslo con cariño; de querer él que sus cachorros fuesen fuertes, se habría casado con Abby Rose.

—¿Qué debemos hacer para que no vuelva a enfermar?

—Lamento decirle que los primeros años serán duros, su condición genética lo hace propenso a resfríos y afecciones respiratorias. Sigan las indicaciones que les di, mejoraremos la calidad de vida del menor.

—Gracias —Isabel expresó entristecida por todo lo que su dulce Ángel y quizás Erik tendrían que soportar en adelante.

El hombre obsequió una sonrisa amable a la joven madre y se levantó de su asiento para acompañar a la pareja hasta las afueras del hospital.

—No se angustien por el susto que pasaron, es normal lo que sucede en estos casos: vigilen la temperatura, denle la dosis cada cuatro horas; nada de paños húmedos ni baños de cuerpo completo, esto ocasiona que haya efecto rebote y eleve mucho más la fiebre.

—Entendido —Everett respondió a la vez en que miraba a Isabel de la misma forma en cómo ella hizo con él, con ese «¡viste, también yo tenía razón! Lo estabas matando de frío», expresado en sus ojos marrones.

—Si vuelve a recaer, lo traen de inmediato. Les aconsejo se mantengan en el pueblo para que después no tengan que hacer un largo viaje.

La advertencia del médico fue un duro golpe para ambos padres, puesto que tendrían que abandonar la paz que les ofrecía el bosque Denali para tener que convivir junto a lobos egoístas y maquinadores.

—Haremos lo mejor para Ángel, nos mantendremos en contacto. Estaremos en Kenai.

—Es lo mejor, señor Everett —reiteró el otro—. Así podremos atender a los gemelos en caso de que enfermen: Ángel por su síndrome y Erik por sus genes mixtos. Los dos corren igual riesgo de infección, su lado humano es de monitorear.

«Su lado humano».

Isabel lo lamentaba mientras volvían hacia la limusina. El doctor Pavlovic lo comentaba como si fuese una infección que amenazaba la parte «animal» de sus hijos.

Lanzó una maldición para sus adentros, la recaída de Ángel era darle la razón a toda esa panda de racistas que señalaban sus orígenes. Ni siquiera Erik, que era el sano, se libraba de los desprecios de sus propios familiares. Ni por la línea materna conseguirían el aprecio de su abuela; de enterarse esta, los despreciaría por ser hijos del pecado o por ser engendros del diablo, a pesar de que a María Teresa le alteraron la memoria por un breve lapso para confundir sus recuerdos.

De lo que ocurrió cuando Everett hirió a Arturo, vestigios quedaban en la mente de esta en una aparente consecuencia producto de una alucinación o una pesadilla.

*****

La puerta de la habitación sonó con suavidad. Anna se deslizó de sus labores y corrió rápido a la planta alta para saludar y dar las gracias a Isabel. Esa mañana después de días de zozobra, despertaba llena de vitalidad, el dinero dado por esta los libró de Nemat; fue difícil convencer a sus padres de pagar la deuda con lo que la otra les obsequió sin ningún tipo de interés, les recordó lo que pasaría, lo que ella sufriría si optaban por el temor. Su padre aceptó entregar el maletín al prestamista con la promesa de devolver cada billete a su

legítimo dueño; de momento, se librarían de lo que debían y después a partirse el lomo. George tomaría un segundo trabajo como conserje nocturno en una fábrica textil. Sería arduo, dormiría un par de horas, es todo lo que descansaría, pero si sus cálculos eran correctos, al cabo de un año dejarían de preocuparse por lo que el alfa les hiciera.

Dicho sea de paso, Anna también buscaba en los portales de la red por un trabajo en el que fuese dominical, ya que era su día libre y así obtendría un dinero extra que los desahogara. Lo que obtendría de este, más su salario como sirvienta en la mansión, completaría lo que su papá y su mamá se empeñaron en reunir a toda costa.

—Adelante —Isabel permitió, esforzándose en sonreír para ocultar su tristeza. Volverían a asentarse en ese horrible lugar que, por cuestiones irónicas, extrañaba la reserva forestal.

—Permiso… —Anna entró tímida. Sus crinejas negras las tenía dobladas a la mitad y sujetas por lacitos blancos, infantilizando su ovalado rostro—. ¿Inoportuno? —preguntó al observar que Isabel estaba recostada en la cama sobre su costado izquierdo, junto al bebé enfermo. Erik dormía en una de las dos lujosas cunas doradas.

—Para nada —dijo—. Ambos están dormidos. ¿Cómo estás, Anna? ¿Todo bien?

La joven morena comprendía a lo que preguntaba casi a modo clave.

—Sí, papá podó el jardín y las flores están bonitas.

Isabel se carcajeó. El modo en cómo le respondió, le hizo pensar en las película de espías.

—Habla tranquila, Everett está con los muchachos que acabaron de llegar.

Anna se volvió sobre sus pasos y se aseguró de que nadie hubiese en el pasillo, parando la oreja, y consultó por si la señora Blanka estuviese en el cuarto de armario acomodando la ropa de las maletas. La habitación tenía olores concentrados de leche materna, pañales sucios recién cambiados y aceites aromáticos que olían a hierbas, costándole a ella percibir si allí hubiese alguien más.

El cabeceo de la hispana relajó la tensión de Anna.

—Gracias por ayudarnos —susurró sin moverse de su sitio, pegada casi a la puerta de la habitación.

Isabel palmeó el colchón para que ella se sentara en confianza, pero esto a la joven desconcertó, prefiriendo sin el ánimo de causar un desaire, en hacerse a los pies de la cama.

—Que sea un secreto entre las dos. Si Everett o alguien más pregunta de cómo pagaron, fue un segundo préstamo que hicieron.

—¿A Nemat? Nadie nos creerá, él se encargará en desmentirnos. Controla todo el sistema de prestaciones en la mitad de Alaska.

—Pues, *de la otra mitad del estado* obtuvieron el préstamo. No den

muchas explicaciones; el que insista en preguntar: es un prestamista fuera de la zona. Y punto.

—Sí, señorita, algo así pensamos decir.

Tratando de no despertar a Ángel, Isabel se levantó de la cama y, sin alejarse mucho, a la muchacha expresó:

—Jamás permitas que otros organicen tu vida, te cortan las alas y te hacen desdichada. Tú eres la que decides qué camino recorrer. Si deseas ir a la universidad, que sea lo que quieras estudiar. Si no, será porque así lo quisiste.

La joven sintió profunda empatía por Isabel, intuyendo que *las alas* de esta, hace mucho que se las cortaron. Su actitud desafiante cambió y su semblante cansado reflejaba batallas derrotadas. Lo tenía todo: dinero, un hombre guapo que la adoraba, dos hijos preciosos, a pesar de que uno de ellos nació enfermizo y, aun así, era infeliz.

—Es lo que pretendo hacer, señorita Isabel: después de ayudar a papá en pagar al señor Everett, estudiaré Historia del Arte.

La otra frunció el ceño.

—¿Por qué a Everett? ¡¿Se lo dijeron?! —Su corazón palpitó acelerado.

Anna bajó la mirada.

—No. Pero mis padres temen las represalias del alfa, si se entera…

Sería una insensatez que Isabel no comprendiera que los Morris vislumbraron la posible reacción de su prometido, al descubrir que su amada se las arregló para salvarle el pellejo a la muchacha de la limpieza. Lo grave, es no haberse mantenido al margen como él le pidió, sino que lo engañó muy consciente de los riesgos.

—No lo hará —manifestó—; tendremos cuidado de que siga en la ignorancia. Por lo que, les pido no le paguen nada. De eso yo me encargo.

—Es mucho dinero…

—Ya tengo como saldarlo. Fin de la discusión.

Anna se olvidó de mantener las distancias empleada-jefa y rodeó a la hispana en un emotivo abrazo. Cada vez le demostraba lo buena amiga que era, enfrentándose hasta con sus seres queridos para librarlos de una terrible circunstancia. ¿Quién mejor que Isabel García para considerarla como su hermana?

Años le faltarían para agradecerle.

Erik despertó y enseguida bostezó para despabilarse. Se halló de repente sin el cobijo de unos brazos maternos y lloró para que estos lo levantaran. Isabel miró primero a Ángel, para asegurarse de no haberse despertado y luego hacia Erik, a quien le metería la teta para que se relajara y dejara a su gemelo dormir en paz. La fiebre seguía latente, pero en menor intensidad a cómo estuvo en la madrugada.

Sin embargo, Anna se aventuró en acercarse a la cuna y hacerle

muecas graciosas que lo entretuvieron e hicieron sonreír.

—Mira, un cerdito —imitó en voz baja el chillido que hacen estos animalitos, a la vez en que su nariz se arrugaba para crear el sonido—. Un gatito: *¡miau!*, *¡miau!*, *¡miau!* —Las manos en su cabeza a modo de orejitas—. Un perrito: ¡*Guau!*, *¡guau!* —Sacó la lengua, jadeando como cachorrito.

Erik rio.

—A parte de Everett y de mí, eres la única que lo has hecho reír. Ni siquiera su nodriza, es muy temperamental. —En más de una ocasión los guardaespaldas le hicieron los mismos gestos sin conseguir que Erik estirase los labios, en cambio, apretaba el ceño o hacía pucheros, porque en vez de divertirlo, lo asustaban.

—Me gustan los bebés, me parecen tan lindos… ¡Hola! ¡Hola! —Cachetes inflados, ojos viscos, manos imitando orejotas.

La respuesta del infante…

Más risas.

Isabel comenzó a tomar en serio la idea que albergó desde que la vio en la gruta con su hijo.

—¿Te gustaría trabajar para mí?, te pagaría bien.

Anna parpadeó. Pensó que ya lo hacía.

¿Acaso era cómo…?

Huy.

—Yo aún no lacto…

—No es como nodriza, sino como niñera —aclaró sonriente—. ¿Te gustaría? Hablaré con Grubana para que prescinda de ti, si tienes un contrato con ella.

Anna explayó los ojos de la alegría.

¡Síííííííí!

—¡Con mucho gusto, señorita Isabel! Desde ya me pongo a su disposición. —¡*Hurra y* más *hurras*! Ya no trabajaría para el Cuartel de las Brujas.

Llevada por el bienaventurado ofrecimiento de la hispana, pidió permiso para llevar a Erik hasta el área de la piscina y mostrarle los hermosos rosales y el espectacular paisaje natural. Asumía que, por estar en medio de un bosque, el lobezno no podría sentir la brisa marina ni apreciar el espumaje de las olas o el atardecer sobre el mar; estaba a miles de kilómetros donde la vista no les alcanzaba y donde la espesura del follaje se tragaba el hogar que habitaban.

Capítulo 15

El olor del salitre activaba los sensores olfativos de Erik.

Su naricita se arrugaba y sus aletas nasales se movían por lo que captaba. Le causaba curiosidad lo que percibía, provenir de todas partes; la joven que lo sostenía permitía que él diferenciara el aroma de las rosas, del que para Erik fue un agradable descubrimiento que hasta lo hizo estornudar.

Trataba de girar su cabecita, sintiéndola pesada; le costaba tener el dominio de esta, pero se aventuraba a moverla porque se sentía más fuerte para mantenerla erguida. ¿Qué era aquella mancha? ¿El cielo o el lago que su mamá o la nodriza tanto mostraban? Sus ojitos se agrandaban y luego entrecerraban, más agudos en comparación al de los bebés humanos que tardaban un poco más en alcanzar la percepción visual de un adulto.

—¡Mira lo bonitas que son las rosas! —Anna lo acomodó de modo que apreciara la rosa de cara a él—. ¿Te gustan? Toca una, esta… —procurando que el bebé no se pinchara con las espinas del tallo, lo acercó para que palpara con sus deditos la suavidad de los pétalos.

—Es llegar *aquella mujer* y tú olvidas tus deberes. ¿No tienes nada qué hacer en la cocina, como lampacear o lavar la vajilla, en vez de estar holgazaneando con *esa bola* en la piscina? —Andjela inquirió altiva, acompañada de Milena y Jelena, sus hermanas menores, quienes rodearon la casa para fumar a escondidas.

—Esta «bola» es el primogénito del señor Everett —Anna contestó sin amedrentarse, por si a las tres engreídas lobatas se les había olvidado de quién era hijo el lobezno.

—¡No me hables así! —Andjela le dio un empujón, sin tener cuidado de lastimar al pequeño, molesta por el modo en cómo le habló la sirvienta—. Soy superior a ti, regula tu tonito altanero.

—Y tú «regula» tu agresividad, si me hubieras hecho caer al lobezno, tendrías que soportar la furia de la señorita Isabel. Ella me permitió sacarlo para que tomara aire fresco.

Las tres adolescentes intercambiaron miradas estupefactas por el carácter que, de repente, la omega demostraba. De un minuto a otro, pasó de ser una tonta introvertida a una contestona.

La mayor dio un paso hacia Anna, mucho más alta que esta y gruñendo por lo bajo; sus hermanas hicieron lo mismo, rodeándola para molerla a los golpes. Pero Erik captó la tensión existente entre las jóvenes lobas y rompió en llanto.

—Escuchen a esta estúpida —Andjela prorrumpió con su acérrimo

desprecio hacia la chica—. ¡¿Yo tengo que regular…?! —Se carcajeó —. ¡¿Soportar la furia de quién…?! —Su risa estridente obtuvo eco en Milena y Jelena, casi del mismo tamaño de la mayor—. No me voy a regular porque soy una Brankovic, en cambio tú eres nada —tronó para demostrar el dominio de su linaje; en su presentación a la sociedad fue catalogada como futura pareja de alfa.

Agarró la pierna de Erik, con el propósito de arrebatárselo a la omega y estrellarlo contra el suelo para que a esta la culparan y castigaran por inepta. No obstante, en cuanto sus dedos delgados se aferraron en torno a la pantorrilla, un gruñido reverberó a su espalda.

Andjela tragó en seco y Anna sonrió.

—Suéltalo —Isabel siseó a punto de desfigurar de un zarpazo el rostro de la chica de diecisiete años; el llanto de su hijo la motivó en asomarse a una de las ventanas que da hacia la piscina, hallando una escena que enseguida la hizo saltar hasta la grama. Si lastimaba a Erik, Vesna y Damir tendrían una hija menos.

Tensa, Andjela soltó al bebé y se volvió con lentitud hacia la hispana.

¡Ups!

—¿Qué pensabas hacer? —la otra inquirió cabreada, plantándose rápido frente a Anna y su hijo. Sus garras estaban afiladas en un claro enfrentamiento que desataría si la primogénita de Vesna la retaba. Podría ser menor de edad, pero tenía malas intenciones como si fuera una asesina adulta.

—Le decía a la sirvienta que moderase la manera de dirigirse a los propietarios. Es altanera.

—Eso no fue lo que pregunté: ¿qué pensabas hacerle a mi hijo? —Un paso adelante; hilera de colmillos alineados—. Lo tenías sujeto de la piernita.

Milena y Jelena se escudaron detrás de Andjela, y a esta le temblaron las piernas.

—Nada. Lo tocaba.

—¡Ah!, ¿sí? —la cuestionó—. Me dio la impresión de que estabas por arrebatárselo a Anna—. ¿Para qué?

Boqueó. Las palabras atoradas en la garganta.

—P-para alzarlo. N-no me lo quería entregar.

De manera silenciosa, Anna salió de su refugio y negó con la cabeza a Isabel, para desmentirla. Andjela era una hábil mentirosa, pasaba de una actitud agresiva a una pasiva en un parpadeo, si esto le convenía para librarse de un lío. Siempre era la angelical y recatada doncella que habita el castillo de un rey gruñón, pero era la desvergonzada *fuma-porros* que se acostaba por diversión con el socio de su padre. Por eso no ofertaron por ella; el señor Damir arregló un acuerdo matrimonial con el sujeto que la desvirgó, días después de la

partida de Jevrem; de negarse a reparar el daño, a este le incautaban los bienes y le cortaban *el pito* por cuestión de honor.

—A mi hijo no le gusta que lo cargue cualquiera —Isabel espetó—: llora enojado.

—No sabía…

—Ahora lo sabes. Mantente a distancia de mi bebé o te arranco las tripas que tienes revueltas en la panza. —La condenada era la viva imagen de su antipático cuñado y más hermosa que las flacuchas de las hermanas que heredaron los genes de la circunspecta madre: morenas, estilizadas y bastante engreídas.

Desde lo alto de la ventana, Blanka observa pasmada lo que sucedía. La compañera de Everett estaba por lastimar a las hijas del señor Damir; lucían pálidas y temerosas, negando y asintiendo con la cabeza a lo que la otra gruñía. Se preocupó de empeorarse el altercado y, en vez de ser una simple jalada de oreja, terminaría en un baño de sangre.

Inquieta por no saber qué hacer, como tomar a Ángel y salir corriendo, escaleras abajo hacia el estacionamiento donde el señor Everett daba indicaciones a los guardaespaldas para la seguridad de los suyos, o dejar al lobezno en su cuna, ya que continuaba dormido, para ella volar como alma que lleva el diablo y alertar a su amo de detener a la loca de su mujer.

Esa loba dominante quería aplastar a las demás hembras.

Sin embargo, fue como si Everett hubiese presentido que la dinamita estaba a punto de estallar, bordeó con rapidez la casa, topándose con el grupo de lobas en un evidente estado de tensión.

—¿Por qué esas caras? —Rodaba los ojos por cada rostro femenino. Sus sobrinas se apretujaban entre ellas como si cada una esperase recibir un golpe y, Anna Morris, a quien creía en posesión de Nemat, bajó la mirada para no dar explicaciones—. Isabel —la llamó para que fuese ella la que dijera los motivos. Su respiración era pesada y su mirada severa; algo debió ocurrir para que estuviese de esa manera.

—Solo quería alzar a mi primito, tío. Pero lo hice llorar —Andjela se adelantó a Isabel; su voz temblaba nerviosa—. Lo siento, fue sin querer. ¿Verdad que fue sin querer? —Buscó apoyo en sus hermanas, estas asintieron con rapidez, sus corazones palpitaban acelerados.

Isabel gruñó.

Condena mentirosa.

—No lo vuelvas a hacer —le ordenó contenida, haciendo un máximo esfuerzo en no desfigurar a la muchacha—. Erik detesta que desconocidos lo carguen de buenas a primeras; llora mucho y al hacerlo Ángel llora también. Nos ha costado calmarlo por su fiebre.

—Cómo digas —Andjela ni parpadeaba por lo cerca en que estuvo

de tener la garganta desgarrada. La bola de mocos dejó de llorar tan pronto apareció la madre, removiéndose en los brazos de la sirvienta para que esta lo alzara.

Everett sonrió aliviado y le complació que Isabel se impusiera protectora; les ordenó a sus sobrinas que, para la próxima ocasión, pidieran permiso; estando Isabel cerca los gemelos estarían en mejor disposición. En cambio, a Anna le iba a preguntar el motivo de seguir trabajando: cuando una hembra joven se casaba, permanecía bajo el mandato de su marido. Pero Isabel le pidió de seguir paseando a Erik por el jardín y esta enseguida lo llevó hasta las barandas que dan hacia la playa, mostrándole la inmensidad del mar.

—Erik no llora con ella —comentó, siguiendo con la mirada a la omega, mientras que sus sobrinas se alejaban, jurándose entre ellas de vengarse de la sirvienta—. Hasta sonríe… —Se dio cuenta que, aparte de ellos, su primogénito sentía afinidad por otra persona. Según sus propios padres, él nunca lo tuvo por nadie hasta bien entrada la adolescencia. Fue un cachorro hostil.

—Por eso le pedí que fuera su niñera.

La miró extrañado.

—Pero Anna le pertenece a Nemat. ¿Hasta cuándo trabajará para nosotros? —Asumía que este la había reclamado como suya, al vencer el plazo de pago.

Ganando tiempo para responder, Isabel se acomodó detrás de su oreja el cabello que tenía suelto, y se encaminó a sentarse en la banca de hierro forjado donde antes Jevrem le confesó sus sentimientos.

—Ella no le pertenece a nadie. Es dueña de sí misma hasta el día de su muerte.

Frunciendo el ceño, él se sentó a su lado. Le sonó a indirecta.

—Por deuda, no —replicó con parquedad. Si Isabel estaba dispuesta a lanzarle dardos, él los esquivaría todos. No le apetecía pelear—. Nemat está en su derecho en negarle trabajar, por eso me extraña que siga con nosotros.

—Ah, bueno, es que… El papá de Anna consiguió que le prestaran dinero para pagar la deuda.

—¿Quién? —Posó la mirada en la joven de crinejas, al igual que Isabel que mantenía la suya sobre su hijo rollizo, prometiéndose para sus adentros en no perder a los gemelos de vista mientras vivieran en esa casa.

—Un prestamista. No lo conoces, alguien fuera de los tentáculos de ese sujeto.

Si bien, a Everett le dio un leve remordimiento por no haberlos ayudado cuando le imploraron, se mantenía firme en sus creencias de no involucrarse en asuntos que se resuelven por sí solos. Los Ancianos se lo inculcaron: «A la manada se debía guiar con mano dura, pero

también permitirles recorrer su propio camino». Y una prueba de ello fue George Morris.

Este se halló desesperado en su momento; sin embargo, le enseñó a su hija en no darse por vencido, los lloriqueos a terceros los deshonrarían.

Captó su atención cuando escuchó la risa de Erik. Anna lo elevaba por sobre su cabeza, como si este fuese un «avioncito»; tenía cuidado de no hacerlo vomitar para que disfrutara del «vuelo».

Un lobo aviador.

—Está creciendo rápido —comentó sonriente. El ritmo de su crecimiento era normal con respecto a los demás lobos; aun así, se enorgullecía del estiramiento progresivo de sus huesitos.

—Sí… Será como su padre: grandote y cascarrabias.

Everett la empujó con su hombro sin ser rudo.

—Más bien, como la madre. Te gastas un carácter…

Ella se puso la mano en el pecho y adoptó una expresión de «¡¿Yo?! Te equivocas, compadre. Yo no: ¡tú!».

Rio. Isabel haciéndose la inocente, lo divertía.

Abrió la boca para replicarle que espantaba hasta las cucarachas cada vez que se cabreaba, pero enseguida notó que ella no traía puesto el anillo de compromiso.

—¿Y el anillo? —Solo se lo quitaba al bañarse y al salir de cacería.

Isabel se tensó.

Miró rápido su mano y luego la escondió al cruzarse de brazos.

—Lo dejé arriba —dijo—. Me sudaban las manos…

Everett no le dio mayor importancia, Isabel solía quejarse del exceso de calor o de frío, costándole aún adaptarse a los cambios climáticos de Alaska.

La rodeó con su brazo y la atrajo hacia su pecho, disfrutando ambos de la vista que ofrecía el mar y los rosales. Afrontaron una crisis que los hizo dudar de lo que sentían el uno por el otro y del que tenía la seguridad de que habría muchas más por la personalidad fuerte que los dos se gastaban, pero se amaban y eso bastaba para afrontar mil batallas y darse fortaleza.

*****

El hombro de Norman Barnes había crujido tras lastimarse contra el árbol que halló abrupto a su paso al conducir su *pick up*. El golpe le hizo proferir un quejido adolorido, el hueso se salió de sus uniones y ligamentos, desbalanceándose con respecto al de la derecha. A pesar de esto, Norman no dejaba de correr. Lo hacía por su vida; si lo alcanzaba, de él nunca más se sabría nada.

Por este motivo, apretó los dientes y contuvo las ganas de gritar por las martirizantes heridas. Lo tomó desprevenido, rodando por la

carretera rumbo a su casa. Había tenido éxito al cazar, ¡qué buena presa!, obtendría de esta una jugosa ganancia por su carne y pieles, él cazaba siempre lo mejor y por ello era conocido.

Aunque ahora sería por ser el que desapareció sin dejar huella.

Su camioneta quedó volcada a un costado de la vía. Norman logró escapar, al arrastrarse a través de la ventanilla rota, cortándose las caderas con los fragmentos de vidrio en su desesperado intento por salir. Pero esto no le impidió ponerse en pie, motivado por el aullido que escuchó cerca y del que le erizó la piel. ¿Fue al que atropelló?

O fue este el que lo impactó…

Corrió con todo lo que pudo darle sus piernas, dejando atrás al animal que cazó en medio de la carretera para que el lobo se hiciera de este como si lo hubiese cazado y no fue así. Fue él, le disparó en medio de los ojos para después poder ufanarse con sus amigos. Si lograba ponerse a salvo, lo que contaría sería que huyó despavorido para que los depredadores no se lo tragaran.

Por desgracia, el maldito se propuso esa noche comer bien, porque, aparte de la presa, él formaría parte del banquete.

Capítulo 16

—Sí, la cifra está bien.

»Que se encargue tal como lo acordamos. *Ajá*… *Ajá*… Sí, adiós.

La llamada recibida fue rápida. Isabel procuró hablar poco, aunque, *el del otro lado de la línea*, no necesitaba que le dieran más detalles; con lo dicho, comprendía a la perfección: las cláusulas del documento que el socio minoritario debía aceptar y firmar. El dinero de la venta de la décima parte de sus acciones sería entregado en efectivo a Camila y, esta, lo depositaría a la cuenta del propietario de la Casa de Empeño, quién mantendría el anillo de la difunta Winona, resguardado hasta que Isabel fuese por este en otro viaje relámpago que realizaría para la «prueba» de su vestido de novia.

Esto a ella le traía tranquilidad, en unos días todo volvería a la normalidad: Ángel mejoraba conforme se le suministraba los medicamentos y a Erik el cambio de ambiente para nada le afectaba.

Sobre la mesita de noche dejó el móvil y se dio unos toques a su cabello, para alisar las hebras que estuviesen fuera de lugar. Desde hacía cinco minutos anunciaron la cena y ella ocupada con la llamada realizada, por lo que se apuró en bajar para comer junto a Everett. Gracias a Dios la «migraña» de esas insoportables mujeres, les impedía salir de sus respectivos dormitorios, y Everett no era de esos hombres que exigían a los residentes de su casa estuviesen en la obligación de compartir la mesa al momento de servir la comida.

Los tacones de Isabel resonaron apenas audible por el pasillo de la planta alta, feliz por cómo se solucionaba el asunto del anillo, sonriendo de oreja a oreja, sin que, el que la viera, meditase que ella no tenía motivo para sonreír sola. Pero sí lo tenía: ¡logró vender una fracción de sus acciones! Qué estupendo, respiraba aliviada, la sensación de haberse librado de esa preocupación, la hacía caminar en las nubes.

En unos días…

Y tendría el anillo en su mano y sus retortijones causados por el temor de ser descubierta, ya no la atormentarían.

Tanta era su felicidad por este hecho que, cuando llegó al área del comedor, se detuvo abrupto y su sonrisa se borró de un plumazo.

—La puntualidad no es tu virtud, ¿verdad, Isabel? —Grubana comentó despectiva, sentada a la derecha de Damir, quien a su vez estaba en el cabecero sur de la mesa, mientras que Everett se hallaba en la del norte.

Lo dice la que no ha asomado la nariz desde que llegaron.

Vaya desgraciada.

—Jamás lo he sido —contestó con una sonrisa falsa, pero con ganas de mandarla a comer mierda—, hasta llegaré tarde a mi velorio.

Ojalá, pensó Grubana en que las palabras de la híbrida se hicieran realidad.

No obstante, lo dicho por Isabel, a Everett le desagradó. Su mamá solía expresarlo con socarronería cuando Stanislav la aupaba para que se sentara a comer con él, por estar ella metida de cabeza en la cocina.

Isabel se sentó en la silla, también a la derecha de Everett; no le importó que Damir se posesionase de la que, se supone, ella debería estar sentada de cara a su prometido; más bien, le agradeció a Everett con una sutil sonrisa por tenerla reservada para ella; de estar en el otro extremo se vería obligada a tener que soportar la cercanía de esas rastreras. Las tres hijas de Vesna estaban sentadas junto a Grubana, mientras que, del otro lado de la mesa, Radojka y Vesna –más una silla vacía de la que asumía Isabel era la que en otrora Jevrem ocupaba– se hallaban de su lado.

Al posar los ojos sobre la hija mayor de Vesna, sentada frente a ella, Isabel se pidió control para no echarla de allí con un «¡FUERA!», recordando las intenciones de la jovencita de lastimar a Erik. Andjela esquivó su hosca mirada y puso atención en lo que Milena susurraba a Jelena para que los adultos no las escucharan. Las adolescentes criticaban entre ellas el descaro de la recién llegada. Tenía que ser hispana para ser irrespetuosa, a las matriarcas se le respondía con propiedad; la abuela era una institución viviente, de ella se aprendía y recibía órdenes. Tenía que ser *sangre mezclada*: carecía de clase.

—Imagino que así será —Grubana expresó con resquemor. Habrase visto que tuvieran que esperar por una arribista a que se dignara en hacer acto de presencia. Era la concubina del alfa, no una reina—. Es un hábito que solo poseen los que tienen sentido de la responsabilidad; los demás llegan tarde…

Las nietas de Grubana rieron e Isabel rodó los ojos con severidad hacia la Segunda Viuda del extinto suegro.

—Isabel es una mujer responsable, Grubana. Que llegara tarde, no la descalifica. Discúlpate con ella. —Tras sentarse su mujer, Everett le indicó a Briserka que comenzara a servir la comida, listas todas en charolas doradas sobre el mueble colindante al comedor. Y el desfile de platos comenzaba a postrarse delante de cada comensal.

Grubana enrojeció de la rabia.

¡¿Disculparse?!

Avinagrada echó hacia atrás la silla para marcharse de allí; de ella la híbrida jamás escucharía nada, menos obedecer a ese bastardo que no era más que un usurpador que afectó a su medio hermano.

—Vamos, Everett, sabes bien que mamá es estricta con la

puntualidad; hasta me *tuerce* las orejas si la hago esperar —Damir salió en su defensa, indicando al mismo tiempo con la mirada a su progenitora de ni se le ocurriera abandonar el comedor.

Esta, como ya era demasiado tarde por el movimiento rudo con la silla y porque su hijo le agrandaba los ojos casi suplicante, se tragó el orgullo y, estando de pie, se volvió hacia Isabel.

—Disculpa si mi… —miró de reojo a Damir— sentido de la puntualidad la haya ofendido. Tendremos que adaptarnos a tu ligero ritmo.

—Está bien, Grubana —sonrió desabrida—, no me ofendió. —*Yo sé que usted es así de mierda*—. Al contrario, me disculpo por hacerlos esperar, tendré que acostumbrarme a —*su ritmo militar*— la rigidez del horario de la casa y, para no alterarlo, acudiré a la mesa a la hora en punto, así sea en toalla.

La risa elegante de Damir fue la única que se escuchó entre los Brankovic. Las adolescentes blanquearon los ojos, Radojka y Vesna cruzaron miradas y, por esa vez, concordaban en la ordinariez de la hispana. En cuanto a Grubana, esta volvió a sentarse mientras escupía palabrotas para sus adentros, extrañando a Sebrenka, de la que no habría tenido reparos en ponerla en su lugar.

La cena se sirvió en medio de un aplastante silencio. El ama de llaves inspeccionaba a Doris y a Amelia para que se mantuvieran expectante a los pedidos de los amos y no se quedaran dormidas en los laureles o distraídas por estar atentas a lo que estos conversaban. Los platillos de la cena distaban del almuerzo del primer día en que el señor Everett y su compañera llegaron, pero eran deliciosos como para que estos diesen su aprobación.

—¿Por qué Anna no está colaborando en la mesa? —Radojka preguntó a Briserka, llamándole la atención la ausencia de la sirvienta, siendo esta otra de las funciones asignadas. Mientras su adorado Jevrem convivió con ellos, se aseguró al igual que Grubana, de que la joven solo sirviera a las mujeres, pero como su hijo se marchó por culpa de la hispana, no habría riesgo de que este la preñase por equivocación.

—Está ocupada con los gemelos —Isabel contestó por el ama de llaves, a la vez en que cortaba con fingida elegancia la presa en su plato.

Enterarse de esto, le cayó como un ladrillo en la cabeza a Grubana, quien era la que tomaba decisiones en los asuntos del hogar. Ni tenía veinticuatro horas en la casa y ya disponía del personal de servicio como si fuera la propietaria.

—¡Ah! —exclamó en una reticente aceptación de la información suministrada. Esperaría paciente a tener ocasión de hablar con esa muchachita malagradecida y traicionera, por no haberle pedido

permiso.

Amelia intercambió una mirada silente con Doris, en la que se complacían de lo que le pasaría a Anna, era fácil deducirlo, la expresión de la señora Grubana vaticinaba que la pondría de patitas en la calle por lambiscona.

Entre tanto, Everett ignoraba lo que su madrastra expresaba, limitándose en comer con tranquilidad el alce horneado en naranjas. A esas alturas de la vida, las burlas o las indirectas, le tenían sin cuidado; las escuchó hasta «ensordecerse», siendo lo mejor para evitar saltarles encima a las arpías y estrangularlas; jamás le perdonaría las veces en que humillaron a su querida madre, pero a pesar de esto medía hasta dónde Isabel era capaz de defenderse, y lo hacía bien. No lo necesitaba, no de momento, su lengua era tan viperina como el de las madrastras y melosa como la de Damir, si pugnaban por la pasivo-agresividad.

Aceptó la reticente disculpa de Grubana hacia su mujer y en compensación le dio un solemne asentamiento de cabeza por haberlo hecho.

Grubana no era de las que se disculpaban.

Todo un logro para su amada.

—Entonces —continuó Grubana, aún sin superar los cambios implementados por la *descocada*—, debo conseguir nueva muchacha. Briserka, encárgate de esto. Ya sabes cómo las prefiero.

La aludida hizo una venia en respuesta al mandato de la señora y enseguida hizo apunte mental, con un fastidio inexpresivo por los días pesados que vendrían a causa de la noticia que correría por el pueblo y los aledaños, del puesto vacante para formar parte del exclusivo personal de servicio de la adinerada familia Brankovic. Esto complicaría las labores cotidianas en la mansión, pues ella tendría que pasar por el colador a docenas de entusiastas jovencitas con ganas de atrapar varón. Si lograban superar la primera entrevista, que sería una rápida vista a sus atributos físicos y sus niveles de ambición, se sometían al escrutinio final de la señora Grubana. Su visto bueno las aceptaba como las limpia-pisos y, su visto malo, les señalaba la puerta de salida que quedaba por la cocina.

—¿Otra sirvienta? Tenemos demasiadas —Damir protestó sin alzar la voz. Cortaba su presa con una elegancia que parecía ser aprendida en algún palacio europeo—. En vez de aumentar el número de servidumbre innecesaria, contraten más guardaespaldas. Que sean betas, por favor, nada de gammas. No me gustan.

Vesna lo miró de refilón y, junto con un bocado que se zampó a la boca, se tragó un mordaz comentario.

Claro que le gustaban…

Eran sus favoritos.

—Hay muchos. Hasta llegaron tres más.

—Esos son los de mi *hermanito* y creo que apenas uno es beta —Damir respondió a su segunda esposa—. Además, son temporales, se marcharán al momento de que mi sobrinito sane. *Los que sugiero*, deben ser capaces de defender con sus cuerpos a sus amos. ¿Se enteraron de lo que sucedió en la ensenada? Destriparon a dos pescadores.

Everett dejó de mascar y alzó la mirada.

—¿Cuándo sucedió? —inquirió preocupado. El ataque a un humano lo consideraba un hecho aislado, pero que se repitiera en la misma región, era de levantar alarmas.

¿Lobo renegado?

¿Manada invasora?

¿Amedrentamiento?

Todas las posibilidades debían tomarse en cuenta.

—Hace dos noches les arrancaron las vísceras, ni siquiera se alimentaron de ellos. Qué desperdició…

—¿Por qué debemos preocuparnos?, son carne de lobos. El que los atacó, tenía hambre —Andjela expresó sin otorgarle la debida importancia a ese hecho.

—Porque no sabemos de dónde provino el ataque. ¿Serán nativos o híbridos?

La sospecha de Damir provocó que Isabel empuñara las manos con rabia. Los miembros de las tribus o los conversos eran a quienes a menudo recaían los señalamientos por ser diferentes o porque su condición genética era impura.

Everett posó su mano sobre la muñeca izquierda de Isabel para indicarle de manera silenciosa de controlarse. Damir le tocó una fibra sensible que siempre la afectaba y la hacía explotar como un polvorín.

—¿Qué te lleva a sospechar de los nativos o los híbridos?, ¿qué has averiguado?

El lobo de modales refinados continuó cortando con delicadeza la pieza del alce, para crear suspenso y porque también disfrutaba poseer información que el otro no tenía.

—Es fácil determinar que fue alguno de estos —dedujo dejándose llevar por sus comportamientos—, son salvajes y brutos.

—¿Brutos? —Isabel gruñó en el acto, perdiendo el control de sus emociones—. Que un grupo de personas o lobos, opten por vivir durante generaciones en armonía con la naturaleza, o que algunos humanos sean heridos por metamorfos, no los hace sospechosos de homicidio, eso es discriminación.

—Es la realidad —Damir replicó de vuelta, llevándose un bocado a la boca, mientras que sus esposas y su progenitora, sonreían despectivas y en total aprobación de lo que dijo—. Hasta mi *hermanito*

lo dice: «nativos e híbridos son una plaga».

A Isabel le parecía inconcebible que alguna vez Everett haya dicho semejante comentario, lo que a continuación lo atravesó con la mirada, esperando a que le contestara.

—De ninguna tribu he dicho tal cosa —se defendió—, y de los híbridos… —le sostuvo a ella la mirada—, es otro tema.

—¿Que son brutos? —Sus uñas se enterraron en sus palmas y sus lágrimas acumulándose en sus ojos—. Y por esto nos acusan por cualquier pendejada, ¿cierto?

—El homicidio de dos pescadores no lo expresaría de ese modo —Damir le hizo ver—, es muy grave lo que ocurrió. Terrible, muy terrible. Pobres humanos...

Las bocas llenas de comida contenían una sonrisa a punto de desatarse por parte de las sobrinas de Everett, intercambiando miradas entre ellas con ese «a papá nadie le gana», y las dos esposas de este pasaban un buen rato observando cómo Isabel cambiaba de colores por la rabia que la atenazaba. En cambio, Grubana se daba por satisfecha con que su afilado hijo empleara su sarcasmo para expresarle a esa primate proveniente de, quién sabe de qué mugroso hogar salió, su poca valía como loba.

—Entienden lo que quiero decir: al señalar a los híbridos como *brutos*, nos mete a todos en el mismo costal.

—¿Por eso se molesta: que cuestionemos tu inteligencia? Solo señalo un hecho: están predispuestos en cometer…

—Burradas —Vesna completó por Damir. Sus hijas se carcajearon y Grubana la felicitó con un asentamiento de cabeza; casi nunca hablaba, pero cuando lo hacía, salía hiel de sus labios. Mejor no lo pudo haber expresado.

Platos y cubiertos saltaron por la vibración del contundente golpe en el tope de la mesa, resonó en el acto a causa de Isabel. Esa noche más de uno saldría con las patas por delante.

—¡¿Así todos me ven?! ¿Una burra? —Si tenían en concepto general a una determinada raza, es porque de ella pensaban lo mismo.

—Isa…

—¡No! —calló a Everett con una fuerte exclamación—. No los excuses, tú también lo has dicho. ¿Soy una bruta para ustedes?

Las tres adolescentes —sobre todo, Andjela— la miraron con ese: «¡así es!».

—Nunca he tenido esa opinión de ti, Isabel —Everett quiso corregir su desafortunado comentario—, las veces en que hemos hablado o discutido, te he sido sincero.

—Concuerdo con mi hermanito, *Isabelita*; aunque en apariencia…

—Cuidado, Damir… —Everett clavaba los ojos sobre este, advirtiéndole de antemano que se midiera, porque si Isabel perdía los

estribos en el comedor, él le patearía el culo por provocador.

El lobo sonrió desabrido.

—Hermanito…

—¡Everett! —el diminutivo que constantemente el otro empleaba lo tenía molesto—. Trátanos como a adultos, no como cachorros.

—Es solo por cariño, pero si les disgusta… Los llamaré por el nombre de pila —lanzó un suspiro—. Hoy día los hermanos menores crean mucho drama, ¿no es así, madre?

—Así es —le dio la razón—. Se ofenden por nimiedades y por verdades tajantes.

—Y según «su verdad»: los híbridos son burros.

De orejas largas, espetó Andjela en su fuero interno. Su tío se equivocó al escoger como pareja a una loba sin neuronas en la cabeza, de la que ni siquiera hablaba la lengua materna de los ancestros mexicanos.

Amelia celebraba presenciar la discusión que estos sostenían en la mesa. ¡Qué cotilla tan jugosa se llevaría! Sus amigas no le iban a creer lo que les contaría, los Brankovic reñían como cualquier familia de barrio pobre.

—*Mi verdad* no debe afectarle, Isabel —Grubana comentó—. Si se considera inteligente, ¿qué te importa lo que piensen los demás?

—La cuestionan —Everett respondió por su mujer—. A nadie le gusta que se ponga en entredicho su nivel intelectual o su capacidad de razonamiento. Perdona, Isabel —la miró y su mano se posó de nuevo sobre la de esta que seguía empuñada—, si lo que he dicho en algún momento, aún sea comentado, fue expresado en una época en que daba por sentado muchas cosas. Los híbridos no son seres faltos de lucidez; tú eres prueba de ello, mi amor, eres una talentosa bailarina y una madre maravillosa. Me has hecho ver mis errores y te has adaptado a la rigurosidad del clan. Sin embargo… —sobó su mano y enseguida observó que el anillo de compromiso seguía brillando por su ausencia—. S-sin embargo —tartamudeó, su semblante se tornó serio—, tienden a ser problemáticos.

—Qué bueno que lo reconozcas delante de tu compañera —Grubana se sintió respaldada por el bastardo de Winona—, así la educas para que sea buena esposa. Por cierto, ¿cómo van las preparaciones? ¿Aún se mantiene en curso la boda o se volvió a postergar?

Isabel ansió espetar que se postergaría hasta el Día del Fin del Mundo, pero esto causaría complacencia en el Cuartel de las Brujas, que prefirió dar su brazo a torcer y, más bien, dejar para más tarde la pequeña charla que sostendría con su prometido.

—El 18 de este mes es la fecha —dijo contenida y cortando con ademanes toscos su presa—. A menos que haya un motivo para

mandarlo todo a la porra…

La risa seca de las mujeres y la engreída de Damir, ahogaron sin proponérselo el gruñido de Everett. ¿Le lanzó una indirecta? Por lo visto, tendrían que hablar serio de lo que esperaban uno del otro, así no podían continuar. Ni llevaba puesto el anillo de compromiso.

—¿Por qué lo dices? —Radojka se inquietó. Isabel no era su cuñada favorita, pero era la que abogaba por ella cuando más la necesitaba.

—Odio los preparativos: mucho estrés… —mintió. En otras circunstancias, ella estaría exigiendo a la florista, enloqueciendo a la que entalla su vestido de novia y a aquel que se aventurara en organizar la boda. Tener todo, tal cual como lo había soñado desde niña.

—¿Por eso no usas el anillo?, ¿para no sentirte presionada? —Grubana inquirió mientras sorbía su vino. Apenas la híbrida se sentó a la mesa, ella se fijó que no lo portaba.

—¡¿No lo usas?! —Radojka se sorprendió, alzando la mirada por delante de Vesna para observar la mano que se suponía debía tener la sortija.

—Le sudan las manos —Everett respondió en tono molesto; no hacía calor, como para que Isabel anduviese por la casa como loba soltera, el clima estaba fresco para disfrutar de una agradable cena o de una caminata bajo la luna.

Radojka meditó que Isabel García se ofendía por ser considerada bruta, pero hacía gala de sus escasas neuronas. Parecía que no le importara lo que esto acarrearía más adelante, puesto que, andarse quitando el anillo cada vez que le diera la gana, era pavoso en una futura novia, ya que atraía la infidelidad o la mala suerte en el matrimonio.

Capítulo 17

—Muy bien, suelta ya, porque a juzgar por tu carota, no vinimos a tirarnos a la arena para admirar las estrellas.

Isabel inquirió a Everett, en cuanto llegaron a la playa colindante al jardín posterior de la mansión. Le había pedido que lo acompañara al exterior un rato, sin explicarle el motivo. Caminaron descalzos y en silencio, siguiéndolo aprensiva de lo que le diría. El ceño fruncido de este le vaticinaba una regañina; lo que dijo ella en el comedor, originó murmullos a su rededor, hasta las sirvientas se escandalizaron y no solo por espetarle a esas hienas vestidas con ropas de diseñador, sino que ella misma hizo patente de su poco entusiasmo para casarse.

—A hablar —respondió él sin invitarla a sentarse en la arena. La miraba directo a los ojos; su expresión era dura e inexpresiva, en una clara contradicción de su sexy apariencia, con su cabello suelto y su camia blanca, remangada hasta los codos y desabotonada a mitad de pecho.

Isabel se mantenía firme a pesar de temblarle las rodillas. Ese «a hablar», sonó amenazante. La hizo sentir pequeñita o él aumentó de tamaño como un ogro bastante cabreado.

—Muy bien, dime —sus orejas se prepararon a ser tironeadas.

Sin embargo, la expresión enojada de Everett cambió a una atribulada.

—¿No te quieres casar? Porque yo te amo, Isabel.

Esta boqueó y carraspeó para aclarar la voz que, lo más probable, le saldría rota a causa del nudo que se formaba rápido en su garganta.

—Sí, seguro.

Él esperó a que dijera algo más, pero Isabel se mantuvo hermética.

—Qué respuesta… —no fue un halago. Más bien, le sonó automática, que hasta consideró cancelar la boda.

—¿Qué quieres que responda?

—Que me amas —replicó afligido—. Que también cuentas los días para que seamos marido y mujer, que tu dicha es muy grande. Pero estás arisca, Isabel. Ni siquiera usas el anillo.

—Es por…

—¿Por tus manos sudadas? No digas más esa mentira, me lastima. Te lo quitas para no sentirte comprometida. ¿Te arrepentiste de casarte conmigo?

—Claro que no.

—¿Y por qué no lo usas?

Isabel se mordió el labio inferior, la mataría si lo confesaba.

—Supongo que aún me cuesta acostumbrarme a la idea de estar comprometida. —Se odió, solía criticar a los demás de sus falsedades y ¿qué hacía ella? Mentir descarada—. Pero no significa que no desee casarme contigo —agregó—, porque no es así. —Esto la sorprendió, puesto que lo expresado era verdadero. Isabel cada vez abrazaba ese momento en que le dijera a su prometido «acepto» frente a todos; lo amaba, era el padre de sus hijos. Claro que con él se quería casar.

Mechones de cabello, batidos por la brisa marina, surcaban el entristecido rostro de Everett. Él los retiró de mala gana y su mirada se alzó hacia la mansión iluminada por las luces eléctricas en algunas ventanas; la silueta de Vesna se vislumbraba por la ubicada en la planta alta, fisgoneando desde allí lo que Isabel y él hacían en la playa. También observó que Anna Morris se marchaba para su casa, tras concluida su jornada. La joven atravesaba las rejas por donde la servidumbre entraba y salía cada día; no era consciente de que Everett la seguía con la mirada y que el corazón de Isabel palpitaba azorado; Everett comenzaba a meditar en lo extraño en que todo ocurría: Isabel sin el anillo, los Morris lograron pagar la deuda, Nemat sin acudir a sucias maquinaciones para obtener a la muchacha.

—¿En qué piensas? —Si algo le ponía los pelos de punta a Isabel, es ver a Everett sumergido en sus propios pensamientos. Con frecuencia el Cielo y el Infierno se desataban cuando lo hacía.

—¿Dónde dejaste el anillo? —Su mirada de retorno a ella. El burbujeo en sus venas le advertía que su lobo interno estaba por emerger.

—En el cuarto, ¿por qué?

—¿En qué parte?

Palpitaciones llegaban a oídos del lobo.

—La mesita de noche. Descuida, nadie… ¿Adónde vas? ¡Everett! —*¡Carajo!* ¿Era lo que ella pensaba él iba a hacer? —. ¿No me crees? —Lo siguió consternada—. ¿O te preocupa que lo vayan a robar? Está en la primera gaveta y nadie la revisa, he dejado mis trampitas… —Como dinero o un bolígrafo ubicado en un sentido, para que, al ser abierta la gaveta, este rodase y le indicase que alguien metió las manos para curiosear. Por supuesto, una de sus múltiples mentirillas para hacerlo desistir—. Vamos, Everett… Según, tú, ninguno de tus servidores es ladrón. ¿Por qué la desconfianza? Everett… ¡Everett! —Este seguía por su camino, sin confirmar o negar lo que la otra cuestionaba. Sus pisadas eran más rápidas que las de Isabel, quien tenía que obligarse a correr detrás de él. ¿Qué fue lo que ella dijo o él vio en Anna que lo hizo sospechar? No le hablaba, no gruñía, solo tenía un objetivo y era comprobar si le decía la verdad.

Amelia casi tuvo que arrojarse contra un mueble, al Everett pasar por el lado de ella, en dirección hacia las escaleras dobles del

vestíbulo principal. Isabel lo llamaba, su tez estaba pálida y sus ojos llorosos, le temblaba la voz, estaba por descubrirla, todo lo planificado se iría por el desagüe; de nada sirvió poner en venta una parte de sus acciones, no supo sostener el engaño, fue evidente al dar una excusa tonta.

Blanka puso un dedo en sus labios para indicarle a Everett y a Isabel de no hacer ruido, los gemelos acabaron de dormirse y esos dos entraron como torbellinos en la habitación, por lo que, al parecer, a causa de una discusión.

Los iba a increpar, motivada por la confianza brindada, pero la tensión que se palpaba en cuanto estos cruzaron la puerta, la hizo desistir y se marchó antes de que la echaran, rogando que el esfuerzo por hacer dormir a los lobeznos no haya sido en vano; repitió 53 veces la canción de cuna que le gustaba a Ángel, mientras que el bribón de Erik, Anna le tuvo que zampar tres teteros de leche ordeñada para que no chillara.

La puerta se cerró tras de sí, y, lo último que vio, fue a Isabel mirándola a ella como si se estuviera despidiendo para siempre; quién sabe qué fue lo que pasó en la cena para que esos dos inspiraran lástima y miedo.

Antes de lanzar acusaciones, Everett se acuclilló para revolver la primera gaveta de la mesita de noche; sobre el tope, solo se hallaba la lámpara. Revolvía lo guardado en busca de la bolsita azul; no la halló, por lo que también removió los artículos de la segunda gaveta y luego los de la tercera.

—Dijiste que estaba aquí. No lo encuentro.

—Debo haberlo guardado en… —rodó los ojos hacia su bolso.

—¡No mientas! —la gritó. Ángel se sobresaltó, pero no despertó y Erik seguía plácido en los brazos de Morfeo.

Respiró profundo y contuvo un gruñido feroz, a punto de salir de sus labios tensos y azulados; sus lobeznos se asustarían y llorarían por el escándalo que allí se formaría.

—¿Por qué lo haces, Isabel? —inquirió decepcionado, recordando lo que hicieron temprano en la mañana antes de partir en el helicóptero. Retrocedió en el tiempo cuando él le notificaba a Isabel de hacer las maletas para viajar a Kenai; ella se preocupó por Ángel, aconsejaba internarlo en un hospital cercano, luego aceptó las razones de Everett y empacó la ropa.

No… Sacudió la cabeza, mientras Isabel hablaba sin parar, revolviendo el bolso para hallar la bolsita azul.

¿En qué parte fue?

Tenía esa sensación…

Pensó.

Como si estuvieran dentro de una vieja película, en su mente,

Everett retrocedía en sus recuerdos. «La protagonista» caminaba de para atrás, debido a que *el proyeccionista* necesitaba ver algo que pasó por alto y, para esto, presionaba las manijas instaladas en su cerebro que le permitían volver al minuto exacto.

Isabel gritándole para que fuera por agua.

Isabel llorando por la temperatura alta.

Isabel limpiando el termómetro rectal.

Isabel levantándose de la cama por el llanto de Ángel.

—Ay, qué raro, estoy segura de que lo dejé por acá…

Everett no la escuchó, pensaba, debía retroceder más:

Isabel a horcajadas sobre él en la tina.

Isabel desnudándose.

Isabel…

Se puso en pie.

Isabel quitándose el anillo.

¿Lo usó después?

Ahora sus recuerdos iban hacia adelante; más acelerados que cuando los retrocedió.

La tina, el sexo, la cama, el llanto, la fiebre, el desvelo, la partida…

Después de haberlo guardado en la gaveta de la ropa interior, Isabel no lo volvió a usar.

Botó el aire de sus pulmones. Esta mujer…

—Lo dejaste —le dolía que le mintiera para cubrir su despiste. Se volvió hacia ella y se encogió de hombros, sin comprender las razones para no serle sincera—. Isabel, me hubieras dicho que lo dejaste en la cabaña, te habría entendido. Lo de Ángel nos trastocó a los dos.

—¿Lo dejé? —Rio nerviosa—. Vaya, qué cabeza la mía. Yo creí que… —Era reconfortante el alivio que sentía por no ser descubierta. ¡Esa bala pasó cerquita!

El angelito y el diablillo le gritaban en sus orejas. Uno le aconsejaba: *«¡díselo!, no permitas que esto empeore. Lo hiciste por una buena razón»*.

Pero el diablillo alzaba más la voz y le gritaba en el oído izquierdo: *«¡¿Estás loca, pendeja?! Viste cómo se puso. Te arrancará la cabeza, si le dices la verdad. ¡Es el anillo de tu difunta suegra! Mejor quédate callada y espera hasta recuperarlo de la casa de empeño»*.

Ocasionaría una desgracia si abría la boca, él no le perdonaría que lo haya empeñado; la insultaría y, lo que más temía, como castigo entregaría a sus hijos a Damir.

La horrorizaba desprenderse de sus retoños, ellos eran sus ángeles, sus polos a tierra. Sin estos, enloquecería.

—Cielos, Everett, qué pena contigo. Desvelarme me afecta la memoria.

—Sí, te afecta.

—¿Me perdonas?

Forzó una sonrisa.

—Presta más atención a lo que haces; un día de estos dejarás por ahí a uno de nuestros hijos.

—Tan poco soy tan distraída —lo dijo sin estar molesta, agradeciendo al diablillo por seguir sus consejos. Tendría que aguantarse *al otro* que seguía advirtiéndole del error que cometía.

Hizo amague de acercarse y apretujarlo entre sus brazos para demostrarle el amor que le tenía y expresarle que ansiaba de igual manera llegara el día para ser su esposa, pero quedó de piedra en cuanto Everett la esquivó, haciéndose el desentendido para salir de la habitación. Isabel abrió la boca para llamarlo y preguntarle si todo estaba bien, a pesar de lo del anillo; sin embargo, prefirió dejarlo marchar; la rabia era difícil de disipar, por lo que Everett se tenía que alejar para recuperar el buen humor.

Sintiendo que se había salvado de morir en la guillotina, se sentó temblorosa a los pies de la cama, increpándose por ser tan idiota. Ella ofendida por ser incluida entre los híbridos que dan dolores de cabeza, y ahí estaba con su estandarte de irresponsable. Everett la excusó en el acto por la fiebre de Ángel, pero su mirada revelaba que una vez más lo había defraudado. Su rebeldía, su lenguaje soez, su aparente distracción con las reliquias familiares que tenían considerable valor económico y sentimental, dejaba mucho que desear.

«Te arrepentirás de no haberle dicho», la voz del angelito susurraba en su oído derecho.

«Más bien, ganaste tiempo», el diablillo replicó en el acto. *«¡Él no te ha descubierto! Mañana comunícate con Camila para que acelere el proceso»*.

Isabel asintió al segundo. Eso haría, la telefonearía. Aunque a esas horas no podría hacerlo, era tarde en Nueva York y Camila se acostaba temprano. A primera hora del siguiente día, la presionaría para que le sacara las patas del barro.

Mientras tanto…

Estando en esas lucubraciones, Everett retornó a la playa y se sentó a meditar en la arena. El tintineo de las estrellas en el firmamento para nada capturaba su atención. La vista la mantenía fija en el horizonte, sin molestarse en dilucidar dónde terminaba el cielo y dónde comenzaba el mar. La línea divisoria era tenue, las estrellas también se reflejaban en el suave oleaje; el paisaje era hermoso, pero Everett de aquello no apreciaba nada. Sus pensamientos lo enceguecían, ahondado en los recuerdos y en ese asunto que le hacía cuestionar la distracción de Isabel.

¿Cómo logró George Morris reunir cuarenta mil dólares en un

breve lapso, si ni siquiera tenía bienes aptos para darlos en garantía?

¿Quién sería la persona que le despreocupaba enfrentarse a Nemat?

—Tendría que ser alguien con nexos fuertes —expresó para sí mismo. Nadie lo escuchaba, estaba solo en la playa, ni Vesna se hallaba parada en la ventana, espiándolo; su meditación lo hacía hablar como si tuviese acompañado por un amigo invisible.

El anillo en Denali.

La deuda saldada.

Isabel distraída…

Ni las estrellas fugaces lo sacaban de su ensimismamiento. Extrajo el móvil de la parte trasera de su pantalón para hacer una llamada, solo *este* le ayudaría en despejar las dudas; tenía que quitárselas, lo taladraban con cada respiración que daba.

Marcó el número y, al cabo de los segundos, del otro lado de la línea, una voz masculina contestó.

Everett carraspeó.

—Ma-cheil, necesito que me hagas un favor.

Capítulo 18

—No… No, no… ¡No! ¡¡No!!

Jevrem despertó sobresaltado por la pesadilla. Su respiración estaba acelerada y el sudor empapando hasta las sábanas del motel de carretera donde se hallaba. Pagó por una habitación para pasar la noche, el agotamiento le impidió rodar en su moto por la vía; necesitando de postrar su cuerpo en un cama y descansar hasta el amanecer, del viaje constante hacia un punto indeterminado de América del Sur.

Tembloroso, secó su frente, recuperándose aún de las imágenes oníricas que insistían en atormentarlo cada vez que dormía. Eran demonios malévolos, sus demonios acechando sin parar. Se proponían en volverlo loco; que mirase siempre por sobre su hombro, con miedo, con recelo…

Temiendo que lo siguieran.

Del mismo modo abrupto en cómo se sentó en la cama, echó su espalda atrás y posó su cabeza en la almohada; esta no se hundió por el peso, no era mullida, mucho menos cómoda, parecía hecha de cemento, que para nada lo invitaba a cerrar los ojos y relajarse. El sueño se despabiló una vez más; qué mala onda para él que batallaba con el insomnio. Esto lo malhumoraba, queriendo marcharse lejos del sitio que le provocó dichas pesadillas; ya había saldado más de ocho mil kilómetros desde que decidió buscar su propio destino, estaba en el extremo opuesto del continente, refugiándose como un prófugo de la justicia, pese a no haber cometido ningún crimen.

Al menos, no por parte de él…

Aun así, las pesadillas y ese miedo latente en su ser lo impulsaban a subirse en la moto y poner más kilómetros de por medio entre aquel infierno y su actual ubicación. Ahora cruzaba Santiago de Chile sin tener en mente hacia qué otra parte dirigirse, puede que rodara hasta la Pampa de Argentina o Colonia de Sacramento en Uruguay; muchos pueblos quedaron por el camino, algunos espléndidos, otros como de antaño. En las alcabalas mostraba su pasaporte, prescindiendo de la hipnosis; esto más que todo por un deseo tonto de niño de poseer algo que probara por dónde estuvo, como el pasaporte con múltiples sellos o la maleta llena de parches de viajeros. Jevrem no rendía cuentas a las autoridades de ninguna manada, cruzaba los límites fronterizos con su tula amarrada a la parrilla de su moto, su chaqueta de cuero de motociclista recio y su casco oscuro que, de vez en cuando subía la visera para que los agentes aduanales vieran su cara.

Las aspas del ventilador del techo, expulsaba vapor caliente. Estar próximo al polo sur no refrescaba el clima, lo que para el norte era el verano, por ese hemisferio el invierno estaba en pleno. No obstante, su piel estaba pegoteada por el sudor, sus axilas hedían a cebolla y sus ropas mugrosas lo hacían lucir como un vagabundo.

Jevrem soltó un suspiro y pensó en sus padres. ¿Qué estarían haciendo en esos momentos?

Alzó la muñeca y consultó la hora. Las manecillas de su reloj apuntaban en las 10:30 p.m. El huso horario era el de Kenai, lo hacía sentir conectado con su familia. El reloj fue obsequiado por su madre el día que cumplió 15 años; su padre le arregló una cita consensual con Maya; esta lo inició en el sexo y luego lo sumergió en encuentros más candentes junto a Jasna.

Su adolescencia fue bastante promiscua, lo que se esperaba de un joven con las hormonas lobunas alborotadas. Lo probó todo: marihuana, tríos, intercambios de pareja, subastas.

Solía comprar vírgenes que se vendían al mejor postor, sin el compromiso del matrimonio. Él las gozaba para después continuar con su vida disipada.

Y luego…

Gritó con todas sus fuerzas.

Luego: *eso*…

De sus labios brotaban mil maldiciones. ¿Por qué acudió? ¿Por qué confió? Dejó de ser él mismo para convertirse en un vagabundo, como lo fue una vez su tío Everett.

Se sentó y abrazó sus rodillas, llorando desconsolado; ahí es cuando a él le urgía tener cerca a sus padres y contarles lo que vivió, por lo que huía, pero lloraba solo en esa habitación.

¡No debió ir! No debió, no, no… No debió ir…

Si él se hubiera negado, ninguna pena lo estuviese azotando. Por desgracia, recriminarse no borraría lo que sucedió aquella noche.

Frustrado en sus emociones, soltó su llanto, sus sollozos eran audibles que hasta un humano sería capaz de escuchar con tan solo pegar la oreja en la puerta. Lloraba de rabia, carcomiéndole su alma. No debió ir…

No debió.

Capítulo 19

Dos días después.

A Elijah se le iluminaron los ojos cuando vio a la bonita lobata entrar a la cocina. Enderezó la espalda y cuadró los hombros para mejorar su postura y capturar su atención.

—Hola —la saludó sonriente, dejando sobre la encimera la taza de café que tomaba, después de haber pasado la noche en vigilancia.

—Hola —Anna respondió tímida, el chico era guapo, no tanto como el que le robó su corazón, pero hacía suspirar hasta la cocinera.

—Soy Elijah, ¿te acuerdas de mí? —preguntó por si no lo reconocía, pues cuando se vieron por última vez, él estaba de cuatro patas.

—De pelaje pardo; sí me acuerdo de ti —casi se frota contra ella para dejar su olor corporal—. Protegías a los gemelos en la gruta. Te acompañaban dos nativas.

—Sakari y Nashua, son como mis hermanas mayores —aclaró para evitar malentendidos; la lobata le gustaba, estaba en edad casadera y él con ganas de aparearse con todo lo que se moviera—. ¿Trabajas acá? —¡Claro, tonto!, se recriminó así mismo, la vio más de una vez por la casa, sin que esta se diese cuenta de su presencia.

—Ya no, ahora tiene corona.

—Amelia —la cocinera le llamó la atención para que cuidara la lengua. Si Anna se quejaba con la hembra del señor Everett, esta quedaría desempleada. «La corona» que supuestamente tenía, era por ser la niñera del lobezno del Alfa.

—Sí, aquí trabajo —contestó al lobo, sin darle más detalle, debido a que Amelia la miraba con resquemor.

Elijah captó la animosidad de la sirvienta y la prudencia de la cocinera, del que observó que no defendió a la lobata, sino que seguía en lo suyo, revolviendo el guiso de las cacerolas.

—¿Café? —ofreció, tomando la jarra de vidrio de su base eléctrica, para cortar con la incomodidad que ese par de veteranas a la chica le hicieron pasar. Amelia había sido la que se afanó en atenderlo en cuanto él expresó los buenos días; era el macho más atractivo de entre los guardaespaldas y después del señor Everett, que era un Tarzán siberiano de abultados músculos. Ni siquiera el señor Damir a Elijah opacaba; a este, las ropas costosas realzaban su apariencia, pero usando unas menos ostentosas sería como un cartero simplón.

—Sí, un poquito. Gracias.

—Ya vamos a servir la mesa. ¿Vas a ayudar o a hacerte la ocupada?

—Amelia, ya van dos… —la cocinera, revolviendo y revolviendo, le advirtió. Luego que no chillara si la increpaban.

—Por eso estoy aquí: para colaborar —Anna respondió al instante. La señorita Isabel no la necesitaba, los gemelos dormían al cuidado de la señora Blanka y el señor Everett lucía malhumorado. Antes de que los demás —como Amelia o las *fumaporros*— levantaran habladurías por su «holgazanería», prefería colaborar con llevar la bandeja de comida al área del comedor y estar allí para servir los platos.

—Entonces, comienza por acomodar rápido la mesa —Amelia espetó—, la señora Grubana está por levantarse y no le gusta las tardanzas. Y tú eres torpe y lenta.

La taza de café apareció en el campo visual de la joven morena, siendo entregada por el atento lobo de larga estatura y mirada afable. A él le agradó que la lobata se pusiera a la orden y aliviar la carga de trabajo en la cocina, sin achacar que ya no era su oficio, sino jugar con lobeznos. Esto hablaba mucho de ella, no era egoísta ni perezosa, ejercía lo que le imponían sin torcer los ojos o apretar los labios para no escupir palabrotas en protesta.

Con una sonrisa triste, Anna agradeció el gesto del greñudo guardaespaldas; tomó un sorbo del café que estaba cargado y caliente, y se afanó por acatar el mandato. El mantel de tejido blanco que se suele tender en la mesa a las 6:30 a.m. estaba doblado en la parte superior de las estanterías del Cuarto del Planchado. Allí un clóset de puertas corredizas rodeaba el lugar, ordenando en su interior la ropa de cama de los 20 dormitorios que ocupaban los Brankovic, más los invitados que tuvieran. En una sección aparte, conectada a través de un arco divisorio, se hallaba ordenada la mantelería. La mesa del comedor se vestía a diario con tres manteles diferentes, uno por cada comida del día, clasificados según la hora y la ocasión: un mantel de algodón se extendía para el desayuno, el de lino para el almuerzo y el de ganchillo para la cena. Pero si había invitados especiales, se sacaba los comprados en Europa y, si acontecía una celebración suntuosa, el de ribetes de hilos de oro era el apropiado.

La señora Grubana mataría a la que pusiera un mantel sencillo en una cena de gala o al revés. El despido sería inmediato tanto para la sirvienta como para el ama de llaves por no supervisar bien.

Anna se puso en puntillas para alcanzar el que debía cubrir la mesa esa mañana, estiraba el brazo en su máxima extensión, en un esfuerzo de darle alcance; era menuda y sus dedos apenas rozaban la punta de doblez para agarrarlo. ¿A quién se le ocurrió ponerlo en la estantería más alta? Esa tuvo que ser Doris que tiene las zancas largas

o Javor que mide metro ochenta.

Gruñó impaciente por no alcanzarlo, así que flexionó sus rodillas para dar un salto y sacar el mantén de su sitio, y, cuando estuvo a punto de tomar impulso, una mano masculina salió de la nada y lo tomó por ella de inmediato.

—Gracias —Anna recibió el mantel sin mirar a los ojos a ese grandote que exudaba virilidad, intimidada por su cercanía; no debía estar ahí con ella a solas, sería mal visto por los demás que suelen pensar lo peor de las muchachas del servicio. Para Briserka, Blanka, la señora Grubana e incluso hasta los jardineros…, las sirvientas apestaban a toda hora a sexo.

—¿Te gustaría salir a tomar un café? —Elijah preguntó, habiéndola seguido, luego del trato desagradable de Amelia.

—¿Ahora? —Mal momento para elegir una invitación, estaban por servir el desayuno a los amo de la casa.

—A la noche.

—No tomo café después de las siete, me desvela al acostarme a dormir.

Para Elijah sería genial que la lobata no tuviera sueño; lo que harían cuando salieran en la noche, no sería precisamente aullarle a la luna, sino gemir.

—¿Cerveza? Yo pago —la emborracharía para que fuese más fácil el acceso carnal.

—Paso, tengo que estudiar —mintió para librarse de su insistencia, siendo advertida muchas veces por su padre de ese tipo de invitación. Suelen ser «inocentes»: un cafecito, una cervecita. ¿Te apetece otra? Que sean dos, mejor tres… ¿Por qué te quieres ir tan rápido? ¿Estás mareada? Te llevo a tu casa. ¿Qué tal la mía? Tengo Netflix, ¿quieres ver una película?

Y, al siguiente día…

Abandonada y desnuda en un hotel.

Le contó varios casos, como lo sucedido a su tía Helen. A esta la obligaron a casarse con el vecino de la esquina para evitar escándalos.

—¿Cine? Podemos ver una película. —Y le metería los dedos dentro de la braga en cuanto apagaran la luz de la sala. El aroma de Anna le hacía palpitar su hombría.

—Ya le dije: debo estudiar. —Lo bordeó, yendo hacia la puerta. ¿Por qué se le hacía tan lejana? Ese guardaespaldas tenía intenciones de follarla, si aceptaba salir con él en una cita.

Interceptó su camino.

—Déjalo, ¿qué tanto tienes que estudiar? Salgamos después de trabajar; yo tengo libre esta noche.

Porque si no lo hago, me quedo para lavar trastos toda la vida, pensó la joven, sin hacer voz a ese hecho. Lo lamentable es no contar con los

medios económicos para ir a la universidad, así que los libros que obtenía en rebajas en los bazares eran los que la ilustraban.

—Lo siento, pero no se me permite aceptar invitación sin el consentimiento de mis padres —comentó para hacerlo desistir. Aquellos eran los más geniales y fabulosos padres del mundo, la apoyaban en lo que se propusiera, a pesar de que no aportaban un céntimo para las cuotas de los estudios ni la presionaban para que se emparejara con un macho que los mantuviera. Pero le daban espacio para educarse por sus propios medios. Anna tenía el hábito de recorrer las viejas librerías donde los ancianos humanos regalaban a personas como ella un libro de pasta roída y de páginas amarillentas con valiosa información dentro.

Las pupilas de Elijah se dilataron para seducirla; no obstante, Anna fue rápida en eludir su hipnosis; ahora estaba preocupada, el condenado estaba excitado, la olisqueaba y el bulto en su pantalón creció considerablemente.

—Tengo que poner la mesa —fue tajante y con la vista fija en el piso.

—Cerveza esta noche y te dejo salir de aquí.

O si no…

La alarma se disparó en la cabeza de la joven. El guardaespaldas se formó una idea equivocada de ella por ser omega o sirvienta, acosándola para obtener una respuesta afirmativa, salirse con la suya y luego hinchar su pecho, victorioso por ser un macho vigoroso.

—¡Anna, ¿Por qué no has acomodado la mesa?! —Amelia entró de inmediato al Cuarto del Planchado, echando chispas por los ojos debido a la tardanza de esa buena-para-nada—. Los amos ya están saliendo de sus dormitorios. ¿Qué están haciendo los dos? ¿Se están besando? Tenías que ser… —la envidia la corroyó por no ser ella la que tuviera la lengua enroscada con la de ese sexy lobo.

—No. Estaba buscando el mantel —Anna contestó ofendida por la equivocada conjetura de Amelia.

—Ya lo tienes —espetó—. Deja de coquetear y apúrate, que para otras cosas eres bastante lenta.

Anna casi le encasqueta el mantel en la cabeza por sus constantes comentarios despectivos. Se marchó lanzando madrazos para sus adentros; al menos, su repentina presencia la libró del asedio del guardaespaldas, del que, desde ese instante se mantendría cauta.

*****

Al caer la tarde, la joven loba cambiaba el pañal a Erik en su cuna. La señorita Isabel estaba intranquila, caminaba por la habitación de un extremo a otro y luego se paraba un rato en la ventana con vistas a la playa, lanzando un suspiro a causa de sus pensamientos y sin hacer

algún comentario de lo que observaba. El tamborileo de los dedos de sus manos, cruzados en sus brazos, era lo único que manifestaba la ansiedad que la atormentaba. Anna en dos oportunidades estuvo por preguntarle si se sentía mal o algo la angustiaba, pero esta no compartía en voz alta lo que la inquietaba, manteniendo las distancias con los que la rodeaban. Además, Blanka la increparía por tomarse atribuciones que no le correspondían; las preocupaciones de ese tipo eran para los de su misma casta; los del servicio solo se ocupaban de limpiar y recoger la mugre de los que pagaban su salario.

—¡Listo! Cambiadito. No te hagas popó otra vez, ¿eh? Mira que ya te he cambiado tres veces.

—¡Anna!, ¡¿qué es esa manera de hablar?! Te escogieron para esto. ¡Agradécelo! —la rolliza pelirroja daba palmaditas en la espaldita de Ángel para que este expulsara los gases, tras mamar del pecho de Isabel. Tuvo que quitárselo de los brazos por su retraimiento; la híbrida ni se había dado cuenta de que su cría ya se había alimentado y que regurgitaba por lo lleno en que estaba. La fiebre desapareció y su salud y apetito en franca mejoría. En uno o dos días estarían de retorno a Denali y esto era de suponer la impaciencia de la muchacha.

—Estoy agradecida, señora Blanka, lo expreso a Licaón cada día —para la joven era un millón de veces mejor cambiar a un pequeño *defecador*, que aguantarse los insultos del Cuartel de las Brujas y los abusos de sus compañeras de trabajo.

—Si tanto agradeces, no te quejes.

Anna asintió, contenida de replicarle al ama de llaves de la casona de Nueva York; ella no lo hacía, disfrutaba trabajar para la señorita Isabel por ser la primera en tratarla con respeto. Así le disminuyeran el salario, seguiría a sus órdenes; sin embargo, se contuvo de enfrentarse con esa mujer de ideas preconcebidas, tenía autoridad para mandarla a callar.

Para mayor *inri*, Isabel seguía pensativa y ella no le agregaría estrés. Desde la cena de la noche anterior, parecía estar ausente. Anna no estuvo presente por estar cuidando a los gemelos junto a Blanka, pero según lo contado por la cotillera de Doris, la señora Grubana le llamó la atención a la señorita Isabel por su impuntualidad y al señor Everett no le importó que la regañaran.

Lo que Doris más resaltó de la cotilla, fue que Isabel no usara el anillo de compromiso, dejando entrever a todos que, tal vez, no se casaría con el Alfa.

Aun así, Anna preguntó a su ama si algún malestar la afectaba. A ver si se animaba en hablar.

—Estoy bien —respondió sin volverse a ella. Blanka miró severa a Anna por su impertinencia, era obvio que la concubina no se hallaba bien; la torta que plantó en la mesa, la hizo quedar como tonta.

Erik se impacientaba, extrañando sentir la brisa marina y el aroma de las rosas, por lo que empleó el recurso que mejor se le daba.

Llorar.

—¿Por qué lloras, bebé? —Anna inquirió con dulzura—. Hambre no es, casi dejas a tu hermanito sin leche. Eres muy glotón… ¡Oh, sí que lo eres! No pongas esa carita que me derrito —Erik hacía pucheros, motivado por el cariño de la niñera, para que lo sacara de la habitación. El encierro lo fastidiaba.

—Él quiere salir —Isabel comentó sin volverse para que la señora Blanka y Anna no se dieran cuenta de sus ojos enrojecidos por el llanto contenido. Everett se marchó ante una llamada telefónica que recibió y sin comentarle nada. Ni un beso de despedida, ni un «enseguida vuelvo» le dio para que quedase tranquila. Seguía cabreado por lo de ayer.

—¿Lo llevo hasta los rosales? —consultó la joven en caso de disponer llevarlo a otra parte.

El asentamiento fue la respuesta.

La vista sobre la ventana.

Hacia la nada.

—Cuidado con las espinas, hay unas que pueden lastimar… —fue lo que Anna escuchó mientras abandonaba la habitación. Aunque le pareció que hacía más referencia a las espinosas hijas del señor Damir que los tallos de las rosas.

Una vez fuera, Erik achicaba los ojitos para apreciar los colores del paisaje exterior. Anna enseguida notó que la señora Radojka braceaba al estilo mariposa en la piscina. Sobre una de las tumbonas reposaba el albornoz blanco y una toalla del mismo color, y al lado de la tumbona, en una mesita de hierro forjado y tope de vidrio, un vaso con limonada, recién servido por Amelia o Doris, pues los cubos de hielo en la bebida aún flotaban enteros.

En otra ocasión, Anna hubiera desaparecido, por negarle los amos de disfrutar del soleado día, pero paseaba a Erik y tenía la aprobación de la persona más importante de la casa después del señor Everett.

El pitido de un móvil sonó a su espalda y este sonido se prolongó por unos segundos.

Se volvió hacia el área de la piscina, el móvil reposaba al lado de la limonada, dejado allí por la señora Radojka mientras nadaba. No se percataba de la llamada entrante, seguía cruzando la piscina en su ejercitación diaria.

Anna sopesó en marcharse o avisarle. A la señora Radojka le molestaba que interrumpieran su nado, pero se avinagraba más cuando perdía una llamada.

Acomodó a Erik entre sus brazos, ya que lo tenía de cara a los rosales, siendo esta una posición que al lobezno le agradaba para

mirarlo todo con mejor perspectiva, y se acercó consciente de una posible regañina.

—Señora Radojka —la llamó para avisarle—. ¡Señora Radojka! —Seguía concentrada en lo que hacía, esta vez, estilo libre.

Anna se lamentó de no haberse marchado.

—¡Señora Radojka, su móvil está sonando! Es… —miró rápido la pantalla, sin agarrarlo, y esto la estremeció hasta enmudecerla.

La llamada que entraba le pertenecía a Jevrem.

—E-es su hijo —tartamudeó. Saber de él, la emocionaba.

Por desgracia, el agua que levantaba con las brazadas y el continuo sumergimiento de la cabeza y torso de Radojka, le impedía escuchar a la joven.

Anna miró al cielo y luego al móvil que seguía repicando.

Sosteniendo de un brazo al lobezno, tomó con la mano libre el móvil y contestó, orando a Licaón para que su lengua no se enredara al hablar y los latidos de su corazón no se escucharan del otro lado de la línea.

—F-familia Brankovic —de ese modo le alertaba a Jevrem de que no era su progenitora la que contestaba, sino la empleada doméstica.

Hubo silencio.

Anna tragó saliva. ¿Se habría caído la llamada? La señora Radojka le gritaría por no avisarle.

—¿Hola?

—*¿Anna?* —Jevrem parecía sorprendido por ella haber contestado el teléfono móvil.

Palpitaciones de corazón.

—S-sí, jo-joven Jevrem. Soy yo…

—*¿Por qué mamá no contestó?* —No estaba molesto, sino preocupado. Ella siempre lo cargaba encima.

—Es por —carraspeó—, porque la señora Radojka está nadando en la piscina y no escuchó que le avisaba de su llamada.

Ni risa socarronas, ni gruñido por no ser atendido por la que requería, ni nada.

Solo silencio.

—¿Hola? —Rogaba que no se cayera la llamada; sentir el crepitar de su voz a su oído, la hacía estremecer.

—*Dile que la llamo en la noche.*

—Aguarde un segundo y le comunico.

—*Déjala, se enojará si lo haces. Es religioso para ella la rutina que lleva.*

—No lo hará si es usted…

—*De todos modos, no la moleste, ya estoy por tomar la vía. A la noche la llamo.*

—Está bien, joven Jev… —de repente el móvil le fue arrebatado

de la mano.

—¡POR QUÉ CONTESTAS POR MÍ! —Radojka la abofeteó con fuerza, causando que Anna se tambaleara hacia atrás. Erik lloró, asustado por la violenta reacción de la loba, y la joven de inmediato se llevó la mano a la mejilla adolorida.

Ni su madre le había pegado en su infancia.

—La llamé, pero no me…

—¡IGUAL NO TENÍA QUE CONTESTAR, MUGROSA MUCHACHA! —la increpó mientras pegaba el aparato a la oreja—. ¿Hola? ¿Hola? —Si perdió la llamada, la iba a golpear. El traje de baño de color ocre se amoldaba en su torso completo, goteando por la abrupta salida de la piscina—. ¿Hola? ¡Jevrem! —Su rostro furibundo cambió a uno alegre —. ¡Oh, me haces tan feliz escucharte! —Abanicó con rudeza la mano para que Anna se largara con ese híbrido llorón, prometiéndole con la mirada de increparla más adelante. Contestó para coquetear con su querido hijo.

Sollozando, Anna se alejó para escapar de su furia. La alegría que sintió al escuchar a Jevrem, quién sabe desde qué país se hallaba. Pero la madre de este le recordó con una bofetada su triste realidad.

No corrió hacia la señorita Isabel para contarle lo sucedido, ni entregarle al lobezno para ella llorar en algún rincón de la casa, sino que se marchó hasta las barandas que limitan con la playa, donde estaba segura de que Erik dejaría de llorar y ella rodaría algunas lágrimas sin que nadie se diera cuenta.

A su espalda, Radojka se envolvió en el albornoz y se sentó a un lado de la tumbona, sonriente de escuchar a su hijo. Ignoró lo que este reclamaba; el insulto tronó hasta sus propios oídos, sintiendo pena por la jovencita de crinejas negras y vergüenza por el maltrato que su mamá le propinó. La obligaba a prometerle en que jamás lo repetiría y de comprender a la empleada por contestar el móvil. Pero Radojka lo acribillaba con preguntas hasta hacerlo cambiar de tema. La madre necesitaba saber de si su hijo comía y dormía bien, de si se cuidaba de ser atacado por bandas delictivas y de si era respetuoso en presentarse ante los alfas de las ciudades que visitaba. Las pesadillas a Radojka cada vez la despertaban sobresaltada: Jevrem cubierto de sangre, llorando de rabia y gritando de ira. La muerte viajaba en el asiento trasero de su moto.

Se mordió una uña, mientras escuchaba sus mentiras. Él no estaba bien, sonaba afligido a pesar de agregarle a su voz un matiz divertido. Sus oídos prestaban atención a lo que decía, pero los engranajes de su mente comenzaban a girar para convencerlo de volver a Kenai.

Jevrem estando lejos se mantenía en peligro. Ella lo presentía y la agobiaba. Algo malo le pasó o estaba a punto de pasarle.

Oh, Licaón, ¡dios de dioses…! Rogaba que protegiera a su

muchacho.

Capítulo 20

Los brazos desgarrados yacían en la mesa de la autopsia.

Los vellos en la piel y la robustez de sus formas indicaban de haberle pertenecido a un hombre de estatura promedio. El cuerpo no se halló junto a estos que fueron desprendidos por un felino o un lobo de gran tamaño. Alrededor de los velludos antebrazos presentaban marcas de colmillos; las perforaciones eran profundas, por lo que el depredador era capaz de cazar animales que multiplicaran su peso.

Everett observaba los macabros brazos, a simple vista parecían de utilería o de las que vendían para el decorado en las fiestas de Halloween. Sin embargo, esas extremidades superiores estuvieron días atrás en movimiento, cuando su dueño estaba vivo.

—¿Dónde los hallaron? —preguntó al forense a la vez en que se formaba un mapa mental con círculos que encerraban los lugares donde fueron atacadas las víctimas: dos en la Ensenada Cook, uno en la Reserva de Denali y el tercero, el forense estaba por informarle.

—A las afueras de Kenai.

Un nuevo círculo en el mapa.

—¿Identificaron al dueño de esos brazos?

—Los agentes lo hicieron —respondió lacónico—. Portaba sus documentos: Norman Barnes. Vivía en la zona, era cazador.

Everett frunció el ceño.

Ya iban cuatro.

De lo que supo de los pescadores que hallaron destripados en la ensenada, fue que estos tuvieron como oficio alterno la cazaría ilegal de osos.

También *aquel humano* que disparó esa noche, cuando él estuvo enojado con Isabel. Incursionó en una zona prohibida de caza con la intención de matar especies que se cotizaban en el mercado negro.

Pensativo, Everett estudiaba con detenimiento las hendiduras en los brazos; el forense especulaba con referencia a que fuese un lobo o un felino; en cambio, él era conocedor de la anatomía de cada animal salvaje y doméstico en Alaska, determinando que las marcas de los colmillos que provocaron la muerte del que tuvo una vez esos brazos, les pertenecía a un animal mucho más grande y peligroso.

Un metamorfo.

Capítulo 21

—¡¿Cómo que no logran contactarlo?!

Isabel chilló a lo que dijo Camila.

—Es una casa de empeño —agregó preocupada—, debe estar hasta en la Guía Telefónica.

—Conroy trató de telefonearlo, pero no contesta ni responde a los correos electrónicos.

—No puede ser… —el alma se le cayó a los pies a la muchacha—. Tal vez es por el horario. ¿Lo llamaron en horas de trabajo? —Se aferraba a esa pizca de esperanza que le quedaba.

—Le tocaron hasta en la puerta. Conroy tiene conocidos en Anchorage que se pasaron por el centro comercial a investigar. El lugar está cerrado.

Las piernas de Isabel perdieron fuerzas y se dejó caer en la elegante silla giratoria del escritorio de ébano, apabullada de lo que a partir de ese instante enfrentaría. No existía modo de recuperar el anillo sin involucrar a la policía o un detective privado; por lo visto, al librarse de la hipnosis, el sujeto desapareció sin notificar a sus clientes o dejar un cartel pegado en la puerta, dando aviso de haberse mudado de sitio, padecer alguna enfermedad que lo tenía convaleciente en la cama o que pasaba por problemas personales que requerían resolverse con celeridad.

La robó, pensaba mortificada. Al recuperar la lucidez, el larguirucho empacó todo lo que tenía en su negocio y se esfumó como un fantasma, llevándose las joyas de los pobres que en él confiaron.

—¿Isa? ¿Isa?

—Aquí estoy —pero sus pensamientos estaban lejos, como siempre que se angustiaba. Se llevó el anillo…

Un suspiro escuchó a través del móvil, habiendo Isabel realizado la llamada dentro del despacho. Entró allí para cambiar de ambiente y leer un libro de los cientos alineados en las estanterías de madera fina, mientras Everett volvía de quién sabe dónde que le tomó todo el día. Estaba por anochecer.

—Mi querida niña, no sé por cuáles incertidumbres pasas, ni te he exigido me cuentes. Te he ayudado a administrar Nubes y Zapatillas y a buscarte socio, pero me preocupa esa urgencia del dinero. Dime la verdad: ¿tú o tu novio están metidos en un lío gordo? ¿Qué empeñaron en ese lugar?

Isabel se pasó la mano por la cara, desesperada por rastrear al sujeto y recuperar el anillo. ¿Qué le diría a Everett en cuanto regresaran a Denali? «Yo lo dejé aquí, ¡te lo juro! Me robaron, la

cabaña quedó sola y se metieron los ladrones. La inseguridad está por todas partes, ni la casa del alfa, perdonan».

Sin embargo, estaba en la caja fuerte de un sujeto mañoso.

—Mi anillo de compromiso —respondió, sintiendo que, al revelarlo a la anciana, se aliviaba de la carga pesada sobre sus hombros. Era horrible tener un secreto y no compartirlo con nadie.

Hubo un jadeo.

—*¡¿Empeñaste qué…?!* —Camila exclamó asombrada—. *A ver, aclárame esto bien, porque no entiendo. ¡¿Te vas a casar?! ¿Cuándo?, ¿por qué no me dijiste?*

La joven rompió en llanto, Camila la increpaba como madre enojada y decepcionada de su hija alocada que hacía travesuras a su espalda.

—Lo siento… —se lamentó afligida; sus lágrimas brotaban profusas, avergonzada por reconocer que le había mentido. La vez en que la llamó, tras salir de la casa de empeño, contó la historia a medias, omitiendo lo de sus hijos y de su inminente matrimonio con su leñador sexy. Consideraba que esa parte debía contarla en persona y no a través de un frío aparato de última generación del que Camila le tenía bronca.

Aquel día la verdad quedó trabada en su lengua y de entre sus labios solo soltó un chorro de mentiras.

Su vieja amiga era una mujer recta y merecía reconocimiento por su sentido de la camaradería. Pero no se prestaría para vender las acciones de la prometida de un cascarrabias hombre lobo.

—*Nada de «lo siento»* —retumbó—. *¿Everett te obligó? ¿Te intimidó para que se casarán?* —Jadeó—. *Por eso empeñaste el anillo… Para escapar de él.*

—Estás armando una película, Camila. Everett no me ha obligado ni nada por el estilo. Es por un asunto más delicado; después te lo cuento, por el móvil no, podrían escucharme. —Ante el comentario, levantó la mirada hacia la puerta y aguzó el oído desde su sitio para escuchar pasos sigilosos en el pasillo. Su olfato también se anexaba a detectar al que estuviese espiando para irse de cotilla o chantajearla más adelante.

—*¿Más delicado que obligarte a casar?* —Camila gruñó—. *¡Isabel, hasta miedo tienes de ser escuchada! Le diré a Conroy para que te ponga en contacto con algunas personas para que se encarguen de cambiar hasta tu identidad.* —Después de todo, el detective Pittman acertó con sus sospechas de Everett estar involucrado en el narcotráfico. Isabel lo descubrió y quería alejarse.

—No, Camila, no es como piensas. Es… —se tomó un respiro—. Es como te lo dije: ayudo a una amiga a saldar una deuda. El plazo vencía y el banco le incautaría su casa.

—*¿Qué pasa con el* barbalargón *de tu novio millonario, ¿por qué no te ayudó?*

Suspiró.

Porque le importa un carajo lo que le pase a una omega.

—No quiere verse involucrado.

—*¡Y tú sí!* —la regañó del mismo modo en cómo lo hacía doña María Teresa cuando Isabel ayudaba a los demás de forma desinteresada.

La joven reclinó la cabeza hacia atrás contra el respaldo de la silla y ahogó un lamento. Hasta cierto punto se identificaba con Anna, lo que esta sufría se asemejaba a lo que ella pasó cuando estudiaba ballet.

—Es mi amiga. —Así no lo fuese, jamás la hubiera dejado a su suerte como hizo Everett.

La anciana masculló palabras ininteligibles, del que a Isabel les sonó a vulgaridades.

—*Me vas a perdonar, Isabel, pero esto me suena a estafa. ¡Dios! Hasta me presté para que te jodieran. ¡Oh!, ¿con qué clase de gente te involucraste?*

Con los que aúllan.

—Con gente buena —replicó con aplomo—. Y no es una estafa —aunque lo del anillo era un robo—, es una urgencia.

—*Eso es lo que más me preocupa* —sonaba alarmada—. *¿Por qué accedí? Yo no soy así de idiota, me habría negado y convencido a ti de no vender nada. ¡Oh, Dios! ¡¿Cómo me presté a esto?! El tipo aquel debe estar implicado; seguro cruzó la frontera para volver a armar su trampa por Canadá…*

—Camila…

—*Le diré a Conroy para que se movilice. Te sacaremos de Alaska en un parpadeo.*

—No estoy en peligro, ni con Everett ni con el de la casa de empeño.

—*Pero sí con la familia de esa chica que tiene la «supuesta deuda».*

Isabel perdió la paciencia.

—Camila, escúchame bien: nadie me está amenazando, ni estoy rodeada de estafadores —a excepción del sujeto del anillo—. Estoy bien y Everett es bueno conmigo. Los cuarenta mil dólares es para la bendita deuda que acumuló el padre de Anna; son gente buena y honesta, y necesitan que alguien, ¡así sea yo!, los ayude. —Actuaba mal con alzarle la voz, estaba siendo dominada por sus mismas frustraciones; tener un novio millonario no resolvía los problemas financieros de otros; Everett negó meterse la mano al bolsillo, no por tacaño, a pesar de que ella lo pensó en un principio, sino para no perjudicar su imagen ante los machos vernáculos de la comarca.

Esperó a que la anciana diera su opinión contundente, ya que era de las que no se quedaban calladas. Pero ahí estaba en silencio.

—¿Camila? —¿Sería que la ofendió? Era raro en esta que no escupiera sapos y culebras por el empeño de Isabel en defender al sector masculino.

—*Ajá*… —fue su respuesta para indicar que seguía en la línea.

Isabel apoyó un codo sobre el oscuro escritorio y su frente se posó en la mano, en una pose acongojada por haberle hablado duro a la anciana.

—Discúlpame, fui grosera. Debería estar agradecida contigo por…

Una mano masculina apareció por debajo de su campo visual y dejó en el tope una joya que a Isabel le puso los pelos de punta.

—Ca-Camila —tartamudeó, su corazón martillando azorado—, hablamos luego. Tengo que colgar.

Dejó el móvil en el escritorio y se levantó temblorosa de la silla giratoria, como si de un segundo a otro su vida terminaría.

Empalidecida, levantaba la mirada hacia el hombre que se hallaba frente a ella, vestido de traje oscuro y aplastándola con su presencia.

—Puedo explicarlo… —ni supo cómo tuvo voz para hablar; el corazón estaba a punto de salirse por su boca, con dolorosas palpitaciones que golpeaban su ser. Everett la miraba de arriba abajo, entre estar enojado y afligido, no gritaba ni gruñía, en sus irises marrones se reflejaban la decepción—. Yo…

Tomó el anillo antes de que ella lo agarrara y se marchó abatido del despacho.

—¡Everett! —Isabel corrió detrás de él. Temía más el silencio que los gritos que le pudo haber lanzado—. ¡Everett! —Bendito Dios, ¿cómo lo halló?—. Déjame que te explique. —*¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!* La descubrió—. Everett, lo que pasa… ¡Everett! —Se dirigía hacia la puerta principal donde el Mercedes Benz aguardaba frente a la fachada.

Amelia asomó la nariz por un extremo del ala que da hacia el área de la cocina, permaneciendo semi oculta para parar la oreja. ¡Otra pelea más!

—Hablemos, ¿sí? Mira, era una situación de vida o muerte —dio una excusa diferente a la de Camila—. Tenían a Anna chantajeada y ese Nemat es un asqueroso delincuente que abusa de los débiles. ¿Qué crees le haría a la pobre? No iba a… ¿Adónde vas? —En vez de tomar el Mercedes para alejarse de ella, él lo haría en helicóptero.

Isabel aceleró los pasos por el camino adoquinado que serpenteaba la grama que rodea la mansión, Everett caminaba más rápido que ella sin que se lo propusiera. Sus musculosas piernas la aventajaban en potencia y fuerza, esa tarde no había consideración para su prometida, se alejaba sin reclamarle que la atrapó en sus mentiras.

El piloto –ya esperándolo con previo aviso– accionó las aspas en cuanto Everett abrió la compuerta.

—¿Adónde vas? —A lo mejor tenía una reunión de alto nivel.

—Sube.

La aprensión se alojó en el pecho de la muchacha.

—¿Por qué? —Su cabello se sacudía en todas direcciones a causa del aire que levantaba las aspas. ¿La quería lanzar de cabeza desde las alturas?

—Sube —repitió, aguardando a un lado de la compuerta para que ella lo hiciera primero.

Isabel tragó en seco.

¿Los lobos morían por una larga caída?

Recordó cuando él cayó del décimo octavo piso del Mastrangelo y casi pierde la vida.

—Hablemos aquí —retrocedió temerosa. Muchos asesinatos se cometían por casos de menor importancia.

—No lo repetiré más.

Estaba segura de que por hipnosis no subió al helicóptero; el temor de lo que le haría si desobedecía, la obligó a subirse a la aeronave rotatoria; quizás prefería estar en otro lugar donde nadie escuchara lo que le increparía: que una híbrida recién conversa, le viera la cara de tonto, era una vergüenza.

El helicóptero emprendió vuelo sin que el personal doméstico o el resto de los Brankovic se dieran cuenta. Luttrell y Kevin se mantenían a poca distancia, midiendo la escena por si el alfa los necesitaba. Everett ni le permitió a Isabel avisarle a Blanka o a Anna del viaje relámpago que realizarían. El poblado se veía diminuto, muy al fondo a sus pies, y la península extendiéndose más allá de los islotes. Le formuló varias preguntas a Everett de las que él no quiso responderle, seguía hermético, sin mirarla a ella ni a la ventanilla. La vista la tenía clavada al frente, ido en sus pensamientos, quizás observando los controles o al cielo oscuro, viendo sin *ver nada* a la nada…

—Perdón —Isabel musitó con el alma en vio. Everett tenía la expresión ceñuda y la mandíbula tensa—. Pero no tuve alternativa. Anna sería entregada a Nemat; es muy joven e inocente. ¿Querrías que algo así les pasara a tus sobrinas? De haber tenido otro medio para obtener los cuarenta mil dólares, lo habría vendido sin rechistar.

—¿Sabes cuál es el verdadero valor del anillo de mi madre? —Rodó los ojos con severidad hacia ella—. ¿Siquiera te tomaste el tiempo en avaluarlo?

Cabeceó, bajando la mirada a sus manos apurruñadas en su regazo. De refilón observaba sus movimientos, en caso de que este abriera la compuerta de su lado y la tirara al vacío de un empujón.

—Cinco millones.

Isabel lo miró sorprendida.

¡¿Quéééé?!

—¡¿Cuánto?! —Ahora comprendía porque al otro casi se le salen los ojos de sus cuencas cuando ella se lo mostró y porqué desapareció del mapa. El anillo valía mil veces más a la miseria de dinero que le entregó a cambio por el empeño.

Aquel sí que le vio la cara de tonta. Le pensaba dar cinco mil.

—No tenía idea… Yo pensé que; el sujeto me dijo que… —Ella creyó que costaba quinientos mil y el otro la mareó con sus conocimientos de joyero de primera categoría: corte irregular, gema impura y ordinaria, baño de oro simple, relleno para aumentar peso en el metal…

Se pasó de vivo.

La ganancia que obtuvo fue impresionante.

Everett se encerró en el mutismo. Su vista mantenida al frente tal vez para controlar la furia que estaba por desatar.

Durante el trascurso del viaje, ambos permanecieron en silencio. Isabel se secaba las lágrimas con el dorso de su mano, mientras sus ojos llorosos miraban a través de su ventanilla. Las luces titilantes de una ciudad nocturna hicieron que se removiera en el asiento, reconoció enseguida que era Anchorage. Al parecer, Everett llevaría la discusión hasta la casa de empeño, donde la gritaría frente a todo el mundo.

No obstante, notó que el helicóptero sobrevolaba por las inmediaciones del aeropuerto, que a esas horas seguía en funcionamiento.

—Aún no me has dicho hacia dónde vamos, Everett. —De matarla, lo habría hecho en el despacho. ¿Quién lo hubiera detenido? ¿Luttrell?, ¿Elijah?, ¿Kevin? O las hienas carroñeras. Los guardaespaldas trabajaban para él y le obedecían a rajatabla, y su queridita familia de alcurnia serbia, la detestaban peor que a Winona.

Everett era la autoridad que cada vez más subyugaba a los suyos.

—A Nueva York —mintió. La llevaría a otra parte—. Es lo que querías, ¿no? Bueno, irás a casa.

—Sin mis hijos, no —sus venas comenzaron a burbujear.

—Sin ellos —recalcó imponente—. Pasarás una temporada sola para que medites tus acciones.

—¿Para qué?, ya sé que la cagué. Pero no me marcho sin mis hijos.

—¡Lo vas a hacer! —la gritó—. Asume las consecuencias.

—¡¿Por empeñar el anillo?!

—¡POR DESOBEDECERME! —rugió atronador. El piloto miró por sobre su hombro, preocupado de lo que sucedía en la parte trasera de la cabina—. Pasaste sobre mi mandato: «¡No intervenir!». Y ¿qué fue

lo que hiciste?

—Hacerme cargo de lo que debiste hacer.

Un golpe fuerte partió la ventanilla de la compuerta de Everett, no se esperó esa respuesta. El helicóptero se tambaleó sin afectarse por la descomprensión, la aeronave rotatoria soportaba el cambio abrupto mejor que un avión común.

—Nemat no es solo un simple prestamista de los barrios bajos, tiene nexos con varios alfas importantes del país. En cuanto él se entere, ¡porque lo hará!, de lo que hiciste, seré el hazme reír de todas las manadas de mi clan. ¿Sabes lo que sucederá después si no impongo un castigo ejemplar?

—No acosta de mis hijos.

—A costa tuya, Isabel —las lágrimas rodaron por sus mejillas—. No de Erik ni de Ángel, sino de ti. La mujer que amo y que es una terca de todo lo que le he advertido. No me escuchas…

—¡Lo hice por una buena causa!

—¡POR LA QUE SEA! Me desobedeciste y lo que más me entristece, te desprendiste del anillo de mi madre como si no te importara.

—Me importa…

—Calla, Isabel. Estoy harto de tus mentiras.

La rampa de aterrizaje se divisaba con mayor claridad, en cuanto el piloto giraba la palanca en dirección oeste, preparándose para el descenso en vertical. Del hangar de los Brankovic, el *jet* del difunto Stanislav, emergía siendo jalado por un pequeño tractor hacia la pista.

Isabel se angustió.

—Tendrás que matarme, porque a mis bebés no los vas a dejar a merced de esas malditas hienas. —Ángel volvería a enfermar y el temperamento de Erik empeoraría.

Everett cerró los ojos por lo que tendría que hacer para sacarla de Alaska sin que levantara resistencia.

De un compartimento secreto, ubicado en un extremo del asiento, sacó con sumo cuidado una jeringa que contenía el sedante que la pondría a dormir por varias horas hasta que él la dejara reposada en la cama de una cabaña dispuesta para ella en las regiones de los Apalaches en Virginia Occidental. La extrañaría, pero era necesario mandarla lejos hasta que aprendiera a controlarse.

—Ellos harán un trabajo mejor que tú, Isabel —comentó afligido y a la vez quitando la tapa de la jeringa lo más lento posible para evitar alertarla de lo que hacía. Le clavaría la aguja en la pierna.

—¡He sido buena madre! ¡¡Tú lo has dicho!!

—Me equivoqué —empuñó la jeringa, pegada al costado de su muslo, aún sin hacerla visible—. Eres irresponsable, nos has puesto a todos en una seria situación. Si los demás alfas me ven como débil,

arrasan con Kenai. Lo siento, amor, pero debes alejarte…

—¡Entonces, me los llevo!

—Igual los matarán, no dejarán herederos para liderar. Debes alejarte para evitar levantamientos. Aquí no se perdona una loba rebelde.

Ella se negó a dejar atrás a su glotón y a su ángel de carita dulce. Grubana y las esposas de Damir los humillarán o serán víctimas de maltrato por parte de sus primas.

Movida por la angustia de perderlos y porque se dio cuenta de que Everett se preparaba para *noquearla*, sus extremidades comenzaron a retorcerse por la transformación de su cuerpo.

Estando a medio convertir en loba, se lanzó sobre Everett para arrebatarle la jeringa; si pretendía doparla, era porque en Nueva York estaría confinada en cuatro paredes; no tendría libertad para volver por sus hijos o pedir ayuda, tomaba medidas severas de la que a otros lobos le complacería que a ella la castigaran. A Everett le preocupaba su mandato y los malditos machistas a su cargo, que prefería encerrarla a ella lejos de sus hijos.

Enloquecida lo mordió en el hombro; Everett gritó, pero no se dejó dominar por las heridas que ella le infligía. El piloto se afanaba en aterrizar, los dos estaban por cambiar de forma, y una caída desde las alturas sería mortal.

El fuego era capaz de matar a los lobos.

Isabel se desconectó de toda razón y al piloto le partió el cuello, mientras Everett le clavaba la jeringa a ella en la pierna. Se mareó al instante, aun así, sacudió la cabeza para mantenerse consciente; veía a un Everett con dos cabezas y cuatro brazos, y le gruñó furiosa. Ninguno de los dos se fijaba que el helicóptero giraba sin control, la palanca vibraba por hallarse sin la mano que lo estabilizaba, ambos lobos aumentaban en su fisonomía, gruñendo, lanzando zarpazos; una en actitud agresiva y el otro para contenerla.

Everett rodó los ojos por encima de los hombros de Isabel y los agrandó al percatarse de que morirían; intentó alcanzar las palancas, pero Isabel, guiada por sus instintos maternos y depredadores, se lo impidió, clavando los colmillos sobre su garganta para matarlo.

Gritos se escucharon en las salas de espera de las diferentes áreas 1, 2 y 3 de la Zona Sur de la terminal aérea, y una columna de humo y fuego se alzó tras la aparatosa caída del helicóptero.

La noticia correría en un segundo por las redes y los noticieros. Una tragedia había acabado de ocurrir en el Aeropuerto de Anchorage.

Capítulo 22

Un pitido se escuchaba cerca.

Era constante y fastidioso, resonando en los agudísimos oídos de Everett. Se quejó debilitado y movió la cabeza con pesadez sobre una almohada que consideró incómoda. De momento, carecía de conciencia de dónde se hallaba y por cuánto tiempo ha estado allí; el dolor que de repente sentía en todo su cuerpo y ese insoportable ardor en su piel nublaba su raciocinio.

Ni para pensar tenía fuerzas, estaba embotado, requiriendo de un esfuerzo para abrir los ojos, puesto que las pestañas le pesaban toneladas; sus neuronas se sumaban a sus dolencias, golpeando cada fracción de su cráneo. *¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!*

Golpe y golpe…

Esbozó un mohín. ¿Por qué se sentía adolorido?

¿Se agarró con otro lobo? ¿Se emborrachó y estrelló el auto? ¿Lo atropellaron? ¿Qué hizo para que se sintiera como si se hubiera caído de la cima de un edificio?

Caído…

Destellos de una mujer furiosa, abalanzándose sobre él, gruñendo enardecida para despedazarlo. La alerta en el tablero de los controles, las luces titilantes, el mundo dando vueltas…

—¡Isabel! —exclamó mortificado bajo una mascarilla de oxígeno, al mismo tiempo en que se sentaba de golpe en la cama, al recordar las razones por la que se sentía apaleado.

—Tranquilo, hermano, ella está bien. Acuéstate o se te abrirán las heridas.

La abrupta reacción de Everett, de saber de Isabel, le hizo perder conciencia de sí mismo. Pero al instante el dolor aumentó en sus extremidades superiores. Descubrió que se hallaba en una cama de hospital, rodeado de equipos médicos conectados a su pecho y brazo izquierdo; uno suministraba medicamentos a sus venas para mantener estables sus signos vitales, otro oxigenaba sus pulmones a través de una mascarilla pegada a sus fosas nasales, y otro más que causaba ruido, monitoreaba los latidos de su corazón, acelerado en ese momento.

—¿Isabel? —preguntó por ella a Damir, a la vez en que se quitaba la mascarilla.

—Se recupera en otra habitación —respondió con voz carrasposa. Lucía ojeroso y extrañamente despeinado.

Everett dio un vistazo a la suya, era grande y lujosa, tipo

presidencial. A Isabel debían de tenerla ingresada en otra igual, tal vez divididos por una pared.

—Quiero verla —intentó levantarse del lado de donde las máquinas lo conectaban. Pero Damir puso las manos sobre sus anchos hombros y lo empujó hacia atrás sin ser rudo para que volviera a posar la cabeza en la almohada—. ¡Quiero verla! —Se removió en la cama, luchando con su hermano que lo obligaba a estar acostado, mientras su mujer estaba cerca, malherida y sola.

Los destellos iban y venían en su mente, de Isabel negándose en abandonar a sus hijos. Colmillos, garras, furia…

Caída.

De un tirón se quitó la intravenosa y las *chupitas* que medían sus pulsaciones.

—Te dije que está bien, quédate quieto. ¡Enfermera! —Que la humana se diera prisas en aparecer y dopar al necio de Everett para que no hiciera una estupidez—. ¡Enfermera! Mírame, Everett, relájate —intentaba hipnotizarlo, pese a que era inútil hacerlo por la fuerza que este ostentaba.

La enfermera entró acompañada de un colega fornido y dos médicos; uno de ellos era el doctor Pavlovic, quien se movilizó desde Kenai hasta Anchorage en un helicóptero alquilado, en cuanto supo lo del accidente y sin haber sido avisado por Damir. Entraron rápido y Everett les gruñó, manteniendo a los humanos a distancia.

—¡Quiero verla! —gritó desesperado. Nuevos recuerdos lo asaltaban a la velocidad de la luz; esta vez el fuego los rodeaba. Dio un golpe de revés al médico más joven y un derechazo a su hermano, lanzándolo contra el monitor de latidos; una patada propinó en el estómago al enfermero que se atrevió a sujetarle las piernas para inmovilizarlo y, cuando empuñó de nuevo la mano para noquear al cuarto hombre...

—Señor Everett, ¡cálmese! —Pavlovic trataba de hacerlo razonar, tembloroso de ser el siguiente en caer tendido en el piso—. Su compañera está viva y recuperándose del trauma sufrido. Por favor, no puede verla, está sedada y usted sigue convaleciente. Se lastimará las quemaduras.

¡¿Quemaduras?!

El labio inferior le tembló a Everett ante lo dicho. Levantó los brazos y los observó; ya había visto las vendas que lo cubrían, pero no se detuvo a pensar que se las pusieron por haberse quemado en el helicóptero estrellado. Las vendas estaban ensangrentadas y pegoteadas en su piel. Al notarlas, el ardor empeoró y el dolor en su espalda y piernas, lo motivó a llorar como un niño.

Si él estaba en esas condiciones, Isabel…

—Déjame verla —lloroso le pidió al galeno, decidido a pasar por

encima de él a las malas, si este se negaba.

Pavlovic iba a sacudir la cabeza, pero Everett lo atravesó con la mirada y lo hipnotizó para que se hiciera a un lado, siendo observado por la enfermera que temblaba como gelatina por la violencia del enloquecido paciente, a quien a ella también la miró como si la fuera a atacar.

Damir se levantó del piso, atontado, y lo llamó para que permaneciera en la habitación, alcanzando a ponerle una mano en el hombro con la intención de detenerlo y esto ocasionó que Everett se volviese y le mostrara la hilera de sus afilados dientes.

—Está bien, está bien… —alzó las manos para indicarle que aceptaba su protesta—. Ve a verla, si eso te tranquiliza, pero te advierto que no luce mejor que tú.

Everett palideció y, tambaleante, abandonó la habitación.

La bata que usaba apenas cubría la parte frontal de su anatomía, el trasero quedaba a la vista; pese a esto, caminó descalzo por el pasillo, olfateando el aire cargado de productos químicos, medicina y sangre. Las aletas de su nariz se movían, desagradándole la mescolanza de olores, eran penetrantes y provenían de todas partes; algunas habitaciones estaban saturadas de alcohol isopropílico, en otras a desinfectante y, por el ala a su derecha...

A sangre y chamuscado.

Una enfermera se acercó y le preguntó que, de cuál habitación él salía, presumía que se trataba del sujeto del accidente aéreo, a juzgar por la descripción que obtuvo de sus compañeras de trabajo: barbón, greñudo, fuerte y endemoniadamente sexy, con leves quemaduras y heridas que parecía lo hubiera atacado un animal. Por lo visto, aprovechó que nadie lo vigilaba para buscar a la pasajera sobreviviente.

—Tengo que verla —asumía que hasta la humana sabía lo que él pretendía. Everett solo pensaba en Isabel.

Damir –habiendo dejado a la enfermera obnubilada en la habitación– le hizo una seña a la que interceptó a Everett para que lo dejara seguir su camino; sus pupilas se dilataron y esta, sumisa, asintió y se dio la vuelta sin tener oportunidad de parpadear.

Luego de hipnotizar a ambas, Damir siguió a Everett, procurando que el personal médico le impidiera llegar hasta la habitación de Isabel y armaran un alboroto. A Damir le valía un carajo si su hermano sufría por la híbrida o si esta estuviese a punto de perecer, solo mascullaba maldiciones para sus adentros a los santos lobunos, de estar allí como niñera de un lobo terco. Everett quiso verla sin aguardar a que la regeneración –del que dudaba– se hiciera efectiva, así que, si se impresionaba de lo que vería, que se aguantara.

Everett se apoyó en la pared del pasillo, mareado por el esfuerzo al

estar de pie y, manteniendo la mano pegada a esta, avanzaba a paso lento hacia el sentido norte de esa área donde era incapaz de percibirla. ¿Debió ir en sentido contrario? Seguía en la zona VIP del hospital, que era muy amplia y sofisticada, toda una planta para los más adinerados; las habitaciones estaban bastante separadas una de otras, siendo un inconveniente para Everett, pues le dolían hasta las uñas de los pies al caminar. No tuvo fracturas, pero sí múltiples hematomas que se estaban oscureciendo y profundas heridas sesgadas por los arañazos propinados por Isabel y el fuselaje retorcido del helicóptero, al estrellarse.

El ardor en sus brazos era perenne, aunque esto no lo detenía para llegar hasta ella. Olfateaba angustiado. ¿Dónde la tenían? ¿Por qué no la captaba?

Le preocupaba esta ineficacia de sus glándulas olfativas; ¿sería por el accidente o tantos productos químicos ocultaban el aroma de su mujer?

—Hacia allá… —Damir señaló con su habitual elegancia hacia el fondo del pasillo.

Everett se pidió valor, a Isabel la tenían ingresada en la Unidad de Cuidados Intensivos de dicha planta.

Apretó el paso y Damir se adelantó para asegurarse de atontar al que los descubriera, intentando ingresar allí a hurtadillas. Una vez dentro y tras dejar a unos cuantos *mirando a la nada*, recorrieron la U.C.I, debido a que había varias áreas especializadas en atender diversas emergencias.

Everett ahogó un quejido, a pesar de que las costillas le dolían una barbaridad, bordeó el Puesto de Enfermería, donde una humana estaba al teléfono y otra tomando apuntes de lo que él ignoraba. Parecían que ellos fuesen invisibles, estas no se daban cuenta que pasaban por delante de ellas, uno en bata y otro sin indumentaria que lo catalogara como enfermero o médico.

Por un extremo estaba la unidad para el adulto mayor en estado crítico, por el otro, los que atendían los comas causados por accidentes u otras desgracias. Y al fondo, muy pero que muy al fondo, una unidad que expelía raro.

A esa Damir guio a su hermano.

Con sigilo, el estilizado lobo echó un rápido vistazo hacia el interior y abanicó la mano para que Everett se acercara más aprisa. Luego Damir entró, asegurándose que el personal médico no les impidiera la entrada.

—Que sea rápido, esta área apesta.

A Everett se le hizo un nudo en la garganta y su corazón se paralizó. *No ahí*… No podía ser que su amada Isabel estuviera ingresada en ese lugar.

—¡Date prisa! —Damir se impacientaba, su hipnosis era menos efectiva a la de Everett cuando se proponía dejar estático a los humanos, su habilidad apenas radicaba en unos minutos y luego sus incautos recuperaban la lucidez. Si estos los descubrieran merodeando por esas áreas, sin autorización, se correría la voz sobre *unos intrusos* y tal vez Makarov haría acto de presencia por ellos levantar revuelo en sus terrenos.

Aunque contaban con una ley inquebrantable que los mantendría a salvo, no se fiaba de ese lobo sinvergüenza.

Everett entró a la unidad y, al ver a Isabel, sus ojos se agrandaron y su boca se desencajó.

¡Oh, Licaón!, no…

Se desmayó.

Capítulo 23

Los brazos de Damir sostuvieron a Everett.

Lo salvó de aporrear la frente en el piso, sacándolo de inmediato de la unidad como si fuese un ebrio que se pasó de copas y perdió los pantalones en una apuesta. El desvanecimiento apenas duró unos segundos, puesto que Everett enseguida se recuperó y se separó con rudeza de su hermano.

—Tómatelo con calma —dijo con la intención de llevarlo de vuelta a su habitación, pero Everett sacudió la cabeza, anegado en lágrimas que se desparramaban, una vez la terrorífica imagen sacudió su alma.

—Tengo que… —su voz rota, ahogado por el sollozo y el nudo en la garganta que le impedía hablar con claridad. *Isabel, oh, Isabel…*

Atontado por los fármacos que aún surcaban por sus venas y por lo acabado de contemplar, apretó la mandíbula y sus puños para insuflarse fuerzas y así entrar a la Unidad de Quemados Críticos.

En esa área varias camas se alineaban, separadas con cortinas azuladas, formando un espacio de 2x2 metros cuadrados. Suficiente para que cada paciente que padeció a causas de agua caliente, ácido, electricidad o fuego, en ese recinto se recuperaran.

Isabel se hallaba en la cama del centro, la más cercana a la puerta y de la que sería la primera en ver para todo aquel que entrase a inspeccionar.

Soltó el llanto sin que le importara que Damir o el personal que atendía a los tres pacientes acostados allí, lo tomasen por llorón. El orgullo de macho fuerte cayó a sus pies al observar a su amada vendada como si fuera una momia.

—Isabel… —tembloroso se acercó hasta ella, mientras paseaba su mirada consternada a lo largo de su cuerpo. Piernas, brazos, manos, pies… Ni un minúsculo rectángulo de piel quedó visible. Hasta su rostro lo cubrieron con vendas, como si fuese una máscara blanca mortuoria.

Tal como a su padre, el día de su funeral.

Lo envolvieron con mortajas para incinerarlo en la gran pira.

No obstante, esto difería de lo que sus entristecidos ojos observaban, a Isabel la vendaron para proteger las quemaduras de una infección; esto a veces repercutía en necrosis y luego amputación.

Everett quería sostener sus manos y besar cada nudillo con devoción para pedirle perdón, pero –aparte de estar cubiertas por las vendas– se las tenían elevadas, dejando los brazos en un ángulo de 45 grados, sostenidos por unos cabestrillos que colgaban de unas poleas.

—Isabel… ¿Qué te hice, Isabel? —Lloraba con ganas de arrojarse sobre ella y apretujarla entre sus brazos—. Esto es mi culpa, te obligué a subir…

—Fue un accidente —Damir expresó detrás de él, aunque era evidente lo contrario, las heridas de Everett eran defensivas y el cuerpo carbonizado del piloto presentaba quiebre de cuello.

En pleno vuelo hubo lucha.

Para Everett, esto no era ningún consuelo, porque bien que sabía que se produjo por su propia estupidez: pretendió sacarla de Alaska contra su voluntad y sin sus hijos.

Las yemas de sus dedos se deslizaron temblorosos a milímetros de los vendajes del torso, sin tocarlos para no lastimarla. Una frazada gruesa la cubría hasta la cintura, la temperatura de la unidad oscilaba los 38 grados centígrados, por lo que estar arropada le proporcionaría más calor del necesario. En cuanto recobrara la conciencia, se quejaría molesta.

Y de las quemaduras…

—Es para evitar la hipotermia —Pavlovic comentó, estando allí desde el momento en que Everett se recuperó del desvanecimiento. Tras salir de la hipnosis, él mismo se encargó de los que también quedaron allí, amenazando con demandas y «desapariciones forzadas» si abrían la boca. La hipnosis era temporal, la discreción no—. Las quemaduras de tercer y cuarto grado, afecta hasta las capas profundas de la dermis; hay que mantenerla abrigada para que no muera de hipotermia. —Por desgracia, Isabel tenía que sortear los paros respiratorios, las escaras, el ardor y mil dolencias más.

Él lloró.

—¿Cómo voy a mirarla cuando despierte? ¿Qué le diré: que está así por mi culpa?

—Por culpa de las circunstancias, señor. No por usted.

—¡Por culpa mía! —gritó al doctor—. Se quemó por obligarla a subir al helicóptero.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó? —Damir sospechaba que la híbrida enloqueció por alguna discusión que sostuvieron. El mal carácter de Everett y la altanería de una hembra que debieron domarla desde un principio fue el detonante para atraer la desgracia.

Se mantuvo en silencio.

—Las mismas autoridades humanas averiguarán lo que sucedió; te conviene que me cuentes para ayudarte con este lío. ¿Fue Isabel? ¿Se puso agresiva?

—No.

—¿Qué pasó?

—Lo que dijo Pavlovic: las circunstancias…

Damir puso los ojos en blanco por el hermetismo de su hermano;

quizás lo hacía para salvar a la hispana de ser acusada o prefería no hablar demás frente a Pavlovic y las humanas que los rodeaban como estatuas.

—Salgan —le ordenó al doctor y a las enfermeras, empleando sobre las mujeres la hipnosis, a pesar de que sus oídos no eran tan agudos como para escuchar desde el pasillo.

Estos obedecieron y se marcharon al instante. Para Pavlovic, ser médico de cabecera de una familia de lobos con mucho dinero, era un trabajo que requería de paciencia y mucho esfuerzo.

—Y… ¿esas «circunstancias» tiene que ver con lo del anillo? —Damir inquirió, una vez quedaron los dos con los pacientes inconscientes—. También lo sé, hermanito —lo atrapó en la sorpresa —. Lo que pasa en Kenai es de mi pleno conocimiento. —Tenía oídos en todas partes.

—Nada tiene que ver.

—Yo creo que sí. Pero no entraremos en pleitos por esto, te dejo para que llores sobre tu concubina.

De ser otra ocasión, Everett le hubiera gruñido molesto por referirse de esa manera de Isabel; él no la miraba como su concubina, sino como su compañera de vida que amaba con devoción, y del que las *malditas circunstancias* se encargaron de distanciarlos. En cuanto Isabel abriera los ojos, lo odiaría.

Acomodó con extrema delicadeza la frazada hasta la mitad del pecho, extendiendo esos centímetros plegados de la tela para que le brindara mayor calor. Los brazos elevados de Isabel le causaban a él estupor, ¿estaban fracturados o eran procedimientos que los médicos empleaban para el cuidado de los pacientes?

—¿Por qué la tienen así? —Los señaló para que Pavlovic le respondiera. Este entró tras marcharse el *Brankovic odioso*.

—Para evitar que se le formen edemas. Son frecuentes en los quemados graves. Las extremidades se inflaman por acumulación de líquidos, la piel se raja.

¿Más de lo que ya estaba lastimada?

Nada sabía de los procedimientos para curarla, pero las partes quemadas –casi todo– debieron removerla en una operación antes de vendarla.

Rompió en llanto, afligido con lo que Isabel tendría que soportar en adelante; era híbrida y el procedimiento de sanación sería largo y doloroso. Él, a pesar de ser lobo de ascendencia pura, tardó meses en recuperarse con lo de su pierna. Isabel tardaría mucho más, así esté siempre en su estado salvaje.

La empatía que Pavlovic sentía por el joven lobo era genuina, apreciándolos, tanto a este como a la concubina, por ser agradable y amables.

—Saldrá de esto como lo hacen ustedes. Es joven y saludable.

—Y también híbrida: mitad humana —subrayó apesadumbrado. La mitad que la mantendría postrada en la cama, quién sabe por cuánto tiempo y bajo qué secuelas. Los metamorfos no eran como sus acérrimos enemigos, los vampiros, que soportaban las quemaduras mejor que ellos, recuperándose en el acto, luego de beber sangre de un humano. Los metamorfos tenían que soportar constantes transformaciones para recuperar la salud.

En el caso de contar con esa opción.

La vejez o los genes mixtos era un factor que complicaba la recuperación en pleno y los hacían sucumbir para nunca más abrir los ojos.

—Entonces, aférrese a la parte lobuna de su pareja. Hay vendas especiales que aceleran la regeneración. —Everett miró a Pavlovic, esperanzado y el doctor agregó—: Están en etapa de experimentación. Las crearon en España, es innovador: son velos en nanofibras que hacen de mallas para que sujeten los injertos mientras las células se regeneran.

La sonrisa disminuyó en el lobo. Injertos…

—¿Le pondrán piel de muerto?

—Piel criocultivada de cadáver. Esto, aunado a los *nanovelos*, favorecerá la regeneración.

Por Licaón… Prácticamente Isabel tendrían que usar la piel de un muerto como si fuera un traje.

—¿Por cuánto tiempo Isabel volverá a ser la misma?

El doctor se removió en su sitio. La hermosa joven de ojos expresivos no volvería a ser la que una vez el señor Everett conoció.

—En una humana, tal vez tarde semanas para que los velos efectúen su labor —eludió la respuesta—. Estos se desintegran a los 15 días, dando tiempo a que la piel cultivada se arraigue a las capas dérmicas expuestas de Isabel, y se formen vasos sanguíneos, favoreciendo la cicatrización.

—¿Y en una loba? —No le pasó por alto que Pavlovic se hizo el desentendido.

—Más rápido.

Sonrió.

—Llame a esa gente; pongo mi Jet y mi dinero a su disposición para que los traigas a Alaska. Lo que necesiten, mi chequera es su chequera; que trabajen desde ya con esos velos sobre mi Isabel.

—Ya me comuniqué con ellos —mientras el alfa estuvo inconsciente, él investigó por la red los números de teléfonos del hospital donde funcionan los laboratorios científicos. Requirió de varias llamadas hasta contactar a las personas indicadas.

La celeridad en cómo trabaja el doctor Pavlovic, estampó una

sonrisa en Everett, dándole un apretón en el hombro como muestra de agradecimiento.

Las enfermeras de esa área entraron de repente, parpadeando y entallándose los ojos, en cuanto la hipnosis empleada por Damir perdió efectividad, sorprendidas de hallar al otro sobreviviente y al doctor allegado a la familia de este, sin ninguna autorización para supervisar a la paciente, olvidando ellas que habían visto a esos hombres, minutos atrás, por la manipulación mental al que fueron expuestas.

Pavlovic se apuró en cambiar impresiones con las enfermeras para que le informaran sobre las dosis de morfina que le suministraban a Isabel, el método de remoción de las escaras, la cantidad de analgésicos y demás fármacos que la mantuvieran sumida en el sopor y paliar el dolor.

Mientras tanto, Everett ansiaba besar los labios resquebrajados de Isabel; a diferencia de él, a ella le ventilaban los pulmones a través de una intubación que tenía hasta la tráquea para ayudarla a respirar. Equipos médicos e intravenosas, la tenían sujeta a la vida. Tendría que aguantarse de besarla, aunque fuese la frente; sin embargo, estampar sus labios sobre la venda, la condenaría a un infección.

Estaba en carne viva.

—¿Señor? —Una de las enfermeras lo tenía en la mira desde que, por cuestión extraña, apareció en la unidad de forma repentina.

Le ordenó en abandonar la unidad y llamó a una chica de rango inferior a ella para que lo llevara de vuelta a la habitación que le asignaron; Everett negó con la cabeza, justo cuando la humana estuvo por sujetarle del brazo; se plantó en el piso de granito para velar por su ángel caído.

Le gruñó y esto inquietó a Pavlovic, porque el joven era de los que ni a los golpes se alejaba de la persona amada.

Pidió a la enfermera en permitirle permanecer cinco minutos más y luego él se encargaría de retornarlo a la cama. Sería difícil hacerlo, pero tenían que ponerse en su lugar y comprenderlo; su prometida tenía el 90% de su cuerpo con graves quemaduras que, lo más probable y a pesar de ser mitad loba, quedaría por siempre desfigurada.

Desde el marco de la puerta de la Unidad de Quemados, Luttrell sentía pena por su alfa, quien se rompía en pedazos por la hembra que yacía moribunda. Había acabado de llegar, tras conducir como loco junto a tres vehículos repletos de los hombres más leales a los Brankovic.

Kevin y Elijah cumplían otras órdenes, del que solo Luttrell tenía conocimiento. El motor de los todoterrenos rugió por la autopista a más de 180 kilómetros por hora, tragándose las luces rojas de los

semáforos e irrespetando señalizaciones de tránsito. En la radio que Amelia escuchaba mientras ayudaba a preparar la cena, retumbó la noticia del accidente aéreo. Se reseñó las siglas que identificaban al helicóptero y de a quién le pertenecía.

La incertidumbre comandó en todos y, sin recibir órdenes de nadie, Luttrell organizó a los hombres y se enfilaron a toda velocidad hacia Anchorage. El Alfa podría estar malherido, si los demás alfas o betas de las zonas circundantes se enteraban, querrían para ellos el poder que muchos ansiaban. Por ese motivo, el techo del hospital, las inmediaciones de este, las puertas tanto de la fachada principal como las de emergencia, y todo punto que ellos consideraran vulnerables debían vigilar con celo para evitar acercamientos indeseados.

Luttrell se había aventurado en entrar al hospital para resguardar al señor Everett de su propio hermano que era otro codicioso del que también debían tener cuidado.

Mientras el guardaespaldas mantenía los ojos puestos en su amo, Damir consideraba que su primogénito estaba en la obligación de volver a casa. Días duros se avecinaban, al Everett estar pendiente de esa hispana deslenguada, no tendría cabeza para el mandato, por lo que él ocuparía el cargo hasta que considerara conveniente en devolverlo al que le fue otorgado por el Patriarca. El Clan no podía quedar sin líder; no uno débil o ausente.

Extrajo el móvil del interior de su chaqueta de diseñador y marcó el número de Jevrem para contarle la noticia. Por supuesto, para Damir no era mala, más bien una excelente oportunidad que se le presentaba, durante años oró para que tuviese acceso al poder ilimitado; ser el representante no era suficiente, era como probar un bocado de la presa más apetitosa y que le negaran comer más porque el dueño de dicha presa la quería toda para sí.

En espera de la atención de su hijo, sonrió complacido, él aprovecharía en gran medida todo lo que ser *alfa suplente*, conllevaría, harto de ser siempre el segundo en la línea de sucesión; esta vez estaba de primero. Everett no se hallaba en condiciones de ejercer nada mientras esa mujer luciera como un carbón.

Capítulo 24

Jevrem se atragantó con la hamburguesa.

La llamada que recibió de su padre, le revolvió el estómago y produjo náuseas. ¡¿Su tío Everett e Isabel?!

De Everett, las heridas eran superficiales, pero según su padre que lo contaba como si se tratara de los vecinos que vivían apartados de la comunidad y del que a nadie les provocaba tratar, Isabel fue la más afectada.

Tenía quemaduras que harían imposible la regeneración completa.

—Subiré a un avión —dijo—, estaré allá esta noche o mañana por la mañana.

Colgó y guardó el móvil en el bolsillo lateral de su chaqueta de cuero; pagó con prisas la hamburguesa de tres medallones de carne con queso que consumió en un local del centro de Buenos Aires, y tomó el casco de la mesa para colocárselo y salir pitado en su moto hacia el aeropuerto.

La aguja del velocímetro estaba por salirse de su contención por la vibración que producía la potente máquina, vadeando los autos como un rayo. El rugido del motor era incluso más bullicioso al de los todoterrenos que se enfilaron hacia donde se hallaba el amo. Jevrem tenía la vista puesta en la vía, pero sus pensamientos los mantenía en las dos personas –aparte de sus padres y hermanas– que más le importaba. Más que un simple tío, Everett era como su hermano mayor, e Isabel era el amor que siempre ansió tener.

Quemada…, se lamentaba de lo que pasó. Isabel, esa preciosa bailarina que decía las verdades al que la cabreaba y que tenía un corazón de oro, jamás volvería a brillar. *Quemada*…

De sus propios lamentos se olvidó. Todo lo que vivió meses atrás le parecía ahora insignificantes en comparación a lo que aquellos padecieron. Los suyos se esfumaron en el acto, tras recibir la noticia. Su vergüenza quedaría confinada en el cuarto más recóndito de su ser, donde levantaría altos muros de piedra para que jamás lo volvieran a atormentar con los constantes recuerdos y las terribles pesadillas.

Al llegar al aeropuerto se quitó el casco, depositándolo sobre el manubrio, y luego desanudó la tula que tenía amarrada a la parrilla de su moto de alto cilindraje. La miró con pesar, no la volvería a conducir, ya que al abandonarla allí cualquier ladrón se la llevaría.

La dejó aparcada a un extremo del estacionamiento y cerca de la línea de taxis, y se marchó hacia las puertas del terminal aéreo. Un maletero –un hombre en sus treinta años– se ofreció para llevarle la

pesada tula en su *carretilla* a cambio de unas cuántas monedas; no cobraba mucho, la competencia con los demás era ardua. Pero Jevrem le arrojó la llave de la moto y la señaló para que supiera de cuál se trataba, había varias, cuyos dueños tal vez iban a despedir o recibir algún pasajero.

—Véndela o cuídala bien, es tuya.

El maletero quedó con la boca abierta, habiendo atrapado la llave en el aire, sorprendido del regalo que le dieron. ¡¿Suya?! ¿Y eso por qué? Miraba alejarse al muchacho de acento extranjero y le expresó un «gracias» a sus espaldas que apenas fue audible, pero que Jevrem lo escuchó como si se lo hubiera dicho al oído. El hombre no daba crédito a su suerte. ¿Por qué se la regaló? Alzó la vista hacia la moto e hizo un mohín. Seguro era robada y aquel a él se la quería endilgar.

Aun así, y como quien no quiere la cosa, se fue hacia la moto para estudiarla con detenimiento y dar aviso a la policía; puede que lo culpen a él por robo por tener en su posesión la llave. La moto era bonita y costosa, tal vez un par de *selfies* para el Instagram y un Tik Tok para que sus amigos vieran lo que un extraño le había regalado. *Hum*… *Síp*, muy bonita… Le avisaría a la policía al siguiente día o tal vez la semana que viene. ¡*Wow*, qué diseño! Puede que la luciera unos días antes de venderla…

Las miradas femeninas y masculinas seguían al moreno alto y atractivo que se dirigía hacia el mostrador de venta para comprar un boleto hasta Alaska. Allí una fila larga de humanos aguardaba, era temporada alta en la que turistas iban y venían a la ciudad o los residentes viajaban a otros destinos del país para disfrutar de sus vacaciones.

Jevrem no tenía paciencia ni tiempo para perder por estar haciendo la cola y aguardar a que fuese su turno para que lo atendieran. Se fue directo hasta la auxiliar de servicio al pasajero y extrajo su billetera del bolsillo trasero de sus vaqueros para pagar con tarjeta de crédito.

—¡*Hey*, estoy de primero!

—¡Abusador!

—*¡Epa!*

Las protestas de los humanos se alzaron al instante, pero a Jevrem le tenía sin cuidado, él solo quería que lo antendieran con rapidez.

—¿Qué vuelo sale para Alaska? —preguntó a la auxiliar, cuyo elegante uniforme le hacía destacar sus rasgos de ascendencia alemana.

Esta alzó una ceja, despectiva.

—Lo siento, pero debe respetar la fila, hay clientes por delante —lo increpó sin alzar la voz; con cuánta frecuencia los pasajeros solían pasarse de listos.

—¿Qué vuelo sale para Alaska? —repitió con calma y dilatando sus pupilas para que la chica tecleara en la computadora y le informara.

—¿Hoy?

—Sí, hoy.

—Eh… —acomodó sus lentes y miró—. Déjeme ver, creo que no…

—¿Qué le pasa, idiota, no se da cuenta que estoy de primero? —el humano lo empujó para reclamar su puesto. Pero causó que Jevrem lo paralizara tan pronto sus oscuros ojos sobre él se posaron severos.

—No hay vuelos disponibles, señor. Solo para dentro de una semana.

—No me sirve.

—Le puedo reservar, lo pondré en la lista de espera.

—Saque a uno de los que viajan hoy y déjelo en la lista, a mí me da su puesto. Que sea de primera clase.

—Abusador… —la mujer detrás del hombre que antes protestó, masculló enojada.

Jevrem congeló sus neuronas con una mirada glacial y lo mismo hizo con los quince impacientes que aguardaban. Luego se volvió hacia la atontada chica, esta le pedía que colocara la tula en la balanza que se hallaba entre el mostrador, para determinar el impuesto a pagar por sobrepeso.

—Asiento 3A. Feliz viaje.

Las quejas de los clientes permanecían mudas; cuando volvieran de su fugaz letargo, él estaría bien cómodo en la sala de abordaje.

Mientras se anunciaba el vuelo, que sería en dos horas y treinta minutos, con varias escalas hasta el Aeropuerto Internacional de Anchorage, revisaría las redes.

Ocupó uno de los asientos en las sillas alineadas en el área de espera general y encendió el móvil para ver los vídeos que circulaban desde el accidente. Efectivamente las imágenes dramáticas eran noticia mundial siempre que caía una aeronave. Las luces de las sirenas de la ambulancias, los chorros de agua de las mangueras de los carros de bomberos, apagando el fuego; la voz del que reseñaba el vídeo, presumiendo una falla mecánica o falta de combustible. Se contabilizaba un muerto y dos heridos; aunque uno era de gravedad y esa era Isabel García. ¿Qué habría ourrido?

Su padre no le contó, pero le aseguró que escarbaría a fondo para determinar si fue una falla por error humano o un atentado.

Las imagénes filmadas no mostraban el rescate de los pasajeros de entre el fuselaje calcinado; por los diversos portales rodaban tres vídeos con tomas de diferentes ángulos en la que fueron captadas, sin agregar mayor luz a lo acontecido. Miles de caritas tristes o asombradas, marcaban en estos, junto con comentarios que Jevren ni

se molestó en leer. Su pecho se oprimió, fue un milagro que los dos se hubiesen salvado, su tío en mejor condición y la pobre de Isabel llevándose la peor parte.

También se prometió en investigar *si lo que les pasó* otros tenían la mano metida; de ser así, se las amputaría por atentar contra los que amaba, eran su sangre y su corazón.

Capítulo 25

Un día después del accidente del helicóptero.
Nueva York.

El detective Pittman miraba la pantalla del computador.

Ese maldito…

Everett Brankovic resonaba en su mente, como eco que rebota en la nada. ¡Existía!, ¡el maldito existía! Empleó meses en una búsqueda infructuosa del que casi estuvo por tirar la toalla. Muchos casos quedaron pendientes por resolver, mientras él clavaba los ojos en el monitor, rastreando a todo el que tuviese el mismo nombre. Visitó cementerios, geriátricos, hospitales, consorcios… Lugares en el que figurara el apellido desde varias décadas atrás; de ahí en adelante, sería seguir el rastro.

Pero nada.

Los sujetos que halló fueron los mismos que cuando al pandillero lo rebanaron con un rastrillo: el manco, los difuntos, el anciano, el infante…

Ninguno que concordase con un hombre en sus treinta años, de rasgos fuertes y atractivo.

Cuando supo lo del accidente, casi se atraganta con el botellín de agua que bebía. Después de todo, existía, no se lo había imaginado ni fue un invento de la hispana para desligarse de la muerte de su hermano. Este era de carne y hueso, y tenía mucha suerte por lo del helicóptero.

Pero lo que al detective le daba vueltas en la cabeza, se debía a los pasajeros que no salieron ilesos, entre ellos, la mentirosa de la amante del tal Brankovic, y del que Pittman aún no resolvía el misterio de cómo esa mujer se escapó de la cárcel en una estación repleta de policías.

Lo poco que recordaba era brumoso: «¡Apúntenle, no lo dejen escapar, idiotas!».

¿Por qué nadie los detuvo?

Recordaba que les apuntaron con las pistolas y luego…

—¿Quién eres, bicho raro? —Ojos amarillos, garras…

¿Garras?

Más bien, rastrillo.

Las fotografías tomadas a Arturo García, cuando lo hallaron en su departamento, claramente indicaban que fue herido con un arma que

era o se asemeja con lo que se remueve las hojas del césped.

—Así que te estás escondiendo en Alaska… —por eso no lo hallaba. Se había escondido en el último rincón del país.

Con el *mouse*, bajaba la barra lateral de la página que leía en la pantalla. Los titulares se repetían en las redes. Tres pasajeros: un muerto y dos heridos. Uno más grave que el otro. La prometida quedó irreconocible.

—Ni para circo de ferias… —espetó sin sentir ningún tipo de empatía por la muchacha que interrogó en una ocasión. Si se salvaba de las quemaduras, no se libraría del brazo fuerte de la ley. Le haría pagar los crímenes que cometieron en la ciudad.

Hizo un gesto de no creerse el aparatoso accidente. ¿Lo habrían fingido? De ser real, ¿cómo se salvaron esas dos ratas escurridizas? El helicóptero quedó reducido a hierros retorcidos.

¿Acaso no volaron y mintieron a la prensa, dando la impresión de que sí lo hicieron?

Sospechaba que a ese Brankovic lo quisieron asesinar.

Las mafias planeaban atentados similares.

Acomodó la pretina del pantalón en su voluminosa cintura, al levantarse de la silla giratoria del escritorio, determinado en atraparlos en sus fechorías: mataron a Arturo García y al que apareció poco después en un contenedor de basura por Queens, presentando las mismas heridas.

El dueño de una tienda de peletería.

—De que los atrapo: los atrapo —se prometió en ponerle a ambos las esposas, así tuviera que montarse en un avión e ir hasta Alaska y procesarlos por varios crímenes.

A Everett Brankovic y a Isabel García les esperaba una cómoda celda en la penitenciaría de la Isla Rikers.

Capítulo 26

Dolor…

Era lo que sentía Isabel.

Abominable dolor que la atormentaba desde el más allá. La hacía querer revolcarse y gritar con todas sus fuerzas, pero no podía, estaba atada y amordazada y, los que la tenían cautiva, la torturaban. Lloraba desgarrada en su fuero interno, porque sus labios estaban sellados; aún así, sus lágrimas se deslizaban por sus sienes como muestra de su agonía. Escuchó que una voz masculina le hablaba; carecía de ese cariz furioso o intimidante, en cambio, sonaba consternado como si quisiera animarla a que resistiera lo que sea que la hacía llorar.

¿Por qué la tenían así? ¿Qué hizo para estar en una celda oscura como si fuera una escoria?

Golpeaba hacia la nada para que la dejaran salir, ya no aguantaba tanto sufrimiento, estaba muy débil como para lanzar puños y patadas; lo había intentado y sus brazos y piernas no se movían. Por eso asumía que, de tanto luchar para librarse de sus cadenas, había perdido las fuerzas.

La voz sollozó y otra susurró algo que Isabel no comprendió. Es más, otras voces se escuchaban a su rededor y un *pic*, *pic*, retumbaba cada vez más acelerado para agregar más incertidumbre a sus pensamientos. ¿Qué era eso? ¿Quiénes eran esas personas que estaban allí con ella? ¿Sus carceleros?, ¿otros cautivos? Era lo más probable, el de la voz sollozaba…

Intentó abrir los ojos sin conseguirlo; fruncía el ceño y luego pestañeaba para que sus párpados le permitieran mirar a dichas personas y preguntarles si estaba secuestrada o encarcelada por algo que hizo.

¿Cómo qué?

Recordó.

Como atacar a su prometido en un helicóptero.

Abrió los ojos de golpe y se halló apresada por múltiples ataduras blancas. Le fue imposible moverse, ¡qué dolor sentía! Todo el cuerpo le ardía, algunas partes más que otras.

—Quédate quieta, Isabel —Everett le susurraba, aunque ella casi no lo escuchaba, por sus orejas haber sufrido los estragos del fuego y del que ignoraba que este se lo decía para que sus angustiados movimientos no lastimaran sus quemaduras.

Rodaba los ojos explayados y aterrados de lo que veía. ¡¿Eran

vendas lo que tenía? Por eso se sentía atada, la vendaron, ella se había quemado. ¡Sus brazos! ¿Por qué los tenía colgados?

Le costaba hasta mover los dedos.

Sollozó adolorida. ¡Se había quemado! ¡¡Quemado!! Estaba quemada…

—¿Qué pasa con esa morfina, por qué despertó adolorida? —Everett inquiría a Pavlovic, a quien Isabel no le sorprendió hallarlo allí, era el médico de los Brankovic, acudían a este cuando uno de los miembros enfermaba.

Pero ella no estaba enferma, sino quemada.

—Tranquila, cariño, enseguida te calmarán el dolor —le dijo con dulzura mientras las enfermeras se afanaban para acatar las indicaciones del doctor.

A ella le costaba escucharlo, pero la atribulación que Everett expresaba la enfurecía.

Maldito…

Quería escupirle lo que pensaba de él, pero tenía algo metido en la boca que le impedía hablar, reverberando ahogado sus gruñidos. Las llamaradas en la cabina venían a su mente como olas de recuerdos incandescentes; Isabel estaba sobre Everett que parecía muerto y ella quemándose la espalda. Lo veía todo doble, el maldito la había drogado para montarla contra su voluntad en el jet y alejarla de sus hijos. Aun así, las quemaduras que sufría la mantenía lúcida para que sintiera lo que era quemarse viva. Gritaba «¡auxilio!», que la sacaran de allí, empujaba los hierros retorcidos para salir. Everett no se movía, había sangre en él y muchas heridas; la del cuello se veía gravísima, ella se lo causó para matarlo. ¡Oh, Dios!, lo mató y ahora sería la siguiente en morir.

¡No! Por sus hijos no lo haría, tenía que vivir. *¡Arrrrrghhh!* El fuego la envolvía; todo era dolor y oscuridad.

Luego humedad.

Le aventaban agua. Luces giratorias, gritos de hombres, ruido, mucho ruido…

Oscuridad.

La llevaron a la nada.

—*Shhhhtt*… Ya amor, ya pasará. Ya te la inyectaron. *Shhhtt*… Duerme…

Las lágrimas quedaron agolpadas alrededor de los ojos de Isabel y los quejidos disminuían conforme la droga hacía efecto en el cuerpo. Qué sopor, qué dicha, no más dolor. Sus párpados se tornaron pesados y la visión borrosa; los recuerdos del instante en que el helicóptero se encendió se diluían tal cual el agua de las mangueras extinguió el fuego de la cabina.

Todo era paz.

El abatimiento de Everett doblaba hasta su espalda. El peso que sentía por la culpa, disminuía su estatura; debió buscar otro método, no de la forma en que creyó sería una solución momentánea para lo que se presentó. Ahora era demasiado tarde para corregir sus errores, Isabel estaba quemada y él con las manos atadas para ayudarla.

La observaba dormir bajo los efectos de la morfina. Cuánto mal le hizo por querer someterla a la rigurosidad de las costumbres lobunas; desoyó sus razones y castigó su rebeldía. Todo ese tiempo ella tuvo la razón y él no aceptaba porque Isabel era los vientos de cambios para la manada.

Él debió ser su maestro, no su dueño.

—Señor Everett, por favor, permítenos cambiar las vendas a su compañera. Es hora de remover las escaras que se forman y lavar las heridas. —Hasta que los españoles llegaran con las *nanovendas* y la piel cultivada, a Isabel la tenían que limpiar a diario. Había pasado veinticuatro horas desde que se quemó.

Everett asintió y, cabizbajo, arrastró los pies hacia la salida de la unidad. Luttrell le hizo una venia para saludarlo; desde que llegaron al hospital no había podido ponerse a las órdenes para lo que necesitara, pero él mismo se tomó la tarea de ordenarle a Maxwell para que fuese a una boutique para caballeros de la ciudad y adquiriera una indumentaria completa para que el alfa se vistiera. Ni el hermano se ocupó de esto, lo dejó estar así, en bata y con el culo al aire, como loco escapado del siquiátrico. Aquel solo mantenía su móvil pegado a la oreja y sentado en una de las sillas de la sala de espera, mientras bebía el café llevado por uno de sus guardaespaldas.

Siguió a su amo con la mirada, pues Luttrell asumía que debía estar allí frente a la puerta para custodiar a la concubina. Dio una rápida seña a Maxwell y a Harper para que se mantuvieran pegados a este, al hospital comenzaban a merodear lobos del Clan Makarov. Era su zona y ellos los que invadían.

Everett lucía como un especto: demacrado y profundamente alicaído. *Su Isabel*… Él fue el culpable; solo él… Las ojeras se marcaban bajo sus ojos y la tristeza le desgarraba el alma. ¿Por qué no la escuchó cuando tuvieron la oportunidad de hablar en el despacho?

Apoyó la espalda contra la pared del pasillo y se deslizó cuesta abajo hasta caer sentado en el piso.

¿Por qué no la escuchó? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿POR QUÉ?

—Señor… —Luttrell lo llamó para que dejara de golpearse la cabeza contra la pared y enseguida intercambió una mirada con Harper para que tomara su lugar y así él permanecer al lado del alfa —. Señor, dígame qué puedo hacer por usted —lo que le pidiera, él lo ejecutaría a rajatabla: matar al que ocasionó el accidente, rastrear al que cazaba humanos sin su permiso; tal vez este también estaba

implicado. O buscar hierbas medicinales que son buenas para la cicatrización; un cataplasma bajo los vendajes ayudarían a la híbrida a regenerar antes de lo previsto. Si pedía la cabeza del enemigo, Luttrell la traería servida en bandeja de plata.

Everett no le respondió, lloraba con su rostro hundido entre sus brazos que rodeaban las rodillas.

Los tres guardaespaldas se miraron entre ellos sin saber cómo consolar al amo; jamás vieron a un lobo dominante llorar como lo hacía el que estaba sentado a sus pies. Ninguno de los que conocía y de los que ya no estaban en ese mundo terrenal, demostró tanta aflicción por una esposa o concubina; las parejas eran para procrear y las prostitutas para brindarles placer. Pero la que estaba moribunda, del otro lado de la puerta de la Unidad de Quemados, era para contar y no creer.

Luttrell arqueó las cejas al igual que sus compañeros cuando los sorprendió el sigiloso acercamiento de un lobo que no esperaban ver por ese lugar.

La mano de Ma-cheil se posó amistosa sobre los convulsionados hombros de Everett.

Se había acuclillado para estar a su altura y así expresarle su sentir; le conmovía las duras pruebas que los dioses se empeñaban en hacerles pasar a la pareja, del que fueron almas errantes en vidas pasadas y que en esta se encontraron para estar juntos.

—Mi buen amigo, no llore más por su mujer, recuerde que es una loba fuerte que emergerá de las cenizas como las aves doradas de fuego. Levántese —lo animó dando leves golpes a sus hombros para que reaccionara—, ella no ha muerto, agradezca que está viva.

Everett alzó la mirada hacia el menudo hombre de piel tostada y le sonrió entristecido. Por supuesto que agradecía, pero ¿a qué costo?

Ma-cheil lo ayudó a ponerse en pie, sin ofrecerle un abrazo reconfortante; en los yacaramath ese tipo de demostración jamás se daba en público, solo asintió con solemnidad, de alfa a alfa, como metamorfos respetuosos que recorrían la misma senda que los dioses señalaban.

—Gracias por venir. Debe ser difícil para usted estar en estas tierras.

—Si un hermano me necesita, ahí estaré para él, *señor de señores*. Usted es más que un amigo que nos ha unido los años: es mi hermano.

Everett le ofreció una venia en respuesta y luego extendió su brazo para que su amigo lo tomase a modo de saludo fraternal en la que los dos los estrecharían. Las palabras expresadas por el jefe de la Tribu Yakaramah le llegó hasta el alma; no era de su sangre ni de su linaje, pero se ganó por siempre su aprecio. Este entró a tierras que, para su gente, eran hostiles; su sola presencia quizás repercutiría en

enfrentamientos con la manada de Makarov; aun así, ahí estaba siendo mejor que su propio hermano.

Mientras tanto…

Con una sonrisita despectiva, Damir observaba los vídeos en las redes.

Vaya caída…

Ese par tenía más vidas que un gato callejero; si se hubieran matado, los *Canis lupus* de las montañas y bosques estarían aullando para el nuevo Alfa. Habría obtenido el mando sin haber librado una pelea encarnizada contra el que ostentaba el título; los jefes de las nueve tribus bajo la protección del Clan Kenai y los alfas vecinos, le rendirían honores. Él había nacido para que los demás se hincarán a sus pies, no al revés, del que muchas veces tuvo que dar su brazo a torcer. *¡Ah!*, pero qué providencia tan favorecedora, los caminos se abrieron para que los cruzara sin sufrir rasguños. Lo que estaba destinado no se hurtaba.

Deslizaba el dedo sobre la pantalla tactil, con ese deje arrogante que solo Damir disfrutaba. *Por poco…* y se declaraba como el siguiente Patriarca. De haber sucedido, tendría que buscar una tercera esposa y preñarla para que le diera lobeznos machos y fuertes, no como la desagradable híbrida que le parió a Everett puras taras.

¡Ergh! Otra esposa… Bastante tenía con Radojka y Vesna, y él mismo se proponía ahorcarse con una tercera. Prefería los sujetos vigorosos y de pene prominente; por desgracia, si quería asentar su descendencia, debía llenar las vaginas de sus mujeres con su semilla.

Un verdadero Alfa debía ser procreador o, de lo contrario, estaría siempre en riesgo de disputar su mandato con otro miembro de la manada.

Recibió un mensaje de texto, era Ilic preguntando por el primo. En lo que iba del día, llevaba cinco mensajes; bastante fastidioso para ser un lobo adulto, preocupado por Everett, de quien no obtenía respuestas a sus llamadas y mensajes. Y se quedaría esperando porque Damir tenía en su haber el móvil de Everett, el Rolex, la billetera y el anillo de compromiso de Isabel García, luego de que a Everett le removieran las ropas de su cuerpo para revisar las heridas y quemaduras. El móvil quedó inservible por el fuego, el Rolex aporreado y la billetera manchada de sangre, pero el anillo…

Esa joya que una vez poseyó Winona, sería la perdición del hijo.

Metió la mano al bolsillo interno de su costosa chaqueta de Dolce & Gabbana, y jactarse sobre la gema que, al final, llegó a parar a sus manos para obtener el poder. ¿Quién le iba a decir que por un anillo a más de uno le cambiaría la vida?

No obstante, se contuvo de hacerlo, hacia él se aproximaba Slobodan, padre de Ilic y Luca, y quinto en la descendencia de Dragan.

A su lado, Andrey Makarov, Alfa del Clan homónimo a su apellido.

Se puso en pie para no ser descortés.

—Mis amables caballeros, me temo que han perdido su valioso tiempo, *él* no está en sus cabales en estos momentos —comentó a los recién llegados para que se enteraran por su boca de la inutilidad de Everett.

—Es comprensible —Slobodan atravesaba con la mirada a su sobrino—, su hembra está grave.

—Es una pena… —fingió tristeza y Andrey meditó que era un pésimo actor. Su felicidad se percibía a leguas.

Dio un asentamiento de cabeza al segundo hijo de Stanislav Brankovic, expresándole su acuerdo. Sí que era una pena que dicha hembra sufriera semejante desgracia.

—Si yo estuviese en el lugar de Everett, lloraría como un niño —dijo—; esa hembra es muy bella.

Era… Damir celebró para sus adentros. Ahora era horrorosa.

—Para lo que sirve la belleza de una mujer, sino para atraer al macho en celo.

El hecho de ser el cuñado de la joven, al alfa de la zona de Anchorage le pareció que el comentario estuvo fuera de lugar y para nada empático.

—Estaremos cerca por si él requiere de algún favor que desee le brindemos —ofreció diplomático, más que todo, de los dientes para afuera. Se lo decía hasta al perro de su casa y jamás cumplía, sus palabras eran vacías y carentes de afinidad. Qué lástima que Everett no fue el que ardió como brasas y fue aquella hermosa loba de piernas torneadas y elásticas que sus hombres mantenían vigilada.

—Es oportuno adelantarme a los acontecimientos, pero les notifico que, desde hoy, asumo el mando.

Slobodan arqueó las cejas, sin esperarse el batacazo y Andrey Makarov sonrió despectivo.

—Supongo que será por unas horas —este último espetó—. Everett no es de los que se deja arrebatar el mando, así esté su hembra agonizante. Exprésale al alfa mi empatía. Hablamos luego, *sustituto temporal*… —Se despidió de Slobodan y se marchó para no tener que permanecer al lado de un idiota. Lo mismo hizo el otro que, de inmediato, siguió la estela del aroma de varios lobos; entre estos el nativo que le agradaba y los que custodiaban a su sobrino.

Andrey no entró al recinto médico para montar bronca, sino para saciar su morbosa curiosidad. Aunque habría sido estupendo lanzar dentelladas a unos cuántos, sobre todo a ese payaso emplumado; por desgracia, los terrenos de los hospitales en todo el mundo formaban parte de un acuerdo internacional de ser neutrales por cuestiones de «humanidad». Y, mientras él se marchaba…, Damir le deseaba la

muerte.

La rabia bullía en las venas de este, porque aún no lo tomaban en serio. Pero ya iban a ver cuando comenzara a dictar órdenes y no el idiota que lloraba por una analfabeta.

Capítulo 27

Anna se bajó del auto, apabullada.

Era consciente de que no debía estar allí; el alfa la había despedido minutos antes de subir al helicóptero con Isabel y, la mayoría de los Brankovic estarían dentro despreciándola con la mirada. Sin embargo, se llenó de valentía, su papá se arregló su chaqueta que usaba en los funerales, era la única elegante que tenía como para presentarse ante esa gente, y su mamá –ataviada con su mejor vestido– le medio sonrió y la animó a caminar hacia la entrada del hospital.

Los Morris tenían claro que era riesgoso presentarse allí, pero la señorita Isabel fue tan buena con ellos, que ni lo pensaron cuando se subieron al auto rumbo fijo hacia el noreste. George les expresó que permanecerían unos minutos para evitar incomodidad en los demás o, si la situación se tornaba demasiado tensa, daban vuelta atrás y se marchaban a casa. La prometida del señor Everett merecía un esfuerzo de su parte, siendo lo menos que podían hacer por ella que los ayudó sin exigir nada a cambio.

¿Cómo no visitarla?

Hasta estaba en sus oraciones a Licaón.

Así que –padre, madre e hija– se tomaron de las manos como un frente armado para soportar los desprecios que seguro recibirían.

Anna jadeó.

Jevrem descendía por el costado izquierdo de un Land Rover plateado mate. Su imponente metro noventa se postró sobre la acera, con sus vaqueros oscuros y chaqueta de cuero negro. Miraba hacia lo alto de la fachada del hospital, pensativo y también pillándose a los dos sujetos que se alcanzaban a ver en la azotea, vigilando todo lo que se moviera bajo sus pies, y luego atendió a lo que le decía uno de los guardaespaldas del señor Damir. Al parecer, lo apuraba a entrar, muchos ojos vigilando; Anna también se percataba de estos, estaban por todas partes: techos, pisos superiores de las edificaciones cercanas, las esquinas de las calles… Observando con celo los que entraban y salían del centro de sanación de los humanos.

Ella no era capaz de avanzar, ni tampoco sus padres, quienes reconocieron al joven moreno de cabello ondulado. Este subía por la escalinata que da acceso a la entrada principal y, cuando hubo saldado tres escalones, notó que era observado por alguien más.

La miró.

Anna no supo si el tiempo se detuvo.

Tal vez avanzaba inexorable y a ella la dejaban atrás; si la gente

quedó paralizada o caminaban acelerados, no se daba cuenta. ¿Quién sabe? Ni siquiera era consciente de sus padres. Los ojos negros del lobo beta atraparon los suyos que se agrandaron perplejos y emocionados de verlo después de dos meses de haberse marchado de Alaska.

Quiso saludarlo, decirle: «¡Hola, Jevrem! Qué alegría que hayas vuelto», pero de sus labios no salió nada; lo más probable, él la increparía: «¡¿Jevrem?! A ver, señorita, mantenga las distancias que eres una sirvienta y no mi amiga».

Si el tiempo se habría detenido, los engranajes volvieron a acelerar la marcha. El guardaespaldas que antes le había dicho algo, seguía apurándolo para que se diera prisas.

Estaba expuesto a la mira de los enemigos.

Jevrem apenas estiró las comisuras de sus labios, en lo que a Anna le pareció una sonrisa; puede que no lo fuera y ella se lo imaginaba de que él estaba igual de emocionado, con su corazón retumbando en el pecho y las rodillas temblorosas por la timidez. Sin embargo, Jevrem continuó subiendo los escalones, sin saludarla.

A Anna esto le rompió el corazón.

Se daba cuenta que un joven como él no se rebajaría en expresar un «hola» o un «¿cómo estás?», solo la miró y le dio la espalda.

George y Emilia irguieron las cabezas, tras el asentamiento reverente hacia el joven Brankovic, y jalaron con suavidad a Anna, a quien sostenían ambos de las manos, como una pequeñita de tres años, y siguieron a los hombres un tanto retirados, sin notar el desconcierto de la hija.

Era aplastante la sensación de sentirse observados. George rodaba los ojos de un lado a otro, cada vez cohibído de avanzar hacia el interior del hospital. Le dio cierto alivio descubrir a Colton y a Tyson, guardaespaldas del señor Everett y, que los hombres del señor Damir, no se despegaban del muchacho. Emilia apretó su mano y lo miró preocupada. Para George no hacía falta que su esposa le expresara que estaba angustiada; lucía pálida y con la respiración contenida. En cambio, Anna, a través de la otra mano que él sostenía, percibía que estaba helada a causa de su extremo retraimiento.

En cuanto ingresaron, los productos químicos y medicinales golpearon el olfato de los Morris. *¡Uf!* Emilia estornudó por el penetrante olor a legía y George se frotó la nariz con rudeza; ni los aromas corporales de los humanos se captaban; tendrían que poseer una prenda de un sujeto y olisquearlo a cada instante para rastrearlo como sabueso.

—¿Hacia dónde? —Emilia preguntó consternada por no saber a qué lugar dirigirse, confundida por tantos humanos perfumados que la atontaban.

—Sigámoslo —George señaló con su mentón hacia el grupo de lobos que se dirigían hacia el ascensor.

Aguardarían a que estos entraran y observarían en qué piso se detendrían; de ese modo, ellos subirían por las escaleras y los alcanzarían.

Las puertas metálicas se deslizaron para cerrarse, dejando fuera a los Morris que no se atrevían a entrar por temor de ser expulsados de una patada para no tener que compartir el ascensor con un trío de omegas. Pero Jevrem detuvo las puertas y las abrió para que los Morris también entraran.

—Podemos ir por las escaleras, joven amo —George comentó con timidez. Anna solo miraba las facciones de este, notándolas opacadas; asumía que lo sucedido a sus parientes lo entristecía.

—Hay espacio suficiente —replicó con parquedad.

Los guardaespaldas –uno rubio y otro moreno– se plantaron frente al muchacho para protegerlo de un ataque inesperado y permitieron que los omegas ingresaran. El moreno, quien era el más fornido, hizo un gesto despectivo al macho de ese debilucho grupo y, el de cabellos claros, escaneó con morbo a la lobita de formas gráciles. Olía requetebién.

Gruñó excitado.

George y Emilia se preocuparon por Anna; fueron unos tontos al bajar la guardia con respecto al probable celo de su hija. Si a esta le gustaba uno de los que se hallaban allí, sus hormonas se alborotarían y un enfrentamiento entre ellos se llevaría a cabo para obtenerla a las malas.

Jevrem, del que ni George ni Emilia, ni Anna, esperaron que saliera a protegerla, se interpuso en medio de los dos.

—Atrás —ordenó a Vernon para que se pegara al fondo del ascensor. Este se mantuvo desafiante unos segundos, mirando a la bonita lobata que se escondía a la espalda del joven Brankovic, pero retrocedió ante el gruñido que recibió por su renuencia.

—Perdónenos, señor, debimos subir por las escaleras. La sacaremos de inmediato de aquí.

La mortificación del hombre fue una alerta para que Jevrem mirase a la chica por encima de su hombro, pues comprendía a lo que se refería.

Anna estaba por tener su celo.

En los días previos a este, el aroma de una loba se intensificaba, dando el aviso de que en uno o varios días estaría disponible al lobo que la tomara.

Lo impactó y, con el ceño fruncido, la observó con ojo crítico. ¡¿Ya tenía celo?! Si tan solo era una lobita de crinejas y ojos asustadizos, que aún caminaba de la mano de sus padres.

Tan niña.

Las puertas metálicas se abrieron para alivio de George y Emilia Morris, quienes jalaron de inmediato a Anna para salvaguardarla de esos lobos. George se preguntaba, ¿cuál de estos a su hija le gustó, que sus órganos sexuales despertaron desaforados? Aún la hacía su bebé angelical que dormía con su oso de peluche.

—¡Papá, no! La señorita Isabel… —la joven se resistía en no bajar por las escaleras hacia la planta baja, siendo llevada contra su voluntad fuera de ese recinto.

—Iré a dar mis respetos —George dijo—; tú y tu madre esperan en el auto. Tardaré unos minutos. —*Caramba*… ¿Cómo no previeron que algo así habría de ocurrir? Su hija estaba por cumplir dieciocho años; por supuesto que era de esperarse que se emocionara de ver machos fuertes. El instinto de apareamiento dando las campanadas.

—Papá, ¿por qué nos marchamos? No es culpa nuestra que ese sujeto se fijara en mí. Tiene pinta de follar hasta con las…

—Anna, cuidado con lo que dices —Emilia la increpó por el vocabulario soez que su hija aprendió a escupir desde que trabajaba en aquella casa. Gracias a Licaón que fue oportuno que la despidieran o habría muchos machos que la seducirían.

El celo era terrible en una loba joven; si no la cuidaban se tornaban promiscuas.

Anna ejerció todas sus fuerzas y, una vez en el área de los ascensores de la planta baja, se libró del agarre de sus padres.

—¡Anna!

—No, mamá, lo lamento. No regresaré a Kenai sin antes expresar a la señorita Isabel lo mucho que la quiero.

—Me encargaré de hacérselo saber. Ahora, vete —George trató de sujetarle el brazo para que cruzara las puertas dobles, pero Anna lo esquivó—. ¡Estás por tener tu primer celo! —susurró lo más alto que pudo para que solo ella y su esposa lo escucharan.

Anna se sonrojó, era como si su padre le hablara de la menstruación. La tuvo a los doce y la dejaron encerrada hasta que su ciclo hormonal no representara para ella un peligro latente.

—¿Cuál de esos guardaespaldas te gustó? ¿El rubio? —daba por sentado que este se excitó por alguna insinuación inconsciente que esta hizo. Por lo general, las feromonas emanadas son dirigidas al macho que se le antoja atractivo.

—¡¿Cómo crees?! *¡Guácala!* —la joven miró para todos lados y luego a su padre, avergonzada por lo que dijo. El rubio le pareció grotesco; una bola de músculos que causaba repugnancia.

—Entonces, ¿es el moreno, el de la uniceja?

—No. —Era el otro, el que tenía las cejas perfectas.

—George, déjala en paz. A veces el celo es confundido por los

nervios —Emilia intercedió para que su esposo dejara de presionarla.

Sin embargo, para George, era imperativo conocer las preferencias masculinas de su hija; de ese modo, la mantendrían alejada de ese tipo de prospectos hasta que se calmaran sus alocadas hormonas y hasta que llegara el tiempo en que debía contraer nupcias con un hombre bueno.

—Sería imprudente permanecer aquí con ella así…

La joven miró por si algún humano de los que merodeaban por ahí se percató de lo que su papá quiso decir.

—¡Ay, papá, qué mal concepto tienes de mí!, estás echándome la culpa de que *ese pendejo* se excitara. Hasta a las humanas les pasa esto, y eso que no son lobas. Los hombres las miran y se les para *el pito*.

—¡Anna! —Emilia se escandalizó—. No hables así delante de tu padre.

—¿Y cómo quieres que hable? Perdón, mamá, pero no me culpen por el comportamiento de otros; admito que debo cuidarme y no fiarme de ninguno. Pero, *huich*…

—En el ascensor parecías indefensa y estábamos contigo —Emilia le hizo ver—. Sola, te habrían atacado.

—Fue por haberme olvidado de usar esto —de su bolsito que tenía terciado, extrajo un botellín—. Un poco y adiós babosos.

Se bañó de perfume de la cabeza a los pies.

Sus padres se restregaron la nariz por las atomizadas olorosas a rosas que envolvieron a la jovencita, y estornudaron por el cosquilleo que les produjo en sus fosas nasales. Una atomizada más y acababa con la capa de ozono, era imposible respirar estando cerca de ella.

—Dejarías que hasta un zorrillo te impregne, con tal de permanecer al lado de Isabel García —George comentó con ojeriza—. Está bien, subiremos un rato, pero si *ese sujeto* intenta propasarse de nuevo, nos marchamos en el acto. El joven amo no va a estar pendiente de ti, lo hizo en el ascensor tal vez para evitar que caiga; mucho peso y un enfrentamiento produce que todos nos matemos.

—Está bien, papá. Por si acaso… —cuatro atomizadas más y ni las moscas se le acercarían; el intenso perfume a flores era demasiado para cualquier olfato, incluido el de los humanos.

Esta vez regresaron por las escaleras, afín de cuidarse de pasar por lo mismo. En la última planta del edificio de cinco pisos, había una aglomeración de los Brankovic, agrupados por los pasillos, sala de espera y hasta coqueteando con las enfermeras que se arreglaban sus cabelleras recogidas en un moño, sonriendo a esos hombres de porte extranjero.

Anna los estudió a todos con la mirada, previniendo si alguno captaba *lo que fuera que captó* el rubio en ella; no estaba con ganas de nada ni sentía el menor deseo de ser acariciada por un hombre, solo

su tonto corazón palpitó más de la cuenta al ver a Jevrem de forma imprudente, que el otro malinterpretó su estupefacción.

La conmovió la escena de padre-hijo, el señor Damir abrazaba fuerte a Jevrem, sonando sus espaldas con cariño; por lo visto, apenas lo veía, igual que ella y los demás que le daban la bienvenida, tan pronto se percataban de su presencia.

Observó que ninguna mujer de características lobunas allí se hallaba; la señora Grubana, las esposas y las hijas del señor Damir, brillaban por su ausencia; sin embargo, a la joven no le era raro, estas no sentían el menor afecto por los sobrevivientes; conjeturaba que habrían dado como excusa sus habituales «migrañas».

George habló con una doctora que, en ese instante, entregaba informes a las enfermeras del área central del pabellón y, esta, levantó la mano, señalando a la izquierda en respuesta.

El recorrido sería largo.

—Gracias —dijo educado y luego volvió hacia ellas—. Vamos, permaneceremos cinco minutos y nos marchamos —comenzaba a inquietarse. Los miraban de reojo y con bastante desprecio.

Siendo precavidos, los Morris se dirigieron hacia donde la doctora humana les indicó, pasando por el frente del señor Damir y Jevrem, quienes hablaban en voz baja, del que a Anna le dio la impresión de que había cierto tono molesto en el padre y desazón en el hijo.

Una vez que llegaron, Harper los detuvo, nadie podía acercarse a la unidad, a menos que lo aprobase el alfa, y este no se hallaba allí en ese instante, sino dentro, haciéndole compañía a la concubina que seguía inconsciente tras haber despertado con crisis por segunda vez.

—Ella sabrá que estuvimos aquí —George dijo a su hija—. Será mejor que nos devolvamos a Kenai. —Si a la familia no le permitieron acercarse, menos a ellos.

—¡Señor, no puede pasar! ¡Señor! —Harper se atravesaba para que Jevrem no avanzara hacia la Unidad de Quemados. Estaba decidido a ver a Isabel postrada en la cama—. Señor, tengo órdenes de…

—Déjame pasar o te estampo en la pared —gruñó.

—El alfa fue claro: no desea que nadie se acerque por cuestiones de seguridad. Comprenda, por favor.

La necesidad del joven lobo, lo llevó a darle un empujón al guardaespaldas y aproximarse hasta Luttrell y Maxwell.

Los dos lobos se prepararon para impedirle el paso.

Pero los ojos de Jevrem, que alcanzaron a ver a Isabel, se congelaron desconcertados.

—Isabel… —retrocedió sin aceptar lo que contemplaba a través de las ventanillas de las puertas dobles de la unidad. Había tenido la leve esperanza de ser una exageración de lo que dijo su padre. Por desgracia, era así: Isabel se había quemado por completo.

Anna se llevó una mano al pecho, quieta en su lugar, observando a Jevrem romperse en llanto. *Licaón*… ¡¿Así de grave estaba la señorita Isabel?!

Intentó acercarse, pero George la contuvo, al joven amo se lo permitieron porque se abrió paso, empleando la fuerza, a ella la dominarían con una simple bofetada.

Llena de valor, le pidió en silencio a Harper para que la dejara pasar y así sacar de allí al muchacho que seguía sin creer lo que a Isabel le había pasado. Su papá la llamó mortificado y su mamá jadeó, llevándose las manos a la boca, temiendo por su hija; no obstante, los lobos que custodiaban el pasillo dejaron que se acercara.

—Vamos… —lo tomó del brazo, cuya vista este la mantenía fija en las puertas, atónito de lo que había del otro lado—. Jevrem, vamos…

Sus dedos delgados se cerraron suave en torno al fuerte brazo del muchacho que parecía petrificado por algún maleficio.

Lo que vio, lo dejó pálido.

—Jevrem…

—Señor, por favor, márchese con la señorita —Luttrell intentaba hacerlo razonar. Comprendía que el verdadero motivo del señor Everett, era que no deseaba que nadie observara a su pareja, carbonizada, para que después no comenzaran las habladurías.

Mucho carroñero para darse festín.

El joven lobo se dejó llevar por la menuda morena de crinejas largas, que lo conducía hacia la sala de espera para que se sentara allí y superara el impacto que lo trastornó. Ella no se atrevió en ponerse de puntillas y mirar por encima de los hombros de Luttrell, hacia las ventanillas de las puertas y así averiguar lo que paralizó a Jevrem. Temió que, al hacerlo, quedase igual o hasta peor, apreciaba a Isabel García como una hermana y le dolería profundamente que estuviese tan malherida.

Ni bien se alejaron tres pasos…

De la unidad emergió Everett.

—¡Jevrem!

Este se volvió hacia su tío.

Los dos lobos fueron al encuentro y se abrazaron llorosos, compartiendo el mismo sufrimiento. Mucha gente mala hacía daño durante toda su vida y nada les pasaba, teniendo hasta una muerte tranquila; en cambio, a los que eran buenos como Isabel, le pasaban horrores.

—¡*Fo*, muchacha! ¿En tu casa carecen de agua para que te bañes en perfume barato? Apestas a flores de cementerio —Damir espetó, tras ir detrás de su hijo, luego de que este insistiera en que debía ponerse a las órdenes de su tío y no de su propio padre.

—Lo siento, señor, se me fue la mano… —omitió las razones del

porqué expelía de esa manera, sino que se limitó en dejar que este pensara lo que quisiera. Eso demostraba que el perfume era bastante efectivo para ocultar el aroma natural de su piel.

Damir hizo un mohín.

—Típico en los de tu clase —se tapaba la nariz con delicadeza. La pestilencia floral le causaría hasta sinusitis.

—¿Por qué estás aquí, si te despedí? —Everett inquirió a Anna, luego de deshacer el abrazo con su sobrino. Se secó las lágrimas de mala gana.

Los ojos masculinos de los guardaespaldas y de los tres Brankovic se posaron sobre la intimidada muchacha que bajó la mirada por la hosca pregunta del alfa. Se había preparado mentalmente para responderle, pero quedó en blanco por hallarse expuesta ante los demás lobos.

—El aprecio que sentimos por su compañera, nos motivó en acercarnos al hospital —George rápido acudió al rescate de su hija—. Le pedimos disculpas si nuestra presencia los ofende; nos marchamos de inmediato.

Everett esbozó un gesto despectivo. *Aprecio*… Solo la apreciaban por el dinero.

—¿Por qué la despidió, tío? —A Jevrem esto le causó sorpresa. Tenía entendido que Anna se ganó la amistad de Isabel.

—Tal vez, por apestosa —Damir se tapaba la nariz—. Muchachita, vete, nos molesta *tu perfumito*, ni podemos respirar. ¿Estás en celo? —Rio entre dientes—. Apuesto a que sí.

George apretó la mandíbula para no gruñirle al maldito por ofender a su hija.

Pidió a Licaón, paciencia e hizo una venia al alfa, más que todo para evitar que le dieran una paliza por no postrarse ante este con propiedad; luego ofreció otra al joven lobo y una menos reverente al *plumífero*. De este conocía algunas historias que, si escribía un libro, sería todo un *best seller* en la categoría de Machos-que-fingen-ser-machos-pero-que-no-lo-son.

Jevrem no increpó a su padre por el comentario burlesco ni insistió a Everett en su pregunta; los dos lucían agotados, por lo que, los ánimos tendían a caldearse por nimiedades. Aunque el despido de Anna Morris le causaba curiosidad, su tío solía ser paciente con la servidumbre: si una de las sirvientas causaba un daño o la descubría en plan de cotillera, la increpaba y de ahí el asunto no pasaba. Pero si copulaban con algún miembro de la familia o del personal, si paraban la oreja para espiar o robaban, las despedía sin contemplación.

¿Sería por esto último?

Se le hacía inconcebible que Anna fuese una resbalosa que se colaba en las camas de los amos. La hacía tan inocente, tan niña, que

imaginarla de *loba fatale*, le parecía descabellado.

Tampoco de cotillera ni espía. Siempre fue discreta, ni tenía el valor de formular una palabra para hablar.

Lamentó que su tío la haya despedido; cuando tuviera ocasión, le preguntaría a él la causa. Si fue por robo, tal vez se debió a una necesidad que la obligó; de momento, no la juzgaría por ignorar lo que en su hogar estuviesen viviendo.

Capítulo 28

Isabel observaba al lobo dormir.

Este yacía en una silla de madera al lado de su cama. La cabeza la tenía hacia atrás, recostada contra el duro respaldo, roncando con la boca semiabierta por la incómoda posición y sus brazos cruzados sobre su pecho.

Según las enfermeras que la atendían, él no se había apartado de allí ni para darse una ducha. En más de una ocasión intentaron que se fuera a descansar a su habitación para que terminara de recuperarse; sin embargo, permanecía como un terco dentro de la unidad, negándose en dejarla sola. Se apartaba cuando a ella le limpiaban las heridas y cambiaban las vendas.

Ese día –mediante notas manuscritas– le dieron la buena noticia de que, a la mañana siguiente, le pondrían *la piel cultivada* que le había pertenecido a un cadáver. Esto a ella la impactó a pesar de que le informaron de cómo sería el procedimiento y el tiempo de recuperación; por un instante se imaginó a un pobre humano despellejado para que ella no se viera más adelante desfigurada, pero su apabullamiento mermó tras la explicación del doctor Pavlovic, en compañía de los que participarían en la intervención quirúrgica. La piel del donante fue tratada en un laboratorio, cortada en tiras y extendida como si fueran telillas *ultradelicadas* que cubrirían las zonas quemadas.

Y, encima de estas, los vendajes de *nanofibras*.

Le advirtieron que su caso sería el primero en registrarse a gran escala, pues a los humanos que trataron los operaron sobre zonas localizadas del cuerpo y, hasta ese momento, arrojaron excelentes resultados.

Estando ella en la preventiva compañía de Everett, Pavlovic le comentó a Isabel de la ventaja de ser mitad loba; esto ayudaría en gran medida en acelerar la cicatrización; los *nanovendajes* se encargarían en un período de quince días de hacer que los injertos se arraiguen a la dermis y generen los ansiados vasos sanguíneos que harían que no fuesen rechazados por el cuerpo.

Sus pulmones se ensancharon y encogieron tras el suspiro que manifestó apesadumbrada, y esto le valió para que tosiera por el esfuerzo. Aún seguía con afecciones respiratorias por el calor de las llamaradas y el humo que inhaló; por fortuna, la intubación endotraqueal la removieron en cuanto recuperó la conciencia de su última crisis y los médicos se aseguraran de que tuviera la suficiente

fortaleza para respirar por sí misma.

La tos espabiló a Everett y este parpadeó emergiendo del mundo onírico en la que por unas horas se halló abatido.

Había soñado con Isabel, quien lo llamaba sonriente, sin quemaduras, con el cabello largo ondeando por el viento y un campo de flores bajo sus pies. Luego una pared de fuego se levantó, arrasando con todo lo que él amaba.

Al abrir los ojos, se incorporó enseguida en la silla y, atento, observó si Isabel sufría otra recaída emocional, pero esta inhalaba y exhalaba cadenciosa, mientras miraba hacia el techo, pensativa.

—¿Sientes dolor? —preguntó solícito y sin poder estudiar el rostro que se ocultaba bajo la máscara de vendajes.

—¿Qué? —casi no escuchaba, las voces de las personas las captaba ahogadas como si le hablaran desde distancias lejanas.

—¡Que si sientes dolor! —Everett tuvo que alzar la voz para que entendiera lo que le preguntaba. Una enfermera que estaba revisando el cuentagotas de un paciente colindante, le pidió que no gritara, pero Everett la ignoró.

—No.

—¿Tienes sed?

—No.

—¿Hambre? —Ya habían pasado 72 horas del accidente y a Isabel la alimentaban con sueros y líquidos que la mantuvieran estable.

—¿Qué? —le daba la impresión de tener tapones en los oídos. Tal vez así era para evitar infecciones en los tímpanos o era por los mismos vendajes que la envolvían.

—¡Hambre! ¿Tienes hambre?

—No.

Everett odiaba sentirse impotente. ¿Cómo la ayudaba?

—¿Estás incómoda? —consultó manteniendo el timbre de voz lo suficiente alto para que Isabel lo escuchara sin problemas, a pesar de la hosca enfermera que allí se hallaba de turno—. ¿Quieres que le diga –señaló a la mujer– para que acomode el nivel de la cama? —La mantenían sin almohada y con los brazos aún elevados en los cabestrillos colgantes.

—No.

—¿Qué te pasa, entonces?

—Nada.

—Isabel…

—Solo tosí —contestó enronquecida por el maltrato que sufrió la tráquea al estar intubada por varios días—. No me voy a morir.

Everett medio sonrió. Los días se le hacían interminables, como si ambos estuviesen en el infierno.

Se inclinó hacia adelante, queriendo acariciarla para que supiera

que él la seguía amando a pesar de todo, pero empuñaba sus manos, recordándose en no hacerlo; sería como quemarla de nuevo. Horas atrás la había lastimado sin querer, al rozarle el muslo de su pierna izquierda, cuando intentaba acomodar su postura, provocando que ella chillara adolorida. Fue torpe.

—Claro que no —buscaba iniciar conversación—, eres una luchadora. La más aguerrida de todas.

Ella rodó los ojos hacia el extremo opuesto a Everett y en su mente una sonrisa despectiva apareció. Ni el fuego fue capaz, menos una tos leve. Por supuesto que era aguerrida.

—Isa —Everett la llamó ante su prolongado silencio—, lo superarás. Eres loba y…

—Sé que lo haré —interrumpió sin mirarlo—, no me lo tienes que decir cada vez que abra los ojos o me ataque la tos. No me voy a dejar vencer ni por los elementos.

Everett apena sonrió.

Si el odio hacia él, la hacía querer levantarse y enfrentarse al mundo, entonces que así fuera. Soportaría que ya no lo amara. Se lo debía.

—Me alegra que tengas esa firmeza —dijo—, te dará voluntad para sanar rápido.

Isabel no replicó; los equipos médicos que se hallaban al fondo de la unidad captaban su atención. Eran otros y del que estaban apagados, preparados para cuando un nuevo paciente, en su situación, los requirieran. *No se iba a dejar vencer*… Superaría la convalecencia como una campeona, la rabia la corroía, cansada de ser a la que la vida le daba golpes; ella lloró desgarrada y se deseó la muerte, pero sus hijos le daban fortaleza para soportar ese calvario. ¿Quién, aparte de ella, los protegería de las hienas?

Su glotón y su angelito de mirada dulce… ¿Qué sería de ellos si de esa cama ella no se levantaba?

—¿Quién cuida de los gemelos? —Así sus labios y mejillas se resquebrajasen en sangre, le gritaría unas cuantas vulgaridades si los dejó a cargo de esas malditas brujas.

Everett se tensó.

—Blanka.

—¿Quién?

—¡Blanka!

Isabel ni pudo fruncir el ceño.

—Hablo de Grubana o de tus cuñadas. ¿Alguna de ellas los está cuidando?

—Solo Blanka. No dejaría a mis hijos a manos de esas mujeres.

Ella recordó la amenaza de Everett.

«Considera esto, Isabel: de ti depende que vivamos en Nueva York.

Si no logras dominar tus temores, de Denali no saldremos y nuestros cachorros vivirán en Kenai con mi hermano».

¿Acaso…?

Su *yo interno* se carcajeaba con resquemor. ¿Acaso solo fue chantaje emocional para que cazara como él pretendía?

Endureció la mirada bajo la máscara de vendaje. Claro que sí…

—Ah… —fue todo lo que la rabia le permitió expresar. ¡Desgraciado! De haberlo sabido, no hubiera cometido tantos errores.

Everett consideró que debía contarle lo que dispuso con ellos, por lo que le dio una hipnótica orden a la enfermera de esperar unos minutos afuera de la unidad, mientras ellos hablaban en privacidad; los otros pacientes no representaban inconveniente, estos dormían profundos, gracias a los calmantes.

—Isa…

—¿Quién los amamanta? Blanka ya está vieja para eso y Anna es apenas una cría. —Dudaba que Radojka o la introvertida de Vesna se molestaran en alimentarlos, y Grubana hacía mucho que sus glándulas mamarias se secaron tras parir a Damir.

—Contraté nodrizas. Están con los gemelos noche y día, por si les da hambre en la madrugada. Los malcriaste… —no fue un reproche, sino un socarrón comentario del que no causó risas.

A Isabel la asaltaba la ansiedad. Saberlos allá, al alcance de las garras de esas mujeres o de las hijas de Damir, que imploraba a todos los santos para que los protegieran.

—Asegúrate que Grubana o las otras no los maltraten. Si me entero de que estas les causaron, así sea un minúsculo rasguño, las mato.

El *flashback* de Isabel enardecida sobre él, para desgarrarle la garganta, lo asaltó una vez más.

—Kevin y Elijah están con ellos.

—Que nunca los dejen solos. ¡Ni un minuto!

—Son de mis mejores hombres. Matarán al que se les acerque.

—Qué bueno… —imaginaba la cabeza de Grubana rodando por el césped, ante el desgarramiento producido por uno de los guardaespaldas. Sería magnífico que las hicieran picadillo si pretendían hacerles daño.

El corazón de Isabel se encogió por la falta que les hacía sus retoños. Sus brazos colgados, en esas malditas mallas, ansiaban rodear y pegar a su pecho para apapacharlos con todo el amor de madre que era capaz de ofrecer. Esto la entristeció y sus lágrimas se deslizaron enseguida, humedeciendo el vendaje bajo sus párpados.

—Los extraño… —musitó con voz queda, pensando en si Erik causaría bronca con su llanto a todo pulmón, exigiendo de ese modo la presencia de su progenitora. Y Ángel, acurrucadito en la cuna,

haciendo pucheros por carecer del abrigo que tanto lo reconfortaba.

No le pidió a Everett que los trajeran, aunque fuese solo para verlos de lejos. Comprendía que el hospital era inadecuado para bebés sanos; mucho enfermo y epidemias raras pululando por ahí. Además, ella estaba…

Mejor para cuando sanara y no los espantara con los vendajes que tenía puesto y del que la hacían lucir momificada.

—Isa…

—¿Has llamado a Blanka para asegurarte de que están bien? —No lo dejaba hablar, no le interesaba sus sentimientos.

Asintió.

—La llamo tres veces al día —respondió—; también a Kevin y a Elijah. —El lugar en el que sus hijos estaban era impenetrable.

Isabel permaneció en silencio, quizás pensando en los lobeznos, creyéndolos en Kenai, cerca de su madrastra y sus cuñadas. Pero no era así, los mandó lejos de cualquier peligro que les acechara, bajo el amparo de fuerzas letales dispuestos a morir por ellos.

—Isa… —le diría para tranquilizarla.

—Que las nodrizas no consuman grasas saturadas ni lácteos. Nada de vinos ni café; Ángel enfermó por lo que consumían las nativas.

Everett asintió, pero tuvo que responder que acataba la orden, debido a que Isabel de él mantenía la mirada apartada.

—Isa, yo…

—Trágate tus sentimientos, no te quiero escuchar más. —Mientras estuvo intubada, él le manifestaba que la amaba y que se arrepentía de no haberla escuchado.

—Descuida, no era eso de lo que te voy a comentar, sino…

—Dile a Anna que no deje de pasear a Erik, le gusta el aire fresco, pero que lo haga custodiada por un guardaespaldas. Si una de tus sobrinas pretende «jugar con él», que se niegue. No deseo que lo carguen. ¡Nadie! Andjela lo agarró de la pierna para estamparlo contra el suelo. Ojo con ella. Si se hubiera atrevido…

Le arrancaría hasta las vísceras.

—Le diré —mintió sin ser capaz de revelarle que había despedido a la sirvienta por ser la que originó el conflicto.

Debió entregarla en un principio a Nemat como castigo.

Calló con lo que estuvo a punto de revelar y, en vez de esto, se mantuvo postrado en la silla al lado de Isabel. Era el único allegado al paciente que permanecía en la Unidad de Quemados; al de los otros dos pacientes, les tenían negado el acceso. La influencia hipnótica hacía maravillas en el carácter del personal médico; dilataba sus pupilas y estos a todo daban su consentimiento. Everett solo tenía una exigencia y era que lo dejaran permanecer allí hasta que a Isabel la trasladaran a la habitación de recuperación.

En cuanto superara la operación y la etapa crítica, se la llevaría lejos para resguardarla junto a los lobeznos de la amenaza que merodeaba sus territorios.

Capítulo 29

La imagen que le devolvía el espejo no era la que ella esperaba.

Ocho semanas después de la operación, Isabel evitó mirarse en cualquier reflejo. La aprensión por ver su rostro y cuerpo deforme por la mala cicatrización, la mantuvo en vilo en la habitación del hospital. Aún no le daban el alta; varias intervenciones tendrían que realizarse para cubrir el cien por ciento de las zonas afectadas; la limpieza periódica de su piel, la supervisión constante del arraigo de los injertos, el cuidado minucioso de una posible infección; todo esto debía monitorearse bajo el estudio clínico de los cirujanos que intervinieron.

A pesar de que en sus extremidades superiores e inferiores lucían mejor a lo que habrían quedado sin la aplicación de la piel cultivada, Isabel palideció ante lo que sería ahora su rostro.

Lloró.

No se reconocía.

—Oh, Dios… —lucía horrible. Su cabellera desapareció para quedar su cabeza expuesta en *parches lisos* y otros *arrugados* como si un casco de cuero se lo hubieran encasquetado con rabia. Un ojo estaba levemente caído por el párpado que se estiró como si le hubiesen pegado una cinta adhesiva para mantenerlo de esa manera. Las comisuras de sus labios esbozando una mueca que, aunque no quisiera, la haría lucir siempre triste. Pero lo que más la impactaba eran las orejas.

¡No tenía!

Daba la impresión de que se las hubieran cortado con un cuchillo, quedando apenas los orificios de sus oídos.

Por este motivo su audición era pésima, las orejan permitían captar los sonidos externos y encausarlos hacia el canal auditivo, pero al perderlas, debían gritarle como si fuera una ancianita de noventa años. Lo bueno –si se pudiese decir– es que era mitad loba y algo escuchaba a pesar de carecer de estas.

—Pareces Freddy Krueger —se comparó con el protagonista de la película *Pesadilla en la Calle del Infierno*; solo le hacía falta el sombrero marrón, el suéter de rayas horizontales rojas y verdes, y el guante de cuchillas para matar a sus víctimas en los sueños que estos tenían.

Apagó la luz del baño y permaneció ahí, encerrada, llorando decepcionada. Tuvo tanta ilusión en que volvería a ser la misma, que hasta hizo planes en lo que haría después, una vez se recuperara.

Pero ¿luciendo como un adefesio?

Teniendo a su lado el porta-suero, se sentó sobre la tapa del inodoro y dejó sus lágrimas correr libremente por sus mejillas. Qué fea lucía…

Una semana atrás le quitaron las mallas colgantes de sus brazos y las vendas que las envolvieron, al igual que el de las piernas y pecho. Las *nanovendas* tardaron el tiempo justo en desintegrase hasta que la nueva piel echaba raíces sobre sus carnes vivas. El doctor Pavlovic y tres de los principales cirujanos que coordinaron la operación de 22 horas, estuvieron presentes para observar los resultados.

Para ellos fue un éxito absoluto, para Isabel un estrepitoso fracaso.

La piel en su cuerpo distaba de ser lisa y saludable.

Era mortecina.

—Los injertos se han adaptado bien —Pavlovic le había dicho sonriente y un tanto a los gritos, felicitándose entre ellos por el «buen trabajo». Pero ninguno de los médicos notaba la aflicción de la muchacha, salvo Everett que también quedó pasmado al verla.

—El rostro es la parte más delicada en la anatomía humana —dijo uno de los españoles en un inglés fluido y con marcado acento, tan pronto se percató de la inexpresividad de Everett—. Cuarenta y tres músculos intervienen para que la persona realice gestos —agregó—; la mayoría de estos se concentran en la región de los labios, como *el buccinador*, que es uno de los músculos más importante de la cara. Este se encarga de muchas funciones, como la de elevar las comisuras de los labios; en la señorita Isabel se vio afectado por la quemadura. Por eso tiene ese desnivel…

»Una cirugía estética no será suficiente para que recupere su anterior fisonomía —le advirtió—. Necesitará de varias y en períodos alargados entre estos para restaurar los músculos y tejidos dañados alrededor de los ojos y labios. La que le hicimos es apenas la primera; vendrán más y cada vez usted lucirá como antes.

—Cada operación es un paso *hacia la regeneración* —Pavlovic comentó en un confidente tono que los otros médicos no captaron. El fuego era terrible para los seres sobrenaturales, quienes también perecían como los humanos. Pero los que sobrevivían, no la tenían fácil al regenerarse, puesto que los huesos, la musculatura y demás tejidos, harían que, cada vez que se transformasen, sufrirían de un inconmensurable dolor que podría causarles un fatal infarto.

En el caso de Everett, su pierna derecha mejoró en los continuos cambios de hombre a lobo; la tibia y el peroné se restauraron sin quedar fisura ni dolencias, la rodilla se fortaleció y la cicatriz que rodeaba la pierna, ahora era un mal recuerdo. No obstante, se requería mucho más que transformaciones para que Isabel volviera a tener la tonicidad de su piel y la elasticidad que permite la contracción y extensión de los músculos.

El sollozo de Isabel apenas se escuchaba en la penumbra del baño. Desde que le quitaron las vendas se negó a mirarse en un espejo. Pavlovic o Everett fueron consecuentes en darle tiempo, no se trataba de maquillaje artístico que le hicieron para una obra teatral o una sesión fotográfica en la que todos aplaudirían por lo impresionante en cómo lucía. Sino que tendría que afrontar las secuelas del accidente.

Las yemas de sus dedos rozaban sus mejillas como si el contacto le fuese a abrir las heridas, en unas partes las sentía suaves y en otras corrugadas. Al palparlas se estremecía en llanto. ¿Cómo reaccionará su mamá cuando se entere? ¿Cómo le explicará que se quemó por querer permanecer al lado de sus hijos, producto de la relación que sostenía con un metamorfo?

¿Y Camila? ¿Se habrá enterado de lo que pasó?

Everett era conocido en ciertos sectores empresariales, era un inversionista exitoso que se movía en los círculos sociales más influyentes de las principales ciudades del país. En Nueva York le tendían la alfombra a donde él entrara, los ojos de los propietarios de los negocios o los empleados que atendían le brillaban los ojos. Tal como el *maître* que se deshizo en atenciones hacia Everett como si fuese una estrella de cine o un político famoso.

«¡Bienvenido, señor Brankovic!», exclamó aquel emocionado. «Es todo un placer volverlo a ver. ¡Pase, pase! Permítame y lo conduzco hasta la mesa».

Casi le besa los pies.

Suponía que, por estar ligada a este sentimentalmente, los noticieros habrían difundido lo que sucedió en el aeropuerto de Anchorage.

> *¡Atención! ¡Atención! Interrumpimos la programación para informarles que el sexy y mega-conocido millonario, de origen serbio, tuvo un accidente en su helicóptero, del que viajaba en compañía de una mujer, que se presume es su prometida: Isabel García…*

Algo por estilo comentarían.

Ahogó un lamento. ¿Habrían reseñado de su condición o estarían plantados a las afueras del hospital, pendiente a la declaración de los familiares o los médicos?

Se tocó la cara.

> *Fuentes fidedignas nos revelan que la prometida sufrió quemaduras graves que desfiguraron su rostro e inutilizaron su*

cuerpo.

Ambas piernas se las fracturó, pero no fueron tan graves como el desplazamiento de hueso que tuvo la pierna de Everett, al caer del Hotel Mastrangelo. En esto Pavlovic tuvo razón, era mitad lobo y los genes la ayudaron a sanar más rápido que los humanos.

En cambio, la desfiguración en el rostro le recordaría a cada minuto del día en que ella enloqueció.

—Me querías apartar de ellos. —Y por esto casi lo mata.

Dios..., meditó la violenta reacción que tuvo en la cabina del helicóptero y se escandalizó de sí misma. Hubiese sido la asesina del padre de sus hijos.

Casi lo mata.

Lloró con todo removiéndose dentro de su ser: rabia, dolor, tristeza, decepción, horror…

Si bien, él la estaba apartando de Ángel y Erik, no era como para que ella le desgarrara la garganta y lo rebanara con sus garras.

Pudieron llegar a un acuerdo.

Para eso se graduaron los putos abogados, para enfrentar ese tipo de situación. Isabel hubiese luchado en los juzgados por la potestad de sus hijos; el dinero y el poder de Everett, no la habrían intimidado.

—¿Isabel? —Everett la llamó detrás de la puerta del baño, preocupado por su tardanza—. ¡Isabel!

—¡QUÉ! —contestó altiva, mientras se secaba las lágrimas. Ni un minuto la dejaba a solas, porque se alteraba.

—¿Necesitas ayuda?

—¿Qué…?

—¡Que si necesitas ayuda! —consultó por si a ella se le hacía difícil limpiarse el trasero por tener los brazos aún en proceso de sanación, o le costaba levantarse del inodoro. Fue necia en querer ir a evacuar a la privacidad del baño. La bacinilla quedó olvidada en la repisa del armario.

—No.

—¿Segura? Puedo limpiarte…

—Me puedo limpiar el culo yo solita —graznó.

Él se fijó que se hallaba a oscuras y su mano se posó en el picaporte para deslizarla dentro y pulsar el interruptor de la bombilla del techo, pero rápido la retiró al comprender que era mejor así. La visión de los híbridos era deficiente en comparación a la de los lobos, e Isabel no tendría que observarse en el espejo. Lloraría.

—¿Te alcanzo el papel? —Tal vez no lo hallaba.

—No… —contestó impaciente.

¿Y si se encerró allí para descargar sus penas sin que nadie la

viera? A él le pareció escuchar un sollozo.

Más bien, para verse en el espejo.

Posó la palma de la mano en la puerta y reclinó la frente sobre esta, queriendo estar dentro para brindarle consuelo.

—Amor, sé cómo te sientes, esto es transitorio. Volverás a ser hermosa y a correr veloz por los prados. Ten paciencia…

—¡Claro que la tengo! —lo gritó—. ¿Podrías dejarme cagar en paz? Es muy fastidioso tener que *hacerlo* contigo ahí parado.

Everett contó hasta diez y luego replicó:

—Si te sientes mareada o no tienes fuerzas para levantarte, llámame o llama a una enfermera, si te place. De todos modos, estoy pendiente, estaré cerca.

Se retiró hasta sentarse en el sofá dispuesto para los acompañantes del paciente, manteniendo los oídos en alerta en caso de que Isabel sufriera una caída o se desmayara por el debilitamiento al estar tantos días postrada en la cama y siendo alimentada como una nonagenaria de estómago delicado.

En cuanto a Isabel, tener a alguien que esté pendiente, le amainó las lágrimas.

Se levantó adolorida del inodoro y apretó los dientes para no quejarse del crujir de los huesos de sus piernas ni el ardor que aún sentía en toda su piel. *Qué fea*…

No aceptaba que ese rostro que le mostró el espejo sobre el lavabo fuese el suyo. Tan de novela mexicana: la protagonista sufriendo un accidente y queda desfigurada.

A ver si adelantan los capítulos y muestran en la *tv-realidad*, la parte en que se recupera milagrosamente.

Salió del baño, caminando lento como si fuese una recién parida y arrastrando consigo el porta-suero conectado a su brazo izquierdo. Everett se puso en pie de inmediato y fue hacia ella para ayudarla a llegar hasta la cama, pero Isabel lo rechazó porque le desagradaba que la tocara. Masculló un «yo puedo sola, no me toques» y se dirigió para acostarse.

En lo que sí necesitó, fue en el banco que Everett le alcanzó para elevarse sobre este y acomodarse con sumo cuidado en el colchón. Isabel lanzó una letanía de groserías para sus adentros y apretó la mandíbula para no demostrarle al otro lo que sufría, pues dispararía su pésimo humor si seguía con su drama.

Everett la arropó y contuvo el imperioso deseo de darle un beso en los labios, volvió al sofá y se recostó también para descansar un rato. El día fue largo y tenso; Jevrem intentó visitar a Isabel, pero ella no quería que la viera con lástima. Las llamadas al teléfono de la habitación las atendía él, del que a todos les daba la misma excusa por Isabel negarse en hablar con estos, expresándoles un «está dormida».

En este aspecto estuvieron de acuerdo: nadie la vería hasta estar recuperada. Ni Jevrem, ni Damir, ni *aquella humana* que tenía una fuerza mental que a él lo sorprendía.

Estiró la mano y apagó la luz. El interruptor estaba a su alcance por lo que ni se molestó en levantarse. Suspiró inaudible al posar sus ojos en la ventana que da hacia el exterior, la persiana abierta permitía observar el cielo nocturno, pero no era algo de admirar a pesar de que la luna pasaba por su fase llena; la lluvia a causa de las olas de calor la ocultaban con la nubosidad, las gotas caían inclinadas golpeando los cristales de la ventana, un tintineo atronador para sus oídos; no obstante, ahí mantenía la vista postrada y sus oídos dejándose ensordecer para no escuchar sus propios pensamientos, distrayéndolo como si el paciente grave fuese él y no Isabel.

Acomodó la almohada que una de las enfermeras le trajo y respiró profundo para luego soltarlo poco a poco, en la medida en que se relajaba. Afuera se hallaban Luttrell y Harper. Estos hacían intervalos con Tyson y Colton, mientras comían o descansaban unas horas; cuando lo hacían, procuraban que fuese en la sala de espera, nunca se alejaban ni para ducharse.

Observó a Isabel fingir que dormía. Aún era temprano y los fármacos ya no la noqueaban como en los primeros días. Mantenía los ojos cerrados para evitar conversación; lo echó muchas veces de la habitación y él se mantuvo renuente en dejarla sola. Le expresaba que, si seguía con su pataleta, ordenaría otra cama y la pegaría al lado de ella; la habitación era grande como para darse dicho gusto y así cuidarla más de cerca.

Esbozó una sonrisa entristecida, extrañando en abrazarla y besarla…

Era un hecho que ya no existía *un nosotros*, la relación se fue al traste y, lo único que los mantenía juntos, eran los lobeznos. Sin estos, en cuanto Isabel se regenerara lo abandonaría.

No te los daré, determinó en su fuero interno.

Al tenerlos, la tenía a ella.

Capítulo 30

La muerte lo perseguía.

—¡Auxilio! ¡Auxilio! Oh, Dios… ¡Ayúdenme! ¡Auxilio! —Las rodillas las tenía ensangrentadas por las veces en que tropezaba con las rocas salientes del suelo o rodaba cuesta abajo por las laderas—. ¡Auxilio! —gritaba aterrado del sujeto que lo perseguía desde que se bajó del colectivo para ir a su casa. Durante el camino escuchó un gruñido detrás de él, sumergido en la sombra.

El hombre miró hacia atrás y no halló nada, solo neblina y oscuridad, lo que fuera se mantenía oculto, acechándolo. Cada vez que daba un paso, le parecía que este se acercaba más, por eso y por los mismos nervios, tomaba atajos para escapar de este, con el grave error de terminar en el bosque colindante.

Escuchó risas y gruñidos, del que no supo interpretar si eran de un hombre persiguiéndolo con un perro o si este estaba zafado de la cabeza y actuaba como si lo fuese. Lloraba por hallarse solo, gritando por ayuda y sin recibir respuesta a cambio.

Vadeó árboles, cayó en dos ocasiones; corría por su vida, lo perseguían, lo querían matar y él no sabía por qué, solo era un granjero que vendía en el mercado comunal del pueblo la carne de los animales que criaba en su granja.

Se refugió detrás de un árbol. ¿Qué otro escondite tenía al alcance, salvo este? Se alejó demasiado. Por ello, se tomó un instante para respirar, lo necesitaba, le dolían las costillas por las caídas y por el aire que tragaba al correr mientras pedía ayuda. Su corazón palpitaba acelerado, sus piernas temblaban y sus manos estaban heladas, sudando frío. Lo querían matar.

¿Por ser homosexual?

Se aseguró de que el sujeto no estuviese del otro del árbol o lo bordeara para atraparlo con la guardia baja, oteó en la oscuridad y se alegró de no hallarlo. Corrió, lo perdió o se cansó de perseguirlo; así que, sigiloso consideró ir hasta las luces del pueblo que se alcanzaban a ver a lo lejos; correría hasta allá y luego vería si tomaba un taxi o caminaba hasta su casa o denunciaba en la policía.

Pero esto último lo hacía considerar que pasaría vergüenza. ¿Denunciar a quién? ¿A una silueta o a un perro? Ni le vio la cara al sujeto ni la raza del pulgoso que, quizás, fue entrenado para cazar animales.

Aceleró con sus piernas flexionadas para disminuir la estatura; se sentía aliviado de salir del bosque, ya corría por una calle conocida,

pediría ayuda; para la próxima procuraría no estar hasta muy tarde, apuntando hacia esas alimañas *que se robaban las cabras de sus corrales, el peligro acechaba a cualquiera en la noche y él no pretendía aparecer en los titulares.*

Al llegar a una esquina, se paralizó tan pronto apareció frente a él la silueta de un enorme animal.

—¡Auxi…! —ni pudo gritar, sino que apenas se aferró al pelaje del lobo, para apartarlo de sí, cuando este cerraba sus fauces sobre su garganta.

Luego Jevrem se vio así mismo cubierto de sangre.

¿Por qué lo hizo?

Se sentó de golpe, siendo esto común desde que ocurrió. La pesadilla se repetía una y otra vez, mezclándose con otra que también lo horrorizaba. Se hacía más realista, como si él fuese la víctima; estaba en sus ojos, en sus pensamientos, sentía sus temores… Siempre terminaba igual: ensangrentado.

—¿Por qué me pasa esto? —se preguntó, sudoroso y agitado por despertar tan abrupto. Reparó en que estaba en su cuarto y no en el de algún hotel de carretera y sintiéndose miserable. Se levantó mareado de la cama, estaba en calzoncillos, arrastrando los pies hacia el baño. Del lavabo se aventó agua dos veces y luego cerró el grifo; el espejo le mostraba a un joven demacrado con varios kilos menos, había perdido el apetito desde que se aventuró a recorrer el continente en su moto; extraño en él que se daba unos atracones a la hora de comer. Se lo pasaba como si estuviera satisfecho por haber participado en un festín.

Cerró los ojos y apesadumbrado se lamentó.

No debió ir…

A partir de entonces, sus recuerdos eran turbios, sin saber qué parte era verdadera y cuáles falsas.

Quince minutos después abandonaba la habitación; el semblante no mejoró con la ducha y las ropas limpias. Se había ataviado con unos vaqueros claros y una camiseta banca, sin ánimos de lucir formal; las ropas que usaba eran fácil de desechar en caso de movilizarse en cuatro patas, a diario recorría las regiones de Alaska, de un punto a otro, por donde acudía la policía; cadáveres mutilados aparecían esparcidos en las carreteras o en las zonas costeras, a la vista de los transeúntes.

Investigaba en lugar de su tío Everett, quien aún no procesaba la gravedad de la situación. La aflicción nublaba su sentido común, dependiendo de otros para hallar al depredador. Tenía más temor que los mismos residentes humanos, cuyas víctimas eran de la misma especie; pero no porque lo acobardase que lo atacaran, sino por Isabel

que fuese a lastimarse al no superar la desfiguración.

—Buenos días, joven Jevrem —Briserka saludó, parada al final de las escaleras, mientras él descendía con prisas.

—Buenos días —respondió con parquedad, yendo en dirección hacia la salida. Sus espejuelos ocultaban sus ojos enrojecidos por el trasnocho; se había quedado dormido a las tres de la madrugada. Luego tuvo la pesadilla.

—¿No va a desayunar? —consultó ella en cuanto este se dirigía hacia la puerta principal.

—Comeré algo en la calle, se me está haciendo tarde.

—¿Tarde para qué? —Damir emergió de algún punto de la casa, habiéndolo alcanzado justo antes de que Jevrem bordeara el Land Rover para conducirlo. Lo hacía desde que llegó a Kenai. Tan independiente como siempre.

—*Ya sabes*… —fue todo lo que dijo para que el ama de llaves, parada en el marco de la puerta, no comprendiera de qué se trataba. Lo había hablado varias veces con su padre sin recibir apoyo; para este, su hijo debía estar a su lado como su mano derecha y guardaespaldas, acompañándolo a las reuniones que sostenía con los demás alfas del estado, no sirviéndoles de perro rastreador a la policía. Que se encargaran ellos, junto con los hombres de Everett; mientras tanto, él hacia sus movimientos; todo obraba a favor.

—¿Vestido así? —lo increpó con desdén—. ¿Qué fachas son esas, qué te he dicho de la apariencia de un hombre?

Que es su tarjeta de presentación.

Sin embargo, para Jevrem de nada le servía, ante quienes se presentaba, las tripas las tenían esparcidas por la vía.

—Un traje sastre no es práctico para donde me dirijo —comentó a la vez en que abría la puerta del vehículo. Briserka miraba al padre y luego al hijo, sin saber si retirarse o aguardar órdenes.

Damir acomodó su corbata que tenía desalineada de la hilera de botones de su camisa blanca de Cristian Dior y estiró después los puños de su chaqueta con delicadeza. Jevrem parecía más hijo de Everett que suyo.

De no ser por el parecido que ambos tenían, juraría que la tonta de Radojka le montó los cuernos. Qué ordinario.

—Entonces, buena suerte *con lo que haces* —expresó mesurado y con un «ten cuidado» implícito en sus ojos. Estaría más tranquilo si se mantenía a raya.

Lo primero que observó Jevrem al bajarse del Land Rover plateado, fue que esta vez el depredador se aventuró al atacar en zona urbana.

Por lo general, lo hacía a las afueras del pueblo, por los balnearios, los bosques, pero jamás en zonas habitadas. La última víctima en

aparecer yacía descuartizada a media manzana de un cafetín anticuado y un restaurante de marisquería. Le arrancaron los brazos y destrozaron las piernas a los mordiscos.

Ataque causado por un hombre lobo.

Traspasó la franja amarilla que impedía el paso hacia la escena del crimen y se acuclilló, observando bajo sus espejuelos negros en la cantidad de sangre derramada que perdió el hombre, en las hendiduras de la mordida, en la violencia del ataque y en las ropas que este usaba.

Frunció el ceño.

La apariencia de la víctima no concordaba con la de un cazador.

—Pero qué tenemos aquí... —le llamó la atención algunas hebras de color gris que se alcanzaban a ver de la mano empuñada de la víctima. Al parecer luchó inútilmente para salvar su vida. Abrió la mortuoria mano y tomó el mechón con la punta de los dedos y lo olisqueó para captar si pertenecía a un lobo común o a un metamorfo —. Huele a…

Se estremeció.

Mortificado, echó un vistazo a los policías que mantenían a distancia a los curiosos y a los que conversaban entre ellos de lo que conjeturaban, por si lo habían visto tomando evidencia, y luego olfateó el aire circulante del cadáver y determino que, aparte de la pestilente característica de la sangre y los pelos arrancados del pelaje del depredador, el humano hedía a carne descompuesta y cuero disecado.

—¿Por qué apesta de esa manera? —Se sobrepuso a la impresión y continuó con su investigación sin convencerse de lo que había hallado. ¿Sería este también un cazador? Las ropas que usaba no lo indicaban como tal, puede que se equivocara. Pero hedía a descompuesto y la víctima daba la impresión de haber sido asesinada en horas de la madrugada.

La madrugada…

¿Exactamente a qué hora?

Él…

Sacudió sus temores en un cabeceo de cabeza y se inclinó un poco hacia adelante para olfatear mejor.

Esto llamó la atención en un policía que observó el extraño comportamiento de ese «detective de homicidios», del que aún no comprendía por qué el comisario aceptó que un sujeto fuera de su jurisdicción metiera la nariz en la escena del crimen.

Jevrem esbozó una sonrisa despectiva.

Lobos…

El maldito cazaba lobos comunes.

El aroma del pelaje de los *Canis lupus* se asemejaba al de los *Homo*

canidae, pero menos intenso. Sería como un perfume floral al lado de uno cítrico.

Pensando en florales…

Por encima de los espejuelos, alzó la mirada hacia el fondo de la calle y se puso en pie de inmediato, sorprendido de hallar entre los curiosos a una lobata.

Las hebras las guardó en el bolsillo de sus vaqueros.

—Eso es evidencia, señor —el policía que lo observaba lo increpó. Se recogía, pero no se embolsillaba.

—No lo es —dilató sus pupilas—, es basura.

El policía asintió obnubilado.

Jevrem sacudió el polvo de entre sus manos y se dirigió hacia la muchacha. A juzgar por el uniforme que esta usaba, era camarera y a él se le antojaba un café.

Los curiosos, al ver que el «investigador» se acercaba a ellos, se dispersaron como hormigas espantadas, pues no deseaban que los interrogaran. Luego los jalarían a la estación y, lo más probable, estarían en peligro por declarar lo que no han visto.

El corazón de Anna palpitó alocado. Jevrem lucía cada vez más gigante en la medida en que se acercaba; espejuelos negros, camiseta blanca, vaqueros curtidos, botines negros. Pero ¿de qué grupo roquero este salió?

Se lo veía demasiado sexy.

Sintió mucho calor.

—Hola —la saludó informal, mirándola desde su metro noventa de estatura.

—Hola… —respondió aturullada desde su cortito metro sesenta.

¿Si usaba tacones, lo podría alcanzar?

Carraspeó para controlarse.

—¿Por qué trabajas ahí? —Señaló con el mentón por encima de la joven hacia el cafetín—. Es de humanos.

Anna miró por sobre su hombro hacia la señora Marcela, dueña del cafetín, conversando con un anciano.

—Es lo que encontré…

—Pero es un local de humanos —esto a Jevrem casi lo molestó, un lobo nunca se rebajaría a ser el servidor de seres inferiores a ellos.

Anna estuvo a punto de espetarle: «porque ahí pagan bien y mi jefa no es patán como ustedes». Sin embargo, respondió:

—No estoy quebrantando la ley —como omega debía servir a las familias pudientes de la jerarquía lobuna, pero si ninguna la aceptaba y no fue expulsada por el alfa, entonces le permitían trabajar para un bípedo. El precio: el irrespeto de sus congéneres.

Ni los humanos trabajaban como sirvientes en las casas de los metamorfos, terminarían devorados o muertos de un golpe por sus

propios jefes.

Desde los años cincuenta, se había prohibido emplear a estos seres para evitar muertes innecesarias.

—¿Y cómo te va?

—Bien —su vista en el piso, apenada.

Jevrem estudiaba la timidez de la lobata. ¿En realidad era una ladrona? No tenía pinta de tener la osadía de hurtar un bien ajeno para obtener dinero.

Echó un vistazo al cadáver que ya lo recogía el equipo forense y luego retornó los ojos hacia la chica.

—¿Viste algo?

Anna parpadeó.

—¿Como qué…?

—Como a un sujeto *tragarse* al humano de allá —señaló la bolsa mortuoria con el pulgar hacia atrás.

Ella arqueó las cejas.

—¡¿Uno de los nuestros es el asesino?!

—No dije eso.

—Dijiste «tragarse». *Los nuestros* suelen hacerlo…

—Cuando no hay animales al alcance —Jevrem meditó que el depredador solo mataba por deporte, porque bastantes especies de animales tenía para escoger por los alrededores.

—¡Anna! —Marcela la llamó para que se diera prisa en atender a la clientela—. El señor Hurt pidió tostadas con huevos revueltos y café con leche, la señora Petrel, un batido de cambur, el señor Mason un emparedado de atún y una taza de café negro. —La mujer añoraba los tiempos en que el cafetín se abarrotaba de clientes; aunque, los que frecuentaban, le consumían a diario como para mantener a flote su negocio.

—¿Quieres…? —Anna se asombró de lo que estuvo por ofrecerle —. ¿Quieres café? —preguntó ante la mirada interesada del muchacho —. Es bueno, es co-colombiano —tartamudeó—. ¡El café! Es café colombiano…

Jevrem sonrió. Claro que quería.

Se permitió cinco minutos de descanso. La pista para dar con el maldito, la tenía en el bolsillo trasero de su pantalón.

Se sentó en la butaca de la barra. El anciano –en el asiento de al lado– lo miró de reojo y masculló la vestimenta de los jóvenes en la actualidad; antes eran más elegantes y educados, este ni saludó al entrar, luciendo como bandido de carretera. Mientras tanto, Anna se apuraba en sacar los pedidos de los clientes que aguardaban por ella y también Jevrem, a quien no parecía importarle esperar, sino que la observaba trabajar, atento a todos sus movimientos: el encendido de la máquina para producir café, el sonido al expulsar la bebida caliente, el

movimiento que Anna hacía con la cucharilla, luego de verter los dos terrones de azúcar, tras preguntarle a él cuánto lo quería dulce. Fue amable en atenderlo de primero, quizás asumiendo que él debía volver afuera para abocarse a la investigación.

Jevrem sorbió del café.

—¿Qué le parece?

Estiró los labios en una sonrisa plácida.

—Excelente.

—¡Mi desayuno! —el anciano sonó la palma de la mano para que la embobada muchacha lo atendiera rápido.

—Enseguida, señor Hurt. —Se volvió hacia la encimera a su espalda para preparar el café con leche.

Jevrem miró enojado al humano.

—Sea educado.

Este palideció.

—Por favor, señorita —expresó sin haber sido hipnotizado, intimidado de recibir un puñetazo.

—Muy bien, *abuelito cascarrabias*, como todo un caballero —Jevrem le dio palmaditas en el tope de su cabeza canosa como si fuera un niño malcriado.

Anna se mordió el labio para no sonreír. *¡Wow!*, cómo ha cambiado. Jevrem también fue así de antipático.

—El desayuno del día está de *rechupete* —la señora Marcela comentó para animarlo a degustar los platillos que se servían. El todoterreno del que se bajó marcaba miles de dólares y este tal vez se convertiría en un cliente habitual del que traería a otros como él.

Anna se volvió al instante para tomar nota, pero Jevrem sacudió la cabeza.

—No tengo hambre —lo que era cierto y desconcertante, ya que era de los que no se saltaba las comidas del día. Esa mañana despertó con «llenuras».

Sorbió otro poco del café importado de Colombia; en la taza que le sirvieron traía impreso un sello con la imagen de un hombre de bigotes y sombrero, junto a una mula que cargaba unos bultos gruesos de granos de café. Paladeaba con calma la bebida oscura, de repente acuciándole la pregunta que formuló a su tío en el hospital y del que quedó sin respuestas.

¿Por qué Anna fue despedida?

Tantos años sirviéndole a su familia y prescinden de ella por algo que supuestamente cometió.

Pero no se la formuló a la lobata; hacerlo, levantaría desconfianza en la propietaria y, sin querer, la perjudicaría. En cambio, optaría por agradecer que lo haya sacado del pasillo donde la visión de Isabel, envuelta en vendas, lo dejó perplejo.

—¿Saldrías conmigo?

El anciano arqueó una ceja, por la velocidad del muchacho para conquistar y la propietaria miró a Anna, como expresándole en silencio que atrapó un pez gordo.

A Anna la mandíbula le cayó al piso. ¡¿La acaba de invitar?!

Jevrem sorbió de nuevo el café, meditando que eso no fue lo que le iba a expresar, sino darle las gracias por ser tan gentil. ¿Por qué la invitó? ¿Se dio un porrazo en la cabeza mientras dormía? No recordaba haberse caído de la cama.

Anna era una niña, hasta usaba crinejas.

—Deseo corresponder al gesto que tuvo conmigo en el hospital —reparó su error—. ¿Le parece…? —¿Adónde podría llevarla que no fuera interpretado como una cita?—. ¿Te parece ir a…? Eh… —Cervezas, no, era menor de edad—. Ir…

—¡Llévala al cine, hombre! —el anciano se impacientó.

—Está bien, Joven Jevrem, no me tiene que llevar a ningún lugar para agradecerme —Anna percibió su incomodidad, solo lo expresó por amabilidad.

—El cine está bien —de forma automática aceptó la sugerencia del humano.

—¿Cine? —Anna se emocionó en su fuero interno.

Jevrem se golpeó en su mente. *Muy bien, idiota*. Ver una película sería interpretado como una cita.

Llevó la taza a sus labios, pero la devolvió a su sitio. ¿Le habrá echado algo al café?

Genial… ¿Qué iba hacer con una chiquilla? Tendría que llevarla al matiné a ver una película infantil.

—Eh…, sí… —*¡Di que estás ocupado, que te acordaste de algo que tienes que hacer!*—. ¿Quieres ir? —*¡¿Por qué le preguntas?! ¡Dé las gracias y ya!*

—Pues…

—¡Ay, di que sí! —la señora Marcela aupó a la muchacha, también impaciente por la tardanza de la parejita.

Anna enrojeció y Jevrem sonrió.

Le encantó su timidez.

—Sí… —aceptó tan bajito que hasta el anciano exigió que lo expresara más fuerte.

—¿Estás desocupada hoy? —Así se libraría del asunto y se olvidaba de haber invitado a una lobata. A él no le gustaban las muchachitas desaliñadas y flacuchas, las prefería ardientes como Isabel.

Recordarla lo entristeció.

—¿Paso por tu casa o te recojo aquí?

—En su casa, tonto. Dale tiempo siquiera de ponerse bonita —

comentó la señora que aguardaba por el batido de cambur. En sus tiempos los hombres eran más elocuentes al invitar a salir a una mujer.

La propietaria le dio la razón. Ese día cerrarían temprano *por lo que le pasó* al pobre de Eugenio a las afueras del cafetín, que temía a ella le pasara lo mismo. Fue traumático verlo despedazado. ¿Qué animal lo habría matado?

Eso no fue de uno que ellos conocieran…

Anna bajó la mirada y asintió. Sus mejillas rojas, el aroma impregnado el ambiente.

—Entonces, paso por ti al ocaso.

—Está bien…

Jevrem se puso en pie y se dispuso a pagar el café.

—Va por cuenta de la casa —dijo la propietaria y le hizo un giño a la muchacha—. Solo corre la voz de lo que ofrecemos en el cafetín a tus amigos. Aquí preparamos los mejores panqueques y el mejor emparedado de atún de la región.

—Así lo haré.

Ya estaba arrepentido de la propuesta, no comprendía por qué no inventaba una excusa o la hipnotizaba para librarse de semejante incomodidad, pero seguía manteniendo en pie la cita.

La chica no le gustaba.

Capítulo 31

Erik y Ángel no sonreían.

El vídeo que Isabel veía a través del nuevo móvil de Everett –comprado por Luttrell– arrugó su corazón. Era el primero que le mandaban desde que la trasladaron a la habitación de recuperación; los gemelos fueron filmados para que ella observara que estaban bien y sin la presencia del Cuartel de las Brujas a su rededor. Erik se mantenía atento al móvil, siguiendo la dirección de la cámara como un gatito curioso, mientras Ángel lucía distraído, desconectado de su entorno.

Isabel sollozó, tocándose inconsciente los senos que, semanas después del accidente dejaron de producir leche. A pesar de sus llagas, sufrió la extracción manual que con sumo cuidado le hicieron las enfermeras para no contraer alguna infección que más adelante repercutiera en una doble mastectomía. No estaba en condiciones de amamantar y sus pezones se inflamaban y sus senos se hinchaban a tal punto que llegó a ser doloroso.

Se removió en su puesto, la almohada y la inclinación de la cama, la mantenían sentada; sus brazos seguían conectados al porta-suero, meditando en cómo estaban sus hijos de grandes. Sus cabecitas se sostenían por sí mismos, girándola estos de un sentido a otro, ante las voces de las personas que se escuchaban en el vídeo y que hacían lo posible para que rieran, sin conseguirlo. Erik era el que más se percataba de los que se hallaban en aquella habitación y del que Isabel no reconocía de ninguna de las que conformaban la mansión de Kenai, y Ángel, su bello bebé lucía como un muñeco que arrullaban, pero que no lograban sacar un gesto.

El que filmaba, solo apuntaba hacia los gemelos; los rostros de las mujeres que los sostenían no figuraban, pero que Isabel determinó que ninguna era Blanka o Anna, sino las nodrizas contratadas, cumpliendo también la función de niñeras.

Prestó especial atención a dichas voces que al fondo resonaban. ¿Era Kevin y Elijah?

Aguzó el oído.

Sí eran ellos, pero… ¿y las otras? ¿Por qué no las escuchaba? —el volumen del móvil estaba al máximo.

Se removió en la cama, podría faltarle las orejas, pero algo escuchaba. Por desgracia, *lo que quería escuchar* no lo escuchaba: las voces de Anna Morris y Blanka.

Una vez terminado el vídeo de sus pequeños, Isabel le entregó el

móvil a Everett, que en todo momento se halló sentado a un extremo de la cama.

—Están bien y se alimentan, pero te extrañan —dijo él sonriente para que Isabel tuviera ese ímpetu de soportar las semanas que le faltaban para salir del hospital.

—Así parece… —expresó pensativa y sin mirar a Everett; aún no soportaba verlo a los ojos. ¿Por qué Anna y Blanka no estaban a su cuidado? Erik suele reír y estar más animado con Anna, y a Ángel le gusta aferrarse al pecho de la rolliza pelirroja.

Con aquellas nodrizas parecen incómodos.

Everett guardó el móvil en el bolsillo interno de su chaqueta y deslizó su trasero en el colchón para acercarse hacia ella.

—¿Estás feliz de verlos? —Pidió a Kevin le subiera cada día, a partir de este, vídeos sobre los gemelos en el que consideraran se estuvieran divirtiendo para que Isabel se contagiara de su alegría y se motivara en soportar el estado maltrecho de su cuerpo; al mejorar su piel, el proceso regenerativo sería más rápido por ser híbrida.

Como si fuesen heridas leves.

—Lo estaré cuando los tenga entre mis brazos —sus ojos cristalinos, su voz rota.

Su alma destrozada.

Everett se deslizó un poquito más.

—Ya casi, amor. Los cuatro volveremos a estar juntos.

Isabel alzó la mirada hacia él y su expresión se tornó dura.

—¡¿Qué dijiste?! No te escuché bien, repítelo más fuerte.

—¡Los cuatro volveremos a estar…!

—¡¿Volver?! —Sonrió despectiva y Everett se tensó—. ¿Asumiste que tú y yo seguiremos juntos? —Cabeceó categórica—. No, Everett, después de esto… —le mostró los brazos en proceso de cicatrización —, ¿crees que pueda perdonarte?

—Fue un accidente.

—¡Porque no quisiste escucharme! —lo gritó—. Te dejas llevar por el enojo y arrastras a todos a lo que dispongas—. No, Everett, no volveremos a ser «cuatro», sino tres. Y tú estás fuera de nuestras vidas. —Se llevaría a sus hijos a Nueva York; allá vería cómo ella sacaba adelante a su familia, pero al lado de Everett jamás volvería.

—¡¿Qué?! —la decisión de Isabel lo impactó—. ¡¿Vas a dejarme?! —lo que, en resumidas cuentas, no habría boda.

—Sí.

Saldó la distancia hasta estar a milímetros de ella, pegándola al respaldo del cabecero de la cama.

—No me vas a sacar de tu vida ni la de mis hijos —sentenció con aplomo, aunque por dentro temblaba de desasosiego, siendo hasta percibido por Isabel que sentía el temblor de su cuerpo sobre el suyo.

—¡Apártate, me lastimas! —gruñó molesta, empujando su pecho hacia atrás—. Ve preparando todo para que mis hijos se marchen conmigo a Nueva York, porque, después de que me levante de *esta maldita cama*, no pienso quedarme en Alaska. Y más te vale que no te pongas intransigente con lo de la custodia, porque seré pobre, pero por mis venas corre sangre regia.

Everett consideró que por las suyas corría una más imperiosa, pero no se lo refutó. En cambio, rio.

—No me subestimes —agregó enojada, malinterpretando la risa de Everett.

—Jamás lo hago, *mi querida* Isabel. Pero ten en cuenta que soy de los que libra una batalla hasta ganarla: si decides marcharte con nuestros hijos, te lo permitiré por un tiempo, luego iré por ustedes. Son míos.

Ella gruñó. El color tiñó su rostro por el enojo y el burbujeo bajo los injertos, se manifestó en el acto, advirtiéndole al lobo que, a pesar de estar malherida, su salvajismo se desataría.

—No somos de nadie —siseó con los dientes apretados y los ojos entornados—. Acordaremos con nuestros abogados cómo será la custodia: yo los tengo y tú los visitas.

Él acercó su rostro. Isabel no tenía hacia dónde escapar, atrapada entre su intimidante mirada y la almohada.

—Me parece que ya lo determinaste —comentó conteniendo el enojo; sus ojos clavados sobre los suyos—. Y permítame estar en desacuerdo: yo los tendré y tú no tendrás más opción que aceptar mis condiciones.

Ella lo miró con precaución.

—¿Qué condiciones? —se los imaginaba y se negaba a que fuera esto lo que exigiría a cambio de estar con sus hijos.

Everett acercó sus labios a lo que antes hubo oreja en el costado derecho del rostro de Isabel, y susurró:

—Ser mi esposa.

—¡Jamás!

—Lo serás. Estás destinada para mí; me pariste lobeznos.

—¿Y eso qué…? —replicó airada—. Fue porque estuve enamorada, Everett. Pero ya no. Te odio, me cansé de tu manera de ser, y no quiero que mis hijos crezcan en un ambiente donde impere la misoginia y el machismo. Ellos no serán como tú.

Everett se levantó de la cama de volada para estampar un puñetazo a la pared cercana a los equipos médicos y luego tronó un rugido, del que ocasionó que Luttrell metiera la nariz por la puerta de la habitación para asegurarse de que todo marchaba bien.

Como observó que el alfa respiraba fuerte y la híbrida mantenía el ceño fruncido y la mirada apartada de este, se retiró en silencio para

que siguieran con su discusión de pareja y permaneció afuera en el pasillo, pendiente de que nadie los interrumpiera. Se estaban sacando las espinas clavadas que tenían en el corazón.

¿O se las enterraban?

—Ódiame si así te hace sentir mejor. Ódiame todo lo que quieras y escupe hasta mi nombre. Pero ni soy misógino ni machista.

—Claro que sí.

—¡No! —retumbó contundente—. Soy un metamorfo, líder de mi gente; si fuera lo que expresas, ni te permitiría hablar. La acusación es injusta.

Cabreada, Isabel echó la cobija a un lado y deslizó sus piernas fuera de la cama, posando la planta de sus pies de inmediato en el banquito. Everett estiró la mano para ayudarla a bajar, pero ella lo manoteó, teniendo la suficiente fuerza para sostenerse.

—Me revienta que los hombres se victimicen cuando les señalan los defectos. ¿Qué no lo eres? ¡Claro que sí! Amenazas con quitarme a mis hijos si no te obedezco, me tienes apartada del mundo y gruñes como loco cada vez que te contradigo.

Él respiró profundo para llenarse de paciencia.

—Conoces las razones, te las he expresado muchas veces, no quiero repetirlas, pero parece que tienes mala memoria: lo de amenazarte con quitártelos, es temporal, mientras controlas tu irracional temperamento al transformarte. Recuerda, Isabel, eres recién conversa, no naciste siendo loba ni tienes cien años de experiencia. Es importante que sepas controlar tu apetito y salvajismo frente a los humanos para evitar captar la atención de la existencia de los hombres lobo; nos pondrías en peligro. Por eso te mantenía en Denali, para que fueses más libre con tu naturaleza; si aprendes a desenvolverte, te llevaba a Nueva York. ¿Te lo dije o no? ¿Ves que sí te lo dije? —Agregó cuando ella apretó la mandíbula para ahogar una réplica—. ¿Cómo crees que te iba a llevar recién convertida a Long Island y con nuestros lobeznos? No era el momento.

—¿Para cuándo, entonces?, ¿para el día en que mis bebés cumplan quince años?

Sacudió la cabeza.

—Para cuando madures en tu actitud infantil.

Jadeó molesta.

—¡¿Mi actitud?! Mira, Everett, admito que, *con lo del anillo de compromiso*, me pasé de la raya. Era una joya antigua que le perteneció a tu mamá y yo la empeñé para saldar una deuda que no era mía. Así como también admito que sería imprudente de mi parte *pasearme por Central Park* con la panza vacía y muy novata con las transformaciones, a más de uno corretearía por mis tendencias iracundas; en esto tienes razón y me disculpo si te herí al obrar a tus

espaldas. Pero, vamos a estar claros: también te comportas como un niño si los demás no acatan tus pataletas.

—También quisiste matarme —agregó a la infame lista, sin ofenderle que ella señalara sus defectos.

A Isabel le pesó ese hecho y se avergonzó de sí misma, Everett podría ser un imbécil y ella una impulsiva loba recién conversa, pero fue el que le engendró sus dos retoños que amaba con devoción. ¿Qué les hubiera dicho después? «Fue la furia del momento, me iba a apartar de ustedes».

La odiarían.

—Me volví loca; sin mis hijos…

—Eso me hirió más: que quisieras matarme… —expresó dolido. Por un instante, Isabel no fue consciente de sus propios actos, había saltado sobre él para desgarrarle la garganta, después de haberle partido el cuello al piloto. El amor que se tuvieron se esfumó en el aire y lo que quedó como evidencia de un fuego arrollador por la pasión, fueron cenizas.

—Perdón —apenas musitó.

—Perdonada.

Puede que fuese lo fácil en que Isabel reconoció haberse equivocado, que Everett consideró admitir sus errores.

—Admito que traicioné mis palabras —bajó la mirada. Los dos se hallaban frente a frente. Él, greñudo, y ella un esbozo de lo que fue—. Que me he empeñado en presionarte para que estés a la altura de las circunstancias; ni yo tuve esa clase de presión por parte de mis padres y hermanos, y fui duro contigo. Me preocupaba que, siendo híbrida, te descontrolaras y mataras humanos, por sentir hambre. Por eso te amenazaba con quitarte a los gemelos.

—Los ibas a dar a Damir y a esas brujas.

—¿De verdad piensas que lo hubiera hecho? —Ella asintió—. Isa, Grubana me jodió la vida muchas veces y Damir se divertía fregándome la paciencia. No son aptos para criar lobeznos que no son de su propia sangre, no amarían a Erik por ser llorón ni a Ángel por su síndrome.

—Y están allá…, conviviendo en la misma casa.

Everett le indicó a Isabel de sentarse en el sofá para que ambos charlaran con mayor comodidad, ya que se negaba a volver a la cama.

El porta-suero la siguió hasta el mueble, Everett lo deslizaba despacio hasta dejarlo a su lado para que el cuentagotas de los medicamentos no se viese afectado por el movimiento constante que hacía la inquieta paciente.

—Isa… —carraspeó para aclarar la voz. Esperaba que no reaccionara violenta—. Los gemelos no están en Kenai, sino en Nueva York.

Isabel quedó estática.

Ni parpadeaba.

Por eso no ubicaba en qué parte de la casa fue filmado el vídeo.

—¿Están en Long Island? —Era tonto preguntar lo obvio; si Everett manifestaba lo que padeció con su hermano mayor y el Cuartel de las Brujas, era porque no estaban allá.

Asintió.

—Están seguros.

Isabel no sabía qué sentir, si alivio por no estar sus hijos cerca de ese nido de hienas o rabia por tenerlos tan lejos.

—¿Blanka y Anna?

—Con Blanka los mandé en el jet, junto con Elijah y Kevin.

—¿Y Anna? —Comprendía que Blanka por ser el ama de llaves de la mansión neoclásica, la mandase para que volviese a dirigir las labores domésticas de las empleadas, pero de la muchacha no dijo nada.

Everett eludió la mirada.

—La despedí.

¡¿La qué…?!

Isabel procesó su respuesta: ¿Fue porque se llevaron a los bebés a Nueva York y ella, siendo menor de edad, no obtuvo permiso de sus padres?

Si lo obtuvo, pero ella se negó en viajar para no alejarse de Alaska por ¿algún enamorado?

O…

—¿Por qué la despediste? —El probable motivo pasaba por su cabeza, hirviendo al instante su torrente sanguíneo.

Como lobo que previene un puñetazo o desgarramiento en el cuello, Everett se levantó y tomó distancia para responderle:

—¿Por qué crees?

Isabel empuñó la mano que reposaba en el apoyabrazos del sofá.

—Por… —su respiración se alteró, sus ojos cambiaron de color—. Everett, ¡¿cómo pudiste?! ¿Acaso fue culpa de ella que su padre atropellara a un humano y este lo haya demandado por los gastos médicos? Por eso el señor Morris recurrió a Nemat para que le prestara dinero. ¡Yo tomé la decisión por mi cuenta! —alzó la voz para impedir que Everett la interrumpiera—. Empeñé el anillo por no hallar otro medio para conseguir dinero; perdóname, Everett, sé que esto te duele y te molesta, pero lo volvería a hacer por Anna, por Camila, mis padres y hasta por ti. ¡Sí, por ti! —lo gritó—. No te habría dejado sucumbir en el desespero, como tú hiciste con los Morris al darles la espalda. Haría lo posible por ayudar a mis seres queridos y Anna es como mi hermana. ¿Te has dado cuenta de que Erik es feliz a su cuidado y que Ángel responde a sus juegos cuando está cerca? La

buena vibra de Anna es percibida por los gemelos. Es contagiosa, dan ganas de reír con ella. ¿Te imaginas el beneficio para nuestros hijos? Tiene madera como niñera, es buena amiga, muy leal y servidora. Despedirla fue lo más ruin que hiciste.

—Por querer ayudarlos estás así.

—¡Por subirme obligada al maldito helicóptero! —rugió—. Deja de culpar a Anna y a sus padres por lo que sucedió. Seamos francos y admitamos que nos falta mucho para madurar como pareja.

Everett se dejó caer a los pies de la cama y se inclinó cabizbajo hacia adelante. Su cabello aleonado le tapaba el rostro.

—Perdóname.

En otra ocasión ella se hubiera levantado del sofá y sentado sobre su regazo para expresarle de esa manera que a pesar de todo lo amaba. No obstante, permaneció en su sitio, mirando hacia otro lado y evitar sentir por este empatía.

—Perdonado.

En la habitación, el silencio se hizo patente, aplastando a Everett y a Isabel, quienes eran incapaces de sostenerse la mirada por la vergüenza que cada uno sentía de sí mismo; ambos lo reconocieron; decirlo en voz alta fue muy doloroso, les faltaba madurar.

Por esto sufrieron tantas calamidades.

—Isa —la llamó. El piso de granito seguía capturando su atención —. Entonces, ¿tú y yo…?

—Terminamos.

Él cerró los ojos.

La había perdido.

Capítulo 32

Jevrem estaciona frente a una casa humilde.

A través de la ventanilla de su puerta, la observa: fachada pequeña, pintura cuarteada, puerta roída, tejas caídas… Bastante deteriorada.

Echó un vistazo por la ventanilla contraria del Land Rover plateado y luego por la ventanilla de los asientos posteriores para asegurarse que nadie lo estuviese vigilando, arrepentido de haber sido tan idiota de proponerle a la chiquilla una ida al cine. ¿Cómo es que no se limitó a darle las gracias?, ¿tenía que invitarla?

Se bajó del todoterreno y azotó la puerta con algo de rudeza, sin darse cuenta de que mantenía una expresión de fastidio. ¿Qué demonios les diría a los padres al momento de pasar por esta? Ya vería cómo actuarían.

Se pasó la mano por el cabello ondulado y corto, alisándolo inútilmente hacia atrás, y, al percatarse de lo que hizo, rio despectivo. ¿Por qué se arreglaba? Estaba allí para ser amable, no para conquistar mocosas, Anna tenía la misma edad que Andjela, por lo que podría ser hasta su hermana menor.

Tocó el timbre y rápido notó que estaba averiado. Un desperfecto más en esa ruinosa casa.

Tan pronto termine la película, la despachas, se dijo para sus adentros y sin llamar a la puerta. Sus pies pugnaban con girarse sobre los talones y alejarse a toda velocidad en el Land Rover. ¿Quién lo mandó en abrir la boca y no pensar en lo que diría?

Suspiró cansino.

Apenas termine…

Golpeó con suavidad la madera tapizada con múltiples resquebrajamientos, por la falta de cuidado y una buena capa de pintura. Esperó unos segundos, no abrían con la celeridad apropiada.

Volvió a tocar.

¿Qué estarían pasando en el cine? Ni se molestó en averiguar, para nada emocionado en acudir con una niña que usaba crinejas. Ojalá no esté en cartelera alguna romántica, eso sería incómodo.

Consultó la hora en su reloj de pulsera. *Caramba*…, lo estaban haciendo esperar.

Cuando se dispuso a tocar por tercera vez y con un poco más de fuerza, la puerta se abrió.

—Buenas noches, soy…

La mujer –de unos cuarenta y tantos años– jadeó asombrada.

—¡George! —llamó a alguien por sobre su hombro. Lucía pálida y desconcertada—. Ven aquí, por favor.

—¿Qué sucede? —del fondo le contestaron.

—Solo ven —la mujer conocía bien al joven que se hallaba frente a la puerta de su casa, pero no comprendía el motivo para estar allí.

Que no fuera lo que ella se imaginaba.

George Morris agrandó los ojos y su tez, teñida por el sol, se tornó blanca como un espectro. ¡¿Este era el galán de su hija?!

¡¿Un Brankovic?!

—Buenas noches —el saludo formal también fue expresado para el progenitor de la chica—. Soy Jevrem, hijo de Damir Brankovic, por si no me conocen…

—El sobrino del Alfa —comentó, ignorando el parentesco directo que este tenía con el otro—. ¿Es usted? ¿Qué hace aquí, señor, está perdido? —Se hacía el desentendido y sin hacerlo pasar al interior de la casa.

Jevrem, que captó la animosidad del hombre, contestó:

—Vine por su hija.

Emilia y George intercambiaron miradas perplejas. No puede ser…

George le indicó al joven beta que ingresara, pues lo que le diría no era para que sus vecinos cotilleros escucharan. Jevrem enseguida observó que nada de lo que allí decoraba tenía algún valor. La sencillez era extrema, rayando en la precariedad. La sala apenas constaba de un juego de sillas de plástico de color blanco. El comedor, si a esa diminuta mesa se le podría llamar así, ocupaba el centro de la estancia, y dos habitaciones lo colindaban, del que presumía una le pertenecía al matrimonio y la otra a Anna, que aún debía estar arreglándose.

—Por favor, siéntese —Emilia descorrió una de las sillas del comedor y este se sentó sin poner objeciones para evitar tardanzas. ¿Por qué Anna no salía?

—¿Usted es la cita de Anna? —George preguntó lo que ya sabía. La coloración pálida pasó a enrojecida por la rabia. Ningún Brankovic se aprovecharía de la inocencia de su hija.

—¡No es una cita, papá! Ya te lo dije…

La voz de Anna replicó detrás del hombre que se hallaba confrontando a Jevrem desde el otro lado de la mesa, con sus manos firmemente apoyadas en el cabecero de la silla, para contener el impulso de no estampársela en la cabeza cuando este le dijera que sí. El maldito posó sus ojos de rapiña sobre su niña.

En cuanto la menuda figura de la chica se hizo visible, Jevrem se puso en pie de inmediato. ¡¿Esa era Anna?!

Por Licaón, se la veía tan…

—Ho-hola —su lengua se trabó de lo asombrado al contemplarla.

Anna lucía por completo diferente a cómo él estaba acostumbrado a verla cada día: vestida de uniforme de doméstica hasta más debajo de las rodillas, zapatos de goma y crinejas. Esa noche se mostraba ante él como si tuviera más edad: su cabello lo tenía suelto, cayendo en delicadas ondulaciones hasta la cintura, los vaqueros que usaba moldeaban sus caderas y la blusa de algodón delineaba perturbadoramente las formas de sus senos.

Sus ojos se oscurecieron como los de un depredador y se deslizaron lentos de arriba abajo, aprobando de buena gana el cambio de indumentaria. Sobre todo, esos tacones que estilizaban su figura y la hacían más asequible a sus besos.

Parpadeó.

¿Qué fue lo que pensó?

—Hola… —Anna, ruborizada, respondió al saludarlo—. ¿Nos vamos?

—¿Con el permiso de quién pretendes marcharte? —George la increpó molesto por no haberle dicho quién era el sujeto que la pasaría a buscar.

—Con el tuyo… —Anna respondió avergonzada de la actitud de su padre. Le había comentado que saldría con un chico a ver una película y que retornaría a las diez de la noche.

Por supuesto, omitiendo de forma intencional que sería Jevrem Brankovic.

—Nada dijiste de con quién saldrías —la reprendió decepcionado de haberle mentido. Esto haría que comenzara a desconfiar de ella.

—¿No lo hice? —fingió demencia. ¡Ay, en el lío en el que se había acabado de meter!

—No.

—Señor Morris, no se enoje con su hija —Jevrem salió en su defensa—. Es conmigo con quien debe hacerlo, debí solicitarle el permiso y no lo hice, fue descortés de mi parte. Solo la invité para agradecerle la atención que tuvo hacia mí en el hospital. Ver a la compañera de mi tío en la Unidad de Quemados, me dejó en *shock*. Ella es como mi familia —mintió. A Isabel la amaba.

—¿Ves? No es una cita, es una salida —fue un enredo de palabras, pero para Anna, le habría gustado que fuese lo primero.

—Cita o *salida*, tanto tú como el señor Jevrem, debieron informarnos —George no se dejó embaucar por la explicación del joven, de quien no le pasó por alto la manera en cómo miraba a Anna.

Para Jevrem dicha situación le resultaba hasta divertida. Pero no hizo ninguna expresión que ofendiera a los padres, se los veía bastante preocupados por él hallarse allí, como si fuese un chico de secundaria que pretendía cortejar a la lobita más bonita del barrio; sin embargo, era uno de los Brankovic con más recorrido amoroso en todo el país. A

la fémina que le posaba los ojos, se le caía la braga.

—Si mi presencia es un inconveniente, mejor me marcho —expresó con un deje ofendido para librarse del compromiso—. Discúlpenme haberlo disgustado, señor Morris.

—¡Claro que no, joven Jevrem! —Emilia exclamó apenada—. ¿Cómo va a decir eso? —Echó una mirada de refilón a su esposo para que permitiera salir a su hija con el primogénito del señor Damir. Por lo visto, lo que *aquel guardaespaldas* percibió y que interpretó como una invitación de apareamiento, fue la sorpresa de Anna al ver al joven Jevrem después de varios meses. Era el lobo que a ella la hacía suspirar y del que atrapó llorando más de una vez por no ser un amor que jamás alcanzaría—. Por nosotros, encantados de que tome esa consideración hacia nuestra pequeña —agregó—. ¿Verdad que sí, George? —le dio un codazo para que respondiera afirmativo. Si el celo, del que pronto se desataría en su hija, lo encausaban bien, se ganarían un yerno de familia millonaria.

George ni la miró ni asintió. Sus ojos traspasaban pendencieros al beta. En ese instante no temía que este le diera una paliza, que seguro haría si se ponía en su camino para evitar que se llevara a Anna, pero como padre, se opondría a que estuviera a su merced.

—Papá… —Anna lo llamó en tono suplicante. ¿Cuándo tendría ella otra ocasión de salir con Jevrem?

Tal vez, nunca más.

—Le prometo que no la tocaré —dijo Jevrem, sosteniendo su hosca mirada—. Aprecio a Anna como si fuera mi hermanita. —Su propósito era ser sincero, pero por alguna razón percibió que mentía. ¿En realidad así la sentía?

Dio una fugaz mirada hacia la chica y se inquietó, porque no quería faltar a su promesa. En cambio, George sonrió con esa expresión despectiva de «¿hermanita?». *Ujum*…

—Qué bueno que así la considere —replicó contenido—. Anna no debe ser vista con alguien mayor que ella, la considerarían de *modales ligeros*, así este se aprecie de quererla como a una *hermanita*. ¿Nos estamos entendiendo?

Jevrem asintió.

—George… —las ilusiones de Emilia se desinflaron ante la oportunidad perdida de su retoño.

—Buenas noches, señor Jevrem —George lo despidió tajante. En su mirada indicaba un «y no vuelva más por acá y aléjese de mi hija», del que el beta comprendió muy bien.

—Buenas noches, señor Morris. Señora… —dio un leve asentamiento de cabeza a la mujer en sus correctos modales y, cuando sus ojos se dirigieron hacia Anna, esta apenas le sonrió.

—Adiós, joven Jevrem —en su expresión se reflejaba un «qué pena

no salir, me hubiera gustado…».

Él nada le dijo, solo estiró los labios en una lánguida sonrisa, mientras pensaba en lo horrible en que se escuchó ese «adiós», y se marchó sin que ninguno de los Morris lo acompañara hasta la salida.

El alivio, que se suponía, debió sentir por librarse de salir con semejante chiquilla, no se manifestó en su ser, sino que en sus hombros se posó la pesadumbre, haciéndolo caminar cabizbajo. Ni el dinero ni su linaje sirvieron de algo para deslumbrar a los padres, lo rechazaron por ser de los que pisotean a los que no son nadie. Esta sensación de derrota lo hacía sentir como si fuese un omega discriminado: odiado por ser débil e inútil, despreciado por su pobreza.

Vaya ironía…

Capítulo 33

Isabel miró la habitación por última vez y la alegría desbordó sus emociones.

Por fin se marchaba del hospital, por fin estaría de nuevo con sus hijos para abrazarlos y besarlos, y ser de nuevo su mamá. Una semana más pasó allí, monitoreada por el personal médico y custodiada por sus guardaespaldas. Luttrell y Harper hasta se ennoviaron con algunas enfermeras que les coquetearon y, según lo escuchado de otras –espiando ella por estar aburrida– intercambiaron besos ardientes en sus horas de descanso.

En esos días Isabel se mantuvo renuente a que otros la visitaran. Jevrem insistía en saludarla, pero no hacía escaramuzas para ingresar a la habitación a la fuerza; respetaba su decisión y la de su tío Everett, quien era el que bloqueaba el paso a los demás que deseaban saciar el morbo de verla como una momia.

Abandonó la habitación, vestida en una batica de seda y unas pantuflas afelpadas para no maltratar sus pies al caminar. La calvicie la cubrió con una pañoleta que hacía juego con el color rosado de la bata y, encima de esta, un velo blanco tapaba la mitad de su rostro y le daba la vuelta a su clavícula hasta caer por encima de un hombro. Una hilera del personal médico se alineaba a cada lado del pasillo de la Unidad de Quemados Críticos. *¡Bravo! ¡Bravo, lo lograste! ¡Bravo!*, expresaban entre aplausos por haber sobrevivido a sus graves heridas.

Isabel caminaba con la mirada en el piso y la sonrisa tímida, mientras recibía de los humanos palabras motivadoras de seguir adelante y de haber superado la crisis. El doctor Pavlovic estaba entre ellos, constantemente viajaba entre Anchorage y Kenai para tratar a sus pacientes. Su trabajo era arduo y constante. Le sonreía a Isabel, él sabía que ella estaría bien a dónde Everett la llevara; allá estaría mejor atendida con mejores especialistas y la seguridad que se requería para controlarla en sus arranques depresivos. Aun le faltaba mucho por cicatrizar; los *nanovendajes* aceleraron la regeneración de los injertos, aunque no el cien por ciento. Seguían en estado de experimentación en el que se daba un paso a la vez, pero pisando fuerte hacia la recuperación total de la piel. Mientras tanto, a Isabel le tocaba hacer el resto por sí misma y, en esta nueva etapa de sanación, sería dolorosa. Las quemaduras hasta los huesos en un metamorfo, era de lo más lentos procesos regenerativos para un lobo puro; en Isabel, tardarían años, pero al final lograría lo que los humanos no tenían la suerte de ser.

Lobos.

Los hombres de Everett se aseguraron de que no hubiese reporteros ni camarógrafos merodeando dentro y fuera del hospital, ansiosos por lograr una primicia: la prometida del inversionista de origen serbio salía caminado por sus propios pies. Se comentaba en los noticieros de su acelerada recuperación; los cirujanos hicieron maravillas para devolver parte de su lozanía; qué lástima que aún le faltaba… Por esto, el reportero que lograra capturar una fotografía obtendría miles de dólares como recompensa.

Todos querían ver ese rostro cubierto de quemaduras.

—¿Hacia dónde vamos? —se inquietó cuando Everett pulsó el botón del ascensor que indicaba que irían hacia las plantas superiores.

—Arriba.

Isabel se inquietó; detrás de ella, Luttrell, Harper y el doctor Pavlovic.

—¿Para qué? Creí que me daban el alta —estaba harta de exámenes clínicos e intervenciones quirúrgicas.

—Para marcharnos en heli…

—¡No! —exclamó sin dejarlo terminar de hablar. Sus piernas temblaban ante el simple pensamiento de montarse de nuevo en ese tipo de aeronave.

—Es más rápido si viajamos en helicóptero —le hizo ver. Trasladarse hasta Kenai en uno de estos les tomaría treinta minutos, en comparación a las tres horas que les tomaría si viajaban por vía terrestre.

—Dije que no.

Porque te quemaste en uno de estos, pensó Everett.

¡Estúpido! ¡Estúpido! ¡Estúpido!

Por supuesto que ni amarrada se subiría a un helicóptero y, tal vez, jamás lo vuelva a hacer por el resto de sus días. Y el obligándola.

—Está bien —concedió—. Viajaremos en la camioneta de Luttrell. *Haremos lo que pides* y luego nos marchamos al aeropuerto.

Asintió bajo el velo blanco y, en vez de subir como lo antes planificado, bajaron por el ascensor hacia la salida del hospital. Isabel le había exigido que los dos primero se presentaran en casa de Anna para disculparse con sus padres y con la joven. Pero también para pedirle que volviera a ser su niñera.

Durante el largo trayecto hacia el pueblo, ambos se mantuvieron en silencio y cada uno mirando a través de su respectiva ventanilla. Luttrell manejaba y Harper lo acompañaba en el asiento del copiloto, detrás de ellos el resto de los hombres rodaban por la vía a la misma velocidad, siguiendo a la pareja hasta su destino. El muro invisible estaba levantado ente los dos, sumergiéndolos en sus propios pensamientos. Se separarían, ya no existía ese fuerte sentimiento que

los unía, se acabó el amor entre Isabel y Everett.

A pesar de tenerlo todo en contra y que inclusive sería el más afectado en la ruptura, Everett se mantenía férreo en su determinación de no renunciar a Isabel. Cedería a sus exigencias, la dejaría partir sola, le permitiría que tuviera a sus hijos la custodia completa, pero después él iría por ellos.

No ahora.

No era prudente.

No *con aquel acechando* en Alaska.

*****

—Señor Everett… —el impacto fue grande cuando Emilia abrió la puerta de su residencia y se encontró con el que menos hubiera pensado.

—¿Nos permite pasar? —se obligó a sí mismo en consultar a la mujer, lo normal él pasaría sin pedir permiso a donde se le ocurriera presentarse.

Emilia asintió y se hizo a un lado para que el alfa entrara, temiendo ella les habría dictaminado algún castigo y se los iba a escupir en la cara. Pero, en vez de cruzar el umbral, el alfa se volvió hacia el chofer, y este a su vez abrió la puerta de la camioneta para que alguien más se bajara.

Emilia jadeó.

—Señorita Isabel… —las lágrimas cristalizaron sus ojos sorprendidos—. ¡George! ¡Anna! ¡¡George!! —los llamó por sobre su hombro, con voz rota y conmovida de ver a la compañera del alfa, visitándolos.

Everett había ayudado a bajar con cuidado a Isabel y se aseguró que sus pies estuvieran bien plantados en el piso antes de soltarla; la camioneta era alta y ella aún adolorida por las fracturas padecidas en las piernas. Ya estaba bien, pero las dolencias se sentirían por unas semanas.

—Señorita Isabel, ¡oh!, señorita Isabel… —Anna salió a su encuentro y la rodeó cuando Isabel extendió los brazos para que la abrazara. Sollozaron ambas, emocionadas de verse, habiéndose extrañado como hermanas. Anna se sentía profundamente entristecida de observar cómo su *amiga y jefa* se cubría la cara con un velo; las manos presentaban pequeñas manchas claras y oscuras que parecían parches de cuero adheridos a la piel, y del que Isabel hacia lo posible de cubrir la mayor parte con los puños de las mangas de su bata larga.

Consideró que a alguno de esos tontos le faltó llevarle un par de guantes para que no pasara penurias.

De inmediato los hizo pasar, la señora Emilia se reverenció ante Isabel al igual que el señor George a quien le conmovía ver a la joven

en esas condiciones tan lamentable. Luttrell y Harper permanecían afuera, con duras expresiones para que los curiosos del sector no se acercaran. *¿Ese que entró es el Alfa de Kenai?*, preguntó una mujer al señalar desde el otro lado de la calle; la muchedumbre lobuna se agolpaba, atraídos por el aprecio que a este le profesaban. *¿Quién es esa mujer que le acompaña: la prometida? ¿Por qué aún no se ha recuperado? Parece que por ser híbrida…*

—Discúlpenos llegar así, sin avisar —Isabel expresó apenada. Everett se hallaba a su lado, frío como tempano de hielo.

—¿En qué podemos ayudarles? —George preguntó aprensivo de que fueran malas noticias. ¿Los iban a desterrar? Que fuera a él, no a su esposa ni a su hija.

Indicada por la señora Emilia, Isabel se sentó en una de las sillas del comedor por ser más cómodas que las sillas de plástico de la sala, mientras que Everett permanecía en pie, gruñendo para sus adentros por tener que dar su brazo a torcer.

Si esto servía para que su mujer lo perdonara, le daría los dos para que se los fracturara.

—Eh… —Isabel miró de reojo a Everett, pero como este mantenía sus labios sellados, comentó—: queremos que Anna vuelva a ser la niñera de mis bebés.

Emilia y George arquearon las cejas, y Anna saltó de júbilo. A ella no le importaba si el alfa la había despedido, lo importante era lo que dijera su compañera.

—Se lo agradecemos, señorita, pero… —los mortificados ojos de George rodaron hacia el alfa y luego hacia Isabel—, no deseamos ser motivo de rencillas entre ustedes. Asumo mi error y pagaré con trabajo duro todo lo que ha hecho por nosotros.

—Ni mil vidas le alcanzará.

—Everett —Isabel lo reprendió con la mirada. Enseguida su maltrecho rostro esbozó una avergonzada sonrisa—. Ignórelo —expresó—, es un gruñón. Entonces, ¿aceptan que Anna vuelva a ser mi niñera?

—Es decisión de ella, aceptar. Nosotros solo velamos para que su camino no esté transitado de piedras.

Isabel le dedicó una expresión a Everett de «¿viste?, este sí es un hombre; no un machista como tú. Es protector, no oprime».

—¡Por mí encantada! Comienzo desde ya, si así lo desea, señorita Isabel.

La otra rio. Everett permanecía en silencio.

—Gracias, Anna. Pero… no será en Kenai —informó para desconcierto de los Morris—, sino en Nueva York.

—¿Nueva York? —George y Emilia preguntaron al mismo tiempo, Y Anna aplaudió como niñita que se ganó un premio. ¡Sí!

—Mi mujer estará *una temporada* en la ciudad y requiere de toda la ayuda necesaria para criar a los lobeznos. Le pagaré lo que pidan.

—Vivirás conmigo en Long Island —Isabel agregó, molesta para sus adentros por la mentirota de Everett. ¿Una temporada? ¡Ella se quedaría allá para siempre!—. Tendrás días libres y te pagaré hasta los estudios, si decides ir a la universidad —agregó—. ¿Qué te parece? Tendrás una habitación para ti, con vistas al mar.

—¡Pues, que es genial! ¡Sí, sí! Yo quiero ir.

George esperó hasta el último segundo a que su hija se negara, abrió la boca, apabullado de su alegría. ¿Qué pasaría si le daban esos calorones por el celo?

—Hija, ¿es prudente?

—Les daré a ustedes hospedaje, mientras Anna está a nuestro servicio. Así estarán pendiente de ella.

El matrimonio sonrió apenado.

—Sería abusar de su bondad, señorita Isabel —George expresó y Emilia asintió—. Pero, no sé…, Ana…

—Estaré lejos, concentrada en mis estudios y mi trabajo. Ya saben *lo que les dije* —después de que Jevrem se marchara de la casa, les expresó que no tenía intenciones de acostarse con ningún hombre hasta después de casarse. Y si no saltó sobre Jevrem, como una posesa, no lo haría con ningún otro.

George vaciló.

¿Sería prudente?, la pregunta se la repetía una y otra vez. Anna se mantendría alejada en aquella ciudad de rascacielos y el joven amo en las garras del hipócrita que tiene por padre.

—Cariño, esta oferta le abre puertas a nuestra pequeña —Emilia le mostraba las ventajas—. Estará bajo las órdenes de la señorita Isabel, ella la pondrá en cintura si desobedece. ¿No es así, señorita Isabel? ¿Cuidará de ella para que no se meta en problemas?

—Como si fuera mi hermanita.

Esta expresión hizo meditar a Anna en la forma en cómo la veían los demás: la dulce y angelical lobita que debe ser cuida como una bebita.

Pese a esto, sonrió en agradecimiento.

—Seré la mejor hermana, no se arrepentirá —rogaba a Licaón que le sacase de su mente y corazón lo que sentía por Jevrem. No lo vería más.

—Entonces, haz las maletas.

Los Morris parpadearon.

—¿Ahora? —George no consideró que fuese tan rápido y Emilia abrazó a su hija, orgullosa de que su *pequeño capullo* pronto recorrería mundo.

—El vuelo sale dentro de una hora. Así que, debes darte prisas —

Isabel anunció apenada de darle la noticia de sopetón. No era fácil desprenderse de los hijos, así fuese para que estos triunfaran en la vida.

Capítulo 34

Anna se sentía diminuta.

Viajaba en el asiento trasero de la camioneta en medio de Isabel y Everett. Rodaban hacia el aeropuerto municipal de Kenai, sin que ninguno dentro del vehículo hiciera un esfuerzo por entablar conversación. Luttrell conducía atento a la vía y los amos miraban por sus ventanillas como si estuvieran solos, eran muy circunspectos y calmados, mientras que Anna se deshacía en nervios.

Jamás se había alejado de sus padres.

Le provocó derramar nuevas lágrimas, pero la parquedad del alfa y el ensimismamiento de Isabel, la contuvieron de inspirar lástima. Ella aceptó viajar con ellos por el tiempo en que dispusiera la buena de Isabel.

El aeropuerto se vislumbró al fondo de la autopista y las tripas de Anna se contrajeron por la ansiedad al ver a los aviones ascender y descender por la gran pista. *Vaya*… Estaba fascinada, a punto de subirse en una de las avionetas lujosas en la que, los señores adinerados, viajaban. Respiraba profundo para mantenerse tranquila, a pesar de los golpes que producía su corazón. Volaría en jet por las nubes como los pajaritos.

Una maleta de ropa apenas empacó y un bolso con sus pertenencias más importantes, como un portarretrato que contenía la foto de sus padres para tenerlos siempre al lado de su cama. Lloraron abrazados y se prometieron estar pendientes, así fuese a través de una línea telefónica. Anna tenía el deber de comportarse y enorgullecer el apellido de la familia.

¡Licaón!, Anna exclamó en su mente, tan pronto la camioneta ingresó por una parte que daba directo hacia los hangares del aeropuerto. Había escuchado de las hijas del señor Damir, cuando estas se ufanaban de sus posesiones delante de la servidumbre, del impresionante lugar que guardaba las aeronaves propiedad de los Brankovic. El hangar sobresalía de otros que colindan a cierta distancia, como si dentro contuviera una flota de avionetas o aviones comerciales.

Se removió en su sitio e Isabel sonrió.

—¿Nerviosa?

La joven asintió embobada. Los portones eran inmensos.

—Es mi primera vez…

—No te preocupes; una vez superado el despegue, disfrutarás del vuelo.

¡¿Superado el despegue?! Miró a Isabel mortificada. ¿Tan malo era? Había oído que la gente hasta vomitaba.

La camioneta ingresó a través de los amplios portones del hangar y se ubicó cerca de un espectacular jet, del que a Anna se le cayó la mandíbula a su regazo. Ella viajaría en primera clase.

Tragó en seco.

Carajo…

Esperaba no vomitar o el alfa la mandaría de retorno a su casa en una bolsa mortuoria.

Harper ayudó con el equipaje de Anna; el de Isabel ya había sido preparado desde hacía días y enviado al hangar con Jevrem, quien supervisaba a que todo fluyera sin contratiempos. Él también viajaría con Isabel para protegerla junto con los guardaespaldas. Sin embargo, el joven lobo no estaba al tanto de que otro pasajero más los acompañaría, pues no estuvo contemplado en la agenda del alfa. Isabel le había soltado la bomba a su ex en cuanto el doctor Pavlovic le anunció el alta y, esta, al darse cuenta de que le haría falta ayuda extra, consideró que debían dar la cara a los Morris y convencerlos sin hipnosis de permitirle a Anna volver a su trabajo.

—Déjame, puedo subir sin que me cargues —Isabel manoteó para que Everett no la alzara entre sus brazos y la llevara hasta el interior de la aeronave y así no tener que sufrir al subir por las escaleras metálicas. Pero Isabel se empeñó en saldar los peldaños sin la ayuda de nadie; no estaba desvalida, sino quemada.

Su pie quedó estático en el primer escalón y su mano derecha aferrada en el barandal, en cuanto una figura masculina emergió de la escotilla abierta del jet, con una amplia sonrisa.

Descendió hacia ella en un parpadeo.

Anna quedó perpleja.

—¡No la apretujes! —Everett increpó a Jevrem, quien rodeó en un emotivo abrazo a Isabel, casi levantándola del piso, en un apretón quiebra huesos, del que Everett gruñía a su sobrino por ser tan ordinario.

—Lo siento.

—Está bien, ya lo soporto mejor —Isabel comentó sonriente, acomodándose rápido el velo para que el joven no viera su rostro.

Pretendió subir por las escaleras, pero no halló apoyo en los escalones ni en el barandal, puesto que Jevrem la alzó de volada y, sin permiso de nadie, la llevó hasta el jet.

Everett mascullaba palabras ininteligibles, de las que los guardaespaldas y Anna conjeturaban, escupía una sarta de vulgaridades hacia su impetuoso sobrino.

Por otro lado, Anna subía detrás de ellos, siendo indicada por el alfa, quien la seguía dos escalones más atrás y luego Colton y Tyson.

Luttrell y Harper permanecerían a las órdenes de Everett; *al que debían atrapar*, era demasiado sigiloso.

La joven se sentía desubicada, aferrada a su bolso como turista que tomó el avión equivocado. No sabía qué hacer, dónde sentarse o si debía permanecer junto con las azafatas, quienes la miraban con una ceja alzada por las feas ropas que usaba.

—Siéntate aquí —Everett le señaló el asiento cercano al área del cafetín. Él pasó derecho hacia donde Jevrem dejó a Isabel, para asegurarse que estuviera bien y de paso jalarle las orejas a su sobrino.

Ana paseaba la vista por cada punto de la cabina. La forma de las ventanillas, lo que alcanzaba a ver a través de estas. El tamaño de las alas del jet, las turbinas, la escotilla, el uniforme de las azafatas, lo mullido de los asientos, la puerta que daba acceso a la cabina principal donde presumía ya debían estar sentados el piloto y el copiloto. Todo era fascinante.

Escuchó una risotada que hizo a Anna rodar los ojos por sobre el respaldo de su asiento y contempló a Jevrem reírse de tal modo, que a ella le gustó. Algo había comentado Isabel que lo hizo carcajearse y el alfa mantenía el ceño fruncido como niño del que todos se reían.

Y, tal vez fue, porque se sintió observado o el perfume floral de Anna llegó hasta sus fosas nasales, que Jevrem giró el rostro hacia ella.

Se sorprendió de verla allí.

Dejó de reírse.

Anna se acomodó de inmediato en el asiento. Su rostro ardía y su corazón palpitaba acelerado. *Por favor, Licaón, que se marche rápido*. Su pierna derecha se movía convulsiva por el afán de controlar sus emociones, comenzaba a sudar y a respirar acelerado. *¡Que se marche! ¡Que se marche!* No podía permitirse ilusionarse, muchos inconvenientes como para que algo entre ellos se diera así nomás. La señora Grubana la mandaría a matar si se enteraba que ella posó los ojos en su único nieto varón, y el señor Damir y la señora Radojka le darían de bofetadas antes de a ella desaparecerla. «¡Quién eres tú para enamorarte de mi hijo! ¡¡Eres una sirvienta!!».

Aún le dolía la propinada por Radojka, por haber contestado su móvil.

Ni sus propios padres aprobarían la relación.

Sacudió la cabeza y apretó los párpados para espantar sus pensamientos. ¿Cuál relación? Él apenas le expresó las gracias, tras una truncada salida al cine.

Le fue inevitable mirar una vez más por encima del respaldo de su silla; el alfa tocó el hombro de Jevrem para que este se levantara del asiento y le permitiera a él hacerse al lado de su mujer. Jevrem obedeció con una leve venia y se dirigió hacia la salida.

Anna se acomodó para que no la pillara observando y se hizo la que buscaba algo en su bolso, y así ahorrarse la penosa situación de saludarlo. Su figura pasó por su lado, apenas se detuvo unos segundos, pero siguió hacia las azafatas que lo llamaron sonrientes.

Esto a Anna le causó alivio.

Y celos.

Sin alzar la mirada y sin dejar de «buscar» en su bolso, sus ojos rodaron por debajo de su flequillo hacia donde él se hallaba.

Coqueteando con las malditas.

El hombro de este estaba recostado contra la pared que aísla el cafetín del resto de la cabina, con sus brazos cruzados sobre su pecho y esa postura desfachatada de galán codiciado. Una de las azafatas –la rubia– jugaba con las solapas de su chaqueta de diseñador, casi encima de él para robarle un beso, mientras que la otra –una latina voluptuosa– casi se desabotona la blusa y le muestra las tetas.

«La búsqueda» se tornó agresiva. El revoltillo que causó por estar molesta, la hacía querer estamparles a esas *frescas,* su polvera y todo lo que en su bolso contenía; deberían dedicarse a trabajar en vez de estar ofreciendo sus encantos a los pasajeros. Tyson se arreglaba el cabello para gustarle a la rubia, que ni lo determinaba por estar abanicándole las pestañas a Jevrem.

Anna suspiró apesadumbrada.

¿Qué la iba a mirar a ella, que ni senos tenía?

Dejó en paz el bolso y recostó su cabeza contra la ventanilla para apartar la vista de estos y fantasear en una realidad alterna donde ella era hermosa y Jevrem la amaba con locura.

Tres asientos más atrás…

—Si de mí dependiera, me marcharía contigo, Isabel —Everett expresó compungido—. Pero debo quedarme por tu bien y el de la manada. Cuida de nuestros lobeznos y mejórate. Lo que necesites, por favor, me lo haces saber; Jevrem estará pendiente de los tres. No te aventures en salir sola, hazle caso y, cuando sientas la necesidad de estar en cuatro patas o cazar, planifíquenlo con tiempo.

Ella asintió. No lo miraba.

—Isa… —buscó su mirada y ella se encogió más en su sitio, renuente en darle ese placer—, te amo. Aunque me odies por lo que provoqué: te amo. Espero que… —su voz se quebró y él carraspeó—, espero que, cuando nos volvamos a ver, haya hacia mí una sonrisa estampada en tu rostro.

—Eso jamás pasará —espetó en un susurro.

—Puede que no, pero guardaré las esperanzas. Cada noche soñaré que me sonríes y me dices que me amas, que me perdonas sin guardar rencores.

—Cuidado y se tornan pesadillas… —se transformaría en esos

sueños y lo mordería.

Everett sonrió.

—¿Piensas escabullirte en ellos? —la aguijoneaba para que contestara, aunque fuese con rabia.

—Tal vez…

Volvió a sonreír.

—Entonces, te estaré esperando —así apareciera armada con un lanzallamas, la desarmaría y le haría el amor apasionado. En sus sueños ella estaba sana y hermosa.

Se levantó del asiento antes de que su deseo por besarle los labios se tornara apremiante y no la dejara partir. Se hacía el fuerte, pero en su fuero interno se sentía miserable. ¿Cómo dormiría por las noches sin ella? Ni estando convaleciente en el hospital se apartó de su lado.

—Nos vemos, Isabel. —Ella no le contestó, mirando en todo momento hacia su ventanilla.

Que se largara de una vez.

Everett le dio la espalda, como si estuviera dejando atrás un matrimonio de cincuenta años que fracasó por la incomprensión de ambos. Sus pisadas eran lentas, renuentes en alejarse de su mujer, pero no tenía más alternativa que dejarla partir.

Solo una temporada…

Cazaba al maldito y la buscaba.

Miró a la omega y se plantó enfrente. Con esta también tenía que hablar.

Anna sintió su presencia y se puso en pie de inmediato.

—Isabel confía en ti, así que yo también confiaré —dijo—. Sé buena con Erik y Ángel, y sé buena amiga con Isabel.

—Sí, señor. Gracias por su voto de confianza —su voz apenas se escuchaba. Jevrem dejó de coquetear con las azafatas y prestó atención a lo que su tío Everett le decía a la muchacha. Luego fue jalado por este fuera de la aeronave para hablar los dos a solas.

—Isabel queda en tus manos —expresó a Jevrem tras bajar las escaleras metálicas—, protégela hasta de ella misma. Pero recuerda siempre que es mía. ¿Entendido?

—Entendido.

—Solo la tocas si es para ayudarla a sostenerse o levantarse porque está débil. Nada más. ¿Entendido?

—Entendido.

—Si te aventuras a besarla o a seducirla, te mato. ¿Entendido?

—Más que entendido.

—Bien —le dio una leve palmada en el rostro—, me alegra que lo entiendas. Te estimo más que a mi hermano y odiaría tener que matarte por no controlar *el pito*.

Jevrem lo sabía muy bien: si le expresaba a Isabel que la amaba, él

moría.

Hablaron por un rato más de lo que debían hacer y luego ambos se dirigieron a puntos diferentes: Jevrem hacia las escaleras metálicas para subir al jet y Everett hacia la camioneta, donde Luttrell y Harper lo esperaban.

—Jevrem —lo llamó y este se giró hacia su tío.

—Con esa joven…, con Anna. No te metas con ella.

—Ni pienso hacerlo, es una niña.

Everett puso una expresión de «más te vale, y *de lo otro* también», y dejó partir al muchacho. Esperaba no arrepentirse por haberlo asignado como el custodio principal y jefe a cargo de los hombres que dejaría apostado en Long Island. Su sobrino era buen lobo, guerrero y feroz, pero también un redomado conquistador. Las dos lobas estaban prohibidas para él: la más joven por la promesa que hicieron a los padres y la otra porque era suya.

Solo él tenía el derecho sobre sus besos y su cuerpo.

Capítulo 35

Anna abrazaba el inodoro.

Su tracto digestivo se revolvió con las sacudidas del jet desde las alturas. El despegue para ella fue aterrador, quedando petrificada, sin respiración y sin parpadear. El impulso de la aeronave hacia arriba, la mantuvo pegada contra el respaldo de su asiento; ni se atrevió a mirar por su ventanilla que daba la impresión el mundo se inclinó a un lado; su asiento vibraba como si alguien desde atrás lo zarandeara con fuerza, el pecho lo tenía oprimido y su corazón palpitaba en su estómago. Se mareó al sentir la ingravidez y sus oídos se taparon en la medida en que ascendían. Las azafatas rieron al verla y comentaron entre ellas lo que, tal vez, Anna asumía se burlaban por ser novata. Las miró mal, pero hizo el esfuerzo de no darles el gusto de hacer de ella un chiste viviente; se pidió control y pensó en sus padres para distraerse. Ellos quedaron solos, asumiendo gastos para mantener la casa. Aunque Anna les depositaría con lo que le pagaran; le dijeron que ganaría el triple a lo que una doméstica ganaba.

Una vez alineado el jet entre las nubes, el malestar que sentía la joven no se apaciguó. El desayuno se revolvió con el almuerzo y todo lo ingerido se acumuló en su boca.

Anna desabrochó su cinturón de seguridad y corrió hacia el baño que, gracias a Licaón, estaba desocupado. Allí descargó lo consumido durante el día en varias arcadas, del que creyó iba a vomitar hasta las tripas.

Era horrible viajar en jet.

—¿Anna? —Jevrem la llamó, tras tocar a la puerta, preocupado por la lobata. Había pasado por su lado mientras él velaba por Isabel, quien estaba tensa por el vuelo, tal vez recordando lo del helicóptero.

Anna vomitaba de forma descontrolada, sus ojos lagrimeaban por el esfuerzo y su estómago se contraía de los violentos espasmos.

—¿Anna? —Los toques se hicieron demandantes—. ¿Estás bien? —Jevrem escuchaba con claridad lo que sucedía en el baño, pero igual preguntaba.

Arcadas y arcadas…

¿Cómo responder a ese tonto, si por su boca salía un torrente de vómito? Se quería morir.

La manija de la puerta giraba con la pretensión del joven de entrar al baño. ¡Que ni se le ocurriera! La vista que Anna ofrecería sería espantosa.

—Regrese a su asiento, señor. Nosotras nos encargamos de ella —

dijo la azafata rubia a Jevrem—. ¿Señorita? —la mujer llamó a Anna, a la vez en que tocaba a la puerta con suavidad. Isabel abrió los ojos.

—Es... —Anna vomitó. No podía contestar *que estaba bien*, simplemente porque no lo estaba.

Descargó el tanque de agua y volvió a abrazar el inodoro.

Tendida en el sofá de la *sala de reuniones*, Isabel se apoyó del brazo y levantó un poco la cabeza para ver qué sucedía; se había tomado un tranquilizante que el doctor Pavlovic le recetó para que sobrellevara el vuelo sin incidentes; estaba soñolienta, pero se daba cuenta del malestar estomacal de la pobre Anna.

—Déjenla vomitar en paz y más bien prepárenle un té para cuando salga —pidió a la azafata morena—. ¿Tienen alcohol? —La azafata arqueó una ceja como si estuviese censurándola por ofrecer bebidas alcohólicas a una menor de edad—. Isopropílico —aclaró.

—¡Ah, sí!, claro…

—Unte un poco en algodón o gasa y se lo da para que aspire los vapores. Jevrem… —lo llamó, él seguía cerca—, ella estará bien, solo está mareada por ser su primera vez.

El aludido miró hacia la puerta del baño y aguzó el oído en caso de que Anna pidiera ayuda, pero lo que captaba era el sonido que producía las arcadas y las descargas al vomitar.

Se sentó en la silla que colinda al baño, por si la chica se desplomaba.

—Eso nunca me pasó. ¿A ti te pasó, Isabel? —preguntó, llamándole la atención lo que la lobata padecía.

Isabel negó con la cabeza. Siempre fue de estómago fuerte al viajar.

—A algunas personas *les pega* volar y otros se marean al navegar… —comentó, volviéndose a recostar en el mullido sofá. Las azafatas fueron solícitas en suministrarle una almohada y una frazada para que estuviese cómoda. Quería dormir y despertar en Nueva York, y no pensar más en caídas y fuego…

Diez minutos después, Anna salió del baño. Lucía pálida, con el flequillo húmedo por haberse aventado agua a la cara. Se acurrucó en su asiento, pegándose al fuselaje de su costado izquierdo; la azafata rubia le entregó una motita de algodón impregnado en alcohol y le explicó que lo aspirara a centímetros de las fosas nasales para controlar las náuseas. Anna obedeció con reticencia, el alcohol isopropílico era demasiado penetrante, sintiendo un desagradable picor en la nariz.

Al minuto, la azafata latina le entregó una taza de té de menta y unas galletitas de sal.

—Le calmará el estómago —informó sin ser odiosa, sintiendo pesar por la joven alasqueña.

—Gracias —no supo qué era peor: aspirar la mota de algodón o beber ese menjunje de color verde.

—Bébelo, sé buena niña —Jevrem le ordenó con socarronería, sentándose a su lado.

Anna sorbió un poquito de la bebida caliente, molesta por la forma en cómo la trataba; ella no era una niña, le faltaba unos días para cumplir la mayoría de edad y hasta trabajaba.

—Esto sabe horrible.

—Dime qué té, sabe bien, porque no conozco ninguno —Jevrem comentó solo para ser empático con ella—. Mi abuela me obligaba a beber algunos cuando me excedía en las comidas. Dice que hay té para todo malestar.

—¿Y te ayudó? —Otro sorbito acompañado de sus palpitaciones. Tyson aprovechó que Jevrem conversaba con la lobata, para hacer su respectivo avance con las azafatas humanas.

—Algunos… ¿Ese te está ayudando? —consultó al observar que el nivel del líquido había bajado en la taza de porcelana que la chica sostenía con ambas manos.

—En un rato le diré.

Jevrem medio sonrió por la tribulación de Anna, que le dieron ganas de abrazarla.

—Me dijeron que es tu primera vez. El… vuelo.

Asintió sin mirarlo para evitar quedar enganchada a sus ojos de ónix y perderse en estos como una tonta.

—Qué vergüenza dar percances, no quería hacerlo, pero…

—El vómito es incontrolable; lo expulsas por las buenas o por las malas.

—Creo que fue por las malas…

Jevrem rio. La azafata rubia frunció el ceño desde el área del cafetín y la morena esbozó una sonrisa despectiva. Condenada muchacha.

—Supongo que sí. Anda, tómatelo todo para que se te pase y duermas un poco. En unas horas aterrizamos.

—¿Cómo sigue la señorita Isabel? —Sin pretender retenerlo a su lado, preguntó por su amiga.

—Mejor —evitó tocar el tema y Anna lo captó.

La joven posó con delicadeza sus labios carnosos sobre el borde de la taza y cerró los ojos mientras sorbía con extrema lentitud. Esto a Jevrem lo cautivó, quien no podía apartar la mirada de la muchacha, fascinado de su bonito perfil.

Se percató de que eran observados por los guardaespaldas y las azafatas, y se tensó, pues hasta él mismo se censuraba. Anna era solo una niña.

—¿Te reprendieron? —Anna lo miró sin comprender y él agregó

—: por invitarte…

El rubor tiñó sus mejillas.

—N-no —tartamudeó avergonzada de lo que ocurrió esa noche—. Se sorprendieron. No lo esperaban a usted.

—Sino a un muchacho —concluyó con cierto resquemor, retorciéndose en sus entrañas por haber sido tachado de un plumazo.

Luego apretó el ceño ante sus pensamientos. ¿A él qué le importaba con quién salía Anna?

—Me disculpo en nombre de mis padres, si lo incomodaron —dijo ella, dando vueltas a la taza entre sus manos temblorosas. Las galletas reposaban en la bandeja del asiento del frente—. Debí declinar la invitación; sé que usted solo lo hacía para ser amable; con un «gracias» habría sido suficiente.

Jevrem también meditó que hubiese sido lo mejor y se habría ahorrado pasar por el escrutinio de los Morris; sin embargo, lo inquietaba esa sensación de frustración.

—No lo hagas. Tus padres actuaron con propiedad, era su derecho velar por la integridad de su hija —dijo en voz baja—. Se preocuparon por lo que soy. —Ella lo miró interrogante—. Un Brankovic —respondió, notando en ese instante que la lobita era atractiva, pero que de ahí él no debía pasar.

—Y yo una «Morris» —expresó ella con la implícita manifestación de su pobreza. Anna, la hija de un empleado omega. Anna, la niñera.

Expresar la procedencia de ambos, fue como *autoetiquetarse* para mantenerse alejados y así asegurar que las barrera sociales no se derrumbaran. Los alfas y los betas no se mezclaban con los omegas, menos si estos limpiaban el retrete de la casa de dichos jerarcas. Era casi un delito contemplar la posibilidad de un romance.

Jevrem esbozó una sutil sonrisa como punto final de la conversación que sostenían y se levantó del asiento, sin querer reconocer ese peso que aplastaba sus hombros.

Se acercó hasta las azafatas para desplegar sus encantos de macho *empotrador*, eligiendo entre las humanas a la latina voluptuosa. Ella era como a él le gustaban.

Sensuales.

Tenía ganas de hacerla gemir y llenarle sus orificios de semen.

La tomó de la muñeca y la jaló sin que esta ofreciera resistencia. Colton gruñó para sus adentros, el desgraciado se la arrebató sin enfrentamiento ni intimidación, aventajado por su apellido y dinero. Anna también se dio cuenta de lo que Jevrem pretendía, que ahogó los celos y su tristeza en la taza de té de menta que la misma azafata preparó y le entregó para aplacar las náuseas. Luchó para no seguirlos con la mirada por sobre el respaldo del asiento.

Los labios de Asunción de repente fueron invadidos por los del

impetuoso pasajero que la pegó contra la pared del baño. Los magreaba con ímpetu, metiendo su lengua para encontrarse con la de ella y enredarse en un baile oral-erótico que erizaba su piel. Gemían en voz baja por las sensaciones que ambos se otorgaban; las manos masculinas y femeninas se deslizaban afanosas de arriba abajo y por las zonas pudendas. La braga de Asunción se humedeció y *su centro* palpitó como si su corazón le diera por haberse alojado entre sus piernas. No era la primera vez en que la tomaban en el baño del jet; con el señor Ranko lo hizo en tres ocasiones, pero no despertó ese afán que sentía por ser follada.

Sus tacones altos le permitían estar casi a la altura de ese altísimo hombre de torso fuerte y mirada depredadora; la dominaba con sus caricias y demandantes besos, ella solo lo seguía como si fuese una «inexperta».

—Dámelo, *papito* —pidió excitada, mientras le apretaba suave las bolas a Jevrem por encima de su elegante pantalón. Este gruñó enronquecido y, sin que la latina se diera cuenta, sus ojos se tornaron amarillos.

Jevrem desanudó rápido su corbata y la deslizó del cuello de su camisa con el propósito de utilizarlo para sus juegos sexuales. Con la humana sería el secuestrador a quien le robaría la virginidad contra su voluntad.

La giró con rudeza para que le diera la espalda y ató sus manos sin delicadezas.

Asunción jadeó extasiada.

Su domador hacía con ella lo que quisiera.

Apuntó la cola hacia su dura hombría para que la reventara, pero Jevrem no haría nada de lo que la azafata le insinuaba; el juego sexual era de él, por lo tanto, eran sus reglas.

La volvió a girar.

—Ahora me perteneces y harás lo que deseo.

—Tuya siempre, amo…

Jevrem no tuvo consideración por el uniforme de la azafata; los botones de la blusa saltaron por el desgarramiento de esta para dejar visible el delicado sujetador blanco y, del que, debajo de este se marcaban los pezones erectos.

No la desnudó, prefirió dejarla en ropas, con el sujetador arriba y la braga a mitad de los muslos. La falda se arremolinaba en sus caderas y la blusa y su chaqueta como simples adornos que para nada cubrían sus protuberantes senos.

Era su cautiva y a ella le gustaba.

Ni dio oportunidad de sugerir alguna posición, como ser sostenida con una pierna, mientras lo hacían de pie, o tal vez a horcajadas sobre él, en el piso para cabalgarlo como una amazonas; lo único que atinó a

exclamar fue un jadeo audible que se escapó de sus labios y que estaba segura la debió escuchar hasta el piloto en la cabina de controles, en cuanto Jevrem la empaló con su gruesa hombría.

El placer se reflejaba en el espejo; Asunción se miraba y gemía con el morbo de contemplarse a sí misma, ser follada por atrás por ese guapo joven moreno que tenía los pantalones apenas desabrochados y su pene enterrado en su *agujero*.

Le daba duro, sus caderas golpeaban sus nalgas con bastante vigor. Esto provocaba que sus senos grandes rebotaran por las acometidas; le preocupó darse de bruces contra la encimera, por tener las manos atada a su espalda, pero Jevrem la sostenía de las caderas y obligándola a tener la vista clavada en el espejo.

Sonrió. Qué lástima que no tuviera una cámara para filmarse, le hubiera encantado observarse ser tomada de esa manera, una y otra vez. El joven tenía aguante, el ritmo fogoso no disminuía, continuaba entrando y saliendo de su trasero como taladro que perfora el pavimento.

Asunción apretaba los labios para no gritar fuerte, estaba por pedirle que se detuviera.

El pasajero la movió a un lado y las rodillas de este golpearon la parte posterior de las suyas para hacerla caer al suelo, sin que saliese de su interior. Se mantenía pegado, cayendo encima, mientras que Asunción quedó con la cara pegada al piso y las nalgas en alto, tomándola él como lo hacían los perros.

—Rico, *papi*, qué rico… —expresó ahogada entre las violentas acometidas.

Los golpes en el ano aumentaron y ella gimiendo entre el dolor y el placer; ¡eso sí que era una buena *culeada*!, ni se sentaría en una semana. No era sexo vainilla ni un encuentro de dos amantes románticos, solo ganas de desahogar las pasiones por un rato.

Jevrem deslizó su mano hacia *el centro* de la mujer y la masturbó con el mismo vigor que su pene ejercía en el trasero. El masajeo en el clítoris la hacía retorcerse en el piso; sus piernas flexionadas contra su pecho, sus manos atadas a la espalda, el peso del hombre sobre ella; la mano tomando el control…

Gemía bastante audible.

¿La escuchaban?

¡Que lo hicieran! ¿Cuándo la volverían a tener así?, esos hombres no viajaban con frecuencia; rogaba le propusiera marcharse con él para seguir con las perversas fantasías.

Las uñas de Jevrem se enterraron en las caderas de la azafata, en el instante en que su pene se hinchó y explotó en un orgasmo que causó que gruñera bajo y ronco. Por ese segundo en que se abandonaba a los deseos carnales, la imagen de una lobita desnuda y

atada llegó a su mente y lo estremeció hasta hacerle hervir la sangre.

Tras descargarse en la humana, sacudió la cabeza y parpadeó aturdido, escandalizado de sí mismo.

¡¿Por qué pensó en ella?!

Se sentía como un depravado.

Capítulo 36

—¿Qué haces aquí y no al lado de tu mujer?

Damir cuestionó a Everett, hallando a su hermano menor recostado en el sofá blanco del despacho, con el brazo reposando en su frente y la vista perdida en el techo.

—Pensar… —fue todo lo que dijo. Pensar en lo que perdió.

El estilizado lobo se sentó en el sillón del mismo color frente a él; en su mano derecha, un puro cubano, humeaba.

Dio una calada con ademanes engreídos y soltó el humo con lentitud, al mismo tiempo en que se dibujaba en su rostro una sonrisa siniestra.

—¿Y qué es lo que tanto ocupa tus pensamientos? —indagó en una pose de psiquiatra y paciente. Solo le faltaba el cuaderno para tomar notas.

Everett soltó el aire de sus pulmones en una respiración melancólica. Pero lo que en su fuero interno se desataba, no pretendía compartirlo con Damir para que luego se burlara.

—Supongo que es por la hispana —adivinó el ensimismamiento de este y meditó que era un tonto suspirar por una mujer.

—Isabel —corrigió el modo en cómo el otro la llamaba con frecuencia, utilizaba términos despectivos como «tu mujercita», «tu híbrida», pero no con afecto.

—«Isabel…» —repitió sin molestarse, arrastrando el nombre con cansancio. Chupó suave su puro, como cuando le chupó el pito a su último amante que gimió complacido hasta correrse en su boca—. ¿Dónde está? Me informaron que los doctores le dieron el alta en el hospital; ¿por qué no la trajiste a Kenai contigo? ¿Adónde la mandaste? —Sus informantes le comentaron que hicieron una parada en uno de los sectores pobres del pueblo y luego se dirigieron hacia el aeropuerto.

Everett no respondió. Era innecesario cuando tenía la seguridad de que Damir ya estaba enterado de hacia dónde la mandó.

—Ay, *hermanito*… ¡Qué hermético eres! No sueltas prenda, ¿eh? Pero no importa, yo *siempre* lo sé todo; soy como Dios: cada acción y cada obra que realizan los súbditos es de mi conocimiento. Te lo he dicho, ¿no es así? Por supuesto que te lo he dicho…

—¿Qué me quieres decir? —inquirió bajo su brazo reposado, ahora sobre sus ojos, oliendo por donde provenían los disparos.

La pierna de Damir se descruzó para cambiar de peso y otra calada al puro elevó más volutas de humo en el ambiente del despacho.

—Mi hijo —por fin escupió lo que le revolvía la bilis—. ¿Por qué lo enviaste a Nueva York?

—Para protegerla.

—¿A tu mujercita? —espetó—. ¿Temes que se corte las venas?, como si pudiera morir por eso… A menos que se tope con los *colmilludos*… —rio entre dientes, aunque la rabia estaba que lo arrastraba al mismo infierno. Apenas unos días disfrutó de la compañía de su primogénito y ese mequetrefe lo envió a proteger a una hembra de vientre defectuoso.

Everett se puso en pie, harto de su hermano.

—No tengo por qué pedirte permiso para disponer de mis hombres.

—¡Soy el padre de Jevrem! —Se levantó para encararlo—. Debiste consultarme.

—No lo envié a la guerra, Damir. Protege a Isabel como lo hizo conmigo en mi convalecencia. Estará de vuelta en unos meses. —Lo que imploraba a todos los santos para que las quemaduras de Isabel se regeneraran.

Damir estuvo a punto de estamparle un puñetazo por haber apartado a su hijo de su lado; durante dos insufribles meses temió que alguna manada renegada lo lastimara o ese se uniera a una para desplazarse por ahí sin reglamentos ni a quién rendirle cuentas. Tuvo un breve alivio cuando retornó de los confines de Latinoamérica, para después el bastardo de su hermano dispusiera que era mejor mandarlo a cuidarle el culo a esa inútil híbrida.

—Si le pasa algo, te la verás conmigo —amenazó con los dientes apretados. Esto sorprendió a Everett, Damir no solía lanzar amenazas directas, sino que se andaba por las ramas, vigilante y después lanzaba el zarpazo por la espalda.

—Me responsabilizo por él, pero no subestimes su capacidad de mando y fuerza. Jevrem en unos años podría llegar a ser alfa.

—No mientras esté a tu sombra.

Everett dio un paso hacia él; sus ojos se tornaron amarillos por el animoso comentario.

—¿A mi sombra? Él ha progresado por mí. Es un excelente luchador y tiene un gran sentido de protección hacia los suyos. *Mi sombra* no lo opaca ni lo intimida, lo ha demostrado las veces en que se me ha enfrentado; nadie lo detiene si decide marcharse y vuelve cuando lo necesitan. Eso es ser leal y de corazón noble. Jevrem es el mejor hombre que dispongo y lo tendré a mis órdenes hasta que forme su propia manada.

¡¿Formar?!

¡No! Jevrem no debía hacerlo, ya que formaba parte de una y era estar bajo la disposición y cuidado de su padre. El maldito de Everett

era astuto, porque su sobrino sería capaz de disputarle el mando del clan, si estimase que su tío era un inepto para dirigir a los lobos de Alaska; sus dominios se expandían cada vez más: manadas pequeñas o de líderes débiles se unían al Clan Kenai, en busca de protección y fidelidad hacia uno que les asegurara la supervivencia.

No le convenía que Jevrem albergara ideas de concebir un grupo en algún pueblo lejano o montaña; ¿de qué le serviría si no lo tenía cerca para proteger sus espaldas? A él es a quien debía jurarle obediencia.

—Qué bueno que no sea egoísta —masculló—, sería una pena cortarle las alas cuando decida *volar*. Solo espero no se accidente como le pasó a *tu mujercita*. Los que te aman, les va mal.

Un golpe contundente en la barbilla.

Damir cayó de bruces contra el sillón a su espalda.

—Cuidado, Damir… —siseó con los dientes severamente apretados y la mano empuñada y temblorosa por la fuerza que ejercía para no romperle la nariz—. Más te vale que te muerdas la lengua cada vez que menciones a mi mujer, porque te la arrancaré si no cuidas lo que dices.

Aturdido por el golpe, Damir sacudió la cabeza y se sobó la mejilla; una cuenta más con la que a este le haría saldar.

—Te has vuelto amargado —dijo mientras se ponía en pie—, ya no se te puede decir nada, porque andas lanzando golpes. Me disculpo, pero sostengo lo que digo—: hieres a los tuyos por tus necedades. Yo solo velo por Jevrem; al contrario de ti que te importa un rábano tus hijos. ¿Vas a golpearme de nuevo? —Tembló, pero se mantuvo firme en cuanto Everett levantó el puño para estamparle otro golpe—. Hazlo, señor Patriarca, y demuestra ante los demás la clase de alfa que eres.

Everett tomó de las solapas a Damir y le gruñó feroz a la cara, con gusto lo azotaba contra las paredes y el piso, y partirle hasta los huesos. Sin embargo, lo arrojó con fuerza al sillón y se marchó del despacho antes de dejarse llevar por la furia.

De camino a la puerta principal, Radojka se ocultó en el descanso de una de las dos escaleras del gran vestíbulo, llorando por lo escuchado detrás de la puerta del despacho y del que corrió en cuanto se percató de las pesadas pisadas de Everett que iban hacia ella; lamentaba que su Jevrem no retornara de Nueva York hasta que aquella híbrida mejorara, pero meditó que era conveniente que estuviese allá, lejos de lo que sucedía en el pueblo. Las noticias cada día eran más alarmantes, se presumía que ya no era uno el que atacaba a los humanos, sino varios, por la forma rápida en cómo se desplazaba; a menos que contara con medios aéreos para hacerlo. Su Jevrem lo estuvo cazando sin conseguirlo y, lo que descubrió de este,

aún a ella le erizaba la piel.

*****

—Estimado amigo, la aldea se engrandece con su inesperada presencia —Ma-cheil emergió de su cabaña para recibir con los brazos abiertos al recién llegado. Everett había manejado solo hasta Denali, donde por las inmediaciones del bosque y las tundras convergían varias tribus lobunas. Necesitaba alejarse de las urbes pobladas para hallar algo de paz, aunque fuese por un par de horas en compañía de su apreciado amigo.

—Señor Ma-cheil —ofreció una respetuosa venia ante el líder de los yakaramath. Cachorros de entre los cinco y los diez años, corrían por los alrededores, a la vista de sus madres, quienes conversaban y tejían productos artesanales en los porches de sus casas.

—Me alegra verlo, pero ¿qué haces por acá? —El menudo hombre inquirió de lo que podría ser su visita—. ¿Su compañera sigue en franca mejoría?

—Por fortuna —respondió apenas esbozando una sonrisa—, pero tuve que dejarla partir a Nueva York.

Ma-cheil lo llevó hasta la cabaña, donde su mujer recibió a Everett con una venia y una sonrisa estampada en el rostro; enseguida ella puso manos a la obra al estofado de caribú que tenía planificado preparar, *el que los visitaba* era importante y de apetito voraz, por lo que las cacerolas más grandes se posarían sobre las fogatas que soportarían la cantidad de carne a cocinar.

Los dos hombres atravesaron la estancia hasta caer al patio, bordeado por arbustos que colindan a pocos metros con la reserva forestal que se extendía hasta donde la vista alcanzaba.

—Los motivos que el compañero de la hembra tenga para permitir que la distancia se ponga de por medio, solo le concierne a dicha pareja —comentó Ma-cheil a la vez en que ambos se sentaban en los escalones de madera que dan hacia el patio—. Lo que ustedes dos afrontan, solo ustedes solucionan. Los consejos de terceros influyen en el péndulo de las decisiones, pero no son decisiones que provengan de sus propios corazones. Sé que has venido por una palabra de aliento, mi buen amigo, y la brindaré si la requiere; me entristece que una unión que se formó libre bajo la bendición de los dioses termine sin que la muerte o la enfermedad por vejez, haya intervenido para separarlos.

—El consejo que me des será bienvenido.

El líder asintió reverente.

—Es un honor que acudas a mí como su consejero espiritual. Hemos crecido juntos y hemos pasado por dichas y desgracias; ambos solventamos conflictos y acumulamos experiencias al liderar a nuestra

gente, y también hemos tenido altibajos con nuestras compañeras. Has venido a que dé sosiego a sus afligidos pensamientos y esto le diré: dejarla partir fue un error, porque una pareja estando lejos no lima asperezas, sino que las agrava. La costumbre de estar alejados les hará en aceptar que eso está bien; vendrán otros rostros que suplantará al que dormía a su lado, el afecto se disipará y la inquina por lo que no se solucionó, será la que cause la ruptura. ¿Eso quiere, señor Everett?

—No.

—¿Qué piensa hacer?

—No lo sé. ¿Esperar a que se le pase el enojo?

El menudo hombre cabeceó.

—La «espera» y la «distancia» son los enemigos de la unión marital. No espere más y ve por ella.

Everett suspiró para sus adentros, entristecido de tener a Isabel tan lejos. ¡Qué más quisiera que llamar a Jevrem para que estuvieran de vuelta! Pero primero debía cazar al maldito que aterroriza a los bípedos e inquieta a los lobos de su manada.

—Señor Ma-cheil, ¿está enterado del depredador que ataca por las regiones del estado? —Este asintió—. Bueno, mientras no lo atrape, Isabel estará en Nueva York. Envié con ella a Jevrem, mis hijos también están allá. Los ataques son un claro desafío a mi autoridad: ningún lobo puede alimentarse de humanos, solo animales.

Ma-cheil extrajo dos tabacos del bolsillo superior de su camisa y le entregó uno a Everett. Este lo recibió, había dejado de fumar por lo del cáncer pulmonar que padeció su padre en la última etapa de su vida, pero teniendo lejos a sus seres queridos y el estrés que le causaba el depredador, lo impulsó en aceptar por esta vez.

El fuego del cerillo encendido por el líder quemó la punta externa del tabaco.

Everett fumó y luego expulsó el humo por sus fosas nasales.

—Humanos… —Ma-cheil mencionó en un tono que a Everett le resultó impropio de él—. Son como ovejas al que se deben arrear a diario, mantenerlas juntas y educarlas para que sean obedientes y productivas. Si les permiten dispersarse, su lana pierde calidad. La vigilia debe ser constante sobre estas o el lobo las devorará. Los humanos no quieren aprender, no dejan que los llevemos de la mano para que sean uno con la Madre Tierra, prefieren arrasar con todo lo que esta les ofrece: la pisotean, la malgastan, son desagradecidos…

—¿Insinúas que son castigados?

Él permaneció pensativo. Los ladridos de su dóberman capturaban su atención, dirigidos a Everett. Ese día estaba malhumorado.

—Los castigos a veces son necesarios…

La respuesta de Ma-cheil dejó perplejo a Everett, puesto que los yakaramath consideraban a los bípedos como niños a educar; que

expresara una soterrada comprensión por el depredador, lo enojó. Este no los atacaba para «encausarlos», sino para reclamar su derecho sobre esas tierras.

—Me extraña que pienses de esa manera, señor Ma-cheil. El asesinato en serie no es la solución para que los humanos tomen conciencia del trato hacia las especies inferiores, sería como volver a lo que antes fuimos.

—Salvajes —agregó—. No, mi buen amigo, hay diferencias: en aquellos tiempos nuestros antepasados arrasaban con aldeas y villas sin contemplación, guiados por el instinto. Ahora somos más «civilizados», nos regimos por leyes impuestas por los primeros Alfas Mayores. En cambio, los humanos no cazan por hambre o necesidad de vestir para protegerse de las inclemencias del medio ambiente, sino que lo hacen por diversión y ambición. Es la peor especie que puebla este planeta.

—Me entristece escucharlo hablar con rencor.

—No es rencor, es lo que he observado estos años. Son como los híbridos: ingobernables.

La sola mención de estos causó que Everett pensara en Isabel. Ella era una híbrida cabezota que actuaba llevada por sus propias emociones: era gruñona, cuestiona las razones que le expresa para el buen desenvolvimiento en la manada, miente y es hostil.

Pero en nada se compara al sujeto que masacra a cazadores furtivos; a estos no les ofrecieron piedad, morían del mismo modo que a los animales que cazaban.

Era un ojo por ojo.

Capítulo 37

Volver le traía amargos recuerdos a Isabel.

La mansión neoclásica representaba para ella otro tipo de cárcel. Era más amplia y lujosa a la de Kenai y mucho más cercana a sus parientes y amigos íntimos, que aquella en la que pasó los días más felices en Denali, aislada del mundo.

Sin expresarlo en voz alta ni hacer gestos de desagrado, se lamentaba de tener que pisar una vez más ese lugar. Volvía por sus hijos que estaban custodiados por docenas de lobos aguerridos, siguiéndolos, tal vez, hasta la cuna como si fueran sus sombras. Cedió a estar allí para evitar que Everett le impidiera abandonar Alaska, era un modo de mantenerla vigilada, así él estuviese ausente, sobre ella muchos pares de ojos se posarían sin darle privacidad.

Ni Jevrem se lo permitía.

En la cabina del jet, él procuró ayudarla a sentarse y ponerse en pie, a sostener su mano mientras caminaba y a vigilarla hasta afuera del baño por si se desvanecía o le costaba respirar.

La hizo sentir minusválida.

Se acomodó el velo y los puños de su bata; no se cambió de ropas para presentarse mejor ante el personal doméstico; no tenía caso, si aún su piel parecía cáscara de huevo que al menor contacto o roce se fuese a romper. Que la vieran así para que se dieran cuenta que ser la mujer de un alfa no era un cuento de hadas: se sufría hasta desfigurarse la fisonomía.

—¡Oh, por Dios! ¡Erik! ¡Ángel! —exclamó, yendo hacia los gemelos que las dos nodrizas cargaban sonrientes y vestidas con uniforme de servicio negro, alineadas junto con los demás para recibirla con propiedad.

Los bebés se removieron afanosos entre los brazos de las nodrizas, obedeciendo al llamado de la progenitora; un instinto nato entre los de su especie, la sangre fraternal era un lazo irrompible y, estos ante el sollozo alegre de Isabel, también lloraron en respuesta.

Isabel alargó sus manos para tocarlos y besarlos, descorriendo un poco el velo de su rostro; la nodriza que cargaba a Erik quedó estática, observando asombrada las quemaduras cicatrizadas en el cuello y mejilla de la híbrida recién llegada, pero Blanka le dio un codazo para que apartara la mirada, teniendo para esta una increpación pendiente por su falta de disimulo. No obstante, Isabel ni se percataba que el personal la observaba, perplejos por lo mal en que había quedado tras el accidente aéreo y su tardía recuperación, solo se centraba en sus

dos hijos, en lo grandes y hermosos que se hallaban, sonriendo ella de regocijo por tenerlos al fin consigo.

—Mis bebés… —trató de alzar a Erik, pero sintió un tirón en los tendones de sus manos, que no le quedó más remedio que contemplarlos desde los brazos de otra mujer.

—¿Verdad que están bonitos? —Blanka comentó, complacida de que la concubina de Everett los hallase rozagantes de salud.

—Sí, lo están. Crecieron tan rápido… —el pasado 03 de septiembre, cumplieron cuatro meses de nacidos y ella lloró a mares por perderse su crecimiento. Ni su propio cumpleaños quiso celebrarlo que fue el 20 de agosto. Nada de lo que Everett le expresara u obsequiara la iba a mejorar.

—Bienvenida, señora Isabel. Nos alegra tenerla de nuevo en Long Island —la rolliza manifestó, haciéndose a un lado para que esta pasara al interior de la mansión. Jevrem les dio un beso en la frente a cada infante y les prometió –como su primo mayor– en protegerlos como si fueran sus propios hijos, y enseguida ofreció su brazo a Isabel para que lo tomara y así conducirla hasta el dormitorio de su tío Everett.

Anna permanecía quieta al lado del maletero del Mercedes-Benz y el equipaje que el chofer depositó en el piso, esperando ella instrucciones de lo que debía hacer o a qué parte de la casa dirigirse. Ninguno de los miembros del personal se percataba de la joven, ni Blanka que ya había sido informada de su llegada; era tan invisible que a Anna le provocaba gritar: «*¡Hey!,* ¿y yo qué?», para que la miraran y saludaran.

—¡¿Anna?! —Elijah exclamó asombrado de verla en los Hamptons —. Muchacha, bella, ¿qué haces acá? ¿Vienes a trabajar o estás de pasada? Por favor, dime que a trabajar… Me complace tu presencia.

—A trabajar…

Jevrem, quien ayudaba a Isabel a subir los escalones hacia la puerta principal, miró por sobre su hombro hacia Anna, siendo asediada por ese maldito guardaespaldas que cayó sobre ella como ave de rapiña, y le dedicó a este una mirada avinagrada para que se apartara.

Anna captó su ceño fruncido, pero lo interpretó como la hosca actitud que mantenía desde que se levantó del asiento cuando hablaron durante el vuelo; bajó la mirada para evitar ser regañada por este o el ama de llaves, por estar «coqueteando» con los guardaespaldas, sonrojada por su timidez y su creciente molestia hacia el joven Brankovic. ¿Qué le pasaba?, ¿por qué de repente cambió tanto? ¿Tan mal le fue en la follada con la azafata en el baño? Tenía claro que no eran amigos, como para andar de saludos informales y sonrisitas, pero que la mirara como si le debiera dinero o ella hubiese

hablado pestes de él, no le parecía. ¿Por qué actuaba así?

Elijah le contaba lo que harían los dos, en sus días libres, como llevarla de paseo por la Isla de la Libertad, así como también por la Gran Manzana, pero Anna le entraba los planes turísticos del gamma por un oído y le salían por el otro, sin escuchar nada, asintiendo como si estuviese de acuerdo, mientras seguía unos pasos más atrás a Isabel y a Jevrem.

—Por ahí, no. La puerta de servicio es por aquí… —Rosario, una de las mucamas, le indicó a Anna—. Sígame.

La joven obedeció, rodando su maleta hacia la puerta lateral ubicada en la parte oeste de la mansión, procurando ir con algo de prisas detrás de la mujer que calculaba tenía unos veintitantos años o tal vez treinta, en apariencia. Las edades de los lobos diferían con los años que vivían.

Entró cohibida y saludando tímida al que se topaba en su camino, estos la saludaban sin disimular que la miraban de arriba abajo, evaluando con desdén su apariencia aniñada y prendas baratas; *pueblerina*, pensaban sin entusiasmo. Elijah no la siguió, él debía permanecer por el perímetro, haciendo sus rondas nocturnas hasta que Kevin lo suplantara al amanecer. Anna fue guiada a través de un estrecho pasillo por donde el personal doméstico tenía acceso a sus dormitorios, cuarto de planchado, lavadero y la cocina. En toda esa zona se movilizaban con soltura y luego caminaban con modestia por el resto de la imponente residencia.

—Por aquí —la mujer señaló hacia una habitación en la que Anna no supo si era un dormitorio, la despensa o qué, solo hasta que entró y halló frente a ella a un hombre de mirada avinagrada, sentado detrás de un escritorio de talle sencillo.

—Buenas no…

—Silencio, no le he permitido hablar —increpó este sin alzar la mirada de lo que sea que escribía en una agenda. Era un anciano en sus «sesenta»; sin duda, omega, y, a juzgar por el acento fuerte: de procedencia serbia.

—Anna Morris —pronunció su nombre como si lo hubiera leído de la agenda—. Contratada por la señora Isabel para ser la niñera de los lobeznos del amo Everett.

—Sí, señor.

El hombre la miró con esa expresión de «aún no te he permitido hablar».

Se mordió los labios y oró a Licaón para que la ayudara. ¿Quién era ese sujeto que la miraba como si fuese su dueño?

—Le aclaro algo, señorita Morris: el hecho de haber sido contratada directamente por los amos, no la hace especial ni estar por encima de los demás empleados de la casa.

—Sí, eh… Sí, señor. —*Caramba*, ya metió otra vez la pata.

—Tampoco pretenda tomarse libertades por la errónea idea que se haya formado en su cabeza, de haber viajado en vuelo privado con la señora Isabel y el amo Jevrem.

—No, señor. Yo sé muy bien que…

—¡Silencio! —la gritó a la vez en que daba una palmada al tope del escritorio—. Yo hablo: usted escucha. Yo mando: usted obedece. ¿Entendido?

Anna ni parpadeaba.

—¡Dije que, si «entendido»! ¿Es estúpida o qué?

—Sí, señor. Digo, no. Me refiero a que no lo soy…

El hombre entrecerró los ojos y se puso en pie con esa lentitud que a Anna le dio por retroceder, por si tenía intenciones de golpearla. Estaba muy nerviosa.

—Por lo visto, es estúpida —escupió—. ¿Tendré problemas por su estupidez?

Cabeceó. Sus ojos llorosos.

—No…

—Las jóvenes provincianas son de mente corta y de *calzones ligeros*. Espero no me cause dolores de cabeza por sus acciones dentro y fuera de la casa; aquí los que trabajan para los señores, son gente con historial limpio y conducta intachable.

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue su último celo?

Anna agrandó los ojos. ¿Y a este qué le importaba?

—¿Para qué quiere saber?

—Para apartarla del resto cuando sea dominada por las hormonas. ¿Acaso no trabajó para la señora Sebrenka por cuatro años? Debe saber las acciones que se toman con las mucamas en edad de apareamiento.

—Niñera. Soy la…

—¡Silencio! —El hombre, del que Anna conjeturaba era el mayordomo o el jefe de seguridad, se llevó la mano al entrecejo para llenarse de paciencia—. Niñera, cocinera, mucama… Las lobas solteras que permanecen alojada bajo el mismo techo que los amos, deben informar sobre sus ciclos hormonales con el ama de llaves y esta a su vez me mantendrá al corriente para actuar con tiempo. Si no informa o lo «olvida», veré que la echen sin paga y que nadie la contrate en la ciudad. ¿Comprendió bien?

—Sí, señor. —Ese tipo de amenazas las escuchaba tanto…

—¿Cuándo fue su último celo? —insistió con la pregunta.

—Aún no lo he tenido. —¿Y por qué él se lo preguntaba, si se suponía tenía que decírselo a la señora Blanka?

El anciano puso una expresión de «tendremos problemas».

Retornó a su silla y, con ademanes molestos, oprimió el botón de una especie de intercomunicador que tenía a su izquierda.

—Blanka, ven a mi despacho enseguida. —Soltó el botón sin esperar a que la otra contestara o él se asegurara de que alguien más le hiciera llegar a la mujer el mensaje. Cruzó los dedos en el tope del escritorio, con pose de señor de sus dominios y le clavó una dura mirada a la jovencita.

Anna se removió en sus pies, el anciano no le permitió sentar en una de las sillas que estaban frente al pulido mueble de pino, la dejó ahí parada, mientras él la escrutaba en silencio. Sabía lo que por su mente pasaba, muchas veces observó esa expresión en la señora Briserka cuando entrevistaba al nuevo personal femenino, y en las esposas del señor Damir cada vez que se acercaba su fecha de cumpleaños. *«Anna se está haciendo una loba, pronto estará enredando sus piernas en las caderas del chofer o uno de los guardaespaldas»,* solían comentarlo con desdén a la madre del difunto señor Ranko, preocupadas de la eventual maduración de su cuerpo.

El anciano hacía lo mismo.

Observó que rápido se alisó su cabello canoso y arregló su chaqueta de vestir por si estaba arrugada para que su imagen estuviese impecable, y aguardó a que la señora Blanka entrara al despacho.

—¿Me mandó a llamar, señor? —la pregunta era obvia, pero muy formal por parte del ama de llaves.

—Lleva a la señorita Morris a la *habitación gris* y ponla al tanto de las normas de la casa.

—¿La del sótano? —Se aseguró de haber entendido bien. Allá alojaban al personal que estuviese enfermo o en período de apareamiento.

Estudió a Anna.

¿Ya estaba en esa etapa?

Debía tener como doce años.

—Es la más indicada, en caso de *calenturas*, ¿me comprende, señora Blanka?

—Comprendido.

—Hágale las preguntas pertinentes y levante un informe. Me lo entrega antes de las 11:00 pm.

—Sí, señor, con su permiso. Vamos, Anna —se dirigió a la muchacha para que la siguiera fuera del despacho.

Anna dio una venia al hombre, del que aún ignoraba qué función cumplía en esa casa, pero que era factible la autoridad que ejercía sobre el personal que allí laboraba.

Sostenía fuerte la correa de su bolso por sobre su hombro y arrastraba su maleta por el pasillo de recodos ramificados que

parecían laberintos, con algo de prisa detrás de la rolliza pelirroja que caminaba más rápido que ella.

Su pecho se contrajo, aprensiva de hacia dónde la mujer la dirigía; la alojarían en la habitación más recóndita de la casa, por hallarse Anna en el umbral de su primer ciclo reproductivo. Así solían llamarlo los más ancianos, que consideraban el celo de los lobos como un llamado para la fecundación de nuevas crías y aumentar la manada.

Para Anna, el trayecto a su dormitorio fue como si la estuvieran llevando a las mazmorras, donde muchos reos perecieron encadenados a fuertes grilletes por delitos cometidos.

El suyo era por ser virgen.

—Esta es —la señora Blanka anunció al detenerse frente a una puerta de acero—. Pasa.

Entró y la mujer cerró la puerta tras de sí.

—Aquí dormirás hasta que se te pase el celo. ¿Para cuándo crees que te llegará?

—No lo sé —miraba el suelo. Su maleta la dejó a los pies de la cama.

—¿Has tenido calorones?

—No —mintió. Los tenía desde que vio a Jevrem descender del Land Rover frente al hospital. El perfume floral le ayudaba a evitar que los machos percibieran sus feromonas.

—¿Palpitaciones aceleradas?

—Tampoco.

—¿Te gusta alguien? ¿Elijah? ¿Kevin? —Cabeceó—. ¿Nadie?

Anna volvió a cabecear. La mentira por delante. Si le expresaba que un chico le llamaba la atención, esta querría saber quién es y de dónde proviene, por lo que creyó pertinente mantener la boca cerrada para evitar que la señora Blanka la presionara hasta sacarle la verdad así fuese con hipnosis.

La mujer sonrió y le dio una palmadita en el hombro para animarla.

—Bueno, después de todo, no es tan malo donde dormirás. Aquí nadie te molestará ni te despertará por ronquidos y pedorreos a mitad de noche. En lo que sí deberías tener, es un despertador. Nos levantamos temprano.

—Tengo el de mi móvil: lo programaré para las seis de la mañana.

—Para las cuatro —informó—. Los oficios comienzan desde muy temprano; a los señores no les gusta tropezarse con la servidumbre… —y con esto le insinuaba el incidente que Anna tuvo en Kenai con el joven Jevrem, la vez en que derramó café en su camisa—. Pero deben realizarse en silencio absoluto —agregó.

—Así lo haré, señora Blanka.

La otra rio.

—Tú no vas a limpiar. La señora Isabel te trajo para que cuides de sus hijos durante el día. Pero igual debes levantarte temprano, los lobeznos son los primeros que se despiertan por hambre. ¡No los vas a alimentar, chiquilla tonta! —Se carcajeó—. Eres niñera, no nodriza. Sepa la diferencia.

La jovencita rio apenada. Claro que lo sabía, pero por la forma en cómo lo expresó, cualquiera se confundía.

—La señora Isabel ordena que descanses, mañana inicias labores —anunció solemne—. Usarás uniforme. Rosario te lo traerá más tarde para que lo ajustes por si te queda holgado; no lo entalles mucho, no es para modelar tu figura a los varones de la casa, mantenlo limpio y almidonado. En cuanto a ti: siempre aseada y peinada. Esas crinejas… —tomó una, despectiva—, te sugiero las enrolles o te hagas otro peinado; *con estas* pareces recién salida de la escuela primaria. ¿Qué edad tienes?

—En cuatro días cumplo dieciocho.

Blanka arqueó las cejas.

—Pareces de doce. Recógete el cabello; que no nos critiquen después por contratar niñas. Ordena tus cosas, ponte cómoda. Si la señora Isabel te llegara a necesitar, te lo haré saber. No salgas a merodear por la noche, a menos que desees que el señor Milenko te dé un sermón bíblico.

—¿Milenko?

—El mayordomo —respondió—. El cascarrabias con el que hablaste en el despacho. Evita ganarte su animosidad, es sumamente estricto.

—Gracias por la advertencia.

—¡Ah, se me olvidaba! Número uno —alzó su regordeta mano para enumerar con los dedos—: tan pronto sientas *cosquilleos* en la vagina, me avisas. Oprime este botón —señaló la caja pegada al lado derecho de la puerta de acero—. No tienes que decir nada, el sonido me avisará lo que te pasa. Es como el *Botón del Pánico*: solucionamos tus calenturientas ganas.

Esto a Anna la preocupó.

—¿Cómo? —Tenía entendido que masturbándose se aplacaban las ganas. Aunque a veces esto no era suficiente.

—Trayéndote varón. A menos que tus padres te subasten para buscarte marido. Te aconsejo esto en vez de que te visiten a tu dormitorio. Ya sabes: el botón…

Y se marchó, dejando a Anna perpleja.

La joven omega perdió la fuerza de sus piernas y cayó al piso, mortificada con lo dicho por el ama de llaves. Si no accedía a que sus padres le arreglaran una subasta, el mayordomo o esta se encargarían de ponerle por delante a un sujeto que la follaría sin parar hasta que

el celo se le pasara.

Sollozó. ¿Qué haría? Jevrem había viajado con ellas y era el motivo de sus constantes acaloramientos.

Apretó la mandíbula y emitió un gruñido de frustración; ella por fin había logrado librarse del yugo del Cuartel de las Brujas y tener una jefa que era bondadosa. Tenía que mantenerse distante de Jevrem y dejar de pensar en él, o las ganas por tocarlo la harían pasar por un evento desafortunado.

Capítulo 38

El disparo resonó en la arboleda.

La silueta corría para no dejarse atrapar por el agente que lo vislumbró cuando le arrancaba las vísceras al anciano que transitaba solo por Central Park. Disparó por segunda vez, casi atinándole al condenado, pero la bala impactó en el tronco de un árbol. Las hojarascas se levantaban azotadas por la velocidad del sujeto al pasar por los caminos serpenteados del parque. Era muy rápido y la policía no lograba darle alcance.

Gritó a sus compañeros para que se dieran prisas, tenían que rodearlo, el terreno era muy amplio y las probabilidades de escapar fáciles. Así que, corrió con todas las fuerzas que le otorgaban sus piernas, lo mataría de ser posible, era un vil asesino que mató para robar o porque era un enfermo mental; desperdicios como este no debían transitar entre los ciudadanos del buen orden. Su pistola estaba lista para disparar una vez más, apenas lo tuviera en la mira. Corrió, teniendo en cuenta que el sujeto era peligroso; no debía aventurarse en atraparlo solo, pero la adrenalina lo empujaba a ir tras él; tenía que ser aquel que por meses lo buscaron en las barriadas latinas, negras, asiáticas; todo lugar que le resultara fuese un escondite para el maldito.

Fuentes –su compañero– lo llamó a través del radiotransmisor pegado en el hombro izquierdo de su uniforme, pero él no contestaba; sospechaba que, si lo hacía, el otro escucharía. Lo sentía cerca, sus pisadas eran pesadas como los de un gigante; las vibraciones se percibían debajo de sus propios pies.

Una rama crujió y el agente se volvió hacia donde escuchó el ruido; su pistola apuntaba al frente, su linterna alumbraba el camino. Nada veía.

Pero, por más que estuviese en alerta, no previno que algo muy grande le cayese encima y le gruñera de un modo que su corazón explotó en un millón de palpitaciones mortificadas y sus ojos se abrieran aterrados.

La hilera de dientes afilados de una criatura infernal, se perfilaron para despedazarlo vivo.

Los gritos del agente helaron la sangre de todo el que lo escuchó a más de un kilómetro a la redonda.

Capítulo 39

Las horas pasaban lentas.

Anna consultaba el móvil cada vez que se desesperaba por salir de la habitación; el estómago le gruñía y el aburrimiento la hacía querer derribar la puerta para respirar aire fresco. El encierro era claustrofóbico, esperando impaciente a que la señora Blanka la llamara para cenar, pero el *citófono* que conecta con –según lo que dijo esta– la cocina, no sonaba, permanecía apagado por el desinterés de los que se hallaban en los pisos superiores.

Caminó alrededor de la diminuta habitación por décima vez, ya estaba que le hacía un hueco al piso, por su ir y venir dentro de las cuatro paredes grises. Realizó lo que tenía que hacer: colgar la ropa de la maleta en el armario, guardó la maleta debajo de la cama; se acostó en la cama, la tendió, se volvió a acostar y a volver a alisar las sábanas. Se duchó, probó varios peinados que fuesen acorde con lo esperado por el ama de llaves; optó por una cola de caballo, un moño alto, uno bajo, trenza francesa, espiral. Las dos últimas le quedaban fatal, por eso no salía de las crinejas.

Media hora después de haberse marchado la señora Blanka, Rosario le trajo tres vestidos negros iguales a los de las mucamas, del que fácilmente la confundirían con estas, pero no levantó objeción, ella estaba allí para trabajar. Así que no le importaba si seguía vistiéndose con uniforme de servicio. Rosario fue amable a diferencia de Doris y Amelia, que en Kenai eran unas cotilleras odiosas, ofreció en cuanto tuviera un desahogo en sus labores para guiarla por la casa.

Pero, al parecer, se le olvidó.

El reloj marcaba la una de la madrugada y a Anna las tripas comenzaban a hacer de las suyas.

—Solo será a la cocina —se animó a decir ante la idea de salir de la habitación para buscar un poco de comida en el refrigerador; tal vez alguno de los cocineros estuviese laborando aún para pedirle un emparedado o un vaso de leche; lo que fuese que le llenara la panza.

Respiró aliviada al poder abrir la puerta, la señora Blanka ni Rosario la encerraron; por lo visto, el ama de llaves creyó en su palabra y porque su nerviosismo ocultaba lo que sentía por uno de los residentes de la casa. Se aventuró en merodear por el pasillo, lanzando miraditas de un extremo a otro, por si la pillaban andando de puntillas; en caso de que la atraparan, les diría la verdad: iba a la cocina.

Subió los escalones y abrió la puerta que la mantenía solitaria en

el sótano; avanzó unos metros y llegó hasta un recodo que se abrió al instante en otro pasillo largo; luego dobló por la derecha para, a continuación, cruzar otra vez a la derecha. ¿Por dónde iba? Se halló ante una bifurcación. ¿Cuál tomaba? Se rascó la cabeza. Cuando descendieron, ¿tomaron el de la izquierda o el de la derecha? Ay, *carajo*…

Lo pensó unos segundos y, confusa, escogió el de la izquierda.

Por algún lugar tendría que salir. Imploraba que fuese del lado correcto.

Al tomar esa ruta, se halló ante otra puerta, la abrió, agradeciendo que no estuviese bajo llave. Podría violentarla, era fácil para una loba, pero no se permitiría causar daños; se lo cobrarían y ella no estaba para reducir su salario por deudas acumuladas. De esto ya estaba curada.

Anna se inquietaba por tanto recorrido por los pasillos-tipo-laberinto; no tenían fin, aprensiva de toparse con el mayordomo, quien no dudaría en llevarla de retorno al sótano, jalada de las orejas. Se lo habían advertido: no salir de noche; aún no le explicaban si por el bien de ella o la de ellos, pero asumía que por el suyo.

Tras haber saldado otros pasos, atravesó un arco revestido de madera pulida y se halló de repente en un colosal vestíbulo.

Oh, por Licaón…

¡Wow!

Anna quedó con la boca abierta, admirando la escalera que conecta el piso superior con la planta baja. Miró el piso marmolado, extendiéndose este por todo el lugar, haciéndole meditar que, para mantenerlo pulido, las pobres sirvientas debían emplear horas de trabajo.

Suspiró.

Arriba dormían los dueños del mundo.

Entre ellos: Jevrem.

En cambio, ella…

Abajo, con las ratas.

Echó un vistazo por su rededor. ¿Y la cocina? No tenía la menor idea de hacia dónde se localizaba, al momento de su llegada, no la llevaron hasta allá, sino que la guiaron al despacho de ese antipático sujeto.

Al darse cuenta de que estaba perdida y temerosa de ser descubierta, hizo amague de volverse sobre sus pasos; su sentido de orientación era nulo y su olfato dejaba mucho que desear. Pero enseguida escuchó un quejido a lo lejos que la hizo detenerse y enfocar la vista hacia la dirección de donde le pareció provenía el lamento de un hombre como si estuviese llorando.

Rodando los ojos hacia el segundo piso y por los arcos elegantes

que daban acceso a otras estancias de los amos, se aseguraba de que nadie estuviese por ahí y se apuró en cruzar el vestíbulo.

Anna, regresa, se decía así misma, pero sus pisadas hacían lo contrario a lo que su mente imploraba. *Te van a atrapar…, luego no chille*s. Pensaba la excusa que la libraría del que la pillara merodeando fuera de la zona de servicio; diría que… ¿Qué diría? Ni para mentir era buena, cualquier excusa sería una clara mentira. La señorita Isabel le ordenó que descansara; la necesitaría al día siguiente; el señor Milenko fue enfático en lo de permanecer en el sótano y la señora Blanka le aconsejó no salir sola de noche. Ella desobedeció a todos por hambre.

El lamento masculino se escuchó de nuevo, sonaba como si estuviese sufriendo; algo decía, pero Anna no lograba entenderle.

Atravesó sigilosa el pasillo que daba hacia una puerta ancha ubicada al fondo. *Cielos*…, qué diferencia a la de los pasillos acabada de salir, este era amplio, decorado en yeso y filigrana dorada, con lienzos de personajes desconocidos a ella, colgados en las paredes. El piso de mármol dominaba su camino, y esculturas de todos los tamaños y macetas, se alineaban para robar el aliento. Aguzaba los oídos tratando de escuchar al que lloraba o se quejaba de algún dolor; no era su jefa, esta era la voz de un hombre que presumía era joven; no sonaba a que fuese viejo.

Frente a la puerta, posó la mano en el picaporte. Su mente le gritaba: «¡No lo hagas!», pero su corazón –sin entender por qué– le aconsejaba que entrara.

Giró con cuidado el picaporte y abrió.

Miró a través de la puerta entrecerrada, previniendo entrar de sopetón por si se desarrollaba alguna discusión o enfrentamiento con alguien más del que ella no captaba allí estuviese. Al fondo se hallaba un sillón de un verde oscuro frente a una chimenea encendida; se alcanzaba a ver la mano de un hombre que caía lánguida del apoyabrazos; el libro en el piso a sus pies, por lo visto leía y se quedó dormido. ¿Quién era?

Se removió. La mano se tensó.

El aroma masculino llegó hasta las fosas nasales de Anna.

El hombre sintió que una persona lo observaba, por lo que se sobresaltó y enseguida miró hacia ella por encima del respaldo del sillón.

Anna se estremeció.

—Disculpe —abrió más la puerta—, buscaba la cocina. Me perdí…

Jevrem se puso en pie, arreglándose rápido el cabello desordenado y limpiándose el sudor de la frente. Sus mejillas estaban húmedas, avergonzado de que lo hayan escuchado llorar. La maldita pesadilla fue tan real…

—Pasa.

—Disculpe despertarlo, yo, eh… buscaba la cocina. Ya me voy, con su permiso. —Se volvió para marcharse a su cuarto, ahora lamentándose en su fuero interno de cómo llegar al sótano.

—Te llevo —Jevrem se acercaba y Anna agrandó los ojos.

—No es necesario, solo me indica por dónde…

—Por acá —puso la mano en su espalda y la empujó sin ser rudo para que lo siguiera. El contacto estremeció a Anna y le mandó oleadas de calor que elevaban su temperatura. *Anna, no debes perder el control, él es inalcanzable.*

Casi obligada a caminar, Jevrem llevaba a la joven hacia el área de la cocina, siendo esta una manera de él mantenerse lúcido, aferrándose a la necesidad fisiológica de la muchacha para no tener que soportar las secuelas de su pesadilla. Tras despertar, hacía una par de horas, lloró como un niño.

¿Hasta cuándo las tenía que soportar?

Le causaban severos ataques de ansiedad.

—Es tarde para cocinar. ¿Te pidieron que lo hicieras? —inquirió a la lobata mientras cruzaban el vestíbulo, de retorno hacia la zona de la servidumbre.

—Iba a prepararme un emparedado…

Jevrem la miró.

—¿No cenaste? —Ella cabeceó, apenada—. ¿Nadie te ofreció de cenar? —A Blanka la increparía por semejante desatención hacia la muchacha.

—Supongo que estarían ocupados…

—No es motivo para matarte de hambre —se molestó, sus pisadas eran largas y Anna tenía que acelerar las suyas—. Acabas de llegar de viaje y vomitaste lo que comiste. Debes estar famélica.

—Un poquito.

La cocina era otro espacio que a Anna la hizo jadear impresionada. Allí entraba su casa y el auto destartalado de su papá. La encimera central consistía en un amplio mesón de granito negro donde contenía la estufa eléctrica y una campana gigante que colgaba sobre esta para absorber los vapores y olores que expelían las cacerolas al momento de la cocción de los alimentos. Al lado del ventanal que daba hacia el jardín interno, se situaba el *desayunadero* o *merendero*, una mesa redonda vestida de mantel blanco y con frutero en el tope para decorarla. La cocina estaba rodeada de todos los implementos eléctricos de última generación que facilitaban la labor a las cocineras y ayudantes que, para Anna, debía ser un ejército que se movilizaba durante el día.

Jevrem abrió la nevera de puertas negras.

—¿Emparedado o prefieres comer algo más? —Hurgaba dentro,

removiendo hortalizas, verduras, frutas, hasta los guisos que quedaron del almuerzo y la cena.

Destapó un compartimento de plástico y olisqueó, despertándole el apetito.

—¿Quieres? —le ofreció.

—El emparedado está bien, puedo prepararlo. —Trató de hacerse de los contenedores que guardaban el jamón y el queso, pero Jevrem se negó rotundo.

—¿Uno o dos?

—Uno.

Él estudió las profundas ojeras en Anna.

—Dos, entonces. ¡Y sin protestar! —alzó la voz cuando ella intentó negarse. El hambre lo tenía reflejado en su rostro.

Sobre una tabla de picar, Jevrem preparó los emparedados: cortó lonjas de carne de res que previamente salteó en una sartén; encima de este colocó rodajas de tomate, pimientos, jamón y queso, y una porción extra de salsa del guiso del almuerzo. Las costras del pan de centeno eran gruesas, soportando la guarnición que se apilaba en su interior; luego los llevó a la tostadora que a duras penas las dos planchas se cerraban para calentar el pan.

Su desenvolvimiento apenas le tomó unos minutos.

En un plato llano sirvió dos para Anna y cuatro para él.

—Gracias —Anna los recibió sin levantar la vista. Lo tenía frente a ella, en la mesa redonda, como si Jevrem fuese un compañero del que, con frecuencia, comían juntos.

Jevrem tomó su primer emparedado y se lo zampó con voracidad.

—*Eta gueno* —expresó con la boca llena, comprendiendo Anna que se refería al buen sabor del enorme emparedado. Ella daba mordisquitos al suyo como un gatito, mientras que Jevrem comía como si tuviera las fauces de un león—. ¿Te gustó? —preguntó tras tragarse el grueso bocado, observando que la joven masticaba cadenciosa y disfrutando del buen paladar con los ojos cerrados.

—Sí, te quedó muy bueno. Gracias.

—Entonces, mastica con ganas, que parece que no te gustara.

Anna sonrió y dejó atrás las delicadezas. Mordió el emparedado hasta casi engullirlo. Ella también tenía fauces de felino de tamaño familiar.

Jevrem se carcajeó.

—¡Eso es comer! —Se había contenido. Ahora comía con confianza y le gustaba.

—Se me había pasado la hora de comer… —tomó el segundo y le dio una mordida menos efusiva. Sus mejillas ardían, Jevrem no dejaba de observarla, divertido por su rubor y por su hambre que la hacía pasar vergüenzas. ¿Qué pensará de ella por sus pésimos modales? No

comía: tragaba.

Aunque, él también.

—Por lo que veo, el té que te preparó Asunción no solo mejoró tus náuseas, sino que aumentó tu apetito. Comiste voraz.

Anna se sonrojó, que mencionara a la azafata, le hizo recordar que esta se encerró con él en el baño para retozar como dos desvergonzados.

—Fue efectivo —dijo apenada—. Lo tendré presente para cuando vuelva a casa.

—¿Piensas volver? —Se removió en su puesto—. Creí que estarías un tiempo con nosotros.

—Hasta que la señorita Isabel mejore. Ella retornará a Alaska, ¿no?

El joven beta no supo qué responder, pues lo que pasaría en el futuro entre su tío e Isabel García, solo Licaón lo sabía. Ambos pasaban por una crisis conyugal.

—Supongo.

Engulló el tercer emparedado, mientras que Anna aún estaba con el segundo, y sorbió de la Coca-Cola para pasar el bocado. Las escenas dantescas *vividas* en la pesadilla se disipaban en su mente, siendo reemplazadas por el delicado rostro de la lobata. En esta ocasión llevaba su cabello oscuro, recogido en una cola de caballo, resaltando sus pómulos altos, su mentón delgado; la estudiaba en silencio mientras comía, ella no se daba cuenta de que era objeto de su atención por estar con la vista clavada en su plato, claramente tímida por estar en su compañía. Qué bonita era Anna, sus rasgos eran suaves y simétricos, como el rostro de una incipiente modelo de catálogo: cuello delgado, nariz pequeña, labios…

Atacó lo que quedaba de su emparedado, llenando su boca para saciar las ganas que de repente en él despertaban.

Tentadores.

No te gustan las niñas, se repetía para sus adentros cada vez que la miraba. Ella era intocable.

Prohibida.

—¿Te alojaron bien? —preguntó para espantar los pensamientos lujuriosos que escandalosamente pasaban por su cabeza.

—Sí…

Frunció el ceño.

—No respondiste con entusiasmo. ¿Te asignaron con alguien que te disgusta?, ¿alguna quejica? Dime y hablo con Blanka. Te darán una habitación para ti sola.

—Ya la tengo.

Sin embargo, el modo apático en cómo respondió la joven morena, levantó suspicacias en el beta.

—¿Adónde te alojaron? —inquirió a la vez en que tomaba otro sorbo de su bebida. Los años que tenía yendo a Long Island, le permitieron conocer cada metro cuadrado de la casa de su difunto abuelo Stanislav. Las habitaciones de la servidumbre eran pequeñas y sencillas, con escasa vista al exterior. ¿En cuál de estas el ama de llaves le asignó?

—En el… Eh… s-sótano.

Jevrem casi escupe la Coca Cola.

—¡¿Qué?! —lo dejó atónito, comprendiendo lo que significaba dormir en el sótano.

Se limpió los labios húmedos con el dorso de los dedos, mientras escaneaba a Anna. ¿Acaso ella…?

—¿Por qué allá? —Quiso saber, causando que Anna enrojeciera más de la cuenta—. ¿Estás enferma? —sería lo más probable, pero ella negó con la cabeza; sus ojos apartados de su curiosa mirada—. ¿Estás…? —La observó, sorprendido por no haber captado alguna señal de estar con las hormonas alborotadas. Esto le recordó a Vernon que se excitó al olfatearla en el ascensor del hospital; debió captar el olor de su intimidad.

Anna recogió los platos y los llevó hasta el fregadero que se hallaba a unos pasos de la encimera central para darse tiempo de responder y huir de su aplastante mirada, pero Jevrem la siguió, ubicándose él a su lado para ayudarla a «secar la vajilla».

—¿Es por…? ¡No estoy en celo! —rápido aclaró por si conjeturaba, aunque *estaba por darle*—. Es por… —le incomodaba tener que estar dando explicaciones a un chico, que ella llenó la esponja de jabón líquido más de lo requerido para remover las minúsculas partículas de pan que quedaron en el plato. ¿Cómo le decía sin que su rostro se tornara como un tomate?

—Por ser virgen —adivinó él lo que a la joven le costaba responder.

Las mejillas de Anna ardieron.

—Ajá…

Fantasías sexuales de tener a la lobata atada a la cama con las piernas abiertas para él, lo asaltaron sin piedad, *endureciéndose* en el acto.

El sentido moral lo increpaba, recordándole que Anna Morris era menor de edad y, el sentido primario, aquel que le hacía palpitar su hombría, le susurraba que era una hembra lista para ser tomada.

—Tu cumpleaños es el mismo día que el mío, ¿cierto? —echó memoria del año pasado en que el personal de servicio la felicitaba el mismo día en que él celebraba el suyo: 30 de septiembre. Solo que había una diferencia entre ambos de ocho años.

—Sí.

Él puso las manos a cada lado del fregadero, encerrando a la muchacha entre su pecho y la encimera. En unos días él cumpliría veintiséis y ella dieciocho…

—Cuándo requieras de un hombre… —aspiró la línea de su cuello—, me llamas —expresó enronquecido y pegado a su espada. Pero tuvo la consideración de no hacer notar su excitación varonil, pegándola a su trasero.

Anna se estremeció y Jevrem parpadeó de lo que le había propuesto. ¿Qué le pasaba? Incumpliría con lo acordado con su tío Everett.

Por otro lado, Anna quedó estática. Ni el mayordomo o el ama de llaves, o quién fuese el que pretendiera mantenerla apartada de los apetitos carnales de los machos residentes de la casa, no pudieron prever que el joven amo la había acabado de reclamar para que le diera la primera noche de placer. Cuando un beta o un alfa posaba los ojos en una *primeriza*, nadie se la disputaba.

En cuanto parpadeó para reaccionar a su ardiente ofrecimiento, Jevrem desapareció de la cocina como si se hubiera esfumado como un fantasma. Anna quedó temblorosa y con la boca abierta. ¡¿Se había ofrecido a ser él, el que la desvirgara?!

Por Licaón…

Las probabilidades de mantener su control a raya se irían por el desagüe a la primera *calentura* que su cuerpo sufriera.

Capítulo 40

Isabel vacilaba en llamar.

Pensaba en las probabilidades en que a Camila le diera un infarto si la observaba en esas condiciones, gritando mortificada y a la vez furiosa porque a ella nadie le dijo nada.

O le borraran la memoria.

Supo que la anciana voló hasta Alaska para saber de ella y de Everett, quienes de ellos las autoridades y los médicos se reservaban hacer declaraciones a la prensa y a los allegados de los sobrevivientes. Camila estuvo acompañada de Conroy Spencer, su viejo enamorado y, del que a Isabel la ayudó en varias ocasiones. Pero ella, estando desfigurada por las quemaduras, no permitió que la vieran así. Everett los hipnotizó y mandó de vuelta a Nueva York, borrando, aunque fuese por unas semanas las angustias padecidas. Sin embargo, el temple fuerte de Camila, la hacía recordar rápido y telefonear al móvil que Isabel había dejado en el despacho de la mansión de Kenai antes de subir al helicóptero.

Everett tuvo que recurrir a sus primos residentes en la ciudad metropolitana para que la aplacaran cada tres días y así mantenerla en constante hipnosis.

Ahora Isabel no sabía qué hacer.

La extrañaba y no quería dilatar por más tiempo el de contarle a su amiga todo lo sucedido desde que conocía a Everett.

Las risas de Erik capturaron su atención, sentada ella en un sillón del que Kevin le trajo para que estuviese cómoda, admirando la vista al mar, en el balcón del dormitorio principal. Erik reía a las muecas que hacía Anna, ambos tirados en el piso en una misma manta, para que él rodara su cuerpecito y sintiera la dureza bajo su espalda. Pataleaba divertido por los gestos de la niñera; Anna inflaba los cachetes y soltaba el aire como si se desinflara un globo. Ángel acaba de ser recostado cerca, también sobre otra manta; Esther –la nodriza– estaba sentada con las piernas cruzadas, junto con Anna, tratando de hacer reír a Ángel, pero este prestaba atención a las carcajadas *desdentadas* de su gemelo.

Envuelta en su velo blanco, Isabel los observó un rato, levemente movida la silla hacia ellos; de ese modo admiraba el paisaje marino y a sus hijos, sin tener que volver su torso a cada instante y del que solo giraba su rostro de un lado a otro. Miró su móvil y se mordió los labios, meditando en lo que era conveniente en hacer: escribió un mensaje de texto a Camila, comenzaba con un «hola» y hasta ahí llegó

la escritura. Lo borraba, luego escribía: «Tenemos que hablar».

Lo borró.

Se leía alarmante.

Tomó una respiración profunda, el aire proveniente del Atlántico, ensanchó sus pulmones, ralentizando el martilleo en su corazón. Tenía que ser valiente, ella estaba en la obligación de contarle la verdad o pasarían años hasta que volviese a ver a su amiga. Era consciente que se enfrentaría a una increpación y a lágrimas furiosas por parte de esta; estaba dispuesta a soportarlo, pero temía que, al contarle todo, la pusiera en peligro.

¿Qué tan quisquillosos eran los hombres lobo con respecto a contar su existencia a los humanos?

A pesar de esto, sentía que debía hacerlo.

—No estás tan horrenda; lo soportará… —pensó que no caería patas arriba al verla *rostizada*.

—¿Decía, señorita Isabel? —Anna preguntó al alzar la vista hacia la híbrida, quien lucía pensativa. Esther también la miró, por si había dado alguna orden y no la escucharon. Ángel y Erik intercambiaban miradas, reconociéndose y tocándose con sus manitas alargadas.

—Tarareaba una canción —mintió para no dar explicaciones. El móvil en su regazo, manteniendo abierta la mensajería de texto.

Anna y Esther se daban cuenta que «el tarareo» no era por alguna canción que tenía clavada en la cabeza, sino que estar apartada de su compañero la tendría entristecida. Pero ninguna expresó nada ni la cuestionó, permanecían calladas, respetando que se reservara para sí lo que la oprimía por dentro.

Isabel tomó una decisión.

—Los bebés necesitan rayos de sol, llévenlos al jardín lateral antes de que haga más calor. —El clima matutino le dio por sofocar, retrasando más la venidera frialdad del otoño. Aprovecharía estar sola para hablar con Camila.

—Sí, señorita —Anna tomó a Erik y lo alzó. Ester hizo lo mismo, pero se aseguró de llevar consigo una manta, en caso de que Ángel sintiera frío.

Las dos empleadas se marcharon de la habitación, rumbo al jardín lateral, donde serían vigiladas por la madre de los lobeznos desde el balcón y la docena de pares de ojos que se mimetizaban hasta en los arbustos.

Mientras bajaban por las escaleras, Jevrem entraba por la puerta principal, siendo evidente que provenía de alguna parte de la isla o de la ciudad. Anna bajó la mirada y descendió con algo de prisas para no saludarlo ni tener que pasar por la incomodidad de soportar sus abrasadores ojos negros; simuló que acomodaba la cinta pegante del pañal de Erik, siendo seguida por Esther que mantenía la boca abierta,

embelesada del lobo acabado de entrar. Pero Jevrem estaba igual de incómodo que Anna, pues al darse cuenta de la propuesta a la adolescente, abandonó la casa para ordenar sus pensamientos, visitando a Maya, de quien supo cuando esta lo telefoneó hacia unas semanas para informarle de su paradero en caso de que a él le diera por visitar Nueva York. Entre Anna y Jevrem, ninguno de los dos propició un saludo o sonrieron, pese a que la noche anterior compartieron unos emparedados como si fuesen amigos, esa mañana actuaban como desconocidos; más bien, como amo y empleada, yendo cada uno a sus propios destinos.

Jevrem a darse una ducha.

Hedía a sexo.

Mientras tanto, Isabel marcaba el número telefónico de Camila y esperó a que respondiera. Su corazón golpeando incesante.

—*¡Muchacha, estaba por llamarte! ¿Estás bien? Los noticieros no dejan de reseñar lo del accidente. ¿Tú ibas ahí? ¿Estás bien?* —Camila lanzaba un torrente de preguntas angustiadas; por lo visto, el sometimiento mental que aquellos lobos debían ejercer sobre ella poco funcionaba; cada vez era menos efectiva la hipnosis que la mantenía obnubilada.

—Estoy bien —contuvo un sollozo. Su voz comenzaba a agrietarse por las ganas de llorar. ¡Le daba tanto gozo escucharla! Ni a su propia madre extrañaba tanto como a esa estupenda anciana—. Fue un desperfecto —comentó la versión oficial dada a los medios—. Everett está bien; nos llevamos un susto.

A través de la línea telefónica Isabel escuchó que Camila soltó el aire de sus pulmones, quizá aliviada de que no haya sido grave y que lo dicho en las redes sociales fueran especulaciones.

Ella vio el vídeo.

El que luego desapareció de todos los dispositivos, sin que nadie lograra obtener otro para tener como pruebas evidentes de la insólita recuperación del acaudalado inversionista.

—*Imagínate cómo estuve, que…* —enmudeció un instante—, *que… Bueno, vi las noticias y quedé mortificada. Te llamé muchas veces.*

—Perdona, había dejado el móvil en casa de Everett —no dijo en cuál—. Estuve unos días hospitalizada —una media verdad, midiendo para saber hasta dónde Camila recordaba.

—*Fue un milagro. El helicóptero quedó inservible.*

—Fue… —iba a decirle que se había incendiado después de que los bomberos aeronáuticos los rescataran, pero consideró que sería peor mentirle. Ella tenía que saber—. Camila, estoy en Nueva York.

Sonido de algo que se cayó, acompañado de una palabrota.

—*¡¿Desde cuándo estás en la ciudad?!*

—Llegué ayer al atardecer. Estaba agotada por lo del vuelo;

disculpa no haberte llamado.

—*¿Y dónde estás? ¿Con tu mamá?*

—Estoy en los Hamptons.

—*Dame la dirección, voy para allá.*

Isabel sonrió, sabía que eso pasaría. Camila sería capaz de surcar el océano a nado para asegurarse de que ella estuviese bien.

—Oye, hay algunos aspectos de mi vida que debo contarte y son delicados…

—*Dime.*

—Por el móvil, no. En cuanto vengas.

—*Huy, qué misteriosa. ¿Te metiste en líos por lo de…?*

—Camila…

—*Está bien. Cancelo la clase de las diez y salgo para allá. Prepara café y muchas galletas, porque al parecer la cotilla es jugosa.*

Más que «jugosa».

Aterradora.

Isabel oprimió el botón de «colgar» y suspiró mientras contemplaba apesadumbrada el océano. Era consciente del riesgo al decirle algo tan delicado como la existencia de los hombres lobo, pero necesitaba del apoyo de su amiga y, a base de mentiras, no podría ayudarla.

Recostó la cabeza en el respaldo del sillón y se distrajo mientras observaba a Anna y a Esther pasear a los bebés por los alrededores. En apariencia, Esther era veinte años mayor que Anna, pero su verdadera edad oscilaba los setenta. De esta nada sabía, salvo que era atenta y reservada. La señora Lourdes –la otra nodriza– tenía el día libre, por lo que Esther se encargaría de la lactancia de los gemelos. Los rosales que rodeaban el jardín le traían recuerdos del que una vez fue agradable y ahora eran amargos; quién le iba a decir que el sujeto que le envió el ramo de gigantescas rosas aterciopeladas, la haría tan desgraciada. Durante diez minutos más permaneció abstraída en sus pensamientos, sonriendo a sus bebés desde el balcón. Anna les indicaba que *mami estaba arriba* y debían decirle «hola» con la mano. Erik, a pesar de ser pequeño, intentaba imitarla, pero Ángel solo se limitaba a alzar la mirada y sonreír.

Tocaron a la puerta.

—Adelante, Jevrem. —Se aseguró de que el velo cubriese las partes quemadas de su rostro para que el otro no se impresionara. El olor corporal del lobo se percibió a través del bordillo de la puerta. El olfato de Isabel mejoraba, antes ni percibía teniéndolo cerca.

—¿Cómo pasaste la noche? —preguntó él tras entrar a la habitación. Su cabello estaba húmedo, clara evidencia de haberse recién duchado.

—Si te refieres a, si dormí bien: sí —lo que era cierto—. Estar con

mis hijos, me tranquiliza.

Jevrem caminó hasta donde ella se hallaba sentada y posó una mano en el barandal del balcón, dio un rápido vistazo a las lobas que estaban en el jardín lateral de la mansión y enseguida les dio la espalda para no observar a la más joven. Aún le costaba creer el comportamiento que él tuvo anoche. Anna estaba fuera de su alcance.

—Esto le complacerá a mi tío. Él…

—Por favor —Isabel levantó la mano para interrumpirlo—, no lo menciones. Complácete por mí, no por él.

Jevrem asintió, la inquina que se levantó entre esos dos era grande.

—¿Volverás? —dejó la pregunta flotando para que ella captara a lo que se refería: volver a su compañero sentimental algún día.

Cabeceó.

Su mirada esquiva.

—¿Qué harás cuando tus hijos crezcan? Sola no podrás.

—¡Sola, podré! —exclamó molesta—. Tendré las fuerzas suficientes para educar a dos jóvenes maravillosos. Haré de ellos, hombres de bien que aman y respetan a las mujeres —no machistas como su padre.

Jevrem escuchaba que Anna les hacía juegos a los lobeznos y que estos se divertían. El cosquilleo que le producía el sonido de la voz de la muchacha, le hacía querer volver el rostro sobre su hombro hacia ella y observarla detenidamente. Pero se obligó a cruzarse de brazos y mantener la vista fija en Isabel, quien lucía entristecida y al mismo tiempo con un fuego en sus ojos ante la certeza de criar a un par de lobeznos sin el apoyo de su pareja. Sería un reto para ella.

Isabel era la que importaba en su vida.

—Claro que los formarás con aplomo —convino—, pero te enfrentarás al desarrollo de metamorfos: la primera conversión es traumática si no cuentas con el apoyo de la familia. Las veces que esto ha sucedido se tornan agresivos, inestables en sus acciones, mentirosos y rebeldes.

—Como los adolescentes.

—Pero metamorfos.

—Soy metamorfo, ¿recuerdas? Les daré de nalgadas, de ser preciso —comentó con socarronería. Por supuesto, jamás emplearía la violencia contra Erik y Ángel, ella sufrió y hasta Arturo, pero de nada les valió a sus padres la rigidez en la crianza; ella los detestaba y Arturo se convirtió en un delincuente.

Jevrem se acuclilló para estar a su altura; Anna –que pasaba frente al balcón– observó el cariño de Jevrem hacia la joven ama.

—Es tu decisión si no vuelves. Pero no tienes por qué estar sola, estaré siempre para ti y para mis primos.

—Gracias —apenas le sonrió, sin dejarse llevar por el momento de rodearle el cuello y decirle que era el mejor lobo que ha conocido. Ya uno le expresó algo por el estilo y la decepcionó; dejó de ser crédula y soñar despierta, vería lo que el futuro cercano le deparara; sus amores incondicionales serían Ángel y Erik, de los que se convertirían en lo que esperaba que fuese los hombres. Los criaría y daría la vida por ellos.

Se cansó de estar sentada, posando sus manos en el apoyabrazos del sillón. Rechazó la ayuda para ponerse en pie y, cuando se acercaba a la cama, se volvió hacia Jevrem para informarle:

—En unos minutos vendrá una vieja amiga; por favor, déjenla pasar.

Jevrem ingresó al dormitorio, curioso por quién podría ser.

—Es Camila Wilson —Isabel agregó a la vez en que abría el guardarropa para ponerse un vestido que la hiciera lucir mejor, sin lastimar su piel—. Ya debes saber quién es ella, puesto que me vigilaste un tiempo —se refirió a la época en que Jevrem fue *los ojos* y *los oídos* de Everett, mientras este estuvo recuperándose de la caída en el Mastrangelo.

—Isabel, ella te verá así…

—Así es —acomodó el velo que caía por encima de su hombro. Que ninguna de las quemaduras estuviese a la vista de nadie.

—¿Qué le vas a decir? —La mitad de la mirada de Isabel le revelaba que le diría más de lo permitido—. ¡No puedes hacerlo!

—¿Por qué no?

—Está prohibido.

—¿Por quién?, ¿por Everett? —Soltó un resoplido sin tenerle cuidado el disgusto que al otro le causaría. Ya quisiera tenerlo al frente para encararlo.

—Por los Alfas Mayores. Es ley sagrada mantener el secreto: ningún humano debe saber.

—Ella sabrá.

—Isabel.

—¿Serás tú el que se vaya de lengua con Everett o esos sujetos mayores?

—Alfas Mayores —la corrigió—. No, no le diré, pero los servidores de esta casa podrían hacerlo. Milenko o Blanka son leales a él, no a ti.

—¿Y qué van a decir? —Desechó un vestido de tirantes, devolviéndolo al armario de mala gana y luego puso las manos en la cintura de manera desafiante—. A menos que peguen la oreja en la puerta. Jevrem, Camila es de fiar, es una mujer reservada, por lo que no andará por ahí de cotillera.

—Es humana.

—Y es mi amiga, la quiero como si fuese mi madre. Fin del asunto.

Jevrem asintió ante el tajante término de la conversación y para acatar el mandato.

—Me mantendré cerca para alejar a los curiosos. Si tu amiga se escandaliza, la hipnotizas para que no grite. Después tomaremos medidas.

Los ojos de la morena se entrecerraron ante lo comentado, olvidándose por un instante de la ropa que vestiría. Durante el día ella usaba batas de dormir y calzaba pantuflas como ama de casa haragana.

—¿Qué medidas? —esperó la respuesta, pero Jevrem no dijo nada —. ¿Qué medidas: matarla o morderla?

—Es muy vieja para convertirla. Sería incontrolable.

—Como yo.

—Peor que tú. Los ancianos híbridos son los que menos obedecen por creerse «mayores» que los más jóvenes. Se dejan engañar por la inusitada fuerza que adquieren.

Isabel imaginó a Camila gruñendo a Everett por todo lo que a ella le hizo sufrir, que hasta sonrió por lo divertido que resultaría. Una buena mordida en el culo el otro merecía.

Capítulo 41

El Jaguar estacionó frente a una inmensa mansión.

Camila la admiraba con la boca abierta, tras bajarse de su deportivo plateado. Ese Everett Brankovic tenía mucho dinero: vivía como los reyes en una urbanización de ricos. La fachada principal se asemejaba a la entrada de un palacio, con un colosal pórtico de columnas dóricas para que la realeza estuviese bajo techo apenas descendiera de su limosina.

Una mujer pelirroja y robusta salió a recibirla, en una pose estirada, pero con la curiosidad titilando en sus ojos avellana, como si para sus adentros se estuviera preguntando, ¿y quién demonios es esta plebeya?

—Buenas, soy Camila Wilson. Isabel García me está esperando.

—Por supuesto, adelante. Sígame, por favor.

Blanka cerró la puerta tras de sí y la condujo hacia el ala este de la casa, asumiendo que la llevaría a una de las salas que se vislumbraban frente a los impresionados ojos de la anciana. Camila la seguía sin dejar de admirar la amplitud del interior de la mansión, de la espectacular escalera que daba hacia los pisos superiores, con la más fina madera pulida, así como también el piso de mármol lustroso bajo sus pies, las lámparas de araña que colgaban del techo del vestíbulo principal, las salas hacia donde creyó la conducían por el pasillo a su derecha, pero que la llevaban hacia un pasillo más retirado y, del que al final, una puerta ancha bloqueaba el camino.

—Aguarde aquí, la señora bajará enseguida —el ama de llaves indicó después de hacerla ingresar a una habitación que, en un principio Camila no detalló por estar arreglándose las ropas. Puede que ese hombretón estuviese allí con ella, acostumbrado a tratar con personas remilgadas y muy bien vestidas.

En cuanto alisó su blusa y aplanó los mechones de su cabellera canosa, jadeó.

La mujer no la llevó a una sala apartada con mobiliario que parecían sustraídos del Palacio de Buckingham, por lo antiguo y refinado que lucían los que acabaron de pasar, sino que la llevó hasta una biblioteca de ensueño.

—De aquí jamás saldría —expresó pasa sí misma, pero Blanka esbozó una desdeñosa sonrisa. Bípedos…

—Siéntese. ¿Desea una taza de té? —ofreció para que la visita de la señora Isabel estuviese cómoda.

—Café, si no es mucha molestia.

Lo es, pensó Blanka, le desagradaban los humanos. No obstante, acató el mandato con un asentamiento de cabeza.

Tras cerrar la puerta, Camila paseó por la biblioteca para deleitar la vista, antes de que Isabel llegara. ¡Cuántos libros! Había miles alineados en estanterías talladas en madera y del que conjeturaba sobrepasaban los cien años de haber sido construidos. Una escalera caracol también en madera, permitía al propietario o a los residentes, ascender a la segunda planta, donde más estanterías se hallaban. El lujo la desbordaba y el buen gusto también. ¿Qué libros tendrían allí acumulados? Primeras ediciones de tomos famosos, sin lugar a duda y hasta firmadas por los propios autores. Un sueño hecho realidad para todo amante de la lectura.

Sonrió al observar que una espectacular lámpara de araña de doce brazos colgaba hasta llegar al primer nivel y que otras de dimensiones más pequeñas se ubicaban en puntos estratégicos donde la belleza y la luminosidad dejarían sin habla al espectador. Hasta había una chimenea de piedra y madera, del que estuvo encendida la noche anterior, a juzgar por los leños calcinados y que aún olían.

—¿Qué tienen aquí? —Se acercó a la estantería a su izquierda y leyó los títulos de los libros agrupados por colecciones; algunos en alemán, otros en italiano, portugués, chino y también en lo que parecía coreano—. Vaya… ¿El *barbalargón* es políglota?

Tomó uno de la colección escrita en italiano, solo por mera curiosidad, ni una partícula de polvo reposaba sobre sus páginas cerradas ni en la pasta de cuero ocre y letras doradas; de hecho, todo lucía limpio, pulido…

Entonces, la puerta de la biblioteca se abrió y de esta emergió una mujer que usaba pantuflas afelpadas y vestido holgado, cuyo rostro lo mantenía a medio ocultar con un velo blanco.

Camila dejó caer el libro, al percatarse de quién se trataba.

—¡¿Isabel?! —Retrocedió perpleja de lo que observaba, golpeando su espalda contra la estantería detrás de ella; los libros ni se estremecieron, pues estaban apretados unos contra otros—. ¿Qué…? ¿Qué…?

—Tranquilízate, estoy bien —Isabel expresó mientras avanzaba hacia la estupefacta anciana. Caminaba lento, siendo seguida por un moreno alto y guapo que miraba a Camila con seriedad por no tener las manos quietas.

Los ojos de esta se cristalizaron y su corazón se estrujó al contemplar mortificada a la joven que se afanaba por cubrirse el rostro con el velo.

—Te quemaste… —no observaba ninguna quemadura, pero conjeturaba que debía tener muchas por todo el cuerpo, según la dolencia al caminar y el modo en cómo Isabel se cubría. Del

helicóptero estrellado no salió indemne—. Te quemaste —llevó sus manos a la boca, sintiéndose de lo peor por haber estado al margen de lo que esta sufrió—. ¿Por qué no me lo dijeron? —comprendía que Isabel, por estar convaleciente de sus heridas, no le haya dicho nada, pero ¿y el prometido?—. ¿Por qué no me dijeron? —repetía la pregunta con ganas de abrazarla con fuerzas y llorar sobre ella, acongojada de verla de esa manera.

Isabel alzó la mano –enguantada– y le indicó que se sentara en uno de los mullidos sillones de cuero verde oscuro, ubicados en el centro de la biblioteca, mientras que hacia el norte se hallaba el escritorio que sería la envidia de hasta la reina de Inglaterra.

Camila tomó asiento, bañada ella en lágrimas por su amiga. Después de todo, lo que se especulaba por las redes era cierto: hubo víctimas y entre estos estaba Isabel, quién sufrió graves quemaduras.

Observó entristecida cómo el joven moreno –con cierto parecido a Everett Brankovic– la ayudaba a sentar en el sofá de dos puestos; en ese momento la pelirroja entró, portando una bandeja de plata y depositó la taza de café en la mesita central del juego de sillones.

—Señora, ¿desea tomar café? —consultó con deferencia a Isabel, esta cabeceó y le ordenó que se marchara. A Camila le desagradó que llamaran «señora» a una joven que apenas estaba prometida en matrimonio, pero no hizo ningún comentario al respecto, era costumbre de esa gente llamar a los propietarios «señor», «señora», así tuviesen veintidós años.

El ama de llaves recogió el libro y lo devolvió a su lugar, mascullando una serie de increpaciones para sus adentros, molesta por esa humana que al parecer estuvo *toqueteando* todo. Jevrem la siguió al marcharse y cerró la puerta para que ambas mujeres hablaran con tranquilidad.

Camila se levantó y rodeó rápido la mesita central para sentarse al lado de Isabel. Tomó una de sus manos enguantadas en encaje negro y lloró por lo que esta padeció hacia un par de meses.

—¿Por qué no me dijiste?

—No estaba preparada para que me vieran así.

—Yo te habría apoyado, habría estado a tu lado en el hospital… —esto la hizo meditar—. ¿Dónde estuviste hospitalizada?

—En Anchorage, donde ocurrió…

Camila tenía los recuerdos revueltos. ¿Ella estuvo alguna vez por allá?

—¿Y tu prometido? ¿Él también…?

—Tuvo algunas —se refirió a las quemaduras y procuró mantener tapadas las suyas con el velo—, pero fueron leves. Ahora está bien.

—Tú, no.

Isabel medio sonrió.

—Lo estaré.

Camila depositó un delicado beso en el dorso de la mano enguantada de la muchacha y sonrió estando de acuerdo. ¡Claro que lo estaría! Ella se encargaría de que se recuperara.

—Conozco algunos cirujanos plásticos que te borrarán esas cicatrices —dijo—. Son costosos, *los malditos*, pero de manos milagrosas. Los llamaré, ¡y no te vas a negar! Te evaluarán y, lo que cobren, correrá por mi cuenta —así tuviese que vender su casa y el Jaguar, ella le pagaría la cirugía.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de la muchacha.

—Te lo agradezco, aunque no será necesario en cuanto al costo, ya me han operado… —si bien, toda ayuda que acelerara su regeneración era bienvenida, lo propuesto por Camila de nada valdría. El doctor Pavlovic le comentó que cualquier intento de cirugía, sería ineficaz si las capas más profundas de la piel no se regeneraban primero, para que los tejidos se adaptaran a los injertos.

—¡Y no me habías dicho! —la gritó molesta—. Isabel, soy como tu mamá. Debiste decirme para ayudarte con la recuperación postoperatoria; por cierto, ¿y doña García está enterada? —Se mordería los codos de la rabia si aquella arpía interesada se enteró antes que ella.

Isabel cabeceó.

María Teresa le habría escupido que se lo merecía por retozar con el diablo.

La hipnosis de Everett, para mantenerla con la boca cerrada, la tuvo controlada unos meses, pero luego sufrió ataques de ansiedad del que ha estado medicada.

—Qué bueno, esa vieja… —se mordió la lengua y sonrió apenada —. Lo importante son las personas que te apoyan, no los que te causan disgustos por no tener el cheque al final del mes.

»Isabel, el accidente aéreo, ¿fue provocado por alguna discusión? Ni creas que he olvidado para qué me pediste vender parte de las acciones de la academia —agregó cuando Isabel intentó interrumpirla para expresarle que fue por el «desperfecto» y no por estar riñendo con Everett—. En realidad, ¿para qué fue ese dinero?

—Para lo que te dije: para ayudar a una amiga a saldar una deuda.

Camila se puso en pie y caminó por el lugar para evitar escupir sapos y culebras, a ella no la convencía todo ese enredo con los cuarenta mil dólares y el empeño del anillo de compromiso. Le sonaba a estafa e Isabel era muy ingenua al confiar en las personas. Existía mucha maldad.

—Y tu prometido no quiso prestarte… —comentó con certeza ante la actuación benevolente de la otra. Recurría a terceros para que sacaran del atolladero a una que estaba con la soga en el pescuezo.

—Él tuvo sus motivos.

—Cuidar de su propio dinero: nunca prestes al que tiene por costumbre endeudarse, porque jamás recuperarás un céntimo —palabras sabias aprendidas de su padre de noventa y ocho años.

—El caso de Anna es diferente.

Camila se volvió.

—¿Anna? ¡Ah, sí!, así se llama… —hizo memoria, cayéndole pésimo la supuesta «amiga», de la que dudaba su deuda fuese por morosidad con el banco, sino por deberle a sujetos peligrosos—. ¿Estás segura de que no estaba conectada con mafiosos? Esa gente es vengativa.

—¿Por qué?, si le pagaron...

—O sea que el lío era con mafiosos.

Isabel cerró los ojos y respiró profundo para tomar el control de la situación. Camila era sagaz para sacar información, más de lo que ella debía proporcionarle.

—Lo de Anna fue un incidente desafortunado que nada tiene que ver –aunque lo pareciera– con la caída del helicóptero. Murió el piloto y, Everett y yo, sobrevivimos de milagro.

Se removió en su asiento, puesto que, de repente ella analizaba que no solo intentó matar a Everett por sus hijos, sino que mató al piloto.

Se le hizo un nudo en la garganta.

A fin de cuentas, era una loca asesina.

La anciana se mordió el labio y volvió a sentarse junto a Isabel, cuyo velo procuraba mantener sobre la calvicie y la mitad del rostro.

—Lamento escucharlo. ¿Eran amigos? —Isabel cabeceó a punto de llorar por la sangre que tenía en sus manos. Era una asesina—. Aun así, es una vida que se extinguió; también lamento que tú y tu prometido salieran heridos. —Enseguida pensó en que este brillaba por su ausencia—. ¿Y él? ¿Dónde está?

—En Alaska.

—¿Y qué hace allá, que no se preocupa por su prometida? Y no me digas que «los negocios lo mantienen ocupado», será miserable si es así. —La joven bajó la mirada y esto a Camila la inquietó—. Isa… ¿Everett está bien? —Tal vez estaba conectado a alguna máquina por un coma profundo o sus quemaduras eran peor que las de su prometida.

—Lo está, pero él y yo… —carraspeó— terminamos.

—¡Será hijo de puta! —gruñó sin medir la indignación. Típico en los hombres cuando una mujer padece una enfermedad incurable o se desfigura el rostro, dejan de concebirla atractiva y el enamoramiento del que una vez sintió, de repente se esfumó.

Ignoraba ella que, del otro lado de la puerta, Jevrem escuchaba

cada airada palabra. La anciana era malhablada, pero leal a Isabel. Y, si era amiga de esta, lo sería para él también.

—Yo lo terminé, no quería nada más con él.

—¿Por qué? —Se interesó en saber. La taza de café, fría y olvidada.

Isabel soltó un suspiro apesadumbrado.

—Porque ya no congeniábamos: él quería que siguiera su camino, olvidándome del mío.

—Pero estás aquí, en su casa… —en una situación diferente, ella habría exclamado: «¡Hiciste bien!, que se vaya a fregar espárragos a la China, tú haz lo que te dé la gana». Pero que él le proporcionara la casa para que se recuperara, indicaba que albergaba esperanzas de salvar la relación.

El ojo visible de la muchacha miró a Camila y luego volvió a posarse sobre su regazo. Estrujaba la tela de su vestido con nerviosismo.

—Es porque… —lo pensó—. Es… Camila, lo que te revelaré a continuación, no puedes comentarlo a nadie; ni siquiera al señor Spencer. Júramelo.

—Me inquieta que me hagas jurar.

—Solo así te diré.

La otra se preocupó.

—¿Te tiene amenazada?

—No.

—¿A él lo tienen amenazado?

—No.

—¿A los dos los tienen amenazados?

—No…

—¿Qué tengo que jurar?

—Un secreto.

Camila se acomodó en el asiento. Hubiera preferido aceptar el té, en vez del café, del que ni tomó un sorbo para no empeorar sus nervios.

En vista de que Isabel no soltaba prenda hasta que ella la complaciera en ese pedido, puso una mano en su pecho y la otra la levantó para jurar solemne lo siguiente:

—Juró no abrir la boca a lo que me digas. ¡Listo! Ahora, dime.

Isabel se giró leve hacia la puerta.

—Jevrem, dile a Anna que traiga a mis hijos. Solo ella y tú, por favor.

Camila se quedó mirando a la puerta de la biblioteca, esperando que del otro lado asomara la cabeza algún sujeto o el muchacho de zancas largas. Pero nadie se asomó ni respondieron a que obedecerían.

Un momento…

¿Ella dijo «mis hijos»?

—¿Hijos? ¿Adoptaste o son los de Everett? Por eso te permitió estar en su casa: para que cuidaras de sus hijos mientras tú… ¡Ay!, que cuando lo vea…

—Son de Everett y míos.

Camila le obsequió una afable sonrisa.

—Yo sé que debe ser así, cariño. Amamos los niños de otros como si fueran nuestros. —Ella una vez fue madre. Su pequeña de seis años murió de leucemia.

—No, Camila. Son *míos*.

Ella frunció el ceño y, en ese instante, una jovencita cargaba a un bebé pequeño con Síndrome de Down y el joven –que cerró la puerta tras de sí– sostenía a uno regordete. El parecido entre ambos bebés era notable, pero con la desdicha de que uno tenía un defecto congénito que lo diferenciaba del más grande.

—Yo también los consideraría míos, son hermosos —se levantó para observarlos mejor y puso cara de abuelita fascinada de sus primeros nietos. Se notaba cierta semejanza con el padre: cabellos y ojos marrones, cejas pobladas, mirada fuerte. Aunque también tenían un parecido con los rasgos de otra persona que a Camila la inquietaba —. Se parecen un poco a…

—A mí —Isabel terminó por ella.

Camila asintió. El regordete se tallaba los ojos y bostezaba como si le hubieran interrumpido el sueño y el menudito le sonrió con esa inocencia tan propia de los seres con el corazón puro, que se conmovió hasta las lágrimas.

Le dio a cada uno, un beso en la frente. El regordete movió su naricita como si estuviese percibiendo su perfume de Coco Chanel y el otro explayó más la desdentada sonrisa.

Los adoraba.

—¿Son tuyos?, *¿tuyos?*, ¿tuyos? —Se limpió las lágrimas mientras sonreía apenada a la jovencita de uniforme negro y al guapo moreno, por haber dado muestras emocionales frente a estos como una vieja llorona.

—Sí.

—¿Pagaron un vientre de alquiler, del que tampoco me dijiste nada? Oye… ¿Cuándo conociste a Everett? —la pregunta era muy personal para haberla lanzado en presencia de empleados de la casa; sin embargo, cuando reparó en su indiscreción, ya había salido de sus labios. Pero en su defensa, la sorpresa era impactante. Un embarazo pagado a una chica tomaría una buena fracción de tiempo y, lo que sabía de dicha relación entre Everett e Isabel, es haber iniciado hacía poco.

—En la primavera pasada. Y no alquilamos ningún vientre.

—¿Cómo es posible? ¿En qué momento…? —Camila le esbozó una mirada de estar otros escuchando lo que ellas conversaban, pero Isabel le respondió también con un gesto de, «tranquila son de confianza», así que formuló la pregunta de nuevo—: ¿En qué momento te embarazaste?

—A mediados de abril. Mis hijos nacieron a principios de mayo.

Camila rio, alternando la mirada en el joven y la niñera, pero estos no reían, sino que permanecían inexpresivos como si lo dicho por Isabel fuese cierto.

—«Mediados de abril…» —repitió, echando cuentas. Tan solo fueron unas semanas—. Y los tuviste a «principios de mayo».

—El 03 de mayo.

Camila se alejó de los jóvenes que sostenían a los bebés.

—Es una broma, ¿cierto? No me jodas, Isabel.

—Gracias, Anna. Puedes llevarte a los gemelos al dormitorio. Jevrem, aguarda un momento.

La jovencita asintió y recibió al regordete que le entregaba el moreno, sosteniendo con habilidad a cada uno en su respectivo brazo. Camila se asombró por la fuerza de esta, cuyos brazos delgados aparentaban ser debiluchos, pero era todo lo contrario como si los bebés fuesen livianos.

Jevrem se mantenía quieto, cual militar en su puesto de vigilancia.

—¿Esa es la chica a la que pagaste sus deudas? ¿Y este quién es? —inquirió midiéndolo con desconfianza. Ellas hablando bien campantes, mientras que esos dos se enteraban de situaciones personales del que después utilizarían a su favor. Con todo el mundo habría que ser cauto.

—El sobrino de Everett —Isabel respondió. Jevrem miraba a la anciana, esperando órdenes de obnubilar su mente. Era muy intimidante para ser humana.

—Entonces, *sí te tienen* amenazada —conjeturó nerviosa, mirando con recelo al muchacho—. Isabel, dime la verdad.

—Siéntate y te diré.

Camila posó las nalgas en el sillón en el que antes se había sentado, como si presintiera que era mejor mantenerse a cierta distancia.

—Como ya sabes: Everett y yo nos comprometimos. La fecha del matrimonio estuvo prevista para el 18 de julio, pero lo del accidente, pues…

—Es comprensible.

—Así es. Bueno, eh…

—¿Y los bebés? ¿Quién es la madre?

—Yo los parí. Los gesté durante quince días.

Camila comenzó a inquietarse. ¿Qué locura era esa? El joven

moreno no reaccionaba, llegando a la conclusión de que Isabel había enloquecido por lo de sus quemaduras.

—Ah… —apenas expresó—. Quince días…

—Bueno, no debió ocurrir. Una humana gesta por nueve meses; una loba: dos meses. Aunque yo los parí en menor tiempo…

Camila asentía; sus ojos explayados y fijos, atónita de lo que escuchaba. ¿Humana? ¿Loba?

—Esto sucedió porque Everett es un… —Isabel miró de reojo a Jevrem y luego a la anciana— hombre lobo.

—Ah… —por eso el joven no se sorprendía, le seguía la corriente. ¡Dios! Su pobre amiga… Tendría que hablar con Conroy para internarla en un psiquiátrico; el accidente aéreo la trastornó, confundía la realidad con la fantasía.

Isabel notaba el escepticismo en la anciana y no la culpaba. ¿Quién le creería? Lo que le contaba era inverosímil y solo presentándole pruebas irrefutables no la consideraría demente.

—Sé que es difícil de creer —expresó a la vez en que Camila ponía cara de «tranquila, yo te creo», pero no era así— y la única forma de comprobar que te digo la verdad es demostrarte. —Miró a Jevrem—. ¿Podrías hacer *una breve* demostración? No la vayas a matar del susto.

Jevrem alzó la mirada hacia la parte superior de la biblioteca y, de un impulso, saltó hasta allá.

—¡Virgen santísima! —Camila se sobresaltó—. ¿Cómo es que…? ¡¿Cómo lo hizo?! —Su corazón martillaba a punto de explotar por la impresión. Ni los atletas que saltaban sin garrocha, se elevaban tan alto como él. Eran como cuatro metros hasta la segunda planta.

—Él es como Everett y… como yo.

Camila –pegada al asiento– no comprendió.

—¿Co-como tú? —tartamudeó.

—Soy como ellos: mujer lobo.

Jevrem saltó hacia abajo, soportando la caída con una leve flexión en las rodillas, y se irguió con pose altiva, manteniéndose intimidante en su sitio.

Luego sus ojos se tornaron amarillos como los de un demonio.

Camila gritó.

Isabel trató de levantarse, pero en un parpadeo Jevrem la ayudó a sostenerse en pie y a prevenir que la anciana la agrediera por considerar que Isabel era un peligro para ella.

—No te va a hacer daño —dijo—. Es consciente de sus actos, como lo soy de los míos. —Por lo menos mientras no estuviese enloquecida de la ira. Aún recordaba lo que le hizo al piloto.

Camila de repente se sentía apresada, estando acurrucada en su asiento, midiendo con la mirada aterrada a los dos jóvenes que ya no consideraba estuviesen jugándole una broma pesada o estuvieran

locos. Lo que observó era irreal para los ojos de un mortal, pero no lo era y, si no tenía cuidado, de ahí saldría despedazada.

—¿Desde cuándo eres…?

—¿Mujer lobo? —No le expresaba el término correcto para no confundirla más—. Al embarazarme de Everett: los genes que formaron a mis hijos en mi vientre son los que cambiaron los míos. Tranquila, Camila, nadie va a comerte. —Rio entre dientes y al parecer esto fue contraproducente, la anciana palideció y se encogió más en su asiento.

Isabel puso los ojos en blanco.

—¡Soy la misma! *Quemada*, pero la misma. ¿Verdad, Jevrem? —Este asintió y Camila lo miró con desconfianza.

—¿Y a ti te mordió tu tío?

—Así nací —comentó él, jactancioso.

Camila se puso en pie, aturdida.

—Isa, ¿los bebés…?

—También lo son. Ellos son híbridos como yo: mitad lobo, mitad humano.

Se llevó la mano a la boca.

—¡Ay, Dios, cuando salga la luna llena! —Tenía que avisarle a Conroy para que se encerrara en su casa y a su familia. Habría un festín en Nueva York para dicha fase lunar.

Jevrem e Isabel se carcajearon.

—La luna no nos afecta, es un mito. —Ahora comprendía a Everett las risotadas cuando le reveló lo que era él. Actuó como una tonta.

—¿Y *los de esta casa* están enterados o también son como ustedes?

—Son lobos.

—¿Y no salen a cazar a la medianoche de la luna llena? —Negaron con la cabeza—. Pero son carnívoros —asintieron—. ¿Comen humanos? —Jevrem e Isabel intercambiaron miradas. Aún no debía saberlo.

—Preferimos los animales grandes —Isabel comentó y Camila arqueó una ceja.

Ellos prefieren…

Se dejó caer de nuevo en el sillón, sus piernas temblorosas ya no podían sostenerla, aturdida de procesar toda esa información que muchos considerarían un mito.

Isabel, Everett, el sobrino, los bebés…, eran como ellos.

Hombres lobo.

Capítulo 42

Jevrem pasaba los canales con aburrimiento.

Llevaba una hora, acostado en la cama, con los zapatos puestos fuera del colchón, mientras trataba de encontrar algún programa televisivo que lo entretuviera. Como custodio de una loba en recuperación, no era mucho lo que podía hacer dentro y fuera de la casa: inspeccionar los alrededores y a sus hombres, obtener de estos reportes cada tres o cinco horas, velar por la seguridad de Isabel, y en esto se refería a que no se desmayase o tuviera alguna infección.

Haberse tomado la licencia de retozar con una trabajadora sexual, fue una irresponsabilidad de su parte, debido a que, para ser la primera noche en los Hamptons, se había marchado.

Pensó en la lobata y en su inexperiencia en cuanto al sexo, que solo la idea de hundir su pene en esa cavidad virginal, lo endurecía dolorosamente.

Subió el volumen de la televisión para espantar sus lujuriosos pensamientos y prestar atención a la presentadora del noticiero: una humana en sus treinta, de cabello liso hasta los hombros, mirada inescrutable y de atuendo elegante, reseñaba lo que aconteció el día anterior en el país, en cuanto a política y economía. Jevrem bostezó sin interesarle que el senador Stanford del Partido Demócrata en el estado de Delaware, se postulara para la gobernación, o si el costo de la gasolina cada vez era más alto. Las quejas de los humanos le tenían sin cuidado, cerrando los ojos para dormir un rato, estaba muy cansado por sus pesadillas que lo desvelaban en la madrugada y también por el desahogo que tuvo sobre el cuerpo de la otrora propiedad de su abuelo Stanislav.

Su respiración se tornó pesada y sus tormentos se disipaban, a la vez en que la voz de la presentadora lo arrullaba.

> —*Pasando a noticias locales: hace unas horas en Central Park hallaron el cuerpo sin vida de un anciano y un policía, en lo que se presume, fueron atacados por perros.*

Jevrem abrió los ojos y se sentó en el acto.

> —*Desde el lugar del acontecimiento, Douglas Jackson—. Douglas, ¿qué sucedió? ¿Fue lo que se presume? ¿Atraparon a los perros?* —la humana preguntaba en directo desde la televisora.
>
> —*Buenos días a todos. Hola, Helen. Acabo de hablar con un agente, donde me informa que las víctimas fueron identificadas como* —leyó su libreta de apuntes— *Clinton*

Robinson, conocido empresario dedicado a la fabricación de motos de alto cilindraje, y Gavin Peyton, de la policía, de la estación de Central Park. A ambos se los hallaron con sus extremidades e intestinos desgarrados. Aún no se han atrapado a los perros; agentes y personal del Control Animal, ya salieron a la búsqueda, aunque aseguran que no son varios, sino un lobo o un perro de gran tamaño, a juzgar por las dimensiones de la mordía y la profundidad de las incisiones. Todas son de un mismo estilo.

—¿Fue por un ajuste de cuentas o el perro se escapó?, ¿del dueño qué se sabe, Douglas? —la presentadora no comprendía por qué motivos andaba suelto un perro peligroso, sin que nadie lo alertara. Debía existir un responsable.

—Nada, Helen. Hasta que Control de Animal, atrape al perro, no podrán investigar. Por el momento no hay aviso de extravíos.

—¿De las víctimas qué se sabe?

En la pantalla, un recuadro más pequeño mostraba al periodista atento a lo que –por el audífono en su oído izquierdo– escuchaba de la presentadora, mientras que el televidente observaba las imágenes tanto en la televisora como las tomadas por el camarógrafo en el lugar donde sucedieron los ataques.

—El señor Robinson tenía por costumbre trotar por los alrededores del parque, entre las ocho y las once de la noche —el periodista respondió, manteniendo la vista fija en la cámara—*, y el agente Peyton cumplía con las rondas nocturnas por el parque, junto con su compañero, el agente Fuentes. De este último, la policía no ha querido dar mayores detalles para no entorpecer con las investigaciones, solo que lo están interrogando en la estación. He tratado de hablar con el inspector de la policía, pero se ha levantado un hermetismo que hasta nos alejaron de las inmediaciones de la estación; ninguno ha dado declaraciones, tendremos que esperar hasta que el inspector realice una rueda de prensa. Cabe destacar que hace unos días al señor Robinson le criticaron por las redes, sobre la foto del rinoceronte que cazó en África, en sus últimas vacaciones, mostrando en su cuenta de Instagram al animal como si fuese trofeo.*

La sangre de Jevrem se heló.

Otro cazador asesinado…

Angustiado, saltó fuera de la cama y apagó el televisor en cuanto la presentadora pasó a los acontecimientos deportivos.

No podía ser… Se llevó las manos a la cabeza, sintiéndose

mareado. ¿Qué era lo que estaba pasando?, ¿cómo él sabía de antemano sobre un crimen cometido?

Se repetía constantemente: grito, persecución, cacería…

Las víctimas: todas humanas.

Comenzó a hiperventilar, el mundo le daba vueltas, negándose a que fueran sueños premonitorios, eran demasiado reales, como si él…

—Tiene que haber alguna razón —se dijo así mismo. Tomó el móvil que estaba en la cama y salió deprisa de la habitación. Su cabello alborotado, su cara pálida, su tensión postrada sobre sus hombros. ¿El depredador los siguió hasta Nueva York?

¿Y por qué mató a un policía?

A parte del cazador de rinocerontes, del policía no se comentó de esto nada. ¿Acaso era otro o estuvo en el lugar y momento equivocado?

Marcó el número del nuevo móvil de su tío Everett, para advertirle, pero antes de pulsar el botón de llamar, lo apagó y guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Saldría a investigar para asegurarse que las muertes acaecidas se debieron a un perro rabioso o al ataque de pandilleros drogados, y no lo que sospechaba.

—¿Señor? —Branimir se enderezó en cuanto Jevrem salió de la casa rumbo al estacionamiento, pasando la plazoleta central. El lobo gamma se mantenía en constante vigilia por si los propietarios lo necesitaban, como en esta ocasión, que parecía el sobrino del alfa requerir movilizarse sobre ruedas.

—Llama a Elijah y a Maxwell, saldremos a investigar.

—Cómo ordene, señor —el chofer abrió la puerta para que el joven amo subiera al asiento posterior de la camioneta, y luego aventó las manos en diversas señales hacia dos puntos determinados por los alrededores, donde los solicitados se hallaban montando guardia. Ya sabía Branimir a qué tipo de investigación se refería, el rumor volaba rápido entre los de su especie y la bípeda: el ataque perpetrado a dos humanos en pleno corazón de la Gran Manzana.

Elijah y Maxwell acudieron al segundo; el móvil de Jevrem marcaba el número telefónico de Kevin, en este confiaba en sus habilidades para proteger a Isabel y a los lobeznos, indicándole mantenerse cerca de ellos y no perderlos de vista; el sistema de seguridad por el perímetro se doblaba y hasta el personal de servicio debía estar atento a situaciones fuera de lugar.

—Baja la velocidad, no queremos a un agente de tránsito pegado al vehículo. —No podían darse el lujo de perder tiempo hipnotizando humanos para que olvidaran momentáneo, tenían que investigar con las huellas aún frescas en la tierra y el olor flotando en el aire.

Y, aunque Jevrem lo quisiera, el tráfico hacía de las suyas para salir de Long Island, rumbo al suroeste donde tomarían la vía que los

llevaría hasta Manhattan. La velocidad de la camioneta disminuyó drástico, las bocinas de los autos de los otros conductores aturdían los oídos a los lobos; los sonidos y las increpaciones de aquellos se incrementaban para impaciencia de estos que estaban por cambiar su fisonomía y huir de ese enjambre de autos.

—¿Por qué tienes cara de tonto? —Branimir preguntó a Elijah, quien viajaba en el asiento del copiloto, tocando el chofer un tema que no venía a cuento, tal vez para relajar a su lobo interno y no espantar a los bípedos apiñados en los demás vehículos en largas colas.

Elijah suspiró y sus labios se estiraron socarrones.

—Estoy enamorado.

Branimir rio mientras giraba el volante para doblar hacia la 5ta Avenida. En esa parte el tráfico disminuyó, aumentando un poco la velocidad.

—¿Y quién es la pobre chica?

—Anna Morris.

Jevrem rodó los ojos de su ventanilla a la nuca del condenado que expresaba afecto por la lobata.

—*Hum*… No me parece que esa omega sea presa fácil, es muy seria.

—Tal vez sea por falta de macho, pero en cuanto pruebe los encantos de este *lobazo* —se señaló—, caerá redondita a mis pies. ¿Supiste que la alojaron en el sótano? Se me hace que no es tan «seria» que digamos…

Un gruñido bajo y amenazante retumbó en la cabina de la camioneta.

Branimir y Elijah se miraron y dejaron de reírse, el gruñido provino del que les arrancaría la cabeza de un zarpazo si seguían hablando estupideces.

Maxwell –sentado también en la parte posterior– reprendió con la mirada a Elijah, quien rodó los ojos por sobre su hombro hacia este y luego hacia el joven amo que estaba justo detrás de él. Jevrem tenía las manos empuñada, con un leve temblor en estas para controlar lo que aparentaba ser una furia a punto de explotar. Respiraba pesado, el ceño fruncido, los ojos que presumía debieron haberle cambiado a severos bajo sus anteojos oscuros, el codo en el apoyabrazos de la puerta a su derecha, el mentón sobre el puño apretado…

—Estamos a la espera de recibir órdenes, señor. ¿Qué desea que realicemos? —Maxwell consultó para cortar con la tensión en la camioneta. Branimir se centró en conducir y Elijah se encogió en su asiento.

—Rastrear… —fue todo lo que el beta dijo. Era evidente que el sardónico comentario de Elijah, lo avinagró, lo expresó en un

momento en que no debía hacerlo, sin ponerle seriedad a lo que sucedía.

Se bajaron por las inmediaciones del Museo Metropolitano y caminaron hasta llegar a la escena del crimen. Jevrem no necesitó de más información; con observar desde donde reseñaba el periodista, supo la ubicación exacta. Era bueno con el rastreo y excelente navegante si pretendía viajar a lugares desconocidos, apoyado con un mapa o las estrellas; tenía sentido de la orientación, un olfato agudo, extremidades fuertes y un valor que ni mil demonios intimidarían. No obstante, necesitaba de la colaboración de sus hombres para rastrear un terreno de más de 300 hectáreas, con una afluencia diaria de cien mil visitantes. Cuatro narices olfateaban mejor que una.

El sitio estaba acordonado con la cinta amarilla de «no pase» y un agente de la policía que quedó resguardando las posibles evidencias que habrían quedado allí sin ser halladas, por lo que era fácil prever que volverían más refuerzos a recolectarlas.

Jevrem ordenó a sus hombres separarse: desde el punto del ataque, Branimir peinaría la zona en dirección sur. Maxwell hacia el este, el *mentecato* de Elijah, el oeste, y del que Jevrem sin querer admitir que las tripas se le revolvían por su competitividad, inspeccionaría yendo hacia el norte.

Así que, partiendo de la «zona cero», comenzaron a rastrear. El agente no los molestaba, su mente obnubilada, gracias a la hipnosis de Maxwell; los cuatro hombres se acuclillaban y olisqueaban la grama de los alrededores. Jevrem observaba la gran mancha de sangre en el suelo pedregoso de esa parte del parque, donde el anciano fue atacado. Le sacaron las tripas, según contaba Branimir, quien vio otro noticiero de cadena nacional, siendo más amarillista para contar el suceso. Aunque Jevrem no requirió que se lo dijera, bastaba analizar la cantidad de sangre derramada para determinar que al sujeto lo abrieron para devorarle los intestinos.

Una imagen repentina de un viejo aterrorizado llegó a él: gritaba, pedía clemencia. Jevrem sacudió la cabeza y se levantó para volver en sí. ¿Qué le pasaba? ¿Eran recuerdos o…?

Una mierda, pensó. Solo eran fragmentos de la pesadilla que tuvo la noche anterior.

—¡Señor, aquí! —Branimir exclamó a veinte metros del sitio; no gritaba, los oídos de los lobos les permitían escucharlo con claridad. El agente seguía sin percatarse que sujetos sobrenaturales pisaban el área a vigilar, tras ser fotografiadas con sus móviles, las manchas existentes eran tapiadas con tierra para desaparecerla del campo visual, en caso de que el depredador haya salido herido. Por fortuna, el condenado no dejó huellas –salvo esta– que los bípedos fotografiaran u obtuvieran mediante moldes de yeso para estudios posteriores. Pero dejó un

testigo del que tendrían que visitar y *resetearle* el cerebro.

En una exhalación, Jevrem voló hasta donde se hallaba Branimir; señalaba hacia el suelo donde una enorme huella de lobo marcaba la tierra. Estaba lejos de los dos puntos donde despedazaron a los humanos.

—Por la profundidad de la pisada y el tamaño de la huella, calculo que debe medir unos dos metros de alto y pesa aproximado unos 150 o 160 kilos. Un alfa o un beta solitario, alimentándose en zona prohibida.

Jevrem permaneció en silencio a lo informado por el gamma, las repercusiones que habría cuando *los otros seres* que dominaban esos terrenos se enteraran, provocarían serios enfrentamientos, puesto que era su zona de caza; solo los vampiros decidían cuándo y cómo los humanos serían su alimento, siendo egoístas para compartir con otras especies, como los metamorfos. Si bien, *aquellos* podrían medírseles en un mano a mano, sin armas y sin transformación, *los de cuatro patas* eran aguerridos enemigos a los que usaban colmillos.

Pero iniciar una batalla en tiempos de paz y con la tecnología al alcance de los humanos como testigos, no les convenía.

Capítulo 43

Frank Pittman observaba a los merodeadores.

Desde su escondite, el detective finge que da de comer a las palomas, mientras sigue con la mirada a los sujetos que invaden la escena del crimen. ¿Quiénes eran? ¿Por qué aquel inepto nada hacía para detenerlos? Lucía abstraído, como si estuviera…

Los vellos de su nuca se erizaron.

Por alguna razón, esa situación le parecía como un *déjà vu*; algo que, tal vez, vivió y no recordaba o creyó haberlo vivido. Sin embargo, el agente paralizado no parecía estar en complicidad para que estos alteraran y robaran evidencias que los incriminaran. En todo caso, ¿quiénes eran estos? No lucían como pandilleros ni criminales de poca monta, tenían la apariencia de pertenecer al crimen organizado; tal vez a la mafia rusa o la serbia.

Sonrió ante la conjetura.

Sí, serbia.

La que podría liderar cierto millonario que se pavonea con mujeres hermosas y se accidentan en helicópteros.

Su maleta aún permanecía guardada en la cajuela de su auto, cuando logró convencer al capitán de tomar unas vacaciones cortas para descansar en algún paradisíaco estado del país; no había conseguido la aprobación de trasladarse hasta Alaska, puesto que no era su jurisdicción y a la estación le costaría sus buenos fajos de billetes. Estaba convencido que lo sucedido a la noviecita y el asesinato de aquellos cazadores, estaban conectados con los de Nueva York. Pero enterarse a través de las redes de que hubo otro asesinato similar, terminó por dejar sus «vacaciones» para abocarse con lo que pasaba en su propia ciudad.

Estudiaba los rostros de los sujetos, a ninguno reconocía, aunque el más alto se le hacía que tenía cierta similitud con Everett Brankovic.

Se mantuvo cauto, evitando levantar sospechas, lanzando migas de pan a las palomas que picoteaban afanosas por consumirlas antes de que un perro o un gato, se acercara, siendo parte del disfraz del obeso detective, quien vigilaba sin ser visto: les hablaba con cariño, las alimentaba, rodaba los ojos por su perímetro. Él también sabía mimetizarse. Si bien, estaba dispuesto a seguirlos en su Chevrolet del 84 hasta su escondite, conjeturaba que estos provenían de la parte más opulenta de Long Island: los Hamptons. Tanto buscarlos y los medios le proporcionaron la información suficiente para dar con el

paradero de estos; los condenados estaban a plena vista de la misma policía.

Capítulo 44

Las ramas se azotaban a su paso.

Everett transformado en un enorme lobo gris claro corría rápido a través del denso follaje de la Reserva Nacional de Denali. En su mente, un único pensamiento: Isabel. Cada vez que ella lo trastornaba con su ausencia, él cambiaba su fisonomía humana a una animal que se movilizaba como un rayo envuelto en la lobreguez de la naturaleza. La extrañaba, a esas horas de la noche, ellos estarían compartiendo la mesa para cenar o la cama para retozar.

Se estarían dando besos candentes y caricias avariciosas que antecedían un coito que se extendería por horas.

Las ansias por abrazarla y el no tenerla a su alcance, le causaba impaciencia; todo dependía de si atrapaba al escurridizo depredador que le dio por joder en sus dominios. Ni con un ejército de lobos lograban atraparlo, se lo había tragado la tierra, siendo su última cacería el humano hallado a media manzana del cafetín en Kenai.

Suponía que se marchó del estado al verse acorralado por las manadas bajo su mando y por los clanes cercanos.

Sin embargo, sospechaba de haberse escondido en algún pueblo cercano. ¿Quién era este sujeto que no temía a una muerte violenta? Estudiaron su forma de actuar: desaparecía unos días y luego volvía a atacar, cada vez más cerca de los suyos. Por eso alejó a sus lobeznos y aceptó que Isabel lo abandonara. Aquel le mandaba un claro mensaje de su osadía: sus garras eran largas y acabar con un miembro de los Brankovic le tomaría lo que sería extender sus patas para lanzar el zarpazo.

Sus cuartos delanteros y cuartos traseros se extendían en toda su longitud, en cuanto su fibroso cuerpo saltaba por sobre arbustos medianos para acortar el camino y seguir rumbo fijo hacia su cabaña. Desde que visitó a Ma-cheil en su aldea, estuvo rastreando por los alrededores, sin bajar la guardia y adelantándose a los hechos: hasta ese instante, ningún humano había sido atacado, ni se reportaban rumores de avistamientos de lobos de tamaño anormal por las urbes. La vida en los poblados y en los bosques, transcurría sin incidentes.

Aminoró la velocidad en su patas, estando a diez metros del riachuelo; el sonido del agua, chocando suave con las rocas, mientras surcaban hacia el noreste, llegaban a sus puntiagudas orejas. Las copas de los árboles se cerraban sobre su cabeza, oscureciendo aún más el entorno, la luna menguante permanecía solitaria en el firmamento, oculta por la nubosidad que la opacaba; esta vez la luz platinada

estaba vetada para los moradores de la reserva, refugiados la mayoría, cuya especie, servía de alimento para los más salvajes.

Everett-lobo fue uno de los que salió de cacería para alimentarse. Lo de él era instinto natural, pues saciaba su hambre; en cambio, lo del otro, era sed de caza. Allí un motivo tenía cabida y era desafiar las reglas impuestas por los ancestros.

Fue precavido en olfatear los alrededores del riachuelo y aguardó a que no hubiera movimientos que lo alertaran; la pasividad lo acobijaba, la noche era cálida y la brisa movía su pelaje con suavidad.

Se relajó.

Para el que lo espiase, observarlo sería un acontecimiento; su forma lobuna comenzaba a retroceder paulatina: garras, patas, pelaje… Todo lo que lo definía como un depredador fornido; sus colmillos se contraían hacia arriba y hacia abajo, dejando una hilera de dientes de mordida normal. Su piel quedaba desnuda por la pérdida de la doble capa de pelos, la planta de sus pies sin almohadillas que lo protegieran del suelo pedregoso y la maleza seca.

La anatomía de un hombre muy bien formado se desarrollaba, esfumando de su ser a la criatura indomable que siempre llevaba dentro.

Everett se sumergió en el riachuelo; unas cuántas zambullidas y el restriego en su piel bastaron para asearse. Salió y se sacudió, como suele hacerlo cuando no carga consigo una toalla. Se sentía más humano y calmado, a pesar de que su corazón clamaba por su compañera.

Sus musculosas piernas lo llevaron a paso lento, colina arriba, hacia la cabaña, mientras él aguzaba los oídos ante el sonido que producían el desplazamiento de una serpiente que pasaba cerca; la actividad nocturna en Denali continuaba del mismo modo que durante el día, las especies menores pastaban agrupadas y los depredadores teniéndolos en la mira.

Faltaba poco para llegar hasta su hogar que se hallaba solitario y falto de cariño, y se detuvo abrupto al percibir que a unos cuántos metros más adelante provenía un olor particular.

Se agazapó y su garganta retumbó el gruñido de un lobo que pronto disputaría sus terrenos; no eran sus hombres ni algún nativo proveniente de las aldeas cercanas, él los conocía a todos, su memoria olfativa le permitía reconocer hasta el olor de una liebre a la distancia.

Olisqueó el aire y esto tensó los músculos de sus extremidades, cambiando sus ojos de color, alargándose sus colmillos y burbujeando las venas bajo las capas de grasa de su dermis; merodeaban las inmediaciones de la cabaña. Entonces, aulló:

Amenazante.

Fuerte.

Ronco.

Aullaba para que el invasor se largara, desanimado de sostener un enfrentamiento, pero si insistía en permanecer allí, lo aniquilaba.

Aun así, el otro contestó.

El aullido era agudo, casi melodioso, perdiéndose su nota musical por la infinidad de la reserva forestal; le respondía, lo llamaba, esperaba por él.

A Everett le pulsó el miembro.

Era una hembra.

En una exhalación, saldó la distancia hasta la cabaña, llevado por los instintos de los lobos en época de apareamiento. Aunque faltaba meses para el invierno, donde metamorfos y *Cannis lupus* se dejaban llevar por las hormonas, esta pasaba por su propio ciclo sexual, yendo hasta Everett, en vez de ser él, el que la reclamara, quizás escapaba de su manada o era una solitaria, lo que era extraño por ser hembra…

—¿A qué has venido? —inquirió a la loba blanca de ojos verdes que se hallaba frente a la puerta de la cabaña. Escuchó que otros aullidos resonaron a lo lejos, también clamando por esta, pero no había nadie salvo la invasora que pisaba sus dominios.

Abby Rose se obligó a erguirse en sus dos piernas, en la hábil metamorfosis que hacía para que su parte lobuna quedara sumergida en su intrincada alma y su parte humana saliera a flote.

—A postrarme ante ti —respondió tan pronto completó el cambio. No sentía vergüenza de su desnudez; de hecho, él también lo estaba, con su pene erecto apuntando hacia ella. La satisfizo observar que aún le causaba ese efecto, era buen augurio, indicaba que era deseable para el alfa del clan más aguerrido de América.

Los ojos de Everett se oscurecieron por el deseo y la escanearon de la cabeza a los pies; Abby Rose estaba dispuesta a complacer sus apetitos carnales, ofreciendo sus atributos sensuales al declararse sumisa.

—No te he expulsado ni exigido nada —comentó sin moverse de su sitio para no caer en la tentación de ponerla a gatas y reventarle el culo. Pensaba en Isabel –su amor y conciencia– y por ella no cedería a sus caprichos; la loba era apetecible, pero no traicionaría lo que una vez le juró a la otra.

Abby Rose contoneó las caderas hacia Everett, desatando todo el poder de su femineidad, esta era su oportunidad, ¡su momento!, lo aprovecharía; estaban solos en esos parajes sin que nadie los censurase o iniciase una pelea encarnizada para disputarla. Se había aguantado las ganas, conduciendo sin parar hasta la reserva; las ventanillas polarizadas de su BMW fueron su escudo protector de los lobos que pudieran detectarla y tomarla a la fuerza; las violaciones en masa eran comunes entre los de su especie, si una loba tenía la mala suerte o la

tozudez –como ella– de aventurarse a salir sola para que un macho que le gustaba la follara, resultaba con la penuria de sufrir la ruda penetración vaginal y anal de más de un lobo envalentonado, la harían sangrar por varios días.

—Pero lo hizo *esa compañera tuya* en tus cumpleaños. Yo quería ser parte de tu familia y ella me… —apaleó— expulsó. —La maldita híbrida se las iba a pagar algún día, no descansaría hasta que reposara sus inmundos huesos bajo tierra por la eternidad.

—No tengo intenciones de extender la familia; solo lo haré con una hembra.

—¡¿Con ella?! —graznó—. ¡Te dejó!

—Se recupera de las quemaduras —aclaró para acabar con las ilusiones que tuviese cristalizando.

Los ojos de Abby Rose se deslizaron cuesta abajo a la hombría de Everett. Decía una cosa, pero su cuerpo lo traicionaba.

—Un alfa puede poseer hasta tres esposas: yo puedo ser la segunda, soy fértil, descendiente de cuatro generaciones de lobos; nuestros lobeznos serían sanos y fuertes. —Se cuidó al completar el comentario con un «serían mejores a los defectuosos que te parió esa híbrida hispana».

Varios aullidos resonaron en un radio de 50 metros; el celo de Abby Rose expulsaba feromonas al aire, del que el viento desplazaba hasta los linderos del bosque.

Everett apretó el ceño y contuvo la respiración; con su hombro dio un leve empujón a la loba al pasar por su lado para abrir la puerta. Ingresó, seguido por Abby, quien no esperó a que le diera permiso, sería suya como a él le viniera en gana, declarando su amor incondicional y veneración, pero era astuta y tenía que aprovechar las ventajas que ofrecía esa apartada cabaña, ubicada en medio de la nada; estaban solos y desnudos, y con muchas ganas…

—Dejaré que pases aquí la noche, porque si te envío de vuelta, te aseguro que te atraparán y llevarán a una orgía en la que serías la única que les daría placer —comentó Everett en la medida en que subía las escaleras al segundo piso. Abby Rose lo seguía, admirando las nalgas del lobo y tocándose los senos, ansiosa por ser tomada por su ex. Días antes de que el jet de Everett se estrellara, ella fue su pareja durante meses. El sexo fue el aditivo principal en la relación, casi no hablaban, los encuentros fueron furtivos, sin que sus padres y los de él se enteraran de que la niñita de rizos dorados hacía mucho que fue desvirgada por el heredero de Stanislav Brankovic.

La puerta de una habitación se abrió y Abby Rose sonrió ampliamente.

El aroma de Everett estaba impregnado en el interior.

También el de esa maldita.

—Duerme. Mañana te marchas al amanecer. —Él ignoraba que Abby había dejado su auto a las afueras del bosque, debido a que el vehículo no estaba diseñado para terrenos abruptos.

Hizo el amague de marcharse para perderse en el bosque o tal vez pasar la noche en la aldea de los yakaramath, donde siempre era bienvenido, pero Abby Rose lo sujetó del brazo para detenerlo.

—¿Me dejarás sola? —Se desilusionó por ser este más fuerte de lo que creía con respecto a la fidelidad hacia una compañera.

Everett se zafó del agarre con tosquedad, habiéndose erizado por el tacto.

—Aquí estarás a salvo, nadie se acercará —expresó enronquecido, siendo evidente que trataba de no dejarse envolver por el aroma almizclado que la loba emanaba; casi le nublaba los sentidos.

Abby Rose se aventuró en pegarse a él; lo empujaba a tomarla y así demostrar a aquellos que imploraban su fracaso, que ella había logrado obtener los favores del alfa.

Sería su preferida.

—Me sentiré a salvo si estás conmigo, la noche es larga y yo estoy tan acalorada… Temo derrumben la puerta y me ultrajen —expresaba con voz de niña asustada, mientras que sus pezones endurecidos se pegaban al pecho tenso de Everett.

Este cerró los ojos al sentirlos, que su espalda chocó con el marco de la puerta del dormitorio, inmóvil por las sensaciones que la rubia le provocaba.

Gruñó y apretó los puños para controlarse, de su garganta solo emanaba sonidos de lobo excitado, las palabras quedaron ahogadas al fondo en la que le habría expresado que se masturbara hasta que el sol apareciera por el horizonte; sin embargo, la necesidad por follar era tan urgida como su ansiedad de ver a Isabel. Su mente y su miembro –que pulsaba pegado al vientre de la mujer– lo traicionaron.

Abby Rose sonrió complacida y lo tomó de la mano, conduciéndolo hacia la cama, en la que ambos se revolcarían impúdicos.

Se acostó primero, de frente a él, sin soltarle la mano, animándolo a que se posara sobre ella; sus piernas se abrían para que su vagina quedara expuesta, no estaba depilada, prefería ser más natural, mostrándole al pleno los vellos púbicos. Se acomodó atravesada en la cama, mientras Everett vacilaba si ceder o lanzarle a Abby un jarrón de agua del baño para aplacarle los sofocones; si él olvidaba su promesa, no habría vuelta atrás, sería el cierre definitivo a lo que tuvo con Isabel.

—Mi señor, compartiré con otras si así lo deseas —ronroneó, acariciándose así mima—. Seré suya siempre, obediente y atenta, le haré lo que me pidas. No dudes en tomarme, ven… —alargó la mano

para que la recibiera de nuevo y jalarlo hacia ella. Everett seguía estático, su pene duro y apuntando hacia la loba en celo.

Él titubeó, pero cometió el error de recibirla. Abby Rose lo jaló con algo de fuerza, cayendo él sobre la sudorosa rubia, cuyas hormonas elevaban su temperatura corporal; Abby ardía de deseos por su exnovio, extrañando infinidad de veces los gemidos masculinos en su oído, mientras la follaba. Ahora lo tenía una vez más a su disposición, también con las mismas ganas.

—¡Oh, mi señor!, seré obediente, seré sumisa, dime qué deseas que haga para complacerte. Habla y obedeceré.

Los labios del lobo taparon los suyos con un beso para nada romántico.

Quería que se callara y abriera más las piernas para penetrarla, había acudido a él, se arrastró y suplicó; era suya, podría hacer con esta lo que se le antojara.

El aroma de la piel de la loba, entre perfumado y las feromonas, lo mareaban; aun así, trataba de buscar en esta lo que había perdido en la otra: la pasión al besar, la rebeldía al hablar, la elasticidad al retozar... Con Abby sería sexo de una noche y el arrepentimiento de toda una vida.

Interrumpió abrupto el beso y se levantó, negándose a sí mismo el placer que le ofrecían en bandeja; no era a esta a quien amaba, sino a la que se hallaba lejos, malherida en cuerpo y alma.

—¿Qué sucede, mi señor? ¿En qué no lo he complacido? —Abby Rose expresó jadeante y con los labios hinchados, aún envuelta en el sopor fabuloso que los besos del alfa le obsequiaron.

—Lo siento, estoy comprometido —dijo como si el compromiso que sostuvo con Isabel siguiese en curso.

La joven sin acomodarse el cabello se abrió más de piernas, ofreciendo la carnosidad del clítoris.

—¿Y desde cuándo ha sido impedimento? —cuestionó—. Los alfas tienen hasta amantes…

Everett le dio la espalda y abrió el armario para vestirse. Su desnudez pronto se cubrió con unos vaqueros desteñidos y una camiseta blanca. Arrojó una camisa –sin molestarse en ver el diseño– a la cabeza de la muchacha para que se vistiera. No le prestaría ropa de Isabel, lo mataría si se enteraba; de hecho, le arrancaría las bolas por permitir que Abby durmiera en su cama.

—Quedas en tu casa —expresó con seriedad; su miembro desinflándose ante la férrea determinación de esperar por su mujer, como un autocastigo por haberla hecho sufrir—. Si sientes frío, enciende la chimenea; duerme tranquila, me encargaré de que ninguno te moleste. ¡Es una orden! —elevó la voz para que no lo interrumpiera—. Por ti nada siento, Abby, solo consideración. Perdona

si me dejé llevar por tus… Estoy comprometido —reiteró—, me casaré pronto con la madre de mis lobeznos, con ella quiero extender mi familia; solo tendré una esposa y una amante, y será con la misma persona: Isabel García.

La rubia se levantó y secó con rabia las lágrimas, la híbrida descendiente de latinos incultos era una gran piedra clavada en su zapato. De no ser por esta, ella a esas alturas estaría casada con Everett y parido por lo menos un par de críos; además, su padre prosperando en los negocios que sostendría con los Brankovic y su madre orgullosa, codeándose con las matriarcas del clan. Pero, por desgracia, esa maldita le obstaculizaba el camino hacia sus propósitos y, si no la eliminaba, con Everett jamás lograría nada.

Se reverenció, conteniendo las ganas de gritar.

—Acato el mandato como buena loba que obedece las disposiciones de su señor. Si desea que permanezca en soledad, así lo haré. Soy suya en todos los sentidos…

Everett se marchó sin replicar a lo expresado por la muchacha. Abby Rose sería la esposa perfecta para cualquier lobo de la manada, pero no para él que se acostumbró a que lo desafiaran. Cerró la puerta principal, tras de sí, y bajó la cremallera de su pantalón, sacando su pene sin estar erecto para expulsar un chorro de orines en la entrada. A causa de la lucha por mantener su autocontrol, se olvidó de ponerse calzoncillos, era un poco incómodo sentir la rigidez de la tela de sus vaqueros en sus genitales, pero no volvería a entrar para buscar unos. Podría esta vez ceder a la seducción de Abby Rose.

Regó varios chorritos al alrededor de la cabaña, asegurándose de que nadie osara en poner un pie dentro; la mujer que se hallaba allí sola estaba bajo su protección.

Luego aulló potente para avisar a los demás lobos de no acercarse a su propiedad, despedazaría sin piedad al que lo hiciera, la advertencia era tanto para metamorfos como lobos comunes. Estos fueron los primeros en responder en la lejanía, en una sinfonía que viajaba por kilómetros, seguido por los de mayor tamaño, quienes obedecían al mandato.

Emprendió la carrera hacia la aldea de los yakaramath; no se transformó para evitar ser dominado por los instintos salvajes, corrió en sus piernas bípedas, alejándose de la cabaña, en pro del amor que le tenía a Isabel.

Mientras tanto…

—¡Maldita, híbrida! —Abby Rose gritó en medio del dormitorio de paredes-ventanales, furiosa por haber sido rechazada en su celo. Ella era una Obrenovic, de linaje puro y genes perfectos. Era hermosa, blanca, sumisa… Que la despreciara por una sangre-mezclada de orígenes innobles, era una vergüenza para la estirpe de su familia.

Se le había ofrecido, se abrió para que la tomara sin condiciones, se lo expresó: fue educada para obedecer.

Pero él prefirió a una que era un insulto de solo verla.

Miró los objetos que decoraban el dormitorio de aspecto rural, ni siquiera tenía electricidad ni un baño con tuberías; la cama era burda y el mobiliario del gusto de un leñador hosco. Le provocaba destruirlo todo, lanzar la silla y hasta la misma cama por los amplios ventanales. El aroma de la maldita se percibía, aumentando la rabia. Ella se apoderó de todo lo que hubiera sido suyo.

Rodó los ojos hacia el armario y deslizó una puerta, justo donde colgaban las prendas de la desgraciada. Tomó un vestido espantoso y lo arrojó al piso con asco, luego sacó una blusa y, llevada por el odio, la hizo jirones.

Tres blusas más sufrieron el mismo destrozo.

Llorosa, deslizó la puerta del lado de Everett. Abby seguía desnuda, la camisa que este le arrojó aún permanecía en la cama; no se vistió con esta, sino que usó otra que descolgó del perchero. La olió profundo y sacó varias para hacer un cúmulo en el colchón, simulando el cuerpo de su examante.

Estando en esa faena para después dormir sobre las prendas de vestir, un pitido proveniente de alguna parte, la sobresaltó. Se volvió para buscarlo. ¿Era un móvil? Lo halló sobre la repisa de la chimenea y lo tomó.

Deslizó el dedo sobre la pantalla para curiosear de quién se trataba, si era esa híbrida, le haría pasar un mal rato.

Pero el sonido escuchado no alertaba sobre una llamada entrante, del que había ocho perdidas, sino un mensaje de voz que le dejó el sobrino de Everett.

¿Qué haría, lo escuchaba?

El otro se daría cuenta que lo accionó.

—Al carajo. —Se llevó el móvil a la oreja y escuchó lo siguiente:

—¡Tío, ¿dónde estás?!, hubo otro ataque. Esta vez en Central Park. Es un metamorfo, ya investigamos, estuvimos en el lugar. Ahora estoy con Ilic y Luka para recabar información de los que se hallan en la ciudad. Isabel está bajo resguardo, varios de los muchachos la protegen; ella no sabe nada de lo que sucede para no angustiarla. ¿Qué debemos hacer? ¿Sacamos de la ciudad a Isabel y a los lobeznos, o los mantenemos en los Hamptons? Espero tu llamada.

El móvil impactó contra el piso.

Abby Rose gruñó con toda la fuerza de su voz. ¿Por qué siempre era por esa híbrida? Tomaban decisiones en base a su seguridad, se preocupaban como si aquella fuese descendiente de reyes y no era nadie.

Se la tenía jurada por la humillación que sufrió delante de aquellos

enardecidos ebrios, al disputar el afecto de Everett.

Si antes estuvo contenida, ahora desataría su venganza.

Capítulo 45

Anna se tapó la nariz.

Apenas abrió la puerta para ir a la cocina a desayunar, un intenso olor a orín golpeó sus fosas nasales. *¡Uf!*, qué hedor… El condenado que descargó su vejiga en la puerta de su dormitorio, la iba a oír. ¡¿Cómo se atrevió?! Alguno de los guardaespaldas o empleados patentaba su dominio sobre ella, dejando hasta en los pasillos charcos amarillentos para que nadie se acercara.

Golpeó la puerta con un cierre tosco y dio saltitos para no pisar los charcos, mientras mascullaba palabrotas por tener que limpiar el sótano en vez de ir a desayunar; tendría que restregar con la escoba y detergente para eliminar los residuos; esto le tomaría al menos una hora, por lo que enojada se dio prisa en buscar los implementos de limpieza.

Sin expresarle a nadie lo que le dejaron como *regalito de pretendiente anónimo*, se avocó en lanzar cubetas de agua y lampacear hasta que consideró ya no apestaba. Por desgracia, el que orinó, debía ser un gamma o un delta.

El olor era difícil de disipar.

—Si me entero quién fue, le daré de escobazos —gruñó en el baño de su dormitorio, una vez hubo terminado, enjabonándose su cuerpo, pues percibía que estaba contaminada.

Consultó la hora en su móvil, dejado en la mesita de noche, y lo guardó en el bolsillo del otro vestido que sacó de su armario, desechando en la cesta de la ropa sucia el que usó hacía unos minutos.

¡*Ay*, cuando se enterara!

La escoba se la partiría a aquel en la cabeza.

Los buenos días expresados por Branimir y Rosario, no fueron correspondidos del mismo modo por la muchacha, quien masculló un «¿qué tiene de buenos?», y enseguida buscó la taza para servirse café. En la cocina se hallaba también la señora Branislava, volteando los huevos fritos para dorarlos por ambos lados y, Elijah, que acomodaba su cabello para lucir bien.

—No eres gente hasta tomar café, ¿eh? —Rosario comentó socarrona sin haberse molestado por la hosca entrada de la nueva empleada. Branimir ahogó una risa en su taza, mientras miraba de refilón a Elijah; este enrojeció como si se sintiera culpable, removiéndose a su vez en el asiento de la mesa *desayunadera*.

—Hoy me levanté de malas —respondió Anna, reservándose lo que halló en el sótano para prevenir las habladurías que después se

desatarían entre sus compañeros de trabajo. Si comentaba lo de los orines, lo más probable, la señora Blanka pactaría con *vejiga-inquieta*, para que fuese el que estuviese de primera fila en follarla en su primer celo.

—¿Por qué?, ¿las ratas no te dejaron dormir?

—Ajá… —prefería que creyeran eso, en vez de lo otro. «La rata» que le avinagró la mañana, era una que andaba en dos patas por la casa.

—Por eso le dije a Branislava que no debieron alojarte allá, aún eres muy joven para… —Branimir carraspeó para hacer callar a Rosario y la cocinera la reprendió con la mirada.

—¿No vas a desayunar? —Elijah le preguntó, habiéndose levantado de su asiento para que ella se sentara a comer junto con ellos, pero la joven morena cabeceó, dejando la taza en el lavaplatos.

—Se me hace tarde. *La rata* me dañó el inicio del día.

Rosario rio y lo dos lobos fruncieron el ceño, el comentario sonó a indirecta, ¿a qué rastrero se refería?

Elijah miró con recelo a Branimir y este a la vez arqueaba una ceja, estudiando al alasqueño con desdén. ¿Qué hizo para que la lobita estuviese cabreada? Como que se le estaba adelantando.

—Antes de marcharte, lleva esto al joven amo —la cocinera le alargó la bandeja que portaba una taza de porcelana fina, acabada de servir—. Está en la biblioteca; toca antes de entrar.

¡¿Al joven amo?!

Anna vaciló, pero no le quedó alternativa que recibirla; el resto de los que se hallaban presente, la observaban mientras engullían los alimentos y, si ella se negaba, sería sospechoso y criticado por su grosera actitud.

«La pueblerina solo quiere obedecer a la mujer del alfa», escupirían al instante.

Se dirigió hacia el lugar indicado; su corazón palpitaba más en la medida en que se acercaba. Con una mano se acomodó de forma inconsciente la cola de caballo y alisó la falda de su vestido reglamentario. ¿Por qué tenía que ser ella a la que se lo ordenaron?

Al parecer, no iba a ser su día.

Tocó a la puerta, con el propósito de entregar el pedido y alejarse de allí antes de que este se terminara el café; no le daría oportunidad de hacer alguno de sus avances, aún temblaba por lo que él le propuso.

«Cuándo requieras de un hombre…, me llamas».

—Adelante, Anna —Jevrem permitió el ingreso a la biblioteca, siendo evidente que percibió el aroma de su perfume floral antes de abrir la puerta. La lobata obedeció al instante; sus manos temblaban mientras sostenía la bandeja, necesitando de las dos para que la taza

no vibrara.

Jevrem se hallaba sentado en el sillón cercano a la chimenea, en la que hacía dos noches lo vio dormido a través del quicio de la puerta.

En aquella ocasión ella no se percató qué tipo de habitación era; lo hizo cuando entró para llevar a los lobeznos para que la humana los conociera; aun así, tampoco tuvo oportunidad de observar bien el entorno, como lo hacía en ese instante que caminaba hacia el beta, quien leía un libro, quizás el mismo que dejó caer por quedarse dormido. Sus ojos negros se alzaron y su mandíbula cayó al admirar la biblioteca que estaba dividida en dos plantas, llena de libros…

—*¡Auch!* —El café caliente sobre la camisa de Jevrem.

Anna palideció por estar distraída, no se dio cuenta que se había levantado para recibir la taza y saludarla, chocando con él y del que debió provocarle una quemadura.

—Lo siento… —la taza se quebró en el piso y la bandeja sonó estruendosa por el impacto, que Anna no sabía qué hacer; sus manos palpaban temblorosas la camisa húmeda y sus ojos se agrandaron al percibir la dureza de su torso.

Jevrem inmovilizó sus muñecas y Anna quedó paralizada como ladrona atrapada por la policía.

—Lo siento —repetía acojonada, otra vez pasaba por lo mismo, la increparían; ya le parecía oír a la señora Blanka gritarle por su torpeza y el señor Milenko espetarle que era una buena para nada.

—Esto se está haciendo costumbre —Jevrem comentó mientras se quitaba la camisa frente a la impresionada muchacha, cuyos ojos casi se salen de sus cuencas, al estilo Jim Carrey, en *La Máscara*, donde él se vuelve la caricatura de un lobo por haber visto a Cameron Díaz en un vestido que resaltaba su figura. Pero en vez de ser Jevrem, era ella a la que casi se le distorsiona el rostro, embobada por los pectorales de este y sus matadores abdominales. Tenía que ser beta para gastarse semejante musculatura.

—No fue intencional, le pido me disculpe —Anna expresó avergonzada; sus mejillas ardían y sus ojos se cristalizaron por la increpación que pronto recibiría.

—Deja de disculparte —dijo sin estar molesto—. Fui idiota por atravesarme en tu camino. —Aunque deseaba atravesarse siempre para verla—. Quería sorprenderte y fui el sorprendido…

Anna arqueó las cejas.

¿Fue un comentario socarrón o lo dijo por lo de la otra vez? Los cambios temperamentales del lobo la confundían: la abordaba, la ignoraba, luego bromeaba.

Se agachó para recoger los fragmentos de la taza, depositándolas en la bandeja. En cuanto los llevara de vuelta a la cocina, tendría que dar explicaciones a los demás y, al tiempo en que los recogía, se topó

con la mano de Jevrem, quien la ayudaba sin increpaciones.

Ambos se estremecieron ante el contacto.

Anna se mordió los labios para no andar disculpándose a cada rato y Jevrem quedó atrapado en esa acción involuntaria de la muchacha, que hasta deseó ser el que los mordiera.

—¿Lo has pensado? —preguntó sin dejar de ver los labios.

—¿Sobre qué? —se hizo la desentendida y se puso en pie, junto con la taza en mil pedacitos.

Jevrem se irguió, desplegando toda su masculinidad sobre la aturullada omega.

—Tu primera vez. Seré yo.

Ella alzó la mirada del torso fuerte hacia los ojos oscuros del lobo y enrojeció. ¿Pensar qué? ¿Al que le otorgaría su virginidad o el que se daría el gusto, a pesar de que ella dispusiera a otro hombre?

—¿Por qué? —fue tonto preguntarlo, Anna era sirvienta o niñera, y él, el hijo de uno de los miembros más adinerados de aquella familia de aristócratas pomposos.

—Porque quiero.

Claro que quería, Anna meditó con resquemor, como todos los machos de la casa y hasta con los que se topara en la calle. Cualquiera de ellos querría ser el que propiciara el despertar sexual en la muchacha.

—¿Y lo que yo quiera? —se sorprendió de sí misma por replicarle altiva, pero se trataba de su reputación como mujer, que su respuesta la ofendió y dolió de igual manera.

—¿No quieres? —La réplica de Anna descolocó a Jevrem, quien jamás había sido rechazado por una hembra. Todas se hincaban a sus pies y le imploraban que la hicieran suya; al poseerlas, las elevaba de estatus, pues formarían parte del harem exclusivo de los Brankovic—. ¿Por qué? —las que tomaban se beneficiaban con mucho dinero.

—Porque ignoras mis deseos. ¿Y si quiero esperar hasta el matrimonio? ¿Y si estoy enamorada de alguien más o me gustan las mujeres?

Jevrem acercó su mirada a ella.

—¿Te gustan?

—Es un comentario, no me gustan.

—Pero los machos sí.

—Sí, ellos sí.

—¿Estás enamorada?

—No —mintió.

—Pero estás sintiendo los efectos del celo. ¿Quién te los causa? —lo enfrentaría para que le dejara el camino libre a un buen revolcón.

—Nadie —su rostro rojo, muy rojo.

Jevrem estudiaba su consternado semblante y endureció la mirada;

seguro era ese malnacido de Elijah Gillies que intentaba seducirla con atenciones fingidas y obsequios baratos. Anna era una chiquilla que aparentaba ser enamoradiza ante el elogio de un varón.

La rodeó como un felino, emitiendo un gutural gemido de su garganta, dispuesto a satisfacerse con una buena copa de vino y una cama ancha donde ejecutar el kamasutra.

Le quitó la bandeja de las manos y la dejó sobre el asiento del sillón frente a la chimenea, para que la palma de la chica se posara en su torso.

Anna agrandó los ojos.

—¿Qué haces? —Se acaloró al sentir las depreciaciones de ese cuerpo tonificado. Jevrem hacía que lo tocara, llevando la mano por sus pectorales, deseando él para sus adentros bajarla más para que le apretara las bolas y sintiera su dureza que, por supuesto, era evidente el abultamiento bajo su pantalón, pero aún no podía, su deber moral lo detenía.

—Pronto… —expresó y la soltó. Faltaban escasos días para que ambos celebraran sus respectivos cumpleaños. Él sería su regalo y ella el suyo.

Al verse librada por su magnetismo animal, Anna tragó en seco y se obligó a huir de allí lo más pronto posible; tomó la bandeja con los fragmentos de la taza y se marchó de la biblioteca antes de que su propio raciocinio le hiciese una trastada, Jevrem era bueno envolviendo a las damiselas y luego las devoraba como el cuento de la chica de la capa roja.

—¿Qué es todo ese desastre? —Milenko inquirió al toparse con ella en el vestíbulo, él acababa de cerrar la puerta principal, negando la entrada a un impertinente detective que pretendía molestar a los señores de la casa. La osadía de este le causó indignación, quien casi le pone su placa en la nariz, pero Milenko que ya se había tropezado con varios de estos, mientras ha estado de servicio para la familia, los despachaba de vuelta y con la mente en blanco a la estación de policía.

—Se me cayó… —Anna respondió apenada; su mirada gacha.

El mayordomo cabeceó enojado.

—¿Para quién era esa taza: para su ama?

—Para el joven Jevrem —respondió sin pasarle por alto que el animoso anciano jamás se refería con deferencia hacia la señorita Isabel, sino que la trataba como una visita a la que debía servir con diplomacia.

Frunció el ceño.

—¿Por qué tú y no Rosario o Blanka? ¿Quién te lo ordenó?

—La señora Branislava.

—Esa tonta mujer… —la increparía. La lobata no podía estar al

alcance de los amos. El celo las impulsaba a aparearse hasta con el poste de la luz; si esta buscaba quedar preñada, lo lograría.

Se enfocó en la muchacha para que llevara la taza rota a la cocina y expresarle que jamás se acercara a los amos, a menos que él mismo se lo ordenara, pero del fondo del pasillo emergió el descendiente del señor Damir, desnudo de la cintura para arriba y sosteniendo la camisa que, al olfato del mayordomo, olía a café.

—Amo Jevrem, disculpe a la tonta muchacha. Es nueva y torpe.

Este contuvo un gruñido por el hosco trato que a la otra le daba.

—Fui yo quien se tropezó con ella —dijo—, no la regañe. —Anna mantenía la vista en el piso y postura encorvada, revelando de ese modo que fue increpada.

El anciano asintió, pero en su fuero interno le jalaría las orejas a Anna y a la estúpida cocinera, que parecía estar ambas en complot para seducir al sobrino del alfa. Un minuto más y le quita los pantalones. Esa torpeza era una treta muy trillada por parte de las lobas y hasta de las estúpidas humanas: engañan con sus artificios, haciendo parecer que el hombre de la casa es el culpable y, cuando este menos lo espere, le han endilgado un crío.

—Si el señor así lo asegura, entonces, así es —convino de dientes para afuera. Jevrem Brankovic era caballeroso, pero también un casanova. A la lobata le debía *oler* la vagina. Él no percibía como antes, sus ciento sesenta años aminoraban sus glándulas olfativas.

Jevrem pasó por el lado de Anna y subió las escaleras hacia el dormitorio para cambiarse de camisa, mientras recordaba la vez en que ella tropezó con él en la casa de Kenai y él en aquella ocasión le provocó lágrimas por humillarla. Al menos, en cuanto a esto se redimió un poco.

*****

Finalizando el día en la que Isabel se acostaba temprano y los bebés eran alimentados por las nodrizas para que también tuvieran el mismo ciclo de dormir que la madre, Anna se retiró al salón de descanso del personal de servicio para telefonear a sus padres a través de su móvil.

—*Nos alegra que te esté yendo estupendo y que te traten bien* —George expresó luego de que Anna le comentara lo que hizo durante el día. Emilia estaba al lado de su esposo, sollozando feliz al escuchar a su hija; desde que llegó a la ciudad, no se comunicaron, creyendo pertinente dejarlo para el siguiente día y así evitar molestias, habría que medir el terreno y la amabilidad de los que allí residían. Sin embargo, comprobar que Anna era tratada con dignidad y apreciada por los amos, era lo que tanto les había implorado a Licaón.

—Mi habitación es bonita y espaciosa —la joven mintió para no

entristecerlos—, no tengo que compartirla con nadie y tiene excelente vista.

—*Qué bueno, nos complace saberlo.*

—*¡Dile que si come bien!*

Del otro lado de la línea hubo una breve discusión, pero sin ser de enojo; los dos progenitores pugnaban por hacerse del móvil.

—*Tu mamá pregunta si estás comiendo bien* —George repitió cansino lo que su esposa insistía le preguntara para estar tranquila. En casa del difunto Stanislav, le negaban hasta el agua, así que, si su hija decía que se abastecía de los tres platos del día, se daba por contenta.

—Aquí se come bien —lo que era cierto; mientras estuvieran bajo las órdenes de la señorita Isabel, el personal tenía la panza llena.

—*Dámelo, mujer, estoy hablando.*

—*¡Ay, que me lo dé!*

—*Te dije que no.*

—*¿Hola?, ¿hola?* —Emilia le arrebató el móvil a George.

—Hola, mami. Te extraño mucho —pasaron dos días y era como si fuesen semanas.

—*¡Oh, Anna!, mi niña bella. ¡Yo también te extraño! ¡¡Qué no te voy a dar el móvil, ya hablaste con ella!!* —gruñó a su esposo, pero no furiosa, sino como jovencita peleonera con su *crush* de la secundaria —. *Anna… Ve para allá que necesito hablar con ella. ¿Para qué quieres saber? ¡No es de celo! ¡Uf!, qué hombre… ¿Anna? ¿Cómo está con lo del celo? ¿Te ha dado?* —preguntó lo más bajito posible para que George no la escuchara.

Anna se aseguró de que Rosario, la señora Blanka o el vejestorio de Milenko, tampoco la escucharan por si acaso estos estuvieran detrás de la puerta de la sala de descanso.

—No, aquí nadie me gusta ni me llama la atención —mintió de nuevo; de solo pensar en el torso fuerte de Jevrem, le palpitó la vagina.

—¿Y…? —lo dejó en el aire para que la otra lo captara.

—Se me pasó. A él no le intereso.

Hubo una exhalación que Anna interpretó como un alivio por parte de su madre. Hasta ella vería con malos ojos que su hija se fijara en un lobo que estaba fuera de su alcance.

Hablaron un minuto más y luego Anna terminó la llamada. No fue a la cocina a cenar, el personal comía alrededor de las nueve de la noche, en cuanto los señores de la casa lo hicieran.

Bajó a su dormitorio, el olor a orine aún hedía a pesar de haber restregado con la escoba; tendría que pasar legía, pero lo haría al siguiente día; si lo vertía en ese instante, los vapores la molestarían para no dejarla dormir.

Sin cambiarse de ropas ni quitarse los zapatos, se arrojó

atravesada en la cama y cerró los ojos, mientras pensaba en sus padres, en Jevrem, en la señorita Isabel y en su propio futuro.

Dejaría pasar una semana para expresarle a su amiga-jefa el deseo de estudiar. Ya se las apañaría con el horario de trabajo y el estudio universitario, Isabel le prometió que la ayudaría, por lo que su ansiedad en sumergirse entre los libros aumentaba.

Ella quería estudiar Historia del Arte.

Una hora después, el reloj biológico le indicó que debía comer, por lo que se levantó de la cama, tras meditar y descansar; sus labores ya habían concluido por ese día, nadie le reprocharía por ser ineficiente, cumplía a cabalidad y de buena gana.

Al tomar el pomo de la puerta y girarlo…

No pudo abrir.

Lo intentó de nuevo, esta vez girando el pomo con más rapidez por si estaba trabado.

—¿Qué pasa? —Anna se angustió.

Como tonta, tocó a la puerta, pero su llamado de auxilio quedó desoído. Estaba en un sótano donde las únicas compañías eran las ratas y las cucarachas.

Rodó los ojos hacia el citófono.

El Botón del Pánico…

A milímetros de oprimirlo, Anna se detuvo. Solo debía hacerlo para casos de emergencia sexual, donde un sujeto vendría para satisfacerla.

Retrocedió preocupada de hallarse encerrada, conjeturando que el mayordomo ordenó que la encerraran para que no anduviese por ahí desnudando a los machos residentes de la mansión de columnas grandes.

Su distracción fue malinterpretada y, como castigo, confinada como loba *calenturienta* que causaría querellas por estar ofreciendo el trasero al que quisiera follarla.

Arrastró los pies y se sentó a un lado de la cama, lamentándose de lo que le pasaba; ni modo de llamar o grabar un mensaje de voz a Rosario para que bajaran, en el sótano el Wifi no llegaba o estaba bloqueado por obvias razones, si estuviese *alocada,* llamaría al que fuera para que la libraran de su encierro.

Sollozó por no tener a su progenitora para quejarse sobre su regazo, ella la habría consolado y animado, pero estaba bajo los cimientos de la casona.

Sola, ansiosa y desdichada.

Capítulo 46

El empellón le sacó un jadeo a Damir.

Apretó los dientes y soportó que su amante desahogara las pasiones en su trasero. El cabecero de la cama, del espantoso motel al que este lo había llevado, golpeaba la pared sin cesar y de forma estruendosa. El ruido que producían valdría para que los huéspedes de las habitaciones contiguas protestaran, pero al parecer estaban acostumbrados, los gemidos masculinos eran bastante audibles y roncos, el coito anal se daba sobre uno y sobre el otro, en una alternación sudorosa de una lucha corporal impúdica. A Damir le tocaba soportar las arremetidas, era su tercera vez en lo que iba de la noche; los dos se hallaban por la autopista Sterling entre Kenai y Cooper Landing, el punto acordado para sus encuentros ocasionales; nadie debía verlos, la relación que sostenían era secreta, furtiva…

Y muy excitante.

—¡Oh! —gimió adolorido, el miembro de su amante entraba y salía sin decaer en su energía. Las toscas manos de este lo sostenían de las caderas para mantenerlo inmovilizado contra el colchón; lo tenía como si estuviese rezando, pero en vez de expresar oraciones a los santos, era una letanía de exclamaciones cargadas de placer. A Damir no le preocupaba que los espiaran o los escucharan y después fueran con la cotilla al pueblo para que cada residente se enterara de lo que ellos hicieron. El motel de carretera era frecuentado por viajeros, la mayoría camioneros, vendedores foráneos y prostitutas que se levantaban en el camino.

Ellos se sumaban a los que ocupaban esas inmundas habitaciones, pero no tenían alternativa, si escogían una de mayor categoría en las ciudades más próximas, alguien quizás los reconocería. En su soltería, Damir se alojó en los más costosos, disfrutando de *suites* diseñadas para su linaje; por desgracia, se topó con un maldito omega que enceraba el piso del vestíbulo y del que este simulando no haberlo visto de la mano de otro hombre, continuaba con su oficio.

Damir no fue tonto en dejar pasar el incidente, el omega podría perjudicarlo con su cotilla o chantajearlo con exponerlo a su familia, en últimas instancias.

Su primera reacción fue la de matarlo, pero él no era un asesino, y no comenzaría con ese omega. Pagó una fuerte suma de dinero, adosado con una amenaza de desaparecerlo del mundo si revelaba a otros su secreto; este aceptó nervioso, creyendo Damir jamás volvérselo a encontrar, pero quedó de piedra cuando un día aquel

presentó a su cachorra a trabajar para Sebrenka.

Esto le dio una lección:

Jamás dejar vivo a ningún testigo.

La hipnosis era solución del momento; revolver los recuerdos, hacerlo dudar de sí mismo y hacerle creer que vio a otro y no al hijo del medio del Patriarca de Kenai. Pero no quería arriesgarse a que el omega recuperase la memoria; como beta, Damir no era muy hábil, era una vergüenza que mantenía oculta para evitar que lo desprestigiaran por ser el menos fuerte de entre los Brankovic; más si se enteraban de que *lo ponían* los que le colgaban la verga entre las piernas; ser homosexual estaba mal visto entre los suyos, los ancianos consideraban que un líder debía ser un macho en todos los sentidos. Damir lo era: preñaba a las hembras, mantenía negocios con los alfas de las manadas existentes en Alaska y los estados vecinos, era astuto y su apariencia viril.

Pero le gustaba aparearse con los de su mismo género.

Con muchos.

—¡Ay! —gimió adolorido, su compañero de cama lo empaló con tal vigor que sus brazos temblaban sin las fuerzas para sostener su peso y la del otro contra el cabecero o el colchón, y así soportar las acometidas—. Me duele —se quejó era despiadado, debilitándose en el acto; sus brazos yacían lánguidos a los lados y su cabeza recostada hacia atrás sobre el hombro de su pareja—. Detente… ¡Ah! —suplicaba un respiro, el otro lo desoía, seguía en los suyo: entrando y saliendo cada vez más fuerte—. ¡Ay! ¡*Ayyyyy*, no más! —¿Cuántas horas llevaban? Debían cortar con el apasionado encuentro o el amanecer les caería. Esto le ocasionaría tener que estar dando explicaciones a su progenitora y a las chillonas de sus esposas, que solo eran su fachada para acallar habladurías.

Pese a su agotamiento, le encantaba ser tomado de esa manera como si fuese un servidor sexual y, su compañero, el cliente que pagó por sus artes amatorias, y lo tendría así hasta satisfacerse.

—Calla y aguanta. Por hoy eres mío —susurró a sus oídos, sin dejar de empalarlo. La sodomía era exquisita; el aguante de este, admirable.

Damir apretó los dientes y aguantó.

Solo uno de *esa estirpe* le daba el placer que deseaba.

De sus nalgas emanó el semen que su amante descargó en su agujero. Era mucha y caliente, escurriéndose por la parte interna de sus muslos, y goteando en la sábana. No se detuvo hasta conseguir su propio orgasmo; faltaba por obsequiarle el suyo, otro de los tres que ya le había otorgado; aun así, Damir era goloso y quería más.

*****

Everett se detuvo en la proximidad de las tundras para recobrar el aliento, el esfuerzo que hacía para no obedecer a su lobo interno de darse la vuelta y follar a Abby Rose, lo debilitaba. Eran pocas las ocasiones en que rechazaba a una hembra y más cuando él pasaba por un ayuno que le hacía pensar en sexo a cada minuto. Si bien, estaba hambriento de deseos, quería revolcarse solo con su mujer. Las fantasías no le bastaban y los disfraces –así se lo pidiese a Abby para que fingiera ser Isabel– no engañarían a su mente. Su indomable exprometida era única: lo hacía vibrar, gemir en voz alta, hervir la sangre por el afán de poseerla y por mil cosas más.

«¿Qué clase de hambre tienes tú, picarón?».

«No tardes y te lo haré saber…».

Qué ganas tenía de chuparle las tetas.

Se relamió los labios con hambre. ¿Habría algunas esposas capaces de ser lo suficientemente fuertes para mantenerla esposada a su muñeca?

A dónde él fuera, ella tendría que ir.

O a dónde ella fuera, él tendría que ir…

Siempre juntos.

Entre respiraciones agitadas, se recostó a la sombra del último abeto de tronco alto que marcaba los límites de la reserva forestal. El fango salpicaba la tierra y esto a él no le importó al posar sus pies en un charco de agua que aún se mantenía a causa de una imprevista llovizna que cayó por esa zona. Aun así, elevó la vista al cielo oscuro, la falta de brillo titilante de las estrellas lo hizo suspirar apesadumbrado, nada había allá arriba para admirar, ni siquiera se apreciaba el decreciente resplandor de la luna menguante que seguía oculta por las nubes; era noche propicia para la cacería en vez de servir de techo para el romance; si se proponía cazar, no habría animal que se salvara.

Aun así, no estaba de humor para desgarrar extremidades.

Solo suspirar.

Isabel…

Cerró los ojos e imaginó su rostro, el que una vez tuvo hermoso. Le sonreía, animándolo a que se acercara; lo tomó de la mano y lo jaló mientras ella caminaba hacia atrás, llevándolo hacia la cama del mismo modo en cómo Abby lo llevó a él. Everett no oponía resistencia, se dejaba llevar por su sensualidad; era una visión en carne y hueso, una diosa escapada del Olimpo que lo tentaba para que la elevara de nuevo al cielo mediante caricias y besos.

Él le conferiría los que quisiera. Besaría con calidez sus labios, luego bajaría lento por la línea de su fino cuello, sus senos, su vientre, su vagina…

Ahí le pondría empeño.

Repartiría castos besos en esa apetitosa zona erógena para que Isabel se impacientara de ser atacada con su lengua.

Se relamió los labios a la vez en que se acomodaba en el suelo; sus piernas flexionadas, sus manos reposando sobre sus rodillas, su miembro empujando para salir de sus vaqueros. Ensalivó como si estuviese rememorando un suculento platillo del que le dio un lametón para probar una vez más lo que su paladar tanto degustaba entre bocado y bocado. *Comería* hasta reventar, su hambre era voraz y solo se saciaría en cuanto su boca se inundara con jugos vaginales.

La respiración de Everett se tornó pesada, humedeciéndose sus labios con ansias de enterrar su lengua en el *centro* de su mujer y bordear las hinchadas carnosidades preparadas para recibir su miembro que en ese instante a él le pulsaba; lo apretó por encima de sus vaqueros y gimió, considerando en su desespero en subirse al jet y volar para estar con Isabel.

—No aguanto más. —¿Cuántos días han pasado desde que se marchó a Nueva York? ¿Uno? ¿Dos?

Para él era mucho tiempo.

Desabrochó su pantalón y, cuando estuvo a punto de meter la mano para masturbarse…, su olfato captó un desagradable aroma que provenía de los matorrales.

De inmediato se puso en pie y se volvió. Lo vigilaban.

Se agazapó a la vez en que gruñía bajo y sus ojos se tornaron amarillos para observar mejor en la oscuridad: era un metamorfo y macho, el olor era diferente al de Abby, se hallaba a unos tres metros de distancia; tuvo cuidado de no lanzarse sobre este, ignoraba si hubiese más aguardando a que hiciera un mal movimiento.

De repente los arbustos se sacudieron, huyendo la criatura, bosque adentro; se escucharon varias pisadas entre el fango y las ramas que crujían, por lo que Everett determinó que estaba en su forma lobuna.

Emprendió la carrera para seguirlo, ¿por qué huyó? Debió presentarse y postrarse ante él, pero en vez de esto, levantó tierra en el camino para alejarse. Lo persiguió; el olor de su pelaje se le hacía conocido, pero estaba mezclado con alguna sustancia que lo aplacaba para evitar ser reconocido.

Everett no se transformó; hacerlo le daría ventaja al otro de esconderse; así que mantuvo la velocidad en sus piernas, olvidándose de su excitación en la que los primeros segundos estuvo duro, pero el saberse que estaba en la mira de algún lobo invasor, esfumó sus ganas de autosatisfacerse.

No alcanzaba a verlo, pero el azote de los arbustos, al pasar entre el follaje y el aroma que dejaba tras de sí, era suficiente para que Everett le siguiera el rastro. Era veloz al igual que él, quien estaba por pisarle los talones, intuía que debía ser un lobo grande de 150 kilos,

desplazándose como si conociera cada tramo de la reserva, evadiendo ser visto.

Escuchó un chapuzón y esto indicó que el incursor había saltado al río; aceleró sus piernas y, al salir de la espesura de la arboleda, se detuvo abrupto.

El cauce del río estaba revuelto.

Su instinto lo obligó a ser cauto en no saltar al agua; podría ser metamorfo y excelente nadador, pero se ahogaría por desafiar la corriente. El que lo espió no andaba en sus cabales o el miedo a ser atrapado lo impulsó a tomar otra vía de escape. El agua revoltosa golpeaba con furia las rocas salientes, un animal de cuatro patas no tendría posibilidad de salir de allí vivo; se partiría la columna y sus extremidades, y se ahogaría antes de patalear para mantenerse a flote. Su osadía sería el causante de su propia muerte.

Capítulo 47

El cerrojo ya no lo tenía.

La puerta del dormitorio se abrió sin problemas en cuanto Anna –creyendo sería inútil– intentó salir de allí. Esto la sorprendió, quién la haya encerrado la noche anterior, se levantó temprano para dejarla salir; faltaban minutos para las cuatro treinta de la mañana, del cual pronto las labores domésticas estarían al pleno apogeo en la mansión. Dudaba que fuera el mayordomo, a ese anciano le gustaba mandar a los demás, gruñendo aquí y allá, intimidando a los empleados a su cargo con su mala cara.

Abrió la puerta y sacó la cabeza a través del quicio para comprobar que no estuviese alguien montando guardia; del señor Milenko se lo esperaba, por lo que echó un vistazo hacia afuera.

¡Fo!

Su nariz se arrugó.

Maldito al que le dio por utilizar el pasillo como urinario. En esta ocasión el *meón* le dejó un charco más grande, justo al bordillo de la puerta.

—¡Ay, cuando lo atrape! —chilló enojada, otra vez con la escoba tendría que restregar detergente en el piso y en la puerta; la hediondez le revolvía el estómago y le quitaba el apetito—. ¡¡Lo voy a matar!!

De un portazo cerró la puerta, haciéndola sonar en el sótano para indicar al que estuviese cerca que ella estaba severamente cabreada.

No se duchó ni se vistió con el uniforme habitual, se enfundó en una camiseta de rayas horizontales y un overol de *jeans*, del que les dio varias vueltas a las perneras hasta dejarlas a la altura de las pantorrillas. Se calzó las pantuflas y, mascullando mil palabras malsonantes, procedió con la limpieza en el pasillo. ¡Por qué a ella! Trataba por todos los medios de controlar su celo para que nadie la molestara como lo hacía el condenado que se propuso marcarla como si fuera de su propiedad. Se preguntaba quién de aquellos desubicados sería el que se denominó su pretendiente; aunque el término era incorrecto, más bien, acosador. Por más lobo que este fuese, ella debía tener la última palabra. ¡Estaban en pleno siglo 21, por Licaón! Los tiempos cambiaron, debería estar prohibido aprovecharse de las lobas que pasan por dicho ciclo, no es de yo-meto-el-pito-aquí-y-luego-me-largo. Sus padres le enseñaron a ser respetada por un hombre en cuanto a trato y relación; por desgracia, el modo en cómo estos las ven cuando están acaloradas, no es el de un monje franciscano, sino el de uno que sonríe perverso por hallar a una hembra que no está en

posición de escoger varón.

Para las que *se inician*, las espera tres destinos:

La subasta, la promiscuidad o la violación.

Y a Anna ninguno le agradaba.

La subasta era para conseguirle marido, quien pagaría por la futura esposa que le daría una camada de cachorros, pero si no lo conseguía o prefería postergarlo unos años, la familia la encerraría para protegerla. Los machos eran crueles en estos aspectos, a ellos solo les importaba echar un *polvo* en un *hueco virgen* y luego echarse a dormir con su pito feliz.

Así que Anna se obligaba a controlarse a sí misma, en este aspecto los lobos la ignorarían; mientras no emitiera el aroma que a estos los enloquece, estaba a salvo.

Suspiró. ¡Cuánta diferencia existía entre los metamorfos y los lobos comunes!

Al menos, con estos últimos, las relaciones macho-hembra no era complicada y sí bastante monógama. Las parejas se atraían y se mantenían juntas hasta la muerte, siendo leales y cariñosos sin importar si la manada atravesaba la etapa del celo.

Pero en los otros…

¡Arg!

Anna esbozó un mohín, envidiando la simpleza en los lobos comunes, puesto que, por tener caracteres «humanos», los metamorfos no se anclaban sentimentalmente en una determinada pareja. Era una tontería lo que tanto se escribía en las novelas de romance paranormal, donde el macho aúlla a la luna, entristecido porque su «mate» aún no aparecía.

Los humanos nada sabían de los hombres lobo…

Estos celebraban los cambios hormonales que las hembras sufrían.

—Y aquí estoy…, limpiando los orines de un vejiga-floja.

El raciocinio del que la raza humana se jacta de poseer por sobre las demás especies, es lo que también influye en los metamorfos para enamorarse, formar familia, ser infiel, divorciarse, gozar del sexo sin amarres mágicos o primitivos. Si un humano se ilusiona y desilusiona, en un abrir y cerrar de ojos, también los de sangre lobuna.

Lo diferente es la fuerza descomunal de sus extremidades y los cinco sentidos desarrollados.

Porque el salvajismo…

Ambas especies lo son.

—Hubiera sido mejor nacer humana, así no estaría limpiando orín de lobo… —masculló cabreada, dando la última lampaceada al piso del pasillo.

Tras concluir y, llorando a raudales por la rabia, se duchó enérgica bajo la ducha. ¡Ella quería que la amaran, no que se la follaran por

estar en celo!

Una hora después, Anna sonreía como si el encierro jamás hubiese ocurrido. Paseaba a Erik y a Ángel en una carriola de doble asiento, en la que ambos iban medio acostados, disfrutando del agradable clima, mientras ella los empujaba por las caminerías del jardín posterior y el área de la piscina. Isabel se hallaba sentada en el balcón que da hacia el mar, con la vista perdida en el horizonte marino y escuchando una canción que sonaba al fondo del dormitorio. Anna prestó atención y sonrió, la canción era de Rihanna, una de sus favoritas, trataba de una chica que se enamora, cuyo amor le nubla el cerebro; claro está que la joven ignoraba los pesares internos de la hispana; la música era la que Isabel danzó una vez en la azotea de la cabaña en Denali.

Si Anna supiera esto, no habría sonreído, sino sentido lástima por su amiga, que seguro recordaba al alfa. La lejanía la deprimía, quitándole las ganas de salir, la cicatrización avanzaba lento, por lo que Anna suponía no vería a sus padres durante las fiestas de fin de año; lo más probable, para el próximo verano en la que Isabel estuviese mejor.

Erik se removió en su parte de la doble-carriola y enseguida estalló su garganta; el paseo despertó su apetito y procuró hacérselo saber a la niñera con su escandaloso llanto.

—¡¿Y tú por qué te pones así?, si te llenaron la panza hace una hora! Qué glotón… —Anna lo reprendió con dulzura, pero el lobezno exigía que le dieran una teta bien cargada de leche materna.

Ángel hizo pucheros porque su hermano lloraba.

—No, pues, el dúo dinámico… —Batman salía al ataque y Robin lo secundaba.

Ambos se pusieron de acuerdo en su escándalo.

—¡Ay, no lloren! Estos monstruitos… Oye, a mí no me mires —gruñó a Erik, quien miraba a su pecho—. ¡Solo soy la niñera! Conmigo pasarán hambre, ¿ven? —Las señaló—, son pequeñitas.

—Y bonitas.

El comentario, a su espalda, tensó a Anna en el acto.

Jevrem se había acercado a ella sin darse cuenta, él estuvo a punto de marcar por millonésima vez el número del móvil de su tío Everett, quien no le devolvía las llamadas o le contestaba los mensajes de texto, advirtiéndole lo del ataque en Central Park, pero desistió de informarle una vez más al percatarse de la lobata hablando con sus primitos, que decidió saludarla.

Cada vez le agradaba la idea de tenerla en su cama.

«No te metas con ella».

La voz de su tío retumbaba en su cabeza, como si fuera su conciencia.

Ni pienso hacerlo, es…, le iba a dar la misma respuesta que le dio

en el hangar, antes del jet emprender vuelo, refiriéndose a que él no se metería con una niña. Sin embargo, el cuenta-atrás del reloj biológico de Anna Morris, marcaba el tiempo exacto para convertirse en una mujer.

1 día, 15 horas, 30 minutos, 25 segundos…

De forma automática, la joven alzó a Erik, quien era el que más tronaba la garganta, para tenerlo de escudo por si al beta le daba por ponerse *cariñoso*. Buscó afanosa a Esther y a Lourdes para que alimentaran a los gemelos, pero las nodrizas debían de estar desayunando para reponer las calorías perdidas en la lactancia.

Menos mal que estaba apartada del balcón, Isabel se habría angustiado por sus hijos.

Ella no podía amamantar.

—Por favor, joven Jevrem, ese no es el comentario de un caballero —dijo mientras arrullaba a Erik. Ángel alzaba los bracitos y sacudía sus piernitas para que lo alzaran, y Jevrem lo calmó, cumpliendo su deseo.

—Solo dije que son bonitas —respondió socarrón, como si le hubiera elogiado el feo uniforme que le dieron. Para él, era inevitable prestar atención a la silueta de la muchacha, cuyas formas eran delicadas como las de un hada de las flores. Los senos de Anna apenas se insinuaban bajo la tela y sus caderas deslucían en la holgura del vestido. Los vaqueros y la blusa de algodón, de la vez en que –de no ser por el padre– habrían tenido una cita, la hicieron lucir mucho mejor. ¿Quién sabe qué hubiese pasado esa noche? Un beso robado durante la película, una caricia sutil en la nuca, un apretón en uno de los senos de copa 32B.

—Se trata de mis… —carraspeó incómoda—. Eh… se s-se… ¡Ay, ya sabe! —Jevrem se sorprendió de su actitud y ella reparó en que le había gritado—. Discúlpeme.

Se carcajeó y esto hizo que Ángel –entre sus brazos– mirase a Jevrem, fascinado de la incipiente barba que a este le había crecido por no habérsela retocado desde que llegaron, recordándole a su papá. Y Erik dejó de llorar, distrayéndose por las risotadas del primo grande.

—¿De dónde has sacado ese carácter? No eras así antes —comentó divertido por ese cambio que observaba en Anna. En los Hamptons, ella era más desenvuelta, más alegre y más…

—Por favor, joven Jevrem, no se ría de esa manera o el señor Milenko pensará que yo… Eh… No quiero que él me… —enmudeció, si lo acusaba, tal vez a aquel le molestara que fuese una quejica y la pusiera en su lugar. A los que acusaban a sus jefes les iba muy mal.

Jevrem dejó de reírse, captó lo que Anna quiso decir.

—«Él», ¿qué? —inquirió predispuesto a lo que le respondiera, a la vez en que Ángel seguía atento a su barba—. ¿Te increpará por lo de

ayer? ¿Te dijo algo de lo que deba enterarme?

Cabeceó nerviosa.

—Estaría alterando las normas de no confraternizar.

Como si fuese un padre que sale a pasear a sus hijos al parque para coquetear con las niñeras de los vecinos, Jevrem se inclinó hacia Anna.

—*Confraterniza* todo lo que quieras conmigo: antes, *durante* y después...

Anna arqueó las cejas.

¿Le estaba insinuando…?

—El viernes por la noche te lo explicaré —agregó ante la mirada interrogante de la muchacha—. Estarás en edad de saberlo todo.

—¿Todo?

La sonrisa maliciosa se estiró en los labios del lobo.

Los acercó y pegado a la oreja de Anna, respondió:

—Todo.

A Anna se le cayó la mandíbula.

Jevrem le dio un beso en la frente a Ángel, a quien no le gustó que lo dejaran de vuelta en la carriola, y Erik gruñó como cachorro enojado por ocasionarle un llanto a su hermanito. Recibió también un beso en la frente, aún cargado por la bonita lobata a la que quería mucho; esta se tambaleó al percibir el aroma de Jevrem y del que su corazón palpitaba a toda carrera y sus piernas temblaban más de emoción que de estar molesta.

Le dio mucho calor.

—Tengo que llevarlos al… —dejó a Erik en su puesto y, aturullada, se dio prisas por alejarse de Jevrem, de quien sin saberlo ella, la despedía con la mano de manera socarrona, prometiéndose él para sus adentros de tener todo preparado para enseñarle antes, durante y después del coito.

—¡Anna! —la llamó una vez esta hubo saldado cierta distancia.

La aludida se detuvo y se volvió para averiguar qué era lo que quería. ¿Hacía calor o su sangre hervía? La trastocó sentir su aliento cerca.

—No limpie más.

Ella no comprendió.

—¿No limpie qué?

—El pasillo —respondió—, es para tu protección. —Y para mantenerla reservada para él.

Anna quedó perpleja.

¿«Pasillo»? ¿«Protección»?

Pum, *pum*, *pum*…

Requirió segundos para conjeturar a lo que se refería.

El vejiga-floja.

—Era usted el que… —señaló con su pulgar hacia atrás—, el que… —ni sabía cómo terminar la frase para que no sonara grotesco —. ¿Tiene idea de lo que he restregado ese piso? —Debió haberlo sabido, él se había puesto «a la orden» para *desflorarla*. ¿Por qué no tenía la escoba a mano para darle un escobazo?—. ¡Me duelen los brazos!

Pasos hacia ella.

Sonrisa pendenciera.

Ojos de diablillo.

—Tus noches están bajo mi cuidado —dijo—. Nadie se te acercará mientras estés en tu ciclo. ¿Ya lo tienes? —Olfateó profundo y sonrió —. En dos días, tú y yo…

Tragó en seco.

—¿Qué vas a hacer?

El kamasutra.

—Celebraremos juntos.

Erik comenzó a patentar su fastidio, por lo que Anna consideró que la conversación que sostenía con Jevrem no era apta para ser entablada frente a lobeznos; frunció el ceño y, con mirada altiva, al beta contestó:

—Si es lo que me imagino, búsquese otra, yo no me voy a enloquecer ante el primer… Creo que lo he sabido mantener a raya. —Si era sincera consigo misma, ella ya estaba pasando por el ciclo; de otro modo, Jevrem no estaría orinando el pasillo ni encerrándola en el dormitorio para que los guardaespaldas no se le acercaran. Y, recordando esto, se llenó de valor para expresarle—: Le agradecería no me encierre en mi dormitorio; no soy una promiscua que anda ofreciendo el trasero al primero que se me cruce por el camino. No todas las lobas somos así.

Jevrem se puso serio.

—¿Encerrada?

—No lo vuelva a hacer. Le tolero los orines, tal vez tenga razón con lo de la protección, pero no haga que tenga que oprimir el Botón del Pánico para que me saquen de allí; puede haber una emergencia.

Como retozar con un lobo, pensó Jevrem avinagrado de que a Anna no le permitieran desenvolverse por la casa. ¿Cómo accedía a ella sin tener que derribar la puerta?

—Se lo haré saber a Milenko —asumió la culpa. Increparía al mayordomo por no consultarle lo que iba hacer con respecto a Anna. Había sido tajante en que fuesen amables y pacientes; que la encerraran, fue pasarse de miserable.

La dejó marchar con sus primitos, mientras él la observaba alejarse con algo de prisas. El móvil seguía en su mano sin haberse dado cuenta Jevrem de que no lo había guardado en el bolsillo interno de

su chaqueta sastre. La voz de su tío Everett gruñía en su mente por desobedecerle constantemente: ¡No te metas con ella! ¡¡No te metas!! Hacía planes para seducirla sin temer a las consecuencias, se lo habían advertido y él seguía en su meta de darse el gusto de desvirgarla; las feromonas de la chica nublaban su raciocinio, la quería solo para una noche y luego seguía en lo suyo.

Esto lo volvió a la realidad y parpadeó.

¿Qué pasaba con su tío que no se preocupaba de lo sucedido en Nueva York?

¿Estaría bien?

Se preocupó.

Si no le contestaba, tendría que mandar a Kevin para Alaska a que averiguase las razones de su desinterés. A su padre evitaba telefonearle, Everett fue tajante en mantener reducido el círculo de los que estaban al tanto de las investigaciones; entre menos supieran, las informaciones a extraños no se filtrarían. Sobre todo, sus tíos abuelos: Teodor, Emir, Zoran y Slobodan, a quienes se les iba la lengua cuando bebían.

Capítulo 48

—Apenas ha probado bocado. ¿No le gustó el venado? —Timmia preguntó ante la inapetencia del alfa.

Everett salió de sus pensamientos y sonrió a la mujer de Ma-cheil, apurándose en vaciar el cuenco de arcilla para no ofenderla por el estofado que le sirvieron.

Tras el invasor haberse lanzado al caudaloso río, Everett recorrió durante el resto de la noche las laderas hasta llegar a los límites de Denali, donde más adelante se vislumbraba la cordillera nevada de Alaska. No halló huellas de patas de lobos ni pisadas bípedas que revelaran que logró sobrevivir a las aguas revoltosas y emergiera kilómetros más abajo, aporreado y cojeando.

—¿Le sirvo más? —A Timmia le daba gusto haber cocinado para el que, según su esposo, estaba destinado para grandes planes.

—Por favor —alargó el cuenco; la segunda ración sería como un aperitivo, dada la voracidad a la hora de comer.

Timmia procuró verter el cucharón de madera, lo más lleno posible, y coronó el estofado con más guarnición. Ma-cheil ya había devorado dos porciones e iba por el tercero, complaciéndole que su amigo se alimentara a pesar de sus preocupaciones.

—Investigaré entre mis hombres para saber si alguno de ellos estuvo por la reserva; de antemano me disculpo si así fue, conocen los límites y el proceder cuando se topan con miembros de otras manadas: la presentación y el respeto debe expresarse en pro de la armonía entre los clanes.

Everett tragó el bocado de venado y se limpió la boca con el dorso de la mano, sentados ambos en el suelo y bajo la sombra de un árbol. Para los siete pueblos yakaramath no existían líneas que demarcaran los territorios, la tierra era una, sin tomar en cuenta los relieves y los afluentes.

—Aún no sabemos si fue uno de los suyos, Ma-cheil, *este* tenía un olor peculiar…

Pensativo, el menudo hombre removía el estofado con su cuchara.

—¿Cómo era ese olor? —le llamó la atención.

Everett masticaba con la boca abierta, dejando para Kenai los modales en la mesa; en cambio allí, comían con las manos y se limpiaban las comisuras de los labios con los dedos; eran más rurales, comportándose él como solía ser cuando estaba solo en su cabaña.

—Fuerte. Como a formol.

El líder yakaramath frunció el ceño.

—El olor de los muertos.

A otro lobo que hubiese expresado dicho comentario, Everett lo habría reprendido con la mirada por idiota. Pero Ma-cheil era un hombre que se tomaba en serio las supersticiones, demostrando en más de una ocasión que eran ciertas.

—Este no era ningún «muerto caminante» —comentó—, sino uno entre los vivos. Es un metamorfo y, por la velocidad en sus patas y su olor penetrante, era macho y de edad mediana; a lo sumo, poco más de cuarenta. ¿Conoces a alguno que tenga dicha edad y apeste de esa manera? —inquirió debido a que Ma-cheil lucía como si conociera al susodicho.

Aun así…

Cabeceó.

—Tenga cuidado de a quién persigue, señor Everett, no sea que usted esté persiguiendo a la muerte.

Se rio.

—¿Te refieres a la Parca? —Asintió—. Pues, «la Parca» se ha dado banquete con los humanos.

—También podría volcarse contra los de nuestra especie.

—De momento tiene preferencia por los humanos —dijo—, les arrancó las vísceras. Ningún metamorfo ha salido herido o ha tenido avistamientos; ataca solo a los que cazan o comercian con animales. —Esto le hizo caer en cuenta de algo—. ¿Por qué no nos ha atacado?

—Porque cazamos para comer, en cambio ellos lo hacen por ambición y placer. Cometen crímenes contra la Madre Tierra. Imperdonable seres…

A esto también debía sumarse las progresivas deforestaciones, la desviación de los cauces de los ríos, la contaminación ambiental.

Sí, muchos crímenes.

Los nietos de Ollokot jugaban con la nieta de Ma-cheil, hija del quinto de sus ocho hijos, esta unos años menor a los otros cachorros, persiguiéndose entre sí; aunque la pequeña –de la que Everett calculaba tenía unos cuatro años– era la más rápida para alcanzar a sus compañeros de juego. Pensó en sus lobeznos y sonrió con melancolía, en unos años ellos estarían así, incansables, revoloteando a su rededor. Soltó un suspiro y Ma-cheil adivinó que extrañaba a los críos, lo comprendía, él dio en matrimonio a su única descendencia hembra y ésta ya había formado familia; por desgracia, se asentaron con los peaux noires, visitándolos cuando el marido o el líder de la tribu, lo dispusiera.

—Lo maravilloso de los cachorros, es la forma en cómo sus ojos inocentes perciben al mundo: jamás ven la maldad, a menos que se los enseñen. Los lobos adultos dejamos de apreciar hasta los colores del arco iris; nos volvimos mundanos, pendientes de irrelevancias que

para nada alimenta el espíritu.

—Eso es lo triste de la vida —replicó Everett mientras observaba a los niños jugar, ajenos a los infortunios de los mayores—. Pero los tenemos a ellos para recordarnos que debemos sonreír. —Al decir esto, esbozó una sonrisa, de la que procuró fuese alegre, pero le salió apesadumbrada, extrañaba a sus dos pequeños.

La cachorra corrió a esconderse detrás de Everett, que era grande como un oso y greñudo como un león bondadoso. Ahora a ella le tocaba esconderse, había descubierto a sus amigos que no hallaron un buen escondite; el que ella escogió sería el mejor de todos, la cubriría y a nadie se le ocurriría buscarla allí. No se imaginarán que un lobo gigantesco se prestaba para ocultarla.

—*¡Shhhht!* —Puso los deditos en sus labios y, a la espalda de Everett, les indicó a los dos hombres que no la delataran.

Ma-cheil sonrió y a Everett se le hizo un nudo en la garganta. Algún día estaría así con sus hijos.

Sintió que la pequeña posaba sus manitos sobre sus hombros anchos y, haciéndose el que miraba hacia el fondo del patio para buscar «algo», observó que la pequeña tenía los ojos negros y las pestañas largas, apenas sobresaliendo de su hombro para observar cuál de sus amigos estaba cerca, buscándola.

—No puedo verlos, tienes el pelo suelto —habló en el idioma de los *blancos* en vez del dialecto *sahaptin*, al mismo tiempo en que agarraba un mechón de Everett y lo levantaba para despejar la vista. Por aprobación de los ancianos nativos, las crías debían hablar ambas lenguas para que se defendieran en un mundo que cada vez los cercaban.

—Ivalu, sé respetuosa —Ma-cheil la reprendió sin estar molesto.

—No me deja ver, tiene el pelo suelto.

Everett rio. La sinceridad de un cachorro siempre por delante.

—Así me gusta —respondió a la niña que seguía acurrucada detrás de él.

—Mi papá no lo tiene así —dijo como si Everett debía saber—, y tampoco abuelo.

—¿No?

—No. ¡Todos tienen el pelo recogido!

—¿Y por qué?

—Yo no sé. ¿Por qué, abuelo?

Ma-cheil torció un poco el torso para mirar a la niña. Estaba descalza, con su vestidito amarillo y sus crinejas despeinadas por la corredera.

—Porque así nos gusta —la respuesta fue parecida a la del alfa visitante y con la suficiente información para que la nieta no siguiera con más preguntas.

—Mi papá no tiene pelos en la cara. ¿Por qué tienes?

Ma-cheil y Everett intercambiaron miradas; si respondes a una pregunta, luego te harán mil.

—En mi manada los machos llevamos barba para diferenciarnos de las manadas que no tienen —era tonta la explicación, pero serviría de momento para que la pequeña comprendiera.

Esta salió de su escondite y, sin importarle ser descubierta por otros cachorros, tocó con ambas manitos la barba de Everett.

—Ivalu…

—No me molesta —Everett tranquilizó a Ma-cheil, quien estuvo a punto de llamar a su esposa para que se llevara a la cachorra.

—Pica —rio—. ¿A ti te pica?

—No.

—¿Por qué no te pica?

—Porque crece en mi cara.

—Si la jalo, ¿te duele? —Su manita empuñó un mechón de barba con la intención de descubrir si el gigantón gritaría o lloraría de dolor.

—Intenta a ver.

—Ivalu, no sigas.

—*¡Auch!*

La pequeña se carcajeó y esto llenó de tal gozo a Everett, que sus ojos se cristalizaron. Amaba a sus lobeznos varones, pero sería genial tener una hembrita.

Una Isabel en miniatura.

Al anochecer, fue aprensivo el retorno a su cabaña. Le preocupaba que Abby siguiera allí, esperando a que él apareciera, tras haberla dejado frustrada de aparearse ambos durante toda la noche.

Rechazó que Anori –ahijado de Ma-cheil– lo llevara de vuelta en la destartalada camioneta roja, prefiriendo desplazarse en sus propias piernas a una velocidad bípeda moderada. Hacía largas como si estuviera dando tiempo a que la loba se largara, por si se le habían pegado las cobijas o se hubiese establecido en la cabaña en confianza; sin embargo, al llegar y, sin darse un chapuzón en el riachuelo, evitó entrar a la cabaña.

Sin moverse del marco de la puerta principal, Everett olfateó el ambiente para captar el aroma de la rubia, pero sonrió aliviado de hallar a oscuras y en soledad a su hogar, yendo directo a su dormitorio. Qué bueno que se marchó, le ahorró la incomodidad de tener que echarla enojado; fue claro en lo que le dijo: no la amaba y no la buscaría como amante; si no la buscó tras el abandono de Isabel, no lo haría ahora que él se proponía reconquistarla.

Abrió la puerta del dormitorio; tomaría el móvil y consultaría si tendría llamadas perdidas, se le había quedado por su consternación que, cuando se percató de esto, se lamentó.

Al entrar, sus piernas se detuvieron abruptas y sus ojos se abrieron desmesurados, observando su rededor. ¡¿Qué fue lo que hizo esa loba?!

Caminó despacio por encima de un millar de retazos de lo que parecía ser… —se agachó y recogió un trozo de tul.

—Maldita loca —gruñó cabreado.

Enseguida, rodó los ojos hacia la parte del armario que se hallaba vacío. Abby Rose –furiosa– desgarró toda la ropa de su mujer, incluyendo la que utilizaba para danzar.

Hizo un gesto de dolor, algo perforó la planta de su pie; no sabía que podría ser, el piso del dormitorio estaba cubierto por una *alfombra* de retazos multicolores.

Con el mismo pie barrió con rabia una blusa destrozada y descubrió para su mayor cabreo que el móvil dejado en la repisa de la chimenea, yacía añicos como si su ex lo hubiera arrojado con violencia.

—Muy inmaduro, Abby —expresó como si ella estuviera presente, jurándose que la visitaría a su casa y le jalaría de las orejas por el daño causado. Por supuesto, después de que a esta se le pasara el condenado celo que era incapaz de controlar. Ahora él tendría que comprar otro móvil… Llevaba tres en lo que contaba, sufriendo todos la misma suerte.

Capítulo 49

—Desaparecer es tu comportamiento natural, ¿eh?

Damir reprochó a Everett por no avisar a sus hombres o telefonearle a él de hacia dónde se marchaba. Había acabado de sonar el reloj del vestíbulo, marcando las diez de la mañana; el día anterior ninguno de los machos de máxima jerarquía en la familia se halló en la casa: uno desapareció sin avisar a nadie y el más refinado estuvo retozando hasta bien entrada la madrugada. Damir recién se había duchado, al ser la segunda vez en esa semana en la que se aventuraba a follar con su amante, aprovechando que este estaría unos días por Alaska. Radojka y Vesna seguían arreglándose los cabellos, ellas no se dieron cuenta de las horas tardías de su llegada, él acostumbraba a dormir solo en una habitación apartada de sus esposas; compartían la cama, con la una y con la otra, cuando demandaban sexo, y esto por fortuna ocurría muy escaso. Por otro lado, al greñudo de su hermano le despreocupaba si todos se percataban de su llegada: amanecido, sudado, espantosamente desaliñado.

—¿Y qué si así es? —respondió estresado de no hallar al depredador y, del que estaba seguro, era aquel que lo vigiló entre los matorrales. Habló con los yakaramath, los peaux noires y las tribus más cercanas a la zona para que rastrearan el «cadáver» que podría aparecer flotando por las riberas del río.

O semienterrado en el fango, siendo devorado por las aves carroñeras y los animales de menor tamaño.

Damir sonrió despectivo mientras los servidores bajaban las maletas para llevarlas al portaequipaje de los Land Rover plateados que aguardaban alineados frente a la mansión.

—Ay, hermanito, estás en la obligación de cuidar de los tuyos, en vez de *corretear* a las liebres. Deberías amarrar tu móvil a una pata, te llamé varias veces. ¿Dónde estabas? Te dejé varios mensajes en el buzón para notificarte que viajaré a Nueva York.

Everett no contestó, yendo hacia las escaleras para ir a su dormitorio. Radojka descendía los escalones, seguida de Vesna y sus tres hijas.

Se detuvo para permitirles el paso.

—¿Se irán de vacaciones? —Le extrañaba que por esas fechas Damir optase por un viaje no anunciado con anticipación; jamás se tomaba descansos prolongados para no descuidar sus negocios.

—Tío, hiedes… —Andjela comentó entre risas, Everett lucía como loco de carretera: andrajoso y descalzo.

—Andjela —Vesna la increpó con una falsa molestia, pero para sus adentros, reía de la verdad que le soltó su hija.

—Corría —fue todo lo que dijo con una sonrisa a medias. Sus sobrinas exageraban en taparse la nariz y abanicarse para espantar la hediondez de sus axilas. Everett apestaba por haber manejado sin antes bañarse en el riachuelo, llevaba 36 horas en que no se aseaba.

—¿Y de dónde viniste corriendo: desde Denali? Apuesto a que fumaste la *pipa de la paz* con tus amigos nativos. *Yo lo sé todo*… —Damir comentó en un tono jocoso que a Everett le provocó agarrarlo del cuello y estrangularlo hasta que su cara se pusiera azul. Sus sobrinas bajaron las escaleras de volada, felices por el viaje; tenían planificado visitar muchos lugares, ver algunas caras conocidas y echarles el ojo a los viriles machos que habría en la ciudad cosmopolita. Al menos, por unos días Andjela se olvidaría del baboso que tenía como prometido, arrepentida de haberse acostado con este; en un mes la desposaría y llevaría a su morada, donde sería la tercera esposa.

—Y si «lo sabes todo», ¿para qué preguntas? —Cada vez que Damir lo expresaba, a él le daba mala espina. ¿Qué tanto estaba enterado de su paso por Denali?

—Qué grosero eres. ¿Te cuesta responder o estuviste haciendo cosas indebidas? —Volvió a reír entre dientes, insinuando posibles *revolcones* con las nativas cada vez que los visitaba.

—¿Cómo las que *tú haces*? No, hermano, jamás las hago. Pero te puedo comentar que *se me ha antojado* tomar unas breves vacaciones. Llama a Dexter y dile que el vuelo se retrasa una hora, los acompañaré durante el viaje.

El otro sonrió despectivo, de la que Everett la aplacó con una sonrisa perversa, dándose gusto de cabrear a su hermano mayor.

Reanudó la marcha, escaleras arriba, mascullando palabrotas para sus adentros. Isabel no tendría tranquilidad con todos ellos bajo el mismo techo, él también tendría que ir.

Pero el viaje inesperado que realizarían le causaba mariposas en el estómago, vería a Isabel, a pesar de concederle dejarla tranquila hasta que sanara, pero no era conveniente quedarse él en Kenai; Damir era descuidado y las arpías unas parlanchinas; antes de finalizar el día, media ciudad se enteraría del arribo de un grupo de lobos en Long Island.

*****

En el jet, mientras sobrevolaban el espacio aéreo, Radojka se levantó de su asiento, unos puestos más atrás de Grubana y el resto, prefiriendo estar apartada para meditar en su precario matrimonio y en su hijo que obligaron a estar separado de sus padres.

A este le asignaron el cuidado de una híbrida malhablada y ordinaria, frustrándole a él los sueños de adiestrase en el campo empresarial del que sacaría el mejor provecho, pues a Everett no le importaba los conocimientos administrativos que su sobrino adquirió junto a su abuelo Stanislav y sus tíos Slobodan y Teodor, quienes eran hábiles financistas que amasaban fortunas.

—¿Me permites sentar? —preguntó a Everett, luciendo este pensativo mientras miraba por su ventanilla hacia el azulado firmamento.

Everett asintió y ella se sentó en el asiento del frente, compartían una mesita entre ambos.

—Estoy emocionada, hace tanto que no salía de Alaska… —expresó melancólica. Andjela, Milena y Jelena conversaban animadas cerca del área del cafetín, donde Tyson y Luttrell se hallaban compartiendo un café con las azafatas. Grubana se mantenía atenta a que estas no cometieran algún desliz que después las desprestigiarían; sobre todo, Andjela que estaba por cumplir los dieciocho años. Vesna fingía dormir en su asiento para no verse obligada en conversar con su suegra o con su marido, aunque este dormitaba por sus extenuantes viajes relámpagos de negocios, pero Vesna no era tonta, enojada por los constantes escapes para encontrarse con sus conquistas masculinas. Damir creía que su segunda esposa no sabía nada de sus inclinaciones homosexuales, pero, así como él se jactaba, ella también lo sabía todo.

—Me apena que solo sea por un par de días —Everett expresó como recordatorio para que no albergara esperanzas de extender la visita por una semana. Isabel necesitaba tranquilidad, no disgustos—, pero serán suficientes para que estés con tu hijo.

Radojka medio sonrió.

—Mi Jevrem… —suspiró, sus manos se estrujaban sobre el tope de la mesita. Un anillo de diamante, del que el mismo Everett pensó en el otro que fue el causante de sus males, lucía en la mano izquierda de la mujer. Era ostentoso, pero menos hermoso al que fue el de Winona—. Es un joven tan inteligente y valeroso que como él hay pocos. Es el orgullo de Damir y el mío —volvió a suspirar, esta vez poniendo mayor sentimiento—. Lo educamos para –el liderazgo– que sea una inspiración para las nuevas generaciones desorientadas en sus sueños egoístas, en vez de pensar en el clan.

»En cambio, mi Jevrem, él… —y siguió elogiando a su hijo, mientras que los pensamientos de Everett se perdían una vez más en el firmamento, dejando hablar a su cuñada; el recibimiento en los Hamptons sería incómodo, nadie los esperaba, ni siquiera su sobrino del que mantenía constante comunicación, pese a que esto se interrumpió abrupto por el daño ocasionado en su móvil y su distraimiento al sustituirlo por uno nuevo. Se preparaba para una

discusión de proporciones bíblicas con su exprometida, el acuerdo fue la de mantener las distancias, cero teléfono o mensajería, nada que propiciara una posible reconciliación.

El suspiro que su alma manifestó coincidió con el de Radojka, quien hablaba sin parar de Jevrem; esto lo sacó de sus pensamientos y rodó los ojos hacia la loba, cuya mirada la tenía puesta en sus manos nerviosas.

—¿Qué es lo que en realidad deseas, Radojka? —Ni tonto que fuera para no percatarse en la preocupación de la madre. Grubana los observaba con una oreja puesta en ellos y la otra en sus alocadas nietas. Menos mal que pronto se efectuaría la boda con Jacob Hamilton; lo de este con Andjela, aún la escandalizaba. La hizo mujer antes de ser bendecido por los Ancianos.

—Tener a mi hijo cerca de mí —la voz de Radojka un suspiro, sus ojos se inundaron de lágrimas para conmover al alfa.

—No lo he apartado de ti para siempre, es solo por una temporada.

—Que es muy larga. ¿Hasta cuándo?

—No lo sé —fue sincero en no darle una fecha determinada. Todo dependía del progreso de Isabel y de atrapar al maldito.

La loba se enjugó las lágrimas con un fino pañuelo; no se conformaría con semejante respuesta.

—Everett, para nadie es un secreto que asignaras a Jevrem para proteger a *tu híbrida* y a tus lobeznos de ese metamorfo que merodea por entre Denali y Kenai; él es el mejor de tus hombres, incluso más fuerte que Ranko, que ahora debe estar en el infierno, pero… No es el único que está hecho para esa tarea, también están tus guardaespaldas, son todos buenos en lo suyo de arrancar cabezas.

—Confío en él.

—¿Y tus hombres?

—Confío más en Jevrem.

Radojka apretó la mandíbula para evitar escupirle una sarta de groserías. ¿Confiar? Lo dudaba. Apostaría a que propiciaba a que su hijo cayera bajo el hechizo de aquella maldita y así Everett tendría la excusa de matarlo. Le tenía celos por ser mejor que él; esto confirmaba lo que una vez Damir expresó: «Everett no ama a su mujer, solo es un capricho pasajero». Ahora que estaba *rostizada*, se desharía de ella y de su sobrino que, para él, era una molestia.

El cumpleaños de Jevrem fue propicio para visitarlo y de estudiar qué tan unidos era este con la híbrida.

—¿Por qué? Es solo un muchacho.

Everett sonrió con esa mirada que denotaba el esfuerzo perdido de la loba para convencerlo de prescindir de los servicios de su sobrino predilecto.

—Lo acabas de expresar: «Es inteligente y valeroso», no querría a otro menos capacitado cerca de mi mujer e hijos. Quiero lo mejor para ellos. Jevrem los ama, los protegerá hasta con… —calló ante la palidez de su cuñada.

Ella comprendió.

—Con su vida.

Sollozó.

Everett se golpeó en su mente.

Puso una mano sobre las dos que yacían tensas sobre la mesita que los separaban.

—Radojka, el destino de Jevrem es el mismo del resto de las manadas que rijo: servir al alfa. En ello está el riesgo de morir al protegerme; sin embargo, no se ha enviado a la guerra —le expresó lo mismo que a Damir en el despacho—, está en Long Island, conviviendo en una urbanización de clase alta; allá no hay peligro al acecho, solo derroche y opulencia.

Grubana asintió, estando por esa rara vez de acuerdo con el bastardo; Radojka era una llorona que consentía al primogénito de Damir como si fuera afeminado, poniéndole alfombras bajo sus pies para que no tropezara con las piedrecillas que hubiese en el camino y pétalos de flores en la tina para que se tersara su piel. Ella, como matriarca, ejercía mano dura y rejo sobre su propia descendencia si demostraban flaquezas. Los criaba para que fueran machos dominantes y hembras de intachable moral. Le daría un soponcio si Jevrem adquirió hábitos indeseados. ¡Licaón la librara de ver a su nieto comportarse con *delicadezas* por culpa de su nuera!

Radojka asintió desolada.

Confirmado: Everett odiaba a Jevrem.

Le tenía envidia.

—Aun así, me preocupa.

—No lo subestimes: a él le confié lo que más amo. Nadie ha tenido mi plena fe sobre sus capacidades.

La loba estuvo a punto de suplicarle para que no recayera sobre los hombros de su hijo tal responsabilidad, porque si algo le pasaba a esa híbrida ordinaria y a esos engendros defectuosos, tendría que llorar a Jevrem hasta el día en que ella muriera. Pero la hosca mirada de Grubana, quien no disimulaba el disgusto de observar la mortificación de la primera esposa de Damir, la contuvo de postrarse de rodillas para que Everett le permitiera a Jevrem, de volver a su hogar, bajo el amparo de sus padres. El odio que sentía por esa mujer y por las crías, cada vez la consumía; qué rabia, qué tristeza… De estar vivo Ranko, Everett e Isabel estarían desterrados; no obstante, su Jevrem no tendría un mejor destino.

Se mordió los labios e hizo una reverencia a Everett, tras

levantarse del asiento, y volvió al suyo para sollozar en silencio.

Recostó la cabeza contra la ventanilla, en ese instante Damir abría los ojos, contenido de arrojarse sobre Everett y molerlo a los golpes, también habiéndolos escuchado pese a que estos conversaron en voz baja; la súplica de la tonta de Radojka de nada sirvió, Everett cavaba lo que sería la tumba para su sobrino.

Y, si algo le pasaba a su querido Jevrem, Damir se encargaría de cavar por su propia cuenta tres fosas más para que acompañaran a su amado hijo: la de la puta de Isabel y la de los malditos lobeznos.

Los descuartizaría.

Capítulo 50

Pelitos crecían en su calvicie.

Fascinada por este descubrimiento, Isabel se observa pegada al espejo de la peinadora. No eran muchos como para recogerlo en una cola de caballo o lucir una horquilla de pedrerías para que todos admirasen su esplendorosa *melena* suelta, más bien, era una pelusa que apenas se vislumbraba.

Aun así, la hacía feliz.

¡Le estaba creciendo el cabello!

Esto era un hecho que otros sobrevivientes hubieran deseado para sí mismos; los que pasaron por ese tipo de tragedias, jamás lo recobraban.

Después de una hora de estar admirando las minúsculas hebras nacientes, seguía envuelta en la toalla, sonriendo y llorando de júbilo, sin percatarse que los minutos avanzaban y ella sin moverse de allí ni un milímetro. Apenas telefoneó a Camila, por tener el móvil a su alcance, de lo contrario, nadie se enteraría hasta que le llevaran la cena o a sus lobeznos para que durmieran.

Crecían…

Sonrió entre lágrimas. ¡Crecían! Su cabello crecía.

A escondidas de todos, investigaba sobre las víctimas de quemaduras; observó infinidad de crudas imágenes que la hizo llorar; de niños, de hombres y mujeres, luciendo una calvicie corrugada de manchas blanquecinas y espantosas cicatrices. Algunos tenían años, del que aceptaron con pesadumbre sus nuevas apariencias y otros continuaban con su lucha en no aceptar su destino, sino cambiarlo y mejorarlo.

Como si temiera, se le fueran a caer, con extremo cuidado pasó su palma por la coronilla y rio al comprobar que no alucinaba; los pelitos pinchaban como diminutas agujas esparcidas en su cabeza, oscureciendo sutilmente esa área de la que creyó estaría por siempre calva.

Tocaron a la puerta, era Blanka a juzgar por su aroma corporal; ese día percibía mejor los olores, en definitiva, era un buen día, muchos aspectos la ponían de excelente humor. Aparte del aroma de Blanka, resaltaba un perfume que la hizo sonreír. Y, antes de que la rolliza mujer entrara para anunciar la visita, Isabel se adelantó con un exultante:

—Déjala pasar.

Camila ingresó un tanto cohibida por los seres sobrenaturales que

la rodeaban, pero de inmediato se relajó en cuanto sus envejecidos ojos se posaron sobre la muchacha.

—¡Oh, *mi nena*, muéstrame *esos pelitos* que te causan tanta dicha! —comentó emocionada y con los brazos abiertos, yendo a abrazar a Isabel que aún permanecía en su sitio con una sonrisa estampada en su rostro.

—¡Mira! —Señaló su cabeza—. Me están creciendo.

Camila observó el millar de pelitos marrones que apenas tendrían uno o dos milímetros de largo y le estampó un beso en la coronilla y otro en la frente, dando gracias a todos los santos y vírgenes que recordaba por otorgarle esa alegría.

—Esto es una bendición, en unos meses te preocuparás por cómo debes peinarte.

—¿Tú crees? —Isabel no quería ilusionarse y que fuese algo pasajero que su cuerpo manifestó, pero que, por su condición, los folículos pilosos no completarían el crecimiento de las hebras.

Las arrugadas manos de la anciana acariciaban la cabeza de Isabel y luego con el cariño de una madre acunó su rostro para capturar su mirada.

—Cien por ciento segura —expresó con aplomo—. Tu pelo va a crecer, largo y hermoso, así como tu rostro volverá a ser rozagante. —Isabel la miró curiosa—. Investigué.

—¿Qué investigaste? —Por lo visto, Camila se dio a la tarea de llenarse de información con todo lo referente a los hombres lobo.

—Bueno, de… —señaló con el mentón hacia la puerta del dormitorio, donde detrás de esta se hallaban criaturas que jamás imaginó existían fuera de los libros y las películas—. Isa, obsérvate… —iba a enumerar los cambios que vio en ella, tres días atrás, pero reparó en cómo se hallaba—. ¿Por qué estás *entoallada*? ¿Ya te duchaste? —La joven asintió—. Entonces, vamos a vestirte que te puedes resfriar, afuera está helando y tú en toalla.

—Un resfriado no me va a matar —replicó, siendo llevada por la anciana hacia la habitación-armario para ataviarla con ropa holgada.

—Pero te enfermarás por unos días y, mientras yo te cuide, no sufrirás ni un estornudo. A ver, ¿qué deseas ponerte? ¿Una bata? —Hurgó en uno de los estantes, mientras Isabel se sentaba en la butaca central.

—Quiero un vestido. Aquel… —señaló con su mano hacia uno de algodón blanco, bordado en hilo del mismo color que hacía un delicado estampado de hojas y florecillas.

Camila lo sacó y concordó con el escogido por ser bonito.

—Me encanta, es apropiado para la ocasión. —Era largo hasta los tobillos.

—Y el suéter…

—¿Este? —Del área de los abrigos, descolgó un suéter de tejido delgado, de un blanco perlado.

—Sí.

Ayudó a vestir a Isabel, quien en vez de usar sujetadores de encaje que resaltaran sus senos, usó una enagua entera bajo el vestido y unos calzones que parecían carpas de circo.

Las pantuflas afelpadas seguían siendo su calzado.

—Oh, Isabel… Cómo me conmueve verte así —Camila expresó ante la valerosa imagen que brindaba la muchacha.

—Camila, no llores, estoy bien.

—¡Claro que sí, tesoro! —Se reprochó para sus adentros por sus flaquezas. Isabel requería de un pilar fuerte para sostenerse, no que se cayera de bruces por recurrir a una vieja llorona—. Eres la más férrea guerrera de las mujeres que conozco en mis setenta años de vida y te admiro por ello; yo me habría echado a morir en mi cama, pero tú cada día te levantas y te pones tu armadura y empuñas tu espada para combatir a los monstruos que te rodean.

Isabel bajó la mirada, ella estaba lejos de serlo, solo se limitaba a suspirar y recordar constantemente lo que una vez tuvo.

—Pues hoy dejaré mi *armadura* y soltaré mi *espada*, porque me vestiré como chica.

La anciana se carcajeó.

—Una chica hermosa. ¡Claro que sí y sin derecho a llevarme la contraria! —exclamó por la negativa de esta en aceptar un elogio—. Según lo que he leído: los hombres lobo tienen la capacidad de sanar rápido. Es cierto, ¿no? O es pura paja como lo de la luna llena… —la otra asintió a dicha facultad—. ¿Ves? Pronto estarás como antes. No te entristezca, Isa —alzó su mentón—, lo que te pasó, no es cosa de «hoy me quemo, mañana me recupero», te tomará tiempo, pero conseguirás superar esto. Muestra de lo que te digo: esos pelitos te crecieron. A un humano no le crecen después de una quemadura tan grave como la tuya; es más y sin ánimos de exagerar, te están creciendo las orejas.

Isabel se llevó las manos a los dos orificios y agrandó los ojos.

Sentía…

Cojeando, se dirigió a la peinadora y pegó la nariz en el espejo.

¿Eso que veía eran…?

Jadeó.

Por estar pendiente de la cabellera que pronto tendría, no se había dado cuenta que le estaban creciendo los pabellones alrededor de sus oídos.

Lloró. Un paso más hacia la regeneración.

Brazos maternos la rodearon y la arrullaron entre palabras de ánimo y felicitación.

—Basta de lagrimones. Ahora quiero conocer a tus bebés,

porque… ¿Puedo conocerlos, cierto? Digo, ¿no me irán a morder?

—Cuando les salgan los dientes. —Camila palideció e Isabel estalló en sonoras carcajadas. Jevrem, que se mantenía del otro lado de la puerta del dormitorio, pendiente de las personas que se movilizaban por la casa, se sorprendió del buen humor de Isabel.

Esa humana le hacía mucho bien.

—¡Ay, no bromees, que me causas un infarto! —Camila la increpó sin estar enojada, pero preocupada de que los bebés que vio en la biblioteca saltaran sobre ella para comérsela viva.

—Vamos y te los presento, están en el Cuarto de Juegos.

Ambas mujeres se dirigieron a la habitación contigua, donde el muchacho de zancas largas les abrió la puerta y este permaneció afuera como todo un guardaespaldas.

—¡Señorita Isabel, Erik ya gatea! —Anna exclamó maravillada del avance del lobezno, dando la impresión de caminar antes de cumplir el primer añito.

Isabel sonrió orgullosa y sus ojos se inundaron de lágrimas; caminó un poco más rápido que de costumbre y se detuvo a unos pasos de su bebé para observarlo moverse sobre sus rodillas y palmas de las manos.

Erik alzó la mirada y sonrió al ver a su progenitora. Gateó con torpeza, un avance titubeante y otro más allá para acercarse a esta para que lo alzara en brazos. Camila mantenía la boca desencajada por el desconcertante crecimiento de los bebés. ¿Estaban más grande de cuándo estuvo en la casa? Parecía que se habían estirados unos centímetros, en especial, el mayorcito, era casi el doble de grande con respecto al otro que estaba acostado sobre su pancita, como si las mujeres que lo cuidaban lo incentivaran a gatear al igual que su hermano gemelo. Pero este permanecía quieto, rodando la mirada hacia la mujer de vestido blanco, ansiando que también lo alzaran.

Capítulo 51

Isabel no lo podía creer.

El anuncio de Jevrem la dejó helada en medio de la sala, donde ella había bajado para despedir a su amiga, luego de pasar unas horas con los gemelos en el Cuarto de Juegos. Había perdido el habla y su corazón palpitaba sin identificar si era por rabia o por consternación. Su mente estaba en blanco, procesando a cámara lenta cada una de las palabras expresadas por Jevrem: El maldito de Everett vendría a Nueva York, junto con el Cuartel de las Brujas y el engreído de Damir.

Por supuesto, no lo dijo de esa insultante manera, pero era lo que resonaba como un martilleo en su cabeza.

—¿Estás bien? —Jevrem se preocupó, posando una mano sobre su hombro y la otra descorrió con suavidad el velo que cubría medio rostro. Anna bajaba en ese momento las escaleras para dirigirse a la cocina y tomar un vaso con agua, y observó el cariño que el beta manifestaba a la señorita Isabel. Notó el semblante de la híbrida, pero fue incapaz de preguntar qué le pasaba, porque algo dentro de ella le revolvía las tripas, deslizándose rápido para pasar desapercibida y analizando por qué lo sentía, si era obvio que su amiga-jefa no se hallaba bien.

Mientras se alejaba con el pecho oprimido, Jevrem seguía con su atención puesta sobre Isabel, aguardando por su respuesta; meditaba que la visita debió agotarla, por lo que estaba a punto de alzarla en brazos, cuando ella le respondió:

—Sí, no te preocupes, es solo que no me lo esperaba. ¿A qué hora tienen previsto llegar? —Se encerraría en su habitación hasta que ellos se largaran. ¿Para qué venían? ¿Para amargarle la vida?

—Ya deben estar en camino. Papá me llamó al móvil cuando estaban por aterrizar. Branimir y Kevin salieron a buscarlos hace veinte minutos.

La expresión de desconcierto se reflejó en el rostro de Isabel.

—¡¿Qué?! —Se apuró en perderse del mapa, furiosa por no informarla a tiempo. No quería que la vieran allí como si también los estuviera esperando; le escupiría a cada uno mil improperios si le hacían algún comentario fuera de lugar, habiendo perdido la paciencia con esos desgraciados.

—¿Para qué vienen?, ¿no se supone que dispusieron la casa para mi recuperación?

Jevrem subió con ella, aprensivo de que se desmayara o se lesionara las piernas por salir corriendo, y se rascó la cabeza ante un

hecho que Isabel ignoraba y él daba por sentado.

—Es por mi cumpleaños.

Isabel se detuvo a mitad de camino y miró a Jevrem asombrada.

—¿Estás de cumple?

—Mañana.

—¿Por qué no me dijiste?

—Pensé que sabías.

—Ya ves que no.

Se encogió de hombros y rio socarrón.

—Estoy tan acostumbrado a que la fecha es del conocimiento de todos, que asumí que tú también lo sabías. Bueno, ya lo sabes.

Isabel le iba a expresar que él tampoco estaba enterado del día de su nacimiento, puesto que, la fecha pasó inadvertida, debido a que amenazó a Everett con darle un puñetazo si a otros lo comentaba. No quiso que la felicitaran en una época en que nada tenía para celebrar. Pero ni movió los labios, en cuanto Milenko salió de la nada, rumbo a la puerta principal para abrirla de par en par.

Se acomodaba este la cabellera canosa y estiraba los puños de su chaqueta reglamentaria para asegurarse de no recibir una crítica por lucir desarreglado.

Con cierta dificultad Isabel alcanzaba a escuchar que los autos se detenían frente a la casa y las puertas al instante se abrían y cerraban al bajarse aquellos de los vehículos.

—Ve a recibirlos; yo puedo subir sola —dijo mientras el personal doméstico corría como pollos sin cabeza, de un lado a otro para tener todo en orden; algunos salieron por la puerta principal, otros se dirigieron por la de servicio para alinearse en el recibimiento acostumbrado que se le hacía a los Brankovic.

Jevrem vaciló, pero la determinación de Isabel en no ser acompañada hasta su habitación y porque parecía querer desaparecer de allí cuanto antes, lo motivó en permanecer en el vestíbulo. Él no procuraba arreglarse el cabello ni alisar sus ropas para lucir bien, a pesar de que lo abordaría un contingente de mujeres que le criticarían hasta el modo de respirar; se mantenía al lado del mesón de mármol, organizando el informe mental que le daría a su tío, una vez este viera a sus lobeznos y hablara con Isabel.

Le causó sorpresa que los celos no lo remordieran; quizás era por sus preocupaciones constantes o el cansancio que siempre tenía, debido a los trasnochos por sus pesadillas.

—Mi señor, bienvenido —el mayordomo saludó al alfa con una venia respetuosa, mientras este cruzaba la puerta principal. Jevrem también lo saludó, pero Everett lo ignoró; los ojos marrones de este se enfocaron en la figura blanca que cruzaba la galería; Isabel se detuvo como si sintiera que era observada, lo miró por encima de su hombro,

cuidando de su velo que la envolvía, y se perdió por el extremo derecho hacia la privacidad de su habitación.

Everett procuró darle alcance.

—Tío…

—Huy, qué prisas llevas, hermanito.

—Tan maleducado como siempre —masculló Grubana, abriendo los brazos para apretujar a su nieto mayor que se quedó con la palabra en la boca al igual que el omega, quien sonreía mientras recibía a los amos.

Por fin gente con clase.

Everett tuvo que obligarse a detenerse frente a la puerta del dormitorio para no irrumpir como un intruso. Respiró profundo un par de veces y lo soltó poco a poco, calmando de ese modo su acelerado ritmo cardíaco.

Desde que despegaron del aeropuerto de Kenai, sus piernas se mantuvieron convulsivas, sentado en el asiento, afanoso por saltar fuera del jet y correr hacia Isabel y sus lobeznos.

Empuñó la mano y, tembloroso, tocó con suavidad a la puerta para anunciarse, pese a que Isabel ya lo había visto. El paso fugaz de ella en la galería le recordó a Everett a un ángel, toda ella de blanco, de la cabeza a los pies; solo le faltaban sus alas, pero estas estaban rotas.

O quemadas.

Tocó de nuevo, no le permitía el acceso al interior.

—Isa, ¿puedo pasar?

—No —desde el fondo le contestó avinagrada.

—Isa… Mis hijos —los nombró con la excusa de querer verlos. Sus aromas se percibían y el de Isabel que olía delicioso.

—Pasa.

Everett entró, rodando los ojos de inmediato de un extremo a otro. Las cunas se hallaban hacia la pared oeste del dormitorio e Isabel en el balcón.

Hacía la parte este del Océano Atlántico.

Las nodrizas se reverenciaron respetuosas, a Esther le brillaron los ojos al contemplar semejante varón y a Lourdes casi se le cae la baba de la boca. Muy a su pesar, se despidieron de la joven madre y del monumento de hombre, y abandonaron la habitación en una exhalación. La descripción que las sirvientas hicieron del alfa no le hizo justicia, era como un semidiós. Un *Zeus* caído del cielo.

—Hola.

No hubo contestación; Isabel le daba la espalda para no tener que hablar con él.

—No los despiertes, están agotados de tanto jugar.

—Está bien —Everett procuró besar sutil la frente de cada uno y apreciarlos por unos segundos. Erik dormía boca abajo y Ángel boca

arriba. Sus boquitas semiabiertas, ambos con pijamas de cuerpo completo por las temperaturas que comenzaban a descender. Le dio la impresión de que Erik estaba más grande y Ángel con sus mejillitas más rosadas, a lo apreciado por los vídeos, que no capturaban los momentos importantes como él desearía.

Los dejó dormir y caminó despacio para no sonar las suelas de sus zapatos, yendo hasta el balcón donde se hallaba Isabel de brazos cruzados, envuelta en ese velo blanco.

—¿A qué has venido? —inquirió, enterrándose las uñas en sus palmas para no vociferar un par de increpaciones por incumplir con su palabra.

—Los extrañaba.

La otra sonrió despectiva.

—Por favor, no me hagas reír.

—Pues, es la verdad.

—¡DIJISTE QUE…! —calló y contó hasta diez para moderar la voz y evitar despertar a los gemelos—. Dijiste que me dejarías en paz. No cumples lo que prometes.

—Yo no prometí nada.

—¡Claro que sí! —elevó la voz lo más alto que pudo sin causar escándalo—. Aquí viviría con mis hijos.

Everett dio un paso hacia la irreverente loba sin el ánimo de intimidarla y posó una mano en el barandal que rodea el balcón, muy cerca de la mano donde Isabel también la tenía. Se sentía atraído como si ella fuera un imán que lo jalaba para pegar sus labios sobre los de esta; revivir los besos que una vez se dieron.

—Dije que te permitiría estar lejos por un tiempo y luego iría por ustedes. Son míos.

Ella gruñó.

—¡No somos de nadie!

—Lo son, me pertenecen —un paso más; sus labios cerca, muy cerca, acorralándola contra las barandas del balcón. ¿La lastimaría si le robaba un beso arrebatador? Tenía tantas ganas…

Isabel esquivó la mirada, su cercanía era aplastante.

—Te llevaré a juicio para tener la custodia; no vas a imponerte sobre nosotros.

Los dedos masculinos se aferraron con fuerza sobre las barandas, impidiendo que Isabel huyera de allí; la mantenía en su sitio, como el imponente lobo que podría ser, se humedecía los labios, ansiando los de su exprometida que los apreciaba tentadores y gratamente en mejores condiciones. Los días en que Isabel se recuperó en la casa de veraneo, le sentaron bien, caminaba más desenvuelta, las cicatrices visibles eran más tenues, y...

La brisa marina echó hacia atrás el velo a Isabel, en cuanto esta

forcejeó para liberarse de la celda de sus brazos.

Esbozó una amplia sonrisa.

—Te está creciendo…

—No me toques —lo manoteó, Everett había alzado la mano para acariciar la capa de pelitos, dando en su fuero interno las gracias a Licaón por la progresiva recuperación de su amada.

Se separó de ella para liberarla de su cercanía, sin dejar de sonreír como bobo, perdiendo fuerza la discusión sostenida; la mota de pelos era un buen indicativo de que Isa volvería a recuperar su belleza en menos de un año. El doctor Pavlovic se equivocó en lo del vaticinio: ser híbrida no retardaría el proceso de regeneración, seguía su curso, un tanto lento en comparación a los demás lobos, pero, en definitiva, mucho más rápido a lo que esperaban.

—Deberías quitarte el velo para que el sol le dé a tu cuero cabelludo; la vitamina…

—Sal de mi habitación —lo interrumpió, importándole un rábano el consejo que le iba a dar con referencia a los beneficios vitamínicos de los rayos solares cuando se aprovechan con buen juicio.

Everett languideció su sonrisa y se mantuvo plantado en su sitio.

—Este también es mi dormitorio —de ahí lo sacaban muerto.

—Entonces, dormiré con mis bebés en otra habitación. Fin de la discusión.

La mano del hombre en el brazo de la joven.

—Tendremos que compartirla; todas las habitaciones de los huéspedes estarán ocupadas —mintió—. Mi madrastra y su progenie estarán unos días en los Hamptons.

Isabel se sacudió con rudeza del agarre del lobo y maldijo a los inoportunos visitantes. Era como volver a vivir entre hienas carroñeras.

—Por favor, *a parte de esta*, hay diez habitaciones como para que todos se hospeden sin problemas. —Tenía entendido que la habitación de Ranko fue convertida en el Cuarto de Juegos para los gemelos, por hallarse colindante a la de Everett, que era en la que ella dormía.

Él sacudió la cabeza e Isabel ahogó una increpación.

—Duerme en algún sofá, ya no somos nada como para dormir en la misma cama —expresó mientras entraba a la habitación, buscando qué hacer, algo que le permitiera mantenerse «ocupada» y así no tener que verle la cara al otro; por fortuna, tenía el libro que había sacado de la biblioteca y se sentó en uno de los sillones para leer un rato. Leyó el párrafo donde había quedado, pero le costaba concentrarse; de lo acabado de leer no recordaba nada; así que repasó las líneas, esta vez con lentitud, con una ebullición interna a punto de emerger de su ser. El condenado la había alterado, estuvo tan tranquila sin disgustos ni sobresaltos, y se aparece este con toda su comitiva.

El libro fue arrebatado de sus manos sin rudeza.

—Pero ¿qué…?

—Isa, ¿por qué tenemos que seguir así? —Everett inquirió apesadumbrado, acuclillado frente a ella—. Te amo, amo a mis hijos, amo lo que tenemos.

—¿Incluso, estando así por ti? —sacó en cara ese hecho que tanto a él le dolía.

—Sí, incluso así… Dejemos de ser enemigos y volvamos.

—No.

—Te daré el tiempo que requieras para castigarme, pero al final vuelve a mí. No soporto perderte.

Ella intentó levantarse, pero al igual que en el balcón, Everett se aferró a los apoyabrazos para tenerla postrada contra el sillón.

—Déjame levantar.

—Hasta que aceptes.

—¿Aceptar qué…? Ya no te…

Los ojos de Isabel quedaron exorbitados cuando Everett no pudo resistirse, inclinándose hacia ella para callarla con un beso ardiente.

Trató de empujarlo para levantarse y gritarle por su atrevimiento; sin embargo, Everett se había posicionado como una estatua de granito que, por un instante, cobró vida para alterar la suya. Movía los labios, obligándola a que le correspondiera; no le dolían los golpes y arañazos que Isabel le propinaba, para él eran caricias sutiles; más bien, Everett actuaba un poco rudo en comparación a las veces en cómo la trató en Anchorage, que parecía de cristal. La notó más fuerte y decidió que ya fue suficiente las delicadezas, la reclamaba con la lengua avariciosa que se introducía en su boca.

Las manos empuñadas le comenzaban a doler a Isabel, era como golpear una pared; no se movía ni un milímetro, solo sus labios atacaban con vigor los suyos, dispuestos a ganar la batalla.

Las respiraciones estaban aceleradas, los gruñidos reverberaban en las gargantas, los corazones palpitaban desaforados, y los dos lobos luchaban despiadados.

Ella por apartarlo: él por tenerla cerca.

Cuando creyó que la iba a soltar, Everett se metió entre sus piernas, como un violonchelo al que la bella *ejecutante* le sacaría música con sus dedos. Pero en vez de melodías, eran gemidos roncos, expresando él de esa forma el placer de revivir los besos.

Un empujón.

Y luego una contundente bofetada que lo hizo caer de espaldas al piso.

—¡Atrevido! —gritó enojada, causando que el más pequeño de sus hijos llorara—. ¿Viste? Por tu culpa Ángel despertó.

—Yo no grité.

—Pero me hiciste… —Erik abrió los ojos, sobresaltado por el llanto de su hermanito—. Ay, no… ¡Se acaban de dormir!

—Te ayudo —Everett se levantó del piso para arrullar al más grande, pero Isabel le interceptó el paso—. Soy el padre.

—¿Y te da el derecho a *besuquearme*?

—Sí.

A ella le provocó sacarlo de la habitación a patadas. Sin embargo, permitió que alzara a Erik; enseguida su naricita aleteó, reconociendo el olor de su progenitor. Dejó de llorar, una manita se aferró al cabello de Everett y su carita se enterró en su cuello.

—Tranquilo, no me voy a ninguna parte. Me quedaré aquí a dormir.

—Eso piensas…

—Huy, cómo pesas. Estas gordo, ¿eh? —ignoraba la hosca réplica de su ex. Isabel arrullaba a Ángel, quién rápido concilió el sueño, al sentir el calor corporal de la madre; ambos padres se paseaban con lentitud por la habitación para que el movimiento al caminar, más el arrullo, los relajara. Al cabo de diez minutos, Isabel acostó a Ángel y Everett logró dormir a Erik, costándole librarse de su manita, puesto que se aferró a su cabello del que le arrancó algunas hebras.

—Listo. Ahora tú…

Nuca y cintura agarradas.

Labios aprisionados.

Isabel se vio de nuevo atrapada entre los brazos de Everett. Estaba decidido a lograr su perdón a como diera lugar; sufrió una tanda de golpes y lo volvería a soportar con tal de seducirla, apretujándola contra su torso fibroso, del que Isabel a través del suyo, lo notaba bastante caliente. Lo jaló del cabello, lo arañó en la cara, le enterró las uñas en los hombros para apartarlo, lo golpeó y Everett seguía inamovible.

El maldito le robaba el aliento, su cara prácticamente estaba enterrada en esa poblada barba, cosquilleándole de forma inquietante alrededor de sus propios labios y en *los de más abajo*, provocándole otra furiosa arremetida contra su exprometido.

En vista de su debilidad para luchar y porque Everett parecía haberse aplicado pegamento en los labios, Isabel dejó caer los brazos a los costados, permitiendo contra su voluntad que la besara sin mover los suyos como si estuviera inerte, para que él comprendiera que, así la besara toda la noche, ella jamás le correspondería.

Pese a esto, su pelvis pegada a la de este, su nuca inmovilizada.

Everett no la liberaba, la besaría de igual modo con o sin su consentimiento.

Finalmente, el lobo tuvo piedad de Isabel y la soltó, aún hambriento de deseos; sus pupilas dilatadas, su hombría erecta, su

corazón galopante, sus pensamientos turbios, cargados de las más sucias fantasías sexuales…

—¿Ya te saciaste?

Sonrió perverso.

—Lo haré cuando te penetre… ¿Me dejas? —Rogaba que le diera una respuesta afirmativa para *derramarse* en sus entrañas.

—No. Largo de mi habitación —replicó temblorosa y sintiendo un hormigueo que le recorría el cuerpo de arriba abajo. Sus labios hinchados.

Everett se quitó la camisa.

—¡Vete a…!

—No tengo dónde dormir —fingió desamparo. En realidad, había dos habitaciones en especial en la que él ordenó que nadie ocupara hasta determinar qué hacer con estas: la de Stanislav y la de Winona.

Permanecían bajo cerrojo.

—Hay muchos sofás por toda la casa, escoge uno, pero de aquí te largas.

Pantalón y calzoncillos en el piso.

Isabel agrandó los ojos.

—Los sofás son pequeños para mí, necesito *estirar* mi cuerpo en una superficie más grande.

Los ojos de Isabel puestos en su hombría.

Él ya estaba *estirado*.

—No lo voy a hacer; no me vas a obligar.

Desnudo, Everett se dirigió al baño para darse una ducha; aunque le gustaría que Isabel lo acompañara para enjabonarse juntos.

Dejó la puerta abierta, por si esta se animaba, a Isabel le palpitaba todo lo que *no le debía palpitar* y se odió de lo que sentía. ¿Qué haría cuando saliera del baño?, ¿la asaltaría?, ¿la llevaría a la cama y la forzaría a ser suya?

Palpitaciones en su *centro*…

Apabullada, se miró en el espejo de la peinadora y observó que su reflejo le mostró a una mujer horrorosa.

Corrió al balcón.

Allí permaneció entristecida hasta que el aroma a champú de canela y coco inundó sus fosas nasales.

Everett estaba de vuelta.

Justo detrás de ella.

Capítulo 52

—*Mmmm*… Hueles tan bien…

Everett aspiró la línea de su cuello, habiendo retirado un poco el velo que la envolvía.

—Entra, estás desnudo y te van a ver.

—¿Y? —le daba igual si alguna sirvienta lo pillaba en cueros, su nariz seguía deleitándose con el perfume floral de su mujer—. Ven… —las yemas de sus dedos se deslizaban por la manga del suéter para tomarla de la mano y conducirla al interior de la habitación.

Isabel se tensó y se aferró a las barandas del balcón.

—Tengo calor.

—También yo… —restregaba con suavidad su pene en las nalgas de la loba, tentándola a sucumbir en el placer de la carne. Isabel batallaba para mantenerse firme en su negativa, pero ese «no» se borraba de su mente y el odio del que hasta hacía un instante le tuvo, dejaba de lastimarla. Tanto tiempo sin sentir sus caricias… Sus pulmones se hinchaban y desinflaban por la respiración agitada, Everett se arriesgaba a sufrir un puñetazo o una patada en la entrepierna; las palmas de sus manos ascendían y descendían por el fino torso, provocando que Isabel acelerara la respiración.

—Everett, no…

—*Shhhhhttt*… Disfruta, nos hace falta sentirnos —expresó a su oído, esta vez las manos masculinas magreaban suave los senos de Isabel por encima de las ropas. En ningún momento Everett tuvo intención de abordar de esa manera a Isabel; desde el jet, él había meditado en cómo hacer para convencerla de volver a estar juntos. Pero al verla, se olvidó de los escrúpulos, de permitirle espacio y bajar la cabeza para que lo perdonara; la deseaba, la urgencia por estar dentro de ella lo estaba consumiendo.

Isabel parpadeó cuando Everett abandonó uno de sus senos para subirle el faldón del vestido.

—¡No! —Apartó la mano de un golpe, no por pudor, sino porque la mortificaba que la viera desnuda. Las peores cicatrices se ocultaban bajo sus ropas.

—Eres la afrodita que me tienta a sucumbir entre tus piernas —su voz enronquecida, cosquilleando el lóbulo de la creciente oreja de la joven—. Te amo tal cómo estás, para mí no has cambiado, sigues siendo hermosa, mi *bella diosa danzarina*… ¿Lo has hecho en un balcón? —preguntó mientras su mano derecha se introducía por debajo del faldón del vestido y de la enagua para ascender por sus

torneados muslos.

Sus dedos palparon una enorme braga, pero no hizo comentario, sino que sonrió ladino.

Insignificante pieza de ropa interior, él las arrancaría de un tirón.

—No quiero quitarme… —Isabel calló *ipso facto*. ¡¿Qué fue lo que iba a decir?! Se sorprendió de sí misma, estuvo a punto de expresarle que no se quería quitar la ropa mientras lo hacían; se suponía que lo odiaría por la eternidad y estaba ahí, húmeda.

—Déjame verte completa. —Dedos deslizándose dentro de la braga hacia el monte de venus.

Isabel jadeó.

—No… —su voluntad flaqueaba.

Movimientos sutiles en el clítoris.

—Haré lo que me pidas. ¿Qué quieres que este humilde lobo haga en tu cuerpo?

Un gemido fue la respuesta.

La cabeza recostada sobre el hombro masculino, sus labios entreabiertos, jadeando al cielo.

—Nada…

Lo que, en el lenguaje animal, Everett traducía un «de todo».

La otra mano se perdió bajo el faldón y deslizó la braga hasta las rodillas de la hembra.

Isabel no protestaba, solo sentía.

—¿Cómo lo quieres: rudo o suave? Mejor suave —se respondió a sí mismo—. Probemos primero con esto: *muy suave*…

Isabel se tensó en cuanto *lo sintió*, que sus ojos se cerraron para disfrutar de la sensación.

Desde atrás, él se restregaba sobre ella, deslizando su hombría por entre sus hendiduras desprovistas de ropa interior. No era penetración, era la antesala al coito; a la marejada de pasiones que conlleva la reconciliación.

Perpleja de su sumisión, Isabel miró hacia su entrepierna, donde el glande de Everett parecía jugar a las escondidas, asomándose y desapareciendo de su campo visual como si fuese un: *me ves, no me ves*.

Se percató de que ella misma sostenía el faldón hacia arriba, pegado contra su cintura, temblando por las sensaciones que su cuerpo de nuevo recordaba y del que pensó que jamás volvería a disfrutar de un buen *polvo* por tener la apariencia de un adefesio. Y, en vez de gruñirle a Everett de apartarse, debido a que aún no lo perdonaba, de su boca emitía gemidos placenteros que flotaban en el aire hasta ser alejados por la brisa marina.

Pero a Isabel el rencor la dominaba.

—Apártate. Que te… ¡Apártate! —le dio un codazo en las costillas

del costado derecho. El velo cayó al piso, tratando de huir, intentó recogerlo, pero como si fuese cómplice, la brisa sopló y a Isabel no le dio tiempo de agarrarlo mientras se deslizaba por entre las barandas. La tela transparente caía en picada suave hacia la grama, como una estela blanquecina que se palpaba.

—*Carajo*, casi me las fracturas —el golpe lo dejó sin aire.

Isabel se apuró en subirse el calzón y acomodarse la enagua y el vestido, mientras miraba por los rededores y la playa en caso de que alguien los hubiese visto.

—Agradece que te di suave —mintió, le dio con todo—, o habrías necesitado de una *camisa de yeso* para recuperarte.

—Pero valió la pena —comentó socarrón a la vez en que se sobaba adolorido las costillas—. Me has demostrado que sigues siendo mía.

Ella lo miró mal y, sin ánimos de seguir discutiendo, entró a la habitación.

La mano señalando a la puerta.

—Fuera.

—Estoy desnudo.

—Entonces, vístete y fuera.

—Pero tengo sueño —lo que en realidad tenía era unas fuertes ganas de follar con ella.

—Es temprano para dormir.

—El viaje fue agotador y desde ayer no he descansado nada.

—Mentiroso. Fuera.

—Puedo dormir frente a la chimenea —ya vería cómo haría para colarse entre sus sábanas. No viajó desde Alaska para dormir en el piso como perro regañado, cruzó el país para asegurarse de su tranquilidad y también para reconquistarla.

—No.

—¿Por qué eres tan desconsiderada?

—Fuera.

Se arrojó a la cama y estiró los brazos y las piernas, como una estrella de mar.

Isabel gruñó.

—¡Sal de mi cama!

—También es mía, pero como no soy egoísta, la podemos compartir. Ven… —palmeó el lado que le correspondería a su renuente ángel de alas quemadas—. Verás que es *muy placentero* dormir acompañada.

—Gracias, pero no me da la gana de ser *buena gente* ni de descubrir los beneficios de acostarme junto al rey de los cínicos; pasa la noche en uno de los sofás de las salas o en piso del pasillo, ¡pero aquí no duermes!

Everett se friccionó con suavidad el pene e Isabel jadeó.

—Serás fresco…

—Está duro para ti —tentaba a la loba a que se postrara sobre él a horcajadas.

Isabel se incomodó, pensando con afán cómo hacer para sacar de la habitación al libidinoso de su ex, sin que los gemelos se despertaran. Si lo sacaba a empellones, gritaría y destruiría muebles, Everett no parecía querer moverse de allí ni un milímetro; su miembro apuntando hacia el techo y él con una sonrisa desvergonzada mientras la escaneaba con morbo de arriba abajo, quizás imaginándola desnuda.

Su mano se alzó para que Isabel la tomara y así tener el mejor sexo que una pareja de amantes jamás habría experimentado tras la ruptura. Pero Isabel se mantenía de brazos cruzados sobre sus senos, con el suéter apretado para evitar revelar un tramo de piel.

—Esos días acabaron —expresó entristecida, pues así lo sentía. ¿Cómo desenvolverse ante ese adonis de abdominales de matador si no estaba cómoda con su propio cuerpo?

—Para mí apenas comienza —la mano aguardando.

Isabel bajó la mirada.

—¿Qué pretendes de mí, Everett? Lo tienes todo, hasta tus hijos.

Él se sentó a un lado de la cama, captando muy bien lo que quiso decir.

—¿Insinúas que estoy fingiendo para obtener la custodia? —inquirió como si ambos batallaran un juicio por la crianza de sus pequeños y él estuviese perdiendo por sus metidas de pata.

—¿Acaso no es así?

Se levantó y acercó.

Su ceño fruncido, dolido por el pésimo concepto que, como hombre, Isabel tenía de él.

—No te seduzco por ellos, sino porque aún te deseo. ¡Es la verdad! —exclamó por su incredulidad—. Me enloquece tu lejanía, me causa impotencia no poder retenerte a mi lado y que estés aquí, sola, odiándome por lo que sucedió. He fantaseado contigo, Isabel. Te he puesto en cada pose que te haría ruborizar. ¿No me crees? ¿Por qué? ¿Por estar así?

—No soy una reina de belleza. —Pasó tímida la mano por la incipiente mota de pelitos en su cabeza. *Linda* que debía de verse…

—Para mí lo eres.

—Por favor…

—¡Lo eres! —la exclamación provocó que Erik se removiera en la cuna.

Everett se tomó un segundo para calmar el hervor en su sangre y apaciguar los latidos de su corazón; por fortuna, Erik no despertó ni Ángel se sobresaltó. Respiró profundo y dio un paso hacia Isabel, de la

que esta no rehuyó de su cercanía.

—Isa —tomó su mano y besó sutil el dorso—, *mi ángel*, *mi reina*; te amo y te deseo tal como estás: soberbia, grandiosa, tremendamente sexy y enloquecedora. Si te hubiera amado solo por lo físico, te habría dejado tras lo del accidente. Pero tú no eres solo cuerpo, eres también mente y espíritu. Eso me atrajo de ti cuando te conocí en *aquella* acera: me cautivó tu perseverancia para no dejarme llevar por la muerte. Eres diáfana y noble con los que te rodean y apasionada con el que vuelcas tu corazón. Quiero *ese corazón* de vuelta; no el mío, te lo entregué por siempre; el que quiero es el que palpita en tu pecho cuando te invade la alegría y esbozas esa sonrisa deslumbrante en el instante en que ves al hombre que amas.

»¿Quieres entregármelo de nuevo?

Ella ni se percató que asintió.

Everett sonrió lloroso y la besó antes de que Isabel analizara su silente respuesta.

No fue un beso fogoso que se desencadenó ante la chispa que de repente se encendió entre los dos, ni el comedido de un joven inseguro, fue uno que se estampó tosco como un sello que se requería para finalizar todas las vicisitudes que padecieron.

Isabel se aferró a la hilera de botones de su suéter, aprensiva de que Everett la desnudara; aún no estaba preparada para exponer su frágil anatomía a los ojos ansiosos de su pareja. Pero Everett le sonrió afable y le pidió con la mirada de dejarlo apreciar su cuerpo. Ella tembló y cerró los ojos, no quería observar la lástima reflejada en sus irises marrones, esto lastimaría su confianza como mujer; apretó el ceño y dejó de respirar, tensa de provocar en él una reacción de repugnancia. Sin embargo, los labios de Everett se posaron en cada hombro descubierto tan pronto el suéter poco a poco se deslizaba de sus brazos, como si la estuviese compensando de estar quitándole los escudos con los que ella se protegía del mundo.

Isabel tembló; el vestido le proseguía.

No fue arrancado como solía Everett hacer en sus arrebatos apasionados, lo subía con cuidado por su torso hasta sacarlo por sobre su cabeza. Un beso en los labios, otro en la línea de su cuello, en el hombro; luego los tirantes de la enagua de cuerpo completo cayeron a los lados, yendo cuesta abajo hasta que la fina prenda se arremolinó a los pies de Isabel.

La joven mantenía los párpados apretados, esperando algún comentario lastimero por parte de Everett.

Pasó un segundo de silencio.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco…

No había caricias.

Isabel abrió los ojos. ¿Everett se arrepintió por ver sus quemaduras?

La mirada de este ascendía y descendía por su cuerpo, observando detenidamente cada una de sus manchas nacaradas y feas cicatrices. No hacía ningún gesto ni reflejaba un esbozo de tristeza, era difícil adivinar en qué pensaba, pero Isabel se lo imaginaba, quizás reflexionaba en que estaría durante muchos años al lado de una mujer que no regeneraba.

Hizo el amague de recoger sus ropas para vestirse en el baño y llorar un mar de lágrimas, pero Everett se lo impidió.

—Eres tan sorprendente.

Ella aguardó a que le explicara a qué venía ese comentario que no supo interpretar, si era por no morir de depresión o por haber soportado lo padecido que, cuando abrió la boca para preguntar, Everett atacó sus labios con furor.

Sus pies ya no la sostenían, volaban por los aires al ser alzada en brazos, no protestó por este hecho, se aferró al cuello de Everett sin interrumpir el beso.

—Suave, ¿eh? —recordó apabullada del ferviente deseo que se reflejaba en los ojos del lobo. Le preocupaba que alguna dolencia le hiciera crispar su rostro de dolor; las caricias afanosas le harían arder la piel.

Y no de buena manera.

—Lo más *suave* que quieras amor —contestó mientras la depositaba con cuidado sobre la cama. Él aún se mantenía erecto, tomando muy en serio el pedido de su amada: si quería que la tratase como a una rosa delicada, así lo haría; seguiría su ritmo; no habría prisas, ese atardecer sería su servidor.

No bromeó por la braga que usaba ni le preguntó a qué se debía el cambio en su lencería; lo sabía bien y lo entristecía por todo lo que sufrió; siempre lo pensaba y se prometía que se lo compensaría.

Como lo prometido, en vez de arrancarla, se la deslizó por sus piernas, arrojándola por encima de su hombro hacia algún punto del dormitorio en la que ni se molestó en mirar a dónde cayó. «El violonchelo» ya no estaba entre las piernas de la ejecutante, sentada en su sillón, sino que *el instrumento* se postró sobre esta, listo a desencadenar una maravillosa melodía.

—Avísame si te lastimo —expresó en un timbre de voz que a Isabel le dio cosquilleo en su vagina. Rogaba no le doliera nada.

Asintió y, como una joven «virginal», permitió que Everett iniciara el coito.

El dolor que creyó sentiría tras la penetración, no lo padeció, pues

pensaba que los labios vaginales debieron haber perdido su elasticidad y que cualquier fricción le dolería una barbaridad. En cambio, gimió al sentir el grosor de Everett dentro de ella, en un movimiento de *entrar* y *salir* extremadamente cadencioso.

Cerró los ojos y se mordió los labios por lo fabuloso en cómo se lo hacía, «otro virgen» que se iniciaba en el sexo. Cuidaba de no lastimarla, ni él de correrse antes de tiempo por sus ansias; un envite suave y luego una sacada, una entrada un poco más profunda y así iba cada segundo…

Isabel gemía, ambas manos agarrando la almohada; no lo tocaba, consideraba que, si se aferraba a la espalda o a los anchos hombros de Everett, este se desataría. Era primordial medir el terreno, ¿lo soportaría? ¿Los injertos se desprenderían de su dermis? ¿Se abrirían las cicatrices más profundas?

Temores que un cirujano especialista la habría increpado por tonta, pero que a la joven la paralizaban.

Por fortuna, nada de esto ocurría y Everett era considerado.

A él se le escapó un gemido audible cuando Isabel enterró los talones de sus pies entre sus nalgas, motivándolo a desenfrenarse; *en lo que iban*, Isabel soportaba con buen tino el coito, así que un poquito más de fricción no le haría mal.

Sino mucho bien.

Everett levantó la mirada dilatada y se aseguró si no la había malinterpretado y era lo que deseaba; ella le sonrió y él respondió de igual manera.

Se puso de rodillas y levantó las caderas de esta hacia las suyas, de modo que ella mantuviera la cabeza postrada en la almohada y su pelvis estuviese alta para aumentar el ritmo de sus embestidas.

Isabel tuvo que morderse los labios para no gritar de placer.

Progresivamente él se dejaba llevar por sus instintos al notar que su mujer no se quejaba, sino que disfrutaba al igual que él. La animó a que se tocara los senos, ella obedeció impúdica y esto a él lo envalentonó hasta que la fricción se volvió despiadada.

Entre estocada y estocada, Isabel abrió los ojos y observó el rostro de Everett, enrojecido y contraído por el esfuerzo de no acabar con los pilares de la cama; se contenía a pesar de que ella lo instaba a que la tomara como antes, se sentía fuerte, lo resistía, pero él tal vez procuraba no causar ruidos, las cunas de los gemelos estaban a escasos metros y ellos apareándose como primates.

O lobos en celo.

Los senos de Isabel bamboleaban por cada arremetida, sus labios vaginales se cerraban alrededor del miembro de Everett; lo suave lo dejaron para el inicio, el final sería épico.

—¡Oh! —exclamó en cuanto sintió un líquido caliente verterse

dentro de ella, Everett se corrió primero, gruñó ronco sin dejar de golpear su pelvis contra su centro. Faltaba ella por alcanzar el nirvana; ya casi, ahí venía, solo tenía que aguantar un poco más y…

Tocaron a la puerta.

—Oye, hermanito, sabemos que te *morías* por ver a tu *mujercita*, pero ¿podrías bajar un minuto? Necesitamos tocar un asunto contigo.

—¡Luego! —exclamó cabreado. Justo cuando mejor lo pasaban.

—Es un asunto que no puede esperar. Baja.

Everett gruñó. ¿Quién era el alfa: él o el inoportuno de Damir? Le daba órdenes como si lo fuera.

—Ahora no —le debía un orgasmo a Isabel y el pretendía multiplicarlos.

—Te aconsejo que te pongas el calzoncillo y salgas, porque es concerniente a *cierto pulgoso* que te ha causado dolores de cabeza.

El otro comprendió.

—En un minuto —quiso vociferar mil palabrotas y estampar el puño en el cabecero de la cama por interrumpirles su apasionada reconciliación, pero no le quedó más alternativa que *salir* de Isabel sin dejarla satisfecha—. Isa… —apenado se dirigió a ella y con la erección desinflada. El maldito de su hermano tenía la capacidad de quitarle las ganas—, *te lo compenso* al volver.

Isabel asintió a la vez en que cubría sus senos con la sábana.

—Más te vale…

Él sonrió. En cierto modo, agradecía a Damir por querer pasar unos días con su hijo cumpleañero, le dio la excusa para proponerle a Isabel en retomar el compromiso.

Enseguida volvió a pensar en el anillo de Winona.

Lo había guardado en el bolsillo interno de su chaqueta, tras mostrárselo a Isabel en la biblioteca.

A él, los enfermeros le arrancaron las ropas para curarle las heridas y entregaron sus pertenencias a la única persona con la suficiente autoridad en la familia para hacerse cargo

Damir.

Ese día traía consigo el Rolex, la billetera, el móvil y el anillo de su difunta madre.

El móvil no se pudo recuperar por haber soportado altas temperaturas dentro de la cabina, y del que Luttrell se encargó de reemplazarlo, una vez Damir también le hiciera llegar a través de este, la billetera y el aporreado Rolex.

El anillo se mantendría al resguardo del mayor, en cuanto Everett e Isabel abandonaran el hospital.

Hecho que aún no ha cumplido.

Refunfuñando palabras ininteligibles, Everett se levantó de la cama y tomó sus pantalones de corte elegante para enfundarse en

estos. De no ser por la pronta atención a lo notificado, hubiera follado con su mujer hasta el amanecer. Por desgracia, la burbuja explotó y tendría que bajar para atender lo otro primero.

—Everett —Isabel lo llamó, él se volvió para mirarla—. Dúchate. *Te olerán*.

Quedó a medio vestir. El calzoncillo igual de abandonado que la braga de Isabel.

—Si me acompañas —sus cejas subían y bajaban sugerentes. ¿Por qué no un minuto más de sexo bajo la ducha?

Cabeceó.

—Volverá a tocar a la puerta. Es muy insistente. —Escuchar el diminutivo en cómo el engreído se refirió a ella, casi le provoca levantarse y volarle los dientes de un puñetazo.

Con desgana, Everett se dio una rápida ducha y estuvo vestido en menos de un minuto, dejando a medio abotonar su camisa y las mangas arremangadas hasta los codos; la chaqueta sastre quedó sobre el sillón en la que solía arrojarla antes cuando llegaba de la calle, volvería para terminar lo que ambos iniciaron; ese *gustillo* nadie se lo quitaría.

Milenko le indicó que su hermano y sobrino lo aguardaban en la biblioteca, no era necesario que le dijera, la estela dejada por Damir al bajar por las escaleras al vestíbulo principal, lo guiaba sin problemas hacia el lugar donde se hallaban.

—Cierra la puerta y siéntate, esto te va a encantar —expresó Damir desde uno de los sillones; Jevrem se mantenía parado al lado de la chimenea, con cierta tensión reflejada en su rostro y con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón.

Everett cerró la puerta con un poco de rudeza, puesto que le desagradaba que su hermano se dirigiera a él con suficiencia, quizás olvidándose que ya pasaron los días en que a Isabel la mantuvieron hospitalizada y él estuvo fuera de sus cabales como para comandar a los suyos.

—Si me sales con una pendejada, te parto el hocico —lo amenazó con el puño severamente apretado. Pobre de él si lo interrumpió para fastidiarlo, Jevrem tendría que intervenir para salvarle la vida. Sedujo a Isabel para dejarla insatisfecha. Eso no se le hacía a ninguna mujer.

—No lo es, así que tranquilo —el puro cubano en medio de sus dedos—. ¿Adivina de lo que me he enterado?

—¿Qué saben del sujeto?, ¿lograron identificarlo?

Jevrem abrió la boca para responder, pero Damir lo interrumpió al contestar:

—Está en Nueva york.

Everett quedó de piedra.

—¡¿Qué?! —Buscó entre los dos hombres una mayor explicación,

sin dar crédito a lo escuchado. El depredador se hallaba en la misma ciudad donde Isabel se estableció con sus hijos.

Le dedicó una dura mirada a Jevrem por haberle informado a Damir; la investigación debía efectuarse en el más absoluto secreto para evitar filtraciones.

—¿Debo decirte que yo lo sé…?

—¡SÍ, YA SÉ QUE «LO SABES TODO»! —gritó harto de que se jactara de ser un lobo al que nada se le escapaba—. Aquí la pregunta es: ¿por qué metes la nariz donde no te llaman?

Sin dar muestras de enojo, Damir dio una calada a su puro y, en medio de las volutas de humo expulsadas de sus labios, respondió:

—Porque Jevrem es mi hijo.

El aludido se inquietó por la sobreprotección del progenitor y avergonzado cabeceó a su tío para indicarle que, por él, nadie se había enterado.

—Yo soy el alfa —replicó de vuelta, patentando su autoridad—. Si ordeno a *tu hijo* rastrear y matar al que debe morir, deberá obedecer. Si le pido que cuide de mi familia, lo hará sin protestar porque forma parte de mi manada, o que se largue si se siente incapaz. ¡Deja de tratarlo como a un cachorro, hace mucho que ya no lo es!

—Acato sus órdenes con respeto, no dude de mis servicios, señor —el joven expresó con aplomo para despejar la duda que su propio padre plantó en su tío y así mantenerlo siempre bajo su ala protectora.

Tan pronto su mamá y las demás subieron para ocupar sus respectivas habitaciones, Damir lo había tomado del brazo y jalado hacia un rincón del vestíbulo para susurrarle lo que todos sabían.

—¿Cómo saben que está aquí? —Everett se imaginaba cuáles eran las razones para que lo aseguraran; aun así, formuló la pregunta con aprensión.

—Atacó a dos humanos en Central Park —Jevrem contestó—. Les arrancó las tripas. Hubo testigos. —Ni tuvo oportunidad de comentarle primero a Everett, debido a que los deslenguados de sus primos, les fueron con la cotilla a su padre, al telefonearlo. Ya se las iba a arreglar con ellos, pasaron por encima de su autoridad, buscando aprobación a sus expensas para obtener mayor reconocimiento en sus funciones como gammas.

—¿Qué dijeron estos?

—Que fue un perro.

—Maldición —se preocupó—. ¿Cuándo ocurrió? —Si bien, Everett estuvo rastreando las huellas del depredador por Alaska, se sintió estúpido por estar desinformado con respecto a la rápida movilización del desconocido lobo.

—Fue la noche en que llegamos —Jevrem respondió—. Traté de comunicarme —se adelantó cuando su tío le iba a increpar un «¿por

qué no me llamaste?»—, te dejé varios mensajes, pero no contestaste…

Porque la loca de Abby Rose me estrelló el móvil contra el piso, pensó Everett con resquemor.

—Y telefoneaste a Damir.

—No. Eh… —el joven miró de refilón a su padre que fumaba con parsimonia, pero para sus adentros este lanzaba increpaciones por haberse enterado tarde de lo que sucedía—. Me comuniqué con Ilic y Luka, colaboraron para peinar la zona del ataque.

—¿Qué descubrieron?

—Una huella.

—¿Y qué determinaron?

—Lo mismo: es un lobo grande, de más de 150 kilos.

—¿Algo más?

—No. Nada más.

La respuesta del sobrino enfureció a Everett.

—¡¿Nada más?! —cuestionó—. ¿Ni tú, ni Ilic o Luka fueron capaces de rastrearlo? ¿Llevaste a los muchachos? —Jevrem asintió—. Aun así, ¿no descubrieron nada más? —La velocidad para movilizarse le aseguraba que dicho depredador contaba con medios para saltar de un estado a otro con rapidez. Y lo hacía en una constante osadía en atacar cerca de sus seres queridos. El temor por lo que le fuera a suceder a Isabel y a sus lobeznos, lo mortificó tanto que le revolvió el estómago, provocándole a Everett severas náuseas.

Jevrem se removió en su sitio, con una información que ni a su padre le compartió.

La evidencia que extrajo del cuerpo despedazado del carnicero.

Capítulo 53

Anna lanzó una increpación.

Daba vueltas en su habitación, habiéndose encerrado allí, luego de que el personal doméstico saliera rápido a recibir al señor Everett y al Cuartel de las Brujas.

Escupió el agua que bebía en cuanto el ama de llaves les notificó a todos en la cocina de la llegada de los Brankovic. Quedó de piedra y fue incapaz de salir con sus compañeros de labores para darles la bienvenida. Sus pies se movieron enseguida en la dirección contraria, huyendo de esa gente que no paraba de hacerle comentarios sarcásticos o burlescos para lastimarla por ser una omega torpe, y voló hacia su habitación para refugiarse.

Una hora después, reconocía que hizo mal en ser la única ausente. Debía preparar sus oídos para cuando asomara la nariz a la mañana siguiente o, tal vez, más tarde, en el que la señora Blanka o el señor Milenko se desocuparan de sus obligaciones. Se lo escupían a cada instante: «aquí todos son iguales», lo que mejor explicado, le recordaban que, por ser la niñera de la señorita Isabel, no caminaba entre pétalos de rosas, sino que vestía el mismo atuendo de los sirvientes y entraban y salían por la puerta del servicio.

Su espalda estaba jorobada, estando Anna sentada a los pies de la cama, mirando hacia la puerta mientras los minutos avanzaban. Tan bien que estuvo ella sin que la mangonearan, que se acostumbró a obedecer a una persona; la llegada de la señora Grubana y el resto de las lobas, acabarían con su tranquilidad o la poca que le quedaba a causa de Jevrem.

En cuanto el reloj marcara la medianoche, ambos celebrarían sus respectivos cumpleaños, en el que él sería un año más viejo y ella sería tratada como adulta.

Dieciocho…

Sonrió por su pronta mayoría de edad; al superar el límite en la que todos decidían por ella, le daba esa sensación de superioridad.

—Ya puedo decidir por mí misma —sin tener que estar pidiendo permiso a sus progenitores. Si se le antojaba postergar sus estudios universitarios y viajar un año alrededor del mundo, lo haría. Nadie se lo impediría. ¡Sería mayor!

Lo malo…

No tenía ni un céntimo ahorrado.

—Será para después —se prometió pensativa—. La señorita Isabel es buena y me necesita —por lo pronto, a trabajar y a estudiar se ha

dicho.

Se masajeó el estómago, tenía hambre y no pretendía acostarse sin antes probar alguna ración de comida, amanecería de pésimo humor y la atención de los gemelos demandaba todo su buen ánimo.

Suspiró. Si la iban a regañar por esconderse, que fuera de una vez. Tenía hambre.

—¡Oye, Anna! —Rosario la llamó mientras tocaba a la puerta—. ¿Podrías colaborarnos? Estamos a tope y no nos damos abasto. ¿Qué haces?, ¿estás durmiendo? ¡¿A esta hora?! Esta muchacha es muy rara… ¡Anna!

La joven se despabiló y se levantó para abrirle la puerta, sin la desagradable sorpresa de descubrirse encerrada. Como lo prometido, «Jevrem» no volvió a encerrarla, aunque Anna ignoraba que el verdadero culpable fue Milenko.

—*Huy*, ni me dejan ir al baño en paz —mintió, pensando un segundo atrás en ignorar a Rosario, pero como ya había cometido la enorme falta al bajar al sótano, se excusó con una mentirilla.

La mujer la miró con suspicacia. ¿En el baño? Movió las aletas de su nariz para captar algún aroma masculino que proviniera del interior. Con toda la corredera debido a las damas de los aposentos de arriba, ni se había percatado si Elijah o Branimir estuviesen merodeando por la casa; habían llegado tres lobatas de sonrisas coquetas y bastante bonitas; no obstante, su nariz se arrugó por la hediondez a orine, asentado en el puerta, paredes y el piso del pasillo.

—¿Quién te está follando?

Anna parpadeó, estupefacta por la impertinencia de la sirvienta.

—Nadie —más bien, su mano era la que saciaba su afán por ser penetrada.

—¿Y quién ha estado orinando en el sótano? No serás tú… —El hedor era muy concentrado como para que fuese de una chiquilla pueblerina.

—¿Qué necesitas?

La mujer sonrió maliciosa sin formular más preguntas personales y contestó:

—Ayuda. Necesitamos que nos des una mano. *Esas tipas* son muy demandantes.

Anna hizo un mohín con desánimo; les ayudaría a lavar platos, barrer o lampacear, pelar verduras, lo que fuera pero que no le pidieran servir a las arpías.

—La señora Briserka mandó por ti —Rosario subrayó que se requería de su presencia con urgencia, así fuese niñera. Los oficios no se olvidaban de un día para otro.

—Yo estaba por… Eh…

—Hasta las nodrizas nos están colaborando. ¡Anda, chica, que te

necesitamos! —Corrió escaleras arriba para que la joven la siguiera. La señora Radojka daba una infinidad de órdenes que las enloquecía: agua caliente para la tina, café con una rodaja de limón sumergida para su jaqueca; colgar la ropa, la otra a planchar, pero que fuese con un pañuelo a fin de evitar abrillantamientos en la tela a causa del exceso de calor en la plancha. Mover el sillón que colinda con la chimenea hasta la ventana que da hacia el jardín lateral, cambiar las cortinas, esas le causaban malestar… Mientras tanto, la señora Grubana refunfuñaba si no acudían diligentes por estar atendiendo a la primera esposa de su hijo; consultaba con una ceja alzada al ama de llaves sobre el menú, no vaya a ser que el señor Damir se indigestara por una comida mal preparada o desagradable a su exquisito paladar. Otra que fastidiaba mucho era la señora Vesna, tan quisquillosa como sus hijas, a quienes les dieron por tomar cada una, su respectiva habitación, ya que estaban grandecitas como para dormir juntas. ¿Qué pedían? Sales minerales y jabón líquido para un baño espumoso en la tina, velas aromáticas, rosas cortadas del jardín, cambio de sábanas; cada una exigía como si jamás a dichas habitaciones las hubiesen desempolvado y ventilado.

Anna soltó el aire de los pulmones como si se estuviera desinflando, arrastrando los pies con pesadez para seguir a la mujer que la aupaba desde la puerta de salida del sótano.

El desánimo aplastaba sus hombros, ¡caramba!, otra vez tener que soportar a esas engreídas sin una pizca de consideración hacia los empleados. Ellas solo ordenaban y ordenaban, y los demás partiéndose el lomo para obedecer.

Llegando al área de la cocina, halló un gran caos.

—¡En esa taza no, tonta! ¡¡En la de porcelana!! ¿Quieres que te la partan en la cabeza? Y ponla en la bandeja con su servilleta —la señora Blanka le gritaba a Molly por servir una de las bebidas aromáticas en una taza dispuesta para la servidumbre. La chica asentía con la mirada gacha y su cabeza encogida entre los hombros, temerosa de ser azotada por la rolliza pelirroja.

Anna observaba el revoloteo desatado: Belkis y Sandra se afanaban en cortar verduras en la encimera central, la señora Branislava –la cocinera– vigilaba a *ojo de buey* el horno, atenta a que el suflé no se quemara o le faltara cocción; otras chicas entraban y salían del área de la cocina como un ejército de camareras, colmadas de trabajo por la gran comitiva acaba de llegar. Ruido de cacerolas, platos, cubiertos; el piquete de los cuchillos contra las tablas de cortar, increpaciones, miradas agotadas…

—¡Lleva esto! —Con ademanes toscos, la señora Blanka le entregó una bandeja que contenía una taza de café.

—¿P-para quién? —tartamudeó. Sus manos temblaban al sostener

la bandeja abruptamente entregada.

—Arriba: pasillo oeste. Segunda puerta a tu izquierda.

Permaneció quieta, esperando el nombre de la persona a quién le llevaría el pedido solicitado. Pero el ama de llaves la gritó.

—¡Muévete!

Con un nudo creciendo entre sus tripas y otro en la garganta, Anna se movilizó muy a su pesar hacia la segunda planta.

Mientras se disponía a posar el pie en el primer escalón para subir, Jevrem, el señor Damir y el señor Everett salían del pasillo que conecta con la biblioteca; los tres hombres con expresiones ceñudas y pensativas.

El más antipático alzó las cejas al verla y, con una sonrisa despectiva, comentó:

—Anna Morris… Me había olvidado de ti.

La aludida quedó estática a los pies de las majestuosas escaleras. Se plantó recta y luego reverenció, teniendo cuidado de no causar un desastre con lo que portaba, ante la repentina aparición de los tres amos.

—¿Tan mal te tratamos, que nos abandonaste a la primera oportunidad? —rio entre dientes, ocultando el desagrado de hallar a la lobata en esa casa. Jevrem observó lo que Anna sostenía y Everett consultaba la hora en el reloj de la mesa rinconera del vestíbulo, con cierta ansiedad reflejada en su rostro.

—No, señor, yo estoy para…

—¡Qué prisas llevas, hermanito! —Damir dejó a Anna con la palabra en la boca, sin ningún interés por lo que le pudiera decir, siguiendo con la mirada a Everett, que pasaba por el lado de la muchacha en pose reverente, yendo deprisa hacia la planta alta.

Anna se giró sobre los talones y, sin pedir permiso de retirarse al señor Damir, siguió al alfa, quien ya tenía un buen tramo de escalones subidos para ir a su habitación. Le dio cierto alivio alejarse de allí; por desgracia, se dirigía hacia una persona que estaba segura la haría llorar.

Caramba…, tan bien que estaba…

Qué lástima que la señorita Isabel estuviese en cama o a esas alturas estaría contradiciendo órdenes por doquier.

Cruzó por el ala oste, mientras que el señor Everett abría la puerta de la habitación del extremo este, ingresando sin antes haber solicitado el permiso a *la que lo ocupaba*.

Anna se detuvo ante varias puertas que se hallaban una a escasos metros de la otra y apabullada meditó:

¿Dijo la segunda de la izquierda o la derecha? —Desde el punto de la galería, a su izquierda se hallaban tres habitaciones alineadas y a su derecha otras tres más.

Esbozó un mohín angustiado, ¿por qué no prestó atención? Ella solo esperaba escuchar el nombre.

Se mordió el labio, pensativa.

¿Será la habitación de la derecha?, se preguntó mientras se volvía hacia allá. Si no era en esa parte, entonces tocaría cada puerta hasta dar con la bruja que pidió café con rodaja de limón.

—A la izquierda. La del medio.

Anna se sobresaltó al escuchar a Jevrem detrás de ella.

Se giró abrupto y por poco le vuelca la bandeja en la chaqueta; este dio un paso hacia atrás, evadiendo por centímetros de sufrir lo mismo que en Denali y abajo en la biblioteca.

—¡*Huy*, lo siento!

—Debo tener cuidado cuando portas algo, eres un peligro —comentó socarrón—. Es la del medio —señaló con su mentón hacia la parte izquierda del ala oeste—. Solo mi madre toma el café de ese modo. —Radojka solía ocupar la misma habitación cada vez que visitaban los Hamptons. Esta quedaba en medio de la que ocupaban su abuela Grubana y Vesna.

Anna hizo una expresión difícil de ocultar, recordaba la bofetada que la señora le dio en la piscina por tomar su móvil para contestar, mientras esta nadaba.

—Yo la llevo —Jevrem posó sus largos dedos sobre las manos temblorosas de la muchacha, para que le entregara la bandeja.

—Es mi trabajo.

—No, es de otras. Dámela.

—Me lo ordenaron.

—¿Y? Puedo entregársela a mamá sin ningún problema —había escuchado la increpación que su progenitora vociferó a Anna cuando él llamó desde Santiago de Chile, sobrepasado por sus pesadillas. Detestó la agresión verbal y, a partir de ese instante, estuvo pendiente de que la trataran en buenos términos. Pero intuía que en esta ocasión no se salvaría del malhumor de Radojka; los viajes largos la enojaban al punto de maltratar al personal que se atravesaba en su camino.

Sabía cómo aplacarla, él era su persona favorita.

Anna vaciló. ¿Y si se enteraban?

Antes de vislumbrar la negativa por temor a ser reprendida por el ama de llaves y el mayordomo, Jevrem le arrebató sin rudeza la bandeja.

—Joven Jevrem…

—*Tic tac, tic tac*…

Anna se encaminó para tocar a la puerta, creyendo que la aupaba para que se diera prisas, pero de repente Jevrem se atravesó sin derramar una gota del café, evitando que la joven alertara de su presencia a *la que se hallaba* dentro.

Se inclinó hacia ella.

—*Tic tac*, *tic tac*… —sus labios pegados al oído de la muchacha.

Anna se estremeció, el timbre ronco de su voz, la insinuación que comprendió…

Lo miró temblorosa.

—Estoy contando las horas. *Tic tac*, *tic tac*…

Anna tragó en seco. Jevrem contaba las horas para que dieran la medianoche.

—¿Y eso para qué? —preguntó, empujada por los nervios. Sabía muy bien a lo que se refería.

La arropó con la mirada.

—A tenerte.

Contestado esto, le dio un beso en la mejilla, de la que Anna ni parpadeó por estar procesando lo que le dijo, y, haciendo malabares con la bandeja que sostenía en una mano, con la que tenía libre giró el picaporte para perderse en el interior de la habitación, sin darle oportunidad a la joven de protestar o rechazarlo de plano.

Anna quedó con su corazón casi saliéndose del pecho.

Esa noche él la haría suya.

*****

Del otro lado del pasillo, en la habitación más apartada de la mansión, Everett se desnudaba poco a poco ante la vista abrumada de la híbrida.

Sus zapatos de diseñador quedaron abandonados, justo en la entrada, prosiguiéndole la camisa blanca que se quitaba con una exquisita lentitud, para apreciación de su espectadora femenina. Cada botón se removió de su ojal como si Everett pretendiese ofrecer una actuación triple X, solo le faltaba la música sensual y las luces robóticas para que el sexy leñador se desatara como un *stripper*.

No se contoneaba; no estaba en él moverse de esta manera, pero su sonrisa de diablo pervertido ocasionaba que Isabel contuviera la respiración.

Everett la había atrapado con la mirada lobuna, mientras ella seguía acostada en la cama, aún desnuda y alborotada por la interrumpida penetración. Por largo rato se recriminó así misma haber cedido a su seducción, fue débil y tonta, y ahora tendría que lidiar con un hombre que exudaba virilidad.

Sin embargo, abrazó sus rodillas por encima de la sábana, hipnotizada por los lentos movimientos de Everett.

Si antes tuvo afán por querer subir a la habitación para estar con Isabel, ahora él se tomaba el tiempo en desnudarse. La lamparita de la mesa de noche otorgaba ese ambiente a medio iluminar que le daba un plus al desprendimiento de sus ropas. Era como si le dijera en

silencio: «yo cumplo con mi palabra», este hecho se patentaba en el esfuerzo que hacía para mantenerse calmado y no asaltarla como un troglodita. Ella merecía que la tratase mejor que a una reina, tenía que degustarla como el buen vino: lento, paladeando sus sabores.

Y el que más se le antojaba, estaba entre su piernas.

El bulto apretaba su pantalón. Cada palpitación en su glande era placentera, debía estar supurando líquido seminal a causa de su excitación; estaba que se desbordaba, abrirla y arrancarle escandalosos gemidos que la dejarían afónica. Ya tenía pensado lo que le iba hacer y, mientras se quitaba el pantalón, sonrió ante la idea de follarle el culo.

¿Y si le anudaba las muñecas a la espalda como si fuera su cautiva?

Su pene saltó emocionado.

Isabel ni parpadeaba; si tenía algún reparo en echarlo de la habitación, se había disipado. De forma inconsciente se mordió los labios cuando el deslizó muy masculino el calzoncillo hasta los tobillos; hizo un movimiento de pies y se libró de este con una elegancia que ni ella en sus días de *feme fatale*.

Caminó hacia ella, Isabel pasó saliva y su corazón palpitó alocado.

Qué hombre…

Sus ojos rodaban por esa anatomía perfecta, que apenas se detenía un instante en cada musculatura. La distancia desde donde Everett se desvistió y la cama era corta, pero Isabel se deleitaba como si él caminara en cámara lenta; una pierna adelante, otra atrás; los muslos torneados, la pelvis en una atrayente «V» que la hacía transpirar. El pene erecto, ligeramente curvo hacia arriba, como un brazo musculoso en el que el chico malo expresaría: ¡sí, vamos por el premio!

Ella era ese premio.

Everett tomó la punta de la sábana que sobresalía de los pies de Isabel y la haló suave hacia él para despojarla de esta. Isabel se sintió expuesta y sus senos los cubrió con sus propias manos para que Everett no observara sus quemaduras. Se avergonzó de sí misma, no era una reina de belleza, nada de su cuerpo le ayudaría a sobrellevar la penuria, todo era manchas y cicatrices, dolor y rabia, que estuvo a punto de luchar por la sábana para ocultar su desnudez.

Pero su exprometido adivinó sus intenciones y la miró con tanto morbo que la morena se sintió acalorada.

Y bonita.

Él la deseaba.

—Eres tan sorprendente… —expresó en la medida en que, sobre el colchón, la encerraba en la celda que representaba sus brazos fuertes y sus piernas de futbolista.

Isabel y Everett se miraron directo a los ojos, había en estos deseo

y devoción; el «perdóname» pululaba en los irises de Everett y el «estás perdonado», en los de Isabel. Después de sumergirse ambos en la profundidad de sus almas, sonrieron a medias, no eran sonrisas que denotaban alegría, sino un «ahora estamos juntos y esperemos que continuemos así por siempre».

Sus labios se juntaron con absoluta cadencia, el cabello de Everett caía sobre el rostro de su compañera, la cubría toda sin que esto a ella la molestara; más bien, sentir el roce de sus hebras en sus mejillas al igual que los pelitos de su barba, despertaban cada una de sus entumecidas terminaciones nerviosas de su ser. La fragancia de Everett inundaba sus fosas nasales, mezclado con lociones corporales que habría encontrado en el baño al asearse; era herbal y dulce a la vez, no los propios para un hombre, pero a Isabel le tenía sin cuidado, al menos él los usaba para su melena, ella para su *chamuscado* cuero cabelludo.

¡Oh!

El gemido fue mental y su garganta resonó placentera. Se besaban bien conscientes de lo que hacían, recayendo en sus lenguas el deber de propiciar o frenar el *cuerpo a cuerpo* que pronto batallarían. Era una responsabilidad muy grande la de estos dos órganos carentes de huesos, pero cargados de infinidad de papilas gustativas. Se saboreaban y se tocaban con timidez, pues procuraban reconciliarse sin afanes; lo que antes vivieron no era para desencadenarlo en burdos besos. Las lenguas se enroscaban y desenroscaban en eróticos movimientos que elevaban la temperatura de sus cuerpos.

Everett fue quien interrumpió el beso, su respiración era acelerada y jadeante; recostó su frente contra la de Isabel, quien también tenía dificultad para respirar a causa de la pasión que comenzaba a envolverlos. No volvieron a mirarse a los ojos, la cercanía no lo permitía, cerraron sus parpados y disfrutaron de las sensaciones que el beso a ellos despertaba.

—Te amo… —Everett expresó con una sinceridad tan latente que hasta Isabel lo sintió. A pesar de ser expresivo cuando está enojado, deprimido o excitado, esta vez fue de pocas palabras al demostrar sus emociones. Y expresó las dos únicas que a Isabel más le importaban.

—¿Aun estando así? —Que la juzgaran por insegura, necesitaba escuchar que no le mentía.

—Aun así…

La besó, los labios estuvieron estáticos por una fracción de segundo, se sentía abrumado, su cuerpo hervía por la excitación, queriéndola poseer sin delicadezas y hacerla aullar como loba desvergonzada. Sin embargo, temía lastimarla, las yemas de sus dedos percibían la rugosidad de las cicatrices y en otras partes del cuerpo, la tersura de su piel.

Y, por esto, a él le parecía que Isabel era una mujer increíble.

Salía del infierno por ella misma.

Se recostó a un lado y la atrajo hacia sí para que estuviese frente a frente, reconociéndose y sonriendo.

—Te amo —dijo ella en una tardía manifestación de sus sentimientos. Las lágrimas de Everett se deslizaron por el costado derecho de su rostro; valió la pena la espera, el odio causado por lo del anillo y lo del accidente, ya no envenenaban el corazón de su amada ni a él lo afligía por querer ella matarlo; claro está, que lo sucedido aquel día siempre estaría presente, pero él se encargaría de que el amor que le tenía empujara cada día ese recuerdo al fondo del abismo.

—No vuelvas a alejarte —comentó en voz baja—, te buscaré y te encadenaré a mí.

Ella acarició su mejilla.

—Tendrán que ser gruesas cadenas, soy fuerte —expresó socarrona, aunque no hacía referencia a sus músculos, sino a su perseverancia de no doblegarse ante nadie. Everett tendría que encadenarla hasta con pesados grilletes.

Asintió sin sonreír. En su expresión lobuna, el acuerdo de este hecho.

A su alma…

La encadenaría a su alma y corazón.

Levantó la pierna de Isabel e hizo que abrazara su cadera. El glande acomodándose en la vagina.

—Seamos esta noche uno solo —dijo mientras se introducía con suavidad— y olvidémonos del mundo.

—Sí… —Isabel respondió en la medida en que la penetraba—, olvidemos…

Se abrazaron y juntaron sus rostros a la vez en que sus genitales iniciaban el coito. Everett había dado la orden a su hermano y sobrino de no molestarlo mientras estuviera en el dormitorio con Isabel; solo aceptaría el llamado a la puerta si la casa se estuviera incendiando o a los vampiros les diera por visitarlos. De otro modo, recibirían una paliza por no acatar mandatos.

Empujaba la pelvis contra la de ella, sacando-metiendo-sacando… Isabel gemía ante los envites sin exigir más vigor, queriendo disfrutar del placer de hacerlo con extrema lentitud, sentir cada centímetro de su duro falo enterrándose en su humedad.

Isabel se aferró en los bíceps de Everett, mientras él mantenía la mano postrada en su espalda para pegarla más a su torso. Ambos recostados de lado, mirándose de frente; piernas y brazos enroscados, corazón contra corazón, genital contra genital…

—¿Aumento? —Everett consultó ante los gemidos de su mujer;

imploraba a todos los santos metamorfos para que le diera ese placer.

—Por favor…

Sonrió. Le debía una plegaria de agradecimiento a cada santo.

Isabel sintió un golpe en sus entrañas, luego otro y otro… Apretaba los dientes, Everett la *castigaba* por partida doble: el pene taladrándola y las bolas fustigándola.

Mmmmm, era delicioso. Gemía impúdica, meneándose al ritmo de las caderas de su vigoroso amante. La fricción la sentía tanto en el borde de los pliegues de su vagina como dentro de esta. *¡Oh!*

—Más fuerte —pidió ahogada en la bruma del deseo animal. Everett la golpeó rudo con su pelvis, provocando que toda su hombría hirviera dentro de ella.

Isabel jadeaba, tenía mucho calor, los latidos de su corazón alteraban su respiración; las *entradas* y *salidas* eran más cortas, pero más veloces entre arremetida y arremetida.

Mantenían la misma posición, quizás por el afán de perdonarse o porque, estando así, les era sumamente placentero.

La pierna de Isabel se deslizaba de la cadera de Everett, pero este la sujetó en el doblez de la rodilla para mantenerla fija y así seguir con su ritmo.

Entrar-salir. Rápido, rápido… Una y otra vez, duro, profundo, una y otra vez…

Isabel gimió audible. Su cuerpo tembló y se tensó; los dedos de sus pies se curvaron hacia adentro, sus manos se aferraron más a los brazos de su amante, los labios vaginales se contraían…

La explosión de su orgasmo reverberó en el dormitorio que, por fortuna, los gemelos no escucharon.

Pero sí el resto de los que habitaban la casa.

Capítulo 54

Las horas avanzaron con rapidez.

Y Anna caminaba por la habitación en medio de un ataque de ansiedad. El reloj marcaba las doce y ella ya estaba de cumpleaños con todo lo que la edad implicaba. No tenía escapatoria, así se negase, ¿quién lo detendría? Era el sobrino del alfa, de la familia más adinerada y poderosa de Alaska, vendría y la haría suya. ¡Se lo dijo! Contaba las horas para tenerla.

—¡Oh, Licaón! ¡Oh, Licaón! —rogaba le diera fuerzas para resistir en no pulsar el Botón del Pánico para que Jevrem bajara al sótano. A Anna le gustaba; esa mirada arrolladora, esa sonrisa ladina, esos pectorales que se apreciaban bajo la camisa…, tan bien formado, tan grande y fuerte como un toro envalentonado…

Se dio de cachetadas.

—¡Espabílate! —Su pulso estaba acelerado y el calor la sofocaba. Sacudía la camiseta de su pijama para airearse, pero esto era insuficiente, sudaba, el pelo lo tenía empapado sin hallar qué hacer para calmarse. Ya se había duchado tres veces, habiéndose masturbado en la regadera en dos ocasiones. Sentía escozor en todo su cuerpo, ¡quería hasta trepar las paredes! Estaba intranquila y acalorada. Muy, muy acalorada—. *¡Arrrrrgh!* —gruñó enojada consigo misma y también con la señorita Isabel por ser tan escandalosa. Escuchar los gemidos de esta, desde la cocina, la impulsó a huir a todo galope al sótano, pues el celo comenzaba a dominarla, del que casi le sonríe a Elijah, quien entraba por la puerta externa; de haberlo hecho, él se la habría llevado a cuestas y encerrado en su habitación para follarla. Por fortuna, corrió antes de que este notara su acaloramiento; el caos en la cocina se tornó peor debido a que el ama de llaves y la cocinera se pusieron nerviosas por los gemidos de los amos.

Anna escuchó que detrás de ella la señora Branislava la llamaba para que ayudara a servir la mesa; la ignoró, ¿cómo haría esto si su excitación hasta se olía?

De haberse quedado un minuto más le bajaban a ella la braga frente a los demás empleados y la violaban entre todos los machos.

—Me hace falta un vibrador —masculló para sí misma en un tono recriminatorio. Rosario una vez le comentó que debía comprarse un masajeador de clítoris, si no deseaba que uno de los guardaespaldas le hiciera el «favor» por pretender seguir conservando la virginidad.

Debió comprarse uno; se habría abierto de piernas en la cama e imaginar que Jevrem…

—¡No! ¡No! —Otro par de palmadas para calmarse, desesperada por alejar de su mente las fantasías de ese beta y ella, juntos.

Muy juntos.

—Desgraciado, ¿por qué me tienes que joder la vida? —El beso en la mejilla, el timbre de su voz resonando suave en su oído, su aroma fluyendo a su rededor, su imponencia, su virilidad…

Por enésima vez miró la hora en su móvil en su mesita de noche.

12:05 pm.

¿Por qué tardaba tanto?

Parpadeó atónita.

—¡¿Acaso lo estás esperando?! —se increpó desconcertada de sus propios pensamientos. Estaba muy pendiente del correr de los minutos. ¿Qué lo estaría deteniendo?

Pensó en Belkys y Sandra.

Su garganta emitió un gruñido poco audible, azotada por la premura, al imaginarse que ese par de mujerzuelas estarían moviendo la cola al otro para que las tomaran. Si Jevrem tenía el propósito de desvirgarla, tuvo que haberse topado con las dos lobas en su trayecto hacia el sótano.

Molesta, se arrojó a la cama y se revolcó como si tuviera hormigas bajo la piel. ¡Qué agonía! ¿Esto era estar en celo? Su clítoris palpitaba, su braga húmeda por el deseo de sentir un pene entre sus piernas; no aguantaba el calor, parecía estar dentro de un caldero, le sudaban hasta las axilas.

Se despojó de sus ropas con desespero, dejándose solo la braga y esto le dio apenas una pizca de alivio. Su cuerpo hervía, su corazón palpitaba, sus pulmones robaban el aire circulante.

—En cuanto me paguen, me compro uno *bien grande*… —y se lo pegaría a su *coño* hasta que se le entumeciera o se agotaran las baterías. ¡Qué ganas tenía!

Volvió a tomar el dispositivo electrónico.

12:07 pm.

¡¿Qué?! Apenas pasaron dos minutos y para la joven era como si fuese una eternidad.

—No vendrá… —se lamentó, ya se estaba haciendo a la idea de ser tomada por uno de los Brankovic.

Entre su pesadumbre, se preguntó: ¿A cuántas sirvientas habría follado? Jevrem era muy apuesto y de posición privilegiada; toda loba querría con él aparearse.

Cerró los ojos y se tocó, pasando sus manos desde las mejillas hasta sus senos, acariciándolos como si sus manos fueran la de Jevrem, que se coló en su habitación como un pervertido que deseaba manosearla mientras «dormía». Sus pezones estaban duros y sensibles al tacto. Si él se los chupaba, ella gritaría extasiada. Por esto, daba

vueltas en la cama, sin hallar comodidad en ninguna posición que tomaba; abrazaba la almohada como si fuera un hombre, luego la colocaba bajo su cabeza; de lado, volvía a abrazarla y morderla.

Tenía muchas ganas.

Apretó las piernas sin aguantar esa incesante palpitación en sus carnosidades internas, era enloquecedor y delicioso, pero muy torturador si no tenía un macho que la complaciera.

Un vistazo más.

12:15 pm.

—Maldito —lo increpó rencorosa—. Después no me vengas con mentiras. —El desgraciado encontró otra de mejor estampa.

Temblorosa por la ansiedad, miró el citófono en la pared colindante a la puerta. Cinco minutos o, de lo contrario, le daba oportunidad a Elijah.

Se puso en pie y caminó en braga por la habitación. Por este motivo, a las que pasaban por el celo, las confinaban en el sótano. El Celo era desesperante, no hallaría sosiego hasta ser follada.

Su respiración se tornó errática, comenzaba a marearse; ya conocía los síntomas, estaba por transformarse.

—Oh, Licaón… —se preocupó, no estaba bajo llave.

¿Y si abandonaba la habitación antes de cambiar su anatomía?

Una vez convertida en loba, sus patas no serían capaces de girar el pomo de la puerta, a menos que la echara abajo. Y, por lo que observaba del material del que fue construida, aguantaría unas cuantas embestidas.

¡Agh! Corrió hasta el citófono para oprimir el botón. Le valía un carajo que acudiera el que fuera y la follara como una bestia, la vagina estaba en fuego y se quemaría completa si un macho no acudía.

—Mierda… —las venas de sus manos burbujeaban y sus garras se alargaban como garras; pronto sufriría la transformación—, contrólate —se increpó estaba por aullar—. Piensa en algo que te distraiga. —¿Cómo qué? Se angustió, ¿qué podría alejarla de los pensamientos lujuriosos?

Roces de genitales.

Gemidos.

Caricias impúdicas...

—¡No pienses en eso!

Perforación vaginal.

Perforación anal.

Mamadas…

—¡No! ¡No! ¡No! —Se daba de cachetadas por cada agónica negativa. El Botón del Pánico la tentaba para que lo oprimiera. Solo era presionarlo y un galán estaría en su habitación.

Jevrem. ¡Ella lo quería a él!

Jevrem follándola por todos sus orificios.

—Piensa en papá y mamá —se pidió para mantenerse cuerda—. Ellos te aconsejaban orar mucho para que desaparezcan las ganas. Así que, siéntate en la cama –lo hizo– y reza a Licaón para que te controle. —Respiró profundo y centró su mente para que el dios de los lobos…

¡PUM!

Un golpe la sobresaltó, provenía de afuera como si un macho estuviera desesperado por entrar.

Corrió hacia la puerta de acero y pegó el oído: gruñidos, golpes, zarpazos…

Se emocionó.

—¡Jevrem! —Abrió la puerta para obsequiarle una gran sonrisa a ese beta sexy, pero se impactó al observar que no era el que ella creía, sino otros.

¡¿Y Jevrem?!

En vez de él, Tyson y Colton, se daban de mordiscos, transformados ambos en lobos. Reconocía sus aromas corporales, por lo visto pretendían festejar a lo grande con la cumpleañera.

Se tocó *su centro*. Era tan placentero observar la lucha animal. No obstante, el hallarse inerme ante ese par de *cachondos* enfurecidos, Anna halló la lucidez.

¡¿Qué hacía plantada ahí como si aguardara por el vencedor?!

Ella no era puta. ¡Era una joven decente!

Azotó la puerta para impedirles el paso.

Por otro lado…

Jevrem no fue capaz de terminar de cenar. Esa noche comieron tarde por esperar al alfa que nunca salió de su habitación por estar con su compañera. Se excusó con los que se hallaban en la mesa y se levantó de allí con urgencia, que hasta su padre lo miró con suspicacia.

Ninguno pudo comer con tranquilidad, los gemidos de Isabel y Everett resonaban por la casa, provocando incomodidad en su mamá y su madrastra, y molestia en su abuela que mascullaba por lo inmoral del bastardo y la híbrida. Sus hermanas reían, tapándose la boca para no ser escuchadas, pareciéndoles divertido que el tío Everett y su compañera fuesen tan escandalosos.

Se marchó por la puerta principal, simulando que daría un paseo nocturno por los alrededores para despejar la mente y dar tiempo a los otros de terminar con su fogoso encuentro. Aunque esto para nada le producía celos, como antes cuando Everett abrazaba a Isabel en público y Jevrem sufría para sus adentros por haberse enamorado de una mujer prohibida. Se sentía liberado y sonrió de alegría al

descubrir que dicho sentimiento ya no lo atormentaba; les deseaba felicidad y que recuperaran el tiempo perdido por estar separados. Él recorrería su propio camino y este era el que lo llevaría hacia una chica que dejó de ser una niña feúcha para convertirse de un día para otro en una hermosa hada de curvas gráciles.

La brisa removió su cabello y se lo acomodó sin que esto hiciera que sus mechones permanecieran quietos en su lugar. Saludó a Branimir y a Luttrell, hallándose estos apostados por los rededores de la plazoleta, vigilando el perímetro y ajenos a los gemidos en el interior de la casa. Maxwell se alcanzaba a vislumbrar en el estacionamiento, mimetizado entre los autos para no ser visto, pero Jevrem que tenía buen olfato para detectar criaturas escondidas, lo captó rápido.

Grubana le había aconsejado hacerse acompañar por uno de los guardaespaldas, en caso de algún contratiempo vampírico. Nueva York estaba infectada por seres que se proclamaron dueños de la ciudad. Los metamorfos solo eran visitantes foráneos a quienes aquellos a ellos vigilaban de lejos y, los que tenían residencia permanente, debían mantener el hocico cerrado para evitar morder humanos.

Solo los vampiros se daban el lujo de clavar sus colmillos.

Pero Jevrem, lejos de obedecer a su abuela de aparente setenta años y del que oscilaba más de la cuenta, rodeó la mansión para entrar a la cocina por la puerta lateral del servicio.

En dicha zona el desorden imperaba. La señora Branislava alzó la mirada hacia él y enseguida se arregló la cabellera, recogida en un puño. Lavaba los platos, mientras que la señora Blanka se hallaba en el arco que divide esa parte de la casa con el pasillo que da hacia el comedor.

—¿Necesita algo, joven amo? —Se preocupó, intuía que estaba allí para asuntos turbios, varias sirvientas jóvenes caerían en sus redes, si él les pedía una revolcada. Los grotescos sonidos guturales del alfa y la híbrida, probablemente despertaron el deseo por estar con una loba.

Este no le contestó, sino que la miró como expresándole un «no preguntes». Blanka acató la silente orden y se marchó hacia el área del comedor donde Belkys y Sandra se hallaban pendiente de los amos. De no estar ocupadas, seguro el joven Jevrem se las llevaría para una orgía. Era un sinvergüenza, del que Blanka intuía que solo quería complacer sus instintos carnales.

Por desgracia, tendría que morderse la lengua para no alertar al amo Damir y a la ama Grubana para que lo detuvieran, el joven era la generación de relevo de los Brankovic. A ella no le convenía tenerlo en su contra.

Jevrem se dirigió hacia el ala por donde se hallaban los cuartos de

lavado y planchado, y, más allá, a unos metros al fondo, la puerta que da hacia el sótano.

Durante el camino, se topó con Elijah; este le mostró los colmillos, atravesándose para impedirle el paso. Jevrem perfiló la hilera de dientes y gruñó amedrentador. ¡Él estaba por encima de un gamma!

Elijah trató de medírsele, el tesoro que se hallaba en los cimientos de la casa era valioso y deseaba poseerlo; sin embargo, el sobrino del alfa aumentó de tamaño, mucho más que él, por lo que prefirió dejarlo continuar, mientras Elijah bajaba sumiso la cabeza.

Si lo enfrentaba, dudaba que de esa saliera vivo.

—Mantén a los demás en su lugar. De aquí no te mueves —Jevrem le ordenó, empleando la hipnosis sobre el cohibido lobo. Este asintió obnubilado y con pose de perro embravecido. Al que le diera por acercarse, le desgarraba el cuello.

Jevrem se movilizó con una creciente preocupación hacia el sótano; si Elijah se le envaró, habría más como él. Anna debía estar acalorada.

Mientras increpaba una letanía de palabrotas por haber sido imprudente en alborotar a la omega, pues no tomó en cuenta el que otros machos olerían su excitación, aceleraba su carrera para llegar cuanto antes.

¿Y si la estaban…?

Corrió deprisa. Mataría al que la haya tocado.

Al patear la puerta que da hacia el sótano, halló a Colton ensangrentado y tirado en el piso, y al maldito de Tyson pateando la puerta de la habitación de Anna.

Voló hasta este, sus garras alargadas, sus ojos ennegrecidos por la furia, sus colmillos de lobo alargándose, el gruñido reverberando en su garganta.

Tyson se volvió desnudo para enfrentarlo; la puerta presentaba abolladuras y zarpazos, en un intento de despedazarla para entrar.

—¡ES MÍA! —Jevrem gritó con toda la potencia de su voz, molesto con el guardaespaldas por haberse atrevido en hacerse de una hembra que no le pertenecía; para eso Jevrem marcó el territorio, para alejar a los posibles rivales; él y solo él sería el que probaría las mieles de una virgen.

Recibió un contundente puñetazo por parte de Tyson; él también tenía la misma gallardía, podría matar al hijo de Damir, solo le desgarraría el cuello y la chica del cuarto sería suya.

Un lobo beta contra otro beta.

Así que una vez más comenzó el proceso de transformación, al igual que Jevrem, quien se quitó su chaqueta sastre y se arrancó la camisa y demás ropas, decidido también en imponerse sobre el que le disputaba la hembra; se la había ganado, era bonita y dulce, un idiota

como Tyson o Colton, no la poseerían. Anna aún desconocía lo que es ser tomada por un macho, su ciclo sexual alcanzó su punto álgido en cuanto Jevrem comenzó a seducirla; el celo coincidió y esto lo alegró, ya que le facilitaba su disposición para estar con él.

Los dos hombres cambiaron de forma: retorcimiento de huesos, extensión de mandíbula, alargamiento de pelaje.

Ambos de la misma complexión: ciento sesenta kilos, cuatro metros desde el hocico hasta la punta de la cola, y dos metros de alto.

Colosales.

Tyson-lobo se abalanzó contra el otro, del que fue repelido con las patas delanteras y las poderosas fauces del lobo Brankovic. Se batían en un duelo a muerte; el vencedor tendría el derecho a goce con Anna Morris, la deliciosa virginal a quien uno de los dos la haría chillar de dolor al hacerla mujer. Fue un enfrentamiento encarnizado; la sangre brotando de las patas y de los lomos de cada uno; Colton –humanizado– quería unirse para acabar con Tyson, quien lo apaleó de esa forma, pero la herida en su pantorrilla le impedía ponerse en pie. Tendría que resignarse a comer de las sobras.

El chillido adolorido de Tyson indicó su derrota en cuanto los colmillos de Jevrem se clavaron en su lomo y lo aventó con violencia contra las paredes del pasillo hasta que perdió el conocimiento.

Las orejas de Jevrem se doblaron hacia atrás y sus encías se contrajeron para mostrar con ferocidad toda la hilera de sus mortales dientes; ensalivaba como si estuviera azotado por el mal de Rabia, sacando la lengua como una serpiente siseante, intimidando al otro rival para que se mantuviera a raya.

Colton levantó las manos y, esbozando gestos de dolor, se irguió para marcharse. Pero Jevrem–lobo con su hocico dio un rudo empujón al cuerpo lobuno de Tyson, que comenzaba a tornarse humano, causando que rodara a los pies del metamorfo malherido.

—Como ordene, señor. —Tomó a Tyson y lo terció entre sus hombros como si fuera un animal cazado, soportando con mucho esfuerzo el enorme peso. Y, sin quejarse, subió rengueando por los escalones hasta cerrar detrás de él la puerta del sótano.

Jevrem se relajó y comenzó el proceso de retroceder su bestial anatomía; las capas de pelo gris caían por mechones al piso, las garras de las patas delanteras y traseras se contraían, y, lo que era como *muñones*, se alargaban en dedos humanos. El cambio se efectuaba doloroso y rápido, le había tomado práctica desde hacía tiempo, completando la transformación a la de un hombre, poco más de un minuto.

Jadeaba aovillado en el piso, recuperándose del enfrentamiento contra el guardaespaldas. No lo mató, era un buen servidor y el celo de…

Movió las aletas de su nariz. El olor floral llegaba a sus fosas nasales.

Se puso en pie y se volvió –desnudo– hacia la menuda chica que se hallaba a su espalda, como un hada de grandes ojos expresivos, mejillas sonrojadas y respiración agitada.

El *tic tac* había terminado.

Capítulo 55

—Estás herido.

A Anna le costó encontrar la voz, le salió trémula por hallarse ante ese soberbio hombre de mirada ambarina.

Jevrem caminó hacia la joven ataviada en pijamas y cabello desordenado, que explayaba los ojos como gatita asustada. Esta retrocedió al interior de la habitación en la medida en que Jevrem se acercaba sin dejar de mirarla; tragaba en seco, temblorosa y apabullada. Al darse cuenta de la gravedad de la situación con Tyson y Colton, corrió a vestirse rápido para que no la pillaran escasas de ropas, como si estar vestida le sirviera de escudo protector; nada más lejos de la realidad, porque de haber entrado uno de los guardaespaldas, la pijama habría sido desgarrada.

—Estás… —señaló las heridas que Jevrem tenía en todo su cuerpo.

—Rasguños. Nada más —dijo en la medida en que se acercaba a la joven, quien evitaba darle la espalda mientras se alejaba. Sus pasos avanzaban y esta retrocedía hasta que la pared que da al baño le bloqueó el camino.

Anna palideció, se sentía perdida.

No gritaba por ayuda para que la salvaran del *lobo malo*, del que ella siempre estuvo enamorada, ni parpadeaba, teniendo la mirada atrapada por sus ojos amarillos por la reciente lucha. Todo lo contrario, la persecución la excitaba.

Jevrem se inclinó hacia ella para absorber el perfume impregnado en su cuello, recorriendo la línea con la punta de su nariz, pero antes de seguir cuesta abajo para oler su intimidad, Anna lo detuvo al posar sus pequeñas manos en su torso amplio y fuerte.

—Déjame que te las limpie —se refirió a las heridas, más que todo, para darse tiempo de prepararse para estar con él, una cosa era esperarlo con las ganas a flor de piel y otra tenerlo allí frente a ella en toda su gloria.

Jevrem se dejó conducir hasta la cama y posó sus nalgas al borde, con una paciencia por la joven que ni él mismo daba crédito de su propia actitud. A otra chica la habría asaltado y luego abandonado por hacerlo esperar, pero con Anna lo conmovía su nerviosismo.

Le obsequió una sutil sonrisa y como buen «paciente», permitió que la hermosa enfermera curase sus heridas. Si así quería iniciar la noche, él con gusto jugaría al doctor con la lobita.

Anna corrió al baño y humedeció la toalla que tenía colgada sobre la barra de la cortina de plástico y tomó otra doblada en una

improvisada estantería para que Jevrem se cubriera la hombría; se miró en el espejo del lavabo y reparó en su apariencia; hizo un mohín por lucir espantosa: su cabello greñudo, su camiseta puesta al revés. Nada bonita.

Salió antes de que Jevrem decidiera bañarse en su compañía. Era tonto pensarlo, pero de esto aún no estaba lista.

Le arrojó la toalla seca y este captó lo que debía hacer.

Se cubrió.

—Te voy a… —le indicó con la punta de la que estaba húmeda, de pasarla por la mejilla derecha, donde un zarpazo sesgado le recorría desde la oreja hasta la comisura del labio. Él asintió contenido y cerró los ojos en cuanto Anna removía cuidadosa la sangre que ahí emanó. Ya no sangraba, la herida comenzaba a cicatrizar, pero el olor acre y la misma sangre le daban una apariencia salvaje.

De todas las relaciones sexuales que Jevrem gozó, jamás un preámbulo tuvo tanta expectativa; el mimo en cómo la joven lo limpiaba, lo llenaba de regocijo; significaba que le importaba, pues esta esperaba que esa noche fuese perfecta para los dos; nada de follar por follar, hacer el amor era lo más ansiado.

La miró con deseo, también con un sentimiento alojado en su corazón, quién sabe desde cuándo, porque en ese preciso instante se daba cuenta de que Anna significaba más de lo que creyó desde que la conoció hacía cinco años.

—Feliz cumpleaños —expresó mientras ella pasaba la toalla húmeda por su hombro y pectoral del costado derecho, dejando impoluta la piel ardiente del lobo.

Los ojos de Anna se trabaron con los suyos.

—Para ti también, feliz cumpleaños —deseó devuelta, habiendo detenido la limpieza. Sus manos quedaron estáticas sobre el pecho masculino, atrapada por su mirada.

—Ya eres mayor… —Jevrem le recordó como si Anna no supiese los años que cumplía. En la expresión de este había aprensión, debido a que no pretendía asustarla; solo tranquilizarla para que no sintiera culpas de hacer algo ilegal debido a su edad.

Asintió sin mirarlo.

La toalla recorriendo sus antebrazos. En estos, Tyson le dejó varias perforaciones profundas que aún dolían; Jevrem frunció el ceño y tomó un respiro para evitar reflejar malestar; en un rato sanarían y al maldito le pondría los puntos sobre las íes para informarle –así sea a los puños– que Anna le pertenecía.

—Quieres hacerlo, ¿verdad? —consultó para asegurarse que deseaba lo mismo y sonrió ante su sonrisa tímida.

—¿Serás gentil? —preguntarlo la ruborizó, desviando la mirada al piso.

Jevrem alzó su mentón y buscó que lo mirara.

—Si quieres que sea un caballero, por ti lo seré. Confía en mí. —Esperaba cumplir a cabalidad con su palabra o perdería credibilidad con Anna.

Sin ser tosco, le quitó la toalla y la arrojó al piso para dar por concluida la limpieza de su piel. La que cubría su hombría permanecía en su lugar, con una elevación que indicaba estar erecto.

Aún sentado en la cama, le acunó el rostro para besarla, pero Anna se apartó como si el tocarla fuese un delito.

—¿Trajiste protección? —se mortificó; no era tan ingenua como para confiar en que él se *correría* fuera de ella. Más de una vez sostuvo incómodas charlas con su mamá, del día en que lo haría con el hombre que amara y aún no deseaban programar hijos. Por supuesto, estando ella casada. El tema siempre se daba cuando los rumores volaban sobre alguna chica que quedaba embarazada fuera del matrimonio.

Un preservativo haría la diferencia entre seguir los planes trazados para una vida bien organizada o lavar pañales antes del tiempo previsto.

Jevrem se palpó como si estuviera vestido. ¿Dónde dejó sus ropas?

¡Ah!, sí…

En el pasillo.

—Dame un segundo. —Se enrolló la toalla seca a las caderas y voló hacia afuera para recoger lo que quedaba de su pantalón. Metió la mano en el bolsillo delantero y extrajo uno que siempre llevaba encima por si se le presentaba la ocasión de follar en el auto o dónde lo pillasen las ganas.

Devuelta, cerró la puerta tras de sí. Anna lo esperaba con los brazos cruzados, lucía muy nerviosa.

Ni se había movido de su sitio.

Él se sentó de nuevo en la cama y, frente a esta, sopesó si ponérselo de una vez o esperar a que Anna se relajara. Se arrebujaba entre sus brazos en una pose cohibida del que Jevrem temía que, al tocarla, lo rechazara.

Dejó el preservativo a un lado y tomó a Anna de la cintura para atraerla hacia él.

—¿Has escuchado algo malo de mí? —Tal vez fuese la razón de su tensión: sus examantes hablaban estupideces cuando la rabia las corroía por haber sido desechadas por él encapricharse con otra loba.

—No —su mirada esquiva.

—¿Estás nerviosa por ser tu primera vez? —Asintió—. Bueno, también lo es para mí —ella lo miró con un «sí, claro, el chico virgen»—. Es mi primera vez con un hada —de la que haría su novia. Se lo había jurado en su fuero interno.

Rio.

—Eres un tonto.

Él se carcajeó.

—¡No te miento! —Anna volvió a asentir—. Jamás he sido más sincero. Me abruma *hacerlo* con un hada. He escuchado que, *el que ama a una*, la ama para toda la vida.

Ella enmudeció. ¿La estaba vacilando? Por lo visto, la labia de Jevrem era capaz de hacer caer solitas muchas bragas.

Fue incapaz de replicar en cuanto él descruzó sus brazos para besarle los nudillos de las manos.

—Dicen que el beso de un hada fue lo que permitió que un licántropo volviera a ser hombre —comentó a la vez en que se enfocaba en los labios carnosos de la muchacha—. Había sido mortalmente herido por un vampiro antiguo, pero una hermosa criatura alada, de la que ningún ser había visto hasta ese entonces, lo salvó de morir. Lo besó en el tope de la cabeza y la maldición con la que nació, se revirtió solo esa noche. Se amaron como marido y mujer —sus manos acunando las mejillas ruborizadas de la preciosa oyente—, y tuvieron un hijo. El primer metamorfo.

—Es una leyenda. Todos sabemos cómo nos originamos.

—¿Quién dice que no sea cierta? Estoy frente a un hada que me hará sentir hombre…

Antes de que Anna abriera la boca para contradecir su argumento, Jevrem la jaló hacia él, aún acunando su rostro.

Las fantasías de la que ambos tuvieron por separado sobre cómo sería el momento en que sus bocas se unieran, sobrepasó a lo esperado. ¡Era mucho más! Sus espaldas recibían poderosas descargas eléctricas que subían y bajaban a lo largo de la columna vertebral; comenzaban entre sus labios y terminaban en sus genitales, palpitando de deseo. Anna se humedecía y Jevrem se endurecía, la excitación era apremiante, el beso elevaba la temperatura de sus cuerpos.

Jevrem la atrajo más para que se metiera entre sus piernas y así disfrutar de su cercanía. Metía las manos bajo su camiseta para sentir el calor de su piel, estaba erizada, con leves temblores por él permitirse acariciar más de lo permitido. Respiraba errática al igual que él, que celebraba estar besándola. Volvió acunar sus mejillas y esto lo hizo con la intensión de que ella no se apartara por meterle la lengua en la boca. Era un beso atrevido, muy adulto para una jovencita que apenas contaba con dieciocho *tiernos* años, pero él lo fantaseó muchas veces con dejarla sin aliento.

Sus lenguas se tocaban y enrollaban, se lamían y volvían a enrollarse en un baile erótico-sensual-excitante.

Jevrem tuvo que cortarlo.

Él fue el que había quedado sin respiración. Para ser inexperta,

Anna sabía besar muy bien.

La joven le dio espacio, pero sin apartarse del todo. Comprendía que, como macho, le costaba controlarse. Se agachó y tomó el preservativo que se hallaba casi pegado al muslo de Jevrem. Desgarró el empaque con sus dientes y lo sacó de su envoltorio.

Jevrem alzó la mirada.

—¿Me lo vas a poner? —Su pene pulsó ansioso.

Ella agrandó los ojos.

Huy, no era esa su intención.

Se lo entregó. Sus mejillas rojas como un tomate.

Jevrem no protestó por la timidez de Anna, más bien lo divirtió y enseguida se quitó la toalla que cubría sus caderas.

—Deberías observar para que aprendas —la aconsejó por Anna haber apartado la mirada al estar expuesto el miembro erecto.

—Ya sé cómo se pone.

Él arqueó una ceja, le dio una puntada de celos. ¿Cuándo tuvo ocasión de aprender?

—Internet —explicó más roja que nunca. ¡Vaya vergüenza!

Jevrem sonrió ladino.

—¿Y qué más aprendiste? —Hizo que lo mirara.

—Solo eso —mintió. Ni loca le revelaría que vio un par de vídeos porno—. Fue investigación. Para una tarea de la escuela… —A esas alturas su rostro debía estar apreciándose desde la Estación Espacial Internacional que órbita alrededor de la Tierra. Los astronautas estarían diciendo: «¡Hey!, ¿qué es ese punto rojo que brilla hacia el norte?».

—¿Solo eso?

—Sí —miraba de reojo la entrepierna de Jevrem. Parecía que *el paquete desenvuelto* la saludaba.

—¿Quieres aprender otras cosas? —El preservativo enrollado sobre el glande. Era incoloro para agradecimiento de Anna que consideraba ordinarios los de colores.

—Ajá.

Jevrem le obsequió una sonrisa arrebatadora y enseguida *forró* su hombría. No salió con un comentario tipo: «bien, nena, ahora seré tu maestro y tú mi alumna», sino que le dio un casto beso.

—Es increíble que un día como hoy, tú y yo, nacimos el mismo día —comentó en la medida en que tomaba la camiseta de Anna y la subía por su ceñido torso para quitársela—. Mi vida ha estado rodeada de lujos y la tuya de escasez —agregó fascinado de admirar los pechos pequeños de la muchacha. Ella estuvo a punto de cruzarse de brazos, de repente sobrepasada por la timidez, pero Jevrem lo impidió con una sonrisa a medias y el ardor en su mirada—. Somos de castas diferentes, nuestros mundos son distintos y, aun así… —deslizó el

pantalón del pijama para liberar sus piernas—, aquí estamos…

—Solo soy una más —Anna replicó sin pretender volar entre las nubes. Jevrem pertenecía a una familia que pegaría el grito al cielo si entre ellos había algo más que sexo casual.

Cabeceó.

—Con otra, tal vez. Contigo… —sus manos subiendo por la parte externa de los muslos para despojarla de la prenda que faltaba—, me siento completo.

Palpitaciones alocadas.

—¿Completo?

—Muy completo —la braga yendo hacia los tobillos.

Los ojos de Jevrem llamearon ante los vellos púbicos.

—¿Me creerías si te dijera que jamás he tenido novia? —La tomó de la mano y la acomodó atravesada en la cama.

Anna rio nerviosa por la revelación del beta.

—Mentiroso, te he conocido muchas —chicas betas de cabello rubio, gammas morenas, deltas pelirrojas; adineradas, sirvientas, prostitutas… De todo tipo.

Él volvió a sacudir la cabeza, mientras se introducía entre sus piernas.

—Amantes. No novias.

—Ah… —Él sonrió de un modo que a ella la inquietó—. ¿Por qué sonríes como si fuera despistada?

—¿Lo serías?

—¿Despistada? —Vaya manera de seducirla; el insulto le iba a aplacar la libido.

—Novia.

Parpadeó desconcertada. ¿Le estaba tomando el pelo? De ser así, era cruel, porque la ilusionaba para después burlarse con sus amigos.

—Ser la novia de un Brankovic tiene sus beneficios —dijo a la vez en que posó el glande entre las carnosidades femeninas. Anna jadeó.

—No me… a-acuesto contigo p-por dinero.

—Lo sé, me refiero al placer. —El glande abriéndose camino hacia sus entrañas.

Anna apretó los parpados al sentir el grosor del pene dentro de ella.

—Sé gentil. —Una ruda estocada la haría llorar adolorida.

Y sangrar.

—Muy gentil… —su voz enronquecida al oído de su incipiente amante. Sintió *la barrera* que lo detenía de seguir sumergiéndose, miró a Anna y esta se tensó enseguida, posando sus manos temblorosas en los hombros de este. La perforación fue lenta y un tanto agónica para los dos, Jevrem quería batallar en su habitual ritmo y Anna temiendo la rotura del himen.

En estas tardaron varios minutos, Anna temblaba, Jevrem sudaba; ambos corazones galopantes y nerviosos. Tal vez sea esto por lo que la joven estuviese sensible, enterraba las uñas en su declarado novio, gimiendo contenida para no ser escuchada por algún morboso con la oreja pegada detrás de la puerta de la habitación o la del sótano.

Jevrem se introducía con suavidad, pendiente de la expresión adolorida de la omega, quien había dejado de respirar.

—¿Lo soportas? —preguntó en su preocupación de no causarle daño. Él podía llegar a ser bruto cuando se apasionaba.

—Sí… —jadeaba sin mirarle. El peso del cuerpo del lobo sobre ella, de la cintura para abajo, quemando sus entrañas.

Jevrem acomodó sus antebrazos a cada lado de Anna e inició el coito lo más lento posible para que fuese soportable el desvirgo. Su pelvis se movía cadenciosa sobre la femenina, permaneciendo Anna quieta en la cama, en absoluta sumisión. Sonreía y él también le correspondía, ambos entregándose con devoción.

Sus garras se alargaron por ser desesperante el ritmo que llevaban, las enterró en las sábanas y apretó los dientes para no aumentar las embestidas. La cadencia lo mataba, rogando en su fuero interno en que su hembra le pidiera más vigor; se enterraba por completo y, una vez así, apenas salía para luego empujar de vuelta hacia las húmedas hendiduras. Había desvirgado a muchas; de hecho, le encantaba sentir la tensión de estas, el dolor de la primera vez, la estrechez de su centro…

Pero con Anna, era él quien sufría.

Entrelazó sus dedos con los de ella y así buscó su atención, cohibido por todo lo que se removía en su interior. Anna le inspiraba ternura y todos los buenos sentimientos que una loba como ella esperaba de alguien como él.

La besó y en silencio consultó en los ojos dilatados de la joven si lo llevaba bien. Esta sonrió y él comprendió que podría aumentar su rimo un poquito más.

—Oh, Licaón…

—¿Te duele? —Caramba, no debió ser tan impaciente. Era una primeriza.

—Me encanta.

El lobo sonrió feliz.

—¿Aumento un *poquitín* más?

—Aumenta… —malo fuera que no lo hiciera. Se había acostumbrado rápido al dolor y desaparecido tras unos minutos de penetración. La ventaja de ser loba: te recuperas de tus dolencias en un abrir y cerrar de ojos.

Animado por el permiso otorgado por su amante, Jevrem empujaba su miembro más rudo de lo que se prometió no hacer. El

cabecero de la cama golpeaba la pared detrás de este, como un eco ruidoso de las embestidas del beta hacia la omega. La hacía suya, ganó la contienda y asesinaría a los rivales que insistieran en disputársela. La probó y se embriagó de sus mieles. Lo ponía como roca observar cómo ella gemía con la boca y sus ojos ligeramente abiertos, extasiada por el placer. Claro que sería su maestro en la cama y en otras superficies que considerada adecuadas para un revolcón; repasaría con ella todo lo que él había aprendido desde que se inició. Se lo prometía, le haría de todo y que Licaón se apiadara de Anna, porque él jamás la soltaría de entre sus garras.

Apretó la mandíbula y su ceño se frunció, lo sentía, ya estaba por envolverlo el orgasmo. Quería que Anna se *viniera* con él, pero esto eran casos que no se daban con frecuencia entre las parejas, las explosiones sucedían a intervalos; primero uno, luego el otro, raras veces los dos al mismo tiempo.

Aun así, las acometidas no desaceleraban, lo buscaba, quería compartir el disfrute con ella, llevarla al cielo por un rato.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —los gemidos de Anna eran escandalosos; de no ser por la profundidad del sótano y su lejanía del resto de la casa, todos la habrían escuchado. Su rostro se contraía en clara muestra de que padecía algo de dolor, la sangre se olía y también se sentía en las sábanas empapadas.

Sufría, pero con gozo. ¡Vaya disparidad! Se mordía los labios, fruncía el ceño, enterraba las uñas en los hombros de su compañero y disfrutaba…

Jevrem le daba y ella recibía repetidas veces.

Si pasaron horas, ninguno de los dos fue consciente de esto, solo de la electrificante sensación que los azotó de la cabeza a los pies. Anna apretó las caderas de Jevrem con sus piernas y él enterró el rostro en su cuello, llevado por el demoledor orgasmo que, con gran satisfacción, ambos sintieron a la vez.

Sobre todo, Anna.

Quien dejó de ser niña para convertirse en mujer.

Capítulo 56

El peso de Everett cayó sobre la espalda de Isabel.

El orgasmo lo azotó y se corrió en el trasero de su mujer. El amanecer llegó rápido, tras deliciosas posiciones eróticas que disfrutaron. Fue poco lo que hablaron mientras lo hicieron: un «te amo», «te extrañé», «esto está muy rico», «sigue, sigue»; más bien, sus cuerpos sudorosos se encargaron de comunicar lo que antes se dejaron de decir. Isabel jadeaba contra la almohada, agotada de tantas horas apasionadas; las quemaduras dejaron de avergonzarla, se sentía sexy, plena consigo misma y esto la hizo sonreír.

El aplastamiento que sufría a causa de su compañero, le dificultaba la respiración. No se quejaba ni se removía, le encantaba tenerlo como si fuese su cobertor-tipo-oso-gigante-que-te-cubre-a-la-perfección; Everett había llegado al límite de su resistencia masculina, también respirando errático sin salir aún de su ano; los dos quedaron en blanco, todo conflicto que los mantuvo separados lo resolvieron en la cama, ¡y vaya de qué modo! El sexo de reconciliación dejaría a Isabel sin ganas de querer sentarse en una silla y a Everett de dar dos pasos para caminar. Fue un encuentro demoledor de los que dejan una gran sonrisa en el rostro durante días.

—Estoy molida… —expresó ella profundamente satisfecha, por si al grandulón le daba por seguir con el combate. Isabel no daba para más.

—*Mmmmm*… —fue la réplica de él, mientras la apurruñaba a sus brazos. La sábana apenas cubría sus partes íntimas; sus piernas estaban entrelazadas.

—¿Qué hora es? —reparó que se debía dar prisas para ducharse; los gemelos pronto despertarían. Aunque esto le llamó la atención: no lloraron en toda la noche y eso que ellos fueron ruidosos.

—¿Para qué quieres saber? —Se había acomodado para tener a Isabel en la posición «cucharita». Él era la «cuchara mayor».

Pero no hubo falta que la morena le respondiera. Erik estalló su garganta, para luego ser secundado por Ángel. Para estos, la primera comida del día la solicitaban con toda la potencia de sus pulmones.

—Por eso… —Isabel hizo amague de levantarse, pero Everett la contuvo—. Las nodrizas están por llegar y nosotros estamos… ¡Huy!

—¿Qué sucede? —Everett se preocupó, levantando la cabeza para revisar qué la había intranquilizado.

—Cielos, estoy… —jadeó mirándose así misma—. ¡Ay, no puedo creerlo! —Su exclamación era de incredulidad, abandonando rápido la

cama, mientras sostenía sus senos con ambas manos como si se le fueran a caer.

—¿Estás bien? —La siguió al baño, donde ella enseguida corrió para asearse o para verse en el espejo. Algo sintió que le llamó la atención.

—Mis senos —Abrió el grifo de la ducha—. Están cargados.

—¿De qué?

—Pues, ¿de qué van a ser? ¡De leche! Están llenísimos. ¡Y no son para ti! Recalcó ante el asombro del lobo. La emoción que sentía era grande. Sus glándulas mamarias funcionaban una vez más como una bendición después de ambos haberse perdonado.

Se ducharon en una exhalación para atender a los bebés, Erik era el que más fuerte lloraba, exigiendo lo que tanto le calmaba el hambre voraz por la mañana. Isabel se atavió en un albornoz verde claro, sin dejar de sonreír, otra vez lactaba; por fin le daría de alimentar a sus hijos.

Tomó a Erik y se sentó en uno de los sillones para amamantarlo; tocaron a la puerta, el olor de las nodrizas se percibía; esto le causó una oleada de celos maternos, le pidió a Everett que las despachara, ella se encargaría de hacer el trabajo, quería tener esa alegría después de estar meses «seca», era raro, pero su cuerpo respondió al llamado de sus pequeños.

Everett abrió el clóset y extrajo un calzoncillo y un pantalón deportivo. Una camiseta holgada cubrió su torso musculoso. Abrió la puerta y, lo primero que los sensitivos olfatos de las nodrizas captaron, fueron los olores íntimos que fluctuaban en el interior; Everett no les permitió el paso y les informó que para más tarde las necesitaban, porque Isabel amamantaba a los cachorros.

Tras decirlo, cerró la puerta del dormitorio, dejando a ambas mujeres atónitas y con la boca abierta.

Hasta ese día trabajarían en esa casa, la compañera del alfa ya no requería de sus servicios.

—Tráeme a Ángel —Isabel señaló con el mentón al menor de sus hijos removiéndose molesto dentro de la cuna.

—¿Estás segura de que podrás?

—Tengo las tetas que se me estallan. Claro que podré.

—Lo digo porque te estás recuperando… —el bebé acomodándolo en el lado izquierdo de la madre. Un seno apuntaba a un extremo y el otro para el terruño más chico.

—Quédate conmigo por si se atragantan, son muy golosos. Sobre todo, Erik.

—La pelota de playa.

—No lo llames así.

—Así parece, está muy gordo.

—Un poco *pachonchito*… —se carcajeó, recitando la réplica del mamut de *La Era de Hielo*[1]. En donde, lo que parecía ser, un perezoso torpe, lo acusó de estar con sobrepeso. Le encantaba la película por lo divertida.

Everett no comprendió y ella puso los ojos en blanco.

—Te hace falta ver películas.

—¿Y qué tiene que ver con Erik?

—Nada. Se pierde el chiste si lo explico.

Aguardó a que le explicara, pero Isabel de repente quedó absorta con los cachorros, que él no se atrevió a seguir preguntando.

Acercó un sillón y se sentó frente a sus tres amores. Isabel intercambió con Everett una mirada de dicha en la que ambos se expresaban cuánto se amaban y lo felices que se hallaban de estar así; eran una familia, ajenos en ese momento de la agitación que comenzaba en la casa, la limpieza y el comedor preparado para iniciar el día con el estómago lleno.

—No puedo creer que esté lactando, *se me llenaron* de un día para otro. Creí que nunca más… —por cuestiones de los estragos padecidos, sus senos dejaron de producir leche; esto a Isabel la descorazonó, lo bello al ser madre primeriza, era la de alimentar a sus hijos, pero su lenta mejoría le impidió la experiencia; lloró cada día tras observar cómo las nodrizas ocupaban su lugar. En cuanto el doctor Pavlovic se enterara la examinaría para determinar qué lo producía; se sobreentendía que, una vez se dejaba de lactar, pasado días o semanas, el cuerpo volvía a su estado «natural». Puede que tuviese un leve *llenado*, pero no como antes. Isabel era siempre la excepción.

—Estás mejorando. Es normal que las tetas se te llenen.

—No después de tantos meses.

—Pues, se te llenaron.

—Para dicha de Erik y Ángel —los gemelos succionaban de cada pezón de la madre como si estuviesen compitiendo entre ellos por el que acabara primero. A Everett le trajo excitantes recuerdos.

El mayorcito tosió y regurgitó un poquito de leche; Everett lo tomó y acomodó de modo que su carita reposara en su hombro, mientras él le daba suaves palmaditas en la espalda para que botara los gases.

—Eso te pasa por querer comer rápido —lo reprendió con dulzura —. ¿Quién te va a quitar la teta?

—Tal vez, el padre…

Everett se volvió a Isabel y socarrón le guiñó un ojo.

—Sí, tal vez. —Si las nodrizas o Anna Morris se ocupaban de los cachorros, él se encargaría de chupar lo que quedara de los voluptuosos senos de la madre.

Isabel bostezó.

Lucía cansada.

—¿Llamo a las nodrizas?

—No.

—Estás que te duermes sobre Ángel. Ellas terminarán…

—No. «Mezcla de leche», ¿recuerdas? Se pueden indigestar; Ángel ya casi termina. —La manita de este sobre el pecho, mamando tranquilo—. Qué raro que no se hubieran despertado, por lo de… ¡Cayeron como troncos! Siempre despiertan a mitad de noche, pero se portaron bien. —Everett rio entre dientes—. ¿Y tú de qué te ríes?

—De nada.

Isabel alzó una ceja.

—¿Acaso tú…? —jadeó—. ¡Ay, Everett, no lo vuelvas a hacer!, ellos necesitan mamar en su ciclo alimenticio.

—Con razón despertaron llorones.

—¿Cómo hiciste, si no les dijiste nada? —O su dificultad para escuchar esa vez se lo impidió.

—Los cachorros son susceptibles de la hipnosis por ser tan pequeños. Una mirada, ¡y a dormir!

Isabel miró al lobo con un «vuélvelo a hacer y te pongo a dormir en el sofá».

*****

La mano de Anna no halló a su amante. La había estirado entre el sopor del sueño y el placer de despertar en la cama con el chico que le roba el aliento. Por desgracia, el lado que este ocupó durante la noche se hallaba vacío, abrió los ojos y confirmó para su desdicha que era cierto. Aun así, lo buscó por la habitación, la soledad imperaba, ni siquiera del baño provenían aromas corporales que indicaran de su presencia.

Por un instante sopesó si lo había soñado, pero le dolía el vientre y las sábanas manchadas de sangre, era una clara señal de lo que había vivido.

Sonrió a medias a la vez en que remoloneaba en la cama.

Ella y él estuvieron juntos…

Cerró los ojos para percibir con mayor intensidad el perfume que dejó en la almohada al abrazarla. Era sensacional lo bien que se sentía a pesar del maltrato en su cuerpo. Jevrem fue dulce, lo que espero de él para tener después un bonito recuerdo de cómo fue su primera vez. Sin embargo, el despertar no estuvo a la altura de las circunstancias; esto aminoró su buen humor, ni un comentario de «me gustó lo de anoche», ni una rosa en la cama o en la mesita de noche, como una promesa silenciosa de que se volverían a ver. Se marchó de la habitación sin despedirse, dejándole a Anna un regusto amargo en la boca como si ella fuese una prostituta.

Suspiró y, con pesar, aceptó que del beta solo obtendría eso: la poseyó por ser virgen; al darse el gusto de desvirgarla, ahí nada más tenía que hacer.

Pensó en la advertencia de sus padres y se sintió pésimo por haberse dejado llevar por el celo.

—Al menos nos cuidamos de no quedar embarazada. —Tras haber tenido el primer orgasmo, *en las siguientes rondas*, Jevrem se corría fuera de ella, procurando evitar que por una imprudencia a los dos se le fregara la vida. El señor Damir y la señora Radojka la matarían si se enteraban de que se acostaron como regalito de cumpleaños que se dieron ambos, y sus propios padres no la volverían a mirar con respeto por promiscua.

Pese al rechazo del que sería objeto, Anna quería estar aún sumergida entre las sábanas impregnadas a perfume, sangre y sexo; esa sería la última vez que despertaría de esa manera, luego tendría que levantarse para ir a trabajar…

Abrió los ojos de sopetón.

¡¿Trabajar?!

¡¡Ay, mi madre!!

Se levantó de volada, casi cayéndose por tener una pierna enredada entre las sábanas; tomó el móvil en la mesita de noche y consultó la hora.

—¡Mierda, se me hizo tarde! —Estaba por dar las nueve de la mañana; las nodrizas ya debieron alimentar a los gemelos y ella dando vueltas en la cama.

En un parpadeo quitó las sábanas manchadas y las dejó amontonadas en el piso; el colchón presentaba manchas de sangre en menor cantidad; se lamentó, no tendría tiempo para limpiarlo con un cepillo y cloro, lo dejaría así para cuando retornara en su hora de descanso.

Pasado diez minutos, dejó atrás el desorden en su habitación y salió con el cabello húmedo y el uniforme a medio abotonar por la parte delantera. Se lo acomodaba en la medida en que subía por los escalones, le causaba aprensión observar el pasillo; aún permanecían evidencias del enfrentamiento entre Tyson y Jevrem, las ropas de este último desaparecieron del piso, los charcos de orine ya no marcaban el territorio.

Le causó aprensión, ¿dejó de interesarle?

Se golpeó internamente, por supuesto, ya se la había follado.

Evadió la cocina, escuchaba un enjambre de voces y una cacofonía de ruidos de los utensilios para preparar los alimentos que los amos comerían para el desayuno y el posterior almuerzo. Cruzó por el pasillo que conecta el vestíbulo principal y, al llegar, halló otro caos imperante.

¿Qué sucedía?

—¡No estorbes, Anna! —Rosario casi la empuja al pasar por su lado, sostenía una escultura que cambió de lugar por indicaciones expresas de la señora Grubana; esta lanzaba órdenes a los empleados como una generala a los soldados rasos.

Al percatarse de la odiosa matriarca, Anna subió a toda prisa las escaleras, para no ser vista u olfateada por la abuela de Jevrem; esa mujer era infumable con sus malos tratos y modo denigrante al dirigirse a las personas que consideraba por debajo de su casta.

Milenko la alcanzó a ver, cuando Anna cruzaba hacia los aposentos del alfa; abrió la boca para llamarla, pero la joven aceleró sus pisadas y rogó a Licaón que el mayordomo no la siguiera para increparla por levantarse fuera del horario acordado. Ella ya no trabajaba para las arpías ni era sirvienta de nadie, sino la niñera de la mejor jefa del mundo.

Abrió la puerta del Cuarto de Juegos, creyendo que allí estarían las nodrizas y los gemelos, pero se hallaba vacío. Así que se dirigió al dormitorio principal, el señor Everett salía con los bebés, uno sostenido por cada brazo. La señorita Isabel había abierto la puerta.

—Disculpen que haya llegado tarde, mi despertador no sonó —mintió en su pobre excusa, a la vez en que recibía a Erik de los brazos del alfa. El bebé apenas escuchó a la muchacha, casi le salta encima.

—No hay problema, también nos levantamos tarde —Isabel explicó adormecida, tenía ojeras y el cansancio reflejado en su rostro. El señor Everett sonría socarrón.

Anna quedó perpleja al ver a la señorita Isabel. Su calvicie estaba ahora cubierta por una mata de pelos ralos y las orejas le habían crecido.

—¿Vas a bajar a desayunar o quieres que te lo traigan? —Everett consultó a su mujer. Se había calzado unos zapatos deportivos para sentarse en el comedor y probar del delicioso *Zeljanica*[2] que Blanka solía prepararle.

Ella hizo un mohín, mientras Anna se dirigía al Cuarto de Juegos, seguida por el alfa que prestaba atención mientras caminaba a lo que le diría la morena desde la puerta.

—Después —dijo—. Quiero dormir un rato, mucha maratón…

Everett le dedicó una abrasadora mirada que prometía continuar con lo que dejaron de hacer allá adentro, por estar ambos agotados. Aún le faltaban unas cuántas *posiciones censurables* por realizar, pues requerían una mejor condición física. Isabel ya no cojeaba y sus extremidades progresivamente se fortalecían y adquirían la uniformidad en la piel.

Dejó que descansara; él entregó a Ángel a la omega, quien le aseguró poder con los dos pequeños; de todos modos, mediante un

citófono ubicado cerca de la puerta del Cuarto de Juegos, se comunicaría con las nodrizas, de las que suponía estarían tomando café en la cocina.

Everett se dispuso a bajar, pero quedó plantado en lo alto de la galería, observando atónito lo que sucedía en el vestíbulo.

Carajo…

¿Es lo que cree él está sucediendo?

Las sirvientas se apuraban en acomodar ramos de flores en la mesa central del vestíbulo, otras pulían el piso de mármol y sacudían el polvo, al mandato de Grubana. Radojka hablaba sin parar a través de su móvil, ubicada ella en el ventanal que da hacia la salida.

Cabreado porque nadie le pidió permiso, bajó las escaleras, resonando severo sus pisadas. ¡Lo iban a oír! Esa ahora era parte de su propiedad; por extensión, ¿quién les otorgó el derecho de hacer lo que les dieran la gana?

—¿Qué crees estás haciendo? —gruñó a Grubana en la sala más amplia de la mansión veraniega. La loba lucía un vestido negro que la envejecía y acentuaba desfavorable sus longevos rasgos.

—Qué modo tan grosero de dirigirse a tu madrastra. Salúdame con propiedad.

Everett alineó los ojos con severidad.

—¿Qué-crees-estás-haciendo? —repitió lo más hosco posible para que la anciana comprendiera que, por él, no esperara deferencias. Las perdió todas al humillar repetidas veces a su progenitora.

Grubana alzó el mentón con soberbia y respondió:

—Acomodando todo para lo de esta noche.

El ceño más fruncido en el lobo.

—¿Qué piensas hacer?

—Una cena en honor a mi nieto y un brindis, por supuesto.

Everett quiso estrangularla.

—¿Quiénes vendrán?

—Lo más selecto de Nueva York.

—¿Quiénes? —Estaba por gritar a todo pulmón para que los empleados detuvieran sus oficios.

Grubana respiró como si le fastidiara tener que estar dando explicaciones a un bastardo.

—Unos cuántos alfas que están de paso por la ciudad: Vladan, Torrenegra, Makarov, y la familia.

—¡¿Estás loca?! —Everett se impactó ante semejante imprudencia de su madrastra. Las sirvientas se detuvieron en el acto al escuchar la furia del alfa y Radojka miró por sobre su hombro hacia el sitio por donde provino la hosca reclamación y luego volvió a centrarse en el móvil, al comprobar que Everett discutía con Grubana—. ¡No podemos hacer tal cosa! —retumbó—. Esta *no es* nuestra ciudad, a

ellos no les agradará una reunión de alfas y betas. No es Alaska, ¡es Nueva York! ¡¡Tierra de vampiros!!

—¿Y? —despreocupada preguntó como si los seres de la noche no representaran una amenaza para cada invitado e integrante de la casa.

—Cancela la cena y dale un abrazo de felicitación a Jevrem, y deja todo en su lugar, mañana se marchan de aquí.

Grubana se hizo la ofendida, llevándose una mano al pecho de manera exagerada.

—¡¿Nos estás echando?!

—Sí.

Jadeó teatral.

—¡Oh!, si Stanislav viviera…

—Pero está muerto y ahora soy el que manda. No me consultaron, la cena se cancela y ustedes se largan.

Ni se molestó en escuchar la réplica de la madrastra, que quedó con la boca abierta y echando fuego por los ojos. Se dirigió hacia la biblioteca, donde estaba seguro el estúpido de su hermano se hallaba, sentado quizás detrás de un escritorio que no le pertenecía o en su sillón favorito como si fuese el propietario.

*****

—¿Qué es eso?

—Una huella.

—Sí, idiota. Lo que pregunto: ¿es humana o de perro?, no se distingue bien —Fran Pittman increpó al joven agente que lo acompañaba. La estación de policía del Bronx recibió temprano en la mañana una llamada anónima donde informaban de una «situación extraña» por el Jardín Botánico.

La policía la habría ignorado, de no ser porque al detective le causó suspicacia algo que el informante comentó:

Un lobo gigante merodeaba la zona.

Dudaba fuese un gran danés, deambulando por ahí sin correa. Esto se le hacía que era puro cuento; más bien, sería un grupo de mafiosos en traje y corbata, cobrando cuentas a quienes se negaban a pagar alguna especie de «vacuna» o deudas pendientes.

Se acuclilló dentro del círculo marcado por la cinta amarilla. En la caminería de adoquines había dos huellas ensangrentadas: una mano y una pata. Daba la impresión de que alguien cayó y el perro le saltó encima, posando la pata en el mismo lugar donde el otro trató de levantarse.

Aunque faltaba determinar si la huella se produjo en el momento en que la víctima perdió la pierna. *La que aún* tenía, su pie calzaba una bota de corte vaquera, difícil de quitar, a menos que lo obligaran a despojarse de estas para robárselas. La sangre salpicaba el entorno,

las tripas esparcidas hasta la rosaleda *Peggy Rockefeller*, los zarpazos desgarrando piel y ropas del pobre sujeto.

Zarpazos iguales a los sufridos por el hermano de Isabel García.

La sospechosa de haber causado su muerte por una paliza que este le propinó por andar de mujerzuela.

¿Y quién se encargó de darle su merecido?

El amante.

Everett Brankovic.

Pittman estaba seguro de que aquel mafioso de origen serbio estaba involucrado. La actual víctima estaba con él relacionada.

Lo decía la nota que la mano mortuoria de este sostenía.

Capítulo 57

Radojka buscaba a Jevrem.

Quería apretujarlo entre sus brazos y felicitarlo por su vigésimo sexto cumpleaños, *lo de la noche anterior*, a todos les hicieron olvidar que este se hacía un hombre en todo el sentido de la palabra y la hizo sentir mal por ello. Jevrem enaltecía su orgullo por una crianza bien cimentada. Era educado y formal, alejado de ordinarieces, como el viaje en moto y una tula a cuestas por las peligrosas vías de Latinoamérica, del que agradecía que esa etapa haya acabado y se mantuviera bajo las órdenes del alfa.

Si bien, le preocupaba lo que Everett dispusiera con él en Nueva York, puesto que –como lobos– estaban en desventaja ante los vampiros en número infinitamente mayor a *los que habitan* en la Gran Manzana, estaba más seguro allí que en Alaska o en países tercermundistas, del que habría desaparecido en medio de la nada y jamás saber qué fue lo que le sucedió.

—Me disculpo, señora, por no saber responderle. La última vez que vi al joven, fue cuando salió de la casa para dar una caminata nocturna —Milenko respondió apenado, con la vista gacha como gesto de respeto a la Primera Esposa del señor Damir. Esta lo había interceptado en el instante en que él se plantaba frente a la puerta de la biblioteca para estar al alcance de los señores en caso de necesitarlo. Discutían un asunto de índole jerárquico en la que no se admitían molestias de ningún tipo.

De no ser por el afán en expresar las felicitaciones a su hijo, Radojka se habría quedado parando la oreja. Everett sonaba furioso y Damir con un tonito de voz que hasta a ella le crispaba los nervios por tomarse las cosas con exagerada calma.

A pesar de la curiosidad latiendo en su ser, se alejó sin reflejar su reticencia ni imponerse ante el mayordomo para que este abandonara su puesto y ella escuchara lo que aquellos reñían. Evadió a Grubana, quien tenía a todos en tensión, evitando una discusión con esta; por costumbre obedecía sus órdenes a regañadientes, pero ese día su terruño estaba primero. Había mucho personal como para complacer lo que su suegra dispusiera con el asunto de la cena.

Volvió al dormitorio de Jevrem, esperanzada con hallarlo bajo las sábanas, habiendo este retornado de dónde le dio por meterse y ella ni se dio cuenta. No obstante, para su descontento, no lo halló.

El dormitorio lucía como si allí no hubiese pasado la noche.

Marcó el número del móvil y aguardó a que le contestara; lo iba a

increpar por desaparecer de esa manera sin informar a nadie de su paradero. Ni siquiera los guardaespaldas que, se supone, lo acompañarían en su caminata, estaban al conocimiento.

—¿Dónde estás? —En su creciente preocupación, preguntó al sonido del móvil.

Jevrem no le contestaba.

Antes de marcharse, se detuvo *ipso facto*. ¿Y si Everett dispuso que fuera a alguna parte?

La rabia la atenazó, sería un desgraciado si alejó a su hijo, por ella haberle rogado en el jet para que volviera a Kenai. Admitía en que fue impulsiva en rogarle, pero ¿era un delito que se preocupara de su bienestar?

Por su cabeza consideró pasar la pena en molestar a Isabel para que hablara en beneficio de Jevrem y así estar tranquila hasta tener la seguridad de que él no corriera peligro por su culpa. Everett tendía a ser muy duro con los miembros de la manada que consideraba los más débiles, y si Jevrem tenía como talón de Aquiles a una madre sobreprotectora, lo tratarían sin consideraciones hasta endurecerle los sentimientos. Por eso desechó la idea en el acto y también la de bajar e interrumpir la discusión que ese par de idiotas sostenían a causa de la rivalidad que desde la infancia el mismo Stanislav sembró en el corazón de cada uno de sus hijos.

Por el bien de Jevrem, Radojka tendría que tragarse la preocupación que se mantenía constante alojada en su pecho, temiendo hasta de sus propias pesadillas. Lo intuía, la oscuridad acechaba a Jevrem: lo perseguía, lo envolvía…

Perdiendo las fuerzas para salir del dormitorio, se sentó a un lado de la cama y sacó todo lo que por dentro la mortificaba. A nadie podría expresar su angustia, pues no le creerían, como siempre que a ella la dominaba los monstruos internos de su mente.

¿Y si él…?

Sacudió la cabeza y ocultó su rostro entre sus manos, ahogando el llanto.

Lo que sufriría.

*****

Slobodan y Zoran ingresaron a la mansión, ignorando la venia del mayordomo, en sumisión y clara bienvenida a los hermanos sobrevivientes de Stanislav Brankovic.

Ambos lobos eran imponentes en estatura y carácter. Slobodan era el quinto en la línea de procreación de Dragan y, Zoran, el segundo. La progenie de estos era corta, pero en extremo fuerte y aguerrida. Ilic y Luka provenían del linaje de Slobodan, mientras que Miroslav, de Zoran. Había más hermanos menores de Stanislav viviendo en zonas

apartadas de las urbes: Teodor –séptimo de nacimiento y padre de Radmilo– y Emir –octavo y padre de Marko– preferían los fiordos de Alaska.

Los recién llegados fueron telefoneados por Grubana, advirtiéndoles la renuencia del bastardo para una reunión que, como excusa, sostendrían en los Hamptons para expandir los dominios del Clan Kenai, más allá de su habitual territorio. Nueva York era un punto estratégico para asentarse como los más poderosos; si echaban de la ciudad a esos chupasangres, se ganarían el respeto de los Alfas Mayores y del Alfa Supremo, teniéndolos este último en su Corte Real.

La ambición desmedida de Grubana para que Damir fuese el consejero del máximo jerarca, la hacía la loba más astuta del continente. Y Slobodan y Zoran pretendían beneficiarse del éxito que conseguirían a sus expensas. Solo necesitaban a Everett como su aliado para ejecutar el plan de aniquilar a todo vampiro residente en la ciudad.

—¡Oh!, qué bueno que llegaron rápido —Grubana salió al encuentro de estos, tan pronto ella emergía del área de la cocina, donde terminaba de inspeccionar lo que dirigía el ama de llaves. Milenko procuró mantenerse en el vestíbulo; los dos amos visitantes solían disponer del licor de los bodegones en cuanto ponían un pie dentro de la residencia; no obstante, los ancianos con apariencia de sesenta, pero con más de cien años acuesta, al parecer dejarían para después acabar con las mejores botellas de whisky y manifestar en ese instante con toda la potencia de sus voces, el disgusto hacia el más joven de los hijos del difunto Stanislav.

—¿Dónde está ese insensato? —Slobodan exigió ver a Everett en la medida en que subía por las escaleras hacia la planta alta para aporrear la puerta de su dormitorio, donde estaba seguro debía estar allí, encerrado con ese *adefesio chamuscado*, velando a que no se fuera a morir.

—El señor descansa en sus aposentos —Milenko corrió detrás del hosco lobo, con el afán de detenerlo. Tras haber salido de la biblioteca, el amo le ordenó no importunarlos, estaría un rato en su dormitorio.

—¿Duerme o está revolcándose con *aquella*?

—Con el debido respeto: lo que haga una pareja, de puertas adentro, es privado —a pesar del escaso linaje de la compañera del alfa, al mayordomo le pareció un comentario impertinente.

El otro gruñó.

—¡Ve a decirle que sus tíos requieren de su presencia! ¡¡Muévete o te golpeo!!

Milenko palideció.

¿Él interrumpir el descanso del alfa?

—E-el amo D-Damir los puede recibir —tartamudeó a pesar de estar presente la señora Grubana para atenderlos—. Enseguida anuncio su respectiva llegada.

—¡NO ES A ÉL A QUIEN NECESITAMOS! —Le dio un golpe en el brazo que lo mando de bruces contra el piso, ofendido por el atrevimiento del omega en llevarle la contraria—. ¡LLAMA A EVERETT!

Sobándose adolorido, Milenko se puso en pie y se reverenció, tembloroso e incómodo por la situación, y Grubana esbozó un gesto desdeñoso a sus cuñados por menospreciar la influencia del sobrino.

—¿Qué es este escándalo? —Damir se apuró en abandonar la tranquilidad de la biblioteca para averiguar a qué se debía las exigencias de su tío. De vez en cuando sus parientes olvidaban que el poder del clan lo mantenía los descendientes directos del patriarca y no el segundo ni el quinto de sus vejestorios tíos. Por algo las líneas de sucesión se respetaban en la realeza o en los clanes, a menos que la disputaran con violencia.

Daba la impresión de Slobodan pretender transitar el camino de la conquista mediante las armas.

El anciano de cabello ondulado y canoso descendió los escalones y se plantó frente a Damir para increparlo por haber sido incapaz de convencer a Everett de aceptar una reunión con los demás alfas y personalidades importantes, dispuestos en afilar las garras para masacrar a esa especie maldita.

Pero en cuanto abrió la boca para protestar, Everett gruñó detrás de él.

—Más te vale que tu molestia se deba a la cena cancelada y no a otra cosa, porque si es lo que imagino, me opongo a ello— comentó contenido; su cabello alborotado y sus pies descalzos por haberse levantado rápido de la cama. Se había acostado con la esperanza de retozar una vez más con Isabel, pero estaba arropada hasta las orejas por el agotamiento, que él se limitó en abrazarla por encima de las cobijas y dormir juntos por unas horas. Para su cabreo, los gritos de su tío Slobodan lo despertaron de muy malhumor. Isabel seguía sumergida entre los brazos de Morfeo.

El lobo alzó su mandíbula y, sin inmutarse, airado contestó:

—No puedes cancelar lo que está planificado. Es una grosería hacia los invitados.

—Es una simple cena.

Slobodan alineó los ojos y Zoran se removió en sus pies.

—Es más que eso —contestó el primero—. No vendrán por el hijo cumpleañero de un *beta segundón* —espetó sin consideración hacia Grubana y Damir que estaban presentes y que dicho comentario displicente los molestó en gran medida—. Es la alianza que forjaremos

con otras fuerzas para aniquilar de una vez a esos *chupasangres*.

Everett pegó su nariz al hocico del anciano.

—¿Has estado planificando a mis espaldas la matanza de mi gente?

—¡Claro que no, por Licaón! Es solo…

—¡A TI NO TE PREGUNTÉ! —Everett le gritó a Grubana, preocupada ella por cómo se caldeaban los ánimos. Ese loco les arrancaría la cabeza.

—No le grites a mi madre —Damir intercedió en su defensa—. Ni tío Slobodan, ni tío Zoran pretenden algo semejante.

—¿Y tú?

El estilizado lobo se sorprendió de su acusación.

—¡¿Me crees capaz?! —contestó con otra pregunta, entre ofendido por su sospecha y halagado por creerlo tan osado.

—Tal vez…

Grubana jadeó escandalizada de las insinuaciones del bastardo. La aniquilación de los vampiros era para beneficio del Clan Kenai, no para perjudicarlos.

Los empleados domésticos apenas se asomaban por los resquicios de las puertas y los arcos que dividen los ambientes de la casa, para observar a los amos reñir furiosos de un evento que, quizás, traería fortuna y gloria a los Brankovic, o ruina y muerte, si no obtenían el apoyo suficiente para ejecutar tal empresa. En el área de la cocina, todos se mantenían atentos; nadie ejercía sus labores para no causar ruidos, esa tarde habría enfrentamientos.

Con ademanes elegantes, Damir se acomodó los puños de su chaqueta sastre y luego sonrió indolente.

—Ay, *hermanito*, me decepcionas… ¿Acaso no he sido el que te ha apoyado todo este tiempo, mientras estuviste velando por tu mujercita? —El idiota le dio más importancia a una loba de genes defectuosos y desfigurada por las quemaduras, que el deber en atender a la manada.

—Y se te agradece —dijo—. Pero no aprobaré lo que ustedes pretenden.

—No desperdicies la oportunidad que se ha presentado —Zoran le hizo ver—. Varios clanes procedentes de Canadá y Estados Unidos esperan a que se les una *el muchacho* que se hizo líder sin ser el primogénito de una leyenda.

Milenko se escabulló de entre los furibundos amos y corrió hacia la cocina, donde dos de las sirvientas que espiaban desde sus escondites, lo vieron venir a toda prisa, optando ellas por girar sobre sus talones y volar de allí antes de ser descubiertas. Al anciano le dieron retortijones de lo que estaba escuchando, era una locura, los amos no estaban en sus cabales, planificaban un ataque del que

provocarían una masacre. Y no precisamente de vampiros…

—¡¿Cuál oportunidad?! —Everett cuestionó a Zoran—. ¿La de iniciar una guerra?

—Sí.

—No lo permitiré, nuestra gente morirá.

—¿Acaso tienes miedo?

—No, pero soy consciente de nuestras limitaciones —replicó tajante—. Nueva York está bajo el dominio de la Casa del León. No pretendo tener de enemigo a Kerenor. Su poder es superior a la de Crowell.

Grubana y Damir intercambiaron miradas, al igual que Slobodan y Zoran.

Everett era un cobarde. Crowell tenía un gran ejército desplegado por todo el país.

—Te has ablandado —Damir espetó—. De no ser por mí, otros te habrían reclamado el mando.

El gruñido reverberó en la garganta de Everett.

—Por supuesto que así pudo ser: si no fuese por tu «desinteresado» deseo de velar por las manadas, en estos momentos estaría defendiendo lo que es mío. Y ¿quiénes serían los que me disputarían el mando? ¿Tú, tío? —Miró con inquina a Slobodan—. ¿O tú, tío Zoran? —Este le sostuvo la mirada un instante y luego la bajó, consciente de no provocarlo para evitar ganarse una dolorosa mordida.

Slobodan y Grubana lo imitaron; si Everett determinaba que ellos conspiraban para derrocarlo, saldrían de esa casa en bolsas mortuorias.

Mientras tanto…

Isabel tenía rato de haberse despertado, tras sentir que Everett se marchaba de la habitación. Había remoloneado durante unos minutos, pero se sorprendió cuando escuchó los gritos enojados de Everett y de otro que no reconoció.

Lo primero que tomó después de ataviarse el albornoz, fue el velo que cubriría sus cicatrices y salió de inmediato, angustiada por lo que sucedía en la planta baja.

No le pasaba por alto lo bien que escuchaba los sonidos lejanos que antes captaba con dificultad, ahora resonaban más claros como si ella estuviese cerca. Pasó por delante del Cuarto de Juegos y sonrió puesto que detrás de la puerta las nodrizas tarareaban canciones de cuna, quizás para que Ángel se durmiera, mientras que Anna hacía reír a Erik con sus ocurrentes imitaciones de animalitos y, lo más probable, gestos divertidos.

—Nadie de tu familia conspira contra ti —un hombre resonó, capturando la atención de Isabel—. Estamos para servirte y apoyarte. Tu cuestionamiento es ofensivo.

La joven aguzó el oído mientras se ocultaba en la pared cercana a la galería. ¿Quién era ese sujeto? Su voz le parecía conocida.

—¿Y por qué planificaron esto sin antes consultarme? —Everett replicó enojado.

—Porque te lo pasas con *tu verga* metida en el culo quemado de esa híb…

Un golpe seco se escuchó y luego un jadeo femenino, seguido por gruñidos masculinos.

—¡Salvaje! ¿Estás bien?

—Sí, madre. Aunque el puñetazo de mi hermanito casi me afloja la dentadura. ¿Te molestó que te digan la verdad? —increpó en lo que Isabel asumía era a Everett—. Desde que te fijaste en *esa híbrida*, te has ablandado.

Sí, era a él.

—¡ISABEL! No «híbrida», llámala por su nombre o te lo hago mencionar a los puños.

Sin que la aludida supiera, Grubana estaba por propinarle una bofetada por ser tan patán. Debería estar agradecido con Damir por ser el que mantuvo calmado al clan, mientras él lloriqueaba por una insignificante hembra que ha causado múltiples vergüenzas.

—Bruto —apenas su enojo le permitió espetar, en un esfuerzo que hacía por controlarse a sí misma para que la furia del bastardo no se volcara sobre su adorado hijo. Ni Ranko fue tan descerebrado.

Damir posó una mano en el brazo de su progenitora para indicarle que a él no le afectaba las pataletas de Everett.

—Está bien, qué gruñón: «Isabel». Tu *querida Isabelita* —es un lastre— no mejora, no concibe hijos sanos, te mantiene distraído; aún no te ocupas del depredador de humanos y de lo que esto repercutirá en Kenai y Denali. ¿Supiste que la policía te anda olfateando los pasos? *Yo lo sé todo* y, por lo visto, tú no. —Rio jactancioso—. Te tienen en la mira y ni te das cuenta. ¿Quieres saber por qué antes no te avisamos? Fue por algo de último minuto: me enteré de…

—Vamos a la biblioteca, aquí nos escucharán hasta las ratas —Zoran interrumpió a Damir, sugiriendo en despejar el vestíbulo, ignorando estos que Isabel ni se asomaba para evitar ser olfateada, llorando dolida por cómo la culpaban del distraimiento de Everett hacia su gente, que quiso hacer las maletas y desaparecer con los gemelos. Siempre la señalarían por alguna causa, ya fuese de forma indirecta, era el *chivo expiatorio* donde recaería todas las desgracias que les pasaba a los Brankovic.

Al limpiar las lágrimas con las yemas de sus dedos, sintió tersas sus mejillas.

—Huy. —Impactada, echó hacia atrás el velo blanco y palpó sus pómulos, mentón, el contorno de los labios, sus orejas, de la que estas

le arrancaron una llorosa risa por sentirlas completas, el párpado que se suponía tenía caído y ahora no… Toda su fisonomía la palpaba como si tuviera la suave piel de un bebé.

De repente fue consciente de algo más.

Miró sus manos.

—Por Dios… —ni una marca que indicara que alguna vez estuvieron quemadas.

Quedó en *shock*, meditando si se trataba de un bello sueño o alucinaba por haber tenido tanto sexo, pues los médicos le habían advertido que su mejoría no sería cien por ciento, sino que le procurarían una vida más digna para que no anduviera por ahí ocultándose bajo un velo. Aun así, su corazón se colmaba de alegría. Nos más cicatrices…

Tembló y, con la vista nublada por el llanto, se volvió sobre sus pasos hacia la habitación, batiéndose internamente entre bajar y escupirle unas cuantas palabrotas a ese engreído que la odiaba por no doblegarse ante nadie o correr para verse en el espejo de su peinadora.

Miró sus manos: lisas.

Sus antebrazos: sin nada que después la hiciera querer ocultarlos bajo sus ropas.

Se tocó la cabeza: su cabello largo…

Jadeó.

¡¿Cómo no sintió que por sobre sus hombros caían largas hebras de su cabellera?!

—No lo puedo creer —rio—. ¡Esto es maravilloso! —La prisa por salir a averiguar qué rayos pasaba, no la hizo percatarse de su mejoría. Fue un acto automático o instinto protector hacia los suyos, en la que se preocupó más por estos que por sí misma.

Aun así, le ganó las impetuosas ansias de mirarse de la cabeza a los pies. La sonrisa incrédula se ensanchaba en su rostro.

La regeneración completa por fin se había efectuado.

Epílogo

Los dedos agarrotados se enterraban en la tierra.

Jevrem abrió los ojos con pesadez, costándole hasta pestañear. El dolor recorría sus extremidades como si se hubiera acabado de transformar y luego volver a su forma bípeda. Tosió y volvió a pestañear para aclarar la visión. Lo que tenía enfrente estaba borroso, pero su olfato percibía un desagradable olor que le hizo fruncir la nariz.

—*Ayyyyy*… —se quejó, las neuronas le punzaban las sienes, incapaz él de moverse. En ese momento no pensaba qué hacía tirado en la tierra o por qué sentía tanto frío. Apenas procesaba el hecho de que le dolía cada hueso de su cuerpo como si un camión lo hubiera atropellado por estar de distraído al manejar su moto. Sin embargo, recordó que la había regalado a un humano, después de enterarse a través de la llamada de su padre, del aparatoso accidente del helicóptero.

Tosió una vez más e hizo un mohín a causa del hedor que fluctuaba cerca.

¡Fo! ¿Qué era esa peste? ¿Mierda?

Haciendo un esfuerzo por enfocar qué era lo que le revolvía el estómago, fijó su mirada en un pestilente bulto.

—*¡Argh!* —Comprobado, era mierda y del que casi se vomita, volviendo su rostro hacia el otro lado. Pero fue peor, puesto que posó la mejilla en una montaña de hormigas—. ¡Carajo! —Se sacudió y escupió los diminutos insectos que comenzaban a subir por sus labios.

Renuente de tener que moverse, se sentó como si se acabara de despertar en la cama de su habitación y se desperezó atontado, sintiendo un súbito mareo que lo obligó a permanecer quieto en su sitio.

Reparó en su desnudez.

¿Había tomado?

Pensó. No recordaba.

Alzó la mirada y tomó conciencia de su entorno a pesar de su dificultad para enfocar: las copas de los árboles lo acobijaban, impidiendo en parte la filtración de los rayos solares. Era un área circular o eso le parecía, como una jungla que se tragaba a todo el que en ella se perdiera. Jevrem consideraba que él no había bebido ninguna copa de vino o tomado licor como para que su memoria fallara. No entendía cómo había llegado hasta allí ni por qué nada recordaba.

Entrecerró los ojos, ¡¿estaba en Central Park?! Se sorprendió de hallarse lejos de su casa. Había mucho verdor…

Parpadeó varias veces y se talló los ojos, con una terrible aprensión de que no fuera lo que se imaginaba.

Se puso en pie y dio un paneo hacia la arboleda, todo estaba en silencio, que ni el viento soplaba.

¿Qué hacía allí con las bolas al aire?

Se llevó la mano a la cabeza, tratando de recordar, una y otra vez, cómo llegó hasta ese lugar.

—Anna… —pensó en ella. Los dos solos en la habitación, desvirgándola…

Luego, la pesadilla.

Se sobrecogió de las imágenes tan vívidas que de repente estallaron como bombas nucleares en su cabeza: gritos. *¡Pum!* Persecución. *¡Pum!* Sangre y desgarramiento. *¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!*

El hongo de humo negro, rodeado de fuego, se alzaba como un demonio amenazante y lo golpeaba con sus ondas expansivas para atormentarlo hasta el día de su muerte.

Buscó sus ropas, preguntándose si se las había llevado del pasillo del sótano o las arrojó en algún contenedor de basura; no las halló entre los arbustos ni las plantas, que consideró extrañamente diferentes a las sembradas por Obrad y Javor, eran más tupidas e inmensas.

¿Estaba en el área de la piscina?

Muy dentro de su ser rogaba que fuera el jardín interno de la casa veraniega, en la que él se tumbó cerca de los rosales para pasar la borrachera de la que no recordaba haber bebido ni un gota de licor. Por desgracia, despertó rodeado de mierda y en un lugar que no era bosque, ni el jardín de su casa o uno botánico.

—Carajo.

Sino en un zoológico.

Escuchó un gruñido bajo, detrás de él, del que tuvo una réplica sucesiva que puso en alerta sus cinco sentidos.

Lentamente se giró hacia las fieras que se hallaban posadas sobre rocas y encaramadas en los troncos dentro de una exhibición adecuada que imitaba el hábitat natural de esa especie en cautiverio. Midió a cada uno de los leones, en especial las hembras que lo observaban con recelo, gruñendo nerviosas por sus cachorros y mostrándole los colmillos a una criatura sobrenatural que los invadía.

Jevrem siguió con la mirada al que parecía ser el macho alfa de la manada y se preparó para una embestida. Sin embargo, el animal solo gruñía para que se mantuviera a raya o se alejara.

Sin ánimos de un enfrentamiento, Jevrem retrocedió unos pasos sin perder de vista al león dominante, podría ser metamorfo, pero el

león le desgarraría los brazos o devoraría si se lo propusiera. Su fuerza extrema era capaz de medirse de igual manera.

Mientras retrocedía, rodaba los ojos de un extremo a otro, cuidando de que ninguna de las fieras le saltara encima y, cuando saldó una distancia de apenas dos metros, su pie izquierdo pisó algo que lo hizo detenerse de inmediato.

Observó lo que había en el suelo y su sangre se heló.

—No, por favor, no… —sollozó en una repentina angustia de comprobar que su pesadilla continuaba.

Una pierna desgarrada hasta el muslo se hallaba allí como si un pobre diablo hubiera caído por accidente a la fosa de los leones y lo único que quedara de este fuese dicha extremidad.

Y, lo habría creído, de no ser porque el calzado que aún tenía y las tiras ensangrentadas de lo que antes debió ser unos vaqueros, envolviendo la desgarrada pierna, le pertenecía a la víctima que atacó en su pesadilla.

Continuará...

El Rey y la Bailarina

Libro 3

¡Pronto!

Glosario según la historia

Alfa: metamorfo regente de un clan con varias manadas.
Alfa Mayor: regente de un país.
Alfa Supremo: metamorfo regente de varias naciones o de un continente. Su rango de importancia se compara al de un emperador o rey.
Bípedo: todo ser que camina en dos piernas. Por lo general, humanos.
Cachorro: las crías de los hombres lobo, en edad comprendida entre las primeras etapas de la infancia hasta los 15 años.
Canidae: de la familia de los cánidos. Son mamíferos carnívoros, del que se hallan los perros, lobos, chacales, coyotes, zorros, entre otros.
Canis lupus: lobo gris, cuya naturaleza común no sufre ningún tipo de transformación. Esta raza es de las más grandes en el reino animal de los lobos.
Casta de lobos: en la jerarquía de los hombres lobo, estos se catalogan según su capacidad muscular, fuerza y ferocidad.

- Alfa: destinados al liderazgo de toda manada. Son grandes reproductores, llegando a tener varias camadas con hembras diferentes. Por lo general: tres.
- Beta: son los segundos al mando y su fuerza es apenas inferior a los alfas. La mayoría son pertenecientes a la milicia o de altas posiciones socioeconómicas.
- Gamma: son fuertes, aunque en menor medida a los alfa y beta, con mejores oportunidades laborales y económicas a los lobos delta y omega.
- Delta: forman parte del vulgo. O el grueso de la manada misma.
- Omega: clase obrera. Son débiles, manipulables.

Clanes: existen agrupaciones grandes que llegan a catalogarse como tales, puesto que cuentan con varias manadas que obedecen órdenes a un mismo líder. Estas se hallan cercanas o lejanas, ubicadas por regiones de un mismo estado. El Alfa Uno es quien los rige, puesto que cada manada a su vez es liderada por un alfa.

- Clan Kenai: ubicado entre Kenai y Denali, en Alaska. Su alfa es Everett.
- Clan Makarov: ubicado en Anchorage. Su alfa es Andrey Makarov.
- Clan Miami: ubicado en la zona sur de Estados Unidos. Su alfa es Raúl Torrenegra.

Híbrido: descendencia producida por la unión entre un lobo y un humano, o aquel humano que fue mordido por un lobo. Estos son seres repudiables entre los metamorfos, puesto que son manipulables,

débiles, impuros, carecen de la habilidad de hipnotizar, pero son muy rebeldes y contaminantes. Tienden a esparcir el gen-lobuno a todo aquel humano que se les cruza por el camino.
Homo canidae: hombre lobo. Raza lobuna.
Homo lupus: el mismo hombre lobo.
Humano: raza considerada por los hombres lobo como inferior. Llegando estos a llamarlos «humanos-omegas» por su debilidad y manipulación mental.
Licaón: rey de Arcadia en la antigua Grecia. Según la creencia lobuna: es el dios de los hombres lobo por haber originado la especie. Pero estudios arqueológicos recientes, determinaron que su condición sobrenatural data 20 mil años antes de Licaón.
Lobata: loba adolescente.
Lobezno: es el recién nacido de una mujer lobo.
Manada: grupo de hombres lobo que habitan en una misma aldea o poblado y siguiendo el mandato de un alfa.
Mastrangelo: hotel de vampiros, de categoría cinco estrellas, ubicado en Manhattan, Nueva York.
Metamorfo: llamado también «cambiaformas». Es todo aquel ser que tiene la capacidad de transformar su cuerpo en otro. En este caso, en lobos.
Nativo: término en que se refiere a miembros de comunidades exóticas o primitivas.
Patriarca: es el mismo alfa-padre, pero con la diferencia que este posee un mayor número de hijos con varias hembras.
Tribu: entre los clanes existen comunidades de nativos que se declararon independientes de seguir manadas regidas por el hombre blanco.

- Yakaramath: Dentro de la historia de la novela, esta tribu es ficticia. Son muy orgullosos y fuertes. Viven en armonía con las tribus humanas que se asentaron por los alrededores. Sobre todo, ubicados en las cercanías del Monte Denali. Está conformado por siete pueblos. Su jefe es Ma-cheil.
- Peaux noires: al igual que los yakaramath, es una de las ocho tribus lobunas que habitan en Alaska. Su jefe es Kamiakim.

Sobre la Autora

Síguela a través de sus redes sociales

Instagram: @marthamolina07

Facebook: Martha Molina (Autora)

Grupo Facebook: Novelas de Martha Molina

Pinterest: MarthaMolina07

Índice

Derechos de Autor
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

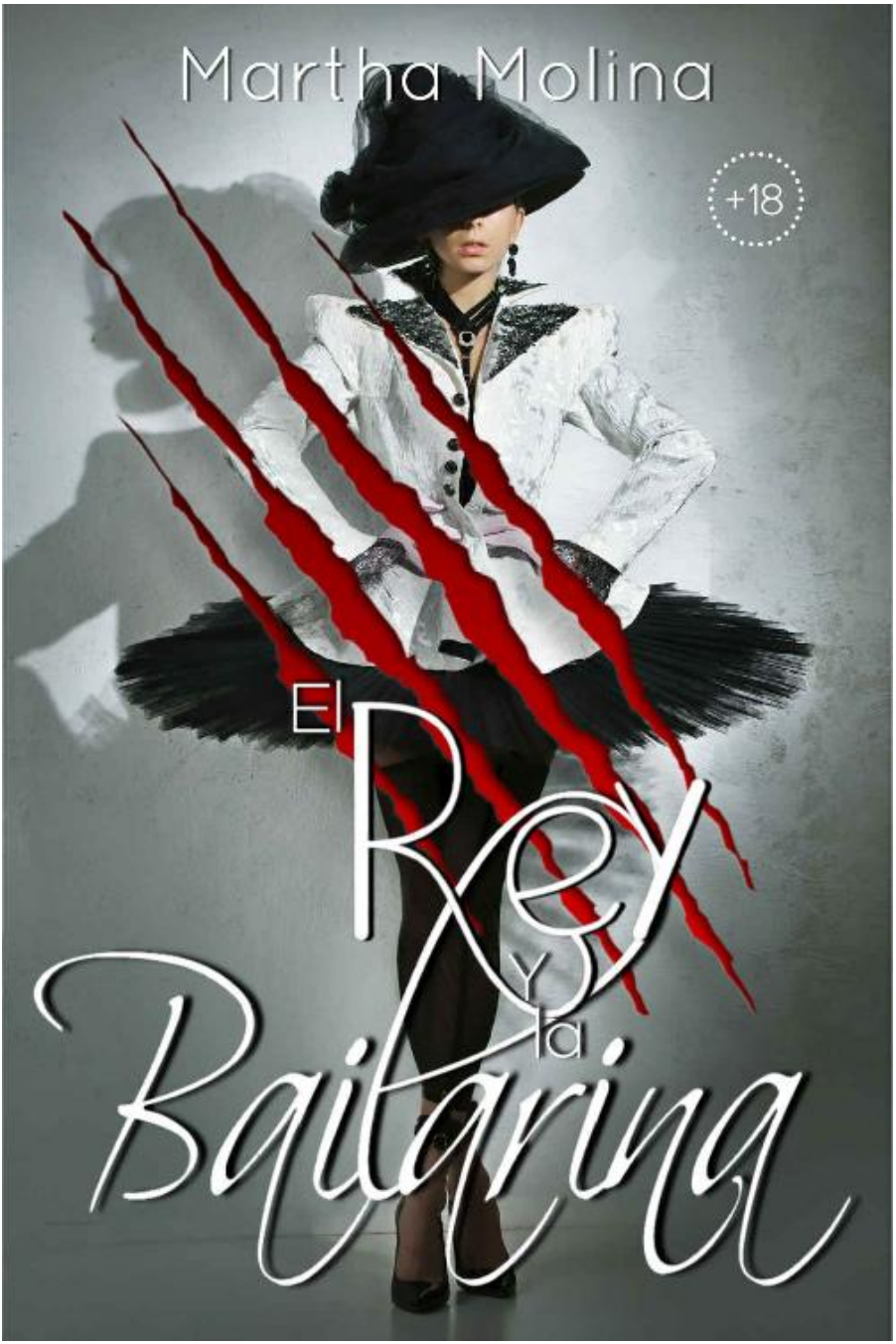
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Epílogo
Glosario según la historia
Sobre la Autora
Índice

[1] La Edad de Hielo (Latinoamérica) - Ice Age: La edad de hielo (España)
[2] Pastel de queso y espinacas.

Martha Molina

+18

El Rey y la Bailarina



Sinopsis

Apostó por sus hijos y venció, teniéndolos consigo.

Apostó por el amor y ganó, a pesar de que todo le jugó en contra.

Apostó por ella misma…

Pero esto Isabel lo podría perder en un segundo a causa de fuerzas oscuras que acechan a sus seres queridos para arrastrarlos al abismo del que nunca retornarían.

Prólogo

Los gritos furiosos retumbaban a la espalda de Everett en la medida en que este se marchaba.

Zanjó abrupto la discusión sostenida con sus tíos y su hermano en la biblioteca.

Slobodan y Zoran lanzaban increpaciones que quedaron desoídas, frustrados por carecer del apoyo esencial para hacerse del dominio de Nueva York, mientras que Damir escuchaba un mensaje de voz, acabado de recibir, por no atender una llamada en su móvil hacía unos minutos.

—¡Necio!

—¡Tonto!

Exclamaban furibundos los dos hombres, moviéndose estos de un extremo a otro, inquietos por el excelente plan que el incompetente del sobrino no quiso emprender.

Era un maldito cobarde que no merecía ser llamado «Alfa», el liderazgo le quedaba grande ante la conquista.

—No podemos perder esta oportunidad, solo porque a Everett le tiemblan las piernas —Slobodan comentó sin tener cuidado de ser escuchado por Everett o que Damir se molestara por la ofensa hacia el otro.

—¿Y qué podemos hacer? —Zoran se plantó frente a su hermano—.

¡Nos puso bozal y correa!

—Eso es lo que él cree… Más bien, será al revés.

— *¡Shhhhhht!* ¡¿Quieres que nos mate?! Lo que expresas es una clara amenaza a su autoridad.

Slobodan rio con inquina.

—No para la manada, necesitamos de… ¿Adónde vas? —preguntó a Damir, luego de que este se levantara de su asiento para dirigirse hacia la puerta—. ¿No te interesa lo que tenemos que decir?

El estilizado hombre –pálido– se volvió hacia el tío más avinagrado.

—Después —dijo con cierta tensión en su voz—, tengo un compromiso por atender.

—¿Cómo cuál?

No es tu asunto, espetó para sus adentros; sin embargo, respondió:

—Les aseguro que me interesa, pero me tengo que marchar. ¿Les parece que lo dejamos para más tarde? Los llamaré y trazaremos una nueva

reunión; por lo pronto… —se giró sobre sus talones—, me disculpan.

Y se marchó, sintiendo su pecho oprimido por la angustia.

Slobodan y Zoran intercambiaron miradas. Los descendientes de Stanislav no servían para nada.

Mientras tanto, del otro lado del ventanal de la biblioteca, con vistas al jardín, Grubana escuchaba atenta a lo que sus cuñados gruñían. Ella fue rechazada a estar allí dentro y discutir el asunto de los invitados a la cena de su nieto primogénito, el bastardo de Everett le cerró la puerta en la cara, a pesar de ser ella la que ideó el plan desde un principio; la bilis se le revolvía en el estómago por la rabia, ¡la subestimaban!, ella era astuta y tenía contactos, y la relegaron a parar la oreja como sirvienta cotillera.

Quiso escupir una palabrota, pero se percató de que Everett se dirigía hacia los rosales mientras hablaba a través de su móvil.

Grubana estuvo tentada a espiarlo, por si tomaba acciones contra ella o su hijo; no obstante, prefirió no arriesgarse a ser olfateada, por lo

que se apuró en correr hacia las barandas que limitan la zona de la playa con los rosales y así evitar alertar de su presencia. Lo detestaba por mil razones y por ser el fruto del amor que su difunto marido tuvo con la infeliz de Winona.

Bordeó la casa para entrar por la puerta posterior y, al cruzar el interior hacia el amplio vestíbulo, alcanzó a divisar a través de uno de los ventanales de la fachada, el auto que Damir solía dejar aparcado en el garaje para cuando él estuviese de visita en los Hamptons. Se alejaba con un rechinar de neumáticos del que a Grubana le pareció curioso, puesto que Damir era de los que se movilizaba u ordenaba a su chófer en conducir a moderada velocidad.

¿Qué sería lo que debía atender con tanta prisa?

Se preocupó, Damir jamás se alejaba de esa manera. Él disfrutaba de una buena discusión, así la llevara de perder.

Lo más probable, el enojo lo amargaba.

—Tengo que ser siempre la que hace todo… —masculló para sí misma, conjeturando de manera equivocada lo que representaba que este pisara el pedal hasta el fondo dentro de los terrenos de la mansión.

Permaneció un instante meditando la actitud de su hijo por culpa del bastardo y luego se encaminó hacia donde se hallaban los dos inútiles vejestorios con sus colas metidas entre las patas.

No organizó aquello de forma infructuosa.

Obtendría poder de un modo u otro.

Capítulo 1

Con la llamada acabada de cortar, iban tres de las invitaciones que Everett cancelaba en nombre de su madrastra.

Torrenegra, Vladan y Makarov fueron los primeros que recibieron el mensaje tajante de abstenerse en presentarse en Long Island y, para su conveniencia, les aconsejaba en abordar sus respectivas aeronaves lo antes posible, no se haría responsable de lo que a estos les fuera a pasar en una ciudad que él no comandaba.

Del resto de sus tíos, los mismos Slobodan y Zoran se encargarían de comunicarles la negativa: nadie se levantaría en armas ni se transformaría para agredir vampiros sin su orden expresa.

El que le llevara la contraria, él mismo se encargaría de arrancarle la vida, aunque fuese familia.

La siguiente llamada que realizaría desde el móvil que le prestó Luttrell, mientras se hacía de otro, era la que debió haber hecho en un principio, pero necesitaba asegurarse de que los anteriores nombrados no se involucraran en un plan descabellado.

Así que marcó el número telefónico del que, salvo él, conocía entre la comunidad lobuna. Aquella vez en la que fue al Mastrangelo a disculparse con el propietario por la depresión que lo enloqueció, este le dio después su número para eventuales conversaciones entre líderes. A Everett le urgía averiguar si estaba enterado de los lobos que arribarían y si estaba tomando medidas para impedirlo.

Dos repiques bastaron para que, del otro lado de la línea, contestaran:

— *Diga* — la persona que respondió no lo hizo como una pregunta.

—Comuníqueme con el señor Zakharov —solicitó a una voz masculina que no correspondía con la del mencionado, pero que Everett asumía que podría ser el mayordomo.

— *¿Quién le va a hablar?* —inquirió con cierta arrogancia.

—Everett Brankovic.

— *Aguarde un momento, por favor.*

Hubo un breve silencio y luego una leve sonrisa crepitó a través del móvil.

— *Para que mi asistente ignorara, quién realiza la llamada, es porque lo haces desde otro dispositivo. Tenía tu número agregado al mío.*

— Perdí mi móvil en un accidente —reveló y al instante se reprendió por bocón. ¿A ese qué le importaba?

El silencio se plantó de nuevo en medio de los rosales en donde Everett se hallaba, y antes de que preguntara si el otro seguía ahí, su interlocutor replicó:

— *Claro, por lo de la caída del helicóptero… Es lamentable lo sufrido por*

tu compañera. ¿Ella se encuentra bien? ¿Ya se ha regenerado?

— Sigue en proceso de sanación —dejó creer a Kerenor que el daño en el móvil se debió a aquello, sin revelar que en realidad fue Abby Rose, quien partió en mil pedazos el último que se compró, al lanzarlo al piso de su habitación por él no haber cedido a su seducción. Con respecto a Isabel no agregó más información, a ella le faltaba mucho por regenerar y esto él lo lamentaba. Le dolía verla ocultar sus quemaduras bajo un velo.

— *Comprendo* —Kerenor expresó en un tono que reflejaba empatía—. *El fuego es capaz de acabar hasta con los inmortales. Y los que sobreviven a este, apenas tienen fuerzas para recuperarse. Tu compañera es una diosa…*

El modo informal y meloso en cómo se expresó el Antiguo, al lobo le sentó mal en la boca del estómago.

—Y es mi mujer.

Risas socarronas crepitaron en su oído.

Everett se retiró un poco el móvil de la oreja para que no lo ensordeciera.

— *Los celos suelen ser tan fuertes en los metamorfos como en los vampiros* —comentó jocoso—. *Las compañeras de vida son las posesiones más valiosas que podremos tener; lo envidio, Everett, ella es única en todos los sentidos. Ruego se recupere.*

— Gracias.

—*Ahora cambiemos de conversación, porque dudo que me hayas llamado para hablar del infortunio de tu mujer.*

— No.

—*Es por el pulgoso* — comentó al pleno conocimiento de este hecho —.

Me sorprende que tardaras en contactarme. ¿Acaso no dejamos las cuentas claras y las bases de nuestra amistad cimentadas? Los contratiempos lo aclaramos con rapidez.

—Así es y me disculpo. He estado ocupado con estos desafortunados eventos —replicó sin cohibiciones. No se excusó por haber estado

durante meses en vela, en el hospital, más al pendiente de las recaídas físicas y

emocionales de su exprometida que de los asesinatos del depredador. Las cirugías fueron dolorosas y continuas en Isabel, de la que apenas esta tenía aliento para quejarse.

El otro rio con aire de gran señor.

— *Tu perro anda suelto por las zonas verdes* — increpó con parquedad —.

¿Puedo preguntar: está rabioso?, porque si contagia *con su* mal *, les ofrecemos nuestra «vacuna». Es muy efectiva para curarlo.*

Para Everett no era necesario que le hablara entre líneas, era fácil deducir el camino violento que emprendería de ser así.

—No es mi perro y le agradezco el ofrecimiento, pero tenemos *las nuestras* y son más potentes para *cortar* de raíz toda cepa maligna.

— *No lo dudo* —se carcajeó—. *No lo dudo… Aun así, estaremos pendientes por si son incapaces de atraparlo* —agregó en tono acerado—.

El bajo perfil es importante y la discreción también. No queremos una cacería de brujas iniciada por los humanos, a causa de un pulgoso que no se mide al cazar. Porque es uno, ¿cierto? Odiaría que corriera mucha sangre…

—No pasará.

— *¿Me lo asegura?*

—Se lo aseguro.

— *Si lo atrapas, lo liquidas. Te corresponde esa tarea, ya que es de los tuyos, ha atacado a unos cuantos y dejado huellas tras de sí. Si esto trasciende, te lo cobraremos, así no sea tu perro… Los Brankovic se han mantenido en mis dominios durante años y ha comenzado a afectarnos.*

Espero sepas cómo somos cuando nos enojamos.

Aniquilación.

—Lo sé. —Los vampiros en estos casos eran extremos.

— *Me tranquiliza que podamos solucionar este contratiempo sin reñir.*

Reflejas madurez de tu parte: igual que tu abuelo.

Everett meditaba si Dragan tuvo que capear muchas veces el juego de palabras afiladas al que el vampiro de ochocientos años estaba acostumbrado a intimidar a sus contrapartes.

—Le llevaré el cadáver si lo hace feliz.

Kerenor rio.

— Sí, por favor, tráeme la cabeza. Así me aseguras de que acabaste con el pulgoso. Recuerda, Everett: los estamos vigilando. No más muertes. Esta es nuestra zona de caza y, si aquel continúa atacando o infectando,

acabaremos con tu linaje en compensación por la presas cazadas. Y sería una pena porque comienzas a agradarme.

Everett abrió la boca para lanzarle unas cuantas increpaciones, pero Kerenor cortó la llamada sin darle oportunidad de hacerlo.

—¡Hijo de puta! —gruñó llevado por la ansiedad y el cabreo. El representante de la Casa del León había acabado de amenazar a sus hijos.

Capítulo 2

El frenazo fue abrupto.

A Damir le tomó diez minutos llegar al Zoológico del Bronx y bajarse en una exhalación de su Porsche Panamera verde grama, del que casi se lleva por delante a un grupo de humanos que pasaban en ese instante, ganándose por parte de estos unas cuantas increpaciones por su imprudencia.

El auto familiar-deportivo quedó atravesado entre dos puestos en el estacionamiento del Bronx River y entró por las puertas del parque de esa zona.

Caminaba rápido, evadiendo magistral a los humanos que –para angustia del lobo– se movilizaban como tortugas, vestidos con ridículas bermudas, camisetas espantosas y gorras de beisbolistas. Su sentido de la orientación lo ayudaba a tomar la vía correcta a lo leído

en el mensaje recibido, yendo en sentido oeste, según lo informado por Jevrem, que debía dirigirse hacia dónde había monos…

Damir no cesaba de orar al gran dios de los metamorfos para que sus temores no se hicieran realidad; eso no podía ser, tenía que haber sido un error, algo debió haber ocurrido como para que aquello sucediera, por su mente pasaban miles de conjeturas, esperando aprensivo a que la policía estuviese cercando el lugar y apuntando con sus armas que a cualquiera derribaría.

Hizo un alto para elevar la nariz y olfatear el aire y así percibirlo; en ese momento divisó a lo lejos un monorriel, transportando pasajeros para que disfrutaran mejor del paisaje y del que a Damir le desagradó este tipo de entretenimiento; nada de lo que vio en su recorrido era para ser elogiado: animales en cautiverio en ambientes artificiales.

Si fuese al revés, los animales observaban y los humanos se confinaban.

O morían…

Meditó de repente: ¿Cuántas jaulas de monos habría? ¿Y de qué variedad: orangutanes o chimpancés? Nunca había estado en ese lugar y él fue un tonto en no preguntar a su hijo el lugar exacto.

La llamada fue fugaz.

Caminó hacia un humano, pero antes de hipnotizarlo para sacarle información sobre las ubicaciones del zoológico, el aroma de Jevrem se percibió cercano.

Damir se mosqueó.

Esperó un rato a que la estela de los bípedos pasara; sin embargo, precisamente de la parte en la que de estos estaba más congestionada, es de donde provenía el aroma que trataba de captar.

Elevó la vista hacia un edificio que tenía pinta de museo, cuyo letrero identificaba el lugar como «Mundo de la Jungla».

Reanudó la carrera y atravesó las puertas dobles de vidrio, sin pagar ningún tiquete.

El ambiente interno era oscuro y de pasillo alargado, topándose primero con el «Área de Información», cuyas paredes contenían mapas orientativos de cada exhibición, en el que contenían altísimos árboles

de los bosques tropicales de Asia que allí plantaron para deleite de los estúpidos humanos.

Inhalaba profundo para seguir el rastro, ya corriendo a una velocidad propia de su especie, vadeando a los que observaban las exhibiciones de árboles y animales de aquellos bosques selváticos que los administradores del zoológico trataban de imitar casi a la perfección.

Ignoró las vitrinas amplias de *los matorrales* que se hallaban de un lado a otro; por un breve lapso perdió el rastro de Jevrem y alzó la nariz para olisquear, llegando hasta él, los perfumes baratos de los visitantes, las apestosas flatulencias de los imbéciles que no controlaban sus intestinos y los excrementos de algunos animales que estaban confinados más adelante; todo esto lo percibía y hasta *el que tenía grabado* en su memoria.

—¡Fuera! —ordenó tajante al sujeto que fotografiaba a unos lungures plateados a través de la vitrina de protección, y luego expulsó a cinco miembros de una familia que señalaban animados a los mismos monitos de larga cola que saltaban entre las copas de los árboles de dicha exhibición—.

¡Fuera! ¡¡Largo de aquí!! —Bípedo que se topaba, bípedo que hipnotizaba para que abandonara el lugar. Jevrem estaba cerca, lo percibía, pero Damir no podía arriesgarse a que fuese captado por las cámaras fotográficas o dispositivos electrónicos que estos portaban.

Los lungures comenzaron a saltar desesperados entre las ramas altas, pocas veces sintiéndose tan vulnerables frente a los que se hallaban del otro extremo de la vitrina. Chillaban casi infartados de la presencia de ese ser que inspiraba temor, habiéndose antes adaptado a la fuerza del confinamiento; apenas tuvieron alivio cuando este se alejó por estar

«inapetente».

Damir recorrió unos metros más el pasillo, de piso de madera y techo de bambú, y atravesó otras puertas dobles de vidrio que dieron acceso a una parte donde el follaje selvático era más frondoso.

Una cascada lo recibió…

Formaba parte del entorno «natural», detrás de aquellas jaulas de cristal que los humanos idearon para que los visitantes y los animales se mantuvieran separados.

¡Fo!, se tapó la nariz. El olor a ramas húmedas, barro, heces y orín de mono, golpearon sus fosas nasales.

En esa área, del cual se apreciaba de ambos lados del pasillo, la seguridad era media, puesto que las especies mostradas no representaban peligro: las vitrinas se erigían hasta la cintura de un adulto y la vista se apreciaba desde cierta altura.

—¡Fuera o los destrozo! —gritó a varias personas sin determinar que entre estos había niños.

Ninguno protestó, de allí todos se marcharon obnubilados.

Desde su sitio, Damir buscó a Jevrem entre el tupido follaje y las enormes raíces sobresalientes de los gigantescos árboles que se hallaban a su derecha, pero allí no lo vio y enseguida se volvió hacia la exhibición a su izquierda.

—Oh, Licaón… —sollozó por la impresión, Jevrem se hallaba casi mimetizado a las faldas de un árbol de tronco grueso, aovillado en la tierra como si fuese un ser indefenso a las inclemencias del tiempo y la vida misma. Estaba desnudo y temblando convulsivo por la crisis que enfrentaba que por las bajas temperaturas; no obstante, el clima de esa mañana no provocaba tiritar de frío, aún el otoño distaba de golpear inmisericorde y la temperatura regulada en el edificio, lo hacía soportable.

Pero Jevrem yacía allí con su piel erizada, sus brazos pegados a su pecho y, tan encogido…, que a Damir se le oprimió el corazón.

Sin reparar en que las cámaras de vigilancia lo pillasen o sus zapatos de diseñador se estropearan al caer en el estanque artificial, saltó hacia abajo al pasar de un impulso sus piernas por sobre el cercado de vidrio.

Los pequeños primates se aterrorizaron ante la invasión de otro lobo en su zona asignada, aferrándose a las ramas de los árboles y lanzando aullidos como si fuesen niños que gimoteaban por el llanto descontrolado.

Damir los ignoró, él no estaba allí para devorarlos, sino por su hijo.

Así que, teniendo cuidado de sobresaltar al joven, posó una mano en su hombro para confortarlo y así indicarle que había acudido en su ayuda.

—Hijo —lo llamó sin ser rudo—, ya estoy aquí.

Jevrem al sentir el contacto de su padre, rompió en llanto.

El otro no supo qué hacer, lanzaba miradas recelosas de un extremo a otro, inquieto por los movimientos de las ramas bajas de las copas de los árboles cercanos, gruñó a las criaturas que se escondían entre el follaje, por si le lanzaban popó; eran un par de monos, curiosos del joven tembloroso en la tierra. No riñeron al lobo más viejo en respuesta, más bien, treparon de inmediato a la seguridad proporcionada por las alturas, alertando a sus compañeros de *los que abajo* se hallaban.

—Hijo, vamos… —Damir trató de levantarlo y llevarlo rápido hasta el Panamera, a pesar de su desnudez. Si los humanos lo notaban en esas condiciones, llamarían a la policía, por el nuevo incidente que ocurría en el parque metropolitano, pues no faltaba el loco que quería ser parte de la manada de algún animal salvaje—. Deja de resistirte y levántate —lo increpó sin más remedio que hacerlo para que recobrara la compostura, lo sentía por él, pero no era conveniente consolarlo en ese lugar por estar sin guardaespaldas que los protegieran.

Por desgracia, tuvo que prescindir de estos para evitar que se dieran cuenta de Jevrem; se cuidaba de las indiscreciones y la cotilla que rodaría entre la servidumbre. Sería un riesgo del que no tenía intención en asumir.

Aun así, lamentaba de no hacerse acompañar por el más fiel de sus hombres cuando subieron al jet. El maldito de Everett dispuso solo de los suyos.

Y él desconfiaba de ellos.

—Hijo… —zarandeó con suavidad su hombro, Jevrem no paraba de llorar, lo que escuchó en el móvil lo dejó helado.

Él era el depredador.

No alcanzó a formular en su mente cómo se las arregló para llamarlo, el número era el de un extraño y no portaba ninguno, cuando notó que detrás de Jevrem se hallaba el móvil que debió tomar «prestado de alguien». En la biblioteca ignoró la llamada por estar pendiente de las protestas de su tíos; no obstante, en cuanto consultó quién era el insistente, le llamó la atención el número de llamadas perdidas y el mensaje de voz que le dejaron.

«P-papá… —tartamudeó—, *a-ayúdame, sssoy… s-soy… soy el asesino. Los maté. ¡Fui yo! Estoy en el Zoológico del Bronx,*

por… Monos, hay monos…».

Damir dejó de respirar.

¡¿Que él qué…?!

Ni supo en qué momento se subió a su auto para ayudarlo.

Se inclinó hacia adelante y, por encima de su hijo, tomó el móvil del suelo.

Lo encendió para reparar a quién le pertenecía, la foto de una mujer joven le sonrió tan pronto la pantalla se iluminó. No tenía clave de acceso, el dispositivo apenas tenía carga y era de un modelo económico, pero le sirvió a Jevrem para contactarlo.

Lo partió en dos y los pedazos los lanzó al estanque.

—¿Es cierto? ¿Eres…? —le costaba formular la pregunta. Si los otros se enteraban, lo mataban.

—Sí… —respondió con voz rota y llorando a raudales, cada vez más aovillado.

A Damir se le hizo un nudo en la garganta.

¡¿Su hijo?!

Era un error. Tal vez lo malditos vampiros lo atraparon y lo hipnotizaron; de esos *chupasangres* lo creía todo: buscaban el pretexto para iniciar una guerra y tomar posesión de los bienes que ellos tenían en Nueva York.

Puede que fuese lo más factible, pero Damir consideraba otros motivos.

Clanes enemigos.

¿Makarov?

¿Torrenegra?

¿Los Yakaramath?

¿Quiénes?

Alguno de los que ansiaban el mando de los Brankovic se movilizaban en la oscuridad. El que fuese, capturó a Jevrem y lo hizo su títere, puede que bajo amenazas por deudas o asuntos que este no deseaba otros se enterasen.

¿Por ser homosexual? ¿Drogas? ¿Violación?

Si era esto último, ¿a quién violó?

Hizo un mohín, seguro que a alguna chiquilla descendiente de un alfa.

Acarició la melena de su hijo, húmeda por el sudor y polvorienta por la tierra, y se lamentó de que haya sufrido ese calvario: ¿cuántos actuaban movidos por el desespero, asesinando a los que sabían su secreto?

¡Oh, su Jevrem!

Sacudió la cabeza, negándose en aceptar que él se dejara dominar de esta manera. Habría buscado el modo de librarse de sus chantajistas, recurriendo a su padre o a su tío; esbozó una sonrisa interna, no buscó a su tío favorito, sino a él, a su padre del que se mantuvo distante durante meses. La sangre llamaba a la sangre, y Jevrem llamó a su pariente más cercano.

Damir alzó la mirada una vez más y rodó los ojos por el perímetro, sus sentidos estaban agudos, su corazón palpitante, sus uñas alargadas y listas a desgarrar extremidades. ¿Algún humano lo habrá visto antes de que él llegara? ¿Los que monitoreaban los pasillos de las exhibiciones forestales habrían alertado a seguridad?

O Jevrem ejecutó la hipnosis para ser «invisible» a los ojos de los humanos.

—Me contarás todo al volver a casa; por lo pronto… —de un tirón lo jaló con rudeza del brazo y lo puso en pie—, nos marchamos. No me gusta este lugar, muchos ojos sobre nosotros… —Así fuesen monos o serpientes, Damir desconfiaba.

Jevrem carecía de fuerzas para sostenerse por sí mismo, ocasionando

que su padre lo sostuviera, al pasar su brazo por sobre su hombro y lo llevó a paso lento por entre la «jaula-jungla», y luego saltaron por sobre el cercado de vidrio para devolverse por el camino donde se hallaba aparcado el vehículo.

Fue molesto tener que estar a menudo gruñendo a la gente y obnubilando sus mentes para que no los filmasen con sus móviles; cuando recuperaran la lucidez, se sentirían confundidos y dudarían de lo que vieron; de filtrarse algún vídeo por las redes, la reputación de su hijo y la suya se arruinarían, los escándalos de ese tipo no eran tolerados en las Cortes Reales si su querida madre pretendía posicionarlos. Los súbditos debían ser aguerridos como sigilosos.

Jamás, en sus cincuenta años de existencia lobuna, tuvo que pasar por un hecho semejante; solo un padre estaría dispuesto al señalamiento o al peligro para sacar –literalmente– del fango a su hijo. Jevrem lo necesitaba y él se la brindó sin increpaciones, habría tiempo para darle una escarmentada, se dejó dominar por otros y sufría las consecuencias. ¡Él lo crió para ser dominante, no al revés!

Con la mano libre, abrió la puerta del copiloto y acomodó a Jevrem en el asiento. Este seguía temblando, por lo que Damir se quitó su chaqueta para arroparlo.

Se cimbró al percatarse que una bípeda de contextura rolliza los fotografiaba con su móvil desde los portones abiertos de la entrada del Bronx River. Damir corrió hacia la mujer y, antes de que esta parpadeara, ya no sostenía el móvil entre sus manos.

Solo alcanzó a observar estupefacta que yacía destrozado en el pavimento.

—Maldición… —gruñó mientras se deslizaba detrás del volante y miraba a la mujer a través del espejo del parabrisas. La bípeda se agachaba para recoger su móvil, tal vez creyendo que se le había caído por accidente por esa ráfaga de viento que de repente azotó.

Los temblores de Jevrem no cesaban, el *shock* a causa del trauma producido –de lo que sea que hizo– lo mantenía afligido. Puede que haya tenido un acceso de ira y un posterior declive en sus emociones; no estaba bien, seguía roto por dentro, llorando como un niño.

Encendió la calefacción hasta su máximo punto y giró la suichera, poniendo al instante en marcha el Panamera. Sentía que un enorme peso a ambos los aplastaba si continuaban por las inmediaciones del zoológico.

Tras salir del Bronx y rodar hasta atravesar los límites de Manhattan, se detuvo dentro del estacionamiento privado de un lujoso centro comercial, no era prudente llevar a Jevrem a los Hamptons en esas penosas condiciones, Everett haría muchas preguntas y él no tenía capacidad para responderlas.

Se tomó un respiro y meditó lo que debía hacer.

—Disculpa, hijo —expresó en cuanto hurgaba el bolsillo interno de la chaqueta que le servía de manta. Jevrem ni lo escuchaba, su mirada perdida más allá del cristal de su ventanilla.

Él los mató.

Él…

Los dedos del progenitor volaban sobre la pantalla táctil, marcando el número de la persona que lo ayudaría.

Media hora más tarde, ambos lobos continuaban ocultos en el vehículo.

Estaban en el segundo nivel subterráneo del aparcamiento 124, junto con otros autos de menor gama, cuyos propietarios se paseaban campantes con sus compras por las boutiques de los pisos superiores.

Damir no apabulló con preguntas a Jevrem con la intención de que se calmara y también para él mismo reunir el valor a lo que este le dijera en el momento preciso. Jevrem ya no lloraba, aunque su mirada seguía perdida,

quizás recordando los asesinatos cometidos; si bien, los lobos eran capaces de destripar personas si los asolaba el hambre, se «civilizaron» a consumir de la carne cazada por proveedores asignados. Una cacería de humanos dejó de efectuarse desde el siglo pasado, cuando esta población perdía el miedo y se hacía de poderosas armas letales para aniquilarlos; hasta los vampiros mantenían el secreto de su existencia, solo se requería de un humano para accionar el botón de una bomba que diezmaría un gran número de ambas especies.

—¿Qué te llevó a cazar? —por fin le preguntó, mirando él por su ventanilla para que su hijo no viera su expresión cuando le respondiera.

—No lo sé.

Damir se volvió hacia este.

—¿Te secuestraron y amenazaron? —El alfa o lobo mafioso que lo haya hecho, sabría lo que es meterse con un Brankovic.

—No.

—¿Sientes odio hacia los bípedos? —Puede que muy dentro de su ser estuviese desarrollando un aberrante sentimiento hacia estos.

Cabeceó.

—¿Placer al matar? —los sádicos y los psicópatas gozaban al observar el horror en sus víctimas. ¿Sería Jevrem uno de ellos?

Cabeceó más rápido y esta vez miró atribulado a su padre, pues no existía un motivo para hacerlo.

—¿Qué me está pasando?

Esa era una pregunta que el progenitor también se formulaba para sus adentros: ¿Qué le sucedía a su primogénito?

Apenas le respondió con un encogimiento de hombros, mortificado por no hallar las razones a su aparente «locura», los asesinatos efectuados en Alaska y Nueva York no serían perdonados por el Alfa Mayor; este era el representante estadounidense ante el regente del continente americano, imponiendo las leyes con mano dura. La matanza de humanos en tierras de vampiros, los medios televisivos exponiendo al mundo hechos inexplicables, la policía metiendo sus narices, siguiendo el rastro de un perro gigante…, bastaría para que los gobernantes emitieran un decreto de acabar con el linaje del que ocasionó la cacería.

Ambos permanecían meditabundos, preocupados en lo mismo, pero el silencio imperante fue interrumpido tras el toque nervioso de unos nudillos femeninos en la ventanilla de Damir.

Radojka.

Damir se bajó de inmediato y tomó la bolsa que su Primera Esposa trajo de manera furtiva a pedido de él; la mujer estaba angustiada, bordeando el Panamera verde, caminado detrás de Damir, del que apenas este le suministró una escueta información: «Ve por una muda de ropa de Jevrem y sal sola sin que nadie te vea; no manejes ningún auto del garaje, toma un taxi o el vehículo que veas en tránsito por la

calle. Antes de marcharte, coméntale a Blanka de que tienes migraña y que permanecerás recostada en tu habitación hasta que se te pase, así evitarás que te molesten y se den cuenta de no hallarte en la casa».

Eso fue exactamente lo que ella hizo y siguió las indicaciones que su marido le daba a través del móvil: «Hipnotiza un conductor y que te lleve hasta la 6ta Avenida, luego ve al centro comercial…».

Radojka notó las perneras del pantalón y los puños de la camisa de su marido, que estaban húmedos, así como también los zapatos untados de barro. Y esto la hizo meditar de dónde él *halló* a Jevrem para estar como si la creciente de un río los hubiesen revolcado.

Sollozó al ver a Jevrem tan traumado, pero tuvo que contenerse por la mirada severa de Damir.

Este abrió la puerta del copiloto.

—A ver, hijo, tenemos que vestirte —lo despojó de la chaqueta y alargó la mano para que Radojka le diera la primera prenda que le iba a poner.

—¡¿Aquí lo vestirás?!, ¿por qué no lo llevaste a otra parte?

—¿Cómo un hotel? —graznó—. Mucho riesgo. Dame el calzoncillo.

Trajiste uno, ¿no?

—Un bóxer…

Damir se lo arrebató con rudeza, mientras que Radojka se preguntaba para sus adentros qué le habría pasado a su bebé para que estuviese así. El licor no se percibía, siendo la borrachera descartada, tampoco una riña o asalto callejero, Jevrem no presentaba heridas ni aporreos, solo esa mirada ida…

—¿Alguien te vio salir de casa? —Damir le inquirió a su mujer, a la vez en que vestía a su hijo, el pantalón de corte deportivo subía por las piernas de este, a pesar de seguir sentado en la parte del copiloto como si fuese un minusválido que se hizo en los calzones.

—Nadie, tuve cuidado de escabullirme por la puerta de la piscina —

Radojka contestó entrecortada a la vez en que meditaba del porqué de tanto

secreteo, ¿qué tenía su hijo?

—¿Everett?

—Escuché que se marchaba en el Mercedes…

—¿Preguntó por Jevrem? —La camisa abotonándose sobre el torso del aludido.

—No que yo sepa.

—Lo más probable, es que no. Según sé: lo asignó a cuidar a esa horrorosa híbrida como si fuese su guardaespaldas.

A Radojka se le estrujó el corazón.

—¿Vas a decirme qué fue lo que le pasó?, ¿por qué no lo llevas a casa?

—preguntó aprensiva y arriesgándose a una increpación silenciosa de su hosco marido.

—Por el bien de nuestro hijo, es mejor que te mantengas en la ignorancia.

—¿Por qué? —la angustia en ella se acrecentó, Jevrem no reaccionaba, se dejaba poner las medias y los zapatos por parte de su padre.

—Pesadillas… Las pesadillas se hicieron realidad.

Damir levantó la mirada hacia él y Radojka se preocupó. ¿Pesadillas?

¿Qué pesadillas?

Ella inquirió con la mirada a Damir, preguntándole de esta manera qué fue lo que Jevrem quiso decir. Lo presentía, pero temía que fuera esto y no una sobredosis por drogas, del que Damir hacia lo posible para que la familia no se enterara, pues ocasionaría que le restaran deberes importantes y lo rebajaran a una paria. Un metamorfo toleraba el licor y era inmune hasta con los medicamentos, pero las sustancias alucinógenas causaban que se tornasen agresivos.

Los desinhibían.

Por fortuna, Jevrem no parecía presentar estas señales.

—Es nada —respondió, cerrando la puerta del copiloto con algo de nerviosismo y le ordenó a su mujer en subirse a los asientos

posteriores del vehículo, sin aclararle lo que el otro balbuceó.

Sin embargo, Jevrem lo repetía casi en un susurro que salía de forma atemorizado de entre sus labios, comentando a lo que, en sus

«alucinaciones», sería a alguien que solo él veía.

Pesadillas.

Pesadillas.

Pesadillas.

Se hicieron realidad…

Como si Radojka hubiese recibido una contundente bofetada que la espabiló, la hizo comprender lo que esto representaba en las penurias de su bienamado hijo.

Jadeó.

Imágenes violentas y persecuciones terroríficas, llegaron a la mente de la progenitora, sumiéndola por un instante en un mundo tenebroso y ajeno a los que la rodeaban.

—Damir… —llamó a su marido, quien giraba la suichera para accionar el motor—, nuestro hijo…

Él la miró a través del espejo del parabrisas, cansado y con ojeras, queriendo tomarse una copa de vino y olvidarse que todo aquello sucedió.

—¿Qué pasa, mujer? —le dolía la cabeza de tantas hipnosis que ejecutó para mantener a raya a aquellos humanos, siendo ahora incapaz de subyugar hasta la mente del más débil de los omegas existentes.

Radojka acarició con profundo pesar el pelo de su hijo, que era del mismo color a la de su esplendorosa melena negra, y dirigió sus grisácea mirada hacia su marido.

—Él… —tomó aliento y las lágrimas rodaron por sus mejillas—, él… Él es como yo…

Capítulo 3

El lento tráfico por las cercanías del Aeropuerto JFK, comenzaba a crispar a Everett.

La colisión de un Volvo, un Mazda y una motocicleta, produjo ensordecedores pitidos de los claxon que llevaban a los conductores a lanzar gritos enojados por el abrupto estancamiento vehicular. Branimir se mantenía con la vista fija en el parabrisas, siendo un chofer calmado en comparación con los que manejaban los demás vehículos.

Everett se sobó las sienes en un aumento incesante de la migraña por los ruidos que hacían zumbar sus oídos. Viajaba en la parte trasera del Mercedes-Benz, Maxwell le hacía compañía al alfa, en todo momento atento a su entorno, con sus venas preparadas para burbujear y emerger su lobo interno por si algún atrevido colmilludo en traje antisolar les daba por inmolarse para matarlos. Tyson se hallaba en la silla del copiloto, en silencio y rascándose la nuca como si tuviera sarna. Detrás de ellos los seguían la camioneta de Everett manejada por Luttrell, en compañía de Elijah y Colton, quien también se rascaba los brazos y las piernas sin cesar.

—Qué ganas de joder… —Luttrell refunfuñaba por la pésima forma en cómo los neoyorquinos conducían, haciendo comparaciones con los de Alaska. Él provenía de Anchorage y se había criado en Kenai, prefiriendo sus padres una vida más sedentaria y «natural», que la progresiva densidad poblacional de bípedos. Por supuesto, ni Kenai ni Anchorage, o cualquier pueblo de las diferentes regiones de *la última frontera* de Estados Unidos, era como la ciudad cosmopolita en la que surcaban a muy baja velocidad y entre airadas protestas.

—Qué puedes esperar: son bípedos… —replicó Colton a la vez en que se rascaba con desespero las pantorrillas; sobre todo la derecha que fue la que sufrió la mordida. Los bípedos en nada eran buenos, solo dar lata y servir de alimento cuando a los lobos les apetecía.

—¿Tienes pulgas? ¡Ya deja de rascarte!

Elijah se carcajeó y Colton lo miró cabreado.

—Al menos, yo le disputé a Tyson la hembra, en cambio, tú bajaste sumiso la cabeza al joven amo. Te cagaste de miedo y él te puso a cacarear.

Elijah –sentado en la cabina junto a Luttrell– dejó de carcajearse. Lo

espetado por su compañero gamma le dio en la boca del estómago. Jevrem

Brankovic era de tener cuidado.

—¿Y qué querías que hiciera: morir? Ese chico parece alfa por lo fuerte.

—Excusas…

La uñas de Colton rastrillaban por encima de la manga del brazo izquierdo, le picaba, las heridas causadas por Tyson aún estaban en proceso de cicatrización, fueron profundas y dolorosas, teniendo que tragarse las quejas a los superiores, se midió a un beta y perdió, y casi termina en las mismas condiciones de este cuando Jevrem le dio una paliza a Tyson.

Tuvo que cargarlo a cuestas, mientras se alejaba rengueando del sótano.

Luttrell tamborileaba los dedos sobre el volante, impaciente por la espera en la cola y cansado de escuchar sandeces de esos dos. Miró adelante, hacia el Mercedes, ninguno de los guardaespaldas que allá se hallaban, hablaban cuando el amo tenía el ceño fruncido, era mejor mantener el pico cerrado, y menos comentarían que tres de sus hombres se enfrentaron al joven Jevrem la noche anterior por una omega que dormía en el sótano de la mansión.

Mientras tanto, Everett revisaba los mensajes airados que le llegaban de sus tíos, Teodor y Emir. Por lo visto, ya habían sido notificados sobre lo de la supuesta «cena» para homenajear el cumpleaños vigésimo sexto del primogénito de Damir; las palabras que trascribían estaban inconclusas y con errores ortográficos cargados de exclamaciones excesivas, pero esto se debía a la velocidad en cómo expresaban de forma escrita su desacuerdo.

No respondió a dichos mensajes, lo que tuvieran que decir que se lo dijeran a la cara.

De repente, un auto blanco se alineó al Mercedes y emitió un taladrante sonido, provocando que Everett se tapara los oídos con ambas manos.

Hijo de…

Estuvo a punto de bajarse del vehículo y estampar al sujeto contra el volante y dejarlo inconsciente por empeorar el caos imperante; sin embargo, al fijarse, observó de que se trataba de una octogenaria malhumorada, transportando a otro que lucía pálido.

—Caminaré. No aguanto tanto ruido.

Branimir se volvió asombrado hacia el asiento posterior.

—¿Solo, señor? —se preocupó.

—Me largo caminando o aquí me vuelvo loco.

—Y los…

— *Durmiendo en sus ataúdes* —comentó a lo que Maxwell intentaba alertar sin tomar en cuenta de que la luz del día era la aliada de los hombres lobo, mientras que la noche lo era para los vampiros.

Aun así, el greñudo guardaespaldas temía por su líder, nadie lo protegería en caso de ataque o un disparo a la distancia.

Everett plantó los pies en el pavimiento de la autopista y, llenándose de paciencia, emprendió la marcha hacia el aeropuerto para cerciorarse de que los invitados de Grubana se marcharan como lo ordenado.

Los guardaespaldas en la camioneta se fijaron del desespero del amo por alejarse de allí, por lo que Luttrell le ordenó a Elijah que tomara su lugar, mientras él y Colton custodiarían al amo. Lo mismo hicieron Maxwell y Tyson, quienes a este ya le pisaban los talones.

Branimir quedó confinado en el Mercedes sin más remedio que esperar a que las grúas remolcaran los vehículos, un Mazda estaba volcado, producto de un fuerte impacto que recibió en el costado trasero y este golpeó a su vez a un Fiat, del que, por último, se llevó por delante a un motorizado.

No hubo muertos, pero sí heridos y destrucción, en la que tardarían en movilizar las vías públicas. El auto volcado impedía el paso de la fila por donde avanzaba lento la octogenaria y su posible pareja, quien, al parecer, también se sentía mal por todo ese agite.

Everett se compadeció de él, lo comprendía. El ruido de los claxon era para cometer asesinato.

Pasando por el lado del Mazda, le dio un empujón con una mano para que se deslizara hacia un extremo por donde la grúa pretendía elevarlo con su gancho, esto le daría espacio suficiente para que los vehículos enfilados rodaran por ahí sin inconvenientes. Lo sentía por Branimir y Elijah, tendrían que aguardar hasta que despejaran la autopista, el Mazda terminó de bloquear esa parte de la vía.

Observó la moto, esparciendo gasolina en el pavimiento al estar ladeada por el impacto y al motorizado lanzando vulgaridades al sujeto que adelantó los vehículos sin precaución. Tenía un hematoma en su frente y sus ropas de tela rústica, roídas y sucias por el arrastre, amenazando con demandas por los daños causados. Everett sintió pena por esa bella moto que *jalaría* una buena cantidad de dinero para repararla, era una Ducati de alto cilindraje, recordándole *la que una vez fue suya*, aunque no del mismo modelo, pero sí una joya de la maquinaria en dos ruedas de la que obsequió a su sobrino en sus arranques depresivos.

Por cierto, ¿qué hizo con la moto?

Se marchó de Kenai en esta y volvió sin ella.

Dejaría para después formularle esa pregunta y se movilizó aturdido hacia el aeropuerto que estaba a unos minutos de camino. En vista del grupo de hombres trajeados que se aventuraban en avanzar a pie, algunos humanos los imitaron, bajando sus respectivos equipajes de los taxis, puesto que estos tenían un viaje programado y no pretendían perder el vuelo por el que provocó el triple choque.

Las puertas automáticas de la Terminal se deslizaron a los lados en cuanto Everett pisó el suelo del umbral y se dirigió hacia las Salas VIP, cuyos viajeros poseían transporte aéreo privado, mientras él medía a cada humano que merodeaba por el aeropuerto, aspirando los aromas que fluctuaban a cada instante para captar el de los que él esperaba se largaran.

—¿Vienes a despedirme? Qué considerado —Andrey Makarov comentó en un tono socarrón que a Everett le desagradó. Se había levantado de su asiento en la que miraba aburrido una película en un televisor de plasma que ocupaba buena parte de la pared donde se hallaba colgado. Los hombres de Everett permanecían afuera de la sala, con sus severos ojos puestos sobre los del otro líder.

—Así es —replicó Everett sin dejarse llevar por las ganas de estamparle un puñetazo por majadero—. Me preocupa que se

equivoquen de vuelo.

Andrey rio desabrido.

Maldito cobarde…

—Lo tenemos bien anotado, ya estamos por abordar. Es una pena no haber disfrutado del agasajo de tu sobrino, me cuentan que los mejores chefs cocinan para ustedes… Habría sido delicioso probar los platillos que se hubiesen servido esta noche. Aunque –sonrió perverso– el postre era lo que más ansiábamos. Y ¿tu bella esposa?

Everett alineó sus ojos marrones.

—Cuidado, Makarov…

Cuatro hombres fornidos se prepararon para un enfrentamiento si su señor corría peligro y los de Everett perfilaron feroces la hilera de sus dientes, pero ambos grupos de guardaespaldas se relajaron en cuanto Makarov hizo un gesto de «bien, no sigo con mis comentarios, eres muy amargado» y puso los ojos en blanco. Provocar al hijo menor de Stanislav, era meterse en muchos líos.

No, de momento…

Claro está que el moreno de origen ruso se moría por saciar su morbo y averiguar en persona de, si lo que decían con respecto a Isabel García, era cierto.

Quedó desfigurada por las quemaduras.

Por supuesto, estaba al pleno conocimiento de la gravedad de sus heridas y de las operaciones que la concubina de Everett fue sometida en aquel hospital, para, de alguna manera acelerar el proceso regenerativo, al sustituir la piel chamuscada por otra criocultivada.

Se estremeció y le dio una calada al puro que sostenía entre sus dedos, expulsando hacia arriba el humo para no darle directo al rostro de Everett.

Aunque quería.

—Mándale mis saludos —dijo como si Isabel lo conociera, pero no era así—, exprésale que ella está siempre en mis oraciones.

—Le diré —lo que jamás haría.

—¿Piensas aguardar hasta que aborde mi jet?

—Es lo menos que puedo hacer por mis «colegas».

—Qué considerado… —repitió sarcástico. Everett permanecía al pie del cañón como soldado dispuesto a dar batalla. Lástima que escogiese el bando equivocado—. ¿Gusta un café? —El otro sacudió la cabeza—. ¿Un puro?

—Hizo amague de sacar uno del bolsillo interno de su chaqueta, pero el lobo anfitrión lo rechazó.

—Dejé de fumar —dijo con parquedad.

—Por lo de tu padre, claro…

—Por mi salud —por su compañera, por sus hijos. Él no los dejaría desamparados por no cumplir con su propia promesa. Tras el deceso de su padre, decidió dejar de fumar, a pesar de que en unas cuantas ocasiones cayó en la tentación a causa del estrés provocado por el depredador que aún no logran atrapar.

Andrey inhaló profundo el puro y el humo salió de entre sus labios con ese gusto propio de alguien que disfruta del vicio durante años y que no teme a que sus pulmones adquieran cáncer. Aún le quedaban largas décadas para despreocuparse. Era joven.

—No sabes lo que te pierdes —volvió a inhalar.

Everett consideró que Makarov era un imbécil.

—Si vuelves a Nueva York para confabular, te arranco la cabeza —cortó con la charla «amena» y fue al grano para dejarle claro al Alfa del clan homónimo a su apellido, que él no se andaba por las ramas.

El otro lanzó al lustroso piso lo que quedaba del puro y lo encaró sin amilanarse.

—Si ese coraje que manifiestas lo emplearas hacia *tus chupasangres*, ahora estaríamos repartiéndonos el botín y no riñendo entre nosotros.

Un leve gruñido, un paso intimidante hacia adelante.

Ambos grupos de guardaespaldas en tensión de ataque.

—¿Botín? ¿Qué botín? —cuestionó casi pegado a la nariz del insolente lobo como si fuesen dos boxeadores que se medían intimidantes antes

de la contienda en el cuadrilátero—. ¿Los terrenos de David Colbert o los bienes de mi familia?

—Lo que poseen *esos malditos*: nadan en dinero —respondió altivo.

Edificios, mansiones lujosas, galerías, entidades bancarias y un sinfín de inmuebles por todo el país. El Grigori inglés era de los vampiros más acaudalados entre su especie. Hasta castillos poseía del otro lado del océano.

Si vencían al ejército en Nueva York, más lobos se unirían a la causa y harían retroceder al otro Grigori apostado en México, recuperando los terrenos que antes poseyeron.

—Por codicia no se diezmará mi gente —Everett replicó contundente —.

Mantén tus garras retraídas y lejos de…

—¿Tus dominios? —Andrey rio con saña, lanzando su aliento a tabaco directo a su cara—. No estamos en Kenai, sino en la populosa Gran Manzana. Aquí todo lobo es bienvenido. —Ni siquiera era un Alfa Regional para que le diera órdenes de forma altanera. Ya quería verlo de cómo haría si a Nathaniel Reid, máximo líder de Alaska, le diera por pasar una temporada en Nueva York: andaría con la cola metida entre las patas y tragándose toda su prepotencia.

—Los Brankovic somos responsables del orden entre los nuestros, así que, mantente lejos.

Con cuántas ganas, Andrey Makarov, estaba por espetarle un «¿qué pasa si no me da la gana de obedecerte? Eran del mismo rango y Nueva York no estaba bajo el mando de ningún clan.

—Más bien, temes perder dicho poder —espetó—. Una vez que expulsemos *a esa peste*, los clanes existentes querrán aumentar sus terrenos de caza. ¿Qué te preocupa, Everett, que Crowell esté en desacuerdo y se lo cuente a Cortázar?

Él gruñó bajo y los hombres de Sergey también lo hicieron.

Los de Everett no se quedaron atrás. En cualquier momento se desgarrarían las pieles a zarpazos y mordiscos. Tyson y Colton estaban por desahogar sus frustraciones, entre estos existía un creciente rencor por lo de la chica que no pudieron follar y una suerte de alianza por perderla al mismo tiempo a manos del joven Jevrem.

Ambos alfas alzaron la mano para que todos se calmaran.

—Por supuesto que me preocupa que el Alfa Mayor comente a nuestro Supremo —espetó Everett—. Son muchas vidas que están en juego y también el pellejo de mi familia. El rey firmó un pacto con Colbert y Meretz hace un siglo, al perder la guerra contra estos. Los vampiros nos superan en número y armamento, saben cómo arreglárselas para combatir a los metamorfos y no se miden para exterminarnos. Ni los Portadores han podido con ellos.

En esto Andrey no replicó.

Los infame vampiros se jactaban de mantener a raya a seres que eran más poderosos a estos y a los lobos, pues *aquellos* que se mencionaban eran humanos con dones sobrenaturales, capaces de hacer levitar objetos, expulsar fuego a través de sus manos, provocar tormentas eléctricas, teletransportarse.

No obstante, al igual que los lobos, los Portadores eran pocos y su ubicación desconocida.

—Estoy al tanto —comentó de vuelta—, pero si le colaboramos al rey…

—No provoques lo que no podrás hacer frente.

—¿Es temor lo que huelo en ti?

—Es prudencia y sensatez. Si alzas a los tuyos, están solos. Si tratas de convencer a los míos, te mato. ¿Nos entendemos?

—Por supuesto. —Pronto vería cuando a este lo barrieran con sus aliados: el cobarde de Everett le besaría los pies para que lo protegieran. En cuanto se deshicieran de los vampiros, el *reino canidae* se extendería desde el Polo Norte hasta el Polo Sur, y Andrey Makarov sería el próximo Alfa Mayor de los Estados Unidos.

Del que, con el tiempo, se convertiría en la mano derecha del Alfa Supremo.

En vista de que Everett no aceptaría ningún tipo de bebida, ya fuese espumosa o caliente, y que un acuerdo entre guerreros de nada serviría, se volvió hacia su sillón para encender otro puro, mientras preparaban su aeronave. En la Sala VIP no había ningún humano, a excepción de los

servidores, a Sergey le fastidiaba tener que compartir con estos, obnubilando sus mentes para que no lo avinagraran con sus inmundas presencias. Aborrecía a los humanos, seres que debían de carecer de derechos por ser generadores de constante contaminación y cacería animal deportiva.

Acomodó sus pies en una butaca traída por uno de los empleados y tomó el control del apoyabrazos de su sillón para cambiar la estúpida película que estuvo viendo. La rabia lo corroía por dentro, todo el mundo salió espantado tan pronto Everett emitió su desacuerdo. Torrenegra emprendió vuelo en un parpadeo y Vladan –quien fue el primero en largarse sin protestar– le aconsejó en no provocar discordias con el Clan Brankovic, estos tenían contactos que los librarían de cualquier desgracia y, a los alborotadores, los lanzaban al quinto infierno.

Por otro lado, Everett salió de la sala para dirigirse a los hangares, donde sus otros colegas –que él ignoraba ya se habían marchado– podrían hallarse a la espera del visto bueno del piloto y de la Torre de Control, y asegurarse de que estos junto con Makarov abandonaran la ciudad.

Mientras se encaminaba hacia ese lugar, seguido por sus hombres, marcó el número de su chofer, este ya estaba a la entrada del aeropuerto, al igual que la camioneta que Elijah estacionaba en un puesto libre, la grúa levantó rápido al Mazda volcado y del que nadie, a excepción de Branimir, se fijó en que Everett les «daba una mano».

Capítulo 4

Isabel no dejaba de sonreír.

A pesar de hallarse algunas personas desagradables en la casa, la felicidad en ella para nada aminoraba. ¡Se había regenerado! ¡¡Por fin!! Ya no tendría que ocultarse bajo un velo, ni encerrarse para que aquellos que la odiaban se regodearan por su desgracia. En cambio, se vistió con un ceñido pantalón oscuro y una bonita blusa estampada que resalta sus atributos físicos y sus facciones morenas, y se calzó unos tacones que elevaban su estatura, solo para sentirse más femenina.

Quería demostrarle a esa gente que habría Isabel García para rato.

—Es increíble que Erik ya esté gateando —comentó Anna, quien estaba sentada en el piso, animando al infante a desplazarse sobre sus rodillas y manitas—, lo ha hecho incluso antes que los demás cachorros. Será un gran corredor.

Isabel rio mientras cargaba a Ángel, dándole mimos para que no se sintiera relegado. También intentó gatear, pero no pudo, sus extremidades aún carecían de la fuerza motriz para permitirle seguir a su hermano.

—Es como su padre: inquieto —dijo socarrona en referencia al mayorcito y con una verdad latente en sus palabras. Everett era un hombre que, cuando se proponía conquistar algo, lo lograba. En ella logró el perdón y en su familia, la imposición de su mando. Amaba correr por los bosques y estos fueron su refugio cuando los dos reñían.

Anna ladeó su cabeza como si estuviese pensativa y soltó un suspiro a la vez en que mantenía una sonrisa apesadumbrada. Simulaba pasarlo bien con los gemelos para que estos y la madre no se dieran cuenta de que su corazón lo tenía oprimido por una angustia que no comprendía. Había aceptado que solo fue la follada por una noche de un beta caprichoso, que hizo todo por poseerla, pero, por alguna razón ella por este se preocupaba.

—¿La señora desea que alimente a su hijo? —Esther le preguntó a Isabel tan pronto Ángel bostezó. Organizaba por quinta vez los peluches en las estanterías para tener algo que hacer, ya que se inquietaba de estar parada como estatua, sin hacer nada, salvo observar a la niñera jugar con el pequeño Erik y a la patrona mecer al más chico para que no llorara.

—Yo lo haré, gracias —contestó un tanto tensa con la mujer, a quien ya no le simpatizaba por esos celos de madre que sentía.

La nodriza asintió dándose por vencida y Lourdes se mantenía sentada en uno de los sillones del Cuarto de Juegos, aburrida de no ejercer sus funciones de cuidadora de la progenie del alfa, puesto que la híbrida recién regenerada se empeñó en estar con los gemelos todo el día, mientras el otro estuviese fuera de casa.

De continuar así, Lourdes y Esther quedarían desempleadas. ¡Y allí pagaban muy bien!

Otro salario como el que remuneraban con dicha familia, ellas no

hallarían por los sectores, los demás patrones eran tacaños con las nodrizas, desmeritando la labor que a menudo ejercían.

—¿Es hambre o sueño? —Isabel se dirigió a su pequeñín, quien bostezó por segunda vez, parecía que se le fuera a escapar el alma por la boca. Rio

—. Por lo visto es sueño; de tener hambre, llorarías.

—¿Desea que lo arrulle? —Lourdes se levantó de inmediato del sillón, afanada por ejercer sus funciones y así evitar un futuro despido por parte de sus patrones.

Isabel se iba a negar, pero notó la mortificación de la mujer, que le entregó el bebé para que lo durmiera. Esther miró mal a su compañera de labores por habérsele adelantado, ahora ella ocuparía el sillón, sintiéndose inútil.

—¡Ven aquí! ¡Ven aquí! —Anna exclamaba lo más bajito posible para que Ángel no despertara, mientras animaba a Erik en avanzar hacia ella.

El gemelo grande vacilaba en gatear, de vez en cuando, apoyando su barriguita en el piso cuando sus bracitos perdían fuerza; el piso estaba liso y frío, y un mal avance suponía un golpe en la carita; sin embargo, se llenaba de valentía, animado por la niñera a quien quería mucho.

Isabel y Esther aplaudieron sin causar sonidos para que Ángel no se sobresaltara. El pequeño era nervioso, los ruidos lo hacían llorar y despabilar el sueño que era en este irregular.

— *¡Bieeeeeen!* —Anna celebraba los gateadas de Erik—. Así se hace,

¡pronto vas a caminar! Mira cómo gateas…

Isabel, sentada en una de las dos mecedoras que dispusieron para cuando los gemelos fuesen alimentados, sonrió orgullosa del logro de su precioso bebé. *Síp*, sería como su padre…

Después de que Lourdes durmiera a Ángel y que Erik presentaba las mismas señales de cansancio, las nodrizas y ella los llevaron a la habitación contigua para acostarlos. Anna se quedó en el Cuarto de Juegos, recogiendo

los carritos y juguetes regados en el piso para acomodarlos en las

estanterías asignadas, y luego vaciando la papelera del baño, donde arrojaron los pañales sucios al momento del cambio, y salió del cuarto con la pestilente bolsa anudada para llevarla al contenedor de basura.

Justo cuando el picaporte cerraba la puerta, Anna alcanzó a ver que, por el otro extremo del pasillo hacia su izquierda, el señor Damir y la señora Radojka, conducían a Jevrem que estaba pasado de copas.

Quedó helada.

Fue inevitable que la rabia la atenazara. ¿Salió a celebrar que se había follado a una omega virgen?

O que se impuso sobre sus rivales y se anotó una más a su larga lista.

El progenitor se percató de ser observados y lanzó una dura mirada a la muchacha, quien de inmediato clavó la vista en sus zapatos, simulando no haberse dado cuenta de ellos y procedió a marcharse hacia la planta baja antes de ser increpada por idiota.

Por el área de servicio, tomó la ruta que conduce a los contenedores de basura, ubicadas cerca del cobertizo y apuró las pisadas para que el olor a pañales sucios no permaneciera mucho tiempo en el aire en la medida en que ella cruzaba el trayecto.

—Con usted tengo que hablar —Milenko salió de repente de su despacho, justo en el instante en que Anna pasaba frente a su puerta que estaba abierta.

Esta se detuvo e hizo un mohín antes de volverse hacia el hosco mayordomo.

—¿En qué le puedo ayudar, señor? —preguntó aprensiva, el anciano siempre tenía para ella una regañina reservada.

Milenko miró a la joven con ganas de retorcerle las orejas.

—Esta mañana se levantó tarde y no atendió cuando la llamé.

Ella se hizo la sorprendida.

—¿Sí?, ¿en qué momento?, no lo escuché.

—¡No se haga la tonta! —la gritó, Anna lo vio cuando esta cruzaba el vestíbulo en el instante en que la ama Grubana impartía órdenes al personal para organizar los arreglos florales y todo lo referente al festejo de esa noche—. Le advierto que no tendrá segundas

oportunidades, aquí no toleramos a las sirvientas holgazanas; si el trabajo le queda grande, renuncie o nosotros la despediremos.

—Sí, señor —no le escupió un, «usted no es mi jefe, métase la lengua por donde no le llega la luz y vuelva a su despacho, viejo cascarrabias»; en cambio, se limitó en asentir, pues no estaba en posición para rechistar, el señor Everett había llegado de visita y no la tenía en buena estima por lo de la deuda de su padre con Nemat Clifford.

La sacaría a patadas de la casa en un tronar de dedos, si el mayordomo le iba con quejas.

Y este estaba por hacerlo.

— *¡Fo!* ¡¿Qué es ese apestoso olor?! —Se tapó la nariz, asqueado de lo que percibía—. ¡¿Qué traes ahí?!

Anna alzó la bolsa anudada de la papelera.

—Pañales sucios.

El señor Milenko tosió por las arcadas que le daban, del hedor a popó que contaminó el pasillo.

—¡Lleva esa inmundicia a la basura! —Abanicaba una mano para que se largara de allí, prometiendo que se encargaría de increparla más tarde, Anna Morris era una lobata de dos caras y él la pondría de patitas en la calle antes de que el amo Everett retornara a Alaska.

Al mismo tiempo en que el anciano manifestaba ese hecho en su fuero interno, Isabel dejó a sus hijos al cuidado de las nodrizas para ella tomar un poco de sol en el patio posterior.

Se sentó en la banca, con vistas a la playa, y respiró profundo para llenar sus pulmones de oxígeno.

Procedió a quitarse las sandalias y así poder caminar sobre la grama sin que los tacones se le enterraran en la tierra; esto la gratificó y sonrió por lo bien que se sentía, la brisa marina ondeaba con suavidad su melena suelta y el olor dulzón de los rosales aromatizaba el entorno.

Era un cuadro perfecto estar allí, la hacía sentirse bien consigo misma, estaba recuperada, ya no tendría que ocultarse para no ver las expresiones de lástima o satisfacción de otros.

Aún los integrantes de la casa desconocían de su mejoría, pero era cuestión de minutos para que se enteraran. Si bien, Esther y Lourdes estaban en su habitación, vigilantes del sueño de los gemelos, Anna sería la que iría con la noticia, pese a que no era cotillera. Puede que la dicha de haberla visto libre de cicatrices, la llevara a contarle a todos las Buenas Nuevas.

Las tripas le gruñeron y rio, porque aún no desayunaba y la hora del almuerzo llegaba, por lo que se sorprendió no haber asaltado un plato de comida. El hambre comenzaba a darle campanadas, pero Isabel permanecía relajada en la banca, disfrutando del paisaje que parecía una pintura al óleo: el océano Atlántico se mantenía apacible, apenas las olas se levantaban de las masas de agua y se deslizaban en ondas donde disminuían en la orillas entre espumas blanquecinas. Observaba a los humanos, los pocos que por la playa caminaban, se mantenían abrigados con gruesos suéteres para no cohibirse del descenso del clima; según los noticieros: octubre anunciaba que el otoño pronto encrudecería.

Isabel no era inmune a las bajas temperaturas; aun así, lo soportaba mejor que los humanos.

Sonrió.

Era feliz.

Ya no más cicatrices ni piel nacarada en sus extremidades por la falta de pigmentación; las nanovendas cumplieron con su cometido. Le daría un fuerte abrazo al doctor Pavlovic por sugerir el experimental tratamiento, fue mucho lo que la ayudó.

Sin saberlo, en la mansión neoclásica, los sentimientos fluctuaban, eran dispares: Anna se lamentaba de haber caído en las garras de un seductor, Milenko avinagrado por las confrontaciones que hubo la noche anterior y sin haberse enterado por estar pendiente de los amos en el comedor; Grubana enojada por el bastardo de Everett, Blanka estresada con las sirvientas, puesto que estas parecían aletargadas por alguna razón y no acataban sus órdenes con la debida celeridad en la cocina. Andjela, Milena y Jelena, planificando besuquearse con alguno de los chicos adinerados del sector, Vesna pendiente de que estas no hicieran nada indebido, la reputación se vería perjudicada y los pretendientes que dispusieran para las que faltaban por comprometer, se alejarían sin pedir explicaciones.

En cuanto a Damir y Radojka…

Con el alma en vilo.

Capítulo 5

—Vete al dormitorio, me quedo un rato para asegurarme de que se duerma.

—También quiero quedarme.

—No —Damir le contestó tajante a su Primera Esposa—. Vete por si mamá o alguien más te solicita; se supone estás recostada por la migraña.

—Y aquella chica… —Radojka se refirió a Anna, quien también se percató de esta, de a quién ellos traían entre brazos por el pasillo de la segunda planta.

—Despreocúpate, me encargaré de ella, si se fue de cotilla le arranco la lengua. De todos modos, vete, evitemos levantar sospechas.

Radojka miró a su hijo, acostado de medio lado en la cama, aún con las ropas puestas. Su mirada perdida hacia la pared frente a él, sin lágrimas y con una profunda tristeza en su rostro. En el auto, cuando ella le reveló lo que podría ser Jevrem, Damir lo rechazó de plano, lo que le comentaba cambiaría para mal todo su mundo. Otro lobo habría gritado mil improperios y lanzado a Radojka un sinfín de increpaciones por haber procreado un ser que sería considerado por todos como una abominación.

Jevrem, no…

Jevrem, no…

Su adorado hijo nació para liderar y mezclar su sangre con una loba de la élite social que lo representara en las reuniones que el Alfa o Damir organizara, y fuese un enlace entre los grandes señores que allanarían su camino con gloria y títulos nobiliarios cargados de fortuna.

Pero si la comunidad lobuna se enteraba de lo que era Jevrem, sería considerado una paria.

Con mucho cariño, Radojka besó su frente y le subió la cobija hasta la clavícula, parecía que tuviese frío, y abandonó la habitación con el

corazón roto.

Se sentía tan impotente.

Ella sabía su verdad y no lo podía ayudar.

Damir aguardó un par de minutos para que su mujer se alejara, aun así, abrió la puerta del dormitorio y chequeó que esta se hubiese marchado. Así fue, pero también echó un vistazo en ambas direcciones del pasillo por si alguna sirvienta ahí merodeaba o tal vez su madre que solía inmiscuirse en sus asuntos.

Cerró la puerta y rodeó la cama de su hijo para hablar con él.

—¿A cuántos has matado? —Tuvo la precaución de no comentarle a Radojka sobre los asesinatos que supuestamente Jevrem cometió. Ella habría caído en la desesperación y sus lloriqueos hubiesen delatado a los demás de lo que estaba sucediendo.

Jevrem se aovilló. Sus manos apurruñadas bajo la almohada.

—Muchos…

Damir apretó los párpados y oró a Licaón. ¿Por qué su hijo? Él fue un buen padre. A pesar de sus secretas inclinaciones sexuales, siempre estuvo atento a sus necesidades, inculcándole las correctas acciones de su raza.

—¿Desde cuándo comenzaste? —le dolía preguntar la fecha en la que su alma se oscureció. Debió haberle pasado alguna desgracia para que le diera por cazar humanos a mansalva.

Jevrem frunció el ceño como si echara memoria y le ocasionara una profunda agonía.

—Después de partir.

—¿De Alaska?

Asintió como un autómata.

Del inicio de su salvajismo, Damir calculaba que de esto hacía cuatro meses y veintiún días.

—¿Por qué? —conjeturaba que tal vez fue hipnotizado o amenazado por alguna causa; que fuese esto y no lo que su esposa indicaba, porque de resultar cierto lo otro…, ninguno se salvaría.

Se tragó un lamento y se esforzó por mostrase imperturbable, ninguna de las posibilidades que se barajaban lo libraría de una jauría enardecida, lo descuartizarían con sus feroces fauces.

Jevrem daba largas en responder, su mente vagaba por la antesala del infierno; todo era terror y persecución, muerte a granel.

—No lo sé —¿Qué más quería que dijera? Los mató sin motivo aparente.

Él solo tenía recuerdos por sus pesadillas; de lo contrario, ni eso recordaría.

Damir no soportaba su pasividad, había matado y yacía en la cama como si apenas lo procesara. Su hermoso rostro masculino lucía demacrado y sin vida, reflejando una posible dominación de otros contra su voluntad.

De las solapas de la chaqueta, lo agarró con rudeza y lo sentó para darle una contundente bofetada.

Jevrem no reaccionaba.

Damir le propinó otra que le reventó el labio inferior.

—¡Reacciona! ¿Quién es el que te obliga a matar? ¡¡Dime!! —lo gritó y sacudió, su voz rota y desesperada.

—Nadie coacciona mi mente, padre. Solo los demonios.

El progenitor lo estudió con detenimiento y llegó a la conclusión de que la maldita de Radojka le trasmitió su condición a su primogénito.

—No son demonios, sino alfas o vampiros —espetó—. ¿Te topaste con alguno durante tu travesía?

Jevrem se incomodó, varios rostros fugaces aparecieron en los recuerdos.

Tembló, aquello no estaba relacionado, sufriría una terrible vergüenza.

¿Qué diría su madre de él?, ¿sus amigos? Anna…

—Ninguno —prefería guardar en el fondo de su ser lo que esa noche experimentó—. Estuve solo todo el tiempo.

Damir no le creía.

De un impulso acunó el rostro de su hijo y lo obligó a que lo mirara a los ojos; tenía que descubrir la verdad, la que fuera para así obtener una solución al respecto. Hasta los asesinos sanguinarios confesaban sus atroces crímenes a sus abogados para que estos entablaran la mejor estrategia para defenderlos de sus acusadores.

Dilató sus pupilas y centró su poder hipnótico para sacarle a la fuerza las respuestas que temía escuchar, pero que no le quedaba más alternativa que preparar sus oídos.

—¿Quién te manipula? —la pregunta era simple: el nombre que le arrojara sería el culpable y Damir lo mataría.

—Nadie —respondió sin que su voz o su expresión se alterase. Sus propias pupilas estaban normales por no ser afectadas por el dominio del padre.

Damir entrecerró los ojos de modo en que, mediante esta acción, su hipnosis fuese más efectiva.

—¿Quién? ¿Quién, Jevrem? ¡Dame un maldito nombre! ¿Quién te manipula? —lo sacudía en la medida en que le preguntaba.

—Ya te dije que nadie —y se liberó del agarre de Damir. Se recostó de nuevo sobre la almohada y sus ojos negros se clavaron una vez más en la pared frente a él. Allí observaba los rostros que más odiaba.

No estaba relacionado, él solo enloqueció por los demonios.

Damir desistió en el hipnótico interrogatorio, ningún dominio ejercía sobre su hijo, este era un beta y él estaba agotado y, de paso, era pésimo para someter la mente de los lobos que fuesen más fuertes.

Lo arropó y, mortificado, se puso en pie, llevándose las manos a la cabeza por no tener la certeza de sí Jevrem pudiese ser el depredador. Todo apuntaba a que sí destripó a esos humanos y comido de su carne, quebrantando la ley impuesta a los de su especie; tenía lagunas mentales e incoherencias al hablar, pero esto a Damir no le bastaba, alguien lo manipulaba, su hijo era bueno, brillante, su futuro no podía truncarse de esa manera.

Pero estaba la otra cuestión…

La peor.

Y esta era la que a Damir más le preocupaba.

El contraste de sentimientos seguía marcando a los residentes de la gran casa, llevando al límite sus propias emociones que a esas alturas las tenía desechas. Damir meditaba a lo que él estaría dispuesto en hacer por salvar a su hijo de la furia de Everett o de los ancianos regidores de las leyes lobunas, que toda acción la pesaban en una báscula de moralidad y rectitud.

Por otro lado, Isabel sentía que renacía.

Los rayos solares abrigaban su cuerpo y elevaban su temperatura, provocando copiosas gotas de sudor que se perlaban en su frente y se deslizaban cuesta abajo por sus sienes.

Sonreía…

¿Se puede estar más feliz?

Se regeneró, se reconcilió con Everett, su inquieto Erik ya gateaba y su pequeño Ángel era su bendición.

Lo demás estaba en segundo plano: el Cuartel de las Brujas, las hienas carroñeras, ninguno la afectaba; celebraba estar de vuelta en Nueva York, con la libertad y el gozo que tanto ansió.

Le provocó danzar, aunque ignoró el gruñido de su estómago, ella aguardaba por Everett, sentarse juntos en la mesa y brindar su primera comida, tras la reconciliación.

Se acomodó de tal modo que su espalda se deslizara y su nuca se recostara contra el respaldo de la banca, y respiró profundo mientras sus ojos se mantenían cerrados, dejando que el sol bronceara su piel.

Relax…

Fabuloso relax…

Tanto en la mansión de Kenai como en la neoclásica, los antiguos propietarios dispusieron de bancas de hierro forjado por los jardines en la que ellos disfrutaran de una amena charla o se relajaran con el paisaje que

los rodeaban. La banca favorita de Isabel: las que estaban de cara a la playa, ya fuese aquella frente a la Ensenada Cook o esta con vistas al Atlántico.

Abrió los ojos y sonrió.

Era tan feliz.

—¡ *Uf*, qué calor! —Sacudió el escote de su blusa para airearse, los rayos solares del mediodía incidían con mayor intensidad, pese a que el termostato indicaba a los lugareños en que el clima oscilaba por los 2

grados centígrados. Los humanos a lo lejos se arrebujaban en sus suéteres, quizás arrepentidos por su desventurado paseo por dichas inmediaciones, ya que para estos el clima estaba «demasiado frío».

Se le antojó un chapuzón, aunque fuese en la orilla.

Por la plazoleta, el Mercedes-Benz y la camioneta, la bordeaban para estacionar bajo el pórtico de columnas dóricas; Branimir se apuró en abrir la puerta de la parte trasera a Everett y este se bajó, aún malhumorado por tener que estar vigilando los pasos a los alfas visitantes. A estos los tendría en la mira, mostraron sus cartas al aceptar la invitación de su madrastra: ambicionaban los bienes y terrenos de los Grigoris y el exterminio de su gente.

Al menos, él mismo compró tiempo extra para resguardar a los suyos, la amenaza de Kerenor le caló hasta los huesos, lo angustió en gran medida.

—Señor —Milenko lo recibió en la puerta principal, con una reverencia de la que solo a él se inclinaba con absoluto respeto y sumisión.

Everett respondió con un asentamiento de cabeza y, sin decir más, se dirigió hacia las escaleras.

—Mi señor, su compañera está por el área de la piscina —Milenko creyó pertinente comentar al alfa antes de que fuese a su dormitorio para estar a solas con esta. No le agradaba, pero desde que el amo conoció a la híbrida, sonreía con más frecuencia.

Claro está que no en ese momento, los recientes acontecimientos por culpa de los tíos empañaron su buen humor.

Everett se extrañó. ¿Qué hacía fuera del dormitorio? Isabel procuraba permanecer a solas.

Voló hacia la puerta que da acceso a los jardines posteriores de la casa

y la buscó por el entorno sin hallarla.

¿Qué hacía afuera? Tenía entendido que, por indicaciones del doctor, no debía asolearse para que las pieles *criocultivadas* no se estropearan.

Se preocupó por la insensatez de Isabel y la llamó con urgencia.

—¡Isabel! ¡Isabel! —carajo, ¿dónde estaba?

Notó las sandalias sobre la banca.

Estaban acomodadas como si las hubiese dejado en su zapatería, las puntas señalaban hacia la playa, delatando silenciosamente a su propietaria o era una señal de esta para que él la siguiera.

Su angustia se incrementó.

¡¿Hacia allá fue a caminar sola?!

—Mierda… —¿Cómo era posible que fuese tan imprudente? Tanto sufrir por sus quemaduras y se descuidaba.

Lo iba a oír, tenía que ser más cuidadosa si deseaba obtener alguna mejoría.

En un parpadeo llegó hasta la playa, la arena cubrió sus zapatos elegantes y parte de las perneras de su pantalón.

Halló rápido las ropas de Isabel, dejadas al descuido en lo que parecía su recorrido hacia el océano, las recogía a la vez en que la buscaba, su periferia abarcaba toda la extensión de la playa. ¿Dónde estaba?

Una punzada se alojó en la boca de su estómago.

Isabel no sabía nadar.

—Esta mujer… —ya no la quería regañar, solo estrecharla entre sus brazos. ¿Por qué le dio por meterse al océano y con el sol en su punto álgido?

—¡Isabel! —la llamó, su corazón palpitando azorado, las ropas de nuevo sobre la arena—. ¡Isabel! —puso las manos alrededor de sus labios para aumentar el volumen de su voz, el viento, el ambiente externo, la inmensidad del océano…, se tragaban el urgido llamado a su mujer.

De inmediato se fijó en un humano que parecía embobado, mirando

quién sabe qué, hacia las aguas, como esperando a que sucediera algo, pero Everett no observaba nada, salvo las olas yendo y viniendo, una y otra vez.

Entonces la vio.

Y su mandíbula se desencajó.

Capítulo 6

Ave Fénix.

Fue lo que pensó Everett al verla.

Isabel emergía del agua como una sirena que asoma el rostro con imponencia. Lo dejó sin habla y con los ojos agrandados, contemplando a esa maravillosa criatura.

Ella le sonrió y él no supo si le devolvió el gesto, aún mantenía la boca desencajada por la sorpresa. ¡Y vaya que lo fue! Lucía magnífica, perfecta para él y para todo aquel que apreciara la belleza.

Rápido rodó los ojos con severidad hacia el humano y le mostró los colmillos de lobo celoso, gruñéndole amedrentador para que dejara de *morbosear* a su mujer y se largara de allí antes de que lo desfigurara de un zarpazo. La única prenda de vestir que usaba Isabel era su ropa interior y la hacía lucir provocativa.

El humano se sobresaltó cuando escuchó los gruñidos que emitía un sujeto greñudo y barbón como si estuviera loco o drogado, y procuró alejarse para salvaguardar su integridad física. Al parecer era el novio de la despampanante modelo que jugaba cerca de la orilla del océano.

Otros hombres que observaban a Isabel tuvieron que perderse del mapa, temerosos de sufrir un disparo o ser apuñalados.

Everett volvió a centrar su atención en Isabel y no pudo gritarle de que saliera de la playa, el oleaje la podría revolcar y hacerle pasar un mal roto; sin embargo, ella reía como niña juguetona, saltando entre las olas como si no tuviese miedo de ser arrastrada al fondo y morir ahogada.

A pesar de la carencia de Everett, de leer la mente, era fácil determinar que Isabel rebosaba de felicidad.

¡Estaba regenerada! Su piel acaramelada por los rayos solares del mediodía y la humedad por sus divertidos chapoteos, resaltaban su tonicidad, libre de horribles cicatrices y manchas blanquecinas.

La alegría de esta contagió a Everett, quien seguía plantado en la arena, observándola como un burdo mortal que tuvo la suerte de encontrarse con una sirena de dos piernas en vez de cola de pez, que llegó hasta la orilla, quién sabe de cuál ciudad submarina de la que se aventuró para visitar al mundo de la superficie. Ni siquiera era consciente de su respiración, de la

que dejó de hacerlo y hasta de pestañear, pues ni se atrevía a mover sus párpados para no dejar de admirarla. ¡Qué preciosura! Qué diosa…

Literalmente Isabel era un fénix, cuyas lenguas de fuego le habían consumido su belleza y del que ahora resurgía el doble de hermosa.

Everett parecía leer en la expresión de esta un «mírame, me he recuperado por completo». Las lágrimas de él se deslizaban por sus mejillas masculinas, también feliz, insuflado de un amor que ya no cabía en su pecho.

En el fuero interno de Isabel, ella cantaba su canción favorita. En ese preciso instante era como su himno personal que acompañaba su espontánea danza, la letra era poderosa, cargada de valor y un deseo inquebrantable de liberar mil batallas y ganarlas todas.

Cantaba y bailaba, con el agua hasta la mitad de los muslos, ofreciendo un espectáculo vivaz para una persona.

Para el hombre que amaba.

[1]

Sia –en su mente– cantaba Imparable

, con esa pasión en la que solo la artista australiana era capaz de hacer vibrar su voz.

Con sonrisas puedes engañar a toda una ciudad.

Lo haré hasta que el sol se ponga y durante toda la noche.

Oh sí.

Isabel dio un giro sobre sí misma, levantada en la punta de un pie, sin que el lecho marino se lo impidiera. El agua salpicaba a los lados y se levantaba a su rededor, envolviéndola como una espiral de gotas cristalinas.

Oh, sí, te diré lo que quieres oír.

Dejé mis gafas de sol, mientras yo derramo una lágrima.

Nunca es el momento adecuado.

En este caso, para la joven híbrida, ella dejó en la habitación el velo que siempre la cubría y salió al mundo a brillar. Ya nada la detendría.

Agua salpicaba.

Danza.

Saltos.

Risas.

Me puse mi armadura, te mostré qué tan fuerte soy.

Me puse mi armadura, te mostré qué tan fuerte soy.

Esa parte de la estrofa le venía como anillo al dedo a la joven, quien hizo un sorprendente remolino, con sus brazos pegados sobre su pecho, dando vueltas como un trompo para luego detenerse abrupto y soltar sus delgados brazos y extenderlos a los lados a modo de triunfo.

Le demostró a Everett que era fuerte en mente, cuerpo y espíritu.

Soy imparable.

Expresaba Isabel en la mirada a la vez en que «Sia» cantaba como si fuese su voz interna que la animaba a bailar sin penas.

Soy un Porsche sin frenos.

Soy invencible.

De escuchar la canción, hasta Everett le daría la razón: Ella era un auto deportivo que corría a gran velocidad por la autopista de la vida.

Sí, gano cada juego.

Apostó por sus hijos y venció, teniéndolos consigo.

Apostó por el amor y ganó, a pesar de que todo le jugó en contra.

Apostó por ella misma…

Soy tan poderosa.

No necesito nada más para seguir.

Sí, hoy soy imparable.

La fuerza de sus piernas le permitieron dar un salto alto y elevar uno de sus pies hacia la espalda para que Isabel se arqueara hacia atrás como si quisiera tocar las puntas de los dedos con su cabeza.

Everett apreciaba la danza acuática que le ofrecía Isabel, mientras que agradecía a los dioses lobunos de que no fuese como aquella vez en la cabaña, en la que bailó para él enojada, en un reclamo que hacía con su

cuerpo de llevarle la contraria. A orillas del océano, su danza era febril, expresando con sus alegres movimientos que todo entre ella y él estaba bien, y que juntos harían maravillas.

Hoy soy imparable.

Isabel no tenía frenos, estaba eufórica, llorando y riendo al mismo tiempo. Las lágrimas se confundían con el agua salpicada por sus brazos danzarines, desbordada de todo lo que sentía; su alma irradiaba de júbilo, sus pensamientos eran canciones en vivo, agradeciendo a cada segundo al cielo por apiadarse de ella.

Hoy soy imparable.

Hoy soy imparable.

Hoy soy imparable…

La danza era una mezcla de estilo libre, payasadas y ballet clásico; lo que se le ocurriera en ese momento, su cuerpo que por largos meses estuvo entumecido en una cama, explotaba de energía.

Everett rio.

¡Cuánta dicha Isabel manifestaba!

No sentía vergüenza que los humanos la filmaran para luego subirla a las redes por sus ocurrencias en la playa, tampoco se cohibía de que algunos de los miembros de la casa veraniega de los Brankovic, se burlaran de ella por no comportarse como una dama.

El que lo hiciera, lo expulsaría de su hogar, Isabel era un alma libre.

La amaba tal como Licaón se la había mandado.

Perfecta.

¡Plash!

Una de las olas chocó con Everett y esto a él lo sorprendió. No se dio cuenta de haberse metido al agua para acercarse a Isabel. Aun así, no le importó estar sumergido hasta las rodillas, con zapatos y ropa, siguió avanzando hacia ella, atraído por su amor y grandeza.

Isabel sonrió maquiavélica y lo bañó al aventarle agua, una y otra vez con rapidez, el pelo y barba de Everett quedaron como si se hubiera sumergido, él ni hizo amague por cubrirse con sus manos, dejó que ella siguiera con sus

travesuras, era tan genial verla de esa manera, despojada de cohibiciones y tristeza, que se carcajeó.

La danza acabó e Isabel se plantó de cara a él.

—Hola —lo saludó sonriente, sin verse desde que tuvieron sexo.

Mejor dicho: desde que llegaron esos vejestorios…

—Hola —respondió el otro que estaba por comérsela a besos.

—Ya estoy bien —comentó risueña a la vez en que le mostraba los brazos y luego se tocaba la cara, como si Everett necesitara que se los señalara para darse cuenta.

—Estás her-hermosa… —tartamudeó apenado de su perplejidad por no haber estado preparado de su repentina recuperación. Por supuesto, él antes vio indicios y se admiró por ello: los lóbulos de las orejas y el cabello que estaban creciendo, las cicatrices tornándose más sutiles en algunas partes de sus extremidades, los senos voluptuosos llenos de leche…

Los apreció y sus ojos llamearon, queriendo arrancarle el sujetador y chuparle los pezones ahí en medio de la playa y delante de todos.

—¿En realidad me veo hermosa? —Admitía que era tonto preguntarle, ella así lo sentía, pero quería escuchar dicha afirmación.

—Hermosísima.

Ambos sonrieron, aún separados a cierta distancia, con sus respiraciones agitadas y la vista puesta uno en el otro. Everett dio un paso adelante e Isabel lo imitó, cada vez más cerca, atraídos por la fuerza imantada de sus miradas. Se observaban entre sí; él por la sorpresa de la recuperación de Isabel y esta, porque le agradaba lo que veía.

Se le hacía que Everett en ropas mojadas era endemoniadamente sexy.

Dio un paso más y él también.

La distancia entre los dos era exigua, Everett la deseaba desde su altura y ella alzaba sus ojos para atrapar los de ese pecaminoso ser.

—Me siento tan feliz…

La manifestación de esa realidad provocó que Everett la atrajera hacia a él y la abrazara con tanta fuerza, que Isabel jadeó en busca de aire.

Casi le fractura las costillas con su abrazo de oso, por el temor que hacía unos minutos padeció al no hallarla en la playa. La apretujaba para manifestarle a los que los observaban que era suya y también porque necesitaba sentirla pegada a su torso, pues no tendrían un camino fácil de recorrer como pareja, pero haría lo que fuera para honrarla.

Isabel no era frágil, era una luchadora. Le enseñó que una hembra no era la sombra de un varón, sino su complemento y, como tal, ambos tenían los mismos derechos y obligaciones.

Ahí comprendió que debía intentar retomar lo que una vez fue roto.

—Isa —la separó para que lo viese al rostro, ella le sonrió atenta, ni tenía idea lo que por su cabeza pasaba—. Mi bella dama resplandeciente, te amo por sobre todas las cosas y por sobre el poder que me otorga como alfa en mi manada. A parte de mis cachorros, eres la más importante en mi vida.

—Ay, Everett, ¿qué me quieres decir? —se inquietó, eso sonaba a…

—¿Aceptas de nuevo casarte conmigo? —No hincó una rodilla como suelen hacer muchos humanos para proponerle a sus respectivas novias, caminar hasta el altar, las olas entorpecerían que él se expresara con propiedad hacia su futura esposa, golpeando su pecho o haciéndole tragar agua, ridiculizando la escena.

Ella quedó estática.

Los tristes recuerdos de la discusión a causa del anillo de compromiso, la decepción de Everett por haberle mentido, el salvajismo de Isabel en el helicóptero, la caída de la aeronave en las inmediaciones del aeropuerto de Anchorage, el incendio, sus quemaduras, la separación de sus hijos…

Todo fue turbio.

Capítulo 7

—No tienes que responderme ahora.

Everett se preocupó, la expresión de Isabel se tornó seria.

—Piénsalo unos días —agregó— y luego me dices si deseas unirte a mí en matrimonio.

Isabel asintió sin ser consciente de su ceño fruncido por sus atribulados pensamientos; eludió la mirada de Everett en los diminutos remolinos que se formaban a su rededor y en la marea que ascendía y descendía conforme al suave oleaje. Al menos él le permitía meditar su respuesta sin presionarla para que se la diera en ese instante, del que el bendito anillo de la discordia brillaba por su ausencia.

Everett la rodeó una vez más en su abrazo de oso, manifestándole con esa acción que esperaría a que se decidiera, solo que en su fuero interno él oraba a que fuese afirmativa y el apellido de su linaje también se extendiera hasta ella.

—Merezco tu silencio —comentó a su oído, sin soltarla, el rostro de Isabel se mantenía posado sobre su pecho—. Falté a mi palabra cuando prometí delante de muchos que conmigo habría cambios y te fallé. Nada de aquello hice.

—Lidiaste con una híbrida inmadura —expresó ella, evitando alzar el rostro. Los humanos perdieron interés en la pareja y continuaron por su camino por la playa, trotando, paseando a la mascota, tomando fotografías.

El sujeto que babeaba por la escultural modelo fue jalado por una mujer con sobrepeso, del que hacía años y para desdicha de este era su esposa.

—Debí apoyarte.

—Fui terca.

—No te comprendí.

—Porque no analizaba el alcance perjudicial de mis acciones.

—Te faltó un guía…

—No quería uno.

—Sino un amigo.

—Quería a mi prometido.

Los ojos de Everett se iluminaron y buscó esperanzado el mismo destello en los de su adorada, acunando su rostro para escuchar la respuesta ansiada, pero la inexpugnabilidad que halló en Isabel le dio a entender que hablaba

en pasado: ella necesitó del apoyo y comprensión del hombre con el que se iba a casar, y a cambio recibió órdenes de su alfa.

—Ahora me tienes para lo que necesites —manifestó con solemnidad y ese deseo latente en su ser de hacerla rápido su esposa. El aura indómito de Isabel haría que más de un macho perdiera por ella la cabeza.

Él ya la perdió…

Isabel medio sonrió, un tanto aprensiva de sus promesas, Everett hablaba bonito y la hacía sentir especial en sus momentos en que dejaba de lado el machismo, pero las costumbres de los lobos eran arraigadas desde hacía milenios, por ella, él no cambiaría de la noche a la mañana. Tal vez moderado, dando un paso a la vez, hacia la igualdad exigida, pero que, si continuaba firme por esa senda, él cumpliría.

—Gracias por concederme unos días para pensar en tu propuesta —dijo esta vez enfocando sus irises sobre los de él—, me tomaste con la guardia baja, pero ¡no es porque no te ame! —exclamó ante la tristeza que se reflejaba en Everett—, sino por todo lo que pasó.

—Si consideras que unos días son insuficientes, mi propuesta se mantendrá hasta que me des el «sí».

Esto a ella la sorprendió.

—¿Y si lo medito por veinte años?

—Veinte años esperaré por ti. Ansío presentarte como mi mujer.

— *Soy* tu mujer, el apellido del marido es mero formalismo. —Unos meses atrás celebraba que hubiesen adelantado la fecha de la boda, ahora se tomaba una prórroga para pensar en cambiar el «García» por el

«Brankovic».

—Sé que lo eres —manifestó ladino—, me lo has demostrado muchas veces; aun así, sería estupendo sellar la unión. ¿Estás de acuerdo?

Isabel asintió, viéndose atrapada, la conducía sigilosamente hacia la parte que él quería.

Condenado pillo.

—Seis meses —dijo y Everett arqueó las cejas, vislumbrando una celebración, pero ella agregó—: Si en seis meses no nos matamos, entonces te daré mi respuesta.

—Y nos casamos. Acordado.

Sacudió la cabeza.

¡Ay, pero qué hombre!

—No, durante estos meses ambos estaremos en prueba, a ver cómo nos llevamos.

—En la cama nos llevamos, *muy*, pero que *muy bien*. —También en la tina, en el piso y donde los pillaran las ganas.

Lo que le hizo meditar que aún no lo hacían en la playa.

Su pito se alegró.

—Y fuera de esta reñimos a menudo —lo contradijo—. Everett, ambos somos volátiles y no me apetece retroceder en nuestra relación por estar de apurados. Concedámonos un tiempo para madurar como pareja, ¿no te parece? Soy cabezota y tú gruñón, transitamos un camino cuando logramos estar de acuerdo, pero en las veces en que no, que suele ser frecuente, tomamos vías separadas y me entristece.

—También a mí.

Isabel se relajó, siendo una buena impresión de no haber terminado la

conversación en discusión.

—Seis meses y, *por cómo estemos para ese entonces*, ¿acordamos lo que tengamos que hacer? —pactó un tanto aprensiva.

Él asintió.

Mentiría si Everett no estaba decepcionado de lo que su espontaneidad resultó; no obstante, él se lo había ganado por idiota, de haber cumplido con su palabra y de haberla comprendido, no estaría con un nudo en la garganta y una opresión en su pecho.

Seis meses era mucho tiempo.

Isabel sonrió aliviada, volviendo el brillo a sus ojos y las ganas de seguir danzando. Aventó agua a Everett y bailó como loca alrededor de este, celebrando que tendrían tiempo para aceptar algunos errores y modificar otros. Everett se forzó por sonreír, le costaba porque se daba cuenta de que a Isabel le preocupaba la «legalidad» que implicaba ser su esposa. Orbitaba danzante, cual pajarito revoloteador que jugaba con un lobo de peligrosas garras largas y letales colmillos, a punto de abrir sus fauces y devorarlo.

De hecho, así lo sentía Everett, la atrapó de la cintura en una de sus alocadas vueltas y pegó sus labios con los de ella.

A Isabel le palpitó su centro.

Le encantó que la tomara de ese modo tan posesivo, el deseo del hombre por su hembra, tan primitivo que sus propios instintos sexuales afloraron.

Sus manos se posaron sobre los pectorales del hombre y este cerró los ojos, mareado por la excitación, tornándose su pantalón demasiado

apretado.

—Follemos aquí.

—¡Everett! —fingió estar escandalizada—. Estamos afuera. —Su corazón palpitó por la expectativa de hacerlo en un lugar donde ella jamás se habría atrevido. Al igual que en el ascensor de aquel restaurante, en la que Everett casi la folla, el deseo fue apremiante.

—No me importa, no aguanto las ganas.

Ella miró por sobre los hombros de Everett, hacia los humanos que se

hallaban alejados y hacia las casas, cuyas fachadas daban hacia el paisaje marino, por si algún curioso los estuviese observando.

Tomó la mano de Everett y lo condujo hasta adentrarse un poco en el oleaje, de modo en que sus partes pudendas estuviesen fuera del foco de sus posibles espectadores.

Le sonrió a la vez en que sus manos viajaban lentas por su torso fibroso, cubierto por la camisa húmeda y del que bien marcaba sus abultados pectorales. La desabotonó, solo para tocar su piel caliente, pues cabeceó cuando Everett pretendió quitársela. La desnudez no la cohibía, pero sí de los móviles que los estuviesen filmando.

Lo besó y rodeó su cuello con sus brazos, mordisqueándole el lóbulo de la oreja. Esto a él le hizo gruñir envalentonado ante la expectativa de follar en público y a pleno día. Tomaría a esa mujer y la haría gemir impúdica.

—Lo tengo duro… —comentó enronquecido y de la manera más burda.

Para nada expresaba odas al amor, con frases rebuscadas y bonitas, él solo se expresaba como se sentía.

Excitado.

La otra sonrió malévola.

—¿En serio? Pero el agua está fría… A ver, déjame comprobar… —

metió la mano para apretarle el bulto que él tenía entre las piernas.

Everett gimió.

—Mastúrbame —pidió casi en un ruego. Isabel echó un vistazo por su entorno, eran los únicos que se hallaban presente en la playa, y se atrevió a bajar la cremallera del pantalón de Everett y sacar la envergadura que no encogía debido al frío.

—¿Necesitas fricción para elevar la temperatura? —Su mano se cerró en torno al miembro y comenzó a *jalonear* con extrema suavidad, de arriba abajo, mientras ella sostenía una sonrisa sensual a su greñudo que tragaba saliva y jadeaba sin parar.

Everett mantenía los ojos cerrados, disfrutando de las fricciones que le daba su amante.

—Sí… —apenas expresó.

—¿Qué tanta? —Apretó cerca del glande; de tenerlo afuera le haría salpicar semen.

—Mucho… Caliéntame mucho…

El masajeo mantenía duro a Everett, perdiendo cuidado de ser oído, sus manos grandes y fuertes se sostenían de Isabel, aferrado a sus caderas, en la que sus uñas alargadas por la excitación se enterraban sin lastimar la piel broncínea de la hembra.

Isabel observaba el predicamento de Everett, tal vez queriendo acostarse en la arena para disfrutar al pleno la masturbación. Pero estaba de pie, tembloroso por los espasmos causados por las fricciones en su hombría que provocaban que respirara errático y lanzara gemidos al cielo.

—Oh, Isabel… —lo jaloneaba y jaloneaba; ni sus bolas quedaban desatendidas en aquel paradisíaco rincón del mundo.

—Córrete en mi boca.

Él parpadeó.

¿Qué fue lo que dijo?

La miró ladino, encendiéndolo más su propuesta, no a toda mujer le gustaba tragar semen.

—Tendremos que ir a la orilla o tendrás que sumergirte, cariño, y tú no sabes nadar —a pesar de su picardía, Everett era considerado para que ella evitara tragar agua salada en vez de su simiente.

La perversión reflejada en su rostro.

—Me sostendré de tus piernas, tú aférrate de mis hombros.

—¿Segura? Estarás allá abajo…

—Me apetece tu leche. *Mmmmmm*… —Así como Everett era adicto a lo que ella portaba en sus senos; la de él, a Isabel se le hacía apetitosa.

No es que fuese un manjar, pero ¡diablos!, quería todo de Everett.

—No me vayas ahogar… —le advirtió para que tuviese cuidado de clavarla como si la quisiera matar.

—Seré bueno. —Le guiñó el ojo y ella se arrodilló en el lecho marino.

El agua la cubrió hasta sobrepasar su cabeza y oscurecer un poco los colores del espectro de la naturaleza: el azul del cielo, el blanco de las nubes, el verdeazulado del atlántico…, se opacaban a falta de costumbre,

los ojos de Isabel aún le costaban adaptarse a un ambiente del que rara vez solía disfrutar por estar ocupada con el ballet o su nueva vida.

Deslizó el pantalón y el calzoncillo hacia las rodillas, acariciando a continuación sus genitales. Nunca hizo algo semejante, ni siquiera en sus más húmedos sueños eróticos en la que ella se comportaba como puta callejera. Contendría la respiración hasta mamarle la verga, por su puesto, debía hacerlo rápido para que sus pulmones no aumentaran de tamaño y explotaran por no expulsar el aire contenido.

Así que, tuvo cuidado al engullirlo en buena parte, sin tragar agua.

Sería un reto.

Everett apretó sus hombros y ella comenzó a chupar, hambrienta de esa leche que emanaba solo cuando el otro alcanzaba el momento culmen; lo hacía sin parar, escuchando de manera amortiguada los gemidos de Everett en la superficie, sus garras se enterraban, tenso por la mamada.

Se aferró a las muslos de este en el instante en que, sin aguantarse las deliciosas chupadas, él comenzó a golpear en su boca como si la taladrara con su verga. Era frenético y algo rudo, por lo que tuvo que detenerlo para que no siguiera o no sería capaz de saborearlo.

Los envites de la pelvis masculina aminoraron e Isabel siguió con el grosor del glande justo entre sus labios, tragaba el falo y luego lo sacaba hasta la punta, para continuar con esa faena una y otra vez. Le encantaba, era nuevo lo que hacía, estar como sirena penitente que recibía *la eucaristía* del tritón. Todo lo percibía diferente: el sonido, los colores, los sabores…

Nada se comparaba a lo que ella hacía sumergida, estaba sola en aquella inmensidad del océano, nada más las piernas musculosas de Everett y ese falo enorme justo frente a su boca.

Su cabellera, que ondeaba libre bajo el agua, de repente fue recogida por una mano y su cabeza inmovilizada para que los golpes hacia ella

fuesen más demoledores.

Everett no se aguantaba…

Isabel soportó las acometidas y la dureza de este pronto tuvo una potente liberación.

Tragó la esencia de su amante, sin arcadas o intenciones de escupirla.

Se puso en pie y emergió justo en el instante en que Everett aún mantenía la cabeza echada hacia atrás, extasiado por el orgasmo.

—Qué buena mamada… —jadeaba él como si hubiese estado en una maratón. Sus pantalones seguían arremolinados en sus rodillas.

—Y qué buena leche, me gustó.

Everett la miró abrasador, ella se limpiaba las comisuras de los labios como si le quedara ahí algo de semen.

—Y te va a gustar el *cunnilingus*. —Ya que estaban en esas faenas, creía conveniente satisfacerla de la misma manera.

No hubo protestas.

Sino una sonrisa femenina que se extendió de oreja a oreja.

Everett le dijo «adiós» a Isabel con la mano y se sumergió, tras absorber una bocanada de aire. Sus cabellos de león quedaron extendidos en el agua como si fuesen algas, su estatura se redujo ante una reverencia que le haría a esa santa-de-los-lobos-envalentonados por ser tan indulgente con él.

La braga de Isabel desapareció de sus partes íntimas y rápido flotaba en el agua al ser lanzadas por Everett hacia atrás. Isabel no pudo alcanzarlas cuando se alejaba ondeante por la marea. Sentía las manos de Everett pasearse por sus muslos y sus nalgas, volviendo a llevarlas hacia adelante y acariciar la ingle.

La joven morena se mordió el labio inferior y se preparó para recibir su lengua.

¡Oh, misericordiosos ángeles de la lujuria!

La respiración aumentó gradualmente, acalorada por la osadía de hacerlo allí. Se tambaleó un poco cuando Everett –tritón impúdico– elevó una de sus piernas y la pasó por encima de su hombro para

tener acceso a las carnosidades íntimas, jadeó tan pronto los dientes de este atraparon una de las paredes vaginales, pero estaba jugando y el corazón de Isabel estalló alborotado.

Oh, ángeles lujuriosos…

¡Oh!

La persona que pasara observaría a una mujer sola que permanecía estática, tal vez meditando entre las olas. Nadie se percataría que un hombre de aspecto de leñador *buceaba* para comerse la vagina de esa mujer.

La hacía gemir, sus senos estaban que se desbordaban del sujetador, la respiración era profunda, agónica, teniendo que tocarse así misma para descargar las sensaciones. Ahora era Everett quien se las provocaba a ella, la follaba con su boca, su lengua demoníaca parecía muy larga, enterrándosela en las profundidades de su ser como si fuese un segundo miembro que salía de su boca.

A Isabel le daban espasmos y se sujetó como pudo de los hombros fuertes de Everett, lamiéndola sin cesar.

A cierta distancia de allí, el humano que la estuvo mirando embobado, la espiaba desde la ventana de su habitación y con unos binoculares que mantenía escondido en un baúl para que su mujer no se los partiera en la cabeza por mirón, pues en una ocasión lo atrapó observando a unas chicas en diminutas tangas, pero él atinó a decirle que estudiaba el vuelo de las aves migratorias que pasaban por el horizonte en ese momento.

Echó un furtivo vistazo hacia la puerta de la habitación que mantenía cerrada y luego se sacó el pito, enfocándose de retorno sobre aquella impresionante modelo de tetas grandes. Él se dio cuenta de lo que la parejita hacía, no los perdió de vista a pesar de haber sido apartado de la playa; sin embargo, desde su sitio los apreciaba mejor, cuidaba de no ser atrapado por estos o por alguien de intachable moralidad.

—Quítate eso, déjame verte las tetas —hablaba para sí mismo mientras se masturbaba con vigor, imaginando que era él, el que las manoseaba—.

Vamos… ¡Quítatelo! ¡Eso!, *buena chica*, qué tetotas… —alabó cuando la mujer se quitó la parte de arriba para tocarse los pezones—. Parecen de chocolate, como te los quiero chupar… —se saboreó, imaginando que sus labios los succionaba como si tuviera mucha

hambre. ¡Ansiaba follarla!

¿Dónde viviría para visitarla?, lo averiguaría, su pito pulsaba por estar *bien metido* en su vaginita, causándole dolor, porque él *lo tenía* para dejarla como una caverna bastante profunda. Se apretaba con desesperación a punto de eyacular, deseando a esa morena de buenas curvas que estaba para comérsela durante...

Escuchó un carraspeo detrás de él.

El humano miró con aprensión por encima de su hombro.

—No es lo que parece.

Su rolliza mujer había entrado a la habitación de forma silenciosa, sujetando un mazo de la cocina y lo aventaba en su otra mano como si fuese una carcelera que le daría una paliza al morboso presidiario.

A la vez en que el primer golpe del mazo volaba hacia la humanidad del marido, Isabel gemía en voz alta.

Alcanzando su orgasmo.

Capítulo 8

—Oye, ¿es cierto?

—«Es cierto», ¿qué? —Anna inquirió con algo de rudeza a Rosario mientras ambas vestían la mesa del comedor, la joven niñera solía colaborar a las sirvientas en estos oficios cuando estaba desocupada, pero con esa cotillera, mejor se hubiese largado a su habitación a dormir la siesta. En el Cuarto de la Mantelería la acusó de estar coqueteándole a Elijah, sin permitirle siquiera el voto de duda.

—Lo de la concubina del señor Everett —aclaró—. ¿Es cierto lo que dijo Esther: se regeneró?

El tenedor se alineó al cuchillo y, la copa para el agua, acomodada con precisión en un extremo *al que se sentaría* en el cabecero de la mesa. Anna gruñó para su adentros, molesta con la nodriza por estar esparciendo la noticia que al mayordomo o al ama de llaves correspondía.

—Sí —contestó con parquedad, no tenía caso mentir; sin embargo, no agregó más, ya ellos verían renacida a la buena de su jefa, cuando esta creyese oportuno dejarse ver por el resto del personal y los amos de la casa.

Rosario esbozó una expresión de asombro y se acercó veloz hacia Anna para cuchichear y así sacarle más información.

—¿Y cómo luce?, ¿es cierto que es bonita? —Esther le había comentado que la concubina dejaría opacadas a las hijas del señor Damir o a las mismas esposas, quienes eran conocidas por ser favorecidas por la Madre Naturaleza.

—Es muy hermosa —dijo sin contener una sonrisa sincera—. Parece una reina de belleza.

Rosario hizo un gesto de «¡ay, no exageres!», dudando de esto, en dos ocasiones alcanzó a ver parte de sus facciones y no era para tanto, era una hispana simplona que ni cabello tenía.

—Estaré de acuerdo contigo cuando la vea —replicó odiosa, yendo a acomodar los cubiertos correspondiente a la señora Grubana, estaría sentada en la esquina del otro extremo de la mesa.

Justo colindante con su melindroso hijo.

Anna no espetó a la incredulidad de la sirvienta y alineó la silla en la que se sentaría la señorita Isabel. Cuando se presentara a almorzar, dejaría a

todos con la boca abierta, es como si lo del accidente del helicóptero jamás hubiese ocurrido o, en compensación, el gran Licaón resaltó su belleza.

—Ese retíralo, no bajará a comer —Rosario comentó a la muchacha en cuanto esta posaba sobre la mesa el plato llano que se suponía sería para Jevrem.

Anna lo retiró, imaginando las razones de su inapetencia: la resaca le impedía levantarse de la cama.

Ojalá tuviese una fuerte migraña que lo hiciera vomitar hasta por las orejas.

La dejó sola para irse de borrachera.

—¿El joven se siente mal? —preguntó en su intento de no demostrar que por dentro ardía de rabia. ¿Cuánto licor habría bebido?

Rosario corrió de nuevo hacia ella para comentarle en voz baja:

—El señor Damir dijo que estaba «indispuesto», pero esta mañana el jardinero lo vio a él y a su primera esposa llegar con el joven Jevrem casi a rastras por *la cruda* que llevaba. ¡Le costaba caminar que hasta la señora Radojka lo ayudaba a sostenerse! Al parecer le gusta *empinar el codo*; el otro día, Esther…

Continuó comentando de la vez en que Jevrem llegó amanecido al día siguiente en que los guardaespaldas de la concubina se hospedaron en la casa. Anna ni asentía ni negaba con la cabeza, solo escuchaba la cotilla de la sirvienta, de la que esta gozaba en ponerla a ella al tanto; no le aclaraba que también los había pillado y que el cuadro que el hijo daba inspiraba lástima. Por supuesto, más rabia que cualquier sentimiento de empatía, el licor o la cerveza ingerida lo mantendría inconsciente todo el día.

—Enfocó su celebración, *clavando pito* —Rosario subrayó y Anna alzó la mirada interrogante—. ¡Ayer! —agregó para que la comprendiera —. *Se clavó* a Belkys y a Sandra. ¡Qué energía! Bueno, eso es lo que ellas dicen, que *la cosa* comenzó a ciertas horas en la madrugada; son tan mentirosas y exageradas… ¡Ay, pero por qué no me lo topé en el pasillo! —se lamentó de su mala suerte—, en estos momentos tendría la vagina adolorida y la dicha en la cara.

—No quiero saber de eso —Anna trató de zanjar la conversación, le dolía enterarse de que Jevrem necesitó de otras mujeres para saciar su apetito sexual, después de acostarse con ella, puesto que una neonata virginal no le bastó.

Dio un visto bueno a la mesa del comedor y aprobó que la vajilla estuviese puesta de forma correcta.

—Te confieso que, *si me lo pide*, se lo concedo —la otra expresó casi en un susurro—. Ese beta esta para chuparse los dedos, estaría dispuesta a darle una docena de cachorros —rio—. ¿Tú no?, porque yo sí. *¡Arg!* ¡¿Por qué no me lo encontré?!, Belkys y Sandra son unas suertudas… —A ella no le habría importado estar en una orgía con tal de sentir la verga de este enterrada entre sus piernas.

Notó que la niñera parecía molesta, asumiendo Rosario que, tal vez, por también haberse perdido de gozar al joven amo, pero cuando le iba a espetar que dejara la envidia, la señora Grubana, el señor Damir,

sus esposas e hijas, en el acto se hicieron presente.

Rosario y Anna se reverenciaron mientras estos tomaban sus respectivos asientos. Andjela escaneó con desprecio a Anna, y Grubana miró su reloj de pulsera, ante el retraso de la hora para comer, debido a que el bastardo y la híbrida ordinaria seguían fornicando. ¡No se cansaban!

—Tú, ve a notificarle a Everett que ya estamos sentados en la mesa —la engreída anciana ordenó a Rosario, sin mencionar con la debida propiedad al que era el dueño de dicha residencia, como si este fuese la oveja negra.

Anna suspiró para sus adentros, lamentando que a ella no le ordenaran, permanecería sola en el área del comedor hasta que la señora Blanka y las otras dos empleadas trajeran las bandejas de comida.

—Tener que esperar por *aquellos dos*… —Grubana masculló enojada—.

Qué falta de consideración hacia los mayores.

—Madre, ¿qué te extraña? Los modales de los *tercermundistas* se pegan.

Everett no está pendiente de las normas, al estar con *aquella*…

Anna se mordió la lengua para evitar gritarles: «¡Ellos son alfas, hacen lo que les da la gana!». El señor Damir y la señora Grubana aún no aceptaban que no tuviesen autoridad sobre nadie. No obstante, apretó los labios y respiró profundo para no perder la compostura, la señora Radojka la miraba de soslayo y el trío de hienas adolescentes reían por lo bajo, causándole gracia que la omega no escaló posición laboral con su oficio de niñera: seguía siendo una pobre sirvienta.

—¿Y la comida? —Grubana alzó la mirada hacia el mueble donde acomodaban las bandejas—. ¿Por qué no está servida? —Para ella esto era inconcebible.

—Esperan por el señor Everett y la señorita Isabel… —la joven respondió cohibida.

«Señorita Isabel».

Señorita…

Qué «señorita» ni que nada: ¡Era una mujerzuela!

—Entonces, que le avisen al ama de llaves —gruñó—. ¡Milenko!

—Mande, señora —acudió para atender a la anciana, habiendo aguardado paciente en un extremo del área del comedor a que alguno de los amos lo necesitara.

—Averigua qué sucede, que estamos aquí con los platos vacíos.

El mayordomo asintió reverente y le dio una orden silente a la muchacha, parada al lado del mueble voluminoso, para que apurara a Blanka y a las demás mujeres que esa tarde trabajaban lentas. Ese día a más de una castigaría.

Anna agradeció para sus adentros que el anciano la mandara y, antes de que se apurara para que tampoco la regañaran, el ama de llaves, Belkys y Sandra, entraban por el arco que conecta con el pasillo que da a la cocina.

—Ya era hora, ¡cuánta tardanza! ¡¡Sirvan!!

Blanka se inquietó al tiempo en que las dos sirvientas dejaban las bandejas con sus charolas en dicho mueble, debido a que no era costumbre comenzar a comer antes que el alfa. Era considerado una terrible falta de respeto.

Miró a la anciana con expresión mortificada.

—Lo siento, mi señora, debo esperar.

—¡Ya estamos sentados!

—Madre… —Damir trataba de calmarla, la edad avanzada de Grubana la hacía impaciente e irascible—. Ya te dijeron de que esperan por Everett.

Ella masculló palabras ininteligibles que a las empleadas domésticas les sonaron a maldiciones.

—Si Stanislav viviera… —hubiera expulsado de la manada a ese par de mequetrefes.

Entonces se dio cuenta que alguien más faltaba y esto la alertó de inmediato.

—¿Y Jevrem? —preguntó por él, inquiriendo con una ceja alzada a

Damir. A Radojka la ignoraba por considerarla insignificante.

El estilizado hombre se removió incómodo en su puesto y Radojka miró severa a Anna para que se mantuviera callada, en caso de que le

preguntaran. La muchacha tenía pleno conocimiento de las condiciones en cómo llegó su hijo hacía unas horas, y, con esta, aún tenía una conversación pendiente.

—Está… —Damir rodó los ojos hacia la omega y esta bajó la mirada intimidada— indispuesto.

Belkys y Sandra intercambiaron miradas cómplices de lo que sucedió la noche anterior, y la señora Blanka se preocupó de que el señor Damir le echara a ella la culpa por una cena mal preparada. La indigestión era rara en los metamorfos, pero cuando la padecían, no había inodoro que la aguantara.

—¿Y eso por qué? —Como matriarca, Grubana requería de respuestas inmediatas.

Por cazar humanos…

—Está agotado, madre. Everett le ha impuesto muchas obligaciones: supervisa todo el sistema de seguridad y sus hombres.

—Así debe ser. Jevrem dirigirá algún día, Kenai y Denali, cuando lo sustituya como alfa.

Esto a Damir le revolvió la bilis, se suponía que él sería el próximo, no su hijo.

Belkys y Sandra se volvieron a mirar. ¡¿Agotado por supervisar?! Más bien: agotado de tanto follar.

Anna también lo pensó.

—¡Habrase visto tener que esperar como peones! —Grubana exclamó indignada, volviendo al tema de la tardanza—. ¿Acaso esa híbrida no tiene qué ponerse para cubrir sus espantosas quemaduras?

—¿Qué quemaduras?

La pregunta formulada por una mujer que, recién entraba al comedor, causó una seria conmoción entre los que ahí se hallaban presente.

Radojka agrandó los ojos al verla, Vesna palideció, las tres hijas

adolescentes jadearon asombradas, mirándola de arriba abajo; Grubana se llevó la mano al pecho como si hubiese visto un fantasma y Damir entrecerraba los ojos para descubrir de si se trataba de maquillaje corrector.

Anna amplió su sonrisa. La recién llegada dio el efecto que ella quería observar en los demás.

Isabel llegó de la mano del señor Everett, ataviada en una falda tubular que le llegaba hasta las pantorrillas, una blusa ceñida a modo de corpiño y

unas sandalias que maximizaban su imponencia, como la perfecta compañera del alfa.

Everett también se había arreglado: cabello recogido en una cola baja, traje sastre casual y barba acicalada.

—Eh… —Grubana boqueó, enmudecida por la impresión. ¿Cómo es que esa maldita lucía mejor que ella y sus nietas?—. Las… Eh… Nada. Me refería a otra híbrida.

Isabel esbozó una sonrisa despectiva.

«Otra híbrida».

Everett la condujo hasta su silla, deslizándola como todo un caballero para que ella se sentara. Sus sobrinas y cuñadas se pusieron en pie, Damir, quien con reticencia tuvo que demostrar respeto al cabeza de familia, miró a la madre y esta medio se levantó, pero acto seguido fingió que le dolía la pierna derecha y se sentó rápido para no demostrar sumisión a ese par de idiotas.

—Noto que ya no usas el velo —Damir comentó con su habitual sonrisa hipócrita y a la vez en que se sentaba en cuanto Everett y la hispana lo hicieron con elegancia.

—¿Te parece? —replicó Isabel, igual de antipática. Everett besó el dorso de su mano y ella le obsequió una pícara sonrisa.

—Sí, *mi queridita* cuñada, hoy luces espléndida. ¿Verdad, hermanito?

Hasta me atrevería en asegurar que luces más *oscurita*.

Las adolescentes rieron y Vesna celebró que su esposo saliera con sus afilados halagos. La divertía que hiciera rabiar a esa mujer tan

despreciable.

Isabel dejó de sonreír y Everett atravesó con la mirada a Damir.

—No comiences con tus comentarios fuera de lugar —increpó antes de que a Isabel le hiciera corto circuito en el cerebro por la indirecta racista.

Esos temas eran sensibles para ella.

Damir fingió carcajearse. Ni para payaso de circo servía, sus chistes eran pésimos y de mal gusto.

—Me refiero al bronceado. Por cierto, ambos lo están: esas mejillas rebosantes de felicidad y bronceadas… ¿En qué momento estuvieron en la playa retozando?

—En el momento en que todos esperábamos para almorzar —Grubana espetó con resquemor. Ayer tuvieron que soportar sus escandalosos gemidos mientras cenaban y esa mañana, al parecer, decidieron continuar con sus cochinadas delante de todo el mundo. No tenían vergüenza.

Isabel consideró que esa gente no reparaba en lo que escupían delante de jovencitas. Las sobrinas de Everett estaban en edad de experimentarlo todo y, lo que se comentaba en la mesa no era para sus oídos.

—Hay que disfrutar de las bondades de los rayos solares —comentó sin molestarle la hosquedad de la anciana y guiñándole un ojo a Everett—. Es muy beneficioso para la piel de los lobos; te pone… —*caliente*—. Te fortalece.

Sobre todo, de las bendiciones que una buena mamada y un *cunnilingus* ofrecía, meditó Everett, quien ya planificaba llevar a Isabel de retorno al dormitorio.

Después de follar en la playa, la cubrió con su camisa y ambos corrieron hasta escabullirse por la puerta posterior sin que los viera ningún vecino humano. A las nodrizas le subieron los colores al rostro, al estar él con el pecho desnudo por ahí. En las urbes el pudor era frecuente en los metamorfos que abandonaron los bosques y las montañas, por los rascacielos y la vida agitada.

—Me alegra que estés bien. La felicito —Radojka giró su rostro hacia Isabel, separadas ambas por una silla vacía sin importarle que su

suegra o su marido después la increparan por aduladora.

—Gracias —no dijo más, consciente que ella no era su amiga.

Hablando de amigas…

— *¡Ayyyy!,* pero ¡qué tonta! —Andjela gritó a Anna en el instante en que esta le llenaba la copa con agua. La hosca muchacha había estado vigilando los movimientos de la omega y fingió sobresaltarse, como si Anna le hubiese mojado adrede el regazo de su vestido.

—Disculpe, señorita, yo… —la joven no entendía cómo es que su jarra se vertió mal. Tuvo cuidado de llenar la copa y, al fijarse, estaba causando desastres.

—Eres una incompetente. ¡Despídela, tío!

—Lo siento, yo…

—Ya no hay buenas sirvientas, cada vez son más torpes —Grubana agregó más leña al fuego, para nada comprensiva con la omega.

—Everett no es el que tiene que despedirla, sino yo, es mi empleada —

Isabel replicó sin haberse percatado antes de la chica—. Por cierto, ¿qué haces sirviendo en la mesa? Eres mi niñera, no la sirvienta de los demás.

Anna palideció, Isabel la increpaba con el ceño fruncido.

Tragó saliva.

—Me ofrecí para ayudar…

—Pues, ya no más. Haces mucho cuidando a los gemelos. Vete a descansar; a las 5:30 te necesito.

—¡Pero ella debe servirnos! —Grubana se impuso sobre la híbrida hispana—. Tenemos hambre. Qué sirva.

—Las otras chicas pueden hacerlo. Blanka, por favor… —Isabel se dirigió al ama de llaves para que coordinara la puesta de la comida en la mesa.

El señor Milenko observaba el incidente desde su sitio, pendiente de sus amos y del vestíbulo principal por si alguien tocaba a la puerta.

Esa muchacha buena-para-nada debía ser despedida lo más pronto posible, causaba problemas y su torpeza ya era legendaria.

Tenía el modo para conseguirlo, solo que esto a él le costaría la cabeza.

Anna se retiró por las puertas que dan hacia la zona de los empleados y se encaminó a la que da a los contenedores de basura. De allí bordeó la parte posterior de la casa, volviendo a entrar esta vez por la puerta lateral del área de la piscina.

Su intención fue la de evadir las miradas escrutadoras de los amos y del mayordomo, quien no la perdía de vista, pendiente a que ella se equivocara para increparla. El enojo de la señorita Isabel la entristeció, pero la comprendía, la contrató para atender a sus hijos, no a esos miserables engreídos.

Por insólito que pareciera no hubo quejas que contradijeran el mandato, el silencio se instaló a su espalda, quizás estos riñendo en voz baja o el tema

«niñera-sirvienta» quedó zanjado.

Temió que el señor Everett la despidiera, ante todo, él tenía la última palabra y, si le apetecía, arrojaba su maleta a la calle.

Se las ingenió para no cruzarse en ningún momento con Colton y Tyson, sería muy incómodo después de que estos pretendieron entrar a la fuerza a su habitación por estar ella en celo. Aún estaba satisfecha por el sexo con Jevrem, pero la preocupaba que la azotaran de nuevo las ganas y esta vez les diera a estos acceso a su cuerpo. Muchos hombres trabajaban en la casa del que se aprovecharían de sus calorones.

Con la incertidumbre de ese hecho latiendo en su pecho y la decepción ocasionada por Jevrem, la impulsó a escabullirse a la segunda planta para expresarle a este –a pesar de su dolor– que ella seguiría con sus proyectos y a él lo olvidaría.

—¡Anna!

El llamado de Elijah, tensó a la joven cuando esta cruzaba por la galería.

—Lo siento, tengo que ir al…

El guardaespaldas, que la siguió apenas olfateó su perfume floral, subió de volada las escaleras, a pesar de la prohibición a ellos de no merodear en la planta alta.

—¿Estás bien? —preguntó visiblemente preocupado y esto desconcertó a la muchacha.

—Sí, ¿por qué?

—Por lo de tu… —lo dejó en el aire, le costaba expresar.

Anna enrojeció avergonzada.

—Estoy bien —y se volvió sobre sus talones hacia la ruta que debía tomar, simulando que se dirigía al Cuarto de Juegos, donde, lo más probable, las nodrizas cuidaban de los bebés.

Elijah sopesó seguirla y convencerla de encontrarse en otra parte para preguntarle lo que sucedió la noche anterior: él algo recordaba, se enfrentó al joven Brankovic y perdió miserablemente; sin embargo, la lobita le gustaba y a él aún no se le disipaban las ganas, el maldito la desfloró y la dejó sola después de aplacar su pito loco. Elijah era consciente de que esta ya estaba disponible, el beta ya *se la había comido* y estaba al alcance de los machos que sabían de su celo.

Esta vez él la tomaría de primero.

Capítulo 9

Anna no halló a nadie en el pasillo tan pronto cruzó la galería y Elijah dejó de insistir en su embarazoso interrogatorio.

Rosario había bajado detrás de los amos, cuando a ella le ordenaron avisarles a estos que los demás aguardaban por ellos en la mesa del comedor; las nodrizas debían estar en el dormitorio, según lo dispuesto por la señorita Isabel. Hasta donde tenía entendido, los gemelos dormían su siesta matutina, pero como el alfa estuvo vistiéndose allí, lo más probable, las mujeres aguardaban en el Cuarto de Juegos o ya estaban de vuelta en el cuarto contiguo para velar por el sueño de estos.

Asegurándose de que Elijah no la siguiera para acosarla con sus

preguntas, la joven miró por sobre su hombro y echó un vistazo fugaz por encima de las barandas de la galería hacia la planta baja del vestíbulo principal. Elijah se marchó de allí y nadie merodeaba por las cercanías. Aun así, aguzó el oído.

Sonidos de cubiertos sobre platos, provenían del arco que da hacia la zona del comedor.

Los amos seguían comiendo y, para bien o para mal, en una inquietante

«armonía».

Anna tomó una profunda respiración y se volvió por su camino. Por un instante vaciló en medio del pasillo del ala este de la casa. En dicho sentido y a su derecha, se hallaban tres habitaciones: la más grande y que daba hacia la fachada, perteneciente al difunto Stanislav y de la que seguía vacía, la siguiente era la del señor Damir y la otra, la de Jevrem.

A la izquierda de la joven: el Cuarto de Juegos y el dormitorio del señor Everett.

Como ella bien sabía, las del Cuartel de las Brujas se ubicaban en el ala oeste del otro extremo de la galería.

Las mujeres, por un lado, los hombres por el otro…

Por este motivo, a Anna le daba aprensión aventurarse a la parte en que los señores descansaban. Si la atrapaban merodeando sin justificación, la castigarían y luego la echaban por estar buscando lo que no se le ha perdido, y sobre ella endosarían una etiqueta que nunca se podría quitar:

«Empleada ladrona o promiscua».

Según el patrón que se la impusiera.

Arriesgándose a esto, Anna tomó la decisión de cruzar por el pasillo a su derecha.

La primera habitación en su recorrido era la de Jevrem, esta originalmente le perteneció al señor Damir, quien se mudó a la contigua que fue del señor Ranko, pues al morir este, ¿quién se opondría para el que la ocupara en sus viajes ocasionales?

Apretó el paso y se detuvo justo en la puerta.

Sus manos temblaban, en su mente se repetía que la despedirían por este hecho, pero su corazón la impulsaba en girar el picaporte e introducirse en la habitación para increparle a ese mentiroso que la decepcionó.

Abrió y enseguida cerró tras de sí, sus sentidos estaban en su máximo punto, le diría lo que pensaba de él: que perdió un bonito querer y que ella saldría adelante.

Sus pensamientos se difuminaron en cuanto observó a Jevrem postrado de medio lado en la cama, profundamente dormido.

Anna ahogó un suspiro.

Se lo veía tan apaleado...

Sin fijarse en el decorado o en la amplitud de dicho espacio, la joven avanzó y rodeó la cama de cedro tallado, previniendo despertarlo y originar la hecatombe; sin embargo, Anna necesitaba observar más de cerca lo que de él percibía.

O, más bien, lo que no…

Para nada hedía a tufo o sexo de otras féminas. Olía a sudor, tierra y…

Se tapó la nariz.

¿Sangre?

Dio un paso más, sus rodillas ya rozaban los laterales de la cama.

Arqueó las cejas al fijarse mejor en el aspecto de Jevrem. ¡Cuánta suciedad! A pesar de que las ropas que este traía puestas se las veía impecables, su cuerpo presentaba condiciones que distaban del aseo personal: cabello grasiento, uñas sucias, manchas de barro en sus mejillas y, por lo que parecía en el dorso de las manos, una coloración rojiza que la hacía meditar en que salió de cacería o dejó a algunos tipos sin dientes por dase de puños, quién sabe en qué bar. Por supuesto, la noche anterior Jevrem se midió con Tyson y Colton por el celo de ella; si bien, hubo grave rasguños que desfiguraron su rostro y lo hirieron por el torso, estas heridas sesgadas sanaron de inmediato tras vencer sobre los otros.

Hizo un gesto despectivo.

Todo un maldito Brankovic: tan Ranko y tan Everett.

Aun así, en la expresión de este había tensión como si tuviese pesadillas, su ceño presentaba un leve fruncido, quizás por imágenes oníricas que lo harían despertar malhumorado por impedirle descansar como era debido.

La joven extendió la mano para mover su hombro y así sacarlo de sus malos sueños, pero quedó estática a centímetros de este, comprendiendo que no valía la pena iniciar una discusión con un sujeto que no valoró lo que ella le entregó con devoción.

—Duerme bien, joven Jevrem —dejó de tutearlo—. Disculpe que haya entrado sin su permiso, vine a recuperar el corazón que me arrancó; desde este instante ya no suspiro por usted.

Se encaminó a la puerta y dio una última mirada entristecida hacia ese hombre de largas piernas y cuerpo de matador. Anna se prometió a sí misma no volver a enamorarse hasta primero alcanzar sus propias metas. Y, para esto, pasaría mucho tiempo.

Mientras ella abandonaba el dormitorio, Jevrem abrió los ojos –despierto él en todo momento– y una lágrima rodó por sus mejillas.

Era lo mejor.

Para los dos.

*****

En el área del comedor, el postre era servido por Belkys y Sandra.

Branislava se había esmerado en preparar un pie de limón que hacía ensalivar a las sirvientas, orando para sus adentros de que a los comensales no les diera por repetir, ya que ellas deseaban probar, así fuese una cucharada, ávidas comelonas de todo lo que fuese dulce.

—Papi —Andjela llamó a Damir, tras un suave carraspeo para aclarar su voz—. ¿Nos das permiso para ir de compras? Nos hace falta vestidos y calzado, la temporada pronto cambiará y no tendremos qué ponernos.

—No es aconsejable que vayan solas —respondió en cuanto Everett posó la mirada sobre él para advertirle en que no lo permitiera por lo

discutido en la biblioteca.

—¿Por qué no? —la mayor chilló, habiéndose imaginado que le daría una respuesta afirmativa y obtuvo una que la enojó—. Alguno de los guardaespaldas nos puede acompañar. ¿Qué te parece, Kevin o Branimir?

—Ni yendo un tropel, ninguna irá.

—¡Pero nos falta ropa! Sobre todo, yo que me voy a casar… — *con ese vejete*—. ¿Qué voy a lucir en mi luna de miel: ropa pasada de moda? ¡Qué raya!

—Compra en Anchorage.

—La que venden allá es espantosa… —masculló, cruzándose de brazos.

Sandra y Belkys meditaban que las chicas tenían ropa suficiente para abastecer a un pelotón de mujeres, e Isabel pensó en su propio guardarropa, del que apenas usó unas cuantas prendas en esos meses de recuperación, así como también pensó en el supuesto ajuar que debía comprar para lucir a Everett en su noche de bodas y todo resultó un cuesta arriba que le causó incontables amarguras.

—Papi, por favor…

Grubana estaba a punto de intervenir en defensa de sus nietas, increpando con la mirada a Damir, quien daba muestras de sumisión al inepto hijo de Winona, pero este se le adelantó al expresar sin alterar la voz.

—Dije que no. A menos que tu *queridito tío* las lleve —ya que este les impedía moverse con naturalidad por la Gran Manzana, que fuese él quien lo solucionara. A ver cómo se libraba de tres insolentes adolescentes.

—Estoy ocupado —y con eso zanjó el asunto.

Damir sonrió con antipatía.

—Imagino «tus ocupaciones» —follar con esa zorra inmunda.

—¡Mami! —Andjela no se daba por vencida, insistiendo en tener unas horas para visitar las boutiques más costosas de la 5ta Avenida y desangrar las tarjetas de crédito de su padre, sin que ningún adulto le

respirase en la nuca. Al menos quería tener el consuelo de sentirse «libre» por esa tarde, puesto que no tendría otra ocasión para comportarse como chica. Después de que la casaran con Jacob Hamilton, sería de su propiedad y tendría que pedirle a este permiso hasta para ir al baño.

Maldijo para sus adentros. ¿Por qué coños se acostó con él? Estuvo loca o borracha al salir de su dormitorio estando en celo.

Vesna miró a Damir y luego a su hija.

—En otra ocasión —dijo para evitar disgustos, hacía todo lo que su marido pedía. Desde antes de montarse en el jet, Andjela estuvo alardeando al teléfono con sus amigas, de traerse maletas repletas de ropas de diseñador, sería lo que escogería por sí misma, ya su abuela ordenó por ella el vestido de novia que lo confeccionarían en París y, su mamá, la ropa

íntima que luciría desde el día en que se casara hasta las bragas de maternidad al momento de parir a su primer cachorro.

—¡Abuela, haz algo! —desesperada, la muchacha acudió a la matriarca, esta tenía el arrojo para imponerse sobre quien sea para dar su opinión o emitir una orden. Ni el abuelo pudo con ella.

Esta cabeceó.

—Lo siento, querida, obedece. Y no puedo acompañarte, por si consideras esta opción: debo supervisar con absoluto detenimiento la preparación de la cena. Así no asista lo más selecto de Nueva York, la familia homenajeará a nuestro Jevrem.

Everett soltó los cubiertos de mala gana e Isabel hizo una expresión de acordarse de que Jevrem le comentó su inminente cumpleaños.

¡Ay, lo había olvidado!

—¡No habrá ninguna cena homenaje, ustedes se marchan después de almorzar! —Everett gruñó sin darse cuenta de que Isabel abrió la boca para expresar su pésima memoria.

Grubana jadeó exagerada.

—¡¿En el día en que se festeja el nacimiento de mi primer nieto?! —Se indignó—. ¿Cómo puedes impedirlo? Para eso estamos aquí.

La mirada de Everett se oscureció.

—Para eso, no —replicó severo—. Y no hagas que te lo recuerde —

porque la gritaría—, ya expresé mis razones.

—No estuve presente —se hizo la desentendida, rencorosa de haber quedado fuera de la animosa reunión que sostuvieron sus cuñados, su hijo y el bastardo, por el temor de una confrontación con los vampiros.

—Everett… —Isabel posó la mano sobre la de él, empuñada en el tope de la mesa. La señora Blanka dio la orden silente a las sirvientas para que abandonaran el área del comedor, ella permanecería ahí para evitar que otros se fuesen de cotilla, a pesar de que los gritos los escucharía hasta el jardinero de la mansión más lejana de los Hamptons.

—Me gustaría ofrecerle a Jevrem un brindis —dijo en tono conciliador

—. Para mí es un buen amigo, más que un hermano —porque el suyo fue una mierda que ni quería recordar—, y merece este detalle.

Everett se tomó dos respiraciones y luego asintió.

—Brindis y cena. Cero invitaciones, solo familia. ¡Los que estamos aquí presente! —la hosca exclamación fue para los que le causaban constantes disgustos.

—¡¿Y dejas fuera a Slobodan y a Zoran? ¿Qué hay de tus primos: Ilic y Luka? Ellos viven desde hace años en la ciudad. Sería una descortesía de tu parte. Qué horror…

—A mis tíos no los quiero ver y mis primos comprenderán.

La matriarca hizo un ademán de «está bien, cómo quieras», de momento obedecería.

¡Cómo deseaba que este muriera!

Ante *el que provocaba* discordias sin pretenderlo, Isabel se percató de la silla vacía a su lado y enseguida se extrañó de su ausencia. A pesar de tener una familia disfuncional peor que la suya, Jevrem los amaba y solía pasar con estos ratos agradables como un almuerzo familiar.

—¿Mandaste a Jevrem a alguna parte? —preguntó a Everett. Cada mañana su amigo la saludaba para asegurarse de su bienestar y si se le

ofrecía algo. Pero a raíz de la llegada de esas hienas, desapareció del entorno.

Everett negó con la cabeza y esto a él también le pareció extraño. Eran pasadas las 3:30 de la tarde y este nada que se presentaba.

¿Habría descubierto el paradero del depredador?

Dejó el postre y se levantó de la mesa para llamarlo a su móvil y que le diera noticias. Se disculpó con Isabel por dejarla allí y no pasar más tiempo con ella, lo otro se anteponía, si su sobrino logró rastrear al maldito podría necesitar ayuda. Este querría atraparlo a cómo diera lugar y taparle las bocas a los que dudaban de su capacidad de mando; sus tíos y algunos betas envidiosos lo consideraban muy joven para ser la mano derecha del Alfa del Clan Kenai, existían otros más capacitados, habiendo estos peleado en guerras antiguas junto a su abuelo Dragan, el primer Alfa existente en Alaska. Estos esperarían con satisfacción que Jevrem fallara para presionar a Everett de sustituirlo por uno que fuese digno de servir a la manada.

Damir y Radojka se levantaron también, inquietos por lo que este fuese a hacer. Condenada híbrida entrometida, siempre causando problemas.

—Está supervisando el jet —Damir lo excusó enseguida y Everett quedó a medio camino de abandonar el comedor.

—Estuve en el aeropuerto. Él no estaba en el hangar.

La sonrisa trémula se esbozó en los labios del lobo engreído.

—Por supuesto —dijo—, me tomé la libertad de enviarlo a resolver un asunto personal y luego al aeropuerto. Por eso no coincidieron. Él se mueve mejor que yo en estos casos: odio la multitud humana. El tráfico…

—Jevrem está bajo mis órdenes.

—Pero es mi hijo.

—Por favor, no vayan a discutir —Isabel se puso en pie en el acto, interceediendo para que no se enfrascaran en una disputa por la autoridad sobre el jefe de seguridad de la casa—. Que hoy sea un día de festejo para Jevrem, lo apreciamos, seamos indulgentes por esta vez —miró suplicante a Everett y este asintió reticente. Se requería de minutos de descuido para que otros los tomaran por sorpresa y

atacaran. Familias enteras morían bajo garras enemigas.

—Mañana se largan a primera hora.

Y abandonó el comedor antes de que le volara los dientes a su hermano mayor por pretender siempre llevarle la contraria. Por ese día lo dejaría pasar, Jevrem era un excelente hombre y un fiel amigo; dar su brazo a torcer para hacerle un brindis era lo de menos, le debía que hubiese salvado a Isabel de aquel híbrido que pretendió violar a su propia hermana en la cabaña, a pesar de estar embarazada. Fue justo que muriese despedazado por su sobrino.

Capítulo 10

—¡¿Qué haces?!

Damir quedó helado en cuanto ingresó al dormitorio de su primogénito.

Jevrem llenaba la tula de ropa.

—Tengo que alejarme de aquí cuanto antes.

—¿Por qué?

—Les haré daño. Moriré si esto pasa. —Además de querer estar lo más lejos posible de Anna para no verse tentado en caer postrado a sus pies y pedirle perdón por romper su corazón. Ella no debía ser la novia de un psicópata.

Damir arrebató el pantalón que su hijo enrollaba para meterlo apiñado en la tula y lo arrojó con rudeza a la cama, confrontando su mirada.

—No seas estúpido, si te alejas de este modo, causarás sospecha —le hizo ver—. Everett unirá las piezas del rompecabezas y te señalará.

Aguarda unos días y resolvemos lo que debemos hacer.

—¡Es muy arriesgado! —exclamó mortificado—. Por las noches cierro los ojos y después…

—Lo sé —se apuró en interrumpirlo, inquieto de escucharlo—, pero no es conveniente que te marches sin excusas. Everett te interrogará y te sacará la verdad si te ve salir con equipaje. Hasta ahora creen que se trata de alguien que quiere venganza.

Fue oportuno en que Radojka atomizara con su perfume la segunda planta y por la ruta por donde metieron a Jevrem a la casa. De ese modo, procuró en anular la estela que haya dejado este, en caso de que Everett la captase con su olfato. La mentira expresada en el comedor apenas les procuraba unas horas para mantener a su hijo aislado mientras recuperaba la lucidez.

Jevrem –que aún no se duchaba– se pasó las manos por su cabello alborotado, desesperado por alejarse de sus hermanas, de sus sobrinitos, de su mamá, Isabel y Anna…

Sobre todo, de esta última.

¿Cómo la tocaba si él tenía las manos manchadas de sangre?

¿Cómo la besaba si sus labios desgarraron entrañas?

¿Cómo le expresaba que la amaba si era un asesino en serie?

Ella era un hada y él un monstruo.

—No puedo quedarme, los lastimaré…

Un fuerte jalón en el brazo.

—Mírame, hijo —Damir acunó su rostro para atrapar su atención—.

Nada nos pasará, ¿sabes por qué? Todas las víctimas han sido humanas, el instinto depredador ataca *al alimento*, no a sus congéneres.

—Igual soy un asesino.

—¡No lo eres! —Zarandeó su cabeza para que lo comprendiera—. Aún me niego en aceptar que te dejes llevar por el hambre o por lo que sea que te motive a devorar a esa gente. Tiene que haber alguna explicación.

—¿Cómo cuál? —sollozó entregado de nuevo en la desesperación. Los recuerdos volvieron a su mente: gritos, persecución, desgarramientos, sangre salpicada…

Saciedad.

—Alguien te debe estar controlando.

—No hay nadie.

—¡Claro que sí!, tal vez… Tal vez un vampiro. Esos malditos son capaces de hipnotizar hasta a una ballena. A ti te habrían raptado cuando te marchaste en tu moto. ¿Qué fue lo que te pasó en ese entonces? Cambiaste, te tornaste meditabundo.

Jevrem cerró los ojos, incapaz de mirar a los de su padre. A él nadie lo secuestró ni manipuló su mente, solo tuvo una mala experiencia que lo avergonzaba y luego las pesadillas que lo trastornaban.

—Hijo… —Damir lo intuía—, ¿qué te pasó?

—Nada. —En sus recuerdos: risas.

—Cuéntame, soy tu padre. Sospecho que algo te sucedió en tu travesía.

Dime ¿qué fue? ¿Te amenazaron con asesinarnos si no obedecías? —

Jevrem sacudió la cabeza, apresado entre las manos largas del progenitor—.

¿Tienes deudas por juegos o drogas?

Se libró de mala gana.

—Nada de eso: estoy limpio. Acepta lo que soy.

El otro endureció el ceño y lo señaló.

—Eres mi hijo, bueno y amado, que ha sido intimidado por un enemigo oculto. Y ese enemigo, sin lugar a duda, es un vampiro de gran poder.

—Padre…

—¡No! Jevrem… —trataba de hacerlo razonar—. No te alejes, dirigirás las sospechas sobre ti y te cazarán, y no podré ayudarte. Y cuando el Alfa Mayor se entere que el primogénito de Damir Brankovic es el posible

depredador, nos liquidará a todos, incluyendo a tu madre por haberte

concebido. Pasaremos por la pena de un escarmiento público. Aguarda unos días, veré qué excusas le daré a Everett para yo permanecer más tiempo en Nueva York, rastrearé a los que te manipulan, y si… —su voz se quebró—, *y si eres*…, entonces seré el que te ponga en un avión para que te alejes de aquí.

Jevrem ya tenía una solución para su angustia, pero no se lo expresaría porque le pondrían camisa de fuerza, imposible de desatar. Así que, atinó en asentir a la propuesta de su padre, solo para concederle por unos días la búsqueda –de la que sería infructuosa– de aquel que supuestamente manejaba los hilos de su mente inconsciente; luego se perdería y, en medio de la nada, tomaría un arma y se volaría los sesos.

El inconveniente a este plan: carecer de resistencia para no dormir.

Si lo hacía, otro inocente moriría.

—Está bien —apenas acordó, sentándose encorvado al borde de la cama, considerando aún que era un error convivir junto con los suyos, como si despedazar humanos fuese un pasatiempo común.

Damir movió la tula para sentarse al lado de su afligido hijo y le sobó la espalda para reconfortarlo. Jevrem daba por sentado en ser el depredador, pero él lo dudaba, no tenía ese corazón de hielo que se requería para ser algo semejante, su nobleza era como la de su difunta bisabuela y su moral como la de Everett, a quién envidiaba por obtenerlo todo, incluso la admiración de todos. Sin embargo, él quería ponerse en el lugar de su hijo para salvarlo del destino que le aguardaba si lo descubrían. Las leyes se impusieron para evitar el caos y la cacería de dichos humanos causaría enfrentamiento entre las especies.

—Cuando tu madre te parió, fuiste mi mayor orgullo —expresó con sinceridad—. Medías dos centímetros más que tu tío Ranko en su nacimiento. Eras muy grande para ser un cachorro neonato, ni una hora tenías en el mundo y ya identificabas a los que te rodeaban. Tu visión era muy clara, eras capaz de seguir con la mirada el vuelo de una mosca.

¡Fuiste una sensación! —Sonrió—. Muchos predijeron que serías alfa y que algún día formarías tu propia manada. Esto me preocupó, estarías en la línea de sucesión si tu abuelo Stanislav decidía que, en caso de que sus hijos fuesen incompetentes o asesinados, el nieto asumiría el mando. De hecho, apostaron por ti cuando Everett se accidentó y

Ranko enloqueció de ira por

no ser el elegido, antepones el bienestar de la manada a las propias ambiciones.

—Hubiese sido un pésimo alfa…

Damir sonrió entristecido.

—Te confieso que me preocupaba que me superaras, quería que fueras mi respaldo en todas las decisiones que tomara. Un líder necesita de hombres íntegros que lo protejan de traidores y acaten sus órdenes sin cuestionarlo.

Tú, mi querido Jevrem, eres un hombre de palabra, amas a los tuyos y estás dispuesto a morir para protegerlos.

El joven no estaba de acuerdo con lo dicho por su padre, lo describía de manera equivocada, Anna era un claro ejemplo de que él no tenía palabra, le daba la espalda a la primera dificultad que enfrentaban.

Damir aguardó a que replicara, pero Jevrem seguía cabizbajo y sumergido en sus propios pensamientos, por lo que consideró que era hora de que se sacudiera la tristeza y combatiera sus demonios con aplomo.

—Guarda todo y dúchate —ordenó mientras se ponía en pie para que Jevrem no viese que se limpiaba las lágrimas—. Te quiero descansado para cuando bajes...

—No tengo apetito. —Tal vez porque estaba lleno de *carnes blandas*.

—Cenarás así no quieras, pero primero habrá un brindis.

Jevrem alzó la mirada sin comprender a qué se debía y al instante la luz del entendimiento se reflejó en su rostro.

Por su cumpleaños.

—Es sórdido…

El progenitor sacudió la cabeza. Su hijo era inocente de lo que este mismo se acusaba; puede que lo comentado por Radojka, fuese cierto y Jevrem también lo haya heredado. Pero él albergaba la esperanza de que fuese mera coincidencia y su mujer una alarmista que señalaba fantasmas donde nadie más los veía, y, lo que tanto los mortificaba, se debía a diabólicas maquinaciones de terceros.

—Ellos no lo saben. Te vestirás formal y mantendrás un semblante del que no provoque preguntas.

—No tengo las fuerzas…

—¿Quieres que tu madre se aflija por lo que te pasa? —A Damir no le importaba lo que sintiera su esposa, pero era un excelente chantaje emocional que ejercería sobre su hijo para que tomara conciencia.

Jevrem bajó la mirada, nadie debía saber.

Ni su madre, ni Isabel, ni Anna…

*****

Dos horas después, Jevrem esbozaba una sonrisa fingida a su abuela paterna, mientras esta lo colmaba de elogios por ser un macho de carácter fuerte y ambiciones centradas. Everett le dio un abrazo fraternal e Isabel le dio un beso en la mejilla, del que le expresó su feliz cumpleaños y nobles deseos que, el mismo Jevrem, rogaba a los santos lobunos tener la suerte de que se cumplieran.

Cuando fue el turno del abrazo de la madre, Jevrem tuvo una intensa sensación, la sintió demasiado cercana, no íntima en el aspecto retorcido, sino más allá de la conexión consanguínea.

—No eres el único —susurró ella a su oído para que los demás no la escucharan, del que el joven no comprendió por su propia confusión. Sus pensamientos eran un revoltillo.

Quiso preguntarle, pero su padre dio la orden a Blanka para servir las copas de champaña en la Sala de los Lienzos, donde se reunieron para desearle éxito en sus veintiséis años. Sus tres hermanas brindaban con sidra y Vesna –su madrastra– apenas le dio un escueto «que la pases bien», como si él pretendiera continuar con el festejo en otra parte.

No obstante, él ya lo había hecho y no volvió a ser el mismo, pues no solo aquella chiquilla de trenzas largas le entregó su tesoro, sino que él la amó como si también hubiese sido su primera vez.

Y sería la última.

Suspiró para sus adentros, acongojado de no probar de nuevo esos labios, sentir la suavidad de su piel, su perfume floral, sus gemidos cosquilleando en sus oídos, la humedad entre sus piernas… No obstante, ni él ni nadie notaban que eran observados desde cierta

distancia por Anna, quien se mantenía oculta para no ser olfateada.

La joven loba no pudo resistirse en estar un instante allí, débil ante todo lo concerniente al homenajeado. Del Cuarto de Juegos había bajado para notificarle a la señorita Isabel y al señor Everett de que Erik hacía intentos por ponerse en pie y ellos debían presenciarlo. No se lo perdonarían si no les avisaba con la premura requerida, el varoncito crecía a paso acelerado, sus piernitas adquirían la fortaleza para dar pronto sus primeros pasitos, esto sería todo un evento para celebrar, no como el que se hallaba entre todos

ellos, con su incómoda sonrisita sin ser merecedor de elogios por ser tan falso.

Pero las piernas de Anna no avanzaron hacia la Sala de los Lienzos, para interrumpir el brindis que estaba por efectuarse, se había quedado inmóvil en el primer escalón de las escaleras sin ser capaz de enfrentar su mirada.

El tintineo que hacía el señor Damir sobre su copa captó la atención de los presentes y Anna no tuvo más opción que aguardar a que terminaran para avisarle a sus patrones. La cena no se programó para antes del brindis, estaría prevista para las once de la noche, los patrones habían almorzado tarde y brindar por el cumpleañero en la víspera de la media noche del primero de octubre, no tenía caso. Su fecha estaría por expirar.

—Con el permiso de mi apreciado hermanito, me tomo la libertad de alzar la copa en honor de mi hijo, Jevrem, quien desde siempre nos ha enorgullecido por su temple aguerrido —sonrió visiblemente emocionado

—. Que las aversiones a las que se enfrente jamás lo derroten y que su noble alma se mantenga incorruptible, aunque él en ocasiones lo dude.

¡Salud!

—¡¡Salud!! —brindaron todos al mismo tiempo en que alzaban sus copas rebosantes de la bebida espumosa y las estrechaban unas con otras con suavidad.

Jevrem se sintió miserable.

«Jamás lo derroten».

«Incorruptible».

Él ya fue derrotado y su alma estaba sucia.

—Gracias, padre —apenas expresó con voz rota. Carraspeó para controlar el llanto que se arremolinaba en su pecho y forzó una sonrisa acartonada para que ninguno, ni siquiera su padre, se diese cuenta de que sufría. No era correcto estar allí, celebrando como si nada hubiese pasado.

Anna se aferró al pasamanos de las escaleras, con la congoja golpeando su ser, ese muchacho aparentaba lo que no es, engañaba bien a su familia con su «nobleza incorruptible», pero solo era un borracho buscapleitos que se follaba a toda hembra que tuviese ya formada las tetas.

Y también mentiroso.

—Jevrem, ¿podrías convencer a papá de dejarnos ir de compras? Ya estamos grandes y él nos trata como cachorras. No nos dejó ir. ¿Podrías?, *por fis,* las boutiques aún están abiertas… —Andjela se acercó junto con Jelena y Milena, quienes asentían con la cabeza, esperanzadas de que las

burbujas de la champaña achisparan a su hermano para que se prestara a sus deseos.

—Eh…, yo… —Se llevó una mano al entrecejo, de repente invadido por imágenes que parecían granadas que estallaban en su cabeza y sin identificarlas bien. ¿Dónde era? ¿Un bosque? ¿Un zoológico? ¿Un parque?

No lo ubicaba, había árboles por doquier, hojarascas y neblina. Escuchaba voces, una era de su hermana Andjela que parecía hablarle a lo lejos y la otra muy de cerca, perteneciéndole a una mujer que pedía ayuda. No veía rostros, solo aquella naturaleza que se tornaba agresiva.

Se tambaleó mareado, los árboles pasaban frente a sus ojos a la velocidad propia de un animal veloz, esto le hizo que buscara sujetarse a algo para no caer al piso, casi trastabilla en su intento de aferrarse al respaldo de un sillón que estaba a unos pasos de él, pero unas manos pequeñas lo sujetaron de inmediato permitiéndole conservar el equilibrio.

Gritos.

Persecución.

Muerte.

Todo giraba a su rededor, su cabeza era un hervidero constante de imágenes inconexas que lo llevaban a la locura. Gritos, persecución y muerte, se repetía en su tormento. Esta vez logró ver a la mujer, gritaba aterrada, huía de alguien que la perseguía. ¿Acaso de él? ¿De cuándo?

Nunca la había visto, ni siquiera en sus pesadillas. ¿Pesadillas? Él no estaba soñando.

—Jevrem, ¡¿qué te pasa?! ¡Suelta a mi hermano, estúpida! —Andjela le dio un manotón a Anna por haberse atrevido a sujetarlo como si fuese su marido.

Todos se enfocaron sobre el muchacho.

Radojka y Damir acudieron para sostenerlo.

—Es pésimo bebedor… —Damir lo excusó, inquieto de que tuviese un *lapsus* como las que le daba a su mujer. En mala hora pactó con su padre de casarse con la hija serbia de uno de los embajadores del Alfa Mayor de dicho país, le trasmitió un gen que lo catalogaría peor que a los cachorros defectuosos de la híbrida hispana. De haberlo sabido, con esta jamás se habría casado.

Jevrem recobró la conciencia y rodó los ojos hacia la joven que lo rodeaba con sus delgados brazos para mantenerlo en pie, y se encontró con un par de ónices que lo miraban preocupados.

—¡Hijo! —Radojka empujó a Anna para que se apartara, mientras que Damir pasaba el brazo de este por sobre su hombro para sacarlo de allí antes de que Everett o los demás hicieran preguntas impertinentes.

—Estoy bien —se separó de sus padres, aturdido por ese torbellino que lo engulló de forma repentina.

Lo que acabó de ver, ¿fueron recuerdos?

¿Qué fue eso?

Él no estaba soñando…

Radojka lo estudiaba en silencio, queriéndolo llevar al dormitorio para hablar a solas con él.

—Eso te pasa por no comer: estómago vacío y bebiendo champaña… —

Grubana comentó sin la ternura propia de una abuela—. Blanka, ve a que Branislava prepare rápido un jugoso bistec de res. ¿O te apetece langosta?

—miró a Jevrem—. Falta mucho para que el bisonte esté en su punto.

Anna eludió el ceño apretado del ama de llaves por haberse metido donde no la llamaban, augurando la joven que más tarde le daría junto con el señor Milenko un discurso severo.

—No tengo apetito —Jevrem meditaba que, tal vez, sus gustos eran otros.

Isabel se molestó por el modo en cómo increparon a Anna, quien recibió malos tratos en vez de agradecerle la ayuda que a Jevrem le brindó. La pobre se apartó cohibida y con la mirada gacha, que no se dio cuenta de que Isabel se acercó a ella para protegerla de otra posible reprimenda. Ya hablaría con esa chiquilla con ínfulas elevadas y con Radojka de cómo es que se debe tratar a los empleados, pues se creían dioses del que jamás recibirían un castigo divino.

—Jevrem está tan acostumbrado a beber cerveza, que una copa de champaña le revuelve el estómago. A mí me pasa lo mismo, pero con la cerveza. *Fuchi*… —Damir se carcajeó en su intento de enfocar sobre él, la atención mientras que Jevrem se recuperaba. No debió obligarlo a bajar para el brindis a fin de evitar habladurías, pero lo que ocasionó fue el efecto contrario.

—No hay como una buena cerveza —Everett rio, aunque para sus adentros le extrañaba que Jevrem tuviese ese tipo de debilidades ante una bebida específica. Lo hacía de estómago fuerte, del que muchas veces presenció su tolerancia. Ahí había gato encerrado.

—Es como dijo abuela: estómago vacío y champaña…

—Borrachera segura —Vesna expresó con cierta inquina. Nunca hablaba, pero cuando lo hacía era para escupir veneno.

Isabel le sonrió a Jevrem, sin pasarle por alto la tristeza que se reflejaba en sus ojos negros. Él trataba de ocultarlo, siendo socarrón, en una aparente felicidad que la morena no percibía.

—Se me hace que te quieres escabullir, ¿eh? ¡A que sí! —expresó

como si lo hubiese atrapado en una confabulación secreta—. ¿Con quién la vas a pasar esta noche? ¿Alguna novia? ¡Huy, te he descubierto! Tienes una novia de la que no nos has dicho, esas patitas están que aceleran.

Jevrem miró de refilón a Anna y esta enrojeció sin atreverse a levantar la mirada, sintiendo los ojos del joven amo sobre ella.

El noviazgo de ellos fue fugaz.

Él sonrió avergonzado, pero la verdadera intención de Isabel era que Jevrem estuviese donde en realidad le brindaran ese consuelo que necesitaba. Y si una chica le hacía olvidar lo que sea que lo entristecía, entonces que con esta celebrara.

Por primera vez, Damir aplaudió el comentario de la híbrida.

—Mi Jevrem tiene una novia en cada ciudad que visita. Nueva York no es la excepción, es lógico que esta noche quiera estar acompañado de alguna fémina. —Aun así, con disimulo, le dio a Jevrem una silente advertencia de no marcharse de la casa, era mejor que permaneciera encerrado en su dormitorio si el dominio mental lo estaba azuzando a matar.

Esa noche la pasaría en vela para que no se escapara.

Jevrem asintió, pero fue malinterpretado por la mayoría, quienes se carcajearon de que fuese un Casanovas que le hacía la competencia a su tío Everett cuando estuvo sin compromisos que lo ataran con una hembra. Esto a Anna la hirió y corrió fuera de la Sala de Lienzos, sin avisarle *lo de Erik*, al alfa y a la señorita Isabel. Y subió de volada por las escaleras hacia el Cuarto de Juegos, donde luego se encerraría en el baño para arrojar unas lagrimitas y lavarse la cara, para después sonreír como si nada frente a los lobeznos y las nodrizas.

—Ya brindamos por ti, te puedes retirar. Solo sé prudente con *los colmilludos* —Everett le concedió esa libertad que un joven en su sano juicio ansiaba para estar con sus amigos o la mujer que le movía el piso. Y

rodeó a Isabel por la cintura para llevarla a arriba, le apetecía estar un rato con sus hijos, poco tiempo pasaba con estos, extrañaba cargarlos en brazos y hacerles reír. Según Isabel, Erik ya gateaba.

Y él perdiéndose del crecimiento de sus hijos.

—Papi, ¿y lo de ir de compras? Aún hay tiempo… —Andjela inquirió a Damir en cuanto su tío y la concubina se marcharon a la planta alta. El reloj corría en su contra, apenas le quedaban horas para pasearse por la 5ta Avenida y coquetear con esos guapos especímenes que las custodiaban. No podía ser que tuviera que comprar algunos trapos en el aeropuerto.

—¡No seas fastidiosa!

—¡¡No grites a mi hija!! —Vesna le gruñó a Radojka sin que le correspondiera a esta reprenderla—. ¡Ocúpate de tu hijo que yo me ocupo de las mías!

—¡CALLÉNSE LAS DOS! —Damir retumbó su voz ante la animosidad entre las dos mujeres—. No tengo paciencia para lidiar con tonterías. ¡Fuera de mi vista! —ordenó a las jovencitas y a Vesna que estaba por escupir mil improperios, pero esta se contuvo y se volvió hacia sus hijas para que la siguieran. Grubana le dio una silente felicitación a Damir por manejar bien la situación, lo hizo como todo un macho con mano firme que aplaca a las hembras rebeldes, y se dirigió también hacia la habitación de Vesna para reprenderla por ser tan grosera, era la Segunda Esposa y su deber era callar y obedecer.

Jevrem pretendió tomar aire por las inmediaciones de la mansión, pero Damir puso una mano en su hombro para detenerlo.

—No iré a ninguna parte —aseguró, pero el otro desconfiaba de sus facultades mentales. Sin voluntad era un títere que dirigirían a donde terceras personas pretendieran en sus oscuras intenciones.

—Hasta resolver cómo ayudarte, te estaremos vigilando.

—Lo mejor es que me marche ahora —le preocupaba lo que «vio». ¿Fue una alucinación o estaba enloqueciendo?

—¿Y huir por siempre? No, Jevrem, tendremos que hallar a los que te manipulan.

—¡Nadie lo hace!

— *¡Shhhhhttt!* —Radojka lo hizo callar, lanzando miradas furtivas fuera de la sala, mortificada de que Blanka o alguna de las sirvientas estuviese por ahí parando la oreja—. ¡Bajen la voz! —exclamó lo más bajo que pudo

—. Damir, él tiene que saber…

—No.

—Debe saber, así comprenderá.

—No es por eso.

—Lo es, *tú lo sabes*.

—¿De qué hablan? —A Jevrem le causó curiosidad la discusión que sostenían sus padres.

—Damir…

—¡No!

Airada, Radojka alzó la mandíbula para confrontarlo.

—Le diré, así no quieras. Azótame o abofetéame después por esto, lo asumo, pero mi hijo debe saber a qué se debe sus visiones.

Jevrem se mosqueó.

Visiones…

¿Eran visiones?

¿Acaso él…?

—Mamá, dime. Y despreocúpate: papá no te pondrá una mano encima —

y, al decirlo, miró al aludido con severidad: él que la lastima y Jevrem le devuelve los golpes con ferocidad.

La progenitora, sin esperar la aprobación de Damir, lo tomó del brazo y lo condujo al exterior, donde las bancas de los rosales serían el lugar idóneo para confesarle su mayor secreto.

Esperaba que lo soportara.

Capítulo 11

La expectativa lo mataba.

Jevrem se sentó en la banca después que Radojka lo hiciera, mientras que Damir echaba vistazos para asegurarse que en realidad estuviesen a solas.

Los guardaespaldas de Everett solían apostarse por el entorno, abarcando espacios que vigilaban sin ser detectados por los que por ahí merodeaban.

La noche centelleaba con sus múltiples estrellas en el firmamento, el sonido del oleaje se escuchaba a la distancia, la temperatura del ambiente en constante declive, el aroma de los rosales y el color rojo de sus pétalos, embelleciendo el patio posterior.

La tensa calma que percibían los tres lobos los mantuvo en silencio, los dos adultos sin encontrar las palabras adecuadas para iniciar la conversación y el más joven aguardando impaciente a que le revelaran las razones de lo que ocasionaban sus «pesadillas».

Radojka jugó con su collar de perlas de dos vueltas y se removió en su puesto, ganando tiempo para ordenar sus pensamientos y no alterar después a su hijo con lo que dijera. Damir lo consideraba una coincidencia, aunque muy en el fondo de su ser y sin admitirlo en voz alta que lo manifestado por su esposa era cierto.

Y esto ocasionaba que su corazón de padre se oprimiese.

—Mamá… —Jevrem la animó a que hablara, posando una mano sobre la de esta que tenía en su regazo. La otra no dejaba de mover el collar de perlas, un reflejo de estar nerviosa, siendo difícil tener que compartir su secreto con su amado hijo.

Ella lo miró y sonrió a medias. Sus ojos enrojecidos y cristalinos por las lágrimas acumuladas.

—Se dice que en cada familia las nuevas generaciones son más fuerte que las anteriores. Esto es un hecho que se ha sostenido por siglos, se ha demostrado con las habilidades de los descendientes que, entre más antiguo el linaje, mayor probabilidad de que el último que ha nacido sea bendecido por Licaón.

Damir esbozó un mohín sin que Jevrem o Radojka se dieran cuenta. Él así no lo consideraba, más bien, una maldición.

—¿De qué modo? —Jevrem preguntó sin vislumbrar hacia dónde su progenitora quería llegar.

—Con fuerza, destreza, inteligencia… Las bendiciones suelen ser variadas; mientras unos nacen con extraordinaria memoria, otros poseen un valor insuperable. Como tu tío Everett: él es valeroso, inquebrantable en su deber hacia los suyos, posee la audición más aguda entre los clanes existente en el país.

—Y qué tiene que ver con…

—Es solo un ejemplo de lo que intento decir.

—Pues, te estás yendo por las ramas. Dile o larguémonos de aquí, estoy comenzando a sentir frío —Damir espetó a su mujer, avinagrado por esta que se deshacía en elogios hacia su hermano menor que no merecía siquiera se le mencionara; fue Damir quien se mantuvo al frente de la manada en los meses en que la híbrida estuvo hospitalizada, fue él quien trató de mantener en la cordura a su padre cuando desvariaba en su lecho de muerte y le diera por sustituir a su heredero predilecto por aquel bruto de grandes músculos.

Comentarle a Jevrem lo que él ha jurado, nadie debía saber, lo tenía con los nervios desechos: es como si sus temores se hicieran realidad.

Radojka lo miró mal por presionarla a que desistiera, pero ella no soportaba en que Jevrem siguiera en la ignorancia.

—Por desgracia, no siempre dichas facultades son del agrado de los demás —expresó para desconcierto del joven lobo, quien se removió en su asiento, lo que vendría a continuación sería una terrible revelación—. A veces… —se tomó una respiración y continuó. Sus manos temblaban, a riesgo de arrancarse sin querer el collar de perlas —. A veces el último descendiente hereda la oscuridad.

Esto a Jevrem fue como si le hubiesen golpeado la cabeza con un mazo.

—La maldad… —por eso asesinaba, había heredado la maldad de sus ancestros. Por lo visto, su abuelo Stanislav se llevó muchos secretos a la tumba.

—Las visiones —la otra lo corrigió al instante.

—Pero…

—Desde mi tatarabuela, las percepciones extrasensoriales han estado presente.

Jevrem parpadeó.

¡¿Extra qué…?!

—¿Qué dijiste? —se alteró, siendo más que evidente que se aislaron de la casa para él enterarse del origen de su «visiones», pero jamás lo atribuyó a cuestiones psíquicas. O eso le parecía entender.

—Tu madre alucina, no es lo que…

—Eres clarividente —soltó ella sin más, interrumpiendo al fastidioso de su marido y dejando perplejo a su único hijo. Lo que tanto calló durante años, lo contaba al que habría de afrontar los señalamientos que lo apartarían de la comunidad lobuna.

El joven sonrió incrédulo y, aturdido, se levantó de la banca.

Radojka lo imitó, siguiendo con precaución sus movimientos. Cuando ella se enteró de sus propias visiones, le dio un ataque de histeria. ¿Cómo encontraría un buen marido que la comprendiera? Ningún lobo de apellido respetable querría casarse con una mujer que escuchaba voces en su cabeza.

Damir fue una «lotería» que se ganó al enterarse de forma accidental de un episodio que tuvo mientras estuvo embarazada: «vio» la muerte de la Primera Viuda de Dragan, estando ellos en los Apalaches y la difunta en Kenai sin que nadie le notificara sobre el deceso. Damir se enteró por el mar de lágrimas que derramó Radojka. La mujer fue una gran aliada y consejera matrimonial. Su ausencia la sentiría después, al hallarse sin apoyo moral y al mando de las esposas de su suegro.

—Yo no…, y-yo no… —tartamudeaba—. Yo no soy… ¡No es cierto!

—¡Claro que no, hijo! Tu madre está loca.

—¡Basta, Damir! No se puede ocultar el sol con un dedo. Jevrem es clarividente como *yo lo soy*, como lo es su abuela Ava, como lo fue su bisabuela y tatarabuela… Somos una familia que se sale del rango de lo que se espera en la productividad de la manada. Nuestras habilidades son del tipo mental que la física, temidos y odiados al mismo tiempo, pero son más mitos ocasionados por la ignorancia.

Jevrem trataba de escuchar a Radojka, sus oídos zumbaban por la impresión, ¿clarividente? Él jamás tuvo visiones o nada parecido a esto que indicase que cargara con dichos dones. Solo tenía pesadillas que atormentaban y que luego…

Bajó la mirada, apesadumbrado.

Que luego se hacían realidad.

—¿Has tenido pesadillas recurrentes? —preguntó a la madre para averiguar si le pasaba lo mismo y esta asintió apenada, pero como él no la miraba ella le dijo que «sí»—. ¿Por qué nunca me dijiste? —la reprochó, no se hubiera sentido tan desamparado en su angustia.

—Perdóname, temí que te asustaras y después todos se enteraran. Nos habrían expulsado de Alaska.

—¡Yo no hubiese dicho nada! Además, mi abuelo no habría sido capaz de eso, ni Everett…

—Sebrenka y Grubana, sí. Ellas influyeron en las decisiones del señor Stanislav: el temor de tener bajo el mismo techo a una loba que tarde o temprano enloquecería, causaría muchos problemas.

—¿Por qué habrías de enloquecer? —Su mirada consternada oscilaba entre la de sus dos progenitores. Cada vez la historia se tornaba turbia.

Radojka se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Damir extrajo un pañuelo del bolsillo interno de su chaqueta sastre y se la entregó sin ademanes cariñosos para que se limpiara el delineador escurrido y los mocos; era un desastre cuando lloraba y a él ese tipo de muestras de debilidad le desagradan. No la amaba, jamás lo hizo y jamás lo haría, sus gustos se inclinaban a otro tipo, pero Radojka no le exigía como Vesna para que le respondiera como hombre, sabía desde un principio sobre su homosexualidad y se mantuvo callada sin sacar provecho de esto para protegerse de ser acusada de timadora. Aun así, Damir no solicitó a los Ancianos, la separación, prefirió callar para evitar que su hijo no-nato corriese la misma suerte que la madre; lo amaba desde antes de nacer, su amor por este resplandecía por ser lo más puro que sentía por otro ser viviente. Hasta ese entonces, Damir solo se quería a sí mismo.

Él calló por Jevrem.

—Según lo dicho por tu madre: «cada generación es más fuerte que la anterior» —se adelantó a su esposa que no lograba contener el llanto.

—Y… —Jevrem aupaba a que continuara, lo que comentaba se le hacía insuficiente.

Radojka se tomó una respiración y alzó la mirada hacia Jevrem que se

preparaba mentalmente a recibir una mala noticia.

—En el caso de nuestra familia: sería enloquecer. Pero ¡no lo harás! No te pasará eso, te aseguro que no, es solo que…, en ocasiones será terrorífico que hasta crees enloquecer.

Jevrem tuvo que sentarse de nuevo en la banca de hierro forjado, oculta entre ramilletes frondosos de rosas rojas, sembradas a su rededor como si fuese un escondite hecho para los enamorados. Esta colindaba a la piscina y alejada de la banca con vistas al mar; en la que se hallaban sentados se protegían de las miradas impertinentes de los residentes de la casa, ellos tenían que aclarar dudas que, tal vez, le darían paz o desazón.

Ya verían qué resultaría de la revelación.

—Mamá, ya estoy enloqueciendo, he matado gente…

La mujer hizo una expresión de «qué vas tú a matar, no te alarmes», sonrió para demostrarle que exageraba, pero su sonrisa salió trémula; no obstante, se sentó para buscar su mirada, Jevrem requería de una correcta orientación, lo de «enloquecer» era cuestión de guía, fortalecer los puntos débiles de su personalidad y adquirir mayor conocimiento de lo que implicaba ser un lobo con dones que, *salvo el que las tenía*, las comprendía.

—Las visiones crean ese efecto.

—Ya fue suficiente, volvamos adentro, esto levantará sospechas —Damir apuró a su esposa y a Jevrem en abandonar el área de los rosales, preocupado de la posible histeria de Radojka, de enterase por boca de su hijo de que las *visiones* eran recuerdos.

—Pero, he estado ahí…, persiguiendo a las víctimas —le hizo ver—, corro tras ellos, los asesino…

—No es así.

—Al otro día sale en las noticias: no es coincidencia, mamá, ¡ocurrió! Yo los maté.

—Crees que lo haces, no eres tú.

—Entonces, ¿quién?

Ella se encogió de hombros, sorprendiendo a Damir por su fría

reacción, creyó que esta se desesperaría, que lanzaría rezos al cielo para que su hijo no fuese lo acabado de escuchar, odiándose por heredarle genes cargados de maldiciones que en nada beneficiaría a la familia. Radojka permanecía serena, un tanto pálida, estudiando con la mirada a su hijo; le sonreía entristecida como si lo comprendiera; de hecho, así lo consideraba Damir, subestimó el carácter de su mujer, quien desde la infancia fue una maestra en el arte de la mentira: ocultaba bien los episodios psíquicos que padecía.

— *Los que manipulan* tu mente —dijo él, perdiendo cuidado de que Radojka se alterase—. Estos son los que están detrás de tu… Eh…

«hipnosis». Por eso no recuerdas que lo has hecho y piensas que son pesadillas.

—¡Son visiones, Damir! —Radojka insistía en que reconociera la causa del mal de su hijo—. Aquí no hay nadie que lo «manipule», porque un clarividente ve lo que en el momento ocurre. Tienes años a mi lado, deberías saber lo que me pasa cuando tengo ese tipo de percepciones, espiritualmente me transporta a otro cuerpo si entro en contacto con una persona o un objeto. Las visiones son intensas, me atemorizan por esa

realidad que observo; por fortuna, apenas dura segundos y de esto me libero.

Jevrem giró el torso hacia su progenitora y sujetó sus hombros para que se enfocara en él.

—¿No son recuerdos? —Ella cabeceó—. ¿Cómo estás segura?

Con la paciencia que la mujer demostraba, acarició la mejilla de su muchacho para expresarle en voz baja:

—Porque tuviste una visión allá adentro, ¿no es así? —Jevrem agrandó los ojos y ella le sonrió entristecida—. ¿De qué fue?

—Sobre una bípeda —comentó pensativo—. Ella huía de mí, quería matarla, tenía rabia por lo que hacía…

—¿Y qué hacía? —Radojka lo interrogaba como si fuese su psiquiatra.

Damir oteaba en las zonas oscuras del jardín y por las partes iluminadas, sin bajar la guardia a la vez en que aguzaba sus oídos, atento a lo que Jevrem comentara de lo que «vio» mientras todos lo rodearon para brindar en su honor.

—Ella… —Jevrem comenzó a sudar frío, las imágenes eran fuertes—.

Ella exportaba animales exóticos.

Damir lo miró sorprendido.

—¿Cómo era ella?

—Rubia, de unos treinta o treinta y dos años. Un poco más baja que mamá y bastante bonita.

—¿Sabes su nombre?

Asintió, la muerte de esta fue reciente.

—Megan Gilmore. —Esto a Jevrem le hizo darse cuenta del alcance de sus visiones—. ¿Cómo sé de esa mujer? La perseguía con tanto odio…

—No eras tú —Radojka dijo sin pasarle por alto la palidez de su esposo a causa de la humana—, sino *él*… Percibías su odio, lo que pensaba de aquella bípeda. Los clarividentes tenemos la capacidad de «ver» el interior de las personas que leemos. A través de este o sus objetos personales, somos testigos exactos del presente oculto. Por eso no eres el asesino, no estabas ahí…

—¿Y si son recuerdos?

—Entonces, yo también lo sería. He visto los corazones de algunos que hasta te sorprenderías, suelen mostrar un rostro a los suyos, pero en su interior son distintos.

A Damir le sonó a indirecta.

—Tuve razón en lo que te dije —manifestó al muchacho—: te manipulan. —Radojka iba a explicarle que dejara la terquedad y aceptara que Jevrem tuvo la desventura de ser más «receptivo» en sus percepciones y que nadie lo manipulaba como si fuese un títere; sin embargo, Damir elevó la voz cuando esta abrió la boca para dar su opinión y expresó lo siguiente

—: Porque ese sujeto siempre está en tu mente.

—¿Estoy conectado al asesino?

Para Damir tenía sentido y hasta para Jevrem, pero a Radojka le preocupaba ese hecho.

—Es porque lo conoces.

—No sé quién es, creí que era yo…

—Ves a través de sus ojos, sientes lo que aquel siente, corres con sus piernas. Como un ente que posee un ser viviente —agregó para que la comprendiera—. Al estar en transe, tu alma se desdobla y tu mente se abre a las energías psíquicas que se mueven por el mundo. Mi querido Jevrem, por lo que has dicho, eres más perceptivo que yo, que hasta ahora era la más activa. Siempre temí que tu psiquis despertara en tu infancia por ser los cachorros más vulnerables, pero me confié por tu tardanza en manifestar la clarividencia. Creí que conmigo acababa esta facultad, pues siempre se daba a través de la línea femenina de cualquier familia, por lo que estarías a salvo de vivir bajo perfil.

»No sé por qué lo tienes. Algo debió activarte…

Y, según Damir, no era un «algo», sino un «alguien» que acosaba la mente de su hijo.

—¿Tienes idea de quién pueda ser? —Damir se acuclilló para captar su mirada; al estar Jevrem abrumado, se torna cabizbajo.

—No sé…

—¿A quién conociste en tu travesía por Latinoamérica? —El que le

mencionara, sería el más probable de ser el sujeto que les fregaba la paciencia. Puede que lo haya seguido para cobrarle una deuda, ya sea por golpes, una chica o una situación que se salió de control.

—No sé… —el corazón de Jevrem palpitaba abrumado, un nombre estallaba en su cabeza, este lo amargó y cambió el rumbo de su vida.

—Piensa: debió ser alguien del que te cruzaste por el camino. Alguien que hayas conocido en un motel… ¿Te presentaste ante una manada?

—No —mintió. Por supuesto que lo hizo, pero no se lo diría. Ahí tendría que arrojar nombres y después confesar su vergüenza. Aún no estaba

preparado.

—¿Estuviste con un hembra?

—No.

—¿Peleas?

—¡No!

—Hijo —Radojka buscó su mirada—. Dinos, ¿a quién conociste? Sé que tuviste algún contacto, lo percibo, pero no me dejas entrar a tu mente—.

¡Dinos!

—¡¡No lo sé!!

Huyó del jardín de las rosas para no tener que abrir su corazón y mostrarle lo que tanto sufrió. Esto horrorizaría a su madre y decepcionaría a su padre, esperaban mucho de él para que fuese un hombre exitoso en el mundo empresarial y en la manada.

Corrió para marcar distancia, lo llamaban mientras se alejaba, no acató a estos, solo atinó en correr por los pasillos como si fuese una brisa que pasaba rápido y refrescaba a su paso. Él no lo hacía con este propósito, huía por su cobardía, lo increparían, causaría muchas lágrimas.

Jevrem cruzó arcos que divide ambientes, pasó por el lado de sirvientes concentrados en sus labores sin que se dieran cuenta del beta, cruzó estancias, áreas apartadas de la casa, abrió más puertas y bajó escaleras…

Jadeaba por la carrera, mirando la puerta de la habitación del sótano que estaba cerrada. Su rostro bañado en lágrimas, su corazón galopante.

Necesitaba de una amiga que lo sostuviera o se derrumbaría.

Jevrem extrañaba a su hada.

Capítulo 12

Anna no tuvo más lágrimas para llorar.

Se cansó de hacerlo mientras caminaba solitaria a lo largo de la orilla de la playa. Comprobar por boca de otros de que Jevrem era un conquistador empedernido, le dolió, pues le creyó antes de entregarse a él.

Si bien, ella estuvo al conocimiento de su manera de ser, quiso por esa vez otorgarle un voto de confianza, se lo había ganado con su sonrisa traviesa, su caballerosidad, su instinto protector hacia sus seres queridos; qué lástima que solo fuese un espejismo que la deslumbró, él procuraba ser todo aquello para obtener beneficio.

Su virginidad.

Se prohibió así misma suspirar y elevó la vista al cielo, donde la luna menguante seguía en su apogeo. No temía que a ella un extraño la atacara o que uno de los guardaespaldas del señor Everett le diera por abandonar su puesto de vigilancia y la tomara en contra de su voluntad, aprovechando la soledad de los alrededores, atraído por el celo que ella padeció la noche anterior. Sin embargo, la posibilidad era lejana, Anna ni siquiera tenía *picazón* en la vagina, la decepción desinfló su lívido de loba, aún sus hormonas se hallaban calmadas por el inolvidable coito que tuvo con Jevrem.

Pateó una piedra inexistente y siguió con la vista las olas que morían en la orilla con suavidad, la relajaba observarlas mientras caminaba a paso lento y meditabunda; sus piernas la condujeron a estar en contacto con la naturaleza que encerrarse en su habitación y llorar a moco suelo. Ahí –en el exterior– se sentía libre, sin paredes que la sofocaran o personas que la trataran con desprecio.

—No te convenía —se dijo a sí misma, en un hecho en la que ella meditaba en un destino alterno en la que Jevrem la amaba.

Y, a pesar de esto, no la habrían tenido fácil. Los padres de este y sus hermanas serían los que se interpondrían en su relación, escandalizados por el primogénito que se fijó en una sirvienta torpe en sus oficios, la habrían humillado o hasta golpeado; quién sabe qué recursos hubiesen utilizado para librarse de ella; le temía a la señora Radojka, pero más a la señora Grubana. Esta convencería al señor Damir o al alfa de sentar un precedente: nadie, por debajo del nivel social, se mezclaba con un Brankovic.

Anna se catalogaba muy por debajo de las posibilidades económicas aceptadas.

Se detuvo al percatarse que se alejó bastante de la casa y se giró sobre los talones para devolverse sobre sus pasos.

Las lujosas residencias que se alineaban hasta perderse de vista contrastaban con el Atlántico que ondeaba apacible frente a estas. Las luces eléctricas iluminaban su camino, la brisa marina batía su cabello y erizaba su piel, hacía frío y se pondría peor conforme avanzaran las horas. Anna apenas usaba una blusa de mangas largas y vaqueros que poco la abrigaban.

A pesar de esto, disfrutaba de su caminata nocturna.

—No quiero que termine —expresó hacia la nada, refiriéndose a su paseo. Volver a aquella casa, la entristecía, era como si residiera en una cárcel de máxima seguridad, erguida en una isla inaccesible, del que abrían las puertas para que sus reos respirasen un poco de aire fresco y luego volvieran a sus diminutas celdas subterráneas—. Un año —se tomó como meta trabajar para la señorita Isabel. Ese sería el tiempo en que le pagaría a la buena de su patrona por ayudarla, cuidaría de sus lobeznos, los amaría, jugaría con ellos, les enseñaría a caminar y aullar…

Transcurrido los meses, se marchaba.

Pero… ¿podría soportar estar cerca de Jevrem y fingir que ya no estaba enamorada?

—Lo haré —ratificó su decisión con aplomo, levantando la frente y endureciendo la mirada. Trabajo y estudio. Sería su meta a corto plazo, ya vería después qué se impondría para que fuese duradera.

Quizás trabajar al otro lado del océano.

*****

—¿Ya comiste? Porque allá dentro esos hombres se tragarán todo… —

Rosario preguntó de mala gana en cuanto la joven alasqueña ingresó por la puerta que da hacia los contenedores de basura, la parte más cercana al sótano y la que evitaría atravesar la cocina.

—No tengo hambre.

La sirvienta de *ojos saltones* la miró con disimulo.

—Tú nunca tienes hambre —comentó con suspicacia—. ¿Acaso comes fuera?

—¿Qué estás insinuando? —Anna se puso tensa por lo que esta sospechaba.

—No te veo desayunar ni almorzar. Y ahora dices que no vas a cenar porque no tienes hambre. ¿Estás comiéndote los perros de los vecinos? —O

a los vecinos…

—Mira, pende…

—¡Usted: a mi despacho!

Rosario se sobresaltó y miró angustiada por sobre su hombro hacia el anciano que gruñó enojado, pero al instante se relajó cuando el ceño fruncido de este no iba dirigido a ella, sino a la flacucha, y sonrió por la increpada que seguro esta recibiría. El mayordomo solo llamaba a su despacho para despedir o para jalar de las orejas.

¡Oh, que fuesen las dos severidades!

Ya no quería cruzarse más con esa chica.

Anna tragó en seco, la señora Blanka debió comentarle al anciano del incidente en la Sala de los Lienzos.

Cabizbaja, entró al despacho y aguardó de pie a que el anciano rodeara su escritorio de pino y se sentara detrás de este. Oprimió un botón en una central telefónica, un tanto arcaica, y, al instante, una voz femenina crepitó moderada. La señora Blanka respondía al

llamado del que un «ven a mi despacho, por favor», ordenó el mayordomo en un tono menos agresivo.

Anna estuvo a punto de explicar su presencia en la sala y de cómo sucedieron los hechos, pero el señor Milenko la habría mandado a callar, aún no le permitía hablar y también porque la señora Blanka lo vio todo.

Esto la hizo meditar.

¿Fue malo ayudar?

Sostuvo a Jevrem de no caerse al piso.

—¡Ah!, ya estás aquí… —la rolliza pelirroja exclamó con desdén en cuanto entró al despacho y se fijaba en la presencia de la muchacha.

Se ubicó al lado de Anna como la profesora que acusa a la alumna rebelde frente al director de la escuela.

—¿En qué pensabas cuando abrazó al joven amo? —la mujer increpó —.

¡Qué desfachatez!

Anna agrandó los ojos, desconcertada de la acusación.

—Yo no…

—¡Silencio! —Milenko sonó el tope de la mesa con su palma, molesto con la omega.

—¡¿En qué pensabas?!

Anna boqueaba sin saber qué hacer, una le pedía explicación y el otro le ordenaba no hacerlo. Se contradecían.

Sin más alternativa, bajó la mirada, suponiendo que esa era la postura que ellos esperaban de ella, y preparó las orejas para que se la jalonearan. Según las reglas, un sirviente tenía prohibido confraternizar con los patrones, menos tomarse atribuciones como un abrazo cariñoso, pero eso no ocurrió en la Sala de los Lienzos, ella acudió para evitar que Jevrem se diera de bruces, lucía pálido, debilitado…

—¡Contesta! —Ahora el señor Milenko le ordenaba abrir el pico.

Anna se sobresaltó. Ese sujeto tenía pésima comunicación.

—Se sentía mal…

—¿El joven amo? Por favor… —Blanka replicó incrédula—. Él fingía para librarse del brindis y marcharse cuanto antes con sus novias. Eres una tonta por seguirle la pantomima.

—Yo, eh…

—Aquí la pregunta es: ¿por qué? —Milenko ya tenía preparada la carta de despido que le entregaría apenas tuviera la oportunidad de hacerlo. Esa muchachita inspiraba desconfianza.

—«Por qué», ¿qué?

—Por qué corrió a sostenerlo, señorita Morris. Los padres del joven amo estaban cerca, también la señorita Andjela, con quien hablaba, el señor Everett y su concubina. Cualquiera de ellos pudo ayudarlo. Pero usted…

—Creí que… Yo… —su corazón palpitaba en la garganta, su mente en blanco. ¿Qué excusa daría? Ella estuvo vigilando al pie de las escaleras, suspirando por lo que no pudo ser.

—¡Habla!

—Fue un acto de reflejo —dijo—. Solo acudí a ayudarlo.

Milenko y Blanka intercambiaron miradas silenciosas. La joven *le puso el ojo* a un Brankovic. Qué ambiciosa.

—¿Con quién ha desahogado su celo?

La impertinente pregunta del mayordomo ofendió a Anna por inmiscuirse en su vida privada.

—¿Por qué lo pregunta? —se puso a la defensiva. ¿Sabría algo ese viejo amargado?

—Por su perfumito de cabaretera, ni puedo respirar. Eso indica que trata de ocultar su olor corporal de los machos. Y las hembras que lo hacen, es

porque aún pasan por el ciclo estral y no han fornicado.

—No lo he hecho con nadie —mintió. Si le preguntaban, es porque

aún no sabían que ella pasó la noche con Jevrem, así como también ignoraban del enfrentamiento que este sostuvo con dos de los guardaespaldas.

Milenko se cruzó de brazos, adoptando una postura tipo detective suspicaz, analizando con detenimiento a la omega. *Mentirosa*…

—¡¿Y aún no siente ganas?! No le creo, enloquecerías, los hombres de esta casa se habrían alborotado para *tomarla*; se pasea por el entorno como si ya hubieses estado con varios. Luces calmada.

—Lo que pasa, es que… —las mejillas de Anna se encendieron—.

Bueno, aprendí que hay un modo infalible para disipar las ganas.

—¿Y cuál es? —Milenko inquirió en el acto—. ¿Follar en los matorrales?

¿En un hotel? ¿Vender el cuerpo?

Anna se removió en sus pies por la humillación de tener que dar explicaciones a un par de vejestorios entrometidos que la detestaban. Estos actuaban peor en comparación al ama de llaves en Kenai.

—La… —carraspeó—. La masturbación…

Blanka rodó los ojos hacia Milenko y este la miró por un breve segundo, del que ambos desviaron la mirada, avergonzados de escucharla. Ellos a veces se desahogaban de esa manera cuando los calorones que, cada vez menos, los atacaban. No obstante, la omega disfrutaba de la juventud y pasaba por su primer celo. La masturbación era insuficiente para satisfacerse, las hembras necesitaban de la penetración vaginal.

—¿Sus padres planean subastarla? —Si la tenían prevista para el matrimonio, lo prudente sería que organizaran una reunión con todos los varones de su estirpe para que ofrecieran el monto más alto por esta o se la entregaran al que ellos consideraran el más apto para hacerla su esposa.

—No, señor. Ellos me permitieron venir a trabajar y estudiar.

—¿Estudiar? —Blanka cuestionó—. ¿Con qué tiempo? Aquí se trabaja desde el amanecer hasta el anochecer.

—Acordé con la señorita Isabel de organizar el horario entre la

universidad y el trabajo.

Ambos jefes de personal rieron.

Ellas acordaron…

—No crea en las promesas de una concubina, señorita Morris, la palabra de esta no vale nada, a menos que dicha promesa provenga del alfa. ¿Él lo

prometió? —La joven cabeceó afligida—. Entonces, usted se olvidará de sus estudios y se abocará a su labores como niñera.

En el fuero interno de la muchacha, escuchaba un «eso está por verse», firme creyente en la promesa de Isabel García y en su propia decisión de forjarse un futuro prometedor. No quedaría para toda la vida, lavando platos y limpiando inodoros, sería alguien que inspirara respeto y admiración.

—¿Tiene pretendiente? —Blanka indagaba para concertar con Milenko lo que debían hacer para resolver dicho problemilla. Con las demás sirvientas les resultaba fácil, estas fornicaban con sus parejas y volvían cuando el celo pasaba.

—No, señora.

—¿Le gusta alguno de los guardaespaldas o sirvientes?

—¿Para qué pregunta?

—Para pactar con *este* de *hacerle el favor*.

Anna se preocupó.

—No necesito de macho para eso… Ya les dije que con la… Eh…

mastur… Ya saben. Así que, olvídense de buscarme galán de una noche, porque no accederé.

—Entonces, te encerraremos hasta que tu *celo anual* ya no sea un problema.

La amenaza de la señora Blanka sorprendió a Anna. Tenía deberes por cumplir como para estar encerrada en aquella habitación. Era claustrofóbico.

—¿Y la señorita Isabel? Debo cuidar de sus lobeznos.

—Para eso están las nodrizas. Lo tuyo es jugar con estos; no es importante, por lo que la concubina no la extrañará. Hablaremos con ella; por tu seguridad y la del resto del personal estarás confinada en tu habitación por tres días.

—Pero es mucho tiempo…

—Rosario o Sandra le llevarán comida, la pasarán por la rendija, así que hambre no padecerás.

Anna no se refería a las necesidades de su tracto digestivo, aunque esto le causó curiosidad, puesto que ella hasta ese momento no se había percatado de alguna rendija en la puerta o en alguna pared que se abriera para que la comida por ahí se deslizara, sino el hecho de exponer su intimidad frente a los demás, confinada como si su celo fuese un delito.

—Como usted ordene —acató con reticencia la orden de la mujer. Puede que, para otros, tres días pasen rápido, pero para Anna sería una eternidad, ya que carecía de lo esencial para el entretenimiento. Lo emplearía para meditar y planificar a detalle lo que haría en cuanto se lo permitieran: compraría cuadernos de apuntes, libros de investigación o tal vez un ordenador portátil; por supuesto, comprado con su primer salario; ya vería cómo lo distribuía, una fracción la dispondría para sus padres y otra para su propio mantenimiento. Si bien, era afortunado de que el celo no siguiese el mismo ciclo de la menstruación, ya que este, al igual que las *lobas comunes*, las afectaba a todas una vez al año, necesitaría un buen lote de perfume para aminorar las feromonas que expulsara durante ese tiempo; el olfato de los metamorfos sobresalía por la sensibilidad ante los olores ocasionados por la excitación.

—Un punto más a tratar: ¿por qué no está usando su uniforme? —

Milenko clavó la mirada sobre la joven—. Aún estás en el horario laboral.

Lo que contestara Anna le valdría para que estos aumentaran los días de encierro. Aun así, fue sincera.

—La señorita Isabel dijo que no lo usara.

—¡Porque seguro usted se lo pidió! —la regañó.

—¡No, señor, ella así lo decidió! —lo que agradeció.

—¡¡Por qué!!

—Pues, porque… — *era su amiga*— a los lobeznos les desagrada el atuendo —una mentirilla para librarse del asunto. Isabel le había comentado que se sentía más cómoda verla vestida con ropa deportiva que en uniforme de sirvienta. Sin embargo, comentó lo primero por ser más creíble. Si expresaba su amistad con la patrona, empeoraría la animosidad en los ancianos.

—Patrañas —la cuestionó—. Los cachorros no se enferman ni lloriquean por eso. Usted es una sirvienta y, como tal, su deber es vestirse como el resto de sus compañeras; si le concedemos a una vestirse informal, las demás querrán lucir escotes y minifaldas. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Si la concubina insiste, se lo informa a la señora Blanka, y ella a mí.

Me encargaré de comunicarle el inconveniente al alfa. Es muy desagradable tener a una empleada que se iguale a los patrones, acarrea malentendidos que después repercutirá sobre los que dirigen al personal doméstico.

Absténgase de volver a usar esos pantalones ajustados y esa blusa vulgar,

no está en un burdel, sino en la casa de una familia prestigiosa. Si la vuelvo a llamar a mi despacho, es para despedirla. Ahora, márchese a su habitación, retornará a sus labores en tres días.

—Sí, señor —su voz rota, sus lágrimas a punto de derramarse por sus mejillas. En Kenai la trataban mejor. Vaya ironía.

El ama de llaves la escoltó hasta el sótano, del que durante el trayecto no le dirigió la palabra. Rosario estuvo parando la oreja a todo lo que en el despacho increpaban, celebrando que a la mojigata de Anna le hayan puesto los puntos sobre las íes, se creía mejor que los demás por ser la preferida de los amos, pero le recordaron quién era ella y a qué había venido a la mansión.

Bajando por las escaleras que dan hacia el pasillo subterráneo, Anna se animaba para sus adentros: «Solo serán tres días, tómalo como un descanso». Al menos respetaron su decisión de no copular con ningún macho, esto la habría preocupado, al parecer ya pasó con las que permanecían solteras.

Oraba para que sus masturbaciones aplacaran sus ganas de follar sin parar, el deseo por esto fue desbordante antes de hacerlo con Jevrem; se sintió acelerada, primitiva, ansiando que la tomara el macho que lograra llegar hasta ella.

Se golpeó en su mente para mantenerse centrada, su imprudencia despertaría de nuevo su lívido, hasta el momento se sentía a salvo, los guardaespaldas no iban tras ella, olisqueando su sexo como lobos alborotados, tampoco aullaban para mantener a raya a sus rivales o marcando con su apestosa orina la puerta de su dormitorio para que tuviesen cuidado de no avanzar y medirse en una cruenta pelea de la que correría sangre. Anna superó sin mayores percances su primer acaloramiento, restaban unos días más y luego la libraban de su encierro.

—Recuerda el botón: si necesitas con urgencia que *se te atienda*, lo oprimes —Blanka comentó a la joven al llegar a la única habitación en el sótano. Había otra área subterránea, pero esta la disponían para el almacén de los vinos y demás licores.

—Sí, señora.

Blanka sacó un juego de llaves del bolsillo lateral de su sobrio vestido gris y las sonó para indicarle a Anna que se metiera a su habitación, esperando así que no chillara por tener que estar ahí unos días. Obedeció al instante girando el pomo de la puerta, en un abrir y cerrar rápido para evitar

que le diera un último discurso por su «desinteresada ayuda» hacia el joven amo.

Escuchó que el ama de llaves pasaba el cerrojo desde el otro lado de la cerradura y se alejó aquella hacia los pisos superiores, dejando a la joven en la soledad del sótano.

Anna soltó el aire de los pulmones y rompió en llanto.

Un año… y luego se marcharía a buscar otros rumbos por su propia cuenta.

Abatida por lo que a menudo tenía que soportar, se volvió –aún sin encender la luz– para arrojarse a la cama y descargar sus pesares sobre la almohada. No obstante, una sombra que, al parecer, estuvo acurrucada en una esquina, se alzó inmensa, provocando que ella se sobresaltara y gritara.

Oh, Licaón…

Por su mente pasaron muchos rostros del cual temía que uno de estos se abalanzara sobre ella, de un segundo a otro, y sollozó porque nadie la salvaría de lo que *este* la habría de someter. Tanta regañina y los malditos no respetaron su decisión.

Le impusieron un macho para que la follara por tres días.

Capítulo 13

—¡Soy yo!

—Y tú, ¡¿qué haces aquí?! —Anna increpó a Jevrem en cuanto este se acercó a ella para tranquilizarla, como si su presencia se justificara por ser uno de los amos de la casa.

Lo manoteó para librarse de él y enseguida retrocedió para marcar distancia, oprimiendo el interruptor de la luz. Sus dos irises dilatadas por la oscuridad se adaptaron a la claridad que la bombilla del techo ofrecía y escaneó de arriba abajo a Jevrem, preocupada de lo que este haya planificado para hacer con ella.

—¿Puedo estar aquí un rato? —Era consciente que Jevrem no le contaría todo lo que pasaba para desahogarse, pero su candor le aliviaría su espíritu afligido. Estuvo a punto de marcharse de la habitación, en una de sus reflexiones hechas en esos minutos de espera, del error que cometía al aferrarse emocional a una chica que se propuso olvidar lo que por él sentía.

Anna miró consternada hacia la puerta de titanio y luego sonrió despectiva, puesto que la petición del lobo daba a entender de que supuestamente ignoraba el tiempo en que el ama de llaves o el mayordomo descorrerían los cerrojos.

—Lárgate. Si quedaste con deseos de otro revolcón, busca a tus *noviecitas*. No accederé de nuevo a ti. —Menos mal que obedeció a la señorita Isabel en retirarse a descansar cuando se lo ordenó en el comedor frente a las hienas; en esas horas libres que tuvo, se cambió de ropa y cubrió con sábanas limpias el colchón manchado con gotas de sangre a causa de su desvirgo, así como también recogió las que estaban amontonadas en el piso y las arrojó al cesto de la ropa sucia, junto con la pijama y la braga que él deslizó de sus piernas para

follarla.

El olor a sexo en la cama y en las ropas desechas lo hubieran excitado.

—Vine a hablar.

La otra rio indolente.

Sí, claro… Y después jugarían a los naipes, contarían las hormigas que se deslizaban bajo la puerta y lavarían el baño… *Síp*, serían días productivos.

—Jevrem, no soy tonta, sé a lo que viniste. ¡Y no te aprovecharás de mí!

Así que, saca tu llave y lárgate —señaló hacia la puerta.

El lobo frunció el ceño.

Ahora que lo pensaba, él escuchó el cerrojo.

—¿Te han encerrado?

Anna se tensó y, con precaución, pasó por su lado para dirigirse al único refugio que le brindaría protección, herida por la actitud que tomó este después de la copulación: la dejó sola, sin una nota de despedida y se largó para irse de copas con mujerzuelas.

Seguro Maya estuvo entre estas.

—Deja de fingir demencia, lárgate o te saco los ojos —espetó estando a la puerta del baño; por más menudita que fuese y con la mitad de su tamaño, a ese se le mediría con aplomo. Él disponía de las mujeres, dentro y fuera de la casa, como si fuese el dueño.

—Anna…

—¡LÁRGATE! —le valía un carajo que fuese el sobrino del alfa y el hijo favorito del señor Damir. Se masturbaría hasta que llegara el Fin del Mundo, pero con ese idiota no volvería a follar.

Entristecido, Jevrem tomó el pomo de la puerta y lo giró sin replicar a la joven que lo miraba con rabia por un motivo erróneo; sin embargo, la puerta no abrió y Jevrem de ahí no se movió.

—¡Vete!

—No puedo.

—¡VETE!

—¡¡No puedo, Anna!! La puerta no abre. —Giraba el pomo, dándole a entender a la joven de que a ambos los encerraron en la habitación.

Hirviendo la sangre, Anna entró al baño y, con un jalón brusco, arrancó la barra del cortinero de la ducha, dispuesta a darle al otro una paliza por pasarse de listo. Su labor consistía en ser niñera, no esclava sexual.

—Saca tu llave y abre la puerta —rugió amedrentadora y con un carácter que hasta el joven se sorprendió.

—¿Cuál?, no tengo ninguna. —Ni siquiera tenía la llave de la camioneta del que la otra ocasión se movilizó con sus hombres a Central Park para investigar los asesinatos que allá ocurrieron.

—La tienes —la barra firmemente empuñada para defenderse.

En un parpadeo, Jevrem desarmó a la muchacha.

La barra en el piso.

—Anna, no intento mantenerme encerrado contigo a la fuerza para que me perdones. Vine a acá porque necesito de una amiga, no someterte. Por favor, créeme.

—Me cuesta hacerlo —replicó displicente—, me buscas para… —y dejó lo que iba a decir en el aire al fijarse que tenía al alcance un medio para mantenerlo a raya. De un manotazo agarró el frasquito de perfume que, por fortuna, tenía sobre la mesita de noche y se atomizó con desesperación de la cabeza a los pies en su intento de evitar que el otro se sintiera atraído. Los olores intensos como el perfume en exceso, actuaba como agente repelente en los lobos *cachondos*.

Jevrem estornudó.

—Cielos, Anna —volvió a estornudar por el picor en sus fosas nasales —, acabaste con el oxígeno.

Dos atomizadas más sobre las ropas de esta y unas cuantas por su entorno para enturbiar el ambiente.

Otro tanto sobre las sábanas cambiadas por si le daba por olisquear el colchón.

—¡Anna! —la increpó y enseguida estornudó con más fuerza—. ¡Ya no puedo respirar!, ¿me quieres matar?

—Pues, vete o muere como cucaracha. —Atomizada.

Conteniendo la respiración, Jevrem se agachó para recoger la barra y se la entregó a la joven. Ella lo miró desconfiada. ¿Qué se proponía?

—Golpéame si doy un paso hacia ti —declaró él—, yo me sentaré aquí,

¿puedo? —Se sentó a los pies de la puerta de titanio sin esperar la aprobación de Anna. Esta pugnaba por correr al baño o sentarse del otro extremo de la habitación. La decisión que tomara de nada valdría, Jevrem derribaría la puerta del baño de una patada o le quitaría la barra en un rápido movimiento.

Esto la hizo meditar.

—¿Puedes derribarla?

—¿La puerta? —señaló hacia atrás con su pulgar—. Es titanio. Ni entre cinco alfas… —Anna esbozó una expresión atribulada y Jevrem cayó en la cuenta de un hecho que casi pasa inadvertido—. ¿Te encerraron por tu celo o te castigaron por algo?

—Por ambos —espetó—. Parece que ni respiro de forma correcta, porque supone un castigo. Ahora, ¿qué vamos a hacer? Estaremos tres días encerrados. Oh, Licaón…

Jevrem sintió pena por la joven y sacó su móvil para marcarle a Branimir y que este avisara a los que custodiaban la llave para que bajaran al sótano y

los dejaran salir, pero los muros gruesos y el titanio bloqueaban la señal en dicho dormitorio.

—¡No lo oprimas! —Anna exclamó angustiada en cuanto Jevrem se levantó para comunicarse a través del citófono—. Ese es el Botón del Pánico —aunque ella ya lo estaba—, es para… Bueno, es… ¡Ay, ya sabes para qué es!

—No lo sé —se hizo el desentendido y contuvo la sonrisa. Al estar con Anna se olvidaba de sus pesares—. ¿Es para el pánico?

Ella lo miró con ganas de darle un porrazo.

—Para *eso*.

—«Eso», ¿qué?

— *Eso*… Para llamar…

—¿A Blanka?

—Es para solicitar *al que me quite* las ganas.

Jevrem la estudió con detenimiento, teniendo fresco en su memoria lo que ellos dos hicieron la noche anterior. Si bien, lo disfrutó, estar separados por horas fue como si hubieran sido semanas.

—Yo fui el primero —recordó y en su ser el fuego se arremolinó—.

¿Sientes deseos de llamar a otro? —la punzada de celos se alojó en su pecho, Anna era suya y no tenía intención de que otro se la disputara, se lo dejó en claro al someter a Elijah, al igual que a Colton y a Tyson, imponiéndose ante estos a los puños. Y si tenía que volver a orinar el pasillo del sótano para marcar territorio, lo haría.

No estaban destinados a estar separados.

Por desgracia, Anna difería.

—He dejado mi vida sentimental en pausa porque no vale la pena —dijo

—. Los que somos de «abajo», estamos para servir y no ser amados por los de «arriba». Me juzgan por mi apariencia y sacan conclusiones como si en realidad hubiese cometido fechorías; el pobre es malo, el rico es bueno. Los fuertes son los reyes, los débiles: los esclavos. ¿Adivina dónde estoy yo?

Aquí, en el sótano, bajo los pies de los amos, arrepentida de haberme entregado a un idiota que se anotó *el virgo* de una omega.

—Jamás fue mi propósito. —Sino la de amarla.

—En cierto modo, te agradezco la decepción: me ayudará a concentrarme en mis estudios y en mi trabajo.

Las duras palabras de la joven, fue un golpe contundente en la boca del estómago del beta. El resentimiento habló por ella, en un cambio de actitud

de unos 180 grados; ya no lo miraba con anhelo, ni temblaba de timidez mientras sus mejillas se ruborizaban a causa de su inocencia, él con todo eso acabó.

—Me duele escucharte por ser el culpable, déjame que…

Ella levantó la mano para que callara.

—¿A qué viniste: a marearme con tu labia? Ya me desvirgaste y quitaste las ganas de un noviazgo.

—Vine a que me devuelvas tu corazón. No te lo robé, me lo entregaste.

Es mío.

—¡Y lo rompiste! —gritó furiosa—. Esperaste a que me durmiera para irte de *jerga* con tus otras novias. ¡Te vi! —alzó la voz cuando él intentó interrumpirla—. Allá arriba, te vi —señaló hacia donde dos plantas por encima de sus cabezas se hallaba el pasillo del ala este de la casa—. Tus padres te llevaban a tu dormitorio, incapaz de caminar por tu borrachera. Y

no lo niegues, el señor Damir hasta lo confirmó: «Jevrem tiene novia en cada ciudad». Yo fui una más.

—Las apariencias engañan. Yo…

—Si solo querías sexo, me lo hubieras pedido; te deseaba a pesar de que contigo no tenía expectativas. Pero me ilusionaste para seducirme. Eso me dolió.

—Anna, lo que te expresé es cierto: contigo me siento completo. Te quiero.

—Y te fuiste de putas en nuestra primera vez. Hasta te acostaste con Belkys y Sandra.

—¡¿Quién te dijo eso?!

—¡ELLAS! —En realidad fue la cotillera de Rosario, pero a esas alturas,

¿para qué aclararlo? Por lo visto, a Jevrem le faltaba por follarse al ama de llaves.

Sino es que ya lo hizo…

—Te mintieron, con esas dos jamás me he acostado; tan mal gusto no tengo.

Hijo de…

Anna estaba por estamparle la barra en la cabeza.

—¿Lo niegas?

—¿Me crees capaz de algo semejante?, ¡me largué porque tuve una crisis! —exclamó perdiendo la paciencia y al instante se dio cuenta de su error, tenía que dar explicaciones.

La otra jadeó indignada.

—¡¿Por acostarte conmigo?!

—No, Anna, fue…

—¿Te doy asco?

—No.

—¿Es porque soy pobre?, ¿qué fui sirvienta en tu casa? Seguro es por eso: por ser la que limpiaba las pocetas…

—Fue…

—¿Por ser fea?, ¿flaca?, ¿enana?, ¿sin clase?, ¿sin estudios?

—¡Soy clarividente!

La joven enmudeció, atónita de semejante revelación. Se había imaginado una variedad de excusas, pero esta se pasaba de original.

¿Clarividente? Más bien, un condenado sinvergüenza.

¡La iba a oír!

No obstante, un aluvión de improperios quedó atorado en su garganta cuando Jevrem cayó al piso de rodillas y rompió en llanto.

Anna quedó de piedra.

¿Hablaba en serio?

—Ayer, después de dormirnos, tuve pesadillas —dijo con voz rota—. Fue muy real, atacaba a un humano en un jardín botánico. Lo maté…

—Todos tenemos pesadillas. ¿Qué tiene que ver con lo que dijiste? —

Anna seguía en su estupefacción, Jevrem lucía como si fuese a hacerle una terrible confesión.

Minutos atrás, en la que el joven aguardó en la oscuridad a que Anna retornara a la habitación, meditó en contarle todo para aliviar la carga pesada que soportaba. Sus padres lo protegían y lo querían, confesarles a estos lo que sufría, no lo comprenderían. Hasta cierto punto con Anna hallaría consuelo, ella le inspiraba en mostrarle su alma, revelarle desde el

«día 1» en el que cambió hasta el instante en que tuvo la visión en la Sala de los Lienzos. Pero esto repercutiría después en que ella se alejara por haber estado con un monstruo; su madre le aseguraba que eran visiones captadas de otro sujeto y, su padre: que *aquel* disfrutaba destrozar humanos; por extensión, manipulaba su mente para que se inculpara.

—La clarividencia se manifiesta a través de las pesadillas —respondió sin mirar a Anna, quien se hallaba en medio de la habitación y empuñando la barra del cortinero, tal vez meditando para sus adentros de que él se habría fumado un buen porro—. Lo que sueño, sucede en tiempo real.

—¿Tiempo real?

Jevrem alzó la mirada hacia ella y asintió. Le dio la explicación que su madre le expresó a él para que comprendiera lo imposible que es estar en dos sitios a la vez, porque en ese instante, en algún lugar de la ciudad o dónde fuese, el depredador escogía a sus víctimas. Y en esto último Jevrem ansiaba con todo su ser en detenerlo: él observaba mientras el otro cazaba.

—Lo que sueño, sucede al momento…

La joven dejó la barra apoyada contra una de las esquinas de la habitación y, relajando su postura defensiva, se sentó al borde de la cama, cerca de donde se hallaba Jevrem arrodillado en el piso, muy abatido por lo que le contaba. Este no estaba para revolcones, sino para que escucharan lo que tuviera que decir, siendo evidente que necesitaba de un confidente. Ser clarividente en la comunidad lobuna, era como ser bruja en la Edad Media.

—¿Cómo sabes que está sucediendo? Son pesadillas.

—Visiones —corrigió y sonrió para sus adentros por lo irónico de la situación. Antes él hacia las preguntas y su madre las respondía, ahora Anna las formulaba y él la sacaba de la ignorancia—. A través de las «pesadillas»

veía los asesinatos.

Anna agrandó los ojos.

—¿A quiénes?

—Humanos. Todos ellos.

—«¿Ellos?» —Se removió inquieta en su puesto—. ¿Cuántos han matado?, ¿quién los cometió? ¿Son conocidos y por qué los ves? ¿Desde cuándo?

—¡Anna, cálmate! —Jevrem posó sus manos en el regazo de la joven para tranquilizarla—. Son muchos. Como dije antes: humanos. No sé quién los comete y por qué veo a través de sus ojos. Creí que era yo, pero… —

Oh, oh… *Grasso error*, reveló más de lo que pretendió informar a la joven.

Anna palideció.

Por encima de la ondulada cabellera de Jevrem, la lobata rodó la mirada hacia la barra que se hallaba del otro extremo de la habitación, maldiciéndose para sus adentros por desprenderse del arma que la ayudaría a defenderse de un psicópata.

Y ella echándose perfume…

Qué pendeja.

—Creíste…

—¡Creí! —rápido recalcó el verbo en pasado para que lo captara—.

Anna, hasta hace poco pensaba que cometía dichos crímenes, pero me di cuenta de que tal vez no lo soy.

—¿Por qué? —No le pasó por alto la ambigüedad de sus palabras: «creí»,

«tal vez».

Al parecer, ni él estaba seguro.

Su corazón palpitó a millón. Jevrem tenía doble personalidad y ella se hallaba encerrada con él, escuchando la confesión de su «alter ego».

—En el salón… —comentó—, tuve una visión.

Anna no supo cómo tomarlo, se sentía manipulada, como si él jugara con sus emociones, comenzaba a temerle, lo desconocía, parecía que le decía la verdad; aun así, al mismo tiempo le mentía. ¿Acaso ella sería la siguiente en morir?

Esos malditos viejos eran sus cómplices.

Por eso la celda-dormitorio… No era para contener el celo de alguna sirvienta, sino para que nadie escuchara los gritos cuando este saciaba sus perversiones.

—Y ¿qué viste? —le seguía la corriente, de momento se mantenía a salvo por escucharlo. Tal vez los otros se asustaron y murieron.

Incluso, los de Alaska…

Que Licaón la amparara, Jevrem estaba loco.

Este notó el temor en sus ojos negros.

Arrodillado frente a ella, se puso una mano al corazón y, con profundo sentimiento, manifestó lo siguiente:

—Te confieso que dudé de mí, ahora creo que mis manos no están manchadas de sangre —dijo sin revelar que provenía de un linaje de psíquicos del que era mejor no exponerlos, debido a que por años se cuidaron de ser descubiertos—. Las visiones son enloquecedoras; cada vez que las tengo, siento que estoy en el infierno. Lo veo todo: la persecución, el terror, los gritos…

—La muerte de los humanos —Anna agregó y Jevrem asintió.

—No soy el depredador, estoy tras él y, por alguna razón, estamos conectados. —La voz de Radojka resonaba en su mente: «No sé por qué lo tienes. Algo debió activarte». «¿A quién conociste en tu travesía por Latinoamérica?».

—A través de sus ojos…

Él asintió a lo que, con certeza, el hilo psíquico lo unía al asesino.

Precavido de agravar la tensión en la muchacha, Jevrem se sentó a su lado, guardando apenas una exigua distancia; se inclinó cabizbajo hacia adelante, en la que con su postura le indicaba a Anna para que bajara sus defensas. Él jamás le haría daño.

A pesar de esto, Anna deslizó sus nalgas hasta la punta del colchón.

—No lo soy, Anna —sus ojos cristalinos, triste por el temor que la joven reflejaba—. Soy incapaz de hacer eso; me mido con quién sea, jamás huyo de una pelea; el que me agreda, recibe su merecido. Lo de estos humanos…, es saña.

—¿Siempre has sido así: clarividente?

Sacudió la cabeza.

—Estoy lidiando con esto desde hace unos meses.

Más o menos, desde que apareció el depredador, consideró Anna por la desconcertante casualidad.

Jevrem ya no soportaba la esquiva mirada de su hada, por lo que prefirió enfrentarse solo a sus demonios; la que pensó le daría consuelo, le temía.

Se levantó para oprimir el Botón del Pánico y así librar a Anna de tener que compartir su diminuta habitación con un «supuesto monstruo» durante tres días.

—¡No lo oprimas! —Anna se levantó de la cama para detenerlo, se metería en un serio problema si otro macho acudía tras su pedido de

«auxilio»—. Te descubrirán —dijo y enseguida se sorprendió de que le preocupara más lo otro que el hallarse confinada con un lobo que podría estar loco.

—No quieres que esté aquí.

—No he dicho eso.

—Lo veo en tus ojos.

Ella jadeó.

—¿Me leíste la mente?

Lejos de reírse por la confusión de Anna en las habilidades que poseía

el beta, Jevrem se entristeció; sin darse cuenta la joven reveló lo que angustiaba su corazón.

—Soy clarividente, no telépata.

—Ah… —sintió alivio—. Bueno —carraspeó—. Ni se te ocurra oprimir el botón; *en cuanto bajen*, te pillarán y yo pasaré el infortunio de salvar mi honra del macho que me quiera hacer el favor. Para eso es el botón,

¿recuerdas? Creo que ya te lo conté…

Jevrem ignoró esto, pues la sola mención de ser propiedad de otro, le revolvió el estómago y lo hizo gruñir bajo.

Anna se preocupó, retrocediendo por si a Jevrem le daba por atacarla.

—Nadie te tocará ni te reprenderá por hallarme aquí. Eres mi novia.

—Qué cínico.

La expresión del lobo pasó de posesiva a desconcertada.

—¿Por qué lo dices? Anna, soy sincero.

—¡Mientes! —la rabia volvió a bullir con más fuerza—. Después de que me follaste, te largaste con tus *noviecitas* para continuar con tu celebración.

Vaya forma tan linda de serle fiel a tu novia formal. Para esa gracia, me quedo sola.

—¡Ya te dije las razones: me marché por una crisis! —Más concretamente: la visión onírica de un cruel asesinato y del que lo hizo caminar como sonámbulo. La pierna de aquella víctima se la dio a los leones para que la devoraran hasta los huesos. La ropa de este enterrada para jamás ser hallada.

—¡¡Ay, no me vengas con esa excusa!!

Jevrem se tomó un segundo para controlarse y enseguida agarró a Anna por los brazos.

—Hay muchos aspectos que aún no te puedo revelar; nada recuerdo de lo que hice después de abandonar la habitación; de hecho, no recuerdo dejarte… Solo me dormí y desperté en… otra parte.

En la cama de alguna puta, pensó Anna con resquemor. Los celos le hacían hervir la sangre y reclamar ante aquellas lo que fue suyo por unas horas.

—Te voy a conceder el beneficio de la duda, pero mantendrás quietas las manos. No va a haber *nada de nada* durante estos días. ¿Estamos? —Por lo pronto, ella se aplicaría más perfume para ocultar sus olores.

Para su tormento, la parte baja de la puerta se deslizó hacia arriba como una trampilla, alertando a la joven de que Rosario o Sandra le traían la cena.

Angustiada, le hizo aspavientos a Jevrem para que se ocultara en el baño, a fin de evitar que la otra percibiera el aroma masculino que provenía del interior; sin embargo, Jevrem tenía intención de ordenarle a la sirvienta para que abriera la puerta, Anna no deseaba que él estuviese allí; hipnotizaría a la mujer y todo quedaba en el olvido.

Un empujón que apenas lo movió.

—¡Al baño! —Anna le gritó lo más bajo que le permitió sus cuerdas vocales y esto a Jevrem le pareció gracioso. Como que se quedaría un rato más…

Dejó que las pequeñas manos de la lobata lo empujaran hasta encerrarlo, aguardó unos segundos mientras esta recibía la comida y luego salió cuando le abrió la puerta del baño.

Su mirada hosca.

—Para mí es importante que mis padres no se enteren de lo que sucedió entre usted y yo. Confían en mí, ya los defraudé suficiente como para que pasen por la vergüenza de tener a una hija que se acuesta con los amos.

Jevrem no supo si asintió a lo expresado por la muchacha, apenas procesaba el «usted» con el que lo trataba para marcar distancias. Se desligaba de los besos, de las caricias que se dieron, como si le diera vergüenza haber correspondido al chico que sus padres le prohibieron.

¿Cómo culparla? Él era lo peor para ella, le traería infelicidad y marginación, lo prudente sería actuar como si fuese su hermana, ambos encerrados por cometer travesuras.

Pero lo que ellos hicieron, él aún lo deseaba.

Capítulo 14

Frank Pittman azotó la puerta tras de sí.

Al salir del despacho del jefe de la Policía, tenía que acatar contra su voluntad lo dicho por este: «No hay pruebas que lo involucren».

La evidencia recogida en la escena del crimen fue desestimada por su superior, que hacía de oídos sordos a los alegatos del detective: Everett Brankovic estaba involucrado en la muerte del pobre diablo, quien empuñaba una nota manuscrita en la que concertaba encontrarse con el aludido a altas horas de la noche en el jardín botánico.

Sería cuestión de citar al maldito y someterlo a un detector de mentiras, así como también comparar su caligrafía con un grafólogo. La letra de este era elegante, recta y de trazo fuerte. Del papel se obtuvo dos huellas dactilares, pero de nada servía por la falta de registro en la base de datos, el señor Brankovic no aparecía en el sistema, carecía de historial delictivo y tampoco información personal sobre su dirección, ocupación, foto. Nada de él.

Los compañeros del obeso detective repararon en su enojo, tras el azote en la puerta. Frank era temperamental, con explosiones de ira cuando no se agiliza un procedimiento contra un sospechoso, pues solía acertar en lo que imputara al culpable. Se sentó en la silla y la rodó con ademanes toscos hacia su escritorio, la voluminosa panza chocaba con el borde del tope sin poder acomodarse para teclear en su computadora. El sujeto de origen serbio tenía un escudo impenetrable que lo protegía de ser investigado, Frank tenía una rara sensación de saber más, pero lo que fuese se le escapaba de sus nublosos recuerdos: *mirada intimidante*, *parálisis facial*…

Sin atender el teléfono que repicaba en su escritorio, tamborileó su lapicero en el aire, como un baterista que se alista a sonar con furor los tambores y los platillos de su instrumento de percusión. ¿Qué se le escapaba? *Mirada intimidante*…

¿De quién?

Parálisis…

¿De qué?, ¿cuándo?, ¿por qué?

Esto le arrojaba más preguntas que respuestas.

Levantó el auricular y volvió a colgar para interrumpir el ruido de la insistente llamada, Frank meditaba por qué carajos tenía esa sensación de

que algo sucedió con él o que se le olvidó y era importante.

Pensó con referencia al caso y en *aquella parejita* que tenía pegada en la cartelera para atar conexiones. La del empresario la obtuvo de la prensa y la de la chica, tecleó su nombre en la red y se apropió de una foto que aparecía en su Instagram. Le molestaba que los periodistas supieran más que ellos con relación a Everett Brankovic, pero más allá de su fama y del accidente de su prometida, la vida de este era un misterio.

El lapicero se batía en su mano de forma convulsiva. ¿Qué se le escapaba?

Mirada intimidante.

Parálisis... ¿Facial? ¿Del cuerpo?

—¿Y por qué del cuerpo? —se preguntó mientras se acomodaba en la silla. El oficial Harris lo miró de refilón y evitó hacerle algún comentario para no sacarlo de sus pensamientos, se ganaría una palabrota si se le ocurría interrumpirlo. Volvió a lo suyo para seguir con un informe del que, por suerte, le faltaba un par de páginas, lo que tenía que escribir sobre un robo en un supermercado no requería mayor análisis, luego se marcharía a su casa; su turno estaba por terminar.

Frank requirió de una taza de café. El agotamiento demacraba su cara, las pocas horas de descanso y la presión que le exigían sus superiores para dar con el «perro con Rabia», lo tenían estresado.

—Perro… —masculló, esta vez arrojando de mala gana el lapicero al portalápices para teclear en la red sobre el incidente con el helicóptero en el aeropuerto de Anchorage. Pero se llevó la desagradable sorpresa de no hallar los vídeos que se viralizaron, desaparecieron de las diversas plataformas y páginas Webs como si nunca se hubiesen filmado.

Tecleó de nuevo, buscaría por los portales de los noticieros

amarillistas, a estos les encantaba lo sensacional y más en referencia a un empresario con mucho billete.

—Vaya, vaya… —sus lentes cayeron a la punta de su gruesa nariz al inclinarse hacia su monitor. La búsqueda no arrojó resultados—. ¿Qué hiciste, señor Brankovic, ¿contrataste un hacker? —Ni fotos, ni vídeos que mostraran su rostro—. ¿Y qué pretende con esto: desaparecer? —O borrar posibles evidencias que lo inculpen. Ni aparecía un vídeo de los obtenidos a través de los móviles de los pasajeros del aeropuerto.

Sin amedrentarse por la falta de información sobre el sujeto, optó por apuntar en su agenda en visitar al editor de la revista amarillista para que le

entregara todo el material recopilado sobre Everett Brankovic. Puede que su superior y demás agentes no sospechen del empresario, pero Frank tenía la certeza de que transitaba el camino correcto. La desaparición de Arturo García del hospital en el que lo recluyeron, tras el ataque con el rastrillo, el destripamiento de Clinton Robinson y el oficial Peyton en Central Park, el desmembramiento de Bryson Green en el jardín botánico y la de otros sujetos de hace tiempo, todas relacionadas con ese maldito escurridizo y no por un perro rabioso.

*****

—Papa… pa… papa.

Everett se sentó de golpe.

Su cabello de león hacía poca gala de una elegante melena.

—¿Quién fue el que habló? —Descorrió la cobija y se levantó rápido para ir hasta la cuna de los lobeznos. Su único atuendo el calzoncillo; el termostato aclimataba la habitación para que sus pequeños no pasaran frío, se instaló en una de las tantas remodelaciones que se hicieron en los días siguientes a la llegada de estos a Nueva York, se aseguraba de que no enfermaran por inhalar humo de la chimenea, paranoico con la salud de ambos, tras la muerte de Stanislav y la angustia que Everett e Isabel se llevaron con la fiebre del más pequeño.

—Erik —respondió Isabel, saliendo de su adormecimiento, tenían un par de horas de haberse acostado a dormir, cuando el sueño se espabiló en la penumbra al escuchar una vocecita que los hizo saltar fuera de la cama.

Everett rio ronco, henchido de orgullo.

—Papa…

—¡Dijo «papá»!, ¡lo dijo de nuevo! —Alzó sus brazos en señal de victoria como si hubiese apostado con Isabel, a ver a cuál de los dos sería el primero al que los gemelos llamarían, aunque no fue así, sino una que se hizo a sí mismo.

La alegría del padre sobresaltó a Ángel.

—Mira lo que hiciste… —Isabel masculló, verde de la envidia por no haber sido a ella la que debió ser llamada. Típico: los gesta por nueve me…

—sacudió la cabeza en su fuero interno para corregirse— quince días y al que solicitan es a otro.

Parpadeó atónita y enseguida encendió la lamparita de la cómoda cercana a las cunas.

—Ya habla. —Sacó a Ángel para calmarlo, mientras que Everett tenía en brazos a Erik, sonriente el hombre por haber escuchado a su primogénito—.

Pero apenas tiene cuatro meses…

—Y gatea —agregó Everett para destacar la destreza de su hijo.

Isabel tomó en cuenta este hecho y se preocupó, era extraño que un bebé tan pequeño tuviese los avances propios de uno de diez u once meses. Ni siquiera debería gatear, pero ¿ella qué sabía de lobos?

El nacimiento de sus bebés fue diferente al de los humanos y los de su misma especie.

—¿Es normal? —Suponía que sí, pero le urgía preguntar.

La sonrisa de Everett aminoró un poco.

—Pues… —pensó—, creo que no. —Isabel lo miró atribulada y él rio jocoso—. Deja de preocuparte, mujer, es hijo de un alfa, nieto de un alfa, bisnieto de un alfa. Es…

—Sí, sí, sí… —Isabel puso los ojos en blanco. Y, dale con su enredo generacional. Ella también tenía familia para lucirse: Erik era hijo de una loba rebelde, nieto de un par de abuelos innombrables y de una

bisabuela que chupó tequila y fumó tabaco hasta para ir a cagar—. Supongo que eso lo explica: tiene buenos genes.

Ángel lloró con más ahínco como si fuese consciente de que a él le heredaron los defectuosos.

Se recostó al pecho de la madre para sentirse protegido, molesto por el sueño espantado y porque enseguida sintió hambre; la luz de la lamparita lastimaba sus ojitos que le costaba adaptarse a la repentina claridad. Los dedos tibios del ser que lo calmaba le rascaban con extrema suavidad el cuero cabelludo para apaciguar el llanto, la sensación le agradaba, gimoteó mientras su manita sujetaba un mechón del cabello de Isabel que caía sobre su pecho; lo cambiaron de posición antes de que sus ojitos se cerraran y las ganas de tomar leche materna le hiciera estallar su garganta; el sillón colindante a la chimenea apagada sirvió de superficie para que disfrutara de la lactancia.

—Di: «papá».

—Papa…

—¡Ves, Isa?, ¡dijo otra vez «papá»!

—Lo oí… —Isabel replicó sin estar avinagrada; más bien, con cierto humor por la alegría desbordante de su pareja. Paseaba a Erik por la habitación, con una sonrisa de oreja a oreja. Un león feliz por su cachorro.

Erik no tenía hambre, su inquietud se debía a las ganas de jugar con su progenitor. Para el bebé fue maravilloso que lo abrazara y gateara para seguirlo, rieron mucho, le hizo cosquillas y le leyó cuentos hasta caer rendido. Pero fue un descanso breve, el gemelo grande tenía energía para seguir jugando con sus juguetes; le gustaba compartirlo con ese gigante llamado «papá».

Isabel no pretendía empañar ese mágico momento que experimentaba Everett, a ella le parecía preocupante que Erik ya hablara.

—Ya gatea con cuatro meses y dice su primera palabra.

—Que es «papá».

Isabel medio sonrió, Everett se encargaría de decírselo a todo el mundo.

¿Quién lo iba a aguantar cuando le tocara a Ángel?

Besó la cabecita de su retoño, entregándose este poco a poco al sueño mientras chupaba del pezón de la madre. Ángel aún no gateaba ni *gagueaba*; según el doctor Pavlovic, el crecimiento se consideraba

«normal» en un bebé con Síndrome de Down, a pesar de ser muy pequeñito y algo bajo de peso; no por ello habría de levantar alarma, lo alimentaban bien, vigilaban su salud y lo querían igual que a su hermano gemelo.

Aun sí, Isabel se preocupaba por los dos.

Capítulo 15

Anna cabeceaba.

Luchaba por no bajar la guardia con el apuesto intruso que allí se hallaba en medio de la penumbra, pero fue inevitable que el agotamiento la venciera. Dormía acurrucada en un rincón del dormitorio, en sentido opuesto a Jevrem que estaba apoyado contra la puerta de titanio. La bandeja que le llevaron a Anna reposaba con los platos vacíos sobre la mesita de noche. La frugalidad de la cena enojó a su «compañero» y no por ser insuficiente para los dos, sino por la desconsideración hacia a la muchacha, a quien le sirvieron una taza de caldo, un mísero cuadril de pollo y dos rebanadas de pan.

A Jevrem le gruñeron las tripas a pesar de haberse comido el pollo, Anna alegó que tenía poco apetito, por lo que se conformó con lo otro e insistió en que se desperdiciaría la presa si él no la aceptaba.

Sonrió por su nobleza.

Notó que la barra del cortinero se deslizaba de las manos flácidas de esta por el adormecimiento y se levantó él de volada para quitársela con cuidado, ya que estaba a punto de caerse al piso y causar ruido. Dejó la barra a un lado y, con movimientos lentos, levantó a Anna en vilo y la llevó hasta la cama.

Ella se volvió sobre su costado derecho y se aovilló, entregada al sueño.

Su cabeza reposaba sobe la única almohada y su melena negra le

tapaba la cara.

Jevrem retiró los mechones, disfrutando así tocarle la mejilla con el dorso de su mano, Anna se estremeció como si lo sintiera, pero no despertó, más bien, suspiró en una pesadumbre de la que Jevrem quiso envolverla en sus brazos. Pero antes de esto, le quitó los zapatos de tacón bajo para acomodarla mejor en la cama y se apuró en quitarse los suyos sin causar ruidos al hacerlo.

En el espacio libre de la estrecha cama, se acomodó a espaldas de la bella joven; un brazo sosteniendo el peso de su propia cabeza y la otra la posó por encima de la fina cintura, atrayéndola para pegarla a su pecho. No se proponía hacerla suya a pesar de desearla, sino establecer la cercanía más allá de la pasión.

Aspiró el perfume impregnado en el cuello de Anna y Jevrem tuvo que hacer el esfuerzo para no estornudar y despertarla. Se había aplicado mucho para provocar en él, repulsión, pero el aroma floral era una barrera fácil de derribar.

La observó.

¿Qué estaría soñando?, se preguntaba con una tenue sonrisa plasmada en sus labios. Anna lucía tan relajada que a Jevrem le provocaba abandonarse de la misma manera.

Por desgracia, le aterraba cerrar los ojos y soñar.

—Despierto o dormido, *él siempre* está al acecho —se refirió a que, de un modo u otro, lo vería a través de sus visiones.

Sin querer, sus palabras vibraron en el oído de la joven, sacándola en el acto de los brazos de Morfeo.

Parpadeó para despabilarse y bostezó. Se halló en la cama con él abrazándola.

Pero ¿qué…?

Tragó en seco.

La tenía.

Su primera reacción fue la de empujarlo para que la soltara; sin embargo, permaneció quieta, no por miedo o sumisión, su propio cuerpo la traicionaba al elevarse repentino la temperatura corporal; el

contacto masculino encendió cada célula de su sistema nervioso, sintiendo una descarga eléctrica de arriba abajo. Su aletargado celo se avivó, provocando que su respiración y palpitaciones se aceleraran. Los pensamientos impúdicos comenzaron a invadir su mente con imágenes bastante subidas de tono, de hombres desnudos y miembros erectos.

Sobre todo, el de cierto lobo…

Se removió inquieta, Jevrem percibió el cambio de su estado anímico y también se excitó. Aun así, se contuvo, tal vez Anna tenía sueños candentes y él como tonto confundiendo la situación, su don reciente no le revelaba lo que pasaba por la cabeza de la chica, quien fantaseaba a la velocidad de la luz, *un pene que la penetraba hasta el fondo de su vagina*, provocando que chillara adolorida por ser este grande y rudo; no tenía piedad, la tenía aprisionada enterrándose con vehemencia en ella que era diminuta y estrecha…

Quería ser atacada con perversión por el hombre postrado a su lado.

— *¿Lo quieres?* —Jevrem se aseguró en preguntarle si deseaba tener sexo o su volátil imaginación le jugaba una broma pesada.

La joven se volvió hacia él, sus pupilas dilatadas, su respiración agitada, su frente perlada de sudor.

—Quiero creerte… —respondió a cambio.

Jevrem comprendió el ruego de la muchacha: que no fuese lo que él había dudado, pero estando allí se halló así mismo, no era un monstruo, sino el testigo que se juró en detener al asesino.

—Hazlo —la exhortó con voz ronca; sus labios cerca de los de esta—.

Soy lo que te revelé, confía en mí, te amo. Por favor…, devuélveme tu corazón, te lo llevaste de mi habitación.

Ella arqueó las cejas.

—¿Estuviste despierto? —Se lo había dicho antes, pero por estar aturullada por su presencia no le dio la debida importancia.

Asintió.

—Me faltó valor para enfrentarte —dijo—, te lastimé con mi desaparición. Te juro que no hay una chica de por medio, solo

visiones aterradoras.

La verdad brilló en sus ojos cristalinos y Anna se envolvió en el alivio.

Un hombre que tenía como entretenimiento, mentir, no sufría de esa manera, a Jevrem le importaba lo que ella pensara de él, expresaba las razones de sus actos; las ojeras profundas y la palidez en su rostro acentuaban la inquietante impresión de buscar aferrarse para no caer en la desesperanza, preocupándola de que este observara la maldad a través de los ojos de aquel otro, asumiendo que debía ser espantoso.

Le obsequió una medio sonrisa y luego acercó sus labios para darle un sutil beso, esto provocó que ambos cerraran los ojos, disfrutando del momento. Anna no percibió en su aliento el licor ni su piel conservaba rastros de efluvio femenino, olía delicioso por su ducha reciente y ropas elegantes que eligió de su armario para el brindis.

Todo era apariencia, pero en su fuero interno deslucía según como se sentía.

Miserable.

—Tus padres van a odiarme por ser tu novia —expresó, teniendo presente a lo que se enfrentarían.

Jevrem meditó que, no solo ellos o su abuela y hermanas pegarían el grito al cielo por él haberse fijado en una chica del servicio, sino que su tío fue

enfático en que él no se relacionara con Anna. Sin embargo, ¿cómo evitar caer en la tentación?, cuando desde el instante en que ella le echó encima la bandeja del desayuno, en Kenai, lo atrapó.

Reconocía que al principio no se percató de sus sentimientos por estar suspirando por Isabel, pero Anna fue adentrándose en su corazón del que cada palpitación golpeaba su pecho por pensar en ella.

—Tendrán que aceptar, porque de ti jamás me apartaré —manifestó mientras su mano recorría el costado superior de la muchacha, apreciando con su palma la curvatura desde la cintura hasta el muslo —. Hemos intercambiado nuestros corazones como muestra de lo que sentimos el uno por el otro; por cierto, devuélveme el que me diste, mi pecho está vacío y lo necesito para vivir.

Ella sonrió.

—¿Lo vas a cuidar? Es frágil…

—Mi pecho es fuerte; una vez que esté aquí dentro —sujetó la mano de Anna y la puso en donde se suponía «carecía» de su órgano palpitante—, nadie lo podrá lastimar. Confía en mí, Anna, te prometo que mi amor será para ti.

Ella le creyó, el temor se disipó y la preocupación de lo que después enfrentarían dejó de aplastar sus hombros, Jevrem reclamó el corazón que ella se llevó de la habitación, en sentido figurado, pero cargado de las más profundas emociones. Lo besó apasionada y él correspondió a su deseo con la misma fogosidad que achispaba su cuerpo. La estrecha cama les dificultó rodar sobre el colchón para tocarse en las partes íntimas, apenas había espacio para que una persona ahí se acomodara, pero para Jevrem esto representaba más un reto que incomodidad, encarceló a la joven con sus brazos y piernas y continuó besándola esta vez con más frenesí.

Anna gimió en su boca, ansiosa por el contacto de sus pieles desnudas.

Apenas se había recuperado de lo vivido en la medianoche; su himen roto sanó tras horas de sueño, preparada ahora para recibirlo en sus entrañas; sudaba a raudales, le fastidiaba la ropa pegoteada a su cuerpo, el peso de Jevrem, la presión de sus labios, sus manos calientes, estaban por provocarle combustión. La excitaba sentir en sus mejillas, la barba incipiente de este del que ensombrecía su cara en un toque desaliñado de chico malo y dulce a la vez. Sus besos eran indecentes y, más aún, lo que Anna sentía entre sus piernas, pues la estaba matando.

—Desnúdame —pidió desinhibida en cuanto él liberó sus labios y ella posó sus manos lánguidas a cada lado de la almohada como un acto de rendición. Ya no quería luchar contra sus propios temores.

La orden de la joven fue bien recibida por Jevrem, cuyos ojos se oscurecieron más por el deseo animal.

Rio ladino.

—Fantaseaba que siempre me lo pedías —reveló a la vez en que sus manos desabotonaban la blusa con una lentitud que hasta a él se le hizo desesperante. Desgarrarla en dos le haría la labor más rápida, pero se perdería despojar de la ropa como él tantas veces se lo había imaginado. La espalda de Anna se arqueó para que sus pequeños senos cubiertos en el delicado sujetador aumentaran de tamaño y hacerlos apetecibles para el macho. Jevrem se relamió los labios; *pequeños*,

grandes…, para él eran perfectos del cual le provocaban pegarse a los pezones por un largo rato.

Los acarició por encima de la prenda íntima, Anna respiraba sofocada, su espalda arqueada, sus senos tensos…

—Yo también… —la joven perdió el habla en cuanto el lobo demostró habilidad para liberar sus piernas de los vaqueros: descorrió la cremallera, deslizó un poco las perneras por cada pie y, luego, *¡zaz!* , en un dos por tres el pantalón fue a dar a los pies de la puerta de titanio, quedando la braga de Anna visible para el amante.

Jevrem recorrió con la mirada la delicada figura de la lobata.

—Jamás permitiré que otro te posea —expresó enronquecido y esto erizó la piel de su compañera—, correrá sangre si esto pasa.

—Entonces, me harás daño —le recordó la promesa acabada de hacer y del que olvidó almacenar en su memoria.

— *A él* —aclaró y sus labios se acercaron a los de ella para patentar este hecho—. Lo despedazaré. Eres…

—Tuya —completó y Jevrem la besó, demostrando así que le pertenecía.

Si por cuestión del destino, otro rival se interponía, la parte que consideraba

«humana» moriría y la bestia tomaría control de su ser.

La advertencia se manifestó al desnudarse con desesperación, la habitación se tornó demasiado calurosa y esto lo volvió frenético. Respiraba entrecortado, la fusión entre los dos sería inminente.

—Siempre mía, Anna. Siempre.

La joven ni tuvo tiempo para contestar o asentir, jadeó por el desprendimiento brusco de su ropa interior, Jevrem había llegado al límite

de su contención, de esta forma liberaba su excitación, aunque no la asustaba; al contrario, la envalentonaba que ejerciera su instinto de macho dominante que se le mediría al que osara siquiera posar los ojos sobre ella, pues él deseaba tenerla a su lado para un perpetuo goce.

Anna abrió las piernas para recibirlo.

—¿Lo quieres? —Jevrem formuló de nuevo la pregunta, esta vez con un matiz lujurioso en su voz y un destello de socarronería, y mientras lo decía, el glande se posicionaba entre los labios vaginales, preparado para esa respuesta afirmativa. Las ganas por poseerla estaban a flor de piel, incumpliendo así mismo en tomarse tiempo para desvestirla, pero ¿cómo actuar cual caballero si Anna distaba de comportarse como una dama?

—Lo quiero todo —dijo—: hasta el fondo.

Las caricias sutiles las dejaría para una tercera o cuarta ocasión; de momento, acataría diligente lo que su hada le pidiera con esa boquita que prometía él, más adelante, hacerle probar su hombría.

Requirió de tres empujones:

El primero, el glande se abrió paso.

El segundo, su tallo se sumergió hasta la mitad, facilitado por la humedad de la muchacha.

Y, el tercero, la estocaba hasta el final como si hubiese matado a un animal.

Anna quedó sin respiración, habiendo olvidado por un instante el grosor de su novio.

Apretó los párpados y esbozó una mueca de dolor, pensando que, quizás, le faltaba recuperarse del desvirgo, pero fue una breve impresión por ser inexperta en la cama, solo debía permitirse unos segundos para adaptarse a su amante.

—Oh, Anna… —hasta Jevrem necesitó de dicho tiempo—, amo tu estrechez… —era como si la desvirgara por segunda vez.

En vista de la expresión adolorida de la lobata, aguardó a que esta le permitiera iniciar las acometidas, estaba por sufrir una autocombustión del que el fuego arrasaría con los dos, pero tampoco era tan bestia como para lastimarla, era menudita y, si quería gozar el coito, tendría que llenarse de paciencia.

—¿Aún te duele? —preguntó por si tenía que esperar unos días para amarla; por fortuna, Anna negó con la cabeza y luego sonrió a medias —.

Dime cuándo.

Ella se tomó un respiro y lo miró de tal modo que el otro sintió que un corrientazo recorría su espina dorsal y se alojaba en la dureza de su pene.

—Ahora.

Jevrem tuvo la precaución de iniciar lento a pesar de que estaba a punto de perder el control, pero se lo debía a la muchacha, por la crisis sufrida, superaría los demonios que atormentaban su mente y abatían su espíritu, pues contaba con un hada de infinita bondad, capaz de sacarlo de la oscuridad del cual se hallaba.

De forma paulatina aumentaba el ritmo de su pelvis, Anna se aferraba a su almohada y mantenía los ojos cerrados para el disfrute, a él le encantaba verla así, tan entregada, del cual oraba para que tuvieran un futuro juntos.

En un arranque de pasión, la tomó por la cintura y la atrajo hacia sí, de modo que Anna quedó inesperadamente sentada a horcajadas sobre los tonificados muslos del lobo. Esto a ella la pilló por sorpresa, la tenía en una nueva posición y del que la expresión del beta le indicaba que en adelante la guiaría en las artes amatorias.

La besó con premura mientras sus manos se aferraban a las caderas de la chica, empujándolas de atrás hacia adelante para que se animara en hacerlo por su propia cuenta.

La joven obedeció y Jevrem gimió complacido, quien necesitó de apoyar sus brazos, al lanzarlos hacia atrás para posar sus manos sobre el colchón y así tener mayor equilibrio. Anna comenzaba a adquirir confianza, contoneándose sobre el miembro erecto, entre gemidos y sensuales movimientos de sus caderas; sujetándose de los hombros de este, también procurando apoyo. *La danza sentada* causó que Jevrem cayera de espaldas y Anna se desatara al ritmo de sus propias palpitaciones, maravillada por las sensaciones.

Primera noche de su encierro y ya se comportaba como loba desvergonzada.

¿Cómo actuaría para la siguiente?

De ahí sacarían al pobre de Jevrem en un ataúd, porque ella no tenía intención de detenerse.

Capítulo 16

—¿Por qué tarda tanto?

Isabel consultó la hora por tercera vez en el voluminoso reloj de mesa, cuyo tope en su maquinaria tenía un carrusel de caballos blancos, extrañándole a ella la tardanza de Anna. Solía ser puntual cada mañana, llegando al Cuarto de Juegos antes que Esther y Lourdes, para entretener a los gemelos mientras los preparaban para ser amamantados. A veces Erik requería de ambos senos de una de las nodrizas de turno a diferencia de Ángel, del cual Isabel siempre lo alimentaba.

—¿Mi señora aún no se ha enterado? —Esther preguntó por si a esta no la notificaron.

Isabel, quien arrullaba a Ángel, ataviado este en un trajecito de algodón de cuerpo completo para protegerlo del frío, se volvió expectante hacia la mujer.

—¿Sobre qué? —se preocupó, ese tipo de preguntas antecedía respuestas lamentables.

Esther –sentada en una poltrona– acomodó a Erik en sus rodillas y movió las piernas como si él estuviese jugando al caballito. Pero el gemelo grande se removió fastidiado, queriendo los brazos de la progenitora o los de su niñera.

—Anna estará *fuera de servicio* por unos días, por lo del celo.

Isabel detuvo el arrullo y miró estupefacta a la mujer. ¡¿Por el qué…?!

—¿Está enferma de celos? —Puede que haya escuchado mal, aun así, dudaba que Anna fuese del tipo de chica que se deja llevar por la desconfianza hacia su…

¿Anna tenía novio?

—«Celo», señora —Esther corrigió tímida—. Estará en su dormitorio hasta que se le pase.

A Isabel le causó conmoción el hecho de que la muchacha se viera

afectada por algo que, hasta ese momento, ella consideraba solo concernía a los lobos comunes. Según lo que sabía de estos, cuando las hembras pasaban por dicho ciclo, los machos se la disputaban, a menos que fuese una loba que escogió pareja.

—¿Qué pasa si no permanece en su habitación? —A pesar de ser metamorfa, Anna tenía la conciencia de un humano. ¿Acaso las hormonas

se le alborotaban al grado de ser incapaz de contenerse a sí misma?

Erik chilló para que Esther lo bajara al piso y así gatear un poco, le apetecía mordisquear el osito de peluche que se hallaba sobre la manta que dispusieron para él y su hermanito.

—En ese caso: se acuesta con todos los hombres de la casa —dijo la nodriza a la vez en que obedecía diligente a la petición del bebé—. Anna es joven y su energía es imparable.

Isabel arqueó las cejas.

—¡¿Con todos?! —Pensó en los guardaespaldas, en el jardinero, el mayordomo, en Damir, Jevrem y, por último, en el que a ella le causó consternación.

Everett.

Esther asintió e Isabel requirió de sentarse en la mecedora junto con Ángel. Lo planificado esa mañana para que los gemelos tomaran un baño de sol, se fue al traste. Le hubiera gustado que primero disfrutaran de un paseo por la costa para que aspiraran la brisa marina y así sentirse ella más relajada de sacarlos al exterior, el Cuartel de las Brujas y ese engreído que detestaba, se marchaban a Alaska; después hubiese visitado a Camila en la academia y le habría dado una gran sorpresa por lo de su regeneración.

Everett se había levantado temprano para escoltar a su familia hasta el aeropuerto y así asegurarse de que estos no salieran con excusas de alargar la estadía; los quería fuera de la casa, harto de sus maquinaciones. Sin embargo, lo de Anna la tomó desprevenida.

Tendría que postergar el paseo por las inmediaciones, su deber se anteponía para asegurarse de si Anna estaba bien. El hecho de estar en celo no era motivo para que otros sacaran provecho.

Esto la hizo meditar en su propio ciclo y se inquietó. ¿Desde cuándo

las afectaba?

—¿Les pasa…? A ustedes… A las mujeres de la casa: ¿les pasa seguido?

—En los meses de reproducción o cuando la hembra siente la necesidad de aparearse —la otra respondió—. Las jóvenes son las más apetecidas si están solteras… Quiero decir que *les pertenece* a los machos de la manada; más que todo a los… —calló para no irse más de lengua, pero ocasionó que la mortificación de Isabel aumentara.

—Los alfas —concluyó por la nodriza y se preocupó. ¿Estaría Everett enterado del celo de la muchacha?

—También los betas y los gammas —agregó Esther—. El más fuerte se la queda.

Lo que, en resumidas cuentas, sería el líder de los metamorfos, consideró Isabel para sus adentros. Jamás le perdonaría a Everett si se acostaba con Anna, por muy alfa que fuese y la otra estuviese alborotada. Sería una vileza de su parte si se aprovechaba de esta circunstancia.

Además de mentiroso, en sus tantos juramentos le dijo que sería fiel.

Recordó el brindis en la Sala de los Lienzos y a Anna yendo al «rescate»

de Jevrem. ¿Estuvo movida por el desinterés de ayudarlo a sostenerse de su mareo o fue astuta en entrar a la sala y así pavonearse a los hombres que se hallaban presente para que la oliesen?

Gruñó bajo.

—¿Qué tan consciente están…? *Estamos*… de nuestros actos cuando…

Ángel lloró para estar junto a su hermano en la manta y, mientras Isabel le concedía su deseo, Esther respondió:

—Muy consciente. No enloquecemos, si es eso lo que pregunta… Las que tenemos macho, nos apareamos con estos, ya hemos formado un vínculo del que otro no puede romper. Pero las jóvenes que inician su ciclo y del que aún no sienten atracción por un pretendiente o no fueron subastadas en matrimonio, se tornan promiscuas.

Isabel se puso en pie.

Ay, mierda...

Pensó en sí misma y luego en Anna.

Una enorme diferencia existía entre las dos: una ya escogió pareja, pero la otra seguía sin que un chico conquistase su corazón.

Por extensión, los hombres de la casa reclamarían su trasero.

—¿Te importaría cuidar de los dos? —consultó por si Esther era capaz de velar sola por sus hijos mientras ella inspeccionaba si la joven tendría la suficiente protección contra un posible delito sexual—. Gracias —expresó tan pronto la mujer asintió—. Enseguida le diré a una de las chicas para que te dé una manita, por si los gemelos se ensucian.

—Bien pueda, señora —Esther replicó e Isabel abandonó de volada el Cuarto de Juegos.

En cuanto la puerta se cerró, la nodriza oró a Licaón para que la librara de haberse metido en un lío por cotillera, esa información debió haber sido suministrada por el ama de llaves y no por ella; aunque la patrona se pudo haber enterado a través de otra fuente, todos en la mansión sabían del

acaloramiento de la niñera y del prudente encierro, lo comentaban en la cocina y hasta hacían sus apuestas por el que lograra colarse en el dormitorio de la lobata.

—¡Mira el avioncito! —exclamó con vocecita aguda para capturar la atención de los lobeznos. Elevaba con su mano el avión de juguete, haciendo planeo a cierta altura de los ojitos de estos, de modo que lo apreciaran sin problemas.

Se sentía aliviada de que los amos aún requirieran de sus servicios y el de su compañera, el alfa convenció a la concubina de mantenerlas «activas» en caso de necesitarlas, como efectivamente ocurrió hacía un instante. La niñera estaba confinada y la progenitora pendiente de averiguar –lo más seguro– de que a la lobata la tuviesen bajo llave para que el alfa no la follara. Si resultaba preñada y le daba un lobezno sano, esta se alzaría como la concubina favorita o, tal vez, la Primera Esposa. El señor Everett aún no se casaba con la híbrida.

Cruzando el arco que da hacia la zona de los empleados, Isabel temía lo peor por Anna. ¿Cómo es que Everett no le dijo nada al respecto? El celo…

¿Y los padres de Anna? ¿Por qué no la alertaron?

La madre se la confió para que trabajara medio tiempo y estudiara en la universidad.

«¿Cuidará de ella para que no se meta en problemas?».

«Como si fuera mi hermanita», prometió Isabel a cambio.

Pero estos debieron advertirle con un: «tenga cuidado con Anna, una vez en celo, se querrá follar hasta el padre de tus hijos».

—Carajo… —masculló y aceleró sus pisadas.

Ingresó a la cocina y allí halló a la cocinera y a dos de las sirvientas, asistiéndola en la preparación del desayuno. Faltaba escasos minutos para servirse.

—Buenos días, señora —Rosario y Belkys expresaron al mismo tiempo, en un saludo cortés como si ella estuviese casada. Branislava asintió con la cabeza en actitud respetuosa, el alfa la tomaba en cuenta en sus opiniones, por lo que, enojarla a ella era enojar al alfa.

—Buenas —respondió a secas, rodando la mirada en busca del ama de llaves—. ¿La señora Blanka?

—Está con Sandra en el Ático. El señor Everett le ordenó que bajaran los álbumes de la señora Winona.

Isabel se distrajo una fracción de segundo por la petición de Everett y la conmovió, pues antes de irse le dijo que le tendría una sorpresa al volver. Le daba pena que, sin querer, Belkys arruinó lo que él se esmeraba en hacer.

Volvió a centrarse a lo que había ido y solicitó hablar con el mayordomo.

Era el menos indicado para esto, pero por la urgencia no le quedaba más remedio que hablar con él sobre la situación de Anna.

—En su despacho, señora —respondió la cocinera, intuyendo que tendría alguna queja de una de las sirvientas. ¿Quién sería la que realizó mal su oficio? Apostaría a que fue Belkys —la reprendió con la mirada y esta palideció—, daba más traspiés que la niñera.

A menos que…

—¿Dónde tiene su despacho? —A Isabel no le extrañaba que, como jefe del personal doméstico, el señor Milenko tuviera su propio espacio para organizar el trabajo diario.

—Por aquí, señora, la guiaré —Rosario señaló hacia la puerta que conecta con el pasillo principal de la zona de los empleados.

—Gracias, muy amable.

Isabel siguió a la chica, sin percatarse de la angustia de Belkys, quien permanecía estática, pensando en que Rosario se fue de cotilla por ella haber sido estúpida al regodearse de acostarse con el joven amo en un trío que hicieron con Sandra. La pasaron tan bien que ni dudaría repetir la ocasión con otra hembra, sin importar si esta era horrenda. Ella solo ansiaba ser follada una vez más por ese beta de pectorales y pito grande.

—Es este, señora —se detuvo frente a la puerta que quedaba a mitad de camino del pasillo y la señaló—. ¿Toco a la puerta y la anuncio?

—No es necesario, vuelve a la cocina —Isabel tenía la suficiente fuerza motriz en sus nudillos para anunciarse por sí misma. Ese tipo de formalismos se los dejaba a las hienas, ella era más humilde en esos aspectos.

Antes de que Rosario se girara sobre sus talones, Isabel se acordó de lo otro.

—¡Ah! Dile a Branislava que subirás unos minutos al Cuarto de Juegos para que ayudes a Esther con los gemelos. No será para amamantarlos —

sonrió a la consternación de la loba—, sino para la limpieza de estos por si se hacen popó.

—Por supuesto, señora, cuente conmigo para lo que disponga. Hasta seré su asistente personal si así lo desea, me gusta ser útil a los amos, estoy

siempre atenta a sus pedidos. Usted, en especial, es mi preferida.

Isabel sonrió desabrida.

Vaya aduladora.

—Lo tomaré en cuenta —dijo conteniendo su molestia.

La sirvienta hizo una reverencia y se marchó como si hubiese aprobado una entrevista para optar a un puesto de trabajo mejor remunerado.

Isabel tocó a la puerta con suavidad y aguardó a que del otro lado le permitieran pasar.

—¿Quién? —preguntó el mayordomo con hosquedad, sin ser consciente de la persona que lo solicitaba.

—Soy Isabel, necesito hablar con usted. ¿Me permite pasar?

Pasos rápidos hacia la puerta.

El menudo hombre de cabello cano y cintura un tanto rolliza, se apuró en abrir, visiblemente aprensivo de lo que querría esa oportunista.

—Disculpe, señora. Por favor, pase, no sabía que era usted. ¿En qué la puedo ayudar?

—Gracias —expresó seca e ingresó al despacho mientras estudiaba el entorno: el espacio tenía dimensiones reducidas, apenas constaba de un modesto escritorio de pino y su respectiva silla. Detrás de esta, la pintura de un paisaje que daba la impresión haber sido realizada en serie.

Nada sobresaliente.

—Soy todo oídos. ¿De qué desea hablar? —inquirió el anciano, habiendo tenido el buen tino de no sentarse detrás de su escritorio, pues la concubina del alfa quedaría en pie y sería, aunque no lo mereciera, una descortesía de su parte.

—Es sobre Anna Morris.

Este asintió, ya conjeturando la presencia de la mujer en su despacho y enseguida esbozó una sonrisa hipócrita.

—La señorita Morris está en confinamiento por lo de…

—Sé el motivo —lo interrumpió tajante—. La cuestión es: ¿en qué condiciones? —Más le valía al viejo en responderle que con las mejores, porque el infierno ardería.

El hombre se removió en su sitio, manteniendo la mirada elevada hacia esa morena voluptuosa de largas piernas y carraspeó incómodo por su presencia.

—Tenga la plena seguridad de que a la muchacha la mantenemos a buen resguardo: del sótano sale cuando supere *los calores*.

Isabel agrandó los ojos.

—¿Sótano? Creí que estaba en su dormitorio. —Anna jamás le contó.

—Allí está —corroboró—. Es el que se dispuso para los de su clase.

A la otra le pareció ofensivo el modo en cómo el mayordomo se expresó.

—«Los de su clase…» —repitió entre dientes—. Y ¿qué *clase* sería esa?, si se puede saber…

Milenko tragó saliva. De pronto se le hizo que la mujer aumentó de tamaño, como si su loba interna fuese a surgir.

—Es u-una provinciana —tartamudeó.

—¡Y LA MANDARON AL SÓTANO! —rugió enojada—. Le diré algo

—lo apuntó con el dedo índice. Su uña estaba muy larga, cual garra—: Anna Morris es mejor persona que usted y toda esa panda de lambiscones.

Ser provinciana o de bajos recursos no la hace menos que nadie. Así que, si me entero de que usted o los demás empleados la tratan mal, se las verán conmigo.

—¡Mil disculpas, ama! Qué torpe he sido al expresarme de la señorita de esa manera, lo que quise decir es que la habitación del sótano es para evitar desafortunados enfrentamientos por la posesión de la hembra en celo. La señorita Morris está en…

—¡Lo sé! —volvió a gritarlo—. Y comprendo lo de tenerla encerrada en el sótano. Imagino que es para su protección, ¿cierto? No de los

«caballeros» que por aquí merodean. Pero lo que me cabrea, es el hecho de que le hayan asignado dicha habitación desde un principio.

—Como dije —aflojó el nudo de la corbata, sintiéndose sofocado—: para evitar desafortunados enfrentamientos. La señorita comentó que aún no pasaba por su primer celo y que sus padres no tenían apuro en buscarle marido. Por eso se le asignó esa habitación, es la más aislada y la más segura en toda la casa.

Isabel entornó los ojos, estudiando el pálido semblante del mayordomo.

Le decía la verdad, sus piernas temblorosas a duras penas lo sostenían, Anna pasaba por un celo que ni ella misma ha experimentado, quizás por ser híbrida. Esta era una joven hermosa que, de paso, era virgen. Las medidas preventivas así lo indicaban: en cuanto las hormonas se caldeasen más de uno hará cola frente a su puerta para ultrajarla.

—Lléveme hasta ella —ordenó con el aplomo que le confería como mujer, amiga y jefa de la muchacha. Se lo debía a sus padres, era responsable de su bienestar.

Milenko se tensó.

—Mi señora, el sótano está sucio y la señorita Morris no anda en sus cabales.

Esto puso en alerta a Isabel.

—Tengo entendido que no enloquecen.

—Se desinhiben y se tornan agresivas con otras hembras —aclaró sin mirarla a los ojos—. Las considera sus rivales. A usted la atacará si se acerca.

—Le hablaré detrás de la puerta. Así que, lléveme hasta allá.

—Pero ¿y el señor…?

—¡EVERETT NADA TIENE QUE VER! —lo amedrentó con su potente voz—. Conmigo es que tienes que rendir cuentas.

—Sí, mi señora.

—No lo repetiré por tercera vez —la orden fue clara: llevarla al sótano para observar en persona si Anna no estaba siendo abusada.

Al desgraciado que pillara merodeando por ahí, lo sacaba a patadas. Anna era menor de edad, a quien ella apreciaba como si fuese su hermanita.

Pronto cumpliría los dieciocho, según lo que le comentó durante el vuelo en el jet. Aunque no recordaba para qué fecha, le pareció que era para finales de octubre o noviembre; después aclararía esto, por lo pronto, bajaría al maldito sótano para hablarle y aconsejarle de no dejarse convencer del hijo de puta que pretendiera calentarle la oreja

para que le abriera la puerta.

Su instinto protector salió a flote.

Capítulo 17

Damir gruñó de la impotencia.

Perdió la cuenta de las llamadas y mensajes de texto enviados a Jevrem, desde que este se marchó del jardín posterior de la casa. Había corrido para alcanzarlo, pero su hijo fue más veloz que él y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Desde entonces no paró en contactarlo, Radojka sollozaba preocupada de que tomara alguna decisión extrema que acabara con su vida. Tuvo pesadillas y despertó en gritos, del cual Grubana la escuchó desde la habitación contigua y se lo hizo saber a él con un sermón de controlar a la histérica.

Guardó el móvil en su chaqueta Christian Dior, cruzó mirada silenciosa con su esposa y negó casi imperceptible con la cabeza para que los demás no se dieran cuenta, esta se levantó del asiento de la Sala VIP del Aeropuerto J.F.K para encerrarse en el baño y desahogar su llanto a solas.

Jevrem no daba parte de su paradero ni se molestó en despedirlos, Damir tuvo que estrujar su cerebro para excusarlo ante Everett, quien ya daba señales de molestia por descuidar la supervisión en los Hamptons. Notó que Everett –afuera de la sala de espera– marcaba en su móvil y se lo llevaba a la oreja, con una expresión ceñuda del que era fácil de adivinar que estaba severamente enojado. Los greñudos guardaespaldas de este se desplegaron por las inmediaciones del aeropuerto, con sus dispositivos de comunicación pegados en el oído, mimetizados por los rincones para observar sin ser vistos por los pasajeros y acompañantes que transitaban dentro y fuera de la terminal aérea.

—¿Vendremos para Fin de Año? —Jelena, la menor de las hijas de Vesna preguntó a la abuela paterna, sentada a su lado, de brazos cruzados y meditando que algo raro pasaba: Jevrem no los acompañó, Radojka andaba entristecida, Damir preocupado y el bastardo en actitud hosca—. Abuela…

—Lo dudo, querida —respondió a su nieta—, no recibimos invitación de tu tío. —Guardó para sí misma las verdaderas razones, Everett los quería fuera de Nueva York por temor a los vampiros; su cobardía era vergonzosa y ella se encargaría de correr en Kenai el rumor del incidente, a ver si los Ancianos –conformados por alfas municipales y regionales que ya estaban retirados por superar los ciento ochenta años– estarían de acuerdo en que

los guiara un sujeto que le temía al enemigo. En algunos estados hubo casos en los que dichos líderes no daban la talla, del cual, su mandato era cuestionado por el pueblo o por los mismos integrantes de su círculo social más íntimo. La acusación era el primer paso para derrocarlo, luego un reto a muerte para arrebatarle el título; por supuesto, el que deseara alzarse con este, debía ser el que lo venciera frente a la manada. Grubana apostaba por Damir o Jevrem, pero su hijo no terminaba de definir sus ambiciones y su nieto parecía estar distraído en otros asuntos.

Jelena, al escuchar a su abuela, esbozó una mueca entristecida; ella quería festejar dicha fiesta en la ciudad y no en aquel pueblo olvidado por Licaón.

Lamento silencioso que también era compartido por sus otras hermanas; en especial, Andjela, esta no volvería en plan «soltera», aspirando a que algún millonario de buena estirpe –y joven– se fijara en ella y la disputara a su futuro marido, del que la fastidiaba. Los preparativos de la boda seguían su curso, nadie reparaba en su desgana; su abuela le recordaba su metida de pata, su papá ni la determinaba y su mamá dejaba que otros manejaran su vida a conveniencia.

La vio brillar cuando su madrastra las gritó a ella y sus hermanas para que se largaran por la ebriedad de Jevrem, pero su mamá gruñó a la otra para bajarle los humos. La desafiante actitud la sorprendió de buena manera, pues siempre andaba con la cola metida entre las patas, sumisa al mandato del que estuviese por encima de ella. Por desgracia, no era como Isabel García que alzaba su voz y se hacía imponer.

La habría salvado de tener que caminar al altar para casarse con un idiota.

Eso le pasaba por salir de su habitación mientras estuvo con ganas de ser follada. Se topó con el socio de su padre y este le abrió las piernas antes de que ella tomara conciencia de sus actos.

Por otro lado, Everett estaba a punto de ir hasta la Torre de Control e hipnotizar a los controladores de vuelo para que despejaran el cielo y autorizaran el acceso a la pista para el despegue de su aeronave, limitados ellos a tener que esperar a que las condiciones climáticas o la programación de vuelo fuesen las apropiadas. En una hora les avisarían y Everett descansaría por esos días de las impertinencias de su hermano y del entrometimiento de Grubana.

A esta la tenía entre ceja y ceja.

—Ayer o esta mañana, ¿Jevrem les dijo algo sobre ausentarse por unas horas? —preguntó a Luttrell y a Maxwell que se mantenían montando

guardia en la puerta, mientras que Tyson se hallaba a diez metros de ellos, con los ojos puestos en los humanos que pasaban frente a él y aguzando el oído para captar lo que al alfa lo preocupaba.

—No, señor. Desde el viernes por la noche no lo vemos —respondió Luttrell y el otro lo secundó con un asentamiento de cabeza.

Everett frunció el ceño y enseguida miró al fondo del recinto donde Damir se hallaba parado junto a la barra, tomando whisky. Consultaba con cierta intranquilidad la hora en su reloj de pulsera.

Entornó los ojos, no se tragaba el cuentico de que haya mandado a su hijo al distrito financiero para cerrar un «trato» con un empresario ruso con el que deseaba estrechar dudosos lazos. Jevrem no era tan irresponsable en abandonar sus obligaciones ni desaparecer sin avisar para atender una

«petición» de su padre que estaba fuera del rango de autoridad en el Clan.

Su deber primario consistía en la seguridad de Isabel y la supervisión de sus hombres, y en esto jamás falló hasta que arribaron a Nueva York.

Algo pasaba y él se encargaría de averiguarlo.

Atravesó la sala y se plantó frente a su hermano mayor. Este tragó de una sentada su bebida y luego dejó el vaso vacío en el tope de la barra, tenso por su cercanía.

—Ay, hermanito, no me vengas otra vez con tu discurso: ya te dije que

«lo siento» por tener que disponer de *mi hijo* —expresó con un matiz

nervioso en su voz. Trataba de hablar relajado, pero falló garrafal.

Everett ni parpadeaba, su mirada severa clavada en la de Damir.

—¿Dónde está él? —intuía que lo del «mareo» fue un teatro orquestado para ausentarse de la casa sin dar explicaciones. Esa fue la única ocasión en que lo vio desde la reunión que sostuvieron junto con Damir y sus tíos en la biblioteca.

Damir esbozó una sonrisa acartonada.

—¿Cuál es la urgencia? Ya vendrá. —Everett endureció la mirada y Damir bajó la suya, intimidado de ser sometido frente a su familia—.

Otórgame este día y luego te diré.

—¿Por qué?, ¿qué pasa con Jevrem?

El otro se sentía cansado de tener que ocultar la conexión que su hijo tenía con el depredador. Aun así, se apegó a su libreto.

—Me equivoqué al involucrarme con este *nuevo socio* y Jevrem lo está solucionando; él es mejor que yo para deshacer contratos.

—¿Con quién? —preguntó sin creerle; hipnotizarlo de nada funcionaría, Damir aprendió a eludir la verdad así esté coaccionado.

Grubana se mosqueó de la actitud tensa de los dos lobos y Vesna ansiaba en su fuero interno que su cuñado le diera una paliza a su marido, a ver si le quitaba lo *plumífero*. Él pensaba que ella no sabía, pero era muy consciente de sus andadas.

—Vas a matarme si te lo digo.

—Lo haré si no dices.

—Eh… —Damir sonrió a su madre y esbozó una expresión de «tranquila, solo es un asuntillo sin importancia», y sostuvo con aplomo la mirada de Everett—. Con un vampiro.

Everett gruñó bajo y Grubana se puso en pie. Lo que sea que estos discutían en voz baja a ella le daba mala espina.

—Me parece que ya están anunciando nuestro vuelo, ¿no es así, Damir?

—Se acercó a estos para impedir alguna agresión por parte del bruto

de Everett. Este resolvía los conflictos con violencia.

Damir agradeció con una sonrisa nerviosa la intervención de su madre.

—Es lo más probable; aunque me extraña que ningún asistente se haya presentado para informarnos. ¡Cuánta pereza! —respondió siguiéndole la corriente y desembarazándose de la intimidación de su hermano.

Pidió al barman para que llenara de nuevo su vaso y solicitó otra para Everett, a pesar de que este ni asintió. Grubana volvió a su asiento, pendiente del reloj y Vesna no apartaba los ojos de esos dos, para disfrutar en primera fila del puñetazo que Everett le estamparía a su marido. Tendría que morderse los labios para no carcajearse cuando cayera de culo al piso.

—Es Alexey Kuznetsov —reveló—. ¿Has oído de él? Es dueño de una discoteca muy famosa en la ciudad. Es para… los de su especie…

—¿Y tú has decidido invertir en clubs nocturnos? No me creo esa mierda.

¿Qué pasa con Jevrem?

Damir miró a sus hijas y a su desabrida Segunda Esposa, y pidió a Everett que moderara el tono de su voz.

—Nada, qué incrédulo eres… Jevrem tiene esa capacidad para no dejarse amedrentar. Creí que era buen negocio invertir en esos… entretenimientos, pero los *chupasangres* son muy quisquillosos.

—Y lo enviaste solo a un nido de vampiros.

—Kuznetsov es sagaz, pero cauteloso. No hincará sus colmillos en un Brankovic. Hasta ellos tienes sus limitaciones, ni tontos que fueran en

meterse… ¡Ay, ¿qué te pasa?, suéltame el brazo! —chilló en cuanto Everett lo agarró y lo jaló fuera de la sala—. No pasa nada, cálmense —se dirigió a Grubana y a sus hijas que se alarmaron con lo que sucedía, mientras que el otro lo llevaba al pasillo a la fuerza.

Luttrell y Maxwell bloquearon el paso a las mujeres. Lo que estos discutirían, nadie intervendría.

—¡Qué bestia! —Everett aplastó al hermano contra la pared alejado de la vista de las lobas.

—Hace años que Alexey vendió los bienes que tenía en Nueva York y se largó a París con su esposa —espetó con los dientes apretados, evidenciando la mentira.

Damir fingió sorpresa, pálido como un espectro.

—¡¿Halló a Ekaterina?! Vaya, no lo sabía, ella lo abandonó hace…

—¡Deja de hablar pendejadas! —lo gritó—. No mantienes tratos con ningún puto vampiro ni has mandado a algún lado a Jevrem. Huelo la mentira en ti, estás preocupado como yo de que desapareciera. Lo de ayer…, ¿qué fue todo eso?

Damir boqueó, tembloroso. No debía revelar lo que a su amado hijo le sucedía. Lo culparían.

—¿Lo del brindis?

—¡Sí, lo del brindis!

—Bueno, Jevrem se mareó por lo de la champaña. ¿Acaso tú nunca te has caído de la borrachera? Te recuerdo que eras un beodo tras lo de Winona…

De ser otro, Everett lo hubiera estrangulado hasta que dijera la verdad.

Casos más serios sucedían como para que el jefe de seguridad le diese por beber más de la cuenta y pasar la modorra en la cama de alguna hembra. En su dormitorio no estaba, él lo llamó para que velara por su mujer en su ausencia, pues le angustiaba dejarla sola, a raíz de lo acontecido por lo del depredador y la amenaza de Kerenor. Los hombres que quedaron en la casa eran fuertes, pero lo tranquilizaba si Jevrem permanecía cerca.

—Jevrem tiene hasta el mediodía para que se reporte, si no lo hace, lo tomaré como incompetencia o deserción.

—No es ninguna de las dos —el progenitor se traicionó a sí mismo en defender su integridad.

—Entonces, ¿a dónde fue? —Silencio. Mirada baja—. Damir, aprecio a mi sobrino y me preocupo por él, si sabes algo del que deba saber, dilo.

Estás a tiempo de ayudarlo o, de lo contrario, interpretaré tu silencio

en que tengo razón y tomaré medidas al respecto.

El lobo suspiró abatido.

—Te diré, pero a cambio permaneceré en la ciudad.

—Requiero de tu presencia en Kenai.

—Ellos se las pueden arreglar unos días sin nosotros.

—¿Por qué la insistencia de quedarte?, ¿qué pasa con Jevrem?

Damir miró de refilón a los guardaespaldas apostados en la puerta de la Sala VIP y luego retornó la mirada hacia su hermano que aguardaba expectante.

Lo invitó a caminar a solas, la revelación urgía de alejarse de terceros; era delicado lo que le diría, podría írsele la vida en ello y hasta la de Radojka y su hijo. Pero observó que Everett lejos de condenar a Jevrem, quizás sería el que lo ayudara a enfrentar su padecimiento.

En algo estos dos se parecían.

Capítulo 18

Isabel se sorprendió de la puerta de la habitación.

¡¿Qué era eso?!

¿De qué material la hicieron?

Manifestaba a gritos la crudeza en cómo trataban a las lobas que pasaban por una alteración hormonal. El duro metal se instaló para resguardarlas a estas de los hombres que intentaran propasarse y, a juzgar por los arañazos hasta en las paredes del pasillo, lo intentaron en más de una oportunidad.

Miró con reprobación a Milenko, hallándose este a unos pasos detrás de ella, cabizbajo y aprensivo de sus reacciones, pero no le escupió una sarta de improperios, pues daba la impresión de ser una celda de máxima seguridad.

—¿Cómo me comunico con Anna, ¿hay algún citófono o ventanilla? —

Buscaba sin hallar un dispositivo que le permitiera hablar con la muchacha.

—La trampilla —Milenko señaló la tablilla rectangular de unos 15

centímetros de ancho a los pies de la puerta—. Por ahí pasamos la comida; ya sabe, mi señora: la agresividad de las que están…

El hombre enmudeció por el leve gruñido que resonaba en la garganta de la híbrida hispana y se abocó en deslizar hacia arriba la trampilla; lo primero que sus fosas nasales percibieron, fue un intenso olor a sexo. Tuvo una pulsación en sus genitales y se reprendió a sí mismo por no utilizar tapabocas para evitar percibir los aromas íntimos, la hembra en celo estaba siendo tomada por un macho.

Se puso en pie con rapidez, temiendo que la concubina le diera una paliza, por lo que consideró prudente sacarla de allí antes de que descargara contra él su furia. Un lobo logró apoderarse de la llave que solo Blanka poseía y se introdujo para disfrutar de la jugosa vagina de la lobata.

Y Milenko sabía muy bien de quién se trataba.

Si eliminaba posibles sospechosos: uno de los integrantes de la casa no se le ha visto desde el brindis.

¿Estaría metido ahí desde antes de que a la niñera la encerraran?

—Ahora que lo pienso: en la cocina hay un citófono que comunica con el interior —mintió. El aparato no servía como tal, solo recibía una señal roja que indicaba que la sirvienta quería un macho para que la follara. La comunicación entre el interior de la habitación y la cocina no estaba

permitida, debido a que la sirvienta que estuviese en celo se tornaba vulgar al increpar a los demás por su encierro. La elección de estar allí no era democrática, las lobas que trabajaban para los grandes señores tenían dos alternativas para desahogarse: en los bosques o en las celdas-dormitorio. Y

las lobas que se hallaban en las ciudades optaban por la segunda para evitar ser asaltadas en la cama. Las que poseían residencias tomaban sus propias medidas para resguardarse del olfato de perpetradores sin control y, las solteras que carecían de un lugar para acobijarse en su

descanso, lo hacían en las que disponían sus amos.

Isabel no se movió; sus ojos puestos en la trampilla.

Ella también percibió…

Emitió un gruñido bajo.

—Ábrela —ordenó al mayordomo sin dejar de ver hacia el rectángulo metálico fijado por palancas verticales. Sus uñas se volvieron garras, sus ojos amarillos, su sangre burbujeante.

Milenko palideció.

—Es el olor por *las ansias*; si me comprende, mi señora —comentó sintiéndose acorralado por la híbrida. La condenada era más dominante que la señora Grubana y la señora Sebrenka.

Ella lo traspasó con la mirada como si lo fuese a asesinar.

—No fueron «ansias» lo que olí, ahí hay un hombre. ¿Quién es? —Sus incisivos laterales y los colmillos superiores e inferiores se alargaron, y en su ser sus células lobunas batallaban por el dominio del cuerpo humano—.

¿Quién-está-ahí-metido? —inquirió separando cada una de las palabras con los dientes severamente apretados, y el otro se encogió de hombros, tembloroso—. ¿QUIÉN?

—¡No lo sé, ama!

Isabel temió por la muchacha.

—¡ABRAN LA PUERTA! —Aporreó el metal con todas sus fuerzas—.

¡ABRAN! ¿Tienes la llave? —se dirigió al anciano; su voz gruesa por el inminente cambio que sufriría si no acataban con celeridad su mandato.

—Le recomiendo que los deje encerrados, sería imprudente interrumpir el coito. La atacarán.

—Querrás decir: *la violación*. Dudo que Anna esté lúcida para aprobar a su *galán de cinco minutos*. Así que, más de uno saldrá muerto si no abres la puta puerta.

Cabeceó, atemorizado.

—La llave está en posesión de la señora Blanka.

—¿Y usted por qué no la tiene? —lo estudió con recelo. Los mayordomos también tenían un juego o la Llave Maestra que abre todas las puertas de la residencia donde trabaja.

—En estos casos: no es prudente… —enrojeció hasta las orejas.

Isabel comprendió que, al ser un lobo, actuaría del mismo modo que los otros, queriendo irrumpir a las malas.

—¿Quién está con Anna Morris? —inquirió y Milenko balbuceó. De sus labios no se enteraría—. ¿Quién? Hable… —estaba por perder la paciencia.

Su abuela María Guadalupe siempre le decía: «entre sinvergüenzas jamás se delatan». Y ese maldito viejo sabía quién estaba con Anna.

Las mangas de la blusa que usaba sufrieron un desgarramiento ante el aumento de volumen de su anatomía. Sus hombros y brazos se ensancharon como los de un hombre que alza pesas, la prenda estaba por reventarse de su torso, si seguía el curso de su transformación.

Milenko se pegó contra la pared de su lado izquierdo para alejarse en lo posible de la iracunda loba. Jamás había visto semejante comportamiento en una de las hembras de los señores de la casa; ni siquiera la señora Sebrenka cuando fue la Primera Esposa del antiguo amo, el señor Stanislav –del que parte de sus cenizas mortuorias descansan en paz en la perpetuidad del cementerio– los trató de esa manera. La dama siempre se comportó con absoluta propiedad y distancia, manteniendo su porte elegante y excelente dicción al hablar. Lo mismo con la señora Grubana y la difunta Winona, que fue tan sumisa y recatada… En cambio, la concubina era abominable.

—No es el alfa, si es lo que p-piensa —tartamudeó—. El señor Everett salió con toda la familia al aeropuerto para despedirlos. ¡Los vi, lo-lo juro!, llámelo si no me cree.

—¿Quién está adentro? —inquirió siseante. Aguardó un instante para que le respondiera, pero el anciano se mantuvo hermético e Isabel perdió los escrúpulos al considerar de que se trataba de un lobo de la tercera edad—.

¡Responde! —Con una mano lo alzó del cuello para estrangularlo.

— *El otro amo*. —Un error que más de uno pagaría con su propia vida.

¡¿El otro?!

Por la mente de Isabel pasó el nombre del que, si recibía también dicho rango de autoridad, se trataba de…

Sala.

Brindis.

Champaña.

El repentino mareo del cumpleañero, la solícita ayuda de Anna. Todo calzó como un rompecabezas.

Entre tanto…

En la minúscula habitación, el miembro de Jevrem taladraba el trasero de Anna, parados ambos a poca distancia de la puerta de la habitación.

Ninguno de los dos reparaba en que la trampilla fue deslizada en más de una ocasión. Faltando escasos minutos para las seis de la mañana, Belkys había llevado una bandeja y pedido que le entregara la de los platos vacíos, del que obtuvo como respuesta un gruñido feroz por parte de Anna, alejando de allí a la sirvienta, junto con la comida, pues ni se atrevió en meter la mano para entregar la bandeja. Al parecer, la alasqueña amaneció de malas pulgas; para la próxima que fuese Rosario o Sandra, quienes se encargarían de alimentarla, el hedor a sexo casi le nubla los sentidos.

Anna gemía, el calor insoportable la bañaba en sudor, pero no se quejaba.

Tenía aguante y su amante bien que la complacía. Jevrem la tomó varias veces en la cama, en el piso y ahora contra la pared. Empujaba con rudeza su pelvis contra sus nalgas, fue doloroso al principio, la perforación del ano no era como la del himen; en este un falo grueso intentaba meterse en un orificio que se mantenía cerrado y que se iba expandiendo en la medida en que ganaba terreno.

Sus uñas rastrillaron la pintura de la pared y sus labios sangraron al morderse para aguantar la invasión, Jevrem ya no la trataba con delicadezas como hacía unas horas, respondía con vehemencia a las exigencias de la muchacha. Anna quería más y más rápido. Su cara reposaba en la pared, sus manos a los lados, al igual que las de su acompañante; ambos unidos de la manera más impura y excitante. La

exquisita sodomía la hacía blanquear los ojos, extasiada; no la molestaba ciertas vibraciones que recorrían la pared, ignoraba qué podría ser, aun así, no le importaba, como tampoco escuchaba los gruñidos que provenían del otro lado de la trampilla.

De momento, le pertenecía a ese fogoso macho que le ha obsequiado más de un orgasmo; de sus agujeros escurría semen por cantidades, la sometía a una maratón de la que después sería incapaz de caminar, le dolía todo el cuerpo por cómo la follaba.

—¡Oh…! —su boca abierta, su respiración errática.

—¿Lo soportas? —Él le preguntó jadeante y sin dejar de apalearla, tan entregado a la pasión que a menudo olvidaba que la lastimaba con sus

garras o sus demoledoras acometidas.

—Sigue… Me encanta…

Jevrem sonrió y se pegó más a la joven. Ni un rayo sería capaz de separarlos, se solidificaron.

Ni siquiera los aporreos en la puerta.

Mientras los dos jóvenes lobos se amaban, Isabel cada vez se desesperaba.

Le gritó a Milenko para que fuese por la señora Blanka, a Anna la violaban. Más de uno saldría despedido por obrar en complicidad con el condenado que estaba dentro. ¡¿Jevrem?! ¿Cómo era posible que este la decepcionara de esa manera? Lo había considerado un galante caballero que vela por la damisela en apuros, y resultó ser un hombre como cualquier otro que aprovecha la «ebriedad» de la chica en un bar.

En este caso, el celo de Anna, del que le nublaba el raciocinio.

Dios… ¿Con qué cara miraría a los padres de esta? Fue víctima de su propia naturaleza y ella sin poder protegerla de sí misma.

Se acuclilló para deslizar la trampilla, a la vez en que contenía la respiración y así evitar que los olores íntimos le produjeran arcadas. Había amanecido con el estómago revuelto.

El mayordomo trastabilló al subir las escaleras para salir del sótano, calculando que en un par de minutos estaría de vuelta con el ama de

llaves y los guardaespaldas que montaban guardia por el perímetro. A estos, el anciano debía ordenarles que usaran mascarillas o se taparan la nariz con pañoletas. Era bien sabido que, si los lobos comunes respondían al olor del orín o los corporales de la loba en celo, bloquear las vías respiratorias era aconsejable para no sumarse al apareamiento.

Isabel estaba preparada para transformarse. Si bien, no sería contrincante para Jevrem, le clavaría sus dientes en una pata hasta que recobrara su humanidad.

—¡Jevrem, déjala! —acurrucada ordenó contundente al muchacho, pero del interior escuchaba gemidos a través de la trampilla—. ¡JEVREM, DÉJALA! ¡¡DÉJALA!!

La potente voz logró colarse a los oídos de la pareja.

Ambos quedaron petrificados.

—¡¿Es la señorita Isabel?! —Anna se mortificó y Jevrem enseguida salió de su trasero.

—Carajo —si Isabel estaba allí, es porque todos en la casa se enteraron.

Por extensión, sus padres y abuela…

—¡Suéltalo, hijo de puta! —la híbrida gruñó bastante molesta a través de la trampilla—. ¡Hazlo o te arranco el pito cuando salgas!

Anna miró angustiada a Jevrem, segura de que su jefa cumpliría con su palabra. Observó su propia desnudez y se avergonzó. ¿Qué excusa le daría?

¿Cómo explicaba la presencia de Jevrem en su habitación? La azoraba lo que Isabel de ella pensara.

—Ya lo hizo… —la respuesta de Anna fue estúpida e incriminatoria para el lobo. Jevrem se dirigió al baño para darse una ducha fría y así calmar el fuego que seguía consumiéndolo por dentro. Tendría que dar muchas explicaciones.

Isabel quiso llorar, fue como atrapar *in fraganti* al violador y que la víctima expresara que por fin su padecimiento había terminado.

—¿Estás bien? —Molería a los golpes al maldito por haberse

aprovechado.

—Sí —Anna contestó mientras se envolvía en la sábana que arrancaba de la cama para cubrirse—, e-estoy bien, señorita Isabel, no se preocupe.

—Perdóname, Anna, debí estar más pendiente de ti. Mi descuido provocó que esto pasara.

La joven se acuclilló para acercar su rostro a la trampilla, hallando desde el otro lado, los ojos anegados en lágrimas de la hispana.

—La que pide perdón soy yo, señorita: me dejé llevar y me acosté con uno de los patrones.

—¡Él se aprovechó! Tú no tienes por qué pedir perdón.

En cuanto Anna se propuso en abrir la boca para replicar, fue levantada sin rudeza por Jevrem, quien la apartó a un lado y este se agachó con la toalla alrededor de sus caderas. Goteaba agua de los pies hasta la cabeza.

—Amo a Anna y no me he aprovechado de ella, aunque lo parezca —

manifestó tajante.

—Desgraciado…

—Isabel, estoy enamorado de Anna —reiteró— y me haré responsable de ella, de ahora en adelante.

—Eso lo dices ahora, porque te pillé —golpeó la puerta, desahogando su rabia—. Luego la dejas por otra pendeja. No creí que fueras así, Jevrem.

—¿Tan difícil es de creer? ¡La amo y me vale un carajo si tú o mi familia se oponen! Anna es mi novia.

—¡Es menor de edad!

—Soy mayor, los cumplí el mismo día que Jevrem… —la joven aclaró como si Isabel fuese su hermana mayor. En cierto modo, el enojo de la patrona la hacía sentir que le importaba, pero todo esto acarrearía muchas consecuencias.

¡¿El mismo día?!

Isabel se apenó por enterarse de esa forma del pasado cumpleaños de Anna, que se sintió culpable por estar pendiente de sí misma. Ella con sus líos con Everett, y Anna pasando dificultades.

La tenían confinada al sótano, con las hormonas alborotadas, siendo ninguneada por ser de estrato bajo.

—¿Te obligó? No temas responder. —La puerta era la única barrera que se interponía para que Isabel le diera su merecido a Jevrem.

Anna sonrió, pero como estaba fuera de la vista de Isabel, expresó con claridad:

—Yo lo seduje.

—Por lo del celo…

—Porque quise —manifestó—. No se preocupe por mí, tengo la dicha de ser amada por el hombre que amo… —su declaración la ruborizó y esto a Jevrem le pareció tierno, le provocó apretujarla entre sus brazos; no obstante, se aguantó por la persona que los increpaba. A él le iban a torcer duro las orejas por haberle hecho el amor.

Isabel estuvo a punto de replicarle que hablaba por sus hormonas alocadas y que en cuanto se le pasara, lloraría a mares por haber sido utilizada. Pero en el instante se apersonaron los guardaespaldas, la señora Blanka y el señor Milenko. Arriba, en la puerta que da acceso al sótano, Rosario, Sandra y Belkys, miraban curiosas hacia el grupo que se agolpaba al frente de la habitación de la desabrida de Anna Morris.

Según lo que escuchó Rosario, del viejo mayordomo, la pueblerina tuvo más suerte que las tres, al tener para ella solita al mejor lobo soltero de los clanes existentes en el país.

Vaya envidia.

Capítulo 19

Everett y Damir viajaban en el asiento trasero del Mercedes-Benz.

El silencio se mantenía sobre ellos como una densa capa que a cada uno los aislaba. A pesar de esto, ambos tenían un único pensamiento: Jevrem. El padre preocupado de lo que a este le pasaría, el tío enojado

consigo mismo por todo lo que sucedía a su rededor y, él, en la ignorancia. Aunque este sería el menor de los problemas que recaería sobre él y su familia, no le quedaba claro por qué su sobrino tenía ese contacto tan «cercano» con el depredador de humanos.

El jet emprendió vuelo a las nueve de la mañana, transportando a las mujeres que bastante avinagraron a Isabel. Pensar en su ángel lo inquietó, durante días estuvo bajo el cuidado de un muchacho que, tal vez, estaría mal de la cabeza. Aún le costaba creer en la revelación de Damir, ni Jevrem ni Radojka manifestaron aptitudes videntes; de hecho, el mismo Damir se jactaba siempre de «saberlo todo» como si tuviese ojos y oídos en todas partes.

El Mercedes transitaban a moderada velocidad hacia Long Island. Al ser fin de semana el tráfico amainó por el sector; el vidrio polarizado dividía la cabina del chófer y los pasajeros en el asiento posterior del vehículo de alta gama. Branimir tarareaba una canción mientras manejaba, sin que los amos lo escucharan o viesen; el vidrio insonorizaba el interior e impedía que otros observaran lo que atrás hacían. El señor Everett solía estar acompañado de féminas a quien follaba o manoseaba sin pudor; por supuesto, aventuras pasajeras que tuvo antes de enredarse con una mujer de temple.

Everett se abstuvo de hacer algún tipo de comentario, en precaución por si el Mercedes tuviese algún micrófono; su paranoia aumentaba, debía mirar a cada instante por sobre su hombro, desconfiando de hasta las sombras. Lo de Jevrem lo impactó. ¿Clarividente? ¡¿Cómo, mierdas, era capaz de hacer eso?! Ver al asesino sin estar presente…

Giró la cabeza hacia Damir y este le devolvió la mirada; su palidez reflejaba su angustia interna. Aun así, se mantenía hermético, aprensivo de la decisión que Everett haya tomado cuando él optó por confiar en el cariño que este le profesaba a Jevrem.

Tuvo un destello de esperanza en el instante en que Everett esbozó una media sonrisa, como si le expresara un: «tranquilo, lo ayudaremos».

Sonrió de igual manera y sus ojos se humedecieron, sintiendo que ese peso, del que por tanto tiempo cargaba solo, con otro lo compartía, aliviando sus maltrechos hombros.

El auto bordeó la plazoleta y frenó bajo el pórtico de columnas dóricas.

Branimir se apuró en abrir la puerta para que el alfa se bajara y luego

corrió hacia la contraria para que el señor Damir también lo hiciera.

Los dos hombres trajeados –uno con y el otro sin corbata– caminaron con paso soberbio hacia la entrada. Elijah le abrió la puerta y esto a Everett le llamó la atención, lo usual es que fuese el mayordomo o el ama de llaves, pero los servidores no se hallaban para recibirlos. El deber de sus hombres era de montar guardia, no de cubrir las labores que otros desatendían.

—Sucedió algo, mi señor —expresó reverente en cuanto Everett cruzó el umbral. Damir pasó derecho hacia la biblioteca, sin preocuparle lo que el guardaespaldas de su hermano tuviera que decir; esperaría por este mientras se tomaba un whisky, lo necesitaba, entre ambos tenían que hallar a su hijo y convencerlo de pasar una temporada con su abuela materna. La experiencia de esta lo ayudaría a superar las pesadillas y las cadenas que lo ataban con aquel sujeto.

—Habla —Everett se tensó en el acto y se preparó a recibir una terrible noticia.

El hombre cerró la puerta principal y se quedó viendo a Damir que estaba por cruzar el arco que da hacia las salas, pero la sensación de ser observado erizó los pelitos de la nuca de este y se volvió sobre su hombro sin dejar de caminar.

—Es Jevrem —respondió y Damir se detuvo en seco—. Él…

—¿Qué le pasa a mi hijo? —lo gritó impaciente, yendo hasta el hombre para zarandearlo de las solapas.

Everett extendió el brazo e hizo una barrera entre los dos y exigió al guardaespaldas para que hablara rápido.

—La señora Isabel lo atrapó en el sótano, abusando de la niñera —

contestó con una serenidad que solo era fingida para no revelar a los amos la animosidad que el otro le despertaba por habérsela *comido* antes que él.

Ese virguito debió ser bien rico de perforar de una estocada. Los gemidos adoloridos eran sensuales melodías que jamás se cansaría de escuchar, por mucho que Elijah se haya acostado con otras y *gozado* de ser el primero *en darle* en su vaginita.

Everett se impactó y Damir esbozó un gesto de desdén. ¡¿Con la niñera?!

De modo que allá fue hacia donde había corrido…

—¿Isabel? ¿Qué hizo ella, se le enfrentó?, ¿dónde está? —Everett se preocupó, siendo esta vez él quien sacudía a Elijah para que respondiera.

—En la biblioteca.

Como un rayo atravesó el vestíbulo, seguido de Damir, cuya preocupación era solo por el bienestar de su hijo. El estúpido de Everett lo golpearía por una insignificancia que no valía la pena la reprimenda.

—¡Esto no lo esperaba de ti!, ¿cómo pudiste…? —la increpación de Isabel quedó interrumpida en cuanto los dos hombres entraron como un torbellino. Everett se abalanzó hacia el muchacho que estaba tomado de la mano de la lobata, del que a Damir no le pasó por alto, y le estampó un puñetazo que lo mandó contra la estantería de libros a su espalda.

Anna cayó al piso por la furia del lobo, Isabel le gritó a Everett para que se detuviera, Damir saltó sobre su hermano y así evitar una desgracia, y el resto de los que se hallaban presente, gritaron mortificados.

Se iba a formar la *sampablera* y ellos en medio de la contienda.

—¡Everett! ¡EVERETT! ¡Eve...! Ev… —A Isabel la biblioteca le comenzó a dar vueltas.

—¡Señorita Isabel! —Anna chilló al ver que su jefa se derrumbaba por el desvanecimiento que sufría.

El aludido se percató de este hecho y en una exhalación extendió los brazos para atajarla antes de que cayera al piso.

—¡Isa! —la llamó angustiado, al tiempo en que la alzaba en vilo. Abrió los ojos y parpadeó atontada, pidiendo que la bajara para ponerse en pie.

—Estoy bien, ya se me pasó —dijo a Everett que seguía sosteniéndola entre sus brazos—. Fue un leve mareo, aún no he desayunado.

Él no la incorporó, rodando los ojos severos hacia la señora Blanka por la tardanza para servir la comida y esta bajó apenada la mirada. En ella recaía la responsabilidad de las funciones en la cocina.

—Le pedimos disculpas —Milenko replicó al alfa para ambos salvarse el pellejo—. Lo acontecido con el joven amo ha desequilibrado el horario habitual de la casa.

Everett depositó con cuidado a Isabel en uno de los sillones que allí se hallaban y se volvió enojado hacia su sobrino.

—Discutamos esto como lobos civilizados —Damir se interpuso entre su hermano y su hijo, Jevrem ayudó a Anna a levantarse y la escaneó por si

estaba herida, provocando que esta acción fuese malinterpretada por Everett, quien de un golpe de revés mandó a Damir contra el sillón colindante al escritorio y así quitarlo del camino y lanzarse él contra el otro para dejarlo sin dientes por malograr a la muchacha.

—¡Detente, están enamorados! —Isabel exclamó a todo pulmón. Everett furioso era capaz de matar.

El puño quedó estático en alto, tan pronto escuchó a su mujer.

Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió?

—Por favor…, solo son un par de jóvenes *cachondos* —Damir desestimó, enojado por la estupidez de su primogénito—. Ella está en celo, olí la peste de su perfumito desde que me bajé del auto y Jevrem es de los que no dejan pasar un revolcón.

Anna enrojeció de rabia y vergüenza por la animosidad del progenitor de su novio, y, también, por el escrutinio del ama de llaves y el mayordomo.

Este último recordaba que desde un principio supo que la lobata les daría problemas.

—No, papá —Jevrem le contestó airado—. Es más que eso: nos amamos.

Damir soltó un bufido y Everett los estudió con detenimiento. Anna Morris se protegía tras él y a este ni le temblaba la voz.

—Te dije que te mantuvieras alejado —lo increpó—. ¿Por qué desobedeciste?

—No me lo propuse, tío. Solo se dio… —replicó alzando su mentón para mantenerse firme. Tomó la mano de Anna y entrelazaron sus

dedos, evidenciando de este modo la disposición a llevar adelante la relación que sostenían, a pesar de la oposición de otros.

—¡Cómo te atreves, suelta a mi hijo! —A Damir le parecía inaudito que la sirvienta tuviese las agallas de fijarse en un Brankovic.

—¡¡Es mi novia!! —Jevrem gruñó, aferrando sus dedos con los de Anna

—. Acepten que ya soy un hombre.

—No lo voy a permitir. Esto es…

—Basta, Damir —Everett lo interrumpió.

—Es mi hijo y, como padre, exijo...

—Jevrem es adulto al igual que Anna que ya está en edad casadera —dijo

—. Él ya ha elegido hembra.

El estilizado hombre jadeó escandalizado.

¡¿Escogido?!

—Es una sirvienta…

—¿Y? —Isabel se levantó del sillón. Indicó con la mirada a Everett de que estaba bien y se dirigió hacia donde se hallaba la pareja para plantarse delante de estos y replicar al hombre—. ¿Qué tiene de malo que Jevrem se haya enamorado de una empleada doméstica? Anna es una chica inteligente, buena, trabajadora y muy honesta. Muchos hombres querrían tenerla como esposa.

La idea le gustó al joven beta, quien sonrió. Pero al progenitor le desagradó.

—No mi hijo —espetó—. Es un Brankovic.

—Ay, papá, por Licaón…

Everett ordenó a Blanka y a Milenko a que se marcharan de la biblioteca, lo que discutirían solo le concernía a la familia. Después se encargaría de hablar con ellos de la participación de estos con respecto a lo que sucedía, como para que Isabel requiriese de la presencia de ambos, junto con los increpados.

—¿Estás bien?

—Ya te dije que sí… —Isabel le contestó cansina.

—Si tienes hambre, puedes ir a comer o te mando a traer el desayuno.

—¿Y comer mientras ustedes riñen? Me atraganto. Mejor discutamos lo que pasará con Jevrem y Anna. El desayuno puede aguardar unos minutos.

—Aquí no hay nada más por discutir —espetó Damir—. La sirvienta está despedida y Jevrem se marcha a Alaska hoy mismo.

—Entonces, Anna se va conmigo, porque no la dejo sola.

—¡SILENCIO! —Everett gruñó atronador, enmudeciendo a su hermano y a su sobrino—. Haré dos preguntas y, de lo que respondan, tomaré una decisión. —Se volvió hacia la omega y esta se sintió pequeñita—. ¿Amas a Jevrem? —Ella asintió—. ¿Y tú?

—La amo fervientemente.

—Esto es ridículo.

—Al contrario, Damir: nos están demostrando el amor que se tienen.

Dejaron de ser niños, se hacen responsables de sus actos —Isabel replicó a riesgo de que Damir o Everett la mandaran a callar por metiche, pero encontró en su compañero una sonrisa diáfana que le indicaba en que estaba de acuerdo.

—Me place de que halles una hembra que te alegre la existencia —

Everett comentó a Jevrem, olvidando momentáneo lo revelado en el aeropuerto—. Pero desobedeciste una orden directa de mantenerte alejado

de ella. En compensación a esto, tendrás que responder ante sus padres para limpiar su honra. Anna Morris fue entregada a Isabel para que atendiera a nuestros hijos y tú la sedujiste por lo del celo. ¿Creyeron que no lo sabía?

Tengo buen olfato —y, al decirlo, observó a la ruborizada muchacha que ni se atrevía a mirarlo. A pesar de ser un ciclo que se daba una vez al año, cada cierto tiempo Anna se aplicaba perfume en exceso y esto se debía a los días en que menstruaba; el despectivo comentario de Damir en el hospital, cuando lo del helicóptero, en la que sacó a

relucir el aroma de la omega, a él lo puso en alerta, a pesar de la tristeza que lo embargó por las quemaduras de Isabel.

—¿Adónde quieres llegar? —Damir se tensó.

—Lo que sea que tenga que pasar con ellos —dijo—. Él se hará cargo de Anna.

—¡ES UNA OMEGA!

—Papá, feliz soy de…

—Ni se te ocurra integrarla a la familia, porque no la aceptaremos. Esa zorra esperó estar en celo para atraparte —las feromonas de las hembras se hacían más intensas durante esta época.

—¡No la insultes!

—Eres un tonto. Será repudiada por todos, no es de nuestra casta. ¡Oh, hijo!, me deshonrarás si la haces tu esposa.

Anna miró consternada a Isabel.

¡¿Esposa?!

¿Y la universidad?

—Yo quiero estudiar… —«Ayúdame», le pedía sin articular sonido de voz. Amaba a Jevrem, pero era muy joven para casarse.

La híbrida le dio un sutil asentamiento para que se tranquilizara, la comprendía, también rechazó la propuesta de su exprometido, tenía muchos pendientes e inseguridades como para aceptar semejante compromiso.

—Creo que estamos llevando esto al extremo —intercedió en medio del grupo—. ¿Hablan de matrimonio? —cuestionó alternando los ojos de Jevrem a Damir—. ¿Siquiera se han dado tiempo de conocerse?

—Ya él *le conoce* todo a esa…

—Papá… —lo reprendió, disgustándole el modo en cómo la menospreciaba por su pobreza—. Si nos queremos casar, es asunto nuestro,

¿no crees?

Anna sacudió la cabeza y, con ojos azorados, suplicó silente a Isabel.

—Cometerás una estupidez. No estás en tus cabales.

El comentario de Damir volvió a resaltar la anterior problemática que Everett meditó en el Mercedes, tal vez Jevrem no estaba en condiciones de hacerse de una joven esposa y lidiar con las visiones-pesadillas. Era un testigo clave para atrapar al depredador, lo veía matar, estaba presente en la huida de este para no ser atrapado. Si aprendía a canalizar su don, podría seguirlo en su mente hasta dar con su escondite.

Aun así, el amor era un fuerte revitalizante. Y Jevrem requería de esa dosis diaria que todo macho debe consumir para no tornarse salvaje.

Isabel a él lo salvó de morir.

—No me interpondré entre ustedes dos, ya están grandecitos. Pero no apruebo más escándalos de este tipo. Respeten la casa y formalicen su noviazgo.

—¡Me opongo!

—No estamos en un juicio, Damir, ni en el Siglo 19. Las castas pueden mezclarse.

El otro esbozó un mohín, avinagrado. Lo decía *el que se enredó* con una humana hispana de barrio pobre. Por supuesto que se oponía, las omegas estaban llenas de parásitos y enfermedades: prueba de ello, los mismos lobeznos de Everett. El mayor parecía un cerdo por lo obeso y el menor con una tara que tendría hasta el día de su muerte.

—Nuestro padre debe estar revolcándose en su tumba. A él le desagradaban *las mezclas*.

Bien que sabía Isabel que dicho comentario iba dirigido a ella, pero no le espetó ni exteriorizó su rabia. Se mantuvo fría, sin que ese odioso se percatara de que le afectaba su animosidad cada vez que sacaba a relucir a los ancestros de la opulenta familia, como si fuese una recién conversa que no formaba parte.

—¡Pues, que se revuelque! —Everett exclamó enérgico—. Y también que se revuelquen los Ancianos: atravesamos un nuevo milenio, como para seguir siendo retrógrados. Si yo fuera como ellos, ahora estarías llorando a tu hijo.

Isabel no supo cómo interpretar la réplica de Everett ni la expresión de Damir, que al parecer comprendía a lo que este se refería. Era una amenaza que venía tejiéndose desde hace tiempo, según lo captado entre los dos lobos.

—¿Por qué él debería de haberlo llorado? —inquirió, oscilando la mirada entre Everett y Damir. Ninguno le daba razón, por lo que consideró que debía ser algo serio para que se miraran de esa hosca manera.

—Anna, déjanos a solas, tenemos que hablar con tu novio.

La joven asintió reverente, pero Jevrem la aferró en su mano, intuyendo lo que este le diría.

—Ella ya sabe, si es *eso* de lo que deseas hablar…

—Que se largue y que se marche también Isabel. Esto es tema de machos, no de hembras.

—Isabel se queda —Everett fue tajante ante Damir—. Como mi compañera, debe saber lo que es Jevrem.

La morena aguardaba a que le dijeran, pasando su vista por cada rostro contraído; por lo visto, hasta Anna estaba al conocimiento de lo que Everett expresaba a su hermano.

—Luego lo sabrá hasta el humano que vive más alejado de la ciudad.

—¡Oiga, no soy chismosa! —gruñó ofendida a pesar de que la curiosidad hacía mella en su tranquilidad, todos poseían una información de la que uno pretendía excluirla y el otro lo rebatía.

Everett se plantó ante su hermano y le perfiló los dientes.

—La vuelves a tratar de ese modo y te sello la *jeta* de un golpe. ¡La respetas!

Damir alzó las palmas en una pose de, «está bien, tú ganas, no la volveré a ofender». Aunque su expresión desdeñosa distaba de cumplir con su palabra.

—Muy bien, que se entere —dijo con desdén—. Pero debe prometer que de aquí no sale lo que se va a decir. ¡Lo mismo va para ti, muchachita! —se dirigió a Anna, quien asintió a su suegro gruñón.

—Si lo tranquiliza: lo prometo —Isabel replicó contenida—. Ahora me

pueden decir, ¿qué coños sucede?

—Soy clarividente —Jevrem soltó sin más.

Isabel ni parpadeó.

—Repite, no entendí.

—Soy clarividente.

Isabel intercambió mirada con Everett, luego con Anna, después Damir, para volver a mirar a Jevrem. Este mantenía la vista en el piso como si lo dicho fuese vergonzoso.

Rio incrédula y su risa se languideció al instante, al notar que ninguno bromeaba. Todos se mantenían en su sitio, demasiado tensos como para posar sus nalgas relajadas en los sillones de la biblioteca. El movimiento del pecho al respirar apenas se notaba en cada uno de los presentes; ni pestañeaban por estar atentos a lo que ella diría al respecto; Anna y Jevrem intercambiaron miradas consternadas, Damir con su ceja alzada, tan odioso como siempre, Everett la estudiaba en silencio.

Este era el que más lucía preocupado.

—¿Y ese era «el tema de machos» a tratar? —cuestionó—. Más bien, parece de viejas sin oficio. ¿Están hablando en serio?

Jevrem y Anna asintieron.

— *Wow*. ¡Genial!

—¿Qué tiene de «genial» ser una paria? Lo señalarán a dónde vaya —

Damir replicó molesto por la ligereza en cómo la híbrida se lo tomaba.

—¿Por ser clarividente? Ay, no se pasen…

A Jevrem le complació que no se espantara y Anna le sobó el brazo para reconfortarlo, la jefa podría ser una gran aliada. Ella era la conciencia del alfa, la voz de los necesitados. Abogaría por él.

—Un metamorfo con visiones es temido por la manada —explicó Everett para que comprendiera la gravedad de dicha situación—. Genera desconfianza, lo relacionan con los Portadores.

La otra hizo un mohín sin comprender.

—¿Qué es eso?, ¿alguna secta o qué?

—Algo así —contestó mientras los otros guardaban silencio—. Son seres que no querrás cruzártelos en el camino. Matan a todo lo que no sea humano.

—Y esos malditos no son precisamente «humanos» —Damir expresó sin medir su animosidad hacia esos sujetos.

—Luego, ¿qué son?

—Cazadores —Jevrem dijo y se ganó el ceño hosco de su tío. Este a su mujer le diría todo, pero a cuentagotas para no angustiarla.

Sin embargo, Isabel no tenía que ser un genio en las matemáticas para sumar cada exigua revelación.

—Ya veo —comprendió—, son de tener cuidado. Pero ¿qué tienen que ver con Jevrem? También es un portador. Por cierto, ¿y qué portan?

—Muchos poderes.

Isabel miró sorprendida a Jevrem y este sacudió la cabeza antes de que le pidiera enumerar sus facultades sobrenaturales.

—Solo soy clarividente. *Ellos* son otra cosa.

—Ah… —la morena quería preguntar qué tipos de poderes aquellos tenían, como leer la mente, adivinar el futuro o leer el pasado. Pero no estaban allí para hablar de esa gente, sino de Jevrem y su noviazgo con Anna, además del don que este poseía.

Everett notó el semblante pálido de Isabel y se preocupó de que tuviese otra recaída. En esta ocasión, lo que discutiría con su sobrino era mejor que ni ella ni Anna Morris estuviesen presente.

Capítulo 20

—Señorita Isabel, no es necesario…

Anna contestó a la aludida en la medida en que bajaban hacia el sótano.

Everett les había pedido que salieran de la biblioteca, pues en esta ocasión hablarían de un tema delicado que, de momento, sería exclusivo para los tres hombres. Isabel notó en los ojos de su compañero que no se trataba de simple machismo, sino un asunto que iba más allá de lo familiar.

Sin demoras escoltó a la muchacha, en compañía de Harper y Kevin hacia la celda-dormitorio para que esta empacara sus pertenencias y las llevara a la habitación de la segunda planta. Los guardaespaldas se mantenían rezagados y con tapabocas desechables que el mayordomo les entregó para que no percibieran los olores íntimos que aún fluctuaban en dicho lugar. Anna tuvo que descender sola, mientras que los demás aguardaban en la puerta que da acceso a las escaleras subterráneas, Isabel no la acompañó debido a su estómago revuelto y los hombres tampoco para evitar caer en tentaciones. La joven tardaría unos minutos para recoger sus pertenencias: una maleta y un bolso que una vez gozó de mejores tiempos, y ya estaba encaminada de vuelta hacia su patrona.

El personal doméstico las vio pasar, estando la mayoría ocupados con la preparación del desayuno y el posterior almuerzo que iniciaba tras la culminación del anterior. Branislava impuso nuevas tareas a Belkys para evitar que pegara su narizota en las ventanillas de la puerta de la cocina, muriéndose esta por saber si a Anna la escoltaban para asegurarse de no haberse robado nada, ya que, por lo visto, fue despedida por puta.

A Rosario, la señora Blanka le asignó desempolvar los álbumes apilados y organizar el mobiliario que desordenaron en el ático en busca de las cajas con los objetos desechados de la difunta Winona. Muchas cosas se trasladaron arriba por órdenes de la señora Sebrenka que no soportaba que se veneraran sus objetos personales como si le hubiesen pertenecido a una santa, y otras por el mismo hijo en sus etapas depresivas. El ama de llaves supervisaba a Sandra en la organización de la habitación que le asignaron a la niñera. Aún le sorprendía la orden recibida por la concubina en el vestíbulo principal, donde ella y Milenko esperaban a ser increpados por el alfa. Fue cauta en acatar el mandato de «buena gana», llevando consigo a una de las sirvientas para el cambio de sábanas y cerrado de ventanas. La

preocupaba que la lobata desencadenara una bacanal en la casa, aun así, por cómo apestaba el sótano, el joven amo debió dejarla satisfecha.

—Esto es mucho para mí… —Anna expresó en cuanto entró al dormitorio. Era cinco veces más grande al que fue el suyo y mucho más fresco e iluminado.

—Es el apropiado para mi amiga —dijo Isabel sonriente y la invitó a que apreciara el interior. Anna hizo un puchero, conmovida por la respuesta de la buena de su jefa, no resaltó que fuese para «la novia del sobrino del alfa»

o para «la niñera de los lobeznos del alfa», ni nada por el estilo, solo «para mi amiga».

Dejó caer el bolso en el piso y le dio a Isabel un emotivo abrazo con todas sus fuerzas.

—Gracias, señorita Isabel.

—Llámame Isabel o «Isa», si prefieres. Desde ahora, trátame con mayor confianza.

—Lo haré, Isa.

Llamar de esa manera a la concubina, le pareció escandaloso al ama de llaves, a pesar de ser ella misma tratada con familiaridad por Everett. Esto Blanka se lo había ganado por los años de servicio y porque fue su nana, el cariño lo motivaba a que ella lo llamara por su nombre de pila. No obstante, entre Isabel García y Anna Morris, dicho lazo de amistad le parecía superficial. Los jóvenes lobos de ahora eran muy confianzudos.

Isabel dejó que Anna descansara, tuvo una noche *bastante movida* y no estaba en condiciones de trabajar. Por su parte, optó por recostarse un rato en su dormitorio, no antes de echar una vistazo a las nodrizas. Lourdes ya se había incorporado a sus funciones y brindado apoyo a Esther con los bebés; aun así, preguntó por Ángel en caso de que este deseara un poco de leche materna; sin embargo, Esther le dijo que se había dormido, agotado de los juegos de su hermano. Erik ya se sentaba por sí solo y se desplazaba más ágil por la habitación, a Ángel le estuvo pasando juguetes que hallaba en su camino y se los quitaba para fregarle la paciencia. Aún este daba lata a su hermanito y a las nodrizas, extrañando a la niñera. Isabel pretendió estar un rato con él para compensarlo, pero de repente las náuseas afloraron, por lo que salió pitada a su dormitorio para descargar lo que en el estómago la hacía sentir mal.

Pegó su rostro en el hueco del inodoro y expulsó un líquido

amarillento bastante apestoso. Fue poco lo que vomitó; por desgracia, insuficiente para

aplacar el malestar.

Debilitada, se puso en pie y, como pudo, caminó hasta el lavabo, sosteniéndose mareada. Abrió el grifo y se enjuagó la boca, el agua le sabía dulce y la escupió asqueada por los residuos estomacales que daba mal sabor a su boca. Y, tras hacer gárgaras, se aventó agua a la cara para refrescarla de los sudores que la pegoteaban. Esbozó un mohín por su apariencia demacrada. ¿Desde cuándo que no se sentía así tan apaleada?

—Señora, ¿se encuentra bien? —Lourdes se percató del malestar de la patrona y corrió detrás por si la necesitaba. La puerta del baño estaba abierta y Lourdes se tomó la libertad de entrar para asegurarse de que no se desmayara, la patrona olía diferente a lo acostumbrado y esto la hizo levantar suspicacias.

—Sí… —respondió con la mirada desencajada. Salió del baño y se sentó en la cama y la mujer le quitó las sandalias, para luego ayudarla a recostarse sobre sus almohadas.

—Le avisaré al señor Everett de que está indispuesta —dijo a la vez en que la arropaba con el cobertor del otro extremo de la cama, ya que sobre este se recostó.

—No lo hagas —dijo debilitada—, está ocupado en la biblioteca. Esto se me va a pasar, es solo que no he desayunado —y por todo el lío que sucedió con Anna y Jevrem.

Lourdes meditó que era por algo más.

—En un ratito le traerán un té de jengibre para aliviarle las náuseas. ¿Aún las siente? —Isabel asintió—. Bueno, entonces: con su permiso, le avisaré a Branislava para que lo prepare.

—Gracias. —Cerró los ojos y se aovilló sobre su costado derecho para conciliar el sueño. Vomitar era agotador, su cuerpo parecía que pesara toneladas; hasta le costaba pestañear como si no hubiese dormido en semanas. En cuanto se aliviase, hablaría con Everett sobre la implementación de nuevas normas, el personal femenino no podía quedar vulnerable frente a los integrantes masculinos de la casa, debían conocer sus derechos como empleadas y como mujeres. Lo de la celda-dormitorio lo dejaría como alternativa para socorrerlas en caso de un incidente como el de Jevrem. Por supuesto, este se filtró en

la habitación de Anna por la atracción y el amor, aun así, dudaba que los demás hombres tuviesen los mismo sentimientos hacia sus compañeras de trabajo. El celo las hacía manipulables y víctimas de sus propias hormonas.

*****

—No pretendo que me tilden de impaciente, pero ¿te importaría ponernos al tanto de tus pensamientos? —Damir aupó a Everett, quien desde hacía unos minutos se mantenía ensimismado, con la vista fija en una de las estanterías de libros sin interesarle ninguno de los tomos que allí se alineaban apretujados.

Este se volvió hacia su hermano que aguardaba aprensivo a las medidas que tomaría tras lo discutido con él y su hijo, pero en vez de responderle con la prontitud requerida, caminó hacia su escritorio y se sentó en la silla, mientras lo seguían con la mirada.

—¿Has percibido alguna seña en particular del depredador? —preguntó a su sobrino, habiéndose este levantado de su sillón en cuanto el tío se sentó detrás del escritorio. Damir seguía acomodado en su asiento, de pierna cruzada y tomando whisky, en su fuero interno estaba por desmoronarse de la angustia.

—Si te refieres a «sus rasgos», no. Las veces en que he tenido las visiones, he estado en sus ojos.

—«Ves» lo que él ve…

—Así es.

Everett se encerró de nuevo en sus pensamientos. Un brazo reposaba sobre su estómago y el otro con la mano sobre sus labios en pose meditabunda. Su móvil –en el tope del mueble– sonó, alertando una llamada telefónica; no lo atendió, su mente fraguaba aspectos importantes.

Jevrem era la clave para dar con el maldito, pese a desenvolverse como un espectador de las atrocidades del otro; sin embargo, él estaba detrás de sus ojos…

—¿Cómo está Ava de salud?

Damir casi se atraganta con su bebida y dejó el vaso en la mesita de

mármol a su lado, para levantarse en el acto.

—Bien, ¿por qué? —le inquietaba lo que querría con su suegra.

—La necesitamos.

—Estoy de acuerdo —le agradó lo que consideraba una buena idea—.

Hoy mismo mandaré a Jevrem en un vuelo privado para que esté unos meses con ella. Así se relaja de todo esto...

Everett sacudió la cabeza.

—Jevrem no irá a ninguna parte. Va a ayudarme a localizar al depredador.

—¿Y para qué necesitas de Ava, si no es para orientarlo en su clarividencia? ¿La piensas traer? —Everett asintió y Damir casi le da un patatús—. ¡¿Estás loco?! Ava tiene arrebatos de… —iba a decir «de locura», pero considerando que Jevrem se hallaba en la misma posición, prefirió callar. Lo lastimaría y, tal vez, lo pondría en una situación peligrosa con respecto a su tío—. Es más aconsejable que Jevrem viaje a Serbia —le hizo ver—, allá estará libre de escrutinio. —La abuela materna de Jevrem vivía a las afueras de Vranje, al sur de Serbia, donde el vecino lobuno más cercano se hallaba a veinte kilómetros de distancia. Era una anciana que apartaron por obligación para cuidar el secreto de la familia.

—Sé que es factible que esto ocasione alteración a los Ancianos, pero entre Ava y Radojka ayudarán a Jevrem a identificar al depredador.

El joven se mortificó, en nada dominaba el don, y su abuela y su mamá estarían en riesgo de ser descubiertas por los mismos empleados de la casa.

—Se supone que soy el más hábil de la línea de videntes, ¿cómo ellas van a ayudarme? Apenas tengo pesadillas…

—Ya no —Everett replicó—. Según lo comentado y visto en la Sala de los Lienzos, tuviste tu primera visión sin «soñar». Es algo bueno para atraparlo. Ava y Radojka serán tu apoyo emocional, son las únicas a las que tú les importa, te aman y harán lo que sea para ayudarte. —Omitió expresarle que se requería de ambas por el carácter débil de Radojka. Ava le infundiría seguridad para que compartiera los conocimientos sobre dicho don, Radojka era una mujer que se soltaba en llanto con facilidad y esto perjudicaría la confianza en sí mismo en

Jevrem. Fue impactante enterarse que Damir guardaba secretos durante años y hubiesen permanecido así, de no ocurrir los asesinatos.

Por instantes, Everett dudaba de la clarividencia de su sobrino, pero empleó la hipnosis en su hermano sin que este se diese cuenta en el aeropuerto, cuestionándole lo revelado. Aun así, comprobó su veracidad, Jevrem era el último de una generación de videntes y el primero en manifestarse en un varón. Sus percepciones cada vez se manifestaban más claras y desconcertantes.

No obstante, una pregunta lo aquejaba…

¿Por qué estaban conectados de ese modo?

—Everett, cometes un gran error: Ava no es tan estable. Temo que cometa una indiscreción, por eso la mantienen alejada para evitar que la

quemen en la hoguera por ser aliada de Portadores.

—Correré el riesgo.

—¡Imprudente! ¿Qué dirán los sirvientes? Se irán de cotilla por haber varios videntes en la casa.

—¡ES MI DECISIÓN! —Sonó las palmas con fuerza en el tope del escritorio, y acto seguido se puso en pie por la misma rabia de ser constantemente cuestionado por su hermano—. Soy el responsable por mi clan y, si tres videntes son esenciales para resguardar la vida de mi gente, así será. Contacta a Boris para que traigan a Ava por cualquier medio. Es una orden.

—Sí, señor —Jevrem respondió en cuanto Everett rodó los ojos hacia él.

Damir apretó la mandíbula para no gritarle a su hermano, de la locura que pretendía hacer; sin embargo, si lo analizaba con frialdad, quizás lograrían estabilizar la mente de su hijo. Al final, él mismo pretendía mandar a Jevrem a Serbia para que su abuela le diera unas clases de «brujería» lobuna y librarlo de sus *titiriteros* mentales.

Así como también para alejarlo de esa condenada lobata.

Aunque, su suegra sería una gran aliada. Ella también era de mano fuerte como Grubana. La sangre de los Brankovic debía permanecer pura.

Por lo menos, los de su linaje.

A pesar de la orden contundente de Everett, Damir no tuvo oportunidad para lanzar una de sus advertencias, cuando este impuso otra a Jevrem para que lo acompañara a recorrer los parques y jardines botánicos, para rastrear huellas, mientras que Damir se encargaría de avisarle al piloto del jet para traer de vuelta a su esposa y finiquitar también el viaje de Ava Milojevic a Nueva York. La reciente visión –en el brindis– reveló una víctima destrozada en una zona boscosa. Primero se asegurarían de que el depredador no estuviese en la ciudad, porque de estar cazando en otros estados, Everett tendría que solicitar ayuda a los demás clanes para atraparlo.

Capítulo 21

—¿Eso es todo lo que hay?, échele más salsa…

Isabel preguntó con la boca llena a la señora Blanka. Luego de haberse tomado el té que una de las sirvientas le llevó a la habitación y dormir una siesta reparadora, despertó con un hambre voraz que le hacía gruñir las tripas. Pidió que le sirvieran el desayuno, a pesar de que tendría que desayunar sola en la mesa de comedor, Everett y Jevrem habían salido, Damir seguía en la biblioteca y Anna dormía en su nueva habitación. Aun así, se sentó en la silla que le corresponde al alfa para disfrutar de los platillos acomodados en la mesa, devorando sin reparos de ser observada por el ama de llaves y dos de las sirvientas; Isabel se centraba en su deliciosa comida, le sirvieron medio cordero, una ración de papas gratinadas, una bandeja de muslos de pollo, una cesta de rebanadas de pan, una jarra de jugo de naranja.

La ensalada que acompaña al guiso la dejó a un lado, sin apetecerle comer vegetales. Ella era carnívora.

—Era todo, mi señora —Blanka respondió ante la exigencia de la hambrienta híbrida.

—¿Qué otras salsas tienen?, me gusta jugoso —dijo tras tragarse el grueso bocado que masticaba. Sandra y Belkys contenían la risa, los verdaderos modales de la concubina salieron a flote al no tener a su pareja en la mesa haciéndole compañía.

—Hay salsa de tomate, mayonesa, salsa de maíz…

—Tráiganme las que haya. Y más papas, se acabaron —alargó el plato para que la mujer lo tomara. Esta lo recibió y enseguida se lo entregó a Belkys para que le sirviera más raciones, a la vez en que Sandra acataba un orden silente del ama de llaves para que fuese a la cocina por el contingente de salsas que había en la nevera.

Belkys intercambió una mirada silenciosa con el ama de llaves, la concubina tenía un aroma particular del que, al parecer, más adelante las tendrían a ellas correteando por toda la casa a causa de sus antojos. Se reservaron sus opiniones y limitaron a permanecer estáticas al lado del mueble donde reposan las bandejas con comida. Sandra surtió las papas que quedaban y cambió la jarra vacía por otra repleta de jugo de naranja.

Después de semejante atracón, Isabel sonrió satisfecha. Subía por las escaleras para dirigirse hacia el Cuarto de Juegos, se propuso llevar a los gemelos de paseo, ya era hora de tener estos contacto con el mundo, los llevaría a conocer a una buena amiga, era domingo y esta no tenía clases en la academia; de todos modos, la llamó a su móvil por si tenía alguna presentación que estuviesen desarrollando, ahí sí que tendría que postergar la visita y dejarlo para otro día. Pero su suerte estaba a favor, Camila la recibiría con gusto en su casa.

Media hora después, Branimir oprimía el timbre de la puerta principal, del tercer piso, mientras que Isabel sostenía a los gemelos, soportando el peso de estos como si fuesen plumas. Erik jugaba con los mechones de su cabello. Elijah y Kevin se mantenían parados al lado del Mercedes-Benz.

Everett prefirió movilizarse en dos camionetas junto con Jevrem y el resto de sus hombres, para investigar los recientes ataques. Los tres lobos que acompañaban a la híbrida obedecían sin rechistar a las órdenes de esta; les expresó: «llévenme a SoHo», y hasta ese lugar manejaron sin parpadear.

Un jadeo sonó tan pronto la puerta de la residencia se abrió.

—¡Oh, por Dios, no lo puedo creer! —Camila se asombró al contemplarla—. ¡Isabel, cómo estás…! —Volvió a jadear, llevando esta vez sus envejecidas manos a la boca, perpleja de la tersidad de la muchacha, a quien observaba de la cabeza a los pies—. Estás… —se fijó en su melena, en su rostro, en sus brazos—. ¡Estás curada! ¡Oh, mi niña…! ¡Oh, mi niña, qué bonita estás! —Sollozó pletórica de alegría,

ni un vestigio quedaba de sus quemaduras—. ¡Mi niña! —la apretujó junto con los bebés que esta sostenía en brazos. Isabel esbozaba una amplia sonrisa, feliz de otorgarle a la anciana esa felicidad que desde hacía tiempo deseaba.

Ángel y Erik se incomodaron por el fuerte abrazo y emitieron un leve chillido para que los liberaran, pues entre las dos mujeres los aplastaban.

Camila atendió al instante, se limpió las lágrimas con las yemas de sus dedos, sin dejar de sonreír de la recuperación de su joven amiga.

—Me preocupó que te expusieras a la contaminación ambiental, al querer visitarme, pero no protesté porque pensé que, quizás, te hacía falta salir.

Pero me has dejado perpleja.

—¿Y cómo me ves? —preguntó socarrona mientras los guardaespaldas, ahí también en el pasillo, contenían una sonrisa por lo bien en cómo la humana se tomó la regeneración de la concubina y esbozaban una expresión de ser lobos recios para intimidar a todo aquel que los observara.

—¡Es la mejor sorpresa que he recibido en la vida! —exclamó, apretujando una vez más a Isabel. Pero rápido la soltó, ante los gestos de fastidio de los bebés—. Y mira que he recibido muchas.

Enseguida enfocó su atención sobre estos.

—¡Cómo están de grandes! —continuaba dando muestras de estar sorprendida, ahora por el evidente crecimiento de los gemelos.

—¿Verdad que sí? —respondió Isabel, orgullosa. Cada día, sus hijos crecían varios centímetros.

La anciana asintió con la boca abierta por la impresión. Apenas habían pasado…, ¿qué?, ¿un par de días?, y ya lucían como si estuvieran por cumplir el primer añito de vida.

—Consuelo preparó la tarta que te gusta, nos daremos un atracón mientras cotilleamos. Pasa, querida, qué gusto de que estés bien y que hayas traído a tus bebés. No puedo creer en esta doble bendición: tú, regenerada, y *tus terruños* tan grandes… ¿Ellos también van a entrar? —consultó, temiendo que los sujetos con miradas serias comenzaran a comportarse como bestias. Isabel le había dicho antes de que la luna

no les afectaba, así que su aprensión se multiplicaba por mil. Podrían transformarse a cualquier hora.

—Permanecerán afuera. —Estaban para escoltarla por si a Everett le molestaba que anduviese sola; siempre le asignaba guardaespaldas para protegerla de lo que fuese, pero como andaba con sus bebés y, Anna seguía con lo del celo, prefirió llevarse a los tres hombres como precaución.

—Déjame ayudarte, se ve que *este* pesa… ¿Muerde? —Camila se ofreció en aliviar el peso de los dos bebés, al alargar los brazos hacia el rollizo, de camino hacia la amplia sala del hermoso apartamento.

La casa, de la que tanto se enorgullecía la septuagenaria, era en realidad un dúplex ubicado en un edificio construido en 1940, en una de las zonas residenciales de Manhattan.

—Eh… —Isabel cayó en la cuenta de no haberlo prevenido. Los gemelos se comportaban como «bebés normales» estando en compañía de metamorfos; con humanos no sabría determinar si les hincaría los colmillos

—. Aún no tienen dientes —rio y en el fondo de su ser sintió alivio por este hecho. En adelante, tendría cuidado cuando comenzaran a *dentar*; una pregunta pendiente por formularle al doctor Pavlovic para averiguar a partir de cuándo se dejaban llevar por el salvajismo. Sabía que alrededor de los

quince años, comenzaban las transformaciones, pero el gusto por las carne humana lo ignoraba.

La anciana cargó de buena gana a Erik. Este agrandó los ojos por el cambio de brazos y enseguida su naricita olisqueó el perfume de la mujer.

Estornudó.

—¡Dios! Este gordito pesa una tonelada —Camila comentó socarrona —.

Debes tener la espalda desecha, esos grandulones fueron incapaces de ayudarte a cargar uno —increpó siendo empática hacia su amiga—.

Hombres…

—Los gemelos detestan que aquellos los carguen por ser toscos—.

Isabel respondió en la medida en que se sentaba en el sofá de la sala. En sus piernas reposaba a Ángel que se mantenía soñoliento, el ronroneo del vehículo al transitar por la vía lo durmió un rato; en cambio, Erik ya se removía de las piernas de Camila para deslizarse hacia el piso.

—Es muy inquieto, parece que quiere gatear. ¿Lo dejo? —Camila fue cauta en preguntarle a Isabel, puede que fuese quisquillosa en referencia a los microbios y le desagrade que sus hijos se ensucien. Así suelen ser las primerizas.

—Temo que te haga un daño, tienes cosas muy bonitas. —Y fáciles de romper; por extensión, Erik podría lastimarse con un fragmento roto. Su curiosidad lo impulsaba a moverse rápido sobre sus rodillas y manitas, queriendo tocarlo todo y llevárselo a la boca. Aquí meditó que debió traer a las nodrizas, pero como prevenía reacciones inesperadas por parte de estas, evitó solicitar sus servicios. Ella tenía que aprender a desenvolverse con sus pequeños.

—Es solo de alzar *esto* y *esto*… —Camila levantó un florero de cristal tallado de la mesita central de la sala, del que contenía un hermoso arreglo floral de rosas rojas, y lo dejó en el centro del comedor de ocho puestos, cuyo tope era de un grueso vidrio cromado.

Isabel observó los múltiples adornos de porcelana, acomodados en una repisa que se alzaba en la pared sur de la sala y se preocupó de que Erik fuese hasta allá a querer agarrar alguno de estos; imaginó un trágico escenario, y de inmediato lo llamó para capturar su atención.

Erik se detuvo y acomodó sus nalguitas en el piso para mirar a su progenitora.

—Ven, mira esto… —con una mano, Isabel sacó su móvil del bolso para mostrarle un vídeo de muñequitos que a él le gustaba ver por You Tube.

—¿Te apetece una copita de vino?

—Sigo lactando…

Camila se golpeó la frente por no haberlo tomado en cuenta; aún se adaptaba a la idea de que Isabel había parido dos bebés en un período de quince días.

—¿Juguito?, ¿con qué te quieres comer la tarta? —Ni para qué ofrecerle café, la bebida caliente era contraproducente en la lactancia,

pues afectaba la digestión de los infantes.

—Malteada, si no es mucha molestia. Me provocó…

La anciana sonrió y, alzando en brazos a Erik para no angustiar a la madre por todo lo que decoraba la sala, se dirigió a la cocina y le pidió a Consuelo que lo preparara.

Mientras el pedido se batía en la licuadora, Camila le sugirió a Isabel hablar en el estudio; allí no había objetos que representaran un peligro para los pequeños, aún ella sorprendida del acelerado crecimiento de Ángel y Erik, que se salía de toda comprensión, a pesar de que para Isabel era como si fuese natural que esto pasara. Pero no lo era y la joven madre bien que lo sabía: Erik superaba por diez centímetros a Ángel, quien ya estaba consciente de dónde se hallaba y también con ganas de gatear.

Isabel lo bajó, pero antes palpó el piso de terracota del estudio por si estaba frío; le dio gusto de que la calefacción aclimataba el ambiente y a continuación le quitó los calcetines a Ángel para que tuviese mayor apoyo para desplazarse, en caso de que la fuerza motriz de sus piernitas lo impulsara a seguir al mayorcito.

Erik ya se sentaba sin caerse de espaldas y gateaba con soltura, y Ángel comenzaba a saltar sobre su barriguita, pataleando ansioso para alcanzar –

aunque fuese de esa manera– a su hermanito.

Las dos mujeres también se acomodaron en el piso, previamente habiéndose quitado las sandalias. Recostaron sus espaldas contra uno de los paneles de espejos que rodeaban el estudio, mientras que los gemelos se desenvolvían a sus anchas.

—Qué hermosos tus hijos, Isa, son tan inquietos y adorables. Me recuerdan a mi Emily, a esa edad…

Isabel le sobó el brazo en un gesto empático por la tristeza que envolvió a la anciana, pues, como madre sufriría si perdiera a uno de sus hijos. La niña murió a la tierna edad de seis años, de leucemia linfoide aguda, hacía cuarenta años; la sonrisa de un niño, las fiestas navideñas, el Fin de Año, las

celebraciones de cumpleaños o aniversarios..., eran dolorosas para ella por su ausencia. El cáncer no perdonaba ni a las criaturas más puras.

—Era bella —expresó con sinceridad en referencia de los hermosos portarretratos de plata que se exhibían en el tope de la chimenea en la sala y en las estanterías dispuestas para las fotos de los familiares. De los rasgos envejecidos de Camila aún quedaban rastros de la belleza que tuvo en su juventud y le había heredado a Emily.

Camila asintió; sus ojos cristalinos.

—Era preciosa, tenía hoyuelos —puso sus dedos índice en la parte baja de sus mejillas y sonrió melancólica. Erik rio divertido al encontrarse de frente con «el niño» del otro lado del espejo de la pared norte del estudio y lo invitó a jugar. Posaba las manitas en su propia imagen sin reconocerse que era él mismo, trataba de tocarlo sin conseguirlo. Reía porque *el otro* reía.

Al menos se divertía de ese modo.

Ángel quiso unírseles, apretó sus labios y se esforzó en apoyar sus manitas en el piso. Intentó dar un pasito, cayó de pancita, Isabel se llevó las manos a la boca, *su ángel* estaba a punto de gatear y ella lo presenciaría.

Rápido sacó de nuevo su móvil y apuntó la cámara para grabarlo, Everett tenía que verlo, era el momento que esperaba sucediera, había tardado un poquito, pero ya lo estaba intentando.

El esfuerzo del gemelo pequeño borró la tristeza que cayó como plomo sobre Camila, esta rio jocosa y aplaudió emocionada. Exclamó unas arengas para animarlo, Ángel volvió a apoyarse sobre sus palmas; esta vez el peso de su cuerpito se repartió sobre sus rodillas. Sus brazos temblaron, pero las alegres exclamaciones de su progenitora y de la anciana, lo animaron a poner adelante la manita derecha y la rodillita izquierda, y luego la alternó con la del lado contrario para dar su primer gateo.

Isabel y Camila aplaudieron jubilosas.

—Déjalo que descubra el mundo por sí mismo —Camila detuvo a Isabel de ponerse en pie para colmarlo de besos. Estaba muy feliz.

Isabel lloró de alegría mientras filmaba a los gemelos. Ángel vacilaba en gatear, pero el juego de su hermanito con «el otro niño», lo impulsaba en acercarse.

Consuelo entró al estudio, portando una bandeja con dos vasos de malteada y un plato con varias porciones de tarta, y se dirigió hacia

donde ambas mujeres se hallaban sentadas.

Dejó el pedido en el piso a petición de Camila y las dejó solas para que hablaran con libertad.

A Isabel se le hizo agua la boca.

—¡A darnos un buen atracón!

En cuanto Camila la animó a que tomara su porción, Isabel así lo hizo y sorbió gustosa la malteada y luego le dio un gran mordisco a la tarta. Lo que Consuelo trajo era muy poquito para el hambre que cargaba, engullía con voracidad. Las porciones desaparecían de sus dedos en segundos.

—Te noto rozagante, Isa —observó su semblante—. La maternidad te sienta bien.

—Me hace feliz —expresó y dio otro sorbo a su malteada, alternando con la tarta.

—Qué bueno —sonrió—, después de tantas amarguras, por fin el sol sale para ti.

La sonrisa se ensanchó en la hispana, era cierto: se reconcilió con Everett y sus nenes cada día crecían sanos y fuertes.

Paseó la mirada por el estudio, Ángel y Erik perdían interés en *el niño del espejo* y se centraban en gatear hacia el otro extremo del estudio. Isabel observó la barra de calentamiento que había frente a ellas, provocando que soltara un suspiro.

Cómo extrañaba ponerse las zapatillas…

Camila notó su melancolía.

—¿Cuándo volverás a la academia? Las niñas te extrañan.

La joven se encogió de hombros a la vez en que sorbía de su malteada. Ya la llevaba por la mitad.

—No sé, tengo a los gemelos.

—¿Y? —la otra desestimó, dejando el vaso sobre la bandeja—. Ni que fueras la primera mamá trabajadora. Además, tu prometido tiene dinero, que pague por una niñera mientras trabajas.

—Ya tengo —respondió. Una niñera, dos nodrizas, siete guardaespaldas, un chofer, una cocinera, tres sirvientas, un jardinero, dos ayudantes; más el ama de llaves y el mayordomo. Muchos empleados.

—Llévalos, si así lo prefieres, y con tu niñera. De ese modo estarás tranquila.

—No sé…

—Eres la dueña. Nadie te va a regañar por llevar a tus bebés. Dispón del despacho para que ellos estén cómodos. Hasta podrías instalar un

televisor… ¿O es que tu prometido te prohibió trabajar? Dime y le tuerzo las orejas.

La amenaza le causó a Isabel una leve sonrisa que distaba de ser risueña.

—Ya no es mi prometido, ¿recuerdas? —A parte de que ella lo convenció de esperar seis meses para determinar si eran capaces de aguantarse con el paso del tiempo.

Camila se increpó a sí misma por su mala memoria: a raíz del lío ocasionado con lo del empeño de la sortija, el compromiso fue cancelado.

—Cierto, disculpa —se apenó—. Pero ¿dejarás de dar clases? Te aconsejo que te mantengas activa, el sedentarismo no es bueno para una bailarina.

—Dejé de serlo.

Camila negó con la cabeza, llevándole la contraria. Conocía bien los sentimientos de la muchacha: muchas veces lloró de frustración por su físico y, a pesar de esto, fue la mejor.

—Aún lo eres en mente y corazón —manifestó—. Es tu pasión. ¡Respiras danza, mi niña! No la abandonaste después de todo lo que padeciste, seguiste como profesora de ballet; cada tarde ejecutabas tus rutinas en los salones; ese candor sigue en ti, no lo sueltes porque aún eres esa bailarina que desea brillar sobre el escenario.

Isabel perdió el apetito, dejó el vaso al lado del que se hallaba casi completo y sacudió las migas de sus dedos, lamentándose en su fuero interno de esa época que no volvería.

—Ese tiempo ya pasó para mí.

—Pasará en unas décadas cuando estés vieja y tullida. Eres joven, con un talento enorme para expresar los sentimientos a través de la danza clásica.

No te escudes en tus hijos o en el padre de estos. ¡Adelante!, continua con lo tuyo.

—Como profesora, porque… es debido a esto por lo que me das ese discurso motivacional, ¿cierto?

La anciana sonrió con picardía.

—Muchas chicas querrán tener la suerte que tienes. ¡Claro que sí, tonta!

—la reprendió cuando ella puso cara de «vamos, sabes por todo lo que he pasado»—, puedes continuar en la academia y seguir soñando con lo que pudiste ser, o tener una segunda oportunidad y triunfar.

Isabel la miró cautelosa.

—¿Qué oportunidad?

Camila se levantó y, descalza, se puso en posición para iniciar una improvisada ejecución. Sus delgados y aún firmes brazos se ondeaban en la medida en que subían alineadas a la altura de los hombros, aleteando suave como si fue un elegante cisne blanco. Ella una vez brilló.

—Konstantin Zaitsev abrirá audiciones la próxima semana para su universidad —le explicó a la vez en que arqueaba de forma grácil su cuerpo

—. Deberías presentarte.

—Ni siquiera terminé la escuela…

—Tienes el nivel de una Bailarina Principal. No lo dejes pasar, porque después te arrepentirás. Tus ejecuciones son impecables; por eso *aquellas malditas* te hicieron la vida imposible: envidiaban tu talento. Isa —se detuvo tras su *demi-plié,* sus rodillas semiflexionadas se pusieron rectas—.

¿Aún te afecta las humillaciones que te hicieron pasar?, porque, si es así…, no te presiono.

La joven cabeceó y sonrió. De aquellas quemaduras sufridas a raíz del accidente, emergió una nueva Isabel como si fuese un ave fénix. Ella ahora era fuerte.

—Déjame consultarlo con Everett —dijo y Camila puso los ojos en blanco—. Él no me ha prohibido nada, pero estamos juntos y tenemos bebés. Tendría que exponerle mi deseo y de cómo lo llevaré a cabo sin que afecte la tranquilidad de mis hijos. —Además de estar segura de que ellos volverían a Denali, Everett era hombre de montaña, su permanencia en la ciudad sería temporal. Por más que él accediera a que retomara la danza, no sería por mucho tiempo. Esto podría alzar un nuevo muro entre los dos.

Capítulo 22

El punto donde comenzaron a rastrear fue en el lugar en que hallaron a la última víctima del que se tenía noticias.

Everett y Jevrem olisqueaban la tierra y los adoquines del cual aún permanecía la cinta amarilla de «NO PASE», pero sin un policía que resguardara la escena del crimen. El equipo de forenses, días atrás, ya había recogido toda evidencia que estos creyeran les servirían para investigar el caso: tomaron fotos de huellas de manos, pies y hasta de zapatos, marcadas unas con sangre y otras con tierra de los rosales cercanos.

Luttrell, Harper, Colton, Maxwell y Tyson, peinaban cada metro cuadrado de los alrededores por si alguna evidencia se le pasó a la policía.

La zona estaba despejada de molestos humanos, los cuidadores del extenso jardín aún no recibían el permiso de reapertura; la policía había emitido una orden de mantenerlo cerrado a los visitantes hasta que ellos consideraran conveniente, y esto a los metamorfos les favorecía.

El lugar exacto donde hallaron el cadáver mutilado seguía intacto: tierra revuelta, salpicadura de sangre seca y el hedor a muerte.

—Ni un puto pelo… —Maxwell se quejó mientras revisaba entre el follaje de unas magnolias. Luttrell asintió a este hecho y, Tyson, quien permanecía vigilante para resguardar las espaldas a su alfa y a sus compañeros, rodaba los ojos de un extremo a otro.

Everett, conocedor de la habilidad de su sobrino, les pidió a sus hombres que aguardaran en las camionetas, no explicó sus razones, ni los otros solicitaron explicaciones, lo que el alfa ordenara, ellos acataban.

—Hazlo.

Jevrem miró a su tío y frunció el ceño, no entendió lo que pedía.

—Rastrea.

—Debió untarse de barro, porque perdimos el rostro. Solo quedaron esas huellas…

Everett se acuclilló para observar la mano ensangrentada y parte de una pata de animal marcada en los adoquines, ahí fue donde hubo un cambio de humano a lobo.

—Con tu mente —dijo—. Pon tu mano ahí —señaló la huella y Jevrem arqueó las cejas. Él no era una máquina de tener visiones.

—Tío, yo nunca lo he hecho… —apenas era una antena receptora de lo que ocurría en alguna parte de la ciudad.

—Eres clarividente —manifestó con tranquilidad, sobre su nariz reposaba sus lentes oscuros, y su cabellera recogida en una cola baja —. Trata de ubicarlo. Si «ves» en tiempo presente, podrás descubrir dónde se oculta.

Lo que menos quería Jevrem, era estar una vez más en los ojos de aquel sujeto, pero dicho modo los ayudaría en acelerar la investigación, el depredador logró evadir el olfato de un grupo de lobos que percibían una gota de sangre desde kilómetros; ni siquiera Everett con su agudeza nasal percibía el olor del pelaje; la que fluctuaba le pertenecía a la víctima que ahí estuvo.

En estado de tensión, el joven posó la palma de su mano sobre la que se hallaba estampada en el piso, cerró los ojos y se concentró para captar

«eso» que los videntes «veían» en sus mentes; sin embargo, lo único que captaba era la oscuridad a causa de sus párpados cerrados.

—No sé hacer esto, lo siento —nada veía, como vidente daba lástima.

Everett le dio una palmada reconfortante en el hombro y luego se

puso en pie, sin estar enojado. Habría sido estupendo que a la primera hubiesen dado con el maldito, fue una suerte que quiso correr sin lograr buenos resultados; la amenaza de Kerenor aún resonaban en sus oídos, los vampiros no toleraban alteraciones de este tipo en sus terrenos, la expulsión de otras especies se efectuaría al cortar cabezas.

—Bueno, ahora toca dar con la siguiente escena del crimen. ¿Describe la visión que tuviste ayer?

—Solo vi matorrales…

—Debiste ver algo más.

Jevrem trató de recordar, las imágenes volvían a él como *flashes* sin ser visiones. Apenas estuvo unos segundos dentro de aquellos ojos: recordó el horror de la mujer, sus gritos, su torpeza al correr. Se halló sola entre el follaje verde, tropezó con un tronco. ¿Qué árbol era? Olía a mar… Apretó el ceño para retroceder ese momento, Everett no lo aupaba, tenía la paciencia suficiente para aguardar por su descripción, sabía que era difícil para su sobrino que casi enloquece. El mismo Jevrem le contó lo de su

«sonambulismo», una parte de Everett sospechaba que era él, pero la angustia de Damir lo motivaba en dar una oportunidad a la inocencia de su hijo.

El cadáver del sujeto desmembrado, le haría determinar si Jevrem decía la verdad o mentía. Cuando una persona es asesinada, el cuerpo de la víctima revela la hora aproximada de su muerte, las evidencias de lucha y el salvajismo cometido para matarlo.

Todo esto era primordial para confiar plenamente en el muchacho. De momento, obraba a favor de este el tiempo en que estuvo en casa; si el cuerpo de la mujer presentaba una descomposición de más de veinticuatro horas, Jevrem era el depredador, y lo sentía por Damir y Radojka, él tendría que entregar la cabeza de su sobrino a los vampiros.

Por ningún motivo lo tendría cerca de los suyos, incluso, aprobó su relación con Anna.

De saber los de su «sonambulismo», habría enviado a la lobata a Alaska.

De vuelta a las camionetas, el nivel de frustración pesaba sobre los hombros de Everett. No lo reflejaba, meditaba con frialdad cada

movimiento hecho por Jevrem; si en realidad fuese un clarividente, lo atacarían visiones en el que revelarían el rostro del asesino de humanos.

Pero de esta facultad nada se manifestaba y Everett no tendría por qué dejarse llevar como para sentenciar a su sobrino por no ser bueno en lo suyo, puede que le estén diciendo la verdad; de momento le seguía la corriente. Si al final del día no lo convencía, él mismo lo acabaría.

Cuando estuvieron a solas en la biblioteca y le reveló delante de Damir, lo de la pierna desgarrada, lo dejó frío.

—Recorran toda zona arbórea cercana a las bahías —ordenó a Tyson, Colton y Harper—. Ustedes dos —se dirigió a Luttrell y a Maxwell—, comiencen por el Battery, tengo un leve presentimiento. —No pidió que siguieran peinando el jardín botánico, la pierna humana hallada por Jevrem fue devorada por los leones del zoológico del Bronx; él mismo la aventó a los felinos para eliminar rápido esa evidencia. Tampoco ordenó investigar por allá el cuerpo de la mujer, la certeza de «lo percibido» por Jevrem, del olor a salitre en la oscuridad de la noche, indicaba que la socia de Damir fue atacada por las inmediaciones al mar. Por extensión, limitaba a sus hombres con la información necesaria para que obedecieran sin hacer preguntas, estos ignoraban sobre la clarividencia de su sobrino, solo Isabel, Radojka, Anna y Damir eran lo que estaban al conocimiento—. Jevrem, me acompañarás a la estación de policía, a ver qué conseguimos… —

intercambió mirada con este, en realidad la visita que realizarían a ese

detective entrometido era para que el joven tocara el cadáver recién hallado y así tener mayor suerte con lo de las precepciones extrasensoriales.

Jevrem asintió con una expresión de agotamiento emocional; pese a que se sentía inútil como vidente, estuvo de acuerdo con su tío, puede que alguna energía residual percibiera en dicho cadáver.

Los guardaespaldas emprendieron la marcha hacia los puntos señalados, mientras que, por esa tarde, Jevrem fungiría de chófer para su tío. Este viajaba en el asiento posterior, las ventanillas estaban cerradas para aminorar los ruidos producidos por los claxon de los vehículos en su transitar por la autopista hacia la Estación 46. Everett consideraba que su agudeza auditiva era una desventaja en las urbes, la cacofonía de sonidos lo aturdían de la peor forma que a sus hombres.

Estacionaron en la parte permitida para los ciudadanos y se bajaron con parsimonia. Un pastor alemán que era llevado de la correa por su guía le gruñó a Everett, pero este lo miró de soslayo y enseguida el pobre animal gimió asustado, metiendo la cola entre las patas, al darse cuenta de que el hombre que pasaba por su lado no era humano.

Dentro del edificio de cuatro pisos, Frank Pittman rezongaba sentado en el inodoro, por su infructuoso interrogatorio a las diez principales Revistas de Farándula, cuyos portales en la red publicaron lo del aeropuerto de Alaska. Ni los editores en jefe ni los reporteros de pacotilla sabían nada sobre el tal Everett Brankovic. A estos los amenazó para que les diese todo el material recopilado sobre lo que tenían del mafioso.

Por desgracia, ni la dirección de la casa sabían.

Frank hizo un quejido adolorido mientras defecaba, el arroz chino y las costillas agridulces golpearon su estómago; había almorzado horas después a su horario habitual, tras la frustración con esos amarillistas que, más bien, tendrían que pedir una orden de cateo para requisar sus oficinas de arriba abajo, porque daba la impresión de encubrir a aquel sujeto.

Se limpió y salió del cubil del inodoro para lavarse las manos; mientras las enjabonaba, tenía esa sensación de haberse olvidado de algo, pero no sabía qué, cada vez que pensaba en el escondrijo de esa rata de origen serbia, a Frank le daba un vuelco a su corazón como si el miedo lo invadiera.

¿Por qué a nadie le parecía raro todo lo referente a ese sujeto?

Terminado de formularse esa pregunta, arrojó el papel absorbe a la papelera y salió del baño, meditando en que tendría que volver a centrarse

en el pulgoso *rabioso* que le causaba quebraderos de cabeza.

Si le mordía el culo a alguien más, su jefe a él…

Frank se detuvo en seco en cuanto se percató del hijo de puta que estaba sentado frente a su escritorio.

Pero ¡¿qué demonios…?!

Llevó su mano al arma que tenía enfundada en su cinto, pidiendo con la mirada a sus compañeros en que hicieran lo mismo para apresarlo.

Sin embargo, la tranquilidad en cómo estos se hallaban tomando café, leyendo algunos expedientes, hablando al teléfono, lidiando con personas que denunciaban robos…, lo cohibió de causar un enfrentamiento innecesario.

Por algún motivo ese maldito se había presentado.

Tragó saliva y se llenó de valor, yendo hasta este.

—Señor Brankovic —lo llamó con desdén en la medida en que se acercaba, esa sensación volvió a azotarlo como un *déjà vu* y no tenía idea de por qué—. ¿Vino a entregarse?

—¿Por qué lo haría? —respondió con parquedad, luciendo de punta en blanco de la cabeza a los pies; detrás de él lo custodiaba un veinteañero que se le asemejaba.

A Frank le pareció curioso.

¿En qué otra parte vio a ese joven?

Dónde…

Ahí estaba el *déjà vu*, aguijoneando su estómago.

Con ademanes toscos y un tanto temblorosos, el rollizo detective se sentó en su silla; esta crujió por el peso y descendió unos centímetros, su enorme trasero casi se desborda por los laterales del asiento.

—Por los cadáveres que dejas esparcidos por la ciudad, gracias a *tu perro*. ¿De qué raza es?

—No tengo perro y a nadie he matado —respondió sin alterar la voz.

—Póngale bozal —ignoró su respuesta, insistiendo en que era el dueño del can que eliminaba los sujetos que él señalaba—. ¿Sabías que es un delito poseer animales sin supervisión?

—¿De qué se me acusa?

—¿No ha visto las noticias? —Frank preguntó mordaz mientras miraba al agente Martínez procesar a un chico de unos diecisiete años por microtráfico de estupefacientes. Estos ni lo determinaron, tampoco el resto de los que se hallaban presente como si no se diesen cuenta que el mafioso estaba allí por su propia cuenta.

—Mis ocupaciones me impiden estar pendiente de los noticieros, por

favor, infórmeme al respecto.

Al detective le provocó soltarle una increpación, pero la mirada hosca del joven veinteañero lo intimidó. Sus piernas temblaban al igual que sus manos, del cual tuvo que empuñarlas para controlarlas, su corazón palpitaba acelerado, siendo una señal de advertencia, él no era de los que se intimidaban por un matón de traje y corbata, pues mandó a algunos a la cárcel.

—No le informaré lo que usted ya sabe: ha matado a muchos por sus negocios sucios; todas las víctimas están relacionadas con asuntos de contrabando animal o cacería, pero esto debe ser una fachada, tal vez eran socios y usted los aniquiló para obtener mayor ganancia. Pagará por los asesinatos.

Everett sonrió perverso y Frank luchaba por controlar su nerviosismo.

Una bala le pondrían en el entrecejo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Negocios sucios? —Everett rio—. No soy criminal, soy inversionista.

—¿Ahora lo llaman así? —Drogas, tráfico de armas, trata de Blancas, robo de niños… ¿En cuántas porquerías estaría relacionado?

—No espero que me crea, no he venido a ponerme bajo arresto.

—¿Entonces, ¿a qué?

—A ver un cuerpo. ¿Cómo se llama el que descubrieron en el jardín botánico? —Oscureció su mirada.

—Bryson Green —contestó y enseguida el detective se sorprendió por vomitar la información—. ¿Usted cómo sabe?, ¿lo mató?

—No, pero quiero verlo.

El detective lo miró incrédulo por la desfachatez con la que le ordenaba ir hasta la morgue y robarse el cuerpo como hizo con el del hermano de aquella zorra en el hospital.

Se puso en pie en el acto y llamó a varios de los agentes, pero estos seguían en lo suyo como si Frank estuviese ausente.

—¡Martínez! ¡Lewis! —Su corazón bombeaba adrenalina. Sus gritos de repente tuvieron ecos que provenían de su propios recuerdos. Se vio a sí mismo bajo otra situación en la que apuntaba su arma hacia ese

sujeto que había ido a buscar a Isabel García, mientras toda la estación estaba paralizada.

Casi se orina en los pantalones, ¿eran recuerdos reales o infundados por ese greñudo barbón?

—Cállese —Everett le ordenó sin levantar la voz. Frank cerró la boca como si una fuerza invisible lo obligara. Abrió los ojos desmesurados y hacía el esfuerzo por gritar. Intentó caminar, pero había recibido otra orden de permanecer inmóvil.

Tembló.

Volvía a suceder.

Everett se levantó y se acercó al detective que lanzaba increpaciones para sus adentros y unas oraciones por si moría.

—Lléveme hasta la morgue —pidió tajante, nadie reparaba en lo que sucedía.

Actuando como si fuese un muñeco gordo al que le dan cuerda, Frank se dirigió hacia el área de la morgue sin que sus piernas obedecieran a su voluntad; se movían como si tuvieran vida propia, lo conducían por los pasillos, subiendo escaleras y atravesando puertas sin que nadie en el edificio sospechara lo que pasaba.

Al llegar, sus labios se movieron, igual de independiente que sus extremidades inferiores y superiores; era su cuerpo y a la vez no. Parecía poseído.

¿Qué le hizo el maldito?

—Está ahí —señaló hacia los cubículos en que guardaban los cadáveres.

El forense abrió la boca para preguntarle al detective quiénes eran esos sujetos, si se trataba de agentes de otra estación o del FBI, pero de inmediato quedó paralizado por la hipnosis de Jevrem.

—Abre —pidió Everett al forense. Este abrió el cubil de la nevera de la segunda hilera a la izquierda y extrajo una bandeja que contenía una bolsa mortuoria.

Descorrió el cierre, mostrando en el acto el cadavérico rostro de la víctima del jardín botánico.

Jevrem recordó los gritos de este en su cabeza.

—Háblame de él.

—Hombre caucásico de treinta y siete años —dijo el forense con la mirada vidriosa—. Sufrió politraumatismo, desgarramiento de miembros inferiores y múltiples mordidas de animal desconocido. Se presume que son de lobo, pero el tamaño de las incisiones es el doble de grande a lo normal.

—¿Cuánto tiene de muerto?

—Treinta y seis horas aproximado.

Más allá de lo que el forense le informara, no había nada que Everett no haya descubierto por sí mismo. El cuerpo del humano estaba preservado, perdiéndose los olores dejados tras los desgarramientos del depredador.

Jevrem intentó obtener alguna visión al posar su mano en la frente del cadáver, pero no vio nada, se avergonzaba de estar cada vez negando con la cabeza por su «ceguera mental».

Treinta y seis horas…, Everett meditó mientras observaba el cadáver; según sus cuentas, Jevrem pudo haberlo atacado.

Él despertó en el zoológico a pocas manzanas del jardín botánico.

—¿Qué otro cuerpo se halló en estas mismas condiciones? —A ver si tenían éxito en dar con Megan Gilmore. Si ella fue atacada en el mismo lapso, de la estación Jevrem no saldría vivo.

Justo en el momento en que el forense se disponía en informarle de *los que hallaron* en Central Park, el móvil de Everett repicó en el bolsillo interno de su chaqueta sastre.

Lo extrajo y respondió.

Era Luttrell, informándole del hallazgo del cadáver de la mujer.

—Acompáñenos —ordenó al forense mientras que el detective permanecía como estatua en la morgue, con la mirada perdida. Cuando despertara estaría sentado en su escritorio, quejándose por el papeleo que debía hacer.

En la medida en que Jevrem sacaba el cuerpo de Bryson Green para desaparecerlo, Everett le lavaba el cerebro al asistente del forense para que olvidara lo que había visto y también para que reportara en caso de que algún superior –fuera de la estación– preguntara sobre la ausencia de su jefe inmediato. Según la hipnosis: el forense tenía «problemas intestinales» y tuvo que marcharse para recostarse. Sin embargo, este humano seguía sumiso a los hombres trajeados que se dirigían en auto hacia Battery Park, junto con el cadáver que llevaban a cuesta.

Megan Gilmore fue hallada tras los gritos de unos turistas.

Capítulo 23

Los álbumes se apilaban sobre la mesita.

Se hallaban en un extremo del pasillo, donde una escultura ecuestre de bronce adornaba el tope del mueble.

Antes de marcharse a casa de Camila, Isabel se había fijado en estos, pero llevaba prisas por saludar a su amiga y darle las Buenas Nuevas sobre su regeneración, que dejó para después curiosear las fotografías

de su amado Everett.

Sonrió y le pidió a Belkys para que los llevara a su dormitorio, mientras Sandra abría la puerta para que ingresara junto con sus bebés que sostenía en cada brazo, agotados de su paseo por Manhattan. Las nodrizas se marcharon a sus respectivas casas, pues por las noches Isabel se hacía cargo de sus propios hijos, Erik y Ángel comenzaban a adaptarse a una rutina de sueño que le hacía fácil a ella desenvolverse sin problemas: los aseaba, los empijamaba, los amantaba, los arrullaba hasta que se durmieran.

Siendo observada por las dos sirvientas, Isabel acostó a los pequeños en sus respectivas cunas, que eran menos ostentosas a las de Kenai y más bonitas a las de Denali, pero que estas últimas eran las que más apreciaba por ser construidas desde el aprecio de uno de los lugareños de aquel sector boscoso. Al darse cuenta de que las dos jóvenes aguardaban órdenes de retirarse, se disculpó con estas y les concedió permiso para que se fueran a descansar; Isabel no tenía hambre, lo que comió y vomitó en el baño donde Camila, bastó por ese día. La malteada y la tarta le cayeron como plomo por haberlo ingerido rápido, esto provocó que pasara la pena de abrazar el inodoro, le valió una maternal regañina de su amiga por andar de afanosa como si le fueran a arrebatar la comida, y luego le formuló una pregunta que ni la quería considerar.

Le revolvió el estómago y prefirió prescindir de la cena por esa noche.

Everett y los muchachos aún no llegaban y de su odioso cuñado, asumía que ya había cenado. De Anna, preguntó por esta tan pronto cruzó la puerta principal de la mansión; según Blanka, seguía durmiendo en su nuevo dormitorio, sin probar bocado alguno. La dejaría descansar hasta que recuperara fuerzas. Ese Jevrem dejó a la pobre, apaleada.

A los gemelos tampoco los molestó; durante el camino de retorno se alimentaron, solo se aseguró de que sus pañales estuviesen secos y que la

temperatura del termostato indicase los grados acordes para mantenerlos abrigaditos en el dormitorio. Fue bueno que estos compartieran con Camila por una tarde, la cercanía con humanos los haría tolerantes a sus aromas y a controlar desde pequeños la ansiedad de atacar, gatearon en el estudio y apreciaron la danza que la anciana les ofreció para que se entretuvieran.

Erik fue el que más aplaudió.

Por su parte, preparó la tina con sales aromáticas y se metió en ella, desnuda, acalorada por lo del día. Cerró los ojos y recostó la cabeza hacia atrás contra el borde de porcelanato y se tomó un respiro profundo. Su cuerpo estaba relajado, pero su mente bullía con mil pensamientos por la propuesta que le hizo Camila.

Volver al ballet…

Esto la hizo sonreír, debido a que estaría una vez más sobre sus zapatillas de punta, danzando sin parar. Recordaba las veces en que sus pies se deslizaban por los escenarios y saltaban con habilidad, una y otra vez, arrancando ovaciones en los espectadores, su destreza no tenía comparación.

Pero también causó envidia.

Frunció el ceño ante la punzada que se alojó en la boca de su estómago, ella sabía bien que no solo tendría que arreglárselas con Everett y sus bebés, sino que, quizás, volvería a afrontar lo que la hizo desistir de lo que tanto amaba.

Cabeceó suave, sin abrir los ojos.

No…

Ella era fuerte.

Ya no tendría por qué afectarle lo que unas majaderas envidiosas le tengan que escupir. Que se fueran a la porra, enfrentó demonios peores y salió airosa del infierno. Si planificaba su tiempo y les tapaba *la jeta* a los que pretendieron joderle la vida, danzaría con una sonrisa genuina en el rostro.

De pronto, sus labios sintieron una leve presión.

Un sutil beso le fue robado, sin que Isabel se sobresaltara alarmada por *el que entró* en el baño. Su olor masculino la envolvió y la hizo sonreír, reconociendo enseguida de quien se trataba; la saludaba de modo silencioso y cariñoso, como a ella tanto le gustaba, la hacía sentir querida y hasta deseada, sus senos –bajo la espuma– eran acariciados con delicadeza, Isabel mantenía los labios estirados en una sonrisa satisfecha, Everett recorría la

piel de su fino cuello, dejando un camino de besos húmedos y

cosquilleantes por los pelitos de su barba. No eran besos toscos tipo

«chupones»; más bien, perceptibles roces que la hacían estremecer.

— *Mmmmm*… —expresó disfrutando de las sensaciones que su lobo le despertaba—, qué rico…

—Te ves tan arrebatadoramente sexy en la tina, que me dan ganas de…

—su mano se deslizó hacia el monte de venus de su mujer e introdujo el dedo del medio entre los pliegues vaginales.

Isabel jadeó excitada. Everett le tocó su carnosidad más íntima.

—Oh, sí… —se relamió los labios y se sostuvo de los bordes de la tina para no deslizarse y tragar agua jabonosa. Él la masturbaba con cadencia, acuclillado a un lado como si la estuviese *aseando*, cual paciente que necesita atenciones de su varonil enfermero.

—¿La pasaron bien con la anciana?

La pregunta sacó de onda a Isabel, no entraba a colación con lo que él a ella le hacía, abrió los ojos y parpadeó para disipar el sopor que la caricia impúdica en su centro le provocaba. Everett se había enterado por boca de otros de que ella había salido junto con sus hijos a visitar a una humana de la tercera edad sin antes a él habérselo participado.

Gruñó para sus adentros, ¿quién de sus guardaespaldas habría sido el chismoso?

—Sí —respondió como si nada—, fue una tarde genial.

Everett medio sonrió, no estaba molesto, solo le sorprendió la espontaneidad de Isabel, se estaba adaptando muy bien a su condición lobuna y a la estadía en los Hamptons.

—Me alegra que salieras un rato —dijo mientras su dedo del medio seguía dando leves círculos al clítoris y la otra respiraba entrecortada —, te distraes y los lobeznos desarrollan sus sentidos con respecto al exterior.

Pero cuando desees volver a salir —introdujo otro dedo en la vagina de Isabel para follarla con su mano—, me dices primero. ¿Quieres?

Isabel no supo si la pregunta fue, por si quería sexo o estaba de acuerdo con lo que le había dicho.

—Sí… —respondió afirmativa a las dos que se formulaba en la cabeza.

Sacó ambas piernas y las dejó colgadas de cada extremo de la tina, como si fuese a «parir» o a recibir el miembro de un alienígena. Ella una vez vio un video porno de ese tipo…

A Everett le complació que ella no le pusiera pegas, su unión marital estaba bien encaminada.

Le regaló un orgasmo sin que él buscara su propia satisfacción. El éxtasis masturbatorio se lo concedió a su compañera, la preocupación por el hallazgo de Megan Gilmore le tenía el pito flojo, le costaba dejar de pensar en que estaban dos pasos atrás del depredador de humanos, el cuerpo no arrojó pistas, salvo que Jevrem era inocente. La mujer tenía entre doce y veinte horas de haber sido atacada.

Coincidía con el brindis y él tiempo en que su sobrino estuvo encerrado con la niñera.

Minutos después, Isabel y Everett se hallaban sentados en la cama, ataviados con sus albornoces y sus cabellos húmedos, los álbumes reposaban en sus piernas y sus espaldas recostadas en el cabecero de la cama, riendo ellos de una foto en particular.

—¡Eras muy mono!

—Más bien, feo: tenía los dientes grandes y era flacucho.

—Pues, ahora eres guapo, con los dientes bonitos y de buen aspecto físico —Isabel comentó, dándole doble sentido a sus palabras. Vaya que gozaba de ese físico…

Everett observó la fotografía donde abrazaba a Winona, sentados ambos bajo la copa de un árbol, que al instante su sonrisa guasona se languideció por la añoranza materna. Su progenitora habría sido feliz al verlo al lado de una mujer única que le dio dos hermosos hijos. Habría amado a sus nietos.

Isabel se percató de su tristeza.

—Hubiese sido una gran abuela —adivinó sus atribulados pensamientos

—, por lo que me has dicho de ella y por cómo el personal suele mencionarla, debió ser fácil de querer.

—Así fue.

—¿Crees que me habría aceptado? Por mi origen y por lo de Ángel…

—Sin duda alguna —expresó solemne—. Mamá era noble y… —

carraspeó por el quiere de su voz— todos la amaban. —No quiso decirle que esa nobleza fue su ruina. Muchos abusaron de su pasividad y su buena disposición para ayudar a los demás.

—Qué lástima no conocerla, habríamos sido amigas. Le hubiera presentado a Camila, estoy segura de que se hubiesen llevado bien.

En vista de que Isabel mencionó a la anciana, Everett consideró que debía expresarle sus preocupaciones para que más adelante fuese precavida al

salir de casa.

—Isa —la llamó para captar su atención, al ella posar la mirada sobre la foto antes descrita—, no vuelvas a salir sin avisarme. Esta ciudad no es territorio de lobos y está el asunto del maldito que aún no hemos podido atrapar.

—Está bien, descuida, te avisaré cuando decida salir de nuevo. Por eso le pedí a los muchachos que me acompañaran.

—Hiciste bien.

—¿Estás enojado? —Él cabeceó—. Sino preocupado —intuyó al vuelo

—. ¿Es por *esos portadores*?

La sonrisa displicente y algo cansina de Everett le indicaba que era por esos y por otros más.

—Ni uno hay en Nueva York —reveló para su tranquilidad—, pero no es la única «peste» con la que debemos tener cuidado.

—Entonces, ¿por quiénes?, ¿otros clanes?

—Vampiros.

Isabel arqueó las cejas.

—Me estás jodiendo… —En Denali, cuando ella sospechaba de la naturaleza de Everett, le preguntó de si era uno de estos, a lo que él

negó ofendido por la confusión.

Las fotos familiares, acomodadas en los álbumes, dejaron de ser interesantes a los ojos de la muchacha, quien cerró el álbum que sostenía y lo dejó sobre la mesita de noche, impactada por la revelación de su compañero de cama. ¿Acaso estos seres, que tanto interpretan en películas y describen en novelas de romance paranormal, existían?

—Nueva York es tierra de vampiros —dijo Everett—, por lo tanto, somos sus «huéspedes».

—¿Y esta casa?

—Es mía —sonrió—. Al igual que otros bienes que poseo en la ciudad.

Ellos respetan las propiedades ajenas, pero nos mantienen vigilados.

Nosotros, como manada, no podemos cazar en sus dominios, acarrearía enfrentamientos y luego la expulsión. Mientras vivamos aquí, el grupo de lobos que esté bajo mi mando deberá respetar las condiciones que ellos impusieron.

—No cazar.

—No cazar humanos.

—Carajo… —Isabel no esperó esa respuesta, asumió que se trataba de los animales en los zoológicos o mascotas, no de los que andaban en dos patas y hablaban.

Everett ojeó las fotografías del álbum que reposaba en su regazo y paseó la vista sobre los rostros sonrientes de él mismo en su adolescencia. En estas mostraban a un chico tímido, pero que en realidad dio múltiples dolores de cabeza a sus padres por rebelarse al maltrato verbal de sus madrastras y las palizas de sus hermanos mayores por ser el favorito de Stanislav. Aún le hacía rabiar el tonito despectivo en que algunos suelen tratarlo por heredar un título que, según estos, no merecía por ser hijo de la Tercera Esposa del alfa.

—Yo no cazaré —Isabel le aseguraba de ese modo que, por su parte, prescindiría de ese menú canibalístico. Le consternaba el apetito que le despertaba las carnes blandas cuando estaba transformada. Los humanos dejaban de ser personas y se convertían automáticamente en suculentas presas.

—Espero cumplas por nuestro bien, mi querida Isabel. Los vampiros ya no toleran más muertes, les estamos arrebatando «su ganado» —explicó en cuanto ella hizo el amague de preguntar, siendo evidente que los dos conocían entre sí sus expresiones.

Ella comprendió la inmensa responsabilidad que Everett sostenía sobre sus hombros: comandar una manada, aunque fuese reducida, en una ciudad que no formaba parte de los dominios lobunos era para enfermar de los nervios a cualquiera. Allí Everett regía guardaespaldas, personal de servicio, los familiares de estos, así como también a los de su propia sangre; cada uno con personalidades difíciles que se verían afectadas en temporadas de apareamiento o caza. La matanza «controlada» o indiscriminada de humanos les costaría caro.

Everett se perdió en los ojos azules de la hermosa dama de melena rubia, que ocupaba casi la extensión de la página del álbum de la parte izquierda.

Según lo que apreciaba Isabel, la elegancia de Winona Brankovic debió ser indiscutible. Sus facciones eran delicadas, tipo nórdico: nariz delgada, labios pequeños y ojos grandes. La mirada en la foto era muy dulce, diría ella que un tanto entristecida, cuántas veces la misma Isabel se observó frente a un espejo al sufrir *bullying* por parte de sus compañeras de ballet o las discusiones constantes con su mamá y las ofensas de su hermano alcoholizado. Quién sabe por cuántas calamidades pasó su difunta suegra,

pero comprendía el valor que debió reunir para salir adelante por su hijo, a pesar de la familia política que le tocó soportar.

Recostó su cabeza sobre el hombro de Everett, apreciando en silencio aquella foto. Everett la rodeó con su brazo y la acomodó en su pecho, pasó otra página y le narró lo que en dicha instantánea había vivido.

—Gracias, es una bonita sorpresa.

A él se le humedecieron los ojos.

—¿De veras?

Ella asintió y soltó un suspiro largo.

—Sí —expresó casi inaudible—. Verte de niño y de adolescente, me pareció tan tierno… Ojalá tuviese bastantes álbumes familiares para mostrárselas a nuestros hijos. Apenas poseo unas cuántas fotos que

tengo guardadas entre mis cosas. Tengo que buscarlas…

—Me encantará verte de crinejas y frenillos.

Isabel se carcajeó.

—¡Jamás usé crinejas ni frenillos! Por eso era una chiquilla de greñas alborotadas y tenía los dientes torcidos.

—Nunca los tuviste. No recuerdo que los tuvieras de humana…

—Pues, ya ves que sí. ¡No tanto! Pero tenía estos… —mostró los incisivos superiores— un poco torcidos. —Gracias a su nueva condición genética, sus dientes lograron mejor apariencia. El tacaño de su padre y la desidia de su madre, jamás se preocuparon por su salud bucal. Luego ella fue incapaz de arreglarlos por su precaria economía por mantener a un par de seres exigentes y desagradecidos.

Por ese instante, Everett se olvidó de sus tristezas y preocupaciones, rio de buena gana por el comentario de Isabel, ella lo manoteó para que no fuera escandaloso, siendo también igual de escandalosa con sus risotadas, se aguijoneaban las costillas para provocarse cosquillas, en un desafío del que lograra contener las risas. Se comportaban como chiquillos, a pesar de que estos juegos despertarían a los gemelos y tendrían después que arreglárselas para volverlos a dormir. No obstante, estos dormían profundo, acostumbrados ya al ajetreo de la casa y los ruidos externos.

Isabel se apurruñó más en el pecho de Everett, el álbum había caído al suelo debido a las cosquillas que se hacían entre ellos; Everett no lo recogió, a la mañana siguiente al levantarse, lo haría; por lo pronto, permanecería abrazado a su ángel de dientes perfectos y mirada achocolatada.

Esta pensó en la propuesta de Camila. ¿Sería el momento oportuno para decírselo?

Estaban tan bien…

—Quiero volver a danzar… —le soltó *sin ton ni son*, orando para sus adentros en que él no gruñese enojado.

—Hazlo, si te place.

Isabel se mordió el labio inferior, al parecer, Everett no entendía el alcance de su deseo.

—Danzar… —repitió—, en los escenarios. —No en pasillos ni azoteas en la que fingía estar frente a un público inexistente, sino donde estos estaban presentes en las sombras y ella iluminada bajo el foco de los reflectores.

Hubo silencio.

La respiración cadenciosa del lobo se detuvo.

—¿Y lo de la academia? —inquirió refiriéndose a las clases de ballet que ella impartía a las niñas.

—Camila se encargará de encontrar sustituta.

—¿Y la administración?, ¿quién se encargará del lugar?

—Camila —dijo—. O la actual directora. La señora Jones ha ejercido una buena labor, de ella no hay quejas.

Alzó el rostro hacia él y observó que dudaba de su capacidad para danzar como profesional y ser madre al mismo tiempo.

—Bueno, aún no es seguro —le hizo ver—. Tendré que hacer una audición.

A continuación, le narró lo hablado con Camila en su departamento y de las facilidades que tendría al contar con las nodrizas y Anna para cuidar de los bebés mientras ella danzara.

No obstante, Everett parecía dudoso.

—Sabes que te apoyo, pero esa audición está cerca y hasta no atrapar…

—Soy consciente, Everett. No la tienes fácil y yo te pongo más peso sobre los hombros por mi decisión.

—No, amor, solo aguarda a que cacemos al depredador, así estaré más tranquilo.

—¿Es un trato?

—Es un trato.

Isabel se sentó sobre él a horcajadas para besarlo, agradeciéndole que le dejara una posibilidad abierta para el ballet, pero los besos poco

profundizaron ante la falta de excitación de Everett. Ella no le reclamó su inapetencia sexual, no siempre estaría «firme» para su mujer, tenía sus limitaciones y se lo veía agotado. Era factible de que sus preocupaciones no le dieran sosiego, le reveló un hecho que amenazaría a todo familiar o conocido, aquellos sujetos de colmillos puntiagudos estaban a la expectativa.

Del lado oeste de la casa, en la planta superior, hacia las habitaciones de las hembras, Jevrem dormía abrazado a su novia.

Esta no se dio cuenta, apenas remoloneó bajo las sábanas y continuó sumergida en su mundo onírico, de fantasía y girasoles, mientras que su compañero de cama navegaba entre monstruos aterradores.

Jevrem crispaba su mano por sobre el costado de la joven, sus uñas se alargaban hasta volverse armas letales ennegrecidas. Lloraba por lo que le sucedía, les había jurado matarlos, no era de hombres sus actuaciones, más bien, depravaciones, él solo fue a pasar una noche y terminó bajo ellos, postrado.

—No… —gimió lloroso. Sudaba a borbotones.

«¿Por qué no?, disfrútalo» — dijo a su oído el que aplastaba su espalda y humillaba su masculinidad. Jevrem intentó removerse de forma inútil, lo que bebió, sea lo que fuere, debilitó sus extremidades y lo aturdió—. *«Verás que…* — empujó su pene en el trasero del joven, provocándole un lacerante dolor—, *será lo mejor que hayas disfrutado en la vida».*

—¡Hijo de puta! —expresó a ese monstruo que lo dominaba en su pesadilla—. ¡¡Suéltame!!

Anna parpadeó y se volvió hacia Jevrem, quien al parecer hablaba dormido.

«Qué culito tan apretadito».

— Te mataré. ¡Los mataré a todos por violarme! —Y a los humanos invitados al festín orgásmico, riendo estos a carcajada por la desdicha del atribulado muchacho.

«Terminará por gustarte, lo tienes de familia, a tu papá le gusta mucho…», su captor rio sin temer a su amenaza. Se enterró hasta el fondo, entre empellón y empellón, el joven lanzaba maldiciones y el otro gozaba

con la sodomía.

«Acomódalo, Kroz, quiero correrme en su boca» — ordenó el líder del grupo a su hombre de confianza y del que Jevrem juraba le arrancaría al

maldito el pito y la cabeza con sus propias manos.

Sin salirse, el fornido hombre de piel oscura se recostó de lado, en la amplia cama, para que su amo y socio en dichos festines, tuviese facilidad para meterle el pene en la boca al renuente beta y así también darle a este una mamada con su eventual «69» homosexual. Aunque, claro, aquí el único que distaba de serlo, era el muchacho, pero con unas buenas lecciones, apreciaría el sexo entre machos.

—No… No, no… ¡No! ¡¡No!!

—Jevrem… *¡Ayyyyyyyyyy!* —Anna chilló adolorida, un zarpazo hirió su brazo izquierdo con profundos surcos sangrantes. Jevrem trataba de librarse de algo que lo atacaba, lloraba desesperado y a la vez enojado, lo que gruñía con desconcertante claridad, a ella le helaba el corazón.

Lo terrible de esto, es que, del otro extremo de la galería que conecta ambas zonas de los dormitorios de la casa, un lobo de audición aguda, lo había escuchado.

Capítulo 24

Everett halló a Jevrem descendiendo veloz las escaleras.

Estaba este a medio transformar y dispuesto a marcharse enardecido de la casa.

Determinó en el acto de que su sobrino no estaba en sus cabales, la discusión que escuchó lo había impulsado en levantarse de la cama y correr a toda velocidad hacia el dormitorio de Anna Morris, donde captaba que provenían los gritos y del que sobresaltó hasta a Isabel por no comprender lo que sucedía.

—¡JEVREM! —lo llamó contundente desde lo alto de la galería.

Everett saltó hacia el piso del vestíbulo y se despojó de inmediato del albornoz que seguía usando, pues su agotamiento ni le hizo tomar en cuenta de su indumentaria de baño, al igual que Isabel que lo mantuvo abrazado, apreciando viejas fotografías y luego haciéndose ambos cosquillas.

Jevrem se arrojó contra el ventanal de la fachada y causó un estrepitoso ruido por el quiebre de los cristales, que de inmediato los guardaespaldas apostados por los rededores del jardín, en un par de segundos estaban sobre el muchacho. Luttrell intuyó que algo no andaba bien con el beta, por lo que ordenó a Maxwell y a Tyson para que cambiaran su fisonomía. El alfa estaba en fase de transformación, quien desde el interior de la casa emitió un aullido atronador que despertó a todos los residentes y hasta los vecinos del sector.

—Quieto… —Harper trataba de aplacar a Jevrem, estando el guardaespaldas bloqueando el camino para evitar que el joven Brankovic abandonara en esas condiciones las inmediaciones. No obstante, Jevrem perfiló con ferocidad los colmillos que ya estaban alargados y sus huesos en la etapa final de su metamorfosis lobuna; de sus fauces echaba espumarajos, rodando sus pupilas amarillentas de animal salvaje sobre cada uno de los metamorfos que pretendían detenerlo.

El gamma temió por su vida, una mordida de este le destrozaría a él una extremidad. Sus compañeros comenzaron el cambio, mientras que Elijah y Kevin creyeron prudente desenfundar sus armas, un tiro en las patas y lo dominarían.

Lo cierto es que, se requirió de la imponencia del lobo más fuerte de la manada, Everett saltó sobre su sobrino, quien se resistió enseguida, la pelea

entre los dos fue inminente, los colmillos se clavaban en los pelajes y salpicaban sangre al ocasionarse dolorosas heridas; Jevrem-lobo lucía enloquecido, no reconocía, les gruñía a todos como si fuesen enemigos. El personal doméstico salió, ignorando qué causó el enfrentamiento, puede que la niñera se ofreció al alfa y este aceptó poseerla, o fue al revés y al otro macho dominante le disgustó tener que disputarse la hembra en celo.

—¡Oh, por Dios! —Isabel exclamó mortificada ante el cuadro que observaba—. ¡Deténganlos, se van a matar! ¡Luttrell!, ¡Tyson!

¡¡Sepárenlos!! —gritaba a los guardaespaldas, erguidos estos en sus

cuatros patas, ninguno intervenía en la cruenta pelea, Everett y Jevrem se revolcaban con ferocidad cerca de la plazoleta ubicada a escasos metros de la casa. El desespero motivó a Isabel en bajar las escalinatas que dan hacia el pórtico de columnas dóricas, pero fue detenida por Branimir.

—La lastimarán si se acerca —le advirtió el chofer, sujetándola del brazo con firmeza, ella intentó librarse, pero al escuchar los sollozos de Anna, dejó de forcejear. Esta seguía con las ropas puestas que usó después de ser pillada en una maratón sexual con su novio, notó que tenía varias heridas sesgadas en el brazo y del que trataba de frenar el sangrado al taparlo con su mano. Le pidió a Branimir que la soltara y se acercó a la muchacha que lloraba mortificada.

—Anna, ¡¿qué pasó?! —preguntó para averiguar qué fue lo que motivó a Jevrem en hacerle daño. Lo más probable, fue que ella lo rechazó en matrimonio por querer estudiar en la universidad y este reaccionó con violencia.

Anna se aferró a Isabel y soltó con más sentimiento el llanto, no le confirmó lo que presumía, la pelea entre el alfa y el beta los tenían a todos desconcertados. ¿Qué sucedió? ¿Fue por la niñera? ¿Se acostó ella con el amo?, conjeturaban los sirvientes entre susurros a espaldas de las dos mujeres.

—Pero ¿qué es lo que está…? ¡Jevrem! —De un momento a otro, Damir hizo acto de presencia, había sido alertado por Milenko al aporrear la puerta de su dormitorio. Logró quedarse dormido, tras beber tres copas de vino, en un intento forzoso por entumecer sus sentidos por haber tenido que cambiar planes y dar explicaciones; Grubana lo increpó en cuanto la telefoneó, puesto que requería ayuda –para algo que él se reservó– de la inútil de Radojka que de su propia madre.

Ahora estaba convencido de que tendría que alejar de allí a su primogénito o lo matarían.

—¡A que esto es por ti, maldita! —gritó con ojeriza a Anna. La despedazaría si esa noche su hijo no volvía a ver la luz del día.

—¡¿Cómo se atreve a culparla?!, ¿no ve que Jevrem la agredió? —Isabel replicó indignada, interponiéndose entre este y la omega, a la vez en que señalaba hacia la herida de surcos sangrantes. Así eran los hombres de brutos: quieren que todo se haga a cómo ellos desean y, cuando una mujer les lleva la contraria, reaccionan como trogloditas.

Solo que le extrañaba de Jevrem.

—Debió desfigurarla —siseó avinagrado a la niñera, escondida a la espalda de la hispana—, por ella está pasando esto —apuntó hacia los dos lobos enardecidos—. ¡EVERETT! ¡JEVREM! ¡¡DEJEN DE PELEAR!! —

les gritó atronador, sin darse cuenta de que su voz airada era captada por extraños mimetizados en las sombras y a cierta distancia para no ser olfateados—. ¡Échenles agua, separen a ese par de idiotas! —Jevrem era el que las llevaba de perder frente al otro, Everett había logrado vencer a Ranko, quien fue el doble de fuerte a los dos.

—Él no lo hizo a conciencia, Isa, despertó sobresaltado por una pesadilla y yo estaba en medio. Fue un accidente… —Anna explicó a su amiga, a pesar de los gritos angustiados de su suegro.

La falta de acción por parte de los guardaespaldas para zanjar el enfrentamiento motivó a Isabel en buscar desesperada el interruptor de los rociadores del jardín; la señora Blanka le colaboró y los activó en el acto, pero esto para nada logró separar a los lobos que se agredían a dentelladas.

Isabel no sabía qué hacer, la mitad de los hombres estaban transformados y atentos a la orden del alfa; si ella les pedía que los separaran, sería también a los mordiscos y, lo más probable, empeoraría la situación. Así que, recurrió a la caballería y no sería precisamente un ejército adiestrado para ese tipo de confrontaciones, sino de una criatura que, tal vez, haría al más joven razonar en sus actos. ¿Qué fue lo que soñó para despertar de esa manera tan violenta?

—Anna, intenta convencerlo de detenerse. ¿Puedes hacerlo?

La muchacha la miró apabullada, su rostro surcado en lágrimas.

—Jevrem…

—¡Más fuerte para que te oiga!

—¡Jevrem, amor, deja de luchar!, por favor… ¡Jevrem! ¡Jevrem! ¡¡Te amo!!

Un quejido lastimero se escuchó en cuanto este parpadeó y su leve distracción le salió caro.

Everett lo zarandeó del cuello y lo arrojó contra los adoquines elevados de la plazoleta, cayendo el joven de cabeza.

—Licaón, no…

—¡Mi hijo!

—Oh, Dios…

Anna, Damir e Isabel, fueron los primeros en salir corriendo hacia la plazoleta para socorrer al lobo malherido.

Los sirvientes jadearon, el mayordomo se quejaba en voz baja de los infortunios ocasionados por la problemática omega, los guardaespaldas volvían a su fisonomía habitual y Everett ya estaba erguido sobre sus musculosas piernas. La breve locura de su sobrino le hizo replantearse las cosas desde una perspectiva diferente a cómo investigaban los asesinatos.

—Enciérrenlo en el sótano, le daremos tiempo para que se calme.

—Pero, amo, ahí apesta a loba en celo… Lo alterará más —Milenko se atrevió en refutarle, arriesgándose a una iracunda increpación por entrometido.

—¡Mi hijo no va a estar confinado en ninguna inmunda celda! —Damir protestó en el acto, habiéndose este acercado hasta Jevrem para ayudarlo a levantar.

Luttrell, Maxwell y Tyson, asintieron al mandato de Everett, seguido de Kevin y Elijah como refuerzos en caso de que Jevrem se resistiera a ser encerrado.

Recogieron al muchacho que, al estar inconsciente, volvió a humanizarse tras perder su pelaje, quedando desnudo por completo. De hecho, los que sufrieron cambios en sus cuerpos, se hallaban sin ropas; las sirvientas no se ruborizaban ni se escandalizaban, pero esto tampoco era impedimento para que Rosario y las otras sirvientas apreciaran de buena gana el físico de los machos.

Los había para escoger…

—Oh, Dios, Everett: mira cómo estás —Isabel se preocupó por las mordidas que presentaba en los brazos y piernas. Su condición era crítica en algunas heridas que tenía en carne viva, mientras que en otras las

perforaciones de los colmillos no dejaban de sangrar—. Tenemos que llevarte al hospital.

Él sonrió.

—Regenerarán en cuanto coma algo crudo, no olvides que soy metamorfo.

—Pero no inmortal —replicó azorada—. Estás perdiendo mucha sangre.

—Isa, respira profundo. ¿Ves? —Señaló la heridas menos grave en su torso—. Ya estoy sanando.

Ella dudó de su palabra: si por comer carne cruda, fuese un remedio que los hiciera sanar como por arte de magia, ella no hubiese tardado tanto en la regeneración de sus quemaduras ni él con lo de su pierna al caer del Mastrangelo, y se habrían atragantado con una vaca viva para superar sus propias dolencias. Aun así, comprendía que, por ser este metamorfo de sangre pura tenía la ventaja de sanar rápido, sus células habían acabado de sufrir una asombrosa revolución, lo que quedaba sería para recuperar fuerzas.

—¡Ni se te ocurra seguirlos, perra sarnosa! —Damir abofeteó a Anna al pretender ir detrás de los hombres que se llevaban a su novio casi a rastras.

Pero el contundente golpe que recibió en su mejilla provocó que Jevrem reaccionara como si le hubieran descargado un corrientazo en el cerebro. Lo vio todo en rojo, perdió la lucidez por un instante, su garganta emitió un gruñido feroz y, con habilidad, se libró del agarre de sus captores.

El odio lo corroía, sobre todo aquella voz que escuchaba, una y otra vez en su cabeza, martirizándolo al punto de enloquecer.

«¿Por qué no?, disfrútalo. Verás que será lo mejor que hayas disfrutado en la vida».

Gruñó enardecido, abalanzándose contra su padre.

—¡Sujétenlo! —Everett ordenó a sus hombres antes de que este desgarrara el cuello de su progenitor. La abrupta recuperación los tomó a todos por sorpresa.

—¡Maldito!

—Jevrem, hijo…

El aludido no reparaba de a quien molería a los golpes, solo quería destrozar a ese ser que se atrevió a golpear a la mujer que amaba.

Lo tumbó al piso, mientras lo estrangulaba con ira y con el deseo expreso de arrancarle la cabeza, no merecía vivir.

«Terminarás por gustarte».

Las risas que resonaban en su mente ovacionaban lo dicho por uno de sus demonios personales.

—¡Jevrem, es tu papá!, ¡déjalo! —Isabel trataba de hacerlo entrar en razón. Anna lloraba por lo que observaba, los sirvientes no daban crédito a sus ojos, los guardaespaldas lo rodeaban para inmovilizarlo, estaba fuera de sus cabales, sus venas comenzaban a burbujear para de nuevo transformarse; esta vez habría muerte.

—Jevrem, amor… —Anna lo llamó, acercándose con cuidado hacia el joven que forcejeaba con los guardaespaldas que estaban *en bolas*—.

Amor…, tranquilo, fue producto del estrés; tu papá está angustiado —

explicó como si el vil acto de su suegro tuviese justificación, pese a que no la tenía.

La voz de Anna fue un calmante milagroso.

Un hada buena se acercaba a su rescate, extendiendo sus hermosas alas para rodearlo y así escudarlo de aquellos que querían hacerle daño. Se abría paso entre los demonios que gruñían amedrentadores para que se alejara, la voz femenina era un bálsamo para sus oídos, era hipnotizante, magnética…, le encantaba escucharla, lo relajaba. Le decía que lo amaba y esto a él le hacía llorar y sonreír, pues lo que sentía por esta era correspondido.

El joven dejó de luchar y se postró de rodillas a los pies de su hada, Everett aprovechó para tomar a Damir de los hombros y arrastrarlo lejos del enardecido hijo. Estuvo a punto de ordenarle a Luttrell para que le diera un porrazo en la cabeza y dejarlo inconsciente, pero Jevrem rompió en llanto.

Estaba avergonzado.

—Te amo —le dijo a Anna, atribulado—. Te amo mucho… —Sus

fuerzas languidecieron entre copiosas lágrimas que tuvo acumuladas y que ahora se desbordaban inclemente sobre sus mejillas. Estaba avergonzado de que ella lo supiera, lo vio en su rostro tan pronto notó que había salido de aquel nefasto infierno. Se odió por herirla y odió mil veces más a los que lo orillaron al desespero—. Perdóname… —sollozaba aferrado a su cintura.

Luttrell y Maxwell seguían sujetándolo, pero Everett les ordenó que lo soltaran, había recuperado su cordura.

A Damir se le partió el corazón. ¿Acaso era el depredador? Sus ojos estuvieron vacíos, sin vida. Había mucho odio en ellos.

—Perdóname, Anna, perdóname, perdóname… —lloraba sin importarle de ser observado por los residentes de la casa—. Anna, perdóname, no quise. No… No fue mi intensión…

—Amor, fue una reacción por tus pesadillas. Solo fue eso… —expresó comprensiva, deseando que aquello *que le sucedió a su novio*, fuese un episodio ocasionado por ver películas de alto contenido sexual. La angustiaba que fuese real, porque esto indicaba que Jevrem habría sido mancillado por varios hombres.

El ama de llaves y el mayordomo azuzaron a los empleados en volver a sus respectivas habitaciones y guardar silencio de lo que presenciaron. Al que se fuese de cotilla, Milenko amenazó con lanzarlo al calabozo más oscuro de Alcatraz hasta que muriese de hambre, mientras que Damir le imploraba a Everett para que no tomara medidas severas contra su hijo; la

«enfermedad» que tenía descontrolaba su raciocinio. Ya lo había visto en otros miembros de la familia…

—Yo no quise, me negué, pero *ellos* me… —el joven lloraba desconsolado.

Estando aún en el piso, Damir se llevó la mano al pecho.

—«Ellos», ¿qué?, Jevrem. ¿A qué te obligaron? —Las posibilidades de lo que más temía se hacían cada vez más efectivas.

Angustiado, buscó la mirada de Everett y este la eludió, indicándole a Damir de que su hermano sabía lo que le sucedió a su hijo. Luego, volvió sus ojos hacia Jevrem, esperando esa terrible respuesta y, antes de que este abriera la boca para expresar delante de todos lo que lo enloqueció, Everett se acercó de inmediato y levantó al muchacho, a

la vez en que pasaba el brazo de este por sobre sus hombros. Ambos acabaron de destrozarse entre sí, pero no existía rivalidad entre ellos, fue el terror sufrido por las pesadillas que lo enloqueció momentáneo. Lo puso en pie y lo alejó de Anna, esta intentó seguirlos, pero temió que el señor Damir la abofeteara de nuevo; por fortuna, Isabel –su querida amiga– la escoltó, yendo las dos detrás de Everett y Jevrem. Damir lloraba por su hijo, su alma estaba desgarrada sin obtener la respuesta que por su cabeza desde hacía tiempo rondaba, pero que la desechaba en el acto, por parecerle inconcebible.

Sin embargo, ahí estaba esa maldita pregunta taladrándole las neuronas sin cesar.

¿Qué le pasó a su primogénito en su travesía por Latinoamérica?

*****

—¿Está apretada?

—No, señorita Isabel, está bien —respondió Anna, una vez la otra terminó de envolver su brazo con una venda. Evitó tutearla por estar presente el alfa, puede que a este le desagrade la informalidad en cómo ella trataba a su ama.

Isabel intuyó que Anna mantenía las distancias para evitar más agravios.

Le curaba la herida, sentadas ambas en el sofá de la biblioteca. Estaban ellas y Everett, solamente, Damir le hacía compañía a Jevrem en otra de las habitaciones ocultas en el sótano, construidas para contener los cambios hormonales de las sirvientas por ser débiles a las etapas del celo en caso de que a más de una las afectara. Un frasco de alcohol isopropílico y algodones en motas untadas en el fuerte líquido cristalino, yacían sobre la mesita central del juego de sillones verde oscuro. La joven alasqueña movió su brazo y sonrió tímida a Isabel que la estudiaba en silencio, Anna lucía demacrada y entristecida, fue una labor que a la híbrida le costó hacer, las náuseas afloraron, pero ella aspiró un poco de los vapores del alcohol para aplacarlas.

Esto a Everett no le pasó por alto.

—Qué bueno —dijo Isabel a Anna, habiéndole servido de algo la cantidad de veces en que ella envolvía sus pies en gasas o vendas para que sus zapatillas de punta no laceraran sus dedos.

Mientras tanto, Everett –ataviado en unos vaqueros y camiseta negra

que Blanka le había entregado hacía unos minutos– observaba también a la muchacha, estando él sentado en el sillón del frente; una pierna reposaba en su otra rodilla, el brazo sobre su estómago, la mano contraria en los labios en actitud meditabunda.

Violado…

Lo escuchó muy bien.

Jevrem había amenazado a los supuestas personas que lo atacaron, acarreando en Everett algunas preguntas como: ¿cuándo y dónde esto ocurrió?

Lo repetía en su mente, enojado por lo que le habrían hecho a su sobrino.

Empuñaba las manos con rabia para contener la furia que se arremolinaba en su ser y no lanzar palabrotas sin sentido; quién sabe a qué vejámenes fue sometido que perdió el sentido de sí mismo. Lo ultrajaron, ¿cuántos malditos? ¿Fue uno?, ¿dos? Jevrem dijo «los mataré por haberme violado».

Mierda…

El subconsciente del joven gritó a todo pulmón lo que el alma trató de callar por tanto tiempo.

Everett masajeó sus neuronas ante la migraña que lo aquejaba, debido a que, sin poderlo evitar, imaginaba a Jevrem pidiendo ayuda para que lo salvaran. ¿De qué malditos?, ¿quiénes pudieron ser? Jevrem, como beta, era un lobo fuerte. Lo que le hacía meditar que los demás debían serlo mucho más.

«Los mataré…», el plural de la amenaza de este indicaba que más de uno abusó de él.

Isabel trataba de animar a Anna Morris, a la vez en que Everett seguía con la vista clavada sobre la muchacha. Lo que a esta la incomodó su incesante mirada; también Isabel se dio cuenta, aunque su compañera consideró que él estaba sumido en sus propios pensamientos.

—¿Por cuánto tiempo lo mantendrán encerrado?

—No sé, Anna, lo que Everett considere conveniente.

—Lo que él dijo… —se refirió a Jevrem—, ¿fue cierto? A él… —Isabel

se encogió de hombros y Anna rompió en llanto—. No lo puedo creer, por eso tenía constantes pesadillas. Fue porque…

Everett frunció el ceño.

—¿Desde cuándo las tiene? —Las conjeturas que había fraguado antes se desvanecieron en un parpadeo, cayendo en cuenta que las visiones debieron atacar a Jevrem mucho antes de lo que les había informado.

Anna lo pensó y luego respondió:

—Supongo que desde hace días: la primera noche, cuando llegamos a los Hamptons, Jevrem se quedó dormido aquí en la biblioteca. Yo estaba en el cuarto que me asignaron, tenía hambre, así que salí y me perdí por no saber cómo llegar hasta la cocina. Los llantos de un hombre me llamaron la atención, seguí el sonido y fue cuando vi a Jevrem, sentado en aquel sillón

—señaló el que colinda con la chimenea—. Él hablaba dormido, algo lo aterrorizaba.

Everett e Isabel intercambiaron miradas silenciosas. La morena lucía un vestido sencillo de mangas cortas y de color marrón, también traídos por el ama de llaves sin que sus patrones se lo hubiesen pedido para que estuviesen más cómodos, pero igual agradecieron el gesto para no andar escasos de ropa. Aun así, a Isabel la angustiaba la inestabilidad mental de Jevrem, que quería largarse a llorar en su cama por la maldad de unos pervertidos.

—Ay, señorita Isabel… ¡Cuánto sufro por esto! —se dirigió a ella, incapaz la joven de soportar la mirada meditabunda del alfa—. Jevrem no merecía que le hicieran eso…

—Nadie lo merece, Anna, fue un acto repudiable. El que lo violó será castigado. —Ella misma lo castraría.

—¿Jevrem dijo algo más? —Everett interrogó a la lobata, en caso de que algún dato en específico les sirviera para dar con los responsables. Tras escuchar los primeros gritos, brincó fuera de la cama para averiguar qué pasaba; si bien, reconocía que por el timbre de voz era un hombre joven, no supo de quién se trataba hasta salir de su habitación, donde, en ese preciso momento, Jevrem vociferaba lo de su violación.

Fueron segundos en los que Everett no reaccionó y, cuando lo hizo, Jevrem huía de allí, siendo mitad humano, mitad lobo.

Aguardó por la respuesta de Anna, esta hacía memoria, dudosa en apariencia de lo que recordaba, pero al instante sus ojos se agrandaron por lo que sea que pugnaba por salir de sus labios.

—«Kroz» —mencionó—. Jevrem repitió ese nombre varias veces antes de abandonar la habitación. Quise detenerlo, pero derribó la puerta y temí que me volviera a herir… ¿Saben quién es él? Parecía enojado por ese sujeto.

Everett se puso en pie en el acto.

Que mencionen un nombre determinado en sueños, a veces es mera coincidencia debido a las negociaciones o amistades que sostenían, pero que lo grite varias veces en medio de una pesadilla y con secuelas que le ocasionaron un breve «ataque de ansiedad», sentenciaba un hecho.

—¿Lo conoces? —Isabel le preguntó y Anna se tensó por lo que el amo pudiera decir.

Asintió.

Su mirada severa, ida hacia la lejanía de un pensamiento que pasó de la estupefacción a lo sangriento.

—Es uno de los hombres de Vladan —reveló con los dientes apretados.

Anna jadeó estupefacta e Isabel se paralizó por algo que recordaba.

Vladan…

—¿Quién es ese? —Un duro momento en su vida, volvió a su mente y la hizo revivir el terror que padeció aquella noche en la azotea de la cabaña.

«Arturo, por favor, estoy embarazada. No nos hagas daño».

«A mí me da igual si esperas trillizos, me vas a pagar lo que me hicieron».

«¡¿Y qué te hicimos?!».

«¡Ay!, chavelita, chavelita *, la mediocrita… No solo me encerraron por darte en la jeta por zorra: ¡ME VIOLARON!».*

—Es el Alfa del Clan Anka, apostado en Canadá —respondió Everett a Isabel, y Anna asintió a su patrona para secundar dicha revelación.

«El hijo de puta de tu amante me mandó a un lugar lleno de lobos maricos para que me cogieran por el culo y les mamara la verga».

«¡Mentira!».

—¿Crees que ellos: Vladan y Kroz…? —Everett apretó su mandíbula para no responderle, pero la ira reflejada en su rostro era más que evidente de que estos pisotearon la hombría de Jevrem—. Dios…

«Estoy segura de que no fue intencional. Él me dijo que era para…».

—Qué desalmados —Anna recostó su cabeza contra el hombro de Isabel y lloró desconsolada. Lo que habría sufrido su amado…

No obstante, Isabel quedó en blanco, pensado en aquella noche. Sacudió la cabeza, no lo aceptaba, era imposible. Everett lo había enviado a…

¿Adónde? ¿Con quiénes?

«(…) Ni siquiera puedes excusarlo, estúpida, ¡porque sabes muy bien que lo que te digo es la verdad! Me envió a ese lugar de mierda para que me violaran como castigo. ¿Sabes quiénes eran los que más me daban por el culo? Vladan y Kroz. ¿Los conoces? Ambos son amigos carnales de tu cojito . *Ahora es mi turno de vengarme y le voy a dar por donde más le duele a ese malnacido».*

A Isabel el mundo le dio vueltas y se separó de Anna por sentir que estaba por sufrir una combustión. Vladan y Kroz… Esos eran los sujetos que Arturo había mencionado antes de querer a ella hacerle daño, en venganza por lo que a él le hicieron.

—Ellos son… —Miró a su compañero con los ojos anegados en lágrimas

— los que violaron a Arturo.

Everett quedó pegado al piso, porque esa noticia él jamás la supo, pero sí lo que este asqueroso ser pretendió hacerle a su propia hermana y no se arrepintió de que lo hayan despedazado. Por desgracia, tendría que explicarle a Isabel por qué envió al *pulgoso* fuera del país, cuando en aquel entonces su moribundo padre Stanislav regía el clan; bien que pudo consultarle o tomar la decisión por su propia cuenta, él contaba con su

aprobación para convertirse en alfa, pero optó por el camino más fácil

y dejó en manos de otros el doblegamiento de un híbrido rebelde.

Metió las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón y bajó la mirada hacia sus zapatos para no ver la recriminación en los ojos de su amada.

Su relación pendía de un hilo a punto de romper.

Capítulo 25

—Retírate, Anna.

Everett ordenó a la muchacha para poder hablar a solas con Isabel y, del cual, la aludida se puso en pie de inmediato sin que su amiga diera objeciones.

En cuanto se cerró la puerta de la biblioteca de dos niveles, el silencio se estableció entre los dos lobos. Everett invitó a Isabel a sentarse en el sofá, puesto que se había levantado anonadada de lo recordado, pero se negó rotunda, no sería una charla casual que sostendrían ni plantearían juntos el futuro de los hijos; lo que discutirían ya la lastimaba a tal punto que su estómago se revolvía.

Por él, Arturo quiso propasarse.

—Tu hermano fue un híbrido inestable y no tenía intención de obedecer

—dijo Everett—. Logramos atraparlo antes de haber infectado a otros humanos, estaba en plena conversión, si mordía a algunos, se desataba una cacería de la que, hasta ahora, ni los vampiros serían capaces de detener.

—¿Por qué lo enviaste con ese clan?, no forman parte de tu gente —

Isabel inquirió con un matiz duro en su voz.

Everett se rascó ligeramente el lóbulo de la oreja y sopesó sentarse en uno de los sillones para que Isabel hiciera lo mismo; sin embargo, optó por permanecer en su sitio, nada lo salvaría de tener que dar explicaciones, puede que finja enojo y salga de allí pitado y así evitar

el interrogatorio, más esto era pésima idea, Isabel era testaruda y cuando tenía algo entre ceja y ceja, presionaba hasta conseguirlo.

—No lo quería cerca —respondió, evitando contar lo otro.

—Y lo enviaste con unos sujetos que hicieron festín en su culo.

—Ese *engendro* era un criminal que hasta te golpeaba.

Que le sacara aquello en cara, la hizo rabiar, él nunca se hizo responsable al herirlo después de la paliza que en su apartamento Arturo le propinó a ella por sus oficios de «puta». Nunca hablaron sobre lo sucedido, Isabel dio por sentado de que Everett lo envió a un lugar en el que cumpliría una supuesta condena que, con el transcurso de los años, lo reformaría y, al salir, sería parte de los hombres de Everett o de alguno de los miembros de su clan, pero el castigo fue brutal y Arturo se las arregló para escapar de sus carceleros, aliándose con un troglodita de casi dos metros de altura,

dispuesto a matar a los de su propia sangre con tal de aferrarse a un poder que se le escapaba de entre los dedos.

—¡Porque Arturo me lo gritó! —exclamó airada y en un eventual desbordamiento de lágrimas—. Nos acusó de ser los que causamos que fuese violado por aquellos malnacidos. Sobre todo, a ti te señaló. Ese Vladan, amigo «carnal» tuyo, acataba tus órdenes.

—¡No le di semejante orden! —se indignó.

—No finjas demencia que sí lo hiciste —rebatió dolida—. Porque, de otro modo, ¿para qué lo enviaste con un grupo de lobos que les gusta reventar traseros a los prisioneros? Vladan y Kroz abusaron de él repetidas veces. ¡Oh, Dios!, y yo que creí que cumplía condena, y lo que en realidad sucedía era que…

—Isabel, admito que me sorprendió enterarme de lo sucedido a tu hermano, créeme, no era esto lo que pedí para él; más bien: trabajo duro y fuerte castigo si desobedecía, pero no de lo que me acusas.

—Hasta Jevrem sufrió por estos sujetos.

—Y del que les haré pagar.

—Cómo, ¿ah? ¿Cómo, Everett? ¿Vas a tomar el jet y volar hasta Canadá para darles su merecido? Por lo que sé, Vladan es líder de otra manada que no forma parte de este país. ¿Piensas causar un incidente

internacional o llevar a ese maldito a instancias elevadas?

Lo sugerido por Isabel hizo pensar a Everett:

Solicitar una audiencia ante el Alfa Mayor de los Estados Unidos, para que, en representación de los agraviados, este se comunique con el representante de la otra nación para litigar contra dos metamorfos, cuyas trayectorias han arrojado grandes dividendos en ambos lados de la frontera…, sería un gran inconveniente.

Aunado a esto, la hombría de su sobrino sería objeto de burlas y el apellido de la familia seriamente enlodado.

Prefería arreglar las cuentas a la antigua.

—Haré lo más acorde para la honra de los Brankovic.

¡¿Lo más qué…?!

Si bien, a Isabel le daría un *fresquito* que aquellos recibieran una paliza, reclamar una afrenta irreparable ocasionaría un enfrentamiento sanguinario, pues a los supuestos amigos y «colegas» de Everett, les valió un carajo lo que después les acarrearía y se saciaron sobre un joven al que todo el mundo respetaba.

Miró a Everett con aprensión.

—¿Y qué sería «lo más acorde», ¿un duelo? —Everett eludió la mirada hacia su derecha e Isabel se tensó por haber dado en el clavo—. ¡¿Un duelo?! —Lo de Arturo pasó a segundo plano; por supuesto, seguía enojada con Everett por su irresponsabilidad; no obstante, la angustiaba que emprendiera una masiva cruzada del que al final ninguno retornaría—.

Everett, por Dios, ¿qué clase de duelo sería?

—Del que les haría pagar.

Isabel se llevó las manos al pecho y sus ojos se exorbitaron, puesto que ella tendría que prepararse para llorar un mar de lágrimas.

—¿Haciendo qué: matándolos? ¡Ni se te ocurra! —Se preocupó al instante—, irías preso por asesinato. Lo mejor es denunciarlos.

—¿Ante quiénes? —se molestó por la sugerencia.

—Ante ese sujeto-mayor-supremo o cómo ustedes lo titulen. Denuncia

lo que le pasó a… ¿Por qué sacudes la cabeza? —inquirió por la negativa de Everett para llevar el caso a entes superiores—. Es lo más sensato: denunciamos lo de Jevrem y mi hermano.

—No haremos tal cosa, menos por *esa escoria* que quiso follarte a las malas. ¡No te enojes, es la verdad! —gruñó en cuanto Isabel pretendió replicar airada—. Tu hermano tenía un prontuario delictivo que a la larga te habría arrastrado con él.

—Yo jamás me he prestado a fechorías, ¡¿qué te pasa?!, no me compares.

—No lo hago, Isabel. Estoy haciéndote ver por lo que hubieses pasado, si no lo mando lejos. Debí matarlo en su momento.

—Everett… —la desconcertó su confesión.

—No me disculpo, más bien, me arrepiento de haber sido indulgente. Esa escoria atentó contra ti y mis lobeznos que gestabas. Si esa noche Jevrem hubiese llegado cinco minutos tarde o yo hubiese muerto a manos de Ranko, ahora tú y mis lobeznos estarían sepultados. Lo único que lamento es que mi sobrino haya sido ultrajado por los que consideré mis amigos.

—Si vas allá, te matarán. No lo hagas, por favor.

—Isa, amor. ¡Isa, mírame! —Puso el dedo bajo su mentón y la obligó a mirarlo—. Soy un roble fuerte, difícil de derribar; el que lo pretenda, lo aplasto.

—¿Y cómo enfrentarás a esos hombres? Es insensato lo que piensas hacer, son lobos de otros territorios, de otro país… Habla con ese *mayor* y plantea una demanda.

—Los Brankovic lo resolvemos de acuerdo con las leyes lobunas.

—¡Ay, no me vengas conque tienen una ley para estos casos! A ver… —

se cruzó de brazos—, como ¿cuáles serían?

—Ojo por ojo.

Isabel se sorprendió.

—¡¿Piensas hacerles lo mismo?! — *Huich* como que desconoce los gustos de su leñador sexy.

La miró con severidad.

—Él humilló la hombría de Jevrem, así que su honra como líder de su clan se verá cuestionada. Vladan y su segundo al mando no tendrán cómo orinar después. No los mataré, Isabel, les arrancaré los pitos por lo que hicieron a mi sobrino. No por tu hermano, por él no habrá justicia, porque un hombre que atenta contra la honra de su hermana o una mujer no tiene perdón de ningún dios.

Ante esto, Isabel permaneció enmudecida. El mismo deseo por dicho castigo ella lo compartía, Arturo jamás fue un hombre bueno; más bien, hacía alarde del temor que ocasionaba a otros y hasta a ella misma. Aun así,

¿qué les depararía si permitía que Everett se enfrentara a esas bestias inescrupulosas?

—Dios sabe que también deseo lo mismo para esos malditos, pero eso terminará mal.

Sonrió perverso.

—Por supuesto: quedarán sin pito.

—¡Basta!, no quiero que vayas, me angustia el pensamiento de no saber de ti mientras estás en tu cruzada vengativa. Habla con ese sujeto: el mayor…

—No.

—Estas obcecado por la rabia. ¡Es una locura!

—Ya lo decidí.

—Eres un… —Isabel se tambaleó y Everett rápido acudió a sostenerla.

La ayudó a sentarse en el sillón más cercano y enseguida abrió la puerta de la biblioteca para llamar a Milenko. Ya había observado que tenía recaídas y náuseas a causa de los nervios, pero también por un hecho evidente que activaba sus alarmas.

—¿Estás embarazada? —preguntó ansioso y sin ocultar que las comisuras de sus labios se curvaron ligeramente hacia arriba.

Isabel ni parpadeó.

¿Tan rápido?

—Apenas tengo unos meses de haber… —la posibilidad era amplia.

¿Cuántas mujeres quedaban preñadas al poco tiempo de salir de un parto?

—. ¡Ay, Everett!, ¿será que lo estoy? —Esto la desconcertó porque no era una locura y Everett la atrajo hacia él para darle un fuerte abrazo. Vendrían más descendientes.

—Me contactaré con un gineco-obstetra para que te revise, mientras Pavlovic toma un vuelo.

—Con una prueba de embarazo es suficiente.

En un primer momento, él asintió, luego pensó que no era necesario, el aroma corporal de su mujer se intensificó como señal de que su cuerpo gestaba una criatura. La volvió a abrazar, su familia crecía del mismo modo que su amor por Isabel.

Por este motivo, consideró en que debía tomar en consideración denunciar el ultraje ante el Alfa Mayor, las leyes eran similares a las humanas, solo que el resultado era peor a las impuestas a los criminales. De todos modos, Jevrem tendría que enfrentarse al rumor que correría después de denunciar a los líderes del Clan Anka.

—Prométeme que no irás por Vladan y Kroz; que la justicia se encargue de ellos por haber violado a Jevrem.

—¡¿QUÉ?!

Everett e Isabel deshicieron el abrazo y se pusieron de pie de inmediato.

Damir había entrado a la biblioteca sin ser anunciado por el mayordomo o él mismo haber tocado a la puerta. Se hallaba petrificado a un paso de haber cruzado el umbral, mirando atónito a su hermano menor y a la concubina.

—Repite lo que acabas de decir: ¿Mi hijo f-fue…? ¿Él fue…? ¡HABLA!

—Cálmate, entiendo tu enojo, pero no te descargues contra ella —Everett lo increpó, yendo a él para asegurarse de que no lastimara a Isabel—.

Acabamos de enterarnos y estamos determinando cómo proceder.

—¿Y lo discutes con una hembra en lugar de recurrir a mí que soy el

padre? —reprochó con ojeriza, sin recuperarse del impacto de lo escuchado.

—Lo discuto con mi mujer: la madre de mis hijos. Damir… —posó la mano en su hombro y del que este la removió con rudeza, esperando que, en vez de consuelo, le diera respuestas—, Jevrem fue atacado por Vladan y Kroz. Al parecer se hospedó en su paso por Canadá y estos aprovecharon su estadía.

—¿Y qué hacía allá? Él viajaría al sur, no al noreste.

—Tal vez lo invitaron…

Damir miró de soslayo a la híbrida hispana, de quien cada vez soportaba menos su presencia por su entrometimiento y falta de sumisión, y luego la retornó hacia el bastardo de Winona para que le confirmara lo que la otra dijo.

Everett asintió y Damir palideció.

—¿Cómo lo saben, se los dijo Jevrem?, ¿fue por lo que enloqueció? —

Everett e Isabel asintieron—. ¡Oh, Licaón!, ¡mi hijo, violado! No, no… —

Se giró sobre sus talones para correr hacia su muchacho que estaba injustamente encerrado en una celda-dormitorio, y, al instante, fue retenido por Everett—. ¡Suéltame, quiero ver a mi hijo! Haz que lo liberen.

—Ahora no —Everett replicó con aplomo, a pesar del sufrimiento de su medio hermano.

—¡Me necesita!

—Él debe calmarse.

—Jamás lo hará mientras que aquellos dos están por allá bien campantes.

Por eso Jevrem actuaba irracional: fueron ellos los que manipularon su mente, vivía aterrado de lo que le hicieron que le causaba pesadillas. Oh, mi muchacho, mi muchacho. ¡Qué le hicieron esos malditos a mi muchacho!

—lloró afligido, le habían arrebatado la felicidad a su hijo.

—Te aseguro que serán castigados.

—Hay que matarlos.

—El honor de los Brankovic será reestablecido, lo haremos acorde a las leyes.

Damir señaló con desprecio a Isabel.

—Si a ella le hubiesen hecho lo mismo, estarías impartiendo justicia por tu propia mano.

Everett no replicó a ese hostil comentario, tenía razón: de haber sido lastimada de esa manera, él habría quemado el fortín y desmembrado a los culpables.

Aun así, se mantuvo firme en su decisión recién tomada, sin revelarle que, hasta hacía unos minutos quiso hacer lo mismo.

—Comprendo tu enojo y deseo de venganza, pero los verdugos de Crowell nos cortará la cabeza si desencadenamos una guerra entre clanes, sin pruebas. Confía en mí en que hablaré con él sobre esto para solicitar un resarcimiento de la afrenta.

—El Alfa Mayor no atenderá a un alfa de pueblo remoto —espetó con tanta inquina que hasta Isabel se sintió ofendida.

—Pero sí al nieto de Dragan —replicó sin que le afectara que menospreciara su cargo.

Damir esbozó una sonrisa despectiva, que era más una mueca de desagrado que de estar en desacuerdo con Everett. Desde hacía años este trataba de desligarse del seno de la familia, en pro de su inútil independencia, y en un arranque conveniente tomaba en consideración el linaje del Primer Alfa Mayor del continente americano.

—¿Qué pruebas le llevarás a Abraham Crowell? Él no es un lobo fácil de convencer; una simple acusación no bastará, tendrías que llevar ante él a *mi Jevrem* y no lo permitiré, porque después lo señalarán por donde vaya: «Ahí va el que fue violado…». No, Everett, no es la vía. ¡Hay que clamar venganza por nuestra propia cuenta!

—¡Y después vendrán otros por tus hijos y los míos en represalia! —

expresó, teniendo presente que Isabel lo hizo recapacitar en no

arriesgar sus vidas por enfocarse en exterminar a todo metamorfo canadiense.

Isabel tenía el alma en vilo, también comprendía el dolor del progenitor; como madre, le horrorizaría pensar que algún depravado se aprovechara de sus pequeños y luego anduviese libre sin recibir castigo. Pero ¿a qué costo satisfacía dicha afrenta masculina? Una muerte reclamaría otra y luego otra, hasta que el suelo donde se librase la batalla estuviese cubierto de cadáveres.

Hizo el amague de abrir los labios para dar su opinión; sin embargo, se limitó en permanecer en silencio, cerca de los dos hombres, aguardando el momento pertinente para hablar en caso de ser necesario; por lo pronto, Everett rebatía bien lo que Damir exigía, su actitud iracunda era de tener cuidado, este era de los sujetos que piensan bien sus acciones y, sin que nadie lo vea llegar, lanza el zarpazo.

La venganza por su hijo traería a casa a la misma muerte.

*****

—Oye, no puedes estar ahí, no es prudente —Elijah le increpó a Anna, quien se hallaba sentada en lo alto de las escaleras de la bodega de vinos, donde, muy al fondo de ese lugar existía una segunda habitación oculta de la vista de los residentes de la mansión neoclásica.

—Estoy bastante apartada; además, aquella puerta impide que él me olfatee.

El guardaespaldas puso los ojos en blanco y miró hacia arriba para llenarse de paciencia. La lobata pretendía en permanecer vigilante a los lloriqueos del idiota del novio, que fue encerrado por histérico.

—Aun así, acá no debes estar —dijo—. Es orden del alfa en que nadie se acerque. ¿Viste cómo *se le zafaron las tuercas* de la cabeza por algo que unos tipos lo obligaron a hacer? Se puso violento hasta con su propio padre, a ti te puede matar; no reconoce, está para mandarlo directico al manicomio.

Anna se removió en el escalón, haciendo de oídos sordos a lo comentado por Elijah, Jevrem solo sufría por aquella abominación y era normal su

«histeria». Nadie, a excepción del señor Everett y de Isabel, estaban

enterados de lo sucedido; conjeturaban que debió estar ebrio o drogado para sus incoherencias, el licor y las drogas afectaban por brevedad el raciocinio de un metamorfo, recuperando después la cordura cuando se pasan los efectos.

—Estoy lejos.

—Estás en el umbral de la bodega, no seas necia.

—A nadie molesto. Los que montan guardia no han dicho nada.

—Baja un escalón más, para que escuches lo que te van a decir.

La lobata se puso en pie y, en un desafío al guardaespaldas, bajó un pie al siguiente escalón.

En vista de que nadie gruñó, descendió dos escalones más.

—Retrocede o te doy de nalgadas —Maxwell, apostado en algún punto que lo mantenía oculto, le advirtió.

Elijah rio y Anna se devolvió a su sitio.

Se sentó ofuscada.

—Estaré aquí un rato —graznó casi imperceptible y del que Elijah escuchó muy bien.

Mientras estuvo llorando en el Cuarto de la Mantelería, se había percatado de que el señor Damir pasó frente a la puerta que estaba abierta y sin notar su presencia, retornaba de la bodega de los vinos e iba en sentido hacia el vestíbulo, donde Anna suponía se dirigía hacia la biblioteca para hablar con el señor Everett.

Alejamiento que ella aprovechó para bajar al sótano y preguntar por Jevrem.

Solo que no se atrevió en acercarse.

Suspiró y consultó la hora a Elijah, el reloj de pulsera de este marcaba sus horas de descanso, la señora Blanka cuidaba de Erik y Ángel en la habitación principal, las nodrizas dormían en sus respectivas casas por órdenes de Isabel. Anna no tenía cabeza para colaborarle al ama de llaves por si los gemelos despertaban, los gritos de Jevrem y el aullido del señor Everett, por fortuna, no los sobresaltaron, quizás porque en la parte en donde se hallan las cunas los ruidos no les afectaban. Todo su ser lo volcaba sobre su amado que sufría por culpa de otros,

pugnando en brindarle compañía y consolarlo; por desgracia, ella estaba ahí sentada en las escaleras…

Elijah notó la venda en el brazo de la lobata y apretó los dientes para no emitir un gruñido. El hijo de puta la lastimó en su desquiciado berrinche, casi le arranca la extremidad de un tajo; que lástima que no tuviera oportunidad de apuntarle a ese malnacido en el entrecejo, lo habría despachado al más allá de un disparo.

—¿Cómo sigue la herida? —preguntó a la vez en que se sentaba a su lado sintiendo pesar de Anna por estar enamorada de un lobo por encima de su casta. Solo sería para revolcones.

—Sanando —respondió con parquedad, su mirada perdida hacia un recodo del pasillo por donde comunica la celda-dormitorio.

Elijah se devanaba los sesos para capturar la atención de la lobata. Era su momento de pretenderla, ella se dio cuenta de que jamás tendría oportunidad con el beta, el señor Damir se los hizo saber al abofetearla; fue bueno que sucediera, Anna necesitaba que la bajaran de las nubes para que dejara de fijarse en sujetos que solo aman el dinero. Él no fue rival para este, por lo que, tras librarse de la hipnosis que ejerció sobre él por unas horas, el deseo por follar en Elijah casi lo hace aullar a todo pulmón en la mansión.

Belkis y Sandra fueron su desahogo carnal, teniendo que hipnotizarlas para hacer un delicioso trío.

Las dejó caminando como vaqueros de las veces en que les perforó el culo.

Dominar a las sirvientas era muy sencillo y estaba por hacer lo mismo con Anna.

—Lamento que te hayan lastimado —comentó en una pulsación que sintió en su pito, tras el perverso deseo—, el señor Damir fue injusto contigo, te ofendió como si fueras… Eres dulce y discreta, deberías estar

tranquila en un hogar formado junto a tu marido, cuidando de él y de tus cachorros, no los de otra hembra. ¿Has considerado en conseguir pareja?

Una estable…

Ella lo miró con una atribulada expresión de «ya lo conseguí», y luego

volvió a perder su mirada hacia el pasillo.

Entrometido…

El guardaespaldas no se amilanó, tenía que confesarle que le gustaba, con ella pretendía más de una revolcada. Le avinagraba que su virguito juvenil ya se lo comieron, pero era sumisa y delicada, y haría de ella una buena aprendiz en la cama.

De otro modo, Jevrem no se abría enfrentado a su padre.

—Tengo un dinero ahorrado por mis años de servicio al señor Everett, estoy dispuesto a pagar por ti.

—No estoy en subasta —respondió incómoda por su insinuación. Los que la pretendían, querían ponerle un anillo en el dedo y ella solo ansiaba las mismas experiencias de una chica de su edad.

—Me refería a pagar cualquier contrato que te ate con los Brankovic —

explicó al instante—, daría hasta el último centavo que tengo con tal de verte libre. Necesitas de alguien que te proteja, yo puedo hacerlo, te daré un hogar, te trataré bien y dejaría que decores la casa a tu gusto y tengas una sirvienta para que te ayude con la limpieza.

Vaya, qué tentador…, pensó la joven con sarcasmo. Ni de Jevrem, estando este en camino de poseer su propia fortuna por su profesionalismo e influencias a causa de su linaje, la emocionó con la idea del matrimonio.

—De momento quiero trabajar y estudiar. Lo de casarme lo dejaré para dentro de unos años —respuesta que también le expresaría a Jevrem, aunque más adelante para evitar deprimirlo.

Si es que continua en pie su propuesta.

Elijah la observó atónito.

¿Para qué estudiar? Las hembras eran para el hogar, servir a su pareja y criar cachorros. El estudio las volvía feas y viejas.

—¿Eres analfabeta? —Este sería el motivo para comprender que quisiera pegar la nariz en los libros—. Yo podría enseñarte, te daría clases particulares los fines de semana y en mis días libres. —Y también le enseñaría unas cuantas posiciones sexuales. Era todo lo que

una hembra como Anna debía saber.

Follar, concebir cachorros y cocinar.

Ella rio.

—Mi madre me enseñó a leer y a escribir a los cinco años. Gracias por ofrecerte, pero me refiero a los estudios universitarios.

Este arqueó las cejas.

¿Una loba omega, académica?

Fin de Mundo.

—Eres muy bonita para eso…

—¿Y?

—¿De qué te va a servir?

—Seré profesional en el ramo.

—¿Qué ramo?, ¿qué piensas estudiar? —preguntó solo con el afán de seguir hablando con ella y así ganarse su amistad. La lobata apenas lo saludaba con un distante «buenos días» o un «¿qué tal?», cuando se la encontraba por los pasillos o el jardín posterior.

—Historia del Arte.

Rio y ella frunció el ceño.

— *¡Wow!* , es… —una pérdida de tiempo— interesante.

—«Interesante» es una palabra que la gente suele expresar cuando no saben qué decir —replicó sin inmutarse—. Me gusta todo lo referente al arte, su evolución, su origen, sus formas, lo que desencadenó dicha creatividad… —Elijah bostezó y la joven consideró que era un tema complejo para ser tratado con un ignorante—. Bueno, me gusta. Quiero estudiarlo.

Por el tono y la expresión hosca de la joven, Elija se dio cuenta de haberla cagado y rápido carraspeó para cortar cualquier discusión o molestia que diera paso; sonrió en un fingido «te irá bien, te deseo suerte» y la invitó a comer en la cocina para aligerar tensiones. Anna titubeó, tenía intención en permanecer allí toda la noche, aun así, Elijah le aconsejó en alimentarse y después descansar; nada haría por

el otro que estaría postrado en la cama y, del cual, el lobo reía en su fuero interno por ser el beta un llorón.

Le tomó un minuto convencer a la chica de acompañarlo y fue una suerte que lo hiciera, porque enseguida el señor Everett se aproximaba por la zona de los empleados, seguido por el señor Damir que le pisaba los talones y del que parecía estar cabreado por lo que sea que hayan discutido. Elijah y Anna lograron esquivarlos; si estos los hubiesen pillado, charlando en los escalones que dan a la bodega, los habrían increpado con severidad.

Los dos amos lucían tensos y con la rabia reflejada en sus rostros, tal vez el alfa le cobraría al sobrino los daños causados y luego lo mandaría de vuelta a Alaska para que limpie la mierda de las vacas de los granjeros, o le quitó el derecho a portar el apellido de la familia al observar su flaqueza por ser un metamorfo de carácter débil, en vez de ser frío y fuerte.

Elijah contuvo una sonrisita de satisfacción y se desvivió en atenciones hacia la lobata, sentada en la mesa del desayunadero, estando esta con la mirada distante y afligida. Nadie se hallaba en la cocina y el guardaespaldas tenía que medir sus movimientos para no meter la pata por segunda vez, esa noche Licaón le sonreía y actuaba cómplice para que él la conquistara. Casi sale con las tablas en la cabeza por bocón, por unos días se aguantaría ser su amigo incondicional y, cuando menos ella se lo espere, le abriría las piernas y follaría hasta hacerla desistir de esa estupidez feminista de estudiar en la universidad.

La única profesión que debía ejercer era la de parirle a él muchos lobeznos.

Capítulo 26

Dos rayas…

Fueron tres eternos minutos en la que tuvo que esperar. Las líneas paralelas indicaban de que estaba embarazada.

Isabel se sentó sobre la tapa del inodoro para procesar el resultado con calma, habiendo necesitado de una prueba que le confirmara lo que

todos le expresaban, Everett lo sospechaba y el personal femenino lo aseguraba sin titubeos antes los aromas corporales, el incremento del apetito, las náuseas y los constantes mareos que le daban.

Sollozó entre emocionada y angustiada por el feto que se formaba en su vientre. Era inevitable sentirse preocupada por cómo este sería al momento de nacer; su anterior embarazo fue complicado y hasta ahora ha dado de hablar.

¿Será como Erik o como Ángel?

Su corazón palpitó mortificado, a pesar del síndrome de su segundo hijo y del hecho de que su amor por él se mantenía intacto, estaba por sufrir un ataque de pánico. ¿Y si sus propios genes híbridos son los que contaminan a su progenie?

Observó un rato más el test –en forma de lapicero– sostenido entre sus manos, con las dos líneas de color fucsia formadas tras introducir la tira reactiva por quince segundos en un pequeño recipiente de plástico que contenía los primeros orines del día para confirmar dichas sospechas. No se trataba de simples conjeturas de viejas matronas que, con olfatear sobre ella, adivinaban que atravesaría una vez más la etapa de la maternidad, sino que la ciencia misma se lo demostraba.

—Decreto que será sano —manifestó a la vez en que arrojaba el recipiente con orines y la prueba, a la papelera, para luego ponerse en pie, dándose valor para no sucumbir en la angustia. Everett estaba emocionado por lo que sería un gran apoyo durante esos dos meses.

¿O serían quince días?

Se llevó la mano al pecho por las taquicardias, aún lactaba a los gemelos y su cuerpo ya pasaba por el proceso de albergar una nueva vida que le traería a ella alegrías y tristezas.

—Que sean más alegrías —rechazaba de plano el negativismo y abandonó el baño, obligando a su mente en trazar pensamientos de un

futuro bebé que crecería sano y fuerte, y sería compañero de juegos de sus hermanos mayores.

Se detuvo abrupto en cuanto vio a la señora Blanka dejar una charola con comida sobre la mesita de noche y forzó una sonrisa para disimular que en su estómago tenía un revoloteo de mariposas por las preocupaciones.

—Debido a que tardó en bajar para desayunar, asumí que se sentía mal y le traje el desayuno.

—Gracias —la sonrisa acartonada de nuevo y la molestia contenida.

Después de que Everett y Damir se dirigieran al sótano para hablar con Jevrem y así también asegurarse de su estabilidad mental, Isabel le pidió a Kevin de ir a una farmacia para comprarle una prueba de embarazo; este agrandó los ojos y enseguida obedeció con celeridad. A Isabel le tomó el resto de la noche para hacerse la prueba, Everett no subió a dormir, hubiese sido genial que estuviese a su lado y así esperar ambos el «negativo» o el

«positivo» en dicho recuadro. Sin embargo, el amanecer llegó y ella tuvo que respirar hondo. Por eso la señora Blanka asumía que Isabel lloraba por la mala suerte de tener que quedar otra vez embarazada. ¿Qué madre estaría tranquila, tras haberse casi muerto en el primer parto?

Isabel se sentó al borde de la cama y procedió a comer el emparedado de atún. A pesar de la poca cantidad en comparación a las comilonas de las que a menudo se atragantaba, lo masticaba sin ganas, el corazón le palpitaba en el estómago y sus meditaciones flotaban lejos de la habitación.

De repente su mamá rondó por su cabeza y se angustió.

¿Tendría que decirle?

Aquella ni sabía de la existencia de los gemelos.

—Me voy a comer todo, señora Blanka. Tengo buen apetito —simuló el buen ánimo de engullirse el emparedado, debido a que la rolliza la observaba con detenimiento como si vigilara en que se comiera hasta la lechuga.

Esta se removió en sus pies y alisó su cabello rojizo en un gesto incómodo, siendo claro indicativo de estar por darle a Isabel una noticia.

—En unos minutos vendrán las muchachas para traspasar sus pertenencias a la habitación principal —soltó sin anestesia.

Isabel dejó de masticar.

¿A la cuál?

—Creí que era esta —expresó luego de tragar el bocado—. ¿Por qué nos mudamos de habitación?

—La principal es la que le perteneció al señor Stanislav; Everett así lo dispuso.

Lo que era obvio.

En una equivocada conjetura, Isabel asumió que, por ser Everett el alfa, su habitación sería considerada «la Principal», más esto distaba de ser así, puesto que por norma general se le atribuía a los que fueron los antiguos dueños de la casa.

—¿Por qué motivo?

—Por su estado —dijo—. Aquí estarán «apretados», la habitación principal es más grande.

Isabel asintió para dar carta abierta, sin poner pegas al deseo de su pareja.

Al igual que ella, Everett vislumbraba que requerirían de un espacio más amplio para ubicar las cunas, de las que pronto ascenderían a tres.

Suspiró.

Esperaba que sus órganos reproductores no les dieran por engendrar de a pares, porque ahí sí que estarían apretujados.

A mitad de mañana y una vez las nodrizas se ocuparon de los gemelos, Isabel buscó a Anna en su respectiva habitación. Esta no se hallaba allí, sino que había salido a tomar aire fresco, informado por el señor Milenko a quien Isabel le preguntó en las cercanías del comedor. La joven alasqueña se sintió tan abrumada por la partida del joven amo, que salió por la puerta del área de la piscina para largarse a llorar un rato.

—¿Everett dejó algún mensaje para mí? —la desconcertaba que este hubiese partido sin despedirse. Por supuesto que sabía de lo que harían ese día, lo que la entristecía es que ni un beso o un «te llamo luego» a ella le expresó.

—No, mi señora —Milenko respondió sin mirarla a los ojos, por tenerlos postrados en la barriga de esta.

—Si se llega a comunicar y estoy dormida u ocupada en lo que sea, me llaman al móvil, ¿entendido? —Dio una palmadita al bolsillo lateral de su pantalón de vestir para indicarle al mayordomo que lo traía consigo.

—Sí, mi señora.

Isabel se giró sobre sus talones y se marchó por la puerta del área de la piscina, y, a partir de allí, olfateó el rastro de Anna que provenía de la parte que da acceso a la playa. Elijah y Kevin pretendieron seguirla, pero ella les ordenó tajante que permanecieran en sus sitios, estos asintieron un tanto aturdidos y del que Branimir se fijó en la facultad que tenía la concubina

para nublar mentes. Lo comentó a Luttrell y, este, enseguida la siguió para mantenerla protegida. Los tres amos se marcharon en el Mercedes-Benz, manejado por el señor Damir. Los servicios de Branimir no fueron requeridos, ni la protección de los guardaespaldas; no hubo explicaciones y se alejaron a moderada velocidad para sorpresa de los lobos.

El clima apenas era apropiado para dar un paseo a la orilla del océano, consideró Isabel, una vez puso sus pies descalzos sobre la arena. Sus zapatos de tacón bajo los dejó en la banca en la que suele disfrutar del crepúsculo, y emprendió la búsqueda de la muchacha.

No mandó por ella, prefirió aprovechar dicha solitaria caminata para sostener una charla privada con Anna, de la que esa mañana no la saludó con su refulgente «buenos días», sino que su ausencia suponía que se hallaba inmersa en la tristeza.

Le bastó caminar un trayecto corto para encontrarla sentada en la arena, de cara a la inmensidad del Atlántico; el viento removía sin ninguna gracia su cabellera negra, añadiéndole más tormento a sus pensamientos. Unos metros más atrás, Elijah mantenía la distancia, cuidando de Anna por esta angustiarse de hacia dónde Everett y Damir se llevaron a Jevrem; un secreto que Isabel para nada debía compartir con nadie por la gravedad de la situación.

Elijah se sobresaltó por la proximidad de la concubina y de Luttrell que venía como si fuese su sombra. Y oró a Licaón para que sus orejas soportaran el jaloneo que le darían por estar abandonando su puesto de vigilancia.

Respiró aliviado en cuanto Isabel lo ignoró al pasar por su lado, pero no se salvó de la mirada severa de Luttrell, quien le indicó que

volviera a la casa y vigilara junto con Kevin y Harper el perímetro.

Se alejó, rumiando para sus adentros. ¡Qué oportunidad perdida! Tuvo tiempo en consolar a la lobata y solo se quedó mirándola como idiota enamorado. Le hubiera sido fácil sentarse junto a ella y rodearla con su brazo para sobarle la espalda y, con suerte, recostar su cabeza en su pecho para que llorara sobre él. De este modo, Elijah le expresaría su «buen deseo» de escuchar sus lamentos, algo del que, por obligación, tendría que soportar si quería que esta lo hiciera su confidente. Por desgracia, fue estúpido en dejar correr las horas y, ahora, tendría que limitarse en observar cómo su oportunidad se desvanecía frente a sus ojos.

—¿Me puedo sentar? —Isabel consultó a Anna, que mantenía la mirada postrada en el horizonte marino. Tenía las mejillas humedecidas por las lágrimas y sus ojeras más oscuras por la falta de sueño.

Ella asintió y rápido se secó con las yemas de los dedos, e intentó esbozar una sonrisa a su amiga sin conseguirlo. Qué duro tener que demostrar fortaleza, cuando por dentro estaba destrozada. Él ni la miró cuando se marchaba.

—Jevrem va a superarlo con tu ayuda, la mía y la de su familia que lo quiere mucho —dijo Isabel casi en un susurro. A unos pasos, detrás de ellas, Luttrell las custodiaba como buen guardaespaldas, a pesar de su negativa, por lo que procuró hablar lo más bajo posible para que no la escuchara—. Tendremos que ser pacientes; lo que pasó, será difícil de olvidar, pero lo logrará… Ya verás, él dejará atrás todo ese sufrimiento y volverá a ser el mismo, porque un par de malditos no serán los causantes de su desdicha.

Anna rompió en llanto.

Si bien, dichas palabras estaban cargadas de esperanza, a ella la desgarraban por dentro.

Era mucho lo que su afligido corazón soportaba, al hombre que amaba le hicieron tanto daño que mataron su espíritu.

Isabel abrazó a la chica y la arrulló, apenas cuatro años mayor a esta; aun así, se comportaba como una madre. Tal vez actuaba por puro instinto, maximizado a causa de sus hijos y de su embarazo; sin embargo, Anna se lo inspiraba, lo que sentía por Jevrem era verdadero y solo se comparaba a lo que Isabel sentía por Everett.

—Le daremos todo el apoyo que necesite —reiteró con un nudo en la garganta, luchando consigo misma para no derrumbarse en llanto—. Si él quiere estar solo, respetaremos sus momentos de soledad; si quiere compañía, noche y día se la brindamos; si quiere desahogarse, lo escuchamos sin juzgar. Lo que sea necesario para que lo supere. Lo importante es que Jevrem sepa que cuenta con nosotros.

Anna no replicó a dicha manifestación, las lágrimas la desbordaban, apenas tenía fuerzas para aferrarse a los brazos de su amiga que trataba de animarla, lo acabado de expresar por Isabel le indicaba a Anna de que a Jevrem no se lo llevaron para mantenerlo por siempre lejos de ella y de los suyos, por la crisis sufrida, sino que estaría de vuelta en un lapso

indeterminado y del que la tranquilizaba en saber que lo vería de nuevo en los Hamptons.

Mientras tanto, a Luttrell, la pequeña loba le despertaba pesar: pobrecita…, no tenía futuro con un sujeto que desvariaba, pues a estos sus propios parientes los expulsaban o asesinaban en una especie de limpieza genética.

Tanto el padre como el tío se llevaron al joven amo para acabar con dicho mal que avergonzaba a una de las familias más adineradas de Alaska.

*****

La aeronave estaba por despegar; los nubarrones que retrasaron el vuelo se despejaron para que la Torre de Control diera el visto bueno. Everett, Damir y Jevrem aguardaban a que una de las asistentes del piloto informara el abordaje al jet, con destino a la capital donde el poder se manejaba por las cúpulas más altas del país.

Washington DC.

Everett marcó el número de Isabel y se disculpó por no haberla llamado antes, se mantuvo en estado constante de tensión a cualquier reacción de su hermano y de su sobrino; aún desconfiaba en que estos acatarían su mandato, la reputación de los Brankovic estaba en juego por un asunto que jamás imaginaron que afrontarían y del que se les saldría de las manos si se descuidaban. A Jevrem le fue imposible comunicarse con Anna, él se hallaba sin móvil y bajo la vigilancia de su tío que medía todos sus movimientos. La pierna de Damir convulsionaba por la inquietud, consultaba a cada instante la hora y molestaba al encargado de la Sala VIP

para que le llevara un vaso de whisky seco. Jevrem quiso tomar también, pero Everett le negó ese derecho para evitar que perdiera –mediante el licor– la cordura. Sería un inconveniente de proporciones épicas, si le diese por vociferar incoherencias a todo pulmón. Si bien, le costó aceptar lo que su tío pretendía hacer, en la medida en que le explicaba en qué radicaba, el fuego en sus venas se reavivaba.

Razón que no era compartida por Damir, pero no tenía más remedio que acompañar a su primogénito hasta su destino.

Diez minutos después les notificaron la partida. Everett guardó su móvil en el bolsillo interno de su elegante chaqueta, se cambiaron de ropas en un desvío que hicieron en Manhattan para lucir presentables ante los líderes a

quienes iban a ver; Isabel le deseó suerte y le expresó que lo amaba, y que se cuidara porque lo quería de retorno, vivo y con sus extremidades completas. Extendió un mensaje para Jevrem, por parte de Anna, quien aún creía que se lo llevaban para algún psiquiátrico que se encargarían por una temporada de aliviar sus tormentos. No obstante, Everett nada dijo a su sobrino, cuya estabilidad emocional pendía de un hilo muy fino, del que, por darle un recado de ese tipo, desataría una vez más su incontrolable salvajismo.

De camino a un hangar común en la que tomaron «prestada» una aeronave, debido a que Damir olvidó notificar a Dexter para que no trajera a Radojka, fueron rodeados por una veintena de vampiros, *olorosos a chamuscado*, que les perfilaban los dientes y mantenían las garras preparadas para destrozarlos en una desigual lucha sanguinaria de la que los tres metamorfos estaban en desventaja.

Everett se puso al frente e invocó a su lobo interno, del que desgarraría cuellos y desmembraría a los condenados que se aventuraron en cruzar la ciudad en pleno día para darles cacería.

Siquiera antes de que sus colmillos felinos se alargaran y sus venas burbujearan, de uno de los ascensores de dicha planta de la Terminal Aérea, emergió un elegante hombre de tez extremadamente pálida.

Damir agrandó los ojos, estupefacto y Jevrem gruñó feroz.

El sujeto caminaba hacia ellos con pisada firme y mirada soberbia. Su traje humeaba como si hubiese atravesado una barrera de fuego, aunque era probable que segundos antes debió haber estado expuesto al exterior. Olía a quemado, pese a no presentar evidencias de haberlo padecido, puede que al ser alcanzado por el astro rey de forma

indirecta, su sensible piel haya tenido una mala reacción a los efectos diurnos por no haber usado un traje ignífugo.

Pese a esto, usaba unos lentes oscuros y esbozaba una sonrisita de suficiencia de la que a Everett le desagradaba y del que a cualquiera intimidaría por ser la representación misma de la muerte.

—No era este el lugar que imaginé me entregarías la cabeza del Depredador de Humanos, pero estoy conforme. ¿O es que pretendías tomarme por tonto? —Kerenor cuestionó con absoluta frialdad a Everett, sin molestarse en mirar a los otros que estaban por transformarse.

—¡Mi hijo no es un asesino! —Damir replicó con rudeza al vampiro.

Bajo los lentes de sol, el otro rodó sus severos ojos negros hacia el progenitor del muchacho y le gruñó bajo, mostrándole sutil sus mortales colmillos por abrir la boca cuando no se le pedía.

—No es lo que vimos ayer: ataca a todo aquel que se le cruce por el camino.

—Eso es por un asunto personal que no les atañe —dijo Everett, causándole estupor enterarse de que esos *chupasangre* merodearon las inmediaciones de su casa, donde su compañera y sus lobeznos se hallaban.

—¡Oh, ya ves que sí! —le llevó la contraria—. La demencia no es propia en los metamorfos. No, a menos que sea por otro asunto… —estudió el semblante demacrado del joven lobo y determinó la posibilidad—. ¿Es por lo que creo que es, que le ha dado por atacar a mi rebaño?

Algunos pasajeros que debían cruzar el pasillo para dirigirse a la zona de abordaje más cercana tuvieron que rodar sus maletas en sentido contrario por donde vinieron, al notar al grupo de hombres trajeados, con cara de pocos amigos.

Lucían como agentes del FBI que arrestarían a unos mafiosos peligrosos.

Mejor poner pies en polvorosa antes de que intercambiaran disparos.

—¡Él no…!

—¡¡CÁLLATE!! —gritó a Damir uno de los hombres del Antiguo, por

tratar de defender a su hijo.

Kerenor levantó la mano para que su guerrero se calmara y lo dejara a él llevar la dirección de la discusión.

—Mi sobrino es inocente de lo que le acusas —Everett respondió sin que le temblara la voz por estar al borde de una muerte segura—. Es un hombre íntegro del que apostaría mi vida por él. Si ayer por la noche se desbordó en sus emociones, no fue por cuestiones de «locura temporal o demencia», sino por un hecho personal que lo descontroló.

—Sí, lo vimos… —Kerenor replicó a la vez en que miraba de nuevo al muchacho—. Al parecer, fue inducido en hacer «algo» que él no quiso hacer. ¿Qué fue?, ¿cazar en mi territorio o hacer favores sexuales?

—Cuidado, Kerenor…

El vampiro se carcajeó.

—Aplaquen el carácter, porque les estoy concediendo la oportunidad de explicarse; de lo contrario, utilizaré sus pieles de tapete en mi hotel.

Tenemos que limpiar la suela de nuestros zapatos antes de entrar a nuestra morada.

Everett extendió el brazo hacia un lado para interceptar a Jevrem, quien intentó abalanzarse contra el vampiro y lo miró severo para que se mantuviera en su sitio. Tan solo Kerenor era capaz de liquidarlo a los tres en un parpadeo; por más que lucharan con ferocidad contra todos ellos, de ahí no saldrían vivos.

—No tratamos de resguardarlo —contestó en el acto—, sino que viajamos para establecer la honra de mi familia.

—¡Everett! —Damir lo llamó molesto por tener que revelar aquello a unos seres que ni tenían alma.

—De esta «reunión» concertada —continuó, ignorando a su hermano —

mi sobrino reclamará justicia y les entregaremos a ustedes las cabezas de los que cazaban en su territorio.

Kerenor escuchaba con atención lo que el alfa comentaba, sin brindar más información para que terceros no captaran lo que a él le

expresaba entre líneas: tendría una audiencia con Abraham Crowell, el Alfa Mayor de los Estados Unidos; en un hecho que afectó con gravedad a los Brankovic, pues los implicados debían ser lobos con liderazgo o se movían en esferas altas, para que osaran en torturar o humillar al más joven de dicho linaje.

Dio a sus hombres la orden de retirarse y permaneció él solo ante los metamorfos que aún seguían tensos.

—Tienen tres días para que me entreguen las cabezas de los cazadores furtivos. Los tendré en mis comederos como regalo ofrecido por un buen amigo.

—Las tendrá —Jevrem respondió con los dientes apretados, adelantándose a Everett y conteniendo esa furia que tenía reservada para los malditos que le hicieron daño.

El vampiro sonrió por el aplomo del muchacho.

—La sangre de Dragan también corre por tus venas… —expresó admirado y luego se dirigió a Everett—. Si cumplen con lo que me aseguran, están destinados a ser majestuosos. Aguardaré por mis

«obsequios», estoy ansioso por exhibirlos. No me defrauden, sobre todo tú, mi apreciado Everett, con el que deseo estrechar aún más nuestra

«amistad».

»Márchense en paz, tengan un feliz viaje y saludos de mi parte a Crowell…, hace tanto que no hablamos…

Como si fuese una ráfaga de viento que pasa por pasillos ventilados por ventanales, Kerenor se deslizó a tan rápida velocidad que ni Everett, ni

Damir ni Jevrem lo vieron alejarse. Tan solo desapareció sin que los tres lobos le hubieran expresado un gruñido de despedida, les prorrogó unos días más para que atraparan a los que invadieron sus dominios, burlándose aquellos de la autoridad que el vampiro ejercía en nombre de su Grigori.

Por lo pronto, Kerenor tenía curiosidad por la bonita criatura de formas agraciadas que se salía del molde que imponía la comunidad lobuna y vampírica. En ambas especies las mujeres solían ser sometidas por sus esposos o por el entorno masculino que las rodeaba;

así como su reina de origen humano que se robó el corazón de su amo, *esta otra*, tenía una fortaleza que erizaba su piel y hacía palpitar su corazón marchito.

Capítulo 27

El taxi rodaba por la calle 14 North West.

El tráfico era fluido y la vista que se apreciaba a través de las ventanillas, por demás, espectacular. En la lejanía una gran cúpula se alcanzaba a ver a la izquierda de los pasajeros, sentados estos en la parte trasera del vehículo.

El Capitolio era el foco principal de los móviles de los turistas que lograban capturar su imponente edificación; sin embargo, en Everett, Damir y Jevrem, no causaba admiración como al resto de los humanos que quedaban boquiabiertos al contemplarlo.

Más bien, la vista de estos se mantenía al frente, sin intercambiar entre ellos conversación. Hacia donde se dirigían serían juzgados por sus acciones y hasta por su apariencia; la capital del país de los bípedos era la

«capital» para los metamorfos; según Abraham Crowell, cuyo narcisismo dejaba en pañales a Damir, un Alfa Mayor debía gobernar en un lugar acorde con su importantísimo cargo.

Tenso sin poderlo comprender, el taxista giró el volante en sentido diagonal hacia su derecha y manejó directo por la vía, hundiendo de vez en cuando el pedal para aumentar la velocidad y llegar rápido al destino indicado por *el greñudo de barba poblada*. La respiración de los tres pasajeros era pesada, erizándole al taxista los pelitos de su nuca y los brazos, en una extraña sensación de transportar gente que no debió subir a su auto. Si bien, lucían elegantes, no se fiaba de sus apariencias por inspirarle temor, se arrepentía de haberse levantado de la cama esa mañana, ya se lo decía sus huesos que permaneciera acostado bajo la frazada, disfrutando del día, pero si lo hacía no llegaba su dinero a fin de mes.

En su fuero interno Everett organizaba sus pensamientos como si fuese el abogado de la víctima, a diferencia de Damir, quien estaba por darle una crisis nerviosa ante la vergüenza de exponer un asunto familiar delante de todo el mundo y, Jevrem, su mente puesta en su

hada.

Al menos debió decirle que la amaba.

El taxista bordeó una vía circular que lo conectó al instante con la Avenida Massachusetts, hasta caer por la calle 17 en Dupont Circle, zona supercostosa donde se concentra el mayor número de embajadas, restaurantes y una gran comunidad homosexual de la ciudad.

Se detuvo frente a un edificio de cinco plantas, de ventanas pequeñas, colindando de izquierda a derecha con dos casonas de ladrillos rojos y balcones ornamentados. Everett le pagó 25 dólares en efectivo al taxista y se bajaron sin que el humano se avocara en abrirles la puerta del taxi. Damir se estuvo quejando por no contratar un servicio Premium, en el que viajarían en un vehículo de alta gama o alquilado uno para no tener que pasar infortunios. Pero Everett tomó lo primero que vio sin tener en cuenta la opinión de su hermano.

Y esto se debía a que, luego del viaje en la aeronave «prestada», no hubo una comitiva que los recibiera, Damir le sacó en cara a Everett su escasa jerarquía para aquella gente, a quienes les daba igual el hecho de que los tres eran descendientes de Dragan. De haber sido él, *heredero directo*, habría hecho valer su rango y apellido, haciéndose respetar como debe ser, tratándolos a todos con mano dura; nada de, «por favor», «gracias», «muy amable», «es un placer…». Sobre todo, a esos centinelas de pacotilla que los palparon con desprecio, les hubiera espetado un «¡reverénciense y llévenme hasta su amo, idiotas!».

Pero Everett era el que lideraba…

Ni bien transcurrieron cinco minutos, en la puerta del edificio, otro grupo de sujetos en traje y corbata, vestidos de negro de la cabeza a los pies, los rodearon en el acto.

—Síganme —ordenó uno de ellos en tono altivo y sin ningún respeto hacia el alfa proveniente de uno de los estados más gélidos del país.

Everett y Jevrem hicieron amague de seguir a los hombres, pues ni siquiera les permitieron ingresar por la entrada principal; en cambio, Damir

–desconfiado por naturaleza– agarró el brazo de su hijo para detenerlo e inquirió al líder del grupo, de cuál era la razón para no entrar con propiedad.

—Por aquí entran los que son importantes —respondió con desdén y luego hizo un gesto a uno de sus hombres para que sacara a empujones a ese impertinente que desconocía las medidas de seguridad impuestas desde hacía décadas en Bardawulf. Jevrem le gruñó al sujeto que empujó a su padre y Everett al instante posó con firmeza su mano sobre el hombro del muchacho para indicarle de forma silente de controlarse.

Ahí lo tienes: no eres nada para ellos, Damir parecía expresarle a Everett con la mirada. Él era un alfa de insignificante categoría, al que le faltaba mucho por alcanzar ese estatus social por estar sumergido en la lejanía de

los bosques de Denali en vez de codearse con las debidas influencias que lo conectarían con los asesores del rey.

Manteniendo los sentidos en alerta, siguieron a los hombres de negro hasta bordear el edificio e ingresaron por la puerta del servicio ubicada por el costado.

Antes de ser escaneados por una máquina por si portaban armas o explosivos que no son fáciles de olisquear o detectar a simple vista, les pidieron despojarse de todo lo que fuese metálico o que ellos consideraran no eran indumentarias, como relojes, billeteras, móviles, lapiceros, anillos, pisacorbatas o mancuernas…, y así evitar que la alarma del escáner se activara.

Dejaron todos sus objetos personales en unas bandejas de plástico y luego pasaron por la puerta-escáner para que los láseres los recorriera de arriba abajo.

Damir, consideraba que esto era humillante, en tiempos de su abuelo habrían sido recibidos con propiedad, pero como eran liderados por el hijo de la Tercera Esposa de una alfa que perdió su prestigio, los trataban como si fueran híbridos.

—¿Hacia dónde nos conducen?, tengo entendido que el despacho de Abraham está en la última planta y no en el área común.

Ninguno le respondió a Damir y Everett le ordenó que mantuviera la boca cerrada, no se hallaban en Kenai para estar de exigentes, sino que habían ido a Washington para exponer el caso de Jevrem; si desde un primer instante actuaban como majaderos, nadie los tomaría en serio.

Para los alasqueños, era la primera vez en que estaban en el punto

exacto donde se movían los hilos de la política lobuna, tal como los humanos lo hacían desde el Capitolio y la Casa Blanca. Si bien, tanto Everett como Damir y Jevrem, creyeron que allí habría ese ajetreo de servidores, empleados, diplomáticos, representantes de otras naciones, confluyendo en sus negociaciones o reportes de cada estado, se equivocaron. La soledad se plasmaba en dicha edificación como si ellos hubieran tenido la mala suerte de haber ido en un día festivo. Nadie merodeaba por ahí, a excepción de los centinelas que se hallaban apostados por cada esquina como si fueran estatuas.

—¿Quién nos va a recibir?

—Aguarden hasta que los soliciten —respondió el líder del grupo, dirigiéndose a Everett, e ignorando una vez más la pregunta de Damir.

Ingresaron a un recinto que lucía como una especie de «sala de espera» y luego les cerraron la puerta con cerrojo, llamando esto la atención en Damir y Jevrem, aunque no en Everett, del que meditaba que era normal que les hicieran esperar mientras los investigaban o jugaban con su paciencia.

Crowell era conocido por divertirse a expensa de los nervios de los visitantes.

—¿Para qué nos trajeron a este lugar? Es inaudito que nos hagan esperar como si fuésemos hib… ¿Qué es eso? —Damir señaló hacia una luz que parpadeaba en una de las esquinas del techo—. ¿Es una cámara?

—Sí —contestó Everett mientras se sentaba en una silla metálica y escaneaba con la mirada por si hubiera más de estas o algún espejo biselado que cubriese a los sujetos que a ellos los estuviesen observando—. Será mejor que te sientes y guardes silencio.

Damir masculló palabras ininteligibles y se sentó al lado de su hijo, del que de repente permanecía ensimismado, y comenzó a mover su pierna cruzada sobre la otra de forma convulsiva a causa de la incertidumbre. Era mal augurio que no fuesen llevados de inmediato ante el Alfa Mayor, sino que los dejaron ahí hasta que les dieran la gana de atenderlos.

En contraposición a esto, Everett se mostraba tranquilo; solo le hacía falta un buen libro y una copa de vino para dar la impresión de disfrutar de la estancia. La habitación distaba de ser confortable, más bien, lucía como sala de espera de aeropuerto para pasajeros de estrato humilde, las paredes blancas carecían de lienzos, los asientos

lastimaban sus coxis si permanecían horas sentados y el aire acondicionado lo tenían apagado, a pesar del otoño. Lo único que tenían disponible y, del que era raro, era la señal satelital.

Se obligó a no sacar su móvil –como hizo Damir con el suyo– para evitar telefonear a Isabel. Kerenor lo dejó con una sensación angustiante en la boca del estómago, estuvo merodeando las inmediaciones de su casa, en contra de los acuerdos en que se debían respetar cada propiedad y los espió sin que ninguno se hubiese dado cuenta.

Esto causó que se reprendiera en su fuero interno al ser tan confiado de la palabra de ese espectro de ochocientos años. Los vampiros eran cucarachas rastreras que se movían en la oscuridad, manipulando mentes y extrayendo la energía vital de los seres vivientes a través de la sangre, valiéndoles un carajo si se alimentaban de un humano o un metamorfo, los desangraba por placer o por asentar un precedente.

Y Kerenor lo había amenazado bajo ofensivas palabras:

«(…) *utilizaré sus pieles de tapete en mi hotel*».

La reprimenda por incumplir lo acordado, no solo recaería sobre él y sus hombres, sino en los seres que más amaba.

Una hora después…

La puerta del recinto se abrió y de allí ingresó un «octogenario» de mediana estatura y mirada altiva, que se detuvo justo en medio de la habitación para dirigirse a los tres hombres que aguardaban una audiencia con el máximo dirigente de la nación estadounidense lobuna.

Everett y Jevrem, se pusieron en pie, y Damir rápido guardó su móvil en el bolsillo interno de su chaqueta para no ser pillado con la guardia baja.

—En unos minutos los escoltarán hasta el despacho del Alfa Mayor —

dijo el anciano sin presentarse y en un tono bastante arrogante—. Aguarden a que el amo Crowell les hable, no formulen preguntas a menos que él así lo sugiera. De ninguna manera se atrevan a tutearlo, solo el Supremo es el único que tiene el privilegio de hacerlo, el resto deberá tratarlo de «usted»,

«amo» o «mi señor» —miró con amonestación a Damir y este arqueó

las cejas sorprendido a la vez en que se ubicaba entre su hermano y su hijo—.

Si les invita un trago o un puro, acepten. El rechazo lo toma como una ofensa, y ni se les ocurra mirarlo a los ojos. ¡Es el Alfa Mayor! —recalcó al alzar la voz—, ustedes son subordinados.

Damir esbozó un gesto despectivo y, tanto Everett como Jevrem, asintieron renuentes.

Válgame sujeto…

—¿Quién de ustedes es el encargado de hablar? —inquirió el anciano a los alasqueños y Everett dio un paso al frente, a lo que el otro desaprobó su cabello «andrajoso», pese a tenerlo pulcramente recogido en una cola baja

—. Procure ser conciso —le indicó pedante—, el amo no tolera que se anden por las ramas, tiene mucho que hacer para que le hagan perder el tiempo por gente que no se sabe expresar ante la autoridad. Sea directo, pero sin ser rudo ni ofensivo. El lenguaje soez y los chistes para entrar en confianza están vetados, tampoco se le ocurra increpar al amo si este no aprueba o no le interesa lo que usted tenga que decir; si lo hace, le cortan la lengua por altanero. Si se aventura en atacarlo…, cualquiera de los tres —

aquí paseó la mirada con severidad por cada alasqueño—, les cortan la cabeza.

El anciano se marchó, dejando de nuevo a solas a los tres hombres. Las hoscas indicaciones acrecentaron el nerviosismo en Damir y la molestia en los otros que permanecían cada uno meditabundo. No había manera de intercambiar opiniones entre ellos sin correr el riesgo de ser escuchados; en lo que sí tenían certeza era en la cámara que los filmaba, razón de más para mantener los labios sellados, lo que dijeran podría ser utilizado en su contra, pues hasta ese instante eran tratados con displicencia.

Los minutos corrían, Damir se levantó de su asiento con la intención de pasear por la habitación; nada había que ver: las ventanas estaban selladas; de hecho, no había ventanas… Mientras tanto, Jevrem –a falta de su móvil y habiendo pedido prestada la pluma de oro a su padre– sobre sus piernas escribía en una libretita que robó del hangar de los bípedos y del que mantuvo escondida en el bolsillo trasero de su pantalón, para dejarle una carta póstuma a Anna en caso de que todo se torne lúgubre, y expresarle sus sentimientos.

«Mi hada hermosa.

El destino quiso que tú y yo no estuviésemos juntos, pero agradezco haberte conocido. Fueron pocos los días que disfrutamos como novios; sin embargo, los atesoro por ser los más felices de mi vida. A la tumba me llevo tus besos y tu cariño.

¡Me renovaron! Me hicieron más hombre, maduré y crecí a tu lado. Morí feliz de saber que tu amor me salvó de enloquecer; por ti, mi alma no vagará por el inframundo por haber pecado. Desde las alturas velaré por tu seguridad hasta que los dioses me concedan una segunda oportunidad. Por eso, ruego a Licaón que me permita después renacer en otra vida y reencontrarme contigo, y de este modo volvernos a amar.

Mi hada…, no llores, por lo pronto, vuelve a…»

Jevrem tuvo que detener la escritura en la parte en que le pedía a Anna que volviera a enamorarse de otro lobo, para él secarse las lágrimas que se deslizaban raudas sobre sus mejillas. La lucha contra sus violadores quizás no tendría un final victorioso; no temía, pero de aquellos esperaba jugarretas o golpes bajos en la que le harían rodar su cabeza primero.

—¿Acaso planean tenernos aquí encerrados todo el día?

—No tenemos alternativa —Everett respondió a Damir en su inalterable tranquilidad. Si los observaban a través de cámaras, estarían estudiando sus comportamientos y determinando qué tan influenciables serían al ser incapaces de sobrellevar situaciones que se salían de su control.

El otro volvió a su asiento y se cruzó de brazos, enfurruñado y lanzando mil improperios para sus adentros, dedicados al anciano, a su inútil hermano y a todo aquel que obstaculizaba la audiencia con Abraham Crowell.

Everett notó que su sobrino lucía pálido y sudoroso, y que se le dificultaba escribir en la libretita –de la que no se fijó en qué momento la había tomado de alguna parte– a causa del ligero temblor en sus manos.

Damir no se daba cuenta por su enojo y, tal vez, era lo más conveniente para no empeorar su mortificación. Everett cruzó miradas con Jevrem y cerró sus ojos en un lento asentamiento de cabeza del que le expresaba mediante esta acción de que todo iría bien. De ser lobos indeseados, ya los hubiesen expulsado de allí o ni siquiera les habrían dejado poner un pie dentro del edificio. Solicitar audiencia con Crowell requería llenarse de paciencia, este, a pesar de su narcisismo, era un sujeto muy ocupado, atendiendo un círculo social bastante cerrado, conformado por alfas regionales y embajadores de diversas naciones en la que el factor dinero predominaba en la mayoría de las reuniones.

Una vez más la puerta se abrió y una elegante mujer de veintitantos años les sonrió con amabilidad. Su cabello rubio lo tenía recogido en un moño que no deslucía su belleza, la chaqueta sastre de color gris claro –de corte muy femenino– y la falda tubular hasta las rodillas acentuaban sus curvas.

—Señor Brankovic, por favor, sígame —se dirigió exclusivo a Everett, quien rápido se levantó de la silla metálica y cruzó su chaqueta de doble abotonadura, a la vez en que Damir y Jevrem lo imitaban. La libretita en el pantalón del joven—. Lo siento, ustedes deberán aguardar hasta que el señor vuelva —la mujer comentó, tomando a ambos por sorpresa.

—¡¿Por qué?! Faltaba más… ¡Soy el padre de…!

—¡¡Damir!! —Everett lo increpó, debían obedecer las instrucciones o los invitaban en abandonar el edificio a las patadas—. ¿Es necesario que vaya solo? —preguntó a la rubia y esta asintió sin expresión alguna en su rostro.

La actitud grosera del más estilizado la puso en alerta.

—El amo Crowell solo atiende a dirigentes, no a acompañantes. Por favor… —extendió la mano hacia la puerta para que Everett primero la

cruzara.

Este hizo una leve venia y su mano también se extendió hacia el mismo punto para que la dama lo guiara, gesto por el cual fue aceptado por esta de buena gana, quien meditó que hacía falta más lobos como él en Bardawulf.

Ella solía caminar detrás, pendiente de los requerimientos de los

machos que allí laboraban.

Guio al alasqueño a través de unas amplias escaleras de madera de teca hacia la última planta y se detuvo frente a la única puerta que allí se hallaba.

Durante el trayecto, los centinelas los siguieron con la mirada, así como también las cámaras de vigilancia. La puerta era custodiada por dos enormes lobos de pelaje pardo, transformados como si fuesen los perros que custodian las puertas del infierno.

La mujer tocó suave a la puerta y, desde adentro del recinto, le permitieron el acceso. Everett la siguió tras ser olfateado por dichas bestias, del que le gruñeron bajo al captar en este una imponente presencia, pues el recién llegado no sintió temor ni intimidación por ellos, sino que su frente se mantenía en alto y su postura erguida como todo un alfa de gran estirpe.

—El señor Everett Brankovic, proveniente de Kenai, Alaska, solicita el permiso para hablar con el Alfa Mayor —la mujer informó a un caballero moreno de facciones delicadas y contextura delgada, cuyo atuendo lucía más costoso al que Everett usaba.

—Bien. Retírese —ordenó hosco a la mujer y del que a Everett le pareció una actitud muy soberbia para solo ser un asistente.

La rubia giró sus tacones en 180 grados y, antes de marcharse, esbozó una leve sonrisa coqueta a ese lobo tan varonil, que de solo pensar en cómo sería ser tomada por este la acaloraba.

—¿Recibió las instrucciones para dirigirse al amo? —preguntó el asistente en tono parco y manteniendo una ceja alzada, ya que escaneaba al alasqueño con el mismo desdén en como lo miró el anciano en la planta baja.

Everett asintió y lo traspasó con la mirada, avinagrado por tener que aguantar los prejuicios de un gamma con las ínfulas elevadas.

Molestia que captó el otro, quien carraspeó intimidado y desvió la mirada en el acto, recorriéndole un horrible frío por la espalda, debido al garbo que solo pocos exudaban.

Por tercera vez Everett recibía la indicación de aguardar, permaneció en el sitio mientras el asistente de rostro juvenil ingresó a otra habitación para

anunciarlo; en la que se hallaba era un vestíbulo repleto de lienzos, cuyo rostro pintado al óleo, pertenecía a una misma persona, cubriendo las cuatro paredes que lo rodeaban.

A Everett le causaba gracia la vanidad de Abraham Crowell, a quien le encantaba ser admirado por sus «súbditos», tenía complejo de miembro de la realeza; en algunos lienzos su imagen se asemejaba a la postura del pintoresco Napoleón Bonaparte. Casi que se hizo representar con una corona de laureles, pero Everett imaginaba que hacerlo le valdría a Crowell perder la cabeza de un hachazo al buen estilo medieval, por enviar mensajes subliminales a los visitantes.

Con disimulo, rodó los ojos por su entorno en busca de las luces titilantes que indicaran la existencia de una cámara, monitoreándolo. Sin embargo, múltiples *ojos verdes* se posaban sobre él como si lo estuvieran analizando.

Era de presumir que en uno de estos una diminuta lente lo apuntaba sin ser evidente; por ese entorno todo era sutil, silencioso… Puertas se abrían y otras se cerraban con delicadeza, quizás por el asistente o algún sirviente que por ahí estuviese.

Everett se cuidó de consultar la hora en su reloj de pulsera o removerse en su pies, por la tardanza del asistente para hacerlo pasar al despacho; por lo visto, las intenciones del «amo» era la de sacarlo de las casillas.

Se mantuvo recto y calmado, observando los lienzos sin ningún interés.

Según los vídeos de Crowell cuando se relacionaba con bípedos en el Congreso, los lienzos eran fieles imágenes de este: un tanto rollizo, de cabello corto y negro, y en sus «cincuenta» años de apariencia humana, pero de ciento veinte desde su nacimiento como metamorfo puro, oriundo de Texas y criado en el seno de una familia que acumuló su fortuna con plantaciones de algodón, café y venta de esclavos en épocas remotas.

—El amo ya puede verlo —por fin anunció el asistente, sacándolo de sus pensamientos.

Detrás del larguirucho, las puertas dobles del despacho donde lo iban a recibir estaban abiertas de par en par, Everett ingresó enseguida sin haber expresado un «gracias» al desubicado asistente, se preparó para revelar la afrenta sufrida por su sobrino a un hombre al que él tendría que reverenciarse por estar por encima de su estatus.

No obstante, «el despacho» que creyó sería como los que él suele conocer, distaba en su decoración. No había un escritorio voluminoso que estuviese ubicado al fondo, ni un juego de sillones en el que se sentaran a

conversar más cómodos; en dicho lugar escaseaba el mobiliario, teniendo Everett que avanzar unos pasos, debido a que se halló en una especie de pasillo, también tapizado de lienzos y alternados por lámparas largas tipo candelabros.

Entonces, al posar sus ojos marrones al frente, se topó con una plataforma lo suficiente alta para que la cabeza del líder –sentado y fumando en un sillón de cuero negro– se elevase por sobre el visitante.

Everett juntó los pies y dio un solemne asentamiento de cabeza como gesto respetuoso al Alfa Mayor.

—Causa curiosidad que el nieto de Dragan haya tenido que presentarse personalmente para comentarme algo. Bien, lo escucho, sea breve: Everett se acercó hasta los pies de los escalones de la plataforma.

—Quiero la cabeza de Vladan Tremblay y Kroz Benoit, Alfa y segundo al mando, respectivamente, del Clan Anka en Canadá, por un agravio causado a mi sobrino Jevrem Brankovic, hijo de Damir Brankovic y nieto primogénito de Stanislav Brankovic.

»Como Alfa del Clan Kenai en Alaska, exijo en nombre del apellido de mi familia, que los imputados paguen la afrenta con sangre.

—Está acusando miembros de otro país. ¿Se está dando cuenta de los problemas que ocasionará?

—Sí, mi señor. Y debido a esto recurro a usted para evitar una guerra entre ambas naciones.

—¿A qué se debe dicha afrenta?

—Violación.

Abraham arqueó las cejas.

Nunca había escuchado un caso semejante entre varones.

—¿Tiene testigos que lo confirmen?

—La víctima.

Apoyando el codo derecho en el reposabrazos del sillón negro, Crowell dio una lenta calada a su puro y expulsó el humo de su boca con la misma lentitud mientras esbozaba un gesto de incredulidad.

—¿Escudriñó en su mente por si mentía? Algunas «víctimas» solo buscan una compensación monetaria o vengarse por un amor no correspondido.

—No fue necesario hipnotizarlo —dijo—, sé cuándo me mienten. Mi sobrino fue humillado en su hombría por los que creyó eran sus amigos, no sus amantes que de él se aburrieron.

El lobo de tez blanca y rasgos fuertes dio otra calada a su puro, de modo que esto le sirviera para estudiar a Everett. El alfa alasqueño no lucía intimidado, pero tampoco arrogante. Sus expresiones eran difíciles de leer, ni un *tic* nervioso ni una mirada esquivaba que le expresara a él su sumisión. ¡Lo miraba a los ojos! Y este hecho lo sorprendió por no increparle dicha desfachatez, aun así, Abraham se lo permitía. Era tal cual como lo describieron en ocasiones pasadas, cuando sus emisarios retornaban de aquel territorio lejano y, fascinados le informaban del heredero no-primogénito que se ganó el derecho a estar en la línea de sucesión del padre, por ser de carácter indomable.

Un descendiente que portaba el linaje de Dragan con orgullo y del que Abraham debía tener cuidado de no tenerlo de enemigo; con frecuencia sujetos como este se rebelaban contra la autoridad que ejercía sobre cada estado de la Federación Nacional de Lobos Americanos, por ser implacable en hacer cumplir las leyes impuestas que su Supremo le ha encargado ejercer en nombre de su reino.

Todo aquel que pretendía desobedecer, simplemente lo exterminaban junto con toda su progenie, puesto que el castigo se aplicaba hasta la quinta generación.

Lástima que el castigo entró en vigor, luego del pacto que Stanislav hizo con el rey, tras ceder el noventa por ciento de su territorio.

El nieto de Dragan le daba mala espina.

—Pedir la ejecución de otro alfa; sobre todo, que no esté bajo mi mandato, requiere pruebas irrefutables que lo respalden. La palabra de un pariente de la víctima no es suficiente, tendrá que aguardar a que los inculpados comparezcan ante mí y ante el Alfa Mayor de Canadá.

—Por lo pronto, usted puede hablar con mi sobrino y determinar si

miente.

Cabeceó.

—Su palabra es la que tomaré en cuenta: si su sobrino miente, usted miente.

—Hablo con la verdad.

—Entonces, me comunicaré con Gedeon para tomar acciones. Si él acepta someter a sus hombres, habrá un duelo a muerte; el que logre quedar en pie, quedará exime de culpa o resarcido en su humillación. Solo los implicados lucharán.

—Serían dos contra uno —Everett señaló preocupado—. Pido nivelar la lucha.

—¿Quién más luchará a parte de su sobrino?

—Yo.

Abraham sonrió. Hacía tiempo en que no había un combate de ese tipo.

Le convenía…

—Por mi parte: concedido.

No hubo más por alegar, Everett realizó una reverencia a Crowell y se marchó de allí, consciente de lo que después enfrentarían. Aguardarían a que Gedeon Lessard, Alfa Mayor de Canadá, aceptara llamar a duelo a los imputados, para cobrar dicho incidente que, de no efectuarse, afectaría la cordura de Jevrem, quien haría lo necesario para vengarse, ocasionando un incidente internacional que desembocaría en la aniquilación de su clan.

El caso no se llevaría ante la Corona, debido a que era de menor trascendencia, aun así, limarían asperezas, aunque fuese empleando la fuerza bruta; una vez reclamada la afrenta, los ganadores conservarían su postura y los perdedores morirían con la culpa impuesta o la frustración de no resarcir el honor de la familia.

Horas más tardes, en el Hotel Highgarden.

—¡No estoy de acuerdo! ¡¡No estoy de acuerdo!! —Damir protestaba en la *suite* que pagaron, en Logan Circle, vecindario ubicado a pocas manzanas de Dupont Circle. Desde que Everett retornó de la audiencia

y posterior despedida de los tres de Bardawulf, no hablaron hasta que se hallaron a solas y tras inspeccionar debidamente de que no hubiese micrófonos o cámaras de vídeo por ninguna de las habitaciones en que se hospedaban.

La sorpresa fue mayúscula para el estilizado hombre, quien había pensado que Everett se ajustaría a lo acordado en los Hamptons, de ser él, el que sería el verdugo de aquellos malditos. Pero, en vez de esto, su querido Jevrem tendría que medirse con los que lo violaron en una cruenta pelea.

—Fue lo mejor que obtuve, porque a Crowell le tiene sin cuidado tu hijo

—Everett replicó enojado por la quejadera de su hermano, mientras se servía un generoso vaso de whisky.

—Claro, como no es el hijo de él… —masculló por la falta de empatía de aquel bastardo.

Su aspecto pulcro se desajustó en cuanto llegaron, su chaqueta yacía sobre el sofá, junto con la de Everett y Jevrem, quienes se despojaron de las

suyas y de las corbatas, y arremangaron sus camisas para estar más cómodos.

Damir se tomó su bebida, de un grueso trago, mortificado por la inexperiencia combativa de su hijo. Él comandaba un puñado de hombres, pero no habituaba a luchas sanguinarias como lo hacía, Vladan y Kroz, quienes lo matarían en un abrir y cerrar de ojos. Por algo fueron capaces de violarlo.

—Papá… —Jevrem lo llamó cansino—. Deja de temer por mí, puedo defenderme muy bien —expresó, sentado en la butaca de la barra del bar.

Esta vez su tío le concedió tomarse un trago para aligerar tensiones, los tres lo necesitaban, muchas cosas pendían de ellos: el clan, la familia, la reputación, la vida…

El progenitor se volvió hacia el muchacho, echando chispas por los ojos.

—Pues, ¡sí temo! Aquellos hijos de puta *te sometieron*.

—¡¡Porque me drogaron!! —gritó enojado por subestimar su fuerza—.

De no estarlo, los habría destrozado. —Apretó el vaso que sostenía y bebió hasta la última gota de su bebida, recordando con resquemor el modo en cómo fue sometido: la debilidad que sintió tras beber un cerveza, las risas grotescas de los humanos y las ganas de Jevrem de asesinarlos, por prestarse estos para divertirse a sus expensas; el tono burlesco de Kroz, expresándole a su oído unas «inclinaciones sexuales» de las que supuestamente sentía a causa de la penetración que él le daba en su trasero con rudeza y el asqueroso pene de Vladan cada vez acercándose a su boca.

Todo esto se le revolvió en su ser y, con furia, impactó el vaso contra las botellas alienadas en la estantería del bar, y se enterró con rabia las garras en sus palmas para contenerse de no salir por ahí y reclamar justicia por su propia cuenta. ¿Hasta cuándo esa maldita noche lo atormentaría?

¿Hasta el día en que él tenga que morir?

De inmediato, Damir dejó su vaso en la mesita central de la sala y corrió para abrazarlo, sintiéndose una mierda por lo que dijo, fue insensible de su parte y en extremo idiota por no medir lo que escupía con tanta saña que sin querer lastimó a su hijo.

—¡Oh, mi muchacho!, perdóname… Tienes razón: *los habrías destrozado*… —expresó con voz rota y los ojos anegados en lágrimas.

Imploró a Licaón para que mandara un aluvión de plagas a esos pulgosos canadienses e infectaran a cada especie animal para que estos murieran de hambre y sarna. También deseó escabullirse del hotel y enfrentar cara a

cara, a Vladan y su secuaz. ¿Cómo se atrevieron? ¡Era su hijo! ¡¡Su hijo amado!! Vladan lo sabía, muchas veces se lo expresó con orgullo cuando se veían a escondidas. ¿Acaso fue una treta para acercarse y sacarle información?

Su jactancia le salió cara a su primogénito.

¿O era una retaliación de algún hecho que Damir aún no sabía? A menos que supiesen lo de la clarividencia.

Everett procuró dejarlos a solas y se encerró en su habitación para descansar un rato; antes de posar su cabeza sobre la almohada, marcaría primero al móvil de Isabel, tenía que hablar con ella y

tranquilizarla ya que no se comunicaban desde que salió del aeropuerto J.F.K, y luego con Luttrell para informarle que retornarían unos días más tarde hasta asegurarse de que el «lugar» a donde «dejarían» a Jevrem era cien por ciento seguro y confiable.

—¿Te desperté? —preguntó luego de que Isabel contestara soñolienta. Su voz sonaba carrasposa como acabada de despertar.

— *Sí, solo tomé una siesta, pero no importa, me alegra escucharte. ¿Qué ha pasado? ¿Hablaron con aquel sujeto?*

—La audiencia se postergó para dentro de dos días —mintió a medias —, estaremos hospedados en un hotel hasta que se lleve a cabo.

— *¿Por qué?* —Al parecer, Isabel intuía que algo no andaba bien. Él no le comentó en qué radicaba la audiencia, creía que se trataba de una acusación y posterior solicitud para un juicio. No un duelo a muerte del que le aseguró no reclamaría.

Everett se quitó sus zapatos con sus propios pies y luego se recostó en la cama, de cuya comodidad le hizo soltar el aire de sus pulmones. Su cuerpo estaba agotado, pero su mente seguía a pleno funcionamiento.

—Necesitan que estén presente ambas partes del litigio, una acusación no es efectiva si hay ausencia de los implicados —dijo en tono bajo para evitar ser escuchado por Damir y Jevrem. Afuera escuchaba sus voces, en una conversación de la que prefería bloquear para permitirles esa confidencia padre-hijo.

— *Comprendo, esos juicios suelen ser complicados… Solo lamento que Jevrem tenga que revivir* aquello *al declarar ante el juez. ¿Cómo está él?*

—Tranquilo, a pesar de todo —omitió que hasta hacía un instante los nervios de este se crisparon.

— *¿Y tú?*

—Cansado.

— *Oh, Everett… Y yo sacándote conversación.*

—Yo te llamé, quería oírte.

La escuchó reír suave.

— *También estaba ansiosa. Te extraño, amor.*

—Igual. Me hace falta oler el perfume de tu cabello y tu piel… Eres mi refugio, mi adorado ángel que tironea de mis orejas cuando me pongo cabezota. —Isabel rio y él luego preguntó por los otros que robaban su sueño—. ¿Los gemelos?

— *Durmiendo. Hoy estuvieron muy juguetones y parlanchines. Ángel ya gaguea… Señal de que pronto dirá su primera palabra. ¿Cuál crees que será?*

—Papá.

— *¡Ja! Más bien: mamá.*

Hubo un breve silencio entre los dos, como si ambos quisieran expresar algo más sin encontrar las palabras adecuadas. Aun así, la incomodidad no tenía cabida, era solo que se hacían falta, entristecidos por la distancia que los separaba por culpa de terceras personas.

—Y tú, ¿cómo estás? —Everett se afanó por saber si estaba tranquila o angustiada. En casa estaba sola, pese a contar con un gran personal de servicio y guardaespaldas, pero ninguno de aquellos le daría ánimos para soportar la espera, ya que la información que se les había dado antes de partir era la de llevar a Jevrem a un psiquiátrico.

Ella soltó un suspiro del que él escuchó del otro lado de la línea telefónica.

— *Preocupada por cómo se desenvolverá el juicio* —susurró—. *Aún no me has dicho qué abogado litigante los representará.*

Sería él y sus garras.

—Uno muy bueno —mintió de nuevo y se sintió pésimo por no serle sincero. Pero era lo mejor para no empeorar su angustia, debido a su embarazo.

Pensar en esta criatura que se gestaba en el vientre de su mujer le oprimió el pecho.

—Isa, cuídate y evita salir por la ciudad, ¿quieres? Puedes llamar a Camila para que te acompañe mientras estamos por acá. Si tienes algún percance o te sientes mal…, de inmediato vas a un doctor. No te preocupes por los gastos de hospitalización, Luttrell se encargará de todo. Pavlovic

estará por aterrizar entre hoy y mañana, según libere su agenda médica. Ya le expresé que priorice para que esté pendiente de ti.

— *Está bien, corazón, no te preocupes, no pienso salir. Pero tomaré en cuenta lo de Camila, me gusta la idea de que estos días lo pase conmigo. Sé que, si se lo pido, ella aceptará. Es muy aventurera…*

Everett respiró más relajado.

—Te amo.

— *También te amo. No hagas nada loco, por favor, no quiero llorar…*

—Seré bueno —eludió lo del duelo mientras sus pensamientos se enfocaban en que sería feroz con sus garras y colmillos sobre su contrincante.

Capítulo 28

—Ay, Isa, me da la impresión de que Everett *te sembró otro* adrede para tenerte amarrada.

—Claro que no, fue solo un… tiro de gracia…

Camila puso los ojos en blanco ante el comentario de Isabel, quien no se daba cuenta de la imposición de su compañero para mantenerla ocupada, criando niños y así evitar perseguir sus propios sueños de grandeza.

La sorprendió sobremanera al acabarle de soltar la bomba de estar embarazada, pues no había querido tener dicha seguridad, pero fue exactamente lo que sucedió. Isabel la había invitado a pasar unos días en la mansión neoclásica, asegurándole esta de inmediato de hallarse solo el personal de servicio. Estos se mantenían a distancia, pero eran personas acostumbradas a lidiar con humanos, no enloquecerían ni aullarían a la luna por olfatear su mortalidad, a menos que tuviesen varios días sin comer.

—¿Y qué va a pasar con la audición?, ¿no quieres volver a danzar? —

inquirió sin dejar de arrullar a Ángel, aunque con algo de torpeza por los años que tenía la anciana de no sostener un bebé entre sus brazos.

Isabel dejó de amamantar a Erik, por el acceso de rabia que sintió y lo

acomodó sobre su hombro para sacarle los gases mediante leves palmaditas en la espalda. La pregunta de Camila fue chocante, porque no abarcaba a grandez rasgos su situación, sino que se enfocaba en un punto específico como si con esto ella sería miserable.

—¡Por supuesto que sí! —exclamó sin alzar la voz para que sus bebés no se alteraran—. Algún día volveré a danzar en un escenario, de momento, la maternidad se cruzó en mi camino. Camila —la llamó para acentuar lo que a continuación le iba a expresar con contundencia—: soy feliz siendo mamá y, soy aún más feliz, porque pronto tendré otro bebé con el hombre que amo. No estoy sufriendo «calamidades» ni vivo en una casa precaria, sé que el dinero no lo es todo y que, el fin de una mujer, no es solo parir, también lograr metas profesionales y sueños que desea cumplir. Aun así, tengo la estabilidad y la voluntad para criarlos, y el cariño de mi pareja.

»Te agradezco enorme la preocupación, eres buena amiga, siempre me apoyas cuando más te necesito. Ahora, incluso, estás aquí para mí, pero comprende que a veces los planes de vida no salen como las trazamos, sino que ocurren hechos que los cambia para bien o para mal. Yo tuve la suerte

de que me dieran felicidad. El ballet tendrá que aguardar por un tiempo; no sé por cuánto, ya veré si logro balancear la maternidad y la danza. En caso contrario, afirmaría que lo intenté. No me juzgues si lo dejo en pausa, no me estoy rindiendo, solo disfruto de mis pequeños, porque después me arrepentiré por no hacerlo.

Camila asintió ante el emotivo discurso que Isabel le expresó, avergonzada por ser tan entrometida. No obstante, la joven tenía razón:

¿qué se comparaba al hecho de ser madre? Ninguna profesión o arte escénica la opacaba, siempre y cuando se ansiara con devoción; mientras hubiese amor y perseverancia, todo era posible.

—Perdona, soy una bocazas. Yo, entre todas, debería comprenderte y lo que hago es darte martillazos.

La otra sonrió.

—A veces me hacen falta —admitió—, eres la mamá que siempre quise.

Por eso tu opinión es importante, a pesar de que a veces no concordamos.

Camila se complació de lo manifestado por la muchacha y apurruñó a Ángel, con esa alegría que en ella se desbordaba. Los gemelos eran como si fuesen sus nietos, en compensación por los que pudo tener con el transcurso de los años; por desgracia, una terrible enfermedad le frustró esa dicha, al llevarse de entre sus brazos a su Emily.

Dio un besote en el cachete de Ángel y lo dejó gatear en el piso para que fortaleciera sus piernas y adquiriera más confianza en sí mismo para desplazarse.

Enseguida la anciana puso sus manos en la cintura y dio un paneo a su rededor, aún impactada por el tamaño del nuevo aposento que Isabel ocupaba.

—Se necesita de un guía para no perderse en esta habitación. ¡Qué grande es! —comentó socarrona y del que Isabel asintió dándole la razón.

—Acabo de mudarme —dijo a la vez en que Erik soltaba un ruidoso eructo en señal de que las palmaditas fueron efectivas—, Everett quiso que la ocupáramos, esta le perteneció al señor Stanislav.

—Querrás decir: la de los padres.

Isabel prefirió no corregir a su amiga, esto desembocaría en que se escandalizara al enterarse que el difunto suegro durmió solo en esa amplísima habitación, mientras que sus flamantes esposas lo hicieron del otro extremo de la galería.

Erik casi salta de sus brazos al piso, para jugar con su hermanito, siendo de entre los dos, el más inquieto. Ya dominaba unas cuantas palabras y su estatura aumentó un poco más, en comparación a Ángel, quien permanecía sin visibles alteraciones en su anatomía. Isabel le permitió caminar, apoyándose este contra el mobiliario que hallaba a su paso para mantener el equilibrio, cada vez era más diestro al caminar, aventurándose en soltarse para saldar trayectos que, para su corta edad, eran muy largas.

El dormitorio constaba de varios ambientes como si fuera un apartamento. Las cunas fueron ubicadas en un área en la que permitía que Everett y ella tuvieran intimidad con más «holgura» sin temor a ser pillados por sus terruños cuando estuvieran más creciditos. El armario era el grito a la excelencia para guardar hasta el ropero completo de Camila, esta jadeó maravillada de observar el diseño de las estanterías, área de los percheros, las zapaterías…, que expresó que habría que invertir en más ropa y calzado para llenar los espacios.

Y, aparte de esto, los dos balcones que ostentaba eran ideales para pasar un largo rato y disfrutar del paisaje marino.

Si bien, la habitación de Everett era grande; *en el que se mudaron*, les triplicaba el tamaño. Qué bueno que durante esos días Camila la acompañaría, porque ahí se hubiera sentido muy sola.

Pasadas las ocho de la noche, bajaron a cenar.

Lourdes cuidaba de los gemelos y Esther descansaba en su hogar. Se respiraba un ambiente relajado, en el que Isabel y Camila charlaban tonterías en la medida en que se dirigían al comedor. Fue grato para la joven en contar con su amiga, reían a todo como adolescentes que hablaban sobre una determinada película vista en la televisión, criticando algunas escenas y elogiando otras. Les gustaba intercambiar reseñas: qué actor sobresalió en el papel que interpretó, los efecto audiovisuales, el vestuario, los diálogos…

Las hacía olvidarse de sus rutinas.

La anciana se cohibió de ser atendida por el servicio doméstico como si fuera de la aristocracia. No era doble moral, para ella trabaja una señora que le cocina y asea su apartamento, pues en esto era muy floja. Pero que una chica sirviera su comida, otra llenara su copa y una tercera asistiera para aligerar el servicio, sin contar con la presencia del ama de llaves que permanecía estática en un extremo del comedor y el mayordomo por el otro…, era para mantenerse tensa.

Caramba…

Mucha gente observándolas cómo mastican la comida.

—¿Por qué no comes, muchacha? —Camila preguntó a Anna, luego de que esta se sentara sin muchos ánimos en la silla ubicada a la izquierda de Isabel. La anfitriona se hallaba a la cabeza de la mesa y Camila en la silla del extremo derecho. Las tres mujeres eran las únicas que cenarían allí, puesto que el resto de los integrantes de la casa estaban de viaje.

—¿Te sientes mal? —Isabel se preocupó ante la palidez que presentaba.

—Estoy bien, Isa, gracias. Es solo que no tengo mucho apetito… —

respondió con cierto malestar en su voz, a la vez en que revolvía con desgana el guisado de pato a la naranja en su plato.

Las sirvientas cruzaron miradas silenciosas entre ellas, con una sospecha bailoteando en sus labios y, tanto Blanka como Milenko, meditaban por separado en la posibilidad de que la niñera también diera campanazos.

—¡¿No tienes hambre?! Si no has comido en todo el día… Prueba algo o te vas a enfermar.

La joven se esforzó en sonreír y se obligó en llevarse a la boca un trozo de pato, pinchando con su tenedor, y lo masticó como si estuviese comiendo cartón.

Tras unas cuantos bocados, le provocó arcadas.

—Huy, como que vas a…

Lo que Camila estuvo a punto de comentar, quedó interrumpido en cuanto Anna se inclinó a un lado de su asiento para vomitar lo poco ingerido.

A Isabel le dio vueltas la cabeza y se levantó de inmediato, tapándose la nariz para no oler la acidez estomacal esparcida en el piso. Si lo hacía, la acompañaba en la faena y, ahí, las pobres sirvientas tendrían que limpiar un desastre de proporciones épicas.

En el área del comedor, las sirvientas corrieron como pollos sin cabeza, unas hacia la cocina para buscar trapeador, otras para pedirle a Branislava de preparar una buena cantidad de infusión para aplacar el malestar que aquejaba a la alasqueña y, que lo más probable, la concubina del señor Everett pasaría por lo mismo. Blanka pedía disculpas a Isabel por el guisado que, tal vez, fue mal cocinado, y Camila se avocó en ayudar a la joven para sujetarle el cabello y que no se fuera de cabeza contra el charco de vómito.

—Lo siento… —Anna se sentía apenada por lo que había causado, que quería encerrarse en el sótano y de allí jamás salir para no verles las caras.

—Descuida, a todas nos pasa —Camila trataba de hacerla sentir bien, sobando su espalda con cariño. Isabel asintió un tanto retirada de la mesa y

sin pasarle por alto lo que su vieja amiga comentó.

Milenko se llevó la mano a la frente, gruñendo en su fuero interno por los contratiempos que causaba la lobata. De estar rigiendo las normas

de la casa, la señora Sebrenka o la señora Grubana, no habrían permitido que una niñera y una humana –para colmos de males– se hubiesen sentado junto con ellas. Por desgracia, ya no eran las que impartían las órdenes, sino una híbrida de modales deplorables que mezclaba las castas como si fuera mitin de feria.

¿Cuándo, en sus años de servicio, sufrieron esos percances?

Qué gentuza.

El mayordomo se puso en alerta en cuanto escuchó que la cerradura de la puerta principal giraba para ser abierta por alguien que llegaba sin haber sido informado para recibirlo. Sabía que el alfa y el señor Damir estarían fuera por el asunto concerniente al joven amo, pero suponía que sería por unas horas, por lo que se afanó en cruzar el vestíbulo, a la vez en que arreglaba su cabello cano y estiraba su chaqueta para ofrecer un mejor aspecto. Llegó en momento oportuno para que increpe a la niñera por no contener sus arcadas y a la concubina por no respetar las normas de la casa.

Se detuvo *ipso facto* cuando una mujer estilizada y de melena negra, entró por la puerta principal, seguida de Kevin y Elijah, quienes portaban sus maletas.

Por Licaón, ¡lo había olvidado!

— *¡Uf!* , ¡¿qué es ese olor?! —Radojka increpó al taparse la nariz con los dedos por la pestilencia que golpeó de pronto sus fosas nasales. Su arribo a la ciudad iba de mal en peor: su esposo no la buscó al aeropuerto ni mandó a Branimir a recogerla, sino que ella tuvo que llamar al mayordomo para que enviara al chofer, del cual el idiota le ordenó a dos tontos guardaespaldas que tardaron en llegar y del que ni siquiera fue en el Mercedes-Benz, sino en un todoterreno que la hizo saltar en su asiento trasero por ser estos bruscos al manejar.

Al llegar casi sufre un desmayo.

—Mi señora, lamento que esto la haya importunado —Milenko bajó la mirada en respeto a la Primera Esposa del señor Damir—, es un… —

carraspeó incómodo— «accidente» producido por la señorita Morris.

—¿Y qué hizo esa tonta que apestó la casa?, ¿vomitó? —Así lo percibió su delicada nariz.

El mayordomo asintió y Radojka gruñó enojada.

Le iba a dar a esa omega un par de pescozones por sucia. ¿No fue capaz de aguantar hasta ir al inodoro de los sirvientes?

Manteniendo la nariz apretada con sus dedos, ordenó con voz chillona a Kevin y a Elijah para que subieran las maletas, luego le indicó al anciano para que la guiara hasta la lobata para increparla con severidad, y, fue entonces que, al llegar al comedor, halló un terrible espectáculo que la hizo agrandar los ojos y jadear escandalizada.

—¡¿Qué es esto?! —No daba crédito a sus ojos. La maldita lobata vomitando el piso, una vieja humana sosteniéndole las greñas, la híbrida pegada contra la pared, también de nariz tapada y las estúpidas sirvientas limpiando el estropicio con torpeza.

A Radojka le dieron náuseas.

¡Oh, Licaón!

Con exagerados ademanes de aventarse aire con las manos, por la falta de oxígeno, la loba huyó del área del comedor hacia las escaleras para largarse a su dormitorio. ¡Qué día tan infernal! Damir la iba a oír por haberla enviado a Alaska y luego exigir retornar por su cambio de parecer. Solo Jevrem era el único que valía la pena el infortunio padecido.

Conteniendo la respiración, preguntó al mayordomo –quien la seguía–

por su esposo e hijo, y este le respondió lo que sabía.

—¡¿Cómo?! —No entendía por qué se llevaron a Jevrem a un hospital psiquiátrico—. Dile a Isabel que quiero hablar con ella enseguida.

—Sí, mi señora.

Radojka no aguantaba el hedor que llegaba hasta la galería, donde se detuvo para ordenarle al anciano. Siguió por su camino, mascullando palabras ininteligibles. Elijah y Kevin hicieron una venia al pasar por su lado como gesto de despedida y descendieron las escaleras para averiguar qué fue lo que había pasado en el comedor, para que la señora Radojka pusiera pies en polvorosa como si la persiguiera una horda de perros pulgosos.

La rabia corroía a la mujer, conociendo de antemano el proceder de su marido y del bastardo que no merecía el calificativo de «alfa», ambos eran unos ineptos por eludir el don de Jevrem; debieron verse sobrepasados por alguna posterior visión y lo mandaron a un lugar del

que ella temía jamás lo dejarían salir para proteger a la familia de sus arranques de locura.

Golpeó la puerta de su cuarto al cerrarla detrás de sí, y, movida por el desespero, hurgó en su bolso para extraer su móvil.

Sea Everett o Damir, uno de esos dos, tendría que rendirle cuentas, ella era la madre, a pesar de ser una mujer obediente de su marido y de las leyes de la manada, no toleraría que a Jevrem lo encerraran como si fuese una escoria a desechar por vergüenza.

Por otro lado, Isabel y Camila llevaban a Anna para que se recostara en su cama, dejando atrás la hecatombe. La joven apenas se sostenía en sus temblorosas piernas, subiendo con mucho esfuerzo cada escalón hacia la segunda planta. Isabel la animaba en dar un paso más, pese a que Anna estaba por desmayarse. Ante esto, Elijah la alzó entre sus brazos sin solicitud de nadie, quería ayudarla, se la veía frágil por su prolongada inapetencia que originó que a su estómago le costase retener alimentos. La noche anterior ella poco probó del emparedado que él le preparó en la cocina, luego de estar un rato en el sótano y, supo que durante el día siguiente ni café tomó.

Le había dado mal de amores.

—En la cama, no —Anna pidió tan bajito que apenas él la escuchó.

Al llegar, Elijah pretendió recostarla y esta se negó por necesitar eliminar el regusto desagradable en su boca, por lo que, una vez puesta sobre sus pies, mareada se dirigió al baño. Isabel hizo amague de asistirla en lo necesario, pero Milenko, desde el marco de la puerta, solicitó hablarle.

—Yo me encargo —Camila expresó sin que la ayuda a la muchacha fuese para ella una carga.

Elijah se vio en la penosa obligación de marcharse, Anna sería cuidada por la concubina y por la humana que parecía tener nociones en dichos casos, y pasó por el lado de Isabel, a quien también le ofreció un leve asentamiento de cabeza e ignoró la mirada de sospecha de Milenko hacia el guardaespaldas con respecto a la lobata.

—Mi ama, usted es requerida por la señora Radojka.

—¿Para qué? —Se hizo la desentendida, pese a intuir el motivo.

—Es con respecto al joven Jevrem…

Isabel no necesitó que le informara más. La progenitora tuvo que haberse enterado por el vejestorio que se fue de lengua o algún cotillero guardaespaldas, de los que supuestamente, Everett y Damir harían con el joven beta.

Aun así, cuadró los hombros y alzó la frente para dirigirse hacia donde se hallaba, olfateado su aroma para rastrearla. Tenía que tomar en cuenta que Radojka también era clarividente, aunque en menor grado a Jevrem.

Milenko la guio como si ella no supiera dónde aguardaba la mujer y tocó tres veces a la puerta para anunciar a la persona solicitada.

Una vez otorgado el permiso, Isabel ingresó y Milenko se marchó por pedido expreso de Isabel para que no escuchara algo de lo que ambas discutirían.

—¿Adónde se llevaron a Jevrem? —Radojka inquirió con rudeza, una vez la puerta se cerró tras Isabel. Sostenía una camiseta que extrajo del guardarropa de su hijo para percibir su ubicación.

Isabel sintió empatía por la preocupación de la madre, aunque esto no la haría incumplir lo que prometió a Everett de revelar su paradero.

—A un lugar donde lo ayuden a superar sus crisis nerviosas —mintió a la vez en que controlaba los gestos de su rostro para evitar ser descubierta.

—¿A qué lugar? —Empuñaba con más fuerza la camiseta como si tratara de adentrarse en los pensamientos de este, pese a la distancia, y dar con el sitio exacto de su ubicación. Percibía un obelisco gigantesco y al fondo de este una cúpula blanca.

—Sé que es un psiquiátrico.

—¡Él no está loco! —la gritó en un arranque de histeria—. ¡Idiotas, ignorantes! ¡Él es…!

—Sabemos lo que es —la interrumpió tajante—. Baja la voz, no agraves la situación. Everett y Damir están con él, aguarda a que retornen. Es todo lo que puedo informarte.

Entre copiosas lágrimas y temblores en el cuerpo a causa de la mortificación, Radojka empuñaba la camiseta con todas sus fuerzas y cerró los ojos, en una súplica silenciosa que hacía al dios de los metamorfos para lograr despejar su mente y ayudarla en adentrarse en

el espacio-tiempo, donde su propia psiquis viajaría a la velocidad de la luz y se posaría dentro de los ojos del que ella había engendrado.

Apretó el ceño, de repente mareada, como si estuviese parada al borde del precipicio, y del que tras unos segundos notó que se hallaba frente a un ventanal. La autopista se vislumbraba al fondo donde las luces de los faroles de los autos, iba y venían, en su recorrido nocturno hacia sus destinos. A juzgar por la altura, Jevrem estaba dentro de un edificio.

Frunció el ceño. ¿Qué tanto miraba? ¿Esperaba por alguien? ¿Ese era el psiquiátrico a donde lo llevaron?

Se concentró para ahondar más, le costaba permanecer ahí, se sentía tensa, triste y llena de rabia. Esos eran los sentimientos de Jevrem, no los de

ella que confundió por un instante.

¿Qué tanto meditaba?

Resignación, muerte…

Abrió los ojos desmesurados y soltó la camiseta en un sobresalto debido al llanto. ¿Adónde, esos dos, se lo llevaron? La lejanía de la urbe le parecía conocida, aun así, se le hacía improbable que fuesen hasta allá para calmar las crisis nerviosas por las pesadillas sufridas.

Isabel, que comprendió lo acabado de suceder, pretendió abrazarla para consolarla, pero Radojka se echó hacia atrás para evitarlo. Ella era cómplice.

—Me acabas de mentir —la acusó con severidad—. Mi hijo no fue llevado a ningún «hospital psiquiátrico», él está fuera de la ciudad.

—No puedo decirte —la voz de Isabel no tembló a pesar de la demanda de la mujer.

Radojka recogió la camiseta del piso y la arrojó a la cara de Isabel, a la que esta, la atajó al instante sin sentirse molesta.

—Porque *ese bastardo* te lo pidió.

—¡Respeta a Everett! —gruñó y Radojka retrocedió, temiendo ser agredida—. Te tolero el enojo por no saber de Jevrem, pero no te exime de ofender a mi pareja. Mídete en tus palabras. —Dicho insulto

era el que a menudo ellos al otro le escupían, tocando en Isabel una fibra sensible.

Esta se angustió. Tenía un mal presentimiento, del cual era agravado por el hermetismo de la híbrida. Lo que percibió le indicaba que Jevrem fue llevado lejos por un motivo que ni el maldito mayordomo quiso revelar.

—Solo, dime.

—Lo siento, Radojka.

Sollozó.

—Eres madre —apeló a esto—, ¿cómo es que no me puedes comprender?

—Lo hago.

—Guardando silencio. Por Licaón…, te lo suplico.

Isabel vaciló y Radojka se puso de rodillas, notando en los ojos de la híbrida una mínima posibilidad de hacerla hablar.

—¡Ay, no lo vuelvas a hacer!, ¡ponte de pie! —En una ocasión, Radojka se hincó ante ella para que intercediera en favor de Jevrem a quien Everett expulsó de Alaska por haberse aventurado en enamorar a su mujer. Pese a

su orgullo, lo volvía a hacer, anegada en lágrimas y con el corazón en un puño.

—Soy la única que puedo calmar la crisis que se desata en el alma de mi hijo —dijo mientras Isabel la levantaba para que no se humillara —.

Necesita de mi guía para que sus visiones no lo enloquezcan; si lo encierran en un psiquiátrico, se tornará incontrolable y temo que esto lo lleve al suicidio. Isabel…, ¡mi Jevrem nos necesita! En vez de encerrarlo y arrojar la llave, extendámosle la mano.

»Por favor… —Radojka suplicó aferrada a los brazos de la concubina —, dime a dónde se lo llevaron.

—A Washington —reveló sin haber sido objeto de hipnosis, simplemente se apiadó de su mortificación.

Esta se sorprendió y cierto reconocimiento se reflejó en su expresión a lo percibido en su clarividencia.

Obelisco.

Cúpula…

En su fuero interno se reprendió a sí misma por no haber sacado conjeturas concretas. *¡Tonta! ¡Estúpida!* Ella lo había visto.

El Monumento a Washington y el Capitolio eran claras construcciones que señalaban la capital.

—¡¿D.C.?! —Isabel asintió a su sorpresa—. No entiendo… Nueva York tiene muchos «hospitales psiquiátricos» para ser llevado a otra parte. ¿Qué es lo que está pasando?, ¿qué es lo que aún no me estás diciendo? —

Abraham Crowell tenía allá apostado su comando donde todos los clanes existentes le rendían cuentas.

¿Qué era lo que Everett y Damir pretendían con Jevrem?

—Pregúntale a tu esposo. Él es más acorde para informarte al respecto.

—Lo estuve llamando y no responde ni me devuelve las llamadas. Ni Jevrem, ni Everett. ¿Por qué?

—Tal vez donde están no hay recepción o no pueden atender a tus llamadas, pero te aseguro que tu hijo está bien, no lo van a encerrar en ningún *sitio*, es solo que nadie sabe, a excepción de mí, de que viajaron a Washington.

—¿Por qué?

Isabel apretó los labios, gesto interpretado por la loba de que la híbrida nada le diría.

—Porque verán al Alfa Mayor, ¿cierto? —indagó con certeza—. Y, para que lo tengan que ver, es por algo importante. —Entonces, agrandó los ojos

—. ¿Es por el depredador? ¿Lo atraparon?

Isabel ni parpadeó. Si supiera que se trataba de otro tipo de depredador…

¿O eran los mismos?

Esto no quedó esclarecido, Damir los señalaba sin pruebas concretas que los inculparan. Aun así, Radojka debía enterarse por su marido.

—No sé más que tú —eludió la respuesta—, solo sé que estarán de vuelta en unos días, tras resolver lo que se les ha presentado. Sabes bien que los hombres no suelen compartir estos asuntos con las mujeres, así que tendremos que aguardar a que vuelvan a casa o nos llamen.

Y, antes de que Radojka la abordara con más preguntas, Isabel abandonó el dormitorio, con una opresión en su pecho por haberle mentido. ¿En qué clase de ser se estaba convirtiendo?

En cuanto concluyera el juicio y aquellos malditos recibieran su justo castigo, tendría que apañárselas con Everett por no saber guardar secretos y con la misma Radojka, quien la reprocharía a todo pulmón al enterarse –por boca de su marido– de que ella fue insensible al no informarle que Jevrem había sido violado.

Capítulo 29

Las escenas de asesinatos estallaban en la mente del joven.

Jevrem sollozaba por la pesadilla que tenía, aún no despertaba de esta, se removía intranquilo en el sofá donde se quedó dormido a altas horas de la noche, hablando con su padre, quien le hizo compañía.

El revoltillo de persecuciones abarcaba cada una de las víctimas que murieron a causa del depredador de humanos; rostros aterrorizados que pasaban fugaces, mirando directo al que portaba la muerte; eran muchos los que huían de este, gritaban y corrían sin saber por qué a ellos los atacaban.

El sollozo se tornó audible y, tanto Damir como Everett, abrieron los ojos de inmediato y se levantaron al vuelo de sus respectivos lugares donde descansaban, yendo los dos hasta la sala.

—¡Eh, despierta! ¡¡Jevrem, despierta!! —Damir zarandeó los hombros de su hijo para sacarlo de la pesadilla que lo agobiaba. Everett tomó el vaso de whisky que su hermano había dejado la noche anterior sobre la mesita central del juego de sillones y lo arrojó sin consideración

sobre su sobrino, por seguir sumido en aquel infierno onírico.

—¿Visiones? —preguntó al muchacho mientras este, sobresaltado, se incorporaba como un resorte, aturdido de hallarse de nuevo en la realidad y con un par de ojos oscuros que lo estudiaban preocupados.

—No. —Se limpió con el antebrazo el líquido que escurría por su rostro; el ardor en los ojos y el olor que captaba le indicaban que era licor lo que le arrojaron para despertarlo.

—Sino pesadillas… —Damir concluyó, teniendo él que sentarse en uno de los sillones para calmar sus nervios. Lucía despeinado, con las ropas arrugadas al igual que Everett y Jevrem. Este último se mantuvo sentado, inclinado hacia adelante y en una posición en la que meditaba mortificado lo acabado de soñar.

Otra vez sus demonios personales, atormentándolo.

Everett respiró relajado y se alisó su cabello aleonado con una mano, por la falsa alarma; sin embargo, aún era preocupante que su sobrino las tuviera.

Esta vez lo angustiaron, estando inconsciente; de hallarse en medio del juicio o en un enfrentamiento, una visión podría nublarle los sentidos y quedar inerme ante otros que observarían sus desvaríos.

—Tengo hambre —Damir comentó y, de inmediato, se inclinó hacia la mesita rinconera a su izquierda y alzó el teléfono inalámbrico que allí reposaba para comunicarse con la gerente del restaurante interno y pedir que les subieran un nutrido desayuno.

Luego buscó el móvil por la sala, echando cabezas en dónde lo había dejado, estuvo a punto de marcar su número en el teléfono para que sonara, pero Everett señaló hacia la barra del bar, donde lo alcanzaba a ver.

—Esta mujer… —graznó para sí mismo, tras tomarlo y consultar las llamadas perdidas que tendría.

Todas de Radojka.

—Si es tu esposa, procura omitir donde estamos, es muy impulsiva.

—Ya lo sabe —dijo con el móvil pegado a la oreja, escuchando los mensajes de voz que esta le había dejado, furiosa porque ninguno de los tres le devolvieron las llamadas, ya que le urgía saber el motivo de

estar ellos en Washington—. También es buena en *lo suyo* —alzó la vista hacia Everett—,

«rastreó» a Jevrem con una de sus prendas de vestir. Qué astuta…

El joven se levantó del sofá y miró angustiado a su padre, no quería que su mamá se enterara de lo que a él le había pasado. No soportaría su llanto, ella sufriría por siempre como si fuese la culpable, por lo que rogaba en silencio que le mintiera.

—¿Qué debo decirle, Everett?, ¿cómo justificamos este viaje? —Dejó de escuchar los mensajes y se enfocó en su hermano, mientras que Jevrem permanecía atento a lo que su tío dijera.

—Que dimos con los sujetos que nos han estado fregando la paciencia y los estamos presentando ante las autoridades. Ella no investigará más, se quedará tranquila; asegúrale de que Jevrem está bien.

—No digas más, papá.

Damir asintió a Everett y a su hijo, y enseguida marcó al móvil de Radojka; puso los ojos en blanco, ella lo ensordecía con sus lloriqueos del cual casi la grita, pero se controló de no hacerlo porque Jevrem lo observaba.

Estando el estilizado hombre en el aprieto de dar explicaciones a su esposa, tocaron tosco a la puerta de la *suite*. Jevrem olisqueó el bordillo, captando que, la persona que se hallaba del otro lado era un metamorfo.

—Abre, no vinieron a emboscarnos, ya habrían tumbado la puerta de una patada —Everett comentó ante la tensión de su sobrino que se había preparado para un posible enfrentamiento.

El joven obedeció y un sujeto vestido de negro rodó los ojos por encima de este hacia *el greñudo* que se hallaba al fondo de la lujosa habitación.

—El Alfa Mayor solicita que se presenten ante él de inmediato. Solo los contendientes —agregó lo último cuando Damir corrió a tomar su chaqueta que estaba en uno de los sillones, indicando el militar que solo Everett y Jevrem eran los requeridos.

—Aguarda aquí hasta que te llamemos.

—Tengo que ir con ustedes, necesitarán de un testigo para lo que allá

se acorde.

—Ya lo escuchó: «solo los contendientes» —Everett replicó a su hermano a la vez en que Jevrem se arreglaba rápido sus ropas y terciaba su chaqueta sastre.

Tuvo el joven que acunar el rostro de su padre para que se calmara y confiara en que él y su tío acabarían con aquellos malditos. A Damir el sujeto no le dio oportunidad de protestar ni despedirse de su hijo con un emotivo abrazo, aupó a los solicitados y se encaminaron hacia los vehículos aparcados a las afueras del hotel.

Allí varios uniformados esperaron a que los alasqueños se subieran a la parte trasera de un Pontiac plateado, cerraron las puertas y los siguieron en unas motocicletas que ellos manejaban. El trayecto por transitar era corto, pero obligatorio para mantener las apariencias y así no levantar suspicacias entre los bípedos. A más de uno tuvieron que desaparecer por las denuncias que hacían por las redes en referencia a los sucesos extraños que ocurrían en la ciudad, de avistamientos de lobos gigantes, hombres con *supervelocidad* y fuerza descomunal. No obstante, cada desaparición era un problema con el que después tenían que lidiar: la policía, los familiares que se avocaban a la búsqueda de los suyos, las constantes hipnosis para mantenerlos tranquilos, y las teorías de conspiración que sobre los desparecidos se levantaban.

Mejor ser discretos.

A Everett le llamó la atención de que no se dirigieran a Bardawulf, sino que el auto rodó hasta el Aeropuerto Ronald Reagan. Preguntó al chofer, el motivo, y este respondió que seguían órdenes del Alfa Mayor. Everett y Jevrem intercambiaron miradas, pero nada hicieron por ponerse a salvo de a dónde los trasladaban. Esto le hizo meditar a Everett en que esa gente estaba tomando todas las medidas para que el juicio contra Vladan y Kroz

se llevara a cabo en un punto en la que ambos líderes nacionales estuvieran presentes sin poner en riesgo sus propias existencias.

Los escoltaron hasta una jet, previamente requisados y olisqueados por los hombres de seguridad que ahí estaban apostados.

¿Adónde nos llevan? , Jevrem preguntó a Everett sin sonido alguno de voz. Los asientos de ambos fueron asignados para que se mantuvieran separados y así los escoltas los vigilaran con mayor celo.

—Lo más probable, a la Frontera Norte.

El joven se sorprendió.

En términos de lobos, dicha zona geográfica era la línea divisoria de los territorios de Abraham Crowell y Gedeon Lessard.

Surcaron el cielo durante cuatro horas. El jet en el que viajaban no era una aeronave oficial del mandato de Crowell, sino que, del mismo modo en cómo ellos volaron hasta Washington, estos tomaron una «prestada».

Tras aterrizar en el condado Glacier, en Montana, los condujeron por separados en caravanas de vehículos blindados, recorriendo la autopista hacia Alberta, en Canadá, cuyos parajes naturales cada vez se tornaban más extensas y solitarias.

Al cabo de una hora, la caravana se desvió por una carretera polvorienta, de la que Everett presumía que ni figuraba en el mapa, y avanzaron un trayecto largo hasta que los mismos árboles de aquel frondoso bosque de abetos les impidieron el paso.

Todos descendieron de sus vehículos y comenzaron a caminar por un sendero estrecho.

Jevrem se tensó y Everett gruñó por lo bajo.

Estaban siendo rodeados por más lobos.

—¡Por acá! —Desde lo alto de una colina, un sujeto de piel oscura, al que algunos apodaban como «Perro Loco», le indicó al líder de los escoltas, y este a su vez ordenó al alfa alasqueño, sin atreverse a empujarlo con rudeza para que se moviera, pues inspiraba respeto. Un puñetazo o un zarpazo de su parte, lo mataría en el acto.

Ascendieron por la colina, acalorados por sus chaquetas y corbatas, y con ganas de quitarse los zapatos. Jevrem mascullaba que no tenía caso seguir usando esas ropas si iban hacia una zona en la que seguro todo el mundo estaría descamisado o transformado. En efecto, algunos en *estado lobuno* los seguían a cierta distancia, mimetizados con los matorrales. Everett se

mantenía atento por si les saltaban encima para atacarlos, sin reconocer en algunos de estos sus aromas corporales.

Aguzó los oídos y escuchó el sonido que provenía a lo lejos de

múltiples voces que hablaban en susurros. Se preparó para lo que se les presentara, miró a Jevrem y este asintió en que había llegado el momento de la venganza. Si bien, no temían morir o salir severamente lastimados, sus corazones palpitaban ante la expectación.

Everett pensó en Isabel y sus lobeznos.

Jevrem en Anna.

Oraban para que sus amadas no tuvieran que llorarlos.

—Ubíquense en aquel terraplén — *Perro Loco* señaló—. No se dirijan a ninguno de los Alfas Mayores ni a los alfas provenientes de otros clanes.

Ustedes en este momento han perdido toda autoridad que los representan y estarán sujetos a las normas de un juicio.

Everett y Jevrem se dirigieron con la frente en alto hacia el punto indicado.

La cacofonía de voces masculinas aumentó de volumen, exaltados por la emoción de un enfrentamiento entre líderes de cada bando, un gran número de metamorfos se hallaban agrupados, separados según su procedencia por una explanada de unos quince metros de ancho. Gruñían y se lanzaban sátiras, pero ninguno cruzaba la línea trazada en medio de aquel suelo pedregoso, en el que indicaba el límite de cada nación.

Everett se fijó en Nathaniel Reid, Alfa Regional de Alaska, y, ocultando su reticencia se reverenció respetuoso desde su sitio, molesto él en su fuero interno, porque el otro no movió un dedo para abogar en nombre de Jevrem ante Crowell, cuando le marcó a su número telefónico, valiéndole un carajo a Reid, que los dejó a su suerte para que se las arreglaran en Washington sin un litigante que les ayudara a presentar la demanda. Pero ahí estaba él, de apostador, quizás sacando cuentas mentales del dinero que habría de ganar o perder, según lo que haya dispuesto sobre las cabezas de sus dos subalternos.

Por lo menos, Everett cumplió con seguir la línea de mando, puesto que él era un alfa municipal que debía informar ese tipo de sucesos; no podía pasar por encima de su líder inmediato para solicitar hablar con el Alfa Mayor.

Prestó atención a las caras que se agolpaban alrededor de la

explanada, sin sorprenderle dicha multitud, aunque sí haber hallado allí a sus primos,

Ilic y Luka, estos apenas eran betas que se mezclaban entre poderosos dirigentes municipales y regionales de diversas partes del país. Jevrem también los vio y maldijo para sus adentros, su padre no pudo asistir, pero sí ese par de cotilleros, del cual la manada en Kenai y Denali se enterarían por estos de lo que allí sucedería.

A menos de que les arrancara la lengua antes de tiempo para mantenerlos callados.

De pronto, el ambiente se cargó de adrenalina, los clanes estadounidenses y canadienses se tornaron más frenéticos y los guardias se mantenían en estado de alerta por si se originaba una reyerta. Everett buscó con la mirada a Crowell y a Lessard; pese a no verlos por ahí, sus perfumes sobresalían de entre los sudores y hediondeces de la mayoría de los testigos a dicho duelo.

Aun así, dos plataformas construidas de troncos gruesos elevaban una silla plegable de madera, en la que dichos «jueces» se sentarían, para sobresalir de la multitud.

Ilic y Luka se incomodaron al ser traspasados por la severa mirada de Everett, siendo fácil de adivinar lo que su hosquedad expresaba: «¿Qué hacen aquí?». Si estos sobrevivían, ellos tendrían que explicar las razones de hallarse allí, cuando los Brankovic no eran precisamente del agrado de Abraham Crowell.

En cambio, cada lobo –hombre o animal– observaba a los que entablaron la demanda.

Será una buena pelea…, comentaban entre ellos, sonrientes. Eran fuertes e intimidantes, al igual que los «acusados», hallándose estos del lado de su gente, con el torso desnudo y descalzos, exhibiendo a los demás sus músculos.

Jevrem apretó los puños ante la ligera curva en los labios torcidos de Kroz, quien sonreía con malicia como si recordara las veces en que el maldito le perforó el trasero.

—Aguarda hasta que den la orden, después lo haces mierda —Everett expresó en voz baja para que solo el muchacho lo escuchara.

El joven asintió sin quitar los ojos severos sobre uno de los hijos de puta que lo violaron. Aquel fue el que sirvió las cervezas para

amenizar la charla que sostenían en los escalones de la cabaña del anfitrión. Jamás imaginó que dicha bebida contenía una droga capaz de debilitarlo e inhibir sus sentidos

Entonces, el estruendoso ruido producido por *una lata* acalló las voces y provocó que todos se taparan los oídos.

Everett casi se queda sordo por el sonido de «trompeta enlatada».

Un hombre que respondía al nombre de Israel Landry, carraspeó, y, ubicándose en medio de la explanada, expresó:

—Los Alfas Mayores de Estados Unidos y Canadá, se hacen presente.

Expresen sus respetos y sumisión, y manténganse dentro de sus líneas divisorias.

Después de las breves palabras del hombre, tanto de un extremo como del otro, Crowell y Lessard subían por sus respectivas plataformas.

Los metamorfos se reverenciaron ante cada amo.

El primero saludó a los suyos, del cual recibió una calurosa bienvenida, y el segundo hizo lo mismo con su propia gente.

Israel pidió silencio.

—En nombre de nuestros dirigentes, se dará inicio al caso presentado por el señor Everett Brankovic contra Vladan Tremblay —expresó a viva voz e ignorando a los betas que los respaldaban y del que también estaban involucrados de forma directa—. El motivo que ha originado la disputa se debe a la violación de Jevrem Brankovic, sobrino del demandante.

La mayoría de los lobos se asombraron, escandalizados de que un macho haya ultrajado a otro macho, en una exageración de gestos de nunca haber escuchado algo semejante. Pero un buen porcentaje de estos tuvieron relaciones homosexuales al menos una vez en la vida.

—¿Los inculpados cómo se declaran? —Lessard preguntó a sus dos hombres, habiendo prescindido de la representación de un abogado defensor. Lo que hayan hecho estos fue omitido para no dar largas a lo que los asistentes querían.

Sangre.

—Inocentes, mi señor —Vladan respondió con firmeza y del que

Jevrem ansió arrancarle la cabeza por mentiroso.

El Alfa Mayor canadiense miró a su «colega» en una expresión de «ya ellos declararon, ahora es tu turno».

—Señor Brankovic: ¿Aún mantiene su petición? —Abraham consultó en referencia a lo que este solicitó en su anterior audiencia en Bardawulf.

—Sí, mi señor.

—¿Comprende las consecuencias de esto?

—Lo comprendo.

Crowell sonrió y sus alfas regionales gruñeron feroces para animar al alasqueño pueblerino, a lo que, del bando contrario respondieron del mismo modo para que los acusados no fuesen intimidados.

El sonido «enlatado» volvió a tronar como trompeta que anuncia el Apocalipsis.

— *Demandantes* e *inculpados*, acérquense —Israel ordenó en la explanada a los cuatro lobos implicados en el fugaz juicio. Everett y Jevrem se quitaron las ropas y los zapatos para estar listos para el combate, en un sanguinario cuerpo a cuerpo, de dos contra dos—. Será un duelo a muerte

—les recordó—. Si muere uno de cada clan, *los que se mantengan en pie*, lucharán hasta que haya un vencedor. Pero si mueren los dos de un mismo clan, por obvias razones hasta ahí dura la contienda, y la palabra que ellos mantuvieron es la que prevalecerá frente a todos. No habrá represalias por parte de otros en desacuerdo a lo que aquí la lucha entre ustedes determine.

Todo se vale dentro de la «arena», a excepción de que nadie intervendrá para ayudarles, el que lo haga, será destrozado por los clanes contrarios como castigo. ¿Les queda claro? —Pasó la mirada por cada contendiente y también por el público, del cual estos asintieron a los reglamentos y advertencias—. Entonces, luchen como machos y defiendan su honor.

Tras sus duras palabras, Israel Landry se retiró de la explanada y los asistentes aullaron emocionados. Nathaniel Reid aplaudió sin muchas ganas, percatándose Everett, quien siempre lo tuvo en baja estima; vaya miserable tipo que ellos tenían como líder, nunca obtendrían de

este algún tipo de apoyo.

A continuación, ninguna leyenda humana o vampira narraría con exactitud lo que allí sucedía.

La metamorfosis se desató al mismo tiempo en los cuatro hombres.

Los gruñidos que retumbaban en sus gargantas iban acordes con el burbujeo que se desataba en sus venas. El quiebre de los huesos y estiramientos de los músculos en las extremidades superiores e inferiores causaría una impactante impresión en aquella pobre criatura que no estuviese acostumbrada a presenciar dichos cambios corporales. El salvajismo se apoderaba en estos, mirándose con furia a la vez en que sus bocas se alargaban en poderosas fauces de lobos grises.

El pelaje de Everett y el de Jevrem cubrieron toda la piel desnuda de sus cuerpos, sus calzoncillos yacían desgarrados en el suelo, lo mismo sucedía con los demás, cuyos vaqueros percudidos estaban hechos trizas. Se

postraron en sus cuatro patas, con el lomo erizado y las orejas plegadas hacia atrás, mientras se perfilaban entre ellos la hilera dientes.

Una vez transformados, sus cuerdas vocales perdieron la facultad para hablar; mediante los gruñidos y postura tensa, expresaban que serían despiadados con su contraparte.

El público los instaba a que se atacaran, las apuestas por *el o los* que quedarían en pie, se deslizaban por cada bando en la que grandes sumas de dinero pendían para ser multiplicadas o arriesgadas a la pérdida. Nadie sabría vaticinar los resultados debido a la semejanza en la contextura y agresividad de los contendientes, eran enormes y voluminosos en su musculaturas, de mortíferos colmillos y poderosas garras; indiscutibles alfas, a pesar de que dos estaban un escalafón más abajo de la jerarquía de la manada por cuestiones de lealtad o amistad.

Abraham se removía en su asiento, excitado por la pronta lucha, Everett-lobo y Vladan-lobo se medían mientras se rodeaban entre sí y gruñían amedrentadores. El primero en atacar fue Everett, lanzándose contra Vladan para revolcarlo con furia; por otro lado, los dos betas se hallaban agazapados, uno frente al otro, mirándose a los ojos con la promesa de desgarrase las carnes. Kroz-lobo pretendió dominar al joven, pero este se alzó sobre sus cuartos traseros y lo repelió con sus

patas delanteras, de modo tal que, con sus garras, produjo un corte sangrante en el hocico del otro animal.

Esto causó molestia en Gedeon, puesto que él también apostó a favor de los suyos, si ese condenado beta era derrotado por *el que defendía su hombría*, tendría que ceder a Abraham dos millones de dólares. Y, si por desgracia, la cabeza del líder del Clan Anka rodaba por el suelo, se despediría de 20 millones de su cuenta bancaria.

Pero si era al contrario el dinero recibido lo invertiría en hembras jóvenes y fértiles para una mejor procreación en su territorio.

Las provenientes de Serbia eran las mejores.

Los gruñidos de los enardecidos lobos variaban en intensidad, provocados por las embestidas que se propinaban. Everett logró sujetar del lomo a Vladan, pero este se giró en un hábil movimiento para enterrar sus incisivos y colmillos en el cuello de su examigo.

Abraham se tensó por la inminente pérdida de la apuesta, aunque sería un dinero que con gusto aceptaría saldar a su «colega», si despachaban al inframundo al nieto de Dragan.

Esto mismo también lo pensaba Nathaniel Reid…

Ambos líderes desconfiaban de Everett, pese a que este no les ha dado razones. Era muy seguro de sí mismo, despertando admiración hasta en los emisarios más antiguos del Supremo. En una comilona en la que Abraham efectuó, hacía unos meses, tuvo que levantarse enojado por el constante elogio de uno de los invitados hacia el alasqueño, por su éxito en los negocios y su preocupación por la fauna y la flora de los diversos bosques de Alaska.

De no ser porque el invitado era un embajador de Cortázar, ese día lo habría despedazado para que los demás supieran que en su mesa no se hablaba bien de otros, sino de él y sus logros.

La lucha se tornó cruenta. Los pelajes de los cuatro lobos estaban cubiertos de sangre. Jevrem cojeada de la pata delantera izquierda y Kroz sacudía su lomo por el ardor que le producía la herida que ahí le causaron los colmillos del «lobato». Estaban exhaustos, con magullones lacerantes en todo el cuerpo debido a las revolcadas contra las afiladas piedrecillas esparcidas por la explanada. Gemían adoloridos, gruñían feroces y se miraban con un voraz odio de no acabar el enfrentamiento hasta que uno de ellos muriera.

Andrey Makarov del Clan Makarov y Raúl Torrenegra del Clan Miami, aupaban a todo pulmón para que los líderes del Clan Anka les diera una paliza a los del Clan Brankovic, y así ellos burlarse después de su derrota.

Aunque eran pocos los que ansiaban el funesto final para los dos alasqueños, Ma-cheil, jefe de la Tribu Yakaramath, oraba a los dioses para que la profecía del gran *Inuktitut Nukarta* – expresada durante el nacimiento de Everett– se cumpliera.

La contienda se prolongó por una hora y el agotamiento a los cuatro lobos los venció.

Uno a uno cayó desfallecido.

—¡LEVÁNTENSE! —Gedeon les ordenó enérgico. Había mucho de por medio; si ninguno reiniciaba el enfrentamiento, declararían el duelo nulo. Y

el tiempo no estaba a favor de los mandatarios para postergarlo para otro día, debido a sus apretadas agendas. Ya mucho hicieron con hacer un espacio para disfrutar de dicha tarde en la Frontera Norte.

En su fuero interno, Abraham lanzaba malas vibras a sus «dos bestias», queriendo que estos muriesen allí que tener que cuidarse más delante de su creciente popularidad. Desde su elevado puesto en la plataforma, observaba

el apoyo que brindaban los alfas regionales a los Brankovic. Notó que varios jefes provenientes de diversas tribus de su país elevaban súplicas al cielo para que le dieran fuerzas y, esto, corroyó de envidia a Abraham, porque los nativos jamás expresaron preocupación por lobos de casta blanca.

Sobre todo, por Everett Brankovic.

—¡LEVÁNTENSE! ¡VLADAN! ¡KROZ!

—¡Vamos, Everett! ¡Vamos, luchen!

—¡Levántense!

La exigencia de Gedeón encontró eco en los metamorfos de ambos lados, que aún ansiaban una lucha sangrienta. Pero a ninguno de los contendientes las airadas exclamaciones del público los animaban a moverse, por lo que, sin pretenderlo, sus cuerpos lobunos comenzaron

el proceso de la reconversión hacia la anatomía bípeda.

Lento, pero en constante retroceso…

Capítulo 30

—¡Vladan, ponte en pie de una vez o yo mismo te mato!

La amenaza provino por parte de Gedeon, para nada dispuesto a permitir que dos insignificantes pueblerinos se alzaran victoriosos. Los asistentes al salvaje evento gritaban a todo pulmón para que sus luchadores espabilaran y sacaran fuerzas de donde no las tenían y acabaran con sus rivales.

—¡Tú puedes, Everett! —la exclamación de un sujeto, cuya voz el aludido no reconoció, provocó que este sacudiera la cabeza y parpadeara para tomar conciencia de sí mismo. Se percató que tenía brazos y piernas de bípedo y que su lobo interno despareció para que esa forma que de nuevo adquirió fuese la que terminara el combate.

Las potentes voces masculinas rugían a su rededor, animándolo o insultándolo, según del bando en que gritaban. Aún de cara contra el suelo, rodó los ojos hacia Vladan, este jadeaba –humanizado– como si le faltara el aire, estando de costado hacia él; trató de incorporarse, pero la debilidad le ganaba; lo mismo sucedía con Jevrem y Kroz a escasos metros de donde se hallaba Everett.

El alfa alasqueño tomó aire y, muy lentamente, se levantaba; Vladan se preocupó y también se obligó en hacer lo mismo. Para algunos alfas regionales esto les recordó una escena de una vieja película vista donde dos boxeadores se dieron de golpes hasta caer en la lona del cuadrilátero. El primero que se levantara sería proclamado ganador, tras muchos *rounds* en la que disputaban el máximo título de dicha categoría. Aun así, nada de esto sería tan meritorio como establecer la honra.

Estando ya en pie, Everett caminó tambaleante hasta Vladan y lo sujetó del cuello, levantándolo de un tirón para que lo mirase directo a los ojos.

—¿Qué *coños* pasó por tu mente para hacerle *aquello* a mi sobrino? —

increpó con severidad solo a los oídos de Vladan, teniéndolo casi pegado a su nariz. Ambos tenían los labios reventados y laceraciones por todo el cuerpo que eran visibles a falta de pelaje—. ¡Eras mi amigo! —Lo zarandeó como si fuera una muñeca de trapo que apenas se sostenía sobre sus piernas

—. ¡Responde!

La furiosa pregunta le concedía a Vladan segundos de vida para que respondiera. Gedeon le ordenaba defenderse, con cierto tono desesperado en su voz; no obstante, Vladan sonrió a medias, mostrando sus dientes

ensangrentados por los golpes y zarpazos recibidos. Miró a Everett y, sin remordimientos, escupió:

—Todo sea para sacarte del camino.

Esto tomó por sorpresa al otro que imaginó le daría una tonta excusa de haber actuado bajo los efectos del licor, pero de sus labios reventados brotó una verdad que lo dejó helado.

¿Del camino a qué…?

Gruñó con ferocidad y sus garras se enterraron en el cuello del Alfa del Clan Anka.

— *¡Arrrrghhh!* —chilló adolorido.

De forma inútil trató de defenderse al lanzar zarpazos a los brazos de Everett, pero sus uñas dejaron de ser garras hacía rato y la debilidad apenas le permitía mover las manos. El dolor que le producía era terrible.

Aun así, Everett retrajo las suyas y se enfocó en su sobrino, quien daba demoledores puñetazos a Kroz, yaciendo este de espaldas contra el suelo pedregoso.

—¡Hijo de puta! ¡Maldito! ¡¡Maldito!! ¡MALDITO! —Un puño por cada exclamación que el joven vociferaba, impactaba contra los pómulos hinchados del lobo canadiense—. ¡Te dije que acabaría contigo! —La sangre brotaba de los labios y nariz de ese hombre de piel broncínea, que hirió hasta su alma, convirtiéndose en uno de sus más temibles demonios personales. Ahora lo enfrentaba con lo que le restaba de fuerzas para que pagara con su vida haberse aprovechado de su amistad, quién sabe cuántos más pasaron por lo mismo.

—No, no… —Kroz tembló ante el inminente final que sufriría, sollozó y estuvo a punto de suplicar piedad, pero el joven ignoró su terror y de un furioso movimiento le arrancó la cabeza.

Hubo aullidos triunfales ante la primera muerte.

Vladan palideció.

Él faltaba…

Sin soltarlo a este, Everett observó con satisfacción cómo su sobrino mostraba al público la cabeza desgarrada de su contraparte, alzándola con ambas manos. La sangre goteaba de la tiras de piel que segundos atrás cubrieron la laringe y la tráquea del lobo derrotado.

—¡Mátalo!

—¡VLADAN, DEFIÉNDETE!

—¡Mátalo, Everett!

—¡VLADAAAAN! —Gedeon estaba por saltar de la plataforma hacia la explanada, desesperado para que *su luchador* a él no le hiciera perder una fortuna.

Pero Everett no tenía intenciones de reclamar una afrenta que no le pertenecía.

Con brusquedad, arrodilló a Vladan en el suelo y lo sostuvo con fuerza para que no huyera.

Ofreció la muerte de este a su sobrino.

—Espera, ¡él lo quiso! —Vladan chilló, removiéndose inútilmente para liberarse del agarre de su examigo—. No fue obligado —mintió descarado

—, se emborrachó y comenzó a tocarnos. ¿Qué quería que hiciéramos?

¡Nos tentó!

—Asume tu culpa y muere con dignidad —Everett enterraba sus garras en los hombros del derrotado, presionando hacia abajo para mantenerlo quieto en su sitio. Animales y lobos bípedos gruñían extasiados para que la explanada se cubriera con más sangre.

—¡Soy inocente, fue Kroz! ¡¡Él lo planeó todo!!

—¡Mátalo!

—¡Mátalo!

—¿Y para «quitarme del camino» tenían que violar a mi sobrino? ¿Por qué no me mataron desde un principio? Seguirían impunes cazando humanos.

—Matarte no era suficiente… Teníamos que destruir la glorifica imagen de los descendientes de… ¡No!, ¡no!, ¡no! —tembló en cuanto Jevrem se percató *de a quién* su tío Everett le ofrecía como premio.

El joven dejó la cabeza de Kroz en el suelo e impávido alineó sus ojos negros hacia donde los otros dos aguardaban, cada uno, en una postura diferente.

Uno dominante.

El otro dominado…

Bañado de sangre y herido en sus extremidades, Jevrem resonó suave su garganta como un depredador al acecho de su presa. Caminó lento, sus ojos enfocados *en el que le hizo* pasar un tormento, permitiendo la infame humillación dentro de los muros del fortín que lideraba.

—¡No lo recuerdas, estabas borracho! —Vladan se removía desesperado para escapar de allí—. Fue Kroz —seguía en su mentira a pesar de haber

admitido a Everett el verdadero propósito—. ¡Él fue el que lo planificó, *te tenía ganas*! ¡POR FAVOR! —lloró—. ¡No me mates!

Everett sopesó propinarle un puñetazo para dejarlo inconsciente, pero sería quitarle a Jevrem el gusto de escucharlo suplicar. A juzgar por lo de la otra noche cuando se tornó salvaje, tras despertar por una pesadilla padecida, su sobrino debió haber suplicado para que esos desgraciados no lo violasen, pero se hicieron de oídos sordos y disfrutaron mancillar su hombría.

—Adelante, la venganza es tuya. —Los dos debían perecer a manos del beta.

Jevrem miró a su tío y, sin vida en sus ojos, asintió reverente como si fuese la Parca que agradecía haberle permitido llevarse a un alma podrida sin disputarla.

—¡Diré todo! —Vladan hacía lo posible por ganar tiempo—. ¡No fuimos los únicos! —reveló con voz temblorosa—, también fueron…

—¡DESPEDACEN AL MALDITO, MÁTENLO!

—¡Mátenlo!

—¡Mátenlo!

—¡Mátenlo! —A la enardecida exclamación de Luka Brankovic, se unieron más voces masculinas, ahogando de ese modo lo que iba a decir el alfa canadiense.

Los gruñidos se alzaban más por el lado de Abraham Crowell, exigiendo sangre. Gedeon se sentó de mala gana en su silla, resignando desde ese instante a tener que hacer un traspaso monetario a la cuenta del narcisista estadounidense. Creyó que ese duelo lo ganaría por haber subestimado a los pueblerinos y fueron estos los que a él le dieron una dura lección para el resto de sus días.

Alguien del que presumían «insignificante» era un gigante…

A Jevrem no le importaba escuchar más mentiras, fueron ellos los que, con su perversión, pretendieron dañarlo a él y a su familia.

Sin perder tiempo en reclamarle a Vladan lo que hizo, clavó sus garras en el cráneo y rostro de este, provocando que el alfa derrotado emitiera un alarido mientras le arrancaban la cabeza.

Los aullidos de los lobos de Crowell tronaron jubilosos.

El Clan Brankovic se proclamaba vencedor. Los violadores fueron ajusticiados como las leyes lobunas así lo indicaban.

Murieron siendo culpables.

De momento y como si el tiempo se hubiese detenido, Jevrem no reaccionaba. Creyó que, al matar a esos dos, el dolor en su pecho desaparecería, pero seguía ahí…, doliendo en lo más profundo de su ser.

Las risas de los demonios continuaban atormentándolo en su fuero interno, expresándole cómo gozaron sobre su cuerpo, animándolo a que dejara atrás los tabúes machistas y se entregara a la pasión que habría entre hombres. El padre cedió y el hijo también debía hacerlo, lo llevaba en sus genes, y ellos se encargarían de demostrárselo así

fuese contra su voluntad.

Escuchó vítores, pero al estar ensimismado, parecía lejano.

Quiso aullar como ganador, pero no lograba estallar su garganta en una poderosa voz lobuna, sino que, en vez de esto, profirió un grito cargado de mucha rabia y lágrimas.

Malditos aquellos seres capaces de doblegar a otros, solo para su gozo personal, deberían ser exterminados de la faz de la Tierra por ser unos monstruos.

Gritó y gritó entre las aclamaciones de los demás. Everett no aulló como lobo alfa, más bien, dejó que su sobrino desahogara su sentir. El público no se daba cuenta del lamento del joven, celebraban entre aplausos, silbidos y aullidos potentes. En lo alto de las montañas, resonaban en un continuo eco que se expandía más allá de los límites fronterizos, contagiados de algún modo por ese sentimiento que brotaba del pecho del beta.

Aun así…

Una sonrisa lograba colarse a través del dolor.

Todos –humanos o metamorfos– tenían demonios personales, no existía un ser viviente que no los padeciera; la cuestión, era batallar para vencerlos.

Y él venció.

Everett posó la mano sobre el hombro del muchacho y le sonrió orgulloso como si fuera su padre a pesar de la poca diferencia de edad entre ambos.

Este aún sostenía de las greñas la cabeza de Vladan como si fuese un trofeo.

Soportó los espaldarazos de las decenas de hombres que se acercaron a ellos como si hubieran ganado la Copa Mundial de Fútbol. Everett contuvo gestos de dolor por las palmadas de felicitación que sonaban toscas sobre sus hombros y espaldas; los dos contendientes vencedores estaban desnudos, pero esto no los avergonzaba, apenas sonreían a los alfas regionales y municipales, y a los jefes de las tribus que se hicieron presente.

Andrey Makarov y Raúl Torrenegra, mascullaron un «ganaron porque

los otros eran débiles», para restarles mérito, a lo que Everett prefirió ignorarlo,

su sobrino tenía que saborear la venganza, que sea esto lo que permita que por las noches vuelva a dormir sin pesadillas recurrentes.

—Es usted magnánimo, señor Everett, al permitir que el joven Jevrem restituya su honra —Ma-cheil comentó tras una venia hecha a su amigo—.

Solo un verdadero líder de su pueblo cede la victoria *al que fue* infortunado.

Kamiakim –jefe de la Tribu Peaux noires– expresó en sahaptin unas palabras de felicitación, mientras que los aullidos seguían resonando por las laderas de las montañas boscosas. Los metamorfos estadounidenses se proclamaron sobre los del otro lado de la frontera, aunque esto no repercutió en un enfrentamiento. Dos lobos inescrupulosos no los representaban, a partir de ese instante quedarían en el olvido, el resultado de la lucha determinó que los Brankovic tenían el peso de la verdad en sus manos.

—Lo hizo bien. Ambos… —Abraham Crowell expresó sin mucha fanfarria a Everett y a Jevrem en cuanto se acercó a ellos. Fue recibido por todos con una venia y celebraron por enésima vez el triunfo. Nathaniel Reid apenas les formuló una estéril felicitación, perdió unos cuántos miles de dólares, teniendo que pagar en efectivo a Charles Bullock, Alfa Regional de Montana.

Este apostó de buena gana a favor de los Brankovic.

Se llevaría una buena cotilla a su territorio.

Abraham Crowell se marchó luego de acordar lo pactado con Gedeon Lessard; el polvo de la explanada le hacía estornudar y estaba fastidiado de que sus zapatos de diseñador se hubiesen estropeado por la rugosidad de dicha naturaleza. Tomaría su jet privado y se largaría a Washington a tragarse la rabia que tenía atorada en la garganta, a pesar de que su cuenta bancaria había engrosado por otros 22 millones.

—¡Esto requiere de cerveza y hembras! —Charles exclamó sonriente a los dos alasqueños, pero estos no tenían ganas de beber y menos revolcarse con una desconocida; declinaron amables la oferta y comenzaron a vestirse, alcanzada las ropas por sus primos.

Lo hacían lento por los magullones en sus brazos y piernas. Evitaron terciarse las camisas, las costillas les dolían y las heridas sesgadas en el pecho y espalda eran las más graves.

—¡Qué buena pateada de culo les dieron a esos hijos de puta! Lo hicieron muy bien —Luka expresó con el ánimo de aligerar la tensión entre ellos, a la vez en que sostenía los zapatos de Everett para que se los calzara. Sin

embargo, este los recibió con la idea de permanecer descalzo hasta montarse en el vehículo que los llevó hasta la provincia de Alberta.

Ma-cheil prefirió retirarse al desagradarle ese par de oportunistas y Kamiakim –en su lengua materna– les lanzó a Ilic y a Luka una maldición para que todo sus planes salieran al revés.

—¿Qué hacen aquí? —Everett les preguntó a sus primos; a parte de Jevrem, estos eran los únicos betas que estuvieron entre los asistentes. El resto estuvieron vigilando por los alrededores sin disfrutar la cruenta pelea entre los cuatro hombres.

Luka se masajeó la nuca y sonrió nervioso.

—Es por… Eh… Somos asistentes de Crowell —respondió e Ilic asintió rápido para secundarlo—. ¡Ah! Nos… Nos tenemos que marchar, ¿cierto, Ilic? Estamos aquí y el Alfa Mayor por allá… Bueno, ¡adiós!

Siquiera antes de girarse sobre sus talones para desaparecer de allí, junto con su hermano, Everett lo tomó de la camisa con rudeza.

—¿Qué-hacen-aquí? —formuló de nuevo con los dientes apretados. Ilic quiso huir, pero Jevrem le cerró el paso, era muy sospechosa la presencia de esos dos.

Luka agrandó los ojos a causa de la hipnosis.

—Vigilar…

—¿A nosotros? —No le pasaba por alto lo que Vladan estuvo a punto de decirles.

—Sí.

—¿Por qué? Hay muchos que estuvieron pendientes de la seguridad del entorno.

Ilic sufría para que su hermano no abriera la boca, transpiraba en

exceso a causa del creciente temor que lo azotaba en su fuero interno. Si Everett lograba sacarles información habría más baño de sangre.

—Porque somos familia, ¿por qué más? —respondió por Luka y rogó a todos los santos lobunos para que Everett le creyera.

—¡Es mía, déjala ahí! —Jevrem gritó a uno de los centinelas que pretendió jugar a la «pelota» con la cabeza de Kroz. El cuerpo de este y el de Vladan habían sido arrastrados para ser quemados en la plataforma de troncos gruesos del lado de Estados Unidos, que de inmediato se convirtió en una pira.

El joven, sin proponérselo, distrajo a Everett, lo que ocasionó que Luka saliera de su estado letárgico y se zafara del agarre de su primo. Se despidió

sin mirarlo a los ojos y, en un parpadeo, ambos hermanos corrieron colina abajo hacia donde se marchó la mayoría de los metamorfos que presenciaron el duelo. Jevrem buscó la cabeza de Kroz y la agarró de las greñas, y se devolvió hacia su tío, portando sus dos «premios».

—Debemos entregarlas a Kerenor —Everett le advirtió por si pretendía exhibirlas en una pica en Kenai o en Denali, dejando para después el interrogatorio con sus primos. Los hijos de Slobodan le debían una buena explicación de sus actos.

—Por eso las estoy cuidando —medio sonrió—: lucirán estupendas en *aquel hotel*. Ojalá las utilicen como tope para mantener las puertas abiertas.

Everett rio siniestro.

Que así sea.

*****

—Esto es alucinante.

Camila expresó en la parte superior de la biblioteca, donde las estanterías de madera pulida albergaban allí colecciones de libros de primeras ediciones y diccionarios enciclopédicos que en la actualidad estaban en desuso, gracias a Google.

Bastaba teclear en el computador o en un dispositivo móvil y, el tema a investigar aparecía en un parpadeo en la pantalla.

Desde la sala de sillones de cuero verde oscuro, Isabel alzó la mirada hacia donde se hallaba la anciana y sonrió por su alegría. Camila era de las que apreciaban la lectura de un buen libro hasta sentada a la sombra de un árbol frondoso.

—¿Te interesa alguno? Puedes leer el que quieras.

La otra esbozó una gran sonrisa, apreciando los tomos con un brillo en los ojos. ¡Por supuesto que le interesaba! Y más de uno, por cierto, apenas parpadeaba al repasar los títulos impresos en los lomos de dichos tomos que debían ser catalogados como tesoros invaluables. Jadeaba impresionaba al fijarse que entre estos se alineaba una edición intacta del *Viejo y el Mar*, de Ernest Hemingway, publicada en 1952; otras con la portada de cara a ella, exhibidas en una repisa de puertas de cristal para protegerlas del polvillo, como el volumen 1 de *Frankenstein*, de Mary Shelley que salió a la venta en 1818. Y también de autores que no conocía, pero que, a juzgar por cómo

los mantenían sobre soportes almohadillados, debían ser mucho más antiguos.

—¿El que sea? —Se aseguró de preguntar sin dejar de mirar el de la autora que dio vida con sus letras al monstruo que fue ensamblado con diferentes partes de cuerpos de varios cadáveres. La historia la conocía bien, la había leído muchas veces cuando chica y hasta visto versiones de películas, pero leerla directo de los primeros libros que salieron de la imprenta de aquella época, sería maravilloso.

—El que sea —Isabel confirmó—, Everett no pone pegas en esto, dice que la biblioteca está al servicio del que aprecie la lectura.

La anciana hizo un gesto de, «más bien: al servicio de los ricos», porque dudaba de que una sirvienta tuviera el permiso de sacar uno de esos libros para leerlos en la cocina, mientras prepara los alimentos o lava los trastos sucios.

Aun así, se dejó llevar por la emoción y abrió la repisa para extraer el tomo, pero antes de posar sus dedos sobre este, se detuvo inquieta.

¿Y si lo estropea?

Los libros que superan los doscientos años eran para ser apreciados a la vista y no hojeados al descuido pasando las páginas con las yemas de los dedos. Estos suelen ser manipulados por especialistas que usan guantes para no ensuciarlos de grasa al tocarlos y con una delicadeza como si sus hojas se fuesen a deshacer.

Si por accidente desgarraba una, al hojear, el dueño de la casa la demanda por idiota.

—Miraré los que están abajo —dijo, asomándose por sobre el barandal que rodea la parte superior de la biblioteca. Isabel leía bien cómoda a lo largo del sofá, mientras los pequeños gateaban sobre la alfombra, a menudo siendo supervisados por la madre que alzaba los ojos por encima de las páginas abiertas, procurando que estos no sufrieran ningún tipo de accidentes. La chimenea estaba apagada y los ceniceros de mármol elevados en las estanterías más altas para que no las alcanzara. Eran pesadas y si caían sobre sus piecitos, los lastimaban.

Camila descendió por la escalera caracol, bellamente ornamentada de flores y arabescos tallados en madera, y se paseó por la planta baja para inspeccionar por cuál de tantos libros alineados que cubrían las paredes, optaría para sumergirse en sus historias.

—Mi cuñado terminó el que está sobre el escritorio. También lo leí, es muy bueno —Isabel comentó para ayudarla a decidir, pues parecía pensarlo mucho para tomar un libro.

—En ese caso, a ver qué tal es… —Extendió sus piernas para pasar por sobre Ángel, que se deslizaba para meterse por debajo de la mesita central, y se acercó al imponente escritorio que, desde el altísimo techo, colgaba sobre este un precioso candelabro de araña de ocho brazos—. *Hummm*… —

En total confianza se sentó en la silla giratoria y acomodó sus lentes sobre su nariz para echar un vistazo a la sinopsis.

Se trataba de una novela histórica de misterio, de edición reciente: *El nombre de la rosa*, de Umberto Eco. Por fortuna, no había visto la película filmada en 1986 y protagonizada por Sean Connery, ya que esto le echaría a perder la sorpresa en la medida en que avanzara por los capítulos. Leyó las primeras líneas de la novela que sostenía sobre el tope del escritorio, moviendo los labios sin sonido alguno de voz, la trama estaba ambientada en el siglo 14 en la que el personaje principal –un fraile franciscano–

tendría que resolver una serie de asesinatos perpetrados en una abadía benedictina.

—¡¿Y usted qué hace ahí sentada?! ¡Levántese, inmunda humana! —

Radojka gruñó al entrar de repente a la biblioteca, debido a que no lograba calmarse por la zozobra de tener que esperar a que su esposo

e hijo volvieran a casa. Lo dicho por Damir no la convencía, estaba preocupada con serias palpitaciones en su pecho que la hacía querer tomar un vuelo hasta Washington para asegurarse de que no le hayan mentido.

Everett estaba al pleno derecho de liquidar al depredador de humanos, por lo que no entendía para qué se molestaba en participar a otros lo que haría.

—Discúlpeme, señora, yo… —Camila se levantó de inmediato de la silla del escritorio, avergonzada como si la hubiese pillado en un hecho censurable.

—¿Quién te dio…?

—Fui yo, por si esa era la pregunta que le ibas a hacer. Y, por cierto: no la vuelvas a ofender de esa manera, ya van dos advertencias, a la tercera me olvidaré de que es la mamá de Jevrem y la dejaré sin dientes —Isabel gruñó, habiéndose levantado de un salto del sofá para encarar a la hosca mujer. Los bebés quedaron un instante petrificados por el enojo de la recién

llegada y luego rompieron en llanto al percibir la tensión en esta y su progenitora.

Radojka apretó la mandíbula y así evitar espetar que Isabel tampoco debería de estar allí, pues todo lo que tocaba lo ensuciaba con sus asquerosas manos de híbrida.

—Ella estaba sentada en el escritorio —excusó su actitud.

—¿Y?

—¡¿Cómo puedes permitirlo?! Es… —Jadeó al percatarse del libro que la humana estaba leyendo—. Es el libro de mi esposo, ¡atrevida!

—Lo lamento…

—De Damir, no es, sino de la biblioteca —Isabel replicó con contundencia, interrumpiendo a la pobre de Camila que trataba una vez más de disculparse—; por extensión, es mío también, ¿cómo la ve? Además, *mi amiga* se puede sentar donde le dé la gana, es *mi invitada* y te agradezco la respetes.

Esto a Radojka la hizo enojar.

—Lo mismo va para ti: ¡respeta! Respeta esta casa, traes humanos, del que sientas a la mesa hasta con las sirvientas. ¡¿Dónde se ha visto eso?!

—En mi casa —respondió tajante—. Y esta también es mi casa. Así que, si no te gusta cómo son las cosas ahora, te puedes largar a Alaska. Aquí tú no mandas, sino Everett y yo.

La réplica de Isabel fue como una dura bofetada para la mujer, la habían puesto en su lugar de un modo que no merecía: era la Primera Esposa de Damir –hijo del difunto Alfa del Clan Kenai– y la madre de un futuro empresario exitoso si seguía los pasos de su progenitor. Ella tenía fineza, encanto, era más hermosa a la que trataba de opacarla con sus aires de

«señora»; que le ordenara a tener que aguantar el desorden, era intolerable.

Miró con desprecio a la anciana y luego con rabia a Isabel, quien se mantenía envarada para marcar territorio. No le protestó por el hecho de que la escasa amistad con la híbrida se echaría a perder, era la única que, a pesar de todo, velaba por Jevrem. Y abandonó la biblioteca, con un alud de palabrotas contenidas en su boca. Necesitaba del apoyo de alguien más para tomar las riendas de la casa; Milenko era un mayordomo zopenco, Blanka era la alcahuete de Everett, este un permisivo de su mujer, y Damir…

Se tomó un respiro.

Damir pendiente de los traseros de los guardaespaldas.

—Ay, Isa… ¡Qué vergüenza! Por mí, ustedes discutieron. Me pasé de la raya al sentarme en el escritorio —Camila expresó luego de que la loba azotara la puerta al marcharse.

—La que se pasó fue ella, tú no hiciste nada malo, no me ofendiste y creo que tampoco ofenderías a Everett. Así que, relájate, y siéntate de nuevo a leer —dijo Isabel mientras alzaba a Ángel por ser el más llorón e instaba a Erik a que los siguiera hasta los sillones. Jugaría un rato con ellos antes de llevarlos a dormir. Estaban por dar las ocho de la noche.

No obstante, Camila prefirió evitar más desagravios y rodeó el escritorio para sentarse junto con su amiga –la que lidiaba sus metidas de pata– para entretenerse también con los pequeños. Rogaba al cielo para que aquella loba no le diera después por morderla.

La miró de un modo que le dio miedo.

Capítulo 31

—Así que estos son los que estuvieron atacando a mi rebaño…

Kerenor observaba displicente las cabezas desgarradas que Everett le lanzó a los pies, tras sacarlas de un bolsa de polietileno negra. Habían acordado encontrarse en medio de Central Park después de la medianoche, donde ya no merodeaban humanos.

A pesar de las invitaciones que los alfas regionales e incluso algunos jefes de tribus les haya extendido a Everett y a Jevrem para celebrar el aguerrido duelo que libraron, estos se subieron al jet «prestado» para llevarlos desde Montana hasta Nueva York, esta vez con un «equipaje de mano», del que su sobrino se encargó de mantener a buen resguardo hasta aterrizar en la ciudad.

—Como lo prometido —dijo Everett—. Ahora dejarás a mi familia en paz.

El vampiro Antiguo asintió solemne.

—Así será, cumpliste con lo acordado. Y me contenta, porque aprecio tu amistad.

La lisonja le desagradó a Everett, pues él para nada consideraba que tuviesen un trato especial, Kerenor era de los sujetos que sonreían afables, pero con un puñal escondido esperando el momento oportuno para clavarlo en la espalda de su adversario. No era de su misma especie, por lo que desconfiaba de todo lo que con este estuviese implicado, siempre con una amenaza soterrada en sus labios para que sus «amigos» o «socios»

anduviesen por el sendero que él señalaba.

—Qué bueno… —su réplica fue mordaz. En apariencia se hallaban los dos a solas en aquel parque urbano, pero la brisa nocturna traía a las fosas nasales del lobo, los aromas de varios *chupasangre* s que se mantenían mimetizados entre las sombras de los árboles. Jevrem estaba cerca, previamente transformado para llegar en dos zancadas al

punto de encuentro, sus ropas las dejó escondidas en caso de que un adicto o un vagabundo se las llevara, estos preferían la noche para atracar o llevarse lo que encontraran por ahí sin supervisión.

Everett pretendió marcharse, sin agregar más al asunto; sin embargo, Kerenor quería establecer algunas reglas a raíz de los ataques acaecidos

hasta hacía poco, de modo que el alfa recordara bien qué terrenos estaban pisando.

—Desde que mi señor pactó con tu abuelo en 1920, la Gran Manzana ha acogido bajo ciertos lineamientos a tus descendientes y a todos los que te sirven. Por esta vez, nos satisface que hayas castigado a los que olvidaron respetar el alimento que les pertenece a los legítimos moradores. Si una vez más a los tuyos les da por volver a morder de *nuestra fruta*, un par de cabezas decapitadas no serán suficientes para calmar nuestro enojo —

advirtió sin alterar su voz aterciopelada—, nos volcaremos contra todo metamorfo y los eliminaremos como a una plaga.

—Les doy mi palabra de que mi gente respetará a tu «rebaño». Los dueños de *esas cabezas* no formaron parte de mi manada y, aunque hubiese sido el caso, le aseguro que igual se las habría traído. Los míos obedecen mis órdenes a rajatabla, ellos comprenden que desobedecer implica dos vías: la expulsión o la muerte. Estando solos o a la orden de un alfa de otra región, serán marginados. Pero debo aclarar que en esta ciudad hay otros que no están a mi servicio. Estos dos… —señaló las cabezas de Vladan y Kroz—, pertenecían a un clan extranjero. No todos acatan lo pactado por David Colbert y Dragan Brankovic.

Los dos seres sobrenaturales parecían entes en la oscuridad, la neblina había descendido hasta las gramas a causa de las bajas temperaturas otoñales, envolviéndolos casi hasta hacerlos desaparecer a simple vista. Las hojarascas rojiamarillas se extendían por las caminerías en un sonido sutil que hacían al ser movidas por la brisa. Esa parte del parque estaba solitaria, las luces de los postes internos y los que iluminan cada ventanal de los edificios que los rodean a cierta distancia –fuera de la zona verdosa–

contrastaba con la tenebrosidad del cual la neblina pretendía tragárselo todo.

—Por supuesto, Everett. Nueva York es como un puerto que se ha relajado en su vía libre; no obstante, jamás permitimos que en dichos

terrenos permanezca más de un alfa presente. Fuiste cauto en expulsar de la ciudad a tus «colegas» cuando te visitaron hace unos días para la cena honorífica al cumpleaños de tu sobrino; de lo contrario, en vez de ser estas cabezas las que decorarán el vestíbulo de mi hotel, serían las de ustedes. No nos importa si el lobo que ataca no pertenece a tu manada; por tú permanecer en esta ciudad, serás el que responda por las acciones erróneas de ellos.

—Lo tengo claro —el otro replicó sin dar pataletas de niño malcriado, comprendía que el beneficio de vivir en la metrópoli facilitaba sus negocios, pero también conlleva en que tendría que estar constantemente vigilante a que ningún metamorfo trasgrediera las leyes que los vampiros imponían en sus propios territorios.

El haz de luz producida por una linterna de un policía adscrito a la estación de Central Park barría la penumbra a lo lejos, acompañado este por otro agente, quienes, en su recorrido diario, inspeccionaban los parajes arbóreos para mantener la zona protegida de delincuentes locales o animales peligrosos de algún loco que los haya soltado.

Ni el vampiro ni el lobo se movieron un milímetro de su sitio; si los policías tenían la penuria de pasar por allí, serían banquete de uno de estos, que ya comenzaban a sentir los rigores de la sed por la sangre y la carne humana. Kerenor notó los surcos que Everett tenía a un costado de su rostro, producto de un zarpazo y, del cual, ya estaban pasando por el proceso de la cicatrización, al igual que las heridas que tenía en las manos.

Meditó que debió ser producidos por uno de los que yacían decapitados a sus pies, con la mirada vidriosa y desenfocada, y sus expresiones mortuorias en un dolor perpetuo.

—¿Fue un buen enfrentamiento? —preguntó ante la curiosidad de saber cómo los pulgosos se batieron a duelo. Desde Washington sus contactos le informaron, pero luego permaneció a la espera hasta que *aquellos* o el mismo Everett lo pusieran al tanto de dichos hechos.

—Nos reventamos *la jeta* —comentó sin ninguna connotación jocosa en el timbre de su voz. Que se conformara con haberle llevado lo exigido, él no relataría dónde ocurrió y cómo fueron los parámetros en el que los contendientes se rigieron dentro del «cuadrilátero».

—Eso observo —sonrió mordaz—, *los pobres* tienen mala pinta —los miró con una ceja alzada, sopesando en su fuero interno si exhibirlos en la repisa de los jarrones prehistóricos o colgarlos en la pared, junto a las esculturas medievales que el nieto de Dragan cedió como pago de los daños producidos en el Mastrangelo cuando enloqueció.

Luego rodó los ojos negros hacia este.

—Muy bien, también soy de palabra: tú y los tuyos vivirán en paz, siempre y cuando respeten las reglas. No se les vigilará ni perseguirán a donde vayan, son de nuevo nuestros «huéspedes». Disfruten de sus estancias y los rededores, tanto en el día como en la noche.

—Se lo agradezco —se esforzó por no reflejar su animosidad.

—Espero que me visites pronto, me gustaría una charla amena contigo, antes de que te… —calló por algo que de repente analizaba meditabundo.

Carraspeó y, esbozando una sonrisa ladina, agregó—: Te enterarás después.

Mi invitación se mantendrá vigente siempre. Nos vemos.

Kerenor era bueno para sus entradas y salidas dramáticas, se esfumó entre la neblina, sin producir sonidos en sus pisadas al alejarse; obtuvo lo que quería y de allí ni el rastro dejó. En cambio, Everett soltó por lo bajo una increpación, pues mientras estuviese en la ciudad de los rascacielos, se mantendría en constante tensión: los osados ataques de Vladan y *su lacayo* en tierras que no comandaban, las extrañas actuaciones de sus primos, la presión de sus tíos, la intromisión de su

madrastra, las visitas no anunciadas de alfas que pretendían cortarle el cuello al Grigori inglés…

Se devolvió sobre sus pasos y a mitad de camino se encontró con Jevrem-lobo. Este, al observar que aquellos se alejaron, retrocedió su forma lobuna hasta convertirse en un hombre que se yergue en sus dos piernas.

Sus ropas rápido cubrieron su desnudo cuerpo y avanzaron un trayecto hasta llegar a la vía, donde enseguida el joven alargó la mano para detener un taxi. Estaban agotados como para irse por sus propios medios hasta los Hamptons.

Pero Everett prefirió caminar con calma a casa, aprovecharía ese tiempo en que retornaría con su sobrino para charlar. Era mucho lo que este tenía que procesar, por lo que, sin que nadie les esté pisando los talones, una larga caminata serviría para darle unos cuantos consejos, como tío y como alfa. Jevrem tendría que confesarle si en realidad había superado las crisis emocionales o necesitaba alejarse de todos para olvidar.

*****

Un leve quejido despertó a Isabel.

Remoloneó en la cama y, en el acto, se sobresaltó al pensar en cuál de los gemelos despertó.

Con movimientos lentos se levantó para que Camila no despertara, ella estuvo pendiente de Anna hasta después de la medianoche, pero como la joven parecía estar mejor, habló con Isabel hasta bien entrada la madrugada.

Caminó por la habitación en puntillas para revisar a sus pequeños, quedando estática en cuanto percibió un aroma masculino que de inmediato

la sorpresa la abordó.

Jadeó emocionada.

Olfateó el ambiente y siguió el rastro fuera de la habitación donde halló a Everett, arrullando a Ángel en el pasillo.

—Amor, ¿hace mucho llegaste? —susurró para que el bebé no despertara. Everett lucía acabado de duchar, traía puesto su pantalón

de pijamas de rayas azul y blanco, y una camiseta gris que le marcaba muy sexy los pectorales. Su cabello húmedo esplendorosamente desordenado.

—Hace una hora —dio un casto beso en sus labios en cuanto ella se acercó a él. La carita de Ángel reposaba de medio lado sobre su hombro; una salivilla salía de su boquita entreabierta, humedeciendo un poquito la tela de su camiseta; ya estaba entregado al sueño, tras un intento de llorar por él haberlo despertado sin querer. Le había besado la frente al igual que a Erik, pero su hijo menor era sensible a leves ruidos o toques, y abrió los ojos enseguida, dispuesto a increpar con su lloriqueo al que lo sacó de su mundo onírico.

—¿Y qué haces aquí? Yo no estoy enojada contigo —comentó socarrona, aunque suponía que se debía a Ángel.

—Camila no me deja dormir. Casi no se mueve en la cama, pero sus ronquidos me tienen los tímpanos perforados.

Isabel agrandó los ojos.

—Me estás jodiendo, ¿no? —A Camila le daría un soponcio si se entera que formó un trío y ni se dio cuenta.

Everett rio entre dientes.

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, *lobito*, de ti puedo esperar cualquier cosa. —Los hombros de Everett se movían a causa de una risa silenciosa—. Tonto, casi me la creo.

—La sorpresa me la llevé cuando entré al dormitorio y noté a Camila durmiendo en la cama. Tuve que encerrarme rápido en el baño y asearme.

¿Por qué está durmiendo contigo?, ¿por temor o aún no sé los gustos de mi mujer?

—Ya conoces todos, *toditos*, todos mis gusticos, querido mío. El lesbianismo no forma parte de mis apetitos sexuales.

—Si se te da por probar, no me opongo, pero me haces participar. *¡Auch!*

—Isabel le dio un manotón en el brazo para que dejara de decir

sandeces—.

Es broma…

—Está durmiendo conmigo, porque la nueva habitación se me hizo muy grande.

—¿No te gusta?

—Es muy bonita, solo que, sin ti me siento sola. Por cierto: ¿A ti y a Jevrem cómo les fue en el juicio? Radojka llegó ayer y se puso histérica después de haberse enterado por Milenko del viaje no programado de ustedes.

Everett se tensó, menos mal que sus heridas cicatrizaron o tendría que dar muchas explicaciones, de las que le valdría tener que suplicar para no dormir solo en las noches posteriores.

—Bien —contestó con parquedad—, pero no fuimos a *lo que te dije*. —

Echó una mirada furtiva por el entorno, en caso de que su cuñada se haya dado cuenta de su llegada y lo esté espiando—. Más tarde te comento. ¿Por qué pones esa cara? —Isabel lucía angustiada.

—Le revelé a Radojka dónde estuvieron. Lo siento, la vi tan abatida, que se me rompió el corazón.

¿Quién podría culparla?, pensó Everett. A Radojka se le daba montar una escena con su llanto para sacar información. Era tan manipuladora como su marido.

—Descuida, no revelaste nada importante: ella estuvo en contacto con Damir. Casi lo vuelve loco. ¿Y tú? —Se preocupó por su compañera—. No saliste, ¿verdad? —Isabel cabeceó y él sonrió aliviado—. ¿Has estado bien?, ¿Erika?

Isabel lo miró curiosa.

—¿Erika?

—Nuestra bebé —le acarició *el bultico* que ahora era el vientre materno

—. Es el nombre que le quieres dar, ¿no? —Él tenía uno en mente, pero de los sugeridos para sus lobeznos, a Isabel ninguno le gustó.

Ella sonrió.

—¿Supones que es una niña? —le pareció tierno el comentario de su greñudo sexy—. ¿Y si es niño?

—Entonces, tendremos que buscar la hembrita.

—¿Y si *el otro* nace varón?

—La quinta será la vencida. No descansaré hasta que me des una mini Isabel. —Su sonrisa guasona sugería que se lo había propuesto desde hacía tiempo.

A pesar de que, como madre, tendría un trabajo titánico al criar varios hijos, para Isabel dicha empresa la llenó de ilusión. Al lugar donde ellos vivían, estaría desbordado de risas infantiles. No habría un día en que fuese aburrido: los juegos, las pericias para hacerles probar sus primeras comidas, sus primeros pasos, sus primeras cacerías…

—Tengo un leve presentimiento de que será niña. Y te cuento de que *mi Erika* se ha portado bien —comentó sonriente—, no ha causado que vomite ni tenga malestares estomacales. Pero si mucha hambre. Creo que será igual de tragona que yo…

Everett bostezó.

—Me alegra que tu apetito no se haya alterado, me… —bostezó de nuevo por el agotamiento— preocuparía que estuvieses inapetente, gestas nuestro tercer retoño. Toma… —le entregó a Ángel que apenas abrió los ojos, soñoliento—. Está por pedir teta y tú estás botando la leche…

Isabel se miró los senos mientras recibía a su hijo y esbozó un gesto divertido por lo cómico de la situación. Tenía dos manchas húmedas en el camisón.

—¿Adónde vas? —preguntó una vez Everett la besó en la mejilla y se encaminó hacia el otro extremo del pasillo.

—A mi antiguo dormitorio —dijo—. A menos que comparta la cama contigo y Camila. —Abanicó las cejas con socarronería.

—Vete a descansar, grandulón.

Este rio mientras Isabel lo observaba marcharse a dormir. Lucía bastante agotado como si un camión lo hubiese arrollado; le deseó un silencioso

«buenas noches» o más bien un «feliz amanecer», y entró al dormitorio para recostar a Ángel en su cuna.

Las horas avanzaron rápido para los residentes de la mansión. Branislava halló un desorden en la encimera central de la cocina; según lo que observaba: el refrigerador fue asaltado, había platos sucios con sobras del carnero sazonado que tenía dispuesto a hornear para el almuerzo de ese día y también las presas de muslos de pollo, del que pensaba preparar una sopita para la joven con estómago delicado. Blanka aupó a las sirvientas a que se apresuraran en organizar la mesa del comedor y terminar de encerar los pisos, pues la Primera Esposa del señor Damir era muy quisquillosa con la limpieza; no querían ganarse sus gritos, lo de ayer fue para mantenerse esta enojada con ellos por el resto de la semana. Además, el señor Everett había llegado junto con el joven Jevrem, tomándolos a todos con la guardia

baja, ya que, según la discusión escuchada la noche anterior, entre la señora Radojka y la concubina del alfa, estos retornarían en unos días, pero tardaron menos de lo estipulado.

Milenko recibía en la puerta al señor Damir que venía acompañado de una dama de edad avanzada, del cual tenía cierta semejanza con la señora Radojka. Le dio la bienvenida y enseguida tronó los dedos para que Rosario

–que en ese momento subía por las escaleras para abrir los ventanales del piso superior– llevara las maletas de la dama a la habitación de huéspedes.

El estilizado hombre lucía ojeroso y un tanto malhumorado; en cambio, la mujer que lo seguía miraba todo con ojo crítico. Ambos se encaminaron hacia sus habitaciones correspondientes, con intenciones de cambiarse las ropas y reposar sus cuerpos bajo las sábanas de seda. El día anterior fue ajetreado para los dos lobos, quienes, desde zonas geográficas diferentes, tuvieron que lidiar con horas de vuelo, tráfico vehicular, mal clima, demoras, incontables llamadas telefónicas… Damir se trasladó desde Washington, tras recibir indicaciones de Everett desde Montana, ya que no tenía caso en permanecer él en la capital. Everett y Jevrem viajarían directo a casa, por lo que, desde el Aeropuerto Ronald Reagan, Damir tomó un vuelo hasta Nueva York; sin embargo, coincidió con el arribo de su suegra a la que tuvo que esperar hasta que su avión aterrizara en J.F.K.

A pesar de la demora en el aeropuerto, lo alivió saber que su hijo

sobrevivió al duelo, se lo debía a Everett por pelear codo a codo con su sobrino; hasta *él mism* o había recibido mensajes de felicitación por parte de algunos amigos, el rumor de la confrontación sostenida entre su hermano mayor y su querido Jevrem, contra *los dos malnacidos*, sería como para después relatar durante muchos años en reuniones o eventos de la *socialité,* aquello que sucedió sin precedente.

Antes de pretender ingresar a su cuarto, Damir entró al de Jevrem, ansioso por abrazarlo y expresarle lo orgulloso que se sentía; por desgracia, este no se hallaba allí, por lo que de inmediato conjeturó que estaba con la omega.

Contuvo un gruñido y casi se propone sacarlo de las orejas de aquella cama, pero su hijo merecía al menos el *confort* que brinda las piernas calientes de una hembra; luego él se encargaría de recordarle sus enseñanzas: los lobos de castas superiores debían aparearse con lobas de su mismo estatus para que sus descendientes fuesen sanos y fuertes. Nada de parias que después levantarían habladurías.

La relación que sostenía con la niñera de la híbrida sería un gran escándalo si otros se enteraban.

Al mismo tiempo en que Damir se juraba para sus adentros en separar a los tórtolos, Anna Morris abrió los ojos, hallando frente a ella el rostro del hombre que amaba.

Se restregó los párpados, sorprendida.

—Jevrem… —tal vez seguía dormida y le parecía que él estaba allí con ella, durmiendo plácidamente como si su alma estuviese libre de pesares.

Sonrió entristecida, qué lástima que solo sea producto de su imaginación y él estuviese lejos en un lugar del cual no sabría cuándo saldría. Aun así, la alegraba soñar con Jevrem, la hacía sonreír.

Él se movió y ella arqueó las cejas, se sintió como si…

Temiendo que fuera a desaparecer, lo tocó con delicadeza en el rostro.

Halló calidez bajo las yemas de sus dedos.

—¿Jevrem? —lo llamó con un leve temblor en su voz. Las lágrimas comenzaban a agolparse en sus ojos, esto era demasiado para la joven, quien se había resignado a tenerlo fuera de su alcance, ahora estaba ahí, a su lado, tan extremadamente cerca—. Jevrem, ¡¿eres tú?!

Él la miró y sonrió.

—Asegúrate si en realidad soy real o una alucinación —expresó ronco por los minutos en que estuvo dormido.

Anna no pensó en su aliento o si tendría legañas en sus ojos, se lanzó sobre el muchacho para darle un arrebatador beso, del que él tendría que deshacer si deseaba volver a respirar. La felicidad no cabía en su pecho, los psiquiatras debieron indicar que Jevrem no necesitó de internarse para recuperarse de su depresión, estaba bien y esto a ella la tenía flotando en las nubes.

Apretaba con fuerza los labios contra los de él, que también se movían feroces, correspondiéndole de buena gana. A Jevrem le plació el desbordamiento de su novia, lo sorprendió por ser más fogosa, debido a que ella era muy tímida y porque ya no pasaba por la etapa del celo en la que se desinhibía. Esto lo motivaba a posar sus manos largas y tibias en las nalgas de la muchacha. Las acarició por encima de las bragas y luego se aventuró en deslizar la prenda íntima hacia abajo para apreciar la suavidad de esta área de la piel. Las magreó un poco, mientras su lengua danzaba erótica con la de Anna; qué rico era besarla de esa manera, no había pudor que los detuviera, eran cada vez más osados en sus demostraciones de afecto,

agradeciendo él no tener que pedir permiso o andarse con cuidado para no ofenderla.

Echó su cabeza hacia atrás, sobre la almohada, cuando su bella hada besó su nuez; su cuello se estiró y su piel alrededor se erizó al punto de arder.

Gimió ronco, era una de sus zonas erógenas en la que lo hacían estremecer hasta los dedos de los pies. Anna plantó ahí un beso húmedo, del que repitió a lo largo de la línea central de su pecho, indicándole al joven su disposición de ir cada vez más hacia abajo…

La respiración en Jevrem se agitó, ¡¿esta era su Anna?! Si tan solo con tocar su miembro se ruborizaba.

Pero bien que le daba la bienvenida a esta versión desatada que pretendía devorarlo de la cabeza a los pies.

—Oh, mi hada… —sintió un delicioso latigazo en sus genitales en cuanto ella posó sus labios alrededor de su glande y comenzó a succionar lento.

Tras librarse de la mugre bajo la regadera, Jevrem se había acostado como Licaón lo trajo al mundo, apenas cubierto por la frazada. En su fibroso cuerpo ni un hematoma o zarpazo se hallaba, lo que consumieron en la cocina, les permitieron regenerar las heridas.

El aire escapaba por bocanadas de sus pulmones, sintiéndose indefenso ante los labios carnosos de la que haría pronto su esposa. ¡Cómo lo hacía de bien!, *lo lamía con gusto*, pellizcando con sus dientes, aquí y allá, haciéndole a él morder sus propios labios para no emitir un gemido sonoro.

Jevrem se aferraba a la almohada para controlar el burbujeo en sus venas, la excitación era tal, que su lobo interno podría emerger y obligar a su hembra a llamar a la suya para aparearse los dos en cuatro patas.

Capítulo 32

Anna dio un salto fuera de la cama.

Lo hizo en cuanto fue consciente de que se le había hecho tarde para asistir a las nodrizas, como compañera de juegos de los lobeznos. Jevrem entreabrió los ojos, observándola correr desnuda hacia el baño para ducharse, y sonrió porque se le hizo tentadora la idea de follarla en la ducha, por lo que enseguida se levantó para encerrarse con ella y prolongar un poquito más el estar juntos. Aún sus deseos carnales estaban a mil, *envarado* él como un mástil, tan pronto apreció la bonita silueta de su hada lujuriosa. Recordó los labios de esta succionando su pito que, de solo pensar en volver a disfrutar de una buena mamada como la que le habían dado, sus bolas se pusieron pesadas por la carga de semen acumulada para desparramarse en aquella boquita pequeña.

Ya no quería ser un caballero.

Ardía por someterla a sus bajos instintos.

—¡No, Jevrem, voy tarde! —Anna exclamó luego de que él la rodeara por la espalda y la pegara a su pecho para que sus nalgas sintieran *su dureza*. Los dos estaban bajo el agua que caía como cascada sobre sus cabezas; Anna ya tenía su cabello cubierto de champú, restregándolo

con prisas con las yemas de los dedos, y viéndoselas con su novio que se hacía de oídos sordos al seguir con sus caricias—. ¡Jevrem!

—Un rapidito…

—Tú no eres de «rapiditos», eres maratónico. ¡Déjame bañar que me van a regañar por incumplir con el horario de trabajo!

—No necesitas trabajar, te puedo cuidar. Y *muy bien*… —su mano se deslizaba hacia la vagina húmeda de la joven para seducirla. Sus dedos masajearían el clítoris para hacerla gemir.

Pero ella no se dejó seducir.

—El dinero lo gano por mi propia cuenta —dijo mientras retiraba la mano del lobo para no caer en la tentación. Removía rápido las espumas del champú que también se esparció por el cuerpo, haciendo lo posible para escapar de la pasión de Jevrem—. Es mi responsabilidad cumplirle a la señorita Isabel, ella ha sido muy buena conmigo al brindarme esta oportunidad.

La tomó de los hombros y la hizo girar hacia él.

—Ya no le debes nada, has cumplido bastante con ella.

—No se trata de lealtad o agradecimiento, sino que quiero crecer como persona. Trabajar me da independencia económica y puedo ayudar a mis padres.

—Yo también puedo ayudarlos.

Cabeceó.

—No eres mi marido.

—Pero vamos a casarnos…

Agrandó los ojos y, huyendo de su mirada, Anna tomó la toalla de la barra pegada a la puerta transparente de la ducha y procedió a secarse con manos temblorosas. Ella aún no quería casarse, sino estudiar una profesión en la universidad.

Se envolvió en la toalla y se dirigió al área del guardarropa, sintiendo un par de ónices clavados en su espalda, pues la seguía. Jevrem *llegó de donde llegó* y se propuso removerle su mundo.

—No estamos comprometidos —replicó sin mirarlo—. Apenas somos

novios.

—Novios que follan mucho —graznó molesto y dolido por su carente ilusión de unirse a él en matrimonio.

Anna lo miró enojada y se mantuvo callada para evitar espetarle una palabrota, mientras que, con ademanes toscos, revolvía la gaveta de la ropa interior. El hecho de que los dos tuvieran sexo, no la obligaba a tener que obedecer a todo lo que él propusiera. Lo amaba, sufrió su lejanía, pero tenía sus propias aspiraciones.

Se vistió rápido a la vista del muchacho, ya no usaba el uniforme de criada, se atavió unos vaqueros clásicos y una blusa de mangas largas, azul celeste, y se calzó unos zapatos de tacón bajo bastante modestos, y del cual Jevrem notó que estaban por dejarla descalza.

—Anna, yo te amo —le expresó—, ¿es correspondido?

—Claro que sí, idiota.

—Entonces, cacémonos.

—No.

—¿Por qué? —No reparaba que su imponente metro noventa estaba al pleno descubierto ante los ojos de la muchacha. Gotas de agua se deslizaban desde su cabellera, torso y piernas hasta el piso del área de vestir.

Ella tomó de una repisa la coleta de terciopelo con el que se recoge el cabello cuando está seco y se la colocó en su muñeca para usarla más tarde.

—Quiero estudiar —reveló, esta vez alzando sus ojos hacia los de él y se obligó a sostener la mirada para no mostrarse intimidada—. Desde pequeña me propuse ser profesional antes de casarme. Mis padres me inculcaron que, a pesar de ser pobre, tenía derecho a ser alguien en la vida. Ellos me apoyaron al venir a Nueva York, por favor, no seas tú el que impida realizar mis sueños.

Como él no replicaba, Anna asumió que estaba en desacuerdo.

Pasó por su lado, decepcionada de descubrir que Jevrem también era igual de machista a los demás sujetos que a ella la rodeaban. Salió del cuarto-armario y cruzó el dormitorio en una exhalación para que él no se percatara de sus lágrimas. Por fortuna, había amanecido mejor, ya

no tenía náuseas ni retortijones, pero la discusión con él desmejoró su estado anímico.

No obstante, cuando la joven estaba por doblar a la izquierda para cruzar la galería…

Las puertas de tres habitaciones se abrieron al mismo tiempo.

—¡No te lo impido! —Jevrem salió del dormitorio de Anna, envuelto él en la sábana que agarró de la cama para cubrir su desnudez, por si alguna de las sirvientas estuviese por ahí. Bastante que le vieron el culo cuando tuvo su última pesadilla.

La exclamación del joven y la presencia de dos mujeres hizo que Anna se detuviera *ipso facto*.

Jevrem se dio cuenta.

Una era su mamá y la otra…

—¡Abuela! —se alegró de hallar allí a la anciana, quien parecía sorprendida por lo que observaba.

¡Mierda!

En un parpadeo, el joven beta entró de nuevo al dormitorio para ponerse las ropas que usó el día anterior. Estaban sucias y manchadas de sangre, lo que ocasionó en que se lamentara por no tener una muda de ropa extra; lo avergonzaba tener que salir de nuevo de esa manera y exponer a su novia al escrutinio de su parienta materna más longeva, pero no tenía opción, ya lo vieron asomar la nariz en esas fachas, debía encarar la situación con aplomo.

Y fue justo a tiempo en que retornó al pasillo de los dormitorios femeninos, para detener la mano de la progenitora que descendía violenta hacia el rostro de Anna que estaba a punto de sufrir una bofetada.

—¡¿Te atreves a detenerme?! —Radojka increpó a su hijo a pesar de la felicidad que la embargaba de hallarlo bien y no saberlo encerrado en algún hospital psiquiátrico, así como también de toparse con su propia madre, a quien no esperaba. Pero descubrir a esa sirvienta con su único hijo, opacó lo anterior.

—Es mi novia, mamá —le hubiera gustado decir: «mi prometida», pero Anna se empeñó en no pasar al siguiente nivel.

La mujer jadeó escandalizada y la anciana estudió a la joven, de arriba abajo.

—¿Y ella quién es? —preguntó con acento serbio—. ¿A qué familia pertenece?

—Soy…

—Es la sirvienta y su familia no es «nadie» —Radojka espetó con resquemor, atravesando con la mirada a la pobre muchacha que temblaba temerosa.

—¡¿La qué…?! —Ava Milojevic se llevó la mano al pecho, por la clase de relación que este sostenía con una que pertenecía al vulgo. Ella fue solicitada para orientarlo con lo de la clarividencia, pero, al parecer, también tendría que poner orden con sus sentimientos.

Dio un paso al frente para escanear a la lobata, de la que calculaba tendría unos dieciocho años y, según su menudo porte esquelético, era una omega.

Esbozó un gesto de desdén y su garbo se impuso sobre la paliducha joven.

Ava podría haber sido apartada por los suyos debido a sus dones sobrenaturales, pero jamás habría el que la señalara como una loba desaliñada; ella vestía las mejoras marcas de diseñador, joyas costosas, maquillaje y peinado recatado, y modales refinados, con una perfecta dicción que modulaba hasta en tres idiomas.

¿Qué le pasó a su nieto para fijarse en una sirvienta?

Manteniendo una postura matriarcal, rio con elegancia para restar importancia a lo que Jevrem sentía por la lobata.

—Ahí están pintados los genes de Stanislav… —comentó en una falsa socarronería, con la intención de hacer daño a la otra—, le gustaba acostarse con la servidumbre. Descuida, Radojka, es solo una aventura pasajera.

Anna casi llora.

—Abuela —Jevrem la llamó contenido; su mano sostenía la sábana para que no se le cayera de sus caderas—. Con ella pretendo casarme.

—Pamplinas.

—¡Es la niñera, por Licaón!

Ava desmeritó y Radojka casi sufre un infarto con la noticia.

—La amo.

—¿¡Y por eso pretendes desposarla?! No seas tonto, Jevrem —la progenitora lo increpó—. Hablas desde la lívido, no desde la razón. En cuanto se te pase, te darás cuenta de tu error.

Estar en medio de la discusión que giraba en torno a ella, Anna no tenía más opción que limitarse a escuchar cómo la menospreciaban por su linaje.

No se había dado cuenta de que sus lágrimas corrían por sus mejillas y que su expresión era entristecida, el trato que le daban le vaticinaba en que jamás la verían con buenos ojos; para esta gente, ella había cometido el delito de fijarse en un Brankovic.

Jevrem replicó a su abuela y luego a su progenitora, sin que Anna pudiera huir de allí. Oraba para sus adentros en que se la tragara la tierra y así librarse de esa nueva bruja –de pelo blanco– que se sumaba al infame Cuartel que ella detestaba por ser tan engreídas.

Pero todo no estaba en su contra…

Desde el otro lado de la galería, Isabel salía del Cuarto de Juegos, junto con Camila, donde dejaron a los gemelos en compañía de las nodrizas; ya que a Isabel le urgía pasar un rato agradable con su leñador sexy, y Camila tenía que ir a la academia, ella siempre era puntual en sus clases de ballet.

Pero el murmullo de voces enojadas capturó la atención de las dos, pues aquellos no se cuidaban de ser escuchados.

Ambas enfocaron su mirada hacia la dirección de donde provenía la susurrante discusión.

¿Y allá qué pasaba?

—Aguarda un momento —Isabel le pidió a Camila, parecía que estuviesen increpando a Anna.

Apuró las pisadas y, *en un dos por tres*, pidió explicación al grupo.

—Señorita Isabel, perdón, yo iba para… —Anna no tenía palabras para explicar lo que sucedía. Estaba muy avergonzada.

—¿Estás al conocimiento de esto? —Radojka inquirió a Isabel, interrumpiendo una vez más a la muchacha. Para la mujer, la sirvienta no tenía derecho a defenderse, fue atrapada confraternizando con uno de los amos.

—¿De qué? —se hizo la desentendida, pese al hecho de notar la semidesnudez de Jevrem y la mortificación de Anna.

—¡De esto! —Radojka señaló con las manos tensas hacia la joven pareja

—. Tu niñera se mete en los dormitorios de los varones para revolcarse con estos. ¡Es una trepadora!

—¡¡Mamá!! —Jevrem se ofendió y Anna sollozaba bastante dolida. La comparaban con una cazafortunas.

—A ver, a ver… —Isabel intervino para apaciguar los ánimos caldeados y para establecer un punto en el que las avinagradas mujeres pasaban por alto—: Anna «no se mete en ninguna parte». A ella se le asignó un dormitorio en la segunda planta. Y es Jevrem el que *se metió* en el suyo.

Anna se ruborizó y el aludido se sorprendió de la cruda explicación de Isabel.

—¿Cómo que se le asignó? ¡¿Está durmiendo fuera del área de los empleados?! Habrase visto…

—Aunque fuese así, la lobata debe salir de la casa.

—¿Por qué?, trabaja para mí y no ha hecho nada malo —cuestionó a una anciana que desconocía—. Por cierto, ¿usted es la abuela de Jevrem? —

preguntó ante lo obvio. La mujer alzó la mandíbula y, con aires aristocráticos, asintió—. Ah, bueno, bienvenida; si no pregunto, no me entero. Su hija no nos presentó, qué modales, ¿no?

Radojka la miró con severidad y Ava alzó una ceja.

—Por lo visto, aprendió de los modales de usted —espetó la anciana —, no he escuchado su nombre.

La morena hizo como que se le pasó por alto, de la manera más odiosa.

—Isabel García —se presentó de lo más petulante—. La… compañera de Everett.

Ava no se esmeró en ocultar una sonrisita despectiva, ya había escuchado de ella cuando su hija la telefoneaba a Vranje. La híbrida tenía muy marcados los rasgos hispanos, tanto en lo físico como en su carácter. Era una «X» enorme de lo que una dama no debía ser: impertinente y desubicada, del cual vestía como cabaretera. El escote de su vestido mostraba mucho las protuberancias de sus senos, usaba tenis y su cabello suelto ni un afamado estilista lo arreglaría.

—¡Ah!, la concubina… —resaltó displicente, haciéndole ver a la otra que era poca cosa. Sin la sortija matrimonial, no tenía autoridad para dirigirse a ella como si fuese la Primera Esposa del Alfa del Clan Kenai. Sus hijos eran bastardos—. Despídela y luego tú bajas a la cocina para que me preparen un café con limón: lo tomo fuerte antes del desayuno. Muévete, muchacha, a

las nueve en punto comenzaré mi sesión con Jevrem. No hay tiempo que perder.

¡Bfffff!

Isabel rio sin dar crédito a sus oídos.

¡¿Qué se moviera?!

¿Y esa por quién la tomó?

—Ya la escuchó, Radojka: *tu madrecita* desea café —casi le gruñe enojada, delegando en esta el pedido que la vieja le impuso como si fuera la sirvienta—. Mientras tanto, *mi amiga* que está allá… —señaló con el pulgar hacia atrás, donde Camila aguardaba incómoda y las mujeres ni se molestaron en alzar la mirada— y *mi niñera*, bajaremos a llenarnos la panza. Está haciendo hambre, ¿no les parece? Vístete, Jevrem, a las nueve comienzas lo tuyo con tu *abuelita* querida. —Y con un gesto silencioso, le pidió a Anna de acompañarla.

Ava quedó atónita por la osadía de la concubina de pasar por alto sus propias órdenes, que apenas articuló un jadeo ante semejante falta de respeto hacia su persona.

La iba a llamar para ponerle los puntos sobre las íes, con respecto al comportamiento de las hembras de su tipo, pero Radojka le expresó que lo dejara pasar, pues era la favorita del alfa.

Jevrem cruzó la galería, detrás de Isabel, Anna y Camila. Y siguió derecho hacia el pasillo de los dormitorios masculinos, mientras las tres mujeres descendían por las escaleras hacia el comedor. Alcanzó a escuchar que la humana le preguntaba a Anna de cómo seguía y esta le dijo algo que él no alcanzó a escuchar. La rabia se lo llevaba por delante, mascullando maldiciones por haberse levantado con el pie izquierdo, el día comenzó con rechazos y decepciones, y continuó con censuras por parte de su mamá y su abuela, de la que no veía desde hacía unos años.

—¡Qué atrevida! Me habló como si fuera la dueña de esta casa. Tendré que hablar con Everett.

—Él la ama, la escuchará a ella —Radojka le hizo ver a Ava mientras las dos se dirigían hacia la planta baja, un tanto rezagadas para entre ellas quejarse. La anciana no se dejaría intimidar por una híbrida de pésima clase, también sabía imponerse, muchas veces tuvo que envararse frente a los que osaron burlarse de su aparente «locura». Era su arma secreta para fisgonear en la mente de los que se hallaban fuera de su radar para aplastarlos con su

puño sin que estos se diesen cuenta. El chantaje era su móvil más recurrente, averiguaría cuál era el punto débil de esa mujer para liquidarla.

Blanka ya tenía asignada cada silla en la cual los residentes de la casa se sentarían. Sin embargo, no contó con que la humana volvería a compartir alimentos con metamorfos. Aun así, se guardó su opinión y ordenó a Rosario y a Belkis para que comenzaran a servir. La compañera del alfa ya estaba presente, junto a su invitada y la niñera, sentadas estas a su derecha e izquierda, respectivamente. Isabel había pedido que le sirvieran de inmediato, tenía hambre y planes en mente.

—Pero ¡¿esto es inaudito?! —Ava se sorprendió de las comensales que se hallaban presente y de la que estaba postrada al cabecero de la mesa—. ¡Tú ahí no puedes estar sentada! Es la silla del alfa. Y, ¿qué hacen esas dos en el comedor?! ¡FUERA!

Isabel resopló.

¿Será que esa vieja está loca?

La mujer era un cruce de Sebrenka, Grubana y Radojka, en un mismo cuerpo.

—Vamos a desayunar. Me parece que ya lo dije, ¿no es así, Anna? —se

dirigió a la joven, como para que esta la corrigiera de su «mala memoria» y la pobre ni se atrevió en asentir—. En esta silla suelo sentarme cuando Everett está ausente. Tiene bonita vista y el aire no circula tanto por esta parte. Además, me gusta comer en compañía de *mis* amigas.

—¿Una humana y una sirvienta? Por favor…

—¿Algún problema?

Ava se acercó a la mesa y plantó sus huesudas manos en el respaldo de la silla del cabecero contrario.

Así que la hispana era una guerrera…

¡Ja! Por lo que a ella le gustaba batallar.

—Irrespetas el buen orden de las normas de la familia. Los humanos deberían estar *servidos* en un plato y, las sirvientas, ayudando con la labores caceras…

A Camila le temblaron las manos por la amenaza implícita en los labios de la extranjera y, Anna, ansiando volver a Alaska. Era mucho lo que tenía que soportar para lograr cumplir sus metas. En cambio, Radojka asintió soberbia a lo dicho por su progenitora, le había dado la razón. ¡Ella también se lo dijo!, pero la híbrida lo tomó con actitud agresiva, que temió la fuese a golpear.

Qué bueno que ahora tenía apoyo.

Entre las dos podrían contra esta.

—¿Irrespetar? —Isabel casi se atraganta con el sorbo que ingirió del zumo de melón—. No me parece, fíjate. Más bien, *impongo* una nueva modalidad: aquí se hace lo que yo diga. ¡Y punto!

¡Bien dicho! , expresó Camila en su fuero interno, a pesar del temor que le inspiraba las lobas elitistas que aún no se sentaban a la mesa. Isabel no se dejaba mangonear por una recién llegada, ni dejarse insultar. Por algo Everett Brankovic se había enamorado de ella, era la mujer apropiada para enfrentar a los abusadores.

Isabel dio un pretencioso primer bocado a los huevos revueltos que pidió le prepararan, siendo consciente que se comportaba antipática con la mujer que ayudaría a Jevrem a dominar los ataques fantasmales de sus visiones-pesadillas. Pero por esta razón no

permitiría que alguien que ni siquiera vivía en el mismo continente, la quisiera «educar» del mismo modo en cómo Sebrenka una vez lo intentó.

¡Wow! , Rosario se moría por ir a la cocina y llevar la cotilla. Trabajar para esa familia jamás sería aburrido, se enteraba de asuntos que la dejaban con la boca abierta.

—Por lo que observo, así es —concedió reticente la mujer—: se nota tus gustos en esta casa. Son más… «comunes».

—Aún se percibe la pestilencia a vómito —Radojka echó más leña al fuego y del cual se percató de que Anna estuvo enferma del estómago.

Ava rodó los ojos hacia su hija sin comprender.

—La niñera vomitó la cena de ayer —agregó—. Hubieras visto, madre, el desastre que ocasionó. Fue horroroso.

La joven ya no tenía fuerzas para soportar más insidiosos comentarios por parte de su suegra; quiso levantarse, pero Isabel posó su mano sobre su antebrazo para que no se moviera, tenía que darse cuenta de que contaba con ella para defenderla y para que aprendiera a hacerlo por sí misma. Se limpió las comisuras de los labios con ademanes exageradamente engreídos y luego clavó la mirada severa sobre la progenitora de Jevrem.

—¿Es por eso por lo que luce tan fatal? —Ava inquirió en su tonito odioso y sin dejar replicar a Isabel—. Juzgué mal, creí que era la concubina la que luce como si estuviera trasnochada. Lo del duelo debió haberla tenido con los nervios desechos. Es comprensible.

Todas las mujeres –comensales y sirvientas– miraron atónitas a la serbia, y del que Isabel dejó de respirar.

—¿De qué está hablando? ¿Qué duelo?

Anna y Camila intercambiaron miradas interrogantes, Radojka inquirió a su progenitora en su lengua materna para que le explicara a lo que se refería con tanta saña; Blanka ordenó a Rosario y a Belkis para que abandonaran el comedor, y ella misma decidió que ahí no debía estar presente para lo que las otras discutirían. Milenko –quien siempre merodeaba cerca– subió de volada por las escaleras para alertar al señor Everett y al señor Damir, pues intuía que nadie más debía escuchar lo que se gritarían.

Si era lo que él sospechaba, lo más aconsejable sería que las hembras discutieran en la privacidad de la biblioteca o en una habitación. Lo que sabía de los duelos, es que estos suelen ejecutarse tras un juicio o fallo otorgado por los Ancianos, debido a un problema que afecta a la comunidad lobuna.

Seguro que lo sucedido noches atrás con el joven Jevrem, tenía que ver.

Capítulo 33

—¿Qué duelo?

Isabel insistía a Ava en saber de qué carajos hablaba, porque según lo que observó, nadie, a excepción de esta, estaba enterado.

La anciana respondió en serbio a su hija y lo hizo en un tono airado como si tener esa información la hacía sobresalir de los demás. Radojka jadeó estupefacta a lo escuchado por su progenitora, ocasionando que la misma Isabel se alarmara.

—¡Diga de qué estás hablando! —rugió molesta y sus ojos se tornaron amarillos, dando paso a una hipnosis del que no fue consciente de manifestar sobre la anciana.

Radojka se sobresaltó y Ava quedó paralizada.

—Everett viajó a Washington para solicitar un duelo ante el Alfa Mayor.

—Tengo entendido que era por un juicio.

La mujer asintió y Radojka pensó en lo comentado por Damir, sobre los dos sujetos que atacaron a los humanos en varias regiones donde los lobos estaban asentados. Esto la enojó sobremanera, puesto que la híbrida estuvo al tanto y a ella no la informó; se había puesto de rodillas y le rogó entre copiosas lágrimas para que le dijera sobre el paradero de su hijo, y no se apiadó.

—Es lo que se rumora, pero ellos quisieron acabar con el problema con sus propias manos.

Ni bien, Ava terminó de responder, Everett y Damir entraron al área del comedor, cada uno con un aspecto diferente. Everett lucía acabado

de levantar, su rostro hinchado y su cabello alborotado como un escobillón.

Damir era su contraste: recién duchado y trajeado en un Yves Saint Laurent, azul índigo, perfectamente almidonado.

Everett estudió el semblante tenso de Isabel y el *nublado* de Ava Milojevic, había alcanzado a escuchar lo que esta última dijo, pero tuvo la precaución de no avocarse en explicaciones, tenía que averiguar hasta qué punto la anciana soltó la lengua y cómo es que poseía tal información; aunque era de presumir que los rumores de lo que sucedió en la Frontera Norte ya era del conocimiento de la nación. Los alfas municipales eran muy cotilleros cuando estaban ebrios.

Y el que sufriría por esto sería su sobrino.

—¿Por qué no me dijiste? —Isabel le reclamó altiva, yendo a él mientras echaba fuego por los ojos. Anna y Camila seguían sentadas alrededor de la mesa, sintiéndose fuera de lugar, sin atreverse siquiera a respirar. Radojka discutía en serbio con su progenitora y con Damir, del que este trataba de sacarla de allí, al jalarla del brazo y llevarla al dormitorio para que no escuchara más. Pero su mujer forcejeaba, estando fuera de sí.

Un duelo…

Lo más probable, es que su hijo se enfrentó a una lucha donde puso en riesgo su vida.

La sangre le hirvió y su voz engrosó por el cambio hormonal que sufría su cuerpo; como siempre, la mantenían en la ignorancia; ya fuese su esposo, su hijo, su mamá…, desconfiaban de su temple y estabilidad mental.

—Hablemos en la biblioteca —Everett pidió a Isabel, mientras Radojka seguía riñendo a su progenitora y Damir lanzaba increpaciones al cielo.

Isabel accedió a regañadientes y siguió a Everett al lugar indicado. Anna no esperó a que su suegra la sacara de allí a patadas, levantó su plato y se marchó a la cocina para desayunar en paz, su estómago estaba apaciguado, estuvo tenso debido a los nervios y esto ocasionó que enfermara. Camila tomó su bolso; menos mal que era precavida y lo traía consigo al momento de salir del dormitorio principal. Era de diseño grande donde metió un par de mudas de ropa y del que solía llevar a la playa cuando pasaba un fin de semana. Esto le permitió a

ella en abandonar la mansión sin despedirse, hablaría después con Isabel de cómo quedaron las cosas con Everett; su amiga estaba furiosa por un asunto que Camila no comprendía, meditando que no era en términos legales. Las acusaciones del detective Pittman, con respecto a Everett Brankovic, vinieron a su mente por ser tildado de criminal; sin embargo, Camila le sumaba a esto el hecho de que también era un hombre lobo como los demás que habitan dicha casa de altas columnas dóricas y pisos de mármol. Y se subió a su Jaguar plateado sintiéndose culpable por tener que dejar a su amiga sin su debido apoyo.

Hablarían después.

—Me mentiste… —Isabel reprochó a Everett en cuanto se encerraron en la biblioteca.

—Tuve que hacerlo para no preocuparte.

—¡Deja de tratarme como a una delicada flor! —estalló encolerizada —.

Soy tu compañera, sé sincero conmigo en estos aspectos.

—Lo siento, me abstuve de revelarte, estás en una condición delicada: los disgustos en tu anterior embarazo perjudicaron…

Los genes de Ángel, Isabel adivinó lo que Everett dejó colgado en el aire.

—Disgustos que tú me causabas, no te hagas el inocente.

—¡No lo hago! —gruñó—. Lo siento, Isa —repitió—, pero prioricé tu salud y la del feto, a que estuvieses alterada. Te dije esta madrugada que hablaría contigo, que *no fuimos a lo que haríamos*, ¿recuerdas? Se me adelantó Ava…

Isabel se mantenía de brazos cruzados, ambos discutiendo en medio de la biblioteca; a pesar de que él tenía razón, a ella le dolía haberse enterado por boca de otra persona.

—Asumo que el duelo fue contra *aquellos dos*, ¿no?

—Sí.

—¿Tú contra dos? Por Dios, Everett, eso fue muy estúpido de tu parte.

—Fue dos contra dos.

—¿También Jevrem? —Él asintió—. Por eso Radojka se puso histérica: se batieron a duelo como en el Viejo Oeste.

Everett no corrigió a su mujer, en este caso, las pistolas en el cinto y el conteo hasta diez no estuvo incluido; sino que –tras la solicitud a Abraham Crowell– se enfrentaron convertidos en bestias; por extensión, fue sanguinario.

—Isa, no espero que me perdones por mentirte, ni que apruebes los métodos para castigar a los que hayan cometido atrocidades; provienes de un mundo diferente al mío y te tomará tiempo en acostumbrarte. Pero el duelo fue necesario para resarcir el honor de la familia y evitar una guerra.

Vladan era un alfa de una región ajena al país; ajusticiarlo sin el permiso del Alfa Mayor, habría sido peor.

»Hubo juicio —agregó sin dejarla hablar y omitiendo de forma deliberada que él solicitó la cabeza de los depredadores—, y se acordó luchar por la verdad.

—Everett, hay muertos en tu búsqueda de la justicia…

—Entre los lobos eso nos tiene sin cuidado. Si trasgredes: mueres.

El hecho de que haya ocurrido una sentencia de ese tipo no debería de extrañarle a Isabel. Lo presenció cuando Arturo intentó violarla y Ranko pretender apoderarse a la fuerza del liderazgo de la manada. Ambos murieron a manos de Jevrem y Everett, respectivamente, el castigo fue brutal y los restos de aquellos, uno enterrado en alguna parte de la Reserva

Forestal de Denali, sin lápida que lo identificara y, el otro, en una tumba olvidada en el cementerio comunal de Kenai.

*****

Una hora después.

—¿Por qué por acá?, deberíamos estar en un lugar más privado —

Radojka sugirió preocupada ante la exposición en la que se hallaban.

Tras desayunar sin remordimientos de haber causado conflicto, su progenitora pidió a su hija y nieto, en alejarse del entorno de la casa

para que las «vibras» que los residentes emitieran no entorpecieran las visiones que Jevrem tendría con su clarividencia. El guardaespaldas más cercano estaba apostado a treinta metros de ellos, observándolos desde el tejado de la residencia de un vecino.

Ava llevó a sus descendientes hasta el extremo oeste de la playa, donde los humanos casi no merodeaban y, los que había por ahí, con una silente orden al mirarlos directo a los ojos, los expulsaba de inmediato.

Sentarse en la arena y bajo el sol, soportando la brisa marina, era desagradable para las dos lobas, cuyas ropas para nada eran apropiadas; tuvieron que despojarse de sus costosas sandalias y aguantar el entorno en pro de las enseñanzas psíquicas al joven beta.

—¿Los trajiste? —Antes de salir de la casa, Ava le había pedido a Jevrem de traer algunas prendas que les pertenezca a las personas con las que él se sintiera más conectado, que no fuese ni de ella ni de Radojka, por lo obvio de lo que percibiría después.

Del bolsillo delantero de sus vaqueros, el joven extrajo unas mancuernas de Everett de la que él le prestó sin poner pegas; una corbata de su papá –

quien le confió no la estropeara por ser costosa– y un gancho de pelo, de su novia, que extrajo de su habitación, aprovechando que esta desayunaba en la cocina. Fue la única a quién «hurtó» su pertenencia, ya que con ella seguía dolido.

—¿Son suficientes? —Las mostró. Tal vez debió haber traído camisetas de cada uno de los que él «vería».

—El tamaño de la prenda o accesorio, no importa. Solo si ha sido usado con frecuencia.

Jevrem hizo un mohín, su tío usaba las mancuernas en los puños de las camisas de sus trajes cuando asistía a reuniones importantes, y, la corbata de su papá era de las que este tenía olvidada en su guardarropa.

—El gancho de Anna es el más adecuado: suele usarlo a menudo en su cabello. Los otros, no sirven. No sabía que esto era importante.

Ava gruñó para sus adentros, porque habría sido estupendo «espiarlos»

sin que estos se dieran cuenta.

—Qué mal —fingió lamentarse—, entre más prendas tuvieras, mayor el número de percepciones. ¿Tu madre te ha explicado en lo que consiste la clarividencia?

—Lo hizo, pero en ese entonces, no tenía cabeza para prestarle atención.

—Estaba casi loco por las pesadillas, creyendo que era el depredador de humanos.

La anciana se acomodó de medio lado en la arena, mientras que Radojka luchaba con el viento para que no desordenara su melena negra. Maxwell los vigilaba desde su sitio, sin escuchar nada de lo que allí conversaban.

Mantenía su arma preparada en la pretina trasera de su pantalón, por si vislumbraba algún vampiro en traje antisolar o un lobo renegado que prefería seguir sus propias órdenes. En caso de suceder, una bala en medio de los ojos o en el corazón, y asunto concluido.

La brisa era benevolente con el pelo ondulado del muchacho, quien dejaba que sus mechones cortos se batieran en todas direcciones sin que lo incomodara; estaba sentado entre su abuela y su progenitora, el Atlántico frente a ellos, el cielo cubriéndolos, y, a sus espaldas, las residencias de los millonarios a una prudente distancia de los tres lobos.

—Como clarividentes podemos «ver» a personas que están desde el otro lado de la ciudad o dónde estén.

—Como el WhatsApp.

La anciana lo increpó con la mirada.

—Presta atención, muchacho, que esto no es un juego. Si logras dominar el poder de la clarividencia, no habrá secretos que ante ti se oculten. Ya no dependerás del olfato, la vista o el oído; el sentido de la percepción será el que se apodere de tu ser; verás el presente que no se muestra frente a tus ojos. ¡Como una televisión!

Más bien, como una «posesión», consideró Jevrem para sus adentros, recordando el modo en que percibió el terror de las víctimas que lo miraban como si él fuese el asesino.

—¿Qué debo hacer?

—Cierra los ojos, empuña el gancho y mantenlo cerca de tu pecho —Ava indicó—. Limpia tu mente de pensamientos que no vengan al caso y ensordezca tus oídos de los sonidos exteriores. Imagina que absorbes la energía del gancho; la niñera lo dejó impregnado —mencionó su oficio para no ensuciar sus labios al pronunciar su nombre—. Esa energía brilla alrededor de este; es viscoso, dorado, se mueve a su rededor. Enfócate en que la energía se expande hasta envolver tu puño, va subiendo por tu pecho, tu cuello y sigue hacia tu cabeza.

Jevrem mantenía su ceño fruncido, al principio estuvo a punto de reír, pero de inmediato lo invadió la incertidumbre. ¿Qué pasaría si en vez de mirar a través de los ojos de Anna, saltaba a los de otro psicópata? No se detuvo en analizar en que él quizás era un imán para captar las muertes que pronto habrían de ocurrir.

Ava captó su inquietud.

—Los temores déjalos atrás y atraiga hacia tu mente la energía de la sirvienta.

—Anna.

—¿Qué?

—Es Anna.

—Concéntrate, Jevrem —Radojka le llamó la atención, aún ella con la sangre hirviéndole por lo que su hijo se enfrentó por culpa del bastardo y el idiota de su marido.

El joven respiró profundo. La playa estaba desierta, los botes y los yates de los residentes de los Hamptons surcaban las aguas a través del horizonte; casi no soleaba, el clima otoñal cada vez se tornaba frío, la arena bajo sus extremidades inferiores estaba fría por las espumas de las olas revoltosas que hasta ahí los alcanzaban. Los dos pares de ojos, gris claro, lo observaban detenidamente, aguardando a que él entrara en trance y se *conectara* con la lobata; sería difícil por ser la primera vez en que lo intentara de esa manera; las anteriores veces las visiones venían a él caóticas, tenía que aprender a controlarlas, a permanecer más tiempo

«dentro» de aquel «envase» de carne y hueso, y a canalizar lo que estaba

«viendo» en ese preciso momento.

—¿La ves? —preguntó impaciente ante el prolongado silencio del muchacho.

—No.

—¿Quieres intentar con la corbata de tu papá? —Radojka sugirió por si la niñera era «indetectable». A veces eso sucedía con algunas personas, unos eran más abiertos que otros, según sus pensamientos.

—Quiero a Anna —contestó tajante. Que fuera con ella que diera sus primeros pasos como clarividente controlado.

Aprovechando que el tonto del su nieto mantenía los ojos cerrados, buscó la mirada de Radojka y le advirtió sin articular sonido de voz en que este estaba enamorado.

Esto a la progenitora del muchacho le cayó como una cubeta de agua fría que le arrojaron a la cara.

¡¿Enamorado?!

Casi se le escapa un gruñido.

Tenía que deshacerse de esa escoria.

—¿Qué sientes por ella? —Ava preguntó para averiguar qué tan fuerte era el sentimiento, a la vez en que le pedía con la mano a su hija para que permaneciera en calma. El escándalo ocasionado por esta en el comedor fue planificado por la anciana, a expensa del sufrimiento de su hija; de este modo, ella desestabilizaría la relación que la concubina sostenía con el hijo de Winona, la Tercera Esposa de Stanislav. Si Isabel García dejaba de ser la favorita del alfa, podrían atacarla sin temer represalias.

—Amor.

—Qué cursi.

—Radojka… —Ava la increpó por evidenciar su animosidad hacia la lobata. Tenía que fingir o de allí que se largara.

La mujer se tragó la rabia y miró con amargura hacia el horizonte marino.

¿Cómo va a sentir amor por una omega que ni tenía donde caerse muerta?

Estaba mal.

Muy mal…

La angustiaba pensar que su hijo necesitaba pasar una temporada en Serbia para que se le pasara el capricho. Allá podría fijarse en mujeres exuberantes, no en mocos con patas.

—Muy bien —concedió Ava—: sientes «amor». Es un lazo que los une y se extiende sin soltarse. Toma ese «lazo» energético y *tira hacia ti* como si quisieras atraer un objeto que está lejos. Cada vez está más y más cerca.

Atráelo Jevrem, es ligero, sin obstáculos que entorpezcan el camino.

¡Atráelo!

Jevrem procuró que sus pensamientos se concentraran en la joven de larga melena negra; fue fácil hacerlo, ella siempre estaba presente en su mente, sonriéndole, besándolo o *lo que a él* más le gustaba: amándolo con pasión. A pesar de la presión que ejercía su abuela, ansiaba «meterse» en los ojos de su novia y «ver» lo que en ese instante ella estaba viendo.

Por desgracia, la clarividencia era más complicada de lo que parecía.

—No fuerces las percepciones —Ava aconsejó—. Haz que vengan a ti como si fuesen ondas que te golpean con suavidad. Atrae la energía del gancho, imagina que la viscosidad se desliza por tu pecho hasta tu mente.

Se está introduciendo en tus neuronas, en tu cerebro…

La voz de Ava poco a poco se fue apagando y, en su lugar, otra en un timbre un tanto entristecido, la sustituyó para triunfo del muchacho.

Abrió los ojos y, lo que «vio», fue a Isabel sentada en la parte trasera de un vehículo que no reconocía y que sostenía sobre su regazo a Ángel.

—Estoy dentro —dijo sin darse cuenta de que sonreía de oreja a oreja.

Radojka se complació y Ava consideró que la habilidad en su nieto superaba con creces la de ambas. Ella tardó meses en dominar la clarividencia, Radojka: semanas, pero Jevrem apenas tardó un par de minutos.

—Describa lo que ves.

—Estoy… Esta en un auto. Anna está en un auto… —repitió para explicarse mejor—. Sostiene a Erik, el lobezno de Isabel y Everett. Ella también la acompaña; sostiene a Ángel…

—¿Qué más ves? ¿Adónde van?

Jevrem –a través de los ojos de Anna– observó que el auto doblaba por la Lexington. Enseguida notó que ellas se hallaban en un taxi; el hombre manejaba a moderada velocidad, separado por una malla de seguridad que dividía la cabina con el asiento posterior del vehículo.

Observó que Anna desvió la mirada hacia su ventanilla y permaneció así por un rato, mientras que el taxi seguía en su recorrido, a lo que Jevrem intuía era hacia la Academia Nubes y Zapatillas, esa era la ruta que Isabel solía tomar para las clases que impartía de ballet. Erik miraba atento el pasar de los edificios y los demás vehículos que circulaban por la avenida, sus ojos estaban muy abiertos y con una expresión sorprendida. No obstante, Jevrem percibía melancolía en la dueña del cuerpo que él

«invadía», no correspondía a la alegría del pequeño que señalaba y

expresaba un «mira», «allí», «mira, Anna». Para su corta edad, sus cuerdas vocales adquirían fuerza, hablando lo que podía en su escaso lenguaje.

Todo esto sus espectadoras escuchaban con la debida atención; Jevrem narraba a detalle por cuál calle iban, cómo estaban vestidos los lobeznos, qué canción tarareaba el taxista… Pero se reservaba lo que percibía de Anna.

—Isa, ya quiero comenzar a estudiar —expresó ella, volviendo su rostro hacia Isabel. Para Jevrem fue raro sentir que de su boca saliera una voz que no era la suya, del cual le hizo removerse inquieto en su sitio.

La petición de la muchacha le sonó a súplica.

La aludida la miró y esbozó una sonrisa a medias, reflejo de que aún la albergaba el enojo. Tras haberse bañado y cambiado de ropas, halló un ambiente tenso en la planta baja a causa de una indiscreción que su abuela comentó.

—¿Qué universidad escogiste?

—Aún no lo sé, pero esta semana quiero visitar algunas. ¿Será que aún estoy a tiempo de solicitar entrevista?

—Inténtalo, si tienes que esperar el próximo período académico, aprovechas el tiempo para prepararte en lo que consideres te sirva para tu carrera. Hay muy buenas instituciones de arte que pulirán tus conocimientos.

—Me mantendría ocupada, no estaría a tiempo completo con los gemelos.

—Descuida, Belkis se lleva bien con ellos; en caso de requerir otra niñera, no tendremos problemas para contratarla. —Como observó que Anna puso una expresión mortificada, agregó—: Cuidarás de ellos en un horario que sea conveniente para todos. Ya nos la arreglaremos.

Anna sonrió en el momento en que el taxi frenaba frente a la academia e Isabel pagaba en efectivo al taxista. La joven agradeció a la otra por las oportunidades que le brindaba, cumpliendo así con su palabra de ayudarla.

En cuanto bajaron *los cochecitos* del maletero del vehículo y cada una se terció una pañalera al hombro, Isabel se sobó con una mano la parte baja de la espalda, ya que la barriga cada vez crecía. Ángel chupaba su pulgar a la vez en que su carita la tenía recostada en el pecho de la madre, soñoliento por el ronroneo del motor del taxi cuando estuvo en movimiento. Anna acomodó a Erik entre sus brazos, ya que este luchaba por saltar y caminar por la acera, no quería estar sentado en el cochecito y viéndose gordo en su

trajecito tejido de lana y chaqueta impermeable con capucha, quería verlo todo desde la perspectiva de la altura de su niñera, encantado de los colores otoñales de los árboles que en esa época del año se tornaban hermosos.

—¿Esta es tu academia? —Anna preguntó maravillada de la construcción de dos plantas que frente a ella se erigía.

—Soy socia mayoritaria, Camila posee el resto… —Isabel respondió un tanto tímida, encaminándose con el cochecito vacío hacia la puerta principal para librarse de otra pregunta parecida. La apenaba revelarle que Everett le había obsequiado la academia y que ella tuvo la osadía de pretender vender su parte para pagar el empeño de la sortija de matrimonio.

Así que, sin entrar en mayores detalles sobre esto, se dirigieron hacia

el edificio; ambas ataviadas en gabardinas que las protegían de los descensos bruscos de temperatura. Las risas de niñas, la música clásica, las indicaciones de los profesores…, llegaban a oídos de ambas lobas.

También de Jevrem, quien era como un fantasma silencioso que las seguía muy de cerca.

Para infortunio de la lobata, los aromas de aquella cantidad de chiquillas bípedas y adultos envueltos en perfumes, saturó sus fosas nasales.

Hizo un gesto de malestar.

—¿Estás bien? —Isabel se preocupó, apurándose por ir a la oficina de la directora para dejar allí a Anna y a los gemelos, en caso de que se viesen sobrepasados por los aromas humanos a su rededor.

—Sí, es cuestión de respirar lento. Aquí hay olores fuertes… —A sudor, perfumes, café…

Isabel la comprendía, la última vez en que estuvo en ese lugar, fue humana. Ahora se le hacía extraño, muy ajeno para como antes lo recordaba.

—Creo que fue una mala idea, hasta a mí me pegó en el estómago. Tengo náuseas… —Como cosa curiosa, Isabel frunció el ceño, de repente analizando un pensamiento y enseguida miró a Anna con suspicacia.

—¿También estás embarazada? —Esta presentó los mismos síntomas.

La joven detuvo abrupto el cochecito que rodaba a mitad de camino y agrandó los ojos como si no se hubiese percatado de lo que, lo más probable, a ella también le estuviera sucediendo.

—Mierda.

—¿Qué sucede? —Radojka intentó tocar la mano de su hijo, preocupada más por él que por lo que estuviese captando de la mente de la lobata. Pero

Ava la detuvo a tiempo, negando con la cabeza para que se quedara quieta.

Tenían que dejar a Jevrem en desenvolverse, algunas veces lo

azotarían visiones que causarían miedo. Debía ser valiente en sus percepciones extrasensoriales.

Pero el joven no respondió a su progenitora, sino que quedó pasmado con lo que Isabel le preguntó a Anna.

Capítulo 34

—No, n-no, yo… Yo no lo estoy.

—Pero has tenido vómitos —Isabel replicó a la joven que la miraba empalidecida.

—Se debe a los nervios —replicó sin aceptar que esa posibilidad le estuviese sucediendo—. Siempre enfermo del estómago cuando paso por disgustos o me dan ataques de ansiedad. La comida me cae mal…

Isabel estuvo a punto de expresarle que también por estar follando sin protección con el novio, pero Sidney Scott –la profesora encargada de las niñas de 3 a 5 años– casi tropieza con el cochecito que Isabel deslizaba en cuanto la mujer se dirigía al cafetín, ya que se le había antojado tomar una taza de café que la señora González acabó de preparar. Exclamó un gritito teatral en una exagerada alegría que Isabel ni creyó. Sidney era de las que más se quejaba de los demás y la que disfrutaba de «rayar» con su cotilla a los que le tenía envidia.

—Isabel, ¡qué bonitas estás! La cárcel no te hizo estragos, hasta subiste de peso.

—¡¿Disculpa?! —Casi le da una combustión espontánea el comentario de su compañera de trabajo. Le provocó arrollarla con el cochecito, la maldita la miraba con una sonrisita antipática de la que estaba por borrarle de un puñetazo.

Esta rio entre dientes, como expresándole, «sí, la cárcel, no te hagas que yo sé», pero su impertinente socarronería languideció al observar que, tanto Isabel como la joven que la acompañaba, la miraban con cara de asesinato.

—Estuviste presa, ¿no? De aquí la policía te sacó esposada. —A pesar de la intimidación que sobre ella ejercían las dos recién llegadas,

escupió lo que pensaba. Era algo tan habitual en ella que, si no lo sacaba de su sistema, se envenenaba.

Isabel tuvo que llenarse de paciencia para lidiar con la idiota.

—Fue por una investigación que no te atañe y no estuve presa —replicó contenida, sin revelarle de que en realidad lo estuvo por unas horas, al ser sospechosa por la «desaparición y posible asesinato de su hermano». La agriaba tener que dar explicaciones a personas que están pendiente de los demás para después regar la cotilla.

Sidney fingió indignación.

—No es para que respondas de esa manera —se quejó—. Yo solo demostraba interés por ti. ¿Y esos bebés?, ¿los cuidas? ¡Ay, pobrecito!, tiene…

—Largo.

La orden de Isabel fue como un adhesivo que se pegó a los labios de la mujer, en cuanto estuvo a punto de señalar la condición genética de su hijo en una aparente «lástima» que por este sintió. Sidney calló *ipso facto* y, sin evitarlo, sus pies se movieron hacia la calle, donde caminaría a través de las kilométricas manzanas, ataviada ella en sus mallas negras y sudadera, hasta que su mente obnubilada se disipara.

Los demás profesores no tardaron en darse cuenta de la visita de la nueva dueña de la academia, que enseguida la rodearon en una sincera muestra de querer saludarla. Los gemelos olisqueaban a los humanos, causando risas entre estos por resultarles divertido, ignorando que lo hacían en un instinto natural de identificar la especie que se había acercado. Camila fue notificada, estando ella impartiendo sus clases a las más grandecitas; salió de volada del salón para dar la bienvenida a *la que había tardado* en volver a lo suyo.

—Debiste decirme que vendrías, te habría esperado… —expresó a la otra, avergonzada de haberse marchado de la casa sin despedirse ni dar las gracias por su breve estadía. Quería preguntarle si el pleito estallado en el comedor no pasó a mayores o si Everett la increpó en la biblioteca. No obstante, evitó hacerlo, Claire, Gavin y la directora estaban presente y esto incomodaría a Isabel por no haberle preguntado en un lugar privado.

—Fue inesperado —dijo—. De repente me dieron ganas de salir de la casa…

Camila no requirió de más explicaciones, el ambiente en la mansión debió tornarse irrespirable. En cambio, le sonrió y la condujo junto con Anna y los gemelos hacia el salón donde, unos meses atrás, ella fungía como profesora de ballet.

Allí Isabel saludó a su reemplazo y abrazó a cada niña que reparó en su presencia, mientras Camila retornaba con sus propias alumnas. La melancolía por los viejos tiempos la invadió y casi se le desbordan las lágrimas.

—¿Vas a volver? —preguntó esperanzada una de las niñas. Cailyn, la más chiquita de todas, le hacía gestos con la boca a Erik que reía divertido, a la vez en que Ángel se aferraba más a su progenitora, entre curioso y

temeroso por el tropel de *mini bípedas* ataviadas en leotardos negros y mallas rosas, que lo rodeaban.

—Estoy de pasada —respondió evitando dar falsas esperanzas, tanto a las niñas como para ella misma, consciente de su posición: gestaba su tercer hijo y la relación con Everett era difícil.

Las pequeñas se decepcionaron en un lamento que expresaron entristecido. La profesora Isabel era muy buena.

Esta se disculpó con la señora Harris y, descalzos, se sentaron en un extremo del salón hasta que las niñas terminaran sus clases. Las pañaleras y las chaquetas de los bebés las depositaron dentro de los cochecitos, y estos quedaron afuera donde no obstaculizaran el paso a nadie. Ángel y Erik hicieron de las suyas, uno gateando y el otro tambaleándose hacia las pequeñas bailarinas. Anna estuvo pendiente de que los gemelos no fuesen pisoteados por accidente o hicieran caer a una de las niñas.

Tras quedar disponible el salón, Isabel se paseó, rememorando los días en que ella solo tenía como preocupación a una madre machista y un hermano pandillero que la golpeaba y trataba como puta. Alzó su pierna en la barra de la pared de espejos de la parte este y la estiró con suavidad para que sus músculos desde sus pantorrillas hasta los muslos se desperezaran.

Los meses sin hacerlo le pasaron factura.

—Nunca la he visto danzar, Isabel. Debes hacerlo muy bien —Anna comentó mientras imitaba de manera torpe los movimientos de una bailarina; no era su mayor afición, se divertía imaginando que era otra

de las alumnas que acabó de aprender nuevos pasos. Erik trataba de imitarla, cayendo patas arriba ya que apenas caminaba; por otro lado, Ángel observaba a su progenitora que trataba de estirar sus aletargadas piernas, a pesar de que esta aparentaba tener tres meses de embarazo. Su barriguita parecía una bolita.

—Me esforzaba por danzar…

—¡Qué bah! —Camila contradijo, entrando al salón. Por fin se había desocupado para atender a su amiga—. Eras la mejor de las mejores —

elogió orgullosa—. Todo se te daba fácil; en cuanto pisabas un escenario, el público te amaba. Poco te faltó para que brillaras a nivel mundial. —A Raíz del *bullying* sufrido por sus antiguas compañeras y las crueles críticas de los profesores por su cuerpo, dizque «gordo», Isabel abandonó la oportunidad de ser descubierta por las grandes compañías de ballet del mundo.

La morena pensó que aquello ocurrió hacía mucho tiempo.

—Bueno, ahora estoy en el olvido.

—Porque quieres —la anciana replicó en un tono que Anna consideró maternal—. Hay «otras puertas» que permanecen abiertas para bailarinas talentosas como tú.

—Ya sabes por qué. —Sus hijos, su complicada relación con Everett, su condición de loba…

La mirada de Camila parecía expresarle: «excusas».

Pese a esto, dejó el tema por la paz y charlaron un rato en la oficina de la directora para que otros no pararan la oreja. Se centraron en lo que se comentaba por los noticieros y del que algunos periodistas y hasta *youtubers* levantaban diversas conjeturas sin que nadie atinara a lo que en realidad estaba sucediendo. Hablaban en voz baja, mientras que Anna permanecía en el salón de la señora Harris, junto con Erik y Ángel; algunas chiquillas de cuatro y cinco años jugaban con los bebés sin el riesgo de que estos las mordieran. Los pequeños estaban emocionados con sus amiguitas, aprendiendo palabras que ellas le enseñaban.

Entre estas: «culo».

—Entonces, *ese perro con mal de Rabia*, ¿eran dos metamorfos? —

Camila se asombró de lo revelado por Isabel—. Estuve pendiente de las noticias, porque murieron varias personas. Se comentó que «el perro»

rondaba por Central Park . ¡Dios! A veces me gusta disfrutar de una caminata para apreciar la naturaleza…

—Eran «conocidos» de Everett. Aún se desconoce por qué atacaron en tierras ajenas, se presume que para perjudicarlo frente a su manada.

—¿Tú lo crees?, porque me parece que esto es más turbio—. Camila analizó sin que ella poseyera la información completa de los hechos: dos metamorfos canadienses atacando a miles de kilómetros de sus propios dominios, solo para fregarle la paciencia al otro, era muy disparatado—. En estos casos —agregó—, un plan más siniestro casi siempre se forja y, por lo que apostaría un millón de dólares, el verdadero culpable sigue libre.

Por supuesto que debía de estarlo, por el hecho de que muchos alfas pretendían destronar a un vampiro de gran poder, meditó Isabel sin expresarlo en voz alta a la anciana.

Algunos conflictos no se ventilaban y menos a humanos que eran fáciles de hipnotizar. También se abstuvo de revelar que el motivo principal de su discusión con Everett fue por la venganza que reclamaron por la violación de Jevrem. Lo del «duelo», eran un juego de palabras.

Ni la propia madre de este sabía del horrible ataque que sufrió. Damir procuró resguardar la pena de su hijo, del cual evitó que su esposa se enterase, y se aseguró que Ava no estuviese informada, esta era otra que armaría un escándalo.

—Es por eso: querían joder a Everett… —subrayó lo antes dicho para que Camila no siguiera con sus preguntas. La vida recorrida en sus setenta años, la hacían intuitiva, pero Isabel debía mantenerla al margen por su seguridad.

Camila captó la incomodidad de Isabel, por lo que le planteó el esquema de las presentaciones que tenían pendiente en la academia, resultando un excelente modo de cambiar de tema; hasta ella prefería no enterarse de todos los aspectos que sucedían con esa familia.

Almorzaron juntas en un restaurante cercano, ayudó a cambiar los pañales a Ángel y a Erik, mientras Isabel los alternaba para amamantarlos.

Anna investigaba en el computador de la oficina de la Dirección, sobre las universidades más acorde para lo que aspiraba estudiar. Estuvo ahí por un largo rato, pues Isabel le permitió tomarse un descanso; de ese modo, la joven se mantenía tranquila, su inquietud por el posible embarazo la hacía comerse las uñas.

El desasosiego de Anna se prolongaba por no buscar el medio más rápido para confirmar si estaba embarazada. En las lobas, no era necesario esperar unas semanas para que los resultados fuesen válidos, sino que, con tan solo horas de haber tenido sexo, podrían analizar su sangre u orina. Isabel lo averiguó con una prueba cacera, de la que luego celebró jubilosa. De Anna sería lo contrario: avergonzaría a sus padres por preñarse fuera del matrimonio, habiéndoles fallado en su promesa de estudiar y trabajar, e hizo lo que tanto le habían aconsejado de *no hacer* para no estropear su futuro.

Un hijo era bello de tener, pero no estaba preparada. Por ese motivo, oraba a Licaón para que solo fuese un susto.

Le preocupaba hacerse la prueba.

Al caer el atardecer y tras varias insistentes llamadas de Everett, Isabel se despidió de Camila y los demás profesores; prometió volver con los bebés que había «adoptado» con su «prometido»; eran mentiras blancas necesarias, porque la verdad jamás la creerían.

Un taxi aguardaba frente al edificio, mientras Isabel, Anna y los gemelos salían por la puerta principal. Camila las despidió y luego entró para levantar un acta en contra de Sidney Scott por abandonar el salón, aún con

sus bailarinas adentro. Si los padres que pagaban las matrículas y las mensualidades de las niñas se enteraban de que su dinero era tirado a la basura por una profesora irresponsable, los demandarían por estafadores.

Sidney tendría que darle un justificativo que demostrara que se le presentó una emergencia; de lo contrario, le buscaría reemplazo.

El taxista se bajó del vehículo y abrió el portaequipajes para meter los cochecitos y las pañaleras; se vio un tanto complicado acomodando el espacio, ya que ahí traía algunos materiales de construcción que debía llevar a su casa para la extensión de un dormitorio para su hijo mayor.

Mientras Anna le pedía que tuviera cuidado con las dos pañaleras para que no se ensuciaran ni las apiñara, Isabel hurgaba su bolso porque su

móvil otra vez sonaba y ella adivinaba que se trataba de Everett siendo sobreprotector. Escuchó dos de sus mensajes de voz en la que se disculpaba y le pedía le informara si estaba en el apartamento de Camila o en la academia. Quería buscarlas porque estaba preocupado, ya que pronto oscurecería.

Y, estando en esas complicaciones…

Una silueta masculina salía del hotel a dos calles de ellos.

Los ojos oscuros de este se posaron sobre la hermosa loba de curvas sinuosas.

Pasos veloces hacia ella.

—¡Isabel! —Anna llamó a su amiga para advertirle del sujeto que se había acercado en un parpadeo. Aferró entre sus brazos a Erik y retrocedió para marcar distancia, emitiendo un gruñido bajo en la garganta como medida de protección para que ni se le ocurriera atacarlos.

Isabel miró a Anna y, al darse cuenta de su tensión, se volvió rápido hacia un hombre alto, de aspecto báltico que la miraba con detenimiento.

Se paralizó.

—¿Quién es usted? —preguntó en la medida en que también retrocedía unos pasos y aferrando a su pequeño, angustiada del extraño ser que parecía un espectro por su piel nacarada. El taxista se percató de lo que sucedía, pero lo atribuyó a un acosador sin importar si este estaba ataviado en un costosísimo conjunto de traje y corbata. No se entrometió, no era su asunto, a menudo los valientes morían de un disparo; decidió salvaguardarse en su taxi; si el sujeto sacaba algún arma, él pisaba el acelerador y de ahí se perdía para salvar el pellejo.

—Kerenor Zakharov, para servirle, mi señora —se presentó en una aterciopelada voz que a Isabel le pareció inapropiadamente melosa.

Aun así, se mantenía aprensiva de sus acciones. La «vibra» que emitía el hombre de mala manera le erizaba la piel de sus brazos; algo en él no le gustaba, pese a que era muy atractivo; no sabía qué le causaba desagrado, hasta Anna estaba atemorizada que contagió a Erik, provocándole que llorara.

—Lo siento, no fue mi intensión asustarlos, solo me acerqué a saludar.

—¿Por qué motivo?, ¿lo conozco? —El tal Kerenor lucía de punta en blanco, dando la impresión de moverse en los estratos más altos de la sociedad. Pero Isabel no sabía identificar qué era lo que percibía de él, solo que no era humano.

Tampoco metamorfo, los de su especie emanaban calor y un aroma corporal que los identificaba a leguas. *Este que las abordó* en la acera le helaba la sangre.

—¡Isa, es un vampiro!

Al escuchar a Anna, Isabel agrandó los ojos, estupefacta.

¡¿Un qué…?!

Gruñó feroz.

—¡Aléjese! —lo gritó temblorosa. De estar sola, quizás lo habría enfrentado o huido despavorida, pero estaba con sus hijos y una jovencita a quien los padres le encomendaron.

El estado de alarma de Isabel y el de Anna, provocó que el llanto de Ángel se sumara al de Erik. El taxista se hallaba encerrado en la cabina de su auto, igual de perplejo a lo observado. ¿Qué hacía él ahí, de testigo de una posible matanza entre locos, en vez de huir de allí? Lo mínimo que obtendría ese día es una multa que se ganaría por exceso de velocidad. Era esto o morir por pendejo.

—¡ALÉJESE! —Los ojos de Isabel se tornaron amarillos, en una potente hipnosis que ejercía contra el hombre de piel espectral. Lo dejaría con la mente en blanco y subirían al taxi de inmediato para alejarse antes de que este recuperara el sentido. Convertirse en loba sería imprudente, su anatomía cuadrúpeda tardaría minutos, por lo que estaría a merced del vampiro.

Aún era joven para transformarse con rapidez y Anna era igual de inexperta que ella en la lucha.

Por desgracia, su hipnosis fue inefectiva.

—Mi buena señora, no deseo hacerle daño, soy su amigo.

—No lo conozco —espetó molesta.

—Ahora sí —sonrió y dio dos pasos hacia ella, de la que Isabel retrocedió—. Mi morada está allá… —señaló el Mastrangelo—. Soy

Representante de la Casa del León, de mi señor David Colbert, amo de todos los vampiros de esta nación y de los que están bajo sus órdenes.

—¿Qué quieres de mí? —la aprensión la invadió, temiendo por la vida de sus hijos. Detrás del hombre de barba corta, había otros que estaban un tanto retirados, pero atentos a ellos, igual de intimidantes y peligrosos.

—Conocerla.

Isabel tragó en seco. ¿En base a qué propósitos deseaba hacerlo?

El solo hecho de que este haya tenido el atrevimiento de haberse acercado, ocasionaría que Everett lo estrangulara con sus propias manos.

Kerenor ordenó a sus hombres de retirarse para que la loba se relajara.

Esa noche pretendió visitar uno de los centros nocturnos donde doncellas vendían su cuerpo y su sangre, a cambio de una transacción de dinero. Pero tan pronto se dispuso en abordar su limosina, captó el aroma de la híbrida, perdiendo en el acto las ganas de disfrutar de una noche desenfrenada.

—Ya me conoció. ¡Adiós! —Isabel hizo el amague de subir al taxi, pero Kerenor la interceptó—. ¡Corre, Anna! —ordenó a la muchacha para que huyera, rogando a Dios en que ninguno de los *chupasangre* que volvieron al hotel la persiguieran. Al menos que fuese ella y su primogénito que se salvaran.

Anna no esperó a que se lo ordenara por segunda vez y, a toda velocidad, desapareció junto con el lobezno, quien lloraba en la lejanía, llamando a su mamá. Al taxista lo invadió el miedo y accionó el motor del taxi, del que después mediante un rechinar de los neumáticos, de esa calle solo dejó el monóxido flotando en el aire. Isabel y Ángel quedaron inermes ante el vampiro, protegería a su hijo hasta con su propia vida, pues no se quedaría de brazos cruzados a que este los matara.

No obstante, Kerenor alzó las manos para que se calmara. Su expresión era afable, sin intenciones de querer llevarlos a un matadero o a una pelea de «perros».

—Por favor, perdone mi brusquedad. Ya la había visto con anterioridad, pero tuve el infortunio de que fuese a través de una cámara de vigilancia.

Fue precisamente frente a mi hotel —señaló con elegancia hacia el

Mastrangelo—. Un hombre había caído desde el décimo octavo piso y usted lo salvó.

Isabel jadeó.

El condenado monitoreó cómo ella trató de aferrar a Everett a la vida.

—¿Un hombre? —espetó—. Querrás decir: «un metamorfo». Usted tiene pinta de ser un sujeto que todo lo investiga.

El vampiro rio.

Aunque no lo hizo de un modo que intimidara a Isabel, sino como un treintañero socarrón. Sus ojos negros brillaban diáfanos y su sonrisa mostraba una perfecta dentadura libre de puntiagudos colmillos. Procuraba ser amigable para no perder la preciosa oportunidad de hablar con ella.

Everett no lo permitiría, así fuese por el bien de la manada, era posesivo y Kerenor lo comprendía.

—Así es —admitió sonriente—. Era Everett Brankovic, el Alfa del Clan Kenai.

—Y usted lo lanzó por la ventana, ¿no es así?

La miró curioso.

—Los vampiros no «lanzamos», los vampiros «mordemos». Nuestro apreciado Everett pasó por un duro momento: matar a su propia madre, lo…

Calló ante la palidez de Isabel.

—¿No lo sabía?

—¿Lo de la madre o de que él intentó suicidarse? —adivinó al vuelo.

Ángel había dejado de llorar tras los suaves arrullos de su progenitora, recostando sobre su hombro, su cabecita cubierta con la capucha de la chaqueta, y su dedito pulgar calmaba su hambre—. De lo primero ya estaba enterada; de lo segundo… —lo sospechaba. Everett nunca lo admitió cuando le preguntó en la cabaña, la vez en que le narró la muerte de Winona, solo le dijo que fue «un desafortunado accidente» al caer de una de las ventanas del Mastrangelo, por estar deprimido, y

esto a ella le dolió hasta en el alma, porque era una penuria que él se tragó en silencio.

El vampiro se golpeó en su fuero interno por su indiscreción.

Avanzó otro paso y esta vez Isabel se mantuvo férrea en su sitio.

Ángel lo miró.

—Yo también lo intenté una vez cuando recapacité. Mi… —carraspeó en un recuerdo doloroso que rememoró—. Mi madre fue víctima de mi sed. Lo de Everett fue un accidente, lo mío fue adrede. Espero no haya causado un conflicto entre los dos.

—No lo hizo, solo confirmó lo que sospechaba.

Él medio sonrió.

—Mi señora, es usted una mujer íntegra. —Más bien, una diosa muy hermosa que ni se atrevía a tutearla por el respeto que le inspiraba—.

Everett tiene la suerte de poseerla y yo de haberla conocido. Por favor, no malinterprete mis palabras, no pretendo cortejarla, ya él se me adelantó —

rio entre dientes e Isabel agrandó los ojos, asombrada—. La «caída» de Everett me demostró que el amor existe. Yo perdí la esperanza hace mucho tiempo, usted con su desinteresada acción lo ató a su alma y lo arrebató a la muerte.

—Yo solo ayudé a un hombre.

—Que no conocía en ese entonces ni tenía idea de lo que era. Su amor por el prójimo la hizo querer ayudarlo. Me impactó y se ganó mi respeto porque es una luchadora. Le confieso que la envidia me invadió; sin embargo, supe en ese instante que no serías para mí. No la merecía. —Si bien, no se arrepentía por no hacerla suya, esto lo apesadumbraba debido a que fue una oportunidad que perdió. Tal vez se avergonzaba de sí mismo de lo que fue una vez: mató a mansalva, cazó sin considerar si era un niño o una mujer embarazada, él solo obedecía a su sed de sangre. Ya los siglos lo cambiaron y lo tornaron más sabio.

Lo expresado por el elegante vampiro dejó a Isabel sin palabras. No trataba de confundirla ni de ganarse su confianza para obtener secretos invaluables que sirvieran para destruir a la manada; fue

sincero en lo que dijo, pese a que ambos eran de especies que, por naturaleza, serían eternos enemigos. Aun así, se había acercado a ella de manera amistosa y expresó su sentir.

—Señor Kerenor, lamento si usted no ha conocido el amor. No solo se manifiesta entre parejas, también a través de la amistad o la fraternidad. Si desea disfrutarlo, tendrá que abrir su corazón.

—Mi corazón está muerto.

— *Kere… Kere…*

Isabel jadeó.

¡¿Ángel estaba diciendo su primera palabra?!

¡Oh, por Dios!

A Everett le iba a dar un infarto. Nada de «papá», ni de «mamá», sino el nombre de un vampiro.

El aludido esbozó una amplia sonrisa.

—Kerenor —mencionó para que el lobezno repitiera, sintiendo una grata sensación de escuchar su nombre en un ser que apenas iniciaba la vida.

— *Kere…* Kerenor.

Isabel sonrió acartonada y el vampiro rio jubiloso.

—Creo que le robé el placer a los padres… —adivinó a juzgar por la aflicción que la loba trataba de ocultar—. Me disculpo.

Ella se encogió de hombros.

Ni modo…

Y vaya que ni Isabel ni Kerenor previnieron lo que a continuación iba a suceder: Ángel se incorporó entre los brazos de la madre y extendió los bracitos hacia el vampiro.

Este no supo qué hacer.

— *¡Kere! ¡Kere!* —el lobezno quería que lo alzara.

—Ángel, quieto —Isabel trataba de controlarlo, pero este comenzó a

sollozar—. ¡Quieto! —Temió que estuviera hipnotizado. Ella no pudo contra el vampiro, tal vez, al contrario: este a ellos…

— *¡¡Kere!!* —insistía en estar en los brazos de su nuevo amigo. Le agradaba de igual modo como Erik con Anna.

—No tengo inconvenientes en alzarlo… —Kerenor comentó, visiblemente incómodo—. No he usado ninguna manipulación mental, se lo aseguro —agregó ante la mortificación de la loba híbrida.

Ella vaciló, pero notó su sinceridad.

Se lo entregó.

—Si lo deja caer o lo muerde, le arranco la cabeza.

Kerenor rio.

—Mi señora, soy viejo, no inútil —mintió, nunca había sostenido un niño, a menos que fuera para beber de su sangre—. Lo sujetaré bien.

Tuvo cuidado al sostenerlo, puesto que el bebé lucía más abultado de lo que aparentaba por toda esa ropa que traía puesta para abrigarlo. Y, aprensivo, buscó su mirada bajo la capucha que ensombrecía su rostro y este –con sus poquitos dientes– le extendió una gran sonrisa.

Qué extraño.

El Antiguo había pasado por momentos del cual ningún ser vivo soportaría: fue general de centenares de ejércitos que mandó a la muerte para aniquilar a rebeldes y adversarios; lo quemaron vivo y sobrevivió de milagro, lo apuñalaron un millón de veces, le dispararon en la cabeza, en el pecho, en las piernas, en los brazos, en la espalda, hasta en el trasero. Sufrió

la pérdida de docenas de amantes, lo traicionaron, lo inculparon en muchos delitos, estuvo en la quiebra en un par de ocasiones…

Sin embargo, lo que sentía borraba lo anterior de un plumazo.

La mirada del pequeño con Síndrome de Down, lo había atrapado sin haber sido sometido a hipnosis. Sus ojitos marrones irradiaban absoluta pureza, que cuando este le sonrió y su manita tocó su rostro, las lágrimas del vampiro se deslizaron por sus mejillas.

Sintió que lo tocó un ángel.

Pero esa paz que lo había envuelto fue interrumpida de repente por el frenazo abrupto de un vehículo.

Isabel tomó rápido a su bebé en cuanto se percató que, del Mercedes-Benz, un *greñudo* bastante cabreado, se había bajado en una exhalación.

Everett.

Estaba metida en un serio problema.

Capítulo 35

El puño de Everett impactó contra el rostro del vampiro.

Este no lo vio venir, aún procesaba la *limpieza energética* que el lobezno causó en su alma. Cayó al piso, patas arriba, con un lacerante dolor en la mejilla. El enrojecimiento debido al puñetazo enseguida lo tiñó, volcándose su mundo en un segundo.

Al tener conciencia de sí mismo, tenía a un metamorfo encima, apaleándolo. Isabel García le ordenaba a Everett para que no agrediera más al vampiro, ya que no estaba ahí en plan de aniquilar, sino que le extendió su amistad. Pero Everett desoía los gritos de su compañera, invadiéndole la furia, el maldito faltó a su palabra, se suponía que debía dejarlos en paz, él le había entregado las cabezas de los depredadores que cazaron en su territorio, permitiendo así que su familia no anduviese por la ciudad, cuidando de sus espaldas por si eran emboscados por los Nocturnos.

Kerenor perfiló feroz sus colmillos y sus garras se alargaron, al igual que los de Everett, quien comenzó sobre él, el proceso de la transformación lobuna. Las venas bajo su dermis burbujeaban y sus gruñidos de animal enardecido se escuchó por toda la manzana. Camila que hablaba con la señora Jones, se sobresaltó, ambas se asomaron por la ventana del segundo piso de la academia y jadearon atónitas de lo que observaban. ¡¿Qué era eso?!, preguntó asustada la directora, mientras que la anciana reconoció que uno de los sujetos que se agredían era la pareja de su amiga.

La vio desvalida, o eso le parecía a ella, que ni reparó en que se expondría si salía a ayudarla.

Sin reparar en las advertencias de la señora Jones, a su espalda, Camila no midió las consecuencias y como si fuese una madre preocupada por su hija y nieto, bajó a toda carrera por las escaleras para socorrer a Isabel y a su bebé, que, si un golpe proveniente de alguno de esos dos locos les da a estos, los deja malheridos. A Anna y a Erik no los veía por ninguna parte, tal vez huyeron en el taxi o estaban por ahí escondidos detrás de un auto o refugiados en uno de los locales comerciales cercanos. O, quizás, estaban en medio de la pelea y ella ni se había dado cuenta por no fijarse bien.

—¡No me estaba amenazando, solo hablábamos! —Isabel exclamaba en voz alta a Everett para que se detuviera; los anchos hombros de este se agrandaron más y los huesos de sus extremidades sufrían los habituales

quiebres para postrarse en un ser cuadrúpedo de más de cien kilos. Everett seguía en su metamorfosis sin soltar de las solapas al vampiro; el traje de este se había desgarrado por las garras que se enterraban en las telas y en su piel; gritó adolorido, pero no lo debilitó, lanzando contra la fachada de la academia al metamorfo de un golpe en medio del pecho.

El impacto de la espalda del lobo contra la pared provocó un movimiento telúrico que sacudió hasta los muebles del interior.

Para los que aún no se deban cuenta de lo que afuera sucedía, se angustiaron, creyendo de que se trataba de un sismo. Camila casi cae a mitad de las escaleras, hizo equilibrio al sujetarse de las barandas, luego continuó descendiendo a toda velocidad, en medio de griteríos. Los profesores ordenaron a las niñas en tomar rápido sus abrigos y salir de sus respectivos salones, por precaución de que el movimiento telúrico empeorara y se convirtiera en un terremoto.

Everett se incorporó aturdido en el instante en que Camila salía por la puerta principal y se dirigía mortificada hacia la joven y su retoño; la humana le pidió entrar, pero Isabel le entregó a Ángel y la mandó de vuela al edificio; permitiendo así que pudiera quitarse la gabardina y arrojarla a la calzada. Acabaría con aquello, así tuviera que agarrar de las orejas al lobo y al vampiro.

—¡DETÉNGANSE! —les gritó molesta; su voz contundente. Ya estaban saliendo los humanos, que casi pasaron por encima de Camila y el bebé que sostenía en brazos—. Hay testigos, ¡no deben saber! —les hizo ver, siendo ella consciente de que el secreto de los seres sobrenaturales se aplicaba con severidad sobre ambas especies. El que

lo revelara, moría.

Aun así, Everett no parecía detener el cambio en su cuerpo, el pelaje grisáceo cubría de manera paulatina su fisonomía lobuna en tránsito, sus fauces se habían alargado junto con toda la hilera de sus mortíferos dientes.

Las exclamaciones y jadeos de los humanos aumentaban conforme las ropas del musculoso hombre se desgarraban, quedando su enorme pecho al descubierto; los zapatos se descocieron por el crecimiento de sus pies y el pantalón se fue por las costuras laterales ante el exagerado aumento de volumen de los muslos.

Hubo gritos aterrados.

Las niñas volvieron a entrar a la academia y los profesores y algunos transeúntes quedaron petrificados sin dar crédito a sus ojos.

¿Era un montaje?

¿Filmaban una película?

¿Algún vídeo que pretendían viralizar para luego monetizar por las redes sociales?

O esparcieron droga aérea…

En la actualidad era difícil creer lo que presenciaban en las calles u observaban en los vídeos que muchos publicaban, la mayoría formaban parte de experimentos sociales o para jugarle bromas pesadas a la gente, con sus maquillajes y efectos especiales al buen estilo de Hollywood.

Lo más probable, promocionaban alguna película de hombres lobo.

Isabel se preocupó.

Condenado Everett con su exceso de sobreprotección. A veces se pasaba de troglodita.

Arriesgándose a sufrir una embestida, agarró el brazo de Kerenor y tiró de este con tanto brío hacia atrás, que el vampiro voló hasta estrellarse de la misma forma que su adversario, contra un negocio que se hallaba del otro extremo de la calle.

Debido a la angustia que todo esto representaba, Isabel no se percataba que Branimir –el chofer– se había también transformado,

lanzando zarpazos a los guardaespaldas que salieron rápido del Mastrangelo en cuanto escucharon demoledores ruidos.

—¡Detente! —Las dos manos de Isabel contuvieron la parte frontal de Everett-lobo, impidiéndole abalanzarse contra el otro que ya se incorporaba con rapidez—. Kerenor no pretendía hacerme daño, ni a nuestros hijos. Solo hablamos. —Él gruñó sin creerle—. ¡Escúchame!, solo hablamos —repitió con lentitud para que le calara en la cabezota, aún ella conteniéndolo en su sitio. Sus pies agrietaban la calzada, hundiéndose por la presión que hacía sus piernas bípedas para ejercer fuerza, como una máquina que trata de contener una avalancha a punto de destruirlo todo—. ¡DETENTE!

— *¡Papa!*

Por encima de la orden de Isabel, de los gritos asustados de las niñas, del sonido de las sirenas de dos vehículos de la policía que se aproximaban, avisados por uno de los nerviosos humanos que filmaban con sus móviles el enfrentamiento…, Everett escuchó el llamado de Ángel.

—Cálmate. Kerenor se acercó a saludarnos, solo se puso a la orden; nada más.

—¡Papa!, ¡papa!

Everett parpadeó. Entre la explicación de Isabel y la «primera» palabra expresada por su hijo menor desde el interior de la academia, le hicieron tomar conciencia de sus actos.

Aún transformado, miró a los *chupasangres* que redujeron a Branimir, aplastándolo contra el asfalto sin que este pudiera librarse de ellos. Tenía algunas marcas sangrientas de haber sido mordido y recibido unos cuantos zarpazos en sus costillas, habiéndoseles medido con valentía a pesar de que lo superaron en número.

Luego, Everett se enfocó en Kerenor, este los observaba con detenimiento mientras aguardaba a que él se abalanzara u obedeciera lo que la loba le explicaba.

Por fortuna, fue lo segundo.

Su estatura animal poco a poco disminuía, al igual que su musculatura; Isabel en todo momento prevenía de que a Everett le diera por cambiar de opinión y echar por tierra cualquier tratado que hayan tenido; se mantenía en alerta, se relajaría en cuanto subieran al

Mercedes y se marcharan a los Hamptons para acabar con ese día de mierda.

—Prometió dejar en paz a mi familia —Everett siseó con los dientes apretados en cuanto se «humanizó», sosteniendo su mirada amenazante al Antiguo, que lo escuchó con claridad desde el ventanal quebrado del negocio del frente donde también él casi se parte la espina dorsal, gracias a la bella dama.

—Mi palabra se mantiene —contestó con parquedad a la vez en que se despojaba de su chaqueta destrozada.

—¿Y para que *coños* se les acercó? —gruñó, yendo desnudo hacia él para reclamarle pegado a la nariz. Branimir trató sin conseguirlo de librarse del agarre de los guardaespaldas del vampiro, mientras que los otros bloqueaban el paso al alfa para que no golpeara al amo.

—Ya te dije, Everett, fue para saludar… —Isabel trataba de hacerle entrar en razón. Ángel seguía llamando a su progenitor desde el vestíbulo de la academia. La mayoría de los presentes miraban a esos hombres con *el culo al aire* que habían cambiado de forma como por arte de magia; los adultos los censuraron y taparon los ojos de las niñas, llevándolas al interior por pudor; los autos de la policía frenaron detrás del Mercedes, del cual cuatro agentes se bajaron con rapidez y con la mano en el cinto, preparados para desenfundar sus armas y apuntar a los alborotadores; quién sabe qué carajos consumieron que hasta estaban *en bolas*.

Kerenor ordenó a sus hombres a borrar las memorias de todos los testigos, incluyendo a los policías, y decomisar los móviles.

Ninguna prueba debía haber sobre lo ocurrido.

—Como buen «anfitrión de mi ciudad», me presenté ante tu compañera

—explicó al ceñudo lobo, yendo de forma osada a su encuentro—. No fue una silente amenaza ni una intimidación de mi parte para que tú después te andes con cuidado por mis dominios, fue… —sonrió— el placer de estrechar mi sincera amistad.

—Con mi mujer, no —espetó con los dientes apretados, sintiendo una punzada de celos en la boca del estómago—. Ya usted posee muchas

«amigas», llámelas si se siente solo. —Cuando la rabia se disipó en Everett y abandonó la biblioteca, se enteró a través de Milenko de que

Isabel había salido de la casa, junto con Anna y los gemelos para dar un «paseo» por la ciudad. Las primeras horas se mantuvo tranquilo, dándole espacio a Isabel para que también se le pasara el cabreo, asumiendo que alguno de sus guardaespaldas, las custodiaban. Pero lo invadió la ansiedad en cuanto comprobó que ninguno las acompañó, Luttrell le comentó que Isabel había ejercido la hipnosis en ellos para que le permitieran abordar un taxi sin poner objeciones.

Tuvo que tomar el Mercedes para buscarla.

El Antiguo meditó que la loba híbrida era única, pero no replicó al *pulgoso*, sino que esbozó una sonrisa condescendiente para restarle importancia a su justificado enojo. Miró a Isabel y se inclinó ante esta, respetuoso, luego elevó la vista hacia la puerta principal de la academia, donde la anciana humana se asomaba con el lobezno en brazos. Este lloraba, clamando por el padre, pero en cuanto sus ojos se encontraron con los del vampiro, el pequeño le sonrió.

A Kerenor se le hizo un nudo en la garganta.

Extrañaría a ese particular lobezno.

—No soy de los sujetos que roban mujeres ajenas —comentó sin pelos en la lengua—, como antes dijiste: «poseo a muchas» — *y ningún amor* —, así que, por mi parte, no hallará rival. Me disculpo si lo alteré, fue por razones inocentes; recuerde que, mientras acaten nuestras normas, en mí tendrá a un amigo.

Everett tuvo que apretar su mandíbula para no gruñirle. El maldito *chupasangre* era muy descarado con sus «buenas intenciones», que estaba por volver a invocar a su lobo interno.

Ante el tenso silencio de Everett, Isabel le pidió a Camila que se acercara con el bebé, esta lo hizo hasta la mitad del camino, donde Isabel acortó la distancia y recibió a su hijo con un cariñoso abrazo. Kerenor miró al lobezno sin comprender por qué el pequeño le despertaba nobles sentimientos, cuando él fue desalmado; por supuesto, en otras épocas, pero carecía de moral para merecer siquiera su sonrisa. El infante era extraño en su condición genética y en su dulce personalidad, irradiaba una luz que jamás en sus ochocientos años, percibió en un ser vivo.

Ni siquiera en un Portador.

— *¡Papa!*

—¿Qué te parece, Everett?, Ángel ya dijo su primera palabra. Y tenía que ser precisamente «papá». Ganaste, ¿eh? —Isabel comentó con una risita nerviosa, acercándose de nuevo a los dos hombres para aligerar tensiones.

Everett aún no asimilaba dicha alegría por estar pendiente del otro. En cambio, Kerenor, miró con extrañeza a Isabel, pues él sabía muy bien que esa no fue la palabra expresada, sino la de su propio nombre, y esto ocasionó que Isabel le agrandara los ojos como expresándole en silencio:

«mantén la boca cerrada», preocupada por la reacción de su pareja.

Kerenor esbozó una sutil sonrisa.

Conservaría el secreto en su corazón.

Dio un asentamiento hacia Isabel para indicarle que no se preocupara y dio un «adiós» con la mano al pequeño, quien respondió de la misma manera y sin pronunciar su nombre, y retornó al Mastrangelo junto con sus hombres, dejando para otra noche la de perderse en los excesos que brindaba el sexo y la sangre. Subiría a su *suite* para –por esa vez– meditar en su pasado, en su presente y en su futuro, deseando tener algún día una familia como la que observaba.

Qué solo se sentía…

Capítulo 36

—¿Dónde estás?

A través del móvil, Isabel le preguntó a Anna, luego de que Kerenor y sus hombres entraron al hotel, y los humanos volvieron a lo suyo, con sus mentes obnubiladas como si nada hubiese ocurrido en la calle. Camila simuló a sus compañeros de la academia, de estar todo bien, puesto que se suponía nunca vieron ni escucharon nada, y de los salones de clase ninguna niña salió despavorida por el supuesto sismo, salvo la vez en que ellas se percataron de la visita de Isabel García y salieron emocionadas a saludarla.

— ¡Oh, Licaón!, ¡Qué bueno escucharte! ¿Estás bien?, ¿te mordieron?

¡No pude llamar al señor Everett, no sé su número telefónico, ni el de

Jevrem, ni de la casa…

—Luego resolvemos eso. ¿Dónde estás?

— *En el subterráneo* —contestó, escuchándose su voz con mucho ruido de fondo.

—¿Y Erik? ¿Él está bien?

— *Sí, Isa. Lloró un rato, pero se le pasó. Está distraído con todo lo que ve aquí abajo: le gustó montarse en el tren.*

Isabel pegó la oreja en su móvil y alcanzó a escuchar que el bebé le hablaba a Anna, para que viera algo que a él le llamó la atención, allá en el subterráneo. Esto la tranquilizó, puesto que indicaba que él después no tendría pesadillas debido al repentino encuentro con Kerenor Zakharov. Era muy vivaracho para su escasa edad, siendo una cualidad que, tal vez, en el futuro a este le ayudaría a relacionarse con las personas que conociera a los largo de su vida y a defenderse de los que quisieran abusar de su confianza.

—Me alegra —dijo apenas sonriente—, vuelve a la academia. ¿Sabes cómo volver?, o te buscamos donde estés…

Hubo un breve silencio.

— *No sé realmente dónde estoy, tomé el tren y dejé que siguiera su curso.*

Me pareció que fue lo mejor para no dejar rastro, por acá hay muchos olores humanos… Enseguida me bajo en la próxima estación y tomaré el tren de vuelta.

—Muy bien, hazlo y luego te bajas en la Estación Calle 77. Pídele a uno de los usuarios para que te avise dónde debes hacerlo, por si no escuchas al

conductor que lo anuncia por el citófono. Y sales por las escaleras que dan hacia el Hospital Lenox Hill. Espéranos por si no hemos llegado, ya vamos para allá.

Isabel oprimió el botón de «colgar» de su móvil y lo guardó en su bolso.

Ángel dormía plácido por el movimiento de piernas que hacía la progenitora al estar sentada en el asiento trasero del Mercedes-Benz.

Branimir se mantenía en la cabina, el vidrio polarizado que dividía el vehículo le ahorraba la incomodidad de conducir *encuerado* y presenciando el enojo de la pareja alfa, a su espalda.

Everett no quería mirar a Isabel, seguía dominado por su cabreo, sentado al lado de la ventanilla contraria a la de su compañera. Su apretado ceño endurecía sus facciones masculinas; el cabello lo tenía alborotado y sucio por la tierra, con laceraciones que iban regenerando en su frente, brazos, piernas… Los nudillos inflamados y rojizos aún evidenciaban los puñetazos propinados al Antiguo. Estaba desnudo, puesto que sus ropas yacían destrozadas en el maletero, recogidas por el chofer para limpiar la escena de la presencia que hubo de lobos y vampiros.

El Mercedes avanzó hasta la 5ta Avenida y luego cruzó la Calle 74-Oeste que estaba más abajo, siguió derecho a moderada velocidad hasta llegar a la 3era Avenida; de ese punto subió en dirección a la Calle 77-Este, donde Anna emergería de la estación del metro. La noche ya había caído sin que esto repercutiese en el descenso del tráfico. Al menos, los peatones que caminaban por las aceras o entraban y salían de los negocios ubicados a lo largo de la vía, distraía la mente en estado de ebullición de Everett. ¡Él quería matar! El desgraciado *chupasangre* faltó a su palabra y se acercó a su mujer con intenciones que a él le asqueaba de solo pensar. Ella era suya, tendrían que primero matarlo, si pretendían quitársela.

La idea de perderla, le hizo apretar los puños, reposados en sus muslos desnudos. Hacía un esfuerzo por no vociferar palabrotas o gruñir como un poseso; respiraba hondo y soltaba con lentitud el aire contenido en su pulmones para que el hervor que sentía en su sangre se enfriara. Aun así, estaba por saltar fuera del auto y correr hasta el Mastrangelo para moler a los golpes al maldito. Kerenor era una rata escurridiza que deseaba «roer»

el lazo íntimo que a Everett lo unía a Isabel.

Unos cuantos golpes y zarpazos no le bastaron.

Quería decapitarlo.

—Mañana nos vamos a Denali.

—¡¿Qué?! —la notificación la tomó por sorpresa. Se le hacía que la decisión era muy precipitada, ella apenas salía después de haberse recuperado de las quemaduras. Volver al bosque, era permanecer otra vez apartada de la civilización.

Él la miró con frialdad.

—De *esos malditos* no podemos estar confiados —gruñó—. No cumplen con lo acordado.

—¡Kerenor solo se acercó a saludar!

—¡¡Y le diste el bebé para que lo cargara!! —la reprochó con la espinita aún clavada en su pecho. Lo vio todo en rojo cuando Kerenor sostenía a su hijo como si él fuese el padre, y tan solo era el que amenazó con aniquilar a su familia.

Isabel no se excusó de que Ángel fue el que buscó los brazos del vampiro, sin que el temor por los de esa especie lo afectara. En vez de esto, ella prefirió asumir la culpa por imprudente; de hecho, así era: por ser la progenitora debió ejercer carácter y mantener las distancias, pero la insistencia de su hijo y la sinceridad reflejada en los ojos del vampiro, la motivó en derribar barreras que nunca nadie se atrevió en hacerlo por odio y desconfianza.

No obstante, la furiosa exclamación de Everett sobresaltó al lobezno, quien enseguida levantó la cabecita para buscar a su amigo.

— *¡Kere! ¡Kere!*

Ay, Dios…

Isabel rogó en su fuero interno para que al troglodita no le diese por escupir sapos y culebras.

—Está hablando más rápido; escucha cómo repite… —comentó como si esta fuese la «segunda» palabra aprendida por Ángel y tragándose ella la verdad para evitar que el otro estallara como un ogro.

—Pues, ten cuidado con lo que dices y a quien nombres —espetó—, no quiero escuchar que mi hijo mencione a ese *malnaci*… ¡No lo menciones más!

Isabel puso los ojos en blanco.

—Te estás pasando, Everett, ni que *aquel* fuese Voldemort… —Él la miró sin comprender y ella esbozó una expresión de «olvídalo». Ahora tenía que prevenir todo lo que dijera en casa para que sus dos retoños no repitieran expresiones de adultos o temas que no son propios de niños, o al padre le daría una embolia por amargado.

Everett se enfurruñó en su asiento y su hosca mirada la clavó en su ventanilla, el auto estacionó a unos metros de la entrada de la Estación Calle 77 y él avisó a Branimir a través del intercomunicador de su puerta para que estuviese pendiente cuando emergiera la lobata con Erik.

Unos bocinazos la alertarían de la cercanía del Mercedes.

Lo que así sucedió al cabo de unos cinco minutos de estar ellos esperando.

Isabel le lanzó su gabardina –sucia por el polvo de la calzada– al regazo de Everett, justo en el momento en que él abría la puerta para recibir al lobezno de los brazos de Anna.

—Siéntate al frente —pidió él a la muchacha, tratando de modular la voz para que no saliera enojada.

Esta asintió, aturullada, evitando ver los pectorales inflados del alfa y se sentó en el asiento del copiloto, sintiendo que sus mejillas ardían como brasas. Branimir le preguntó si estaba bien, mientras él ponía de nuevo en marcha el Mercedes hacia Long Island.

—¿Cómo llegaron ustedes tan…? ¡Huy! —Anna se percató de la desnudez del chofer, que, de inmediato, torció su torso hacia su ventanilla y acomodó su melena en la parte izquierda de su rostro, de modo que sirviera de «cortina» para no ver *aquello* que estaba languidecido en medio de las piernas de dicho lobo.

—Lo siento —Branimir se disculpó con una sonrisa apenada—. No traigo ropa de repuesto, la pelea fue dura…

—¿Qué p-pasó con los vampiros? —tartamudeó con una incomodidad que la abrumaba. Por nada del mundo lo miraría, enfocándose en todo momento en los autos que transitaban del otro canal. Jevrem había sido el único hombre al que ella vio sin ropas, ahora «se pilló» al señor Everett y a Branimir.

—Les *reventamos la jeta*, pero no nos *bajamos* a ninguno —comentó—.

Nos superaron en número. Aunque te digo, el alfa se midió muy bien con un Antiguo: lo dejó sin dientes… —rio, rememorando los puñetazos que el señor Brankovic le estampó al *chupasangre*.

—Ah, qué bien… Entonces, ¿la señorita Isabel y Ángel están bien? —

Vista en el exterior, pelo sobre la mitad de su rostro, la incomodidad hasta más no poder.

El Mercedes-Benz frenó ante el semáforo en rojo y el chofer respondió:

—No sufrieron ningún rasguño. Al parecer, el tal Kerenor quería

«charlar».

Esto hasta Anna la extrañó, ningún vampiro era amistoso con un lobo, era parte de la naturaleza que ellos fuesen enemigos.

—¿Con qué fin?

El otro se encogió de hombros.

—Sabrá Licaón —dijo—. Pero esto le valió una tironeada de orejas a la patrona, por confiada. Hasta dejó que el vampiro cargara al lobezno.

Anna se volvió hacia el chofer, pero como la desnudez de este la mortificaba, pegó su nariz en la ventanilla.

—¿La hipnotizó? Solo así la señorita Isabel entregaría su hijo a un Nocturno.

La luz del semáforo cambió para permitir la circulación de los vehículos.

Branimir siguió conduciendo por la vía y, tras un instante de meditar la pregunta de la lobata, llegó a la siguiente conclusión:

—Ella no lo estaba. Parecía estar en sus «cabales».

Anna presumía lo contrario, dicha imprudencia no la cometería su amiga en plena conciencia de sus facultades. La maldad de los vampiros era legendaria, no conocían de amistad, menos de amor, por lo que los corazones de estos eran de piedras y sus almas manchadas por la ambición de poder.

Si bien, el vidrio polarizado insonorizaba los ruidos provenientes del exterior y del asiento posterior, ella no estaba segura de si el señor Everett discutía con Isabel.

Mientras tanto…

—Everett, piénsalo, fue una mala decisión por parte *del-que-no-debe-*

ser-nombrado. Pero si *él* hubiese querido lastimarme, ya lo habría hecho.

¡Hasta lloró cuando Ángel lo tocó!, se conmovió por sostener… ¡No hagas ese gesto que se te va a torcer la cara!

—Es un buen actor.

—A mí me pareció que era sincero.

—Es un vampiro de casi mil años, hace mucho que aprendió el arte del engaño. Y te vio la cara de tonta.

—¡Claro que no! —replicó molesta—. Kere… —carraspeó para corregirse y así crear ruido para distraer a Ángel—. *Él* solo me quería saludar. Comentó que me vio a través de las cámaras de vídeo, cuando caíste desde lo alto del Mastrangelo. —Respiró hondo para llenarse de

paciencia, debido a que Everett desvió la mirada hacia su ventanilla. Erik también lo hizo, señalando los autos que adelantaban al Mercedes —. Mira, tampoco soy cabezota: escuché muy bien la amenaza de *ese sujeto*, en lo referente a «obedecer las reglas impuestas»; corremos riesgo si permanecemos aquí, pero, Everett, aparte de lo ocurrido con Vladan y Kroz, ningún lobo ha tenido problemas con los vampiros.

—Kerenor no debió acercarse a ti o a mis lobeznos.

— *¡Kere!*

— *¡Arrrr! ¡Arrrr! ¡Arrrr!*

—Esta vez fuiste tú… —Isabel señaló el hecho de que Everett haya mencionado el nombre de su archienemigo. Ángel lo llamó como si le gustara repetir esa singular palabra expresada por sus progenitores y, Erik, gruñó juguetón mientras ponía sus dos deditos índices en los labios a modo de colmillos.

Everett masculló palabras ininteligibles de las que Isabel ni quería saber.

—Papi, mira: *¡arrrrr!* Soy un vampiro.

—Mañana, a primera hora, nos largamos.

Isabel respiró resignada, carecía de argumentos para replicar. Tratar de mantenerse en Nueva York era una labor perdida, Everett estaba paranoico a causa de aquellos depredadores que revolvieron la

tranquilidad que hasta hacía poco habían logrado asentar en su entorno; aparte de esto, Everett comenzaba a sentirse intranquilo en la ciudad; lo suyo eran las tundras y los bosques, no los infinitos rascacielos con su ambiente tóxico.

El Mercedes cruzó las rejas que dan hacia la propiedad de los Brankovic y luego rodeó la plazoleta para ubicarse debajo del majestuoso pórtico de columnas dóricas. Branimir –desnudo– se bajó del auto y se apuró en abrirle primero la puerta al alfa. Luego hizo lo mismo con la concubina, mientras Anna descendió por su propia cuenta, aguardando ruborizada y con la mirada gacha a que el señor Everett –también en bolas– le entregara a Erik para llevarlo a la planta alta. Pero este no se lo entregó, sino que la despachó para que descansara, pues él se percató de su mortificación.

—Huy, hermanito, ¿por cuál barrio estuviste merodeando? ¿Te asaltaron?, no te dejaron ni los calzones puestos… —Damir preguntó con su sonrisita despectiva cuando Everett se dirigía hacia las escaleras y él asomaba la nariz desde el barandal de la galería.

—Llama a Dexter, que prepare el jet para temprano en la mañana.

Volvemos a Alaska —pidió sin detenerse en su camino. El cabreo aún lo

dominaba. ¿Cómo era posible que Isabel le haya entregado el lobezno a ese vampiro y charlado con este de lo más campante?

Damir arqueó las cejas. ¿Qué fue lo que sucedió para que su hermano quisiera largarse de forma repentina? Según lo que le había comentado, estarían en los Hamptons hasta la primavera, luego retornarían.

La noticia les desagradó a todos; incluso, a Anna, quien subía detrás de la señorita Isabel, de la que ni un comentario a ella le expresaba.

Se dejó llevar por la angustia y, en la medida en que ascendían por los escalones, tocó el hombro de Isabel para que la mirara y le explicara si era obligatorio que ella los acompañara. Estaba tan cerca de estudiar, que tener que volver a Kenai para ser sirvienta la entristecía en gran medida. Ella no quería ser «la novia de», ni «la niñera de», o «la pariente política de», ella quería ser Anna Morris: Historiadora de Arte, graduada con honores en la más prestigiosa universidad de Nueva York.

Ocultas, detrás de la pared de la Sala de los Lienzos, Ava y Radojka

escucharon la orden de Everett, y se agriaron porque volverían a una zona donde ninguna de las dos tendría voz ni voto. Allá estaba Grubana, con su imponencia, haciéndose la desentendida de las aventuras que el idiota del hijo sostenía con otros hombres. Tenían que actuar rápido, *las pocas y muy confusas* visiones que ambas percibieron a través de las mancuernas de Everett y del gancho de pelo de la niñera, olvidados estos por Jevrem en la playa, les mostraron que tenían que elucubrar un plan de acción para matar dos pájaros de un tiro.

Quizás tres…

El vampiro les sería útil para que entre la híbrida y el bastardo se mataran, mientras que ellas se deshacían de la lobata.

Eliminados estos, Damir no tendría obstáculos para alzarse como alfa y ejercer el mando desde la Gran Manzana, en vez de un lugar frío y solitario como lo era el pueblucho de Kenai.

Bien que los lobos más importantes podrían residenciarse en la ciudad y adular al nuevo líder, del cual ellas manipularían a su antojo, siempre y cuando, Grubana se mantuviese lejos; esa era otra que debían eliminar con el tiempo. Era muy machista y adoraba al hijo a pesar de sus defectos.

—Tenemos que convencer a esa híbrida *ordinaria* a que imponga su deseo sobre el bastardo, o tendremos que hacer las maletas —Ava susurró a su hija que estaba pegada contra la pared para no ser vistas —. Y te aseguro

que esa niñera se casará con Jevrem si se marcha con nosotros. ¡No debemos permitirlo!

Radojka asintió a lo expresado por su progenitora, sintiendo que la bilis subía por su tráquea para ser vomitada; en su esfuerzo por «ver» lo que sucedía en ese momento con la lobata, observó con estupefacción de que estaba embarazada.

Motivo por el cual, a Jevrem lo invadió la ansiedad y del que Radojka presumía él también *lo vio* con sus propios ojos, corriendo sin detenerse por la playa a pesar de ser llamado en voz alta por su abuela y su progenitora.

El joven no les había dicho lo percibido a través del gancho de pelo, enmudeció por la impresión que absorbió de la energía áurica del accesorio.

Fue venturoso que dejara allí las pertenencias de Everett y Anna; tanto Ava, como Radojka, las aguijoneó la curiosidad y aprovecharon la oportunidad de *espiar* a aquel par de buenos-para-nada. Por desgracia, todo lo que ellas percibieron tendrían que armarlo como un rompecabezas, pues la mayoría de las visiones carecían de sentido.

Solo fueron imágenes revueltas.

Pasando la medianoche, ninguno se había sentado en la mesa a cenar.

Isabel pidió que subieran la comida al dormitorio, ya que ni ella ni Everett tenían ganas de hablar con nadie, y menos tolerar las sandeces de las hienas.

Anna bajó a la cocina a esperar un paquete que solicitó en línea, sin participarle al ama de llaves o al mayordomo. Era una prueba de embarazo que pagaría al mensajero en efectivo, habiéndose llenado la panza con una taza rebosante de consomé de carne que le hizo tomar Branislava, al notarla pálida. No obstante, la angustia aún hacía estragos en el metabolismo de la muchacha, tenía fuertes retortijones por la prueba que pronto se realizaría para confirmar si estaba o no embarazada.

Así lo estuviese, no pensaba abandonar sus proyectos de estudio, meditó para sí misma pese a los contratiempos que, quizás, tendría si optaba por ser madre soltera.

Al cabo de los minutos, tocaron al timbre de la puerta de los empleados.

Belkys dejó de lavar los platos que se sirvieron para los guardaespaldas, en la mesa de la cocina, pero Anna se le adelantó, expresándole que era «un libro» que había solicitado hacía unas horas en una librería.

En el instante en que Anna pagaba el dinero y la propina al mensajero…, por las inmediaciones de la casa, Jevrem apareció en su campo visual.

Oh, oh…

Emergió quién sabe de qué parte de los alrededores, sin haber descendido de una moto o auto, sino que caminaba a paso lento, con la mirada pensativa como si estuviese apesadumbrado. Y, cuando sus ojos rodaron hacia ella, sus pies se detuvieron *ipso facto* a escasa distancia de donde Anna se hallaba.

Anna no supo por qué le temblaron las piernas. Lo único fue que atinó en saludarlo nerviosa.

En dos veloces zancadas, Jevrem se acercó. El mensajero ni se percató de lo que pasó por su lado cuando se marchaba, apenas sintió una brisa, ocasionando que subiera más la cremallera de su chaqueta.

—Te estuve llamando —Jevrem le comentó a Anna con un tono tenso en su voz. Tenía el cabello ondulado, alborotado, y sus ojos negros con un brillo como si hubiese llorado.

—¡Ah!, eso se debe a que apagué el móvil cuando… —calló sin comprender por qué lo hacía y rápido dándose cuenta de que este tenía su número telefónico y ella, el de él, no. Aun así, Anna no le mentía, era cierto que lo había apagado cuando fue consciente de que no podría llamar a nadie para pedir ayuda y que si, en caso contrario, del que la señorita Isabel la llamara, el sonido del móvil alertaría a sus perseguidores de su escondite.

Lo encendió al sentir que el peligro no la acechaba. Y fue ahí cuando Isabel la llamó.

—Estás embarazada —replicó de vuelta sin que esto fuese una pregunta.

Su mirada era expectante, pálida…

La joven tragó en seco.

Miró por sobre su hombro, por si la señora Branislava o Belkys lo habían escuchado, y enseguida le pidió que hablara en voz baja, pues algunos estaban cerca con sus orejotas apuntando hacia ellos como si fueran parabólicas.

—En unos minutos te diré —dijo casi en un susurro, sosteniendo el paquete con manos temblorosas.

Jevrem se fijó.

—¿Qué es eso?

—Vamos. —No le informó sobre el contenido.

—¿Para dónde? —Que no le dijera que, *para un aborto*, porque no se prestaría para eso.

—Vamos —repitió y, esta vez, ella entró primero a la casa,

indicándole al beta de seguirla.

Pasaron por el área común de los empleados y luego por la zona del comedor, donde unos pasos más allá los llevaron hasta el vestíbulo principal.

Jevrem se dejó conducir a la vez en que estudiaba en silencio la silueta de su novia, calculando cuántos días tendría Anna de estar preñada, *lo habían hecho* varias veces desde que esta cumplió la mayoría de edad. En sus visiones, el tiempo de gestación no lo mostraban como si fuese un letrero con letras computarizadas que le informara: «lleva cinco días, cuatro horas y treinta segundos de gestación». Apenas observaba lo que Anna hacía mientras él no estaba presente.

Y, al parecer, ella no estaba emocionada.

Capítulo 37

Las manecillas del reloj avanzaban lento.

Jevrem y Anna estaban sentados en el piso del baño, ambos uno frente al otro, y sin sostenerse la mirada. Una de las torturas más grandes en la que todo ser vivo experimenta, es precisamente la espera. No era mucho lo que tenían que estar ahí, pendientes del correr del tiempo, pero el final de este se les hacía eterno. Anna estaba demasiado nerviosa como para buscar los brazos de su novio y a este lo invadía una serie de mortificaciones que lo hacían lucir tenso. ¿Será como él?, la clarividencia se heredaba de generación en generación, siendo uno más sensible al anterior. Su hijo pasaría por lo mismo que él, con las pesadillas y el terror que vería en los ojos de las víctimas, si tenía el infortunio de «conectar» con un asesino.

¡No lo permitiría!

En su fuero interno, Jevrem determinó que cada día practicaría con su don sobrenatural, para ser un hábil maestro para su descendencia.

A pesar de la angustia, sonrió. Sería padre y haría lo posible por ser el mejor de todos, incluyendo del suyo. De Damir no tenía quejas, él siempre vislumbró para él un futuro exitoso, procurando abrirle las

puertas para evitarle obstáculos en el camino. Aun así, fallaba con su presión para que él se codeara con los que amasan fortunas, olvidando que Jevrem no era una máquina de hacer dinero, sino su hijo que necesitaba de su comprensión y cariño.

Jevrem pronto formaría familia.

—Debemos casarnos —anunció a Anna, siendo esto lo primero que brotó de sus labios tras su meditación.

La joven explayó los ojos.

—Aguarda el resultado, antes de proponerme matrimonio. —Se sintió miserable por albergar esperanzas de no tener hijos; de ese modo, no se vería obligada en caminar hacia el altar.

—No es necesario: ya sabemos el resultado. Las hembras son muy fértiles y los machos, *donde nos corremos*, preñamos. —Por lo general, hombres como él, tendían a cuidarse de esto, eran muy pocos los casos en la que no haya pasado por no usar preservativos. Y los machos solían follar con toda aquella que les meneara la cola.

Él era para que tuviese una docena de lobeznos si lo hubiese hecho sin protección.

—Solo espera —insistió apabullada por tener que responder a su petición para nada romántica. Todo lo planificado se desmoronaba como castillo de naipes: jamás tuvo bases sólidas por descuidada.

—Nos casaremos —sentenció autoritario—. Mi hijo no nacerá fuera del matrimonio.

—¡Aún no estamos seguros!

—¡¡Lo estamos!! —gritó llevándole la contraria—. ¡¿Por qué el pesimismo?! Me haré responsable de tu embarazo, no te preocupes por esto ni por mis padres, te protegeré de ellos y hasta de los tuyos.

Anna echó un vistazo al cronómetro de su móvil y meditó que de sus propios padres jamás sentiría temor; más bien, la vergüenza la aquejaba por haber sido una más de las chicas que pretendían estudiar una profesión y, en vez de esto, terminaban con una prominente barriga por acostarse con el primer chico guapo que les guiñó el ojo y les expresó frases bonitas.

De los padres de Jevrem…, era otro cuento.

—Parece que no quisieras casarte. ¿Acaso no me amas? —inquirió dolido por su silencio.

—Estoy harta de que siempre cuestiones mis sentimientos hacia ti —

replicó cansina—. Haces planes por adelantado como si en realidad yo estuviese embarazada.

—¡Porque lo estás! —se impacientó—. Y esta actitud tuya me hace cuestionarte. Quiero casarme contigo, ¿por qué no te emocionas de la misma manera?

Ella abrió la boca para exclamar contundente, «porque al estar casada, la universidad pasaría a ser un sueño que albergué una vez», pero el tiempo que corría hacia atrás, había llegado a «0:00», pitando una alarma que la hizo tragarse las palabras.

Se puso en pie, al igual que Jevrem.

—¡Espera! —Él la detuvo en el momento en que Anna tomaba la prueba, cuya punta reposaba en un pequeño recipiente cargado de orines—. Anna…

—acunó su rostro mientras ella sostenía la prueba en forma de lápiz —. Si te propongo matrimonio es porque te amo y porque quiero ser el padre de ese lobezno que tendrás. ¿Qué me dices: aceptas?

Ella parpadeó, sus piernas temblaban, su corazón palpitaba fuerte.

¿Tenía otra opción?

Por lo visto, no. Velaría en pos de que su lobezno naciera en un hogar ya conformado.

Pero primero echaría un vistazo a la prueba, como último recurso antes de responderle a su novio.

Una raya…

—No estoy embarazada. —Era impresionante el alivio que sentía, que hasta sonrió sin darse cuenta.

Jevrem se sorprendió.

—Esa cosa no es de fiar —replicó sin aceptar el resultado.

—Mira… —lo mostró—. Aquí indica que no lo estoy.

Llevado por la rabia y la aflicción por el negativismo de Anna, le arrebató la prueba y la partió en dos, para posterior arrojar los pedazos a la papelera.

Era una necia en confiarse en productos elaborados por humanos; estos se aplicaban solo a ellos, no a lobos.

—Te demostraré que estás equivocada: te chequearás con un médico —

ordenó—. ¡Y después nos casamos!

Tras la imposición del joven beta, este se marchó de la habitación de Anna, dejándola llorosa y estupefacta por comportarse él como aquellos hombres a los que ella detestaba por su machismo. No lo llamó para que se detuviera y hablaran más calmados, prefirió que la dejara sola con la angustia oprimiendo su pecho; la probabilidad de estar embarazada aún era posible, puesto que a veces las pruebas caceras arrojaban resultados erróneos, y ella se recriminó por no haber tomado la previsión de comprar varios y así repetir el test para estar cien por ciento segura.

Si después de visitar al médico, este le informaba que esperaba un hijo de Jevrem, tendría que llamar a sus padres y darle dos noticias: Una por la «feliz» espera.

Otra por la «feliz» boda.

*****

El doctor Pavlovic llegó justo en el momento en que Kevin y Elijah acomodaban las maletas en el interior del portaequipajes, donde horas atrás las habían sacado de la camioneta del señor Everett.

Descendió del Mercedes-Benz, del cual Branimir lo había buscado al Aeropuerto J.F.K y conducido hasta Long Island. Kevin entró rápido para notificar al alfa de la llegada del médico de cabecera, pese a no ser como

ellos; sin embargo, se caracterizaba por ser el más experimentado en los partos y embarazos de lobas. Labor que años atrás la ocupaban las parteras, pero con los estudios clínicos del humano y los *defectos genéticos* que aparecían en algunos recién nacidos, sus servicios cada vez se solicitaban.

Everett lo recibió y lo hizo subir a su dormitorio donde Isabel

aguardaba.

Antes de partir, el médico los telefoneó, anunciándoles que por fin la aerolínea había aprobado el vuelo a la metrópoli; el retraso se produjo por más de veinticuatro horas y las líneas telefónicas y móviles estaban colapsadas debido al mal tiempo. Razón por la cual Everett se contactó al minuto con Dexter –su piloto personal– para aplazar el vuelo programado hasta la tarde.

Mientras Pavlovic chequeaba a Isabel, a Jevrem le pareció propicio que este también lo hiciera con Anna. Una estúpida prueba cacera no lo convencía de que su hada no gestara su lobezno. Así que, aguardó a que el médico se desocupara, Anna estaba en su propio dormitorio, echa un manojo de nervios. ¿Y si lo estaba…? Ella tendría que…

Ava y Radojka se refugiaron en sus respectivas habitaciones, cada una con una prenda que no les pertenecía. Ava poseía el gancho de pelo de la niñera y Radojka, las mancuernas de Everett. La misión de las dos mujeres concernía en averiguar lo que sucedía, por lo que se encerraron para concentrarse. Pero la habilidad de la anciana era menos en comparación a la otra, agotándola permanecer por más de treinta segundos *dentro* del cuerpo de la lobata. En esta apenas percibía nerviosismo, paseando de aquí para allá en su habitación, provocando que Ava se mareara. En cambio, Radojka, tenía más suerte que la progenitora, ella observaba al doctor como si fuese Everett, quien formulaba preguntas de las que hacía sonreír a Isabel por su preocupación por el feto. La concubina permanecía sentada al borde de la cama, mientras que ella –Everett– observaba a su mujer y al doctor desde la chimenea. A los lobeznos no los veía ni los escuchaba, Radojka suponía que los tenían las nodrizas. Aun así, no averiguó nada trascendental del que le sirviera después para sacar ventaja en su maquinación contra su cuñado y su mujer; la maldita estaba sana como para parir una camada.

La nariz le sangró, señal en que Radojka debía soltar las mancuernas; si forzaba su clarividencia, tendría una migraña severa que no se le quitaría ni con conjuros, y Damir se daría cuenta de lo que hizo; solo le permitía ejercer su don para su conveniencia.

Y espiar a Damir…

No tenía ánimos de presenciar cómo a este le perforaban el culo. Nueva York era la ciudad predilecta para encontrarse con sus amantes ocasionales que provenían desde otros estados del país, puesto que a nadie le importaba los besos o las caricias que su marido se diera en

público con otro hombre.

—De todos modos, sabremos qué clase de lobezno habrá parido —espetó a la vez en que guardaba las mancuernas en la primera gaveta de la mesita de noche. Damir no dormía con ella, por lo que no le preocupaba que descubriera que ha estado espiando a su *hermanito*.

No obstante, al dejar de ejercer la clarividencia, se perdió de observar que Jevrem le pedía a Pavlovic que lo acompañara a la parte oeste de la casa. El humano –ataviado en su bata blanca– lo siguió con su maletín de médico, de cuero de cocodrilo y su estetoscopio colgado en los hombros. Se presentó ante la lobata, que lo miraba preocupada, siendo acompañada por una figura femenina. La señora Blanka.

El ama de llaves permaneció dentro del dormitorio de la lobata, para que esta se relajara y permitiera que el doctor la chequeara.

Con ella estuvo por media hora y luego salió al pasillo para hablar con el beta.

—Puede tranquilizarse, no está embarazada —expresó al joven como si este esperara escuchar con ansiedad esa noticia, debido al linaje de la muchacha.

—¿Cómo sabe, si la chequeó por encima? —cuestionó sus habilidades médicas. El hombre no traía consigo un laboratorio para realizar los análisis respectivos.

Este medio sonrió, notando en el semblante del lobo la aflicción; sentimiento contrario a la expresión de Anna Morris.

—Realicé a la joven dos pruebas: efectivas en un 99, 99% de certeza, lo que indica de que la señorita no está embarazada. Lo siento.

Jevrem se desmoralizó.

Vaya semen de lobo…

—P-pero no nos cuidamos… Tuve que haberla preñado.

El doctor cabeceó.

—Según lo que me han comentado mis pacientes y los estudios que he realizado, no siempre se fecunda a una metamorfa. Estos casos suelen darse por diversas razones como a los humanos: el estrés, el abuso de sustancias, el licor…

—Ni soy drogadicto, ni… —calló. Durante un tiempo él estuvo bajo un fuerte estrés por las pesadillas y deprimido por la violación que padeció.

Esto lo llevó cada vez a alcoholizarse después de estar *dentro* de los ojos de uno de los depredadores—. ¿Me afectará por siempre?

Pavlovic volvió a sacudir la cabeza.

—Usted es joven, no se preocupe —dijo—. Tendrá los hijos que se proponga. Además, por una ocasión en que no la haya embarazado, no determina que sea estéril. Le aconsejo que, si piensan planificar, consulte a un ginecólogo-obstetra y evite los excesos. Lo mismo le dije a la señorita Morris. Feliz día, señor.

Blanka guio al doctor hasta la cocina para brindarle un café, mientras le preparaban un desayuno acorde con su metabolismo bípedo. Everett le ofreció llevarlo en el jet, de vuelta a Alaska, ya que el hombre tomó un avión comercial, del que le molió la espalda por viajar en tercera clase y con dos escalas, debido a su reserva de última hora. Fue un esfuerzo innecesario trasladarse de una ciudad a otra y haber reorganizado su agenda, los Brankovic retornarían a la *última frontera* el mismo día en que él llegaba. Pero era impredecible y él tuvo que obedecer sin rechistar.

Nadie era adivino de sus futuras acciones.

Tras despejarse el pasillo, Jevrem volvió al dormitorio de su novia para determinar si avanzaban o dejaban hasta ahí lo que él le propuso. Su corazón estaba oprimido.

—No —respondió ella en cuento él le soltó la pregunta. Esta vez la petición del joven sonó casi suplicante.

—Igual tendremos que hacerlo, Anna. Follamos con frecuencia, el riesgo es grande y no quiero que mis lobeznos sean señalados como bastardos. —

El abuelo Stanislav y Winona Rogers se casaron tres días después del nacimiento de su tío Everett. Por eso siempre era insultado como tal.

—Nos cuidaremos —comentó en el marco del baño—. Usaremos la debida protección para evitar concebir. Aún es temprano para que seamos padres.

—Yo quería serlo…

—Pero no aborté, solo no estoy…

—Lo sé. Es solo que estaba ilusionado.

La joven medio sonrió y lo consoló con un sentido abrazo, cuidándose de no reflejar su alivio.

—Aún somos jóvenes y hay mucho tiempo por delante. No nos afanemos con esto que no envejeceremos mañana.

—Quiero un hijo. —Necesidad que a él lo invadió de repente.

Anna se incomodó y deshizo el abrazo. Jevrem solo atendía a sus propios deseos.

—Pero yo no. Aún no…

—Anna, te amo. ¿Por qué te opones?

—¡Porque quiero estudiar! —finalmente reveló lo que la desmotivaba a darle a él ese derecho de macho procreador—. Es mi meta de vida a corto plazo: ser una profesional, trabajar…

—Cacémonos y lo obtendrás.

—No.

Cada vez que Anna se negaba a su petición, Jevrem sentía que ella le clavaba un puñal en el corazón porque lo que él deseaba para los dos no era compartido.

No insistió en su deseo de desposarla y formar familia, abandonó la habitación. Su abuela lo había llamado en cuanto se cruzaron en el pasillo, pero a él lo llevaba la rabia; la estuvo evitando para no revelarle la visiones obtenidas en la playa, aunque presumía que ella ya estaba enterada de la visita de Pavlovic. No habría que ser adivino para saber que su presencia se debía a las dos lobas jóvenes en edad de fecundar lobeznos.

En la medida en que se alejaba, su novia quedaba hecha trizas. Anna soltó el llanto por los caminos que se le cerraban, trataba de dar solución y este se volcaba contra la joven como si fuese una orden impuesta por los mismos dioses. Era como si, cada uno de los que la rodeaban, tuviese un letrero que sostenían con ambas manos para que ella leyera lo que debía hacer:

Limpiar.

Lavar.

Cocinar.

Cuidar niños.

Pero Anna tenía una meta que se fijó en su cabeza y se clavó hasta en su corazón. ¿Qué hacía? Si no se casaba con Jevrem, lo perdería.

Casarse.

Tener hijos.

Obedecer…

La propuesta fue una ruda orden.

Tomó su móvil, casi no lo usaba; de hecho, la carga estaba por expirar. Lo enchufó al conector cercano a la mesita de noche y enseguida se le antojó escuchar música. Sintonizó una de sus cantantes favoritas; por supuesto: humana, pero igual la escuchaba. En casa de sus padres, por las noches solía recostarse en la cama y concentrarse en la letra de las canciones, muchas de estas reflejaban casi de manera sorprendente como si el cantante de ese momento se hubiera inspirado en ella; sonreía a esto y sacudía la cabeza, melancólica de sus propias vivencias.

En esta ocasión, la canción elegida era una de Billie Eilish, del cual hacía un dueto con Khalid, en la que *Lovely* expresaba con sus sentidas palabras por lo que ella pasaba.

La identificaba.

Pensé que encontré una manera.

Pensé que encontré una salida.

Pero nunca te vas.

Así que, supongo que tengo que quedarme ahora.

Oh, espero que algún día salga de aquí.

Incluso si me toma toda la noche o cien años.

Necesito un lugar para esconderme, pero no encuentro ninguno cerca.

Quiero sentirme vivo, afuera no puedo luchar contra mis miedos.

¿No es maravilloso estar en completa soledad?

Con un corazón hecho de vidrio y una mente de piedra.

Me hace pedazos, desde la piel hasta los huesos.

En ese preciso instante…

Isabel tocaba a la puerta del dormitorio de Anna. Desde la galería, ella observó el enojo reflejado en el rostro de Jevrem, al pasar por su lado para dirigirse a su propia habitación. Estuvo a punto de llamarlo, pero al igual que la abuela serbia que quedó como estatua ignorada por su nieto, haría lo mismo con ella; por lo que dejó que siguiera su camino.

Cruzó mirada con la anciana, quien estaba desde el otro extremo de la galería, y, cuando Isabel avanzó hacia ella, esta se rascó la cabeza y se giró sobre sus talones para devolverse por donde provino.

Así que, aguardaba a que su amiga le abriera la puerta.

—Anna… —la llamó, estaba preocupada por no responderle.

Esta le permitió pasar.

Su nariz roja.

Sus ojos llorosos.

La híbrida ingresó al dormitorio para charlar un rato con ella, quizás a Jevrem no le hizo gracia de su «estado» y la dejó ahí, llorando un mar de lágrimas. Quería expresarle que, por su parte, no la desampararía y que contaba con ella para lo que se le presentara. Irían juntas al consultorio del doctor Pavlovic, comprarían juntas los muebles de las respectivas habitaciones de los bebés, las ropas que estos usarían y hasta pensarían en sus nombres.

Ella estaba segura de cómo se llamaría el suyo.

Emanuel, si es niño.

Erika, si es niña.

—Ignóralo, se le pasará. Así son todos los hombres de pendejos.

—No quise casarme —comentó mientras se limpiaba las lágrimas. Isabel la había rodeado con sus brazos, como si fuese su hermana mayor que la consolaba por su metida de pata.

—Claro, porque sientes que él lo hace por compromiso…

—No estoy embarazada.

Isabel se separó un poco de ella y la estudió con detenimiento. ¿Lloraba de tristeza o de alegría? Aunque no sonreía…

—¿Lloras porque…?

—Quiero estudiar.

A continuación, Anna le recordó a Isabel lo que planeaba hacer en Nueva York. Sería la única que no abordaría el jet, continuaría con el curso de lo que se propuso hacía meses, pero, para esto, requería que su amiga le otorgara el permiso de quedarse en la ciudad. Ya vería cuál sería su nueva residencia, lo cierto es que en dicha mansión no permanecería.

Según lo que Blanka le había comentado, luego de haber salido el doctor, era que la Primera Esposa del señor Damir y la progenitora de esta, permanecerían allí hasta que este cumpliese con algunos «compromisos»

que tenía pendiente con unos socios.

Al parecer, el ama de llaves le advertía por si la joven pretendía permanecer en los Hamptons con su novio.

*****

—Me extraña de ti.

Isabel le reprochó a Jevrem ante su decisión de marcharse. Él se montó a la camioneta de Everett, para rodar junto con los guardaespaldas en una caravana de tres vehículos hasta Alaska. Mantenía la mirada imperturbable más allá del parabrisas, mientras que Isabel se hallaba parada desde el otro extremo de la ventanilla del asiento del copiloto, molesta porque él prefirió terminar su relación con Anna, que apoyarla pese a que lo había rechazado para que fuese su esposa.

—Lo vas a lamentar después —advirtió ella ante su silencio y se devolvió sobre sus pasos hacia el pórtico donde la lobata se hallaba con su maleta a su lado, a la espera del taxi que la llevaría hasta el apartamento de Camila.

Isabel le pidió a la anciana para que velara por la joven, mientras resolvían de cuál sería el lugar acorde para que Anna viviera sin percances; faltaban unas semanas para que la afectara de nuevo el celo, por lo que requerían de una residencia que tuviese sótano o una habitación en que la contuviera sin que ningún macho se aprovechara de su lívido desatado.

—Señorita Isabel, la voy a extrañar —Anna expresó llorosa por la partida de su amiga y por cómo quedaron las cosas con Jevrem, que ni le dijo adiós al subirse a la camioneta.

—Cuídate, ¿quieres? Si necesitas dinero, me llamas.

Anna se esforzó por sonreír.

—Descuida, estaré bien. La señora Camila me propuso para ser asistente temporal del señor Spencer. No sé quién es él, pero pagará bien.

—El señor es un exitoso abogado y una persona amable. Estarás en buenas manos. —Fue el que abogó por ella cuando el detective Pittman la arrestó por complicidad de asesinato.

El personal de servicio había salido a despedir a la pareja alfa, la señora Blanka permanecía al lado de Anna y, el señor Milenko, este a los pies de la escalinata que conduce a la puerta principal. Los amos se marchaban, aunque quedaban otros que eran más demandantes y del cual no tendrían descanso, porque ni respetaban la hora en que ellos se iban a dormir. La sonrisa del mayordomo era desabrida, añorando que la casa estuviese solitaria, la corredera era interminable tras la visita del señor Damir y su familia.

Suspiró cansino. Esa noche tendrían que andar de puntillas; al marcharse el alfa y su concubina, los otros serían unos tiranos.

El taxi que aguardaba Anna llegó al minuto, después de que Isabel diera las gracias a las sirvientas por ser atentas y a las nodrizas por sus excelentes servicios. La lobata dio un último abrazo a su querida amiga y una venia al señor Everett por la paciencia que le tuvo por los problemas que ella causó.

Se subió al taxi, su maleta en la cajuela, su bolso sobre sus muslos, su mirada hacia la camioneta donde Jevrem se hallaba sentado dentro.

Este y los guardaespaldas no arrancarían hasta que el vehículo del señor Everett se dirigiera hacia el aeropuerto.

No obstante, el primero en partir fue el taxi de Anna. Jevrem cerró los ojos para no observar que ella se alejaba.

—¡Anna! ¡Anna! —Erik lloraba por la niñera, estando él en el regazo del padre—. ¡Anna! —Miraba alejarse el vehículo amarillo a través de su ventanilla.

—La verás después —Isabel le comentó para calmarlo, pese a que esto ocurriría para cuando la joven estuviese de vacaciones. Por el momento, tendrían que concederle que se formara como profesional y se valiera por su propia cuenta. Camila, quien no vino a despedir a Isabel, por petición de esta misma para evitar algún incidente con *las brujas* que los observaban desde las ventanas del piso superior de la mansión, sería la «madre»

sustituta de los Morris. La anciana juró que le *jalaría* de las orejas a Anna si le daba por *descarrilarse* por ser la única loba que estaría entre humanos.

—¡Anna! —Erik pedía por la joven sin escuchar a la progenitora—.

Mami, Anna… ¡Quiero a Anna!

—Ya, Erik —Everett lo reprendió sin sonar tosco, pero lo suficiente autoritario para que el bebé hiciera un puchero y luego enterrara su carita en el hueco del cuello del padre, gimoteando por la lobata que apenas le dio un beso en la frente al despedirse.

Ángel estaba recostado en el pecho de la madre, chupándose el pulgar mientras observaba a su hermano lamentarse por la partida de la niñera, que, sin pensarlo, estiró su manita hacia él para consolarlo.

Pero no alcanzaba, su bracito era corto; aun así, hacía el intento por tocarlo. Erik sintió un calambre en su espaldita, por lo que giró su rostro hacia Ángel, quien le regaló una sonrisa.

Las dos manitas se juntaron y la resignación envolvió el corazón del lobezno más grande.

Isabel y Everett intercambiaron miradas silenciosas. Los conmovió el amor que ambos hermanos se tenían. Ni ella ni él tuvieron ese privilegio con los suyos.

La caravana emprendió la marcha, el Mercedes-Benz encabezaba la hilera de vehículos, seguido por la camioneta del señor Everett –manejado por Kevin– y luego la de Luttrell. Elijah suspiró para sus adentros por no poderse quedar, no fue de los hombres seleccionados por el alfa para que permanecieran unos días en los Hamptons hasta que el señor Damir y su familia volvieran a Alaska. Maxwell, Branimir o Tyson tendrían la oportunidad de aparearse con la lobata; sobre todo, Tyson, que apostó a que la follaría en cuanto a esta *le diera cosquillas en el culo*. Esto casi empuja a Elijah en aventurarse para sugerirle a la concubina en que él se ofrecía en

«cuidar» a Anna para que nada malo le pasara; mucho macho por ahí merodeando con ganas de abusar de jóvenes infortunadas, y así asegurarse de que la lobata no se acostara con otro, sino con él que moría por *correrse* dentro de ella.

Por desgracia, hizo un juramento y tenía que obedecer. El alfa no sería clemente por él pensar más con su *pito* que con su cerebro. Sin Jevrem Brankovic, hubiese tenido el camino libre para conquistar a esa lobita de téticas pequeñas.

Cruzando los límites de Long Island, tanto el taxi de Anna Morris como la caravana, tomaron rumbos diferentes, del cual el primero rodaba hacia Manhattan y los demás hacia Queens, donde el tráfico aéreo ascendía y descendía en el Aeropuerto J.F.K.

Capítulo 38

Primeros días de diciembre.

— *¡Mamáááááááá!*

—¿Qué sucede?

— *Edi* me quitó el *cago*.

—Carro… —Isabel corrigió a Ángel con dulzura—. A ver, Erik: devuélvele el carrito a tu hermano.

—Pero, yo quería jugar…

—¿Y el tuyo?

Erik encogió sus hombros, en una aparente ignorancia del paradero de su juguete.

—¡Le quitó las *guedas*!

—Ruedas…

— *Gu… gu…*

Ángel se acomodó sus anteojos, esforzándose por repetir de forma correcta la palabra. Le costaba pronunciar la «erre»; aunque no siempre, pero sí algunas otras consonantes complicadas. Había crecido mucho en esos casi dos meses, estirando su cuerpito en un niño de unos cinco años, mientras que Erik parecía de siete, bastante robusto y fuerte. Todo aquel que los visitaba en la cabaña, se sorprendían del crecimiento desmesurado de los gemelos, pues según los cálculos desde su nacimiento, el 03 de mayo, estos tenían siete meses en edad y aparentaban más de la cuenta.

Las cuerdas vocales en Erik estaban desarrolladas; en cambio, en Ángel, los problemas físicos comenzaban a preocupar a sus padres, por la semejanza con respecto al de los niños humanos con Síndrome de Down.

Ángel era miope y padecía de constantes resfríos, por lo que su cuidado tendía a ser minucioso para que no sufriera recaídas.

Estaba ataviado en un grueso conjunto de algodón que lo protegía del frío mientras que Erik apenas usaba pantalonetas y camiseta, debido a que la temperatura de su cuerpo era bastante elevada.

El invierno estaba a la vuelta de la esquina sin que afectara a la mayoría de los residentes de la cabaña. El pobre Ángel no tenía dicha libertad cuando jugaba en el exterior: una bufanda protegía su cuello,

suéter que abrigaba bien su pecho y una chaqueta que le brindaba el calor extra que

necesitaba. De vez en cuando, le daba sustos a la madre cuando estornudaba…

—Mami, no puedo: *guedas*…

—Ya podrás, tan solo debes repetir.

—Yo sí sé: ¡ruedas!

—¡Muy bien, lo dices clarísimo! —Isabel elogió al mayor y Ángel hizo un puchero por no ser tan listo—. ¿Quieres enseñarle a tu hermanito?

Apuesto a que contigo aprenderá más rápido. —A veces los mejores profesores eran los niños, porque recurrían a métodos tan fáciles que los adultos se sorprendían.

—¡Sí!

—¿Y tú, Ángel: quieres que Erik te enseñe a pronunciar la *erre*? —

consultó para tomarlo en cuenta y este apoyó la idea entre aplausos emocionados.

—Pero que no me quite el *cago*.

—¡Carro! *¡Carrrrrrrrrro!* «ar» «ar» «ar» —Erik corrigió a su hermano menor, estando muy orgulloso de ser nombrado profesor de dicción.

Este lo imitó como si emitiese un gruñido.

A Isabel le sorprendió que a Ángel ciertas palabras con *dicha consonante* le impidiera hablar con fluidez, cuando *aquella vez* en la academia, él pronunció –a la mitad– el nombre de Kerenor. En la medida en que iba creciendo, las palabras se atoraban en sus labios, tal vez por querer hablar con la misma velocidad que lo hacía Erik y las demás personas que con él convivían, o simplemente su condición lo fastidiaba. Aun así, Isabel evitaba ejercer presión sobre su hijo, el doctor Pavlovic monitoreaba su desenvolvimiento intelectual y físico. De momento, sus limitaciones eran

«normales»: usaba anteojos por su precaria visión, se agotaba rápido en sus juegos debido a su débil fuerza motriz, su sentido auditivo apenas era menos agudo a los demás lobos y tenía complicaciones con su tracto digestivo.

A pesar del cuadro genético con el que Ángel lidiaba, Isabel lo amaba con devoción. Era muy risueño y sociable, amaba bailar sin que le importase que tuviera *dos pies izquierdos*, le gustaba interactuar con extraños y observar mucho sus expresiones faciales y tonos de voz; de por sí, Ángel era muy observador…

Los pequeños continuaron jugando e Isabel dejó que estuviesen al cuidado de Nashua y Sakari, las nodrizas nativas de la Tribu Yakaramath,

que rápido se pusieron a la orden tras el rumor de la llegada del alfa y su familia, hacía unos meses. Nashua no se sorprendió del tamaño de los gemelos en cuanto los vio, ella esperaba que ellos fuesen así, el chamán los había descrito en sus continuos trances y ella se lo hizo saber –en su lengua materna– a los padres de estos para que no se preocuparan por el *envejecimiento prematuro*: Ángel y Erik destacarían sobre otras progenies.

En cambio, los demás cachorros que crecían a un rango «normal» en las diversas regiones de Alaska y el país, pasarían por la vida sin penas ni glorias, porque serían opacados por los hijos del alfa, que tendrían un destino diferente, muchas manadas les besarían los pies.

Sobre todo, al tercero que la híbrida gestaba…

Como si cargara un bulto de piedras sobre sus hombros, Isabel subía las escaleras hacia su dormitorio. Cada escalón que ascendía era como si ella escalara una montaña empinada que le hacía doler las piernas y su columna vertebral. Caminó descalza por el pasillo, ya que sus pies los tenía hinchados y, estando así, no se quejaba tanto de sus caderas.

—¡Huy, ¿qué tanto empacaste?! —Sus ojos se agrandaron ante la maleta que yacía abierta sobre la cama matrimonial y las que se hallaban cerradas al lado de la silla rústica.

—La tuya, la mía, la de los gemelos y la de Erika.

Isabel puso los ojos en blanco. Everett fue muy exagerado empacando ropa, tomaba con anticipación la previsión de estar listos para cuando la bebé naciera. Según, Pavlovic, del cual él estaba pendiente del embarazo de Isabel, presumía que, a más tardar, en una semana pariría.

—¿Por cuánto tiempo nos quedaremos en Kenai? —consultó aprensiva, ya que no le apetecía volver a ver al *engreído* ni al Cuartel de las Brujas.

—Iremos directo a Anchorage para hospedarnos en un apartamento que renté mientras llega el día del nacimiento de nuestra lobezna. Ya me comuniqué con Esther y Lourdes; llegarán mañana para que cuiden de los gemelos; pensé en algunas de las niñeras locales, pero es mejor que las nodrizas se hagan cargo: ellos están familiarizados con ellas y estarán más cómodos. —La experiencia le había enseñado a él en que Isabel debía estar tranquila. En Kenai hubiese sido más apropiado para que su mujer pariera, pero Grubana, Damir, Vesna y sus hijas; inclusive: Radojka y su progenitora, quien los siguió hasta el pueblo para prolongar unos días más su estadía en Estados Unidos, amargarían a Isabel hasta el punto de enfermarla.

—Tienes razón, es lo mejor. —Hubiese sido genial que Anna se sumara al equipo, pero la joven ya había comenzado sus estudios y estaba emocionada.

Isabel echó un vistazo por encima de la ropa cuidadosamente doblada en su maleta y la conmovió de que Everett empacara todo sin la ayuda de las nodrizas nativas o de Dorothy, una aldeana de las comunidades lobunas cercanas. Sonrió por la montaña de ropa, del que *su greñudo* tendría que ejercer fuerza para cerrar la maleta, pues parecía haber desocupado el armario.

—¿Metiste la bata rosa y su albornoz?

—Sí.

—¿El vestido floreado?

—Sí.

—¿El azul?

—También.

—¿Cuántas bragas…?

—Todas.

Arqueó las cejas.

—¿Todas?

—Sí, por si acaso…

—Por si acaso, ¿qué…?

—Por si acaso te orinas mucho en los calzones.

Le dio un manotón y él rio.

—Muy gracioso, fue solo una vez… —la penosa ocasión ocurrió cuando le dio pereza levantarse en la madrugada para orinar sobre la bacinica que estaba en el baño improvisado y del cuál Everett «improvisó» un inodoro para que ella no se acurrucara. Pero el sueño la dominó y, cuando las ganas pudieron más, se orinó encima. Lo que ocasionó que Everett le tomara el pelo por varios días.

El comentario socarrón no la enojó; de hecho, desde que retornaron a Denali, la relación entre los dos volvió a ser como la de antes: Everett le daba mimos y estaba pendiente de ella por si sentía dolencias o antojos. Una vez las tripas de Isabel gruñeron a las tres de la mañana, con unas ganas voraces de comer pescado frito. Everett ordenó a Kevin y a Elijah para que fuesen al rio; tardaron unas horas y, al volver a la cabaña con lo solicitado, colgando de sus anzuelos, Isabel vomitó el piso de la cocina.

Los pescados tuvieron que enviarse a los pobladores, el olfato de la gestante era muy sensible.

El feto se movió como si también estuviese ansioso, provocando que Isabel acariciara con cariño su prominente barriga.

—Ya casi, *mi cielo*, aguarda un poquito más.

Everett se arrodilló y besó la parte en que el feto lanzaba sus pataditas, quizás, incómodo por el espacio materno que cada vez le quedaba más estrecho.

—Oye, «pateadora», sé que estás impaciente por salir, ¿serías buena nena de no hacer sufrir a tu mamá?

Una patadita.

Luego otra, del que Isabel cerró los ojos para soportar el golpe en sus costillas.

— *¡Auch!* Creo que no será una «nena obediente», casi me saca el aire…

—Una mini Isabel —sonrió—. Ya quiero que nazca.

—¿Estás preparado para soportar un *terremotico*?

Él alzó la mirada hacia Isabel y esbozó una sonrisa pícara.

—Si sobreviví a un epicentro Categoría 10, llamado «Isabel», sobreviviré a la réplica.

La aludida hizo que Everett se pusiera en pie y le estampó un beso en los labios como recompensa a todo por lo que ambos han sobrellevado. Desde el enfrentamiento con Kerenor y posterior discusión en el Mercedes, ellos no volvieron a tocar el tema. El vampiro quedó en el pasado, siendo un mal recuerdo para el lobo y una pena para la híbrida, por ser una amistad que pudo efectuarse y no se logró por los tontos celos de Everett, como pareja y como padre. Ángel mencionó a Kerenor unas cuantas veces, pero en la medida en que transcurrieron los días en el bosque, lo fue olvidando poco a poco. Lo mismo sucedió con Erik al extrañar a su niñera; al crecer este y su hermano, se hicieron cada vez más independientes: iban solos al baño, ideaban juntos diversos juegos en la que se divertían, hicieron amigos con algunos niños yakaramath; la nieta de Ma-cheil –pese a su corta edad y tamaño– desafiaba en competencias a Erik, «a ver quién corría más rápido o saltaba por los árboles».

Sus dos *retoños* ya eran unos hombrecitos, dejando atrás la lactancia.

Desarrollaron el gusto por la carne.

Por desgracia, Isabel tenía que «ordeñar» sus pechos para que no se reventaran. Su cuerpo aún producía leche.

Everett entregó las maletas a Kevin y a Elijah, encargados de ese tipo de labores, llevándolas a la *caja trasera* o platón de la camioneta de Luttrell, quien junto a Harper y Colton, viajarían desde ya hasta Anchorage para llegar justo a tiempo para cuando el helicóptero aterrizara en el helipuerto al día siguiente durante el amanecer. El Alfa del Clan Makarov ya estaba notificado para evitar incidentes, pese a la expulsión que sufrió este por parte de Everett en Nueva York a causa de los vampiros.

—¡Señor Everett! ¡Señor Everett! —Sakari lo llamaba desde la planta baja. En su tono había cierta angustia.

Él enseguida atendió el llamado, pero, en vez de salir deprisa del dormitorio, corrió hasta el ventanal que da hacia la parte frontal de la cabaña, habiendo escuchado una voz masculina desconocida a sus oídos, en la que requería de su presencia.

En cuanto sus ojos se posaron en el exterior, se impactó.

¿Esa gente que hacía allí?

¿A qué vinieron?

Bajó de volada por las escaleras, mientras que Isabel lo seguía bastante rezagada por su avanzado estado; Sakari se avocó en darle una mano para ayudarla a descender los escalones con cuidado, sin que Everett se hubiese dado cuenta; de lo contrario, la habría ayudado y no quedar como un desconsiderado. Nashua se ocultó tras el ventanal de la sala, junto a Erik y Ángel, quienes observaban curiosos a los sujetos recién llegados que lucían trajes formales que no correspondían al entorno.

—¿Es usted el señor Everett Brankovic? —preguntó un estilizado hombre de cabello canoso y facciones elegantes, que a Isabel le recordó a Conroy Spencer –el amigo de Camila– por su fina estampa.

El aludido asintió, midiendo a cada uno de los sujetos que se bajaron de varios todoterrenos de altos neumáticos y amplios parachoques, a la vez en que meditaba de cuál era la razón para que estos hayan recorrido miles de kilómetros hasta su morada, ubicada en medio de un bosque que comenzaba a quedarse sin ramas por el venidero invierno.

En cuanto se identificó, el estilizado hombre y sus guardaespaldas, le hicieron una venia respetuosa.

—Mi nombre es Luis Gilberto Ospina, es un honor conocerlo, señor —

dijo este con un acento proveniente de alguna parte de Latinoamérica —. Es un digno representante.

Everett no supo qué quiso decir, puede que se refiriera a su musculatura o al duelo ejecutado meses atrás con *aquellos malditos*, que enseguida le preocupó que lo hayan buscado para librar otras peleas de ese tipo con el fin de entretener a los Alfas Regionales.

Se ganaba mucho dinero en apuestas.

Supo que, de su triunfo, su propio Alfa Mayor ganó una gruesa cantidad de dinero que obtuvo del *colega* canadiense.

—¿Para qué ha venido? —Aun así, inquirió sin que le hiciera bajar la guardia sus halagos.

Los guardaespaldas alasqueños se mantenían atentos hasta de la

respiración de los hombres que protegían *al del traje costoso*. Estaban tensos y a la vez pasmados de la sorpresiva visita, que ninguno atinaba a saber para qué requerían a Everett, como si los visitantes dudaran de su liderazgo dentro de la manada. Lo mismo meditaban los guardaespaldas del señor Ospina, siendo estos de piel y cabellos más oscuros a los lobos locales que se mantenían a cierta distancia; *los citadinos* no comprendían por qué recurrían a un pueblerino que era casi ermitaño, de aspecto salvaje y de seguro un analfabeta que jamás recibió educación por parte de los mejores tutores que una familia de abolengo podría pagar. Lo estudiaban con desdén: era greñudo, maleducado y un pata-en-el-suelo, puesto que ni zapatos calzaba. Estaba casi desnudo, apenas cubierto por unos mugrosos vaqueros desteñidos y rotos, que para estos daba vergüenza ajena.

El señor Ospina esbozó una sutil sonrisa.

—Para entregarle un mensaje por parte de nuestro amo: lo convoca a ir a su residencia de descanso para hablar con usted.

—¿Y eso por qué? —inquirió de forma demandante, provocando que los *lobos citadinos* lo reprendieran con la mirada por su hosquedad.

—Nuestro amo le dirá —Luis Gilberto se cuidaba de revelar demasiado

—. Prepárense para viajar, no deben hacerlo esperar, el tiempo es propicio.

—Luego miró a Isabel que se acabó de ubicar, dos pasos atrás de Everett, y a esta le dio una leve reverencia.

Everett se dio cuenta y la protegió con su espalda.

—Mi mujer pronto parirá —le hizo ver—. No puedo dejarla sola. —Si fuese por él, hasta el mismo Licaón tendría que esperar, Isabel estaba primero.

Luis Gilberto se inclinó hacia un lado y observó la barriga de la loba de ascendencia mexicana y expresó en su fuero interno que era una gran

bienaventuranza que ocurriera.

—Tendrá que acompañarlo; incluyendo sus cachorros... De presentarse, *el parto*: nuestras parteras se encargarán de su mujer. Por favor, hagan sus maletas, debemos escoltarlos de inmediato —dijo sin

percatarse que, en la *caja* de una de las camionetas estacionadas, estaba repleta de equipaje.

Dicho esto, el hombre hizo una reverencia a la pareja alfa y se encaminó hacia uno de los todoterrenos, junto con sus guardaespaldas. Luttrell, Maxwell y Tyson, ya se habían transformado entre los arbustos, mientras que estos estuvieron hablando. Desde allí los vigilaron, preparados para saltar sobre los visitantes si gruñían. Lo tomarían como una provocación a matarse a mordiscos.

Isabel se preocupó.

—Everett, ¿qué sucede?, ¿Quién es esa gente? —¿Acaso tenía que ver por lo sucedido con Kerenor? Jamás se perdonaría, si por su culpa, a Everett lo había puesto en un aprieto por charlar ella con un vampiro «amistoso».

Debió ser cauta y haberse pitado de allá en cuanto este se acercó con su sonrisa «afable», su exceso de confianza puso en peligro al hombre que amaba y a sus hijos.

Estaba por llorar. ¡¿Qué fue lo que había hecho?!

Al contemplar la mortificación reflejada en los bellos ojos achocolatados de su mujer, Everett en voz baja le respondió:

—Es un emisario de la Casa Real de América. El Supremo nos ha solicitado.

Isabel jadeó. ¡¿El Supremo?!

—Ese es… Es… —las piernas le temblaron.

Everett se tomó una respiración y oró al cielo para que dicha

«convocatoria» no le ocasionara amarguras.

—El rey.

Capítulo 39

La llamada dejó perplejo a Jevrem.

Su tío Everett lo acabó de llamar, informándole sobre la orden emitida

por el Supremo. Tuvo que cerrar los ojos y respirar profundo para contenerse de hacer una expresión de sorpresa que, *los que se hallaban presente* en el despacho, no se dieran cuenta. El mensaje de texto recibido –

alertado mediante la vibración de su móvil, dejado a modo silencioso en el bolsillo interno de su chaqueta– lo leyó a riesgo de sufrir la mirada reprobatoria de su padre.

Por educación, Jevrem tuvo la precaución de no hacer evidente de extraer su móvil, mientras que Zoran –su tío abuelo– planteaba el aumento de impuestos en el sector maderero y peletero, para compensar el 15% que Everett exigía de las ganancias netas a todos los metamorfos que superaban un ingreso de cien mil dólares anual, como fondo tributario que se depositaría en el arca general para la preservación de la fauna y flora de Alaska.

Según, Slobodan, dicho impuesto debía ser pagado por los humanos, quienes eran los que provocaban la tala y la quema, y no ellos que vivían en *consonancia* con la naturaleza. Por ese motivo, él y sus hermanos, junto a Damir, se reunieron para acordar una vía alterna que les permitiera evitar que su propio dinero cayera en costal roto.

Jevrem se forzó por escuchar el cacareo de Slobodan, pero en su mente repasaba lo antes leído: « *el Supremo los había convocado para hablar con ellos*».

Inquieto por esto, se removió en su puesto. Su sillón colindaba con la de Teodor y Emir, hijos menores del difunto Dragan, quienes prestaban atención a lo que allí se exponía; a ellos les convenía tomar una nueva alternativa, pero debían asegurarse de ser viable para que Everett no lo rechazara. Lo que su tío abuelo se forzaba por convencer al resto del grupo, cómodamente sentados en el juego de sillones blancos, a Jevrem le entraba por un oído y le salía por el otro, con un único pensamiento girándole en la cabeza.

¿Para qué el amo de los metamorfos del continente americano ordenó que Everett viajara con su compañera e hijos?

Isabel estaba en sus días previos al parto y los pequeños eran muy traviesos.

Además de extraordinarios…

Zoran –el mayor de los tíos longevos– formuló una pregunta a Slobodan con referencia a cuáles empresas humanas se les aplicaría el

impuesto, pues no estaba claro si a un sector o a todas, sin importar si eran pequeñas o grandes empresas. Y, en cuanto este último estuvo a punto de abrir la boca, un breve toque en la puerta del despacho interrumpió momentáneo lo que iba responder su hermano.

Jevrem, por ser el de menor edad en ese grupo de lobos, se puso en pie para atender lo que Milenko –según el olor percibido bajo el bordillo de la puerta– querría.

—El señor Damir acaba de recibir una llamada telefónica —susurró el mayordomo al muchacho, apenado por molestar a los hombres.

—¿De quién se trata?, le haré llegar el mensaje.

El anciano cabeceó.

—Lo siento, joven amo, es de parte del señor Makarov. Solo el señor Damir debe escuchar. —Había recibido una orden enfática de revelar solo al destinatario.

En vista de la reserva del mayordomo y del hecho de no estar el joven en posición de nublar sentidos; sin expresar palabra alguna, rodó sus ojos negros hacia los de su padre, quien enseguida captó que él lo necesitaba.

Damir se disculpó con sus tíos y se levantó de la silla del escritorio y se dirigió hacia donde los otros dos aguardaban. Jevrem recostó sus nalgas en el escritorio, manteniendo los oídos atentos a lo que Milenko le informara a su padre; sin embargo, Damir cerró la puerta tras de sí, y, por más que Jevrem parara la oreja no escuchaba nada. Apenas susurros inaudibles que ninguno entendió una palabra, solo pasos acelerados que se alejaban hacia el vestíbulo.

—¿Qué le pasa a ese estúpido sirviente que interrumpe la reunión?,

¿acaso no le explicaron que no debía molestar? —Zoran inquirió a Jevrem, teniendo todos que aguardar a que Damir volviera. Emir aprovechó para encender su puro y Teodor se levantó para servirse otro vaso de whisky.

—Milenko acata las órdenes con precisión, si interrumpió es por algo importante.

—Como, ¿qué?

—Ya nos dirá, papá.

Zoran no ocultó la molestia que lo embargó, el muchacho era muy altanero para ser apenas la sombra de su progenitor. Tenía la osadía de contestarles como si fuese su igual, le hacía falta que lo pusieran de nuevo en su sitio para que respetara a los mayores. Cada vez se asemejaba a ese bastardo cobarde que desaprovechó darles una estocada a los vampiros neoyorquinos, que, de solo recordar, le daban ganas de gruñir en voz alta.

Los tres hombres se creían sabios por superar los cien años. En otrora, los descendientes de Dragan Brankovic fueron ocho hermanos: Stanislav, seguido por Zoran, Basilio, Milos, Slobodan, Milisav, Teodor y Emir.

Siendo cuatro los sobrevivientes al paso del tiempo: los que ahora estaban ahí con sus gordas nalgas aplastadas en los sillones del despacho.

Estos tuvieron que adaptarse a las disposiciones del hermano mayor.

Stanislav fue un terco alfa, cuya fe ciega en su descendencia, casi desencadena la aniquilación entre su gente. Ranko solo fue músculos para seducir hembras y medirse a los puños por diversión, Damir –el títere– se preocupaba más por su apariencia y su primogénito que carecía de voluntad propia, y Everett, el bastardo que no tenía pantalones para afrontar una batalla que llevaría a la familia al poder absoluto.

Sueños de grandeza que más de uno albergaba…

Minutos después, Damir volvió.

Su expresión lívida.

—¿Por qué tienes esa cara de cadáver, se cayeron tus acciones en la Bolsa de Valores? —Slobodan inquirió con inquina por haber tenido que dar un alto a su propuesta.

Damir esbozó una sonrisa acartonada y, en cuanto se sentaba de nuevo en la silla tras el escritorio, el móvil de Zoran, Teodor y Emir, sonaron al instante para cabreo de Slobodan.

Este casi escupe una palabrota, cuando su propio móvil vibró dentro de su chaqueta. Al parecer, algo ocurría, porque la gente se puso de acuerdo para hacer llamadas.

Atendió al igual que el resto de los presentes.

Fue como si de repente los Brankovic hubiesen adquirido «la telepatía», porque entre ellos la comprensión se dio en un pestañeo. Intercambiaban miradas silenciosas y sorprendidas, cada uno escuchando al que los había telefoneado, informándoles algo que los enmudecía.

Zoran palideció y Slobodan enrojeció de la rabia. ¿Y eso por qué? ¿A qué se debía? ¿Solo a él y a su progenie defectuosa?

Colgaban a sus interlocutores y, a continuación, marcaban rápido a otro número telefónico; Zoran se excusó con sus parientes, encaminándose hacia la salida mientras tenía el aparato pegado en la oreja. Slobodan buscó la mirada de su sobrino y este no tenía idea del porqué aquello ocurría. No obstante, el único que tenía plena conciencia se mantuvo callado y fingió ignorancia; aunque esto solo se lo creyó Slobodan, pues Damir notó en el semblante desconcertado de su hijo de estar al tanto de los acontecimientos.

Despidió al resto de los descendientes directos de Dragan, y les agradeció haber asistido a la reunión; ninguno protestó por la interrupción abrupta, se marcharon de allí a pasos acelerados hacia sus respectivos automóviles de alta gama.

—No sé más que tú —Jevrem respondió a la pregunta de su progenitor, en cuanto los dos se quedaron a solas en el despacho.

—El rumor está corriendo como pólvora. ¿Será verdad o es alguna treta sucia de algún idiota para fregarnos la paciencia?

—Es cierto: tío Everett me escribió un mensaje, pero no revela más de lo que a ti te informaron.

Damir se sobó la mandíbula, en un gesto nervioso por el motivo que haya tenido el Supremo para que Everett, la híbrida y los cachorros, hayan tenido que cambiar sus planes de forma repentina. Casos así suceden cuando se cometen delitos graves.

—¿Qué fue lo que sucedió en Nueva York, para que Everett haya llegado *en bolas* a la casa? Él es muy cuidadoso con lo de transformarse en público, a menos que sea necesario. ¿Supiste algo? —Jevrem cabeceó y Damir frunció el ceño—. No mientas, algo debes saber, porque hasta tú dejaste allá a esa sirvienta. No la dejabas sola ni para respirar…

—Lo de Anna nada tiene que ver con lo de tío Everett —respondió contenido, molesto por tener que tocar ese tema que le dolía con su

padre.

Para este sería como una declaración de triunfo.

Damir alineó sus ojos, sospechando que sabía más de lo que expresaba, pero no replicó, sino que sonrió conciliador, consciente de que hasta el más sagaz de los Portadores querría el don de este para obtener ventaja sobre sus enemigos.

—No —Jevrem adivinó al vuelo las intenciones de su padre.

Espiarlo con su clarividencia.

—Deberías, tal vez nos necesitan —replicó en un tono que le hizo dar a entender al muchacho de ser el medio más efectivo para asegurarse *aquellos*

no la estuviesen pasando mal.

Jevrem lo meditó, siendo esto lo que pensaba hacer sin comentárselo a su padre, pero como notó que la preocupación era genuina, aceptó. Así que, subió veloz a la planta superior y se dirigió hacia el dormitorio donde Everett e Isabel solían hospedarse cuando estaban de visita en Kenai. Pero se vio en la complicación de no hallar ninguna pertenencia de la pareja.

Lo que empacaban, se lo llevaban de vuelta, dejando las gavetas y los armarios como si jamás hubiesen sido ocupados.

—¿Cómo voy a…? —la pregunta que se formulaba quedó interrumpida cuando optó por tocar los mobiliarios y así obtener a través de estos alguna visión en tiempo presente.

Posó la palma de su mano sobre la mesita de noche y cerró los ojos para concentrarse.

Se vio puliendo con un trapo ese espacio. Estaba *en los ojos* de una de las sirvientas.

Presumía que era Amelia, a juzgar por la forma de su manos.

—No sirve —la sirvienta había removido la energía áurica de los otros, reemplazándola con la suya.

Lo intentó al plantar la mano en las barandillas de las cunas. A ver si con sus primitos tenía suerte.

—Mierda… —de nuevo *las manos de Amelia*, limpiando…

Pasó la mirada por la habitación, buscando lo que le sirviera para

«conectarse» con Everett o Isabel.

¿Las almohadas?

Al igual que el colchón, le pareció que ninguna chispa arrojaría, las fundas y las sábanas se cambiaban a menudo y lo han estado haciendo varias veces desde que los huéspedes del dormitorio no retornaron, tras el accidente del helicóptero, hacía unos meses.

Siguió buscando con la mirada…

¿La cómoda?

Hum… Hizo un mohín, le parecía lo mismo que con la mesita de noche: las manos de la sirvienta, limpiando y limpiando.

¿Y una percha?

Sonrió, nadie pasaría un trapo para darle brillo a las perchas, donde su tío e Isabel colgaban la ropa.

Por desgracia, para tener éxito en sus visiones, el objeto debía haber sido

«tocado» en fecha reciente, y en dicho dormitorio la ausencia de los antes

mencionados era latente.

Desde el verano pasado, ahí no descansaban.

Aun así, Jevrem hizo el intento de obtener lo que fuese del mobiliario y los adornos que lo rodeaban.

Tocó cortinas, lámparas, tiradores de gavetas, el pomo de la puerta del baño, las llaves del agua fría y caliente de la ducha, la palanca del inodoro, el pote del champú y del enjuague, el jabón de tocador…

No tuvo éxito.

La energía que cada ser plasmaba sobre los objetos se disipaba durante el transcurso de las semanas o los meses. Todo dependía del período y de la frecuencia en que otros lo tocaban.

O él aún era inexperto con su don.

Frustrado, hizo el amague de abandonar el dormitorio, pero se topó con su progenitor que lo observaba desde el marco de la puerta principal.

—¿Qué necesitas? —Él era consciente de que se requería de un objeto más personal para obtener un atisbo de visión.

—Un accesorio o una aprenda de ropa… Pero debe ser algo que ellos hayan usado reciente y aquí no hay nada, salvo polvillo. —Amelia no limpiaba bien.

Damir lo pensó un rato y luego esbozó una sonrisa siniestra.

—Puedo ayudarte con eso.

Guio a su hijo hasta la habitación de Radojka. La mujer se sorprendió en cuanto abrió la puerta, hallando a su marido y a su hijo que, enseguida, ella miró por sobre su propio hombro hacia su progenitora –sentada en el sillón cercano a la cama– para alertarla de la presencia de estos dos que ya entraban a la habitación sin su permiso.

—¿Por qué entran de esta manera?

—Discúlpanos, mamá, lo que pasa…

—Entrégame *lo que guardas* con tanto celo.

Radojka se hizo la desentendida y Ava deslizó su mano hacia el bolsillo de su vestido para guardar lo que sostenía.

Jevrem se dio cuenta y enseguida le extendió la mano, para que se lo entregara, asumiendo de que se trataba de lo que su padre pedía a su progenitora con rudeza.

—Nada tengo —le mostró ambas manos, con una frialdad en su rostro, del que el nieto notó que se debía a que mentía.

—Dámelo, abuela —la orden fue tajante.

Hipnótica.

Sin poder detener su envejecida mano, Ava sacó del bolsillo, un gancho de pelo del cual el joven no esperó que esta le entregara. Pensó que se trataba de un accesorio de Isabel o algo por el estilo, no una pertenencia de su exnovia.

—¿Por qué lo tienes? —le inquirió a la anciana mientras Damir exigía más autoritario a Radojka lo que ella mantenía consigo desde que retornaron de Nueva York. En una ocasión la descubrió tratando de «espiar»

los movimientos de Everett o Isabel García.

—Lo dejaste en la playa y lo recogí. —Y del que conveniente lo mantuvo consigo para monitorear a esa niñera que se acuesta con los amos y, lo más probable, con cada guardaespaldas que protegen a los varones Brankovic.

Tan promiscua que prefirió dejar escapar a un joven adinerado para permanecer en la ciudad y disfrutar del libertinaje. Lo poquito que percibió de esta, fue que le coqueteaba a un humano de cabello rubio que portaba muchos libros. Ava creyó que, por ser amiga de la concubina, la lobata sabría algo de lo que pasaba con esta y el bastardo, pero solo hablaba de cosas que la anciana no comprendía.

Escucharon la llamada entrante en el vestíbulo principal, atendida por Damir. Radojka empuñó la corbata de su marido y del que Ava la obligó a mantener una siempre en sus bolsillos para ocasiones como esta, en la que empuñó la prenda, escondidas en el descanso de la escalera y Radojka –en el cuerpo de Damir– escuchó claro que Andrey Makarov le advertía sobre lo del Supremo.

—¿Por qué no me lo entregaste?

—Eso iba a hacer…

—Tienes el gancho desde principios de octubre. ¿Cuándo pensabas entregármelo?

—Ahora. Toma… —Alargó la mano y Jevrem lo recibió con una punzada en la boca de su estómago. ¿Qué habría visto su abuela del que Anna tendría que después cuidarse? Quería a su abuela y agradecía que lo haya orientado en la playa, pero de esta hasta él se cuidaba, por algo la mantuvieron alejada durante años. No era una persona cálida.

Radojka se vio acorralada por su marido, quien la amenazó con mandarla a Serbia, junto con Ava, si no le entregaba lo que le pedía. La mujer sacó el par de mancuernas de la primera gaveta de la mesita de noche, donde un minuto atrás los escondió como medida de precaución para que no la

descubrieran. Pero de nada sirvió, ella era un libro abierto del cual Damir leía muy bien: su rostro palidecía y sudaba cuando mentía, sus manos temblaban y su corazón palpitaba a millón.

Se avergonzó, su hijo se dio cuenta de que ella fisgoneaba la privacidad de su cuñado.

—No la increpes porque *sabías*… —Ava le sacó en cara a su yerno por este hacerse el escandalizado con su mujer—. O no habrías entrado tan seguro de lo que ella poseía.

—Lo sospeché —fingió inocencia—. Pero no estoy enojado. Gracias a su

«curiosidad», podremos averiguar lo que pasa con Everett. A menos que ustedes dos ya sepan lo que está sucediendo. ¿No es así? —Clavó sus ojos severos y estas negaron con la cabeza.

—Apenas comenzaba, pero no logré captar nada —dijo Radojka, cohibida—. Solo el terrible ruido de un motor que casi me ensordece.

Damir y Jevrem meditaron que, tal vez, se debió al rotor de las hélices del helicóptero que compraron tras la caída del otro. Semejante ruido aturdía si no protegían los oídos con audífonos para los pasajeros.

Entonces, el joven mostró el gancho de Anna a su abuela.

—¿Por qué lo sostenías?

Pese a que había acabado de salir de la hipnosis de su nieto, Ava desvió la mirada para no ser obnubilada una vez más y, simulando arreglarse su cabello recogido en un moño bastante apretado, respondió:

—Para entregártelo…

—¿Qué viste de ella?

—Nada. Solo recordé que lo tenía.

—¿Desde hace dos meses en tu vestido? —la cuestionó y la anciana encogió los hombros como niña distraída. Se le daba bien mentir.

—Olvídalo —Jevrem prefirió no presionarla más, a sabiendas de que, si lo hacía, obtendría una respuesta que lo enojaría. Ya él se encargaría de hacer sus propias averiguaciones.

—¡Jevrem! Hijo, permite que… ¡Jevrem!

—Déjalo, mujer. No tienes derecho a dar explicaciones —Damir espetó luego de haberle entregado ella las mancuernas.

Decepcionado por haber sido utilizado por sus parientas, el joven abandonó el dormitorio, haciendo de oídos sordos al sollozo de Radojka y a las excusas tontas de su abuela Ava. Damir no amenazó a las dos mujeres, pero disfrutó haberlas expuesto frente a su primogénito para que este se

diera cuenta por sí mismo de que eran peligrosas por ser manipuladoras.

Eran peores que él, que se proponía cumplir todo lo que se trazaba como meta: se escondían en los rincones para escuchar a los demás, cuchicheaban en sus dormitorios, lucubraban planes maquiavélicos del que la mayoría de las veces lo involucraban y él tenía que vérselas para no meterse en problemas.

Él sabía que *ellas sabían*…

Si bien, fue aventurado enfrentar a su mujer, pues el castigo de esta sería señalar sus preferencias masculinas sobre las femeninas, no le importó con tal de averiguar qué rayos pasaba con Everett y esa hispana gritona.

Así que, a pesar de haberle dado largas en descubrirlas, por estar él esperando el momento pertinente en la que estas le revelaran algún secreto sucio de su hermanito o cuñadita, le sirvió para desenmascararlas como unas fisgonas.

Ni su esposa ni la entrometida de su suegra nada trascendental captaron.

Fue tras su hijo y lo halló en el sofá del despacho. Sus ojos cerrados, su mano empuñada en torno a las mancuernas. A ver si las huellas plantadas de esas locas sobre los accesorios de Everett, no entorpeciera la clarividencia que Jevrem intentaba hacer.

Este expulsó el aire de los pulmones. Su psiquis viajaba más allá de la luz hacia su tío paterno.

El gancho de Anna, celosamente guardado en el bolsillo lateral de su fino pantalón, aguardando el momento para cuando el joven le diera su justa atención.

Capítulo 40

—Perdóname.

Isabel susurró a Everett, de camino hacia la casona del Supremo.

—¿Por qué me pides perdón? —preguntó en el mismo tono de voz para que, *los que viajaban con ellos*, no lo escucharan; ambos sentados en el asiento trasero de una limusina negra destinada a asuntos diplomáticos. Los gemelos dormían recostados contra sus brazos, y los equipajes –todo lo empacado– en la cajuela de los dos vehículos que los seguían a moderada velocidad.

—Fue por mi culpa —expresó a su oído—. No debí permitir que Kere…

— *¡Shhhit!* —la chiteó bajito en una advertencia que le hacía para que dejara de hablar. Aún no se determinaba en qué condiciones verían a Cortázar.

Isabel comprendió y guardó silencio, pese a que su expresión entristecida era evidente.

Volvió su rostro hacia su ventanilla y suspiró en una marejada de sentimientos que la ahogaban. ¡Cuánto temor la envolvía! Su corazón palpitaba lleno de angustia, fue su culpa, no debió permitir que aquel vampiro la engatusara con su «afabilidad»; por su imprudencia se metieron en un lío gordo, del que lloraría después amargas lágrimas por el resto de sus días.

Aun así, Everett entrelazó su mano con la de ella y la apretó con suavidad para indicarle de este modo de no estar enojado. Isabel giró el rostro hacia él y se encontró con su dulce mirada, reflejándose un «no hay nada que perdonar». Le esbozó una sutil sonrisa, aliviada de que él no le guardara rencor; aunque pronto ella estaba por averiguar si cambiaba de parecer.

Luis Gilberto Ospina –el emisario– se hallaba sentado en el asiento del frente, de cara a ellos, revisando su agenda con ademanes elegantes y sin caer en lo engreído. De camino hacia las tundras, donde se suponía aguardaba el nuevo helicóptero adquirido por Everett, un Super Puma

tipo militar, lo reemplazaba, causando que Isabel jadeara apabullada y Everett se tensara, serían trasladados en una aeronave a disposición de los que comandaban naciones. El otro –de dimensiones más pequeñas– debió haber recibido indicaciones de retornar al Aeropuerto Municipal de Kenai y permanecer allá hasta que recibiera la orden contraria.

Durante el vuelo en ese impresionante helicóptero, Ángel y Erik estuvieron atentos a su entorno, observando maravillados que «volaban»

como los pájaros. Claro está, luego de quejarse de la presión que sufrieron sus oídos debido a los descensos bruscos y vomitar el piso metálico, ocasionando que más de uno de los lobos que les hicieron salir de la cabaña, se tapara la nariz por el apestoso ambiente.

Por fortuna, las maletas viajaban con ellos, permitiéndole a Isabel en cambiar de ropas a los gemelos y darles agua para aplacar sus estómagos. El vómito permaneció ahí durante el trayecto.

Volviendo a la limusina, Luis Gilberto levantó sus ojos de la agenda que consultaba y observó la compenetración que existía entre la híbrida y el Alfa del Clan Kenai, y esbozó una sonrisa apenas perceptible para no ser evidente; la pareja destacaba por ser diferente a otras que él conoció en sus múltiples eventos protocolares que ha dirigido en nombre de su rey; estos no se preocupaban por sus vestimentas ni a él lo atosigaban con preguntas nerviosas de, por ejemplo: ¿qué harían con ellos? Era obvio que estaban preocupados, pero se esforzaban por lucir tranquilos, tal vez para que sus cachorros no se percataran de la incertidumbre de sus padres.

Continuó repasando sus apuntes escritos durante la mañana, antes de tomar el vuelo de siete horas; aun así, Luis Gilberto meditaba en el reto que estos afrontarían: muchos críticos señalarían sus defectos y estarían a la expectativa de sus errores, para luego exclamar jactanciosos en que tenían la razón. En cambio, en el emisario, prefería no emitir opiniones por adelantado, pero le era difícil, ya que la pareja era particular.

De Isabel García, sabían mucho de ella:

Híbrida por su origen humano, hispana de estrato humilde y sin casta; le parió a su compañero gemelos univitelinos, gestados estos en un lapso de quince días, cuando lo normal son ocho semanas. Uno nació fuerte y el otro con un síndrome que, desde hacía siglos no se daba entre las manadas, y del que ambos presentaban un crecimiento

exagerado.

En cambio, Everett Brankovic:

Hijo de Stanislav Brankovic y nieto de Dragan, quien fue Primer Alfa Mayor de los Estados Unidos. Heredó el título de Alfa de su clan, a pesar de ser el menor, por su valentía, fuerza y liderazgo. Posee el don de la palabra y no se deja intimidar a pesar de estar en desventaja frente a otras especies.

Sobrevivió a dos ataques: el del Hotel Mastrangelo en Nueva York y el tan comentado «accidente aéreo» del cual su hembra salió malherida.

El señor Ospina tomó nota mental de un hecho que no le pasó por alto: la pareja se amaba.

¿Sería esto bueno o malo para sus propósitos?

En la reunión que sostendrían, serían evaluados por el amo, quien juzgará el futuro que deberán cruzar.

La limusina siguió una ruta desde el Aeropuerto Gallatin Field hacia el suroeste de Montana, donde se hallaba la pequeña ciudad de Bozeman.

Fue un trayecto que les tomó unos diez minutos, porque faltando poco para llegar, la caravana de autos se desvió por un sendero de gravilla, del que les tomó cinco minutos de conducción hasta que a lo lejos se alzaba una palaciega mansión de tres plantas, de color ocre y del que Isabel agrandó los ojos, impresionada.

Si las casas de Everett eran grandes y lujosas…

Esta las empequeñecía por ser majestuosa.

—Villa Dorada: la casa de «descanso» de nuestro amo —comentó Ospina, mientras ella mantenía la boca abierta, tanto por la belleza natural que rodeaba la mansión, como la morada misma del Supremo. La construcción se extendía de este a oeste, exhibiendo por cada piso una hilera de amplios ventanales cristalinos, donde se reflejaban las luces del interior de aquel lugar, puesto que ya eran pasadas las dos de la mañana.

Los gemelos seguían rendidos sin darse cuenta de aquella vista. A pesar de la oscuridad de la noche, el cielo estrellado sobre dicha propiedad y las sombras de una serie de montañas que la cercaban, le

provocaba a Isabel sacar su móvil de su bolso y tomar una foto.

Por desgracia, aún ignoraban para qué los llevaban, orando en su fuero interno de no ser duramente castigados por lo ocurrido con el vampiro.

—¿Le perece hermosa?

—Sí, es muy impresionante… —respondió al señor Ospina, complacido de observar que a esta la villa le había quitado el aliento. En toda el área circundante y hasta por varios kilómetros, no existía ni una casa. Así lo prefirió el Supremo, amante del silencio y la naturaleza. Los humanos se hallaban limitados en los poblados cercanos, siendo vigilados a toda hora por los centinelas *cuadrúpedos y bípedos*, para que no se acercaran a husmear ni se aventuraran en cazar los animales que por ahí habitaban. El sustento no lo compartían con seres que exterminaban los bienes que brotaban de la tierra y de los que sobre esta caminaban.

De no ser por las circunstancias que atravesaban, Everett habría expresado la sincera felicitación al arquitecto que diseñó la villa. Le gustaba.

La limusina aparcó frente a la fachada y los demás todoterrenos, provenientes del Super Puma que los había trasladado en su voluminosa cabina, los siguieron hasta perderse estos de vista por un cruce del que Everett suponía se dirigían hacia los garajes. Un sujeto alto y albino les abrió las puertas para que se bajaran del vehículo. El señor Ospina fue amable en permitirle a Everett para que lo hiciera primero junto a los dos pequeños que cargaba; este así lo hizo, pero antes alzó a Erik y a Ángel, cada uno reposando sobre un hombro, y se bajó del vehículo, con movimientos lentos para que ninguno de los dos cachorros despertara sobresaltado, porque ahí sí que hasta los humanos que dormían a kilómetros de allí tendrían que taparse los oídos por la explosión de sus gargantas debido al lloriqueo. Sin embargo, no pudo ofrecer su mano a Isabel para ayudarla a descender, por tenerlas ambas ocupadas al cargar a sus hijos.

—Permítame —como todo un caballero, Luis Gilberto fue el siguiente en bajarse para ayudar a Isabel, quien se las vio para ponerse en pie ya que tenía las piernas hinchadas y le dolían una barbaridad las caderas, debido a su barriga.

—Bienvenidos —saludó el albino e hizo una leve reverencia a la pareja por considerarlos lobos de extrema importancia; casi nadie

viajaba en la limusina y menos en compañía del emisario que se avocó en ayudar a la dama embarazada.

—Gracias —Isabel y Everett, respondieron. Este se mantenía en alerta, desconfiando de hasta las estrellas que titilan en el firmamento.

El señor Ospina guio a la pareja hacia el interior de la mansión, mientras Isabel guardó los anteojos de Ángel en su bolso-deportivo-pañalera y sacó de este una pequeña manta para que su hijo menor no se resfriara por el frío de la madrugada, y siguió un tanto rezagada al estilizado hombre y a Everett.

Este la esperó y, al detenerse, también lo hizo el señor Ospina. Lo que cada vez causaba buena impresión en el emisario.

De las pocas parejas…

Isabel se apuró, cohibida de la cantidad de pares de ojos que la seguían desde varios puntos de la mansión. Algunos hombres se hallaban apostados en el altísimo techo, otros desde las torres laterales, dos que alcanzó a

divisar por la zona arbórea a su izquierda, tres que se acercaron hasta la limusina por medidas de seguridad y también por curiosidad; los que se hallaban apostados a cada lado de las puertas dobles de la fachada y los que, quizás, se mantenían mimetizados entre las sombras, vigilándolos a cierta distancia…

—Bienvenidos.

—Bienvenido, señor. Bienvenida, señora.

—¡Bienvenidos! —expresaron el ama de llaves y algunas empleadas de la administración que, desde hacía unos minutos aguardaban la llegada del alfa alasqueño, su compañera y progenie. Uno de los asistentes de Luis Gilberto había telefoneado a una de las secretarias para que tuvieran todo listo para recibir a la pareja. Las luces del gran vestíbulo y las salas principales se mantuvieron encendidas en un buen augurio de llegar «las visitas» a un sitio iluminado, pues en la Corte de Cortázar, se tenía cuidado con estos detalles; en especial, si a los que *les tenían puestas* las esperanzas, ponían el pie en un lugar que determinaría la continuidad o el fin de una Era.

Adela Mulder se impresionó cuando el cachorro que sostenía el fornido hombre, en su brazo derecho, se removió soñoliento, provocando que la manta de nubes blancas y fondo azul descubriera

su rostro. La secretaria no daba crédito a sus ojos. ¡¿Un cachorro con Síndrome de Down?! ¡¿Cómo era posible?! ¿¡Cómo es que sus padres no lo sacrificaron al nacer?!

Claramente era el más débil de los omegas.

Bajó la mirada en cuanto la madre de este se percató de su estupefacción y en seguida cubrió a su hijo para que nadie más lo viera. El señor Ospina increpó con la mirada a la secretaria y esta se disculpó sin sonido alguno de voz, por no haber simulado, que desde ya temía la mandaran a Nuevo México por haber fallado en su entrenamiento.

—Señora Gianforte, lleve a nuestros *invitados de honor* hasta sus aposentos. Estén pendientes de lo que necesiten —Ospina ordenó al ama de llaves.

—Así lo haremos, señor.

Isabel y Everett intercambiaron miradas extrañadas.

¿Invitados de honor?

—Por hoy, descansen —este les sonrió—. Mañana, después de desayunar, el Supremo los atenderá.

—Está bien, gracias —Everett expresó sin comprender qué carajos pasaba. Eran «invitados», no posibles entretenimientos para luchar con otros en la arena.

El ama de llaves los llevó hacia la segunda planta donde se hallaban las habitaciones de los huéspedes; cruzaron la galería hacia el extremo izquierdo y luego caminaron unos pasos hasta detenerse frente a una puerta custodiada por dos sujetos altísimos.

—En esta habitación se hospedará usted, señor. La señora y sus cachorros, en la siguiente… —señaló la ubicada al lado de la asignada a Everett.

—¿Por qué separados? —Isabel preguntó apabullada de dormir esa noche sin la compañía de su pareja.

Al ama de llaves le pareció que no tenía sentido la queja de la híbrida, era costumbre que los machos y las hembras durmieran en habitaciones a partes, a menos que fuese para copular.

—La habitación del señor Brankovic no tiene camas adicionales para los pequeños —respondió como si esta fuese la excusa, en un modo de evitar que la otra se enojara. Debían atenderlos bien.

—Entonces, dormiré donde esté mi mujer y mis hijos —expresó Everett al instante. Ni en casa ajena dormirían en cuartos separados.

La mujer asintió reverente y abrió la puerta de la habitación contigua para que descansaran. Requirió de su autocontrol para no reflejar sorpresa por la costumbre tan plebeya que estos demostraban, pues solo el vulgo lo hacía, jamás entre los que eran adinerados. Una costumbre que nadie sabe cuándo comenzó, pero que estaban seguros en la antigüedad era común que el macho y la hembra durmieran en una misma cama.

Ni en Villa Dorada ni en ninguna de las propiedades en las que Judy Gianforte haya servido al jerarca, no recordaba que una pareja invitada pasara la noche en una misma habitación, a menos que fuese por condiciones especiales. No obstante, Judy recibió órdenes explicitas de proporcionarles comodidad y mantenerlos con buen semblante; en caso contrario, limpiaría inodoros hasta que el infierno se congelara.

*****

—¿Estás lista?

—En un minuto.

—Eso lo dijiste hace diez, cuando te pregunté.

— *Ahorita* salgo.

—¿Y cuándo es eso?

—¡Ahorita! ¡Ahorita!

Everett puso los ojos en blanco.

«Ahorita…».

—Date prisa, ¿quieres? No tardan en tocarnos a la puerta.

—¡Ya te oí! Solo deja que me ordeñe…

Everett sintió una pulsación en su pene al escuchar a Isabel desde el interior del baño, donde se encerró para ducharse, pero terminó por

ponerse el tiraleche eléctrico para descargar sus senos.

Acarició la puerta, con ese voraz deseo de entrar y chuparle los pezones hasta que no le quedara ni una gota, y luego follarla por el culo por un largo rato. Pero los gemelos saltaban sobre las camas a ver cuál de los dos llegaba hasta el techo, teniendo Everett que contenerse de irrumpir en el baño para evitar una situación no apta para menores de edad.

Y también para…

—¡Eh!, ¡bájense de ahí que la van a partir! —gruñó a sus hijos en cuanto

[2]

los laterales de las camas de madera Bocote

amenazaban con

resquebrajarse—. Erik, bájate…

Se cayó al piso. En uno de sus rebotes, los pies de este pisaron mal sobre el colchón.

En segundos, la puerta del baño se abrió.

—¡¿Qué fue ese golpe?! —Isabel se alarmó, saliendo envuelta en toalla, con un teta al aire libre. Se había quitado el tiraleche a las carreras.

—Nada, *mami*, estoy bien —Erik se levantó rápido mientras se sobaba la cabeza. Ángel se acomodó los anteojos y luego se tapó la boca con ambas manos para ahogar su risa, acabado de sentar para no ser regañado por su progenitora.

—¡Muchacho loco, casi te partes el cráneo! —ella lo regañó mientras se acomodaba la toalla para cubrirse mejor y Everett se enfocó en los pechos voluptuosos de su mujer.

Una *chupadita*…

—No me dolió.

— *Mentida*, *mami*, *mida* cómo se soba…

—¡Chismoso! ¡Tú también te sobaste cuando te caíste de tu cama el otro día! —Erik lo acusó en venganza por irse de lengua con su progenitora.

Isabel miró enojada a Ángel y este negó rápido con la cabeza.

—¡Yo no!

— Te voy a nalguear si lo vuelves a hacer —amenazó a pesar de jurarse siempre que jamás emplearía la agresión contra sus hijos. Pero haría la excepción en dichos casos—. ¡Va para los dos!, ¿entendido?

—Sí…

—«Sí», ¿qué…? ¿Cómo se dice? —demandó a los dos con autoridad.

Que respetaran desde pequeñitos.

—Sí, señora —respondieron cabizbajos.

Isabel se secó el sudor de su frente por el susto que sus retoños le ocasionaron. *¡Uf!* Y pensar que ni llegaban al primer año de vida y ya hacían *desmadres*. ¿Cómo sería cuando estén en su adolescencia que es la etapa de la primera transformación?

Qué Dios los ampare por ese par de diablillos.

—Cómo me hacen falta, Nashua y Sakari, ellas son capaces de controlarlos. —Se percató que Everett se relamía los labios por estar ansiando saborear lo que había en sus glándulas mamarias—. Después…

Hay *moros* en la costa —comentó para que fuese consciente de que no podían hacerse cariñitos, Erik tenía oídos agudos y Ángel era muy curioso; si algún sonido «raro» les llamaba la atención, averiguarían de dónde proviene.

Y ella no quería pasar la vergüenza de ser pillada por sus hijos.

Justo a tiempo en que se atavió en una bata tipo *corte imperio* y unas zapatillas planas debido a la panzota, el ama de llaves, acompañada de dos mucamas en uniforme negro y delantal blanco, ingresaron al dormitorio, arrastrando dos carritos que contenían el desayuno: el de los adultos y el de los chiquillos.

—Tienen quince minutos para desayunar y arreglarse. El señor Ospina pronto pasará por ustedes.

—Ya estamos listos, es solo cuestión de comer —Isabel respondió socarrona. Las tripas le gruñían, al igual que la de sus hijos.

El ama de llaves escaneó la indumentaria que los Brankovic usaban e hizo una expresión de la que Isabel adivinó de estar mal vestidos.

—Es la que empacamos… —se excusó apenada. Everett no preparó las maletas para pasar un fin de semana con la realeza, sino que metió lo

necesario para el postparto en Anchorage.

—Así están bien —la mujer expresó para no hacerla sentir mal, procediendo en dejarlos a solas para que desayunaran con tranquilidad.

Consultaría con Adela para que se ocupara del vestuario de los

Brankovic, porque, si después de la convocatoria con el amo y todo tomaba curso…, necesitarían de un nuevo guardarropa.

Tras degustar las albóndigas y las papas cubiertas con mozzarella, y los niños haberse llenado la panza con alitas fritas en salsa de tomate, el señor Ospina ya estaba detrás de la puerta del dormitorio, solicitando la salida.

Everett fue el primero en abandonar la habitación, seguido de Isabel, quien sostenía de las manos a ambos cachorros para controlar que no salieran en estampida. Erik era el demonio de Tasmania y Ángel, Bugs Bunny.

—¿Es lo mejor que tienen? —preguntó el emisario, fijándose también en sus indumentarias.

Everett casi gruñe.

—Nos sacaron de volada de nuestra casa —espetó—. No esperen que hayamos empacado trajes de etiqueta, porque se quedarán con las ganas.

—Everett… —Isabel lo reprendió casi en un susurro, pues perdió la paciencia de ser juzgados por sus apariencias; para la próxima que anuncien con anticipación para buscar sus mejores galas.

Luis Gilberto Ospina dio una leve reverencia como disculpa de su impertinencia. Por supuesto que no debían de estar preparados para emprender una visita de esa índole, todo fue precipitado, pero se debía a un asunto de extrema urgencia. Se le perdonaba al alasqueño que usara vaqueros oscuros, camisa y chaqueta casual, y su compañera no luciera presentable, así como también el cachorro más grande estuviese en pantaloneta caqui y camiseta blanca, calzando zapatillas deportivas como si fuese a ir de safari, y el cachorro más pequeño, abrigado de la cabeza a los pies en una aparente sobreprotección de la madre por su salud.

Guio a la familia hacia la tercera planta, donde todo ese espacio era de la entera disposición del jerarca.

Los guardias reales se ponían firmes en cuanto estos pasaban por su lado; Ángel y Erik los imitaban: cabeza y torso firmes como si fuesen soldados.

Reían divertidos y señalaban a sus padres las esculturas que se encontraban por el camino. Algunos lienzos les llamaba la atención;

muchos rostros

pintados de viejos bigotudos y ataviados en pieles, ocasionando que Ángel sintiera temor.

Eran muy feos.

—Debo preguntarle, señor Everett, ¿por qué durmió en la habitación de su compañera? ¿Algún problema con la suya?

—Sí.

—¿Cuál fue?

—Allí no dormiría mi mujer e hijos.

Ospina sonrió.

Vaya que se amaban.

—Lamentamos haberlo molestado. Haremos lo posible para que estén a gusto en la villa.

Isabel miró aprensiva a Everett. ¿Por cuánto tiempo estarían en ese lugar?

¡Ella estaba por parir!

La angustia de la híbrida se la contagió a Everett, quien aún no hallaba los motivos para que fuesen convocados de esa manera tan abrupta. Pensó otra vez en el duelo que libró contra Vladan y Kroz, y la carnicería que estos antes desataron en tierras alasqueñas y neoyorquinas, que hasta los vampiros de esta última intervinieron. También pensó en el resquemor que aún sentiría Alejandro Cortázar, hacia Stanislav, al despojarlo de su título de Alfa Mayor, para después degradarlo a un simple alfa de pueblo. Puede que la vejez de este lo haya tornado paranoico y haya decidido borrar del mapa un problema que podría presentársele más adelante.

—No estén nerviosos —dijo el señor Ospina—, sean ustedes mismos.

Nuestro amo desea conocerlos en un ambiente más distendido.

¿Y eso para qué?

Sin saberlo, Everett e Isabel se formularon en su mente la misma pregunta. Lo que causó que, en vez de apaciguar la tensión que

padecían, la incrementaron.

Everett comenzaba a formarse una idea, del que cada vez más lo angustiaba.

No puede ser que…

—Por favor, pasen —Ospina les hizo entrar a una habitación que era una antesala a otra. Meditó el lobo alasqueño que el emisario era de trato agradable, sin que en ningún momento a ellos los hiciera sentir insignificantes. Lo contrario a cuando él, Damir y Jevrem, estuvieron en Washington, donde los funcionarios que allá trabajaban los miraron con

desprecio como si fuesen escorias. Suponía que Ospina debió haber pasado por situaciones que suavizaron su carácter o simplemente era un sujeto que, si él no estuviese con el alma en vilo, por sus amables atenciones le estaría agradecido.

El emisario les indicó que aguardaran para anunciarlos ante el rey con propiedad. Erik comenzaba a fastidiarse y Ángel le puso el ojo a una cámara de seguridad. Se lo dijo a su hermano y ambos comenzaron a saludar con la mano libre a la lente que los «filmaba». ¿Será que saldrían en Tv nacional?

—Ay, Everett, estoy que muero de los nervios… ¿Y si nos llamaron por lo del *que-no-debeser-nombrado*?

—Entonces, estamos jodidos.

Isabel agrandó los ojos y él rio por lo bajo.

—Espera a llegar a casa para darte de coscorrones. No me angusties…

Él besó su mejilla.

—Si fuese por eso, hubiésemos pasado la noche en una celda y no se habrían tomado la molestia de hacernos tantas concesiones. Tranquila, amor, debe ser por… —pensó en lo otro y se le revolvieron las tripas. No quería que fuese por eso.

Isabel hizo un mohín.

—Hasta tú, ni sabes por qué. Roguemos que de aquí no nos saquen con las patas por delante.

Luis Gilberto Ospina estuvo de vuelta a la antesala y les indicó que

entraran y que se olvidaran de los formalismos. El amo quería conocerlos tal como eran y, para esto, quería hacer la reunión más amena.

Isabel aferró sus manos en torno a las muñecas de sus hijos y les advirtió en susurros en que se portaran bien, mientras Everett posó su mano en la espalda de su compañera, y juntos avanzaron a la siguiente habitación, donde el rey de los metamorfos del continente americano aguardaba.

En cuanto entraron…

No fue el modo en cómo pensaron lo verían.

Se hallaba sentado en una poltrona semirreclinada y sus piernas cubiertas por la frazada. Tenía mal aspecto: ojos hundidos, palidez mortecina que indicaba un padecimiento severo y temblores en las manos que no era motivado por el frío.

La habitación –amplia y lujosa– tenía temperatura ambiental regulada por el fuego de la chimenea de piedra y mármol. Lo asistían dos mujeres de

mediana edad, que Isabel y Everett asumían eran las enfermeras que estaban pendiente del monitoreo del cuentagotas, donde, a través del suero conectado al brazo del Supremo, le suministraban medicamentos.

A Everett le recordó a su padre en su lecho de muerte.

Del mismo modo en cómo a él, *cuando la pierna*…, la medicina en Stanislav fue ineficaz para mejorarlo de su cáncer de pulmón; presumía que también pasaba lo mismo con el jerarca. Sintió pena por el anciano de aspecto desgarbado y expresión cansada, pues habría que tener mucha fuerza de voluntad para recibir visitas.

—Mi señor —saludó al hombre con una venia respetuosa que, a pesar de las dolencias de este, se preocupaba de su apariencia: su cabello corto, pulcro y peinado; su barba cuidadosamente acicalada, perfumado y vestido elegante en un traje de diseñador. Si la muerte lo atrapaba, que fuera en buena facha.

—Buenos días, señor. Un gusto conocerlo —Isabel se reverenció, algo torpe por tener aún agarrados a los gemelos, temiendo que, si los soltaba, se colgaban de hasta las lámparas de araña.

—Suéltelos, mujer, que vengan a saludarme.

Isabel tragó en seco.

Que sus retoños no hicieran estragos.

Erik y Ángel miraron a su madre y luego a su padre, para recibir su aprobación de acercarse hasta el enfermo. Un tanto dudoso, Erik fue el primero en aventurarse, pero cuando Ángel corrió sin ningún temor hacia el hombre, se dio prisas para llegar antes que su hermano menor.

Era muy competitivo.

Isabel sujetó el brazo de Everett, preocupada de que el Supremo se escandalizara por la condición física de Ángel y del extraño crecimiento de ambos.

—No me digan los nombres —Cortázar les expresó a los cachorros con cierto aire misterioso—: Tú eres Erik y tú, Ángel.

—¿Cómo supo? —El más grandecito se asombró.

—Soy adivino.

Los gemelos jadearon.

—¿Y el *tubante*?

Cortázar levantó los ojos hacia los padres para que le tradujeran lo que el más chico quiso decir.

—«Turbante» —Isabel respondió. Hacía una semana que en la aldea San Benito llegó una feria, donde ella los llevó para que se montaran en los *carritos chocones*, la Rueda de la Fortuna y las *sillas voladoras*. Ángel insistió en que lo llevaran donde una «adivina», de la que él observó su túnica y turbante, que fue lo que más lo impactó, ya que a ella le pidió uno igual.

—No uso —contestó el anciano—. Estoy de descanso.

—¿Y no está enfe… enfe… enfermo?

—¿También eres adivino?

Detrás de los anteojos que lo hacían lucir como si cometiera muchas travesuras, el pequeño bribón cabeceó y se tapó la boquita con sus

manitas.

Si él fuese adivino estaría leyendo la mente a los perritos y a los gaticos.

—Yo sé nadar y saltar muy alto. Aunque mi mamá me dijo que me pegaba en el culito si saltaba en la cama.

—¡Erik! —A Isabel casi le da un soponcio por su manera de hablar.

Condenado mocoso, la iba a matar de un disgusto.

El Supremo se carcajeó, ocasionando que las enfermeras se preocuparan por alguna subida de presión. Habría que cuidar cada latido de su corazón, sus trescientos cinco años de existencia ya pesaban sobre sus huesos.

Como pudo, el anciano se inclinó hacia el cachorro robusto y a modo confidente, le comentó:

—También me dieron mis nalgadas de pequeño —evocó con añoranza su alocada infancia—. Tendrás que ser un buen cachorro para que no te estén castigando por travieso, ¿eh?

Erik asintió y Ángel se pegó a su hermano para decirle de las mangueras que el anciano tenía conectadas a sus brazos, parecía un robot que le suministraban «gasolina» para que caminara. Tal vez era esto lo que le echaban.

Se lo dijo a su oído.

—¿ *Pada* qué es eso?

—¿Para darme energía?

Ángel agrandó los ojos. ¡Él tenía razón! ¡¡Es un robot!!

—Mi papá hace ejercicios. Vamos a caminar, yo te ayudo —Erik comprendía mejor de que se trataba de medicinas, como hacían en los hospitales de las películas, tomando al anciano de la temblorosa mano para que se levantara de la poltrona.

Este esbozó una sonrisa lánguida.

—Estoy cansado… ¿Lo dejamos para otro día?

Entonces, Ángel recostó su cabecita en el regazo del Supremo, como si

este fuese el abuelo que nunca conocieron, y se mantuvo así, expresándole su cariño. Erik se dejó llevar por su impulso y se abalanzó sobre ese viejo de sonrisa entristecida y ojos adormecidos, y lo rodeó por el cuello; tenía que mejorarse para que los visitaran a Denali.

La muestra de afecto de ambos cachorros tomó por sorpresa a todos los que se hallaban presente en la habitación. Isabel se llevó la mano al pecho, Everett se tensó, las enfermeras jadearon por el atrevimiento de los pequeños, el emisario sonrió y el propio Supremo supo por fin lo que era ser apreciado por «nietos».

—Discúlpelos, señor —Isabel se encaminó junto con Everett para separarlos, rogando a todos los santos para que el rey no les gritara por el exceso de confianza.

Sin embargo, Cortázar alzó la mano para que se detuvieran.

¿Cuándo volvería a sentirse como un abuelo común? Perdió la dicha de serlo, tras la muerte de su décimo hijo.

Los cuatro primeros fueron asesinados en emboscadas perpetradas por clanes de otros *reinos canidaes* en épocas remotas, el quinto nació con el mismo síndrome que el menor del alfa alasqueño y del que, hacía doscientos años, creyó que fue una maldición, acabando al instante con su vida. El sexto murió por accidente al caer de un risco, siendo el corazón atravesado por un tronco afilado, el séptimo se midió con un primo y no superó el combate en un duelo de honor, el octavo y el noveno los mató un Portador telequinético, y el último de todos ellos murió por una bomba en Alemania, hacía más de cincuenta años.

La mayoría no tuvieron hijos por la muerte prematura, pero los que lograron antes preñar hembras, los lobeznos no superaron la expectativa de vida. Dejaban de respirar tras cumplir algunos meses tras su nacimiento.

Desde entonces, Alejandro Cortázar era considerado un «rey sin descendencia».

Una vez pereciese, su reino no tendría heredero.

Muchas hembras jóvenes intentaron preñarse al ofrecer sus cuerpos como recipientes, pero la vejez en el rey –viudo de sus tres esposas– incidía en su inapetencia sexual. Ya no tenía vigor ni ganas de disfrutar del cuerpo rozagante de una hembra para procrear un futuro heredero al Trono, sus

bienamados hijos fueron a los brazos de Licaón antes que el enclenque de su padre.

Contuvo las lágrimas de añoranza y sonrió, considerando la presencia de los cachorros como una bendición. No se sentía tan dichoso desde hacía años.

Miró la barriga de la híbrida.

—¿Para cuándo está previsto? —Consultó en un cambio de tema abrupto.

Su personal médico estaría atento para cuando ocurriera el evento.

Isabel acarició la parte superior de su barriga y Everett le dio un beso en la sien.

—En una semana a más tardar, señor.

Cortázar asintió pensativo. Tendrían que darse prisa.

—Disculpe si soy grosero, mi señor, pero ¿a qué nos ha solicitado? —la pregunta del Supremo lo inquietó.

El anciano de sangre real entrecerró los ojos y esbozó una sonrisa un tanto siniestra.

—¿No se hace una idea?

Everett no replicó y a Isabel la invadió la angustia.

Con la mirada, les pidió a sus hijos a que volvieran a ella para tenerlos cerca por si algo malo se desencadenaba.

Estarían juntos hasta el final.

Capítulo 41

—Señor Ospina, sea amable en acompañar a nuestra apreciada invitada y a sus hijos a que conozcan las instalaciones, mientras el señor Brankovic y yo conversamos un rato.

El Supremo pidió al emisario, quien se acercó en dos zancadas para acatar la orden.

Everett se puso en medio, como escudo de su familia para que el estilizado hombre de cabello cano, no los llevara a ninguna parte. Isabel aferró a Erik y a Ángel contra sí misma, brotando en su garganta un gruñido gutural amenazante. Primero los tenían que matar para que a ellos les hicieran daño.

Cortázar indicó a Ospina en permanecer quieto, de un momento a otro, el ambiente se tornó tenso.

—Le garantizo que su familia estará bien. Solo deseo hablar con usted a solas; por favor, permítelo. —Everett dudó y el anciano agregó—: Le explicaré por qué los he convocado. No es nada por la cual deba temer; le doy mi palabra como rey y como metamorfo.

—Está bien, Everett, acompañaré afuera al señor Ospina —Isabel expresó a su pareja, a pesar de que ella seguía temerosa de lo que les sucediera una vez traspasaran las puertas de esa habitación.

Este plantó una dura mirada al emisario como advertencia silenciosa de despedazarlo si incumplía con su palabra. Dejaría en cenizas a Villa Dorada y acabaría con cada uno de los integrantes, comenzando por el jefe supremo por ocasionarle a él un gran dolor, pues la ira lo enloquecería, convirtiéndose en la muerte misma que cabalga sobre llamas, ocasionando destrucción a su paso. Los gritos aterrados de sus víctimas se escucharían más allá de las fronteras del estado; haría que les implorara perdón, del cual, él jamás lo otorgaría.

Ya no sería lobo, sino demonio.

Luis Gilberto comprendió que en sus manos el alasqueño depositaba los que más amaba, así que, más le valía que no sufrieran ningún rasguño en su recorrido por la villa.

—¿Quieren ver la colección de autos antiguos que hay en el garaje? —

consultó a los cachorros y estos enseguida saltaron emocionados, porque

tenían conocimientos de algunas marcas y diseños, que al estar cerca de uno de estos los hacía chillar de alegría.

Isabel intercambió una mirada con Everett para que se mantuviera tranquilo; él se lo había dicho: de querer castigarlos por lo de Nueva York, ya lo habrían hecho, y no andarían con engaños para después proporcionarles el golpe maestro cuando estuviesen con la guardia baja.

Simplemente los mataban y asunto resuelto.

Abandonaron la habitación, seguidos por las dos enfermeras a quienes Cortázar les ordenó que, lo que allí él expresaría, solo sería para oídos de su invitado.

Pidió a Everett que acercara uno de los sillones para que se sentara junto a él y así entrar en mayor confianza.

—Desde hace un tiempo he estado siguiendo tus pasos —reveló para sorpresa del otro—. Mi búsqueda por un heredero fue frustrante, porque en los anteriores no vi lo que, *en ti*, sí: aquellos ansiaban la grandeza y la fortuna que viene con la Corona; en cambio, tú estás siempre hombro a hombro con los tuyos; te preocupas por tu entorno natural, un *Canis lupus* tiene la misma importancia que un *Homo canidae*. Las clases sociales no son barreras que pretendas mantener siempre erigidas; las derrumbas y estableces nuevos parámetros. Prueba de ello: escogiste una hembra indómita y defendiste la progenie que levantó habladurías.

» Tu padre nunca fue de mi agrado, pero admiro que, a pesar de sus errores, al final de sus días supo quién cargaría con la responsabilidad de regir a su clan. Naciste fuera del matrimonio, de una concubina débil que llegó a convertirse en la tercera esposa de Stanislav. No estabas previsto para ostentar el título de «alfa», pero demostraste ser el más indicado por sobre tus hermanos mayores y otros varones de tu familia que habrían vendido el alma al inframundo con tal de arrebatarte el poder.

»No eres déspota, ni ambicioso. Aunque sí impulsivo. Y esto te ha ocasionado algunos enfrentamientos que casi acaban con tu vida. Como lo de Kerenor Zakharov.

»Él es un vampiro que jamás perdona a su enemigo. Pero en ti vio a un amigo.

—Nunca lo he considerado como tal —se defendió inquieto de que lo acusara de alta traición.

Cortázar alzó la mano para que callara.

—Lo sé —dijo—. Los puños que le propinaste frente a aquella academia de ballet para niñas le demostraron que proteges a los tuyos y te das a respetar a pesar de las circunstancias. Ese atardecer pudiste morir, pero tu hembra y tu progenie son los que mantienen tus pies pegados en el suelo y tu mente clara.

»Sé exactamente lo que ocurrió en *aquel hotel* y no te lo increpo, porque una vez yo también enloquecí —comentó en referencia a la amargura que acumuló durante años por tener que estar enterrando a cada uno de sus seres queridos—. Te armaste de valor para enfrentarte a la muerte, gracias a la virtud de tu compañera, y luego pasaste por una renovación interna que fortaleció tu espíritu.

»Te preguntas, ¿por qué los he convocado? Es debido a que mi búsqueda ha terminado. Mis ojos se han depositado sobre ti y tu familia.

»Everett Brankovic, hijo de Stanislav, nieto de Dragan… De rodillas ante mí.

El lobo se tensó y, sin palabras para replicar, ya que su mente estaba en blanco, se puso en pie y enseguida ambas rodillas se postraron en el piso marmolado.

Su mirada baja.

Aprensiva…

—En ti deposito mi esperanza de que mi reino quede en buenas manos.

Otórgame la felicidad y la tranquilidad de aceptar en convertirte, a partir de este instante en mi heredero al Trono.

Everett cerró los ojos y, por una fracción de segundo, pensó en su madre, en Isabel y en sus hijos. Nada volvería a ser igual si aceptaba.

—Tendré que discutirlo con mi mujer —respondió en tono mesurado, era una decisión que a ambos les cambiaría la vida.

El soberano esbozó una sonrisa a medias, habiendo analizado la influencia que ejercía la hembra sobre el alfa alasqueño. Por eso requirió que ella también se presentara en la Corte para determinar si incidía sobre las actuaciones de este de manera tóxica o muy conveniente.

Y, a juzgar por lo acabado de presenciar, esta para el joven alfa era un excelente apoyo.

—Ella tendrá que aceptar —expresó como un mandato—. El destino de los metamorfos está en tus manos. Eres la mejor opción para alzarte como Supremo.

Everett suspiró, meditando en su fuero interno en el peso que caería sobre sus hombros si aceptaba liderar a los metamorfos que habitaban desde Alaska hasta la Patagonia.

Durante los segundos en que Everett se debatía en sus pensamientos, Jevrem sobrevolaba el claro firmamento. Partió en el jet en cuanto el helicóptero de Everett aterrizó en las inmediaciones de los hangares del Aeropuerto de Kenai e interrogó al piloto de lo que haya visto en Denali.

Este no aportó más información a lo que el joven beta ya sabía, salvo el número de efectivos que escoltaron a su tío hasta el Super Puma perteneciente a la Casa Real de América.

Viajaba solo en la aeronave sin haberse hecho acompañar por alguno de los guardaespaldas más fuertes de su padre, puesto que su tío les tenía desconfianza, y, *los de este*, la última llamada que sostuvo con Luttrell, le informó que él y el resto de sus compañeros aún rodaban veloces por la autopista hacia Kenai para tomar el helicóptero, puesto que movilizarse hacia Anchorage no lo tenían permitido por el alfa gobernante de dicha región.

Damir creyó prudente en permanecer en el pueblo, a la expectativa de lo que su hijo le informara. No lo acompañó por cobardía; más bien, la preocupación por su hermano era genuina. Debía quedarse para apaciguar a la manada, cuyos rumores angustiados eran cada vez más exagerados. No pretendía aprovecharse del infortunio de la ocasión y así declararse el nuevo líder del Clan Kenai; admitía que ese deseo permaneció en su mente durante mucho tiempo y que también fraguó para liquidar a Isabel, cuando la consideró una amenaza en su momento, pero le aseguró a Jevrem que, a raíz de lo que a este le pasó, los sentimientos en su corazón cambiaron.

Tenía un nuevo propósito, del que a su hijo no le reveló.

El joven recostó su cabeza en el respaldo de su asiento y miró hacia la ventanilla, la oscura nubosidad del exterior hacia rato que esclareció. Su pecho se mantenía oprimido por la preocupación de recibir nefastas noticias en cuanto llegara a las Rocosas al noroeste de Montana; lo invadía un millón de pensamientos de posibles finales trágicos para su tío Everett, Isabel y los cachorros. Constantemente la cabeza le daba vueltas: ¿por qué se los llevaron? ¿Por qué a todos y no solo a su tío? ¿Alguien los acusó de algún crimen? ¿Qué…?

Pero… ¿y los cachorros?

¿Castigados por ser tan traviesos?

O por sus particulares genes.

Encendió el móvil para revisar por si tenía mensaje de voz o llamadas perdidas en referencia a lo que sucedía y, en efecto, era así. Lo malo, todas eran para que le confirmaran los rumores, y Jevrem no estaba de ánimos de repetir lo poco que sabía, una y otra vez.

Enojado por la curiosidad morbosa de algunos, lo volvió a apagar y lo guardó en el interior de su chaqueta sastre; ni se había cambiado de ropas por la angustia; de hecho…, ni se ha duchado desde que pillaron a su mamá y a su abuela Ava, fisgoneando en la mente de otros.

Lo que enseguida le recordó que él traía consigo el gancho de Anna.

Lo extrajo del bolsillo de su pantalón.

¿Estará estudiando o aún está en casa de Camila Wilson?

Las manos le picaban por empuñarse y extraer la energía que aún ahí almacenaba, para, de esa forma, estar en contacto con su hada. Pero tuvo que contener su deseo de saber de ella y enfocarse en su misión; no estaba para suspiros, sino para buscar el modo de ayudar a los otros de lo que sea que se los hayan llevado.

Se inquietó.

¿Y si fue por su causa?

Devolvió el gancho de pelo al bolsillo y extrajo las mancuernas que su padre le había entregado, tras quitárselos a Radojka. Mediante estas piezas, Jevrem seguía los pasos de su tío; lo tranquilizaba que no hayan sido arrojados a las mazmorras ni asesinados en cuanto llegaron a esa villa, pero aún esperaba que lo peor sucediera.

Respiró profundo y empuñó las mancuernas para estar una vez más en los ojos de su tío. Ya debían estar levantados, según la hora en que él consultaba en su reloj de pulsera. Calculó que estarían aseados, pues para el joven sería raro observar la intimidad de estos como si él fuese un depravado.

Se acomodó bien en el asiento, era difícil de percibir a su tío, la clarividencia a Jevrem le causaba severas migrañas por la falta de

entrenamiento, y él necesitaba obtener las visiones de manera controlada y oportuna. Además, Radojka y su padre contaminaron las mancuernas con sus propios tactos, una por su intromisión y el otro por exigirle a esta se las entregara, que, en más de una ocasión, Jevrem tuvo que sacudir la cabeza para borrar los *chispazos* de realidad presente que obtenía de estos.

Su padre, hablando al teléfono con su tío abuelo Slobodan.

Su madre, en medio de una fuerte discusión entre las dos abuelas: Ava y Grubana, quienes imponían su autoridad como si fuesen matriarcas.

La pobre de Radojka terminaría con una migraña peor a la suya.

Jevrem cerró los ojos y llenó dos veces de aire sus pulmones. Se pidió despejar su mente y corazón de toda mortificación, y se liberó por ese instante de las voces enojadas de sus familiares en su cabeza. Se dejaría llevar por la energía áurica que provenía de las mancuernas, en la que atrapaba a su propia alma para guiarlo a otra que se hallaba en un predicamento.

Así que, sintiendo que su cuerpo hormigueaba, abrió los ojos y se «halló»

ante un anciano de aspecto enfermizo.

Pestañeó estupefacto.

¡¿Acaso ese tipo era…?!

—Tu silencio prolongado me preocupa —expresó el anciano a él –su tío–

que se hallaba de rodillas—. ¿Defraudarás la fe que he depositado en ti?

—No, señor. Ya he tomado una decisión.

El otro lo miró expectante y Everett hacia este alzó la mirada.

—Ante usted, mi señor, juro que ofrezco mi vida al servicio de la Corona.

Me aboco en ser el que lidere y guie a nuestra gente.

Jevrem, en el jet, se removió en su sitio.

¡¿Qué acabó de jurar su tío?!

Empuñó más fuerte las mancuernas, las manos le temblaban, su corazón aceleró sus latidos, su respiración subía y bajaba en su pecho con violencia.

El anciano sonrió complacido y, con mucho esfuerzo, posó una de sus envejecidas manos sobre el hombro de Everett.

—La alegría y el alivio que siento, se compara con el honor de ceder mi corona al nieto de Dragan. Eres el único con la moral suficiente para no dejarse corromper por el poder; mi certeza sobre ti quedó confirmada cuando permitiste que tu sobrino reclamara su venganza en la Frontera Norte: venciste a tu contrincante en el duelo, pero te hiciste a un lado para que la victoria fuese total *en el que una vez* fue víctima. Aplaudo tu humildad y admiro el coraje que demuestras ante los demás, porque este hecho te engrandece al importarte más los tuyos que tu propia gloria.

»Levántate, noble príncipe, desde ahora serás proclamado mi heredero; mañana se celebrará un baile de gala en honor a ti, para que los Alfas Mayores y Regionales tengan el honor de conocerte.

Everett se puso en pie y, Jevrem en «sus ojos», no daba crédito a lo acabado de percibir.

—Mi señor, el honor será mío —replicó Everett en una respetuosa reverencia hacia el Supremo, quien asintió con solemnidad.

—Una petición —Alejandro Cortázar expresó con un trasfondo de que el heredero acatara al pie de la letra lo que a continuación estaba por revelar

—; de hecho… —sonrió socarrón— serán dos: córtese el cabello, los monarcas debemos diferenciarnos de nuestros súbditos. Y la otra —aquí el anciano levantó su temblorosa mano y, determinante, lo señaló—, contraerás matrimonio con tu hembra antes de proclamarte Alfa Supremo.

Es mi último mandato como tu señor. El primer príncipe de tu reino deberá nacer de una pareja real unida en legítimo matrimonio.

»Honra a tu pueblo de esta manera.

—Sí, mi señor. Se hará como usted disponga. —Para Everett, no era una pesada carga de pedirle a su precioso ángel que se casara con él,

pues ansioso ha estado esperando el momento oportuno para volvérselo a proponer. No obstante, la orden de Cortázar precipitaría lo que Everett estuvo planificando desde que retornaron a la cabaña. Isabel tal vez lo tomaría como una medida de presión y se negaría por su insistencia de hacerla suya con todas las de la ley.

Aunque no quisiera, ella tendría que obedecer.

Por otro lado, Jevrem soltó las mancuernas, perplejo de su clarividencia.

¡Mierda!

¡Mierda!, ¡mierda!, ¡mierda! Esto sería un golpe contundente para más de un detractor.

Ni el piloto del jet, ni la azafata que durante el vuelo se esforzó de manera infructuosa de capturar su atención, se percataron de la susurrante exclamación del joven beta.

Pero no solo él se sorprendió de este hecho, a las faldas de las montañas nevadas de la región de Denali, varias tribus danzaban alegres en una continua celebración de que la profecía pronto se cumpliría:

«Un lobo que fue arrebatado de las garras de la muerte, caminaría al frente entre nuevas especies sobrenaturales que estarían a su servicio, y, del cual, con los años venideros la primera criatura en ser declarada *sangre real* sería imperial más allá de las densas aguas que separan los continentes».

Capítulo 42

A Isabel le costaba salir de la conmoción.

La elección de Alejandro Cortázar la dejó con el pecho oprimido. No lo podía creer, ¿qué clase de broma era esa? Ni siquiera prestaba atención a los hermosos vestidos de lentejuela y pedrería que desfilaban frente a sus ojos, con pliegues bajo el busto para que no tuviera problemas debido a su avanzado estado de gestación. Solo pensaba en lo dicho por Everett: «El Supremo me eligió su heredero».

Ella lo repetía en su cabeza cada vez que pestañeaba: «eligió», «eligió», «eligió»…

Su heredero al Trono.

Sobre la cabeza de Everett pondrían una corona que lo cambiaría todo.

—Este es una Balenciaga. Fíjese, mi señora, qué hermosa caída de las telas —Ragna, encargada de asesorar la indumentaria de la compañera del futuro Supremo, le mostraba un costoso vestido largo, de la firma de un exclusivo diseñador español que brilló por décadas cuando estuvo vivo. Dos pasos más atrás, Adela Mulder permanecía a la espera para tomar nota de las piezas que la híbrida escogiera para su guardarropa; habían comenzado con los trajes de gala, puesto que a la siguiente noche el Supremo anunciaría al afortunado del que los súbditos se hincarían. Pero Adela no había escrito una línea de lo que la híbrida usaría, esta se mantenía distante, con una expresión que se atrevía la asistente en asegurar que mortificada.

—Mi señora, ¿ninguno le gustó? Llamaré a Nueva York para que nos envíen un nuevo lote, si le parece…

Isabel enfocó su atención sobre Ragna y, con mucho esfuerzo, medio le sonrió para que no se preocupara y así librarse de estas cuanto antes; necesitaba hablar con Everett en si él estaba de acuerdo en portar el título, tal vez se hallaba en las mismas condiciones que ella y sufría aquello sin demostrar sus emociones. Apenas él le comentó la conversación privada que sostuvo con el jerarca, unos sujetos se lo llevaron a otra habitación, presumiendo Isabel que para soportar le pasen por la cara cuanto traje bajaran de los *porta-perchas* de rueditas.

—Este —señaló sin mucha emoción uno de los vestidos, siendo lo primero que escogió para que la dejaran en paz.

Pero resulta que, en vez de concederle unos minutos de tranquilidad, Adela Mulder chasqueó los dedos y, a continuación, un batallón de

asistentes conformados por maquilladores, estilistas, vestuaristas…, inundaron la habitación para mortificación de la morena.

Jevrem descendió del taxi a un kilómetro de la línea permitida por los centinelas para que nadie se acercara por las inmediaciones sin la debida aprobación; había un trajín de camiones de flores, así como

también de los que transportan cortes grandes de carne de res, que eran llevados a cuestas hacia la zona de la cocina; los empleados domésticos colaboraban con los encargados de dichos envíos; los jardineros procuraban que los arbustos y la grama estuviesen podados y ni una rama estuviese fuera de lugar.

Se identificó con un vigilante apostado a veinte metros de la casa, acompañado este por varios *cuadrúpedos* que le gruñían a Jevrem en cuanto lo olfatearon.

El centinela se comunicó a través de su radiotransmisor, con alguien que, a su vez, indicó que aguardaran puesto que él debía notificar de la presencia de otro alasqueño a su superior. El acceso a la propiedad tardó lo que sería un par de respiraciones, siendo el joven beta escoltado por tres hombres igual de altos que él. El albino –que respondía al nombre de Damon– lo recibió en la puerta principal y lo condujo a la segunda planta, donde le señalaron entrar a una habitación, cuyas puertas las abrió uno de los guardaespaldas que allí montaba guardia.

Al traspasar el umbral…

—¡Tío! —exclamó aliviado de hallarlo bien, junto con Erik y Ángel, quienes jugaban al *gato y al ratón*, alrededor de los sillones de terciopelo gris—. ¿Estás bien? ¿Qué pasó?, por qué los trajeron hasta la residencia del Supremo.

Everett le pidió al albino que se retirara para él hablar con más libertad con su sobrino.

—Siéntate, porque la historia es larga —dijo mientras se miraba resignado en el espejo de cuerpo completo que había en un extremo de la habitación, ante la nueva imagen que reflejaba.

—Lo sé —Jevrem le mostró las mancuernas extraídas del bolsillo de su pantalón, para que se diera cuenta de que él estuvo al pendiente en los momentos más impactantes, y luego se sentó en uno de los sillones grises.

Everett esbozó una sonrisa languidecida.

Por supuesto que él sabía…

Era un dotado clarividente y le ahorraría contarle los sucesos desde que los buscaron a Denali hasta que allí llegaron.

—¿Qué me trajiste?

—Primero saluda, Erik —Everett increpó a su primogénito por interesarse más en lo que su primo haya traído, que alegrarse por su presencia de forma desinteresada.

El cachorro, con las greñas alborotadas, sonrió al muchacho.

—Hola. ¿Qué me trajiste?

Everett puso los ojos en blanco y Jevrem se palpó las ropas por si traía algún caramelo, pero ni un chicle para aminorar la ansiedad por la nicotina traía encima, solo el gancho de pelo de Anna que tenía pendiente…

—Esta vez: nada. Viajé con prisas.

— *Jevem*, mi papi se *cotó* pelo —Ángel comentó como si el otro no se hubiese dado cuenta de este hecho.

—«¡Cortó!», «¡cortó!» —Erik exclamó sin faltar a la promesa que le hizo a su progenitora de corregir la dicción de su hermanito.

—Sí, ya veo. Ya no luce como vagabundo…

Everett miró mal a su sobrino, se estaba ganando un manotazo en la cabeza.

—Padece *oto* papá…

—«Otro» —Erik corrigió de nuevo a Ángel para que aprendiera a pronunciar la «erre».

—¿No te gusta? —Everett se sorprendió del comentario de su hijo menor.

—A mamá no le *gustadá*.

—«¡Gustará!» «¡Gus…!»

—Basta, Erik, dale a tu hermano un respiro —Everett ya estaba perdiendo la paciencia con la corrección que a cada instante le hacía al pobre de Ángel.

Al ser la progenitora mencionada, Jevrem notó su ausencia.

—¿Isabel? —preguntó a su tío.

—Con un montón de asesores de imagen. O eso es lo que dijeron… —

respondió en una lucha que hacía con el nudo de la corbata. Las manos le temblaban.

Jevrem comprendió que el nerviosismo de su tío se debía a la imposición del Supremo de tener que casarse antes de la ceremonia de coronación.

Se levantó y lo ayudó con el nudo, del que desenredó con rapidez y le dio la forma correcta para que la corbata cayera con elegancia sobre la camisa

blanca. Su tío se preparaba para un momento importante de su vida; nadie lo ayudaba con la selección de las prendas de vestir, suponía que no estaba acostumbrado a que otros hombres lo estén toqueteando, alisando o abotonando la camisa. Si hubo personal para estos fines, debió haberlos expulsado de la habitación.

—¿Será hoy la boda? —Él no trajo ninguna muda de ropa especial para cambiarse, lucía sucio y apestoso.

Everett lo miró con suspicacia.

—¿Qué tanto *viste*? —De ahora en adelante pondría especial atención en dónde dejaba sus pertenencias.

A la pregunta de Jevrem, Ángel y Erik dejaron de correr.

—¿Quién se casa? —el mayor sintió curiosidad.

—Mamá y papá —Ángel se tapó la boca ante lo que dijo y rio divertido.

Everett miró a su pequeño a través del espejo y meditó que Ángel intuía las cosas mejor que un adulto perspicaz.

—Hoy no es, pero veremos si se da… —expresó en cuanto se terciaba la chaqueta que Jevrem le alcanzaba de la cama, donde estuvo cuidadosamente acomodada para que no se arrugara.

Ángel aplaudió entre saltos de alegría y a Erik aquello le pareció raro.

¿No estaban casados?

—Bien… —Everett se plantó ante sus hijos y su sobrino—. ¿Luzco para que me den el «sí»? —De repente sentía que la temperatura de su

cuerpo aumentaba. ¡Carajos, cómo sudaba!

—¿«Sí» para qué? —Erik a ratos se perdía con lo que comentaba su padre. ¿Será que es para que le den permiso para salir de cacería? Él quería acompañarlo.

Jevrem se carcajeó.

—Para que le pongan la soga al cuello —comentó socarrón y Erik agrandó los ojos. Lo que provocó que Everett le propinara el manotón que desde hacía rato se estaba ganando por majadero—. ¡ *Auch*, tío!, casi me abollas la cabeza.

—¿Para qué le van…?

—No es cierto —Everett respondió al instante para calmar al mayorcito, mientras que Ángel meditaba lo que había querido decir su primo: ¿A su papá lo iban a colgar?—. Es una expresión tonta, no lo tomen literal.

—¿Qué es literal?

Everett respiró para llenarse de paciencia.

—No todo es cierto —explicó de modo que Erik entendiera que a veces la gente, como el tonto de su primo, exageraba al hablar.

—Ah…

—¿No te van a *colgal*?

—No, Ángel.

—¿Y si te *pesi*… per… persiguen?

—No va a pasar.

—Muérdelo, papi, si eso pasa —Erik sugirió a la vez en que sus facciones se contraían en una mueca de cachorro feroz.

Tal vez tendré que hacerlo, meditó Everett para sus adentros, en la posibilidad de morderle el trasero a Isabel si le daba por rechazarlo.

La correteería hasta que aceptara.

Esto empeoró su nerviosismo, teniendo que extraer el pañuelo del bolsillo interno de su chaqueta sastre para secarse el sudor de la

frente. Tan bien que lo había planificado y ahora todo lo haría a las carreras.

—Cuídalos mientras atrapo a un *escurridizo cervatillo*. ¿Qué hice…? —

Se palpó la chaqueta—. ¿Dónde fue qué…? —Ángel tomó la bolsita azul que estaba sobre la mesita de noche y Erik pretendió quitárselo para averiguar qué había dentro, pero el más chico le ganó en velocidad, pegándola a su pecho para proteger la joya y del que Everett respiró aliviado de no haberla perdido—. Pórtense bien —ordenó a los gemelos—.

Si les pega el hambre, opriman este botón —les mostró una especie de control remoto— y una mucama vendrá para tomarles el pedido. Jevrem…

—se dirigió a su sobrino—: que no merodeen por ahí, hay mucha gente del que aún no conocemos sus mañas.

—Sí, señor.

Everett recibió de Ángel, la bolsita azul, siendo lo primero que él empacó en su maleta para que Isabel no se diera cuenta. Lo guardó en el bolsillo de su pantalón y se tomó una respiración larga y cadenciosa para aplacar su ansiedad. Estaba más preocupado por la respuesta de Isabel, que la inminente responsabilidad que tendría cuando le encasquetaran la corona en la cabeza.

— *Son*… Sonríe, papi —Ángel le pidió al observarlo ceñudo. Parecía que estaba a punto de vomitar.

Este estiró los labios en un sonrisa cómica.

—Mejor no sonrías, tío, que pareces el Guasón.

Erik y Ángel, intercambiaron miradas. Si su papá era el Guasón, ¿quién sería Batman?

Manotazo en la cabeza para el chistoso, le propinó de nuevo Everett a Jevrem.

—Cuídalos —le recordó y esta vez el mandato iba en serio.

Besó las coronillas de sus hijos y se marchó al lugar que, *para esa corredera*, le parecía la más acorde, y oró a Licaón, a sus difuntos padres y a todos los santos lobunos para que su ángel no le diera por

sacudir las alas y emprender vuelo para huir de él.

Isabel extendió su falda para ver el brillo que sobre ella centelleaban los diminutos swarovskis salpicados en todo el vestido tono crema, con una cinta satinada que se anudaba bajo su busto como una inspiración de los atuendos de las damas de sociedad en el siglo 19. Luego se tocó su cabello recogido en bucles altos y ganchillos de pedrería, sin tener idea del propósito de lucir de esa manera. Era consciente que esa noche no sería el anuncio del sucesor de Alejandro Cortázar, Everett le explicó lo que el jerarca disponía en las siguientes veinticuatro horas, pero le parecía que Everett omitía algo y esto a ella la preocupaba.

Por supuesto, tendría que acostumbrarse a lucir de lentejuelas y plumas hasta para ir al baño. El millar de vestidos que le mostraron le vaticinaba que estaría en cenas diplomáticas y ceremonias de magno evento hasta el día en que estirara la pata.

—Mi señora, permítenos escoltarla —expresó el emisario en cuanto ella salió del área del vestidor y se halló con el afable hombre que sonreía de oreja a oreja como si fuese cómplice de alguna picardía. Esa mirada a menudo la observaba en sus retoños.

Enganchó su brazo con la de él, que muy caballeroso lo ofreció para conducirla al exterior.

Isabel arqueó las cejas en cuanto pusieron un pie fuera de la habitación.

Varios hombres en uniformes elegantes le hicieron una venia y enseguida se alinearon para iniciar la marcha hacia el lugar del que todos sabían, menos ella.

En su descenso hacia la planta baja, los moradores de la villa se hacían a un lado para darle paso a la hermosa híbrida, entre venias y sonrisas. Isabel notaba que algunos de estos, rápido se comunicaban en clave para alertar a otro del avance del «cervatillo»; aunque meditaba que, si era por hacer

alguna comparación por ser asustadiza, estaba lejos de serlo, a menos que se refirieran al monstruito pateador que gestaba. Los guardias reales cruzaron la puerta principal e Isabel supuso que irían a un evento del que no fue notificada. Todos se movían con secreteos.

Se preocupó.

¿Y quién cuidaría de los gemelos? Estos solían angustiarse cuando una extraña los vigilaba.

Suspiró. ¡Cómo le hacía falta Nashua y Sakari! O Esther y Lourdes… A estas alturas las nodrizas neoyorquinas estarían en Anchorage por la supuesta preparación para el parto en el hospital de dicha ciudad.

—Están con el señor Jevrem —Luis Gilberto comentó, adivinando su angustia.

Isabel arqueó las cejas.

—¡¿Jevrem está aquí?! —exclamó aliviada y sorprendida de buena manera, puesto que este protegería a sus hijos de cualquier peligro.

—Llegó hace unos minutos —respondió mientras la conducía a través de los amplios jardines que rodeaban la propiedad del jerarca.

La joven madre agradeció por la oportuna llegada del beta y respiró más calmada. Posó una mano sobre el abultado vientre y disfrutó del paisaje natural que le ofrecía el entorno.

Luego se percató que no subirían a ningún auto estacionado cerca ni se dirigían a los garajes a tomar uno que tal vez les habían asignado a ella y a Everett, o él pidió que hasta allá la escoltaran, puesto que el emisario fue quien pasó a buscarla a su habitación; aun así, no formuló preguntas y avanzó a paso lento cada vez más hacia un claro que se abría en la medida en que salían del elaborado jardín, donde, de repente, Isabel fue consciente de que se alejaban de la seguridad de la villa.

—Ya la vi.

—¿Y esa?

—También.

—Yo *quie*… quiero.

—¡Ya la vimos, Ángel!

— *Quie*… quiero. *Ver*… *Verr*… Verla de nuevo —se esforzaba por pronunciar correcto las palabras, hablando pausado para que le

comprendieran.

—Pues, yo no.

— *Pedo*, ¡yo sí! —Sus anteojos se empañaron por lo molesto en que se hallaba.

—¡Ay, dejen de discutir! Les pondré la que yo quiera y no protestan más.

—¡¡Esa es horrible!! —Erik chilló porque su primo optó por sintonizar

«Car» en vez de «Meteoro» que aún no la había visto.

—A mí me gusta Car —Ángel replicó con lentitud mientras limpiaba con el ruedo de su suéter el cristal de sus anteojos.

—Esa película es para bebés.

—También *pada* niños *gandes*. ¡Y la *quiedo ved*! —Se le pegaba la lengua cuando hablaba rápido, insistiendo enojado en su película animada favorita, enfrentándose a su hermano mayor.

—¡«Quiero *verrrrrrrr*»! —lo corrigió de manera odiosa.

—¡Ay, les pondré «Cenicienta» para que dejen de discutir! —Jevrem se impuso ante los dos hoscos mocosos que, desde que se marchó su tío Everett, estos no han parado de gruñir como perros y gatos.

Los gemelos se sentaron de brazos cruzados y cachetes inflados, en el sofá, sin tener más remedio que conformarse con lo que su primo sintonizó en la televisión.

—Le voy a decir a mi papá…

—Dígale.

—¡Tú: malo!

—Lo soy.

—Malo. ¡ *Quiedo Cad*!

—Y yo «Cenicienta» —Jevrem no se dejaba intimidar por el enojo del par de berrinchudos; sin embargo, se ablandó un poco, puesto que, al tratar de castigarlos con una película para «niñas», la protagonista animada le recordó a su propia doncella, cuya zapatilla la dejó botada

en Nueva York para que su príncipe azul no la embaucara.

Así que cedió primero a la petición de Erik, luego complacería a Ángel con su dichosa película de carritos que tienen ojos y boca.

Mientras estos disfrutaban de la televisión programada, Jevrem salió al balcón con vistas al jardín frontal y marcó el número telefónico de Anna para saludarla, aunque fuese en plan de «amigos». Ya eran muchas las semanas en las que no se hablaban, extrañándola de un modo que hasta le causaba un gran dolor en su corazón. Reconocía haber sido un desalmado egoísta por haber roto el noviazgo, por aquella preferir su formación universitaria a convertirse en su esposa.

Pero la tristeza por tenerla lejos, lo orilló a sacar su móvil y llamarla, a riesgo de recibir a cambio un aluvión de improperios.

Por desgracia, Anna no contestó.

Jevrem lo intentó una vez más y se mantuvo a la espera hasta que la voz mecanizada de una mujer le indicó que la persona a la que trataba de comunicar, no lo podía atender, por lo que era mejor que le dejara un mensaje de voz.

—Esto te pasa por pendejo —se reprendió a sí mismo. En todo ese tiempo, no se atrevió a llamarla, llevado por el enojo de haber sido rechazado. Pero una vez superada la decepción, meditó sobre sus propios actos y la vergüenza lo invadió.

Debió ser más comprensivo.

Alzó la vista hacia las montañas, que eran solo siluetas oscuras que se alzaban en la lejanía, con un manto arbóreo a sus pies. Aún había movimiento, tanto fuera como dentro de la casona, preparando lo que en menos de veinticuatro horas acontecería; la gente estaba tensa, pero a la vez con una sonrisa ansiosa pintada en los labios.

Pensó en *los carnosos* de su bella hada y suspiró apesadumbrado, Anna ignoraba sus llamadas, también enojada por ser abandonada.

—Pendejo… —repitió, golpeándose en su fuero interno. ¡¿Cómo se le ocurrió dejarla en aquella ciudad, atestada de machos?! ¿Y si alguno de estos se propasaba?!

O ella se enamoraba…

Marcó por tercera vez, suplicando al dios de los metamorfos para que

le contestara.

Repique y repique…, y Anna Morris nada que atendía la llamada telefónica.

Jevrem comenzó a desesperarse.

¿Será que está ocupada?

Esperanzado, consultó la hora en su reloj de pulsera y conjeturó que muchas posibilidades sucedían, como que está duchándose, cenando, está durmiendo por estar quizás agotada de tanto estudio.

O de haber follado…

Gruñó por lo bajo.

—Mataré al maldito que la tocó —amenazó consumido por un ataque de celos. No tenía modo de reclamarle, ya no era su novia, él la había dejado allí, entristecida en las escalinatas de la mansión neoclásica.

Miró su móvil y tomó la siguiente decisión.

Le haría caso al consejo de la voz mecanizada.

—Anna, por favor, escucha este mensaje hasta el final —suplicó tras aguardar a que la contestadora se activara en su cuarta llamada—: Te amo.

Fui egoísta por no comprenderte, me dejé llevar por la rabia; perdóname, tardé en reconocer mi error y esto me pesa en el alma. Quiero volver contigo y ser un buen novio que te apoya en tus decisiones. Dame una segunda oportunidad, verás que cumpliré con mi palabra, yo te espero hasta que creas prudente debamos casarnos.

»Por favor, Anna…, volvamos…

Jevrem no sabía qué hacer para que su ex atendiera sus llamadas. De no ser por lo que pasaba su tío Everett e Isabel, él habría tomado el jet y volado hasta Nueva York para buscarla. Cada día que pasaba sin ella, era como si un barrote de titanio se anexaba a la hilera existente que se extendía en el horizonte para que él no llegara hasta su hada. El tiempo era su peor enemigo, a través de este, la gente olvidaba y superaba tristezas ocasionadas por amores pasados; temía que esto le sucediera a Anna, que ya no le importara si él seguía o no amándola.

De repente pensó en el gancho de pelo.

Esto lo animó a entrar a la habitación e inspeccionar a sus primos, seguían mirando la televisión: Erik lanzando risotadas por los infortunios de *Chispita y su chimpancé*, mientras que, Ángel dejándose contagiar por las risas de su hermano.

Volvió al balcón y, recostado contra las barandas, empuñó el gancho para embeberse de la energía áurica que tuviese aún almacenada.

—Vamos… —le costaba sumergirse por culpa de su abuela que contaminó el accesorio de cabello. El aura de Ava era pesada.

Densa.

A pesar de esto, Jevrem se empeñó en captar a la joven, como una especie de «consuelo» por las frustraciones de ese día.

Se halló en un club nocturno.

Gruñó.

¡¿Qué hacía Anna allí?!

—¿Otra más? —preguntó un sujeto de cabellos rubios a él o, más bien, a Anna.

—Con esta estoy bien, gracias —expresó tímida y Jevrem se sintió raro de que por su garganta brotara una voz femenina.

El sujeto sonrió un tanto achispado, sentados ambos en un apartado del establecimiento, cuya música sonaba a todo volumen.

—Solo has tomado una cerveza —replicó divertido de su poco aguante para las bebidas espumosas.

—Casi no bebo, pero ya verás cuando adquiera práctica —respondió ella en un tono que Jevrem determinó era jocoso. Se percató él al instante en que el móvil de Anna estaba sobre la mesita en la que ellos, junto a otra pareja de chicos, tomaban animados. Lo llenó de rabia, era claro que ella ignoró sus llamadas adrede. El móvil estaba ahí, a la vista, y ni siquiera leyó el mensaje que él le había dejado un minuto atrás.

El rubio idiota se acomodó su cabello y le pidió a Anna en bailar una pieza, no era balada, sino una melodía electrónica bastante movida en la que ella estaría a gusto en sacudir los huesos; no obstante, Anna se negó apenada de no saber bailar.

—También tengo dos pies izquierdos —comentó su acompañante con socarronería y del que a Jevrem le provocaba «salir de los ojos de Anna»

para matarlo a los golpes—. Me conocen como «la aplanadora»: le piso los pies a las pobres que bailan conmigo.

Anna se carcajeó.

El rubio se deleitó de su risa.

Y Jevrem sintió una terrible oleada de celos.

—Qué mentiroso eres, Edmund. Te he visto bailar y lo haces muy bien.

El otro la miró suspicaz y su sonrisa se ensanchó como animal carroñero.

—Esta noche no he bailado con ninguna. ¿En qué otro lugar has visto mis dotes de bailarín?

Anna tomó un sorbo y, pestañeando coqueta, le respondió:

—El mes pasado, en Oasis. Estabas con una latina bastante exuberante.

El maldito de Edmund se vio pillado en su mentira y soltó una risa que a Jevrem le pareció sobreactuada.

—A ella la conocí esa noche, pero no quedamos en «nada»; estaba de pasada y yo no quería liarme con una chica que solo quería divertirse.

Prefiero las que son más *seriecitas*.

—Conque, «seriecita», ¿eh? —Anna le captó la indirecta—. Supongo que la hallaste. ¿La conozco?

—Oh, sí… —el maldito se relamió los labios—. La hallé un día, perdida en los pasillos de la universidad. Y, desde entonces, me vuelve loco.

Jevrem enterró las uñas en sus palmas hasta provocar que su piel sangrara. El-que-estaba-por-morir, le disparaba la artillería pesada y esta no hacía nada por resguardarse de las balas.

El corazón de Everett aceleró a un ritmo que bien podría salírsele del pecho por el nerviosismo. Y aceleró más en cuanto Isabel se acercaba en un carruaje descapotado, decorado en rosas rojas, siendo jalado por tres corceles blancos de crinejas tejidas y escoltados por seis jinetes de trajes ribeteados en hilos y botones de oro.

Fue un gesto por parte de Cortázar en sugerirle el medio de transporte que estuvo durante años en desuso, del cual, en tiempos de antaño, el jerarca paseaba con sus esposas por los valles de Montana, cuando solo deseaban ensalzar el romanticismo. Isabel venía acompañada del emisario, quien se había prestado para la propuesta de su amada. Esto y lo del corte del cabello, fue lo que Everett omitió para darle una sorpresa, aunque esperaba que para ella no fuese desagradable, preocupado de que lo tomara como si le tendieron una emboscada imposible de librarse, pues él cercó todas las salidas para que no tuviera más alternativa que aceptar en convertirse en su legítima compañera.

Si bien, fue una imposición Real, Everett organizó dicho encuentro para expresarle palabras de amor, deseando que a ella le naciera darle el «sí» y no sentirse coaccionada por la demanda del Supremo.

Así que, estando bajo el cielo estrellado y en lo alto de la colina que ofrecía la vista más impresionante de las Rocosas, aguardó a que el carruaje de su dama se detuviera.

Everett se alisó los puños de su chaqueta y acudió a su encuentro, adelantándose a uno de los guardias que cabalgó durante el recorrido.

Abrió la portezuela y su mano se extendió para que su precioso ángel la tomara.

Por otro lado, la expresión de asombro por parte de Isabel fue monumental en cuanto sus ojos marrones se posaron sobre los de este, observando que se había cortado el cabello.

¿Y ese hombre…?

Jadeó.

¿Acaso…?

Volvió a jadear. El rostro del sujeto que se había acercado comenzó a tranquilizarla por la sonrisa que esbozaba. Isabel movía las aletas de sus

fosas nasales para detectar si no se equivocaba y era alguien con un increíble parecido.

Pero la desconcertó, ese hombre tan guapo era su Everett.

Sonrió.

¡Qué impresionante cambio!

Por un instante, no lo reconoció, salvo su increíble aroma masculino; tuvo que parpadear varias veces por si su vista fallaba en la penumbra. La zona apenas estaba iluminada por el titilar de las estrellas a pesar de estar la luna oculta. Los metamorfos, en especial los de casta superior, no necesitaban de linternas ni lámparas para ver mejor; la visión nocturna era tan buena como la diurna. Sin embargo, Isabel de sus facultades dudaba.

¡¿Ese era Everett?! Lucía tan diferente…

La brisa apenas le sacudió los mechones cortos que caían sobre su frente; su aspecto aleonado fue transformado a uno más regio, o, más bien, lo hacía lucir menos salvaje.

La sonrisa de este se ensanchó en cuanto tomó su mano y la ayudó a descender con sumo cuidado hasta que sus dos pies –calzados en zapatos planos– se plantaran bien sobre la tierra.

— *Wow*… Te ves increíblemente guapo —expresó con sinceridad, a la vez en que acariciaba su cabello. Por supuesto que jamás le revelaría que extrañaría sus greñas alborotadas y su barba enmarañada para no herirlo; hasta esta la tenía pulcramente cortada al ras de su mandíbula.

Él besó el dorso de su mano a la antigua.

—No es mi estilo —dijo resignado—, pero me alegra que te guste, *mi bella dama*.

Isabel miró su rededor y una inquietud le hizo temblar las piernas.

Rosas rojas por montones.

Carruaje.

Escoltas.

Él luciendo como príncipe…

—Cielos, Everett, esto es como de cuento de hadas… Me siento como una princesa —dijo simulando su incertidumbre.

De hecho, lo serás…, meditó él para sus adentros y en una sonrisa que denotaba lo que se proponía. Luis Gilberto bajó por la portezuela contraria y se ubicó donde apostaban los jinetes y los hombres que custodiaban al Elegido y luego consultó a un beta al mando, si estos tenían cubierta cada hectárea de dicha zona para resguardar a la futura pareja real.

—Todo esto es para ti —expresó, refiriéndose al paisaje panorámico que se extendía frente a ellos, como un anticipo de lo que su amada obtendría si se convertía en su esposa.

En vez de contratar a un decorador para que armaran una carpa de cinco metros cuadrados, iluminada con candelabros y lucecillas blancas, del cual sería tapizada con las más costosas alfombras persas y sillones mullidos para disfrutar de la naturaleza nocturna…, Everett prefirió en pedirle a la asistente del emisario en que colocaran centenares de ramos de rosas en la colina para que complementaran de manera magnífica con el bosque que se hallaba a sus pies.

—¿Para mí? —Isabel le siguió la corriente, creyendo que solo era una simple expresión poetiza. Aunque, a juzgar por las rosas, el carruaje, los guardias reales…

Tragó en seco.

—Isa, soy consciente de lo que me dijiste *la otra vez* en la playa y no es mi intención de olvidarme de mi promesa de respetar tu decisión de permanecer soltera. Pero, ambos hemos superado tantos problemas y hemos cambiado en nuestra manera de ser, que ya no actuamos con inmadurez.

Nos amamos, tenemos dos hermosos hijos y somos eco de los latidos de nuestros corazones.

Extrajo la bolsita azul y, de esta, la sortija de Winona.

La que, en dos ocasiones, Isabel rechazó por diferentes causas.

Jadeó.

—¡¿Cómo es que la tienes?! —Según ella, estaba guardada en la gaveta de los calzoncillos.

—Siempre la mantengo conmigo.

—¡¿Desde hace dos meses?! —Suponía que, cada vez que se cambiaba de ropa, la bolsita aterciopelada se hallaba oculta en los bolsillos de los vaqueros de su leñador sexy.

Él la arropó con la mirada.

—La tendría hasta que obtenga de ti lo que más anhelo.

A continuación, hincó una rodilla en el suelo e Isabel se llevó una mano a su pecho y otra a su boca, conmocionada por lo que Everett estaba a punto de preguntar, que hasta el emisario y los guardias sonrieron ante la maravillosa propuesta.

Alzó la sortija y carraspeó.

—Mi precioso ángel, haz de mí un hombre feliz, concédeme la dicha de ofrecerte mi apellido como es debido y así envejecer juntos, como marido y mujer. —Se tomó un respiro y, tras soportar el martilleo incesante en su corazón, preguntó—: Amada Isa, ¿deseas casarte conmigo?

Ella titubeó.

El emisario contuvo el aliento, un guardia mantenía los ojos explayados por la incertidumbre, algunos lobos en la lejanía aullaban a sus congéneres y, Everett, con el alma en vilo.

—Sí, acepto.

Capítulo 43

Mientras estuvo en Oasis, Anna controló el impulso de revisar el buzón de voz en la que Jevrem le había dejado un mensaje, tras cuatro llamadas en la que intentó comunicarse con ella.

Una vez en la habitación, su fuerza de voluntad flaqueó en cuanto no tuvo a nadie estudiando sus movimientos; Edmund era muy curioso, más que todo, por ser controlador. Exigía total atención sobre él, del cual solía criticar a las personas que se enfocaban más en el móvil que con sus respectivas citas. A ella la convenció de salir juntos a beber un

«par de cervezas» y así distraerse de tanto «estudio». Aunque, no fue precisamente una «cita», Anna procuró hacerse acompañar por su amiga y, esta a su vez, llevó a su novio para que todos quedaran «emparejados». Su ayuda no fue muy buena que digamos; Anna se las vio con *los perros* que le lanzaba Edmund, cuyo ataque fue frontal por ella haberse dejado llevar con el coqueteo. La rabia por las insistentes llamadas de Jevrem y el achispamiento de las cervezas ingeridas, la desinhibió al punto de besarse con el rubio.

Ahora se lamentaba, el beso, lejos de causar explosiones que le volaran la tapa de los sesos, le resultó desabrido.

Y, no es porque Edmundo besara mal, sino que no sentía atracción por este, aminorando a cero las sensaciones de su cuerpo.

Suspiró por su metida de pata y volvió su rostro hacia la mesita de noche, a su derecha, donde había dejado su móvil reposando y conectado al enchufe para cargar la batería, la impulsividad la empujaba a escuchar el mensaje que seguía ahí almacenado en su memoria digital, a la espera de que *aquel* expresara a su oído un montón de quejas y reproches de las que Anna se imaginaba.

Extendió la mano, pero quedó a milímetros de tomarlo; vaciló, se mordió los labios, sopesando en borrar el mensaje o dejarlo para más tarde. Pero, al final, la curiosidad le ganó y desenchufó el móvil para pegarlo a la oreja, luego de activar la voz de Jevrem en la que este expresaba:

«Anna, por favor, escucha este mensaje hasta el final: Te amo. Fui egoísta por no comprenderte, me dejé llevar por la rabia; perdóname, tardé en reconocer mi error…».

Y la joven continuó escuchando las imploraciones de su ex.

¡¿Que él qué?!

Le había pedido volver con ella para ser un «buen novio» que la

«apoyaría» en sus decisiones.

—Sí, como no… Pendejo… —espetó con resquemor, puesto que Jevrem era galante en sus palabras, pero incumplía con sus promesas

y esto a Anna la enfurecía—. «Segunda oportunidad…» —repetía lo que él expresaba de manera convincente; sin embargo, ella había dejado de creerle.

«(…) yo te espero hasta que creas prudente debamos casarnos».

Aquí Anna se carcajeó con rabia.

—¡Ja! Tendrás que esperar hasta que llegue el Fin del Mundo, porque yo no pienso casarme con un idiota. —Para ello, prefería que la declararan

«solterona», pues pretendía llegar a la vejez sin que un pretendiente usara sus artimañas para desposarla.

Molesta por dicho mensaje, Anna dejó el móvil en la cama y se levantó para asaltar la nevera, eran pasadas las 2:30 a.m. y tenía hambre. Edmund prolongó las cervezas hasta horas no acordadas y, de las que ella tendría que aguantarse la increpada de la señora Camila, quien se ha comportado como una madre a pesar de ser Anna una loba omega. Para hacerle más *tolerable los calorones*, la anciana adaptó una de sus habitaciones, incorporándole una puerta blindada de cerradura *multilock* y barrotes en las ventanas para contenerla en caso de que la joven se sintiera orillada a buscar macho para aparearse. Si bien, lo del ciclo estral ocurría de manera anual, Camila no se arriesgaba a que la naturaleza de Anna la hiciera actuar enfebrecida.

Por fortuna, se mantenía lúcida, gracias a su nula atracción hacia otros hombres y a un arsenal de juguetes sexuales que Camila le compró para *matar las ganas* en caso de que le dieran, ocasionado en la joven un rubor que le duró varios días.

Al llegar a la cocina, abrió la nevera y de allí extrajo algunos ingredientes para prepararse un emparedado. Y, al cerrarla…

El susto que se llevó fue monumental.

—¡Ay, casi me matas de un infarto! —exclamó a la anciana que apareció de repente en su campo visual, con su albornoz cruzado y sus anteojos cayendo sobre su nariz, en una pose de estar molesta.

—¿Te has fijado en la hora?

—Sí, lo siento… Los muchachos…

Ella levantó la mano para que callara.

—Anna, no quiero parecer una vieja gruñona, pero si acordamos en que llegarías a las once, es porque se supone que cumplirías. Son pasadas las dos de la mañana y llegas justo a asaltar la nevera. ¿Qué tanto bebiste?

—Una cerveza.

La otra dudó, pero no le reclamó. También hizo de las suyas en sus años mozos; sin embargo, pese a que nunca se desató en «mujer lobo» por estar borracha, sí en una libidinosa chica que se acostó con media Manhattan en la década de los setenta.

—¿ *Lo hiciste* con algún chico?, te lo pregunto para tomar otras medidas.

Anna se mosqueó mientras depositaba los recipientes de plástico que contenía jamón, queso y otras delicias.

—Como, ¿cuáles? —Abría el paquete de pan rebanado para dejar unas cuatro rodajas en un plato llano.

—Como *la pastilla del otro día*…

Anna ni parpadeó. Consideró que esa suerte no la tenían las metamorfas, que solo disponían de los preservativos para protegerse de un embarazo.

Las pastillas anticonceptivas o las que interrumpían el proceso de fecundación en caso de que algún condenado espermatozoide lobuno se haya colado en uno de sus desprevenidos óvulos, después de un tórrido encuentro sexual, para nada la sacarían de un apuro. A las chicas como ella ninguna pastilla les haría efecto, y, en cuestión de dos meses, parían un lobezno.

El primer susto que se llevó, tras acostarse con Jevrem, bastó para que anduviera por ahí con precaución.

—¿El beso francés preña?

Camila agrandó los ojos por la pregunta tan ignorante de la muchacha, pero esta rio a todo pulmón, que la hizo relajarse y poner los ojos en blanco por su tomadura de pelo.

—No, pero *si te dejas meter la anaconda* de tus galanes, entonces: sí —

respondió sin que le molestara el socarrón comentario y advirtiéndole lo que pasaría si bajaba la guardia. Todo es besitos y caricias al principio; después: «ese hijo no es mío».

—Solo bailé y bebí un par de cervezas. Nada más —omitió que en realidad besó a un chico de la facultad.

—Qué bueno, porque tendrás que hacer las maletas enseguida. Isabel me telefoneó: nos invita a su boda que se celebrará mañana en Montana. —

Miró la hora en el reloj de pared de la cocina—. Bueno, en unas horas…

Anna gritó como si la hubiesen pellizcado.

Dejó lo que estaba haciendo en el acto.

—¡¿Se va a casar?! ¿Por qué tan rápido?, ¿cómo hizo el señor Everett para convencerla? Ella no quería…

Camila intuyó que aquel greñudo de músculos inflados habría recurrido a estrategias dignas de generales, de la que su amiga, ni con armaduras a prueba de guerras atómicas lo pudo rechazar.

—Isa quería centrarse en su pareja y sus hijos —dijo—. Tal vez sea esto la confirmación de lo que ella me manifestó hace un par de meses.

—¿Y por qué en Montana?

Camila se encogió de hombros.

—Debe ser sugerencia de Everett, porque Isa no conoce a nadie de allá.

—Y nos invitó… —¿Cómo se costeaba un viaje hasta Montana, si lo que tenía apenas le alcanzaba para cubrir ciertos gastos? Continuó elaborando sus emparedados: una rodaja de pan, queso, jamón y lechuga. Otra vez queso, jamón y lechuga. Una tercera tanda de queso, jamón, lechuga… y otro poquito de jamón coronado con bastante mayonesa. Cerró con la otra rodaja de pan.

Elaboró una torre de tres pisos.

Faltaba la otra…

Camila se impresionó del apetito de la lobata. Vaya que tragaba más que una manada de lobos hambrientos.

—Sí, así que te sugiero que comas rápido esos *gigantescos* emparedados y subas a hacer las maletas, que en una hora nos pasarán a buscar.

A Anna la envolvió la emoción y la incertidumbre, porque, si el Alfa del Clan Kenai contraía nupcias con Isabel, entonces todo el Cuartel de las Brujas estaría allá presente y, por extensión, también Jevrem.

Entonces, al ataque que sufrían sus intestinos, se sumó una preocupación en especial que empeoró sus repentinos retortijones.

¿Qué se iba a poner?

—Ay, señora Camila… No tengo nada para usar en la boda, solo vaqueros viejos…

La otra resopló como si esto no representara en ella ningún impedimento.

—Por aquí, *Winnie Pooh*, que Mamá Panda resolverá tu problema.

Sígueme…

¡Cielos!

Engullendo rápido uno de los emparedados, Anna siguió a la anciana hacia la segunda planta, donde el gran armario de la habitación principal las esperaba con las puertas abiertas, para que *la segunda Cenicienta* vistiera de luces y joyas en aquella boda.

Camila sabía que se metería en una guarida atestada de lobos que, tal vez, tendrían a humanos como aperitivos para satisfacer el hambre; aun así y arriesgo de terminar igual que estos, estaba decidida en acompañar a su amiga en el día más importante de su vida. Así que, revolverían el guardarropa en busca del atuendo que, tanto para Camila y para Anna, las hicieran resaltar sobre las demás invitadas. Para la jovencita tenía pensado un bonito vestido que la hiciera proclamar como una mujer que se ha superado a sí misma, sin descuidar su apariencia física, pues ella se encargaría de que esta, a más de uno, dejara con la boca abierta.

Treinta minutos después, Anna tenía varias mudas de ropa sobre la cama, en la que doblaba con sumo cuidado para que no se maltratara en su maleta.

Solo el vestido permanecería dentro de un forro con pecha, del cual permitiría que, durante el viaje, no se arrugara. Escogieron la ropa a la velocidad de la luz, siendo Camila muy hábil para orientarla en lo que ella debe usar en cada ocasión; se preparaban para cenas, brindis o paseos vespertinos por las Rocosas. La anciana desaprobaba la indumentaria de Anna por estar deteriorada y fuera de temporada. Al menos, las *vintage* que ella poseía, sacarían a la joven del atolladero, cuyas firmas de diseñador dejarían bien parada a cualquiera que las usara.

Al bolso que tenía, Anna empacó su móvil y el enchufe por si se descargaba; los cosméticos, su cepillo de dientes y se aseguró de tener algo de dinero por si se presentaba un gasto imprevisto. Tenía un poco ahorrado para enviárselo a sus padres; tomaría la mitad, luego lo repondría de la paga del señor Spencer, quien como jefe era genial. Según, Camila, él las pasaría a buscar para llevarlas al aeropuerto, pues no quería que rodaran por ahí en horas de la madrugada.

Estando a punto de cerrar la maleta, se percató que, por una de las esquinas del compartimento principal, una libretita sobresalía.

La tomó para que no entorpeciera cuando deslizara la cremallera y enseguida observó que no formaba parte de su material de estudio. La

abanicó para mover las hojas con rapidez, extrañada de que se haya colado allí de alguna parte. Pensó en una posibilidad y era la más acertada, recordó que, tras su disgusto con Jevrem por no casarse con él, hizo sus maletas, recogiendo con rabia sus pertenencias del dormitorio asignado por la buena de Isabel.

Anna en ningún momento compró esa libretita para abastecerse de cuadernos o agendas para utilizar en sus clases en la universidad.

¿Acaso era de…?

Sus ojos se toparon con una página escrita en una caligrafía que le resultaba un tanto difícil de leer, como si la hubieran escrito a las carreras.

Pero ¿qué demonios…?

Jadeó cuando en la primera línea del texto, leyó que dicha nota estaba

dirigida a ella.

Impresionada por el descubrimiento, se sentó al borde de la cama. La maleta seguía ahí, abierta.

«Mi hada hermosa.

El destino quiso que tú y yo no estuviésemos juntos, pero agradezco haberte conocido. Fueron pocos los días que disfrutamos como novios; sin embargo, los atesoro por ser los más felices de mi vida. A la tumba me llevo tus besos y tu cariño.

¡Me renovaron! Me hicieron más hombre, maduré y crecí a tu lado. Morí feliz de saber que tu amor me salvó de enloquecer; por ti, mi alma no vagará por el inframundo por haber pecado. Desde las alturas velaré por tu seguridad hasta que los dioses me concedan una segunda oportunidad. Por eso, ruego a Licaón que me permita después renacer en otra vida y reencontrarme contigo, y de este modo volvernos a amar.

Mi hada…, no llores, por lo pronto, vuelve a…»

Lo expresado por él quedó inconcluso.

Llorosa, Anna se llevó una mano a la boca.

¡¿Qué acaba de leer?! Era una breve carta en la que Jevrem se despedía, porque iba a morir.

—Por Licaón, ¡¿qué es esto?! —De un salto se puso en pie, sosteniendo temblorosa la libretita. En dichas desgarradoras palabras, Jevrem dejaba

plasmado su corazón atribulado; jamás le había comentado sus intenciones suicidas, solo sus pesadillas que lo mortificaban y le causaban agotamiento emocional que lo hacían llorar como un niño.

Anna leyó una vez más la carta inconclusa, asegurándose de que no haya malinterpretado lo que este escribió, pero cada frase compuesta de pesadumbre la hacía romper en llanto.

Él intentó suicidarse.

Corrió a la puerta en su afán de contarle a Camila, pero se detuvo abrupto consciente de que no debía empañarle la emoción por lo de la señorita Isabel; lo dejaría pasar para después comentarle a la futura señora Brankovic. No estaba segura, puesto que esta también debía estar ilusionada con los preparativos de la boda relámpago.

¿Y si lo sabía?

Tal vez sea esto, por lo que lo iban a internar en un psiquiátrico.

Jevrem había enloquecido tras despertar de una pesadilla en la que su cuerpo reaccionó instintivo para transformarse en lobo y así *defenderse* de sus *violadores*. No lo completó, el señor Everett y los guardaespaldas trataron de detenerlo para que no cometiera estragos en una ciudad que no les pertenecía.

—¡Anna!, ¡llegó Conroy, date prisa! ¡¡Anna!!

—¡Voy bajando!

La joven secó sus lágrimas con las yemas de los dedos y, encorvada por la tristeza que supone el descubrimiento, arrancó la página de la libretita y la dobló para guardarla en uno de los bolsillitos de su bolso. Le dolía que Jevrem haya pasado por todo *aquello* y ella sin haberle dado ese apoyo moral que requirió para fortalecer su espíritu, sino que se enfocó en sí misma de forma egoísta.

Se terció el bolso y cerró la maleta, con la ropa que Camila le prestó y unos cuantas prendas suyas, y abandonó la habitación, junto con el vestido dentro del forro a cuestas, forzando a la vez una sonrisa fingida para que los dos ancianos no le hicieran preguntas de las que aún ella no estaba preparada para responder.

Capítulo 44

Damir telefoneó a su amante varias veces.

Pero este no atendía a sus llamadas, dejando hasta en visto los mensajes que le escribía.

«¿Por qué me ignoras?».

«¿Ya no te gusto?».

«Te aburriste de mí?».

«¡Tú fuiste el que me buscabas y ahora me ignoras!».

Ninguno de los reproches tenía réplica.

Dejó su móvil sobre el escritorio de ébano y se levantó de la silla, con los sentimientos revueltos. Al parecer, a este le dejó de gustar de un día para otro, sin saber Damir los motivos por el cual ni se molestaba en gruñirle a él al teléfono. Durante meses disfrutaron de apasionantes encuentros clandestinos en las que ambos se comían sus sexos y *bebían* de sus simientes hasta quedar satisfechos. En más de una ocasión procuraron atravesar las fronteras estadales para estar juntos, en un bajo perfil que mantenían para no ser descubiertos por otros que quisieran a ellos extorsionar por sus inclinaciones homosexuales.

Graznó una serie de palabrotas ininteligibles, prometiéndose que, en cuanto lo viera, le reclamaría sus desatenciones. ¿Qué le pasaba a su amante que parecía bipolar? Hasta hacía poco le expresaba sus deseos de amarlo con todo el corazón; no obstante, con los vientos de cambio que se aproximaban, se comportaba como si fuese otra persona.

—No soy servilleta sucia para que me deseches tan rápido —expresó para sí mismo, dándose largas en abandonar el despacho, herido él por *aquel* dejarlo en el limbo—. ¡Me vas a escuchar! Me enamoraste para nada.

¡De mí nadie se burla! —Su sangre hervía, la mayoría de las veces Damir tenía que hablarle al dispositivo electrónico como si el otro lo escuchara; por desgracia, sus quejas caían en saco roto y él cada vez más frustrado, porque ni los asistentes ni los guardaespaldas de su amante –de los que Damir fue hábil en obtener sus números telefónicos– fueron considerados en informarle del porqué su «amigo» no le contestaba.

Lo único que obtenía de estos era un: *«En cuanto se desocupe, le pasamos el mensaje»*. Y luego lo bloqueaban.

—«Desocupe…». ¡Malditos inútiles!

—¿Por qué gruñes? —Grubana, ataviada en un largo vestido negro de terciopelo bordado, inquirió tan pronto entró al despacho de su difunto marido y miró con curiosidad a su hijo, que parecía haber sufrido un disgusto por algún hecho que ella ignoraba.

El estilizado hombre se acomodó el nudo de su corbatín y luego su cabello para darse tiempo de responder.

—Es un asunto con un «contrato». Nada que entendieras. —Y con esto zanjó la explicación; su ceño seguía fruncido, le costaba ajustar su rostro en la máscara de rectitud que solía mostrar a los demás. En su fuero interno escupía toda clase de palabrotas y así no perder la educación que adquirió bajo la tutela de su progenitora, quien solía tachar ese tipo de lenguaje en gente de calaña.

Grubana, conteniendo el desagrado que le causaba que subestimaran su inteligencia, esbozó una sonrisa displicente, su hijo se sorprendería de la capacidad que ella tenía para los negocios. Por desgracia, era mujer y su posición, la de guardar luto por su difunto marido y velar por el buen orden de la casa de Kenai, para que sus descendientes viviesen en un hogar intachable e inmaculado.

—Tu padre solía expresar en estos casos: «Un buen sirviente hace más que mil hombres incompetentes». Deshazte de los que te ocasionan contratiempos, así te quedes con pocos empleados.

—Lo tomaré en cuenta, madre.

Aun así, para Grubana, no pasaba inadvertido de que a Damir lo afectaba un motivo más profundo.

Y se hacía a la idea de lo que podría ser.

—Tómalo de esta manera: *el bastardo* te deja el camino libre para que seas el siguiente Alfa de la región de Kenai y Denali.

Damir bordeó el escritorio y, simulando su sarcástica sonrisa, tomó de nuevo el móvil para revisar si *aquel* por fin respondió.

Apretó la mandíbula para no vociferar una increpación. Seguían sin ser leídos.

—Procura no expresarte de Everett de esa manera o terminarás sin cabeza por ofender al heredero del Supremo —expresó en la medida en que tecleaba en su móvil para dejar otro de los muchos mensajes que le escribía

al que lo llevaba por el callejón de la amargura. De momento, no pensaba en los beneficios que el nombramiento de su hermano menor traería para él, sino en su tormento a quien extrañaba como si fuese un lobato.

Grubana resopló.

—Por favor… —espetó sin importarle quién la escuchara—. Todos saben que es la verdad: nació fuera del matrimonio y es un bruto que solo sabe darse de puñetazos con los que le llevan la contraria. Sigo sin entender por qué tu padre lo escogió a él y no a ti, que eres tan refinado y excelente empresario.

—Así lo quiso él… —tecleaba y tecleaba, desbocando sus emociones en la pantalla táctil. *«Hablamos en cuanto pise los terrenos de Cortázar. Ni se te ocurra eludirme, tengo buen olfato, percibo tu aroma a leguas. Si eres tan macho como sueles aparentar, más te vale que me des una buena explicación de por qué me utilizaste. Porque, sí, ¡es evidente de que lo hiciste!».*

Grubana estudió el distante comportamiento de su hijo y censuró que el moderno aparato se robara su atención.

—Si continúas comunicándote con esa… persona…, llegaremos para cuando recojan las sillas de la Ceremonia de Coronación.

Damir al instante dio «enviar» al mensaje y guardó el móvil en el interior de su chaqueta elegante, vestido él para la fastuosa ocasión. A pesar de que el vuelo les tomaría unas siete horas, pidió a los que lo acompañarían durante el viaje, en estar ya listos, puesto que en el jet irían *otras personas* que no pretendía que de ellos después *hablaran pestes,* por estar vistiéndose en la cabina.

—Será primero la boda y luego un baile en honor al heredero —explicó

—. La Ceremonia está prevista para cuando Alejandro Cortázar, expire.

Lo que, para la Segunda Viuda de Stanislav, presumía que el Supremo dejaría de respirar en cuestión de días. Se comentaba que estaba muy enfermo.

—En este caso: se nos hace tarde —recordó airada. Odiaba al vástago bastardo de Winona, pero nadie le criticaría que la familia no estuvo presente en dichos eventos, aunque a ella le desagradaba.

De la mansión, salieron en caravana tres todoterrenos plateados: El primero trasladaba a Damir y a su progenitora.

El segundo a Radojka y a la loca de Ava Milojevic, que, para suerte de la serbia, también fue invitada por Everett.

Y, el tercero: Vesna, sus hijas y el esposo que contrajo matrimonio con la mayor de estas, Andjela.

Los guardaespaldas los seguían a plena carrera, el aeropuerto quedaba a pocos kilómetros de la residencia; unos al trote en sus piernas bípedas y otros en sus cuatro patas, perdiendo cuidado de ser vistos por algún humano. Los relojes en sus muñecas o el campanario de una iglesia católica, anunciaba las cuatro de la mañana, los humanos seguían bajo sus frazadas, durmiendo campantes hasta que el sol saliera por el horizonte.

Durante el recorrido hacia el aeropuerto municipal, Ava trataba de percibir lo que su yerno y su consuegra conversaban en el auto de adelante, pero apenas atrapaba algunos vestigios en los que ninguno de estos hablaba.

Desistió de su precaria clarividencia y guardó en su bolso la corbata que obtuvo, gracias a la complicidad de una de las sirvientas, a la que le pagó quinientos dólares para que le entregara por unos días una de las prendas recién utilizada por el señor Damir. Habría sido más «barato» hipnotizar a la omega, pero a Ava no se le daba obnubilar mentes, sino introducirse en ellas.

—Debí tratar mejor a esa maldita… —Radojka masculló mientras observaba a través del cristal de su ventanilla, el pasar de los árboles bajo el reflejo de la luna.

—Lo harás a partir de ahora —aconsejó la anciana, resignada a tener que hincarse ante aquella pareja tan desigual que, desde ya se preparaba para expresarles sus más «sinceras» felicitaciones—. Y si tienes que disculparte por algo ofensivo que le hayas dicho a esa híbrida malhablada, lo harás sin rechistar. Estamos con un pie al borde del precipicio; un mal paso y caemos en picada hasta el fondo.

—Eso es lo que más me molesta: que tendré el infortunio de postrarme ante esa hija de… —Radojka se contuvo de expresar el descalificativo que les confiere a las trabajadoras sexuales, para evitar que el chofer o algún micrófono puesto por Damir o Grubana, a ella la escuchasen. Aún se le retorcían las entrañas por el impacto que fue al recibir la noticia por parte de su esposo, quien reunió a todas las mujeres

Brankovic y Milojevic para expresarles las «Buenas Nuevas».

Esto dejó enmudecida a más de una: Grubana quedó helada en su sillón de la Sala azul, Vesna y sus hijas, jadearon estupefactas, Ava apenas parpadeó y Radojka se puso en pie en el acto por no dar crédito a sus oídos.

—No lo tomes como una humillación, sino como una oportunidad que abre nuevas puertas —Ava le hizo ver de la manera más calculadora —. Si logras afianzar la simpatía del heredero y la concubina, aseguras nuestro porvenir.

—¿Y el de Jevrem? —Se volvió hacia su progenitora por haber omitido al que más les importaba a ambas.

—Nuestro Jevrem estará bien. De él solo debemos cuidar de que no se le pegue ninguna *garrapata*. Hay que aprovechar nuestra estadía para presentarle alguna joven casadera; de preferencia, descendiente de algún Alfa Regional… Estos asistirán con sus familias para presentarlas ante el heredero, los de mayor abolengo no perderán la oportunidad de ofrecer a sus hijas solteras para emparentarse con la realeza. Y, de la que a Everett no le interese, la pondremos delante de los ojos de nuestro querido Jevrem.

Radojka torció el gesto.

—Everett ya ha expresado no escoger más hembra. La híbrida lo engatusó desde un principio.

—Mejor para nosotras: escogeremos a la chica más sobresaliente —la que tenga más dinero y cuyo apellido familiar brille entre los asistentes al evento.

Si tuvieron éxito en alejar a esa sirvienta de poca estampa, les irá mejor al moverse entre los invitados para poner a la futura esposa en el camino del que debería regir cada rincón de Alaska.

*****

—¿Estás bien? ¡Ay, esta mujer no para de vomitar! —Camila se preocupó por el ama de llaves de la mansión neoclásica, a quien Everett Brankovic había solicitado al chofer de aquel lugar de trasladarla hasta un hangar, donde dispusieron, tanto para esta como para Camila y Anna, un jet que las llevaría hasta Montana.

La rolliza pelirroja se ha mantenido aferrada al inodoro desde que

despegó la aeronave, propiedad de un sujeto, cuyo apellido reservaron por cuestiones de seguridad. Vomitaba entre sonoras arcadas, de las que Camila no sabía qué hacer para apaciguarlas; lo intentaron con motitas de algodón impregnadas en alcohol isopropílico para que aspirara con cuidado los vapores, también las azafatas le prepararon a la mujer una taza de té de jengibre y le proporcionaron pastillas para las náuseas, pero nada de esto

aminoró su estómago revuelto, del que Camila presumía: Blanka estaría así hasta finalizar el viaje. Llevaban dos horas de vuelo y las turbulencias afectaban hasta a Anna, quien estaba pálida y aovillada en su sillón, para contener las ganas de expulsar en el piso metálico todo lo ingerido en la madrugada.

La pobre de Blanka salió demacrada del baño y se arrojó a lo largo en el sofá del área común y cerró los ojos para que al menos el sueño se encargara de aplacar su malestar. Partieron a las cuatro de la mañana de Nueva York y aterrizarían a la 1:00 am de esa mismo día en Montana. Así que el tiempo, en vez de avanzar, retrocedía por la ubicación geográfica, extendiendo para ellas las horas para descansar.

La azafata repartió frazadas y almohadas para que todas estuviesen más cómodas; Camila reclinó su asiento y, estando de medio lado, se entregó a los brazos de Morfeo, roncando como marinero borracho.

Tras varios minutos de haberse dormido las dos mujeres, Anna se incorporó en su asiento, asegurándose de no ser observada. Así que, sin hacer ruido, extrajo la carta del bolso y desdobló el papel, preparada para leer de nuevo esas palabras que se clavaron en su corazón como si fuesen dagas.

«A la tumba me llevo tus besos y tu cariño», leyó con un nudo en la garganta. Ya él daba por hecho que dejaría de existir. *«Morí feliz de saber que tuve tu amor…».* Sus ojos se deslizaron rápido sobre la siguiente frase que le causaba conmoción, puesto que, para el momento en que él escribió la carta, vislumbró lo que iba a hacer como si ya hubiese alcanzado el elixir y no tuviese sentido seguir luchando en la vida.

Alzó la mirada, meditabunda.

¿Cuándo escribió la carta? ¿Antes o después de ser llevado a un psiquiátrico?

Pensó en el retorno de Jevrem, sorprendiéndola de hallarlo acostado y abrazándola en su cama.

Si la intención del señor Everett era de internarlo para su estabilidad mental, ¿por qué volvió tan rápido?

«Morir feliz…», repitió para sí misma. ¿Acaso Jevrem deseaba para él ese final?

Las siguientes horas en que estuvo en la casa, no tuvieron tiempo de hablar. Muchas cosas ocurrieron tan rápido…

«Desde las alturas velaré por tu seguridad hasta que los dioses me concedan una segunda oportunidad».

Anna comenzó a dudar de las intenciones de Jevrem para sí mismo:

¿Realmente intentó suicidarse? La carta no sonaba a reproche, sino a despedida.

Pero ¿por qué el cambio?, se repetía en su fuero interno: él le propuso matrimonio y antes de esto había planificado en dejarla inmersa en un mar de lágrimas.

*****

—¡Jevrem! ¡Jevrem!

El llamado de una mujer sacó de los furiosos pensamientos del beta, quien paseaba por las inmediaciones de la villa como un noctámbulo que no lograba conciliar el sueño por la rabia que lo embargaba.

La voz femenina le resultó conocida, causando que se volviera hacia esta, sorprendido de hallarla en el lugar menos indicado. Aunque, si lo pensaba bien, era el más propicio para sacar sus garras y atrapar a un incauto.

—¿Qué haces por acá, Maya? —preguntó como si desconociera los servicios que esta ofrecía al mejor postor.

La loba morena extendió sus labios pintados de rojo, en una seductora sonrisa.

—Acompaño a un «amigo» —explicó sin que el motivo le diera vergüenza. Ella estaba feliz de encontrase con el joven sexy que le hacía palpitar su clítoris de solo verlo. La última vez en que follaron fue hacía unos meses en la Gran Manzana, cuando él la telefoneó para divertirse, pues ella ya le había informado de su estadía en la ciudad.

Jevrem le dio un suave apretón en el brazo, expresando mediante ese

gesto en un «que te diviertas», y se encaminó para volver al dormitorio de huéspedes. No era prudente que anduviera por ahí a solas con la *escort* de algún sujeto con estrechas conexiones con el Supremo; ya había aprendido su lección cuando intentó cortejar a Isabel, su tío Everett casi le vuela los dientes de un puñetazo.

Sin embargo, Maya lo siguió sin que su silencio la cohibiera; su cuerpo ya vibraba frenético, ansiosa de ser poseída por ese fabuloso macho que la hacía hasta ruborizar. Cuando estaban juntos, él la trataba con cariño, diferenciándose de otros hombres que la miraban grotescos. Maya estaba

clara en lo que ella era y no se lamentaba, pero que, por momentos la hicieran olvidar su estatus y sentirse una vez más como una lobata virginal, lo agradecía en el alma.

—¡Oye!, ¡oye!, ¿por qué te alejas tan rápido? ¿Estás enojado conmigo?

—Aceleraba sus pisadas para estar a la misma distancia de su caminata.

Él cabeceó y esbozó apenas unas sonrisa languidecida.

—Solo tengo sueño —se excusó para no ofenderla.

—¿Te acompaño? También tengo *mucho sueño*… —ofreció desvergonzada en un insinuante tono que no dejaba para malentendidos. Su braga ya estaba húmeda por la excitación, lo quería dentro de ella en una salvaje penetración que la hiciera pedir clemencia.

Jevrem detuvo su marcha y la miró.

—Si fuese bajo otras circunstancias, estaría encantado de compartir contigo mi cama, pero ni tengo ganas y tú estás al servicio de tu «amigo».

Ella esbozó un gesto de pereza.

—Descuida, *este* me contrató para ser una *pantalla*, no lo tomará a mal si me acuesto con otros hombres. —Más bien, querría que le presentase a algunos para perforarles el culo.

Aun así, Jevrem no sería tan tonto de provocar un enfrentamiento, del cual, quizás perdería la vida en la arena. Si el «amigo anónimo» utilizaba a Maya para cubrir sus *inclinaciones*, no tomaría para nada

bien que una de sus hembras les mueva la cola a otros lobos; esto pondría en entredicho su capacidad sexual o su disponibilidad económica; mientras una servidora o hembra esté bajo su dominio, no la comparten con nadie, a menos que aquel así lo prefiera.

—De momento, eres propiedad de otro —dijo—; una vez termines tus servicios, me…

Las luces de unos faros de automóvil lo encandilaron, teniendo Jevrem que alzar la mano para proteger los ojos.

Trató de vislumbrar al desgraciado chofer que ni se molestaba en aminorar la intensidad de los faros, pero al estar a punto de marcharse para evitar problemas…, las puertas del auto se abrieron y de este descendieron tres mujeres que lo dejaron de una pieza.

Sobre todo, la más menuda.

—¡Joven amo! —Blanka exclamó de alegría, tan pronto se percató de su presencia y corrió a él, con sus regordetes brazos abiertos para apapacharlo

—. ¡Oh, joven amo, qué gusto verlo otra vez! La casa ya no es la misma sin su presencia.

—Blanka, eres un rayo de sol a donde vayas. Te extrañé —abrazó a la pelirroja y sus ojos negros enseguida se alzaron por sobre los hombros de esta hacia la lobata que venía acompañada de la humana de carácter fuerte.

Su mirada en el suelo, evitando mirarlo…

—Todas las noches rezaba a Licaón por usted; espero que tu corazón esté bien… —el ama de llaves no reparó en expresar lo que sentía al respecto de la congoja del joven amo, a pesar de estar ahí presente Anna Morris. La apesadumbró que él se haya marchado de una forma que la hizo levantar suspicacias, pues lo del supuesto embarazo de la niñera debió haberlo decepcionado.

—Y si no lo está, yo me encargaré de que olvide sus desamores. Para eso soy muy buena.

Blanka sonrió desabrida a la voluptuosa loba y Anna empuñó sus manos para controlar el impulso de desfigurarle el rostro de un zarpazo.

¿Quién es esa? , Camila preguntó sin sonido alguno de voz a la muchacha, perpleja de su descaro.

Es una puta, Anna contestó de igual modo y del que la anciana leyó bien sus labios.

Arqueó una ceja y, con desdén, escaneó a la tipa que se aferraba al brazo de Jevrem para hacerles ver que iba en serio en su propósito.

—Levanta la frente, no te dejes intimidar por esa puta —le susurró para insuflarle valor; Anna daba la impresión de querer romper en llanto.

—¿Qué dijiste? —los oídos lobunos de Maya captaron a la perfección las displicentes palabras de la humana.

Camila tragó en seco. La mujer era una metamorfa.

—Eh… —debió tener cuidado estaba en una zona que, al menor error, se la tragarían completa de un bocado.

—Por aquí, por favor —el mayordomo de la villa indicó a las recién llegadas para que se acercaran hasta donde él se hallaba a los pies de las escalinatas que dan acceso a la entrada principal. Blanka esbozó un gesto de desagrado a la *escort* y esta se la devolvió con una sonrisita despectiva sin dejarse amilanar por su censura moralista. Luego sus ojos verdes se enfocaron insondables sobre la humana de pelo blanco, a quien le juraba con una expresión amenazante, en ajustar cuentas más adelante. De la chica, Maya ni se molestó en observarla por más de dos segundos, era una de las

sirvientas de Grubana, con un aspecto que daba lástima: vaqueros y camiseta desgastados y pasados de moda, zapaticos de tercera categoría, el pelo recogido en una desaliñada coleta y su paliducho rostro sin una gota de maquillaje. La pobre ni era capaz de levantar la mirada por su propia insignificancia.

Las tres mujeres se dirigieron hacia donde les indicaron y, en cuanto Anna pasó por el lado de Jevrem, este recordó el coqueteo de su «ex» con el rubio, y la rabia comandó una vez más su raciocinio. Su mano se posó de inmediato en la cintura de la *escort* y la pegó a su pecho para estamparle un potente beso en los labios. Esto impactó a Anna, tragándose las lágrimas como si fuesen veneno, a diferencia de Maya, cuyos brazos se enrollaron en el cuello del beta para corresponderle de igual manera.

Que se jodan, Camila le expresó a Anna, procurando que la mujer lobo no la escuchara. La muy maldita se prestaba para lastimar a la muchacha, con sus acciones de puta barata. Deseó que a cada uno les cayera un rayo que los partiera en dos y chamuscara el pellejo, por causarle lágrimas a su protegida; más le valía a ese descerebrado que ni se le ocurriera acercarse a esta para seguir con sus idioteces, porque ahí mismo Camila perdería el miedo de ser devorada por una manada y le propinaría unos cuántos pescozones por zopenco.

Aún no le perdonaba que a Anna la abandonara.

Capítulo 45

Isabel ni pestañeaba.

Si para lo de la proposición, un contingente de servidores la arreglaron en una exhalación, esta vez un millar revoloteaban a su rededor como murciélagos. La maquillaban, peinaban, perfumaban, adornaban con joyas… Ella solo se limitaba en abrir y cerrar los párpados cuando delineaban sus ojos, poner la boca en pucheros para que las brochas empolvaran sus mejillas, entreabrir los labios facilitando que los pintaran en rosa; alzar brazos y piernas, y luego bajarlos cuando la vestían con cada prenda que consistía en la media-enagua, enagua-completa y el vestido de novia en cuestión que era de color marfil. Parecía una muñeca gorda en la que jugaban a embellecerla con todo lo que compraron a primeras horas del día, como un reto en la que estos trataban de hacerle ocultar sus cachetes regordetes y su voluminosa panza por el embarazo.

Era como una tortura.

Desde que le dio el «sí» a Everett, a Isabel la apartaron de él, por cuestiones de «agüero», y la llevaron a una habitación en la que ni sus hijos podían molestarla, pasando la noche con guardias custodiando la puerta. En cambio, Everett tuvo más suerte, porque él no padecía los estragos de gestar un bebé; puede que haya estado pendiente de sus retoños, de haber estos cenado o que no hayan llorado, o eso es lo que Isabel quería creer, estaba la posibilidad de que a Everett se lo hubiesen llevado para una despedida de soltero.

La consolaba que Jevrem cuidó de Erik y Ángel, al menos mientras

duró lo de la proposición, porque luego lo obligaron en dejar a los gemelos en compañía de la señora Blanka, a quién ni siquiera Isabel le permitieron darle indicaciones. Al parecer, sería la única noche en sus vidas en la que ellos no estarían juntos como familia; los pequeños permanecerían exentos del abrigo de sus padres hasta el amanecer.

—Ahora, mi señora: extienda un pie… —pidió uno de los asistentes para calzar a Isabel.

Esta sacó uno debajo del ruedo de su faldón mientras se apoyaba con ambos brazos de cada vestuarista para que no perdiera el equilibrio, pues el volumen de su barriga le impedía verse los pies y le dolían mucho las piernas por estar parada para que el vestido no se arrugara.

— *¡Auch!* —se quejó adolorida, el asistente hacia un poco de presión para calzarle la zapatilla.

—Huy, creo que se le hincharon los pies…

Los asistentes se mortificaron.

—Entréguemela, a ver si yo puedo… —Ragna, la jefa de vestuario se aseguraba de que fuese el número correcto.

—¡Ay, me aprieta!

—Lo siento, mi señora. No le queda la zapatilla.

—Es porque estoy en los días próximos al parto —comentó apenada—.

Todo en mí se hincha, hasta los pies. —A la Cenicienta no le quedó la *zapatilla de cristal* por tener las patas gordas. Hasta el anillo de compromiso que Everett le dio le apretaba el dedo.

Parecía un globo.

La mujer corrió a hurgar en unas cajas y halló otro par, del que había tenido la precaución de contar con un número más grande y otro par más chico por si acaso.

—Intentemos con estos... —siendo delicada, Ragna puso la primera zapatilla y luego solicitó a Isabel el otro pie, del cual el fino calzado del mismo tono del vestido entró sin problemas, causando que la mujer respirara aliviada—. ¿Cómo los siente, mi señora?

Con ganas de quitárselas, pero Isabel no se quejó.

—Me quedan bien —mintió, le apretaban un poquito; solo pedía para sus adentros en soportarlas hasta que finalizara el día.

—Usted luce espléndida —expresó Luis Gilberto en el momento en que entraba a la habitación, tras un suave toque a la puerta. El hombre, ataviado en esmoquin negro y cuello de pajarita rojo, sostenía una caja satinada decorada con el emblema de la Casa Real de América y la depositó sobre las manos de la jefa de vestuario para él abrirla con solemnidad y mostrarle el contenido.

Isabel quedó pegada en su sitio y los asistentes sonrieron de lo que esta luciría.

—Nuestro Supremo tiene el agrado de obsequiarle esta magnífica tiara, propiedad de su difunta Primera Esposa. Por favor, acepte portarla sobre su cabeza.

—Gracias… —la dejó sin aliento, la tiara era hermosísima, simulando pétalos de flores platinados que apuntaban hacia arriba. Esto casi la hace llorar de alegría, ella solo iba a lucir su melena recogida en una elegante

trenza que se enrollaba sobre su nuca, puesto que consideró que estaría desentonando al usar un velo, por ella casarse con una *barrigota*. No era precisamente una virgen, hasta ya había parido dos bebés.

El emisario tomó la tiara de diamantes y perlas, y la colocó con delicadeza sobre la cabeza de la joven híbrida.

—Que *Rosa Radiante* sea su primera tiara que lucirá frente a sus súbditos, honorable señora —expresó con una sonrisa estampada de manera sincera en sus labios.

Isabel de nuevo agradeció. Y, esta vez, tanto Ragna como el resto del personal, aplaudieron emocionados.

Por fin la novia estaba lista.

En los jardines posteriores de la villa, los encargados de la decoración levantaron un precioso altar, en el que la próxima pareja real contraería nupcias. Flores blancas de todo tipo y rosas rojas gigantescas traídas directo desde los Hamptons, se hallaban acumuladas en preciosos ramos por la caminería principal y rodeando

cada parte del lugar para crear un ambiente de ensueño. El sol estaba por esconderse, extendiendo sus últimos rayos solares sobre los invitados que se iban sentando en las sillas dispuestas para presenciar dicha unión. Eran pocos los afortunados, puesto que los novios prefirieron que la boda fuese íntima; por este motivo, mientras se celebrara, cientos de metamorfos aguardarían en el gran salón para darles la bienvenida y así escuchar del Supremo el anuncio de que el alasqueño sería su heredero.

Jevrem fue de los primeros en que hicieron acto de presencia y así asegurarse de que los demás no sufrieran atentados, como explosivos bajo los asientos o en el altar, o francotiradores que estuviesen por ahí escondidos, esperando a *bajarse* a los novios a tiros. Habló con Kamiakim y Ma-cheil, quienes se desplazaron en compañía de otros nativos hacia Montana desde antes de que el mismo Everett les avisara de su buena fortuna, estos tomaron un vuelo comercial para estar presente para el *Señor de señores*, ambos líderes oficiarían la boda, junto a Abraham Crowell, pedidos los dos primeros expresamente por Everett y el segundo por Alejandro Cortázar.

Los dos hombres recios se mantenían en un extremo del altar, vestidos con su trajes ceremoniales y vistosos penachos de plumas que caían

majestuosas sobre sus espaldas, sin hablar con nadie, salvo el joven Jevrem que no se intimidaba por sus caras serias.

A unos metros del beta…

—¡Ay, señora Camila!, siento que se me van a torcer los tobillos, estos tacones son muy altos… —Anna se quejó con la anciana, mortificada por cada vacilante pisada que daba hacia el exterior, sus sandalias de tacón de aguja, aumentaba su estatura, pero también la tenía como si caminara en la cuerda floja. Le parecía que iba a caer de bruces por su inexperiencia al usar ese tipo de calzado ultrafemenino.

— *¡Bah!* —desestimó—. Pisa fuerte y decidido, que lo haces bien.

La joven oró para no trastabillar y ser blanco de burlas de los demás. ¡Esa sí que sería una mayúscula vergüenza!

Como si Camila fuese su nana, Anna tomó su brazo para apoyarse en esta y así evitar que de ella hablaran por no saber desenvolverse con gracia, le habría encantado andar en zapatos planos, como los que usaba la señora Blanka la noche anterior durante el viaje, pero tenía que maniobrar en unos tacones que superaban los quince centímetros de altura. En cuanto al ama de llaves…, esta se encargó de Erik y

Ángel, asistiéndolos para vestirlos y alimentarlos; la sorpresa fue grande cuando la mujer los vio en el momento en que uno de los guardias la llevó hasta el dormitorio de los pequeños para que estuviese con ellos; en cambio, Camila y Anna habían sido conducidas a otra área de los dormitorios de los huéspedes, y permanecieron confinadas durante horas, alejadas de los Brankovic y de los demás residentes de la imponente casa.

Por supuesto, tomando en cuenta que las mujeres eran amigas cercanas de la híbrida-alfa.

Los ojos de Jevrem se posaron en la joven que acabó de llegar y su boca se desencajó al observar su extraordinario cambio.

Válgame…

Esta era la segunda vez en que Anna lo dejaba sin aliento; cuando tuvieron su primera cita, para ir al cine, ella se enfundó en unos vaqueros que moldearon muy sensual su figura; en esta ocasión, era un impactante vestido rojo sangre, de escote en «V» que daba más abajo de la línea de los senos, ceñido en la cintura y de faldón largo que caía en pequeñas capas hasta el piso.

Algunos alfas regionales y municipales se volvieron hacia la lobata que se acercaba cabizbaja, acompañada de la que parecía ser una chaperona

humana envuelta en una gabardina dorada.

—Levanta la frente, que no te vea triste —Camila le susurró, caminando a su lado, ambas brillando como si fuesen estrellas de cine.

Anna pidió fortaleza a Licaón y se obligó a levantar la mirada para soportar los pares de ojos masculinos –sobre todo los de Jevrem– que se posaban sobre ella con avidez. Avanzó sin mirar a nadie; por fortuna, el trayecto hasta su silla era corto y se sentó junto a Camila, en la primera fila que estaba reservada para los más allegados a los contrayentes. Tenía algo de frío, pero no como para que sufriera una calamidad por no usar abrigo; Camila le había ofrecido uno que empacó en caso de necesitarlo, ya que ella se negó rotundo por ser de visón. Al alfa le desagradaba que la gente arrancara las pieles de un animal para abrigarse, como si en estos tiempos no existiese otro tipo de indumentaria que cumpliera con la misma función.

Aun así, se cruzó de brazos, su tiritar casi imperceptible se debía por el mismo agobio que Jevrem le provocaba. Era loba, soportaba los 0°C

del inicio de diciembre y del que en unas semanas descendería unos cuantos grados más para darle la bienvenida a la temporada invernal.

—Qué bonito quedó todo —la anciana evaluó el decorado a su rededor: columnas falsas, enrolladas en tules blancos y lucecillas que se extendían de un extremo a otros, a modo de vistosos y románticos «techos». Ramos de flores por doquier, músicos que tocaban una suave melodía para ambientar, mientras los invitados aguardaban a que iniciara la boda.

Anna se fijó en los uniformes de los guardias y se inquietó, y esto la hizo sacudir la cabeza incrédula. No…

¿Acaso…? Volvió a cabecear. *¡Nah!*

Lo más probable, se hallaban en una de las residencias del Alfa Mayor, porque…

¡¿Del Alfa Mayor?!

Sacudió una vez más la cabeza, con una sonrisa congelada, echando memoria desde que ellas llegaron en la madrugada. ¿Cómo era que estaban vestidos los guardias?

Estuvo tan agotada por la salida en la discoteca, la desvelada en el jet a causa de leer de nuevo la carta de Jevrem, *al idiota* besuqueándose con Maya, que ni prestó atención a cómo era la casa a la que llegaban. Además, las mucamas que las atendieron fueron muy herméticas, apenas llevaban a la habitación de cada una, el desayuno y posterior almuerzo, y nada del

mobiliario o el decorado, sugería que se hospedaban bajo el mismo techo del que comandaba la nación estadounidense.

Sopesando esta inquietud y, desde cierta distancia, apareció en su campo visual la presencia de dos criaturas revoltosas que captó su atención de inmediato.

—¡Ahí están! —Anna jadeó—. ¡¿Esos son los gemelos?! —se sorprendió al percatarse de que estos, bastante grandecitos, se aproximaban con el ama de llaves y unos guardias que los escoltaban.

Erik la reconoció.

—¡Anna! —Extendió los brazos y saltó sobre ella para abrazarla. La joven lo envolvió en los suyos y besó su frente al igual que a Ángel,

quien, con sus graciosos anteojos redondos, reía de felicidad, hablando atropellado, contándole mil cosas en menos de un minuto.

—¿Vas a *vi*… vivir aquí? —preguntó el menor y el mayor rápido se puso a la expectativa de lo que respondería la niñera. Se le hizo que era muy bonita.

Esta se las vio en un aprieto.

—Vine para lo de la boda…, luego retorno a Nueva York. Pero, estoy muy feliz de verlos, ¡cuánto han crecido, ya casi me llegan a los hombros!

Los gemelos se ubicaron entre Anna y la señora Blanka, quien también tenía el honor de estar en la primera fila. La joven morena procuraba enfocar su atención en los gemelos o en Camila, hablando tonterías para pasar el rato; aunque la anciana notaba la mortificación de Anna, expresándole en voz baja de mantenerse tranquila; ella debía verse como una «diva», no como concursante que perdía en un *reality show* de parejas patéticas.

Pero ¿cómo fingir, si aquellos ojos negros le desnudaban hasta el alma?

Jevrem no dejaba de mirarla.

—¡¿Cómo que en la última fila?! ¡Somos sus parientes!

La protesta de un hombre de repente allí se escuchó, provocando que, tanto Anna, Camila, Blanka, los dos nativos y demás invitados, se volvieran hacia los recién llegados.

—Lo siento, son los dispuestos para ustedes —respondió uno de los encargados del protocolo.

—Pues, es un error, porque debemos estar al frente, no en la última fila

—Damir le hizo ver en tono altivo, siendo el cabeza de familia del grupo de

mujeres elitistas que estaban detrás de él, igual de estupefactas por los asientos que les asignaron por «equivocación».

El encargado cabeceó apenado.

—Lo siento, es disposición de la novia…

Grubana casi se atraganta con su saliva.

—¡¿Qué?! —indignada, alzó la mirada hacia las personas que ocupaban los asientos que ellos debían tener y jadeó por esto escandalizada—. ¿Por qué están allí esas sirvientas y la humana? ¡Es obvio de que se trata de un error! —exclamó molesta—. Haz que se levanten y se marchen, porque aquí ellas no deben estar: es para gente importante, no para sirvientas.

Anna escuchó la protesta y tembló, pero Camila se enderezó bien campante en su asiento y les pidió a Blanka y a Anna para que hicieran lo mismo. A ver, quién tenía más peso: si aquellos o Isabel García, que se iba a casar con el jefe de los lobos de Alaska.

Nathaniel Reid cruzó una hosca mirada con Jevrem Brankovic y de manera silenciosa le ordenó de cerrarles el hocico a su familia o él se encargaría de arrojarlos a un calabozo por ser tan escandalosos. Como Alfa Regional de Alaska, estaba pasando vergüenza frente a sus colegas, Charles Bullock –de Montana– y Alex Goldberg –de California–, enarbolando a su gente como los más educados y cultos del país, y los condenados demostraban lo contrario.

—Permítame, yo me encargo —el joven se acercó para sacar del atolladero al pobre sujeto que guiaba a sus respectivos puestos a cada invitado, para resolver el inconveniente que se había presentado—. Papá…

—en voz baja se dirigió a Damir, a pesar de la molestia de su abuela paterna

—. Siéntense donde les indicaron, estamos en tierras soberanas. Sean respetuosos, los están observando… —de manera simulada, su vista rodó hacia donde se hallaban los tres alfas regionales, para que su padre y su abuela, que eran los que más protestaban, dejasen las pataletas.

—¿Y por qué esa híbrida nos ubicó de último como si fuésemos de la plebe? —Damir inquirió airado a pesar de la advertencia, mientras Radojka, Ava y Vesna, asentían con la cabeza para darle la razón. Las tres lobatas no parecían disgustarle el inconveniente, más bien, se sentían cohibidas de hallarse entre tanto sujeto de rango elevado.

Grubana se cruzó de brazos. Su vestido largo de terciopelo bordado centelleaba de manera chocante con los atuendos simples de los demás invitados, cuestionando ella que algunos ni debían estar allí sentados.

Slobodan y Emir habían acabado de llegar y, al escuchar a Jevrem, de aceptar las sillas que *la maldita* escogió para ellos, se giraron sobre sus talones para largarse de allí hasta que todo eso terminara. Zoran y Teodor se toparon con sus hermanos que farfullaban en serbio, y los acompañaron en el acto, pues no se prestarían a ser humillados por la híbrida y el sobrino.

En cambio, Grubana, iba a gruñir a todo pulmón para que Everett los atendiera personalmente, pero Adela Mulder –la asistente del emisario– fue enviada por Bullock para que exigiera que los otros guardaran silencio y tomaran asiento, debido a que en minutos se oficiaría la boda.

—¡Esto es inaudito! —Grubana protestó—. Al frente están unas sirvientas y en la segunda fila, hay nativos y gammas de quién sabe de dónde salieron. ¡¿Pretenden que presenciemos a *nuestro Everett* desde la puerta de la salida?! —Ni protestar por los asientos del extremo derecho, estos estaban ocupados hasta el fondo por alfas de los poblados en las que Everett más se relacionaba.

—Abuela…

—Señora, así lo dispuso…

—Por si no lo sabes: mi hijo, aquí presente —lo señaló con imponencia

—, es el hermano mayor del Heredero al Trono, quien es el que se va a casar esta noche. Yo soy la Primera Viuda del Alfa extinto del Clan Kenai, fui la que *educó* a nuestro *futuro Supremo* como si fuera mi hijo, y estas niñas… —miró altiva hacia Andjela, Milena y Jelena, son sus sobrinas.

¿Vas a dejarnos aquí plantados? —Omitió de manera olímpica a los demás por carecer del abolengo que se requiere para ser nombrados por sus aristocráticos labios.

—Se sentarán donde se les asignó —la mujer fue tajante y Jevrem sintió pena por su familia.

Grubana jadeó indignada.

—¡Yo soy la madre! —gruñó en una potente voz que ocasionó que la mayoría de los presentes giraran sus rostros por sobre sus hombros hacia ellos. Entre estos, Ma-cheil, quien observaba sin afectarle las protestas displicentes provenientes de una mujer que se adjudicaba

una inmerecida autoridad por ser mezquina.

Adela Mulder no se dejó amilanar por la hosquedad de la anciana. Estaba muy al tanto de lo que sucedía con dicha familia que ha sido minuciosamente investigada durante años; consultar a Isabel García sobre lo que dispondría para estos, fue una gran consideración por parte del

emisario, como una especie de «regalo de bodas» en la que le permitieron cobrarse los malos tratos desde que la joven cruzó las puertas de aquella casa en Kenai.

—Se sientan donde se les asignaron o se marchan.

Tras esto, chasqueó los dedos para que tres centinelas escoltaran al grupo fuera de las inmediaciones de Villa Dorada.

No obstante, Damir y sus avinagradas acompañantes se resignaron a tener que posar sus nalgas marginadas en sus respectivas sillas, para que no pasaran la humillación de ser echados del lugar por inconformes. Ya tendrían ocasión para quejarse con Everett, la concubina les hizo pasar por este hecho que nunca olvidarían en sus vidas.

Isabel suspiró apesadumbrada mientras descendía del brazo de Luis Gilberto, quien se preocupó de ayudarla a bajar las escaleras de mármol y alfombra negra, para que no rodara por los escalones. Y descendieron poco a poco, en prevención de que ella no pisara el ruedo de su vestido y sufriera un terrible accidente. Una docena de guardias en sus mejores galas los guiaba hacia la planta baja y otra docena cerraba la marcha, escoltando a la próxima reina consorte hacia el altar.

Su pesar radicaba en que no tenía a José Antonio García, llevándola del brazo para entregarla *al que aguardaba*, ni a María Teresa y a Arturo, caminando detrás de ella, felices por el matrimonio. Su padre la abandonó hacía años por una amante que opacó el cariño de su esposa e hijos, encrudeciendo su adolescencia. La amargada madre aún maldecía a Isabel por ser la «novia del diablo» y porque su hermano se «marchó» de la casa para nunca más volver.

Los progenitores de Isabel estaban vivos y, bien que ella podría perdonarles el abandono, los golpes y los insultos, y haberlos traído para que compartieran con ella, pero el rencor aún la envenenaba,

prefiriendo mantener lejos a José Antonio y a María Teresa; tal vez algún día los vería; por lo pronto, no estaba preparada para escuchar el odio que estos tanto escupían.

Aunque su padre era como un fantasma.

De él no volvió a saber nada.

Ya en las proximidades de las puertas que dan hacia el espectacular jardín posterior, un cerco de guardias les impidió el paso; detrás de estos, un hombre en traje de esmoquin y sentado en una silla de ruedas los aguardaba.

—Jamás tuve la dicha de guiar a una hija mía al altar; me tomo el atrevimiento de ofrecerme como la figura paterna que te entregará al que será tu marido —Alejandro Cortázar expresó en una clara orden hacia la joven novia, en cuanto los guardias –a modo de persiana que se desliza a los lados– lo dejaron ver.

Esta arqueó las cejas.

Sus ojos se enfocaron en la corona de oro macizo que este portaba sobre su cabeza.

¿Figura paterna?

—P-por supuesto, Ma-Majestad —tartamudeó atónita—. Será un honor para mí aceptar su ofrecimiento. —Su corazón dando saltos de asombro y emoción. Primero la tiara, ahora el rey la escoltaba como a una princesa.

El Supremo se levantó con la ayuda de dos de sus guardias y, con el garbo que lo caracteriza, ofreció su brazo a Isabel. Tenía fuerzas suficientes para dar unos pasos del que después no tendría la fortuna de repetir más adelante.

Un bastón le fue dado al monarca para que le sirviera de apoyo al caminar, recordando Isabel en las veces en la que Everett necesitó uno como ese cuando tuvo la pierna maltrecha.

—Gracias —dijo conmovida y el anciano le sonrió afable, complacido de que ella usara la tiara de su amaba Alice.

—Mi apreciada Isabel, todos deberíamos darte las gracias por cuidar *del que iniciará* una nueva línea de sucesión; serás una digna reina…

Dio una leve reverencia hacia esta y, cuando lo hizo…

Los guardianes y la comitiva que asistía al Supremo lo imitaron para expresar su respeto hacia la dama.

Isabel se llevó una mano al pecho, apabullada.

En respuesta, dio una inclinación a la antigua, esperando haberlo hecho bien.

Ambos caminaron a paso lento, precedidos por los guardias reales con sus estandartes, anunciando la entrada del Supremo y la novia a la que este dejaría en manos de su sucesor.

Los invitados se levantaron de sus asientos en el acto, ocasionando una ola de jadeos de asombro en la medida en que ellos avanzaban hacia el altar de tules y flores. Grubana casi cae de espaldas en cuanto observó que la híbrida era custodiada por todos, incluso por el mismo Alejandro Cortázar, como si ella fuese de su propia sangre. ¡Hasta ambos lucían corona! La

perplejidad era igual en Vesna, quien forzó una sonrisa para evitar quedar con la boca abierta. Radojka estaba por sufrir una parálisis facial por tener que estirar sus labios para que ninguno de los presentes se percatara de su animosidad. Ava le dio un codazo para que se reverenciara al paso de esos dos; la condenada pronto les pisaría el cuello y ellos tendrían desde ya que besarle los pies.

Andjela enroscó de manera petulante el brazo de su recién estrenado esposo, pues notó que este se fijaba embobado en las tetas de Isabel, ya que sentía inclinación por las mujeres voluptuosas. A la vez en que la primogénita de Vesna y Damir cuidaba de su marido, Milena y Jelena, comentaban entre ellas que la enorme panza de Isabel García estaba a punto de estallar. Damir realizó su reverencia, dándole igual si a su hermano y a la híbrida los coronaban en unos días, él rodaba los ojos de un punto a otro, en busca del hombre que le robó su corazón y lo decepcionó con su repentina indiferencia, pero no lo halló entre los invitados ni la comitiva que iba detrás del Supremo.

Ni su olor percibía.

—¡Hola, mami!

—¡Mami, mami!

— *¡Shhhhhttt!* —Blanka les pidió a Erik y a Ángel de permanecer en silencio, ellos sabían de qué iba la ceremonia, sus progenitores se unirían bajo las leyes ancestrales de los metamorfos.

—¿Ya los podemos entregar?

—Todavía no, Erik. Hasta que les indiquen —contestó en voz baja el ama de llaves, ante la impaciencia de los pequeños por entregar las alianzas de oro sólido.

Camila tuvo que sacar el pañuelo ribeteado en cuanto Isabel a ella la saludó mientras pasaba por su lado. La anciana se asombró de su acelerado aumento en la gestación del feto y de lo bella que se hallaba en ese vestido marfil que la hacía lucir rozagante. Pero lo que la dejó

helada y hasta a Anna, quien, por su ignorancia o despiste, no se había dado cuenta de que se hallaban en la residencia de un personaje de máxima jerarquía, desencajando sus bocas y temblando sus piernas, a lo irreal de dicho evento.

—Es el… El…

—El rey —Camila terminó por ella, estupefacta de observar cómo todos se reverenciaban ante este, que hasta ella estaba por hacer lo mismo.

La joven que se había quedado sin voz, por la impresión, asintió.

—Nosotros le decimos «Supremo» —explicó mientras todos se sentaban de nuevo en sus asientos, luego de que este entregara la novia a Everett, y se ubicara en una sillón especial para amortiguar sus artríticos huesos—.

Pero, sí: es el rey...

Camila no podía creer que hubiese reyes entre los hombres lobo. Su expresión era de perplejidad pura, *su Isa* fue escoltada por el propio rey.

Vaya nexos tan fabulosos contaba Everett Brankovic.

Isabel estaba por romper en llanto, desbordada por la alegría que la albergaba. Por largo tiempo temió el día en que se casara con su leñador sexy, creyendo que sería otra atadura que sufriría, pero sus hijos y el amor que él a ella le profesaba la colmaban de bendiciones; solo tuvo un sueño del cual debió renunciar para ser feliz, el escenario no lo era todo, se danzaba hasta entre las olas…

Si ella fuese capaz de leer los pensamientos de Everett, se habría conmovido hasta las lágrimas, él había aparecido de repente, de un anexo cercano de la casa, en la que estuvo a la espera hasta que le anunciaron que la novia se aproximaba. A más de uno sorprendió por no efectuar su entrada triunfal, más bien, fue discreta y sin mostrarse deslucida. Everett lucía magnífico en su esmoquin, cuyo corbatín combinaba con el vestido de Isabel. Un detalle que se le ocurrió a la vestuarista y del que él aprobó de buena gana.

Tal como la joven híbrida, el alasqueño pensó en sus padres, solo que el sentimiento por estos distaba de los albergados por su enamorada hacia los de ella.

Everett los extrañaba y, el hecho de no tenerlos allí, la tristeza se anudaba en su garganta. Su padre habría estado orgulloso de sus logros y su madre desbordando felicidad, pues él se casaba por amor y no por mero compromiso. ¡Cuánto deseaba retroceder el tiempo y al menos a Winona salvarla del cazador! Habría adorado a sus nietos y querido a su nuera.

Hasta se la imaginaba sentada en los primeros puestos, sonriéndole mientras se enjugaba las lágrimas, luciendo preciosa como lo fue siempre, incluso más que sus madrastras.

Mamá, soy feliz…, expresó en su fuero interno y luego sonrió a la dueña de su corazón, quien también sonreía esplendorosa.

—Te amo, mi adorado ángel —le susurró para que nadie más, salvo ella, lo escuchase.

—También te amo —respondió, uniendo ambos sus manos.

—Me encandila tu belleza.

—Parezco un globo…

—Un globo bonito —ansiaba que su mujer pariera su lobezno y se recuperara rápido para follarla durante días. La Luna de Miel la postergarían hasta que «Erika» naciera.

Isabel sonrió tímida y aceptó el halago de su prometido, pese a que ella se sentía fea, le daba la impresión de que cada vez su vestido se ceñía a su voluminosa cintura y sus zapatillas le apretaban al punto de querer estar descalza.

Un carraspeo.

Golpes de bastón.

El Alfa Mayor pedía silencio. La ceremonia comenzaba.

Jevrem, sintiendo una horrorosa nostalgia, miró a Anna, sentada en las sillas de la primera fila y le suplicó silente en que lo perdonara, en cuanto esta posó sus preciosos ojos maquillados sobre los suyos. Había olvidado lo del coqueteo con el humano y lo del rechazo; esto dejó de lastimarlo al verla, ahí, tan hermosa y a su alcance, que todo lo que le revolvió los sentimientos se disipó.

Pero Anna desvió la mirada, frunciendo el ceño por sentirse acosada.

El beso que le dio él a Maya aún le hacía hervir la sangre de la rabia; que se ahorrara sus súplicas y sus ojitos de cachorrito, si ella había pensado en darle una segunda oportunidad, la perdió por andar con putas.

A pesar de las decepciones de los jóvenes lobos, del resquemor de los demás miembros Brankovic, Isabel y Everett se miraban a los ojos como si estuviesen sumergidos en una burbuja mágica. Si alguien hacía algún comentario despectivo o se oponía al matrimonio, ellos no escuchaban; se tenían uno al otro, y solo bastaba que se declararan el juramento para amarse hasta la muerte.

Ma-Cheil y Kamiakim, jefes de las tribus Yakaramath y Peaux Noires, junto al Alfa Mayor del país estadounidense, serían los encargados –cada uno en sus lenguas maternas y costumbres establecidas– de unirlos como

«marido» y «mujer».

Capítulo 46

El retumbar de los estandartes sonó en el gran salón.

Los invitados que amenizaban entre copas y conversaciones jocosas hicieron silencio en cuanto los guardias reales solicitaron la debida atención.

Alejandro Cortázar les expresaría unas palabras.

Lo que ellos tanto esperaban.

Desde una plataforma, del cual tuvo que ser ayudado para subir tres escalones, con ambas manos se apoyaba en su bastón para que su postura se mantuviera erguida y su cabeza elevada por sobre los presentes. Los violinistas y el pianista dejaron de tocar, al igual que los sirvientes, atendiendo a la presencia del anciano, quien contenía el dolor en sus huesos y la debilidad que cada vez lo consumía y lo arrastraba hacia la tumba.

Sería el último discurso que daría a su pueblo, como Supremo, porque después volvería a postrarse en la cama para descansar en la pasividad

de su hogar.

La reverencia ante él fue inmediata.

Alfas Mayores de cada nación, desde Canadá hasta Argentina; Alfas Regionales de cada estado del conformado en los Estados Unidos, Alfas Municipales convocados por la estrecha amistad con los homenajeados, embajadores que asistían en nombre de otros Supremos provenientes de Europa, África, Asia y Oceanía; familias pudientes y empresarios de renombre… Todos expresaron el respeto y la admiración por el que pronto moriría de vejez.

Alejandro superaba los trescientos años.

—Durante incontables décadas fui vuestro señor que engrandeció las tierras lobunas de América —dijo—. La lucha fue ardua para unificar los clanes existentes, librando guerras constantes contra los que se negaron en seguir mis mandatos. La prosperidad, la abundancia de alimentos, el respeto adquirido ante otros *reinos canidae* se estableció desde que, sobre mi cabeza, posaron la corona como Supremo.

»Pero mi tiempo está llegando a su fin y, a pesar de haber perdido a mi progenie durante todos estos años y que ha sido larga la búsqueda de un lobo que sea digno de continuar con mi legado y velar por cada metamorfo

que estará bajo su reino, ante ustedes puedo expresar con seguridad de haber hallado al que será mi sucesor.

Los murmullos se deslizaron por todo el salón, con la ansiedad de ver al sujeto que el Supremo nombraría como el próximo que ostentaría dicha corona.

— *Este que ha sido elegido* de entre muchos —agregó Cortázar—, proviene de una familia con temple de acero; errores han cometido y acciones les han sido cuestionadas; sin embargo, de su sangre guerrera nació un ser que rompió con los esquemas jerárquicos y demostró ser más fuerte y voluntarioso que otros.

»En esta noche de luna nueva, les anuncio que, Everett Brankovic, hijo tercero de Stanislav Brankovic y nieto de Dragan, será el que herede mi título como Supremo de este continente, tras mi muerte.

»Expresen su saludo como debe ser.

El anciano esbozó una silente orden al alasqueño para que subiera a la

plataforma; este así lo hizo en compañía de su esposa y, tan pronto emergieron, fueron ovacionados desde los altos dignatarios hasta los servidores que llenaban las copas de vino.

¡Por supuesto que tenía que ser él! , a pesar de la pérdida económica que tuvo a causa del duelo, Gedeón Lessard, Alfa Mayor de Canadá, pensó en que Everett Brankovic era el más apropiado para ejercer semejante cargo.

Este demostró todo lo que se requiere para dicho liderazgo: fuerza, valentía, imponencia y, sobre todo, magnanimidad. Y a Everett le sobraba por cantidades industriales. Claro ejemplo de esto: en el duelo no reclamó la venganza como suya, sino que cedió *al que debía* ejecutarla con sus propias manos.

Aunque su apreciación no era compartida por Raúl Torrenegra y Andrey Makarov, alfas regionales del Clan Miami y Makarov, respectivamente; para estos, Everett debió valerse de artimañas para que el viejo decrépito lo haya escogido; no tenía sentido, debía estar senil, el otro padecía de problemas mentales y su hembra lo manipulaba con el meñique; el hecho de que esta esté a su lado en un nombramiento de esa índole indicaba en que era la que lo dominaba, siendo una costumbre que las hembras se mantuvieran apartadas en las sombras.

¡Maldito! ¡Mil veces maldito! , Slobodan –tío de Everett– expresaba para sus adentros para que nadie supiera la animosidad que lo azotaba, gruñendo de igual modo a los que la envidia los carcomía. Alejandro Cortázar había

cometido un error, el bastardo de Winona era un cobarde y un inútil; con él, al mando, todos irían en franca quiebra. Otro de los que se mordían los codos, era Abraham Crowell; el Alfa Mayor de los Estados Unidos había creído hasta hacía poco que su nombre se consideraría entre los posibles herederos al Trono, pero ni siquiera llegó a figurar en la lista de los que acudirían a la «entrevista»; al parecer, el Supremo le puso el ojo a aquel desde un principio.

Abraham simuló que le causaba satisfacción el nombramiento y aplaudió con elegancia, en el momento en que los ojos de Damir Brankovic se posaron sobre él. Bebió un sorbo de su copa e intercambió un comentario con Ernesto Valverde, proveniente de México y uno de los *jefes de gobierno lobunos* con los que menos se relacionaba, pero no tenía más remedio que fingir tranquilidad para no ser descubierto. Intercambió miradas simuladas con Raúl

Torrenegra y luego con Damir, quien estudiaba con recelo sus movimientos.

Más atrás de este se hallaban los Obrenovic, aplaudiendo como «focas», pues, si no lo hacían, su estupefacción se percibiría en el acto hasta por los mismos sirvientes. Elías fraguaba de que debía emparejar a su hija a toda costa con alguno de los miembros Brankovic; por supuesto, con el futuro monarca era asunto perdido, la esposa híbrida se encargó de patentar su derecho a apareamiento por sobre las demás hembras, dándole una paliza a su hija. Pero existían otros machos de dicha familia que lo mantendrían conectado al poder, y estos eran los más cercanos al Supremo.

La aceptación por el heredero fue genuina por la mayoría de los súbditos, tardando un largo rato en que los vítores se disiparan entre los lobos provenientes del ártico, de las rocosas, de las praderas, de Alaska…

Everett dio un solemne asentamiento de cabeza, de la mano con Isabel.

Por ella, él estaba ahí…

De su parte no hubo discurso grandilocuente ni permaneció por más tiempo en la plataforma para disfrutar de los aplausos; descendió junto con Isabel y Alejandro Cortázar, cansado este del esfuerzo por permanecer en pie; anunció a sus allegados y a su Elegido de que se retiraba a descansar, sus ojos estaban por cerrarse y no tenía intención de ser visto por los súbditos, con expresión demacrada y en sillas de ruedas.

—Disfruta de tu noche —posó su envejecida mano en el hombro del joven alfa y le sonrió afable—, desde ahora lo que es mío será tuyo.

Everett se reverenció ante este, sintiendo que la piel se le erizaba, debido a que su propio padre le había dicho algo parecido al fallecer.

—Mi señor, honraré su legado —expresó sincero y aún con su postura respetuosa al anciano, quien le dio una leve palmadita en el hombro para que se irguiera, ya él estaba de salida, quería despedirse con un fraternal abrazo.

Everett correspondió al gesto y a Isabel se le deslizaron las lágrimas, porque Alejandro Cortázar cada vez se lo veía más débil y ella le había tomado cariño. Sería genial que estuviera más tiempo con ellos para conocer más de sus vivencias, como el padre que siempre quiso tener

y el maravilloso abuelo que sus gemelos jamás tendrían.

Sintiéndose más liberada del rigor del Protocolo Real, extendió los brazos para colmar a sus hijos de besos; estos se hallaban retirados de los invitados y rodeados de guardias que los protegían. La señora Blanka los llevó ante ella, previa reverencia hecha a la esposa de Everett, ya que su linaje ascendió de manera estratosférica. Isabel se sintió un poco incómoda por la atención, pero tenía que acostumbrarse a ser tratada como realeza para evitar ser subestimada.

—¡Mami!

—Mami tiene corona —Ángel habló despacio, enfocando sus ojitos achocolatados directo en lo que brillaba sobre la cabeza de la progenitora.

—¿Te gusta?

—¿Ya eres *re*… reina? —estaba por preguntarle desde la ceremonia de la boda.

—No, amor. Aún no… —repartió besos y apapachos para sus dos retoños, vestiditos en sus trajes sastres y corbatas que tenían desajustadas por fastidiarles y del que también combinaban con el tono marfil que ella lucía.

Camila y Anna se acercaron rápido para abrazarla de nuevo, puesto que en el jardín posterior apenas fue efímero por ser demandados por otros invitados y los familiares del señor Everett, quienes se acercaron a la pareja para «felicitarlos» y quejarse de la «mala ubicación» de sus asientos.

Sin embargo, en esta ocasión, el emisario anunció a los presentes que, el señor y la señora Brankovic, harían su primer baile como casados.

Everett pidió la mano a Isabel, pero esta –antes de darla– se quitó las zapatillas por tener los pies hinchados y adoloridos; ya no aguantaba más; ni con las zapatillas de ballet, cuando danzaba durante horas, sufrió tanto.

La señora Blanka jadeó de que Isabel se descalzara, pero Everett rio y la comprendió por lo que pasaba. Él tampoco aguantaba su propio calzado.

Así que la llevó hasta el centro del gran salón, rodeado de amplios ventanales e iluminado por preciosos candelabros de araña, de la que

Isabel ni se molestó en observar; sus ojos estaban fijos en su sexy acompañante, quien también los tenía puestos en ella, en su burbuja personal, dejando al mundo por fuera.

Los músicos comenzaron a tocar, al pedido del emisario, y los invitados permanecieron en los extremos de la pista para que la pareja danzara solitaria. Los pies descalzos de Isabel estaban ocultos bajo el faldón que le ahorraba la vergüenza de ser criticada y comenzaron a desplazarse con mucha gracia, pese al cansancio y también a su barriga. Everett la llevaba con delicadeza al son de la música suave instrumental que insuflaba de gozo sus corazones, ambos sonriendo y en sus ojos marrones, cristalizados por las lágrimas acumuladas que tardaban en rodar por sus mejillas, viéndose uno al otro, como lo que debió ser desde que se conocieron en aquella acera neoyorquina.

Danzaron: un, dos tres; un, dos, tres…, mientras múltiples pares de ojos los estudiaban con detenimiento, fascinados por cómo estos se deslizaban por la pista. La tiara brillaba con gran fulgor bajo las luces eléctricas de las lámparas colgantes, causando que más de una mujer fantaseara en estar en el lugar de la recién casada. Isabel sentía que su espalda hormigueaba, era una fea sensación, comprendía que, al ser el centro de atención junto con su esposo, los sometían a un duro escrutinio. Analizaban sus ropas, su calzado o falta de calzado… Si sonreían o comentaban algo, para aguzar los otros sus oídos; si guiñaban un ojo, si miraban a un lado o al otro…

No hubo lanzamiento del ramo de la novia porque no era habitual que una loba caminara portando flores, tampoco una Madrina de Honor, ni pastel de boda, ni un fotógrafo encargado de capturar las más bonitas escenas que ocurrieran durante la noche. En estos aspectos, Isabel no tuvo la dicha de disfrutarlo, pero no protestó para no ser tildada de quejica.

Un, dos, tres…

Pasos de un lado a otro con lentitud, ambos eran buenos bailarines, pero no era el momento de desatarse y tomar como suya la pista.

Un, dos, tres…

Aun así, la burbuja que los envolvía era atacada por los dardos invisibles que muchas *arpías* y *brujas* les lanzaban; entre estas: Abby Rose, en medio

de sus padres que la flanqueaban para protegerla en caso de que la hembra de Everett le diera por atacarla; qué sorpresa tan desagradable

de ser estos los próximos reyes, pero Elías Obrenovic se había propuesto en enlazar a Abby a toda costa con un Brankovic.

Ese sobrino joven era buen candidato.

Aunque Elías tuviese éxito en desposarla con el sobrino del heredero, la joven rubia ardía de celos. Aborrecía a la híbrida hispana, por arrebatarle a Everett que debió ser suyo y el destino se torció en beneficio de aquella.

El odio que esta sentía por la esposa de su «ex», también lo sentía otra loba que se mantenía oculta entre los invitados, observando con resquemor cómo estos danzaban de lo lindo, mientras que *el otro* reposaba sus restos bajo tierra. Salió de allí por no soportar tanta «felicidad» por parte de ese par de malnacidos, que, al pretender atravesar las puertas dobles que dan hacia uno de los tantos vestíbulos, se topó con *el que la estuvo eludiendo* esos días.

—Espero que lo lleven a cabo esta noche, porque no tendrán otra oportunidad —increpó en voz baja, teniendo cuidado de que los guardias por ahí apostados la escucharan.

—Así se hará —respondió sin inmutarse—. Solo permanece cerca para que seas testigo.

Ella salió del salón y el otro entró para contactarse con sus cómplices.

Ya todo estaba listo.

Por otro lado, Isabel tuvo el desencanto de notar la presencia de dos de las personas que menos deseaba ver esa noche: Jasna Ivanovic y Maya.

Las mujeres estaban al lado de Raúl Torrenegra, abrazando este de la cintura a la estilizada rusa, que sonreía jactanciosa hacia ella, como expresándole en silencio, «fíjate, aún no has podido deshacerte de mí. Aquí estoy de nuevo, jodiéndote la vida».

Mientras danzaba, los rostros giraban alrededor de Isabel con una velocidad que la mareaba a pesar de que Everett no la guiaba a las carreras.

De repente fue consciente de algunas mujeres que la miraban con odio y de otras que no quería volver a ver por el resto de su vida; por desgracia, aquellas tenían el propósito de echarle a perder su día. Y empeoró en cuanto sus ojos se clavaron estupefactos en un trío de

rubios que le causaba todo tipo de malestares de solo verlos allí; los Obrenovic eran como la plaga que se negaba a desaparecer: siempre contaminando los espacios.

Everett se percató de su seriedad y sus ojos enseguida rodaron por los rededores, prestando la debida atención de quiénes fueron los que le robaron la sonrisa a Isabel, y se propuso que aquellas mujeres no tuvieran el protagonismo que debía tener su amada.

Dejó de danzar e Isabel hizo lo mismo.

La música cesó en el acto. Al parecer, el heredero daría su primer discurso.

—*¿Cómo puedes ver en mis ojos como si fueran puertas abiertas?*

Pero no fue así…

Isabel jadeó y su piel se erizó de un modo tan apabullante, que apenas era consciente de sí misma. Everett había comenzado a cantar *Bring me to life*, de Evanescence.

— *Bajándote hasta mis entrañas, donde me he quedado tan dormido. Sin un alma, mi espíritu está durmiendo y lo conduces de vuelta a casa*.

» *Despiértame, despiértame por dentro*.

» *No puedo despertar, despiértame por dentro, sálvame*.

» *Di mi nombre y sálvame de la oscuridad, despiértame, pide a mi sangre que circule*.

» *No puedo despertar, antes de desatarme, sálvame*.

» *Sálvame de la nada en la que me he convertido*.

Isabel estaba de una pieza, Everett se apropió por esa noche de la canción de aquella cantante. Masculinizó con su potente voz cada palabra que salía gruesa de entre sus labios, como si fuese el mismo Zeus el que cantaba. Era baja, gutural, muy, muy enronquecida y se le escuchaba tan sexy, que a Isabel se le endurecieron los pezones.

¡Dios, qué voz!

De estar enojada, ella lo habría perdonado de lo que fuera si le cantaba así al oído.

— *Congelado por dentro sin tu tacto, sin tu amor, cariño, solo tú eres la vida ante la muerte* —Everett exclamó desde el fondo de su corazón: él no era nada sin su ángel de alas nacaradas.

Tal pasión cantada, arrancó suspiros entre las hembras que lo escuchaban, mientras que Jasna esbozaba una mueca de desdén y Abby Rose cada vez perdía las esperanzas de convertirse, al menos, en la Segunda Esposa. Su padre miraba mucho a Damir Brankovic.

A pesar del matiz romántico, la mayoría de los invitados les parecía que la letra de la canción era lúgubre. No obstante, Isabel comprendía cada línea

expresada por Everett. Estas hacían énfasis de aquella vez en la que él renunció a la vida y se estampó de cabeza para acabar con el sufrimiento ocasionado por haber matado accidental a su propia madre. Pero Isabel –

como si fuera enviada del cielo– se aferró a su mano cuando él agonizaba a sus pies, y le habló de tal modo que lo arrebató de la muerte.

Everett seguía cantando e Isabel lo escuchaba embobada, dándose cuenta de que, sin él, ella también estaría perdida.

— *Parece que he estado durmiendo mil años, tengo que abrir los ojos para verlo todo*.

Resulta que la canción le removía los cimientos a Jevrem, porque –lo escuchado– lo tomaba para sí. ¡Que su hada lo despertara y sacara de la oscuridad en la que se hallaba! ¿Qué iba a hacer él sin ella?

— *Sin un pensamiento, sin una voz, sin un alma… No me dejes morir aquí…*

Y, mientras su tío Everett le dedicaba su amor a Isabel, Jevrem no aguantó más y cruzó la pista para ir directo hasta Anna Morris.

Esta agrandó los ojos, tan pronto el beta se acercaba a pasos agigantados hacia ella, que ni pudo aferrarse del brazo de la señora Camila, puesto que él ejerció una breve hipnosis en la pobre anciana para que no ocasionara un escándalo o alertara a Isabel por lo que pretendía hacer. Jevrem no razonaba, se dejó influenciar por la desgarradora canción, que se impulsó en pedirle ayuda a su hada para que lo salvara, arrastrándola fuera del salón de baile sin que nadie se interpusiera en su camino.

A la par en que esto ocurría, Damir alzaba su mirada por sobre los invitados, casi con el deseo de subirse a la plataforma y, desde allí, llamar a todo pulmón a su examante.

Le costaba percibir su aroma; las hembras que asistieron y algunos machos de alcurnia se perfumaron como si los demás carecieran de olfato.

El ambiente apestaba a Chanel No. 5, Carolina Herrera, Nina Ricci, Antonio Banderas, entre otros perfumes elaborados en el mercado humano y del que algunos metamorfos eran ávidos compradores.

Estaba desesperado, esta era la mejor ocasión para hablar con él y reclamarle; lo vio en un par de ocasiones de la que no le quitó la vista, pero por culpa de Vesna, al comentarle una estupidez referente a la estupenda voz de su cuñado, Damir se distrajo una fracción de segundo y, al volver sus ojos sobre el otro, este desapareció en un instante.

Casi golpea a su mujer.

¿Adónde fue? , lo buscaba sin importarle que su desesperación fuese evidente para sus dos esposas, a quienes ya no soportaba tener que tocarlas.

Everett terminó de cantar y la ovación fue inmediata entre los invitados que los rodeaban. Acunó el rostro de Isabel y la besó en los labios, provocando que los presentes aullaran jocosos y aplaudieran la demostración de afecto hacia su compañera quien lloraba conmovida.

—¡ *Wow*, Everett, no sabía que tenías ese talento! —Isabel exclamó asombrada en medio del fuerte aplauso que se ganó su flamante esposo—.

Vas a tener que cantarme cada día, hiciste que… —calló para que los demás lobos con oídos desarrollados no la escucharan, pero movió sugerente las cejas y esto hizo que Everett sonriera ladino.

—Cuando nazca, Erika… —Movió las cejas, correspondiendo al pícaro gesto.

Él y ella follarían como trogloditas.

—Jevrem, suél… ¡Suéltame! —Anna forcejeaba para liberarse de su

agarre, haciendo un esfuerzo para que sus tacones de aguja permanecieran anclados en el piso, pero su penuria con los tacones y la fuerza de Jevrem la superaban, llevándola hacia un área de la villa de la que ella ignoraba.

Entraron a un amplio comedor donde en ese momento estaba solitario.

Bofetón en cuanto él la soltó.

—¡Idiota! —gruñó por arrastrarla hasta allí contra su voluntad. Su pecho subía y bajaba acelerado por la rabia de haber sido sacada del salón de baile de esa manera y porque, por fin escupiría lo que la mortificaba por dentro.

Jevrem no se sobó la mejilla, su mirada se volvió hacia la joven como un depredador que se la quería comer de un bocado, provocando que Anna temiera la lastimara. Ella retrocedió unos pasos, pero antes de vislumbrar la idea de correr despavorida o gritar para que alguien la rescatara, Jevrem la agarró de la nuca y la cintura, y la pegó a él con tanta rapidez, que Anna ni tuvo tiempo de parpadear.

Los labios del beta se posaron sobre los suyos, le robaba un beso con el calor propio de un macho envalentonado que reclama a su hembra.

Los puños de Anna impactaban desesperados por los costados de este y por los hombros, pero los golpes de la joven no lastimaban a Jevrem, quien seguía besándola enloquecido, hambriento de ella. Su deseo por poseerla iba en aumento, queriendo aplastarla en la mesa y abrirle las piernas, sería fácil hacerlo, nadie lo detendría, los guardias estaban ocupados vigilando el

área circundante al gran salón y el perímetro de la villa, por lo que no repararían en lo que ellos hicieran en el comedor. Su pene estaba por saltar fuera de la cremallera de su pantalón y sumergirse bajo el faldón del vestido rojo de la damisela.

Sin embargo, la cordura le ganó, él ya había pasado por una situación semejante, en la que otros lo dominaron y ultrajaron; no le haría a Anna lo que a él le hicieron; se sintió sucio y enseguida la liberó de su agarre.

Otro bofetón recibió a cambio.

—¡Eres un…! ¡Eres…! ¡¡Idiota!! —Anna le gritó fuera de sí—. ¡No soy de tu propiedad para arrastrarme hasta acá y besarme a la fuerza!

—Perdona, es solo que…

—¡QUÉ! —su garganta estalló—. Como no me hinqué a tus pies cuando llegué, ¿decidiste darme una lección?

—Solo quiero hablar contigo.

—A la fuerza —espetó cabreada, a pesar de que el beso la tenía aturdida y sus labios hinchados ya extrañaban los del beta.

Jevrem reconocía que sus impulsos, lejos de ayudarlo, le jugó en contra, porque en Anna despertó un sentimiento que acabaría por enterrar lo poco que ella por él sentía.

—Te extraño —confesó apesadumbrado—. Cometí un error al dejarte, debí apoyarte en vez de…

—Ya eso lo expresaste en el mensaje que dejaste en mi móvil —

interrumpió avinagrada—. La embarraste y eso cambió las cosas.

A Jevrem se le revolvió la bilis.

—De modo que lo escuchaste… —replicó contenido—. Y cuándo fue eso, ¿eh? ¿Antes o después de *besuquearte* con ese amiguito en la discoteca?

En un principio, Anna no comprendió lo que este graznó, pero agrandó los ojos en cuanto se percató de la habilidad sobrenatural del lobo.

—¡¿Estuviste…?! —El condenado poseía alguna prenda suya para espiarla mediante la clarividencia.

—Sí —admitió, arriesgándose a otra bofetada—. *Te vi*, Anna. Le coqueteabas…

Ella se cruzó de brazos, airada. No tenía frío, gracias a la calefacción circulante en todo el interior de la villa, para que el Supremo no sufriera por las inclemencias del gélido clima decembrino.

—¿Y cuál es el problema? —espetó sin amilanarse—. No soy nada para ti, puedo salir con quien quiera.

—¡Eres mía!

—¡¡Ya no!! —la réplica fue contundente. Puede que Jevrem sea más

grande que ella, en estatura y músculos, pero en ese instante, Anna lo superaba en furia—. Si antes te tuve consideración por la carta que leí, te puedes largar al quinto infierno por tu doble moral. Me reclamas

«besuquearme» con otro y, ¿tú? Lo hiciste a la vista de todos con una puta.

A lo gritado por la muchacha, Jevrem solo captó una parte, ensordeciéndose después por repetirse en su mente: «¡Carta!», «¡carta!»,

«¡carta!».

—¿Qué carta? —De repente sus tripas se contrajeron sin motivo aparente. Algo que ella «leyó», la había conmovido a pesar de su metida de pata.

Anna fue consciente que, en todo ese tiempo, la mantuvo consigo, por si se presentaba la oportunidad –aunque fuese a las malas– de hablar con Jevrem.

Del fondo de su escote en «V», Anna extrajo con ademanes toscos el papel doblado en cuadritos y lo desdobló como si fuera un pañuelo que sacudía de mala gana en el aire, para luego arrugarlo en su puño como si estrujara el corazón de su estúpido exnovio.

—¡Esta carta! —Se la arrojó a la cara, impactando en la frente del muchacho.

Desconcertado, Jevrem no reaccionó con rapidez para atajarla, sino que se quedó observando la bola de papel que cayó a poca distancia, preguntándose él en su fuero interno en lo que podría contener.

Casi que, en cámara lenta, la recogió del piso y, orando a Licaón, pidió que no fuera la que él había escrito, porque no estaba preparado para tocar ese tema. Lo que recordaba de *aquella* es haber volcado sus sentimientos en una libretita que tomó del hangar al aterrizar en Washington D.C. y la guardó en el bolsillo trasero de su pantalón que al día siguiente quedó ensangrentado.

Pantalón que se quitó horas después en el dormitorio de Anna para acostarse a su lado.

La alisó y sus ojos se cerraron al reconocer su propia letra.

«Mi hada hermosa.

El destino quiso que tú y yo no estuviésemos juntos…».

—Ningún amor vale la pena un suicidio, Jevrem. Fue muy cobarde de tu parte —Anna expresó con voz rota. Sus lágrimas bañaban sus mejillas.

Él la miró perplejo.

—«¡¿Suicidio?!» —Por lo visto, malinterpretó la carta.

—Es lo que expresabas ahí, ¿no? Te ibas a matar.

—Me despedía porque me batiría a duelo contra *los hijos de puta* que me violaron. Eran dos sujetos fornidos, Anna. Las posibilidades de sobrevivir eran remotas.

A la joven se le cayó la mandíbula.

¡¿Un duelo?!

Ups.

—¿Por eso…? —jadeó al comprender lo siguiente—: Por eso viajaron para «internarte en un psiquiátrico». Era un engaño para cubrir que en realidad te enfrentarías a… ¿Por qué nos mintieron? —le dolía que ni siquiera a ella, Jevrem se molestó en comentarle lo que se proponía—. Ni tu madre sabía…

Él movió una de las sillas del comedor para que ella se sentara y así hablar calmados, pero Anna se negó rotunda, enojada por haberla hecho a un lado sin antes discutir de que pretendía dejar la vida para darse de piñazos contra sus violadores.

—Me habrían impedido reclamar justicia —respondió en la medida en que doblaba varias veces el papel para guardarla en el bolsillo interno de su chaqueta, y así después quemarla cuando tuviese oportunidad de hacerlo.

—¡Porque era una estupidez!

—No lo era —replicó tajante—. Ellos debían pagar lo que me hicieron.

—Tu sed de justicia te habría matado.

—No me importaba.

—¡Y YO QUE ME JODIERA! —Anna gritó llorosa—. Por eso escribiste la maldita carta: para despedirte, porque presentías que ibas a morir.

—Pero estoy vivo…

—¡Porque Licaón así lo quiso! —gruñó atronadora, inundada en lágrimas

—. Ibas a dejarme sola. —Se abalanzó contra él para golpearlo en el pecho

—. ¡Me ibas a dejar! Me ibas a…

—¡Oh, Anna, perdóname! —la inmovilizó entre sus brazos para impedirle que siguiera golpeándolo—. ¡Perdón! ¡Perdón! Estuve enfocado en mis deseos de liquidarlos que no medité en el daño que te haría.

Perdóname. Te amo, perdona mi estupidez. Creí… Anna, Anna… —acunó su rostro para que lo mirara, pese a que ella continuó dándole de golpes en el pecho—. Creí que hacía lo correcto, que después me olvidarías y te enamorarías de otro hombre.

—Mientes. Jamás me buscaste, sino que volviste a los brazos de Maya —

le sacó en cara, removiendo su rostro con rudeza para liberarse de sus cálidas manos.

—¡Estaba molesto por lo del rubio!

—¿Qué rubio? —inquirió enojada.

—El maldito que besaste, Anna.

Sin haber logrado librarse, ella lo miró altiva y gruñó lo siguiente:

—Me propuse olvidarte.

Jevrem se tensó y, en vez de soltar el rostro de la muchacha, afianzó sus dedos para mantenerla aprisionada.

—¿Y lo lograste? —Se reprendía para sus adentros por haber dejado

pasar tantas semanas sin hablarle. Por su tonto orgullo herido, creó una brecha inmensa entre los dos, de la que permitió que otro sujeto se colara en el corazón de Anna.

Ella no pudo bajar la mirada, pero sus ojos rodaron hacia los botones de la camisa de Jevrem, y dejó de forcejear para huir de él, causando que este temiera la respuesta.

—No —respondió casi en un susurro—. Para mi precaria salud mental, te sigo amando.

El alivio que Jevrem sintió, casi lo hace gritar de júbilo.

—Mi hada hermosa… —Sus labios de nuevo se posaron con frenesí sobre los de la muchacha, quien, a esas alturas, ya no tenía pintura labial, Jevrem se la había quitado con el fuego que recorría su ser. Anna seguía siendo suya, el rubio no logró enamorarla, dichos sentimientos aún le correspondían como antes, agradeciendo al dios de los lobos por Anna mantener su corazón reservado para él; sus temores se disiparon y la alegría que experimentaba, borraba de un tajo todas sus preocupaciones.

Por eso, creyó pertinente en insistir una vez más en la propuesta de matrimonio, muy seguro de que esta aceptaría; ahora ambos estaban en su mejor punto y él tenía que aprovechar la dicha de la reconciliación;

cumpliría con lo expresado en la carta y en el mensaje dejado en el móvil, del cual sería un buen esposo que respeta su espacio y sus aspiraciones.

Separó sus labios de los de ella y la envolvió en una mirada que enseguida alertó a la muchacha.

—Puede que me tildes de insistente, pero no me importa, Anna: te amo desde que me percaté de tu existencia. Es duro estar lejos de ti —magreó con suavidad los brazos de esta para patentar lo que le expresaba con todo su corazón—. Traté de alejarme y fallé, porque ni siquiera la posibilidad de ser «un sujeto que mata por placer», me impidió que te olvidara. —Ella intentó hablar, pero Jevrem con la urgencia de sus palabras, rápido la interrumpió—: ¿Te gustaría vivir conmigo? Viviríamos en un apartamento que compraría para estar los dos solos, sin que mis abuelas o mis padres se inmiscuyan en nuestra relación. Escogeríamos fecha para…

La joven quería gritar: «¡Calla, ya te di mi opinión!», pero su

nerviosismo, en vez de hacerla expresar su firmeza en voz alta, tomó de las solapas de la chaqueta de Jevrem y tiró de este hacia ella para alcanzar sus labios, angustiada de que siguiera hablando, pues era consciente de lo que estaba por proponerle.

Fuera del área del comedor…

Damir pasó por el frente de la puerta cerrada sin percatarse que adentro se hallaba su hijo y la niñera. Él solo tenía puesto sus sentidos en el rastreo de su examante, a quien acabó de ver pasar como una exhalación por los pasillos, dirigiéndose hacia los pisos superiores. Le reclamaría, le daría –de ser posible– un puñetazo por los sufrimientos causados; de él nadie se burlaba.

Menos, de ser utilizado para fines ambiciosos.

Capítulo 47

—Hay muchos dormitorios de huéspedes para que se queden, no deben marcharse tan temprano.

Everett expresó a Ma-cheil y a Kamiakim, luego de que él e Isabel fuesen requeridos por otras personas.

Los dos hombres rechazaron el ofrecimiento con amabilidad.

—Dormiremos en el valle como buenos hijos de la Madre Tierra —Ma-cheil respondió y Kamiakim asintió para darle la razón. Ellos parecían peces fuera del agua, incómodos por las costumbres mundanas de los

«lobos blancos», prefiriendo por sobre estos, lo autóctono.

—Entonces, les deseo feliz descanso. Mañana volveré a verlos a primera hora.

Los hombres hicieron su venia en respuesta al mandato del futuro *Señor de señores*, y se marcharon junto con los demás nativos que los acompañaron para la boda. Estarían en Montana hasta que Everett Brankovic requiriera lo contrario.

El alasqueño correspondió solemne a los saludos y felicitaciones de algunos invitados que conversaban en el exterior, y, cuando pretendió

volver al salón…

A unos metros de allí, alcanzó a vislumbrar una silueta alta que se le hizo terriblemente semejante a…

Corrió hacia allá para alcanzarlo e increparle su presencia por las inmediaciones; aún no era *el rey de todos*, pero desde ya ejercería su autoridad. No avisó a nadie ni a los guardias que ni notaron al heredero esfumarse en un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, al llegar al punto…

Un golpe descendió certero sobre su cabeza.

Capítulo 48

Las pisadas silenciosas de unos zapatos lustrosos avanzaban por el dormitorio hacia la cama donde descansaba el anciano.

Las dos enfermeras que lo cuidaban yacían degolladas en un charco de sangre en el piso y, los guardias encargados de velar por la seguridad de este, cada uno con una perforación producida por su puñal favorito.

Contaba con escasos minutos para ejecutar el plan, no debía fallar o él esa misma noche sería el que perecería.

Sigiloso, porque desconfiaba de lo que podría pasar, hincó una rodilla sobre el colchón y, envenenado por la rabia y la adrenalina, alzó su hoja metálica para asestarla sobre el marchito cuerpo del Supremo.

Este, sintiendo la presencia de un invasor, abrió los ojos en el acto y vio que la muerte se posaba sobre él de manera despiadada, orando a Licaón por *los que heredarían* el Trono.

También serían víctimas de los que querían tomar el poder a la fuerza.

Capítulo 49

—¡NO!

El puñal salpicó sangre y Damir nada pudo hacer por salvar al

anciano.

Apenas impactó contra el sujeto encapuchado que asesinó al Supremo.

Los dos hombres rodaron por sobre el cadáver hasta caer al piso, del otro lado de la cama, tratando cada uno de dominar al otro para matarlo. Damir luchaba en su afán de detenerlo y el invasor gruñía para que lo soltara y así rematar al anciano y asegurarse lo que planificaron; no habría oportunidad de repetirse, la seguridad se doblaría y, para cuando trazaran un nuevo plan, sería demasiado tarde. Everett se alzaría como Supremo y ellos tendrían que resignarse a rumiar su impotencia desde el anonimato.

Isabel tenía entumecida las mejillas.

Las mantenía estiradas en una sonrisa fingida para ocultar la animosidad que sentía por la presencia de las dos *damas de compañía* que la escaneaban con desdén desde su sitio, sintiéndose estas hermosas por ser delgadas mientras ella rebotaba como pelota de playa. Isabel conversaba con Camila, quien minutos atrás había sufrido un *mareo* por estar agotada, sus setenta años ya no le permitían gozar como antes, la mente se le nublaba por el sueño y su energía apenas le aguantaba hasta la medianoche. Ni siquiera se fijó en qué momento Anna había salido del salón, tal vez para ir al baño o para discutir con el «ex», que tampoco Camila lo veía por ninguna parte.

—¿Para dónde habrá ido? —Isabel lanzaba miradas por sobre las cabezas de los invitados para hallar a Everett, pero este daba la impresión de haberse marchado, porque ni su varonil aroma captaba; ahora era más difícil de avistarlo debido a su melena corta; sus anteriores greñas largas y alborotadas eran como anuncios de neón captadas de lejos, pese a que entre los invitados más de uno le habría hecho la competencia para ver quién sería el más barbón y greñudo.

—Está por ahí fumándose un puro con sus amigos, déjalo que se despida de ellos, a partir de mañana será *todo tuyo* —Camila le expresó en un tono que daba para doble sentido.

Isabel se sobó la parte baja de su barriga por la extraña sensación que hasta hacía remover inquieto al feto y asintió un tanto aprensiva, haciendo de oídos sordos a la voz en su cabeza que le gritaba que lo buscara. Puede

que confundiera la situación y ella exageraba, Everett conocía a mucha gente que, por esa noche, querrían con él conversar sobre los años mozos o finiquitar algún negocio que tendrían pendiente.

Rodó los ojos hacia la mesa del bufé para probar algunos «pastelillos» y fue allí donde pilló a los gemelos dándose un atracón con la bandeja de pollo.

—Estos van a comer hasta vomitar. Míralos cómo comen… —señaló hacia allá y Camila se carcajeó al seguir la dirección del dedo que apuntaba hacia Erik y Ángel, dándose la comilona de sus vidas; tenían los cachetes untados del guiso e inflados por los bocados grandes al masticar los cuadriles de pollo que sostenían en cada mano. Blanka velaba en que estos no ensuciaran las ropas, limpiándolos continuamente las solapas de sus chaquetas y mascullando palabras que la anciana no alcanzaba a escuchar de la rolliza pelirroja.

A Isabel le provocó acompañarlos en el festín, pero antes de animar a Camila en seguirla hasta la mesa del bufé, los Obrenovic interceptaron su camino.

—Bienaventuranzas para usted y el lobezno que engendras —Elías expresó como si entre ellos jamás hubiesen sufrido ningún percance—.

Logró lo que muchas hembras no pudieron conseguir: hacerse la esposa…

Isabel ni sonrió.

Sus ojos clavados severos sobre Abby Rose.

—Gracias —espetó sin ánimo de con estos socializar.

Hizo el amague de pasar por su lado, pero Elías se lo impidió como si no se hubiera dado cuenta.

—Los Obrenovic estamos dichosos de su unión y nos ponemos a la orden para lo que deseen.

Camila alineó los ojos, estudiando el semblante de las dos rubias y del sujeto que sonreía como hipócrita. No lo conocía, pero le cayó como patada en el culo.

Sí, claro… «dichosos…», Isabel casi se atraganta con su propia bilis que se acumulaba en su garganta. De ese trío de hienas no podría esperar nada bueno.

—Lo tomaré en cuenta —dijo sin un atisbo de amabilidad reflejada en su rostro. La misma expresión la demostraba *la condenada que pretendió* desafiarla en Kenai y salió con las tablas en la cabeza; aunque su mirada gacha indicaba que no deseaba repetir aquella experiencia.

Elías sonrió incómodo.

—Eh… Espero que las rencillas entre usted y mi hija hayan quedado saldadas. Deseamos continuar con la ferviente «amistad» que sostenemos con Everett. Mi esposa y yo lo apreciamos como a un hijo.

Camila arqueó una ceja con desdén e Isabel esbozó una sonrisa perniciosa.

—Supongo que ahora Abby debe quererlo como a un «hermano». —

Pobrecita si insistía en posar sus garras sobre lo que es suyo, porque la convertía en abono para plantas.

La joven rubia casi le muestra los colmillos.

—Más que un hermano, es… —su padre la codeó para que no dijera un disparate— mi mejor amigo.

—Pues, tu «mejor amigo» te ha cambiado por otra «mejor amiga» —se señaló imponente con su pulgar—. Y no me gusta compartir a mis…

«mejores amigos». De hecho, hasta lo hice mi esposo. ¿Cómo le parece? —

Si le replicaba le desfiguraba el rostro de un zarpazo, a ver si aprendía de una vez a guardar las distancias.

—Nos parece que usted ha hablado con total propiedad, mi señora —

Elías intercedió para evitar un enfrentamiento y Violet asintió a todas las estupideces que el esposo comentaba—, nuestra Abby es una señorita de clase que comprende su posición. La hemos inculcado bien.

— *Queridita*… ¡No te preocupes de las hembras de *nuestro Everett*! —

Jasna se acercó junto con Maya—. Él suele enfocarse en una por un tiempo y luego pasa a la siguiente en un tronar de dedos —los sonó con pedantería

—. Ya verás que, lo que te digo, es cierto. —Sus labios rojos se estiraron con la satisfacción de una serpiente, habiéndose impuesto de no largarse de allí hasta escupir su veneno. Lo que ocasionó que los Obrenovic quisieran despedazar a la rusa y Camila vociferar una palabrota, pero ninguno de estos se atrevió en hacerlo, ya fuese por el «qué dirán» o porque no saldrían bien librados si se originaba una reyerta. Sin embargo, de la garganta de Isabel brotó un gruñido que provocó que Jasna y Maya retrocedieran unos pasos para salvarse de que les dieran una paliza.

La híbrida alfa abrió la boca para gritarles de largarse y de ni atreverse en volver a pisar un pie por Villa Dorada o cualquiera de las propiedades de su marido, porque si se enteraba que desobedecieron les arrancaría las extremidades. Pero dicha orden cargada de resquemor no brotó de sus labios, puesto que, por el rabillo del ojo, alcanzó a ver que algunos guardias

apostados por los pasillos corrieron en sentido hacia las escaleras del vestíbulo principal de la residencia.

Los invitados también se percataron, preguntándose entre ellos qué sucedía.

—Blanka, trae a mis hijos —pidió al ama de llaves que se hallaba del otro extremo del salón, preocupada por la creciente tensión en el salón.

—¡Ay, ¿qué está pasando?! —Jasna preguntó alarmada a su *compañera de labores*, y esta se encogió de hombros sin saber responder.

—Permanezcan juntos, iré a averiguar qué sucede. Esto es raro… —

Isabel miró a Camila y a Blanka, una vez Erik se afianzó a su cintura y Ángel buscaba que le diera un abrazo. Pero Isabel tenía que dejarlos al cuidado de las dos mujeres y les ordenó tajante en no moverse del sitio. Se quitó la tiara y se la entregó a Ángel para que la cuidara; era un modo de que este tuviera algo en qué enfocar su nerviosismo, sabía que, si se la encargaba, haría todo por mantenerla a salvo de los «ladrones».

Mientras cruzaba el salón, Isabel notó que Grubana se la veía mortificada, moviendo la cabeza de un lado a otro, buscando a alguien y del que Isabel presumía podría ser Damir y Jevrem, por ser los dos familiares por los que aquella se preocupaba; ellos no estaban por ahí y, Radojka, lucía igual, con una mano al pecho y oteando por sobre los hombros de la gente que se agolpaba hacia la salida para saber qué

sucedía.

Por desgracia, los centinelas impidieron que estos e Isabel abandonaran el Gran Salón, así que ella se las ingenió en escabullirse por una puerta contraria de donde ocurría el agite; tuvo suerte en cruzarla, ya que al instante dichas puertas fueron bloqueadas por los hombres del emisario.

Isabel hizo un gesto de dolor y se llevó la mano a su vientre, el peso de su bebé en su pelvis le dificultaba caminar deprisa, lo hacía como pingüino regordete, acordándose de todos los santos para no maltratarlo por su angustia. Algo malo pasaba, todo el mundo se daba cuenta de esto y Everett nada que aparecía.

Por otro lado, y, de forma alternativa, Damir logró evadir las garras afiladas del magnicida que casi le desgarra a él, el estómago, saltando hacia atrás para marcar distancia y salvar su pellejo. El sujeto que había logrado entrar al dormitorio del Supremo, cargaba puesta una capucha negra de equitación que ocultaba sus rasgos, y su aroma había sido anulado por un desagradable hedor a formol untado en su cuerpo.

Ni alcanzó a bajarle la braga a Anna, cuando Jevrem tuvo una repentina clarividencia en la que a su tío Everett lo arrastraban de los pies a través de unos matorrales.

Dejó de besar a su novia que estaba de espalda sobre la mesa del comedor, en la que se propuso en llevar a cabo su pecaminosa fantasía, y se tambaleó mareado.

—¿Qué te pasa? —la joven se incorporó, deslizando el faldón de su vestido a lo largo de sus piernas y acudió a este, preocupada por la posible visión que lo asaltaba impertinente.

Jevrem no le respondió, estando él, una vez más en los ojos de un asesino. Como en las anteriores veces en la que percibía los ataques de los depredadores sin la necesidad de una prenda de la víctima o del victimario, parpadeaba aturdido, temblando desconcertado por lo que observaba.

Era el mismo sentimiento, la misma sed de sangre que invadía su ser.

Solo que, al que habían cazado, no era humano.

—¡Avisa a Isabel de que hirieron a Everett! —exclamó jadeante por la falta de aire en su pulmones, siendo inconsciente de que, tras las puertas del comedor, otro estaba en serio peligro de muerte. Pero su clarividencia solo atendía lo que sucedía en alguna parte de las Rocosas—. ¡Date prisa, lo arrastran hacia las montañas!

—¡¿Hacia dónde?!

—No sé, seguiré el rastro; que los guardias sigan mi olor. ¡Ve rápido!

Anna se quitó las sandalias y salió corriendo fuera del área del comedor para alertar lo que pasaba con el señor Everett, dejando atrás a Jevrem, quien comenzaba a crujir sus huesos para cambiar su fisonomía de una bípeda a cuadrúpeda.

En su recorrido hacia el salón de baile, la joven trató de detener a algunos conscriptos, pero la ignoraron, atendiendo a los estruendosos ruidos que provenían de la habitación del Supremo. La angustia de Anna entorpecía su movilidad, trastabillando por los escalones o dándose de bruces contra las paredes de los pasillos al tropezar con los hombres que parecían no verla por ser tan menuda; aun así, Anna alzó el ruedo de su faldón y corrió por ayuda, llamando a Isabel con toda la potencia de su voz en cuanto llegó al salón, sin hallarla entre los invitados; estos –que seguían allí retenidos– la miraron atónitos y, tanto Camila, Blanka y los gemelos, palidecieron al escuchar sus gritos.

—Ay, aguanta, bebé… Es por papi… —Isabel hizo un gesto de dolor mientras se sujetaba su vientre, debido a la caminata rápida; ella había seguido el aroma de Everett que captó cuando abandonó el salón; fue en una parte que colinda los jardines posteriores con los garajes, y supo en el acto de que tomaron uno de los vehículos. Seguía preguntándose por qué Everett se marchó tan abrupto de Villa Dorada, no era normal, debió haberle pasado algo malo y su intuición así lo indicaba.

Luttrell la vio de lejos.

Estaba él en compañía del resto de sus hombres que tenía a cargo, apenas con unas horas de haber llegado en caravana procedente de Alaska.

Disfrutaban de darle una buena calada a su cigarrillo, bastante retirados de la zona en donde los *estirados ricachones* amenizaban; ellos aún no se habían duchado, pero sí haberse llenado las panzas con todo tipo de alimentos ricos en calorías, que las buenas sirvientas fueron amables de llevarles grandes bandejas rebosantes de comida.

Luttrell había tosido por el humo que se tragó sin querer y arrojó la colilla, previamente apagada con su zapato. Llamó a Tyson que estaba cerca de él y señaló hacia los garajes donde la mujer del alfa parecía estar angustiada.

¿Estaría por parir?

—Mi señora, ¿está usted bien? —preguntó, siendo seguido por Tyson, quien a su vez había alertado a los demás compañeros.

—¿Han visto a Everett? —respondió con otra pregunta, orando en su fuero interno para que solo fuese una exagerada preocupación de su parte

—. ¿No lo vieron salir en algún auto con alguien más?

—Pensamos que estaba con usted…

Isabel cabeceó y lloró a cambio.

—Algo pasa, ¿se dan cuenta? Y él no aparece… Everett no es así, se preocupa por los suyos.

Luttrell, Tyson y Maxwell, quienes eran los que tenían los oídos más agudos después del alfa y Jevrem Brankovic, miraron hacia la residencia, prestando atención a los gritos y gruñidos que provenían del interior.

Caramba…

Por estar embotados por el exceso de comida, no le habían dado importancia a la gritería, pues creyeron que se trataba de la celebración post-boda. La música instrumental, las risas estridentes de algunas lobas, la

cacofonía de voces que conversaban sin parar, todo esto les hizo ensordecerse adrede, colocando ellos mismos su propia música en los reproductores de sus todoterrenos para divertirse a su manera. No existían motivos para preocuparse de la seguridad de Everett y su familia, tenían un ejército pendiente de ellos.

—Por aquí pasó… —el olfato de Luttrell así lo indicó.

—También lo rastreé hasta acá, pero luego perdí el rastro.

—¿Qué es eso? —Elijah apuntó hacia un espacio donde debió haber estado antes un vehículo.

Todos se enfocaron sobre lo que el lobo gamma señaló con el dedo.

Luttrell y Tyson se acuclillaron.

—Es sangre —dijo el primero, untando la yema de su dedo para olisquearlo.

—¿Es de Everett? —Isabel se angustió y su feto saltó en un violento movimiento.

—Mi señora, no se preocupe, lo buscaremos. Elijah y Kevin la escoltarán al interior de la casa —Luttrell se reservó de comentar que, efectivamente, la sangre pertenecía al señor Everett. A pesar de que la sangre olía igual en todos los metamorfos, el de este era más penetrante. Muchas veces captaron su olor, en sus enfrentamientos contra sus hermanos u otros sujetos que, a lo largo de los años, lo desafiaron.

Isabel sollozó.

—Entonces, ¡dense prisa y búsquelo! No permitan que algo malo le pase.

Los guardaespaldas hicieron una venia y, de allí, corrieron a montarse a sus respectivos vehículos. Luttrell manejaba su camioneta y Maxwell, el jeep de Everett. El resto se dividió entre ambos, mientras que Elijah y Kevin velarían por la seguridad de Isabel y los cachorros.

Antes de que Isabel les ordenara a los muchachos en avisarle al emisario de un posible secuestro al Heredero al Trono, Ma-cheil, Kamiakim y un grupo de sus aguerridos hombres, ya estaban transformados indicándoles en gruñidos a los guardaespaldas de seguirlos. Los dos líderes nativos eran excelentes rastreadores entre sus tribus y habían tenido la prudencia en montar su campamento cerca, debido a que, muy temprano en la mañana el futuro Supremo los había convocado.

Al escuchar el griterío, cambiaron sus formas en una exhalación y corrieron cuesta abajo hacia la villa.

— *¡Auch!* —Isabel se dobló de dolor y esto preocupó a los dos lobos que la escoltaban de vuelta hacia el salón de baile, donde estaba la multitud para que muchos pares de ojos también estuviesen pendientes de ella.

—Mi señora, ¡¿ya va a parir?! —Kevin prefería cazar demonios que atender un parto. ¿Qué sabía él de esto?

¡Nada!

—Creo que sí… —su fuente rota.

Kevin y Elijah intercambiaron miradas mortificadas. La esposa del alfa no aguantaría caminar hasta buscar ayuda.

—No…, dé-déjenme... Avísenle al emisario de lo que pasa con Everett.

—Eso haremos, pero primero… —Isabel se desmayó y Elijah la agarró justo a tiempo de golpearse en el piso, levantándola en vilo y del que casi se le doblan las piernas por el peso de la híbrida—. ¡CORRE POR AYUDA!

—pidió a Kevin que enseguida voló en sentido de donde provenían los ruidos, a ver si por allá estaba la guardia real para que se avocara en el rescate del heredero y de buscar a alguien capacitado en atender partos.

Capítulo 50

Damir se defendió con una silla.

La aventó al sujeto y este se acurrucó para evitar ser golpeado, pasando esta por sobre su cabeza para luego hacerse pedazos contra la pared a su espalda.

El magnicida escuchó pasos acelerados aproximarse a la habitación, obligándose a huir antes de que más lobos entraran y lo atraparan.

Extrajo el puñal del pecho del inerte anciano y lo lanzó a Damir para que este se arrojara al piso mientras él saltaba por una de las ventanas que da hacia el jardín posterior; la caída fue amortiguada y sin hallar a nadie que lo enfrentara. Pero se confió de su suerte, porque Damir,

segundo antes de huir, reconoció una mancha de nacimiento que tenía el sujeto sobre su hombro izquierdo; parte de su chaqueta y camisa había sido desgarrada por la lucha, impulsando al estilizado hombre en recoger el puñal y, desde la ventana, la arrojó con todas sus fuerzas contra el perpetrador que se alejaba a toda carrera.

El puñal impactó en medio de la espalda, frustrando sus intenciones desesperadas de escapar de allí.

Y, tras su acción, el emisario entró, dándose cuenta primero de la muerte del Supremo y luego del hombre que pretendía escapar por la ventana.

—¡A él! —Luis Gilberto gritó a sus guardias en cuanto estos entraron a la habitación y se abalanzaron contra el hermano del heredero—. ¡Atrápenlo!

Damir –envuelto en su tristeza– saltó a la grama para ir hasta su examante que yacía tendido, jadeando adolorido por la herida producida por el arma cortopunzante. Le tenía sin cuidado si lo confundían con el asesino, pero debía averiguar por qué a él lo había engañado de esa manera.

—De todos los posibles sospechosos, de ti jamás lo creí —sollozó—.

¿Por qué lo hiciste? —inquirió mientras le quitaba la capucha, apesadumbrado de descubrir que el hombre que amaba era un traidor, que hasta a él manipuló como un títere.

Los guardias rodearon a Damir y al sujeto malherido, y antes de clavar sus colmillos sobre los asesinos, para destrozarlos…, el emisario les ordenó que no los mataran. Si estos eran los verdugos, habría más involucrados en el magnicidio.

Andrey Makarov rodó hacia Damir, a pesar de tener las piernas inmóviles por el puñal clavado en su columna vertebral; sus encías ensangrentadas reflejaban que también tenía algunos órganos internos perforados. Si bien, dicha herida no lo mataría, lo harían los guardias que lo rodeaban.

—Ese viejo maldito le iba a dar su trono a un cobarde…

—¡Es mi hermano y no es lo que afirmas! —Por primera vez, Damir defendió furioso a Everett. Los efectivos militares gruñeron y los que se hallaban en cuatro patas, perfilaban feroces la hilera de sus dientes, dándose cuenta de quién era el verdadero culpable—. Es el más apto

para dirigir al pueblo —agregó lloroso, su corazón estaba roto por la decepción de confirmar su vileza. Ni él en sus días en que Everett estuvo pendiente de las quemaduras de su mujer, pretendió usurpar el liderazgo del Clan Kenai.

Los guardias recogieron con rudeza a Makarov y, este, sin importarle su destino, replicó:

—¡Él más apto era yo! No un bastardo de poca monta.

—Morirás bajo la ley de nuestro señor —Luis Gilberto gruñó y esto al Alfa de Anchorage le hizo temblar las manos, porque sus piernas estaban entumecidas.

—Estuve tan cerca… —se lamentó mientras lo arrastraban hacia los calabozos, sería juzgado por alta traición y, cuando dictaminaran la sentencia, sería arrojado a una manada de lobos montañosos para que lo destrozaran vivo.

—¿Por eso fingiste amarme? —Damir los siguió bastante dolido—. ¿Para sacarme información de Everett?

Andrey rio.

—Por supuesto, idiota —respondió en la medida en que lo llevaban a su siguiente morada, desviándose los guardias del tumulto de invitados que derribaron las puertas del salón para averiguar a qué se debía tanta tensión

—. ¿Para qué querría acostarme con alguien como tú?, sino para obtener todo lo que nos sirviera de tu hermano. Lo que dijiste de tu *precioso hijo*, fue de gran ayuda para nuestros propósitos.

Damir se paralizó. ¿Lo que él dijo de su hijo?

Jevrem…

—¡¿Qué dijiste?! —Se abría paso entre los guardias para derribarlo.

Andrey chilló adolorido, aún el puñal lo tenía clavado en la espalda para retardar su regeneración—. ¿Qué dijiste de mi hijo?

Este escupió un cuajo de sangre y respondió con una sonrisita siniestra:

—Su peregrinaje en moto… Una llamada a Vladan y él se encargó de hacer el resto.

—¿Hacer qué?

—Suéltalo, debemos…

—¡AÚN NO! —gritó al emisario. Los invitados que alcanzaron a escuchar el revuelo desatado por las inmediaciones del altar de tules y rosas corrieron hacia allá, tras el rumor de que hubo un atentado contra el Supremo.

—Partirle el alma…

Damir quedó helado, procesando la espantosa respuesta a la vez en que a Andrey lo arrastraban de nuevo para encerrarlo en los calabozos. No requirió exigirle al alfa lo que quiso decir, era fácil de interpretar: «partirle el alma» era lo que exactamente aquellos desgraciados le hicieron a su primogénito, lo doblegaron y violaron para que después enloqueciera, y Everett fuese hasta los involucrados para asesinarlos, del cual habría repercutido en un duro castigo por no haber presentado pruebas o sometido a dichos violadores a un juicio encabezado por el Alfa Mayor, pues habría ocasionado un incidente internacional.

Las lágrimas inundaron sus ojos.

Fue por él…

Por bocón.

Habló de la partida de su hijo, hacia otras tierras, después de un breve encuentro que tuvo con Andrey, en la que hablaron tendidos desnudos en la cama, con sus miembros lánguidos y el trasero lleno de semen, antes de que Jevrem empacara sus ropas y se montara en esa máquina de dos ruedas y lo alejara de su familia.

Fue por él mismo que su hijo vivió un infierno.

Sin medir en las consecuencias que recaerían después, Damir se dejó llevar por la ira, transformando su cuerpo a pesar de las advertencias recibidas. Escuchó jadeos, llamadas de atención y gruñidos, pero nada de esto lo motivó a detener su metamorfosis lobuna, que, a pesar de ser menos voluminosa a cualquiera de los que ya estaban transformados, no se amilanó porque su ira iba dirigida hacia el que volcó la maldad sobre su precioso Jevrem.

De un impulso y, mientras Kevin se acercaba a toda velocidad hacia ellos para alertarles sobre el secuestro del señor Everett y lo del

inminente parto

de la señora Isabel, Damir saltó sobre Andrey Makarov y sus fauces se cerraron en la garganta de este para desgarrársela de un tajo.

Que todos vieran lo que sucedía si lastimaban a un Brankovic.

Jevrem-lobo de repente se detuvo ante una imagen que llegaba a su mente, de su padre llorando desconsolado y desnudo. Era como si él mismo estuviese desgarrado de dolor mientras que otros lo observaban en silencio con una ceja alzada y juzgando su llanto.

Dicha visión mortificó al joven beta, que no supo qué hacer, estaba en medio de dos terribles circunstancias que lo empujaban de un lado a otro, queriendo estar en los dos lugares a la vez.

Se había detenido en su frenética carrera y sacudió la cabeza para ordenar sus prioridades, ponderaba en si volver y ayudar a su padre en lo que sea que lo afectaba o continuar y socorrer a su tío Everett, de la inminente muerte que tendría a manos de sus captores.

La clarividencia que obtenía de Damir le indicaba que había estado en un enfrentamiento contra un sujeto que no alcanzaba a ver de entre las lágrimas de su progenitor. Se aferraba a sí mismo, aovillado en posición fetal en el suelo de una parte externa de la villa; alguien le hablaba sin reconocer su voz; aunque a Jevrem le parecía se trataba del emisario, en un tono que no era acusatorio ni de reproche; sea lo que fuere por la que Damir pasó, lo hirió en lo profundo de su alma.

Se preocupó.

¿Qué ocasionó a que estuviese en esas condiciones?

¿Sería por su abuela Grubana o por su mamá?

Por mamá, *no*, pensó. Él no la amaba; triste pero cierto. Muchas veces le hacía desplantes que hasta a Jevrem enojaba. Nunca entendió por qué se casaron.

Y, por su abuela… La lloraría, pero no de esa manera.

Por una fracción de segundo consideró el deceso de alguna de sus hermanas y se le hacía tan lejano que su padre por estas se desgarrara las camisas.

Sobre una balanza mental, sopesó las dos clarividencias y ganó la que, por lógica, debería atender a pesar de la evidente tristeza del otro. Si no rescataba a su tío, quién haya orquestado el secuestro, eliminaría al futuro Supremo. Y, por extensión…, también a su familia.

Así que, pidiendo perdón por darle la espalda a su progenitor, a su mamá, a su abuela y hermanas menores, Jevrem emprendió la carrera en sentido noroeste, donde las cadenas montañosas cada vez se alzaban.

Corrió varios kilómetros y, en la medida en que avanzaba, escuchó que lo llamaban.

— *¡JEVREEEEEEM!*

Se detuvo abrupto, reconociendo la voz de Harper, quien se había levantado de su asiento del jeep descapotado, reconociendo sin el temor de ser atacado por este, pues supo al instante que el color grisáceo del pelaje pertenecía al muchacho.

Jevrem quería expresarles: «¡El aroma procede de allá!», pero Ma-cheil y Kamiakim punteaban la veloz carrera, rastreando también los diversos olores que captaban sobre la vía.

Los dos vehículos que iban a más de 180 kilómetros por hora y los nativos que estaban transformados, levantaban una impresionante polvareda. Todos estaban en sintonía, comprendiendo que debían trabajar juntos para dar con el paradero de Everett y sus captores.

Entonces, mientras unos manejaban y otros corrían sobre sus cuatro extremidades, siguieron a toda marcha hacia donde las montañas se perfilaban.

Un golpe sacó de la inconsciencia a Everett. Lo habían arrojado con rudeza al suelo pedregoso, lastimándose la frente, el pecho y las rodillas. Su reacción fue en un principio lenta por el aturdimiento, pero enseguida se percató de que sus manos y pies estaban atados hacia la espalda, como si fuese un pollo amarrado para hornear.

Forcejeó, tratando de librarse de sus ataduras; por desgracia, no eran cuerdas los que lo mantenían inmóvil, sino gruesas cadenas, colocadas con la intención de que no se pudiese transformar.

—Debimos matarlo de una vez y huir de allá…

—Mejor de esta manera, Sebrenka, al desparecer Everett será el principal sospechoso del asesinato de Cortázar. Tenía prisas por gobernar…

El aludido agrandó los ojos, perplejo de lo que escuchaba. ¡¿Mataron al Supremo?!

Y a él le endilgarían el asesinato.

Parpadeó en su esfuerzo por ver a dónde lo llevaron y con una rabia que crecía en su fuero interno, de darse cuenta de que su propia familia obraba

para perjudicarlo.

Su maldita madrastra y su tío…

— *¡Argh!* —Recibió una patada en la cara cuando sus ojos se enfocaron sobre las siluetas que se hallaban frente a él.

—¡Mátenlo ya! —Sebrenka ordenó impaciente, ansiosa de que despedazaran al bastardo y luego lo lanzaran a un hoyo para enterrarlo, así como hicieron con su hijo, Ranko, quien murió a manos de este sin haberle tenido ni una pizca de piedad.

Ilic y Luka se removieron intranquilos en su sitio, arrepentidos de participar en el secuestro de su primo. El porrazo se lo propinó Luka e Ilic se encargó de borrar huellas y tapar rastros de sangre, con tierra y ramas, para que otros no lo siguieran. Pero, al estar presente para lo que ordenaba la Primera Viuda de Stanislav, les hacía dudar de sus actos. ¿Era necesario matarlo?

Los hijos de Slobodan intercambiaron entre ellos miradas preocupadas, ya que no deseaban estar involucrados en lo que ese viejo hediondo a tabaco planificó; por idiotas se dejaron convencer de la fortuna que ganarían si lograban traer ante ellos a Everett, creyendo que este tendría una muerte rápida, pero lo que Sebrenka pretendía era que sufriera hasta el último minuto de su vida.

—Háganlo, ustedes, nosotros no lo haremos —Ilic contestó tembloroso y su hermano se posó a su lado, estando de acuerdo; si querían deshacerse del primo, que lo hicieran ellos.

—¡Cobardes!

Everett rio adolorido. Ese par de imbéciles ni agallas tenían para

matarlo a él con las manos y los pies encadenados.

—Te gusta mandar, tío, pero no ensuciarte las manos. ¿Será que una anciana hará el trabajo sucio? —inquirió sin temer a que esta aceptara acabar con él; en uno de sus forcejeos, notó que se hallaba a poca distancia del borde de un barranco; sin embargo, tendría que arrastrar varias veces su torso para caer a través de la pendiente, y esto alertaría a sus primos y a su tío en atraparlo.

Zoran gruñó.

—Mi hermano tuvo que estar loco para que un bastardo ocupara su lugar

—espetó con el tabaco bailoteando entre sus labios delgados—; eres nada, Everett: provienes de una puta cazafortunas y no tienes mérito propio.

—¡RESPETA A MI MADRE! —gritó atronador, haciendo un esfuerzo por reventar sus cadenas. Siempre tildaban a Winona como tal y la acusaban de haberle sido infiel a Stanislav, pero su progenitora provenía de una familia adinerada, pionera en la fabricación de vehículos deportivos. El dinero jamás fue un problema para ellos y el amor que aquella le expresó al difunto Alfa de Kenai, fue verdadero.

La furia de Everett provocó que Ilic y Luka quisieran marcharse de allí, pero antes de siquiera girar sus talones para no ser testigos de lo que Zoran y Sebrenka, harían, un hombre de gran estatura les bloqueó el paso, partiéndole el cuello a Luka y luego a Ilic, que ni tuvo tiempo de gritar.

Sus cabezas se desprendieron de sus hombros para impedirles recuperarse de la lesión.

—Yo no temo ensuciarme las manos —Miroslav miró con desprecio a los dos cobardes que yacían sangrantes y descabezados en el suelo, habiendo esperado con ansias ese momento.

—¡¿Por qué los mataste?! —Zoran le reclamó a su hijo—. Tendré que darle muchas explicaciones a Slobodan.

—Dos menos del que tenemos que cuidarnos de delatarnos.

Sebrenka se tensó y observó con desagrado al desgraciado; por lo visto, de este ella también debía cuidarse…

Entonces, Miroslav, atendiendo a la orden silente de su padre, de pulverizar de una vez a *la piedra* que siempre tuvieron en sus zapatos, miró a Everett y sonrió como si fuera la misma muerte que venía por él.

—Después de que te *borremos del mapa*, iré por tu progenie y los acabaré. En cuanto seas inculpado por lo de Cortázar, nadie se preocupará por ellos; al que gesta tu *puta esposa*, se lo daré de comer a los perros y luego me daré gusto con tu *putita*. Le reventaré la vagina así esté muerta…

—¡MALDITO! —El haber escuchado esa horrible amenaza, desesperó de tal magnitud a Everett, que apretaba los dientes y tensaba los músculos de sus brazos y piernas para que las cadenas que inmovilizaban sus muñecas y tobillos, hacia su espalda, se reventaran.

Zoran y Miroslav saltaron al instante sobre él para matarlo, pero Everett estaba enardecido, viéndolo todo en rojo; los iba a descuartizar por lo que le hicieron al Supremo y por lo que pretendían hacerle a Isabel y a sus cachorros. Una contundente patada se estampó en el pecho de Zoran, quien cayó de espalda a unos metros de allí, casi tragándose el tabaco. Miroslav recibió un puñetazo en la cara que le voló unos cuantos dientes y provocó

que trastabillara hacia atrás; esto le dio tiempo a Everett de ponerse en pie e invocar a su lobo interno.

¡Mierda!

Sebrenka emprendió la huida, eso no pintaba nada bien; si el bastardo acabó con Ranko, que fue el más fuerte de la manada, a estos los despedazaría.

Así que –en su forma bípeda– corrió lo más rápido posible para descender la ladera de la montaña y tomar uno de los vehículos que estaban ocultos, y así cruzar la línea fronteriza hacia Canadá. De allí abordaría un vuelo que la llevaría directo a Serbia; ya vería después cómo se las arreglaría para sobrevivir, porque ese bastardo no se quedaría de brazos cruzados mientras ella estuviese por ahí en libertad.

Un poderoso aullido retumbó en las Rocosas, reverberando del mismo pecho de Everett. El sonido viajó a través de las cadenas montañosas y los valles que se hallaban al fondo de estas, donde numerosos lobos comunes agrupados en diversas manadas, respondieron al eco en el acto. Sebrenka casi cae de bruces al escucharlo, temblando sus piernas

por el nerviosismo, y los guardaespaldas, Jevrem y los nativos, se detuvieron *ipso facto* para responder de igual modo al glorioso líder.

Estaba cerca.

Y enfurecido.

De todos los confines del condado, hasta donde el eco del aullido viajó como una demoledora onda expansiva, cientos de lobos acudían al llamado del nuevo Supremo; lo sentían en las venas, el anterior había perecido y este se alzaba más dominante. Y, no solo ellos, sino que también acudían los que iban en su ayuda y los que vivían en las aldeas cercanas. Todo aquel – *Canis lupus* y metamorfo– se afanaban por ser los primeros en posarse a los pies del rey.

Esto estremeció a Zoran, pues no podían enfrentarse a tantos, por más ágiles que fuesen en el combate.

Dieron unos cuantos mordiscos y zarpazos a Everett, del que este les respondía, arrancándoles piel y sangre. Zoran chilló a la herida infligida en su pierna derecha y cojeó para largarse antes de que lo dejara sin piernas para caminar. Se volvió hacia Miroslav –el único de los dos que cambió a su fisonomía lobuna– para que dejara de luchar y lo siguiera.

Pero su hijo –cargado de odio– lo ignoró y siguió en su afán de matar al maldito que era amigo de vampiros y humanos, y cuya mujer le paría

engendros.

Zoran apretó entre sus labios el tabaco y lo abandonó así le doliera a él por el resto de sus días. Puede que se salvara en el enfrentamiento, Miroslav era un implacable guerrero que muchos…

Un chillido lastimero precedió un muerte.

Se tragó las lágrimas, reconociendo de a quién le pertenecía. Continuó corriendo, comprendiendo para su desdicha de que su único hijo murió bajo las garras del que creyeron sería una presa fácil de aniquilar.

Huyó, ladera abajo, y durante su veloz descenso se encontró con un grupo de hombres y lobos transformados, perfilándole los dientes.

Escupió su tabaco y, para evitar que le saltaran encima, alzó sus

brazos en rendición.

—¡Fue Sebrenka! Ella lo planificó todo; yo caí también en su trampa.

¡Me amenazó!

—¡¡Mentira!! —la mujer replicó al hombre, estando agarrada de Tyson y Harper, que la atraparon tan pronto la olisquearon mientras ellos ascendían por la montaña—. ¡Fuiste tú! —contradijo la injuria de este—. Querías apoderarte del reino de Cortázar y, para esto, tenías que deshacerte de Everett.

—¡¿De mi propio sobrino?! —fingió escandalizarse—. Más bien, eras tú la que querías vengarte de Ranko. Yo…

Un gruñido que se hizo entre dientes se escuchó tras el anciano, enmudeciéndolo al instante.

Zoran se volvió tembloroso y, horrorizado, observó que un enorme lobo gris claro traía entre sus fauces la cabeza *humanizada* de Miroslav.

—Oh, Licaón, no… —cayó de rodillas por la impresión. Sebrenka se desmayó al ver al hijo de Winona aproximarse como una bestia que salía del inframundo.

Detrás de Everett, lo seguían innumerables lobos de menor tamaño, perfilando los colmillos, amenazando con atacar a quien el alfa diese la orden de matar, rodeándolos para no darles escapatoria por atreverse a pisar tierras que no les pertenecían; si el nuevo alfa los declaraba enemigos, serían devorados.

En un paulatino descenso de sus músculos, Everett escupió la cabeza de Miroslav y comenzó a adquirir poco a poco la fisonomía de un hombre fuerte que tenía algunas heridas leves. En su lento andar se acercó hasta Zoran, suplicando este reverente para que tuviera piedad, mientras que la

cabeza de su único hijo rodó hacia él, con su mirada mortuoria en una mueca dolorosa cuando perdió la lucha contra su más aguerrido adversario.

Jevrem –estando desnudo, de nuevo en su forma bípeda– pisó algo que le llamó la atención y enseguida reparó de que se trataba de la colilla de un tabaco.

La recogió y, al olisquearla, supo que hubo más de un depredador atacando humanos.

Era de la misma marca de la que él recogió una vez cuando atacaron a un hombre cerca del cafetín donde trabajó Anna.

Se reprendió por olvidarse de dicha evidencia hurtada de la escena del crimen, por él estar sumergido en sus propios pesares.

—Fue Sebrenka, ella…

—Calla, tío, no te avergüences más —Everett interrumpió a Zoran, aún con el enojo tiñendo su voz—. Esto ha sido obra tuya desde un principio —

lo acusó y el otro negó con rapidez, pero los gruñidos de los lobos que lo rodeaban hicieron que guardara silencio—. Has enlodado el apellido de la familia por tus ambiciones, planeaste la muerte de Alejandro Cortázar y pretendiste acabar conmigo y mi linaje. Tus delitos son graves.

—¡Fue Sebren…!

—¡CALLA! —lo gritó a todo pulmón. Algunos hombres de Everett y nativos estaban por hincar sus dientes en las carnes blandas del metamorfo de cabellera blanca—. Ya no eres familia; morirás bajo las leyes lobunas.

—¡Piedad!

—¿Acaso la iban a tener contra mi mujer y mis cachorros? ¿La tuvieron contra el Supremo o los humanos que atacaron?

—Miroslav no estaba en sus cabales, no fue idea mía. Y, lo de los humanos… ¿Por qué se enoja? Ellos causaban daño a las especies, ¡eran desalmados!

—¡Cómo ustedes!

—Los humanos eran parte del plan —Jevrem señaló—. Eso te habría acarreado líos con el Alfa Mayor y con los vampiros.

Everett le dio la razón, con estos casi se forma una guerra.

Su mirada retornó severa sobre su tío.

—Como dije: «ya no eres familia». Lo mismo para usted…

—¡NO!

Ante su sentencia, les dio la espalda a Zoran y a Sebrenka que en ese instante recuperó la conciencia, para seguir por su camino.

Detrás de él, la jauría de lobos comunes se abalanzó sobre los dos ancianos para arrancarles las extremidades y despellejarlos vivos.

El castigo era suave para tanto daño ocasionado.

Capítulo 51

Cientos de pares de ojos se posaron sobre el nuevo Supremo.

La reverencia fue inmediata, tan pronto repararon en su presencia.

Ingresaba desnudo a través del vestíbulo principal de la villa y ascendía por las escaleras hacia los pisos superiores; nadie cuestionaba su falta de pudor ni criticaban a los hombres que lo acompañaban, igual desprovistos de ropas. El rey exudaba un aura que intimidaba a cada uno de los que se hallaban reverenciados, sean estos invitados, empleados administrativos, servidores o militares. Todos se postraban sumisos ante este, sin la menor duda de que serían muy bien guiados a partir de ese momento por alguien que no temía morir con tal de proteger a los suyos.

El emisario se apuró en posar una gabardina marrón –de su propiedad–

sobre los hombros de Everett para cubrir su desnudez, a pesar de que ni al alasqueño ni a los súbditos les afectaba que cruzara la casa como Licaón lo trajo al mundo; más bien, se había ganado la admiración sin levantar debates ni discusiones, puesto que el rumor de lo que pasó en las montañas viajó casi a la velocidad de la luz, gracias a la tecnología móvil que algunos *de los que acudieron al llamado del Gran Alfa*, se encargaron de avisar a los demás.

Mientras subía los escalones, la guardia real lo escoltó con mayor celo por los sucesos recientes; arriba, en la tercera planta, yacía asesinado el Supremo y, en la segunda, su esposa en labores de parto.

Era muy difícil tener que decidir hacia dónde dirigirse primero, pero la tristeza que observaba en los rostros de los que se encontraba a su

paso, le indicaba que expresaría sus respetos al anciano, a quien no le permitieron tener su última exhalación en la tranquilidad de su cama, sino que lo liquidaron en un acto cobarde por alguien que Everett jamás imaginó tuviera las bolas de hacerlo.

Cruzándose la gabardina para estar más «presentable», ingresó al dormitorio de Alejandro Cortázar y lo invadió un sentimiento de pérdida como la noche en que Stanislav murió. Se esforzó por no llorar y avanzó hacia la cama, cuyo cobertor cubría el cadáver; a su paso notaba charcos de sangre en el piso y un desorden del mobiliario que mantuvieron intacto, quizás, para ulterior investigaciones; las dos enfermeras tenían una línea

cicatrizada en sus gargantas, lo que Everett al instante conjeturó fueron atacadas desprevenidas por Andrey Makarov.

El maldito que su hermano ajustició.

Las enfermeras permanecían temblorosas en la habitación y, afónicas, pidieron perdón por su descuido, pero Everett –que sabía los pormenores del asesinato– les ordenó a los guardias en dejarlas marchar; en ellas no recaería ninguna culpa, hasta ellos cayeron bajo la manipulación de los traidores.

Descorrió el cobertor hasta la mitad del torso del anciano y sintió un profundo pesar por el final que tuvo. No murió como un guerrero ni entre los seres queridos, sino que la muerte lo pilló mientras dormía.

—Cumpliré con mi promesa, mi señor —expresó con solemnidad, a la vez en que hacía una reverencia hacia el cuerpo inerte de Alejandro, siendo imitado por el emisario y los hombres que resguardaban la habitación. Él continuaría con el buen reino que erigió el Supremo, pero también aportaría sus propios criterios.

Tras su breve despedida hacia el monarca, Everett se metió al baño y se apuró en aventarse agua al rostro y las manos para limpiarse la sangre que tenía salpicada encima, descendió al segundo piso, donde en el pasillo solo permitían la permanencia de Anna Morris, Camisa Wilson, los gemelos y el ama de llaves de la casa de los Hamptons. Las mujeres lucían preocupadas sin saber qué sucedía tras las gruesas puertas dobles del dormitorio de Isabel, solo que el parto había demorado por no estar el cuello del útero lo suficiente dilatado para expulsar al bebé.

—¡Ay, por fin apareciste! No quieren decir nada, solo entra y sale gente, pero no nos quieren respon… ¿Por qué estás, así como loco de

carretera? —

Camila escaneó la facha de Everett y enseguida agrandó los ojos cuando se percató que, detrás de él, venían varios hombres *encuerados*. Entre ellos, Jevrem.

—Las ropas se rasgan cuando nos convertimos… —Anna susurró a su oído para que no sacara conclusiones equivocadas de lo que aparentaba la escena a simple vista. Una vez que vuelven a «humanizarse», no cargan encima una muda de ropa extra que les saquen las patas del barro. Dichas situaciones se hicieron cada vez más comunes en la comunidad lobuna.

—Papi, no nos dejan entrar —Erik se quejó sin que para él fuese escandaloso que estuviese escaso de ropas—. ¿Mami está enferma?

—Ya te dije que no —Blanka respondió en lugar del Supremo y esto la hizo disculparse, pero Everett posó una mano en su hombro y sonrió a medias para restarle importancia. Luego volcó su atención en los gemelos, abrazados entorno a su cintura, preocupados de que la lobezna, por querer nacer, a la progenitora la estuviese lastimando.

Everett ignoró el comentario de Camila, dejando que la explicación de Anna fuese suficiente para esclarecer malentendidos, pues su atención la tenía puesta sobre Ángel que sostenía con una mano la tiara de Isabel.

Miró a Blanka y luego a la anciana humana, pero fue el mismo cachorro que le respondió:

—Mami me la *entegó pada cuidá*. —La alzó y mostró—. Nadie me la ha quitado.

Erik asintió a su papá, expresándole de ese modo que era cierto. A la asistente del emisario casi la muerde por querer quitarle la tiara para guardarla, lo mismo que hicieron con la corona del Supremo en cuanto este descendió de la plataforma en el salón de baile. Ángel había prometido a su mamá que la cuidaría muy bien. ¡Y cumplió!

Everett sonrió orgulloso.

—Cuídala un rato más, hasta que ella te la pida —ordenó, agachándose a su altura, comprendiendo del porqué Isabel le confió una pieza tan costosa.

A continuación, entró al dormitorio asignado de manera temporal a su mujer, para estar con ella durante el parto. Allí, dos parteras de edad avanzada atendían a Isabel, mientras que una mujer más joven colocaba algo envuelto en los brazos de esta que lucía pálida. El ambiente olía a sangre y a algo más que le hizo agitar a Everett el corazón, provocando que su sonrisa se ampliara y sus ojos se cristalizaran por la alegría, lo que estaba

«envuelto» se removió y chilló casi con un deje lastimero del que a él le hizo cruzar la habitación en una exhalación.

Isabel le daba mimos y besos suaves, apenas viéndose una manito empuñada y arrugadita que se batía en el aire como si tuviera frío.

Everett se sentó al borde de la cama, posando con cuidado sus dedos grandotes sobre la manta y la retiró un poco para ver a su *mini-Isabel*.

Estaba plenamente convencido de que era una lobezna.

—Es tan hermosa… —Isabel expresó con una sonrisa tonta en los labios, a pesar de su palidez. El parto debió ser bastante agotador.

Everett posó sus ojos sobre la criaturita que parecía un ratoncito y casi rompe en llanto al contemplarla.

No era como se la había imaginado: morenita, de ojos achocolatados y tres mechones que después crecería en una fabulosa melena marrón; *esta,* que él observaba con un nudo en la garganta, le removió su mundo una vez más, y los recuerdos –tristes y felices– se agolparon en su mente para revolver sus emociones.

Pero Everett no estaba por derrumbarse ante una condición genética que haya heredado la tercera de su progenie, sino que eclipsó a todos, incluso a la propia madre con su belleza.

Su piel era blanca como las nubes, sus mechones rubios como rayos de sol y sus ojos –capaces de abrirlos a escasos minutos de haber nacido– eran azules como el firmamento.

—Nació Erika —expresó con la voz rota por el llanto contenido, sintiéndose bendecido por ese nuevo ángel que llegó a su vida.

Isabel alzó la mirada hacia su marido y replicó:

—No, amor, nació «Winona».

Everett rompió en llanto, recostándose sobre las piernas de su mujer y su brazo rodeando a su hija.

¡Winona!

Su adorada Isabel le puso el nombre de la abuela paterna.

Le agradecía que haya tenido ese gesto, pues él, en su fuero interno lo había considerado durante un tiempo, creyó que, al ser el nombre de una difunta, a Isabel no le agradaría. Y, por fortuna, él se equivocó y su precioso ángel se tomó la libertad de decidir por los dos, tal vez por los rasgos tan parecidos de la pequeña con su extinta abuela.

Esto lo conmovió hasta las lágrimas, teniéndole sin cuidado si lo criticaran por demostrar ese tipo de emociones tan propia de las hembras que por nada soltaban sendos lagrimones. Sin embargo, dentro del dormitorio solo se hallaban ellos tres, las parteras habían sido consideradas en darles privacidad, aguardando afuera en el pasillo.

—¿Hice bien en llamarla así? Si no te parece, la llamaremos «Erika» —

Isabel se preocupó mientras acariciaba la cabellera de Everett con la mano libre. «Winona» se había pegado a su pecho en busca de alimento, del que Isabel rápido le procuró al meterle el pezón en su boquita. La bebita succionó, calmando su hambre al instante.

Él sacudió la cabeza, en la medida en que se acomodaba a su lado, a pesar de que estaba sudado y polvoriento, con el olor de la muerte impregnado en su piel.

—«Winona» es perfecto —reiteró con una sonrisa que oscilaba entre la aflicción y la alegría—. A *ella* le hubiera gustado.

Su benevolente progenitora habría saltado como niña por toda la villa, celebrando que su nieta llevara su nombre.

Una hora después, Isabel y Everett, presentaban la primera descendiente de Sangre Real, nacida bajo el reino «Brankovic», a los invitados y demás personas que seguían a la espera de ver a los miembros de la realeza subir por la plataforma. Ya el rumor del nacimiento de la lobezna había salido de los labios de las parteras a los sirvientes y, de estos, a todo el que se hallaba presente. En un principio la noticia no fue recibida con entusiasmo, se trataba de una hembra y no un varón, como muchos ansiaron por cuestiones de «continuidad» con la sucesión. Aun así, la curiosidad les fue ganando,

entre la aprensión y el entusiasmo; la reina ya había tenido en el pasado un parto univitelino; cosa rara en las metamorfas; en especial, cuando uno de estos tenía Síndrome de Down.

Pese a ello y al acelerando crecimiento de los gemelos, tenían las esperanzas de que la recién nacida fuese fuerte como sus padres.

Así que, tras levantar sus figuras en la plataforma del salón, atestado por toda clase de lobos, Isabel descubrió el rostro de la pequeña, al retirarle la manta para que estos la vieran.

El júbilo fue inmediato.

Y los aullidos resonaron, tras el emitido por el nuevo Supremo, que estremeció hasta los ventanales.

Si él estaba feliz, ellos también.

A excepción de Jasna y Maya, aplaudiendo con desgana a la híbrida hispana que lucía demacrada y ataviada en un vestido diferente al que usó para la boda.

Otra que estaba por atragantarse con su bilis, era Abby Rose. La rubia miraba con profunda envidia a Isabel, deseándole mil maldiciones para que nada le saliera bien en el futuro cercano. Esa ordinaria desentonaba al lado de su exprometido, quien lucía orgulloso ante los invitados como si aquella estúpida le hubiera parido una camada de machos. Elías y Violet Obrenovic sonreían desabridos, lamentándose en su fuero interno de que la *mocosa* no naciera con una tara. Esa hubiera sido la gran oportunidad para ofrecer a su

Abby como la «suplente» en la reproducción de otra descendencia en la que fuese más saludable.

Solo tres hombres fueron los que tuvieron que ser retirados del salón para un exhaustivo interrogatorio:

Slobodan, Teodor y Emir.

Dichos tíos de Everett estaban bajo sospecha de conspiración. Slobodan lloraba mortificado por la acusación y por la terrible noticia de que sus hijos, Ilic y Luka, los descabezaron por estar siguiendo ideales ambiciosos de otros. Hasta que se demuestre lo contrario, los ancianos estarían confinados en un calabozo.

Grubana, Ava y Radojka, trataban de abrirse paso entre la

muchedumbre, en su afán por acercarse a la pareja real y preguntarles qué pasó con Damir, desaparecido este desde hacía un largo rato. Al menos sabían de Jevrem, que estuvo entre los que rescataron a Everett de su secuestro, planeado por Zoran y Sebrenka. Tenían entendido de que hubo más implicados y esto a ellas las preocupaba. ¿Acaso Damir estaba involucrado?

—No se preocupen, está llorado a *su amante* —Raúl Torrenegra espetó, enredado del brazo de las dos mujerzuelas, en cuanto se percató de la angustia de las lobas que preguntaban por el estilizado hombre.

—¿Qué amante? —Grubana se tensó, algo escuchó, pero no quiso dar crédito a sus oídos.

Torrenegra, en su sonrisa pérfida, contestó:

—Andrey Makarov, el traidor. Damir lloró como lobata cuando a este se lo llevaban.

Grubana gruñó y, dando un paso hacia el Alfa del Clan Miami, siseó lo siguiente:

—Recuerda que hablas del hermano mayor del Supremo. Yo por ti me cuido de la mofa que exprese.

El otro sonrió desdeñoso.

—Hermano, de cuya madre y esposas, perdieron la estima del Supremo.

No den por sentado que, por ser familia, tendrán todo a sus pies. Everett se impuso por sobre los cadáveres de su tío y su madrastra.

La Segunda Viuda de Stanislav se marchó de allí, indignada de la altanería del alfa, dando furiosos codazos para que la dejaran pasar al frente donde se hallaba la plataforma, pero esto era como cruzar un mar denso e impenetrable de súbditos que aceptaban a la primera princesa de las tierras americanas.

El alivio que embargó a Isabel fue exultante, sonriendo a la gente que celebraba con una gran sonrisa estampada en los labios, sintiéndose ella revitalizada por los rechazos que sufrió cuando otros notaron los rasgos característicos de Ángel, tachándola a ella como madre; era un tanto banal de su parte, lo admitía, pero el hecho de que esta gente demostrara un aprecio sincero hacia su bebita, la regocijaba. Sería un secreto que guardaría por siempre, había tomado una decisión en caso

de que a Winona la repudiaran como a los gemelos, que aún los miraban con curiosidad, aunque cada vez con menos desconfianza. Y era que no permanecería al lado de Everett en un lugar donde a sus hijos no los quisieran.

Lo bueno, todo fluía de la mejor manera.

Everett –ataviado esta vez en un traje negro– dio un beso en la sien a Isabel, mientras que los gemelos se escabulleron de Blanka para estar con ellos. Ángel ya le había entregado la tiara a su progenitora, en cuanto le permitieron el acceso a la habitación, orgulloso de haberla cuidado muy bien. Estaba feliz porque a partir de ese instante, él sería el guardián de su hermanita, a la que desde que la vio la quiso mucho. En cambio, Erik, le desagradó que Ángel se adjudicara esa labor, cuando él era el mayor.

Aunque podría enseñarle a Winona a decir algunas palabras, como también los nombres de los colores y los números, puede que hasta jugar a las escondidas; él se divertía mucho con Ivalu, la nieta del jefe Ma-cheil, de la que fue una pena no haberla visto esa vez.

—¿Has visto a papá? —Jevrem le preguntó a Andjela, cerca de la *vaciada* mesa del bufé, mientras su tío Everett, Isabel y sus hijos, conversaban con Ma-cheil, Kamiakim y el Alfa Mayor, tras terminada la presentación de la pequeña princesa. El joven aún tenía presente la clarividencia que tuvo de su padre: llorando aovillado en el suelo, desnudo y desamparado como si Makarov le hubiese desgarrado el corazón.

—No desde que comenzó el alboroto —contestó su hermana, demostrando preocupación. Su marido propuso ayudar en buscarlo, puesto que el suegro habría quedado seriamente afectado al descubrir *quién fue el que asesinó* a Alejandro Cortázar. Un rumor fuerte comenzó a rodar por el salón y los pasillos, de que estos sostenían un romance prohibido—.

¡Jevrem! —Andjela lo llamó en cuanto él pretendía retornar por donde vino, pero se volvió hacia la joven ataviada en un recatado vestido azul oscuro, impuesto por su abuela Grubana para que no diera de hablar por

exhibicionista, debido a que otros aún cuchicheaban por ahí de la boda relámpago que tuvo con Jacob Hamilton—. ¿Es cierto lo que dicen…? —la pregunta la dejó colgada en el aire para que la captara.

Jevrem solo atinó en apretar los labios, dudoso de responder. Lo que captó en su visión fue muy desconcertante.

El silencio de su hermano preocupó a Andjela y a su marido, quien tenía que andarse con cuidado con su suegro, a pesar de lo que le tildaban. En adelante, este sería una gran influencia con el Supremo, y él quería estar en dicho selecto grupo. Se movería mucho dinero y poder.

Jevrem cruzó mirada con Anna que estaba cerca de la plataforma, junto a Camila, como si la estuviese resguardando de los lobos que miraban a la humana con desdén. Aunque bien, estos también escaneaban con morbo a la lobata, en una clara intención de querer anexarla a su harem.

Le obsequió una sonrisa tenue a la muchacha, expresándole en silencio,

«enseguida estoy contigo, solo espera un poco más», y se marchó con el pecho oprimido por dejar a su novia al alcance de esos sujetos y por su padre que estuvo llorando desconsolado.

Las suelas de sus zapatos resonaban por el lustroso piso de mármol, caminando a paso acelerado mientras preguntaba a los centinelas por si lo habían visto, pero ninguno le informaba y, para fastidiar la búsqueda, su aroma se confundía por la cantidad de invitados y empleados merodeando por doquier.

Finalmente lo halló aislado de todo el mundo, en el despacho del emisario, ubicado en la primera planta, donde fue llevado luego de destrozarle la garganta al Alfa del Clan Makarov. Nathaniel Reid había acabado de salir, cerrando la puerta tras de sí, su semblante serio reflejaba más animosidad que solidaridad por el que estaba dentro, enojado por los impulsos descabellados del otro, ya nadie creería en lo que Nathaniel expresara del estado que administraba; Alaska era para él, su fuente de dinero, fama y poder, solía resaltar la bonanza de sus tierras, la educación de su gente y la ejecución con la que él mismo imponía las leyes. De esto, su prestigio se iba por el desagüe, un alfa que se mantenía bajo su mando resultó ser el magnicida de Alejandro Cortázar, y él de este jamás sospechó nada, teniéndolo siempre cercano a su propia oficina. Y, para mayor *inri* de su monumental cabreo, los Brankovic haciendo de las suyas, con sus escándalos y actuaciones que herían sensibilidades en los más recatados del *reino canidae*.

—Las interrogaciones continuarán después, debo hablar con el amo Everett para entregarle informe —expresó al emisario sin reparar en el joven que se hallaba presente en el pasillo.

Jevrem saludó al Alfa Regional apenas con un asentamiento de cabeza, conteniéndose de empujarlo a un lado con rudeza para ingresar al despacho.

No obstante, antes de cruzar el umbral, Luis Gilberto le comentó de lo sucedido en la villa, pero le advirtió de la pesadumbre de Damir, quien estaba con la moral en el piso y la reputación de macho hecha trizas.

—Papá —lo llamó en cuanto cerró la puerta del despacho tras de sí, y avanzó con precaución hacia el sillón en el que él se hallaba sentado, con la mirada perdida en la fogata de la chimenea—. Papá…

Damir al sentir la presencia de su hijo, lloró sin ser capaz de verlo a la cara.

—¿Qué te pasa?, ¿por qué lloras tanto? —calculaba que estaba así desde antes de que Isabel pariera. O, más bien…

Desde que le dio su merecido a ese alfa.

Damir –cuya vergüenza por sí mismo lo quemaba por dentro– se inclinó hacia adelante y ocultó su rostro entre sus manos, esa culpa que lo martirizaba tanto lo perseguiría hasta el día en que dejara de respirar.

Jevrem se acuclilló para estar a su altura, conmovido por sus lágrimas.

Acarició su melena que caía desordenado en su frente, mientras que él mismo pugnaba por formularle una pregunta, pero vacilaba porque podría ser ofensiva para él; aun así, se llenó de valor y, tras contener la respiración, se la soltó en voz baja.

—¿Qué te hizo él? —No mencionó el nombre del asesino del Supremo, era fácil de adivinar de quién se trataba. Su padre traía otras ropas puestas, facilitadas del guardarropa que dejaron disponible para su tío Everett, porque las dimensiones en la talla de la chaqueta eran muy anchas.

Lloró más.

—Merezco me corten la lengua y luego me destierren… —expresó con

voz rota y sin descubrir su rostro de entre sus manos.

—Más bien, mereces un reconocimiento: impediste que escapara al lanzarle el puñal. Lo de matarlo…, ¿quién te lo va a recriminar? Nadie extrañará a un traidor.

Él movió la cabeza de forma enérgica y sus hombros se sacudían incontrolables por sentirse miserable.

—Fue por mi culpa…

Jevrem se tensó.

—¿Lo de Cortázar? —El otro volvió a sacudir la cabeza—. ¿Por qué, entonces? Es por… —pensó en el rumor—. ¿Es por *tu relación* con Makarov? No te juzgo, papá. Solo tendrás que rendirle explicaciones a mamá y a Vesna; yo no voy a dejar de quererte o respetarte porque seas…

—¡Por mí a ti te violaron! —levantó el rostro hinchado de tanto llorar.

Jevrem se puso en pie de un tirón y Damir lo imitó, angustiado.

—¡¿Qué me estás…?!

—La noche en que partiste en tu moto, yo me había acostado horas antes con Andrey; le comenté de tu decisión de «encontrarte a ti mismo» en tu travesía por el continente. En un descuido, él se contactó con Vladan y le informó lo de tu partida.

—Por eso la invitación… —comentó meditabundo. Vladan lo había llamado a su móvil para saludarlo, pues a sus oídos le llegó noticias de los enfrentamientos con su tío Everett. Le ofreció ser parte de la manada, eran amigos y podía contar con él. Aunque, Jevrem rechazó el ofrecimiento, aceptó viajar a Canadá para «beber unas cervezas» –sin adivinar el infierno que después viviría– y continuar con su viaje al otro día hacia Latinoamérica, motivado en aquel entonces, de querer él estar lejos de lo que sentía por Isabel García.

—¡Oh, hijo mío, perdón, fue mi culpa! ¡¡Mi culpa!! —Se arrodilló frente a este, aferrándose a sus piernas—. Le confié un asunto familiar y lo usó en tu contra. Creí que me amaba y yo confié… ¡Confié en él!

Jevrem escuchaba el lamento de Damir como si estuviera en *shock*. Lo impactó su confesión, fue por aquel maldito que alertó a Vladan para que preparara la trampa, de la que cayó por ingenuo.

No debió ir, debió sospechar…

Sin embargo, la profunda pena de su padre, lejos de odiarlo y molerlo a los golpes por exponerlo al horror, se apiadó de este sin ningún rencor que ennegreciera su corazón.

Lo agarró de los brazos y levantó, para luego abrazarlo con todas sus fuerzas y así expresarle que su amor consanguíneo jamás cambiaría.

¿Cómo culparlo?

Confió en alguien que nunca tuvo un buen querer.

No pasaron mucho tiempo juntos, el emisario tuvo que interrumpirlos, debido a que Everett solicitaba a Damir a una reunión privada que tendrían en referencia a lo que ocurrió con Makarov y otros asuntos, y del que

Jevrem meditaba para sus adentros en que su tío necesitaba confirmar si Damir estaba salpicado por la conspiración o fue solo lo que él mismo ya sabía.

Lo acompañó hasta el despacho principal del rey donde se hallaba su tío Everett, y le esbozó a Damir una sutil sonrisa; lo que este contaría no era de la gravedad en la que afectó al antiguo reino ni al que apenas comenzaba, sino una cuestión de índole familiar en la que su matrimonio con sus dos esposas pendía de un hilo.

Fue entrar Damir, al despacho, Nathaniel Reid salía en el acto por la puerta, con el ceño y las manos apretadas por la rabia que lo azotaba. Miró con hosquedad a Jevrem y este –consciente de lo que sucedía– se mantuvo erguido sin concederle al avinagrado Alfa Mayor alguna reverencia. Al parecer, el «informe» que levantó en contra de su padre, no causó el impacto que pretendió para su conveniencia ante el Supremo.

Como no requerían de su presencia ni de la supervisión de sus hombres, Jevrem aprovechó en subir a la tercera planta, donde Anna y la señora Camila le brindaban compañía a Isabel y a su cachorros en sus aposentos recién asignados.

Una vez allí, abrazó a Isabel y besó la cabecita de su primita que dormía plácida en los brazos de su progenitora, sentada esta contra el cabecero de la gran cama, mientras que Ángel y Erik, la flanqueaban, olisqueando a la hermanita como si su aroma los embriagara. ¡Estaban encantados con ella!

Enseguida reparó en Anna y notó que se había cambiado de ropa, al igual que la señora Camila. Pero lo que le llamó la atención fue el semblante de su novia.

Ella, de manera silente, lo invitó en abandonar la habitación.

Iban a hablar…

Lo condujo a los jardines posteriores de la villa.

—Huy, Anna, para que me traigas hasta acá, es porque no es nada bueno,

¿cierto? —Jevrem comentó aprensivo. Ya los invitados se habían marchado.

Su abuela Grubana, su mamá, madrastra y hermanas, habían tomado el jet para retornar a Alaska. No se despidieron en persona, pero sí lo telefonearon para informarle. Su papá las había despachado a través de uno de los hombres de Everett, puesto que él aún no tenía el valor para enfrentar a dichas mujeres; hasta que superara su pena y vergüenza, permanecería en Villa Dorada, refugiado del mundo.

A menos que su tío Everett dijera lo contrario.

Pero lo dudaba, tenía otros planes para él.

Anna tocaba las hojas de algunos arbustos, pensativa por la propuesta que Jevrem le había dado; ella no le contestó en el momento, prefirió besarlo apasionada en vez de serle sincera.

—No quieres, ¿verdad? —Adivinó él, al prolongado silencio de la omega.

—Jevrem, yo te amo. Pero… —calló el resto de lo que iba a decir, causando que el otro se entristeciera.

—Aún no es tiempo, por lo visto…

Ella sacudió la cabeza en un acto reflejo a lo dicho.

—No, no es… —una lágrima se deslizó por su mejilla—. La Anna de hace un año atrás, habría dicho que «sí». Pero la Anna de ahora prefiere recorrer un camino que se abrió para ella sola. ¿Me comprendes?

Él bajó la mirada para que ella no notase sus ojos cristalinos.

—Sí.

—Quiero recorrerlo y llegar hasta el final: se lo debo a mis padres y a mí misma. Pero esto no quiere decir que te dejo de amar, mi mente está puesta allá en Nueva York y mi corazón está aquí contigo. Y, mientras esté dividida, no podré ser del todo feliz.

Él asintió, comprendiendo cada una de sus palabras. De camino de retorno a la villa, mientras rodaban por la vía en uno de los todoterrenos, su tío Everett le pidió de mantenerse a su lado como su hombre de confianza y uno de los encargados de la seguridad en Montana. Pero, tras lo ocurrido con Sergey Makarov y la animosidad que Nathaniel Reid le causaba, su tío consideró a Damir para que fuese el Alfa Regional de Alaska y a Jevrem le asignó el Clan Kenai, puesto que, por obviedad, Everett estaría ocupado en un cargo más importante.

Pedido que el joven aceptó sin pensarlo dos veces.

—Si es por mamá y por abuela…, ya no estarán en Kenai, sino en Anchorage.

—No es por – *el Cuartel de las Brujas*– ellas, es por lo que antes te dije: Jevrem, deja que cumpla mis metas, somos jóvenes…

—Lo sé, aún tenía esperanzas de retenerte —respondió sin mirarla. En el área del comedor le había pedido que se casaran, ofreciéndole vivir en un apartamento que comprarían para que estuvieran solos sin que otros metieran sus narices en la relación. Pero Anna le hizo olvidar de manera momentánea su propuesta, al besarlo como si no existiera un mañana,

creyendo él como tonto de que aceptaba. La boda de su tío e Isabel, el futuro que cambiaba a pasos agigantados, lo había inspirado en abrir una vez más su corazón, haciendo caso omiso del rechazo que antes sufrió.

Jevrem no le reveló que sería el próximo alfa de Kenai, puesto que no deseaba influenciarla con su poder, le habría gustado que lo aceptara por sí mismo, pero, qué le iba a hacer…, ella no caminaba por el sendero que él transitaba.

La besó y apretujó, deseándole mucha suerte con sus metas, la amaba demasiado como para dejarla partir. ¿De qué le valía retenerla si no la tendría completa?

Capítulo 52

Dos días después se hallaban en el aeropuerto.

A la espera de abordar los jets, del que uno, en otrora le perteneció a Alejandro Cortázar y el otro a la familia Brankovic. La señora Camila se enjugaba las lágrimas en su pañuelo, despidiéndose de Isabel y de la bebita.

Los gemelos le obsequiaron un dibujo en el que la anciana estaba ataviada en malla y con un batido de jugo en una mano. Esto la sorprendió, según ella, los gemelos tenían una admirable memoria.

Fue la primera en subir a la aeronave, lanzando «adioses» a todos mientras sacudía su pañuelo lleno de mocos. Prometía volver en cuanto Isabel le diera el visto bueno para hacerlo y la otra con gusto replicó que mandaría por ellas para la Navidad, a pesar de que, para los lobos, dicha fecha ellos no la celebraban, pero –por Isabel– Everett haría la excepción.

—¡Cuida de mi ahijada que pronto volveré para malcriarla! —exclamó en lo alto de la escalera a punto ella de entrar a la cabina. Su buena amiga le había otorgado el honorífico título de ser la madrina de la princesa niña-lobo.

Anna abrazó a Isabel, se reverenció ante Everett y besó las cabecitas de cada cachorro, haciéndose la fuerte para no llorar. Enseguida, Jevrem la tomó de la mano y ambos se retiraron unos metros de la zona de abordaje del hangar para despedirse sin que los otros escucharan lo que se dijeran.

—Sé la mejor en tu clase y cuídate —le expresó él, casi con frialdad, pero por dentro moría por tener que dejarla ir—. Ya sabes que los Hamptons es tu hogar, si deseas un lugar más seguro…

—Descuida, la señora Camila acondicionó un buen lugar para *esos días*…

Él no se refería a la etapa en celo por la que ella a menudo pasaría, sino a resguardarse de los vampiros. Dichos seres jamás los tendría en buena estima.

—De todos modos, ten presente que siempre cuentas con nosotros. Si temes por alguna circunstancia: una llamada a Branimir y él ira por ti.

Jamás dudes de hacerlo.

—Está bien, lo tendré presente.

Jevrem entrelazaba y soltaba, y volvía a entrelazar sus dedos con los de Anna, costándole soltarla.

—No deposites tu corazón en el primer idiota que te lleve a bailar, sé más selectiva — *o permanece célibe hasta que termines tus estudios*.

Por desgracia, el amor de lejos era para los pendejos y ambos ansiaban vivir la vida.

—Jevrem, es hora, esperan por los dos —Everett llamó la atención del joven alfa, los pilotos estaban listos, tras el timón de la cabina de controles, y las azafatas pendientes de que los pasajeros subieran a sus respectivas aeronaves.

Este asintió al Supremo y tragó un grueso nudo que adolecía su garganta.

—Mi querida hada, hoy nos separamos por no ser el momento para estar juntos. Pero cuando llegue el tiempo y, si los sentimientos en los dos no han cambiado, me aferraré a ti en mente y corazón. Te lo prometo.

Ella asintió llorosa.

—Te amo.

—También te amo, Anna. Por favor, cuídate. —Acunó su rostro y le estampó un beso que estaba lejos de ser apasionado, pero sí uno que selló la emotiva despedida.

Anna subió las escaleras hacia el jet que volaría hacia Nueva York en compañía de Camila, mientras que Jevrem ascendía hacia *el que lo llevaría* junto con su padre hacia Alaska.

—Cómo ansío en poner orden a todo… —expresó Damir en la medida en que ingresaba a la cabina, seguido por su primogénito que ascendía los escalones del jet como si le dolieran las piernas. Harían primero una escala a Anchorage, donde Damir tomaría posesión de las propiedades que venían con el cargo y del que le pertenecieron

durante años a Makarov y a Nathaniel Reid, respectivamente. Radojka y Ava, ya estaban en Serbia, habiéndose marchado tras el escándalo de su homosexualidad. La solicitud de divorcio por parte de su Primera Esposa se introdujo ante los Ancianos, en contraposición a Vesna, a quien le tenía sin cuidado las habladurías; no dejaría a su marido por sus inclinaciones sexuales, cuando siempre lo supo.

Menos ahora que gozaría de más prestigio.

¿Cuántas parejas eran así y nadie protestaba?

El cargo de Damir atraería los mejores prospectos masculinos para sus dos hijas solteras.

A menos que él se los follara…

Antes de ingresar, Jevrem se volvió hacia su tío Everett, sus sobrinos e Isabel, y se despidió de ellos con la mano. Lanzó una última mirada hacia el

jet de Anna, que ya estaba haciendo el recorrido hacia la pista; le deseó de nuevo suerte e ingresó a la cabina, con el corazón dividido en dos, puesto que una parte se había ido con Anna.

Así que, los dos jóvenes emprenderían rumbos diferentes, donde uno volaría hacia el noroeste y la otra hacia el sureste.

El amor no fue suficiente…

De ellos dependían si dicha distancia se mantendría larga o se acortaba con el tiempo.

Isabel suspiró apesadumbrada.

—Los voy a extrañar… —musitó con una repentina soledad que experimentaba; a excepción del estilizado hombre, se marchaban tres queridas personas a las que, durante temporadas se contactarían por vía telefónica.

—Cuando te des cuenta, estarán de vuelta —Everett la rodeó por los hombros para reconfortarla, mientras ella sostenía a Winona a la que le fastidiaba los sonidos provenientes de las turbinas de los jets enfilados al despegue.

—¿Será?, porque se me hará larga la espera.

Él besó su sien y asintió con seguridad. Aquellos no partían enojados,

sino tomando sus propios rumbos, como ellos que estarían un tiempo en Montana hasta que las cosas volvieran a la «normalidad». Luego harían las maletas y volverían al que él consideraba su verdadero hogar.

Denali.

Luis Gilberto se acercó y expresó casi al oído de Everett, de algo que Isabel no logró escuchar. Este asintió sin expresión en su rostro y rodó los ojos hacia la pista, donde una aeronave que ya estaba allí desde antes de que ellos llegaran al aeropuerto, aguardaba la aprobación del Supremo.

—Ven conmigo, Isabel. Sin la bebita.

—¿Por qué?, ¿adónde vamos? —se preocupó, puesto que de sus retoños no se separaba.

—Te presentaré a alguien, pero no quiero que nos acompañen nuestros hijos. Blanka… —se dirigió a la mujer rolliza—. Pendiente de ellos —

señaló a Erik y a Ángel que tenían la nariz pegada en el ventanal, observando que el jet donde iba Anna y la señora Camila fue el primero en emprender vuelo, sacudiendo ellos las manitas para decirles adiós.

—¿Y eso por qué? —Isabel comenzaba a removerse angustiada en sus pies.

Porque, muerden… Pero Everett no lo expresó en voz alta. Solo esbozó una mirada de que confiara en él.

Isabel así lo hizo y enseguida depositó en los brazos de Blanka, a Winona, de la que se sintió abandonada al no percibir el calor de la progenitora.

—No se preocupe, mi señora. Aquí donde me ve, fui la nana de ese lobo que está detrás de usted. Y era bastante berrinchudo.

Everett se carcajeó e Isabel apenas sonrió aliviada.

Luis Gilberto, Luttrell, Maxwell y un contingente de hombres preparados a cualquier eventualidad, cercaron el perímetro para proteger a la princesa y a los cachorros, mientras que la pareja real se dirigía hacia aquella otra aeronave que se hallaba fuera de la pista de

aterrizaje.

Hubo un despliegue de efectivos militares en el que se posicionaron en diversos puntos estratégicos; algunos con armas de largo alcance, otros con el pleno uso de sus cinco sentidos, atentos a movimientos sospechosos o a la orden que, probablemente, se gritaría para defender el territorio. Los humanos caminaban tranquilos por las instalaciones del aeropuerto, sin percatarse que entre ellos había metamorfos en su forma bípeda y cuadrúpedos, ocultos, gruñendo por lo bajo, olisqueando desde su sitio de posibles aromas que alertaran de una invasión muy bien organizada.

Por lo pronto, confiaban en el Supremo: si les expresaba que solo era

«una visita de cortesía», tendrían que mantenerse a raya hasta que *aquellos* se largaran.

Everett subió las escaleras que dicha aeronave extendió para ellos, siendo el primero que ingresó a la cabina, seguido de Isabel, un tanto aprensiva.

Las ventanillas del interior se mantenían cerradas, impidiendo la filtración de los rayos solares; no obstante, la cabina estaba iluminada por el sistema eléctrico, solo para hacer de la reunión más «agradable».

—Es un placer conocerlo en persona, *señor de los lobos*, lo saludo y felicito por su nombramiento. Alejandro Cortázar supo a quién dejar su reino, de usted tengo buenas referencias…

Everett asintió solemne hacia el pasajero de acento británico, quien estaba acompañado por una menuda mujer de pelo negro, que no parecía mayor de «veinte años», y del que los dos se hallaban de pie para recibirlos.

—Gracias, *señor de los vampiros*. También tengo la misma impresión de usted.

El rey de la Casa del León sonrió a lo expresado por el joven Supremo, pues este no era arrogante ni amenazador, se había presentado ante él como

«su igual» en cuanto a liderazgo. Estaba allí para patentar que estaría al frente de los metamorfos que poblaban el continente americano, y, David, para recordarle que él era el amo y señor de las mismas tierras, donde su bien más preciado era la sangre humana.

Extendió la mano para presentar a su esposa.

—Mucho gusto —Everett le confió una leve inclinación de cabeza y luego, imitando los modales del vampiro, presentó a Isabel.

Esta carraspeó, un tanto aturullada, aprensiva de ese par de seres que exudaban una vibra diferente a Kerenor y a los hombres que lo protegieron cuando los rodearon frente a la academia de ballet.

—Hola —expresó un tanto intimidada por la presencia tan imponente de estos. El vampiro era demasiado guapo, de un castaño pelo corto y unos ojos azules que parecían irreales. Y la vampira, pese a ser más pequeña que Isabel y de fisonomía común al resto de las chicas que ella conoció durante su humanidad, tenía «algo» que no sabría identificar por qué le resultaba tan particular.

—Hola —respondió Allison Colbert, a quien también le pareció curiosa la muchacha. De alguna manera, era como ella: neonata o recién conversa.

Si bien, Allison contaba escasos años en el mundo de las sombras, percibía rastros de humanidad de los que cruzaron la línea entre la mortalidad y la inmortalidad.

Desde su sitio y con cierta elegancia aspiró el aroma proveniente de la loba, y su corazón palpitó al reconocer que lactaba.

—¿Hace cuanto parió? —preguntó sin ton ni son, captando la atención de los dos monarcas.

—Hace unos días —comentó sin saber por qué era relativo para la conversación.

Allison sonrió.

—La felicito. ¿Es niño o niña? —Aún era incapaz de detectar a través del olfato el género de una criatura.

—Niña. Se llama Winona —se sorprendió así misma por hacerle esa confidencia.

—Niña… Tienes más, ¿cierto? Me dijeron que gemelos.

—Ajá… —¿Por qué preguntaba por sus hijos? Comenzaba a preocuparse y Everett también parecía estarlo.

Allison sonrió apenada por su impertinente interrogatorio.

—Discúlpenme, es solo que me emociona el nacimiento de un bebé.

Debe ser lindo gozar de la maternidad…

Fue extraño cómo el ambiente de repente cambió, el vampiro esbozó una sonrisa que, tanto para Isabel como para Everett, les pareció tensa. Y, no solo por el comentario melancólico de la reina, que daba la impresión de que ansiara pasar por la misma etapa por la que pasó Isabel, sino que en el otro no parecía entusiasmado con la idea.

—Es muy lindo —Isabel respondió para aligerar tensiones—. Al principio es atemorizante por la inexperiencia: una fiebre, un cólico… Y te desvelan. Pero después le tomas la práctica y ansías tener media docena de bebés.

Everett se sorprendió y le sobó la espalda a su mujer, como si le estuviera expresando una vez más, «¿buscamos a la *morenita*?», en referencia a la

«Erika» que para él sería su mini-Isabel.

Allison y David intercambiaron miradas incómodas, de las que la pareja de lobos no se percató por estar fantaseando en aumentar la familia.

—Les deseo un buen emprendimiento como padres —David expresó en tono neutral—. También deseo que ustedes tengan la sabiduría para dirigir su *reino canidae*; procuren rodearse de gente confiable y discreta; estos serán su apoyo o su ruina. En mis dominios dejo a un hombre de mi plena confianza, en la que, a través de este, nos mantendremos en contacto.

Espero que las leyes establecidas entre la comunidad vampira y la lobuna, aún sean respetadas; esto será vital para la paz entre las especies.

—Cuente con ello, señor Colbert. —Extendió la mano y el vampiro la estrechó, siendo desagradable el calor que percibió de la palma del lobo, así como también en este que casi emite un feo gesto por la frialdad que percibió del otro.

La reverencia respetuosa en ambas parejas se manifestó tras el pacto que hicieron. Everett e Isabel descendieron de la aeronave y se dirigieron hacia el hangar donde sus hijos aguardaban. Este fue el primer encuentro oficial con un Grigori de gran poder y, cuya esposa, era tan sorprendente como él.

Isabel solo pensaba en que, hasta hacía unos meses, ella luchaba con su día a día, llevando comida a la casa para una madre machista y malagradecida, y un hermano delincuente que la golpeaba e insultaba.

Ahora le habían puesto una corona en su cabeza por ser la esposa de un apuesto hombre lobo que la enamoró y le engendró tres preciosos hijos que

adoraba con toda el alma. Sería un reto lo que en adelante viviría, pero aceptaba de buena gana el destino que la vida misma le adjudicó, entre lágrimas y risas, del cual cumpliría a cabalidad con amor y devoción, porque ella había nacido para ser Isabel Brankovic.

Madre.

Esposa.

Reina…

Epílogo

Cinco años después.

—¡Ven, Erika!, ¿no quieres aprender?

—¡No! —la niña exclamó con picardía mientras alzaba su piernita sobre la baranda que rodea la terraza de la cabaña para lanzarse al vacío.

—¡¡Erika!! ¡Ay, está criaturita me va a matar! —Isabel corrió a atraparla, pero fue demasiado tarde, ya había caído con agilidad sobre la grama, para luego correr como cabra loca hacia el riachuelo donde adoraba nadar junto con Winona y Ángel.

La faldita rosa de tul que Isabel le compró en Anchorage voló por los aires, al igual que las zapatillas de media punta que se quitó entre brinquitos, quedando abandonados en el camino mientras la pequeña se perdía por la arboleda.

Isabel suspiró, dándose por vencida de enseñar a danzar a sus hijas; por lo visto, el ballet no era para ellas, cuya diversión se centraba en pasar las horas sumergidas en el agua o correteando a los animales

por el bosque.

Maxwell puso cara de, «por qué a mí», cuando la reina lo miró para que la vigilara de cerca, era el guardaespaldas asignado para la cachorrita de tres años que tenía más energía que cualquier lobo en etapa de crecimiento.

Pensando en esto, Isabel agradecía a todos los santos de los que se acordaba, debido a que los gemelos dejaron de crecer de forma acelerada desde que retornaron a Denali, y, poco a poco aumentaban de tamaño como los demás niños de su edad. Ahora Erik y Ángel tenían la apariencia de doce años, bastante grande el primero y el segundo más bajo. Así como también, Winona y Erika, quienes desde su nacimiento eran niñas

«normales».

Permaneció una rato ensimismada, dejando que sus monstruitos gozaran de su infancia; por supuesto, protegidos por varios pares de ojos, de los que se contaba con la señora Blanka, Luttrell, Tyson, y Camila que a menudo los visitaba.

La anciana había desarrollado un ferviente apego hacia su ahijada, comprendiendo Isabel que se debía a que jamás tuvo la dicha de ver crecer a su hija que murió de cáncer. Camila por fin había aceptado el galanteo del

señor Spencer, portando un anillo de compromiso para casarse para la primavera del año siguiente.

Caso contrario entre Jevrem y Anna…

En estos, el destino quiso que no estuvieran juntos.

Jevrem sostenía en Kenai diversos noviazgos que eran más aventuras que una relación que le hiciera sentar cabeza y, Anna, se mantenía firme en una investigación que realizaba en Perú, junto a un grupo de arqueólogos.

Después de graduarse en la universidad, trabajó como asistente de un historiador de arte rupestre, que la sumó al equipo de científicos.

Por ese motivo, Anna se mantenía siempre ausente para las Navidades, Fin de Año y demás celebraciones familiares.

Sonrió cuando pilló a Everett frente a la fachada principal de la

cabaña, arreglando su moto; la misma azul cerúleo de la que Jevrem tuvo que contratar a un detective privado para que rastreara al empleado del aeropuerto de Buenos Aires, donde él en su afán de subirse al avión, por el accidente que Isabel y Everett tuvieron en el helicóptero, la obsequió al primero que se cruzó en su camino. Jevrem evadió por un tiempo el tema sobre la moto cuando su tío le preguntaba, por lo que, en cuanto la tuvo de vuelta, tras compensar al empleado con una jugosa cantidad de dinero, la envió a Denali para que lo dejara en paz.

Parecía que el *yo-motorizado* de Everett la extrañaba.

Este sintió la mirada de Isabel y le guiñó el ojo, mientras palmeaba con suavidad el asiento de la potente máquina para que ella bajara y así los dos dieran un paseo.

Isabel sonrió, agradándole la idea, pero cuando se dispuso en saltar sobre la baranda para ir hacia él…

Se detuvo abrupto ante el cambio de música que sonaba en la terraza con vistas hacia la inmensidad del bosque Denali.

Isabel frunció el ceño, extrañada, ella había programado una lista de melodías clásicas, no una mezcolanza de varios géneros contemporáneos.

Bordeó el pasillo de la terraza y al llegar al espacio donde solía practicar, jadeó al observar quien había sido el que metió mano al estéreo y sus ojos se agrandaron por la sorpresa.

Se llevó la mano al pecho, profundamente conmovida. Ella creyendo que se había quedado con las ganas de enseñar y alguien más había prestado atención desde un principio.

Erik danzaba entregado a la música.

Para nada reparaba en que Isabel estaba allí con la boca abierta por el modo en cómo él se desenvolvía sobre las tablas. Estaba descalzo y solo en pantalonetas, demostrando un nivel técnico un tanto burdo por la falta de práctica, pero la pasión en la que ponía el empeño para ejecutar su danza era admirable.

Saltaba, giraba, volvía a saltar… No temía caer de bruces; si trastabillaba, apretaba los labios y repetía los movimientos como un bailarín que se empeña en que su *performance* fuese perfecto.

Esto a Isabel le recordó sus días en la que brilló hasta que el acoso de sus compañeras y la presión de sus profesores, la alejó del escenario. Siempre sufrió esto sola, por eso, cuando fue profesora en la academia, procuró que cada niña adquiriera su propia seguridad.

En Erik notaba que sería un luchador.

No estaba en una posición de la que el mundo lo apoyara; sin embargo, Isabel se encargaría de hacerle tragar las viles críticas a los retrógrados.

No todo bailarín es *gay*.

Y no todo *gay* es bailarín…

El jovencito se detuvo en cuanto notó la presencia de su progenitora y palideció, esperando un regaño.

—Tus *Grand jetés* y *pirouettes* te salen de lujo —Isabel elogió sonriente en la medida en que se acercaba a su hijo, quien cada vez se asemejaba más a los rasgos de Everett.

—¿De veras, mami? —la abrazó, aliviado de no haberle causado un disgusto, comprendía que los machos eran para el trabajo duro y las hembras para labores gráciles. Pero él hasta bailaba en sueños.

—Sí, corazón, tienes madera para ser un excelente bailarín. ¿Por qué no me dijiste que te gustaba el ballet? Te habría enseñado en vez de estar matándome la cabeza con Winona y Erika. —Debió sospechar de su interés en el ballet y no en jugar a ser *disc-jockey*.

Se encogió de hombros al soltarla.

—Luttrell dijo que eso es de niñas…

—¿Y por qué le hiciste caso a ese troglodita que ni se ducha? El ballet o la danza no tiene género, la ejecuta el que la siente *aquí dentro* —señaló su pecho—. Así que, ¡hazlo!, yo te apoyaré.

—¿Y papá?

—Papá también. —Erik dudó e Isabel agregó con firmeza—: Jamás dudes del apoyo de tu padre, él podrá ser gruñón y cabezota, pero es de

mente abierta. Pasó por mucho para comprender situaciones que están fuera de los estándares del cual gente amargada siempre imponía.

Sobre las antiguas leyes lobunas que se mantenían escritas en los polvorientos libros de su biblioteca, Everett registró otras que provocaron airadas reacciones entre los machos retrógrados de las centenares de manadas. Las que más polemizaron fueron las siguientes: Toda hembra tenía derecho a escoger su propio marido, por lo que las subastas quedaban abolidas.

La educación era libre y para todos, sin importar la edad, sexo o clase social. Ningún familiar o patrón podía prohibir a sus descendientes o empleados de disponer unas horas de estudio para su propia formación; de hacerlo, acarrearía en multa y castigo.

Está prohibido el maltrato físico y verbal, hacia todo aquel lobo o loba que no se pueda defender por su condición genética o posición económica.

Quien incurra a esto, será encarcelado.

El acoso sexual hacia un macho o hembra será severamente castigado.

La violación será motivo de pena de muerte.

Existían más leyes que su *adorado rey* impuso y del que a muchos aún les costaba aceptar, pero Isabel meditaba que el tiempo haría maravillas para que las costumbres misóginas y elitistas cambiaran.

Los cornetazos de la moto resonaron del otro lado de la cabaña en la que Everett la apuraba.

—¡Dame un minuto! —exclamó para que este la escuchara, poniendo los ojos en blanco por su impaciencia. Erik rio e Isabel besó su frente para despedirse por un rato; lo dejó que siguiera con lo suyo, ya ella organizaría los días para que puliera sus movimientos, la ilusionaba haberle heredado el mismo amor por dicho arte. ¿Sería que Erik lograría lo que ella no pudo ser?

Bailarín profesional.

Aún era temprano para vaticinarlo, puede que en los próximos años algo más se le antojara, apenas empezaba a adquirir sus propios gustos, por lo que se andaría con cuidado para no atosigarlo. Qué dance por pasión, no por presión.

Dos cornetazos más indicaban que Everett estaba que volaba sobre la carretera.

—¡Ay, pero qué hombre! —Isabel saltó la baranda y corrió hacia Everett que, en efecto, ya estaba montado sobre la moto como si fuese su caballo

mecánico, indicándole a ella con un gesto seductor de sentarse detrás de él.

—Mira cómo estás de grasiento… —limpió con la yema de sus dedos la mancha de aceite de motor que tenía en la frente—. Usted, mi querido señor, se me está volviendo roñoso.

—Estaba arreglando la moto.

— *Ujum*…

—¡Me bañé esta mañana!

—Pues, tendré que asegurarme de que lo vuelvas a hacer. Necesitas una *buena fricción*.

Everett entrecerró los ojos con socarronería. Eso sonó, muy sexy.

—¿Acaso piensas bañarme?

—Ajá.

—¿Dónde?, los baños de arriba están en remodelación y el riachuelo está atestado de niños. Mal lugar para que me laves las bolas…

Ella sonrió picarona mientras se acomodaba en el asiento trasero y rodeaba la cintura de su marido.

—Hay muchos ríos en Denali —susurró a su oído—. Escoge uno y allá te *las lavo* con mucho cariño.

—¿Mucho?

—Sí, mucho… —ronroneó seductora. Bajo el agua follarían como una sirena y un tritón, impúdicos. Ya ella sabía nadar, después de que sus retoños comenzaron a visitar los riachuelos y ríos en sus recorridos por el bosque, tuvo que armarse de valor para aprender a sumergirse y bracear en caso de que alguno de sus hijos tuviese un percance. Everett fue quien la enseñó, *cobrándole con especies* cada clase.

Las comisuras de los labios del lobo se ensancharon en una sonrisa libidinosa, de la que prometía que estarían de vuelta para cuando cayera el atardecer.

Rodaron los dos en la moto sin que ninguno de los centinelas tuviera permitido en seguirles. Ellos tendrían su tiempo, pues al ser regentes y padres, que habitan en una cabaña de paredes cristalinas y rodeados por seres de oídos agudos, los cohibían de desfogarse con propiedad; cada vez que paseaban a solas se amaban durante horas.

Isabel recostó su rostro en la espalda ancha de Everett y sonrió por los buenos años que ha vivido junto a su marido y por los buenos que vendrían, igual de maravillosos, ya que a ambos les aguardaba experiencias que los llenarían de gozo.

El viento azotaba hacia atrás su larga melena, mientras que la moto se dirigía hacia ese punto donde ella y Everett declararían una vez más su amor.

FIN

Glosario según la historia

Alfa: metamorfo regente de un clan con varias manadas.

Alfa Mayor: regente de un país.

Alfa Municipal: estos son los que rigen aldeas o una zona determinada no muy extensa.

Alfa Regional: líder que representa uno de los estados que conforman un país determinado.

Alfa Supremo: metamorfo regente de varias naciones o de un continente.

Su rango de importancia se compara al de un emperador o rey humano.

Bípedo: ser que camina en dos piernas. Por lo general, humanos.

Casa del León: Es el reino más extenso y fuerte de todos los reinos vampiros. Pertenece a David William Colbert. Su sede principal está ubicada en Northumberland, Inglaterra. Tiene como blasón representativo el león, como símbolo de poderío, fuerza y majestuosidad.

Casa Real de América: reino lobuno que conforma todas las naciones del continente americano, regido bajo pacto con los reinos vampiros establecidos en dichos terrenos para convivir ambas especies sin confrontaciones bélicas.

Cachorro: son las crías de los hombres lobo, en edad comprendida entre las primeras etapas de la infancia hasta los quince años.

Canidae: de la familia de los cánidos. Mamíferos carnívoros, del que se hallan los perros, lobos, chacales, coyotes, zorros, entre otros.

Canis lupus: lobo gris, cuya naturaleza común no sufre ningún tipo de transformación. Esta raza es de las más grandes en el reino animal de los lobos.

Casta de lobos: en la jerarquía de los hombres lobo, estos se catalogan según su capacidad muscular, fuerza y ferocidad.

· Alfa: destinados al liderazgo de toda manada. Son grandes reproductores, llegando a tener varias camadas con hembras diferentes. Por lo general: tres.

· Beta: son los segundos al mando y su fuerza es apenas inferior a los alfas. La mayoría son pertenecientes a la milicia o de altas posiciones socioeconómicas.

· Gamma: son fuertes, aunque en menor medida a los alfa y beta, con mejores oportunidades laborales y económicas a los lobos delta y omega.

· Delta: forman parte del vulgo. O el grueso de la manada misma.

· Omega: clase obrera. Son débiles, manipulables.

Centinelas: hombres al servicio de los alfas de mayor rango.

Ciclo estral: período anual o por estación en el que una metamorfa entra en estado de receptividad sexual hacia cualquier macho.

Clanes: existen agrupaciones grandes que llegan a catalogarse como tales, puesto que cuentan con varias manadas que obedecen órdenes a un mismo líder. Estas se hallan cercanas o lejanas, ubicadas por regiones de un mismo estado. Un Alfa Regional es quien los rige, puesto que cada manada a su vez es liderada por un alfa municipal.

Clarividencia: capacidad para ver el presente oculto.

Emisario: mensajeros que representan a un líder de rango superior.

Escort: mujer (sea humana o loba) que ofrece su compañía a hombres adinerados en eventos o ceremonias de alto nivel. No es frecuente que haya relaciones sexuales.

Frontera Norte: zona geográfica en la que se dividen los territorios de Gedeon Lessard y Abraham Crowell, entre Canadá y Estados Unidos.

Grigori: ángel que abandonó su divinidad por amor o lujuria, y luego fue convertido en vampiro por la maldición de Dios. Tiene más de 2500 años y es el rey de los vampiros de uno o varios países, cuyos terrenos son dominados bajo el nombre de una Casa específica. Según la trilogía de *Los Eternos*: 144 ángeles caídos conformaron dicho poderío.

Híbrido: descendencia producida por la unión entre un lobo y un humano, o aquel humano que fue mordido por un lobo. Estos son seres repudiables entre los metamorfos, puesto que son manipulables, débiles, impuros, carecen de la habilidad de hipnotizar, pero son muy rebeldes y contaminantes. Tienden a esparcir el gen-lobuno a todo aquel humano que se les cruza por el camino.

Homo canidae: hombre lobo. Raza lobuna.

Homo lupus: el mismo hombre lobo.

Humano: raza considerada por los hombres lobo como inferior. Llegando estos a llamarlos «humanos-omegas» por su debilidad y manipulación mental.

Licaón: rey de Arcadia en la antigua Grecia. Según la creencia lobuna: es el dios de los hombres lobo por haber originado la especie. Pero estudios arqueológicos recientes, determinaron que su condición sobrenatural data 20 mil años antes de Licaón.

Lobata: loba adolescente.

Lobezno: recién nacido de una mujer lobo.

Manada: grupo de hombres lobo que habitan en una misma aldea o poblado y siguiendo el mandato de un alfa.

Mastrangelo: hotel de vampiros, de categoría cinco estrellas, ubicado en Manhattan, Nueva York.

Metamorfo: llamado también «cambiaformas». Es todo aquel ser que tiene la capacidad de transformar su cuerpo en otro. En este caso, en lobos.

Nativo: término que se refiere a miembros de comunidades exóticas o primitivas.

Nodriza: mujer encargada de amamantar al bebé (lobezno) de su

patrona.

Patriarca: es el mismo alfa-padre, pero con la diferencia de que este posee un mayor número de hijos con varias hembras.

Portador: humanos con poderes sobrenaturales que fueron mordidos por vampiros en vidas pasadas.

Reino canidae: Reino de metamorfos u hombres lobo.

Tribu: comunidades de nativos que se declararon independientes de seguir manadas regidas por el hombre blanco.

· Yakaramath: dentro de la historia de la novela, esta tribu es ficticia.

Son muy orgullosos y fuertes. Viven en armonía con las tribus humanas que se asentaron por los alrededores. Sobre todo, ubicados en las cercanías del Monte Denali. Está conformado por siete pueblos.

· Peaux noires: al igual que los yakaramath, es una de las ocho tribus lobunas que habitan en Alaska.

· Cayuwall: tercera tribu leal al Clan Kenai.

Vampiro: seres nocturnos que beben sangre humana, del cual fueron convertidos en un principio por ángeles caídos.

Vampiro Antiguo: superan los ochocientos años de existencia.

Personajes

(Cadena de mando de lobos)

Alfa Supremo

Alejandro Cortázar (Casa Real de América)

Alfas Mayores

Abraham Crowell (Estados Unidos)

Ernesto Valverde (México)

Gedeon Lessard (Canadá)

Alfas Regionales

Nathaniel Reid (Alaska)

Alex Goldberg (California)

Charles Bullock (Montana)

Alfas Municipales

Andrey Makarov (Clan Makarov – Anchorage, Alaska)

Everett Brankovic (Clan Kenai – Kenai y Denali, Alaska) Raúl Torrenegra (Clan Miami – Miami, Florida) Vladan Tremblay (Clan Anka – Región de Alberta, Canadá) Ma-cheil (jefe Tribu Yakaramath – Alaska) Kamiakim (jefe Tribu Peaux noires – Alaska)

Emisario

Luis Gilberto Ospina. (Al servicio del Soberano)

Guardaespaldas al servicio de Everett Luttrell (beta y líder entre el grupo)

Tyson (beta)

Maxwell (beta)

Colton (gamma)

Elijah (gamma)

Harper (gamma)

Kevin (gamma)

Branimir (chofer - gamma)

[1] *Unstoppable*, en su idioma original.

[2] Una de las maderas para muebles más costosas del mundo.

Document Outline

- Derechos de Autor
- Sinopsis
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37

- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Epílogo
- Nota del Autor
- Glosario según la historia
- Personajes
- Sobre la Autora